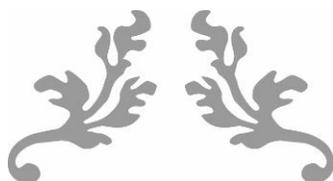


CLARA MONTECARLO



DESEO
Interminable

10 NOVELAS DE ROMANCE Y ERÓTICA PARA AGOTARTE



DESEO INTERMINABLE

10 Novelas de Romance y Erótica para Agotarte



Por Clara Montecarlo

© Clara Montecarlo, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

Dedicado a;

Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.

Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

1. Bajo el Sol — *Romance Intrépido con el Ejecutivo de Acción*

2. Doble Riesgo — *Romance y Erótica con los Ejecutivos*

3. Sobrecarga — *Romance, Erótica y Embarazo con la Estrella del Rock*

4. Amor Ciego — *Romance, Erótica y Suspense con el Jefe Desconocido*

5. Tabú — *Romance y Erótica con el Actor P*рно*

6. Química — *Amor, Sexo y Matrimonio de Conveniencia*

7. A lo Reality — *Romance, Comedia y Erótica*

8. Desnúdame — *Romance y Pasión con un Hombre de Verdad*

9. El Príncipe Desencantado — *Matrimonio de Conveniencia y Amor Verdadero*

10. Héroe Billonario — *Acción, Romance y Erótica con la Modelo y el Millonario*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Título 1

Bajo el Sol

Romance Intrépido con el Ejecutivo de Acción

Capítulo 1

La quinta boda

Aquella hacienda se hacía cada año más grande por motivos de infraestructura, oferta y demanda. Era lo suficientemente útil para realizar bodas, fiestas, y demás, teniendo como clientes comunes a aquellos lo suficientemente adinerados para pagar sus altos costos. Ya iba por la décima quinta boda del año.

En esta, se podía ver la cantidad absurda, tanto de elaboración como de obsesión, que pusieron a la hora de preparar la ceremonia. Los adornos, colocados estratégicamente, anunciaban, en un color blanquecino, la llegada de la nueva Sra. Marks.

Aunque, no eran lo suficientemente atractivos para la Srta. Marks. Abigail, exteriorizaba su desagrado al estar alejada de la multitud, observándolos a todos desplazarse por lo largo y ancho de la fiesta con sus sonrisas fingidas, sus trajes caros y su hipocresía.

La gran mayoría de personas que habían sido invitadas, se encontraban por quinta vez en una boda auspiciada por la familia de Abbie. Todos se conocían y la ocasión no dejaba de ser tan especial como un picnic. Muchos venían con el fin de ver la nueva chica que se casaría con el Sr. Marks.

Este, siendo un hombre de categoría, era lo suficientemente adinerado como para darse el lujo de casarse cuantas veces quisiera, cosa, que a su hija no le parecía. Él estaba dispuesto a gastar cuanto quisiera o pudiera, en lo mejor.

No le importaba más nada que sus celebraciones absurdas.

Abbie, se quedó sentada desde que todos se trasladaron de la iglesia hasta el lugar en donde se realizaría la celebración. Estuvo ahí sin moverse de su posición bajo ningún motivo, viendo como su padre se regocijaba con sus invitados. Luego de una ceremonia casi salida de un cuento de hadas, no se podía esperar menos de la fiesta.

Todos los adornos gritaban ostentuosidad, dinero y capricho. Al igual que las últimas reuniones que su padre había hecho, en donde, por algo más que respeto, formaba parte, como la madrina de bodas. En ese entonces, aun le quedaba un poco de esperanza por la idea de que todo podría funcionar. Pero, tantos matrimonios fallidos terminaron agotándola.

Tal cual un misterio sin resolver, los motivos (porque debía ser más de uno) por los cuales su padre se comprometía tanto, de por qué invertía tiempo en mal gastar su dinero y energía restante en cosas tan triviales como las que estaba acostumbrado a hacer, le eran desconocidos.

Antes, Abigail y el Sr. Marks, solían ser cercanos; cuando aún tenían un motivo para compartir. En ese entonces el dinero no era un problema, a Abbie no le molestaba nada al respecto tanto como sucede en su edad adulta.

En el pasado, se veían como una feliz familia de tres, las cosas sucedían como debían suceder. Estaban llenos de tranquilidad, de cosas buenas. Todo eso antes de que se diera cuenta de que las cosas no serían igual, mucho antes de que todo se sumiera al vacío.

Luego de que la primera y verdadera señora Marks falleciera, Abbie y su padre se distanciaron, lo que se resume todo a este entonces, en donde nada vale la pena, no después de seis matrimonios fallidos, de resacas interminables y discusiones absurdas.

Por un tiempo pensó que podría rescatar lo que tenían, que su padre podría conseguir una mujer que llenase el vacío de su madre, hasta que se dio cuenta que todo era una fantasía.

Abigail creía conocer al hombre que solía ser su padre, quien, por el mero placer de gastar y motivado por la intención de ocultar sus más oscuros y deprimentes pensamientos, se sumergía en el alcohol y el sexo.

Ya habían pasado varias horas desde que llegaron a aquel lugar. Se sentía cada vez más incómoda. La presión que su cuerpo oponía en contra de ese

caparazón social, le obligaron a decidir, en ese preciso instante, qué quería realmente para su vida.

Abbie, se levantó de la mesa que ya se estaba haciendo parte de su vestido casi como si estuviesen hechos por la misma tela. La comida le sabía a rayo, la gente le era intolerable y la música le causaba una jaqueca endemoniada. No soportaba estar ahí por un segundo más.

Su padre, atento a las cosas que sucedían a su alrededor, pudo notar cómo se levantaba bruscamente con la intención de marcharse, pero no se inmutó por temor a perder la atención de sus invitados.

Estaba interesado en hablar con sus colegas de trabajo, con sus amigos y los familiares de su nueva esposa. No le importaba más nada en el mundo, ya que el mundo, tal cual él lo conocía, no era más que un simple reflejo de lo que él pretendía que era real y sublime. Una sencilla ilusión que se obligó a creer.

Se rodeaba de personas adineradas y por lo tanto el dinero era lo único que se ceñía en su forma de ser. No se sentía conforme con nada ni nadie, lo que le ayudó a sumergir su existencia en un sinfín de falacias, lujos fugaces e hipocresía.

Falló en enseñarle a su hija lo esencial de la vida que estaba pretendiendo tener, lo que llevó a Abbie a aferrarse a las cosas que realmente significaban algo. La manzana acabó cayendo lejos del árbol.

Dejó de ver a su primogénita para retomar su conversación con más entusiasmo. Hablaba sobre el clima en la parte alta de Nueva York, de las mejores rutas para esquiar en Nueva Zelanda, y de las mejores fiestas alrededor del mundo. En aquel mundo, según la concepción del Sr. Marks, la imagen lo era todo.

Abbie estaba acostumbrada a ese tipo de trato, su padre no era el hombre que recordaba y, por lejos, sería de nuevo el mismo. Podía sentir la falta de interés que le daba a su presencia. En cambio, su madrastra, tenía otros planes en mente.

—¡Abbie, querida! Le exclamo a lo lejos, acercándose rápidamente a su posición. □ ¿A dónde vas?

Abigail puso sus ojos en blanco y resopló un bramido casi silencioso al escuchar la voz de Mariana. La nueva señora Marks, se detuvo a unos cuantos pasos a espaldas de Abbie para continuar hablándole.

—Abbie ¿te vas? Preguntó con una voz chillona y molesta que resonaba en la cabeza de Abigail como el aleteo de una mosca.

Se dio media vuelta y repuso con una sonrisa fingida.

—Estoy un poco cansada y creo que debería irme a recostar a la casa.

—Pero, la fiesta apenas está comenzando. Insistió.

—Lo sé, y dudo que vaya a terminar pronto ¿verdad? Le sonrió con travesura como si estuviesen siendo cómplices de una verdad muy obvia.

Mariana creía que estaban llegando a tener cierta conexión. Al igual que las otras mujeres que llevaron el apellido de su padre, se creía en la necesidad de tener una relación sana con ella, a pesar de que no tenía ninguna obligación al respecto.

Respondió con una sonrisa ingenua y casi infantil. Abbie se sintió asqueada por el sonido de su risa, por su forma de ser. Prácticamente la odiaba.

—Oh, claro, querida. Tu papi y yo vamos a disfrutar mucho de esta fiesta. Tal vez hasta mañana. Repuso, para luego soltar otra de sus risas de hiena.

A Abigail le recorrió un escalofrío desagradable acompañado de un reflejo faríngeo al escucharla. No estaba segura si lo que sentía era asco u odio, aunque sí tenía en claro que nada de eso debía ser normal.

Optó por comportarse políticamente correcta y ofreció una sonrisa amable, se despidió con educación, le felicitó por su compromiso, le dio un beso en la mejilla y prometió que regresaría en cuanto se sintiese mejor.

Caminó rápidamente entre la multitud para evitar que la volvieresen a detener y verse obligada a hablar con alguien más.

No le importaba seguir en aquella «reunión» compartiendo algo que no le importaba ni le parecía adecuado. Se fue a la parte de la recepción, atravesó el lobby y se detuvo en frente de la gran puerta que separaba una fiesta espeluznante, de la vida real.

Escrutó el estacionamiento buscando en donde irse. No había llevado su coche, ni mucho menos sabía en donde se encontraba aquel que la había trasladado hasta allí.

Se detuvo en seco, levantó su bolsa para ver si en ella conseguiría una respuesta.

A unos cuantos pasos de ella, a su derecha, se encontraba un joven que pudo notar que Abbie estaba buscando algo. Su trabajo era acudir al socorro en esas situaciones. Abigail sintió que alguien se acercaba a ella, pero, no reaccionó; las cosas que tenía en mente eran, por mucho, más importantes.

Sin dudarle, en ese preciso instante, se le acercó el joven que se encargaba de estacionar los vehículos.

—¿La puedo ayudar, señorita? Inquirió aquel joven, condados el saco de color rojo de su uniforme.

En lo que le hizo la pregunta, levantó la mirada de su bolsa y fingió estar buscando algo en específico entre Sion fin de vehículos estacionados. Se propuso a hablar.

—¿Qué si puedes ayudarme? Preguntó Abigail, sin quitar la vista del horizonte que dibujaban todos los coches aparcados y como si no hubiese escuchado lo que le habían dicho, dijo. □ ¿Sabes en donde dejaron aparcado un Aston Martin amarillo?

—Sí, señorita ¿Es usted la dueña del vehículo? Desea que se lo busque. Preguntó el joven. No tenía intención de negarse, pero, era cuestión de protocolo.

—Sí. Mi padre me mandó a buscarlo. Mintió Abigail, creyendo que sería suficiente para convencerlo.

—Muy bien, quédese aquí, señorita. Ya lo busco.

En lo que se dio la vuelta, se sintió realizada, como si hubiese desarrollado una gran habilidad para mentir. Ignoraba que el muchacho no se negaría, para ella, todo eso había sucedido por su destreza, cuando más tenía que ver su encanto.

El muchacho llegó corriendo a la pequeña oficina con diseño de cubículo de grandes ventanas, caminó hasta el estante en donde almacenaban todas las llaves, buscó rápidamente la que tenía el símbolo de Aston Martin, la cogió y se retiró. Abbie pudo verlo salir corriendo de la oficina y perderse entre los vehículos que se encontraban a lo ancho y largo del estacionamiento.

En cuestión de minutos, se acercó en un Aston Martin vanquish S de un llamativo color amarillo.

—Aquí está su coche. Dijo el joven luego de bajarse y levantando las llaves

en el aire sosteniéndolas con el índice y el pulgar.

—Gracias, chico. Repuso Abigail tomando las llaves y dándole una pequeña sonrisa.

Se apartó del muchacho, rodeó el coche por delante y lo abordó dispuesta a marcharse.

El olor a nuevo que tenían todos los coches de su padre, le perforó los pulmones causándole una sensación desagradable en el cuerpo. Todos sus coches olían así y nunca tenía más de dos a la vez.

Casi siempre aparecían modelos nuevos sustituyendo a otros que desaparecían de repente. Tal vez se compraba uno tras otro y, al no saber qué hacer con tantos, solamente se deshacía de ellos.

Encendió el motor a mucha honra, le hizo rugir y se marchó rápidamente dejando solamente el bramido agresivo de su coche. El Sr. Marks no tenía la más mínima idea de que su hija se había ido, ni mucho menos le habría dado la importancia adecuada de haberlo sabido.

Abbie lo entendía a la perfección. Tenía décadas de experiencia en cuanto a ello. Su padre, se había encargado de hacer de su vida un infierno bastante acogedor, con lujos, relaciones disfuncionales y promesas rotas.

Cada cosa que le rodeaba la tenían agotada, su vida, sus ingresos, la forma en que era vista por los demás y, por último, el prestigio que su apellido cargaba. Todo eso era una constante agonía. Su entorno era una vil mentira que le consumía las pocas ganas de vivir que le quedaban.

Al llegar a la mansión en la que había crecido, subió hasta su habitación, se quitó el molesto vestido, y, solo llevando unas bragas, se lanzó sobre la cama para ver al techo.

No sabía que iba a hacer, ya se había escapado de aquel detrimento en el que su padre se divertía.

Ahora, solo le quedaba esperar a convivir de nuevo con otra extraña y el Sr. Marks, a encontrarse en cada rincón con ambos, satisfaciendo su voraz apetito sexual, para que luego de varios meses, o tal vez años, se vea como aflora su falta de interés, comiencen los conflictos y, tras una agotadora pelea, ella se quede exactamente como empezó: sin dinero ni recursos que le sean de utilidad, gracias a un maravilloso papel llamado acuerdo prenupcial.

Su padre, normalmente se emparejaba con mujeres que no parecían tener un futuro forjado por ellas mismas. Todas se veían como una mala decisión. Las últimas tres eran treintañeras, la anterior más atractiva que la otra.

Abrió los ojos; una epifanía. Esta vez no sería así. No presenciaria el devastador y pretencioso acto de la obra que vivía su padre.

Se levantó y comenzó a hurgar entre sus cosas. La vida, como la conocía, era una compleja situación en donde todo terminaba exactamente como empezó, las peleas, el mal comportamiento, la inmadurez y la falta de tacto. Un completo desastre, algo que nunca terminó por agrardarle y por lo que no había hecho nada, hasta ahora.

Esta boda fue la gota que colmó el vaso. Por meses estuvo observando como su padre decidía casarse de nuevo, esta vez, con una chica a la que prácticamente le doblaba la edad. Molesta o no, no tuvo de otra que formar parte de ello y lucir su mejor sonrisa como acostumbraba. Pero, no se dejaría dominar de nuevo por aquella situación.

Las cosas estaban muy claras, no quería tener nada que ver con la gente con la que se codeaba, con los amigos de su padre, con los empleados de la casa. Ese mundo le era molesto, le enfermaba, le hacía daño y sólo tenía una medicina para ello: escapar.

Sin saber qué haría ni a donde se iría, decidió coger todo lo que podía mientras la idea se formaba en su cabeza.

En algún momento daría con el destino apropiado; lo único que hacía falta era saber a dónde, el dinero no era un problema, no escatimaría en gastos. «Papá estaría orgulloso de mí» se dijo mientras lanzaba, con un tanto de agresividad y entusiasmo juvenil, las prendas de ropa hacia la cama sin atinarle a la maleta.

El descontento, se apoderaba más y más de ella mientras se excusaba, dándose suficientes motivos para tomar en serio esa decisión, con las muchas cosas que su padre había hecho, lo que le llevo a recordar la última conversación que tuvo con el señor Marks.

—¡Papá! ¿Cómo es que te comprometiste de nuevo? ¿Quién es esa? Interpeló Abigail lanzando sobre la mesa el periódico de donde leyó la noticia.

El señor Marks se encontraba revisando su móvil mientras se bebía la taza de café matutina. Sin inmutarse, levantó la mirada sin darle importancia a la ira

que emanaba su hija.

—Veo que leíste el periódico. Repuso, bajando la mirada para ver como la noticia caía de la mesa.

—Claro que lo leí Exclamó Abbie sin amainar su ira.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿El problema?! ¿Cuál es el problema?! Papá, ¿por casualidad sabes cuantos años tiene? ... Espetó Abigail con furia.

Su nueva prometida era menor que ella. No le importaba que se casara con otra, eso era lo de menos. Ya era el quinto matrimonio que tenía y el hecho de eso quería decir que tuvo otros tres matrimonios para preocuparse al respecto. La única diferencia entre esos y este era que la esposa era mucho más joven que ella.

Le parecía grotesco que su padre se casara con alguien que pudo ser su mejor amiga, o su compañera de la universidad. Nunca se molestó por preguntarle por qué se casaba tanto, por qué siempre eran mujeres que salían de la nada, como si no existiesen antes de conocerlo. No se entrometía en sus asuntos, pero, esta vez, la edad que se llevaban era una grosería.

—Veinticuatro años.

—¡Veinticuatro años, papá! ¡Veinticuatro! Yo tengo veintisiete. Ella los acaba de cumplir. Eso quiere decir que es cuatro años menor que yo. Podría ser tu hija.

—Pero no lo es.

—No, papá, no lo es. Pero...

—Abbie, yo tengo mis motivos para casarme, y creo que estas al tanto que no tienen nada que ver contigo. Sí te parece que no debo hacerlo, lo siento, pero no me caso para que lo apruebes o no. Expresó el Sr. Marks con total entereza, como si nada de eso le afectase. □ Lamento ofenderte, no fue mi intención, pero, por favor, evita molestarte cuando es algo que solamente me afecta a mí.

El padre de Abbie mantenía una actitud imperturbable en frente de ella para hacerle creer que no había nada de qué preocuparse. Parte de su deseo por mantenerse al margen, por ser visto como un hombre que aún tenía los millones de los que presumía tanto, era evitar que su hija lo viese derrotado y

perdido.

Abigail sintió una ira prepotente que no podía controlar. Las palabras de su padre eran ciertas, no tenía motivos para reprocharle nada porque era su vida, pero, le parecía absurdo que se recluyese a sí mismo en una actividad infructífera, en un matrimonio que, casi siempre, terminaba siendo o un chiste o un total fracaso.

Sin más que decirle, se marchó iracunda a la sala de cine que su padre le había construido cuando era niña. Su pequeño santuario le permitía deshacerse de todo aquello que le causaba molestia.

Lentamente pensaba que no había por qué molestarse, era su problema, no de ella. Su padre nunca le exigió que aceptara a sus esposas, pero tampoco estableció que debía pedirle permiso para casarse.

Sus motivos eran ajenos a ella, cosa que trataba mantener como tal porque así lo quería. Las mujeres con las que se casaba eran parte de la imagen que tenía que mantener como una persona con dinero. Su apellido y su reputación dependía de lo que otros pensarán de él.

Por otro lado, el Sr. Marks entendía a la perfección el punto de su hija, incluso él sentía que estaba haciendo mal al casarse con Mariana, no por el hecho de sino por su edad. Asimismo, no se sentía alegre por su toma de decisiones, ni sus muchos vicios consumidores.

Gran parte de las cosas que hacía eran para poder amainar el grito de desesperación que la soledad daba en su interior. Las mujeres, el sexo, el licor y el dinero eran cubiertas perfectas, a veces para ocultar lo obvio de su estado.

La clase alta estaba a la vuelta de la esquina. Sobrevivía de pequeñas inversiones que hacían en él para poder mantener una vida llena de ostentosas y no ser visto como una persona pobre.

Su imagen lo era todo, cosa que se hacía más y más difícil de mantener debido a la falta de dinero. Unos cuantos amigos le ayudaban con el dinero, pero nunca aceptaba más de ciertas sumas por orgullo y respeto propio.

Aún quedaban vestigios de aquel hombre que Abigail alguna vez admiró. No se dejaría doblegar y haría lo que fuese para mantenerse en aquel lugar que tanto le había costado llegar, pero, su hija no sabía nada al respecto, ni entendía por qué su papá se sumía a tales prácticas.

Marks, dejaba que se desahogara, ya no estaba en posición de discutir con ella, de exigirle y mucho menos de pedir su comprensión.

Para evitar confrontaciones o conflictos de interés, se limitaba a comportarse con longanimidad cada vez que se presentaba un problema. No se podía decir lo mismo de sus discusiones con sus esposas. Solo había una forma para hacer que se mostrase así y eran aquellos que involucraban a su hija.

Desde ese entonces no se volvieron a dirigir la palabra.

De nuevo, respiró profundo, pero, esta vez, para olvidar lo que había sucedido. Ya no quedaba nada por hacer, solo tenía el futuro.

Se detuvo en seco, dejó de lanzar prendas y pensó de nuevo el destino al que partiría.

Mientras se concentraba en su memoria, dejó de lado lo que hacía, actuando por instinto, sin prestar atención al presente. ¿El resto de Europa? ¿Suramérica? ¿Norteamérica? ¿Asia? ¿A cuál continente debía recurrir primero? ¿A qué lugar debía partir? No llegaba a ella la respuesta. No aún.

Cogió todo lo que había depositado al azar sobre la cama para comenzar a doblarlo meticulosamente, separando lo que se llevaría sin realmente saber para donde lo haría.

Dando media vuelta, sacando las cosas que creería necesitar, se planteaba la idea de a dónde quería ir, qué quería hacer realmente. Desde pequeña había estado en gran parte del mundo, visitando de vacaciones, disfrutando el momento, realmente no tenía intención de marcharse para ningún otro lado, solo quería huir.

Abrió un cajón y se detuvo a escrutarlo. Por varios segundos empezó a reflexionar acerca de lo que realmente quería, ya estaba harta de todo ese mundo, de las decisiones, de las mentiras y los errores de su padre. Sacó el cajón completo, y le dio la vuelta sobre la maleta atinando, con una buena puntuaría, al interior de este.

Ya no importaba a donde se iría, tomaría el primer vuelo de primera clase a las Américas y allí resolvería.

En lo que terminó de hacer las maletas, y de preparar sus papeles sintió que estaba tomando la decisión correcta. Le invadió un sentimiento de realización que le hizo sonreír.

—Estoy lista.

Se dijo a sí misma, sintiendo que había tomado la decisión más grande de su vida. Sin pensarlo, tomó sus cosas y caminó hasta una de las tantas SUV que se encontraban en el garaje, emprendiendo su destino hasta el aeropuerto.

Capítulo 2

Las islas del Aloha

Tras varias horas de vuelo, en un intercontinental que la llevo desde Madrid hasta los Estados Unidos, ya estaba lo suficientemente lejos de su casa para descifrar hacia donde tomaría su rumbo. Con las maletas a la mano, un pasaporte libre, tarjetas llenas de dinero y todo el tiempo del mundo, no faltaba nada para consagrar su felicidad.

Estuvo en el aeropuerto esperando a ver, entre los diferentes vuelos que llegaban y salían de allí, encontrar, por obras del destino, al lugar en donde cogería rumbo. Deseaba saberlo, casi tanto como cualquiera, de estar presenciando su vida como espectador.

De a momentos, tomaba decisiones sin pensarlo dos veces, lo que le daba el placer de presenciar los mejores momentos de su vida, esta vez, estaba aventurándose a la nada, a lo desconocido acompañada tan solo por sus ganas de vivir y por el deseo de estar en paz.

No daba con el lugar ideal, no se conseguía con ningún conocido ni le mencionaban algún destino espectacular. Estaba a la mitad del camino, no sabía cuánto tardaría su padre en darse cuenta que no estaba, ni si haría algo al respecto, al cabo ya era una mujer adulta, no debía rendirle cuentas a nadie.

Arrastrando sus maletas con ambas manos, deambulando en el aeropuerto de Nueva York con una mirada dubitativa, impaciente y sin destino, decidía quedarse unos días en un hotel cercano mientras decidía a donde iría.

Se encontraba en el último piso de la terminal. Caminó hasta las escaleras eléctricas más cercanas y se dispuso a ver a su alrededor por última vez.

No dejaba de observar vallas publicitarias acerca de destinos exóticos, de parajes desconocidos y personas que debía conocer antes de dejar los Estados Unidos, la nación de la bandera de estrellas. No recordaba desde cuando no visitaba aquel país, pero si sabía que no tuvo la oportunidad de darse una vuelta por cada uno de sus cincuenta estados.

En ese momento, a pesar de que de cierto modo todas las escaleras bajaban,

en cualquier país, casi a la misma velocidad, sintió que eran particularmente lentas.

Ya había rodeado varias veces con la mirada aquel piso del que acababa de partir, pero, en el preciso instante en que comenzó a dudar de la efectividad de aquel aparato y en el que una de las columnas estaba a punto de obstaculizar su mirada por el desplazamiento descendente, pudo leer, a lo lejos, «*Hawaii, the Islands of Aloha*» fue allí cuando supo a dónde se dirigiría.

Tuvo que devolverse un piso para ir a la taquilla y solicitar en un, casi perfecto, inglés, el boleto más próximo a Hawái.

—Buenas tardes. Dijo la vendedora en cuanto vio a Abigail. □ ¿En qué la puedo ayudar?

—Buenas tardes señorita, me gustaría comprar un boleto para las islas de Hawái. Solicitó Abbie

Tuvo que reprimir el deseo de llegar apresurada y llena de entusiasmo a decir que le vendiesen el boleto que saliera lo más pronto para Hawái. No quería parecer una extranjera desesperada. Mantuvo un rostro sereno y seguro, mientras la señorita que la atendía le pedía las especificaciones de su vuelo.

—¿Desea aterrizar en algún aeropuerto en específico? Preguntó.

Las islas de Hawái disponen de tres aeropuertos, de los cuales, los últimos dos vuelos habían salido para uno de ambos. De preferir alguno de ellos, le habría tocado esperar para el día siguiente, acostada en el suelo de la larga y ancha terminal o en una de las incómodas sillas de espera escuchando los ronquidos de muchos otros viajeros.

—No, cualquiera que estén disponible me es útil.

—Muy bien señorita... Le dijo la encargada buscando a obtener su nombre.

—Abigail; tenemos un vuelo para las seis de la tarde en dirección a las islas de Hawái y aterrizará en el aeropuerto de Honolulu

—¡Perfecto! Repuso Abbie con el pasaporte en la mano.

—De acuerdo señorita, ¿qué tipo de vuelo desea tener? ¿Ejecutivo, primera clase, o clase media?

—Primera clase, por favor. Repuso Abigail.

Pudo haberse escapado sin nada, con la mera intención de huir de aquel

mundo, pero según tenía en cuenta, sería algo completamente estúpido. El salir al mundo sin saber a dónde ni tener con qué era un riesgo (tal vez una aventura diferente) que no quería correr.

Hasta los momentos, disfrutaba del dinero de su padre tanto como él lo ha estado haciendo hasta los momentos. No sentía ni una pizca de remordimiento, después de todo, lo único que le queda es eso, la sensación de poder llegar a algún lugar por deseo propio.

Era el único lujo, especial, desinteresado y para sí misma, que se estaba dando en años. Si iba a disfrutar de eso, lo haría de la mejor manera.

—Entonces, señorita, ¿cómo desea pagar?

—Aquí tiene. Le entregó su tarjeta de crédito sin límites.

La chica de los boletos, tocó la pantalla, y seleccionó el método de pago. Pasó la tarjeta, esperó a que la aprueben y procedió a entregársela de vuelta a Abbie.

—Perfecto, señorita... Bajó la mirada para leer el nombre que mostraba la pantalla. □ Marks, aquí tiene su boleto, que tenga un buen viaje.

Abigail tomó el ticket y se marchó a la espera. Estuvo entre los asientos de la sala durante las horas de espera necesarias. Eran las tres de la tarde, justo el momento en que se quedó dormida.

«The flight 612 to Hawaii will depart at 18:00 hours.

«El vuelo 612 con destino a Hawái saldrá a las 6:00 de la tarde.

—¡Rayos! Exclamo casi cayéndose de la silla en la que estaba recostada. □ rayos, rayos...

Levantó la muñeca buscando a ver su reloj para conocer la hora. En lo que se dio cuenta que eran las cinco y media, se sintió un poco aliviada.

Sacudió su cabeza, se pasó ambas manos por el rostro y dispuso a levantarse para salir a la puerta de abordaje que se mostraba su ticket. Recogió la maleta pequeña que cargaba, un paquete ligero y caminó con la frente en alto.

Desde que dejó la celebración del quinto matrimonio de su padre, no se había sentido tan bien como en ese momento. Estaba a punto de tomar una nueva vida, de salir adelante, de quedarse bajo el sol hasta abrasarse por completo sin ninguna preocupación absurda. Nada ni nadie se opondría en su felicidad.

Para cuando transcurrió la media hora necesaria para comenzar el abordaje, Abbie se encontraba sentada viendo, por la ventana del avión, como los demás coches de equipaje andaban libres por la pista, como los aviones despegaban y aterrizaban. Deslumbrándose por tales detalles, apreciando la nueva libertad que se estaba regalando.

Ya no se sentía presa, ni limitada. Lo que le molestaba dejaba de dominarla, de hacerla enojar. Su padre ya no representaba algo significativo para ella, su nueva madrastra había desaparecido de su memoria de la misma forma que lo haría pronto de la del señor Marks. Estaba suspirando de alegría mientras pensaba en todas las cosas de las que se libró, de tal forma que cada obstáculo evadido se hizo un trofeo para ella.

Esperaba por completo no volverlos a ver más nunca, no tener ningún encuentro con el mundo del que solía pertenecer.

Mientras su respiración empañaba el vidrio de la ventana, prometió que no volvería a vivir la vida del millonario, a disfrutar de sus lujos. Si bien estaba viajando en primera clase, se hospedaría en un hotel de Hawái, o aprovecharía del dinero que su padre hizo por tanto tiempo, todo aquello a lo que estaba acostumbrada no sería lo mimos. No había descifrado por completo las siguientes facetas de su plan. Hasta ahora, las cosas estaban sucediendo de la forma en que surgían: espontáneamente.

Su rostro se llenó de alegría cuando cerraron la puerta del avión. Ahora sí, ya nada podría detenerla. En ese instante, sonrió despreocupadamente y, el resto del mundo parecía sonreír a la par con ella.

Capítulo 3

Aquellos días en el paraíso

A los dieciséis años. Abigail no recordaba más nada de aquel fatídico día, ni qué le motivó a adentrarse al lugar en donde evidenciaría la naturaleza indómita del ser humano. Solo llegaba a su memoria, de la nada, lo que presenció en ese instante.

No era algo del todo desconocido para ella, años de educación habían intentado prepararla para ese entonces, aunque, esto, era diferente. No le habían enseñado todo, aunque, para ese entonces, cuestiona si aquello que vio debía venir como una instrucción aparte. Los detalles seguían vivos en su memoria, imborrables, imperturbables.

En aquel momento, no estaba leyendo un libro, ni viendo imágenes de la anatomía de la mujer ni del hombre. Se encontraba asomada por la puerta de la habitación más grande de aquella casa, con sus ojos puestos fijamente en donde se ubicaba la cama, observando algo más real, más vivido.

Allí estaba su padre, recostado con aquella mujer que no era su madre, saltando y gimiendo innumerables veces. Su rostro era borroso, oculto por la sombra de las cortinas que la luna llena iluminaba.

No entendía lo que sucedía, no era su madre. El recuerdo era borroso, pero sabía que sucedió luego de que su progenitora falleció. No había pasado mucho más de medio año y ya su padre estaba revolcándose con la sustituta. Su mente se inundó de preguntas las cuales, le parecía que no tenían respuestas.

Lo que estaba presenciando era muy real para ser un sueño, estaba segura que no tenía la imaginación necesaria para idear todo eso. A pesar de que sabía qué era todo aquello; el sexo, la penetración... no procesaba por completo la escena. Claramente su padre estaba teniendo sexo con una desconocida, una mujer que parecía disfrutar de él tanto como él de ella.

Esta mujer, saltaba y hacía rebotar sus redondos pechos (más grandes de los que le recordaba a su mamá, y más aún de los que la pre adolescencia le

estaba dejando tener a ella), mientras sacudía su larga cabellera y sus nalgas chocaban con las piernas del señor Marks.

La escasa luz de aquel lugar se reflejaba en la humedad de su cuerpo, en donde, de su rostro, sólo podía observar el brillo de sus dientes y de sus labios humedecidos en saliva. Las manos de su padre rozaban la piel de aquella mujer, disfrutando cada centímetro y erizando cada bello...

Intentaba alejar su mirada de todo eso, del sexo, de los cuerpos húmedos, de los gemidos y del rebotar de aquellos perfectos pechos.

En lo que trataba escapar de su propia curiosidad latente, una y otra vez, como si fuese un CD rayado, se repetía el momento en que trataba de escapar y golpeaba la puerta con el brazo al dar media vuelta, lo que alertaba a su padre quien lanzaba a la mujer a un lado para salir corriendo a ver qué sucedía. En ese momento, como suele hacerlo, se despertó.

El vuelo, estaba cerca de terminar. Se había quedado dormida después de muchas horas sin poder descansar adecuadamente. La emoción y el miedo de que algo pudiese salir mal se apoderaban fácilmente de ella dejándola en vigía durante todo el vuelo.

Habían pasado años desde que no soñaba de nuevo con aquel suceso. Las cosas no parecían igual que antes, ya nada lo era, pero, ese momento regresó a ella como si significara algo especial. Bien, sabía que tan solo era algo insignificante, al igual que lo era hace mucho tiempo.

Todo lo que veía en esos momentos, era la vivida imagen de un trauma que no pudo borrar jamás. No recordaba la época exacta en qué eso había sucedido, a veces, parecía que estaba engañando a su madre, o que solo era su madre. Su mente jugaba con aquel recuerdo agregándole algo específico una y otra vez, cambiando detalles minúsculos a la par que el tiempo transcurría.

Ya su padre y ella se encontraban solos tras la pérdida de la primera señora Marks.

Trató de no darle más vueltas al asunto; su padre ya no significara algo para ella. El avión estaba a punto de aterrizar y eso quería decir que estaba cerca de llegar a su destino, uno en donde se dedicaría a visitar diferentes islas y disfrutar del momento como nunca pudo hacerlo.

—¿Por favor, señorita, podría ajustarse su cinturón? Ya estamos llegando a su destino.

—Sí, ya estoy en eso. Dijo Abbie metiendo las manos entre el asiento para sacar el cinturón de seguridad.

—Gracias. Le repuso la auxiliar de cabina.

—A ti, querida. Dijo Abbie con amabilidad.

Se dieron una sonrisa y ambas retomaron lo suyo. La chica le dijo lo mismo al pasajero de en frente, y Abbie siguió viendo por la ventana, esta vez, sin perderse en sus pensamientos. Podía ver las extensiones de agua, los pequeños cuadros de tierra que realmente eran inmensas y bastas islas experimentando una inmensa alegría por una nueva vida.

Ya una vez en el hotel, luego de aterrizar, de recibir la bienvenida de los encargados de los turistas en Hawái, de pedir la habitación del hotel en donde se hospedaría hasta que una nueva aventura se asomara en su vida para emprenderla, y de cerrarle la puerta al pasado, se abalanzó sobre la cama para cerrar los ojos. No tenía nada de qué preocuparse.

—Este será mi nuevo hogar. El mundo. Dijo, abrazando las sabanas de algodón.

Respiró profundo, con los ojos cerrados como si estuviese a punto de quedarse dormida, tan solo por unos segundos, antes de sentir que su cuerpo se llenaba de energías para levantarse y revisar el alrededor de la habitación.

La verdad no se sentía nada sorprendida por nada de lo que estaba viendo. Su casa como tal era más lujosa que eso, pero, lo que le emocionaba no era el lugar sino el concepto detrás de él. No estaba allí por ningún compromiso, ni caminando de la mano de su padre o de su apellido. Estaba ahí por y para ella.

El baño era similar al de su recámara, la ventana, daba a una terraza en donde se podía ver hacía el mar. Tenía un mini bar con pequeñas botellas de marcas que estaba acostumbrada a ver desde pequeña, pero en mayor tamaño y cantidades.

—Esto es a lo que me refiero. Dijo abriendo la puerta hacia la terraza.

La playa se veía espectacularmente brillante, con aguas cristalinas y paisajes hermosos. Las cosas le parecían más bellas cada vez que le encantaba.

—¿Ahora qué? Se preguntó

Respiró profundo, retrocedió y cerró la puerta que daba a la ventana, dando

media vuelta y recostándose de esta. De repente, le nació la necesidad de expresarse

—Necesito decirle a Karu, dijo. □ necesito decirle a Karen en dónde estoy.

De todos los que conocía, solo se interesaba por una persona de ese grupo de amigos que una vez tuvo. Karen compartía su misma idiosincrasia, le escuchaba en sus problemas y se consideraba su mejor amiga en todo el mundo; un nombre agradable para todo aquello que tenían.

Abbie abrió la portátil que llevaba almacenada en su equipaje y le llamo por cámara web.

Karen respondió.

—¡Abbie! ¿Cómo estás mi amor? ¿Cómo le fue a tu padre en la boda? Preguntó sin saber nada al respecto.

—Bien, supongo. Repuso Abigail.

Sin muchos ánimos, se dispuso a mantener una posición indiferente. Karen pudo notar que algo le sucedía. La mirada cansada, la voz distraída y los hombros caídos. Algo había hecho, pero no sabía qué.

—¿Qué pasó? ¿qué hiciste? Inquirió Karen.

—Algo.

—¿Qué hiciste, Abbie? Insistió.

—Huí de la casa.

—¿Huir? Abigail, tienes veintisiete años, eso no se le llama huir. Se le dice así cuando tienes doce y quieres salir de tu casa para hacer una vida en el circo.

—Tú me entendiste, no vengas.

—Sí, lo hice. Pero, oye. Solo estoy bromeando contigo. ¿Para donde piensas ir?

—En este momento estoy en Hawái, desde hace dos horas.

—¿En Hawái? Exclamó Karen. □ Creí que me llamabas desde tu habitación.

Abbie exteriorizó su alegría; la mera mención de su libertad le llenaba de gracia.

—No, estoy en un hotel en Hawái. Dijo, con una sonrisa en el rostro.

—¿Y por qué te fuiste para allá?

—No sé, sólo vi una valla publicitaria y compré un boleto.

—No, a eso no me refiero. El motivo, ¿Qué te motivó? Tomó el computador portátil, se acomodó en la cama y se lo puso entre las piernas para acercarse más a la cámara.

—Estaba cansada, Karu. No quería más de eso. Tú sabes.

—Sí... pero, entonces. ¿Qué planeas hacer ahora? ¿Tu papá sabe algo al respecto?

—No, me fui a mitad de la boda, cogí su coche, fui hasta la casa y de ahí tomé el primer vuelo a los estados unidos.

—¡Qué maravilla! Dijo genuinamente entusiasmada.

Ambas compartían la misma opinión del mundo en el que se desplazaban. La idea de que una de las dos haya conseguido el valor suficiente para dejarlo atrás, hacía algo especial su sociedad.

—¡Sí! Gritó Abbie al reconocer el mismo entusiasmo que llevaba, en su amiga.

—Y, ¿hasta cuándo piensas quedarte?

—No sé. Creo que ahora viviré la vida a mi manera, ya no tendré que estar debajo de la sombra de mi padre y sus esposas.

—Cuando dices «esposas» me lo imagino con turbante y con un sequito de mujeres caminando a sus espaldas.

—¡Ya son cinco! Karu ¡cinco! Exclamo iracunda. □ No crees que ya con esta llegaría a una octava, ¿qué tal, si no, a una novena?

—Por lo menos no está repartiendo niños por todos lados. Es algo bueno □ agregó Karen.

—¿Quién sabe? Podría tener catorce hermanos en este momento no reconocidos. ¿Qué tal si todas se divorcian porque se embarazaron y dejaron de serle útil? Dijo Abigail con curiosidad. Como si hubiese tenido una epifanía.

Como tal, ya había repasando aquella posibilidad muchas veces. No pensaba

en su padre como un hombre irresponsable, a pesar de las cosas que hacía, pero, aun así, no sería imposible que algo así sucediera. Karen, siempre se sorprendía de la forma en la que Abbie pensaba del señor Marks.

A diferencia de ella, siempre vio al hombre atento que le cuidaba y trataba como el padre del año. Lo único que podía distorsionar un poco esa idea de él, eran las palabras, dichas con tal seguridad, que para Karen no podría ser falso.

Abigail no desperdiciaba un momento para dejarlo en claro. Karen sabía todo lo que se podía saber acerca del señor Marks por todas las cosas que ella le decía. Su confidente, su mejor amiga; la mera mención de su padre era un tema recurrente.

En parte, no lo odiaba, no tanto como quería hacerlo, no siempre fue así, lo dejaba claro «mi padre solía ser un mejor hombre» comenzaba a veces, siempre con la esperanza que podría cambiar.

—¿Aún no quieres perdonarlo? De seguro si lo hablan; siempre hemos dicho que... dijo Karen, intentando defenderlo.

—No, Karu, ya no es lo mismo, estoy cansada de ver la parte positiva en él tan solo para justificar su comportamiento errático □ dijo Abbie, con la mirada perdida entre la pantalla del computador portátil y lo que se reflejaba en ella.

Karen, pudo notar que su amiga estaba afectada. No quería tener que ver más con eso; era obvio que no le gustaba. Se rehusó a arruinarle la ocasión, no hablaría lo mismo de siempre, no acerca de aquello que le motivó irse.

—Creo que esta vez si te afectó.

—¿Tú crees?

—¿No pasó algo más aparte de una simple boda? Inquirió interesada Presentía que algo más estaba sucediendo.

—Vamos, dime. Insistió Karen. □ ¿qué te hizo esta vez?

—Cuando me enteré de la boda... él... ¿sabes qué? Olvídalo.

—Pero, ¿por qué?

—Por nada, Karu, olvídalo. ¿Sí? Déjalo así.

—Vale, vale, no digo más nada □ repuso de inmediato Karen al ver que no

podría llegar a nada. □ oye, no me dijiste hasta cuando te quedarás allá. ¿Cuándo regresas?

Abbie entendió la intención de su amiga. No quería tomarlo negativamente, podría hablar, cambiar de tema sin ningún problema. Todo por el bien del momento.

—Hasta que se acabe el dinero, luego de eso, trataré de conseguir un trabajo y establecerme. Estoy aquí, pensando en tomar las riendas de mi vida.

—¿Ya va? ¿Vas en serio? ¿No vas a volver?

—Claro que voy en serio. No pienso volver, no quiero tener que ver con papá. Seré yo contra el mundo. Puedes visitarme, si quieres.

Abbie estaba decidida.

Pudo despedirse de Karen para dedicarse por completo a la vida de libertad y lujos limitados. Algo a lo que nunca se había acostumbrado, a tener un punto en el que las cosas podrían terminar.

No tenía en mente disfrutar del dinero que se había llevado. Bien las tarjetas algún día deberían dejar de funcionar. Su padre podría, en cualquier momento, cortarle la entrada de dinero y dejarla a su suerte, pudiéndola obligar a devolverse, de ser el lujo, aquello que necesitaba. Pero, Abbie no se sometería a ese nivel de humillación.

No habría salido por la puerta de enfrente, llena de orgullo para compartir, de nuevo, tan solo por un mal cálculo monetario, con su padre, a verlo otra vez, destruir otro matrimonio. No quería, no tenía qué y no lo iba a hacer.

Durante semanas solo salía, a diario, a acostarse sobre la arena para abrasarse con el sol. El sonido del mar le relajaba, le cautivaba como ninguna otra cosa. El bullicio de los turistas a su alrededor no le era importantes, todo se perdía a la perfección con el paisaje y la naturaleza de las islas. Abbie no necesitaba más nada.

Algunos días se levantaba creyendo que aún estaba en casa, que todo lo que hizo el día anterior había sido un sueño: durar toda la mañana acostada sobre la arena, comiendo comida mediterránea, conociendo más sobre el idioma y disfrutando de las fiestas nocturnas en la playa.

Pero, al abrir los ojos y sentir el calor y el sonido del oleaje del mar, se sentía realizada. Nada más le molestaba, ni siquiera la posibilidad de quedarse en la

calle de ser que su padre se enterara que abandono todo para huir.

No sabía que haría en tal caso, ni a donde iría. Estaba en una tierra desconocida, en suelo extranjero, jugándose la suerte. Entendía que había una gran diferencia entre vacacionar y emigrar. En esas ocasiones, le invadía una felicidad que no tenía sentido. Estaba ahí para alejarse de ese mundo del que formaba parte, cualquier cosa que consagrara por completo que ya no volvería, le llenaba de alegría. Las personas, los amigos y la familia con la que solía compartir, eran parte del pasado y nada, absolutamente nada en el mundo la obligaría a regresar.

La mañana del décimo cuarto día de su estadía en las islas de Aloha, Abbie decidió cambiar de lugar para broncearse. Su cuerpo ya estaba tomando ese pigmento tostado característico de una exposición prolongada al sol, por lo que, prefirió ir a una zona donde hubiese más sombra y en donde pudiese cocinarse con el vapor del área en vez de con los rayos UV.

Se detuvo entre un tumulto de gente, con un bañador de color rojo, un sombrero de playa y un bolso en donde llevaba el paño en donde se acostaría. Buscó entre las personas una sombrilla en la que instalarse para hacer mejor la mañana. Las cosas iban igual que siempre, sin ninguna perturbación, sin ningún problema.

—¿Señorita Abigail Marks? Preguntó una chica, en un inglés isleño, vestida del uniforme del hotel, pero con detalles que le ayudaban a desplazarse por la calurosa playa.

—Sí, soy yo ¿Quién desea saberlo?

—Mucho gusto, soy Marta García, soy promotora del hotel. Me acerco a usted para informarle que esta noche se celebrara una reunión en la playa a las siete. Le explicó Marta, mientras Abbie continuaba viendo alrededor para conseguir la sombrilla perfecta. □ Le estamos diciendo a todos los huéspedes por si quieren participar. Es tradición en nuestras instalaciones. Estuvimos buscándola en su habitación, pero no se encontraba.

—Sí, decidí salir temprano a dar una vuelta por el lugar antes de que saliera el sol. Repuso Abbie, sin darle mucha importancia a la presencia de Marta.

Comenzó a caminar, había vislumbrado la sombrilla que buscaba, Marta, se dispuso a seguirla esquivando las personas a su alrededor sin saber a dónde se dirigía Abbie.

—Bueno, señorita... Dijo Marta, mientras trataba no tropezar a los otros huéspedes. □ ...Marks, la cuestión es que estoy aquí para confirmar su presencia, ya que debemos terminar los preparativos.

Abbie sacó su paño del bolso, lo sacudió y extendió sobre la arena.

—Ven, ayúdame. Dijo Abbie. □ colócate allí en frente y coge el paño, por favor.

Marta, hizo caso sin replicar, tomó las puntas que se encontraban en frente de Abbie y las sostuvo como le dijo. Ambas, estiraron el trozo de tela de tal forma que aterrizará a la perfección sobre el terreno sin ninguna perturbación.

—Toma, pon esto en las puntas. Dijo, entregándole dos piedras pulidas que había sacado de su bolsa.

Sacó dos piedras más y las puso en el extremo más cercano a ella.

—¡Listo! Exclamó Abigail al ver su trabajo terminado.

Se continuaba comportando como si Marta no estuviese presentando ningún tema importante para ella. En su cabeza, solo cabían dos cosas, paz y relajación.

—Bien... Dijo Marta, al ver que Abbie estaba satisfecha con su trabajo. □ entonces, ¿irá?

—¿Quieren que confirme mi presencia? Inquirió, subiendo la mirada para ver, por primera vez, a Marta directamente a los ojos. □ Bueno, la confirmo.

—Perfecto, señorita Marks. En ese caso, cumplo con informarle que se servirá la cena en la playa, y que al finalizar habrá uno que otro espectáculo. Se servirán bebidas alcohólicas y demás. Todo lo hacemos para complacer a nuestros huéspedes.

—Me parece bien. Dijo, sacándose el camisón playero. □ Qué bueno que se interesen en sus huéspedes.

—Sí señorita. Si desea algo en específico, no dude en llamarme.

—Y... ¿cómo hago eso exactamente? Debo ir a buscarla o, aparecerá de repente, así no más.

—Cuando me necesite, sabrá encontrarme. Le dijo Marta, dejándola un poco desconcertada, pero no lo suficiente como para perturbarle.

—Bueno... Repuso, manteniendo el sonido de la primera sílaba. Ya le parecía raro que fuesen directamente hasta ella para avisarle algo que pudieron bien decir en general o dejar explícito en alguna cartelera informativa.

No dejó escapar la intención de demostrar, con un gesto de confusión en el rostro, lo extraño que habían sido las últimas palabras de Marta.

Sin embargo, no le dio mucha importancia y terminó de quitarse las pocas prendas que le ayudaban a pasar desapercibido, a medias, el bañador. Era el mismo estilo de traje que los últimos que llevaba, para no dejar marcas extrañas de bronceado en su cuerpo. Todos seguían el mismo patrón.

Se agachó para recostarse en el paño que acababa de extender con la ayuda de Marta y se dispuso a tomar el sol con tranquilidad.

—Mucho gusto, señorita. Que tenga un maravilloso día.

Por un momento, había olvidado que Marta seguía ahí.

—Oh, sí. Gracias. Igualmente. Dijo, tapándose un poco los ojos por el resplandor del sol.

Marta, dio media vuelta y se acercó a una pareja de huéspedes para darle la misma información.

Abbie, no se encontraba muy entusiasmada por la reunión, pero, de todos modos, iba a estar personas del hotel y, técnicamente, ella era parte de los invitados principales.

Tal vez, pensó mientras se quedaba dormida en la arena lo suficientemente cubierta por las sombras para evitar una insolación, podría conseguir a alguien con quien pasar la noche. Ya eran varias semanas en el paraíso, y para ese entonces tenía muchos meses sin gozar de un genuino y jugoso coito.

Tras varias horas de sueño reparador bajo la sombra, en la cálida isla de América del norte, el estrepitoso grito y el golpe de un infante con una pelota de playa le despertó.

—¡Oye! Gritó, luego de superar el susto ocasionado. □ mira por dónde vas muchacho del demonio. Grito en español.

El niño, se aturdió luego de escuchar el idioma. Era primera vez que se encontraba con él en persona, por lo que no esperaba que fuese así. No entendió nada de lo que le había dicho, pero, por la fuerza y el ímpetu con que

lo dijo, asumió que estaba molesta.

No supo cómo proceder, por lo que se resignó a responderle en la única lengua que conocía.

—Lo siento mucho, señora. Dijo el pequeño en su idioma natal.

—¿Cómo que señora? ¡tú!... De nuevo se le escapó el español, aunque se contuvo para no insultarlo. El pequeño ya sabía que ella se podía comunicar en el mismo idioma que él.

Respiró profundo, se sacudió con cuidado la arena que le había salpicado el pequeño. Este, se mostraba apenado y un tanto asustado. Creía que la señora mexicana (no sabía que en el resto del mundo había hispanohablantes que no vivían en México), que para él en ese entonces no parecía para nada lo que veía en televisión, le iba a volver a gritar en otro idioma.

—Olvídalo. No te preocupes, no fue gran cosa. Dijo más calmada.

—Lo siento seño...

Abbie se aclaró la garganta al entender que le iba a llamar de nuevo señora.

—Señorita. Corrigió. □ no volverá a pasar.

—Descuida... Dijo Abbie, quitándole importancia al asunto. □ ¿sabes qué hora es?

—Van a ser las dos de la tarde señorita... Hizo varias pausas apenado. □ disculpe... no quise...

—No te preocupes, ¿sí? —dijo Abigail. □ no importa.

El niño decidió retirarse haciéndole caso a Abigail. Esta, se levantó, recogió su paño, las piedras pulidas y se colocó las prendas que llevaba puestas al inicio del día. Había dormido toda la mañana, con suerte, se quedaría el resto de la tarde dormida en la habitación del hotel hasta que se hiciera la hora para ir a la reunión nocturna que le había mencionado Marta.

Más de doce horas durmiendo, un almuerzo en la habitación y un baño relajante de espumas, Abbie podía ver una ligera diferencia en lo que estaba haciendo. Bien su vida era similar a la comodidad que experimenta en la isla, pero, con la ligera diferencia de que su padre no estaba allí para molestarla.

Ya para cuando se despertó para comenzar a vestirse, cronológicamente hablando y teniendo como referencia los antiguos matrimonios del señor

Marks, ya habrían tenido la primera diferencia marital.

Mientras salía de su habitación, se sintió realizada por aquella observación. No estaba presenciando el más reciente escándalo de su padre con su nueva esposa; las cosas iban de bien para mejor.

Bajó las escaleras lentamente manteniendo un ritmo que iba de la mano con sus ganas de ir a la fiesta que se habían molestado en mencionarle al principio del día. Quería estar a la par de las demás personas que se acercaban a ella y no se molestaban en hablarle

Para ese entonces, en otro continente, su padre y su nueva esposa se encontraban teniendo una discusión.

—¿Por qué no llegas más temprano? Le gritó la quinta señora Marks al padre de Abbie.

—Porque estoy trabajando hasta tarde ¿eso no te da una idea? Repuso el Sr. Marks con la misma intensidad. □ ¿crees que pierdo mi tiempo saliendo para no verte? ¡por favor! ¡madura!

—¿Qué madura? ¡Qué estas insinuando! Exclamó Mariana, completamente escandalizada.

El señor Marks, a pesar de estar iracundo ante el comportamiento de su nueva esposa, no se encontraba del todo interesado en sus palabras. Bien le respondía, por costumbre, ya había mantenido esa discusión con otras tres mujeres que no sabían su estado financiero.

—Estoy insinuando que estas comportándote como una niña. Espetó el Sr. Marks.

Las discusiones eran fugaces. Esta vez la chica no era como las demás. Le preocupaba por completo su posición en aquella casa. A pesar de tener el apellido del dueño, de tener parte de sus ingresos y de disfrutar de las comodidades que en su vida pudo imaginar, no tenía todo lo que cualquiera pensaría.

El señor Marks era un hombre lleno de misterios. No sabía por qué se recluía cada noche, antes de dormir, por casi una hora en el baño. Al principio, creía que sufría de estreñimiento, que podría necesitar ayuda médica, aunque poco a poco se fue percatando que no lo hacía por eso.

No hablaba al respecto, no lo mencionaba y cuando se acostaban actuaba

como si no hubiese sucedido. Ella, evidentemente, se sentía intrigada por el comportamiento de su esposo.

Escalón por escalón, la nueva señora Marks, se adaptaba a la forma de ser de su marido. No quería ser la quinta esposa para luego darle paso a una sexta, su integridad ya se encontraba por el suelo por haberse casado tan rápido sin saber exactamente qué le deparaba el futuro.

No se le solicitaba que fuese ama de casa ni que se encargara de los niños del señor. La única hija que tuvo y que quería tener desapareció de repente, pero, por poco peculiar que pareciera, su esposo no le daba la debida importancia, y actuaba como si su pequeña estuviese de vacaciones.

«Pequeña» Mariana, entendía que, como tal, era la esposa joven del señor Marks, el trofeo que muchos buscan: belleza, edad, buenos atributos físicos. Ella sola, era menor que Abigail, decirle pequeña, era básicamente insultarla. Técnicamente era su hija, el simple hecho de ser madre de una mujer que era mayor que ella (una diferencia de cuatro años) no le convencía por completo de su posición.

El señor Marks, decidió dejar la conversación por donde iba. No se ridiculizaría a sí mismo al discutir con alguien a quien le adelantaba tantos años. Entre todas sus esposas, era la más joven, se arrepentía cada segundo de lo que había hecho. La carga social que procuraba aquella mujer le era difícil de mantener con tantas deudas y problemas encima.

Mariana, no podía decirle nada, no sabía que más comentar. Si continuaba con su punto, solo conseguiría lo peor, a pesar de no haberlo visto nunca de malas. Su actitud misteriosa, dejaba mucho de qué hablar, lo que significaba que no podía tomárselo a la ligera.

¿Qué podría significar todo eso? Lo que le intrigaba iba más allá de sus visitas extrañas al baño, de su afición repentina por ir al trabajo. ¡Es millonario! No hay un «trabajo» al que deba ir, o al menos así lo veía ella.

Pudo ver como el señor Marks se quitaba la corbata y como, con un aire de derrota, subía por la amplia escalera imperial que se encontraban en el medio de la casa. No sabía si se debía a ella, ¿Había hecho algo desagradable? ¿Ya no le parecía atractiva?

Tal vez se motivaba por la ausencia de la única hija del señor; Abigail se había marchado ya hace tres semanas y no se había reportado ni dicho en

dónde. El día de la boda le dijo, personalmente, que regresaría.

Al momento en que todo terminó, pensó que tal vez se sentía muy mal y por eso no volvió. Eso creía hasta que llegaron a casa para encontrarse con el coche mal aparcado al frente y una habitación vacía.

En lo que el señor Marks se enteró de que se había ido del país, dejó de darle importancia al asunto. Por ese entonces. Pudo haber rastreado sus tarjetas de crédito para averiguarlo, pero, quiso mantener la privacidad de su hija intacta; por algún motivo tuvo que irse, pero, de averiguarlo, no se molestaría mucho para hacerlo. Las cosas debían ser «espontáneas».

Tal vez habría sido por eso, tal vez, le faltaba su hija. Pero, no estaba segura.

Aquella escena terminó exactamente como había comenzado. Repentinamente. Ya no había algo que importase realmente, las cosas sucedieron de tal forma que Mariana creyó que podría significar el final de su relación con Rubén. Pero, no pudo estar más equivocada.

Al entrar en la habitación, al igual que hacía todas las noches, el Sr. Marks se encontraba en el mismo lugar de siempre, acostado, leyendo los mensajes de su teléfono en búsqueda de la información adecuada. De alguna buena noticia, el indicio de algo. Mariana, entró directo al baño a ducharse y se puso el único conjunto que tenía para la noche.

Era una chica joven, por lo tanto, su cuerpo era el de una mujer adecuada para su edad. Sus atributos, tales como sus pechos, sus nalgas, sus piernas... estaban perfectamente definidos. No se podía negar que el Sr. Marks había elegido sabiamente a su nueva esposa quien, por no tener más nada que ponerse, dejó al descubierto aquellas cosas que un hombre con aspiraciones sencillas querría ver.

Era un vestido corto de lencería de color negro que iba de conjunto con unas medias largas de encaje que prefirió no ponerse para no dar una impresión equivocada. Pero, no logró mucho.

Su cuerpo se relucía tal cual estaba, como había llegado al mundo. Sus pechos se acomodaban al vestido de gran copa como si se tratase de algo más ajustado y la tela que sobraba, le llegaba hasta sus nalgas, escondiéndolas por escasos centímetros.

Se acercó a la cama, vestida con la intención de no provocar la ira o el descontento de su nuevo esposo, quien, no se inmuto siquiera en lo que ella se

acercó a él. Rodeó aquel lecho con suavidad mientras su marido no quitaba la vista del móvil, según tuvo ella la impresión.

Rubén, había notado, de reojo, la forma en la que salió del baño con su prenda corta perfectamente diseñada para relucir su cuerpo. Pretendió no haberla visto y mantuvo su rostro en dirección a su móvil. En lo que ella se depositó en la cama, dejó sutilmente su teléfono móvil en la mesa a su derecha, y cogió a Mariana por la muñeca para jalarla y montarla sobre él.

—Pero, ¿no estabas molesto conmigo? Preguntó Mariana confundida, acomodándose sobre él, ya húmeda entre las piernas, mirándolo directamente a los ojos.

—En este momento no lo estoy. Dijo el Sr. Marks y le embozó un beso en los labios como si hubiese contenido todo su deseo tan solo para ese momento.

Marks estaba afectado por cientos de cosas, una que otra lograba escaparse de sí cuando se alteraba o buscaba expresarlo con ira. Ninguna de sus esposas había sabido tomar adecuadamente ese comportamiento errático, por lo que terminaba deshaciéndose de la carga pesada una vez se hacían molestas.

El sexo era uno de sus escapes, entre ellos, el mejor y el más económico en términos de gastos. Ahogaba sus penas a la vez que intentaba saciar un deseo insaciable. Mariana era su nueva esposa, quien, totalmente confundida, sin entender la forma de proceder de su marido, vio aquello como una oportunidad para mejorar la situación.

No era mala en lo que hacía, a la vez que mantenía en secreto su ninfomanía para no dejarse en evidencia ante un individuo que parecía tener todo bajo control. En silencio, notaba que algo sucedía con él, pero, no iba a decir nada al respecto mientras estuviese disfrutando por completo la mejor experiencia que podía tener con aquel hombre.

El sexo era el único momento en que se sentía que estaba bien con él.

Abbie sospechaba que algo así habría de estar sucediendo en la casa de su padre. No mantenía ningún contacto con él, pero, por la cantidad de días que habían transcurrido, no cabía duda.

Capítulo 4

Francis

Dos semanas antes de que Abigail llegara a Hawái, Francis no tenía planeado ir para allá, se encontraba en uno de sus muchos viajes alrededor del mundo atendiendo a diversas «Actividades recreativas» tal cual llamaba él a su emocionante estilo de vida. No tenía ni la más mínima intención de dirigirse a esa isla, mucho menos hospedarse en aquel hotel.

Se despertó por el sonido de la alarma de su reloj de muñeca, la cual se encontraba debajo de su oreja abrazando la almohada de pluma que tenía sobre la cama en su yate. Acababa de hacer un viaje trasatlántico que la había cobrado la mitad de su energía.

El viaje desde España hasta donde se encontraba, le había tomado el suficiente tiempo como para desear un descanso de todo el mar. No se puede decir que estaba cansado de las «tranquilas» aguas del océano pacífico, el wind surf, el surf, el buceo extremo y todas las actividades que se pueden hacer bajo el agua y sobre ella. Todo eso se le hacía repetitivo.

—Señor Francis, hemos llegado.

Francis escuchó la voz de Karen, quien se encargaba de mantener todo en orden en su yate. Era parte de la tripulación que hacía funcionar el lugar y que le permitía a él tener la mejor experiencia sobre el mar.

Estaba acostumbrado a viajar prácticamente solo en cuestión de compañeros. Las únicas personas que iban a todos lados con él eran su tripulación, quienes terminaron formando un lazo amistoso con el dueño de la embarcación.

Francis apreciaba que estuviesen trabajando para él.

—Sí, sí, Karen. Gracias. Ahora me levanto. Le dijo Francis sin inmutarse.

—Está bien, señor, en lo que el desayuno esté listo regreso.

«Desayuno» pensó Francis. En lo que escuchó la palabra no le vino a la mente que se trataba de su comida al despertar sino de la que le sirven cada mañana. Lo que presentaba una diferencia abismal.

Una cosa era despertarse y comer (lo que entendía él por desayunar) y que lo despertaran a la misma hora en que todos creían que se debía comer. Cosa que no tenía al tanto, para lo que él constaba, eran las siete de la mañana.

—¿Desayuno? Repitió la pregunta pero esta vez a Karen. □ ¿Qué hora es?

—Son las dos de la tarde en este lado del planeta, le dijo Karen retrocediendo ante el llamado de su jefe. □ en la hora local actual del condado de Maui. No estamos exactamente allí, pero, es a unos cuantos kilómetros.

—¿En dónde estamos exactamente?

—En Hawaii, señor. Le avisé tal cual usted lo pidió. Acomodó su torso, aclaró su garganta y se propuso a imitar a su jefe. □ «Avísame en lo que llegemos a la siguiente parada».

Francis dejó caer su cabeza sobre la almohada y agregó.

—Vale, vale, ya me despierto.

Karen, retomó su paso hacia la lavandería con los paños sucios que llevaba cargados de brazos. Con una sonrisa en el rostro y emoción por la siguiente parada, caminaba entre los pasillos del lugar hasta el segundo nivel de la embarcación en donde se encontraba el cuarto de lavado.

La noche había sido agitada, una fiesta en medio del mar, con ciento de desconocidos que llegaban, uno tras otro, en helicópteros de sus padres, en otros barcos. Antes de que las horas se hicieran cortas y el agotamiento de su jefe se hiciera evidente, le tomó trabajo despedir a todas las personas que se encontraban sobre el barco festejando sin mesura.

Francis tardaría en levantarse de su cama, por lo que iría a la cocina a supervisar como estaban yendo las preparaciones.

—Ten, ya sabes qué hacer con esto. Le dijo Karen a Susana. □ yo iré a la cocina.

Karen dio media vuelta y fue hacia el pasillo que daba a la cocina. Para ese entonces, Francis ya estaría a punto de despertarse, su estilo de vida no le permitía dormir hasta tarde, o hasta más tarde, en contadas ocasiones surgía la oportunidad en la que este invertía su tiempo nada más en eso.

Pero, Karen, estaba acostumbrada a la forma en la que él actuaba, por lo tanto, sabía exactamente lo que haría en ese momento, se levantaría, iría al baño, y

caminaría directo a la cocina a ver que habían preparado para el desayuno. Karen se había encargado gran parte de su vida a atenderlo, debido a eso aceleró el paso y cruzó en la siguiente esquina hasta llegar a la cocina.

Le quedaba poco tiempo antes de que Francis apareciese por la puerta, revisó todo lo que estaba a su alrededor, probó todo lo que le habían preparado y dio el visto bueno.

—¡Buenos días chicos! ¿Qué tenemos preparado para hoy? Dijo Francis al aparecer por la puerta.

—¡Buenos días señor Francis! Dijeron las personas que estaban dentro de la cocina, contando a Karen, al unísono.

—Tenemos para el desayuno omelette de cangrejo, acompañado de unas tostadas de queso crema con cilantro y, una ensalada de frutas cubierta con una vinagreta de lima. De bebida, un jugo de naranja y zanahoria recién exprimido y un café negro. □ le dijo Karen.

Francis contemplaba cada una de las palabras que Karen le mencionó, degustando cada bocado como si ya lo tuviese servido. Con los ojos cerrados, esperando con ansias poder probarlo. Y entonces abrió los ojos.

—¡Oh, vaya, se ve mucho mejor de lo que me imaginaba! Dijo Francis al contemplar los platos en frente suyo.

Karen los colocaba ante él mientras lo observaba imaginarse las cosas con los ojos cerrados.

—Espero le guste señor, fue preparado con cariño. Dijo Karen.

Se detuvo unos segundos tomando una mano con la otra en frente suyo, respiró profundo para luego interrumpir el silencio con una orden.

—Chicos vengan, salgamos. Le dijo Karen al resto de las personas que se encontraban en la cocina, para que Francis comiera en calma.

—Karen, espera, le detuvo Francis, con la boca llena del primer bocado de la mañana. □ no me dejen solito, ven, acompáñame.

—Pero señor... Trató de decir antes de ser interrumpida.

—No, no, expuso Francis con insistencia y atrayéndola con el brazo. □ ven, siéntate que es aburrido comer solo.

—Señor, siempre ha comido solo, dijo Karen sin acercarse a la cocina. □

Todavía no hay algo que lo aburra, es decir, está nadando en dinero...

Francis levantó la mano haciendo un gesto de indiferencia, sin darle importancia a sus palabras para hacerla callar y agregó.

—No te estoy preguntando. Interrumpió, tomando otro bocado. Levantó la mirada para luego agregar. □ Más bien, sírvete un poco y siéntate junto a mí, vamos a hablar.

Karen no se acostumbraba a ceder antes las exigencias de Francis, no como un hombre caprichoso que de tal forma pretendía parecer de vez en cuando a pesar de que no fuese su forma real de ser. Como esta, en ocasiones, dejaba que le convenciera una vez que estudiaba la situación a fondo evaluando los beneficios y pérdidas.

—Está bien. Repuso Karen, acercándose a la cocina en donde aún se encontraban las ollas calientes □ , señor.

—Así me gusta. Apresúrate que quiero preguntarte algo. Agregó, sin despegar la vista del plato.

Karen, tomó una porción de cada una de las cosas que habían mencionado anteriormente y se sentó en frente de Francis para contemplarlo en silencio a la espera de que le indicase su inquietud.

Francis, levantó la mirada, vio fijamente a Karen y le interpeló.

—¿Qué? ¿Qué pasó? Inquirió confundido.

—Señor, ¿no quería usted preguntarme algo? Repuso Karen ante la falta de atención de su jefe.

—¡Oh sí! Exclamó Francis entrando en razón. □ No te había preguntado acerca de tus hijos. Creí haberlo hecho, pero, no.

—Están bien, Fran. Les gustó el regalo que les enviaste, no he hablado con ellos desde que zarpamos, pero, según los dejé, están bien. Repuso Karen.

—Qué bueno, de maravilla. Me fascinan esos enanos. Son tan adorables

Karen sonrió un poco ante el apodo que les había puesto Francis a sus hijos.

—¿Era eso lo que me querías preguntar?

—Sí, la verdad no era gran cosa. Solamente deseaba poder hablar con mi amiga. No hemos entablado una conversación agradable en varios días.

—Fran, claro que sí hemos hablado. Solamente que las veces en que lo hacemos o estas durmiendo, o has estado pedo □ expuso con puntualidad.

—Lo sé, lo sé. Repuso sin importancia. □ Solamente estoy diciendo que quiero hablar contigo. Y no he estado pedo, solamente me despierto un tanto cansado.

—Sí, ajá. dijo Karen con sarcasmo. □ Y yo soy un unicornio que cabalga libre por la pradera.

—Vale, ¡qué no me trates mal! Dijo Francis a la defensiva. □ Que me acabo de despertar y estoy un poco confundido.

Disfrutaba hablarle, trabajar con él. Compartían gran parte de su tiempo debido a sus interminables viajes y su estilo de vida. Sus hijos y su pareja vivían en la casa contigua para no alejarse mucho de la emocionante vida del señor Francis por cosas del destino, por la temporada escolar y el trabajo de medio tiempo del esposo de Karen, esta vez le había tocado hacer ese viaje sola con él y la tripulación del yate.

Hablaban a veces de temas que no tenían sentido, y de a momentos terminaban en un punto en que entablaban una plática entretenida y agradable.

—Bueno, como te seguía diciendo, no sé qué hacer. Agregó Francis.

—No me había dicho nada al respecto. Dijo Karen.

Francis, posó su mirada a un costado, se detuvo para agregar unas palabras luego de una pausa casi dramática.

—Muy bien, ahora lo estoy diciendo. Agitó levemente su cabeza al pronunciar cada palabra. □ No, sé, qué, hacer.

—Y ¿qué deseas que haga yo? Inquirió Karen llevándose el primer bocado de su desayuno.

—Me gustaría que me dieras una idea de a dónde puedo ir, con quien pueda encontrarme, no sé, lo más divertido en lo que puedas pensar. Puntualizó moviendo el tenedor que tenía en la mano antes de llevarse una porción de lo que quedaba de su comida a la boca.

—Bueno, acabamos de llegar a Hawaii, es un complejo de islas atractivo y hace mucho tiempo que no vienes para aquí. Hay suficientes cosas con las cuales podría entretenerte. Expuso Karen con calma, mientras se detenía de

vez en vez a disfrutar de su platillo.

Francis terminó su desayuno antes de agregar.

—Es una forma de verlo, amiga mía. Apartó el plato y se inclinó hacia atrás en su silla. □ Bien, creo que realmente quería saber por dónde empezar, no qué hacer. Agregó con un gesto de satisfacción.

Karen estaba al tanto de que no le había especificado nada en especial además de lo obvio. Pero, así es su jefe. No terminaba de pensar en algo cuando ya tenía su siguiente aventura por el mundo en curso. Al igual que siempre, no sabía que iba a hacer, pero estaba segura que no tardaría mucho en desaparecer para adentrarse en alguna cosa interesante.

El desayuno había terminado y Francis se había recluso a las aguas profundas del océano pacífico central a nadar entre los peces que se acercaban más a la isla. No se encontraba en aguas de la región, estaba lo suficientemente lejos del territorio americano de tal forma que aún no se podía decir que se encontraba en Hawaii, o siquiera en Estados Unidos, pero, a pesar de eso, para el señor Marks fue más que suficiente.

Karen se encontraba sentada en la oficina del yate arreglando las cuentas de cada gasto hecho por su jefe; a pesar de su ridícula suma de dinero, no había motivos para descuidar sus gastos. En ese momento el móvil de su señor comenzó a sonar con desespero. Observó de quién provenía la llamada y se propuso a atenderla.

—Buenas tardes, habla Karen, la asistente del señor Acosta, ¿en qué puedo ayudarle? Atendió como de costumbre.

—Por favor, comuníqueme con Francis, deseo hablar con él, es urgente. Pudo escuchar Karen al otro lado de la línea.

—De acuerdo señor Marks, ya lo comunico con él. Dijo Karen, levantándose del escritorio para ir en búsqueda de su jefe.

Karen caminó hasta la popa en donde se encontraba el equipo de buceo de Francis. Al parecer, su jefe no lo estaba usando, pero tampoco se encontraba en el yate.

—¡Señor Francis! Gritó Karen con la esperanza de que su señor le respondiera.

No hubo respuesta alguna, nadie apareció ante su llamado ni se acercó al yate

por ninguno de sus lados. Decidió gritar de nuevo.

—¡Señor Francis, el señor Marks está al teléfono! Insistió.

Francis se encontraba unos cuantos metros debajo del mar, sometiendo su cuerpo al máximo con la práctica de la apnea con un escaso nivel de experiencia. Se adentró en aquel deporte al igual que en otros que ya dominaba. Su día comenzaría con un poco de adrenalina.

No escuchó los primeros gritos de Karen, expuestos mucho antes de que comenzara a subir a la superficie en la búsqueda de aire. A punto de salir las vibraciones de su cráneo comenzaron a amainarse lo que le permitió escuchar, a murmullos, los gritos de su asistente.

—¡Señor Francis, lo solicitan en el teléfono! ¡Señor Francis! Grito por quinta vez. Karen, se aclaró la garganta y le habló al teléfono móvil. □ Disculpe señor Marks, estoy tratando de encontrar al señor Francis. Debe estar por algún lugar de estas aguas. ¿Desea dejarle algún mensaje?

—No se preocupe. Repuso el Sr. Marks indiferente a la espera. □ necesito hablar directamente con él, yo espero.

—De acuerdo, señor Marks, déme un momento. Respondió Karen.

Karen, alejó el móvil de su rostro para gritar de nuevo. El Sr. Marks escuchaba cada una de sus palabras como si se las estuviese gritando a él. Las maravillas de la tecnología.

Francis, a poco de salir, aceleró el pataleo para impulsarse y atender a su llamado. No había entendido a la perfección lo que su asistente le profería, pero entendió que le estaba solicitando por algo, además, sus pulmones pedían a gritos oxígeno.

Su alrededor se hacía cada vez más negro. Escuchaba un pitido en sus oídos que le recorría todo el cráneo como si estuviese haciéndole eco. Veía pequeños puntos a los bordes de su campo periférico, que poco a poco se iba disminuyendo. Todo, tal cual, estuviese presenciando una película en tono sepia.

Karen, tuvo la brillante idea de ver hacia abajo, cosa que, por peculiar que pareciese, no se había indignado a hacer. Las claras aguas del pacífico demostraban, a escaso escrutinio, aquello que se encontraba dentro de ellas.

Pudo ver como un cuerpo se acercaba desesperadamente a la superficie. En

aquel yate, solo había una persona capaz de adentrarse al agua sin ningún motivo. De inmediato supo que era Francis. Gritó de nuevo, pero con entusiasmo y apremio.

—¡Joder! ¡Señor Francis, apresúrese que el señor Marks quiere hablar con usted! Exclamó Karen.

Francis, por fin en la superficie dio una bocanada de aire, lleno de desesperación y triunfo. Se mantuvo a flote por varios segundos ignorando las palabras que le profería Karen. Luego de recobrar un poco el dominio en sí, se acercó a la popa y extendió la mano, casi por reflejo como si hubiese atendido a lo que su asistente le decía, cuando realmente no lo había internalizado aún.

Karen le entregó el teléfono móvil a Francis luego de que le extendió la mano. A penas sintió el aparato en la palma, se lo acercó al oído y habló.

—¿Aló? Aquí Francis. ¿Quién es? Dijo, sin saber exactamente qué estaba haciendo.

—Francis, soy yo, Rubén. Dijo el Sr. Marks

—Oh, oh, Rubén, claro. ¿Qué pasó? Repuso Francis, entrando en razón.

Karen pudo ver como el semblante de Francis iba a cambiando. No sabía si se debía al hecho de que saliese de hipoxia a respirar oxígeno como una persona normal, o por algo que le estuviesen diciendo.

El punto a relucir era que, no era alegría lo que veía en su rostro. Pasó de ser una consternación motivada por algo, luego un poco de empatía, tal vez, motivada por lo mismo, para después terminar con camaradería y complicidad.

No tenía idea de aquello de lo que estaban hablando. Luego de un corto periodo de tiempo al teléfono, Francis, sosteniéndose de la proa con los brazos, extendió aquel en el que tenía el teléfono móvil hacia Karen. Ella, lo tomó.

—Karen, dile al capitán que curse rumbo Honolulu, ya tenemos algo que hacer.

Capítulo 5

Sobre la arena

Abigail se encontraba caminando hacia la playa a «disfrutar» de la reunión que había preparado el hotel para sus huéspedes. No tenía idea de si estaba adecuada a la vestimenta que los demás podían estar llevando en ese preciso momento.

Al parecer era la última persona en llegar, o eso creía. No veía a nadie a su alrededor, no se acercaron a ella para indicarle en donde era, ni pudo ver a nadie saliendo de su habitación en el preciso momento en que ella lo hizo.

Por su parte, no le importaba, pero, de estar interesada en aquella práctica, le habría parecido extraño. Aquella preocupación absurda se fue amainando una vez recordó que le habían dicho la hora de comienzo de la reunión. Eran las diez de la noche, a esa hora casi nadie se habría indignado en llegar. Solamente ella.

Abbie podía ver a lo lejos, un gran toldo blanco con una iluminación atractiva. Escuchaba el bullicio de las personas, la música que danzaba en armonía con el oleaje del mar. No sabía qué le depararía ese lugar.

Los pocos huéspedes que había visto eran extraños para ella. Por otro lado, los demás si la había notado. Siempre andaba sola, vestida de traje de baño, eligiendo del bufete de desayuno, para luego no verla sino hasta la mañana siguiente, haciendo exactamente lo mismo.

Su belleza atraía la mirada de muchos hombres, su forma misteriosa de moverse acompañada con su alta dosis de elegancia hacía llamar la atención de las mujeres. Pocos eran lo que la habían notado, debido a su sutileza y recato. Los empleados la trataban como un huésped más gracias a que no se hacía notar lo suficiente.

Pero, de todos ellos, había uno que se dedicó a observarla con empeño. Este al igual que ella, no era un huésped habitual del hotel, aunque sí otro millonario más de los muchos que llegaban a aquel lugar a distraerse o a disfrutar.

En lo que le vio, supo qué debía hacer. Trataba de seguirla en la playa a una distancia prudente en la que no se notara, aunque, de todos modos, solo se quedaba a dormir bajo el resplandor del sol, cada mañana.

Quería poder acercarse, hablarle, darse a notar y ve si lo que ella causaba en él podría ser recíproco. Pero se privaba de ello. Francis, se mantenía al margen para no destacar ya que quería acercarse a Abbie de la forma más sutil posible.

Siempre estaba sola, lo que daba la impresión de que podía o no ser absoluto. ¿Y si su pareja se quedaba todo el tiempo en la habitación? O ¿si estaba esperando a que llegara su esposo? No conocía todo de ella. Cosa que le tomó por sorpresa.

Podía ser cualquier cosa. La necesidad de interrumpir la distancia y conocer más de ella, se veía en conflicto con su deseo de no arruinar la ocasión.

Para cuando se les informó a todos los huéspedes de la reunión que se haría al anochecer en la playa, vio una oportunidad para proceder. Abordaría a la señorita misterio y obtendría la mayor información posible de ella; había fallado en descubrirlo por sí mismo, no desaprovecharía esa oportunidad.

Para cuando todo se encontraba en marcha y que gran parte de los huéspedes ya estaban disfrutando de los servicios del lugar, mucho antes de salir de su habitación, Abbie aún no estaba a punto de llegar.

Desde su punto de vista, ajeno a su entorno, a su manera, le daba importancia al hecho de que no sabía cómo debía vestirse para la ocasión. Carecía de la intención de presentarse ya que no era precisamente una obligación. «No quiero ir ¿para qué demonios estoy haciendo esto?» se decía mientras buscaba ropa para vestir.

Tras varios minutos invertidos en ello, decidió llevarse un corto vestido playero. Para lo que ella constaba, no había motivos para hacer otra cosa que no fuese ir al mar; a pesar que no sabía que se dirigiría allí hasta que detalló el anuncio de Hawaii en el aeropuerto de Nueva York, pero, aun así, no tenía prendas adecuadas para «una fiesta».

Antes de decidirse por el vestido que había elegido, el cual escogió tras mucho tiempo de pensar al respecto, decidió llevar un traje de baño por si se presentaba la posibilidad de meterse al agua de noche. Lo menos que le importaba era ver a los demás, dar su presencia, o si acaso, ofrecer una buena

impresión.

Desconocía quienes eran aquellos invitados aparte de ella, no había visto a ninguno, ni mucho menos interactuado con ellos. Evidentemente eran huéspedes del hotel, sabía que entre ellos muchos la veían con asombro, duda, intriga. Abbie trataba de alejarse de todos ellos, ella no estaba ahí para hacer amigos, ni mucho menos, para darle importancia a su alrededor.

Sus ganas de acercarse a aquella reunión no se hacían más grande ni mucho menos le carcomía el interés, cabía la posibilidad de que conociese a una persona interesante, de que alguien se le acercara y comenzara una conversación llamativa, algo fuera de lo común, un tema algo recurrente fuera de todo aquello a lo que ella estaba acostumbrada.

Cualquier cosa podría ser posible, no le importaba que sucediera, lo que realmente importaba era, que todo aquello que fuese a hacer, lo estaría haciendo para sí misma, no para mantener el apellido o imagen de su padre. En ese instante podía ser quien quisiera, podría cambiarse el nombre, había un mundo de posibilidades y ella estaba abierta a todas ellas.

Al llegar al lugar, su presencia se hizo notar de inmediato, Abbie desconocía si era por su vestido, ella como tal, o que la fiesta era realmente aburrida. Los hombres a su alrededor la veían con lujuria, las curvas de su cuerpo llamaban la atención de cualquiera.

No presumía un busto enorme, ni glúteos exagerados, sino una silueta delicada, con cada parte de su cuerpo en el lugar que, según la juventud y la humanidad, debían estar. Sus pechos, firmes, levantaban un poco la ligera tela playera, al igual que su trasero. Todo, daba una armonía perfecta con su rostro.

No podía evitar sentirse observada, pero, si de algo estaba segura, era que no le daría importancia. Acababa de llegar, eso no le arruinaría nada.

Se adentró un poco más en la reunión hacía la mesa de los bocadillos y, en lo poco que recorrió del toldo blanco alumbrado con velas y bombillos incandescentes, supo que era un lugar bastante atractivo, decorado con detalles característicos de la isla. Estaba convencida de que disfrutaría aquella velada completamente sola. Descartó la posibilidad de que alguien se le acercara hablar, ya eso no era probable.

Observaba a su alrededor y pudo notar que las personas que estaban invitadas eran puros ancianos, gordos millonarios, mujeres muy atractivas para su gusto,

otras que parecían tener al esposo amarrado con una correa y muchos mesoneros.

No creía que fuera llegar muy lejos con las personas que estaban ahí, lo más probable es que en cualquier momento le entraría en ganas de zambullirse al agua. Eso llamaría la atención de todos, mucho más de lo que ya lo estaba haciendo lo ella por sí sola.

Por otro lado, entre la multitud, Francis se encontraba observándola, atento a todos sus movimientos esperando el momento indicado para acercarse y abordar la con una conversación interesante.

Podría usar una de sus muchas técnicas para hablar de temas que realmente no importaban, que solamente eran inútiles y que servían para atraer la atención de muchas mujeres que caían a sus pies, de vez en cuando en el poco casual y preciso momento en el que su aspecto físico no las atraía de inmediato.

Cuando todo eso había fallado, presumía de la cantidad de dinero que tenía como último recurso. A veces cabía la posibilidad de que alguna chica estuviese muy por encima del estándar que conocía y que, a la larga, solo se hiciera la difícil, cuando en realidad se encontraba más interesada por el dinero que por la experiencia.

Francis estaba al acecho, quería poder acercarse, no sabía cómo, desconocía lo que Abbie realmente quería, pero sus intenciones eran claras. Ella todavía no se había dado cuenta de que él se encontraba ahí, para lo que está respetaba él ni siquiera existía. Al ver que se hallaba la vista de todos en la mesa predispuestas para los bocadillos, prácticamente frente a todos, decidió alejarse a una esquina donde pudiera pasar desapercibida.

Francis notó que Abigail se movió apartándose de todo, en ese instante pensó que sería adecuado hacer su movida, acercarse y hablarle un poco. Inmediatamente tomó dos copas de un vino espumoso, evidentemente barato, que llevaba un mesonero en una bandeja, y, con una sonrisa en el rostro casi como si estuviese a punto de ser una travesura, se acercó por detrás de Abbie.

La chica no había notado por completo su presencia, estaba muy ensimismada en sus pensamientos, se imaginaba que en ese preciso instante podría estar en su casa escuchando los berrinches de la nueva esposa de su padre.

—Buenas noches Señorita. Dijo Francis, a su espalda, hablándole en inglés.

Abbie no se esperaba que la interpelaran tan rápidamente. Por un instante se

sintió aliviada de que la voz que había escuchado no era la de un hombre mucho mayor que ella. Se sentía juvenil casi como si la primavera le hubiese dado una bofetada. Decidió darse la vuelta para saber de quién se trataba.

—Buenas noches... Repuso desconcertada. □ Señor... ¿en qué la puedo ayudar? Inquirió Abbie.

—¿Ayudarme? Para nada, me acerco a usted con la intención de hablarle. Repuso Francis, con naturalidad. □ y me vino la impresión de que podía obtener una gran recompensa al hacerlo.

—Eso suena muy específico para tratarse de una simple corazonada, señor □ Repuso Abbie

—Espero no equivocarme. Le ofreció una sonrisa amable, y levantando la copa, agregó. □ Porque ya parece que usted promete mucho, señorita.

Abigail quería tomarse aquella interrupción como algo positivo. No había mantenido una conversación con nadie de aquel lugar a excepción de la que tuvo con Marta, del personal del hotel. Parecía sentirse atraída por la presencia de Francis. No lo veía como un extraño que fuese a darle una mala experiencia.

Su sonrisa le invitó a un lugar que no creía conocer tan pronto. Le hacía sentir cómoda, cosa que terminaba endulzando con una poco peculiar impresión familiar.

—Espero no decepcionarlo. Le dijo Abbie.

—Y, ¿qué la trae aquí, señorita? A las maravillosas islas de Hawái

—La vida cotidiana, señor. El mundo exterior necesitaba una nueva exploradora y yo estaba dispuesta a tomar el puesto.

—¿Huyendo de algo? Preguntó Francis, dejándole a Abbie la impresión de que entendía su vicisitud.

—Huir es una palabra muy fuerte que se presta a malas interpretaciones.

—¿Entonces...? Se llevó la copa a los labios, dando un tono de personalidad a su pregunta.

—Me parece más atractivo darle otro nombre. Agregó Abigail.

Francis, tragó su largo sorbo de champagne antes de responder.

—¿Cómo le llamaría usted?

—Alejarse de lo deletéreo. Expuso Abbie, sin contemplar mucho qué iba a decir.

Francis soltó un corto resoplo que anunciaba una carcajada la cual no dejó exteriorizar. Aquel nombre que le dio a su motivación parecía muy agresivo para ponérselo a cualquier cosa.

—Pero no quiere decir que huía de ella.

—¿Entonces lo que busca es decir que dejó una mala vida atrás?

—Algo así, es una idea un tanto romántica.

—Es un poco más específico, si lo vemos desde cierto enfoque. Dijo Francis ante las palabras de Abbie.

Ella quería mantener una conversación en la que realmente se sintiese interesada. No quería hablar acerca de sí misma con un total extraño, no porque fuese un mal tema, sino porque su propia vida le resultaba extenuante.

—Ya dejemos de hablar de mí, me resulta agobiante.

—A mí me pareces bastante agradable. Agregó Francis. □ Podría hablar sobre ti todo el día y no me aburriría al hacerlo

—Podemos descubrirlo sin tener que hablar de eso. Repuso Abigail. □ Es decir, tu tampoco pareces muy tedioso. Te ves cómo alguien de quien me gustaría hablar. Dijo con una sonrisa en el rostro.

Abigail tomó una copa que llevaba un mesonero en una bandeja, el humilde empleado la había colocado allí para dársela a alguien que la quisiera.

—Y brindo por eso. Agregó Abbie, levantando la copa.

—Salud, señorita. Repuso Francis.

Francis y Abigail pasaron la velada conversando mutuamente de trivialidades que les entretenían por la sutileza que emanaban. Dejaron que las palabras fluyeran como si no hubiese un mañana, demostrando con su tono de voz, sus gestos y las sonrisas que se les escapaban, que todo aquello de lo que hablaron les había resultado más interesante de lo que se lo habría imaginado. Entre copas y carcajadas, todo se tornaba más agradable.

La noche se hacía cada vez más joven al paso en que se acercaban a la salida

del sol. La fiesta seguía en curso, ellos no tenían planeado detenerse de todos modos.

—Estoy sumamente impresionado con usted, señorita Abigail. Dijo Francis con un suspiro de tranquilidad.

—Por favor, dime Abbie. Dijo Abigail a Francis, sintiéndose mucho más cómoda que al principio.

—Bueno, Abbie, como decía, estoy impresionado con usted. Francis estuvo, durante la conversación de tres hora y media que mantuvo con ella, encantado, no se esperaba que el motivo de su intereses fuese recompensado con tal personalidad. □ me parece fascinante su forma de ver las cosas.

—No es gran cosa, Francis, te puedo decir Francis, ¿verdad?

Ambos se encontraban sentados en una mesa para cinco, ocupada únicamente por ellos dos. Esta se encontraba lo suficientemente alejada de la multitud de huéspedes, que invertían su tiempo en las actividades que ofrecía el hotel y los muchos otros entretenimientos que tanto ella como él consideraban inútiles.

—Claro que puedes, estaba esperando tu permiso para poder estar más cómodo. La verdad, me es gratificante el hablar contigo.

—A mi igual.

—Y cuéntame, entonces, ya que tenemos un poco más de libertad... Anunció Francis para preguntarle algo.

—¿Qué quieres preguntar? Inquirió Abbie presumiendo que le diría algo inquietante. Tal vez una pregunta incomoda.

—No, bueno, solamente me llama la atención y quería preguntarte al respecto. Se excusó Francis.

—Dime... le permitió Abbie.

—¿Por qué decidiste alejarte de tu día a día?

—Ah, vale, la vida en mi casa no es muy interesante. No tengo ganas de hablar al respecto, pero, para ser honesta, ninguna de las cosas que me ofrecía aquella vida me eran agradables.

—Así habrá tenido que ser para que lo tomes así... Se levantó de su asiento y se acercó a Abbie. □ ya que no tienes interés en hablar al respecto, cuéntame, ¿cómo pretendes pasar el resto de tú hospedaje en este hotel? Y, luego de ello,

¿qué harás?

—Ni idea. Repuso Abbie, dejando escapar una sutil carcajada.

Abbie no tenía idea de que haría, la pregunta de Francis solo le ayudó a recordar que estaba allí por mero placer del azar y que no había pensado en qué iba a hacer luego de que su tiempo allí terminase. Ninguna otra parte del mundo le parecía interesante, tal vez porque no lo era o porque no reparaba en ninguna de ellas como hizo con ese grupo de islas.

—¿Cómo que no tienes idea? Es decir, por cuanto tiempo planeas quedarte.

Abigail se levantó y se puso a la altura de Francis. Frente a frente le repuso con seguridad.

—No sé, la verdad es que no lo sé. Solamente quería ir para algún lugar en donde pudiese disfrutar del entorno. Salió del círculo personal que había hecho al levantarse en frente de él.

Acomodó la silla de la que se acababa de levantar para poder pasar por ahí y comenzar a caminar. Antes de alejarse lo suficiente, se detuvo, giró el rostro, posó su mirada en la de Francis para hablar por sobre su hombro con un tono de travesura.

—Ahora que estoy aquí, no tengo planes hasta que algo nuevo surja... Dio una pausa, sonrió y dijo. □ Algo realmente prometedor.

—¿Entonces, estas abiertas a sugerencias? Inquirió Francis con una sonrisa.

Abigail soltó una carcajada dejando caer su cabello hacía atrás y, dándole la espalda a Francis, retomó su paso.

Francis, se inmutó y se acercó a Abigail para proponer lo que tenía en mente.

Ambicionaba más la posibilidad de acercarse a Abbie lo que hacía aumentar el interés en ella. Estuvo gran parte de aquella semana al tanto de Abigail, tal vez por obligación o por un interés personal. Ya en ese momento no importaban las motivaciones iniciales, aquella chica le había sabido llamar la atención.

Todo lo que planeaba hacer se había ido por el retrete, lo que le importaba ahora era demostrarle todas las cosas que era capaz de hacer y darle a conocer un modo de vivir lleno de emociones. No porque quisiera presumir su estilo de vida, sino porque sintió que era de vital importancia compartirlo con ella.

Ya habían establecido lo que querían. Abigail le dio el permiso de acercarse a ella de una forma que no creía que fuese a hacer tan pronto. Tal vez esa conversación que habían tenido durante la noche cumplió con algo que ellos no creían capaz. Francis se acercó a ella y caminó a su lado a un lugar recluso en la playa.

Anduvieron lo suficiente hasta que la música, el bullicio y las luces desaparecieron por completo. Solamente se escuchaba el sonido de oleaje del mar, uno que otros insectos nocturnos y la sutil respiración del viento.

La noche se alargaba más y más, eran casi las dos de la mañana, cosa que no se hacía notar por la oscuridad de su entorno y porque no tenían la más mínima intención de ver el transcurrir del tiempo. Se entretenían mutuamente con sus palabras. Ya no sentían la incómoda presencia de las demás personas que tenían a su alrededor.

No había nada que los detuviera a acercarse más. No tenían la incomodidad de la mesa en la que estaban sentados, ni la necesidad de llevar las ropas que cargaban. Francis no había pensado en ninguna posibilidad, ni siquiera porque estuviese anunciada.

Abbie consiguió ese momento ideal para zambullirse al agua como lo tenía planeado en el caso de que le entraran las ganas. Esta vez, conseguía innecesario el traje de baño que llevaba puesto.

Abigail se adelantó un poco, soltando de su cuello el nudo del vestido playero que llevaba puesto.

En el instante en que lo desató, se giró levemente para decirle, con un brillo en los ojos que provenía de la escasa iluminación nocturna; motivada poco más por aquello que realmente quería que por lo que la situación podría llegar a ser, la pregunta más sencilla que pudo habersele ocurrido.

—¿Te gusta el agua?

Francis no confundió aquello con absolutamente nada. Su pregunta era obvia. Por poco le había dicho directamente lo que quería hacer y él estaba seguro que podía dárselo. Muchas cosas pudieron suceder, miles eran las posibilidades, pero, ambos se entendían y las palabras sobraban.

Abbie dejó caer el vestido e inmediatamente soltó el traje de baño. Caminó hacia el agua, a la vez que fue deshaciéndose de la parte baja de su prenda, quedándose completamente desnuda.

Para la velocidad en que había entendido aquello que Abigail le dijo, no llevaba siquiera la camisa desabotonada. Se detuvo a contemplar fijamente su figura totalmente en libertad sintiendo como su cuerpo se bañaba de éxtasis y descontrol. Antes de caer en cuenta, se encontraba corriendo detrás de ella desvistiéndose apresuradamente.

Ambos se hallaban dentro de las frías aguas del mar del Océano Pacífico. Desde que Abbie llegó a aquellas islas, no se había detenido a apreciar la calidad del agua y mientras que Francis aun no llegaba a ella, mantuvo su cuerpo a flote con total libertad, dejándose llevar sin preocupación.

Su deseo era puntual, sus ganas se vislumbraban en la forma en que permitió que todo sucediera. Estaba segura de lo que quería, a pesar de no haberlo probado jamás. Francis no parecía una mala persona y eso era un alivio ya que todo aquello a lo que cedió con tan solo invitarlo a bañarse con ella resultaba un gran paso para su nuevo estilo de vida.

No quería una vida llena de lujos, ostentosas, escándalos ni aventuras alocadas. Era algo que pudo haber conseguido sin ningún problema quedándose bajo el ala de su padre. Pero, Francis le llenaba de una vibra que no podía controlar. Tan solo sus palabras pudieron llevarla hasta este momento en el que se dejó tomar como una mujer sin ningún tipo de prejuicios.

Para el momento en que Francis le alcanzó en el agua, se detuvo y observó cómo se mantenía flotando con los ojos cerrados como si no tuviese más nada en lo que preocuparse. Su actitud, su aire de libertad y la falta de inquietudes, hacían de ella una mujer completamente única, cosa que parecía encantarle más que nada.

—Veo que te gusta el agua. Dijo Francis acercándose con delicadeza.

Abbie abrió los ojos sin romper su concentración para responderle.

—Efectivamente. Y te estoy invitando a que la disfrutes conmigo.

—Será un placer. Le repuso Francis, acercando su rostro al de Abbie.

Abigail dejó que le besara lentamente hasta que su cuerpo fue perdiendo el equilibrio y terminó hundiéndose. El tiempo se detuvo a su alrededor, las olas cesaron su movimiento envolvente, la adrenalina viajaba por su cuerpo de tal manera que el frío del agua dejó de ser un problema. Francis le embozó un beso que le hizo recordar el por qué se había ido de casa.

La tranquilidad, dejar que las cosas fluyan... todo resultaba gratificante y no cabían excusas para no dejarse seducir por el placer. Estaba emocionada, esta era la cosa más atrevida que había hecho con el sexo desde que se acostó con su ex novio con las luces encendidas.

Todo sucedió espontáneamente y eso era lo que ella quería. El beso de Francis desató un sinfín de ideas y pensamientos confusos en los cuales no podía fijarse por mucho tiempo sin que la lengua de aquel perfecto extraño la hipnotizara una vez más para dejarla nadando en un mar en calma.

Francis aprovechó que estaban desnudos para llevar la mano hasta sus pechos y apretar suavemente sus pezones erectos. La sensación de su piel le hizo estremecerse, motivándolo a mover sus labios con más intensidad.

En ningún momento pensó que podría encontrarse en esa situación compartiendo con la señorita Marks, sintiendo sus labios húmedos llenos de agua salada. Sus cuerpos se balanceaban con el movimiento de las olas; dos perfectos extraños parecían conocerse desde hace tanto tiempo.

Francis, Abigail y el mar, coreografiaron cada movimiento como si fuese tan natural como el océano mismo. Cada paso era una oda, una sinfonía y una pieza maestra que se reducía a la mera existencia de dos cuerpos completamente perfectos. Materializaron cada uno de sus pensamientos en los labios del otro con un deleite sin igual.

Poco a poco fueron saliendo del agua, como si la misma marea los estuviese invitando avanzar al siguiente nivel, empujándolos más a la orilla para que completaran el ritual que estaban realizando.

Sin mesura, sus labios se hacían más agresivos, posesivos. Deseaban más y lo querían de inmediato.

Sin alejarse mucho, depositaron sus cuerpos sobre la arena húmeda dejando de luchar contra la gravedad. Abbie se encontraba sobre Francis, permitiendo que las manos de aquel forajido juguetearan con sus nalgas y se perdieran entre ellas. No le importaba que hiciera con su cuerpo, las puertas estaban abiertas.

Francis no dejaba de besarla, de sentir el interior de su boca como nunca había sentido otra. Con una mano sujetaba la parte baja de su cuerpo y con la otra, enredaba el cabello de Abbie entre sus dedos.

Las piernas de ella apretaban su miembro erecto sin dejarlo escapar, el cual,

poco a poco, se calentaba más, se iba haciendo más firme, más grueso, y, ¡vaya que sintió que se hacía más grande a pesar de lo anatómicamente posible! Parecía que no terminaría de crecer jamás, que las venas le estallarían y que el corazón se le saldría del pecho.

Abbie sentía algo similar entre sus piernas, una fuerza imparable que deseaba placer. Sabía que aquello que sentía no era el agua del mar, sino que provenía de ella. Su cuerpo deseaba ser penetrado con ferocidad. Ya se había dejado seducir, ahora requería ser poseído.

Él, respiraba agitadamente concibiendo placer tan solo con sentir el cuerpo de Abigail presionándose contra el suyo. Ella, se movía lentamente rozando su vulva y su clítoris en contra del abdomen de Francis, dejando escapar sutiles gemidos que eran ahogados por la lengua de aquel forajido.

Se encontraban hablando el mismo idioma al ritmo que sus cuerpos lo exigían. No se querían apresurar, llegar al éxtasis tan de pronto. Deseaban que aquel momento durase; disfrutarlo tal cual lo hicieron con la conversación que habían entablado.

De esa forma, se mantuvieron conversando con detenimiento y paciencia. Deleitándose con cada centímetro, aroma, sacudida, roce... con todo lo que su experiencia y deseo podían concebir.

—Quiero sentirte por dentro. Dijo Francis en lo que Abbie comenzó a besar la parte de su cuello que no tenía arena.

—Yo quiero sentirte dentro de mí. Le repuso Abigail con un tono de voz intenso y apasionado.

Ya establecido el siguiente paso, Abbie buscó con la mano el miembro firme de Francis para acomodarlo entre sus piernas. Bajo la pelvis un poco alineando a la perfección su sexo con el de él y, casi de inmediato, dejó que aquel grueso pene se deslizara a través de sus labios hasta llenar por completo su jugosa vagina.

Lentamente fue sacudiendo su cuerpo, manteniendo un ritmo constante y satisfactorio. Francis sentía como la vagina de Abbie apretaba poco a poco, más y más su pene.

Su glande, rozaba las paredes de aquella vulva, dejando que la fricción hiciera su trabajo. Su cuerpo se estremecía con cada sutil movimiento, que le anunciaban un momento glorioso que estaba a punto de suceder.

Al igual que Abbie, no consideraba necesario apresurarlo más. Pero, la situación parecía moverse por sí sola. Su velocidad aumentaba de manera constante, sus embestidas se hacían más apasionadas a tal punto que sus nalgas comenzaron a rebotar sobre sus piernas. Sus cuerpos húmedos por el agua de mar, chocaban entre sí haciendo que el aire se escapara a través de ellos sonando entre sus carnes.

Francis colocó ambas manos entre sus nalgas para sentir las rebotar al compás de los gemidos de Abigail. No despejaban el torso ni se alejaban lo suficiente para no verse obligados a separar sus labios por mucho tiempo.

Cuando no quedaban de acuerdo, Abbie gemía con ímpetu dejando ahogar sus gritos con la boca de Fran, exhalando con fuerza mientras le besaba. En su defecto, cada movimiento anunciaba un sonido de mayor frecuencia, más que el anterior, evidenciando el placer que le causaba.

Su vulva parecía vibrar cada vez que el pene de Francis salía para volver a entrar casi de inmediato. Abbie decidió mejorar la situación, quería otra posición, sentirlo desde todos los ángulos que fuera posible. No sabía cuándo podría volver cogerse de nuevo a aquel forajido, por lo que, lo disfrutaría al máximo.

Sin decirle nada, se sacó el pene y se dio la vuelta sin moverlo. Se puso de espaldas a él y se sentó sobre su pelvis para comenzar a cabalgarle con entusiasmo. Francis no presentó queja, disfrutaba verla disfrutar. Además, que aquel cuerpo de fémica parecía conocer a fondo todo lo que él necesitaba para llegar al clímax.

Ella solo se movía por instinto y por la necesidad de sentirse mejor; inconscientemente estaban en sintonía y no había duda de que lo que estaban haciendo los trasladaba a un lugar en donde el placer y el éxtasis eran anfitriones y, ellos, los huéspedes de honor.

El pene de Francis llegaba más profundo, y la vagina de Abigail le abrazaba con más fuerza su miembro. Sus embestidas comenzaron a ser más agresivas, más rápidas. Generaba fricción con su piel, su sexo. En vez de saltar sobre él, se deslizaba para adelante y para atrás sin sacar aquel falo, disfrutándolo en su máxima expresión. Abbie se inclinó hacia atrás dejando su cuerpo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, permitiendo así que Fran se apoderara de sus pechos desde atrás.

De repente, el pene consiguió la forma de salirse por sí mismo. En un momento cualquiera, podría haberle dolido aquel agresivo escape, pero, sin pensarlo demasiado se inclinó hacia el frente, se puso de rodillas, levantó sus nalgas y, sin ver a Francis, le pidió con apremio:

—¡Métemelo otra vez!

Francis se acomodó para levantarse, inclinarse un poco y ajustarse a la perfección su pene con la vagina de Abbie. Se detuvo a contemplar con detenimiento aquella perfecta escena. Sus nalgas se abrían dejando verle por completo, casi como si todo aquello solo se pudiera presenciar en sueños. Ella, movía su trasero con un leve desespero, indicándole que le penetrara de inmediato.

—¡Métemelo, vamos! Dijo, sin resistirse al deseo de tenerlo adentro.

—Vale, vale. Repuso Francis, dejando de enfocarse en sus nalgas. □ ahí voy.

Tomó sus glúteos con ambas manos y la atrajo hacia su pene, que, al igual que la vagina de Abigail, deseaba por completo estar adentro.

Con un movimiento lento, Abbie fue sintiendo como aquel falo se iba envainado como una espada en su interior, penetrándola de tal forma que no sabía cómo pudo haber resistido tantas semanas, no, tantos años, sin algo como eso entre sus piernas.

Abbie aspiró fuertemente, como si su cuerpo necesitase de tanto aire para sobrellevar la introducción de aquel carnoso agente externo.

La embistió con fuerza, a lo que ella respondía con un grito cada vez que entraba y chocaba con su cérvix, cosa que no habían hecho nunca con ella, y que, por alguna extraña razón, le llevaba a un punto diferente de su sexo.

Sus extremidades comenzaron a perder la capacidad de sostenerla, no lograban mantenerla por lo que dejó caer su cara sobre la arena y puso en reposo sus brazos. Al parecer, no le importaba que su rostro se encontrara en aquella posición, porque, el mero sentir de aquel pene, le hacía olvidar por completo su existencia; se concentraba únicamente en el placer.

Con un movimiento maestro, Francis le dio la vuelta dejándola boca arriba con las piernas abiertas. Aquella mujer parecía tener mucho que ofrecerle, más placer que darle.

Su cuerpo necesitaba exteriorizar su capacidad para reproducirse y él, sin

ningún problema, sacó su miembro, luego de una serie de embestidas en aquella posición, y acabó sobre su pecho enarenado. Aquel disparo le recorrió todo el torso, llegándole hasta una de sus mejillas.

Abbie logró llegar en el preciso momento en que Francis sacó con apremio el pene de su vagina. Lo que le hizo tomar otra bocanada de aire, aspirando con fuerza y soltando todo aquello en lo que sintió la carga espesa y ardiente del señor Acosta.

Por poco, casi toda la noche se mantuvieron en un constante movimiento lleno de intensidad y de pasión. Ignorando su alrededor, el lugar, las horas. Cada que sentían que habían sacado todo lo que podían del lugar en donde se encontraban, se acercaron más y más a las áreas rocosas de aquella playa para recluirse en un lugar más íntimo, más perfecto.

Abbie experimentó sinfines de orgasmos en cada una de las posiciones que probó con Francis, quien, sin ánimos de quedarse atrás, con cada carga que expulsaba cuando podía, se las arregló para untar el cuerpo de Abigail como si fuese una loción corporal.

A las pocas horas de haber comenzado, su ímpetu sexual, su deseo y la adrenalina fue amainándose hasta apagar por completo las llamas que le poseyeron horas atrás.

Abbie nunca había invertido tanto tiempo con una pareja y Francis nunca había parecido disfrutar tanto con una sola persona. Luego de que recogieron sus ropas, ya recludos en la seguridad de las rocas, se abrieron el vestido playero de Abigail y se acostaron sobre el para reposar y renovar sus fuerzas.

—¿Por qué estamos haciendo esto? Si ya nos llenamos de arena. Preguntó Abbie mientras Francis extendía su vestido sobre la arena para improvisar una cama.

—Porque podemos. Pienso que debemos concentrarnos en lo más sencillo. Repuso Francis.

—No me estás diciendo nada.

—Porqué sí. ¿No ves? Dijo mientras se agachaba para acomodarse en aquel trozo de tela. □ ven, acuéstate conmigo. Agregó, con una sonrisa, acostándose e invitándola a acompañarle.

Abbie no sintió la necesidad de responderle. Ya había hecho lo inimaginable

con él, y de poder hacerlo de nuevo, intentaría probar algo diferente por el mero sentir, por la mera necesidad de conocer algo más allá del placer que ahora sabía que existía.

Se acostó a su lado, negándose a sí misma la realidad. Quería hacerlo, pero, le parecía ya un tanto extraño. «Ya me acosté con él, aquí en la playa» pensó «no creo que deba preocuparme al respecto». Antes de darse cuenta, se abrazaron con dulzura.

Entre suspiros, abrazándose, y manteniendo sus cuerpos calientes con el contacto del otro, fueron cerrando lentamente los ojos acostumbrándose al sonido de la marea. Daba la impresión de que nada de lo que habían hecho sucedió realmente, lo que los llevó a caer en un profundo sueño de la misma forma que lo habrían hecho en una cama completamente abrigados.

Abbie se había acostumbrado al silencio de su habitación de hotel, a la mañana siguiente, no se despertó como esperaba que lo haría.

Capítulo 6

El Carpe Diem

Antes de acomodar su plato al igual que lo hizo las últimas semanas en el bufete del hotel, le resonaba su agradable despertar a la vez que sentía todavía la arena entre los pliegues de su cuerpo. El mero rozar con las cosas le causaba la impresión de que todo le escupía la evocación y la memoria de una noche que a duras penas podía recordar.

Poco a poco las ideas se aclaraban en su mente y se trasladaba a aquel momento. Francis había tardado en despertar y ella no conseguía poder levantarse antes de que él hiciera algo.

Su vestido se encontraba pisado con su cuerpo, y aquellos setenta kilos le resultaban difíciles de mover. Mientras trataba de no descubrir su cuerpo desnudo, como si alguien la fuese a ver, se tomó el tiempo necesario para observar con detenimiento el rostro de Fran.

Ignoraba haberle preguntado la edad, por lo que desconocía que tan joven o viejo era. No parecía ser mayor que ella, ni que tuviese el mismo estilo de

vida que el de los otros magnates que se hospedaban en aquel hotel.

Mientras iba colocando en su plato un grupo diferente de alimentos sin prestarle atención a lo que era ni a cómo sabía, recapitulaba todo lo sucedido, perdiéndose en aquel entonces. No había superado en su totalidad aquella escena.

Cuando se despertó, creyó durmiendo en la playa al igual que estuvo haciéndolo durante las últimas semanas. No se acordaba haber caminado hasta ahí. Todo parecía estar en orden hasta que un sutil escalofrío le comenzó desde la entrepierna.

«Eso es algo nuevo» pensó con cierto nivel de curiosidad.

Esa sensación es normal cuando no tienes nada que te cubra aquella parte del cuerpo. Mientras dormía sentía que nada estaba fuera de orden. Asumió que si estaba en la playa tuvo que haberse despertado en algún punto de la mañana y caminado hasta la arena para recostarse y retomar su sueño.

«Algo no anda bien» Se dijo mentalmente.

Vaya sorpresa tuvo al notar que su almohada era un brazo firme y carnosos que doblaba el peso del suyo. Trató de no alarmarse, de concentrarse lo suficiente como para entender el motivo de todo aquello.

Las cosas comenzaban a tener sentido. Recordó que no se había marchado a su habitación la noche anterior. Los indicios de una experiencia pasional se iban haciendo evidentes.

Luego de un interiorizar un rato todo lo que estaba pasando, se comenzó a fijar en Francis, quien se encontraba aun dormido a su lado. Su aroma era intoxicante, no parecía ser un hombre que estuvo toda la noche sudando ni durmiendo entre la arena y ella.

Su rostro le era totalmente diferente, dándole la impresión de no haber visto su verdadero yo en el momento en que lo conoció en la fiesta. Las ideas se hacían mucho más claras. Pero no lo suficiente.

Antes de darse cuenta su plato se encontraba a punto de rebozar. El recuerdo de Francis le catapultaba muy lejos de sí misma evitando que pusiera toda su atención en el ahora y las circunstancias a su alrededor.

Justamente luego de que Francis se despertó, y en el momento en que Abbie tenía un largo periodo de tiempo observándolo e imaginando todo aquello que

aquel rostro pudo haber experimentado, este, lo giró como si supiera que ella estaba escrutándolo.

—¿Cómo amaneciste? Dijo Francis mirándola directamente a los ojos.

Abbie apartó su rostro demostrando indiferencia, sin moverse demasiado para no descubrirse y permitir que la brisa rozara las partes sudadas de su cuerpo causándole frío.

—Bien, supongo. Dijo, pretendiendo que no estaba haciendo nada importante. □ Como si hubiese dormido sobre la arena.

—Ya veo. Repuso Francis con una sonrisa. □ entonces, ¿estas cómoda? Inquirió.

—No mucho, pero no puedo quejarme. Respondió Abbie con indiferencia.

Francis, observó el alrededor de su cuerpo y detallo en donde se encontraba acostado. Notó que no sentía la arena debajo de él sino una suave tela que hacía un tumulto bajo su espalda.

—Creo que estoy sobre tú vestido. Dijo despreocupadamente.

—Sí, creo lo mismo. ¿Y tú, cómo amaneciste? Inquirió Abbie.

—Pues, no siento mi brazo, pero del resto, estoy bien. He dormido en lugares más incómodos. Repuso Francis, tratando de mover su brazo.

Abigail levantó un poco su cabeza para que él pudiera levantarlo y sacarlo de donde estaba, pero, con un gesto le dijo que no se preocupara. No sentía aquella extremidad y no era primera vez que le sucedía.

Abigail y Francis se quedaron en aquella posición por varios minutos más. Fran, observaba con calma el horizonte que escasamente se podía ver a lo lejos mientras ella se imaginaba repitiendo la noche anterior de la mejor forma posible. Las imágenes le eran borrosas, pero su cuerpo parecía no haberlo olvidado nunca.

Como pudo, caminó hasta una de las mesas para sentarse a comer como si nada hubiese sucedido. Al igual que siempre, ignoraba las miradas molestas de los demás huéspedes.

Se preguntaba qué estaría haciendo Francis en aquel momento. Una vez se levantaron y se vistieron, cada uno fue hasta su habitación para cambiarse de ropas e ir al bufete a desayunar. Habían quedado en verse en esa mesa, pero,

él, brillaba por su ausencia.

Quiso esperarlo. Se dijo que esperaría unos cuantos minutos antes de comenzar a comer para darle tiempo a que llegara, pero, el hambre pudo más y comenzó a devorar todo lo que había colocado en el plato.

No devolvió nada de lo que se sirvió, a pesar de que parecía ser más de lo que cualquier persona bien alimentada se comería. Su apetencia era increíble, como si no hubiese comido nada en varios días.

Su cuerpo, requería de energía y ella sabía por qué.

Francis, se tomó su tiempo cambiándose, quitándose la arena como pudo sin bañarse para no atrasarse demasiado. Le hizo una llamada rápida a Karen para que tuviese preparado el yate.

Ya se había encontrado con Abigail, así que no tenía motivos para mantenerse más tiempo en aquella isla. Su plan inicial era ver exactamente como se encontraba, no acercarse a ella del modo en que lo hizo la noche anterior. No salió como esperaba, pero no se arrepentía de nada.

Todo aquello cambió por completo sus planes, pero, no lo veía a mal. Cogió el teléfono y le marcó a Karen.

—Querida, tenme listo el Carpe Diem. Pronto iré para allá, creo que comenzaremos otro viaje. Dijo Francis sin ningún preámbulo.

—De acuerdo señor. ¿Desea que prepare algo en especial? Preguntó Karen, anteponiéndose a las posibilidades.

—Sí, por favor, manda a buscar toda la ropa de dama que consigas. De cualquier estilo y para cualquier ocasión.

—¿Ropa para mujer? Preguntó Karen levemente confundida.

—Sí, ropa de mujer, Karen... Dijo Francis antes de que le interrumpieran.

—¿Quiere incursionar en el travestismo? Preguntó Karen casi mofándose por la falta de puntualidad de su jefe

—¡Karen! ¿Exactamente como concluyes eso con tan solo decirte que busques ropa de mujer? Profirió Francis.

Karen soltó una sutil carcajada que parecía retumbar a través del auricular de móvil hasta el oído de Francis, quien lo alejó un poco para evitar aturdirse. La relación amistosa que mantenían ellos dos era un poco peculiares.

Se hablaban de vez en cuando como amistades y en otras se comportaban como completos extraños. En ocasiones, eran jefe y empleada y en otras, grandes amigos.

Francis, acercó el móvil y profirió de nuevo.

—Deja de reírte y haz lo que te dije. Iré con una chica, por favor, haz que todo parezca increíble. Le dijo Francis antes de colgar.

Karen consiguió absurdo que le pidiera que hiciese ver algo en aquel yate «increíble», cuando ya de por sí, era ostentoso con tan solo saber cuánto le había costado hacerlo.

Nada más y nada menos un yate lleno de los caprichos de cualquier joven millonario que no podía quedarse tranquilo con saber que había embarcaciones que costaban la sencilla suma de más de un billón de dólares con defensa de misiles y con la capacidad de volver loco a cualquiera.

Su humilde barquito era el hermano bastardo del yate más grande del mundo. A pesar de que aquella embarcación era realmente abrumadora, tenía el placer de pedir que la acomodara lo suficiente para que se viera «increíble».

Francis, colgó la llamada y se puso a buscar entre sus contactos el número del señor Marks. Tenía la intención de llamarle, pero, desde que la vio por primera vez y se cautivó con ella, había estado posponiéndolo.

Salió de su habitación y aceleró el paso para apresurarse a llegar al bufete. Abbie seguramente ya se encontraba allá sirviéndose el desayuno como siempre.

Quería invitarla a pasar el día en su humilde yate para que disfrutara los placeres de la vida. Sabía muy bien qué tipo de persona era su padre, no tenía la misma cantidad de dinero de la que él presumía, pero sabía que aquel mundo no era ajeno a ella.

Cuando llegó a donde todos comían, pudo verla como, luego de ver a los lados, seguramente buscándole, bajó la mirada y se dispuso a comer un gran plato de comida.

Francis pudo notar como engullía aquellos alimentos de tal forma que le parecía adorable la forma en la que intentaba hacer que todo estuviese en cada bocado. Parecía que no terminaría nunca.

Se acercó a la mesa de self service, tomó un plato, se sirvió unas cuantas

frutas, unos panqueques y uno que otros derivados del desayuno que Abbie había elegido sin darse cuenta. Se acercó con calma por detrás de ella sin dejar de ver como comía de su plato.

—Supongo que tenías un tanto de hambre ¿o no? Le dijo Francis, pasándole por un lado para sentarse en frente de ella.

Abbie se asustó por el repentino interpelo de Fran, lo que hizo que casi se ahogara con el bocado que apenas se estaba introduciendo. Al interiorizar que se trataba de él, le miró, sonrió un tanto apenada y se dispuso a saborear lo que ya se había metido a la boca.

En lo que terminó de masticar agregó:

—Iba a esperarte, pero no aparecías. Tenía demasiada hambre. Dijo Abbie.

Francis le repuso primero con una sutil sonrisa como si nada de eso fuera relevante.

—No te preocupes, no te juzgo, también tengo bastante hambre y no sé por qué. Le dijo, para tratar de estar en sintonía con ella. □ Además, me parece muy atractivo ese plato que tienes ahí. Cuéntame, ¿en dónde sirven eso?

Abigail bajó la mirada y detalló de nuevo que su plato estaba repleto de comida de todo tipo, que, por extraño que pareciese, estaba dispuesta a comerse. Se sorprendió un poco y trató de disculparse como si hubiese hecho algo completamente execrable.

—Oh, ¿esto?, disculpa, es que no quería... Trato de excusarse.

—¿Eso? No te preocupes, es lo de menos. Ni siquiera lo había notado cuando me senté. Mintió Francis amablemente.

Ambos se sumieron en sus desayunos sin más que decir. Abbie continuó ingiriendo aquella torre de comida sin ninguna importancia y Francis intentaba mantenerle el ritmo con lo poco que se había servido. Tras media hora de engullir sus platos en total silencio, la corta distancia que quedaba entre ellos dos se iba haciendo más estrecha.

Abigail, antes de terminar, y con una parte de su comida entre el tenedor y su boca, levantó la mirada y dejó escapar una sonrisa culpable que Francis respondió con total naturalidad. Se sentían muchos más cómodos frente al otro. Poco cabría entender de su recién establecida relación.

—Cuéntame algo... Habló Francis quebrando aquel manto de silencio. □ ¿Ya sabes qué vas a hacer ahora?

—¿Hacer cuándo, qué cosa? Preguntó Abbie, fuera de sí.

—¿Tienes pensado quedarte en este hotel para siempre? Inquirió Francis, agregándole un contexto a su pregunta para hacerla más específica.

—Bueno, la verdad, no tengo idea. Dijo, depositando el tenedor sobre el plato para hablar con más libertad. □ Se supone que me iba a quedar aquí hasta que se me acabara el dinero.

Francis, frunció el ceño a momento de escuchar aquellas palabras. No sabía qué esperaba que sucediera, qué creía ella que su padre sería capaz de hacer, pero, de algo estaba seguro, el dinero del que disponía no se acabaría pronto. Por ello, se extrañó con aquella suposición, por lo que hizo lo posible para no evidenciarse.

—Y, ¿crees que eso suceda pronto? Inquirió. □ ¿De cuánto dinero estamos hablando?

Abbie, sintió que Francis estaba dispuesto a pagar algo por ella, habiéndola conocido apenas hace unas cuantas horas. No le resultaba apropiado que estuviese tocando ese tema tan a la ligera, principalmente, desconociendo cuánto dinero tenía él, para luego suponer incrédulamente que ella, bueno, su padre, tenía lo suficiente como para dejar en ridículo las ganancias que Fran podría tener.

No parecía ningún tipo de empresario, se veía como un hombre de veinte y tantos que vivía del dinero de sus padres o de su familia de alcurnia. Que se gastaba las ganancias de otro para mantener a flote su vida ostentosa.

Asumía, sin prejuicio ni reproche, cosa que le era de extrañarse ya que por instinto rechazaba a aquellas personas que se movían en aquel círculo al que se encontraba tan acostumbrada, que él era uno de esos; se hospedaba en aquel costoso hotel, se movía libre por el lugar como si pudiese comprarlo.

Con unos bermudas de tela ligera, una camisa que pareciera estar a punto de quitarse para exhibir su hermoso torso delgado del que se podía ver definido cada uno de sus músculos sin exagerar mucho su silueta, y tan solo con el móvil en el bolsillo.

Tenía todas las señales de alguien con dinero, de esas personas que ella había

visto tanto tiempo.

—El dinero no es problema, digo. No creo que necesite de tu ayuda, no quisiera hacer que pierdas ingresos por mí. Dijo Abbie confiada de que su padre tendría más dinero que él.

—¿Perder ingresos? Preguntó Francis casi a punto de reírse. □ ¿Por qué crees que me quedaría sin dinero? Soltó una sutil carcajada.

Abbie no entendía por qué se reía. ¿Habría dicho algo gracioso? ¿Será que tiene más dinero de lo que cree? No tenía idea, ni esperaba descubrirlo preguntando.

No consideraba apropiado ni prudente cuestionar a un hombre e interpelarlo con una pregunta tan abrupta como «¿De cuánto dinero dispones?» cuando apenas se le ha conocido, incluso cuando ya hay una confianza de años, tampoco le parecía adecuado. Su padre le había enseñado una que otra cosa, entre ellas, que no es lo que tienes sino lo que puedes hacerle creer a los demás que puedas tener.

¿Sería él uno de eso? No sabía cómo se aplicaba a su caso, ni mucho menos si se trataba de alguien que pareciese tener menos, que podría tener más, o, de alguien que tenía menos, que pretendía tener más.

—¿Dije algo malo? Preguntó Abbie confundida. □ ¿Por qué te ríes?

—Por nada, solamente me pareció gracioso que dijeras que me podrías dejar en la ruina. Repuso Francis. □ Tan solo pagando unos cuantos años de hospedaje en este hotel. Agregó.

—Lo siento, no quise decir nada sobre eso, solamente que no tengo pensado hacer nada, y por los momentos, la noche aquí sale lo suficientemente costosa como para preocuparme cuanto tiempo me quedaré sin dejar en la ruina a mi... Dijo, antes de agregar que mencionaría a su padre. Se detuvo y cambió lo que diría. □ A alguien.

—Vale, vale, no creo que eso sea un problema. En lo personal no me siento ofendido, pero, desde que me jubilé para disfrutar del mundo, no me he preocupado por el dinero. Dijo Francis exponiendo su vida como si estuviese presentando una obra de arte.

—¿Jubilado? Preguntó Abbie sin entender a qué se refería. □ ¿Cuántos años se supone que tienes?

—Treinta y dos años. Repuso Francis. □ ¿Y tú? ¿No eres una de esas mujeres maduras que parece demasiado joven para ser real? Inquirió bromeando.

—Tengo veintisiete años, cumplo los veintiocho a finales del año. Repuso Abigail.

—Ah, ¿ves que no tenemos tanta diferencia de edad? Aseveró Francis.

—No pregunté cuántos años tenías para comparar. Sino para saber por qué estas «jubilado» si apenas tienes treinta y dos años Agregó Abigail.

—Porque quería. Básicamente porque podía, luego me entró el deseo de hacerlo y, como tenía suficiente dinero para vivir otra decena de vidas más, no me preocupé mucho. Expresó con total calma, introduciéndose un bocado del desayuno.

Abbie no sabía que se trataba de eso, pero, de todos modos, no parecía sentirse sorprendida por su razonamiento. Aun así, su impresión de él no había cambiado.

—Oye, no respondiste a lo que pregunté al principio. Agregó Francis. □ ¿Sabes que vas a hacer después de hoy? ¿Tienes algo planeado?

¿Qué más podía hacer? No sabía exactamente que le depararía el futuro, mucho menos, tenía planeado algo para después. Antes de que todo eso sucediera, se mantuvo a la espera de que algo se le presentase para ponerle un siguiente párrafo a su nueva vida. Lo único que no le satisfacía era duda de si él era eso que estaba esperando a que ocurriese.

Pero, no tenía más tiempo para pensar al respecto. Las cosas estaban marchando a un paso acelerado, dependía de ella decidir qué haría a partir de ese entonces. Durante unos escasos segundos, miró a Francis directamente a los ojos antes de decidirse. No había mucho en qué pensar. Tomaría el riesgo y luego vería si representaba un problema o no.

—No tengo nada en mente, estoy abierta a sugerencias. Repuso, esperando que él entendiera su invitación a sugerir.

—Entonces, supongo que, si no tienes nada qué hacer, ni algo que te ate a este lugar. ¿Quieres ir a mi yate? Se supone que estoy «viajando por el mundo» en él así y me gustaría que vinieras conmigo.

Abigail no esperaba menos de él, pero, hizo lo que pudo para no demostrar su desagrado ante aquella elección de palabras. «Ir a mi yate» sonaba como algo

que alguien pretencioso diría, mas no pensó mal de él; aún tenía esperanzas de que se tratara de alguien agradable.

Para el momento en que dejaron de comer, Abbie y Fran se levantaron de sus asientos para comenzar a surcar los mares. Abigail se adelantó a buscar y ordenar de nuevo su ropa en el único maletín que se había llevado, con la impresión de que solamente necesitaría de ello por lo que resta de su vida.

Francis no se opuso ante su petición de ir primero a eso, mientras, él entraría a su habitación a coger el cargador de su móvil, para luego esperarla en la entrada del hotel y montarse en el coche que los llevaría hasta el muelle.

Abbie hizo todo lo más rápido que pudo. En lo que llegó al punto de encuentro que habían acordado, Fran la esperaba parado al lado de un coche negro lujoso del cual no pudo detallar ni el modelo ni la marca. No sabía mucho de eso de todos modos, pero, por lo mucho que brillaba, a simple vista, parecía algo completamente costoso. Dudaba si era de él o si le pertenecía al hotel.

En su mente rondaban ideas referentes a sus ingresos que no comprendía. Ignoraba por completo por qué se dedicaba a pensar en ello cuando, desde un principio, había escapado de su vida pasada por las mismas cosas que ella estaba haciendo en ese momento.

Abordaron el coche y mantuvieron una conversación agradable durante el corto camino que le ayudó a despejar sus ideas. No importaba ya quien era, que hacía para vivir ni cuanto tenía.

Lo que realmente le era de importancia era aquello que haría después. Si lo que le deparaba el mañana sería algo prometedor o una experiencia llena de ínfulas y agobiantes viajes por el mundo que solamente terminarían pareciéndose a lo que una vez despreció con todo su ser.

—Hemos llegado. Dijo Francis deteniendo la conversación que mantenían y mirando a su izquierda a través de la ventanilla del coche. □ Allí está el Carpe Diem.

Abigail se inclinó un poco hacia él para ver por los vidrios oscuros en búsqueda de aquello que él llamaba yate. No se esperaba nada muy sencillo, que terminase siendo un botecito con una cama y una pequeña cocina.

Pero, tampoco, se creía ver aquello que terminó presenciando. Una belleza de la ingeniería de unos ciento setenta metros. No tenía idea de qué tan grande era, pero, desde donde se encontraba, la vista se le perdía en búsqueda del

final. Supuso que se debía a la perspectiva, pero ya con eso lo consideraba suficiente.

—Hay uno llamado Eclipse del cual se inspiraron para hacer este. Quería tener el siguiente más grande sin tener que quitarle el título a aquel. Expuso Francis mientras observaba con orgullo su embarcación.

Abigail no sentía nada bueno al respecto. Aún estaba renuente a juzgar mal a Francis por el estilo de vida que estaba acostumbrado a tener. No lo conocía a fondo por lo que le otorgó el beneficio de la duda. Pero, desde la conversación que tuvo con él, la única cosa que realmente consiguió positiva de todo eso, fue una plática trivial y una noche de sexo improvisado.

Se excusó pensando que apenas llevaba menos de un día conociéndolo, que las cosas podrían cambiar una vez supiera más de él.

El Carpe Diem le daba una impresión diferente ¿Estaría Francis compensando algo con el tamaño de aquel yate? ¿Importaba siquiera lo que representaba? No sabía qué tan diferente resultaba él de su padre, pero, rogaba a cualquier deidad que existiese, que no fuese para nada como Rubén Marks.

Capítulo 7

A paso de vencedores

El agua caliente caía sobre su rostro manteniendo su mente nadando en el vacío sin darle importancia a su alrededor. El contexto que la rodeaba parecía nada más que un sueño.

Francis le había dicho que podía sentirse como en «casa», si es que así se le podría llamar a eso. Al entrar por la popa del barco, le hizo un tour rápido hasta aquella habitación de quince metros cuadrados. Aquel gran baño era un lujo por sí solo.

Antes de darse una ducha, Fran le preguntó si quería que le presentase a la tripulación o esperaba a que se acomodara en el lugar. Aun no los conocía, quería un tiempo a solas para internalizar aquella decisión. Por los momentos, no tenía idea de si eso era lo que debió hacer, si era lo correcto.

—No pienses en eso. Se dijo, pasándose la mano por el rostro para apartar el agua de sus ojos.

Para poder juzgar a Francis necesitaba conocerlo mejor. Era la primera persona de aquel mundo a la que le dio ese mérito. Respiró profundamente, cerro la llave y salió para secarse el cuerpo con los paños bordados con las iniciales de Fran en uno de los bordes. Ya eso le parecía lo suficientemente ostentoso.

—Como si el yate no fuera suficiente. Dijo de nuevo para sí misma, al leer el FA que llevaba bordado. □ Pero eso no importa, Abbie, eso no importa.

Cabía la posibilidad de que fuese un buen hombre. Una persona humilde, tal vez, ¿Quién sabe? Cubrió su cuerpo y fue hasta su maletín en búsqueda de algo que estuviese acorde a la armonía que emanaba aquel barquito. Nunca le había importado dar una buena impresión, no hasta ese momento. Era la primera vez que le pareció relevante lo que pensarían de ella y no sabía a qué se debía.

Volteó el maletín sobre la cama King Size y esparció sobre ella todo lo que había traído consigo desde su casa. Solo pudo ver traje de baños de dos piezas que se asemejaban en diseño y color entre sí. Uno que otro vestido de

playa, unos pantalones cortos y poco menos de cinco blusas. Se arrepintió de no haber empacado mejor. Tal vez perdió parte de su equipaje... estaba nerviosa.

Mientras estuvo en el hotel solo debía ponerse el traje de baño y algo que lo acompañase, no había motivos para arreglarse de más.

—No lo olvides «siéntete como en casa». Se dijo nuevamente.

Cerró los ojos, levantó el mentón, tomó una gran bocanada de aire y abrió. Cogió lo primero que miró sin ninguna queja. Un short corto de jean y una blusa de color blanco. A lado de la cama había un par de sandalias que no recordó haber llevado consigo, pero, eran de su tamaño por lo que decidió ponérselas.

Ya estaba lista. No sentía la arena entre los pliegues de su cuerpo. Se lavó el cabello para tenerlo sedoso y suave con el fin de quitar aquella aspereza causada por el agua salada, se cambió de ropa, se preocupó por su aspecto... se sentó en la cama. No sabía que más hacer, ni para dónde ir.

Por un momento se sintió de nuevo en casa. Apresada en un mundo lleno de lujos, de servicios y atenciones. Estaba sentada sobre aquella enorme cama contemplando un cuarto que se extendía casi por completo como cualquier piso humilde. Dudó por un instante, de nuevo, si había hecho lo correcto al aceptar irse con Francis.

—Creo que me tomé muy en serio eso de sentirme como en casa. Murmuró para sí y luego dejó escapar un suspiro.

Poco a poco, sus dudas se hicieron más feroces y grandes hasta que se concibió una idea de la misma forma que en la boda de su padre.

Se levantó decidida, con el orgullo pintado en el rostro y las ganas de no pisar tierras conocidas.

—No, no voy a repetir todo de nuevo.

En lo que dio la vuelta para comenzar a recoger sus escasas posiciones, alguien llamó a la puerta.

Francis, estaba esperando que Abbie saliese de la ducha para acomodar a toda la tripulación en la cubierta y presentársela a su invitada. Al igual que ella, tenía la intención de dejar una buena impresión de sí mismo. Desconocía cuáles eran sus gustos, por lo que, trataba de enaltecer su humilde

embarcación para impresionarla.

Al momento en que llegaron al yate, no pudo entender si la expresión que tenía tatuada en el rostro se debía al deleite o al asco. Justo cuando dejó de hablar, comenzó a sentir que algo no andaba bien y necesitaba acomodarlo cuanto antes.

Se arrepintió de no haberle preguntado a Rubén cómo era su hija para saber exactamente cómo lidiar con ella. Pero se contuvo en aquel entonces de la misma forma que lo estaba haciendo ahora al no llamarlo para decirle que se encontraba con ella.

Tocó la puerta de su habitación para anunciarse una vez creyó que ya había transcurrido suficiente tiempo en el baño.

—Abbie, soy yo, Fran. Dijo Francis, acercando su rostro a la puerta para que lo escucharan desde dentro.

Abigail detuvo su marcha de seco al escuchar su voz. Su corazón comenzó a latir. Pensó en la posibilidad de marcharse y en el hecho de que, si lo hacía, debía enfrentarlo y decirle por qué lo estaba haciendo. De inmediato, desistió.

—¿Puedo entrar? Preguntó Francis.

Abbie se dio media vuelta y caminó unos cuantos pasos para abrirle antes de responder, pero se detuvo en seco para evitar demostrar el apremio de atenderle y habló.

—Sí, puedes pasar, no hay problema. Repuso con un tono de voz más o menos alto para que le pudiera escuchar.

—De acuerdo, voy a entrar. Anunció Francis antes de abrir la puerta.

El protocolo que habían recién impuesto resultaba fuera de lugar para dos personas que ya habían compartido intimidad hace pocas horas. No sabían cómo proceder, pero, querían representar una buena opinión para el otro.

—¿Estás lista? Le pregunto al abrir por completo la puerta. □ Me gustaría presentarte a toda la tripulación antes de abrírnos paso al mar.

—Sí... creo que estoy lista. Repuso Abbie sin moverse del lugar en donde se había quedado.

—¿Crees? Inquirió Francis. Frunció levemente el ceño en señal de confusión y escrutó el cuarto en búsqueda de alguna respuesta.

Al asomarse, pudo ver que en la cama se encontraban esparcidos los trajes de baño de Abbie como si se hubiese probado todos y cada uno de ellos. Asumió que no tenía más ropa, ya que su maleta se encontraba vacía, salvo por el portátil que apenas se veía desde donde él se encontraba.

—¿No hallabas que usar? Preguntó sin vergüenza.

Abigail se giró hacia la cama para notar que se podía ver su desorden. Retomó la posición inicial para responder.

—No, nada que ver. No es eso. Repuso, acercándose a él obligándolo a salir. □ ¿Me querías mostrar algo? Preguntó cerrando la puerta a sus espaldas.

—Sí, quería presentarte a la tripulación. Dijo, caminando al lado de Abbie casi como si ella lo estuviese guiando a él.

—Y, más o menos ¿De cuántas personas estamos hablando? Preguntó Abbie tratando atraer su atención. Lo que no sabía es que no necesitaba de mucho para hacerlo.

—Bueno, alrededor de setenta. Dijo Francis, girando en una de las esquinas hacia el ascensor que llevaba a la cubierta.

—¿¡Setenta personas!?! ¿Me estás jodiendo? Espetó Abigail.

—No. Repuso Francis como si no fuese gran cosa. □ Se necesita de muchas personas para mantener a flote este yate.

—Vaya, eso suena bastante costoso. Aseguró Abbie.

Francis, notó que Abigail tenía cierta afición por el gasto de dinero. No quería suponer que se trataba al despilfarro de ingresos, pero, de todos modos, algo de eso parecía perturbarle. El preguntarle al respecto podría resultar indecoroso.

—¿Por qué lo dices? Inquirió Francis evitando ser más específico por miedo a parecer odioso.

—¿Lo del dinero? Dijo Abbie. □ Por nada, solo es un decir.

Ambos llegaron a la cubierta en donde los esperaba una fila de personas uniformadas con pantalones blancos que les llegaban hasta las rodillas, franelas con las iniciales de Francis bordadas en el pecho y uno que otro que no parecía formar parte de ese grupo, tal como los cocineros, el capitán, entre

otros.

Abbie los observaba incrédula. Era asombroso que tal cantidad de personas cupiera en aquel lugar. Le parecía imposible el hecho de estar allí y no haberlos visto en ningún momento desde que llegó, sino, hasta ese instante. Tal vez una o dos de esas personas se topó en su camino, pero, resultaban ser casos muy específicos, como para decir que se trataban de una mera casualidad.

Francis, se acercó uno a uno para presentárselos personalmente a Abbie, quien, no pudo dejar escapar que Fran conocía el nombre de todos. Les hablaba como si fuesen amigos suyos y no hubiese ningún tipo de compromiso laboral entre ellos.

Amablemente fue respondiendo a todas y cada una de las palmadas y apretones de manos que le fueron dando. Uno a uno, luego de decir su nombre y ofrecerle cortésmente sus servicios, se fueron retirando.

Para el momento en que las introducciones no parecían tener final, por último, Francis le presentó a su asistente, Karen.

—Mucho gusto, mi nombre es Karen. Dijo luego de que Francis hizo los honores.

En el momento en que Abbie escuchó su nombre, recordó que no había hablado desde hace semanas con su mejor amiga. Fue un pensamiento fugaz que mantuvo en mente con el fin de hablar con ella más tarde.

—Mucho gusto, soy Abigail Marks. Dijo Abigail, estrechando su mano.

En ese momento, Karen, se sacudió un poco por lo extraño que resulto escuchar el apellido de Abbie. Francis, a las espaldas de Abigail, le rogó con un gesto que no dijese nada al respecto.

La hija del Sr. Marks se encontraba a bordo de su yate y, por la forma en que su jefe la vio, presumió que ella no tenía idea de que tanto él como su padre se conocían. Trató hacer pasar desapercibida aquella revelación para continuar con la introducción.

—Vengo a pasar un tiempo con Francis. Concluyó Abbie sin percatarse de lo que había sucedido.

—Pues, señorita Marks, estoy a sus órdenes al igual que los miembros de esta tripulación. Es un placer tenerla con nosotros. Dijo Karen, cortésmente.

—El placer es mío. Repuso con amabilidad.

—Muy bien, pues, esos son todos los miembros de mi tripulación. Dijo Francis al ver que terminaron de presentarse.

—Son bastantes. Creí que nunca dejaría de estrechar manos. Repuso Abbie viendo a Francis a los ojos.

Karen no se había marchado todavía, con la esperanza de entender por qué la hija del Sr. Marks se encontraba con ellos. Se mantuvo en silencio para pasar desapercibida mientras ellos conversaban.

—Sí, son buenas personas. Es más agradable cuando la conoces a todas. Dijo con honestidad.

Abbie supo apreciar aquel pequeño detalle. El conocer el nombre de todos y cada uno de ellos, además de tratarlos con total camaradería, resultaba ser algo nuevo para ella.

Una persona que parecía tener la cantidad de dinero que posiblemente él tenía y ella desconocía, no se habría molestado en conocer los nombres de las personas que atendían algo tan insignificante como un yate.

—Eso es muy lindo de tu parte. Dijo Abbie perdiéndose en sus pensamientos y en el rostro de Fran, sin darse cuenta de lo que estaba hablando.

—¿Qué cosa? ¿Qué dije? Inquirió Fran al no verle sentido a sus palabras.

Abbie se percató de que estaba divagando y se reincorporó al mundo terrenal.

—No, digo, porque, eres amable con tu tripulación, por eso digo. Agregó Abigail.

—Bueno, me gusta hacer bien las cosas y tratarlos a todos por igual. Son personas grandiosas y de no tratarlas como se lo merecen, me estaría perdiendo de una amistad realmente increíble. Dijo Francis sin darse cuenta de que lo que estaba diciendo ocasionaba en Abigail una especie de colapso mental.

Abbie se perdió esta vez entre sus palabras. Hablaba como una persona totalmente diferente a lo que parece ser a simple vista. Eso le generaba una especie de placer personal que no comprendía a la perfección.

Karen se mantuvo en silencio mientras observaba cómo ellos dos se hablaban y se quedaban viendo como un par de idiotas enamorados. De inmediato

entendió por qué Francis no quería que supiera que él conocía al Sr. Marks y que no era ninguna coincidencia el haberse encontrado con ella. Como su amiga no quiso arruinar el momento, por lo que decidió esperar para preguntarle al respecto.

Francis y Abigail se mantuvieron en silencio por varios segundos antes de romper su concentración y recordar que estaban todavía en frente de Karen. Abbie, se adelantó para decirle a Fran que quería ver la sala de cine que él le mencionó al llegar al Carpe Diem.

Francis le indicó que se adelantara al ascensor del que habían salido hace unos minutos. Quería quedarse a solas con Karen ya que sentía la presión de su mirada quemándole la frente como si estuviese expuesto a una especie de rayo calórico que salía de sus ojos. En lo que Abbie se alejó lo suficiente, su asistente le interpelló.

—¿Por qué la hija del señor Marks está con nosotros en el yate? Y ¿Por qué me da la impresión de que te la cogiste? Preguntó Karen sin preámbulos ni dolores.

—Oye, oye, con calma. Todo esto tiene una explicación. Le dijo Francis mientras trataba de calmarla con un movimiento de sus manos.

—Francis Acosta, responde mis preguntas. Insistió Karen.

—¿Cuáles preguntas? Dijo Francis haciéndose el incrédulo.

—Tú sabes cuál. ¿Por qué está ella aquí? repitió Karen.

—Bueno, me «encontré» con ella anoche en la fiesta del hotel y hablamos por unas cuantas horas y me pareció una persona realmente agradable.

—¿Es así? Preguntó Karen sintiendo que le estaba ocultando algo.

—Sí, es así. Más nada. Repuso Francis levantando las manos para mostrárselas en señal de que no escondía algo.

—Francis... ¿Por qué me da la impresión de que te la cogiste? Preguntó Karen de nuevo.

Francis no supo qué decir. Prefirió quedarse en silencio para evitar hacerla molestar más de lo que parecía estarlo. Karen, lo miró a los ojos ferozmente y, al ver que Fran no tenía la intención de responder a aquella pregunta, se llevó el índice y el pulgar al ceño para bordear con estos dedos sus cejas.

Al terminar de bordear sus entrecejos, levantó la mirada, más iracunda que segundos atrás y preguntó de otra forma.

—Francis... ¿Por qué demonios te cogiste a la hija del señor Marks? ¿Puedes explicármelo? Antes de que me dé algo y me muera. Dijo Karen totalmente ofuscada por la ira.

—Es que estábamos hablando y comenzamos a acercarnos un poco más y... una cosa llevo a la otra. Y... trató de explicar coherentemente sin decir mucho al respecto antes de que Karen le interrumpiese.

—Francis, ¿Qué fue lo que te pidió el señor Marks que hicieras? Preguntó Karen de una vez.

No tenía pensado hacerle esa pregunta. Lo menos que le importaba era saber qué hablaba él con sus amigos y mucho menos a alguien a quien le dando parte de su dinero, en, según ella creía, ignorando el estado financiero del señor Marks, inversiones multimillonarias. Pero, dada las circunstancias, necesitaba saberlo.

—Karen, yo no... Dijo Francis tratando de excusarse para evitar decirle.

—Francis Acosta... Le dijo Karen con un tono amenazador.

Francis entendió de inmediato que debía decirle qué sucedía.

—Quería que la buscara en Hawaii, aprovechando que estaba aquí, para saber cómo se encontraba. Se suponía que debía verla desde lejos y «cuidarla» de que algo malo no le sucediera. Rubén tenía varias semanas sin saber de ella y le preocupó un poco su estado. Pero, todo se salió de control, y yo... Le explicó Francis, antes de ser nuevamente interrumpido.

—¡Y te la cogiste! ¡Francis! ¡¿Qué demonios te sucede?! Preguntó Karen perdiendo el control de sí misma.

—Karen, no te molestes, no es para tanto. No he hecho nada malo. Tampoco es como que la obligué a hacerlo. Dijo Francis, con la esperanza de que eso le calmara un poco.

Karen, levanto ambas cejas como si lo que él le había dicho cambiaría algo. Trató de responder a eso, pero, ya no sabía cómo reaccionar al respecto. Francis, vio la oportunidad de tomar el control de la conversación.

—Karen, la verdad es que no esperaba que nada de esto sucediera. Mi

intención era verla, decirle a Rubén que todo estaba bien e irme sin dejarme ver. Pero, comencé a verla un poco más y un poco más hasta que terminó llamando mi atención. Dijo Francis buscando hacerla entender.

Karen no tenía nada que decir, su rostro no cambiaba de expresión, pero, aun así, no se marchaba para dejar de escucharlo. La verdad, quería saber por qué cambió de parecer. Conocía a Francis casi como ninguna otra persona y sabía que no era de esos que hacía las cosas a la ligera.

—Traté irme antes de que algo así sucediera, pero, ayer vi la oportunidad de poder hablar con ella. Continuó Francis, viendo que sus palabras comenzaban a causar algo en Karen. □ Una vez intercambiamos palabras, ya todo estaba hecho. Me cautivó por completo.

Karen, fue cambiando su semblante poco a poco ante la forma en que Francis hablaba de Abbie. Pudo ver que estaba siendo honesto con ella, y que, a pesar de su forma de ser despreocupada, algo le estaba perturbando.

—En un principio era un simple favor, ahora, no sé cómo lidiar que me siento un poco atraído por la hija de Rubén. Todo está sucediendo demasiado rápido, además, de que no creo que debería dejarla sola. Explicó. □ Quiero estar un tiempo con ella, descubrir que es esto que siento y si es algo real.

—¿Y piensas decirle a Abigail acerca de su padre? Preguntó Karen, calmándose lentamente.

—A paso de vencedores... Dijo Francis. □ Tengo la intención de hacerlo, en algún momento. Pero no sé cuándo.

—Te recomiendo que lo hagas antes de que sea demasiado tarde. Dijo Karen con un tono de sabiduría. □ No sé cómo vaya a reaccionar ella, pero, evita que lo descubra sin saber todo al respecto y ocasiones un drama innecesario por falta de información, omisión de detalles y un sinfín de factores más. ¿Sí? Mira que invertir en el negocio de alguien a tanto riesgo de pérdida y luego acostarse con su hija no es algo que vaya de la mano.

—Lo sé, lo sé Repuso Francis estando de acuerdo con ella.

—No vaya a ser que crea que estas comprándola. Le dijo Karen con un tono sarcástico.

—Espero no suceda eso. Repuso. □ Entonces. ¿Ya no estás molesta conmigo? Inquirió Francis sonriéndole con un gesto de dolor en el rostro con la

esperanza de que se hubiese tranquilizado.

—No mucho, parece que lo estás haciendo a bien, supongo. Repuso Karen.

—No voy a hacer nada malo, te lo prometo. Le aseguró Francis.

—Eso lo sé, pero, no quiero que nadie salga perjudicado. Debes ver como resuelves esto del señor Marks. Ha estado preguntando por ti, sobre cómo va con lo que te pidió.

—¿Le has dicho algo?

—¿Cómo demonios le voy a decir algo si me acabo de enterar que estabas «haciendo» eso para él? Le preguntó con el tono de voz adecuado para hacer énfasis en que su pregunta resultaba estúpida.

—Tienes un punto. Le dijo Francis cambiando su enfoque de la situación. □ Bueno, entonces mantengámoslo así. Mientras tanto, yo veré como soluciono esto y te aviso ¿Sí? Agregó. □ Te dejo, creo que ya hemos hecho esperar mucho a Abbie.

Le cogió por los hombros al decirle aquellas palabras y luego comenzó a caminar hacia la dirección que había tomado Abigail.

—¡Oh, mierda! Verdad. Sí, sí, ve con ella. Exclamó Karen al recordar que Abbie aún estaba en el yate. □ Y por favor, procura no dejarla embarazada y joder más esta situación. Agregó con un sutil grito al ver a Francis alejarse.

—¡Lo tendré en mente! Le repuso con un grito antes de desvanecerse en el interior del yate.

Abbie acaba de llegar al ascensor, luego de perderse en el camino observando cada detalle del diseño de aquel magnífico interior en lo que Francis retomó su paso hasta ella. A los pocos segundos de ver el elevador, Fran apareció detrás de ella con un paso acelerado como si estuviese huyendo de algo.

—¿Te hice esperar demasiado? Preguntó Francis acercándose a ella un tanto agitado.

—No, para nada, acabo de llegar. ¿Sucedió algo? Preguntó Abbie.

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas? Inquirió Fran por lo repentino de su pregunta.

—Por nada, es que te observe hablando con tu asistente quien parecía estar regañándote por algo. Le explicó Abigail.

—¡Oh! ¿Eso? No, nada del otro mundo. Suele hablarme así a veces. Se excusó Francis. □ Entonces, querías ver el cine. ¿Eres una fanática de las películas? Agregó Francis cambiando estratégicamente de tema con un tono muy natural.

—Un poco. Tengo cierto gusto por las películas. Mi padre, luego de descubrir que me interesaba en el mundo de las películas, me hizo una sala de cine en la casa, pero eso fue hace mucho, antes solía tratarme bien; no como ahora... Agregó luego de una minúscula pausa entre un murmullo lleno de reproche □ ...que ya ni me habla.

Francis pudo notar que tenía cierto desapego con su padre. No comprendía a qué se debía, tal vez ella conociera una faceta de Rubén que él no. Lo que le causaba duda era saber exactamente cuál era la verdadera. No quiso decir nada al respecto, evidentemente le era un tema delicado, por lo que prefirió dejarlo así y esperar que ella continuara hablando.

—Por lo que me parecen interesante las salas de cine de los demás. La mía era un tanto pequeña, la hicieron cuando era una niña. No me quejo, se ajustaba y se ajusta a mis gustos. Prosiguió Abbie.

—Bueno, espero te guste la mía. En mi casa tengo una en donde suelo ver películas con mis amigos, esta es un tanto más personal. Le explicó Francis.

Ambos se adentraron en el yate hasta la sala de cine que Abigail quería ver. Una vez allí, se concentraron tanto en lo que esta representaba que, entre temas recurrentes de aquel mundo y una muy buena química emocional, terminaron viendo unas cuantas películas en la comodidad del lugar.

Abigail se sentía a gusto en aquel mundo, cosa que siempre había hecho. Las películas eran una especie de escape para ella, la alejaban del bullicio de su antigua casa, de las discusiones de su padre con alguna de sus esposas, de las ostentosas. Aquel era su santuario y el cine era su mantra.

—Cuéntame, ¿por qué te gusta el cine, las películas, y todo eso? Preguntó Francis una vez terminó la primera película que vieron.

—Bueno, me gusta porque me hace sentir aliviada. Veo las películas y me distraigo hasta tal punto que olvido por completo de mis problemas. Explicó Abbie.

—Es una forma de verlo. Muchos buscan a distraerse con él. Dijo Francis.

—Es verdad, pero, luego de tanto aferrarme a eso, siento que es algo que se

hizo parte de mí. Le repuso Abbie antes de que comenzara la siguiente película para luego retomar el silencio.

Esta vez, compartió su placer con Francis, el formó parte de eso. No se trataba con muchas personas. De todos, la única que le importaba y que sabía que eso era lo suyo, es su amiga Karen. Para ella, que él estuviese allí, era una especie de recompensa.

Francis, de vez en vez, alejaba la mirada de la pantalla para ver a Abbie recostada de su brazo perdida entre las escenas de la película. Su rostro demostraba una paz que él no conocía. Fran siempre había estado en un constante movimiento que lo llevaba a fronteras de emociones y experiencias inimaginables.

En ese momento se dio cuenta que sus estilos de vida eran totalmente diferentes. La admiró con un sosiego que no era propio de él, la sencillez de sus gustos, de su manera de deleitarse con algo tan simple como una película, le dejó cautivado.

A la mañana siguiente, luego de una cena llena de alimentos marinos elegidos especialmente para mantener la onda del mar, Abbie fue a dormirse en la habitación que le había indicado Francis que podía tomar.

Le parecía un tanto extraño que le ofreciera dormir allí luego de que compartieron una noche juntos no hace más de veinticuatro horas. Fran, hizo lo posible para no acercarse tanto, tan de prisa, a la hija de Marks, por lo que, procuró que, mientras estuviese en su yate, no forzaría nada al respecto y, de ser posible que se diera la oportunidad de volver a acostarse con ella, debía ser lo más espontánea posible, que ni él ni ella lo estableciesen.

De todos modos, no tenía planeado presentar ningún tipo de resistencia al respecto.

Abigail acababa de levantarse cuando Francis se acercó a la puerta para hacerle una importante pregunta que determinarían lo que iban a hacer en ese día.

—Abbie ¿Estás despierta? Preguntó tocando a la puerta con delicadeza.

Abigail se levantó de la cama de un jalón y se sentó para recibirlo.

—Sí, sí lo estoy. Pasa. Le repuso.

—Buenos días. ¿Cómo amaneciste? ¿Te gusta más esa almohada? Le dijo,

burlándose un poco evocando el instante en que se levantaron en la arena.

Abigail soltó una sutil carcajada al recordar cómo se despertó sobre su brazo.

—Bien, gracias. Repuso. □ No me quejo, pero, la otra no me había parecido tan mal. Dijo con una sonrisa.

Francis y Abigail se miraron en silencio sintiendo como la tensión entre ellos se hacía más grande. No querían ser el siguiente en hablar. Esperaban que el otro rompiera el hielo para evitar abalanzarse y repetir lo que habían hecho la noche anterior.

No era cuestión de familiaridad, ni mucho menos de un deseo que se tenían guardado desde hace tanto tiempo. Los dos se conocieron en lo personal lo suficiente como para quererse sentir nuevamente.

Fran, reconoció que había ido hasta allí para preguntarle algo, por lo que decidió que él sería el siguiente en hablar.

—Oye, antes de que vayamos a desayunar ¿qué tan buena eres manejando bicicletas? Preguntó Francis con completa naturalidad.

—¿Bicicletas? Bueno, no soy una experta, pero sé que puedo manejarlas. Repuso, tratando de desviar su atención de la «posibilidad».

—¿Has manejado en bajadas un tanto... Movi6 su cabeza de lado a lado buscando una forma sutil y mundana para darle un nombre a lo que diría, □ rocosas?

—¿Te refieres a bajar como de una montaña? Preguntó Abbie para darse una idea. Le pareció que era una pregunta extraña, pero casual.

—Sí, exactamente. Aseveró Francis sonriendo como si estuviese a punto de dar con la respuesta perfecta.

—Bueno, lo hice una vez, cuando era más joven. Indicó Abbie. □ Tengo cierta familiaridad con ello.

—Maravilloso, entonces. Ya sé que vamos a hacer hoy. Dijo Francis entusiasmado mientras se alejaba de la habitación para coger rumbo a la cocina.

Abigail tomó por sorpresa ese cambio repentino de ambiente. Acababan de llegar al yate y ¿ya estaban a punto de irse? No entendía a qué se debía eso. La forma de ser de Francis aun resultaba un misterio para ella y suponía ser algo

a lo que le costaría acostumbrarse, o con lo que tal vez no se familiarizaría jamás.

Por otro lado, él, trataba de integrarla a su mundo con las cosas que más le emocionaban, en la espera de que, en el extremo caso que le gustase, pudiera estar más cerca de ella de lo que podría ser posible estar.

Tal vez su manera de hacerlo era un poco exagerada; integrarla a la fuerza a esa vida podría ser contraproducente. No era precisamente el tipo malo del cuento, pero, tenía en sus manos la posibilidad de compartir con alguien especial, tal vez, su forma de ser acabaría con todo.

Capítulo 8

La vida de un aventurero

Francis y Abigail abordaron el helicóptero que estaba en el helipuerto del yate y tomaron curso al estado de California para emprender su viaje a Canadá en avión. No tenían la intención de esperar demasiado para hacer un trazado del mapa por el agua así que decidió ir por aire. Sería más sencillo, más rápido y menos tedioso.

Abbie no veía por qué no ir a hacerlo, ni mucho menos, por qué hacerlo tan apresuradamente. A pesar que lo olvidase de vez en cuando, Francis era un hombre que disponía de la cantidad de dinero que se necesitaba para tomar decisiones de último momento sin que cosas tales como «distancia», «medios» y «recursos» fuesen un problema.

Al parecer, lo tenía todo listo para el momento en que pisaron el suelo de California y se bajaron del helicóptero para caminar un poco hasta el avión privado que los llevaría hasta Canadá.

Las bicicletas, el equipo necesario, el lugar reservado para ellos, el tiempo y la energía para emprender ese viaje. Gracias a las ventajas que le ofrecen el dinero, y aquellos que dedican su vida a mejorar las aeronaves privadas para viajes inmediatos, en menos de cuatro horas ya se encontraban en las montañas de Retallack, para empezar el descenso.

—¿Estás lista? Preguntó Francis, levantándose el casco para que Abbie le escuchase mejor.

Abigail se encontraba viendo el descenso con incertidumbre en su cuerpo. El corazón le palpitaba al máximo dándole la impresión de que se le saldría del pecho y se enredaría en el volante hasta el punto de hacerla caer y morir en el intento. Una percepción un tanto exagerada para una persona tan sutil.

Gran parte de su frustración no se debía al peligro sino a lo rápido que paso de estar en un lugar en donde dormía con el sonido de las olas cada tarde a estar en otro país a punto de tener la primera experiencia con lo extremo. Francis se mostraba despreocupado y feliz. Se notaba desde lejos que había

hecho eso ciento de veces, que eso no significaría ningún problema para él.

Abbie volteó su rostro para verle fijamente a los ojos y responder a su pregunta con una mirada llena de descontento. No sabía si quería retirarse de esa experiencia o si se abrazaría a ella para vivirla al máximo.

—Aún estamos a tiempo de retroceder. Le aseguró Francis al notar la duda en sus ojos. □ Si tienes miedo podemos dejarlo.

—No, no dejaré que esto me gane. Repuso Abigail demostrando decisión con sus palabras más no con su tono de voz.

—Entonces ¿lo haremos? Preguntó Francis queriendo estar cien por ciento seguro.

—Sí. Lo haremos. No cabe duda. Le aseveró Abbie.

—Muy bien, entonces lo haremos a la cuenta de tres. Advirtió Francis.

—Uno... comenzó el conteo.

Abigail observaba la posibilidad de cada accidente que se pudo imaginar en lo que Francis tardó de pasar del número uno al dos.

—Dos... continuó Francis, acomodándose el casco, ajustándoselo al rostro.

Abigail, volteó a verlo, a ver el descenso y a verlo a él nuevamente. El tiempo parecía moverse más lento de lo normal. En menos tiempo de lo que pensaba, pudo detallar una gran cantidad de cosas.

Le dio la impresión de que Francis estaba sonriendo, se percató de la sensibilidad de sus frenos, de la brisa que hacía mover el maillot que le dieron para adecuarse al equipo. De que el guante, gracias a la fricción que ejercía por su textura de escamas de dragón, se adherían al volante a la perfección, que no podía despegar el pie del pedal con facilidad... la cuenta se le hizo eterna.

Francis mantuvo la distancia entre el dos y el tres para darle tiempo a Abigail de acomodarse lo más que pudiese antes de comenzar a descender. Una vez en medio del camino, detenerse se haría casi imposible. Abbie, respiró profundo y se acomodó. Apretó las manos al volante, proponiéndose mentalmente que se inclinaría hacia adelante en el preciso momento en que Fran dijese...

—¡Tres! Exclamó él.

Ambos se inclinaron para dejarse llevar por la gravedad. Comenzaron a bajar

a una velocidad estándar casi aterradora para Abbie. La suspensión de la bicicleta hacía que el volante rebotase sutilmente obligándola a sostenerse con más fuerza. No era como lo recordaba, tal vez por los años o por la edad, pero aquello se sentía totalmente diferente.

Francis comenzó a tomar ventaja al saber manejarse con un poco más de flexibilidad en aquel terreno. Abbie no quitaba la vista de en frente para evitar chocar con algún objeto extraño que pudiese ocasionar su muerte y la de su compañero de aventura. Fran, se mantuvo al margen para estar a una distancia prudencial de ella y evitar que se alejara demasiado.

Abigail solamente escuchaba el sonido ahogado de su respiración dentro del casco, sintiendo a la vez las vibraciones de la bicicleta. Lentamente fue acostumbrándose a la sensación y a soltarse más para disfrutar la experiencia. Corría con suerte de haber hecho algo similar a eso cuando era pequeña, cosa que le facilitó la parte difícil del trayecto, no caerse.

La bajada se hacía más complicada a la vez que avanzaban más al final de esta. La tierra se esparcía por todos lados al verse afectada por la presencia de Francis y Abigail.

Ella se comenzó a mostrar más confiada; la bajada no presentaba el peligro que ella había esperado además de que no era precisamente la más complicada. Él no se atrevió a llevarla a la parte más alta pero tampoco quería que tuviese una primera vez completamente aburrida.

Abbie, demostraba una destreza casi maniática al manejar su montañera. Se dejaba llevar por el peso y la gravedad lo que le llevó a adelantar a Francis una vez se concentró en disfrutar y no en sobrevivir.

Abigail dio un grito de emoción al pasar a un lado de él. El éxtasis se apoderaba de ella.

—¡Oye! Gritó viendo cómo se alejaba ante sus ojos.

Fran se imaginaba que Abigail se quedaría atrás en algún momento y terminaría regresando a pie. No era cuestión de desconfianza, sino de costumbre, aunque solo pensó en eso por un instante.

Al verla como le adelantó a toda velocidad como un alma llena de adrenalina y de emocionante proceder, Francis comenzó a dejarse llevar por el instinto competitivo. Abbie, se sintió realizada al notar que Fran se había quedado atrás de ella dejándola en la punta.

No sabía muy bien que estaba haciendo, ni mucho menos si del modo en que lo hacía era el adecuado. Por su parte, se consoló al pensar que estaba obteniendo resultados satisfactorios ¿para qué complicarse entonces?

La adrenalina corría por su sangre haciéndola sentir imparable y fuera de control. Nada podría detenerla, nadie podría decirle que hacer. Era ella contra el mundo, contra los obstáculos y ninguno de ellos le haría perder su rumbo. No pensaba, lo abrigaba como una idea adictiva.

Entendía por qué Francis se sometía a un estilo de vida como ese. No lo conocía mucho, realmente ignoraba qué tan extrema era su forma de vivir, pero, con tan solo verlo, dejaba impresa esa concepción. Y, en ese preciso instante, ella estaba formando parte de eso.

Francis, comenzó a ganar velocidad con destreza, acercándose a paso acelerado a Abbie. Abigail se veía, a lo lejos, totalmente confiada. No perdía tiempo en evitar las partes rocosas, las abordaba como si fuesen un simple juego de niños. Fran, tenía la intención de adelantarla, de llegar primero que ella.

Ya no era algo tan sencillo como descender una simple bajada empinada, era otra cosa, era personal. No se dejó cegar por las ganas de ganar, pero sí por la idea de estar al mismo nivel que ella. Quería disfrutar cada momento de tal forma que ambos expresaran lo mejor de esa experiencia.

—¡Aun no me dejas atrás! Gritó Francis mientras se acercaba rápidamente a Abigail.

Ella pudo escuchar levemente el grito de Fran quien parecía estar más cerca de ella. Mientras más sentía que la alcanzaba, más grandes eran sus ganas de ir más rápido. Aflojó las piernas para dejar que la bicicleta hiciera su trabajo sometiéndola a menos resistencia. Pero, a pesar de eso, Francis parecía saber más al respecto.

En pocos segundos ya se encontraban cabeza a cabeza teniendo unos cuantos metros de sobra para terminar la bajada. Abigail, comenzó a sentir la presión de ganar a como diese lugar a pesar de que eso no fuese una competencia. No quería que Francis la rebasase ni que llegara primero que ella. Quería dominar eso, quería ser la mejor en lo mejor.

—¿Cuánto Falta?! Preguntó Abigail con una voz temblorosa entre risas.

—¡Ya vamos a llegar! Le gritó Francis volteando a su derecha rápidamente

para verla y regresando su mirada al camino.

—¿Cómo lo sabes?! Exclamó.

—¡El cartel! Repuso con un grito y apuntando hacia el cartel, que acababan de pasar, con la cabeza.

En ese instante, entrando a la zona de árboles, casi oculta desde el cielo, Abigail pudo ver que había un camino rocoso más adelante. No medía más de medio metro, pero, pasar sobre él a toda velocidad sin la experiencia adecuada le causaría una mínima pérdida de control.

Francis creyó tener la carrera en sus manos. Estaba seguro que en lo que estuviese en terreno más estable, aceleraría el paso y llegaría de primero. Desgraciadamente, olvidó un pequeño detalle.

Abbie decidió frenar un poco para evitar pasar tan rápido sobre él, lo que hizo que perdiera velocidad notablemente y ocasionara que Francis se adelantara por medio metro.

Él, pudo notar que ella se quedó atrás y perdió por completo la concentración. No sabía por qué había hecho eso, o si lo había hecho intencionalmente. «¿Habrà pasado algo?» Pensó preocupado. Entre pensamientos e incertidumbre, olvidó el pequeño camino que tenía en frente.

En circunstancias diferentes, para alguien como él, no importaría como lo pasara, pero, esta vez, tuvo resultados contraproducentes.

—¡Oh mierda! Dijo, al pasar sobre el camino rocoso, lo que le asustó por el cambio repentino de terreno, lo que le obligó a perder el control para, casi de inmediato, desviarse del camino y terminar en el suelo.

En fracciones de segundos, tanto él como la bicicleta comenzaron a deslizarse, esta siguió revolcándose por el camino al no tener algo que la detuviera como a Francis que, al más mínimo contacto con la tierra, la fricción lo detuvo dejándolo a unos cuantos metros delante de su caída.

—¡Francis! Gritó Abbie completamente desconsolada y llena de preocupación.

Abigail pudo ver toda aquella escena en primera fila. Todo sucedió tan rápido que no pudo hacer nada al respecto. Tras dejar escapar su grito de terror, en lo que pudo, se acercó a toda velocidad al lugar del accidente.

Al llegar a él, se bajó apresuradamente. Francis ya tenía varios segundos de haberse caído y, tras inspeccionar su cuerpo, de quitarse el casco para respirar un poco de aire fresco, el interpele de Abbie le tomó por sorpresa.

—¡Francis! ¿Te encuentras bien? ¿Te pasó algo malo? Preguntó abalanzándose a él tras quitarse los guantes y el casco para buscarle heridas graves en el cuerpo.

Esperaba ser ella quien se cayera, pero, las cosas sucedieron de otra forma.

—No, no, tranquila. Todo está bien. Repuso Francis al sentir sus manos calientes sobre la tela de su equipo.

—¿¡Estás seguro!?! ¿No estarás en shock? Preguntó sin dejar de tocar su cuerpo.

—¡Sí!, ¡Sí estoy seguro! No te preocupes. Aseveró, sosteniendo sus manos para que dejara de buscar.

Ambos se quedaron viendo mutuamente a los ojos tras haber pasado la parte difícil de aquel encuentro. Abbie sentía como su corazón quería salirse de su pecho, casi de la misma forma que estaba latiendo cuando comenzaron a bajar. Esta vez estaba anexado a él la agitación por el esfuerzo de bajar, la emoción de hacerlo y el terror profundo que le invadió el ver a Francis caerse.

La respiración de ambos estaba acelerada, aun afectada por la adrenalina en sus cuerpos. No sabían cómo proceder al siguiente paso. No se querían levantar del suelo ni dejar de verse a los ojos. El mundo pareció detenerse a su alrededor como si nada de más importase, solo ellos dos, solo ese momento.

Y, sin pensarlo demasiado, casi como si estuviesen sincronizados y sintonizando el mismo canal de pensamientos, se abrazaron de golpe y comenzaron a besarse desesperadamente.

Los besos se hicieron intensos segundo tras segundo. Sostenían sus cabezas para no dejar escapar al otro y tratar de pegarlo a sí lo más posible. A pesar de que no se estuviesen tocando realmente, a pesar de que sus átomos se acercaran lo más que pudiesen, pero sin llegar a tener un contacto totalmente físico, a pesar de que aquello que sentían como sus labios era solamente el choque eléctrico entre ellos.

Lo disfrutaban, de la misma forma que se disfruta algo adictivo, algo que

genera felicidad con tan solo practicarle a escasas cantidades. Pero, esta vez, estaban solos de nuevo. Se tenían uno al otro de la misma forma que se tuvieron dos días atrás en la playa. Sus cuerpos pedían a gritos sentirse, amarse, tenerse. Se sentían más unidos como jamás se sintieron unidos a otro ser humano.

La raza, los géneros, la existencia misma les era fugas e insignificante de tal forma que sus besos eran lo único que importaba.

Francis, procedió a levantar el maillot de Abbie dejando en descubierto su abdomen y sus pechos a penas cubiertos con un top deportivo. Se podía notar como sus pezones levantaban la tela elástica de su brasier.

Abigail se alejó de la boca de Fran y levantó los brazos para que este la despojara sin ningún problema de la prenda que llevaba. Una vez se la quitó, ella misma se deshizo del trozo de tela que le tapaba los senos.

Mientras ella se quitaba el top, Francis procedió a quitarse la ropa dejando su torso desnudo a la vista de Abbie. Ya semidescubiertos, continuaron besándose dejando que sus pieles llenas de sudor y de un humor embriagante se tocaran, rozándose mutuamente, generando más calor, aumentando su deseo. Fran, la tomó por la cintura y la subió a su regazo para sentirla sobre él.

Sentir como su peso presionaba su cuerpo le era fascinante. La quería tener de todas las formas, de la mejor manera posible antes de que llegasen a un punto en donde el sexo dejara de importar. No sabía cuál sería o si en algún momento sucedería; incluso podría ser una presunción estúpida, pero, él no se detendría para nada en el menester de poseerla.

Ya para cuando el deseo era incontrolable, sus prendas estaban dispersas a su alrededor. No había nada entre ellos que evitase la posibilidad de tenerse mutuamente en su máxima expresión.

Francis comenzó a tocar sus pechos y a besarlos, mientras Abigail se encontraba acostada sobre las hojas secas del camino, confundiendo su respiración con gemidos sagaces y eróticos. Arqueaba la espalda por cada recorrida de placer que le invadía al sentir como Fran succionaba con delicadeza e intensidad sus pezones.

Apretaba sus pechos queriendo calar su suavidad en la palma de sus manos, para recordar cada noche, entre momentos de lucidez y descontrol, la textura, densidad, el diámetro y espesor de su perfecto busto. Bajó lentamente por su

abdomen, besándolo, y pasándole la lengua húmeda por la piel. Se detuvo en su ombligo y le profirió un pequeño roce de labios.

Soltó sus pechos y la cogió por la pelvis apretándole la cresta iliaca y causándole un hormigueo electrizante por todo el cuerpo. Llegó hasta su entrepierna en donde se dispuso a rodearle el clítoris con la lengua. Suavemente, con movimientos circulares, iba escuchando los gemidos intensos de Abigail al tocarle directamente su sexo.

Con las manos, apretaba su cintura, sus nalgas y, de vez en vez, llevaba la mano hasta la boca de Abigail quien se dejaba introducir el dedo y lo succionaba con deleite. Al mismo tiempo, se apretaba los pechos para aumentar el éxtasis que le causaban los besos de Francis.

Gemía, sin ningún tipo de restricción. Se dejaba llevar por el placer, por la adrenalina, por el extenuante deseo que se apoderaba de ella y controlaba sus gritos. De no haber estados solos, cualquier persona podría haberlos escuchado.

Su voz rebotaba entre los árboles causando un eco sublime que retumbaba en los oídos de Francis quien aceleraba sus movimientos al mismo tiempo en que ella batía sus caderas al compás de los de él.

Abbie no paraba de exteriorizar su placer, pidiendo más, diciéndole que no se moviera, aseverando que ese era el lugar que debería seguir tocando. Francis jugaba con sus labios, con su clítoris e introducía su lengua en su vagina. Succionaba los jugos que se escurrían de ella, lubricándole el paso a su pene el cual palpitaba segundo tras segundo con cada movimiento y grito de Abigail.

—Me fascina sentir tu lengua entre mis piernas, pero, ¿no tienes algo más grande con lo que podemos jugar? Dijo Abbie con una voz lasciva y armonizada por su voz que gemía de placer.

Francis, dejó de besarla y apartó el rostro de su entrepierna.

Sin mediar palabras, se acercó a su rostro para besarla con la espera de que Abigail le respondiera con pasión. Ella deseaba tenerlo cerca, que no dejara de hacerla gozar ni disfrutar cada segundo de ese instante.

Abbie le repuso el ósculo apasionadamente. Lo cogió por el cuello y lo acercó más. El olor que emanaba de su rostro proveniente de los jugos que de ella se escurrían, le resultaba fascinante y delicioso.

Se perdieron por varios segundos en aquella practica antes de que Francis tomase su pene y lo alineara con la vagina de Abbie, acercándolo lentamente haciendo que su glande tocara suavemente su clítoris.

Abigail tomo una bocanada de aire mientras sentía el caliente miembro de Fran recorriendo lo largo de su sexo hasta llegar a su puerta. Una vez en posición, él fue deslizándolo hacia adentro sintiendo como los jugos que se corrían desde su interior le envolvían y atrapaban a la vez que sus músculos se contraían para empujarlo para que llegase más profundo.

Abigail dejó escapar un fuerte gemido de placer al deleitarse con el hecho de que su sexo estaba siendo invadido y poseído por un gran pene. Le parecía que se hacía cada vez más grueso a la vez que sus palpitations se aceleraban.

Francis, no había terminado de introducirlo, para cuando tuvo un orgasmo. El mundo parecía detenerse, aspiró con fuerza cerrando sus ojos para quedarse en esa posición por varios segundos antes de que Fran sacase su pene de nuevo.

Se mantuvo en esa posición por poco tiempo para luego sacarlo con delicadeza. Quería alargar el momento, hacerlo más significativo de lo que ya era. Sus movimientos eran pausados y le permitían a Abigail saborear cada centímetro con su vagina.

—¿Por qué no te conocí antes? Preguntó Abigail perdida entre sus pensamientos de placer.

—Eso ya no importa ahora.

—¡Me encantas! Exclamó cuando Francis volvió a penetrarla fuertemente.

Abigail no conseguía concentrarse en otra cosa que no fuese gemir, disfrutar ni pensar en volverlo hacer de nuevo.

Francis, comenzó a aumentar la cantidad de veces que la embestía a la vez que lo hacía más rápido. Empujaba justamente luego de terminar de penetrarla para llegar más lejos, para hacerla sentirse mejor. Su vagina, le apretaba el pene de tal manera que su glande rozaba con todo lo que se encontraba de por medio. Las paredes de su vulva le estimulaban como si estuviesen hechas únicamente para él.

Abigail, tenía sus piernas al aire totalmente abiertas a la vez que se abrazaba al cuello de Francis como si no hubiese un mejor lugar para estar, y, por lo que

sucedía en su mente en ese momento, no lo había. Cada estímulo era más embriagante que el anterior. No hallaba forma de traducir lo increíblemente grandioso que era estar con él en ese preciso momento, disfrutándolo al máximo.

Se movía a la velocidad que él quería, sacando y metiendo su pene de tal forma que su cuerpo no solo gritaba de placer, sino que lo hacía por el deseo de que volviera. Se fueron acoplando mutuamente de tal forma que no había más nada en el mundo aparte de ellos. Sus gemidos eran fuertes, su respiración agitada. Las embestidas de Francis no solo le llegaban profundo y le excitaban cada vez a mayor intensidad.

Francis penetraba y perforaba su cuerpo con el deseo de sentirla a cada segundo, de cada minuto de todas las horas, en cincuenta y dos semanas, por los trescientos sesenta y cinco días de cada año hasta el final de sus días.

Las paredes de la vagina de Abbie le apretaban cada vez más, palpitando, atrayéndolo. Intercambiaban besos y roces. Él apretaba sus pechos, contorsionándose para alcanzarlos. Ella, apretaba sus nalgas jugando entre ellas con sus dedos.

De repente, Francis se salió.

—¿Qué pasó? Dijo de repente Abigail al sentir que Francis sacó su pene de ella.

—Te quiero sobre mí. Le repuso Francis, tomándola por la cintura y levantándola para colocarla sobre su cuerpo.

Abigail soltó una pequeña carcajada al sentir como la levantaba sin ningún problema.

—Entonces, ¿quieres que te cabalgue un rato? Inquirió Abbie con una mirada traviesa en los ojos y una voz seductora, mientras tomaba aquel miembro con la mano izquierda e iba moviendo sus caderas de lado a lado para acercarse lentamente al pene de Francis.

—Quiero que me disloques el pene, mi amor. Repuso Francis abrazándola fuertemente por la cintura y acercándola con un solo movimiento a su pene.

—Entonces ¿qué esperamos? Dijo Abigail.

Se acomodó un poco y levantó su trasero para facilitar la penetración. Dejó pasar el pene de Francis y, antes de comenzar a moverse, le cogió la cabeza y

dio un beso vehemente que le sacó el aire. Una vez se alejó de él, comenzó a mover sus nalgas de arriba abajo. El silencio que les rodeaba, les era útil para escuchar como su vagina húmeda era penetrada salvajemente.

Aumentaba la velocidad de sus embestidas, una tras otras, ocasionándole un placer inimaginable. Sus gemidos se dejaban llevar por los movimientos de su cadera componiendo un vals perfecto que Francis disfrutaba a todo dar. Sus pechos rebotaban, su cabello se movía en todas direcciones.

Mientras más rápido lo hacía, más rápido llegaba al siguiente orgasmo. Se movía hacia adelante y atrás para evitar que el pene se le escapara de entre las piernas. Francis adoraba como la vagina hacia que su miembro se doblase levemente aumentando el nivel de su placer y la intensidad con que lo sentía. Apretaba sus nalgas que se encontraban un poco abiertas por cada movimiento.

—Daría lo que fuera por quedarme aquí para siempre. Dijo Francis mientras apretaba sus nalgas.

—¡Sí! Exclamó Abbie. □ ¡Quiero quedarme contigo, quiero hacértelo todo el día!

Ambos, fueron aumentando el ritmo cardiaco, la cantidad de veces que inhalaban y exhalaban y la fuerza con que lo hacían. Sus cuerpos parecían estar a punto de colapsar, de dar su máximo.

—¡Así! ¡Así! Gritaba Abbie a punto de llegar a su ultimo orgasmo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sigue así, no pares! Le decía Francis sintiendo como estaba a punto de acabar. □ Me voy a correr, me voy a correr. Dijo con apremio.

Francis sabía que Karen le había dicho que no terminara embarazando a Abigail, pero, en ese momento, no sabía qué hacer. Si se dedicaba a detener todo eso y sacar su pene antes de tiempo, podría arruinar todo para ella corriendo el riesgo de que aún no alcanzase el clímax.

—¡Córrete adentro de mí! Quiero sentir tu carga caliente. Dijo Abbie, dándole la impresión a Francis de que leía sus pensamientos.

—¡Voy a acabar! Gritó Francis.

—¡Yo también! Se le unió Abbie.

Justamente en el momento en que Francis dejó escapar toda su corrida, Abigail

terminó de alcanzar el máximo placer y lo decoró con la sensación del semen de Fran llenando toda su vagina.

Una vez lo hizo, no pensó más en el tema del embarazo, ya no importaba. ¿De qué se preocuparía? ¿De no poder hacerse responsable? ¿De no poder mantener a un niño? Tenía suficiente dinero para no preocuparse en eso, o por lo menos, así lo vio cuando eyaculo dentro de ella.

Abbie sintió que su cuerpo perdía fuerzas, que se le escapaba el calor y se borraban sus recuerdos. Se dejó caer sobre Francis totalmente descompuesta, invadida por el placer y la fatiga. Francis soltó sus brazos y los dejó reposando sobre el suelo, respirando el vapor que emanaba del cuerpo de Abigail.

Se quedaron allí por varios minutos sin moverse bajo ninguna circunstancia. Francis aún estaba dentro de ella sintiendo como su vagina palpitaba como si estuviese viva.

Luego de un rato de recuperación se acomodaron uno al lado del otro para quedarse abrazados esperando a que las ganas les llegaran y pudiesen levantarse, vestirse nuevamente e incorporarse en sus bicicletas para terminar el descenso como se supone debieron hacerlo media hora atrás.

Abigail, sintió que había más silencio del que debería.

—¿Sucede algo? Preguntó subiendo su cabeza para ver mejor a Francis.

—No. Repuso Fran, sin quitar la vista de la punta de uno de los muchos árboles que los rodeaban.

—¿Por qué estás tan callado? Insistió Abbie.

—Pensando en algo. Repuso sin dar muchas explicaciones.

—¿En qué piensas? Inquirió de nuevo.

Francis, trataba de no romper su concentración, de ignorar la posibilidad de algún mal entendido. Pensaba en Rubén, en si su amistad se vería afectada, en que se corrió dentro de ella y podría quedar embarazada por desgracias de su suerte.

La verdad, no importaba lo que los demás especularan, lo único que le era de interés era la opinión de Abbie. Tal vez por el hecho de que su padre le mandó a buscarla y que, luego de darse cuenta que había una especie de conflicto

personal entre ellos dos, no quiso tocar el tema a la ligera como lo había pensado antes.

De alguna forma u otra, pensó que debería decirle una de sus incertidumbres.

—Me corrí adentro tuyo... Dijo sin cavilar demasiado.

—Sí... yo sé ¿Y? Repuso Abigail indiferente ante el tema.

—Es decir, y si... Trato de terminar de hablar, de poner sus ideas en orden para no sonar como un patán.

—¿Quedo embarazada? continuó Abbie su idea. □ No creo. Repuso, recostando de nuevo su cabeza sobre su pecho.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? Preguntó Francis desenfocando los árboles y enfocándose en ella.

—Pues porque, de terminar embarazada, entonces las pastillas serían un fraude. Así que lo dudo. Dijo, naturalmente.

—¿Tomas pastillas? Vaya, no me lo esperaba. Dijo con alivio.

—Es para el control menstrual. No me pareció raro que te corrieras sobre mi tantas veces en la playa porque supuse que no tendría idea de ello. Pero, como esta vez me preguntaste... Le explicó Abbie.

—Sí, porque quería hacerlo, pero no sabía si sería un problema. Explicó Fran.

—Bueno, no habría sido un problema. No viniendo de ti. Concluyó Abigail.

Francis no supo que pensar de eso que le dijo. No lo noto extraño ni negativo, pero, significaba mucho una vez se le dedicaba el nivel de interés adecuado.

Luego de varias horas de incursionar en diferentes senderos, uno un tanto más desafiante que el anterior, terminaron su recorrido y se marcharon de nuevo al yate de Francis.

A Abigail le dio la impresión de que no tenía una casa en algún país y que su hogar era aquel humilde barquito. No consiguió cómo eso podría ser negativo, pero, sería una de las cosas que esperaría de una persona con la cantidad de dinero que ella asumía que él tenía.

Durante las siguientes semanas a esa, compartieron diferentes viajes por el mundo. Hawaii se había quedado atrás, ya no estaban en aguas estadounidenses. Se la arreglaron para llegar al océano atlántico en pocos días

y perderse en las islas por las que pasaban.

Una aventura diferente les esperaba en a la vuelta de cada esquina náutica. Abigail no se mostraba interesada en el mundo en el que Francis se movía, pero tampoco lo rechazaba como estaba acostumbrada a hacer con su padre.

Desconocía de donde le venía tanto dinero o si de algún modo u otro podría significar algo para su futuro ¿estaría toda su vida adulta compartiendo con el tipo de hombre que juro aborrecer?

Francis no era nada parecido a su papá, ni mucho menos a los otros que alguna vez conoció. A pesar de que sus riquezas lo pusieran en un punto en donde la vida sin restricciones y la real eran una misma, ella se sentía a gusto con él.

Su forma de vivir le resultaba intoxicante, pero, cada vez que tenían una aventura nueva, en que se sumergían en las aguas de las posibilidades, de lo nuevo, Abbie se sentía más apegada a él, más cercana. Las semanas se hicieron meses. No se sentía ni remotamente interesada en volver a lo que alguna vez tuvo. Sí, era prácticamente la misma vida, ¿La única diferencia? Estaba disfrutándola.

Si bien no era lo que estaba planeado para su futuro, mientras pudiera disfrutarlo, lo haría. Tal vez, hasta que se les acabasen las millas que recorrer y terminaran pisando tierra firme, en la búsqueda de establecerse, sentar cabeza; justamente en el punto de su vida en donde debería tomar decisiones.

Poco a poco iba conociendo mejor a Francis, pero, no sabía cómo lidiaría con eso. Ella quería una vida sencilla, ignoraba qué quería él. Fran era un hombre aventurero, que vivía de lo intenso, con el lema de que el «mañana de ayer es hoy».

Francis, sentía que las cosas como las acostumbraba a ver no le estaban resultando tan divertidas como de costumbre. Las tardes con Abigail se hacían más tranquilas y enternedoras que las que solía tener estando completamente solo con su equipo y energía.

Nunca se había detenido a pensar en el atardecer como algo que pudiera presenciar al lado de alguien más. Siempre se detenía a observarlo, pero nunca lo hizo con compañía. Esa sensación que dejaba impresa Abbie en él le fue causando un cambio drástico en su enfoque de las cosas.

Bien, vivía cada momento como si fuese el último, como si el mañana no existiese; disfrutando segundo tras segundo su limitada existencia. Abigail

sabía apreciar ese entusiasmo por vivir, por abalanzarse a lo nuevo y desconocido, al igual que él lo hacía al admirarla a ella con su forma peculiar de deleitarse con lo sencillo. Se sentía a gusto, se sentía feliz.

Su cuerpo producía energía que lo mantenía caliente y activo estando a su lado, lo que le profería un grito de alivio al inyectarle una dosis de emoción a aquellas milésimas de segundos que trascurrían al desplazarse de un milímetro a otro. Junto a ella, las cosas no necesitaban ser grandes, asombrosas ni peligrosas para ser extremas y emocionantes.

Entre los dos, acostados en una de las muchas camas al aire libre que se encontraban en el yate de Fran, sosteniendo el peso del otro mientras observaban el atardecer, se percibían como un buen partido, como algo embriagante que les daba un cambio magnífico a su rutina, a su modo de vivir.

Entendían que, el estar juntos significaba deshacerse de muchas cosas que creían indispensables, todo eso, para aventurarse a un nuevo mundo que pedía demasiado de ellos, tanto, que les causaba temor.

Capítulo 9

La aventura más sencilla

Las horas se hicieron más largas, obligando al tiempo durar más de lo necesario para que ambos entermeciesen cada minuto en compañía del otro. Abigail se estaba acostumbrando al calor de su pecho tocándole el rostro. Francis, se familiarizaba con su aroma y el deleite de su presencia.

Se hacían las seis de la tarde en la zona horaria de algún lugar, en alguna parte del mundo. Ya no les importaba, ni siquiera se molestaban en preguntarla ya.

—Abbie. Dijo Francis, interrumpiendo el tiempo de meditación y relajación en pareja que preestablecieron hace ya varios meses haciéndolo una costumbre. □ ¿Recuerdas cuando me dijiste que te gustaban las películas?

—Sí, lo recuerdo. Repuso Abigail sin retirar sus ojos del horizonte.

—Estuve pensando y me nació la duda de que, si no había nada que te detuviese, ¿por qué no incursionaste en el mundo de las películas? Inquirió Francis.

—No lo sé. No lo había pensado. Repuso Abigail, con un tano de sofisma.

—¿Me dices que tuviste un cine en tu casa casi toda tu infancia y gran parte de tu vida adulta viendo cientos de películas una tras otra y no habías pensado en hacer las tuyas? Le preguntó Francis, acomodándose en la cama al aire libre para verla mejor.

—Bueno, la verdad es que sí. De hecho, estudié cinematografía a distancia. Reveló Abbie tras ver que el interés en Francis era real.

—Entonces, ¿por qué no te dedicaste a eso si te hacía tanto bien? Inquirió confundido.

—No sé, no creo que tenga la capacidad de hacer algo bueno. Dijo Abigail, indiferente y renegada.

—Y... Comenzó a hablar Francis, antes de ser interrumpido.

—Y no, no lo he intentado. Dijo Abbie, quitándole las palabras de la boca. □ Sé que sí lo intentase lo sabría. Abigail ya había escuchado eso. Su amiga

Karen solía aconsejarla a intentar lo que quería, escapar de la rutina haciendo algo que le generase placer.

Francis se detuvo unos segundos para pensar mejor lo que iba a decir. Así evitaría sonar rebuscado y predecible.

—Entonces ¿qué demonios estas esperando? Dijo, siendo eso lo mejor que se le pudo ocurrir. □ Aún tienes tiempo y energía, inviértela en algo que te guste.

—Sí, es que no sé. Ese es el estilo de vida de una persona que no ha pasado trabajo en su vida.

—Yo creo que, si alguien ha atravesado por tiempos difíciles, el menor de sus problemas es «intentar» algo. ¿Qué te detiene a ti? Inquirió Francis.

—Las personas como nosotros, que siempre tuvieron la oportunidad de hacer lo que quisieran... no sé, me da la impresión de que hacemos trampa en la vida. Dijo Abigail, tratando de poner sus ideas en orden.

—Eso es cuestión de enfoque. Creo que no eres sencillo por lo que tienes o puedes hacer. Dijo Francis, sintiéndose un póster motivacional.

—Y tú, ¿por qué no haces lo que más te gusta? Preguntó Abbie, retándolo a demostrarle que era mejor que ella.

—¿Qué te hace pensar que no lo hago? Inquirió Francis, viendo el error en su pregunta.

—No lo sé, no conozco aquello que «te gusta». Repuso Abigail, queriendo tener mayor información para reforzar su punto.

—Esto es lo que me gusta, lo que hago siempre. ¿Recuerdas cuando te dije que estaba jubilado?

—Sí. Afirmó Abbie.

—¿No te hace pensar que «jubilación» tiene un significado de por medio?

Abigail pudo notar el detalle que él intentaba hacerle ver. Nunca dijo que no trabajó lo que tenía, incluso, dijo que se había jubilado, lo que quería decir que había hecho algo antes de eso para llegar a un punto en donde «dejaba» de trabajar.

—No lo había visto de esa forma. Se retractó Abigail.

—Exacto, pero... Dijo Francis, sintiendo que debía dar su brazo a torcer. □ De cierta forma tienes razón, hay algo que quiero y no termino de hacer. No porque no pueda, sino porque carezco del valor de intentarlo.

—Dices que lo mío es falta de valor. Inquirió Abigail, tratando de formalizar la idea.

—Vale, así le llamo yo, no sé qué nombre quieres ponerle tú. Agregó Francis.

—Bueno chico. Expresó Abbie queriendo concluir la conversación bajo buenos términos. □ El día que tú decidas hacer eso que quieres, yo intentaré entrar en el mundo del cine. ¿Bien?

—Bien.

Francis, no quiso comentarle que su falta de valor se debía a que, tras un escrutinio agotador. Luego de notar los cambios de humor de Abigail ante su forma de vivir y de cómo rechazaba la vida de su padre y la de él, lo que debía hacer para «hacer» aquello que más le gustaba, era dejar de vivir la vida tal cual le encantaba vivirla para estar a su lado y no ocasionarle ningún disgusto.

Una presunción un tanto precipitada, pero, digna de una persona que no se había visto en la obligación de cambiar por nadie. Lo que requería una mejora y no un cambio, terminaba significando algo más grave de lo que realmente era.

Las semanas seguían pasando y Abigail consideró que era tiempo de reconectarse con las personas de su antigua vida. Veía curiosamente el hecho de referirse a ello como «antigua vida» cuando difícilmente se adaptaba a esta que, según ella, era la nueva.

Sabía que el cambio es algo drástico que, una vez comenzado, parece pequeño, y que la única forma de hacerlo definitivo, es abrazándose a él y tener paciencia para notar que, cuando quieres cruzar una línea entre Corea del Sur y Corea del norte, solo necesitas dar un paso. Ya estando del otro lado, y habiendo caminado por un buen rato, indiferente de donde se haya partido, todo es totalmente diferente.

—¡Abigail Marks! Gritó Karen al ver que el contacto de Abbie se abría en su monitor permitiéndole ser vista. □ Alabado sea Zeus y cada uno de los doce dioses del olimpo.

—Veo que me extrañaste. Repuso Abigail ante la bienvenida de Karen.

—Bueno, luego de llorar noche tras noche por tu ausencia, me di cuenta que el mundo sigue girando. Pero, sí, se puede decir que te extraño. ¿En dónde has estado? Que ya no te tomas tu tiempo para hablar conmigo.

—Vaya. Sí que te dejé de hablar. Lo siento.

—No te preocupes, eres mi amiga, no el oxígeno de mis pulmones. Si me dejas de hablar constantemente ni me moriré ni me molestaré contigo. Tú tienes una vida y yo otra. Expresó Karen con longanimidad.

Abigail tomó como un gesto bastante coherente y extraño para alguien con quien no había hablado antes. Supuso que en ese tiempo que estuvo fuera de contacto, no fue la única que tuvo un cambio de enfoque.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿Qué? ¿Fue malo? Inquirió de repente Karen, cambiando el semblante de serenidad de su rostro.

—No, para nada, me pareció hermoso.

—Gracias, gracias. Dijo Karen, sintiéndose realizada, había logrado decir lo que quería decir.

—¿Y eso?

—Tuve varios días pensando en qué decirte si me llamabas. Intenté contactarte primero varias veces porque necesitaban, y yo necesitaba, hablar contigo, pero no aparecías.

—¿Lo tenías escrito? Preguntó Abbie soltando una pequeña sonrisa.

—Sí. Repuso Karen con un gesto adorable. □ Quería demostrarte que seré tu amiga pase lo que pase, y que no me comportaré como esas personas posesivas y tóxicas que no pueden darse cuenta que no son el centro del universo. ¡Malditas! ¡Plagas! Comenzó a exteriorizar con ira Karen, hablando de otra que no era Abigail.

—Oye, oye, ¿qué pasó? ¿A quién odiamos ahora?

—A una idiota que se fue del país y me dejó de hablar porque nunca le escribía. Explicó Karen.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué? inquirió.

—Se fue del país, hablamos por unas semanas y de repente tuve que comenzar a trabajar para la compañía de seguros de mi padre como la asistente del vicepresidente; consumidor como no tienes idea. Explicó Karen. □ ¿Vale? Bien, entonces, como no le escribía, viene y me dice un montón de tonterías con respecto a que se siente sola y que yo no hago nada para hacerla sentir mejor. ¿No es estúpido?

—En efecto. Repuso Abbie sin la intención de interrumpirla.

Quería preguntarle acerca de quién quería saber de ella y acudió a su mejor amiga para contactarla. Como una persona recatada, no demostraba que algo le llamaba el interés para no causar impresiones erradas o predecibles ante los demás.

—Entonces, como me sentí en la misma situación estando contigo, decidí tomar todo esto con entereza. Continuó Karen sin pensar en terminar de hablar aun. □ Pienso en ti y en lo que te afecta como mi mejor amiga.

Abigail no pudo evitar dejar escapar una carcajada amistosa ante las palabras de Karen. Su amiga solía hacer cosas con un significado ontológico profundo a tal punto que le llevaría días a cualquiera adaptarse a su toma de decisiones.

Pero se sentía a gusto. A pesar de la naturaleza de su crianza, solamente ella parecía ser eso que ella quería llegar a ser: vivir en equilibrio con aquel mundo, ser feliz y no ser parte, a tiempo completo, de esa realidad agobiante del millonario promedio. Karen era realmente inteligente y dejaba una impresión positiva en quien conocía.

Antes de conocer a Francis a fondo, creía que solo ella podría llegar a ser realmente sencilla y sincera. Le admiraba y quería de verdad.

—Te extrañe demasiado. Confesó Abbie, mientras se le escapaban unas cuantas lágrimas de los ojos.

—Ay, no llores Abbie, en serio. No era para tanto. Solamente te dije que no importaba que te hubieses ido, no fue nada malo. Trato de consolarla.

—No es por eso, es que, eres increíble y, no sé por qué taré tanto en hablar contigo. Me hiciste mucha falta. Dijo Abbie entre sutiles sollozos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? Preguntó Karen.

—Ya no estoy en Hawaii. No desde hace ya cinco meses.

—¿En dónde estás ahora?

—En el yate de un hombre que conocí. Dijo Abbie, serenando su depresión. Las lágrimas se le secaron en el rostro, pero, en su garganta aun sentía un nudo y en su pecho un vacío.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. ¿Cómo llegaste ahí? ¿Qué ha pasado en estos meses? Preguntó Karen pidiéndole una respuesta clara.

No juzgaría su historia, pero, al ver como se sentía, necesitaba saber al respecto para ayudarle.

—Dos semanas después que llegué a Hawaii, me dijeron que había una fiesta del hotel...

Abigail comenzó a contarle detalladamente lo que le sucedió desde ese entonces. Poco a poco le fue explicando las cosas que hizo y experimentó con Francis. Las largas noches a su lado, los días que no tenían la cantidad de horas suficientes para contener sus aventuras, de las tardes en pareja contemplando la belleza del horizonte en cada una de sus paradas.

De su despertar en su cama cada mañana abrazada a él. Karen, escuchó atenta, observando como Abbie exteriorizaba un deleite fino ante la forma de vivir de Francis. Cómo se mostraba confundida.

Abigail le daba a entender que, en sí, no tenía escapatoria de aquel mundo del que no se sentía parte.

Le mencionó cada una de los encuentros sexuales que tuvo con Francis, de aquellos lentos roces, suaves caricias y románticos besos. Del coito salvaje y embriagante en el exterior de cada país, provincia y estado.

De los ósculos bajo el agua, las cogidas a escondidas en plena luz del día en frente de todos los demás sin ser descubiertos. De cómo se acercaba más a él y como sentía que eso presentaba un problema.

Karen, detalló cada una de sus anécdotas con deleite, intriga y emoción. Con su narrativa, le iba describiendo sus aventuras, sus encuentros, su mundo. Abigail le explicaba que el estilo de vida de Francis le resultaba intoxicante.

Que, le parecía que estaba haciendo lo mismo que su padre: adaptándose a ese modo de vivir y ahogando sus penas, sus incertidumbres y conflictos personales en sexo, en actividades adictivas que liberaban dopamina en ella, dándole un alivio temporal.

—Vaya, en serio no me lo esperaba. ¿Quién lo diría? Dijo Karen una vez Abbie terminó de hablar.

—Sí. Estuve pensando en eso últimamente, en sí realmente debería hacerlo formal, formal. Repuso Abbie.

—Bueno, ya duermen juntos en la misma cama todas las noches. Creo que eso es tener la mitad del pastel comido.

—Creo que lo que más me afecta es que, por un lado, me veo con él en el futuro, pero por otro, deseo no formar parte de eso. Comenzó a decir Abigail. □ Es decir, se supone que me alejé de mi papá para evitar exactamente eso. ¿Me entiendes?

—Sí, tiene un poco de sentido. Repuso Karen.

—¿Un poco? ¿qué? ¿porqué? Inquirió Abbie, con intriga.

—Pues, que no es necesariamente así. Te estás agobiando porque Francis es un vividor, que lleva cada experiencia al límite. Me dices que te encanta estar con él pero que te intoxica. Tienes una montaña rusa de emociones y ¿me dices que es exactamente lo mismo que tenías con tu padre? Explicó Karen con puntualidad. □ No veo como no notas el error.

—¿A qué te refieres con eso? Es decir, sí me gusta estar con Francis...

—¡Exacto! Te gusta estar con Francis, lo que significa que disfrutas de una vida con él, indiferente el tipo de vida que sea. El factor común es él, no el dinero que tiene. ¿O no? ¿O es que me vas a decir que has experimentado lo mismo en estos últimos meses que has experimentado los últimos quince años con tu papá? Profirió Karen con seriedad.

—No, no lo he hecho. Repuso Abbie sin más que decir.

—Eso es lo que te digo. No es lo mismo, no lo plantes como tal. Sí, según me parece, Francis consume más de lo que tiene, y no me refiero a ingresos, pero, el problema no son sus maneras, sino el modo en que las practica. Hizo una pausa para tomar aire y puntualizar sus ideas. □ Dime, ¿Querrás siquiera estar con él? Expresó Karen.

—Quiero estar segura de que si estoy con él no me voy a arrepentir en el futuro. Ese es mi dilema Explicó Abigail.

—Amiga, tienes que darte cuenta que no porque él viva una aventura cada día,

es una persona execrable. Sí quieres disfrutarlo al máximo adáptate, pero no cambies. Mientras lo haces, él se adaptará también, pero no cambiará. Ten la aventura más sencilla a su lado, en donde los dos estén en equilibrio y luego decides si «estar a su lado» es lo que quieres. Concluyó Karen, sintiendo que ya había dicho lo que debía decir.

Las palabras de su amiga, tal cual las recordaba, eran lo que esperaba de alguien con quien siempre terminaba resolviendo gran parte de sus problemas con una agradable y sutil conversación.

Karen había detallado un punto, ahora, tras escucharlo, su obligación era tomar su consejo o dejarlo ir. No estaba acostumbrada a ignorar las recomendaciones de su amiga quien, siempre terminaba teniendo razón, cuando no, se las arreglaba para darle un por qué.

—¿Estas mejor? Preguntó Karen tras dejarla pensando en silencio por varios segundos.

—Sí, eso creo. Repuso Abigail dejando de lado sus pensamientos. Lo que le llevo a recordar: □ oye...

—¿Sí? Interrumpió Karen.

—Me habías dicho que habían preguntado por mí, o algo por el estilo. Comentó Abigail.

—Sí, eso dije. ¿Por qué? Preguntó Karen.

—¿Quién quería hablar conmigo?

—Bueno, yo no diría hablar. Sino saber de ti. Tu papá vino hasta la casa para preguntarme directamente si sabía algo acerca de ti. Fue bastante extraño, la verdad. Le explicó Karen como si no hubiese ningún problema.

—¿Le contaste que estaba en Hawaii? Inquirió Abigail.

—La verdad no, pero, según noté, parecía que ya sabía que estabas ahí. Lo escuché hablando con mi padre al respecto. Dijo Karen.

—¿Eso hizo?

—Sí. Aseguró. □ No sé cómo le habrá hecho, pero, lo sabía.

—¿Cuándo fue eso?

—Semanas después de que te fuiste. Ya habíamos hablado y todo. Repuso

Karen sintiendo que Abigail estaba pensando en algo. □ ¿Por qué? ¿algo malo?

—No, solamente que me parece raro que se interese en saber de mí. No suele hacerlo.

Luego de unas cuantas horas hablando sobre temas recurrentes, Abigail y Karen se despidieron para conversar mejor otro día. Su amiga, le había dejado suficiente tarea para pensar al respecto; Francis, comenzaría a formar parte de su vida una vez ella decidiera qué medidas tomaría para estar a su lado. Las cosas surgirían a su manera, disponiendo su propio curso, pero, era su obligación mantener una mente clara y un deseo bien definido antes de tomar cualquier decisión.

Por su parte, Francis se hallaba luchando con la idea de contarle de una vez por todas a Abigail acerca de por qué se encontraron en Hawaii, con la espera de que lo tomara bajo buenos términos y no le reprochase nada al respecto. Desconocía la actitud que podría tomar estando en esas circunstancias, cosa que descubriría una vez se decidiera a hacerlo.

Se detuvo entre cavilaciones para pensar acerca de lo que quería hacer. Ya estaba comenzando a sentir la necesidad de sentarse a esperar que el autobús llegase en vez de correr tras él hasta alcanzarlo.

—Fran. Oye, quería decirte... Karen, se acercó a la puerta de la oficina con total naturalidad antes de detenerse en seco tras ver que Francis se encontraba cogitabundo.

Bajó su tono de voz para modificar su pregunta a una que fuese más sutil y, tras disculpase por la intromisión, con más sutileza, preguntó.

—¿Estas ocupado?

—No, no lo estoy. Ya había terminado aquí. Repuso Francis, bajando los pies de la mesa y acomodándose para darle su atención a Karen. □ ¿Qué necesitas?

—Era para decirte que les programaré un vuelo a los chicos para que se queden en la isla más cercana y luego enviaré el helicóptero a buscarlos, quería que pasaran estas semanas con nosotros. Informó Karen con anticipación.

—Sí, claro, no hay problema. Sabes que nunca les diría que no. Repuso

Francis con un tono de voz taciturno. □ Sí quieres les dices que se vengan por más tiempo, y le dices a Juan que la pase con nosotros también.

—Vale. Entonces les avisaré. Respondió Karen cumplidamente.

Tenía pensado quedarse hablando por un rato con él acerca de lo que planearía para esos días, pero, desistió de hacerlo luego de ver que no se encontraba muy animado. Decidió que sería mejor irse y dejarlo a solas.

Ya a punto de marcharse, luego de quedarse en silencio por varios segundos interiorizando la situación y pensando qué iba a hacer. Se resignó a causa de la duda y la preocupación que sentía por el bienestar emocional de su jefe y amigo, por lo que decidió romper el hielo y preguntarle.

—¿Sucede algo?

Por un momento Francis dudó acerca de contarle al respecto de sus cavilaciones personales. No sabía si sería tomado en serio o como un hombre ridículo, indeciso y débil con temor a confrontar la realidad. Parte de sus preocupaciones se basaban en una concepción más profunda de lo que realmente terminaba de ser, aumentando de tamaño la relevancia de todos sus problemas.

Karen le observó cómo se mantenía callado pensando en qué quería hacer. Sintió que realmente no quería hablar, por lo que prefirió desistir de nuevo y dejarlo a solas. Pero, justo antes de que saliera de la oficina, le interpelló.

—Sí, tal vez suceda algo. Dijo Francis.

Karen se detuvo y se reincorporó para responderle.

—¿Quieres contarme al respecto o prefieres dejarlo así? Inquirió Karen tratando de ser amable.

—No sé qué hacer, Karen. Ni siquiera sé si debería estar preocupándome por ello. Repuso Francis exponiendo sus incertidumbres.

Era evidente que algo le estaba afectando. Hacía de una liebre un elefante al sobre preocuparse de la situación. No tenía idea de qué era eso que le preocupaba, por lo que se atrevió a preguntar directamente.

Ya sabía que era un problema que probablemente se resolvería con una decisión sencilla que, tal vez, podría tener consecuencias colaterales las cuales no se conocerían a menos que lo intentase. Básicamente, el motivo por

el cual siempre se complicaba.

—¿Qué te atañe? ¿Por qué te estas liando tanto? Preguntó con puntualidad.

—No es como que me lo haya dicho. Habló Francis como si ya hubiese establecido el contexto con Karen y ella supiera de qué estaba hablando. □ Pero lo puedo ver, Karen. De vez en cuando se comporta de un modo extraño. Sé que no le gusta la forma en que hago las cosas. Creo que si no dejo de hacerlo podría terminar arruinándolo todo y obligándola a irse.

Karen no sabía que decir al respecto en cuanto a los sentimientos que Francis estaba demostrando en ese momento. Las cosas no solían ir de esa forma, no se preocupaba por la opinión que tenían los demás de él ni como su estilo de vida afectaba sus relaciones. Esta vez, definitivamente había algo que comenzaba a afectarle.

—¡La verdad no sé qué hacer! Exclamó Francis con la voz entrecortada.

—Oye, oye... Dijo Karen acercándose a él para evitar la distancia entre los dos. □ Creo que todo esto lo podemos solucionar si ponemos las cosas sobre la mesa.

—¿Qué cosas, Karen? ¿Qué cosas? Inquirió Francis, turbado con lo que le atañía.

—Primero, ¿qué crees tú que piense ella con respecto a tus maneras? Inquirió Karen queriendo hacer notar un punto.

—Pues que, las desprecia. Seguro no le gusta lo que hago. Es decir ¡Se fue de su casa por eso mismo, Karen! Exclamó. □ Rubén tiene, de cierta forma, el mismo estilo de vida que yo. No tendrá la cantidad de dinero que presume, pero es lo que pretende, lo que ignora su hija, lo que resulta ser un factor común. Y, si aborrece eso de él, no quiero pensar que aborrecerá de mí.

—Es un tanto precipitado llegar a esa conclusión ¿o no?

—No sé ¿tú crees? Preguntó turbado.

—Sí lo creo, Fran. Mira. Se sentó en la mesa del escritorio para estar un poco más en equilibrio con su nivel visual. □ No quiero decir que sé qué piensa Abbie acerca de ti, pero, sí te puedo asegurar que no te aborrece. Es decir ¿has notado la forma en que te ve?

Francis, omitió cualquier palabra o pensamiento al respecto, abierto a las

observaciones de Karen, haciendo de su consuelo un discurso.

—Lo más probable es que vea todo diferente tan solo porque está contigo. No creo que eso que sientes no sea reciproco.

—¿Qué? Interrumpió Francis. □

—Ese afecto incondicional que le tienes. Lo más seguro es que ella te esté correspondiendo justamente ahora y se encuentra tragando su orgullo para formar parte de lo que te define. Ahora, si me estás diciendo que sabes que eso choca con sus conceptos de una vida adecuada, entonces tú trabajo es saber qué es lo que quiere y adaptar tu modo de vivir para que no le afecte. ¿Me entiendes?

—Tal vez.

—No tal vez, Francis. ¿Te gusta estar con ella?

—Sí, claro que me gusta...

—¡Entonces lo que tienes que hacer es muy sencillo! ¿No lo ves? No te estoy diciendo que dejes de disfrutar las cosas a tu peculiar manera de hacerlo. Has trabajado gran parte de lo que tienes y estás en tú derecho de disfrutarlo como mejor te plazca. Hizo una pausa para tomar aire. □ Lo que trato de decir es que amaines los excesos de tú vida, que le pongas un límite a las aventuras emocionantes. Acércate tú también a sus maneras y busca a adaptarte un tanto a ellas, así como te digo que le enseñes a vivir en paz con las tuyas.

Francis no tenía nada que decir en contra de ello. Sus palabras parecían ser lo suficientemente claras como para concluir que era la observación más adecuada. Karen, con su instinto maternal, su experiencia y su forma peculiar de ser, se portaba como una mujer de treinta y cinco años completamente apta para lidiar con situaciones como esas.

Cabía destacar que su conversación parecía haber terminado en eso. Entre lo que correspondía la Máxima de Grace, con respecto a la cantidad, toda la información que había dado era la relevante.

No se dijo más nada al respecto, no se pronunciaron palabras sobre el tema que le dieran más razón a Karen de la que tenía, ni mucho menos para girar en torno a ella más veces de lo necesario. Francis había entendido a la perfección lo que le dijo. Gracias a la confianza que le tenía y a lo muy buena amiga que era, no había motivos para no hacer lo que le decía.

Tanto Francis como Abigail regresaron a la recamara principal del yate en donde habían compartido gran parte de esos últimos meses.

Tenían en mente lo que ambas Karen; hermosa coincidencia de nombre y relevancia en sus vidas, les habían dicho. Ella Se encontraba sentada, recostándose del cabezal de la cama, prácticamente preparada para dormir, a la espera de Francis, quien se encontraba en el baño y estaba a punto de ir hasta ella. Sabían, ahora, que lo único que podían hacer era tomar las riendas de sus vidas de inmediato.

Francis, sin saber cómo abordar parte de los temas que tenía en mente, comenzó a perder la firmeza de su cuerpo y se dejó llevar por la desesperación.

Tenía la intención de hablar con ella al respecto de muchas cosas, pero ¿cómo podría comenzar a hacerlo? De inmediato, luego de sentir que no había forma de hacerlo, recobró la compostura y no se dejó doblegar por la situación. Irguió la espalda y hablo con firmeza.

—Abigail... Rompió el hielo.

—¿Sí, Francis? Repuso Abigail sin esperarse nada de lo que estaba a punto de decirle.

—Conozco a tú padre y, debido a eso, me pidió que te fuese a buscar cuando abandonaste tu casa. Dijo Francis.

Capítulo 10

La decisión de vivir a tu lado

Habiendo tomado una decisión, le comentaría al respecto. Tenía en cuenta que lo peor que podía pasar estaba a punto de suceder.

—Ya va, ¡¿Qué?! Reaccionó Abigail ante sus palabras.

—Incluso, he invertido dinero en él en muchas ocasiones, por así decirlo. Prosiguió antes de que se hiciera más difícil explicarle por partes.

Abbie ya tenía una idea en mente, entendía que algo sucedía. No disfrutaba del placer de saber qué era y por lo que necesitaba saberlo.

—¿Por qué? ¿o qué? Francis, más te vale que me des una muy buena explicación o te juro que lo vas a lamentar. Advirtió Abigail llenándose de ira poco a poco.

—¿De qué? Inquirió Francis.

No estaba seguro de saber qué le había afectado, si el que lo conociese desde antes o que le haya enviado a buscarla.

—De todo, Francis. ¡De todo! Exigió Abigail.

Quería saber exactamente a qué se refería con qué su padre mandó a buscarla. El enterarse de ello ocasionó que varias preguntas y presuntas respuestas se formasen en su cabeza. Él, podría ser la razón por la cual su papá sabía por qué estaba en Hawaii, eso o había rastreado sus tarjetas de crédito. Trató de no alterarse demasiado para poder estar atenta a la respuesta de Francis.

—Soy un amigo de tu padre, uno de los pocos que saben lo suficiente acerca de él y le han prestado su ayuda. Debido a eso, tiene una conexión directa conmigo por lo que, cuando se enteró que estabas en Hawaii. Comenzó a explicarle Francis. □ Me pidió que te buscase por las islas para saber cómo te encontrabas.

—En pocas palabras, es tu amigo y mandó a espiarme. ¿Por casualidad también te pidió que me cogieras? Preguntó Abigail dejándose llevar por sus impulsos.

—No, eso no tuvo nada que ver con él. Aseveró Francis.

—¿Entonces? ¿Qué? Inquirió sin amainar su ira.

—¿Podrías dejar que terminase de explicar? ¿Sí? Solicitó Francis con apremio.

—Continua. Repuso, para dar paso a sus explicaciones.

—Tu padre me pidió que fuese a buscarte para saber en dónde estabas y si te encontrabas bien. No suponía que estabas en peligro porque seguías moviendo tus tarjetas de crédito.

—Entonces también me rastrearon para buscarme. ¿Hay alguna otra cosa que hicieron? ¿Rompieron leyes para llegar a mí?

—¿Me vas a dejar continuar?

Abigail frunció su seño y cerró la boca para dejar que Francis continuara con su explicación. No tenía la intención de darle merito a menos que tuviese una muy buena razón. Lo dudaba, pero aun así esperó.

—Según tengo entendido, no quería invadir tu privacidad, por lo que le pidió a un amigo cercano...

—¡Oh, discúlpame! No sabía que rastrear mis tarjetas de crédito y mandar a alguien a que me espíase no era invadir mi privacidad.

Francis, trató de no alterarse ante las constantes interrupciones de Abigail, después de todo, tenía motivos para estar molesta, pero, si quería una explicación, debía mantenerse atenta, en silencio, a lo que él quería decirle.

—Por favor... Insistió Francis.

—Está bien Dijo Abigail, reconociendo que debía dejarlo hablar.

—Vale... Prosiguió. □ Tu padre pidió que te observara de lejos para estar seguro que no te hacía falta nada, que no se te había acabado el dinero o algo por el estilo. Interrumpió su propia idea al notar que Abigail no había entendido esa última parte □ Y antes que preguntes al respecto, deja que termine.

«Preocupado por ti, recurrió a mí ya que, tras buscar entre todos sus conocidos, yo me encontraba cerca de las islas de Hawaii. No fue que te siguió, pudo ser cualquiera, pero me tocó la dicha de ser a quien tu padre llamó.

Tras estar un día entero buscándote porque no conseguía contactarme con tu padre ni sabía en donde te hospedabas, pude dar contigo. No tenía la menor idea de cómo eras, nunca te había visto a pesar de tener tantos años conociendo a tu padre. Se detuvo para cambiar el contexto de su explicación.

Abigail comenzaba a sentir que la situación estaba tomando otro rumbo. No entendía a qué se debía todo ello, pero, parecía no ser tan malo.

—Pero, una vez di contigo, no supe que hacer. Prosiguió Francis. □ Mi plan era llegar, verte y darle la buena noticia a tu padre para luego desentenderme del asunto. Pero, una vez te vi, sentí que debía quedarme por más tiempo. Luego de ello, estuve varios días observándote desde lejos, sintiendo el menester de estar más cerca de ti, queriendo poder hablarte.

—En pocas palabras, estuviste acosándome. Interrumpió Abigail.

—No del todo. Estábamos hospedados en el mismo hotel y daba la casualidad que a veces estábamos en el mismo lugar la cantidad suficiente para que yo pudiera deleitarme contigo. Repuso. □ Me atraías de una forma que no podía entender. Vio su expresión ante el uso del verbo en pasado, dándose cuenta que a pesar de lo que le estaba diciendo, ella aún se sentía atraída a él. □ Aún me atraes.

Abigail cambio su expresión a una de satisfacción al escuchar ello sin dejar de lado la sutil molestia que tenía encima.

—Continua. Dijo Abbie.

—Luego de eso, una cosa llevó a la otra y permitió que sucediera lo que pasó aquella noche que nos conocimos formalmente. Antes de eso, después de que decidí quedarme por mí y no por lo que tu padre me había pedido, no le contesté más las llamadas para no verme en la obligación moral de contarle acerca de ti.

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Tenía pensado decirte. Es decir, no había nada malo en eso, de cierta forma. Pero, cuando hablaste por primera vez de él, parecías tan molesta que no quise arruinar la oportunidad de compartir contigo.

—Pudiste haber intentado.

—¿Te habrías quedado en el yate de haberlo hecho? Preguntó, demostrándole a Abigail que de haberlo hecho no habría sido precisamente mejor.

—Probablemente no, pero si me decías algo parecido, tal vez... Repuso Abbie dejándose convencer con el punto que quiso reflejar con su pregunta.

—Es difícil, una vez acepté el hecho de que me gustas, no era lo mismo que decírtelo ahora. En ese momento quería compartir contigo, saber si lo que sentía por ti era real. El mencionarlo, podía arruinarlo todo.

—¿Y ahora qué? Entonces ¿Por qué lo dices ahora? Inquirió Abigail queriendo escuchar su explicación.

Ya había escuchado su versión de los hechos, los abrazó con un poco de recelo, pero sabiendo que, si lo aceptaba podría conseguir más a diferencia de no hacerlo.

—Porque creo que debo decirte todo lo que puedo, estar bajo buenos términos para poder preguntarte si quieres compartir el futuro conmigo.

El cambio repentino de la conversación le tomó por sorpresa. Lo que una vez parecía ser una confesión culpable, pasó a ser una propuesta llena de sentimentalismo. Reconoció que Francis sabía hacerla perder la compostura.

—¿Qué quieres decir con eso? Preguntó Abbie sintiendo que su molestia se disipaba casi por completo para ser sustituida con la intriga de saber hacia donde se dirigía Francis.

—Que quiero estar contigo, hacer de esto que tenemos algo formal. Pero, me aterra saber que no te gusta mi estilo de vida y que eso pueda presentar un problema para ambos. Quiero poder compartir contigo, sólo que no sé cómo puedas tomar eso. ¿Querrás siquiera?

Abigail sintió que Francis estaba pasando por la misma encrucijada que ella. No sabía qué hacer, si dejarlo ir para tener la vida que quería, lejos de los lujos y las excentricidades, o adaptarse a su modo de ver las cosas dejando de lado sus ideales para compartir con quien parecía ser el hombre de sus sueños. Desconocías hasta qué punto Francis se sentía igual.

—Sé que te molesta esto que hago Prosiguió. □ Tal vez por la vida que tu padre pretender tener, que es bastante similar a la mía desde cierto punto. Y que por eso puedas llegar a aborrecerme tanto como a él. Y eso no es lo que quiero. Es por eso que te pregunto si quieres pasar el resto de tu vida conmigo para saber si abandono todo esto a lo que estoy acostumbrado y tomar la decisión de vivir a tu lado.

Abigail no sabía qué decir al respecto. Sí quería estar con él, pero, no esperaba que se sintiera presionado con su forma de ver la vida hasta tal punto de querer renunciar a todo lo que estaba acostumbrado tan solo por estar con ella. De cierta forma, parecía que estaba pasando por lo mismo que ella, pero, tomando en cuenta ambas realidades, él parecía tener más qué perder.

—Fran, no tienes qué... Intentó explicarle antes de que él la interrumpiese.

—No Abbie, si tengo. Quiero que estés feliz, que tengas una vida a gusto. Y si mi forma de hacer las cosas no te parece, entonces puedo dejarla atrás.

No sabía si ella aceptaría estar con él, lo que le preocupaba sería que, de hacerlo y no cambiar, entonces, podía ocasionar que en el futuro se alejara y lo abandonase. Por ello, pensó que lo mejor, a pesar de tener en mente lo que le había dicho Karen, tomó la decisión se sacrificar lo poco que tenía por ella.

—Fran, yo también quería preguntarte si realmente querías estar conmigo. Pero no quería que me dijese que abandonarías todo por mí. Porque, eso, precisamente eso, era lo que no deseaba que sucediera. Dijo Abigail viendo la oportunidad de decirle lo que sentía antes de que él no le dejase hablar.

—Pero, tú me dijiste que...

—Sí, sé que no me gusta este modo de vivir que llevas; la vida de un millonario. Pero, contigo, me di cuenta que eso no era lo que me molestaba porque, estando a tu lado pude ver que las cosas parecían maravillosas, por muy a pesar que aun así las rechazase.

—Yo me siento igual. Mi vida siempre ha estado en un constante movimiento lleno de trabajo y lujos. Luego que decidí renunciar a las responsabilidades, esta ha sido una aventura constante. Pero, puedo dejarlo atrás. Por ti.

—No creó que debas hacer eso, como tampoco creo que deba yo acostumbrarme a vivir así. Dijo Abbie, y tomando parte de las palabras de su amiga Karen, agregó: □ debemos tener un equilibrio, en donde ambos podamos estar juntos sin abandonar nuestros estilos de vida.

—¿Y cómo piensas que debemos hacer eso? Preguntó Francis, sintiendo que estaban llegando a algo.

Abbie, a pesar de haber sonado como alguien que lo tenía todo resuelto, no sabía qué más decir. Por ello, dejó escapar un suspiro y se acomodó en la cama para ver hacía el techo de la habitación. Casi de inmediato, repuso.

—La verdad es que no sé.

Francis, percibió eso como una buena noticia, entre paréntesis. Ahora que ambos estaban en sintonía una vez más, al tanto de qué para estar juntos, tomando en cuenta sus idiosincrasias, debían equilibrar sus maneras. Sin más que agregar, se recostó a su lado con ambas manos sobre el pecho para ver, de igual forma, el techo de la habitación.

Estaban seguro de lo que querían, por lo que, una vez se vieran en la obligación de tomar una decisión, pensarían en algo que se les colocara en frente para poder tomarlo, adaptarse y vivir en armonía con el otro. No tenían más nada en qué preocuparse, ni poseían esas ideas deprimentes acerca de cómo abordarían una presunción tan sencilla como: estar juntos, pero no en conflicto.

Abigail había olvidado prácticamente la noticia acerca de su padre. No le importaba lo que hacía o dejaba de hacer, eso no era su problema.

Bien se sentía agraviada por el hecho de que la mandase a buscar, pero, de no haber sido así, no habría conocido a Francis de la manera en que lo hizo. En cuanto a él, las cosas habían salido mejor de lo que esperaba, cosa que le calmó lo suficiente para estar en paz.

Luego de aquella confrontación de puntos, Abigail y Francis continuaron con las cosas como estaban yendo hasta ese momento. Pasaron los días y, a pesar de lo que habían establecido como «importante», seguían con sus pensamientos puestos en una sola dirección.

No se preocupaban por aquello que estuvieron un tiempo pensando porque, tras saber que presentaba algo relevante para ambos partidos; el simple hecho de conseguir apoyo en el otro, les llevó a dejar aquella situación atrás. Ya no eran dos individuos que se atraían de forma inmensurable, sino que, se sentían mucho más cerca del otro.

Francis, había contado a Abigail el por qué estaba en aquel hotel al igual que ella, cosa que, a pesar de no ser tan relevante para él, era parte de sus incertidumbres. Una vez se deshizo de esa carga, no tenía más nada qué ver con ello.

Sin embargo, luego de pensarlo durante varios días, consideró que era su obligación moral contarle a Abbie acerca del estado de su padre. De porque, según él, se comportaba de esa forma, que se debía a su constante deseo de ser

tomado como un hombre con dinero cuando estaba al punto del quiebre económico.

Abigail tomó aquella noticia como algo fuera de lo normal. No esperaba que su padre se encontrara en aquel estado, tomando en cuenta que ella nunca lo notó.

Francis le explicó que él, junto a dos amigos más, le financiaban parte de sus gastos para mantenerlo a flote a cambio de ciertos trabajos y favores. Se conocían desde hace años, siendo Rubén su mentor en el mundo de lo financiero y quien le ayudo a obtener tantas de sus riquezas.

Las cosas fueron marchando de maravilla mientras los dos se las arreglaban para aprovechar el momento, la vida que habían decidido tener.

Las noches era una aventura en la cama, el suelo y cada uno de los rincones del lugar en donde se encontrasen en dicho momento. Los días, sin preocupaciones ni nada que los obligara a perder el ánimo, eran destellos de emoción a cada minuto lo que les llevó a establecer aquello que querían para sí mismos.

Abigail, luego de las constantes recomendaciones de Francis y de su amiga Karen, se decidió incursionar en el mundo del cine con la ayuda de los ingresos de Fran. Trataba de no alejarse del estilo de vida de su pareja, ya no importaba si salía a disfrutar de la naturaleza o a conquistarla. Lo importante era que él hacía lo que deseaba, que se adaptaba a ella tanto como ella a él.

Poco a poco fue haciendo las paces con su padre, quien tras aceptar antes su hija su estado económico, sus problemas emocionales y su constante deseo por mantenerse a la altura de un apellido con más historia que futuro en el mundo de los acaudalados y despilfarradores, comenzó a surgir lentamente para ganarse todo aquello que quería disfrutar. Abbie no le reprochó más aquello que quería, cada quien decidía vivir la vida a su manera. Así como ella decidió vivir la suya.

Francis, empezó a dejar sus viajes trasatlánticos, aventuras a través del mundo y noches sin dormir, para pasar más tiempo con Abbie. Disfrutaba de su vida sin límites, pero, se dedicaba a detenerse de vez en cuando para estar al lado de quien significaba tanto para él.

Luego de un día cualquiera, tras unos años de haber compartido mutuamente, Abigail llegó a la casa de Francis, que ahora era prácticamente suya de igual

forma, a leer la correspondencia que les había llegado. Fran, se encontraba viajando a París con Rubén para ayudarlo a cerrar un trato que le colocaría de nuevo en el mapa.

Francis, siempre le escribía cada vez que tenía la oportunidad, fuese cual fuese el medio que utilizase. Esta vez, le envió una postal.

Era la foto de una playa en donde se podía ver una palmera, una silla, el mar y el sol a punto de esconderse. Decía Hawaii en letras blancas en la esquina superior, como si hubiese venido desde allá. A su lado, escrito en inglés, decía «Las islas del Aloha, vive la mejor experiencia bajo el sol» Venía dirigida a ella, con los sellos postales del país europeo. Y en una letra que le era familiar, puesta a pluma, decía.

—Querida Abbie, recuerdo la primera vez que te vi como si fuese la última vez que pudiera recordarlo. Eres el sublime destello del sol sobre el agua de mar. No me arrepentiré jamás de haberte conocido, ni mucho menos de estar a tu lado. Te amo todo lo que puede llegar a amar este sutil servidor. Espero que la estés pasando bien. Nos vemos para la cena.

Abigail pudo sentir que, de entre todas las personas que pudo haber conocido ese día, no había forma en la que pudiese desear regresar y cambiarlo. Francis se había vuelto su amigo, su confidente, su amante. Se embriagaba con su presencia, su alegría y su forma de ser. Cada segundo a su lado era una aventura que la llevaba a nuevas alturas, que le ayudaba a cruzar nuevas fronteras.

Ya no se sentía obligada a seguirlo a todos lados, a compartir al cien por ciento sus ambiciones ya que, a la hora de dormir, el estaría con ella, a su lado. Contemplaba su futuro con los ojos de una soñadora. Antes de él, su vida no tenía ambiciones ni significado, ahora, estaba a un paso de lo que, sin saberlo, había sido hecho para ella desde un principio.

Francis, vivía del momento, abrazando las posibilidades y experiencias emocionantes con la idea de que su día no acabaría pronto ya que, lo único que quería disfrutar, era la aventura que suponía al lado de Abigail.

Ella era su más grande deseo, la punta de la montaña que quería conquistar. Cada noche se acostaba alegre, sabiendo que al día siguiente despertaría junto a ella contemplando, no solo su futuro, sino lo precioso de su presente.

Paso a paso se fue enamorando cada vez más de ella, deseando que todo

aquello que le llenaba de emociones y alegrías no acabase jamás.

Francis y Abigail, vivieron la más grande aventura de sus vidas en el preciso instante en que decidieron que debían compartirla.

Título 2

Doble riesgo

Romance y Erótica con los Ejecutivos

1

Cuatro estaciones

Marta y Susana García han sido amigas por más tiempo del que podrían cuantificar con facilidad, ya que lo resumen en «nos conocemos de toda la vida».

Desde pequeñas, se toparon con la graciosa coincidencia de portar el mismo apellido al mismo tiempo e incluso sus segundos nombres. Sus padres, por otra coincidencia, le nombraron con la tradición de otros países, de llevar dos de ellos. En este caso, ellas los llevaban intercambiados. «Marta Susana García...» «Susana Marta García...»

Desde ese entonces, se dispusieron a ser fieles amigas ya que, estando pequeñas, vieron aquella coincidencia como una señal de que deberían permanecer juntas para siempre. Así estuvieron durante suficientes años hasta que llegaron a la cúspide de su juventud. La edad adulta temprana.

Durante años compartieron mucho más que una amistad: compañeros, prendas, artículos, teléfonos, trabajo, escuelas y todo lo que pudieran intercambiarse. Sus padres entendían la importancia que ellas le daban a estar juntas, casi como hermanas, por lo que decidieron hacer una vida para ambas en la cual se les permitiese estar tan cerca como fuese posible.

Sin más que decir, se ocuparon a ser tan cercanas como les fuera posible. Al pasar el tiempo, se hicieron con sus carreras universitarias de hotelería, junto

a unas cuantas especializaciones cortas de la misma área y terminaron trabajando en un hotel de cinco estrellas el cual les permitía, a ambas, estar juntas en un oficio realmente remunerado (más que todo por el prestigio del lugar).

Fueron escalando posiciones hasta llegar a la cima que les permitían sus puestos de empleo. Marta, se catapultó como la directora de relaciones humanas a la vez que Susana se encargaba de coordinar las habitaciones.

Esta historia empieza en el momento en que, a la crisis de su nueva edad, antes de los cuarenta y después de los veintinueve, Susana se despertó pensando en que necesitaba una aventura en su vida. Las cosas como las conocía, no iban tan mal como cualquiera podría deducir tomando en cuenta lo deprimida que se despertó ese día.

Acostumbrada a tener esa misma sensación precisamente en esa fecha, se comenzaba a preocupar y dejaba afectar por la noción del tiempo. Teniendo eso en mente, a vísperas de la celebración de su nacimiento, procuraba mentalizarse para no terminar sufriendo por lo mismo, pero, de todos modos, terminaba sucumbiendo.

Actualmente en otoño, casualmente la época que se relacionaba con la vejez, el 10 de noviembre, cumplía años. Celebraba el inicio de aquel día, llena de crisis sentimentales que le atañían a cada año.

Susana, se caracteriza por ser una mujer firme, que suele prepararse para todas las adversidades que acostumbraban ocurrirle, pero, por desgracia, su actitud fuerte y decidida, se contrariaba con la forma en que se dejaba atacar normalmente por los sentimientos, especialmente por la depresión. Podría estar increíblemente alegre, pero, de la nada, se sentiría acabada por la facilidad en que las cosas se presentaban.

Todo eso, evidenciaba una necesidad de serenidad en su vida. La moderación no era algo que normalmente estaba determinada a practicar (no quiere decir que fuese una persona excesiva) lo que significaba que no tendía a mantenerse en el punto exacto en donde evitase que sus sentimientos se interpusiesen con su vida hasta el punto de controlarla.

A pesar de todo eso, estando al tanto de su forma de ser, aprendió a prepararse a esas concepciones subjetivas e involuntarias de su ser.

Cuando sabía que algo podría atacarla, deprimirla o hacerla estallar, se

proponía tener todo en regla para no dejar que su actitud sensible la afectara tanto en su calidad de vida.

Por naturaleza, concebía que, a su alrededor, solo existían situaciones que la liarían o, a la larga, causarían más problemas si no las trataba con inteligencia, así que, al igual que los animales en otoño, ella se adaptaba a lo que pudiese sucederle durante las épocas difíciles.

A pesar de no haber planeado sentirse de ese modo, pero que de todos modos lograba conseguir sin ningún esfuerzo.

Comenzó a pensar en las relaciones que podría tener, que podrían ayudarla a superar esos momentos de extrema sensibilidad, pero, al igual que su amiga, los idilios les parecían superfluos e insignificantes para mantener una vida activa y emprendedora. Son mujeres ambiciosas, un mínimo rastro de abandono sería la perdición.

Bien, no se pierde en mencionar que una que otras veces pudieron dedicarse a una relación pasajera, nada del otro mundo, ni que interfiera entre su amistad o su trabajo. Ocasionalmente, una de las dos se levantaba con esa misma impresión con la que se despertó Susana el día su cumpleaños. Pero, esta era diferente.

Normalmente se motivaba por la visita de algún hombre apuesto y exitoso a las instalaciones del hotel. Veían que se encontraba disponible, ya que tanto el éxito como su presencia, era frecuente en las visitas de sus huéspedes. Pero, en esos casos, no era tanto como para preocuparse.

Susana, comenzó su rutina diaria de belleza, menos entusiasmada a lo que acostumbraba a ser el resto del año. Mientras, pensó en que podría tener una vida en familia, ya para esa edad (al igual que lleva pensando desde hace cinco años) y debido a que su madre le repetía gran parte del tiempo: una vez llegase a los veinticinco, era momento para empezar a sentar cabeza. Por una parte, a pesar de que en su mente rondase esa idea, lo que más le preocupaba era el no haber encontrado un hombre adecuado para ese entonces.

Sacudió su cabeza de lado a lado tratando de borrar sus pensamientos, escupió la pasta de diente que tenía almacenada en la boca tras terminar de cepillarse y comenzó a considerar que no era necesario tener pareja ya que una mujer puede ser feliz sin la presencia de un hombre que la quiera. Susana no imaginaba el amor como algo indispensable.

Poco a poco, mientras se preparaba, reflexiono que la concepción de la edad que se estaba recién avistando, no era más que una preocupación absurda, cosa que hacía cada vez, luego de arrebatarse de cualquier señal de alegría y concebir todas sus crisis existenciales por la edad.

En esta ocasión, pensó que, si no había encontrado a nadie adecuado en los últimos veinte años, no conseguiría nada nuevo para el inicio de la tercera década de su vida. Intranquila, casi como si lo estuviese ocultando a sí misma, salió con su perro con el fin de llevarlo a que hiciera sus necesidades.

A mitad del camino, Harry, el perro, se le escapó de las manos para perseguir a un gato (su mayor enemigo desde que tiene memoria).

¡Lo que faltaba! Ya se había despertado preocupada por una crisis imaginaria y ahora le tocaría perseguir a su perro de 67cm y 45kg. Un Braco Weimar, que, hasta ese entonces, estaba considerando como el único hombre en su vida. Su único y especial príncipe azul (más que todo por el color de sus ojos).

Cuando pudo alcanzarlo, gracias a su condición física, lo devolvió a la casa, se acomodó el uniforme y abordó el coche para ir a buscar a su amiga de toda la vida. Habría de esperarse que ambas viviesen juntas, pero, parte de su necesidad de estar muy cerca, fue disipándose con los años y comenzaron a tener, de cierta forma, vidas separas.

Esa pequeña diferencia se veía en que trataron de buscar casas un tanto alejadas entre sí. Aunque, realmente, no tenían precisamente mucha distancia entre ellas. La casa de Marta se encontraba, literalmente, a la vuelta de la esquina.

Esa mañana, como siempre, se toparon en el camino. A Susana le correspondía ir a buscar a su amiga para dirigirse al trabajo. Tomó el cruce con cuidado hasta la casa de Marta y una vez allí, esta abordó el coche.

—Llegas tarde le indicó Marta.

—Estaba sacando a Harry para que defecara, y se me escapó se excusó Susana, viendo como su amiga se montaba en su coche □ y tuve que ir a buscarlo.

—Pudiste haberme avisado y no habría esperado por media hora aquí parada como una estúpida. insistió Marta cerrando la puerta con severidad.

—Tampoco es para tanto... vamos a buen tiempo aseveró Susana con calma.

—Vale, no importa... lo que importa es que... sonrió con extrema alegría □
¡Feliz cumpleaños, querida! le dijo Marta.

—Gracias repuso Susana □ no sabes lo mucho que significa eso en este momento le dijo, un tanto apagada.

—¿Por qué? Eres una joven de treinta años... habló antes de que la interrumpiese Susana

—¿Joven? ¿En serio? inquirió Susana descompuesta por la secuela de su incertidumbre temprana □ tengo treinta años. No estoy para nada joven.

—Pues no tiene cincuenta, o noventa, o cien... Siempre serás más joven que alguien que tenga más que tú... y eso, mi amada amiga, es lo que deberías estar pensando en este momento.

—Tiene un poco sentido dijo Susana arrancando el coche.

—Lo sé, siempre tengo sentido.

—¿Qué? ¿Lo que haces es lo que tiene sentido? ¿Ah? le preguntó, en broma Susana, al hacer referencia a un novio tonto que tuvo Marta.

—No me recuerdes a ese idiota.

—¿Qué? ¿Lo que haces no es el sentido?

—¡Deja... puta! exclamó Marta.

Susana, mientras manejaba en silencio, a la vez que su amiga tarareaba las canciones de la radio, discurría en sus pensamientos la idea de un hombre perfecto. Pensó, que sería adecuado señalar las características que quería en uno. Mientras manejaba, veía a su alrededor a jóvenes apuestos.

Muy pequeños para mí, pensaba ella. Luego comenzó a posar su vista en otros en traje y más formales, otros más adultos, algunos que parecían vagabundos... fue descartándolos a todos. «Ninguno es para mí, o mejor, no tienen lo necesario para ser míos.» Se consoló, tomando en cuenta, de nuevo, lo absurdo de su preocupación.

Marta, por su parte, intentaba ocultar el cansancio que tenía acumulado ya que se había quedado dormida preparando la sorpresa que le haría a su amiga al llegar del trabajo en la noche.

Estaba acostumbrada a hacer todo durante el día, debido a que no suele ser una mujer nocturna, (para ella, los días parecen más largos que sus noches)

pero, siendo la necesidad la base de los principios, el hacer algo que no sabía, le obligó a mantenerse despierta.

Sin embargo, más que por la sorpresa en sí, la cual no era del todo un detalle muy elaborado, ni tan inquietante. En cuanto a su forma de ser, y las cosas que no suele hacer, hacían del regalo, algo verdaderamente significativo. Debido a eso, se encontraba entusiasmada porque logró lo que se propuso en tan poco tiempo.

Mientras se desplazaban por la autopista, las dos, descuidaron la presencia de la otra por estar perdidas en su propia reflexión.

A Susana, como siempre, le tocaba trabajar en el piso de arriba al de Marta. La segunda, al estar encargada de las relaciones humanas del hotel, debía estar a la vista de la mayoría de los empleados y por ello, se encontraba en planta. La primera, se encargaba de su oficio, deambulando a lo largo y ancho de aquel establecimiento.

Como de costumbre, las cosas que siempre hacían, no se escapaban de la rutina. Disfrutaban de una amistad acompañada de una soltería que, presumían, sería eterna, al igual que un trabajo consumidor y una vida dedicada a ellas mismas. Más era el tiempo que pasaban en la casa de la otra, que separadas por igual.

A mitad del día, ya luego de estar toda la mañana sentada, pensando en la sorpresa que le haría a su mejor amiga, decidió estirar las piernas e ir a pedir algo a la cocina del hotel. Como empleadas importantes, frecuentes y antiguas, disfrutaban de ciertos beneficios en el lugar. Nada preestablecido, sino, algo más cercano a la confianza que le tenían el resto de los empleados.

Mientras caminaba hasta su destino, cruzando por el lobby en donde escuchó a una de las recepcionistas atender a un par de hombres, por algún motivo, se detuvo a escuchar quienes eran.

Marta era una mujer dedicada a atender su sexo, no se preocupaba mucho en detalles relacionados con el afecto, el compromiso o incluso el lugar, siempre y cuando se le garantizara una experiencia bastante amena. Por ello, el aspecto de ambos huéspedes le llamó mucho la atención.

—Señor Juan, señor Alberto. Los estábamos esperando dijo la recepcionista. Marta, se quedó atenta a lo que decía.

—Buenos días saludó Juan □ disculpe que llegáramos un tanto tarde.

—No se preocupe señor, que su habitación aún está disponible. No la hemos ocupado.

—Eso me alegra. Y... a mi amigo también. Dijo Juan, dándose la vuelta para ver a Alberto.

Alberto, estaba viendo alrededor del área buscando ente las empleadas alguien que le llamase la atención. Marta, se había quedado en medio del lobby, no al descubierto, pero tampoco estaba oculta. Sus miradas se encontraron.

Alberto, le sorprendió viéndolos y luego de quedarse mirando fijamente a sus ojos, él le sonrió. Marta, desapercibida, trato de fingir que no lo veía y retomó su paso. Bien sabía que había sido algo tonto, ya que el tiempo en el que intercambiaron miradas Alberto había notado que estaba pendiente de ellos, pero, actuó bajo impulso e hizo lo primero que se le ocurrió, fingir demencia.

Eran apuestos, bien parecidos. Le llamó más la atención Alberto, quien parecía desinteresado y vivaz. A Juan, no lo pudo ver muy bien ya que se encontraba a espaldas de ella. Pero, en cuanto a su amigo, si pudo detallarlo por completo.

Alto, fornido, cabello castaño, ojos marrones claro, tez ligeramente tostada, una dentadura perfecta y sin anillos de casado. ¡Estaba disponible!

Exclamó mentalmente antes de percatarse de que debía dejar de pensar en eso. Después de todo, la vida de soltera no le sentaba para nada mal, además, que no iba a buscar una pareja y abandonar a Susana a su suerte. Lo menos que quería era que la pequeña se muriera sola.

Marta tenía en cuenta que ambas eran atractivas, y que no recordaba en ningún momento en el que a su amiga le costase conseguir a un hombre. Por igual, las dos sabían cómo hacerse notar y disfrutar a alguien del sexo opuesto. Estaba al tanto de que ni ella ni Susana no se encontraban comprometidas con nadie por poder, no por querer.

Pero marta es una mujer afectuosa, activa, que le gusta lo extremo y vivir el momento, aunque solamente se vea motivada por la diversión. El que la priven del deseo de poder estar con alguien, aunque sea solo por una noche, es privar su naturaleza, su forma de ser.

Como tal, la necesidad de estar siempre en movimiento y disfrutando del veraniego, la hacían una mujer que experimentaba con todo, al punto que se

acostaba con hombres siempre y cuando pudiera conseguir algo a cambio. No por ser lo suficientemente fácil, ni sencilla de seducir, mucho por promiscuidad, sino porque el estar quieta significaba desaprovechar el tiempo libre.

Una mujer que vivía cada época del año como si fuese el verano, que, de hecho, era la época en la que había nacido, hacían de ella una persona vibrante, emocionante y atractiva, no solo física, sino carismáticamente. No importaba el clima, ella saldría a la playa, a la piscina o al parque, siempre y cuando estuviesen dispuestos a acompañarla en su aventura.

Esta chica, llegó al mundo el 12 de septiembre de 1987, y se identificaba con la época. Disfrutaba cada segundo de su cumpleaños y de los meses afines con tal intensidad de mil soles. Quienes la conocían, especialmente Susana, podrían decir que ella traía la temporada tatuada en la piel y en su forma de ser.

Asimismo, su comportamiento despreocupado, le ayudaba a atravesar casi todo lo que se le opusiera. Las adversidades eran un juego de niño para ella, lo que ayudaba a su amiga a tener una especie de ancla en sus momentos de tristeza. Tal cual se complementaban en tantas cosas, esta era una de esas.

Justamente luego de lo sucedido, hizo lo que pudo para dejar de pensar en aquel hombre de cabello castaño del lobby y se llevó un plato de pasta con salsa y parmesano a la oficina para comer.

Pidió que le apartasen una a Susana, le escribiría para que fuese a buscarlo en lo que llegase a su escritorio. De regreso, no se encontró con ninguno de los dos, lo que le ayudó a no recordarlos. O, mejor dicho, a no recordar a Arturo, quien fue el que mejor impresión dejó en ella.

Era de suma importancia no preocupares por él. Su día estaba yendo de maravilla, no quería terminar siendo atrapada de nuevo escrutando a un hombre como si fuese una depravada. No recordaba muy bien que rostro tenía al verlo, pero Alberto lo recordaba a la perfección.

Alberto, antes de encontrarse con Marta, comenzó a ver a los lados porque quería conocer mejor el lugar, asombrarse por su arquitectura. Atento al detalle, como siempre, no se fijaba en cosas insignificantes de las que pudiese encargarse su socio, y mejor amigo, Juan. Optó por lo que mejor hacía.

En medio de aquella práctica, pudo notar que alguien le estaba viendo. Una

mujer de cabello rojizo, de cutis perfecta y una mirada hermosa. Llevaba una falda ajustada que le llegaba a las rodillas, con un par de tacones de color negro. Sus piernas se veían, desde lejos, como una obra de arte.

Se encontraba mirando fijamente en su dirección. Al principio, creía que estaba supervisando; tenía un uniforme diferente al de la recepcionista y no acostumbraba a ver a ninguna otra persona con ese mismo conjunto de prendas. Así que, lo que pensó, fue que podría ser una supervisora.

Luego cambió de idea. No estaba viendo a la recepcionista, le estaba viendo a él.

Marta no parecía evidenciar que él estaba observándola de reojo, un tanto más sutil que ella, pero luego de que este notó que él era el motivo de su escrutinio, Alberto volteó y la miró fijamente a los ojos. Por unos segundos, se cautivó por el hormigueo que recorría su cuerpo. Una sensación que sólo sentía cuando hacía eso, mirar a los ojos.

Esa sensación era algo que sentía a menudo; no con todos, ni todo el tiempo, solamente con aquellas mujeres que le parecían atractivas y a las que quería impresionar.

Ella, se veía tal cual como una de esas chicas. No tenía precisamente un código estándar en donde debía definir el tipo de señorita que podría gustarle, pero, Marta, no terminaba de ser hermosa así la viese demasiado.

Arturo no se quedaría con ese sentimiento confuso. Siendo el hombre activo y capaz que siempre ha sido, no dejaría pasar la oportunidad de su vida ¿qué tal si ella sería la mujer con quien podría formar una familia?

El hombre, estaba dispuesto a compartir la belleza de la gravidez en alguna mujer, con la cual, de algún modo u otro, formaría una unión que durase el tiempo que ellos tuviesen sobre la tierra. ¿Qué podía perder? Absolutamente nada le hacía falta en la vida, pero, una chica, para él, lo era todo.

Por ello, en ese momento, decidió sonreírle para saber cómo reaccionaría. Tampoco es que acostumbrase a hacerlo, ni que se sintiera cómodo por ello. Parte del hormigueo, se debía a que le preocupaba no ser lo suficientemente atractivo (aunque supiese que no era para nada feo), para gustarle a ella.

¡Eso era lo que realmente importaba! La primera impresión que dejase en Marta sería lo que consagraría su relación con, en ese entonces, para él, aquella mujer misteriosa que lo estaba espiando.

Cuando lo hizo y Marta se fue, pudo darse cuenta que no era nada malo. En ese momento, se propuso volver a verla.

—Al... ven, ya tenemos la habitación Le dijo Juan recibiendo la llave de la mano de la recepcionista.

—Ah... okey... está bien le repuso Alberto sin prestarle atención ni dejar de ver el trasero de Marta moverse apresuradamente.

—¿Qué estás viendo? le preguntó Juan al notar que sonreía y tenía la mirada fija en algo. No podía ver en qué porque desde donde se encontraba parado, una de las columnas ocultaba a Marta.

—No, nada. ¿Listo? le preguntó, refiriéndose a las llaves.

—Sí, te acabo de decir que listo. Vamos, que debemos dejar las cosas... Tengo hambre repuso Juan, tomando la maleta y comenzando a caminar.

—Vale, vale. No se enoje, señor ejecutivo. le dijo Alberto, quitando la mirada del horizonte.

—Cállate y ven. insistió Juan.

Ambos caminaron hasta la habitación en la que se quedarían. Una suite elegante y digna de un rey. Como dueños y directores de una firma de coches de lujo, por la cual trabajaron realmente duro, todo para llegar hasta donde estaban.

Entre los pasillos, se encontraba Susana, deambulando como de costumbre, con una carpeta en la mano. Pensaba en lo que debía estar haciendo, en el trabajo acumulado y las cosas pendientes para el día. De repente, le llegó un mensaje al móvil, el cual tenía sobre la carpeta como si estuviese enganchado al borde.

Lo tomó para leer, sin levantar la mirada. Normalmente, siempre había personas entrando o saliendo de sus habitaciones, por lo que no le daba importancia a quien estuviese cerca. Mientras caminaba, marcaba un perímetro desde la posición de sus pies hasta los pies de los demás y así evitaba tropezarlos. Por lo que pasó desapercibido a los dos hombres de traje negro que se encontraban discutiendo acerca de la teoría de la caverna de Platón como tema recurrente a causa de una observación de Alberto sobre la forma en la que sus padres veían el mundo.

Era Marta, haciéndole saber que su almuerzo se encontraba en la cocina.

Siguió caminando, despreocupada, cambiando su rumbo a donde se encontraba su plato de pasta. En ese momento, Juan pudo ver como una chica, de falda ajustada, con el cabello castaño claro, ligeramente recogido, con un rostro particularmente atractivo, pasaba cerca de él sin siquiera notarlo.

A unos cuantos metros de él, notó su presencia, ignorando por completo a su amigo, quien ya no hablaba de algo interesante. En el momento en que sintió la presencia de un tercero, la voz de Alberto fue desvaneciéndose en el espacio, convirtiéndose en algo inaudible, insignificante e innecesario para él.

Pudo oler el perfume que iba dejando al caminar, lo que solamente le agregó una nueva percepción a lo que ya había causado en él. Se dio la vuelta, viéndola hasta que desapareció al cruzar la esquina.

Alberto, no notó lo que su amigo había hecho, sumido en el sonido de su propia voz. Juan, terminó de abrir la puerta de la habitación y entro en ella seguido de su socio.

Ambos desempacaron sus cosas, se cambiaron y pidieron servicio al cuarto para poder comer antes de tener una siesta recuperadora. A las doce del mediodía de ese mismo día, los cuatro estuvieron en presencia de la persona con la que querían pasar el resto de sus vidas.

Susana, caminó despreocupada hasta la cocina para recoger lo que su amiga le había encomendado. Durante el día, pudo distraerse un poco de sus pensamientos negativos acerca de la edad, la familia y el futuro, gracias al trabajo que tenía que desempeñar. Tomó su plato y se dirigió a la cocina de Marta para ver si ella seguía comiendo.

Efectivamente, de cierta forma.

Marta no había tocado el plato ya que se encontraba pensando en aquel hombre en el lobby que le sonrió. No esperaba eso de alguien, a pesar de su naturaleza, era particularmente tímida, lo que pudo, fácilmente, cogerla fuera de su zona de confort aquel gesto.

Se estaba atusando la punta del cabello con una mano mientras jugaba con el tenedor en la otra. Con la mirada perdida, su memoria iba divagando en aquel momento como si estuviese viviéndolo una y otra vez.

Desconocía por completo el motivo, siquiera sabía si realmente debía pensar en aquello que vio, pero su duda se motivaba más por lo que sintió al ver su sonrisa, y menos que por el hecho de que lo haya hecho.

Es una mujer atractiva, claramente lo sabe. Sabía que no había forma en que aquel hombre no notase que era particularmente hermosa, y no es la primera vez que alguien le sonrío para coquetearle. Como mujer, aprendió el arte marcial de ignorar a los hombres desagradables. Los patanes, atacaban a diestra y siniestra sin escatimar en edad, tamaño, tipo o raza. Y ella no era la excepción.

Pero, este hombre no causó esa impresión en ella. Por unos segundos, porque no necesitó más de eso, codificó en su memoria la silueta de su sonrisa, como si hubiese sido una información necesaria para la supervivencia. No estaba pensando en más nada, no tenía tanto trabajo como para ocuparse en algo y distraer su mente.

A punto de darse cuenta que estaba tocando fondo, con tan solo pensar en un desconocido que, bien sabía que podría no verlo nunca más, Susana apareció en su oficina con un plato casi lleno de pasta con salsa y queso parmesano.

—Qué bueno que aún no terminas de comer. le dijo Susana, quebrando la concentración de su amiga.

—Ah... sí. Estaba esperándote le repuso Marta, con cierta dosis de honestidad.

—Creo que, si me apresuro, hoy pueda terminar temprano y así irme a mi casa. le dijo, sentándose en frente de su escritorio para comenzar a comer.

—¿Qué?... ¡No!... ¿por qué? ¿Entonces no iras a mi casa hoy? inquirió Marta, entrando en razón.

—Claro, pero, no quiero trabajar mucho el día de mi cumpleaños. No es mi intención atiborrarme de problemas en un día tan especial. Tal vez pasemos a buscar un pastel o algo así.

—No suena tan malo, pero, ¿a qué hora nos iríamos entonces?

Aquella tarde, se apresuraron a terminar su trabajo, salieron temprano, contra todo pronóstico y partieron a tener su día en paz. Como mejores amigas, el cumpleaños de una era el cumpleaños de las dos.

Se aventuraron a la búsqueda de un pastel hecho en alguna pastelería cercana a la ciudad que fuese lo suficientemente reconocida como para no dar pena. Marta y Susana pasarían las horas restantes de su día pensando en cómo acompañar un perfecto postre con una buena película.

Claro, tenían más amigos, podrían haber hecho una fiesta, cosa que se le ocurrió a Marta. Pero, la mejor forma de disfrutarse mutuamente como compañeras, era poder hacerlo en su propio ambiente.

Consideró que hacer algo cotidiano, que normalmente harían en cualquier día sería inmensamente significativo siempre y cuando pensasen que así sería. Y, por cuestión de amistad, Susana no habría, (ni hubo) visto error en ese razonamiento.

Pero, sí le tenía una sorpresa. Ambas, ganaban suficiente dinero para no preocuparse por detalles insignificantes como el precio de algo. Bien, no tenían precisamente tanto dinero como para despilfarrarlo sin conciencia, pero, tampoco se iban a preocupar por comprar algo que valiese más de quinientos euros. Esta vez, no fue la excepción.

Susana siempre ha sido una entusiasta de los dulces. En cada tienda se detiene para apreciar si hay algo que pueda hacerla sentir el placer que genera un buen postre; lo compra y lo disfruta. Pero, en esta ocasión Marta, le había preparado un pastel tal cual la cumpleañera lo quería.

Algo realmente artesanal y perfecto, pero también, se propuso a recolectar todos los dulces que le gustaban desde su infancia (incluso algunos que eran difícil de conseguir) para hacerle una cesta que pudiese servir de provisión para varios meses.

Aproximadamente gastó unos dos mil euros en mercancía nada más para abastecer la despensa de su mejor amiga. Aunque, nada más con haberle horneado un pastel, tomando en cuenta las casi inexistentes habilidades culinarias de Marta, era realmente significativo.

Susana y Marta, llegaron en coche hasta la humilde morada de la cumpleañera, recogieron a su fiel amigo Harry y fueron hasta la casa de la segunda para pasar la noche. Habían alquilado la temporada completa de *How I Met Your Mother* y estaban dispuestas a verla en su día libre.

Una perfecta maratón de tres días. Ambas trabajaban hasta el jueves y esa semana tendrían el sábado y el domingo libre, por lo que no esperaban interrupción alguna.

A las afueras de esa reunión entre amigas, Alberto y Juan se ocupaban de sus asuntos. Se encontraban durmiendo, luego de un largo viaje desde corea del sur para promocionar sus nuevos coches.

Hombres de negocio al fin. Regresaron a su país natal para descansar con el poco tiempo que tienen. Sin muchos parientes cercanos, se recluyen al lujo de un hotel para disfrutar de su libertad.

Juan, se encontraba sentado viendo televisión, mientras acomodaba unos documentos en su computador portátil, a la vez, que disfrutaba de unos bocadillos traídos exclusivamente desde la cocina del hotel con un atractivamente costoso, servicio al cuarto.

Alberto, susurraba entre sueños cosas incomprensibles para este, lo que no le permitía saber bien sobre qué estaba soñando su amigo. Una que otra vez pudo escuchar que decía «es hermosa» «¡no te vayas!» haciéndole entender que el motivo de su ensueño; una chica. Luego de varias horas en vela, se quedó dormido.

Alberto se despertó minutos después de que Juan abrazó a Morfeo. Su primera impresión de Marta fue algo fugaz. Audazmente pudo manipular la situación para hacerla ruborizarse y ganar la batalla de miradas. Pero, lo que le motivó a abrir los ojos aquella noche, fue el recuerdo de dicha señorita.

No sabía cómo se llamaba, si realmente trabajaba en aquel lugar o si algún día podría volver a verla. Antes de acostarse, pensó lo suficiente como para soñar con ella. Como pudo, se levantó de la cama sin hacer ruido e ir al cuarto de baño para lavarse el rostro.

En lo que retomó el agotamiento que llevaba acumulando desde hace días, se recostó en la cama y cogió de nuevo un profundo sueño el cual no satisfizo sino hasta el día siguiente.

Su mejor amigo, Juan, le despertó con el olor de un buen desayuno servido al cuarto a la vez que encendía el televisor a todo volumen. Tendrían cuatro días de vacaciones. Eso les correspondía luego de cerrar un trato multimillonario. Alberto y exteriorizo su noche difícil con el rugido de su estómago hambriento.

Juan, comenzó la conversación con un poco de comida dentro de la boca.

—¿Cómo dormiste? inquirió.

—Bien... supongo repuso Alberto sin quitar la mirada de la comida.

—Eso creía... estuviste hablando dormido toda la noche dijo, quejumbroso.

—¿Qué?... ¿Hablando? inquirió, metiéndose un bocado de panqueques con

miel y mirando con escepticismo a Juan.

—Sí... Le hablaba a alguien. Asumo que era una chica porque te referías a «ella»... explicó Juan.

—Bueno... si es eso a lo que te refieres, pues, creo que estás en lo correcto. repuso, tomando otro bocado de panqueques.

—¿Y bien? ¿Quién es esa que te cautivó tanto como para dedicarle tiempo de tu preciado sueño?

Alberto, tragó su desayuno, cerró los ojos y le sonrió al vacío recordando la silueta casi perfecta de Marta. Su cabello rojo se había quedado tatuado en su retina, ahora, lo que necesitaba era cuidar su nueva pieza, pensando lo más que pudiese en ella, para que la imagen no se resecase o se hiciera daño. Con los ojos aun cerrados, comenzó a hablar.

—Una chica que vi ayer en el lobby.

—¿En el lobby? preguntó.

Juan, recordó, casi de inmediato, que se había encontrado con Susana caminando por el pasillo en frente de su habitación. Por un momento creyó, que venía del lobby (a pesar de que él llegó por el otro lado) y que era ella de quien su amigo se refería.

—Pelirroja, de ojos preciosos. Su figura me trae loco, al igual que todo lo demás. prosiguió

Juan, respiró de alivio al darse cuenta que la chica que lo había cautivado a él no era la misma.

—¿Y, pudiste hablar con ella? inquirió con interés.

—¿A caso me viste hablando con alguien? repuso, con una mirada furtiva □ No ¿verdad?... no, no pude hablar con ella. Cuando le sonreí salió corriendo dijo, casi decepcionado.

—Tal vez la vuelvas a ver, puede que se esté hospedando aquí.

—Creo que trabaja «aquí» de hecho.

Le dijo, retomando sus ánimos e introduciéndose otro bocado. Juan, había dejado de comer mientras hablaba con su amigo.

—Eso es mejor ¿o no? Así hay más probabilidades de que la veas en el caso

de que regresemos. dijo con entusiasmo, pensando en si su chica podría trabajar en el hotel por igual.

—Eso creo, pero...

—¿Pero qué? No te preocupes... seguro la volveremos a ver.

Dentro del hotel, había ciento de mujeres atractivas, tal cual podría significar que trabajasen en él o sólo estuviesen de visitar, ambos nunca salían a cortejar a ninguna de ellas (sí, aún usaban el término «cortejar» para referirse a ello) porque sus vidas no servían para estar prestándole atención a cosas como las relaciones.

Si bien, de vez en cuando, terminaban compartiendo una que otra noche erótica con alguna mujer que conociesen en algún bar o entre los pasillos, trataban lo más que podían en mantener su relación completamente distante o «desayunar en la cama» con ellas.

Lo importante de su sistema era nunca llevar a una mujer a sus habitaciones o a sus casas. Eso evitaría la posibilidad de que supieran en donde estaban por si querían buscarles o repetir la ocasión.

De vez en cuando se comportaban como unos verdaderos patanes nada más para evitar volverlas a ver. La mala fama era otra de sus mejores armas para alejarse de los problemas de una relación estable, pero, en contadas veces, algunas mujeres ignoraban ese comportamiento soez para volverlos a ver. Como grandes artistas del sexo, pocas se resistían a sus encantos.

Por su parte, ellos tampoco hacían mucho para cautivarlas, con modestia por fuera, les costaba mantener una conversación honesta con alguien que realmente les interesase, un pequeño recuerdo de sus días de preparatoria.

Alberto y Juan, eran amigos desde la infancia, al igual que Marta y Susana, y compartieron sus años de estudio juntos. Durante ese tiempo, tuvieron la divina suerte de ser los ratones de biblioteca a los que la pubertad no les había tocado aún. Con dificultad, le dirigían la palabra a cualquier chica, incluyendo a una que otra bibliotecaria o incluso a sus profesoras.

Eran constantemente humillados por su apariencia de enjuto y sus gustos recurrentes de la cultura geek. Ellos no se dejaban influenciar por esos ataques vacíos e infructíferos. Ambos, consideraron toda la vida, al bullying, como algo que les hacía más fuerte en vez de hacerlos sentir mal.

Ciento de personas conocían que padecieron aquel mal y se sumían a un sufrimiento existencial del que no podían liberarse. Ellos, se libraron de las cadenas del prejuicio al tenerse mutuamente, con sus planes de negocios y sus ojos puestos en el éxito.

Ambos buscaban refugio en la personalidad del otro.

Luego de tener una época más o menos difícil en la preparatoria, poco a poco, luego de llegar a la universidad, tuvieron, tal cual dice la palabra, una metamorfosis, con la que comenzaron a verse como los hombres apuestos que son ahora.

Su masa muscular aumentó, su voz cambió, aumentaron de estatura y sus rostros tomaron facciones más maduras; cambios drásticos para la forma en que se veían antes. Como muchos decían, la pubertad les dio una cachetada.

Pero nunca olvidaron su pasado. Siempre se mantuvieron fieles a sus propias convicciones. Bien disfrutaban de eso que por tanto tiempo se les fue privado, pero, a la hora de ser realmente ellos, se sentían agobiados por la presión. Esta vez, Marta y Susana eran el producto de sus más íntimos deseos.

Alberto y Juan eran inseparables, fuertes, amistosos. Todo lo que querían llegaron a obtenerlo. Se hicieron con una buena idea y se apegaron a ella hasta el final. Desde que tienen memoria, estuvieron solos, sin padres, otros amigos. Nada podía hacerlos separar.

Alberto, se veía a sí mismo como el hombro de Juan, que, a pesar de que este aparentaba ser una persona que marca su límite y no exterioriza con facilidad, él lo conocía. Sí, su amigo no era precisamente el más depresivo, pero, a Alberto le gustaba verse como aquella persona a la que este acudiría sin pensarlo dos veces, cosa, que de hecho era así.

Juan, representaba a su amigo como la primavera. Sencillamente por su forma de ser y porque casualmente nació en esa época del año. Cada 12 de junio, le regalaba algo que le recordase a su forma colorida de ser.

Le agradecía por su amistad y le dedicaba todo el tiempo del mundo. Alberto, se caracterizaba por ser siempre un joven activo y vigoroso, cosa que a su amigo siempre le encantó. Él era aquello que él no era, que, a pesar de ser exitoso, inteligente y controlar todo a su alrededor, Alberto vivía la vida, el momento y, eso era lo que más le hacía quererlo

Comenzó a respetarlo y admirarle, cuando, en la secundaria, a pesar de la

forma en que los demás lo trataban, no dejó de mostrarse positivo, vivaz y fresco. Juan siempre se veía como el más fuerte, cuando en realidad ambos eran ectomorfos, pero de hecho si era más fuerte), pero Alberto, respondía a todo con una actitud inigualable. Nunca se corrompió ni sufrió por ello. No se escandalizaba con facilidad.

Para Alberto, al momento en que conoció a Juan, un hombre totalmente diferente a él, pudo encontrar en este un amigo casi de inmediato.

La actitud moderada de su nuevo compañero, se equilibraba con su vibrante actitud y, a la vez, comportamiento calmado. Lo vio siempre como un hombre importante, sabio e irremplazable. No esperaba nada de nadie, pero esperaba cualquier cosa de él, siempre algo bueno.

Cuando habla de él se refiere como a este como si inspiración. Juan se preocupa por los detalles, es sereno e incorruptible. No se deja perturbar ni desequilibrar por absolutamente nada. Lo admiraba por ser como era, y por siempre estar ahí para cuando lo necesitara.

Por su parte, Juan, piensa que el mundo es un lugar frío y escandaloso del que, muchas veces, ni siquiera desea formar parte, lo que hace que se recluya muy a menudo en lugares en los que pueda estar más tranquilo. Encontró en Alberto algo que él no había, una gran reserva de vida, tal que le alcanzaba para los dos y aun le quedaba.

Entre ellos, se complementaban por igual.

Esa noche, los cuatro, disfrutaron de los manjares de la vida... Se podría decir que pronto se encontrarían con aquello que no esperaban, pero en secreto habían querido por cierto tiempo. Marta, no estaba dispuesta a sentar cabeza. Susana, no sabía qué quería para su vida. Juan, estaba dispuesto a no dejarse desconcentrar por nada y Alberto ya se encontraba enamorado de su empelada misteriosa.

El hotel, aquel lugar en donde se cumpliría sus más vividos deseos, se encontraba de la forma en la que se encontraría cualquier lugar concurrido de gente importante y dispuesta a despilfarrar su dinero en los servicios de entretenimiento que ofrecía el lugar. Atiborrado de cosas por hacer. En donde, ninguno de ellos, se imaginaba lo que disfrutarían bajo esos techos.

Todos conocían el éxito de primera mano, lo añoraron por mucho tiempo, ahora que lo gozan, lo disfrutan tanto como pueden. Tenían lo que querían y

vivían como querían, todo, gracias a las recompensas del trabajo duro.

Esa gratificante sensación de poder costearse todo lo que necesitaban y querían, les motivaba a no dejar de hacerlo, a no dejar de esforzarse. Se ocuparon de detalles, de oportunidades; de lo que fuese posible ocuparse.

Aprovechaban el tiempo tanto como lo hacían con la vida. No eran personas erráticas, eran mesías de su propia existencia. Por esa misma razón, el que comenzaran a idealizar el idilio, marcaba una línea entre la zona de confort y el riesgo.

Primavera-Verano; Marta y Albero

Habían pasado tres meses desde aquel entonces en que estuvieron en el mismo lugar. Juan y Alberto se quedaron en el hotel mientras Marta y Susana disfrutaban de su tiempo libre. En el transcurso de las siguientes semanas a esa, ninguno de los que terminaron viéndose aquel día, pensaron en el otro bajo ningún motivo.

La ilusión y la incertidumbre que atormentó a tres de los cuatro protagonistas, no se hizo presente. Tenían vidas ocupadas, el mero vestigio de ese encuentro pasó a ser solamente el susurro de un recuerdo, el cual comenzaron a ver algo así como cuando van en el subterráneo y cruzan miradas con otros individuos.

Los cuatro iban a su trabajo, gritaban órdenes, pedían citas o reuniones, recolectaban información acerca del progreso de sus labores, papeles, esquemas. Atendían llamadas y recibían huéspedes importantes cuando requería de la presencia de todo el personal del hotel.

Cada uno de ellos se concentraba, como si nada pasara, en sus propias vidas. Susana y Marta conversaban de temas recurrentes característicos de sus gustos y preferencias, mientras Alberto y Juan hablaban de tópicos empresariales, dinero que entraba por montones gracias a su habilidosa manera de hacer negocios y el tiempo que querrían invertir en sus vacaciones.

Luego de que los meses transcurrieran, Marta, parecía haber olvidado el efecto que causó Alberto en ella. No tenía la intención de volver a pensar en él, después de todo, las cosas estaban sucediendo de maravilla, su vida iba de primero y no se debía ocupar por causar buena impresión en nadie.

Tanto ella como su amiga, poniéndose de acuerdo sin haberlo hecho formalmente (lo discutieron consigo mismas) decidieron no comenzar ninguna relación a ese momento de sus vidas. El éxito lo era todo, a pesar de que estaban bastante cerca de estar en la posición que cualquiera querría, no quitaban los ojos del futuro.

Se visualizaba como una mujer independiente, llena de lujos y con muchos

hoteles bajos su ala. Ya estaban tomando cierto nivel de reconocimiento en aquel lugar como la encargada de las relaciones humanas, pronto podría ser la gerente y su amiga podría conseguir un mejor puesto, que, a su vez, el que ya tenía, no era precisamente malo. Pero, sus planes a futuro eran diferentes a los de Susana.

Sí, Marta se veía a sí misma como una mujer independiente, llena de triunfos, adinerada y feliz. En ningún momento menciona la presencia de algún hombre, de algún hijo, de una casa inmensa a las afueras de la ciudad, con un coche familiar y un perro llamado Spyke.

En lo menos que pensaba era en sentar cabeza. ¡No es época para eso! Las mujeres han llegado muy lejos para ser tomadas en cuenta en este siglo. No permitiría, bajo ninguna circunstancia recluirse en las actividades del hogar o a no tener una vida digna de una persona inteligente.

Alberto, al igual que su chica misteriosa, se había desentendido de esta, lo suficiente, como para no quedarse dormido pensando en ella. A pesar de eso, por algún modo, los meses de por medio no eran tantos como para borrarla por completo.

Aún, recordaba su hermosa cabellera rojiza, sus curvas angelicalmente pronunciadas y su rostro de porcelana, como si fuese ayer. Por días la buscó entre los pasillos, en la recepción o en la cafetería, infructíferamente.

Poco a poco fue decepcionándose y terminó abandonando su causa. Ya estaba dispuesto a no pensar más en ella cuando, luego de otra reunión importante en el exterior, llegaron a la región en donde se conseguía el hotel.

A penas supo que iba a tener que hospedarse ahí (Juan era un hombre de costumbre, por lo que frecuentaría ese lugar cada vez que se encontraran en esos lados de ser necesario) sus sentimientos afloraron de nuevo, más fuertes y más intensos.

Intentó convencerse de que, realmente no le importaba que ella estuviese allí, incluso cuando escuchó a Juan nombrar el hotel y reservando una habitación por teléfono, el escalofrió que le recorrió todo el cuerpo, dedicado a la memoria de Marta, no fue suficiente para alertarlo de que realmente esperaba verla, porque, sí la vería, estaba seguro de que pasaría, de alguna u otra forma, sucedería.

Marta, estaba atendiendo a sus asuntos como de costumbre, haciendo

llamadas, llenando formularios y repartiendo órdenes o encargos. Llevaba el cabello recogido, con un estilo sencillo y natural.

Quería dar la impresión de que aquel día no quería arreglarse e hizo lo primero que le vino a la mente para salir, cuando, realmente, pasó más de una hora tratando de hacer que cada hebra de su cabellera estuviese perfectamente ajustada con las otras. Todo eso lo sostenía con un par de palillos que daban la impresión de ser traídos de Asia y no que fueron comprados en el bazar de los domingos que hacían cerca de su casa.

A Marta le correspondía ser el transporte esa semana, lo que significaba que ella llevaba las llaves del coche para trasladarse, y a su amiga, a la casa. Las tenía guardadas en su bolsa. A unas horas antes de salir del trabajo, se percató que su cartera negra no guindada del pequeño gancho que tenía debajo del escritorio para evitar precisamente eso que acababa de ocurrir.

Se levantó apresurada, tratando de recordar en donde la había dejado, pero, al hacer memoria, atisbó que su preciado móvil se encontraba dentro de este. Ya eran dos cosas importantes que debía encontrar, por lo que ahora, la motivación era mayor. No había forma de avisarle a nadie, ni mucho menos de pedirle ayuda a Susana; se molestaría y eso no era lo que quería.

Específicamente le había dicho temprano ese día, que no se le ocurriese descuidar la cartera, después de todo, eran las llaves de su coche de lo que estaban hablando. La verdad, le pertenecía, legalmente a las dos, pero, siempre lo conducía Susana.

Caminó, rastreando sus propios pasos por todo el hotel, buscando en aquellos lugares en donde pudo haberla perdido. No recordaba en donde era, y, la posibilidad de que la hubiesen robado, se asomaba furtivamente por su cabeza estando a punto de darle un verdadero susto.

Caminó tan rápido como le permitían los tacones. No solo eran las llaves del coche, de la casa, el móvil, su monedero, tarjetas ni carnet de identificación, el maquillaje, las toallas que utilizaba para emergencias, su agenda (que, luego de pensarlo por unos segundos, se dio cuenta que precisamente estaba usándola minutos antes). En ese momento, se detuvo en seco.

Algo se había asomado en su mente antes que la impresión de un robo. Recordó que había salido a comprar algo a la panadería que se encontraba a unas cuadras del hotel (lo que ahora le parece estúpido porque recordó que

pudo haberlo pedido en la cocina) y ella había comprado sacando el dinero de su cartera. En ese preciso instante, pensó en dos cosas.

Resopló con la presencia de una epifanía. O la había dejado en el coche, o en la panadería. Esperaba que fuese la primera.

Ya para ese entonces se encontraba en el tercer piso, por lo que tomó el ascensor, apresurada, hasta planta, para salir corriendo al frente del hotel en donde aparcaban los empleados.

Al llegar a su destino, caminó entre los demás automóviles detenidos en el lugar. A lo lejos, podía verlo, reluciente, brillando con la luz del sol. Un Chevrolet Cruze del 2017 recién salido del concesionario que habían costeado entre las dos. Algo que tenían como una obra maestra, su primer vehículo propio. Uno de sus mayores orgullos.

Ella no sabía de autos, mucho menos Susana, por lo que, si las llaves seguían adentro, significaba que, tal vez, debería romper el vidrio del conductor para quitar el seguro, una decisión un tanto drástica, pero, no sabría qué más hacer. El sistema era sencillo, si quedaba mucho tiempo cerrado, se bajaban solos, por lo que era lo más probable; ya le había pasado.

Lo menos que quería era decirle a Susana que la ayudase, era la segunda vez que se la confiaba y, la segunda vez que lo perdía. A penas lo vio corrió hasta él como si no hubiese nada entre ella o el coche. Estando a unos cuantos pasos, en la acera más cercana al coche, se tropezó. A punto de empezar el descenso, una mano la sujetó.

Marta, sólo sintió el vacío en el abdomen por unos segundos antes de que lo cambiase por la presión de un brazo. No tenía idea de quien la había salvado de una inminente caída, ni mucho menos de donde salió. Pero, lo que más importaba de todo eso, es que en ningún momento se olvidó de lo que estaba a punto de hacer.

Recobró la compostura.

—¿Se encuentra bien? le dijo Alberto, verdaderamente preocupado.

—Sí, sí, estoy bien... muchas gracias repuso, sin dirigirle la mirada y acomodándose el uniforme, actuando como si nada hubiese sucedido.

—Qué bueno... por poco y la consigo tirada en el suelo aseveró Alberto sin darse cuenta de con quien hablaba.

De a momento, solo había notado que llevaba un uniforme y que su cabello era rojo. La recordaba con el cabello largo, por lo que el color era meramente una coincidencia ocasional. Tampoco la había escuchado hablar, así que todo eso era una experiencia nueva para él.

Marta, subió la cabeza con los ojos cerrados en la dirección de Alberto. Solamente respondía al lugar de donde provenía el sonido; la persona se encontraba a su izquierda, ella sencillamente reaccionó.

—Muchas gracias... señor le debo... al abrir los ojos, reaccionó inmediatamente.

Ambos se miraron fijamente sin decir ninguna palabra. Alberto, recapacitó de primero y embozó una sonrisa. Tardó unos segundos en darse cuenta de quién era por el largo del cabello, pero su rostro, nunca se le habría olvidado.

De hecho, cuando se topó con ella antes de caerse, precisamente estaba recordándola. Marta no sabía qué hacer. Entendía claramente de quien se trataba, a pesar de haberlo visto tan solo unos segundos, reprodujo en su mente las facciones de su rostro.

Ya para ese momento creía haberlo olvidado, siquiera pensaba en lo que hizo aquel día. Le invadió el mismo vacío que sintió mientras se encontraba suspendida en el aire.

—Señorita... dijo con su sonrisa de oreja a oreja □ creo que nos hemos visto antes él sabía que sí.

—Este... no lo creo... señor.

—¿No? Yo creo que sí, señorita. De hecho, fue en este mismo hotel dijo Alberto, tratando de parecer confundido.

—Pues... señor, si es cliente frecuente, lo más probable es que se encuentre en lo cierto... trabajo aquí, así que es de esperarse le espetó, tratando de no evidenciar lo obvio.

—No, pues claro... eso parece más que obvio afirmó.

Marta, terminó de darle unas palmadas a su falda como si estuviese quitándose el polvo para luego hablar con firmeza.

—Vale... señor. De nuevo, muchas gracias... pero me temo que debo retirarme.

—Pero...

—Que tenga un buen día le interrumpió, mientras retomaba su marcha, pero esta vez lentamente.

Alberto, no despegó la mirada de Marta mientras esta caminaba hacia su coche aparcado. No solo se quedó viéndole el trasero, sino que se deleitaba con la forma en la que se movía.

Sus piernas perfectamente esculpidas, dibujaban en ella una silueta preciosa, algo a lo que su memoria no le hacía justicia. La sensación embriagante que le obligaba pensar perdidamente en ella, regresó casi que de inmediato.

Marta, llegó a la ventanilla de su coche y se dio cuenta que su bolsa se hallaba en el asiento del copiloto, las llaves, por fortuna, no se encontraban en el interruptor se encendido del coche, pero, si sobre la cartera. Tenían un estuche para llaves de color fucsia que se veía desde lejos. Intentó abrir la puerta de la manera convencional pero no pudo hacerlo, como era de esperarse.

Rezongó con tal tono que Alberto pudo escucharla.

—¿Sucede algo? le gritó, estando aun en donde ella lo había dejado.

Susana, se volteó para verlo y sonreírle para hacerle creer que nada había pasado.

—No ha pasado nada, tranquilo volvió la mirada al coche y rezongo en silencio.

Se inclinó a la ventanilla, se acercó lo más que pudo y colocó ambas manos al lado de sus ojos para poder evitar la entrada de luz y poder ver mejor hacia adentro.

En pocos segundos, Alberto ya se encontraba a sus espaldas, observando la interesante escena. No estaba en el lugar que quería (atrás de ella para verle el trasero inclinado), pero si en donde tampoco podría quejarse, cerca.

—¿Segura que está todo bien?

La voz de Alberto hizo que se sobresaltara.

—Oh... este... pensó un poco si decirle o no, pero, luego de un rato, no lo dudó mucho. No sabía nada al respecto, debía mencionarlo □ , este... dejé mis llaves adentro y no quiero romper el vidrio.

—¿Romper el vidrio? exclamó jocosamente □ nada que ver, señorita, no

necesita eso. Creo que puedo intentarlo.

—¿Seguro? inquirió preocupada

—Sí. Trabajo con autos... dijo, buscando algún alambre alrededor □ en el caso que no pueda, me tocará llamar a unos amigos que se encargan de eso.

Por un segundo pensó que era una especie de mecánico, luego que era un ladrón de autos. Todo es posible en este mundo, cada loco que hay en la ciudad, no suele ser nada raro.

Lo que si le pareció decepcionante es que, siendo tan atractivo, fuese alguien problemático. Eso, no le ayudaba a sentirse bien consigo misma. No suele salir con muchas personas, y cuando conoce a alguien que puede ser atractivo, llega con la noticia que es una especie de ratero.

Alberto, le hizo una seña con la mano para que esperase, ya que iría a buscar un gancho que tenía guardado en la guantera de su coche.

A pesar de que eran viajeros frecuentes, y que no eran precisamente de esa ciudad. Al ser dueños de una firma de coches de lujo, tenían uno aguardando, todo el tiempo, en sus puntos más frecuentes para no tener que utilizar el vehículo de nadie más. Una de las muchas ventajas de ser millonario.

Cuando regresó con el gancho de metal en la mano, Marta no dudó ni por un segundo en que fuese ladrón. Solo un delincuente tendría un gancho de ropa guardado para «esas ocasiones». Era muy sospechoso. Alberto, hizo el intento de medio abrir la puerta para poder introducir el alambre de metal.

—¿Es usted un ladrón?

—No, para nada. Solo... trabajo con coches. Eso es todo. le dijo Alberto. No quería decir que era el dueño y director de una empresa de vehículos. Lo menos que necesitaba era granjear una buena impresión nada más por ser millonario.

—Pero... ¿haciendo exactamente qué? insistió, Marta.

Alberto, hizo caso omiso a sus palabras y siguió con lo suyo.

Se quitó el saco, lo puso sobre el techo del coche, se acomodó las mangas de la camisa y desajustó el nudo de la corbata. Hizo lo que pudo para poder separar la puerta y penetrar el vehículo, pero, no tuvo suerte alguna. Marta, lo miraba desconcertada, un tanto preocupada y, más que todo, temerosa.

Alguien estaba peleando con la puerta de su preciado coche. Lo que más le preocupaba es que Susana saliese y la encontrase en esas condiciones. Por varios minutos estuvieron allí, luchando con la tecnología del momento.

Los coches ya no son fabricados como antes, ese tipo de pequeños detalles suelen ser difícilmente abordables cuando se busca mantener la integridad del producto. Alberto, no quería rayarlo demasiado, ni mucho menos tener que sacarle algunos complementos a la puerta para poder hacer, el abrirla, más sencillo.

Luego de varios intentos, desistió.

—No... señorita. Me temo que no podrá usar su coche nunca más.

—¡Qué! ¿Por qué?... ¡No!... usted debe hacer algo, señor. No entiende, yo no... comenzó a decir, escandalizada.

Alberto, soltó una carcajada y Marta dejó de hablar, pasando a estar confundida.

—Es broma... es broma. No se preocupe, déjeme llamar a unos amigos... ellos saben qué hacer en estas situaciones.

—Pero... yo no quiero que...

—No se preocupe, señorita, son personas de confianza.

—Para usted... yo apenas estoy disputándome si realmente confío en usted... Así que... discúlpeme si no estoy muy tranquila porque hay alguien en quien usted confía. le espetó Marta.

—Tranquila, que yo no me voy a mover de aquí ni usted tampoco, señorita. Además, ellos llegaran a penas yo los llame

Marta, estaba escéptica con respecto a lo que le dijo. «Llegaré inmediatamente le llame», sí, claro. Bien no parecía un delincuente cualquiera, aunque, alguien que cree tener tantas influencias, puede darle mala espina a quien sea. Pero, aun así, Alberto seguía pareciéndole una buena persona.

Desde que lo vio por primera vez, desde lejos, en el lobby, este había dejado esa impresión en ella, cosa que no se había borrado todavía. Era una mujer perceptiva, y, a pesar de que tenía todas las señales para pensar que era un hombre de malas juntas, lo veía con optimismo.

Lo estaba veía con una mirada objetiva, bien le parecía realmente atractivo,

aparte de que, de la forma en que lo recordaba, era mucho mejor «real» que imaginario.

No le había dedicado el mismo tiempo a su recuerdo como lo hizo Alberto, no tiene tiempo suficiente en su día a día para invertirlo en algo banal. Pero, aun así, se sentía incomoda a su lado, como si quisiera hacer más de lo que realmente estaba haciendo.

—Y, ¿espera poder resolverlo... cómo? le preguntó, con un raro intento para poder romper el hielo.

—No tengo mucha experiencia en eso, señorita. Pero creo que ellos atiendan mi llamado. dijo, mientras tomaba el saco para sacar el móvil.

La plática con Marta lo detuvo en seco.

—Entonces, señor. Si realmente espere que tome en cuenta que lo está haciendo por una buena obra, entonces ayúdeme a confiar en usted. le dijo Marta.

—¿Cómo espera que lo haga, señorita? repuso Alberto, dejando de nuevo el saco sobre el techo del coche.

—No sé, diciéndome a que se dedica.

—Bueno, le puedo asegurar que es un empleo honesto.

—¿Seguro?

—Pues, le dije que se lo puedo asegurar, señorita. Así que sí... y ¿Qué tal y yo estoy ayudándola a usted cuando ni siquiera sé si este es realmente su coche? ¿Ah? inquirió, con audacia, Alberto.

—Pues... señor... me ofende que crea que lo estoy utilizando para abrir el coche, cuando, en primera instancia, ni siquiera sabía que usted estaba cerca.

—Eso es lo que yo no sé. Pudo haber fingido que se caía para llamar mi atención le aseveró Alberto, soltando una pequeña sonrisa. La misma sonrisa que a Marta le había hecho sonrojar meses atrás.

—No, pues, eso es mucha paranoia de su parte.

Alberto la miró abriendo más los ojos. Claro, ahora él era el paranoico.

—Ah... pues entonces asumo que no es paranoia el desconfiar de mí.

—Creo que, en ese punto, los dos estaríamos en nuestro derecho de

desconfiar, señor. observó Marta con puntualidad.

—Me parece bastante justo.

—Entonces, señor... ¿me asegura que puedo confiar en usted por un rato? preguntó Marta, muy insistente.

—¿Por un rato? exclamó Alberto.

—Sí, mientras me abre el coche. Luego de ello, veo si realmente es usted confiable. Solamente para asegurar.

Alberto, no dejaba de sonreír con aquella conversación. Marta no revelaba ningún gesto igual que él, pero, si bien se comenzó a sentir comida a su lado, aquel hombre aún, podría seguir siendo un delincuente o algo peor, cosa que ella no podría saber, así que, solamente se dejó llevar con moderación.

—Entonces, esperemos a ver como salimos de esta y luego nos enteramos de si ambos somos de confiar, señorita propuso.

—Es un trato finalizó Marta

Alberto, cogió de nuevo su saco y extrajo el móvil de su bolsillo. Marcó a Juan para avisarle en donde estaba. Lo más probable es que estuviese preocupado porque no lo había visto, y, de hecho, lo estaba.

Habían quedado en encontrarse en las afueras de aquel hotel mientras este arreglaba unos asuntos. Esperaba llegar después que su amigo vivaz, pero, al momento en que no lo vio, comenzó a preocuparse.

Marta, se alejó para sentarse en la acera en la que casi aterriza con el rostro.

Quedaron, de nuevo, que se encontrarían más tarde, esta vez en el cuarto del hotel, mientras él resolvía lo que estaba tratando de resolver.

Le explicó la situación.

—¿Le dijiste a Alexander?... él debe estar por la zona... él sabe... ¿qué coche es? dijo Juan.

—Este... alejó un poco la cabeza para escrutar el vehículo □ un Chevrolet Cruze del 2017. Nuevecito.

—Bien, él sabe qué hacer.

—Sí, en él estaba pensando, pero preferí llamarte antes.

—Vale, entonces, avísame cualquier cosa.

—Vale. Hablamos.

Alberto colgó.

Se despegó el móvil del rostro, limpió el sudor que había dejado en él, llevándoselo al pecho para frotarlo con la camisa, y comenzó a buscar sobre la pantalla táctil. Cuando consiguió el número de Alexander, le marcó.

—¡Alex!... habla Alberto...

—Señor Alberto. ¿cómo está? ¿cómo se encuentra? ¿Necesita algo?

—Bien, estoy bien. ¿Qué en dónde estoy? Ah... pues de viaje de negocios... por ahí, por el mundo. De hecho, cerca de donde estás tú, para que veas... le dijo Alberto.

—¿Cerca? Y, ¿a qué debo su llamada? ¿Señor Alberto?

—Bueno, es que estoy aquí en el Kalbi's Plaza y, me conseguí con una chica que tiene el coche parado... volteó y miró a Marta. Le regaló una sonrisa y volvió a lo suyo □ dejó las llaves adentro y ahora no puede entrar a él.

—Oh, que desgracia. ¿Qué modelo es?

—Un Cruze 2017. Alex... ¿crees que puedes resolverlo?

—Sí, señor, de hecho, nos llegaron varios de eso la semana pasada y tenemos la llave maestra, señor.

—Bueno, ¿eso existe?

—A veces.

—Está bien. Solo no hagas nada ilegal...

Marta se encontraba escuchando, a duras penas, la conversación. Solo pudo entender, de todo lo que llevaban hablando: «2017», el nombre del hotel, «Alex». Y, lo peor: «nada ilegal».

No estaba muy segura al respecto, pero, lo que fuese que significase eso, le hizo erizar la piel. No se movió de donde estaba, ya que, si pasaba algo malo, diría que la habían obligado, en su defecto, sencillamente los dejaría actuar, haciéndose de la vista gorda; para ese entonces, cerca de la hora de salida, estaba desesperada por resolver el problema a como diera lugar.

Alberto, colgó el móvil y se acercó a Marta para sentarse a su lado a contemplar el coche cerrado.

—Bueno, ya hablé con mi «amigo» y vendrá lo más pronto posible... así que, está todo prácticamente resuelto. Señorita. le dijo Alberto, para luego voltear y verla a los ojos con el rostro enrojecido por el sol.

—Vale... entonces, lo que nos queda es esperar... más le vale que se apresure. repuso Marta, acumulando, poco a poco una frustración iracunda.

—Sí, pero no esperaremos mucho que digamos... mi chico está cerca, así que, lo veremos aquí pronto. le dijo Alberto, dándose cuenta que estaba perdiendo el brillo angelical que la caracterizó en su imaginación por tanto tiempo. El cual, estaba siendo remplazado por un aura bastante aterradora.

Marta comenzaba a pensar en cosas negativas, la mejor forma de mantenerse calmada, era controlando su compostura, no diciendo más de lo necesario.

—Eso espero, porque necesito este coche para ya. Y si no lo resuelve, entonces, habré perdido mi tiempo... tiempo que pude haber usado para acudir a personas que realmente funcionan le espetó Marta, cada vez más estresada.

—Lo puedo ver... tragó saliva □ no se preocupe le aseveró Alberto, sin intención de alterar más a Marta □ yo pienso que podemos salir de esta.

Ambos guardaron silencio por un rato, contemplando, como podría ese coche, prácticamente nuevo, estar abandonado por tal irresponsabilidad, por lo menos, eso consideró Marta. Alberto estaba acostumbrado a ver vehículos detenidos, comprarlos, venderlos, presentarlos y, hasta a veces, regalarlos.

No tenía idea si lo que le había dicho su empleado podía ser de utilidad. La concepción de una llave maestra que pudiera abrir cualquier coche, le parecía básicamente absurda y un tanto delicada, incluso para él, que su carrera era básicamente rodearse con automóviles.

Pero Alexander le dijo que sí era posible, y su mejor amigo lo recomendó, a pesar de que él ya sabía a quién debía recurrir. Y eso debía ser más que suficiente, por lo menos él pensaba que debería serlo.

Aun así, contemplaba la situación como algo difícil de creer. Volteó a ver el rostro preocupado de Marta, a quien solamente le importaba lo que su amiga le diría si llegase a enterarse en mal momento; apreciaba su semblante y regresaba la mirada al coche aparcado.

—Este... y... ¿cuál es su?...

Susana volteo a verlo, rompiendo su concentración. Antes de que él pudiese terminar la pregunta y ella, poder entenderla, alguien los interrumpió.

En menos de media hora, Alexander apareció. Alberto le había indicado en donde se encontraban, además de que era el único Cruze del 2017 que estaba aparcado en frente del hotel.

—Señor Alberto, disculpe la tardanza. Estaba buscando el modelo de la llave que podía usar con estos coches... yo. Alexander vio cómo se levantaba, mientras ayudaba a una chica.

—Alex, que bueno que llegaste. Te estábamos esperando.

—Disculpe, señor...

—No, chico, no te preocupes.... Bueno, Alex, esta es la señorita... miró a Marta, para que continuara la presentación. Así podría saber su nombre; la excusa perfecta.

Ella le devolvió la mirada, entendió su intención y repuso.

—Marta García... mucho gusto extendió la mano para saludar a Alexander.

—Mucho gusto señorita Marta repuso Alexander.

—Que nombre tan hermoso tiene usted, señorita Marta... dijo Alberto, como si no hubiesen terceros. Solo ella y él.

Susana, volteó a mirarle al instante en que pronunció aquellas palabras con la intención de decir algo al respecto. No entendía si lo que había sentido era una satisfacción que le recorrió el cuerpo como un vacío imaginario, o si estaba a punto de exteriorizar toda su ira hacia él, tomando en cuenta lo perturbada que se encontraba.

Lo suficiente como para no querer soportar sus babosos halagos... solo estaba molesta. Realmente, le había gustado escuchar aquello, y más que todo, viniendo de él. Pero, no tuvo tiempo, la voz del mecánico le detuvo.

—¿En que los puedo ayudar entonces?

—Creo que... regresó la mirada hacia Alexander y dijo en tono cortante □ creo que ya le habían explicado al respecto.

—Este... intervino Alberto al entender la frustración de Marta □ Alex, la

señorita Marta dejó sus llaves dentro del coche y no puede acceder a él. ¿Tienes alguna solución?

—Pues, señor. Ya le dije que tengo la llave maestra que nos llegaron con los nuevos pedidos. Creo que...

—Perfecto, entonces ¿podemos probarla? le interrumpió Alberto, al sentir como la frustración de Marta iba creciendo cada vez más. No sabía si se debía a que no le había explicado nada al respecto o porque probablemente parecía un delincuente.

Se alejó de ella, tomando a Alexander por el hombro, obligándolo a dar vuelta, para luego empujarlo por la espalda y acercarlo al coche.

—No la alteres, amigo... quiero quedar bien con ella.

—Pero señor. Es que ella.

—Ignórala, si te trata mal, yo te lo recompensó después... ¿Sí? le dijo dándole un empujón y regresando a donde estaba Marta y colocándose en medio. Entre ella y el coche.

—Bien, señorita Marta. Mi amigo le va a ayudar. En menos de lo que le tome decir «ya», tendrá su coche abierto.

—¿Ya? preguntó, viendo por sobre el hombro de Alberto hacia el coche.

—Vamos a ver...

Alexander, sacó la llave maestra que tenía incrustada en la ranura y jaló la palanca para abrir el coche. A Marta se le abrieron los ojos casi como si fuesen a salirse de las cuencas.

—Pues, creo que sí... vaya a ver su coche, señorita Marta le dijo, apartándose para que pasara.

Marta, aceleró el paso hasta su coche y entró apresurada, para coger su cartera y ver si las llaves estaban adentro. Afortunadamente estaban ahí. Abrió su bolsa, sacó el móvil y le marcó a Susana.

Había pasado aproximadamente una hora desde que salió angustiada de su oficina a buscar una solución, así que lo más probable es que Susana estuviese a punto de salir de su turno.

—¿Susan? ¿Querida? ¿Dónde estás? Estoy esperándote en el coche.

—¿No es muy temprano para que estés saliendo? le repuso Susana extrañada □ tú sales dentro de media hora.

Marta, estaba actuando por impulso, de no haberla llamado, le habría tocado demostrar su agradecimiento con Alberto, al que todavía tenía etiquetado como un delincuente de cuello blanco. No quería hacerlo. Esperaba que su conversación durase lo más que pudiera.

—Sí, iba a salir a esa hora, pero decidí adelantarme para que pudiéramos... no sé, ir al cine o algo así.

—¿Estás segura? ¿No tienes más nada que hacer?

—Claro, no hay problema, es que quiero regalarte algo porque eres tan buena amiga y eso.

Susana, sentía cada vez más extraña a Marta. Bien solía ser espontánea con sus decisiones, no se escuchaba natural. Alberto, se acercó un poco a ella para poder hablarle cuando esta colgase la llamada. Le miró de reojo sin inmutarse.

—Bueno, sí tú lo dices... déjame que termine aquí y nos vemos repuso Susana.

—Está bien, entonces, me avisas cuando vengas en camino, iré sacando el coche y lo aparco al frente para que no tengas que caminar demasiado.

Marta, colgó la llamada, guardó el móvil en el coche, se sentó en el asiento del piloto, encendió el motor y salió, sin cerrar la puerta, para hablarle a Alberto, quien se encontraba parado al lado de la puerta, con la mano sobre el techo, en donde aún reposaba su saco.

—Muchas gracias, señor Alberto. marta había escuchado su nombre cuando Alexander le saludó. Eso le facilitó el no tener que preguntarlo □ Espero poder verlo luego para pagarle este favor le dijo, casi con total honestidad. La concepción de que fuera delincuente le parecía un tanto tonta, luego de pensarla por mucho tiempo, pero, aun así, no descartaba esa posibilidad.

—Espero poder verla de nuevo entonces, señorita Marta le sonrió Alberto, con la mano apoyada al techo del coche, en donde aún reposaba su saco.

Lo cogió y procedió a ponérselo.

—Eso espero entonces... también, me gustaría saber si realmente no es algún ladrón de coches o algo así... le dijo de una vez, sin pensar mucho en lo

imprudente que podría llegar a ser.

Alberto, soltó una carcajada. Se abotonó el saco y repuso amablemente.

—No se preocupe señorita, que no soy ningún ladrón. Pero, si, el saber a qué me dedico es algo importante para usted, espero que en algún momento acepte salir conmigo para decírselo...

Marta, sonrió, con las mejillas ruborizadas. No le repuso nada, pero para Alberto esa sonrisa fue más que suficiente. Sabía que eso era algo bueno, por lo que tomo aquel gesto con positivismo. La chica, se adentró en el coche, cerró la puerta y se puso los lentes de sol que estaban sujetos al tapasol del chofer.

Bajó el vidrio, dejó caer un poco los lentes sobre su nariz para ver sobre ellos y le dijo a Alberto.

—También espero ese día señor Alberto.

Marta, puso el retroceso del coche y salió hasta la entrada del hotel, esperando, a que Susana ya se encontrase en la puerta para evitar ver de nuevo a Alberto ya que lo más probable es que estuviese dirigiéndose para allá.

Alberto, despidió a Alexander y quedaron en verse otro día para agradecerle por el favor. El mecánico, no se encontraba dispuesto a pedirle nada a cambio, después de todo, era su jefe y el ayudarlo era parte de su trabajo. De hecho, se encontraba en su hora laboral.

Alberto se acomodó y retomó su camino hasta la entrada del hotel. Mientras se desplazaba por la acera, veía como Marta se alejaba y estacionaba, a lo lejos, al frente del lugar. Pudo observar que una chica abordaba el coche del lado del copiloto.

Marta aceleró rápidamente y se perdió en el horizonte, mucho antes de que Alberto llegase a la puerta. Mientras salía del lugar, pudo verlo caminar, y perseguirla con la mirada, desde lejos. Ninguno de los dos pudo quitarse los ojos de encima por un rato.

Gracias a ese pequeño error de Marta, pudieron encontrarse con quien, sin saberlo, querían estar. Las cosas estaban surgiendo por si solas, pero, de ambos dependía saber cómo tomarían las riendas de la situación, si querían hacer que todo funcionara, o si lo dejaban pasar. Cualquier cosa era posible, todo era ilimitado. Lo que no sabía era que, cuando llegase el momento,

estarían dispuestos a todo.

3

La cita que Marta no deseaba

Llevaban tiempo viéndose, intercambiando miradas. Marta no necesitaba deambular por el hotel, pero ahora tenía una excusa. Salía de su oficina con la esperanza de encontrarse con él, de por lo menos sentir que la estaba viendo. Él, no se escapaba de ello. Hacía lo mismo, salía a pedir las cosas en recepción cuando, bien sabía, lo podía hacer desde su cuarto.

Tanto Juan como Alberto, se sentían amarrados a aquellas instalaciones, por lo que aumentaron la cantidad de días que se quedarían allí. Al cabo, eran sus propios jefes, nadie podría decirles qué hacer ni cómo hacerlo.

Marta estaba dispuesta a hacer lo que fuese para mantener su vida profesional de primero. No permitiría que ningún hombre se interpusiera, que nadie le hiciera sentir esos pequeños cosquilleos en el estómago que experimentó al momento de encontrarse con Alberto en el ascensor.

Se abrió la puerta, y, afortunadamente (de manera figurativa), estando acompañada por el gerente, ingresó al ascensor, en donde se encontraba Alberto junto a Juan. Ambos exteriorizaron un sutil gesto de sorpresa al verse mutuamente, pero, no se expusieron por un placer oculto del que, sin saber, estaban de acuerdo.

Habían pasado cuatro días desde la última vez que hablaron formalmente. Esta vez, Susana, tenía libre el día de trabajo por una consulta médica, mientras a Marta le tocaba cubrir el turno necesario para recuperar las horas que no había trabajado.

Desde que llegó a su casa aquel día, en lo único que había estado pensando era en lo mucho que quería conocer mejor a Alberto. No le había mencionado nada a su amiga todavía. Lo quería mantener en secreto hasta que supiera, a ciencia cierta, exactamente la dirección de todo eso.

Ya dentro del ascensor, no se dirigieron la palabra, ni se vieron lo suficiente. Alberto, se mantuvo alerta a sus movimientos como si estuviese cuidando a que no se cayera de nuevo, cuidándola. Mientras que Marta, siendo unos

cuantos centímetros más baja que él, sentía el olor de su perfume emanando de su saco ejecutivo. Inhalo aquello como si fuese oxígeno.

Los cuatros, se mantuvieron en silencio. Tanto Juan como el gerente, lo hacían como si no quisieran dirigirle la palabra a nadie. Mantuvieron un mutismo cómplice mientras llegaban al lobby.

Para Marta, la imagen de Alberto se estaba mejorando un poco más. Luego de pensarlo muy bien, descartó la idea de que fuese un «ladrón», ya que, de haberlo sido, para ese entonces, habría visto algo sospechoso. Y si no, la verdad no le estaba importando. Sus encuentros ocasionales en los pasillos hacían que se sintiera más atraída; su forma de ser, de mirarla, de decirle todo con los ojos o con su sonrisa, hacían que se entumeciera. Cosa que estaba haciéndola enloquecer, preocupar y enfurecer.

A pesar de todo eso, no se atrevió a indagar en sus datos con la recepcionista, o a buscar su nombre por el internet, aunque, la verdad, no se sabía su apellido. Alberto, descuidaba su atención a cualquier cosa de vez en cuando tan sólo para dedicarse a pensar en ella.

Él, si estaba seguro de lo que ella le hacía sentir, aunque, teniendo al tanto de que era un poco apresurado llegar a conclusiones, prefería mantenerlo bajo perfil. Sí, le contaba a su mejor amigo Juan, todo acerca de ello.

El más mínimo escalofrío, lo mucho que le gustaba y cada cuanto se la imaginaba, eran temas recurrentes en las conversaciones entre ellos dos. Ambos, se comunicaban las cosas sin ningún prejuicio.

Aquel viaje de elevador se había hecho eterno para Marta. El gerente, trato de acercarse lo suficiente para oler el aroma de su rojo cabello. Como si estuviese drogándose con su esencia. Este, el actual dueño de cuyo cargo ella aspiraba a tener, tenía cierto amorío con ella, con Susana, y con cada una de las mujeres de aquel hotel.

Era fácilmente conocido, dentro de cualquier círculo, como un patán manipulador. Se aprovechaba de su cargo haciéndolas hacer cosas que, bien estando dentro del contrato, no les correspondía hacer de la manera en que él las pedía.

Las mujeres a su alrededor se sentían asediadas, pero no tenían pruebas suficientes para culparlo. El señor César, era habilidoso en cuanto a decir mentiras. Su rostro de chico bueno, le granjeaba muchas cosas como si no

necesitasen de ningún esfuerzo, lo que hacía de él, el perfecto candidato para el puesto de cabrón.

Ambas, tanto Susana como Marta no lo soportaban, la segunda sentía que podría hacerlo caer por las escaleras en cualquier momento.

En el momento en que entró al ascensor, lo que le hizo sentir mejor, fue el hecho de que Alberto estuviese ahí para amainar la tensión que el gerente provocaba con sus intenciones morbosas.

A César no le importaba que alguna de las empleadas estuviese comprometida, casada o no fuera de su tipo, las observaba lascivamente sin prejuicio alguno. Acosándolas a todas por igual. En ese instante, en que los cuatro se encontraban cerca, el gerente busco a acercarse más de lo normal a Marta. Tenía la intención de rozarle una nalga y pretender que fue un accidente.

En lo que intentó acercarse, Alberto le interrumpió.

—Señorita Marta, tiempo sin verla dijo sin despegar la mirada de la puerta del ascensor. Embozando una sonrisa y haciéndola notar con su tono de voz.

Marta, estaba esperando el momento en que hiciera eso. No lo conocía, ni sabía que tan inoportuno era, pero, de algún u otro modo, estaba esperando que lo hiciera. Debido a ello, dejó escapar una sonrisa. Un gesto particularmente significativo, tan solo para ella, no tanto para el gerente o para Juan, pero si para ella.

Eso consagraba el hecho de que algo estaba sucediendo entre ellos, por lo menos así lo veían, ya que, al principio de su relación (si es que se podía llamar así) una sonrisa fue lo que hizo que se notaran mutuamente.

—Lo mismo digo, señor Alberto repuso Marta, haciendo exactamente lo mismo.

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Señorita? inquirió Alberto

—No creo que sea el mejor momento para hablar de ello, señor Alberto. insistió Marta.

—Es cierto, señorita...

Mantuvieron el silencio. El intento del gerente de acercarse a Marta fue frustrado por aquella extraña conversación.

No era raro que conociera a los huéspedes del lugar, pero, esta vez,

conversaba con tal naturalidad que no le parecía adecuado. De entre todas las mujeres que había tenido «la pelirroja» era el trofeo que le faltaba. No quiere decir que estuvo con Susana, pero, ya había estado con una de cabello castaño.

Su cacería se motivaba por fetichismo absurdo. Le encantaba el cabello, más que todo el color. No importaba qué tipo de mujer fuera, siempre y cuando su cabello fuese único y no lo hubiese probado antes.

Marta, estaba al tanto de sus asquerosos gustos, pero, no podía hacer nada si lo que quería era su puesto. «Todos quieren el puesto del gerente, y el gerente lo sabe» eso era algo obvio para ella, y, aunque quisiera, no podría dejar escapar la oportunidad que se le estaba avecinando.

Pronto podría hacerse con el cargo y todo por lo que estaba pasando sería recompensado. Valdría la pena, estaba segura que valdría la pena.

Juan entendió con quién estaba hablando. Alberto, le había hecho hincapié en su nombre, en su aspecto y en el color de su cabello. Más aun, en que se empleaba en el hotel (al igual que la chica que él tenía días viendo) así que, desde que entró en el ascensor, pudo suponer que era ella.

Al llegar al lobby, Marta y Alberto se miraron a los ojos, se despidieron con una sonrisa, sin más que decir y se dividieron. Ella con César, se fueron por un lado mientras que Alberto, junto a Juan, caminaron hacia la salida del hotel. Estando en frente a la puerta, lo siguió con la mirada, cosa que el gerente pudo notar.

—Y... ¿quién es él? preguntó César, con mucho interés.

—¿Qué?... es un amigo. repuso Marta, desviando su atención de Alberto.

—¿Sólo amigos? insistió César.

—Sí, César. Sólo amigos. Y, si fuéramos algo más... ¿qué con eso?

—Qué me gustaría saberlo... Entonces ¿amigos? insistió de nuevo.

—¡Sí! César, sólo amigos... respiró profundo para no entrar en cólera □
¿sabes qué? ¿Por qué no sigues comentándome lo que deberíamos hacer?

César, no se sentía escandalizado por las palabras de Marta. Bien, le encantaba que lo tratase como si no les diera importancia a sus intenciones. Él era un hombre sin muchos escrúpulos, por lo que, el rechazo, incluso le atraía más.

Marta, al principio se mostró renuente a poner un límite entre ellos dos; lo que quería era tenerlo al margen para poder saber cómo conseguir su puesto, pero, cuando se percató de que no conseguiría nada tratándolo como si fuese una persona normal y que, por lo que parecía, respondía bien a ese trato, hizo lo que pudo para no extralimitarse y obtener lo que quería.

Ambos caminaron hasta la oficina del gerente para finiquitar los arreglos que estaban buscando.

—Bueno, Marta, eso sería todo por hoy.

—Vale. Me avisas si necesitas algo más se levantó y dio media vuelta para marcharse.

—Ah le detuvo, antes de que saliera de la oficina □ , quería sabes si... ¿estarías de acuerdo en salir a comer conmigo hoy? Ya que no vino Susana, almorzarás sola y, pues. Quiero saber si...

Lo menos que quería era compartir más tiempo de lo necesario con César. Tanto lo aborrecía que, cada vez que le tocara, sentía como la grima, sazónada con un poco de asco, le recorría el cuerpo. Le nacía la necesidad de lavarse la zona afectada por su contacto. El simple hecho de comer junto a él, era profanar lo mejor de la comida, que le gustaba.

—Este... es que tengo que...

—Será sólo esta vez. Sé que cada vez que te lo pido estás ocupada, pero ahora no. Lo sé porque me encargué de manipular tu horario.

—César... yo...

—Yo invito. Será algo rápido.

Susana, inhaló aire como si pudiera obtener más fuerzas del oxígeno que respirase. Lo consideró por varios segundos y repuso, con la impresión de que se arrepentiría en el futuro.

—Está bien... César estaba a punto de sonreír por su victoria □ pero ten en cuenta que es solo esta vez y porque no está Susana.

—Vale, vale. dijo sonriente.

Marta, retomó su camino y salió con la impresión de que acababa de cometer un grave error. Estuvo mucho tiempo evitando que eso sucediera, pero, estaba tan cerca de las postulaciones de gerente del hotel, que no le había quedado de

otra. O tal vez sí, pero ya era muy tarde para entrar en razón.

Levantó la mano con la que tenía sujeto el móvil y marcó a Susana.

—A qué no adivinas le aseguró Marta.

—¿Qué pasó? ¿Qué hiciste ahora? inquirió, sin sorprenderse mucho.

—Creo que, cometer el más grande error de mi vida aseveró.

—¿Tan malo fue? preguntó Susana, suponiendo que no iba a ser tan malo.

—Acepté salir a almorzar con César.

—¡Qué! exclamó escandalizada.

Su grito, sonó en la sala de espera de la clínica. Un área de silencio, en donde, su voz hizo eco en los oídos de los demás pacientes.

—¿Estás loca? prosiguió □ es decir. ¿Estás loca?

—Es que... no estabas y, me temo que, si le digo que no, no podré obtener el puesto.

—¿Qué coño con el puesto? Deja de estar lamiéndole las botas a César por eso. Puedes conseguirlo de muchas formas, no necesitas someterte a esa humillación... espetó Susana

—Pero, Susan. No te alteres.

—¡No me estoy alterando! Solo digo dijo, con un alto tono de voz.

—Entonces nos sigas gritando.

—¡No estoy gritando!

—Estás gritando, Susan.

Susana, respiró profundo. Algo característico en ambas. A punto de estallar, intentan tomar fuerzas del oxígeno para evitar exteriorizar su ira.

—Está bien. No te grito más se calmó.

—Así me gusta. Ahora, dime cuánto te falta preguntó Marta.

—Dentro de veinte minutos me atenderán repuso.

—En lo que sepa en donde comeremos, te las arreglas para ir a buscarme dijo Marta

—¿Del uno al diez? inquirió

—Diez aseveró Marta

—Vale, estaré cerca hasta que me des la señal para entrar confirmó Susana

—Te lo agradecería con todo mi corazón.

Susana colgó la llamada y Marta continuó su camino hasta su oficina. César, se las había arreglado para arruinar su encuentro con Alberto, a quien, luego de varios días, por fin había vuelto a escuchar hablar.

Luego de unos minutos de angustia y decepciones. Marta se sentó en su escritorio a esperar su inminente sufrimiento.

Otoño-Invierno; Susana y Juan

Susana, había superado su crisis de la edad a la llegada del primer mes luego de su cumpleaños. No tenía mucha intención de mantenerse negativa, por lo que, después de la tormenta, llega la calma.

Por días, estuvo compartiendo con su amiga Marta como si nada hubiese sucedido, como si nadie más existiera para ella. Constantemente, caminaba por los pasillos del hotel atendiendo a sus asuntos; lo demás, aquello que no le afectaba ni le importaba, no tenía más importancia que su trabajo.

Se había resignado. Nadie podría estar más seguro que ella en cuanto a no sentirse atraída por alguien. Un tiempo estuvo contemplando la posibilidad de ser lesbiana, pero tampoco le atraía ninguna mujer.

Así que, sin más peros, decidió dejar las cosas a un lado y continuar con su vida; el único hombre que necesitaba era a Harry y la única mujer con la que compartiría el resto de sus días sería Marta.

Lo que le calmaba era la idea de que, tanto su amiga como ella, estarían sumidas al mismo destino de soltería y trabajo duro. El éxito no sale barato, de todos modos, una vida en la que solamente se es feliz si se tiene una pareja, es cosa del pasado.

A Juan, no le parecía absurda la idea de que a Alberto le gustase una chica del hotel, por la que, prácticamente, estuviese loco.

Conocía a su amigo mejor que a sí mismo. Su habilidad casi sobrehumana para enamorarse con facilidad, a veces le daba una serie de malos eventos, o en su defecto, algo que realmente podía atesorar. Poco a poco, su fue dando cuenta que esta vez sí era algo significativo, por lo menos, así lo exteriorizaba él.

En cuanto a él, la vida amorosa no era precisamente muy emocionante. Bien, aumento la cantidad de días en su hospedaje para que su mejor amigo tuviese una oportunidad con aquella chica del cabello rojo, aunque, no todo era por él, no más. Desde que vio a Susana, de quien no sabía absolutamente nada, las cosas en su vida comenzaron a sentirse amargas e insípidas.

Esperaba poder conocerla mejor, toparse con ella de la misma forma en que su amigo lo hizo, pero, a él no sucedía.

Difícilmente podía verla por los pasillos del hotel, a pesar de que no hacía más que caminar por ellos, y, cuando lo hacía, no conseguía la forma de atraer su atención. Susana, siempre iba dispuesta, nada más, a darle importancia a su trabajo, y cuando sentía que alguien estaba cerca, pretendía o verlos, como si no estuviese ahí, evadiéndolo como si nada.

En este caso, Juan era esa persona que solía ignorar de más durante esos últimos días. Lo interesante, es que no se percataba de que era la misma persona.

Pero, él no se iba a rendir. Le contaba todo a su amigo, sin ninguna queja o replica, siempre hablando de ella de la mejor forma posible. Sin cuidado, fue detallándola a la perfección, aplicando en ella, su naturaleza observadora y calmada. Estudiaba sus pasos, sus gestos más comunes, su aroma, la forma en que se peinaba... todo eso, aprovechando que nunca se daba cuenta que estaba cerca de ella.

Cuando bajaron del ascensor, en lo que Marta y Alberto se despidieron. Su mejor amigo no hizo más que conversar acerca de ella.

—¿La viste? ¿No es increíblemente hermosa? inquirió, risueño, Alberto.

—Se podría decir que sí dijo, Juan, ciego para todas las demás menos para Susana.

—¿Cómo que «se podría decir»? ¿A caso no es hermosa? insistió Alberto, como si la hubiese ofendido.

—¿Acaso lo negué? No. Solo estoy diciendo que, puede que me parezca un poco atractiva. Tal vez no tanto como a ti, pero si puedo ver que lo es se excusó Juan.

—¿Es por esa mujer misteriosa que te estás imaginando? preguntó Alberto, incrustando más el dedo dentro de la llaga de Juan.

Alberto sabía lo mucho que ella significaba. Difícilmente, su amigo se mostraba cautivado por alguna chica. Todas le eran indiferentes, ninguna era más especial que la otra. Pero, esta vez, se sentía atraído por alguien que no conocía y que no se atrevía a saludar. Admiraba su perseverancia, después de todo, a diferencia de él, este no habría perdido una oportunidad para hablarle.

Tal cual estaba haciendo con Marta. ¿A caso no da resultados?

—No me la estoy imaginando, ella sí pasa por los pasillos aseveró Juan.

—Deambulando como un fantasma sin prestarte atención. ¿Casualidad? No lo creo Aseguró Alberto.

—¿Podrías dejar de ser tan imbécil? repuso Juan

—No, soy feliz así. No me quejo.

—Yo sí.

Alberto, hizo un gesto de indiferencia y prosiguió.

—Bueno... bueno. No hablemos más de mí, hablemos acerca de tu chica misteriosa, por enésima vez.

Ambos, abordaron el lujoso SUV que el chico, encargado de aparcarlo, les hizo entrega. Agradecieron, Juan le dio una atractiva propina de cien euros y se marcharon. No estaban en horas de trabajo, bien siquiera estaban trabajando.

Solo se encargaban de presentarse en sus oficinas si era de extrema necesidad, la mayor parte del tiempo, lo que hacían era viajar alrededor del mundo cerrando tratos y juntándose con los inversionistas, vendedores, potenciales compradores y observando nuevos modelos de coche.

Juan, repuso, a lo último que Alberto le dijo.

—Estoy pensando en hablarle.

—¿Hablarle? Y ¿cómo por qué? ¿Qué te hizo esa pobre chica? bromeo Alberto.

Juan, le miró de reojo con severidad y Alberto soltó una carcajada.

—Vale, vale. No digo nada. Pero, cuéntame ¿por qué? preguntó Alberto.

—¿Cómo qué por qué? Pues porque deseo poder conocerla mejor repuso Juan.

—¿Cómo piensas hacer eso? ¿Mirándola muy fuerte hasta que te note? bromeó de nuevo Alberto.

—Muy gracioso... repuso Juan.

—Deberías pedirme consejos, yo si logro que mi chica me note aseveró Alberto

—¿Tu chica? A penas han hablado dos veces le dijo Juan.

—Pero lo por lo menos he hablado con ella ¿sabes? Eso es un logro.

Juan detuvo el coche al llegar a un semáforo, y volteó a ver a Alberto, y le preguntó

—¿Qué esperas que haga entonces?

—Ya te dije, pedirme consejos porque yo si consigo resultados Repuso su amigo.

—Consigues resultados porque te gusta entrometerte en donde no te llaman.

—No es que me guste, tampoco que me entrometa... Solo... hago lo que puedo al hacerme notar. Así no pasó desapercibido como tú lo haces.

—¿Ese es tu gran consejo de amor? puso su mirada en el camino y aceleró.

—Sí, las cosas son sencillas, Juancito. Sencillas. Solo háblale. O busca hacer que te vea y sonríele. aconsejó Alberto.

Juan, continuó su camino hasta el centro comercial más cercano con la intención de encontrar un restaurante que llenase sus expectativas con cierto cuidado. Pronto sería la hora de comer y estaban un poco cansados de estar siempre dentro del hotel pidiendo servicio al cuarto. Querían variedad.

Estacionaron luego de media hora buscando un puesto libre y se adentraron al centro para deambularlo mientras se hacía la hora adecuada para comer.

No tenían ninguna regla preestablecida para hacerlo, pero, era mejor llegar cuando el servicio estuviese lleno y tuvieran la necesidad de preparar los platos con ingredientes frescos. Si iba antes, cuando aún estaban abastecidos de lo que habían preparado temprano, solo comerían las cosas que tenían guardadas y procesadas del día anterior.

Susana, estaba saliendo de su consulta mensual con el odontólogo. Marta, le había pedido que le fuese a rescatar al lugar en donde César la iba a llevar a comer, por lo que se mantuvo atenta a su móvil.

Tenía el día libre, así que prefirió esperar en el mismo centro comercial en donde se encontraban Juan y Alberto. Su amiga, aun no le informaba en donde sería, a pesar de que la hora de su almuerzo estaba casi a punto de comenzar.

Supuso que como iría con César, le tocaría salir un poco antes, así que, para ese entonces, lo más probable es que le avisará lo más pronto posible. Cosa

que, de hecho, sucedió. Su móvil sonó. En lo que atendió, Marta le habló.

—¿Susan? ¿Ya saliste? ¿dónde estás? le susurró al móvil, con la mano en la boca para que no se escuchara; así no se escuchase de todos modos.

César estaba aun dentro de la oficina, mientras ella se adelantaba al lobby. El gerente se encontraba plenamente seguro de que, esta vez, sí podría tener un tiempo de calidad con su chica de cabello rojizo.

—Sí, ya salí. Estoy en el centro comercial que está cerca del hotel, esperando a que me llames. ¿Y tú? preguntó Susana

—Estamos saliendo de su oficina.

—Vale... pero, ¿ya sabes a donde será? insistió Susana.

—Sí, en el centro comercial que está cerca del hotel. En un restaurante que hay ahí. No sé cómo se llama repuso Marta.

—Bueno, procura que te diga el nombre y me lo envías por texto, mientras, estaré rondando el área para estar cerca indicó Susana.

—Vale. Yo te escribo aseguró Marta.

—Vale repuso.

Susana, pudo escuchar al fondo de la llamada como Marta le respondía a César como si nada estuviese pasando. No comprendía el por qué su amiga insistía en tener que congeniar con él para conseguir lo que quería.

Después de todo, el hombre se aprovechaba de ella, del mismo modo en que ella creía aprovecharse de él. Puso su móvil a todo volumen para poder escucharlo en lo que su amiga le enviase el mensaje y comenzó a rondar el lugar, tal cual, dijo que haría.

—¿Estás lista, Mar? le dijo César a Marta luego de que esta colgara.

—Sí, estoy lista. ¿Nos vamos? repuso, un tanto asustada, como si él hubiese escuchado la conversación. A pesar de que sabía que no era así, se permitió dudarle un poco.

—Claro repuso, caminando hacia la puerta del hotel □ vamos a por mi coche.

—¿Cuál es tu coche? preguntó Marta para crear un ambiente menos pesado.

Caminaron rápidamente hasta la puerta del hotel, en lo que estuvieron parados viendo hacia afuera y dejando que sus ojos se adaptaran al cambio de luz,

señaló con el dedo, creyendo que Marta entendería y vería a la perfección aquello que sólo se veía desde la perspectiva de César.

—Ese rojo que ves allá.

Marta, no tenía idea de cuál era. Había varios coches rojos a lo largo de los estacionamientos de empleados. En total, eran cinco. Tres de ellos estaban en muy buen estado, unas obras maestras, en lo que respectaba su opinión, pero los restantes dos, prácticamente expresaban una especie de odio por la humanidad, su medio ambiente y era una grosería verlos.

No se sorprendería si el de César resultara ser uno de esos dos.

Caminaron hasta la zona en donde se encontraban dos de ellos. Marta pudo notar que César estaba viendo en dirección a uno de los coches que daban vergüenza, pero también podía ser el otro, uno de los que parecían una obra maestra.

No es una mujer prejuiciosa, ni que se enfoca en lo material, pero, por el aspecto del vehículo destartado, estaba deseosa de que fuese la máquina que gritaba ser una belleza de la ingeniera.

Tocó el botón del control de la llave para quitar el seguro y, para su sorpresa, sonó el que estaba dañado. Una vez cerca de él pudo darse cuenta de que no era tan malo como parecía, pero, definitivamente, el aspecto destartado emanaba penuria y tristeza.

—Mi bello bebé dijo César, acercándose al coche.

—Es una... maquina interesante expuso Marta, tratando de no decir lo que realmente pensaba. Que daba pena.

—Sí, la compré hace años. Estuve haciéndole unos cuantos arreglos pero, me gusta cómo se ve repuso César, con un tono de orgullo en la voz.

—Vaya... no pareces el gerente de un hotel para millonarios.

—¿Verdad? Eso es bueno, así me quieren por lo que soy. Por afuera soy un hombre destartado dijo, con un tono de modestia.

César no era para nada poco atractivo. A pesar de su dudosa honestidad, sus gustos extravagantes y su actitud soez con las mujeres, era bien parecido, cosa que le ayudaba a salirse con la suya. Marta encontraba extraño que muchas mujeres cayeran en su red tomando en cuenta el deprimente vehículo que

llevaba. Por suerte, tenía ventanillas de color negro, y así no veía lo que traía adentro.

—Pero por dentro introdujo la llave en la puerta y la abrió □ soy todo un deleite.

Marta, estaba observando algo que, para ella, no tenía sentido. El coche, por afuera, gritaba desecho toxico, pero por dentro, se veía casi igual que su coche moderno. Era un Volkswagen golf del 2010.

César, lo tenía preparado como un coche modificado que daba la impresión de estar destartalado. Actualmente, había gastado unos siete mil euros en sus modificaciones, un poco más de lo que le costó el coche de Marta. El gerente, le abrió la puerta, en un gesto de caballerosidad que solo utilizaba cuando quería cortejar a alguien.

Marta, había quedado impresionada con ese cambio drástico de aspecto, ahora, entendía porque la pintura oxidada de César se veía tan acendrada de cerca, no era oxido de verdad. Algo que, a pesar de ser una analogía atractiva, no le dejó la impresión que pretendía tener.

Luego de salir del estacionamiento del hotel, Marta le preguntó el nombre del restaurante en donde irían a comer. A penas lo supo, se lo envió por mensaje a Susana, para que estuviese pendiente de su posición.

—Ese restaurante se ve atractivo, Juancito... ¿no crees? Porque yo creo que ya es hora. ¿Sí? Por favor, dejemos de dar vueltas por este lugar y comamos de una buena vez. le suplicó Alberto a Juan.

—Está bien... también pienso que deberíamos comer... dime, ¿cuál es? preguntó Juan buscando con la mirada entre los restaurantes que acababan de pasar.

—Aquel de allá afuera señaló Alberto con el dedo a través de la ventana que daba al frente de la calle □ el Boulevard Concord, se ve atractivo.

A Susana, le había llegado, casi de inmediato, el mensaje de texto que su amiga le había enviado. Cuando lo abrió, leyó el nombre y salió del centro para cruzar la calle. «Es el Boulevard Concord. Apresúrate y espérame cerca de ahí, te escribiré para que entres»

Cerca de la hora de almuerzo, Marta llegó al restaurante en frente del centro comercial junto a César. Susana, estaba a unos escasos metros y pudo ver

como se bajaba de un coche completamente oxidado y dañado.

Sabía que era el del gerente, porque lo había visto varias veces montarse en él. Se lamentó por su amiga a la vez que se quedaba en la intemperie esperando a que le dieran la señal.

Juan estaba adentro junto a Alberto; ya estaban ordenando su comida. Al preciso instante en que ellos estaban ahí, Marta y César entraron para pedir sus mesas. La chica no se había percatado de su presencia, a pesar de que se encontraba a unos cuantos pasos de ella. Los dos amigos estaban conversando con la mayor tranquilidad acerca de sus asuntos personales.

Alberto, mencionó unas cuantas veces el nombre de Marta mientras Juan intentaba hacerlo dejar de hablar de aquel tema. Susana, se detuvo cerca de la puerta para mantenerse alerta y entrar de inmediato. Todos estaban en posición para lo que sucediera, sin saber, los que iban a ocasionar.

César, estaba dispuesto a mover sus piezas con la pelirroja en ese momento. Creía que lo tenía todo listo para cautivarla con su encanto; ya había aceptado comer con él, eso significaba que estaba comenzando a sentir algo. Eso creía. No se esperaba que la chica tuviese un movimiento extra, aún no estaba en zona de jaque. Él, estaba jugando ajedrez con alguien que creía conocer.

La intención de Marta no era importunar su almuerzo, ni mucho menos hacerlo retroceder en cuanto a su comportamiento habitual. Solo quería una excusa aceptable para evitar estar tanto tiempo junto a César, o en su defecto, no estar sola. Se había preparado para cualquier cosa.

En cuestión de segundos, Alberto comenzó a hablar de nuevo de su cautivadora amiga, de quien parecía enamorarse cada vez que hablaba de ella. A Juan, por muy absurdo que le pareciese, lo toleraba porque no había otro tema que lo entusiasmase tanto como aquel.

Su amigo, se encontraba a espaldas de la mesa en donde encontraba Marta. En un sutil movimiento que este hizo, pudo detallar que la chica que estaba siendo objeto la conversación que tenían, se encontraba a unos cuantos metros de distancia a ellos. No obstante, estaba acompañada.

Recordaba muy bien a aquel hombre del ascensor que se subió junto a ella. También cargaba un uniforme con el gafete que llevaba su nombre. Sus uniformes tenían cierta semejanza.

En ese momento pensó en dos cosas: o eran compañeros de trabajo muy

unidos, o estaban saliendo en una cita. La primera se veía probable, la segunda, no tanto. Si bien era una cita, entonces no habría motivos para hacerla a la hora del almuerzo, mucho menos, en horas del trabajo.

Difícilmente se puede mantener una conversación con el escaso tiempo que le dan para comer, él lo sabe, él tiene empleados, además, también fue uno de ellos.

Todo eso, le hizo formularse una tercera posibilidad: eran una pareja. No solo son compañeros de trabajo, ni mucho menos están en una «cita» también podrían estar, de hecho, saliendo como una pareja, si no, comprometidos.

En ese momento, pensó de nuevo si debería decirle. Tal vez, aquella escena haría que sus sentimientos se quebrasen en mil pedazos, o que se derrumbe por completo y quiera dejar de vivir. En su defecto, podría tomárselo con angustia e ira, comenzar a odiarla, culpar al amor, no volver a enamorarse nunca más en su vida para luego terminar como un hombre destruido, solo, deprimido.

Juan no quería eso para su amigo, aunque, la verdad, sabía que no era de ese tipo de personas que se dejaban superar por nada. Por lo que, luego de pensarlo lo suficiente, decidió decirle.

—Al... voltea sutilmente para que veas quién está ahí.

Alberto, se giró, con la sutileza que su amigo le pidió, e inmediatamente lo supo.

Su cabellera rojiza no pasaba desapercibida por ningún lado. Recordaba su peinado de cuando abordó el ascensor, su rostro se veía exactamente igual como seguía imaginárselo. Todo iba de maravilla, todo se veía perfecto. A Juan, le preocupaba lo que estuviese pensando. Su amigo se tomó su tiempo para regresar a su posición anterior y responderle.

—Vaya... vaya... el mundo es una servilleta y yo la tengo guardada en mi bolsillo. dijo con una sonrisa en el rostro.

—Pero... ¿viste bien? preguntó Juan, al notar que no se mostraba para nada perturbado.

—Sí... ¿qué más querías que viera?

—Al hombre que la acompaña...

—¿Y?... ¿eso en qué me afecta? preguntó Alberto, aun con la sonrisa en el

rostro y lleno de alegría.

—Que podría, no se... estar aquí por algún motivo en especial... quiso aclarar Juan.

—Eso no me afecta, yo pienso que el poder respirar cerca de ella es una oportunidad de estar juntos.

—Eres un poco dramático.

—No es drama, es amor.

—¿Amor? Al, llevas, por lo menos, como una semana conociéndola.

—Pero sabe que existo desde hace ya varios meses.

—¿Y?

—Pues que puede significar algo, amigo mío... Además, ¿tú de qué hablas? Si también andas cautivado por una chica a la que llevas sabiendo que existe casi el mismo tiempo que yo, pero ni siquiera le has hablado. Así que, no eres muy diferente a mí.

—Eso no tiene nada que ver, Alberto.

—Claro que sí.

—¿Qué quieres que haga al respecto?

—Me dijiste que le hablarías.

—Sí, pero ¿Cuándo? ¿cómo? No sé. Ahora que lo pienso mejor, dudo mucho que pueda hacerlo.

—Amigo, todo es posible... se acomodó en la silla y puso los codos sobre la mesa en un ademán pensativo □ Bien...

—¿Bien qué?

—Pues si me dejas hablar... le miró con severidad □ bien, digamos: si tu chica misteriosa entra por esa puerta en cualquier momento. ¿Qué harás?

—Pues, no sé, creo que nada.

—¿Nada? Te quedas parado en los pasillos todos los días, esperando a que pase, luego caminas al siguiente y vuelves a esperarla y me vas a decir que si la ves ahorita ¿No vas a decirle nada? ¡En serio! exclamó Alberto.

—Es que...

—Es que nada. Así que eso es lo que haremos. Dudo mucho que entre en este preciso momento, y mucho menos que venga, pero, si lo haces. Te vas a levantar y le vas a invitar a que se siente con nosotros.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro, además. Teniendo en cuenta que la señorita Marta y «ese» están aquí, eso quiere decir que es un lugar frecuentado por los empleados del hotel. Podría llegar. ¿Quién sabe?

—Bueno. Pero sólo si viene para aquí.

—¡Perfecto! Ese es el Juan que conozco y amo. El hombre decidido y audaz que todos admiran extendió los brazos en un ademán de felicidad. Como si estuviese mostrándoselo al mundo.

Marta, pudo ver que un hombre abrió los brazos. Escuchaba su voz; estaba hablando bastante alto. Se encontraba a espaldas de ella, pero no notaba quien era. Trató de hacer caso omiso a su presencia y continuó leyendo la carta que le había hecho entrega el mesero. Aún no consideraba prudente decirle a Susana que entrase al restaurante y la socorriera. Estaba esperando el momento justo.

—Pero dime... ¿qué esperas hacer tu a cambio? ¿con Marta? cuestionó Juan.

—¿Yo? No sé. ¿Qué propones? repuso, bajando los brazos y el tono de voz.

—Qué tal si te levantas y los invitas a comer. Así nos enteramos que relación guardan ellos dos. ¿Qué piensas? pregunto Juan, con curiosidad, más en lo que propuso que en el hecho de decirlo.

—¿Sabes? Me parece una maravillosa idea puso la servilleta que tenía sobre las piernas en la mesa, apartó la silla y se levantó □ eres un genio, amigo mío.

Alberto, se dio media vuelta. Marta, aun atenta a los movimientos bruscos del hombre en frente de ella, no se esperaba aquella sorpresa que le deparaba el destino. Justo el momento en que apartó la silla, ella levantó la mirada. En lo que este se giró, se le detuvo la respiración. Todo a su alrededor parecía estar en silencio. Tanto César como el resto de las personas desaparecieron súbitamente sin dejar rastros.

Alberto, se mostraba completamente alegre, su felicidad se palpaba. Era tan espesa que sentía el aire que respiraba más denso y pesado. Se olvidó por

completo que estaba preocupada por César, que Susana estaba esperando a su llamado y que se encontraba sentada en un restaurante a kilómetros de su trabajo.

Lo que más comenzó a sorprenderle es que él la estaba viendo. Veía directo a sus ojos. Sabía que estaba ahí, lo sabía y ¡se estaba acercado! No entendía el motivo de aquello, pero, Alberto se acercaba a ella ¡viéndola! Todo le parecía asombroso, increíble e improbable. A unos cuantos pasos de la mesa, Alberto la saludó.

—Señorita Marta, que agradable sorpresa.

En lo que escucho el nombre de Marta, César se volteó a averiguar a quien se le ocurría importunar su momento especial. En lo que pudo detallarlo, se dio cuenta que era el hombre del ascensor. La sorpresa e ira le invadieron como un torrente de pasiones. Aquel hombre le había frustrado los planes dos veces en un solo día. Esperaba que solamente se dedicara a saludar y marchase de inmediato.

—Señor Alberto. Vaya, no esperaba encontrármelo aquí dijo, Marta, mientras se levantaba de su asiento, sutilmente aturdida por la situación.

—¿Se conocen? preguntó César, girando a ver a Marta. Ya los había visto conversar, pero tenía la intención de sonar atorrante. Pensó que así haría respetar su presencia.

—Pues, a mí también me tomó por sorpresa verla, señorita, pero, más que algo malo, me ha encantado poder encontrármela. dijo Alberto, ignorando la voz de César.

—Eso lo puedo ver rezongó César.

—Y... ¿qué hace aquí? ¿si puedo saber? preguntó Marta, ignorando un poco lo obvio.

—Voy a comer con mi socio y amigo; nos estamos consintiendo. se apartó unos cuantos centímetros para dejar a la vista a Juan, quien levantó la mano para saludar.

Marta, en un reflejo controlado por los nervios, saludó como si lo conociera.

—¿Y ya se van? preguntó César, levantándose de su asiento.

—¿Irnos? No mi enano amigo repuso Alberto.

La diferencia entre Alberto y César era más que todo en estatura. Alberto, medía 1,92 mientras que César, apenas llegaba a 1,70. La diferencia de veinte centímetros se hacía notar, y, en ese momento, el gerente se sintió más pequeño.

—Estamos apenas llegando. Más bien, se me ocurrió la grandiosa idea de invitarlos a unírse nos a nuestra mesa propuso Alberto.

—Me temo que...

—¡Me parecería perfecto! Dijo Marta, interrumpiendo a César.

—Pues empecemos de una buena vez... vengan, únansenos dijo Alberto con entusiasmo.

César se mostró completamente disgustado con aquella decisión, aunque de todos modos accedió a acercarse a la mesa de los dos amigos. Por su parte, Susana, que aún se encontraba esperando el mensaje de su amiga, comenzó a impacientarse. No sabía qué estaba sucediendo. Ignoraba qué evitaba que Marta le diera la señal para interrumpir el almuerzo con César y llevársela como la gran amiga que es.

Debido a eso, decidió entrar al restaurante.

Desde la mesa de Juan, perfectamente posicionada a un extremo del local, se podía ver gran parte del restaurante, incluyendo la puerta. En ese preciso instante, su mundo se detuvo. El pronóstico de Alberto parecía haber sido cierto. Por un momento, estuvo a punto de desistir de la idea de que sí llegase a pasar, pero, sucedió. Le tomó por sorpresa.

Susana, entró, precipitada, buscando a Marta con la mirada. Estaba dentro del papel, pretendería que había surgido una emergencia y fue a su búsqueda para llevársela urgentemente. Pero, no la veía. Tanto César como Alberto, se encontraban de espaldas a la puerta, con la pelirroja delante de ellos. Pero, Juan, si la había notado.

De inmediato, por un impulso, por reflejo y por el deseo de cumplir con el trato que hizo con su amigo, se levantó, con la sorpresa tatuada en el rostro. Lo hizo de manera tan brusca, que Alberto levantó la mirada y reparó en sus ojos. De inmediato, pudo notar que algo sucedía. Su amigo, buscaba a mirar por encima de ellos, como si quisiera apartarlos para mejorar su visión.

Alberto, giró el cuello para ver en la dirección que los ojos de Juan

apuntaban. Observó cómo Susana sostenía la puerta y era atendida por un mesero (al cual ella estaba ignorando para buscar a su amiga) y por un momento lo dudó. Rápidamente regresó la mirada hacia su amigo, luego hacía Susana y se dio cuenta.

Claramente no estaba viendo al mesero, además, que, al ver el rostro de la chica, lo entendió por completo. Al parecer no era del todo imaginaria. Él también se sorprendió un poco por lo interesante que era el mundo. Casualmente, ambos se encontraron con la chica que deseaban ver. La distancia entre el restaurante y el hotel era bastante amplia como para que fuese una coincidencia tan común. Aumentó el diámetro de su sonrisa e hizo un gesto de jocosidad.

Marta, mientras recogía sus cosas para moverse cerca de la mesa de Juan y Alberto, escuchó lo que el hombre hizo, levantó la mirada y le preguntó.

—¿Qué sucede?

—Nada, que mi amigo encontró a quien estaba buscando.

Susana, enfocó a Juan, precisó que estaba viendo algo, giró hacia la dirección en la que veía y, para otra sorpresa, estaba Susana, en la puerta, buscando algo con la mirada.

—Oh, mierda. Susana. Se me había olvidado.

—¿Susana?... ¿Quién?... ¿Ella? preguntó Alberto, interesado por la información □ ¿La conoces?

—Claro, es mi mejor amiga dijo, Marta, quien levantó la mano para indicarle su posición a Susana.

—Vaya, pero que grata sorpresa. Este día se pone cada vez mejor.

Susana, advirtió la posición de Marta y pudo notar que algo no andaba como se lo esperaba. Un hombre algo alto y atractivo, estaba sonriendo a su lado viendo hacia donde se encontraba y César, estaba de espaldas como si no estuviese enterado de nada. Definitivamente las cosas no estaban sucediendo como creía.

Decidió acercarse a la mesa en donde su amiga se encontraba para enterarse de qué estaba sucediendo. Al mismo tiempo, Juan comenzó a perseguirla con la mirada, hasta que se dio cuenta que se dirigía hacia donde estaba Alberto con los demás. Tanto para él como para ella, las cosas estaban saliéndose de

control. No entendían los hechos, por lo que necesitaban una explicación.

Susana, creía que Marta necesitaba de su ayuda, que debería acudir a su socorro y sacarla como toda una heroína, mientras que, a Juan, las cosas, desde el instante en que la vio entrar, comenzaron a perder sentido. Al momento en que Susana se acercó al grupo, exteriorizó su confusión.

—¿Qué está sucediendo aquí? preguntó Susana.

César, al reconocer la voz procedió a ver a dónde provenía.

—¿Susana? ¿Qué haces aquí? inquirió César, confundido y extenuado. Ya eran suficiente la cantidad de interrupciones que tenía por el día, ahora, estaría más fuera de contexto.

—¿La conoces? preguntó Alberto □ claro que la conoces. ¡Jajá! Todos trabajan en el mismo lugar. Pero, no esperaba que el mundo fuese tan pequeño.

—¿A qué te refieres? preguntó Marta.

—Sí, a qué te refieres inquirió Susana, queriendo formar parte de la conversación.

—Vaya... dijo Alberto, al notar la forma de hablar de Susana.

En ese instante supo que aquella mujer era realmente perfecta para su amigo.

—Bueno... no es nada del otro mundo, señoritas. Es solo una expresión se excusó Alberto □ ... ¡Juan! Amigo.

Todos, dejaron de estar levantados en medio del restaurante para acercarse a la mesa en donde se encontraba Juan.

—Amigo, aquí traigo compañía para el almuerzo de hoy.

—Disculpe la molestia dijo Marta, sintiéndose parte de todo ello. A diferencia de sus otros dos amigos.

—Este, ¿qué está sucediendo? preguntó Susana.

—Bueno, señorita... le explicaré. Mi nombre es Alberto Mazzilli y este es mi amigo Juan Gálvez comenzó a explicar Alberto □ ... casualmente, mientras ordenábamos nuestro almuerzo, nos topamos con la dicha de encontrarnos con la señorita Marta García... «su amiga» expuso, haciéndole una señal a Juan □ y este otro señor llamado... volteó a ver a César

—César... Bordones. dijo, sintiéndose, por fin, parte de la conversación.

—Bueno... César Bordonos. Nos los conseguimos y, a mi amigo Juan, se le ocurrió la maravillosa idea de invitarlos a comer.

—Pero, tú dijiste que la idea fue tuya... agregó César.

—Sí, sí... yo sé lo que dije repuso Alberto.

—Está bien, creo que con eso me ubico un poco interrumpió Susana, tratando de detener la cantidad de información que recibía. Ya se encontraba lo suficientemente abrumada.

—Vale. Entonces, eso es todo.

Marta, estaba se iba a sentar a la derecha de Alberto, mientras que César estaba siendo empujado a colocarse a la izquierda del mismo. Juan, se encontraba de pie, aún, observando la escena. Su amigo, pudo notar qué estaba esperando y procedió a romper el hielo.

—Por cierto, señorita Susana. Este es mi mejor amigo, y mi socio, Juan Gálvez. dijo Alberto, invitando a Susana a que le diese la mano.

—Mucho gusto, señor... Susana García Susana, lo miró directamente a los ojos. No sabía a qué se debía esa sensación de familiaridad que experimentaba en frente suyo. Pero, definitivamente lo tendría en cuenta el resto del día.

—El gusto es mío, señorita Susana. Es un placer conocerla dijo Juan, tomándole la mano.

Por fin pudo sentir su piel y era tal cual la imaginaba. No sabía a qué se debía aquel encuentro, ni por qué se sentía atraído de esa forma por ella, pero, tuvo la impresión de que, si hacía muchas preguntas, arruinaría por completo aquella experiencia.

Susana, aún seguía medio confundida por lo raro que resultaron los hechos, pero, la presencia de Juan, le hostigaba la memoria. No recordaba haberlo visto o tenido una conversación con él antes de eso. Pero, algo le decía que ya lo conocía.

La verdad, a pesar de que, las veces que se topaban por los pasillos no lo notaba del todo, ella no caminaba todo el tiempo con la mirada puesta en sus papeles, o su móvil o el suelo. Para cruzar las esquinas del hotel, o para saber en dónde estaba, debía levantar la mirada, aunque fuese por unos segundos. En esos escasos segundos, veía, así fuese de reojo, a Juan.

Sin darse cuenta, Juan se había sugestionado en la mente de Susana por tanto tiempo, que, ahora que los estaban presentando, ella sentía que ya se habían conocido.

La primera impresión que tuvo, evidentemente la física, había sido positiva. Si bien Susana no es una mujer superficial, los ojos azules de Juan, su cabello negro y su mentón cuadrado, definitivamente cautivarían a cualquiera. Mientras se sentaba, a la vez que lograba despegar la mirada de las membranas azules, observó a Marta en búsqueda de respuesta.

Su amiga, le hizo entender con la mirada «calma» que ella «le diría después lo que sucedía».

—Bueno... por favor, todos, tomen asiento, así podemos conversar más cómodos. Dijo Alberto.

Estando todos sentados, Juan comenzó a liberar sus pensamientos.

—Y, entonces. Al. ¿No me dirás quién es la señorita de cabello rojo? preguntó

—La señorita es Marta García... espera, ambas tienen el mismo apellido. Que maravilloso. ¿Son hermanas?

—No, solamente tenemos la fortuna de llamarnos igual repuso Marta.

—Vaya... pero bueno. Juancito, ella es la señorita Marta García.

—Mucho gusto, señor Juan.

—El placer es mío.

—Y bueno, ¿a qué se debe que nos encontremos aquí? preguntó Susana.

—Que vamos a comer en grupo, señorita Susana repuso Alberto.

—Sí, pero me refiero a: bajo que contexto. Cómo se conocieron los que, al parecer, formaron este grupo.

—Bueno, señorita Susana... déjeme explicarle, yo

—Mi amigo, se encontró con la señorita Marta en el lobby del hotel en que ustedes trabajan, y luego la ayudó con un inconveniente. Desde entonces, han mantenido «contacto» por así decirlo.

—Está bien... eso tiene sentido. expuso Susana.

César, se mantenía en el grupo como si no formara parte de él. Aunque, eso no

presentaba un problema. Al ya no poder hacer nada, se mantuvo en silencio; pronto podría disfrutar a Marta a solas. Tal vez, le invitaría a salir de nuevo poniendo como excusa que esta vez terminaron frustrando su cita. Todo parecía estar bajo control todavía.

En cuanto a Marta, hacía lo posible para no descuidar su atención de Alberto ni de Susana, quien no dejaba de lanzarle miradas llenas de duda cada vez que escuchaba una cosa diferente procedente de sus labios. Ambas, terminaron comunicándose únicamente con los gestos que hacían con los parpados y sus cejas.

De a momento, se dejaba perturbar por el atractivo de Juan, quien no dejaba de parecerle cada vez más conocido. En cuanto a él, conversaba con sutileza y elegancia, siempre esperando su turno para hablar. A Susana, le apreciaba impecable su forma de ser, a diferencia de la impresión que tuvo Marta de Alberto al principio de su relación, la que concibió Susana de Juan resultaba, por lejos, muy distinta.

No perdieron mucho tiempo hablando hasta que la comida llegó. Alberto se deleitaba al escuchar hablar a Marta, con quien parecía estar acercándose cada vez más. Pero, quien se ha de mencionar a fondo es a Susana y a Juan.

Ambos, coexistían en la mesa como los extraños que eran, a pesar que para Juan no era nada rara la presencia de Susana. Estando uno al lado del otro susurrándose el contexto de los que Alberto estaba conversando con Marta y César, quien, a la larga, solo estaba intentando integrarse, aunque, a duras penas, ya que se comportaba como un hombre desesperado de atención.

—Alberto suele ser así con todo el mundo le susurro Juan a Susana.

Susana, intentaba ponerse al día. Marta y Alberto hablaban con tal naturalidad que parecían conocerse de hace meses, cosa que a ella le resultaba extraña; su amiga tenía una amistad con alguien que ella nunca había visto. No le causaba celos, o le molestaba, pero sí era algo que le hacía extrañarse.

En lo que escuchó la voz, de nuevo, de Juan, giró el rostro para darle su completa atención. Ella, no encontraba forma para evitar verlo, porque, sí, bien podría escucharlo sin quitar la mirada del resto del grupo, pero, en lo que se daba cuenta que él decía algo, su primer impulso era observar su rostro y todo lo que venía con este.

—Se hace amigos de todos, como si no fuese para nada difícil dijo Juan,

hablando en un tono de voz bajo que sólo ella pudiese escuchar, sin quitar la mirada de Alberto y con total seguridad.

—Pues, yo lo acabo de conocer... repuso Susana.

—Y, ¿le parece buena persona? inquirió Juan

—Es agradable, hasta los momentos no siento que deba rechazarlo. Y, ¿usted qué opina de él?

—Es mi mejor amigo, hemos estado juntos desde niños. Ahora, trabajamos como directores de nuestra propia firma. Le confío mi vida.

—Me parece que es una buena opinión de él... no veo motivos para pensar mal del señor Alberto... pero, ¿qué me dice de usted? preguntó Susana, queriendo saber más acerca de Juan que de Alberto.

—¿Qué hay de mí? ¿Qué quiere saber usted, señorita Susana?

—Por favor, no me diga señorita. Me hace sentir más joven de lo que soy... ya salí de una crisis de la edad media, ahora no quiero andar esperando que los demás me vean como algo que no soy.

—¿Señora? preguntó Juan, cambiando su punto de enfoque de Alberto a Susana. Agregó una pequeña sonrisa, y un gesto sarcástico, al final.

—Tampoco tanto espetó Susana □ tampoco estoy tan vieja.

—Y, ¿podría saber exactamente cuántos años tiene?

—Treinta años, señor Juan dijo Susana □ desde hace cuatro meses.

—No es para nada malo. Yo cumpliré los treinta este año... Así que nació usted en el ochenta y seis.

—Bueno, por lo menos no estoy tan mal, si usted me considera menor. Entonces puede que tenga suerte en el futuro. expuso Juan, sintiéndose más joven de lo que realmente era. La edad de Susana era un misterio.

Estuvo gran parte del tiempo que llevaba viéndola caminar por los pasillos sin poder descifrar su edad. Junto a su nombre, ya eran dos cosas que había tachado ese día de la lista.

—Pero no me dijiste que dejara de tratarte con «usted» ... ¿Por qué me tratas de esa forma entonces? inquirió Juan.

—¿Le molesta? preguntó Susana.

—No, pero, si puedo ser informal, también tú repuso Juan, con una sonrisa cautivadora.

Susana, supo apreciarla a su manera. Sus dientes perfectos se asomaban en un perfecto arco de sus labios que se esculpía como un perfecto relieve sobre su rostro que era una escultura hecha por una mano divina.

—Señor... digo... Juan, no puedo evitar sentir que te he visto en otro lado dijo Susana.

—Bueno, me hospedo en el hotel en el hotel en que trabajas, tiene sentido repuso Juan sin intención de mencionarle el motivo de su impresión.

—No, pero es algo más. Es como si lo viera todos los días insistió Susana.

Juan, se sentía incómodo al decirle que estaba todos los días de pie en medio de los pasillos del hotel para esperar a que ella pasara.

Lo más prudente sería decirle que él la había visto a ella caminar mucho por los corredores que él también frecuentaba, pero, sería extraño que un huésped se la pasara todo el tiempo deambulando por los mismos lugares que ella. Aunque, dentro de otras posibles excusas, esa era la más adecuada para decir.

Sin embargo, prefirió ir por la verdad.

—Bueno, la verdad, es que si me ha visto... o eso creo que ha hecho... comenzó a sentir un poco de nervios □ , bueno, eso pienso ahora, tomando en cuenta su «impresión» de haberme visto antes. Trabajas en el mismo hotel que la señorita Marta ¿cierto?

—Sí...

—La verdad es que yo ya te he estado viendo antes dijo Juan, un tanto preocupado por lo que podría decir Susana.

—¿A qué te refieres con eso? preguntó Susana, sintiendo que el curso de la conversación podría tornarse confuso.

Juan, respiró profundo para tomar fuerzas. ¿Sería malo decirle? Es decir, después de todo, es más o menos acosarla.

—Te la pasas gran parte del tiempo caminando por los pasillos del hotel, por la parte de las habitaciones.

—Sí... ¿cómo sabes eso? inquirió Susana, sintiendo como el comportamiento de Juan se tornaba taciturno y en conflicto consigo mismo.

—Porque, todos los días, entre las nueve y las once de la mañana, pasas en frente de mi habitación un promedio de cuatro a tres veces. Nada más en esas horas. El resto de las horas, deambulas por otros corredores en los que casualmente me encuentro también dijo Juan, sintiendo que estaba confesando un crimen.

—Entonces, me acosas dijo Susana, no tan impresionada como Juan esperaba que estuviese. Su tono de voz era particularmente natural.

—Bueno... yo no lo llamaría así trató de excusarse Juan.

Acoso era el nombre más apropiado luego de «enamorado de manera extraña». Ella no necesitaba saberlo todo, después de todo.

—Sabes cuantas veces paso por un pasillo determinado, y me has visto en diversas ocasiones, entonces, sí, más o menos es eso. explicó Susana, con mucho peso sobre su argumento.

Juan, hizo como si tuviese una idea, pero, de inmediato, perdió las ganas de hablar. En menos de unos segundos, retomó su punto y se defendió.

—Es que, no ha sido mi intención trataba de explicar Juan, perdiendo esa seguridad que portaba segundos atrás.

—¿Y cuál era tu intención? inquirió Susana, queriendo presionarlo un poco más.

—Verla repuso Juan, sintiéndose un tanto mal. Sí, cualquier cosa que dijera no sonaría mejor que «acoso» □ ... he estado todos los días a la espera en cada uno de los pasillos que pude descifrar que frecuentabas, con la intención de poder interpelarte y hablar contigo. Pero, cuando pasabas, parecía que no te dabas cuenta que estaba ahí, por lo que todo lo que lograba conquistar en mi para poder levantarme y esperar, se derrumbaba.

—¿Conquistar?

—De no involucrarte y no tener tanta importancia, habría desistido del impulso y sencillamente te habría ignorado, a pesar de que me parecieras hermosa repuso Juan así que sí. Me levantaba con la intención de hablarte, cosa que no hago mucho con las personas, así que así podría llamarlo «conquistar».

—Algo drástico... dijo Susana.

—No soy muy sociable insistió

—No parece señaló.

—Con desconocidos agregó Juan.

—¿Ahora no me desconoces? inquirió Susana, con una sonrisa en el rostro.

—Ahora me sé tu nombre, estoy a gusto con la vida, creo que ya puedo morir en paz expuso Juan con una sonrisa, sintiéndose menos presionado por Susana. Aunque, aún podía sentir un poco de presión.

—Más drástico aun insistió Susana.

—Hago lo que puedo se excusó Juan □ no todos los días puedes conocer a la persona que te cautivó con su presencia.

—Creo que podrías hacer más propuso Susana.

Las palabras halagadoras de Juan no pasaban desapercibidas, a pesar de que hacía el intento de no evidenciarse. Cada vez que decía que era hermosa, o que causaba algo en él, sentía como su piel se erizaba y se agitaba su respiración. Necesitaba más aire, aquel restaurante se hacía cada vez más pequeño alrededor de ellos dos.

Optó por calmarse un poco y prosiguió.

—Intenta, vamos le alentó □ Cuéntame. Porque quiero saber, pareces muy comprometido con eso; ¿cómo concordaste conmigo en los pasillos?

—Bueno, hace unos cuantos meses... el diez de noviembre, para ser exactos. Alquilamos una habitación, Alberto y yo.

—Ah... el día de mi cumpleaños. Está bien, prosigue.

Ya sabía otra cosa de ella. Tachado de la lista.

—Ese día, mientras abría la puerta del cuarto que me habían reservado, te vi pasar aseveró Juan □ En ese momento supe que debía conocerte.

—Y, ¿por qué no hiciste nada? inquirió Susana, dejando escapar un poco de su interés, de ese interés que nacía de la misma sensación que le hacía erizar la piel.

—He estado tres semanas viéndote pasar por diferentes pasillos ¿crees que podría detenerte, recién habiéndote visto... para hablarte?

—No veo por qué no aseguró Susana.

Juan, lo pensó por varios segundos; sí, no habría motivos para no hacerlo, pero, la verdad tampoco habría hecho mucho hablándole de inmediato, o por lo menos eso creía él.

—Pero ¿qué tal si estabas de mala ese día?

Susana, recordó que era su cumpleaños, efectivamente estaba de malas.

—Pero... yo no habría tratado mal a un huésped.

—¿Y qué querías que dijese?: discule, señorita, podría hablar conmigo. Me ha parecido usted muy atractiva.

—Si lo hubieras dicho así, tal vez no te habría ayudado mucho tu aspecto dijo un poco atacada por la idea de que eso hubiese sucedido. La forma en que lo metafórico le pareció aterradora. Para sus estándares no era precisamente normal.

—¿Qué tiene mi aspecto? interrumpió Juan, cambiando de tema.

—Nada... casi se ruboriza lo suficiente como para hacerse notar □ no cambies el tema dijo, evadiendo la pregunta □ sigue pareciendo un acoso.

Juan, comenzó a sentir que no podría ganar la batalla.

—Está bien, sí pude evitar un poco el acoso aceptó □ pero, así no hubiese dicho eso, no habría conseguido mucho. Creo que estabas de malas ese día, el aura que tenías en ese entonces era muy diferente al que has llevado estas semanas, que, por lejos, es mucho mejor.

—¿Qué? ¿Ahora eres lector de auras? bromeó Susana.

—No, solo es una expresión explicó Juan □ pero, oye, te acabo de decir que tal vez podría evitar un poco el acoso.

—¿Un poco? Juan, me estás diciendo que tuviste tres semanas... casi un mes... esperando a que pasara frente tuyo insistió y agregó sin dudar.

—Pero, oye, la verdad, no es del todo malo agregó Juan □ . Se podría decir que yo estaba saliendo de la habitación; soy un tipo ocupado, eso se entiende acotó □ Tú pasas por ahí esté yo esperándote o no, y, de eso puedo estar seguro.

—¿Puedes estar seguro? ¡Jajá! se mofó Susana, no parecía estar defendiéndose

muy bien □ Eso no te está ayudando en nada.

Juan, ya había perdido los nervios que le liaban el comportamiento. Ahora, se sentía más cómodo y tranquilo. Podía hablar en calma con Susana.

—Oye, estoy haciendo lo mejor que puedo para no parecer el malo dijo con una sonrisa en el rostro.

—Tranquilo, tranquilo le calmó Susana □ que solo estoy jodiendo contigo. La verdad, no veo para nada a mal aquello que haces. Me parece lindo, la verdad.

—Eso es raro acotó Juan, esta vez, burlándose él.

—¿Quieres que me moleste? advirtió.

—No, no me gustaría... bueno, tal vez sí, me da curiosidad, pero no quiero averiguarlo por las malas levanto un poco las manos haciendo el gesto de «stop» para que no se alarmase.

Ambos se sentían cómodos con el otro. A pesar de que bien no era muy atractivo el hecho que la estuviese viendo todos los días, no sentía que Juan fuese una persona mala, por lo contrario, su actitud le hacía sentir segura, cosa que no experimentaba con nadie más que con Marta.

—Vale dijo, fingiendo seriedad, para cambiarlo luego por una sonrisa cómplice.

—Entonces... ¿te parece agradable que estuviese esperándote todos los días? preguntó Juan, buscando una mejor opinión.

—Sí, me hace sentir importante aseveró Susana.

—Bueno, has sabido hacerte notar estos últimos días agregó Juan.

—¿Por qué? cuestionó.

—No es como que hayas estado haciendo algo en específico hizo énfasis □ solo digo que, eres increíblemente hermosa, y, el verte todos los días no me ha ayudado en nada con respecto a dejar de esperarte, o a comenzar a trabajar. De hecho, llevamos más de tres semanas sin hacer cosas del trabajo porque aumentamos nuestro hospedaje explicó Juan.

—Así que ustedes son los millonarios de la K-1206. ¡Vaya! Han pedido muchas cosas dijo, como si hubiese aclarado más de una duda.

—¿Millonarios? ¿Por qué millonarios? preguntó Juan, sintiendo que habían

invadido sus datos.

—Bueno, es una suite presidencial, piden todos los días servicio al cuarto y han aumentado el tiempo de hospedaje señaló Susana □ Es bastante costoso, y sólo los millonarios hacen eso. O ¿es que no son millonarios? inquirió, abriendo la posibilidad a otras cosas.

—Yo no diría que seamos millonarios, millonarios...

—Sí lo somos, señorita Susana, asquerosamente millonarios; en el buen sentido, no crea interrumpió Alberto.

Este, vio a Marta, tratando de evitar que de nuevo pensara que era un criminal. Ella le sonrió y negó con la cabeza demostrando que entendía su punto

—No se deje engañar por nuestros rostros angelicales Agregó Alberto.

Sin darse cuenta, ambos se adueñaron de su propia conversación de tal forma que la exteriorizaron lo suficiente como para que los demás la escuchasen. César, intentaba no prestarle atención a los demás, ya se había rendido en cuanto a hacerse notar.

Aunque, de alguna forma, Alberto buscaba integrarlo. De todos modos, hacía lo que podía para evitar sentirse excluido mientras se comía su langosta. Marta, estaba, al igual que Alberto, atenta a la conversación, sintiéndose como si estuviese escuchando un rumor entre enamorados.

—Señor Alberto, ¿desde cuándo?... intentó preguntar Susana.

—Hace poco. De hecho, solo escuchamos esa parte, la de millonarios interrumpió Alberto, de nuevo.

—Vale, entonces no hay nada de malo en eso agregó Susana, sintiendo que no profanaron de todo su plática.

—Tampoco es como que estuviesen haciendo muy privada su conversación, querida repuso Marta.

—Eso es cierto... no estaban siendo muy reservados, si lo que querían no era dejarnos escuchar Alberto, le sonrió a Juan.

Ya sabía lo que quería con Susana, que por fin hayan hablado y que ella no estuviese molesta o hubiese salido corriendo desesperada, había sido un gran avance en su relación. Juan, entendió el gesto de su amigo, al que respondió con la mirada para que no se evidenciara.

—Mar... la hora le susurró César a Marta. Quería hacerle entender que aún estaba bajo su merced si aspiraba el puesto de gerente.

Marta, subió la muñeca derecha en donde tenía su reloj. Habían estado ahí por más de una hora, su almuerzo duraba exactamente eso; iba tarde y no podía darse el lujo de retrasarse. A César no le afectaban ese tipo de cosas, tenía una hora para entrar y salir, pero, quien estaba al mando era él, nadie iba a decirle que estaba tarde. Era la viva imagen del abuso de poder.

Susan, supo a qué se refería su canijo compañero al momento en que le expresó su preocupación por la hora a Marta. Hubo días en que ella entraba después de su hora del almuerzo, pero él la dejaba pasar. Quien no supiera que este tenía una fijación por ella, era demasiado ciego o los acababa de conocer. Tal vez algún u otro factor, pero normalmente, era demasiado obvio.

Lo que le desconcertaba, era que estuvo sintiendo su perturbación desde que llegó y ellos estaban reuniéndose para cambiarse de mesa con el fin de sentarse todos juntos. Fácilmente se podía ver que algo no le gustaba y quería alejarla de ese grupo lo antes posible. Esta vez no podría ayudarla, no después de estar una hora sentada con ellos sin dirigirle la palabra.

Ya habiendo terminado de comer, todos se levantaron de sus asientos para despedirse. César se encontraba peculiarmente entusiasmado de irse. Cosa que a Susana no le pasó desapercibida. Marta no mostraba interés en lo que su jefe hacía, estaba pendiente del tema de conversación que llevaba rato teniendo con Alberto, el cual se había dispuesto llamar su atención a como diera lugar.

Juan, se mantuvo al margen con Susana, no queriendo alterar aquella agradable conversación que tuvo con ella. Deseaba poder invitarla a salir, o seguir conversando ese mismo día.

Susana se encontraba encantada por Juan, cosa que no exteriorizo con él, motivo por el cual este se mostraba aun interesado en causar una buena impresión. Esa era la idea, tampoco se la podría fácil. Luego de que todos salieron del restaurante, que Juan y Alberto invitaran el almuerzo a pesar de la insistencia de Marta en que no lo hicieran, lo que a César le pareció injusto porque pudo haber pedido más comida.

Los dos que aún estaban trabajando abordaron el coche que parecía estar dañado por afuera, para irse al hotel. Susana, tenía aun su vehículo aparcado en el estacionamiento del centro comercial de al frente al igual que los dos

amigos millonarios.

Susana y Juan se encontraban particularmente cerca el uno al otro, manteniendo el silencio, pero hablado con las miradas.

—Señorita Susana, entonces. ¿Usted para donde se dirige? preguntó Alberto, luego de despedirse amistosamente de Marta y apretarle la mano a César.

—Este... no sé, hoy tengo el día libre. La verdad no tenía nada planeado repuso Susana, sin intención de irse todavía.

—Oh, pues eso me parece estupendo, porque yo debo hacer unas cosas en el trabajo y debo llevarme el coche. empezó a excusarse Alberto.

—Ey, eso... intentó decir Juan

—Entonces no puedo ir con Juan. No me gustaría dejarlo varado en el medio de la nada...

—Estamos en el... intentó decir Susana.

—Y no creo que haya problema en que los deje a ustedes dos solos... continuó Alberto sin dejarlos hablar □ Usted, señorita Susana, parece saber en dónde estamos y mi amigo Juan está dispuesto a acompañarla. Creo que no podríamos estar más de acuerdo dijo, para finalizar con una sonrisa traviesa.

Ninguno de los dos quería contradecir aquel elaborado plan de Alberto para dejarlos solos. Ambos, entendieron sus motivos. Susana sabía que no tenía trabajo en realidad, Juan le había insinuado que llevaban semanas sin presentarse a lo que fuera que hicieran.

Juan, no pretendía tampoco desaprovechar esa oportunidad. Por ello, volteó a ver a Susana y le exteriorizó, con una mirada, si estaba de acuerdo. Esta, repuso gesticulando un sí con la cabeza, cosa que Alberto no desaprovechó para seguir hablando.

—Entonces, señorita Susana, me temo que debo retirarme. Dejé aparcado mi coche en el centro comercial de aquí en frente.

—Yo también...

—Pues que maravilloso, me temía que Juan fuese a comprar un coche para que se desplazaran por el área, pero, si usted ya tiene uno, no habría ningún problema bromeó, un poco, Juan si sería capaz de comprar un coche si fuese necesario.

—Bueno, no creo que eso sea necesario... venga, le acompañamos a su coche repuso Susana.

Juan, no mostraba ningún conflicto ni el deseo de oponerse. Las cosas estaban sucediendo de maravilla sin que él interviniese, no había motivos para echarlo todo a perder.

—Se encuentra a gusto, señorita Susana. ¿Segura que no tiene problema con cuidar a mí amigo? cuestionó Alberto antes de abordar el coche.

Era un Bentley Bentayga, de color negro. Una prueba de que tanto su ingreso de dinero como sus gustos eran de alta categoría. Susana no sabía para nada que tanto costaba, ni si era el más caro del mundo, solo sabía que se veía como algo realmente costoso, el detalle de la carrocería lo decía todo. Poco a poco iba entendiendo lo mucho que tenían.

—No se preocupe, señor Alberto. No tengo problemas con eso.

—Vale... entonces, chao dijo, sin oponerse demasiado.

Juan y Susana se quedaron viendo como Alberto se perdía entre los pasillos del estacionamiento. Susana se había quedado en el primer piso, por lo que debían bajar de nuevo para abordar el coche de ella.

—Y bueno, Juan... no terminó de contarme acerca de usted.

—¿Quiere que continúe ahora?

—Bueno, ¿tiene algo mejor que hacer?

—¿A parte de estar con usted? No.

—Entonces, puede continuar.

—Empezar, en dado caso.

—Sí, no termino diciéndome nada de todos modos.

Juan y Susana comenzaron a bajar por un costado del camino que recorren los vehículos. Querían alargar más aquella ocasión.

—Bueno, tanto Al como yo estamos en el grupo de magnates millonarios debido a nuestro triunfo en el mundo del automovilismo. Poseemos una firma de coches de lujo que nos da bastante fruto. comenzó Juan.

—Suena interesante dijo Susana.

—Lo es, pero vivimos en un mundo en el que no nos podemos quedar mucho tiempo en un solo lugar.

—No veo por qué si no necesitas estar viajando para trabajar con coches.

—En efecto, pero gracias a nuestra búsqueda insaciable de ofertas, de contratos y tratos, nos convertimos en grandes negociantes y magnates.

—A parte, te has quedado más tiempo del que tenías planeado aquí en el hotel, así que eso no es necesariamente absoluto.

—Bueno, bueno. ¿No te quedarás con esa? rebatió Juan

—Pero es que... si no veo que sea necesario, no veo por qué deberías hacerlo. Creo que tienes otros motivos para no andar en un solo lugar aseguró Susana, confiada de su punto de vista.

Ambos, caminaban con una lentitud relevante, pudieron haber llegado rápidamente al primer piso, incluso por el camino largo, pero, se las arreglaron para ir con mucha calma.

—¿Cómo cuál? ¿Alguna idea? sondeó Juan

—No sé, como que no te gusta estar estancado, o no te gusta estar en una prisión. Tal vez ames mucho viajar o estar afuera de tu hogar objetó indecisa.

—Bueno, la verdad soy más de los que se recogen para estar tranquilos aseveró Juan.

—Entonces, ¿por qué sales tanto de viaje? le preguntó Susana, con mucha seguridad en su lógica.

—Este... intentó responder.

—Puedes decirme, estamos en confianza aseguró Susana.

—Vale, está bien... se animó a responder □ la verdad, no hago mucho estando sentado en un solo lugar, aunque me agrada siempre estar en mi zona de confort.

—¿Eso no es malo? inquirió, Susana.

—¿Qué? ¿Preferir mi zona de confort? repuso.

—Si, o sea, eso pienso yo. Deberías estar siempre buscando algo que te lleve más lejos. Yendo siempre por lo seguro podría no dar los mejores resultados se explicó Susana.

—Me ha ido bien, gracias a eso he podía hacer que tanto Al como yo estemos en buen camino repuso Juan.

—Puede ser, pero, y si necesitas tomar una decisión difícil ¿te saldrías de tu zona de confort? le formuló con certeza.

—No sé ¿Qué harías tú?

—Bueno, tampoco es que sea muy valiente aseveró Susana.

—¿A qué te refieres? preguntó Juan.

—Pues, no estoy acostumbrada a que muchas cosas me salgan bien. Estoy acostumbrada es a prepararme a que llegue la inminente adversidad

—¿No te preparas teniendo en cuenta que puedes evitarla? inquirió Juan. Susana no se veía como una mujer que dudase mucho de sí misma, pero, eso era algo que él no sabía.

—No, solo a prepararme a vivirla. Es como cuando haces tu casa a prueba de tornados. No estás evadiendo el problema, lo estas abrazando. dijo Susana, sin querer mostrarse muy frágil. Juan, como es de esperarse, no sabía que tan frágil podría llegar a ser ella.

—Es una práctica bastante confusa dijo Juan.

—Me ha servido hasta ahora.

—¿Qué has logrado?

—Un poco de éxito.

—¿Con eso te conformas?

—No, pero obtendré más, poco a poco. Estoy segura. dijo, mejorando su aptitud. Estuvo a punto de abrirse de más con Juan.

—Preparándote para lo peor.

—No, abrazando la idea de que llegara y no dejando que me derrumbe corrigió Susana.

Cuando llegaron al coche de Susana, lo abordaron, sin saber exactamente a donde iría. Estaba dispuestos a pasar el resto del día juntos ¿qué otras cosas podrían hacer? No era precisamente una cita, estaban juntos por consecuencias del destino. A ella no le parecía nada mal la idea de compartir su tiempo con él. Juan, disfrutaba cada segundo como si fuese el último. Estuvo mucho

tiempo queriendo que algo así sucediera.

Ya habiendo salido del estacionamiento y pasando el primer semáforo que estaba cerca de este, Susana rompió el hielo.

—Y entonces, dime. ¿Tu impresión de mí no ha cambiado ahora que me conoces? dijo Susana, volteando ver a Juan, quien se encontraba en el puesto del copiloto.

—Bueno, tampoco es que te conozca del todo. Repuso Juan, haciendo lo mismo para verla directamente a los ojos.

—Sí, yo sé, pero me refiero si lo que has visto de mí hasta ahora ha cambiado alguna concepción que te hayas hecho de mí con todos esos días viéndome.

—Bueno, la verdad. No. Solamente la has mejorado

Susana sintió de nuevo un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, el mismo que estaba sacudiéndola en el restaurante haciendo que su piel se erizase.

—Y, ¿cuál era entonces esa concepción que tenías de mí? reformuló mejor su pregunta. Estaba siendo atacada por las palabras de Juan. Torpedo tras torpedo iban debilitando sus sensibles muros, los cuales no estaban preparados para lo que podría suceder si llegaba a derrumbarlos.

Pero, las preguntas que estaba haciéndole tampoco le ayudaban mucho a ella. La verdad, estaba manejando por mero instinto. Su atención estaba completamente puesta sobre lo que decía Juan.

—Algo sencillo, nada del otro mundo...

—Ah... repuso Susana, adelantándose a los hechos.

—No a comparación continuó Juan.

—¿A comparación de qué?

—De ti Susana dejó su mirada puesta en los ojos de Juan, quien no tuvo mucho problema en decirle lo que pensaba de ella.

«Todo esto parece un sueño, si lo gozan con prudencia» escuchó Susana en su cabeza, recordando la voz de su madre que rebotaba en su memoria como si fuera totalmente adecuado al momento. Juan no dejaba pasar ninguna oportunidad para decirle lo que pensaba de ella, cosas que eran totalmente profundas para el momento. No le estaba diciendo: «eres agradable», o: «me caes bien». No dejaba de decirle lo atractiva que era. Lo que faltaba era que

le dijese que le gustaba.

—Que eres particularmente atractiva. En un principio eso era lo que más me gustaba de ti, claro. No sabía más nada, era a lo que podía aferrarme. continuó Juan.

Susana no dejaba de mirarle a los ojos. Difícilmente podía hacerlo. Pero, en ese momento, pisó el freno del coche como si quisiera detenerse de repente. La fuerza que los impulsó hacía adelante la aturdió por unos segundos.

—¿Estás bien? preguntó Juan, preocupado por Susana.

—Sí, estoy bien repuso Susana, llevándose la mano a la cabeza y acomodándose el cabello.

Atrás de ellos, los conductores que tomaron por sorpresa aquel impulso de Susana, empezaron a apretar la bocina de sus coches para demostrar su indignación. Ella no retomó el paso, por lo que la ira de los demás iba aumentando.

Luego de unos segundos deteniendo el tráfico, porque un cambio tan abrupto genera una cólera intensa e increíblemente contagiosa, hizo que comenzaran a desviarse del camino para pasar a un lado de ella e insultarla.

—¿Por qué hiciste eso? preguntó Juan, luego de comprobar que estaba bien, para evitar ser muy brusco con una persona herida.

—Es que... fue un reflejo.

—¿A qué?

—A nada dijo, recuperando la compostura □ ¿Estás bien?

—Sí, no me pasó nada. Pero bueno se volteó sobre el asiento para ver hacia atrás y a los lados. Los demás conductores pasaban llenos de ira al verlos parado en el medio de la calle □ creo que deberíamos movernos, antes de que nos multen o nos atropellen los conductores molestos.

—Sí, es verdad Susana arrancó el vehículo y comenzaron a moverse rápidamente para huir de la escena.

—Eso fue inesperado Dijo Juan, luego de soltar una sutil carcajada □ pero no vuelvas a hacerlo. Me diste un susto.

—Está bien... no te preocupes, fue un accidente.

—Tranquila, no hay problema.

Ambos estaban tensos, de no ser por el frenazo que el impulso de Susana le obligó a efectuar, no habrían cambiado de tema. Pero, ella quería saber más al respecto y él quería seguir hablando de ello.

—¿Estaría bien que siguiéramos hablando al respecto?

—¿Al respecto de qué?

—De lo que llevábamos hablando dijo Juan.

Susana, sintió como una secuela del escalofrío que llevaba experimentando desde el restaurante le hacía tensarse un poco más de lo que ya estaba.

Era por la mención del tema, La concepción del hecho de que entre ellos dos hubiese una especie de conexión. Todo eso ocupaba mucho de su concentración, cosa que creaba en ella un conflicto mayor al que realmente era. Presume que es algo que podría ocasionarle muchos problemas.

No quería nada con Juan, no de ese modo, no apresuradamente. Con facilidad podía ver que algo estaba sucediendo, no era tonta. Lo que quería, más que todo, era poder conocerlo mejor, saber más de él; había algo que le interesaba, pero las últimas dos conversaciones que tuvieron no resultaban en más que en un oleaje de sensaciones que prefería condenar.

—Creo que no sé si deberíamos seguir hablando de eso.

—¿Por qué?

—Pues porque, no sé...

—Pero solo estaba diciendo la impresión que tuve de ti.

—Y creo que eso ya se está volviendo comprometedor.

—¿Qué lo hace comprometedor?

—No sé...

—Está bien, entonces... Cambiemos de tema

—Sí, mejor cambiamos de tema dijo Susana, viendo una ruta de escape en esa propuesta.

Susana, estaba comenzando a ver las complicaciones de todo ello. Al principio, aceptó por mera curiosidad, por otro impulso con respecto al estar

con él el resto del día (comenzaba a sentirse diferente, la impulsividad no era lo suyo) pero, una vez supo lo que eso podría significar para ambos, comenzó a sentir un miedo irracional.

—Si quieres no hablamos más del tema por lo que queda del día dijo Juan. Estaba seguro y dispuesto a hacer lo mejor para

—Está bien, pero... no creas que prefiero evitarlo «por ahora» porque sea algo malo insinuó Susana. No quería que todo eso se acabara. A penas lo estaba conociendo, técnicamente era primera vez que lo veía. Si lo veía todo bien, la cosa estaba sucediendo demasiado rápido.

Mantuvieron el silencio por varios minutos, mientras se encontraban encerrados en un embotellamiento de hora pico. Aún no tenían idea de lo que querían hacer, su conversación tuvo un cambio drástico.

—Y bien dijo Juan luego de que el ambiente se calmó un poco □ ¿tiene idea de qué podremos hacer el día de hoy? Alberto, se llevó mi llave del cuarto y el coche, además que dudo que esté en el hotel.

—Ni idea. ¿Qué quieres hacer tú?

—¿Te gusta el cine? inquirió, quitando la mirada del camino para verla.

—¿El cine? Sí, soy un tanto entusiasta a ello repuso Susana viendo rápidamente a Juan para luego continuar mirando al camino.

—Entonces, vamos al cine. Yo invito.

A mitad del camino, Susana renovó sus ganas de hablar, dejó de lado las cosas que estaban perturbándola con la sutil habilidad que tiene para sufrir los males por un instante y luego asimilarlos con mucho valor. En ese momento, estaba asimilando eso que estaba atañéndole. Juan, sentía que algo pasaba. Ella resultaba ser muy expresiva. Pudo comprender muchas cosas diferentes de ella con tan solo verla. Sabía que algo sucedía.

Poco a poco, día a día, con la montaña rusa de emociones que resultaba ser Susana, Juan pudo comprender cómo se comportaba cuando algo le afectaba. En ese instante, supo que sus palabras directas estaban haciéndola sentir incomoda ¿a quién no? Era su culpa, no suele filtrar lo que piensa; el problema que siempre se hacía notar con todas sus relaciones serias. A veces funcionaba, como otras veces no.

Pero, el día estuvo lo suficientemente aceptable para ambos como para querer

seguir probando de aquel manjar (prohibido para Susana y lejano para Juan).

Fueron al cine y pasaron el resto de la tarde juntos. Tanto Juan como Susana comenzaron a sentirse aún más cómodos el uno con el otro. Para él, esa nueva sensación que se evidenciaba en el comportamiento de los dos era una buena señal, para ella, era algo diferente.

No estaba acostumbrada a estar en esa posición con los hombres. Ya se había resignado a pasar el resto de sus días con Marta; que le cambiasen los planes le molestaba. No sabía cómo podría resultar todo, pero, definitivamente no sería nada sencillo.

Susana llevó a Juan hasta el hotel luego de que disfrutaron de su tiempo libre. Él sentía que había descartado la mayoría de las cosas que llevaba anotadas en la lista mental que había hecho de ella.

—Bueno, eso fue divertido dijo Juan, antes de bajarse del coche.

—Lo supe disfrutar. Fue bastante agradable. le dijo Susana, cohibida por lo que podría pasar.

No importaba si había cosas que podrían suceder, lo que importaba era que, si algo sucedería, sería malo; en lo que a ella concernía.

—¿Segura? preguntó Juan, sintiendo que ella le ocultaba algo. Creía que probablemente no le hubiese gustado, o que le estuviese dando una mala impresión de sí mismo □ ¿realmente te parece bien?

—Sí, vale. Claro que me parece bien, fue divertido ¿O no? repuso Susana.

—Para mí lo fue. No me quejo.

—Ni yo.

—Entonces ¿estamos bien?

—¿Con qué?

—No sé, como en un momento determinado del día te encontrabas taciturna. Pensé que, tal vez, hice algo malo y no te agradó trato de explicar Juan, sintiéndose culpable por algo que realmente no había hecho.

—No, no... yo... no es por tú culpa, es que... Susana intentó hacer las paces, de seguro Juan haya notado su comportamiento errático, en cuanto a sus sentimientos. Lo menos que quería era hacer que él se alejara por su cuenta, tal vez, podría funcionar. Sólo tal vez.

—¿Sucedo algo malo?

—No. ¿Sabes? Mejor dejamos esto por un tiempo. Realmente me pareces una persona interesante, y me gustaría conocerte mejor dijo Susana, hablando con la parte de su personalidad que resulta coherente en situaciones de riesgo. □ pero no ahora, mejor esperemos un tiempo.

—Está bien. Entonces, mientras tanto, mantenemos contacto o...

—Es mejor esperar. Tal vez, puede que regreses a este hotel y podamos cenar. ¿Quién sabe? le sonrió Susana, con un gesto honesto que pudo sacar a relucir por encima de su angustia habitual.

Para Susana las cosas estaban resultando de una forma diferente. Hace menos de cuatro meses estaba lamentándose por haber cumplido los treinta años de edad y todavía estar sola. Las relaciones amorosas no habían sido una prioridad para ella desde hace una década, ya era una mujer adulta lo suficientemente preparada para el futuro como para estar pendiente de cosas superfluas como lo son los hombres.

No quería estar sola, eso era obvio, Juan supo dar en el lugar exacto de su atención para hacerse notar, una cosa que estuvo atormentándola por muchos días.

Intentando cambiar

Tres meses después de su última conversación, Susana y Juan seguían al tanto el uno del otro. Por lo menos de forma subjetiva. Ninguno de los dos volvió a verse, no desde aquel jueves del mes de febrero.

Para ella, aquella experiencia no resulto ser tan mala, no como la experimentó en aquel entonces, en donde la simple concepción de que él se sintiese atraído por ella, que, era evidente ¡Nadie ve a otro por tres semanas simplemente porque sí! Le hacía sentirse peor, o tal vez, solo era lo que le confundía más.

Ambos se encontraban repitiendo aquel día como si no hubiesen vivido más en sus vidas. Querían mejorar las cosas que salieron mal, los comentarios que pudieron evitar. Repetir las miradas, las sonrisas, los saludos y las despedidas.

Las cosas habían resultado más o menos bien para ambos, tal vez mejor de lo que creían, pero, de alguna forma u otra, ese día seguía repitiéndose en sus memorias como si no hubiera más nada en lo que fijarse.

Juan, tenía la intención de verla la cantidad de veces que fuese necesario. Alberto, no dejaba de hablar con él acerca de las cosas que hacía o dejaba de hacer con Marta. Conversaban constantemente por mensajes de teléfono, llamadas, encuentros ocasionales cuando visitaban la ciudad en la que iban y con cualquier forma de comunicación.

Parecían amigos de toda la vida. Tanto Juan como Susana vivían aquella experiencia con incertidumbre. Para él, el no poder hablar con Susana de la misma forma que su amigo lo hacía con Marta; de sentir que lo que fuese a decirle le incomodaría, le era insoportable. Para sus adentros, comentaba que quería esa habilidad de la que gozaba su socio para ser sociable sin querer hacerlo: con honestidad.

Juan, era tan bueno como Alberto con las palabras, pero, no en ocasiones como estas.

—No puedo estar más feliz porque creo que no es posible le comentó Alberto

luego de colgar el teléfono.

—¿Por fin terminaste de hablar?

—A duras penas, al parecer en España es de noche a estas horas, son como las doce y algo allá, así que le dije que yo tenía que dormir.

—Duermes muy temprano, y los sabes.

—Ella también, así que no importa.

—Hablan como si fuesen adolescentes dijo Alberto, sin quitar la mirada del computador y queriendo poder hablar así con Susana.

—Tal vez, amigo mío. Solo quiero vivir el momento, y si puedo vivirlo con ella, mucho mejor dijo Alberto, feliz, quitándose la camisa y lanzándose sobre la cama.

Respiró profundo, lleno de entusiasmo y dicha.

—Y ¿no has sabido nada de Susana? ¿No te ha dicho nada de ella? inquirió Juan, tratando de no parecer muy desesperado con su pregunta. Tratando.

—¿Quién? ¿Marta? No sé... no hemos hablado mucho acerca de ella le mintió Alberto □ es decir, ¿me has escuchado hablar con ella al respecto?

—No...

—¡Exacto! Amigo mío. No. Y debes confiar en mi dijo Alberto, sin querer decirle lo que realmente comentaba con Marta.

Según le había dicho Marta, Susana se encontraba ensimismada en su trabajo de la misma forma en que se refugia en él cuando algo le atormenta. Le había dicho que eso suele pasar constantemente, pero, que esta vez, el problema parecía estar durándole más.

Ninguno de los dos sabía a qué se debía aquel comportamiento errante, pero, luego de conversarlo profundamente, concluyeron que era por culpa de sus respectivos amigos.

—¿Crees que ella pregunte por mí? O ¿crees que ya se haya olvidado?

—¿La señorita Susana? preguntó Alberto sentándose al borde de la cama para ver mejor a Juan □ no te sabría decir, amigo mío. Creo que mejor dejas pasar esto, si no pretendes volver a verla.

—Es que quiero volver a verla.

—Han pasado tres meses, Juan, estás perdiendo mucho tiempo.

—Lo sé, pero, creo que no me quiere ver. Es decir, cuando me despedí de ella aquella vez, se sentía perturbada. Me dijo que podíamos salir luego, en el futuro. Pero no sé qué tan lejano es eso dijo, quitándose los lentes para leer y viendo con penuria a Alberto.

—Oye, oye. No te preocupes. No me gusta verte así, Juancito Dijo Alberto, queriéndole poder decir lo poco que sabía de Susana □ Mira... por qué no planeamos algunas cosas, nos vamos a dar unas vueltas y luego nos ponemos de acuerdo para ir al hotel y pasar un rato allá, sin trabajo ni nada por el estilo.

—¿Con qué fin?

—¿Cómo qué con qué fin! ¿Eres retrasado? exclamó indignado □ Para ver a la señorita Susana, Juan. ¿O es que no quieres? le preguntó, viéndolo con insistencia.

—Sí... pero.

—Pero nada, no seas estúpido y di que sí.

—Vale, sí.

—Bueno, amigo mío, entonces pronto iremos para allá aseveró Alberto, como si estuviese celebrando.

—¿Cuándo?

—Ya sabrás... tal vez pronto, tal vez no. Solo se paciente dijo, recostándose de nuevo en la espalda con un sonrisa traviesa en el rostro.

Quería mantener el suspenso. Tanto Marta como él, pensaban en hacer que ellos dos se sintieran mejor.

En cuanto a Susana, no comprendía por qué Juan sentiría esa necesidad que le impulsaba a verla todos los días.

—¿De qué hablaron esta vez? le preguntó Susana a Marta, llegando al cuarto con un bol de palomitas de maíz.

—Nada del otro mundo. Me comentó que pronto será su cumpleaños, que están en Suramérica trabajando...

—Están... dijo Susana, con un tono apagado y lanzándose sobre la cama para

sentarse, haciendo énfasis en el conflicto que sentía por la sutil mención de la existencia de Juan.

—Sí «están» enfatizó Marta □ él y Juan. Siempre están juntos, la verdad. Rara es la vez que podemos hablar a solas dijo cambiando de posición.

Se encontraba sentada sobre la cama recostada del cabezal de la misma con el teléfono incrustado al oído luego de una hora y media hablando con Alberto. Luego de que entró Susana, se acomodó para acostarse boca abajo y sostenerse con los hombros, cogió unas palomitas del bol que tenía Susana en las piernas y continuó hablando.

—Siempre están juntos, pues. A eso me refiero.

—Y, ¿Juan no dijo nada sobre mí? ¿Alberto no te mencionó algo en particular?

—¿Sobre ti? No creo. Más bien pienso que no hablan de eso, querida. Seguro Juan no le dice nada a Alberto. Mira que él me dice que Juancito es realmente recatado con sus cosas. No le cuenta nada a nadie. le mintió.

Se encontraba en la misma posición que Alberto. Ambos, desconocían aquellos hechos acerca de sus amigos, pero, pudieron asumir, indagando apropiadamente y prestando un poco de atención, que algo sucedía.

Juntos, comenzaron a participar en un plan para entender mejor el comportamiento de ellos dos, cosa que, sin darse cuenta, también los estaba acercándolos más y más.

Partiendo de eso, Marta le hizo saber la forma en que ella y Alberto se comenzaron a tratar, cómo resultaron las cosas. A Susana, no le parecía mal que fueran amigos, incluso, que fuesen novios, le daba igual, porque ella no la estaba obligando a compartir la soledad. Pero, de no ser por esta, no habría podido conocer a Juan.

Susana, conseguía más adorable de lo normal aquel nombre. Después de todo, las cosas que involucraban a Juan, le parecían estupendas.

—¿Juancito? inquirió, riéndose mientras se llevaba una palomita a la boca.

—Sí... así le dice Alberto. Siempre se refiere a él con ese apodo. Creo que me lo ha contagiado.

—Ya veo. Sí, ahora se me es difícil ver a Juancito como el señor Juan le dijo Marta, pensando en la posibilidad de relacionarse con él formalmente.

—Ahora, yo tampoco... y, dime. ¿Exactamente qué es eso que tienes tú con Alberto?

—¿Yo... con Alberto? A que te refieres inquirió con travesura.

—No te hagas la loca, sabes a qué me refiero. Han estado muy amistosos últimamente, incluso hasta salen.

—¿Y? Eso lo hacen todos los amigos.

—Mar, Alberto vuela cientos o miles de kilómetros nada más para ir al cine contigo. ¿Crees que eso es algo que un amigo normal haría?

—Bueno, es que... ¿sabes qué? No sé. No tengo idea ¿Feliz?

La verdad, estaba completamente encantada con Alberto. Parecía que ambos se complementaban y, a pesar de que Marta se las arreglaba para dejar en claro que no podría pasar más nada, quería estar más cerca de él.

Susana creía que encontraría un poco de claridad en la opinión de su amiga, pero esta vez, parecía estar tan confundida (cuidado sino más) que ella. La impresión que eso le causaba no era muy agradable.

—No, no resuelve nada... además, sólo pregunto ¿tienes pensado tener algo con él?

—¿Qué! exclamo escandalizada □ ¿Yo, saliendo con alguien? No, querida. Eso significa dejar mi trabajo de lado y no. No pienso hacerlo.

—Podrías tener una relación sin involucrar al trabajo...

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

—Eso es diferente... yo, yo soy diferente, esto es muy diferente insistió Susana.

Pero, realmente no lo era. Esta vez era distinto, pero no de la forma que ella creía. Ella no encontraba respuesta alguna en sus meditaciones, ni en la planificación en contra de los eventos catastróficos. Juan, había movido su mundo de tal forma, que, de algún modo u otro, consiguió que ella se aferrara a cosas que no podía controlar.

El día que se conocieron formalmente, dejó impreso en ella algo que no podía borrar. En ese entonces, las cosas le eran indiferentes; se acababan de conocer ¿Qué importaba si le parecía apuesto? Pero, los días pasaron y seguía pensando lo mismo. Semanas, meses... cuando se sorprendió pensando en él

mientras se cepillaba los dientes, de manera natural y cotidiana, entendió que algo sucedía.

—No eres diferente, mi vida, solo estás loca dijo Marta, tomando el control remoto del televisor para colocar el programa que habían grabado.

—No estoy loca se defendió Susana.

—Lo que tú digas, mi bella loquita repuso Marta, sin despegar la mirada del televisor, como si Susana no estuviese ahí en persona.

Marta pudo evadir la pregunta de Susana acerca de lo que sentía por Alberto. Definitivamente sentía algo por él. Desde que lo conoció, se quedó grabado en su memoria y, sin ánimos de sacarlo, comenzó a acostumbrarse a su presencia.

En menos de un año, ya estaba platicando con él de cosas que solamente conversaría con su mejor amiga. Este, tenía una peculiar habilidad para hablar con las personas, cosa que, tan solo usaba con ella a la perfección.

Alberto, al igual que Juan, padecía del mismo mal. Eran realmente buenos en lo que hacían, trataban a las personas con seguridad, siempre dando la mejor impresión de sí mismos, o incluso, la que ellos quisieran que los demás tuvieran como tal.

Cuando querían algo, lo obtenían a como diera costa, pero, en cuestión de cosas así, se quedaban fríos. En este caso, lo que motivó a Alberto a ser diferente, fue aquella vez que le sonrió a Marta. Desde entonces, siente que puede ser él mismo cuando está cerca de ella, algo que tan sólo sentía con su mejor amigo.

Juan, cerró la computadora luego de que Alberto dejó de hablar. Su intención era dejar de ocupar su concentración en cosas que no tuviesen que ver con Susana. Se levantó, caminó hasta la ventana del cuarto para apreciar la ciudad a través de esta y comenzó a enfocarse únicamente en la señorita que había visto pasar en el pasillo hace seis meses atrás.

Nada más tenía mayor importancia. El resto de las cosas que enfocaba con la mirada, solo era un punto vacío en el que posaba su mirada para perderse de nuevo en el reencuentro que deseaba tener con Susana.

Se lamentaba no haber dicho las cosas mejor, no haberse propuesto a ser menos impertinente, pero, resentía aquel pensamiento dándose cuenta de que no era más que un cliché, el querer poder cambiar el pasado, cosa que no

podría manipular, aunque lo deseara muy fuerte; no importaba qué, el universo no era una entidad sabia que controlaría su entorno para que él fuese feliz solamente si lo quería con muchas ganas.

Alberto, ya había conciliado el sueño, sus ronquidos retumbaban por la habitación como si estuviesen en una cueva vacía. Juan no se había decidido aún si tenía sueño o esperaba que todo se resolviera mágicamente a su alrededor, para que él no tuviese la necesidad de pensar nada de lo que debía hacer.

A la mañana siguiente, luego de conciliar el sueño a duras penas, se despertó con la misma intensidad en sus ánimos con la que se acostó.

Alberto continuaba dormido, la hora local marcaba las seis de la mañana, lo que significaba que en España eran a penas las once y media de la mañana. No sabía el motivo del por qué sacó esa cuenta, ni qué tenía que ver con él. No había motivos para estar pensando en la diferencia horaria, ni mucho menos tomarla como algo importante.

Pero, en el cabo de unos segundos, el teléfono de la habitación sonó. Se levantó a regañadientes y cogió la bocina para atender.

—¿Aló? Buenos días, ¿Quién habla? preguntó Juan, sin estar más despierto de lo normal.

—¿Juan? preguntó una voz femenina al otro lado de la línea que Juan no pudo identificar.

—Sí, él al habla ¿Quién desea saberlo? preguntó, dejando escapar un bostezo.

La persona se mantuvo en silencio. Juan, pensó por unos segundos que se había quedado dormido mientras hablaba por teléfono y que le habían colgado. Recordaba haberse acostado realmente tarde, por lo que no era raro que estuviese medio dormido todavía.

—¿Aló? ¿Hay alguien ahí? preguntó.

—Juan, soy yo, Susana dijo la voz femenina al otro lado de la línea.

Juan, contuvo la respiración, el sueño se le escapó de las manos, las ganas de volver a acostarse se hicieron insignificantes y todo lo que le preocupaba resultaba ser un chiste en presencia de la voz de Susana. No sabía cómo proceder, qué decir, cómo hacerlo. Se quedó mudo, y esta vez, fue Susana quien pensó que no había nadie del otro lado de la línea.

—¿Juan? ¿Estás ahí?... preguntó □ Se fue, seguro me colgó. Sabía que no debía llamarlo dijo Susana para sí misma, despegando el auricular de su oreja. Juan, escuchó aquello y entendió que iba a colgar, por lo que reaccionó con rapidez.

—¡Susana, espera! sigo aquí exclamó Juan para detenerla.

Susana, escuchó el murmullo de su voz saliendo del teléfono, lo que le impulsó a alejar el dedo del botón de colgar y puso de nuevo en su oreja, llena de entusiasmo por saber que él aún no se había ido.

—Juan, estás ahí dijo con una sonrisa.

—Sí, sí. Susan, soy yo... dijo Juan, totalmente lucido y sin el rastro del cansancio en la voz □ ¡vaya! Que grata sorpresa escucharte.

—Sí, lo mismo digo. Estuve mucho tiempo esperando por hacerlo...

—Y, ¿eso qué llamaste para aquí? ¿Cómo conseguiste el número de cuarto y el de teléfono?

—Lo busqué en el móvil de Marta, luego, solo marqué.

—Vaya, no sabía que pasaban llamadas a estas horas de la madrugada.

—Bueno, aquí apenas son las...

—Las once y media, sí. Yo sé, las once y media de la mañana.

—Sí, eso mismo, creí que estarían despiertos.

—No, apenas son las seis de la mañana, más bien, me desperté de repente, de no ser por eso, no habría atendido nadie dijo Juan, manteniendo un tono de voz amable, invitándole a continuar la conversación, cosa que ella rechazó.

—Ah...

Se mantuvieron en silencio por varios segundos. Juan, perdió por completo la sensación de naturalidad con la que le había hablado a Susana. Esta, se mantuvo renuente a decir algo; solo quería escucharlo, ya lo ha logrado, ahora, no sabía que más hacer.

—Y... ¿cómo te encuentras? preguntó Juan, queriendo romper el silencio de alguna u otra forma.

—Bien, supongo. No me quejo repuso Susana, tomando partido en la

conversación.

—¿Cómo te está yendo? ¿Estás comiendo bien? los nervios le jugaron una mala pasada. «comiendo bien», no sabía ni por qué había dicho eso.

—Este, sí, estoy comiendo bien la pregunta le pareció fuera de contexto, pero, a pesar de ello, le gustó que se preocupara por cosas como esas □ Gracias por preguntar.

—No hay cuidado. Y, entonces ¿te está yendo bien? ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—De maravilla, o eso creo... no, sí, me va bien.

—¿Sigues deambulando por los pasillos?

—Sí, y creo que me haces falta, cada que cruzo una esquina, levanto la mirada para ver si estás ahí parado, esperándome. Siento que, de hacerlo antes, habríamos tenido un encuentro diferente. Tal vez lo que siento es porque quiero tener una mejor conversación contigo, en donde no me comporte como una niña.

A Juan, le conmovieron esas palabras. Susana no parecía de esas chicas que exterioriza lo que piensa, por lo que, la forma en que lo había expresado, le dejó la impresión de que estaba haciendo un gran esfuerzo para decírselo, e incluso, para llamarlo. Susana no sabía qué más decir, había reunido una gran cantidad de valor para poder marcar el número, gastar créditos en una llamada a larga distancia y esperar que él atendiera.

No había razón para hacerlo. Desde que Marta se había quedado dormida, ella se mantuvo en vela pensando en sí debería dar el paso para comunicarse con él, ya que, después de todo, quien quiso que no se contactaran después de aquel jueves de marzo, fue ella. Sintió que se lo debía, que era su responsabilidad llamarlo primero.

—¿Por qué no me llamaste antes? preguntó Susana, dejando escapar lo que no quería decir.

—Porque Alberto era quien tenía el número de Marta y aquí no da la opción de redial ni tenemos identificador de llamadas.

—¿Entonces?

—Aparte, Al, no quería darme el número de teléfono. Está renuente a hacerlo.

—Sí, al igual que Marta, tuve que esperar a que se durmiera para que... espera ¿tú crees qué...? dudó Susana. No tardó mucho en sospechar que su amiga y Alberto estaban tramando algo.

—¿...que ellos estén poniéndose de acuerdo para hacer esas cosas? continuó Juan.

—Yo sé que Marta es capaz de hacer esas cosas ¿y tú?

—Bueno, Alberto suele ser un poco entrometido. Así que, sí, es lo más probable aseveró Juan.

—Y ¿para qué crees que hayan hecho eso?

—No tengo idea, solo sé que no sé nada.

—¿A qué viene eso?

—Nada, solo quería decirlo... Y... ¿Por qué decidiste llamarme, si, de todos modos, solo nos vimos una sola vez?

—Tú no me viste una sola vez.

—Sí, pero es distinto, porque yo no te he confesado que te extraño, no todavía... bueno, ya lo hice, pero lo que quiero decir es que, lo importante es que nos volvamos a ver, después de todo, ganas no nos faltan.

—Es una forma de verlo...

—Es la mejor forma de verlo.

—Pero estas por allá en América. ¿Cuándo crees que podamos hablar?

—¿Quieres intentarlo? ¿Intentar salir conmigo?

—Tampoco es que me resulte muy difícil excusó Susana, pensando que bien podría significar eso, que la verdad le costaría citarse con Juan y disfrutar de la ocasión.

—En ese caso, haré lo posible para estar allá cuanto antes. ¿Tienes móvil?

—Sí

—Anota mi número y escíbeme por WhatsApp, así será mejor comunicarnos...

Juan, escuchó una mueca proveniente de Susana. No sabía a qué se debía, pero le pareció que podría significar que estaba en contra de aquella idea. Supuso

que realmente no quería salir con él y lo que estaba intentando hacer, era luchar contra sus propios principios.

Susana, estaba intentando hacer la mayor cantidad de ruido posible. El sueño ligero de Marta presentaba un problema a la hora de intentar hacer cosas a escondidas. En ese instante, en el que su amiga emitió aquel sonido, pensó que pudo haber llamado a Juan desde la sala, en donde no haría ruido.

—O no... agregó Juan, a la luz de nueva evidencia.

—Me parece bien susurró Susana, saliendo del cuarto a hurtadillas □ me encantaría poder hablar contigo con más calma.

—Perfecto, entonces, ¿cómo lo hacemos?

—No tengo en donde anotar tu número, y no sé cuál es este del que te estoy llamando porque lo acabo de comprar hace nada. Por lo que, baja al lobby y pide el registro de las llamadas, en su defecto, yo te llamaré más tarde a este número con la esperanza de que tú me atiendas... ya me tengo que ir, hasta luego dijo Susana, justo antes de colgar.

No tuvo tiempo de pensar las cosas mejor, por un segundo creyó que Susana se estaba arrepintiendo de haberlo llamado, pero con aquello que le dijo a lo último se dio cuenta de que la verdad quería que algo sucediera tanto como él. Aquello, parecía ser el comienzo de lo que, podría ser, una relación maravillosa.

Juan regresó a su cama para recostarse, risueño, sonriente y lleno de vitalidad. Por ese instante sintió que podía tomar el mundo en sus manos y jugar con él como si nada más importase, porque, nada más importaba en frente a aquel momento que vivió con Susana. Miles de kilómetros de distancia no eran más que un simple número para él.

¿Doble riesgo?

Susana estuvo deseando que un hombre como él llegase a su puerta y la invitara a salir, que le dijera que estaba disponible y que la quería a ella como su pareja.

En lo que colgó aquella llamada, no le quedó de otra que mentalizarse a que algo podría suceder, pero, esta vez, esperaba que fuera algo diferente. Normalmente pronosticaba un suceso devastador para cada decisión que tomase; no esta vez, no con Juan.

Desde antes que llamase, se sentía devastada debido a que creía que Juan realmente no sintiese nada por ella a causa de la forma en que se había comportado la vez que se quedaron juntos el resto del día.

Sabía que se las arreglaba para arruinar las cosas buenas que le sucedían por miedo a que algo malo pasara, haciendo que, casualmente, algo malo le pasase. Pero, llena de valor y con una idea sencilla en mente, esperó a que su amiga se acostara, vio el último número al que llamo y marco desde su móvil con la esperanza de escuchar a Juan.

Cabía la posibilidad de que él no atendiese la llamada. Aun así, procedió a hacerlo. Corrió con algo que no acostumbraba a sentir a su lado cuando decida hacer algo: suerte.

—Susan, ¿dónde estás? ¡Ven, acuéstate! ¡Ven! exclamó Marta entre sueños.

Susana, estaba colgando la llamada de Juan en ese momento. Esperaba poder verlo pronto, compartir con él tanto como Marta compartía con Alberto; otro caso diferente.

Marta, se encontraba nadando en un mar de calma sobre una balsa inestable. Alberto, la acompañaba desde lejos intentando subirla a su barco, invitándola a pasar para que formara parte de su vida, cosa que, para él, ya comenzaba a tener sentido así ella no abordara.

Habiendo estado seis meses tratándose, Marta sentía que se estaba comprometiendo mucho con aquel hombre. No creía en la unión, ni en

compartir. Claramente no esperaba que algo así estuviese sucediendo. Estaba estancándose en una trinchera que había cavado para protegerse de sus propias decisiones. No lograba discernir entre lo que quería y lo que deseaba inmensamente.

A mitad del mes de abril, se levantó preparada para lo que le esperaba el día. Tenía algo en mente: no le hablaría a Alberto durante todo el día. Así demostraría que realmente no lo necesitaba.

Todos los días se hablaban por teléfono, por el móvil o por internet. Conversaban de cosas que a los dos le interesaban o por lo menos a uno de ellos. Pero, esta vez, ella no se iba a dejar llevar por su deseo de hablarle. Lo hacía más que todo para demostrarse a sí misma que eso que comenzaba a asentir era un simple capricho.

Luego de arreglarse para salir, alimentar a sus peces. Abordó su coche y partió para la casa de su amiga. Una vez allí, esperó diez minutos antes de anunciar su llegada.

—¡Susan! gritó desde el coche, asomándose por la ventana del piloto □
¡Susan! tocó dos veces la corneta □ ¡Apresúrate que vamos tarde! ¡Susana!
exclamó una última vez.

Susana, estaba terminando de preparar las cosas que usaría durante su día. Esta vez le había tomado más tiempo que de costumbre porque se entretuvo con una conversación en el móvil que tenía con Juan.

Toda la noche se la pasaron hablando, hasta que decidieron que era muy tarde para estar invirtiendo tiempo en ello. Pero, una vez ambos estaban despiertos, retomaron el último tema que habían tocado como si nunca hubiesen dejado de hablar.

Se despidió rápidamente, advirtiéndole que no le escribiera hasta que ella le dijese porque estaría en el mismo coche que Marta. Tomó su abrigo y salió rápidamente por la puerta tras lanzarle unas galletas a Harry.

—Ya... ya estoy aquí dijo, caminando rápidamente viendo al suelo cuidando en donde podría caerse.

—¡Por fin! ¿Qué te estaba tomando tanto tiempo?

—Nada mintió □ estaba intentando hacerme una trenza diferente este día. No sé. Sólo para variar

—¿Para variar? inquirió, escéptica mientras hacía avanzar el coche.

—¿Qué? ¡Es cierto! se defendió Susana, al notar la falta de confianza de su amiga.

—Solo digo, estas muy alegre el día de hoy. Para mí que es otra cosa.

—Ay, por favor Marta ¿Por qué voy a estar yo alegre?

—No sé, por eso te digo repuso Marta.

—Te aseguro que no es nada del otro mundo, tranquilízate.

Marta, estuvo el camino entero pensando en que quería mencionarle el extraño comportamiento de su amiga. Pero, se había hecho prometer que no le llamaría o escribiría. Ya era bastante raro con que quisiera contarle todo lo que le sucedía durante el día como para estar teniendo la necesidad de buscar la opinión de un tercero en cuanto a su relación amistosa con Susana.

Ambas se encontraban pensando abiertamente en aquellos dos amigos como si no hubiera nada más en qué concentrarse. Tanto Marta como Susana, entendían lo que eso significaba para las dos.

—Oye... y, ¿cómo te está yendo con Alberto? preguntó Susana, tocando el tema luego de casi un mes.

—¿Con Alberto? repuso Marta fingiendo confusión, mirando a los ojos rápidamente para retomar la atención en el camino.

—Sí, con Albert, Mar. ¿No has hablado con él últimamente?

—No, para nada le mintió □ no he hablado con Alberto desde hace un mes, te dije que solo estábamos hablando como amigos dijo, sintiendo que estaba ocultándole una gran verdad a Susana.

—Vale, entonces, no es nada dijo, sintiendo que algo no estaba yendo bien. Se sentía culpable al estar hablando con Juan cuando ella ya había dejado de hacerlo con Alberto.

Pensaba que no significaría nada si ambas hacían lo mismo. Marta, dejó de comentarle a su amiga acerca de las conversaciones que tenía con Alberto debido a que habían comenzado a hacerse cada vez más personales.

En medio de todo ello, Susana, estaba entablando una gran amistad con Juan, mientras que ninguno de los dos sabía al respecto. Se sentía culpable esta vez, a sabiendas que su amiga no estaba haciendo aquello ahora.

—¿Por qué preguntas? ¿Sucede algo? preguntó Marta, tratando de cambiar el enfoque de la conversación.

—No, para nada, solo era mera curiosidad... se excusó Susana □ como no has dicho nada acerca de él, me pareció buena idea preguntarte al respecto.

—Ah musitó Marta, creyendo en lo que le dijo Susana, pero, con un poco de escepticismo □ ya veo. No, tranquila, no te preocupes por eso.

—Vale dijo Susana, marcando un final para el tema. No tenía ganas de seguir hablando al respecto y terminar arrepintiéndose de lo que hacía.

—Vale... repuso Marta, pensando exactamente lo mismo.

A las dos se les hacía difícil mantener el secreto, no por el hecho de que debían ocultárselo una a la otra, ni salvaguardar su decisión de permanecer solteras, llenando ese vacío que consideraban innecesario con su amistad y su presencia. A parte de todo ello, entendían que el tener una relación con clientes del hotel, podría significar un despido inmediato.

Bien, las reglas decían que no podían tener una relación con los clientes del hotel «mientras» estos estuviesen hospedándose en el mismo. En pocas palabras, no podrían relacionarse a nivel personal.

Pero, a pesar de que entendían aquello, a pesar de que muchos de sus compañeros habían roto aquella cláusula del contrato, y a pesar de que técnicamente ellos no estaban haciendo nada de eso, las ganas de interrelacionarse entre sí se hacían más grandes y, a vísperas de su llegada a la ciudad, lo que suponía que se quedarían en aquel lugar, las cosas podrían tornarse un tanto revoltosas.

Para ambas, aquello resultaba delicado, no solo por su integridad, sino por lo que se verían obligadas a hacer si eso se tornaba más personal. A su manera, les hacían entender a Juan y a Alberto que aquello era sólo una amistad. Pero, parecía que no lo hacían muy bien.

Alberto, estaba dispuesto a estar con Marta a como diese lugar. No le importaba lo que hiciera ni como lo hiciera o si ella se oponía a ello, tenía un plan y estaba dispuesto a ponerlo en marcha. Había esperado mucho tiempo para verla, y no desperdiciaría la oportunidad de compartir con ella, habiendo ya alimentado lo que sentía.

Juan, no esperaba que algo malo sucediera. Poco a poco fue aprendiendo más

sobre Susana y su forma de pensar. Todo eso le ayudaba a manipular mejor la situación, a no hacerla sentir mal de nuevo con respecto a lo que pudiera decir o hacerle saber, tan solo para no obligarla a pensar que algo podría pasar entre ellos. Descubrió que ella era una persona cuidadosa, por lo que mantuvo el más sumo cuidado.

Ni Alberto ni Marta sabían que Susana y Juan estaban relacionándose por correspondencia. Por ello, antes de que las chicas se fueran al trabajo, los dos acordaron preguntarles a sus amigos al respecto. Ella, cumplió con su parte y lo hizo en lo que fueron a buscarla a su casa, esta vez, él lo haría.

—¿Cómo vas con Marta? preguntó Juan.

Alberto se encontraba sentado en frente de la portátil haciendo un recuento de los artículos que habían comprado ese mes. Escuchar a Juan preguntar sobre Marta era como abrir el cofre del tesoro y deslumbrarse por el brillo del oro. Hablar de ella era un deleite para él.

—Pues, se podría decir que bien repuso, quitando la mirada del monitor.

—¿Se podría decir? ¿Por qué, están peleados o algo?

—No, nada que ver. Es otra cosa...

—¿Qué? preguntó Juan, sentándose en la orilla de la cama para estar en frente de su amigo.

—Bueno... Dijo, acomodándose para ver mejor a Juan □ es que ella no quiere tener una «relación amorosa» con nadie. Dice que eso puede obstaculizar su futuro.

—¿Cómo así?

—No sé, dice que es algo que ella y la señorita Susana entienden, o algo así.

—Pero, ¿qué? Entonces no quiere estar contigo, ¿no le gustas?

—Yo no diría eso se recostó en el espaldar de la silla luego de terminar de voltearla para sentarse mejor □ cuando hablamos, e incluso las pocas veces que hemos salido, he podido notar que se siente a gusto, pero, en lo que siente que estamos acercándonos demasiado, me dice de una que no continúe y se molesta.

—¿Continuar con qué? ¿Te le insinúas o algo así?

—No, para nada. Solo conversamos, hablamos de los dos, de lo que

podríamos estar haciendo respecto a estar juntos suspiró. Sabía que eso se podría evitar si ella dejara que todo surgiera con calma □ ... lo gracioso es que lo conversamos a veces, pero, de repente, se molesta y me obliga a cambiar de conversación.

—No se deja amar...

—Amar... ¿crees que la amo? preguntó Alberto, recuperando la noción del tiempo y del lugar en donde se encontraba.

No había internalizado aquella posibilidad, bien, sabía que se sentía atraído por Marta de manera inefable, como si no hubiese una explicación lógica para ello. Pero, no había considerado la posibilidad de que fuera amor. No había sentido algo así desde hace años y, cuando lo hacía, iba en serio. En ese momento lo pensó ¿Irá en serio esta vez?

—No sé, cada vez que te pregunto o me hablas de ella, se te ilumina la mirada.

—Es que... quiero estar con Marta... tú sabes, compartir con ella, tener una relación, pero, siento que ella no quiere.

—¿Estás seguro? Porque, te sigue hablando ¿o no?

—Sí...

—Y sabe que tú quieres estar con ella...

—También...

—¿Entonces?

—Es que no sé... cómo quisiera que me entendieras dijo Alberto, sintiéndose completamente solo en aquel asunto.

Juan, quería comentarle a su amigo que también sentía la misma incertidumbre. De igual forma, sentía que podría estar enamorado de Susana, quien, no dejaba apertura para una relación. Entendía que algo estaba sucediendo, algo que ambas no querían que acaeciera, pero no comprendía el motivo que las impulsaba a ser así.

A diferencia de ellos, tanto Susana como Marta, presentían que, si se dejaban llevar por el deseo, sería más difícil alejarse de ellos y más aún, que podría resultar algo negativo para sus carreras, para sus futuros y para la forma en la que vivían la vida.

Claramente se sentían atraídas. No podían negar que había un sentimiento que

les quitaba el sueño, que les desconcentraba en el trabajo y el que, sin darse cuenta, luchaban por mantener vivo.

Se excusaban con que había algo más grande que ellas, que no podían estar pendiente en relaciones; si querían seguir tratándolas, se conformaran con ser solo amigos, pero, no dejaban de responderles, de lanzarle leña al fuego.

Las llamas de su pasión no se morían, sino que, poco a poco, la alimentaban con pequeñas ramas, detalles. Ellos los recibían alegres, llenos de dicha y de expectativa, pero a final del día, le quitaban esa posibilidad.

Al llegar al trabajo, Marta luchaba con las ganas de tomar su teléfono móvil y marcarle a Alberto, escribirle un mensaje o lo que fuese necesario para atraer su atención. Veía el móvil sintiendo como las ganas le daban comezón en las puntas de sus dedos.

Le era difícil mantener la compostura, sin importar en donde estuviera ni qué estuviese haciendo. Inclusive, ignoraba a las personas que tenía en frente.

—Marta... ¡Marta! dijo César, llamando a su atención □ ¿Me estas escuchando?

Marta, reaccionó y repuso rápidamente.

—César... este... sí, claro, solo me distraje por unos segundos... ¿qué decías? se excusó.

—Que hasta los momentos has hecho un gran trabajo como directora de recursos humanos dijo César, bajando la mirada para fingir leer las hojas que tenía sobre su escritorio, tomándolas por una esquina y levantándolas.

—Gracias... repuso, sintiéndose orgullosa de sí misma y viendo más cerca la posibilidad de ser gerente del hotel.

—Pero...

—¿Pero qué? preguntó preocupada.

—Que no sé si dejarte el cargo, tú sabes... no te he visto... dejó de hurgar entre los papeles □ cien por ciento comprometida con el hotel.

—¿A qué te refieres con eso? preguntó confundida. Ella si ha estado comprometida con el hotel. En ese instante, estuvo a punto de exigir una explicación, cuando César interrumpió sus pensamientos.

—Sí, «comprometida» repitió, reclinándose sobre su asiento y entrelazando

los dedos sobre el escritorio □ .

De repente, se levantó con sumo cuidado, y se acercó caminando lentamente hacia ella rodeando el escritorio. Marta lo siguió con la mirada, sintiendo pesado el ambiente.

Por ese instante se olvidó de que estaba pensando en Alberto, en que pronto obtendría el puesto de gerente. César, se paró a su espalda, la tomó por los hombros y continuó hablando.

—Si quieres el puesto de gerente tienes que «demostrármelo» dijo, insinuándose a que se rebajara un poco más, apretándole los hombros de una forma en la que ella se sintió acosada, más de lo que estaba acostumbrada a sentir cerca de él.

Marta, no supo interpretar aquella insinuación de inmediato, sí sintió que era un tanto incomodo el modo en que le hablaba. A pesar de que sabía que César era un hombre despreciable, no tenía idea que podría llegar tan lejos, por lo que, por unos segundos, dudó haber escuchado e interpretado bien lo que le dijo.

—¿Qué estás haciendo, César? dijo, moviendo los hombros con severidad para obligarlo a alejarse □ ¿qué intentas?

—No intento nada, Mar... solo estoy sugiriendo una solución para que asegures por completo el puesto de gerente... sé que lo quieres y qué harías lo que fuera por él.

Marta, se levantó rápidamente y se puso de frente a César para confrontarlo.

—¿De qué demonios hablas, César? ¿Me estás pidiendo que...?

—No te lo estoy pidiendo, Marta. Sé que lo quieres... le dijo César, expresándose con lascivia y apartando la silla que estaba entre ellos dos.

—¿Qué te pasa César?

César, comenzó a acercarse a ella, lentamente, con la intención de invadir su espacio personal. Marta, sentía que algo no estaba yendo bien, que nada de eso debería estar sucediendo.

En ese momento, comenzó a interiorizar lo que realmente quería. Sentía que las cosas como las conocía no serían igual que antes, que nadie podría estar tan cerca de entender lo que le deparaba. Que ella, siempre se consideró una

mujer fuerte, jocosa y capaz.

¿Por qué estaba pensando en eso en ese preciso instante? El miedo, tal vez.

Sabía para donde se dirigía César, lo veía en sus ojos llenos de lujuria y algo más que no identificaba, pero que percibía como algo asqueroso y repugnante. Se iba alejando, cuanto podía, de él, contemplando la posibilidad de montarse en el escritorio para continuar marcando una distancia entre los dos.

—Tienes que demostrarme que realmente deseas este puesto... mira que hay muchas personas detrás de él y ninguno ha estado tan cerca como tú Dijo, acercándose lentamente a ella, quien no dejaba de alejarse más y más.

César realmente esperaba que ella se dejara tocar por él. Ya estaba cansado de esperar, frustrado de que ella no se dejara seducir por sus encantos, cosa que no entendía.

Él era exitoso, tenía el puesto que Marta codiciaba... él no estaba en posición de elegir a nadie como gerente, solo de recomendarlos, cosa que, marcaba una diferencia entre aquellos que lo querían y esos que realmente podrían obtenerlo. Se había enviciado con el poder; podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando creyera en eso lo suficiente.

En ese instante, a unos cuantos centímetros cerca de ella, Marta reaccionó al respecto. Se dio cuenta que la execrable actitud de César podía ser evitada fácilmente. Ella no se dejaría dominar por una tontería como esa, nadie podría dejarse dominar con tal acto de cobardía.

Apretó el móvil que aun sostenía y buscó la opción de llamar. Ya sabía, por costumbre, como acceder a las llamadas hechas. En lo que marcó esperó a que el aparato vibrara al igual que hace cada vez que le atienden, una peculiar característica de su móvil. Esperó unos segundos, hasta que vibró.

A siete mil doscientos sesenta y un kilómetros de distancia, Alberto atendió su llamada.

Demuestra que lo vales

«Dame una oportunidad para demostrarte que...»

—No, así no. dijo Alberto, tras pensar muy bien lo que diría. Al ver que no le gustaba, lo borró.

Se encontraba escribiéndole un mensaje a Marta por WhatsApp, la única forma de escribirle desde donde se encontraba. En todo el día no había recibido un mensaje de ella, por lo que supuso que estaba ocupada. Por ello, decidió enviarle algo que explicara lo que quería con ella.

«Quisiera poder tener una oportunidad para demostrarte...»

—No, así tampoco se quejó de nuevo □

Estaba a punto de borrar esa última oración cuando de repente el teclado de su móvil dejó de responder, se escondió, se cerró la aplicación y apareció la opción de atender llamada.

Tenía el móvil en silencio, de no haberlo estado usando en ese momento, la llamada habría pasado desapercibido. El nombre del contacto tardó en aparecer, pero por el código de área supo que era de España. Tenía más o menos una idea de quien era, pero no atendería hasta que no apareciese el nombre que quería leer.

«Marta», en lo que leyó su nombre, atendió.

—Señorita Marta, que gusto recibir su llamada, justamente ahora... la voz de Marta, que se escuchaba un poco lejos de lo habitual, le interrumpió.

—¡César! ¿Qué demonios estás intentando hacer? exclamó Marta.

—Estoy tratando de darte lo que quieres, Marta... sé que deseas tener este puesto dijo otra voz al otro lado de la línea.

Alberto, no entendía lo que pasaba, por lo que, decidió seguir escuchando en silencio. Normalmente colgaba cuando los números se marcaban solos, pero esta vez sentía que debía darle importancia; Marta sonaba angustiada.

—César, no... déjame... se quejó Marta.

Marta estaba intentando conseguir algún tipo de evidencia. Si no obtenía el puesto por las buenas, lo haría por las malas. Ya no estaba nerviosa, estaba llena de ira. No sabía quién había atendido a su llamada, pero para ese instante, la verdad, ya no le importaba a quien le caería su llamada.

Alberto, entendió rápidamente lo que estaba sucediendo. Dudaba mucho que pudiese hacer algo, por lo que prefirió salir corriendo a su rescate. Mientras tomaba sus cosas, escuchaba lo poco que podía de lo que estaba sucediendo.

—Deja de luchar, Marta, sé que lo quieres... déjate... dijo César entre forcejeos.

—Déjame, César. Suéltame... ¡No! ¡No quiero! exclamaba Marta.

Alberto escuchaba todo eso escandalizado, no tenía tiempo para pensar ni para responder, llamó al jet privado para que estuviese listo en lo que llegara al aeropuerto. En lo que cuelga la llamada Juan entra a la habitación.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tan apurado? dijo, al verlo agitado.

—Necesito llegar «ya» a España.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? Aún no terminamos las negociaciones aquí, ¿está todo bien?

—No, tengo una llamada en línea de Marta algo le está pasando.

—¿Qué?

—No sé del todo, pero debo ir a averiguarlo de inmediato.

—¿Llamaste para que prepararan el Jet?

—Sí...

Alberto salió lo más rápido que pudo dejando a Juan en el hotel para que se encargara de los negocios del día siguiente. Quedaron que, en lo que terminara, él iría para allá a acompañarlo.

Alberto, abordó el coche y partió al aeropuerto a toda velocidad. Llegó en menos de dos horas al lugar, se montó en el jet y despegó casi que inmediatamente. El resto de la llamada se había grabado, antes de llegar al avión, ya Marta había colgado la llamada. No supo qué sucedió después y lo que le preocupaba, es que se enteraría cinco horas después.

Pero sucedió de este modo:

—¿Qué te deje? ¿Para qué? Sí tú me dijiste que querías tener el puesto de gerente, y yo estoy dispuesto a dártelo... solo... debes... dejarte dijo, César, forcejando a Marta.

La tenía agarrada por los brazos, tratando de pegar su boca a la de ella. Marta trataba de alejarse, con la intención de ganar tiempo. Luego de que pasaron unos segundos, se dio cuenta de que no iba a servir de nada llamar a alguien, porque, sería su palabra contra la de él. Pero no dándole la suficiente importancia y esperando unos cuantos minutos, entre forcejeo y violaciones a su espacio personal, decidió actuar.

—Pero Marta, dame un beso, sino quieres que te lo quite a la fuerza.

—César, me estás lastimando... déjame... ¡Auxilio! exclamo Marta.

César no dejaba de intentar tomarla, no le importaba más nada que eso. Ya había esperado mucho para algo así sucediera, y, una vez que cruzó la línea, ya no tenía modo de regresar. Le daba igual como granjearía aquello que por tanto tiempo quiso, así que lo dio todo y esperó lo mejor.

Marta, estaba tomándose su tiempo, solo fingía debilidad. César no dejaba de intentar besarla, de intentar quitarle la ropa. Todas las cosas que estaban en el escritorio se caían al suelo haciendo aún más escándalo.

Pero, a pesar de ello, nadie acudía a su socorro. La oficina estaba un poco alejada de las personas, por lo que hacía difícil que se escuchase su voz, pero, ella no se rendía, necesitaba que alguien estuviese ahí para ver lo que sucedía, sería la única forma de hacerle pagar por su insolencia.

Por años muchas empleadas se vieron obligadas a renunciar por su culpa, nunca lo hallaron culpable a él y no se sabe por qué. Pero, Marta sería la última y dejaría aquello con broche de oro.

—¡Estas intentando violarme César! ¡Esto es una maldita violación! ¡Eres un maldito degenerado! gritó Marta.

—Claro que estoy intentando violarte, estúpida. Eres mi puta y yo haré contigo lo que me dé la gana... dijo César, con un tono de voz amenazador que, por poco, le quita a Marta las ganas de luchar.

En ese instante, le golpeó el rostro con la palma y la tumbó al suelo. Cerró la puerta y comenzó a quitarse el saco de gerente.

—Prepárate, querida, para obtener tu puesto de gerente...

Si lo que quería era una prueba, ahí la tenía... en ese momento no sabía exactamente como accedería a ella, si alguien los habría escuchado o si en vez de llamar apretó grabar, por obra y magia de algún ser divino. Sintió que todo estaba listo, que no necesitaba más nada.

Así que, se levantó con la frente en alto y con una actitud ganadora

—Así que aun tienes fuerzas para levantarte. Vamos a ver si...

Antes de que terminara de hablar, Marta ya tenía su pierna enterrada en la ingle de César. Ya sabía cómo defenderse, solo necesitaba el momento adecuado. Pero, eso no le pareció suficiente. Pensó que, si la idea era inmovilizarlo, necesitaría algo mejor.

Ya con César en el suelo, inclinado del dolor punzante que le estaba apretando el abdomen, Marta se acercó a él, lo tomó por la espalda y empujándolo hacia abajo, lo llevó hacia su rodilla, la cual se encontraba subiendo con todas las fuerzas que ella podía generar.

Su nariz aterrizó sobre esta lo que hizo que se rompiera. Pero, aun así, no creyó que fuese suficiente, por lo que, con el sujeto e posición fetal tratándose de tapan la hemorragia y sin saber por cual dolor llorar primero, ella le dio una patada en el abdomen que le obligó a escupir todo el aire que tenía adentro.

Satisfecha, se acomodó, cogió su móvil y se dio media vuelta para salir de la oficina a buscar ayuda. No tenía pruebas, no sabía si la llamada se había cavado o si algo habría sido de utilidad, pero, así todo aquello no hubiera servido de nada, por lo menos sirvió de desahogo.

Cuando por fin estaba lo suficientemente lejos de la oficina de su agresor, cogió el móvil para saber a quién había llamado. «Alberto» decía la llamada en curso. En ese momento, no supo en qué pensar.

Alberto se encontraba cerca de España. Habían pasado seis horas y media de viaje, y en pocos minutos estaría aterrizando en el aeropuerto más cercano al hotel. Como sabía que a la hora que arribaría el aeropuerto, no le daría tiempo de manejar hasta el Kalbi's Plaza, entonces decidió llamar para que le apartasen el helicóptero más rápido que tuviesen.

Una vez allí, se bajó lo más rápido que pudo, corrió hasta la siguiente nave y

comenzó su despegue.

—Al Kalbi's Plaza le dijo al piloto.

Este le demostró que había entendido y emprendió su viaje hasta el lugar en donde se encontraba Marta.

Durante ambos viajes estuvo pendiente de su móvil esperando alguna llamada, algún mensaje o lo que fuese necesario para comunicarlos a ambos. No le había llegado nada, lo que servía nada más para aumentar su desesperación. Durante cinco horas estuvo escuchando la grabación una y otra vez.

Cuando por fin llegó al lugar, ya todo había pasado. César no se encontraba por ningún lado, había un conglomerado de personas alrededor de Marta quien estaba tratando de dar su versión de los hechos por enésima vez.

Diferentes personas le preguntaban al respecto. Muchos intentaban calmarla y ofrecerle algo a cambio. En lo que la vio a lo lejos, comenzó a apartar a las personas y se acercó a ella para abrazarla.

—Estás bien... ¡Joder!, estás bien dijo, pegándola a su pecho creí que te había sucedido algo peor.

—Alberto, no... no te preocupes, todo está bien... le dijo Marta, tratando de calmarlo.

—¿Segura?

—Sí, mírame, sin ningún rasguño... estoy bien...

Marta, le demostró que se encontraba inmaculada, que no se preocupase.

Alberto tardó varias horas en amainar el odio que sentía por César. Nadie podía tocar a Marta, no si ella no lo deseaba así. Le disgustaba la mera idea de que intentase acercarse a ella con esos pensamientos sádicos y desagradables. Para él, ella era una mujer completamente pura.

Susana, se enteró al poco rato de lo que había sucedido, corrió a su socorro. No sabía nada al respecto, pero, cuando llegó, se tropezó con la noticia de que todo ya había sucedido. Marta y Alberto se encontraban sentados platicando; ella tratando de calmarlo a él.

Cuando Susana escuchó la versión de la historia que contaba Marta, luego de que todo comenzó a calmarse entre los tres, le nació la incertidumbre de saber en dónde se encontraba Juan. No quiso formular esa interrogante, podría

parecer inapropiado para el momento. Por lo que, viendo como ambos conversaban con tranquilidad sin la ayuda de su presencia, esta decidió marcharse a su hogar para dejarlos a ambos solos.

—¿Necesitan que los lleve? Debo irme... dijo, Susana, para no parecer descortés.

—No, tranquila, nos quedaremos aquí un rato. No te preocupes repuso Marta, quitando su vista de Alberto.

—Entonces, me retiro, chicos. Cuídense mucho... se acercó a Marta para abrazarla □ gracias al cielo que no estas herida. Eres una mujer increíble. dijo sin soltarla.

—En el cielo no hay nada.

—Lo sé, pero no sabía a quién agradecerle por esto. repuso aun sin soltarla.

—A mí, que aprendí a defenderme.

—Pues, gracias a ti por no dejarte.

—De nada.

Ambas se alejaron, Susana se despidió con un beso de Alberto y los dejó a ambos solos.

—Entonces, Al... ¿Qué tienes pensado hacer ahora? ¿Dónde te vas a quedar?

—Bueno, eso no lo pensé, no hice ninguna reservación ni nada por el estilo explicó Alberto viendo la realidad de su situación.

—Entonces, si quieres, te quedas en mi casa...

—¿Tienes coche?

—No, lo más probable es que Susana se lo haya llevado ¿Y tú?

—Me vine en helicóptero.

—Vaya, que divertido... ¿crees qué?

—¿Qué puedan llevarnos?

—Claro, solo necesitaría saber si se puede aterrizar en tu calle le explicó Alberto, imaginándose en el desastre que ocasionaría aterrizar un helicóptero en una zona urbana.

—No sé, pero, si lo hacemos rápido, podríamos no despertar a nadie le sonrió

Marta, deseando poder llegar más lejos que eso.

—Se puede intentar

Ambos esperaron en el lugar cerca de donde le helicóptero dejó a Alberto. En lo que este llegó, lo abordarlo y emprendieron su camino. Cuando llegaron a la casa de Marta, luego de hacer hasta lo imposible por aterrizar, por fin estaban completamente solos.

—Fue demasiado lindo lo que hiciste le dijo Marta, acercándose a Alberto luego de que este cerrara la puerta

—¿Qué cosa? preguntó, sin intención de nada, hasta ahora.

—Eso... venir hasta aquí desde tan lejos tan solo para protegerme.

—Pues, una mujer como tú vale eso y mucho más.

—¿Seguro?

—Completamente. Nadie más que tú podría significar tanto. le repuso Alberto, acercándose a Marta.

—Y... ¿crees que mereces este cuerpo?

—No sería capaz de merecer algo tan abrumadoramente perfecta como tú.

—¿Lo vales? preguntó Marta, tan cerca de su rostro que podían sentir su respiración.

—¿Quieres que te demuestre de qué soy capaz?

—Entonces, ¿qué serías capaz de hacer conmigo... por mí?

—Todo...

Alberto, se acercó a Marta para tomarla por la cintura y besarla fuertemente. Cogió su cuello por debajo de su cabello y soltó su moño improvisado para sentir como caía su roja cabellera sobre su mano. Marta, no dejaba de sentirse cautivada por sus labios, los que por tanto tiempo, en secreto, deseó.

Las cosas como las conocía dejaban de existir por la mera mención de su nombre, ahora, como le había puesto un sabor a esa concepción, la vida no sería la misma. En menos de lo que pudieron darse cuenta, ya se encontraban completamente desnudos.

No funciona de otro modo, no se participan lo que sienten porque ya lo saben.

No platican los pros y los contras porque no les importan. Se sintonizan con el otro, para sintetizar algo que llevaban tanto tiempo deseando.

Marta, lo acompaña al sofá de su sala para continuar con los besos que se estaban dando en frente de la puerta. A pesar de que se encontraba cerrada, las ventanas estaban abiertas a la mirada curiosa de aquellos que se encontraban en la intemperie. El sonido y el aterrizaje del helicóptero despertó a muchas personas de su mundo mágico en el que nada sucede, por lo que, estaban a la vista de todos.

Marta no estaba completamente desnuda, pero sí tenía sus pechos al aire, al igual que Alberto. Una vez en el sofá, se dedicó a cogerlo por la cintura para despojarlo de su prenda baja, quitándole el cinturón y encontrándose con su miembro totalmente erguido y sobrepuesto en la realidad.

No le importaba lo grande que era, o lo poco real que parecía, pero, al fin y al cabo, todo eso que estaba a punto de probar, se había vuelto, ahora su máspreciado tesoro.

No se había imaginado encontrarse en esa posición con Alberto, tal vez no lo suficiente. Se introdujo su pene en la boca buscando poder encajarlo en su garganta por más tiempo en un gesto de agradecimiento por su interés en ella. Lo sacaba esporádicamente para lamer su glande y frotar su falo con la mano hasta hacerlo contorsionarse de placer.

Arturo, no encontraba forma de exteriorizar su satisfacción. En verdad, cuando salió del hotel para correr a España, no se esperaba que todo terminase como estaba sucediendo ahora.

Lo importante no era el orden de los hechos, sino el resultado. Tomó la cabeza de Marta, enredando sus dedos entre su pelo, y comenzó a estirar y a penetrar su boca con sumo cuidado, tratando de generar el máximo placer. Ella, se dejaba llevar como si no le importara, cosa que le encantó aún más.

Marta, al notar que no necesitaría sus manos por un buen rato, terminó de bajar su pantalón y comenzó a apretar sus nalgas, deleitándose con su redondez.

En ese instante, mientras él alejaba y empujaba su pene hasta su garganta, ella decidió comenzar a hurgar otra parte erógena en su cuerpo. Apretó sus nalgas, sus testículos y trató de arrastras sus dedos por su torso firme. Pero, lo que realmente quería hacer era otra cosa.

Le habían mencionado acerca de aquel lugar, que podría ser algo muy especial

para los hombres y que significaría un gran problema si a ellos no les parecía buena la idea; no le importó, sencillamente, desplazó su mano recorriendo su zona lumbar con el dedo hasta acercarse lo suficiente a la comisura de su ano. Alberto, parecía entender a medias lo que estaba sucediendo, después de todo, ella tenía rato tocando el resto de su cuerpo.

Marta, comenzó a mojarse el dedo índice con lo que salía de su boca cuando esta era liberada. Y, sin mediar mucho en preámbulos, introdujo rápidamente su dedo dentro de su ano en la búsqueda de su próstata.

Alberto dejó escapar un gruñido; Marta estaba hurgando en dirección a su próstata hasta que la consiguió... cuando lo hizo, la presionó levemente lo que aumentó la sensación. Estimulaba con facilidad aquella zona.

Cualquiera desistido a practicar aquello, pero él estaba decidido a hacer lo que fuese para obtener al cien por cien a su chica. Ella, iba apretando levemente su índice lubricado con saliva y líquido pre seminal mientras succionaba con fuerza aquel miembro; más firme y más largo que antes.

Alberto, dejó escapar un gemido de placer... la boca de Marta estaba apoderándose de su miembro como si hubiese sido hecho para caber a la perfección en ella. Lo lamía, besaba, succionaba y llegaba hasta sus amígdalas. Iba aumentando y disminuyendo la velocidad de sus movimientos para maximizar el placer, lo estaba logrando.

En poco tiempo, Alberto experimentó lo que nunca antes había sentido. Su cuerpo se escandalizó por el bruñido de un hormigueo que derivaba desde su sexo y recorría todo su cuerpo como si estuviese tratando de calarse en cada comisura del mismo. Pero, no había eyaculado.

No sabía a qué se debía aquello, pero, quería sentirlo de nuevo. Lo asoció con la idea de estar con Marta, con quien, por tanto, tiempo deseaba tener más que una amistad. El sexo con ella era innecesario, tenerla cogida de la mano habría sido suficiente para satisfacer su necesidad, aunque, este no era el caso. Ya estaban practicando lo que realmente querían y no les importaba más nada.

Luego de un rato de continuar experimentando una sensación nueva por la estimulación en la próstata, de estar succionando y llegándose la punta de aquel pene hasta la garganta, Alberto, por fin dejó escapar su carga, caliente espesa y abundante.

Marta, sintió como se le llenaba la boca del líquido blanco que acababa de ser

eyaculado. Sacó el pene rápidamente sin dejar escapar, tanto como podía, aquello que acababa de invadirle.

Jugó con este hasta que dejó de perder un poco su calor y se lo tragó, como si lo necesitase para llenarse de energía.

Se levantó, se bajó el cierre de la falda por detrás, y la dejó caer... Se veía como esta iba desplazándose lentamente por las curvas de sus nalgas y sus piernas fornidas. Alberto, completamente desnudo y excitado, abrazó desde la parte posterior de la rodilla hasta la zona lumbar y la levantó del suelo.

Susana, dejó escapar una risa suave.

—¿Qué estás haciendo? dijo entre carcajadas.

Alberto la depositó sobre el sofá dejando sus piernas en el aire y el resto de su cuerpo recostado horizontalmente. Se posicionó al extremo del mueble y acercó su rostro a las nalgas de Marta. Comenzó a besar su sexo con suavidad y deleite. Jugaba con su clítoris e introducía sus dedos en su vagina completamente húmedo.

Marta, experimentaba el placer de su estímulo con arcadas que le escandalizaban todo el cuerpo. Levantaba las caderas para aumentar la sensación. Apretaba su cabeza con las piernas para que no se alejase mucho.

Alberto, logró escaparse de esa maravillosa prisión y la miró a los ojos.

—Tu coño sabe a gloria... le dijo, jadeante y con lascivia.

Marta, experimentó un hormigueo que se sumó al placer de su sexo que le sacó el aire y la obligo a respirar con más fuerza

—¡Cállate y coméntelo! exclamó, incontrolable y deseosa. Tomando su cabeza con la mano y empujando su cara hasta su vagina.

Marta fue sintiendo como un orgasmo alcanzaba al otro. Parecía una carrera de relevos en el que cada corredor era más rápido que el anterior. Uno tras uno se descargaban en su cuerpo como música, alimentando cada uno de sus sentidos para hacerlos más fuertes, más receptivos.

No sabía cómo exteriorizarlo; su cuerpo pedía gritar, sus extremidades pedían contorsionarse. Todo era un escándalo de sensaciones que no sabía cómo dejar escapar. Pero, las quería todas, se las gozaba como si no hubiese comparación.

Sus gemidos invadían la sala de estar, escapándose por los alrededores del lugar rebotando en las paredes y en los adornos que le había dado su madre. Todo parecía recibir un poco de aquellos gritos de placer. Aumentaban y disminuía con cada nueva sensación, pero no se acallaban.

Alberto, apretaba sus piernas, sus nalgas y su zona coaxial. La tenía en sus manos, en su boca y en sus pulmones. Vivía a Marta por doquier, drogándose con su existencia y sus gritos. Todo le parecía excitante y perfecto. Su miembro, deseaba entrar en acción porque no se conformaba con un simple jalón con la mano de vez en cuando. Necesitaba sentir su interior, y el interior de ella necesitaba sentir ese pene.

—¡Métemelo! ¡Métemelo de una buena vez! ¡Joder! le exclamó Marta dejando libre su cabeza y permitiéndole respirar un poco de aire fresco.

Alberto, se levantó, la alzó a ella para acercarla más al borde del sofá dejando sus nalgas más arriba que su cabeza. Llevó la mano hasta su vagina, mojó la punta de sus dedos con los fluidos que de ella escapaban, se lubricó la punta del pene para luego proceder a penetrarla, aunque, no antes de obligarla a desearlo más.

—Entonces... ¿lo quieres?

—¡Métemelo! Por favor Dijo, Marta, hablando más con su cuerpo que con su propia voz.

—¿Pero lo quieres? insistió, con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Sí, lo necesito. Entiérramelo ¿sí? ¿puedes? dijo Marta, pidiéndoselo con delicadeza.

Alberto jugó suavemente con la punta de su pene recorriéndole la vagina. Dibujando sus labios hasta acercarse lo suficiente y penetrarla sin escatimar en espacio, tamaño ni lubricación. Ella ya estaba completamente mojada, lo que dejó entrar casi de inmediato aquel miembro erecto. Con las piernas, acercó más al hombre para que se aventurara a llegar más lejos a penetrarla con más fuerza.

Luego de unas intensas embestidas, de gemidos, gruñidos y bramidos de todo tipo, ambos alcanzaron de nuevo el éxtasis. Marta lo deseaba demasiado, tanto que, no perdió tiempo en llevárselo al cuarto para continuar con aquella experiencia casi religiosa.

Se quedaron toda la noche despiertos, disfrutando de los manjares de la vida.

La victoria pertenece al más perseverante

Susana se alejó de ambos para retirarse a su recinto. Se marchó indignada con las acciones de César y se sintió inútil al no poder llegar a rescatar a su amiga. Incluso Alberto, estado a tantos kilómetros de distancia, llegó primero que ella.

No le faltaban ganas para sentirse peor, pero, todo parecía hacerse menos importante al recordar que, sí, Alberto había llegado primero que ella aun así estando a miles de kilómetros de distancia. Eso solo significaba algo, que Juan estaba cerca.

Ya no interesaba más nada, su amiga estaba en perfecto estado; no había nada que ella pudiera hacer, inclusive, no habría sido de gran ayuda porque Marta se defendía de maravilla por sí sola. Lo que importaba era encontrarse con Juan... ¿importaba?

No tenía intención de llamarlo, pero, las ganas pudieron con ella.

—¿Susana? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? dijo Juan, inmediatamente atendió la llamada.

—Hola, Juan... no, no ha pasado nada... le dijo, sin saber de qué hablaba.

—Como Alberto salió para allá a toda prisa, porque a Marta le había pasado algo... entonces creí que...

—Sí, a ella intentó agredirla César explicó Susana, quitándose los zapatos.

—¿El gerente? preguntó escandalizado.

—Sí. Pero se defendió y lo dejó incapacitado. Repuso, sin darle mucha importancia. Una vez que Marta ponía sus manos en alguien, lo menos que se debía hacer es preocuparse por ella.

—¿Nada grave?

—Sí, nada grave.

—Y ¿tú cómo estás? inquirió, realmente preocupado por ella.

—Bien, fui a ver cómo estaba Mar, pero ya estaba acompañada por Alberto, así que decidí venirme a mi casa.

—¿Con Al? Que rápido...

—Sí, hace como una hora los dejé en el hotel.

—Vaya, entonces el avión debe venir en camino...

—¿Avión?

—Sí, el jet privado.

—¿No estás aquí?

—No... él se fue sin mí; nosotros nos íbamos a ir mañana para allá en lo que terminaríamos las negociaciones.

—Entonces no estás aquí... yo creí que... si te llamaba yo... comenzó a divagar Susana.

—No... quería ir, pero debía terminar con esto, pero, mañana temprano estaré allá.

—¿Seguro?

—Sí...

Susana estaba dispuesta a atraerlo como diera lugar. No le importaba ya lo que significaba su futuro. No tuvo un cambio drástico, ni una revelación religiosa muy profunda. En lo que vio a Alberto y a Marta actuando de manera tan amena, tan cercanos, sintió que estaba dejando escapar algo a lo que podría aferrarse, de alguien a con quien podría compartir su triunfo, no detenerlo.

Vio eso en su amiga, quien, a pesar de exteriorizar con su manera de actuar lo que sentía, no se resignaba a dejar de lado su presunción de un futuro egoísta y solitario. Ambas sabían que no necesitaban de un hombre, podría ser cualquier cosa, pero, lo que ellos le ofrecían, ellas no se lo podían dar mutuamente; no en ese contexto, no en esa realidad.

Por ello, simplemente se dejó llevar por lo que quería, y dijo lo que sentía.

—¿Sabes en donde vivo?

—No... repuso Juan, tratando de entender a qué quería llegar Susana.

—Cuando llegues te mando la dirección. No vayas a tardar mucho.

Susana colgó la llamada sin decir más nada. A Juan no le parecía nada normal su comportamiento, pero, evitaba pensar mucho en eso. No sabría decir a qué se debía todo eso; aunque, si ella le decía que fuera a su casa, entonces significa que quiere verlo. Se apresuró a acostarse a dormir para que lo que quedaba de día se terminara más rápido.

Por varias horas intentó conciliar el sueño sin mucho fruto, por lo que cogió el móvil y le escribió a Susana.

—«¿Estás bien?» le escribió.

Todo parecía ir bien hasta que vio que su última conexión había sido hace diez minutos. Se mantuvo alerta para saber si eso cambiaba. Cuando notó que parecía estar conectada, comenzó a escribir de nuevo.

—«¿Segura que quieres que vaya mañana?»

—«Sí, estoy bien... estoy segura» le repuso, enviándole dos mensajes diferentes.

—«Parece que algo no te sienta bien ¿qué sucede?» Insistió Juan

—«Te dije que estoy bien... Juan, solo quiero verte» dijo Susana.

Juan, miró por unos segundos el último mensaje de Susana, respiró profundo y se resignó.

—«Vale... ¿cómo te fue hoy, aparte de lo ocurrido con Marta?» preguntó, cambiando de tema, empezar con un aire nuevo.

Hablaron por las siguientes dos horas hasta que Susana pidió tregua para dormir. Ambos se despidieron y se abrazaron a la expectativa del siguiente día.

Alberto, se estaba despertando de una noche intensamente erótica con el amor de su vida. Estaba decidido en hacer lo que fuese para poder repetir aquel encuentro, y, de ser posible, experimentarlo de nuevo todos los días. Marta lo despidió en su puerta para que fuera a reservar su habitación en el hotel.

—Pero, ¿no puedo quedarme? Quiero quedarme para poder estar contigo se acercó a ella, la cogió por la cintura y le robó un beso.

Parecía que estuviesen a punto de hacerlo de nuevo. Marta, le repuso con la misma intensidad, sintiendo como sus músculos se preparaban de nuevo para aquella sensación que él causaba en ella.

—No... se rehusó, alejándose de él □ ya dije, Al... solo fue esa vez, no podemos hacerlo de nuevo...

—Pero...

—Pero nada. Ahora vete antes de que Susana venga a visitarme. Seguro viene para aquí.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Todo, y no te voy a decir. Así que márchate. Luego hablamos... creo.

Alberto se dio media vuelta lleno de resignación y tomó el primer cruce que vio. No sabía para donde ir ni cómo hacerlo, pero, no quería seguir discutiendo con Marta.

Todo parecía ir de maravilla hasta que de pronto, como si nada hubiese sucedido, ella le pidió que se fuera. No comprendía el motivo de su desesperación, pero, de algún modo u otro, ella parecía haberse arrepentido de llevarlo hasta su casa. Tras haber caminado cinco cuadras decidió llamar a alguien para que fuera a buscarlo.

En lo que sacó su móvil de bolsillo, se percató que le entraba una llamada de Juan.

—Al... ¿Dónde estás? Creí que estarías en el hotel.

—Juan, amigo, qué haces en España, ¿y el trato con los compradores?

—Todo bien, lo cerré temprano y decidí venirme una vez lo hice. ¿Estás bien? Te noto apagado.

—No amigo, es Marta, me trae loco.

—¿Qué pasó? ¿Está bien?

—Sí, ella está de maravilla, pero, hoy se ha despertado diferente y me ha sacado de su casa.

—¿Sacado de su casa? ¿Qué hacías tú allá?

—Me quedé anoche ahí y luego de entrar, una cosa llevó a la otra y terminamos haciéndolo en el sofá... luego en su cama, luego en su baño, en el suelo, en el balcón...

—Vale, vale. Ya entendí ¿En dónde estás ahora?

—No sé, he caminado varias cuadras desde su casa ¿Y tú?

—¿Yo? Estoy manejando camino a casa de Susana... estoy por...

De repente, lo vio caminando por la acera todo desarreglado hablando por el móvil. El movimiento de su boca se retrasaba unos segundos con las palabras que este escuchaba por el altavoz del coche. Puso el freno rápidamente y se detuvo a unos cuantos pasos detrás de él. Puso retroceso hasta su posición, bajó la ventanilla del copiloto y llamó su atención.

—¡Al! Amigo, sube... le llamó.

Alberto, abordó el coche en silencio y no dijo más nada el resto del camino. Juan, tomó en cuenta la idea de no ir a casa de Susana para encontrarse con ella, ya que, podría ser incomodo llegar con su amigo. Así que tomó el siguiente cruce en U y regresó al hotel en donde ya había apartado la habitación más costosa.

—Te voy a dejar en el hotel para que estés tranquilo a solas.

—¿Y tú para dónde irás? preguntó decaído.

—Te dije que me encontraré con Susana. Quería que fuese a su casa y para allá voy.

—¿Cómo te comunicaste con ella?

—Eh... pedí su número en el hotel, cuando llegué para preguntarle qué había sucedido mintió.

—Vale dijo, sin ánimos de seguir indagando.

Juan, llevó a Alberto hasta su habitación de hotel. Una vez lo dejó ahí, se devolvió a la casa de Susana como si nada hubiese pasado. Mientras tenía tiempo, le escribía para explicarle todo lo que hacía.

En menos de una hora ya se encontraba en la dirección que ella le había dado.

Tocó a su puerta con el corazón palpitándole en la garganta. No la veía desde que se despidieron en febrero de ese año. No sabía por qué estaba ahí, o si eso significaría algo para el avance de su relación. Lo que le importaba era que no se detendría. Desistir, jamás.

Harry, comenzó a ladrar al escuchar el primer golpe a la puerta. Se abalanzó a esta como si quisiera tumbarla, preparado para inspeccionar al extraño que estaba invadiendo su territorio. Susana, salió de su habitación apresurada para

atender al llamado del mundo exterior. Suponía que sería Juan, eso esperaba.

Abrió la puerta, abrazando a Harry por el cuello para que no le saltara encima y le saludó.

—Juan, por fin llegaste dijo, luchando con la fuerza de su perro.

—Sí... repuso Juan, viéndola controlar a Harry, preocupado por la seguridad de Susana □ por fin. Me conseguí a Alberto de camino para aquí y tuve que regresarlo al hotel.

—Qué bueno... Pasa, pasa. Deja que ponga a Harry en el patio y así no te molesta. Aun deteniendo a su perro.

—No, tranquila, déjalo que me huela, así sabrá que vengo en son de paz.

Susana, le dio a entender con una mueca que se lo había advertido. Soltó a Harry y de inmediato saltó sobre él haciéndolo caer de nalgas al suelo. Comenzó a olerle el rostro, el pecho. Inspeccionó todo su cuerpo para saber exactamente quien estaba entrando a su casa. Por varios minutos estuvo en esa posición, mientras Juan no hacía más que actuar con calma.

Susana, los veía conocerse mientras se burlaba del miedo que Juan pintaba en su rostro. Cuando Harry por fin se acostumbró a Alberto, lo dejó ir luego de pedirle que le acariciase la cabeza. Le lamió el rostro y se marchó.

—Eso no me lo esperaba dijo levantándose, limpiándose la zona de la cara en que Harry le había besado.

—Bueno, suele ser así con las visitas.

—Es un amor... dijo con sarcasmo.

—La verdad sí. Sólo que es un tanto inquieto.

—Entonces, ese es tu príncipe azul dijo, sacudiéndose el traje.

—Exactamente. Te dije que era grande.

—No lo dudo, no conocía esa raza de perros. Es magnífico.

—Lo sé, por eso lo amo. Es el único hombre en mi vida.

—Sí... el único. dijo Juan, sintiéndose mal por las palabras de Susana.

Ella, pudo entender el gesto, y ambos se quedaron en silencio. Pero, no permitiría que todo se arruinara de nuevo. Había llamado a Juan por una razón

y no lo echaría a perder.

—Pero bueno, no te preocupes que eso se puede cambiar le alentó Susana, sabiendo que él entendería a qué se refería □ siéntate, ahí señaló el sofá □ si quieres enciende el televisor., no sé. Espérame un momento que debo hacer algo en el cuarto y regreso.

Juan, hizo caso a su sugerencia y se sentó en el sofá que estaba a su derecha. Estaba ahí, atento a lo que sucedería. Harry, se acercó a él y se montó en el mueble, acostándose sobre sus piernas. Supuso que querría que le acariciara y comenzó a tocarlo.

Susana, se recluyó en su habitación para continuar lo que estaba haciendo. Entró al baño, abrió el lavado y empezó de nuevo a rasurarse la pierna en donde lo había dejado antes de que Juan llegase. Tenía tiempo sin hacerlo. Acostumbraba a usar medias cuando le daba tedio hacerlo, pero, por las cosas como esperaba que salieran aquella noche, necesitaba tenerlas completamente afeitadas.

Susana no quería tener una relación apresurada, pero sí quería tener una relación. No sabía cómo lo tomaría Marta o cómo sería su vida después de eso. Pero. No le dio importancia. Cuando llamó a Juan se sentía completamente sola. No tenía a su amiga y no estaba para ella en el momento en que más la necesitaba. No entendía como las cosas habían cambiado en tan poco tiempo.

Antes de darse cuenta, había pasado de estar acostumbrándose a una rutina, viviendo las cosas a su manera y compartiendo solamente con Marta. Pero, luego de la llegada de Juan y Alberto, las cosas comenzaron a ser diferentes.

Ya no se refugiaba en el trabajo como antes cuando se sentía mal, o le pedía apoyo moral a su amiga; ahora, le escribía a él para saber cómo sobrellevar las cosas, qué esperar de una mala decisión o cómo no sentirse mal consigo misma.

Juan se convirtió en su confidente, en su amigo. Hablaban cada noche, lo disfrutaba y dormía como un bebé gracias a ello. Por eso, cuando sintió que no pudo llegar a tiempo para ayudar a Marta, sintió que las cosas ya no eran como antes y, que la única forma de poder superarlas, era comenzando a cambiar a la misma velocidad que su entorno.

En sí, la decisión más difícil que había tomado desde que tenía memoria.

Siempre se acostumbró a moverse por lo seguro, a vivir el momento con un ojo puesto en el futuro y en sus consecuencias catastróficas, lo que le privaba de experimentar nuevas emociones «mejor conocido, que nuevo por conocer».

Su vida comenzó a reproducirse en su memoria mientras se fijaba en cada pequeña zona de su pierna a la cual quería evitar que se sintieran los pequeños bellos que normalmente tardaban dos días en volver a salir. A diferencia de Marta, que aún se las arreglaba para abrazar la idea de no compartir su vida con alguien, ella estaba intentando probar algo nuevo, fresco, diferente.

Al terminar con la pierna que le faltaba, se puso loción. Se puso las bragas que consideraba más presentables y sensuales para solo tapar su cuerpo con un vestido corto de seda que antes usaba para salir y ahora solo se ponía para estar en casa.

Sus pechos redondos se contorneaban con la tela dejando escapar el sutil relieve de su pezón. Se peinó el cabello que aún tenía mojado y fue hasta la sala en donde se encontraba Juan acariciando a Harry mientras veía televisión.

Juan estaba hablando a solas, conversando con total naturalidad

—Entonces, eso es básicamente lo que he hecho hasta ahora con mi vida. No me quejo, disfruto lo que puedo, pero siempre manteniendo la calma, así, como tú, que estás ahí acostado, sin darle importancia a nada...

—Llegué le dijo a Juan, quien levantó la mirada para observarla por sobre su hombro.

—Vaya, regresaste, creíamos que estabas dormida.

—¿Creían? ¿tú y quien más? preguntó, acercándose al sofá por detrás.

—Bueno, estaba aquí, conversando con Harry... y pensamos que te habías quedado dormida. Así que, nos pusimos a discutir cosas interesantes.

—¿Cómo cuáles? preguntó.

—Sobre la vida, luego terminé contándole acerca de mí.

—¿Y terminaste?

—No, estaba en la mejor parte.

—¿Cuál?

—La parte de ella en que te conocí.

Susana, se ruborizó un poco, sonrió y trató de actuar como si nada.

—¿Quieres algo de comer?

—Me gustaría, ¿qué tienes para ofrecerme?

—¿Te vas a poner exigente conmigo?

—No, para nada.

—Vale, ya regreso.

—Bien, te esperamos...

Al cabo de unos minutos, Susana regresó con unas botanas sobre un plato de plástico, para evitar ensuciar las vasijas de vidrio. Harry ya se había bajado del mueble, dejando a Juan completamente solo, en la intemperie de la sala. Ella, se sentó a su lado colocando el plato en medio de los dos.

Juan, pudo ver como su vestido de seda se resbalaba por sus piernas brillantes y suaves. Sus pechos, evidenciaban libertad y una respiración agitada. No pudo evitar notar que algo sucedía, pero, no importaba qué, todo parecía llevarlo a un resultado concluyente y maravilloso.

—Y... este... ¿cómo le ha ido?

—Bien, no me quejo dijo, introduciéndose lentamente a la boca uno de los bocadillos que había preparado anteriormente. No quitaba la mirada de Juan, quien, tampoco la alejaba de ella.

—Sí, pero, con respecto a su vida. Es decir, antes no quería que nos encontráramos hasta que no estuviese segura a qué se debía nuestra «relación» dijo Juan, tratando de pretender que nada sucedía.

—Es cierto, no estaba muy segura de qué quiero. Soy una mujer temerosa...

—¿A qué le temes?

—Al compromiso, al riesgo de conseguirme con algo que no pueda controlar repuso, soltándose cada vez más, sonando cada vez más libre estando al lado de Juan.

Susana, comprendía la fragilidad de las cosas, bien, no estaba haciendo nada que fuese a traerle problemas con su vida ni con su empleo, solamente con ella misma. Estaba luchando contra sus propios principios, al intentar seducir a Juan.

Quería poder demostrarle lo lejos que es capaz de llegar, porque, por mucho tiempo él le insistía en que la vida había que vivirla y que no podía permitir que las cosas se le escaparan de las manos, al solo esperar catástrofe y penuria.

—Pero, entonces, ¿cuándo vas a comenzar a vivir el momento? Te he dicho que, las cosas no necesitan ser controladas, la naturaleza no puede ser obligada a cambiar de rumbo porque es silvestre y libre.

—Lo sé... repuso Susana, depositando lo que quedaba del bocadillo que estaba mordiendo.

—Entonces... ¿cuándo empezarás?

—Ahora...

Susana, se acercó a la entrepierna de Juan, le bajó la bragueta y comenzó a buscar su miembro con la mano. Este, no tenía la intención de detenerla, ni por muy sorprendido que se encontrase con respecto a la manera en que las cosas cambiaron de dirección.

Su pene, se asomó entre su pantalón y ella. Lo miró profundamente como si quisiera leer el futuro en él o como si quisiera conocer los más oscuros secretos del mundo.

No quería soltarlo, porque no había nada mejor que su pene en sus manos; el sentir como crecía rápidamente, el olor que emanaba, la firmeza, y su jadeante respiración al rozar su glande, era algo que no quería dejar de experimentar.

Juan se acercó cuanto pudo a ella y con sus manos recorrieron su cuerpo conociéndolo al detalle, demorándose en cada agujero que encontraba, sus dedos llenaron su vagina mojada y deseosa, jugaron con el borde de su ano, se perdieron entre sus nalgas para adentrarse a la aventura.

Cuando tenía el pene lo suficientemente duro, firme y erecto, se la metió en la boca para sentir el placer de su instrumento palpitante, solo pudo percibir aquello como una exquisita sensación.

Susana envolvió su falo con la lengua y recorrió cada centímetro, bajando hasta sus testículos que estaban hinchados; le hablaban acerca de su mayor secreto, de que ocultaban mucha leche, a lo que ella respondió «me encanta todo» Cambiaron de posición, esta vez era un sesenta y nueve. Lo lograron dominar en el reducido espacio que tenían en el sofá.

Juan, comenzó a jugar con su lengua y a hurguetear su vagina como si quisiera entrar a otra dimensión. Apretaba suavemente su clítoris con los labios haciendo que Susana comenzara a ver las constelaciones en su mente.

Una vez de frente a ella, le tomó la cara con las manos y acercó sus labios a los de ella dándole un profundo y delicioso beso. Le cautivó de tal manera, que no esperaba que, habiéndose tragado su carga, él fuese a besarla con tanta intensidad.

Susana se levantó sobre él dejando correr las tiras de su vestido sobre sus hombros hasta que este comenzó a deslizarse por todo su cuerpo.

La tela se mantuvo unos segundos atrapada en sus pezones erectos, pero, siguió cayendo hasta el suelo, como si entendiese sobre sensualidad y pausa. Ella, lo apartó rápidamente con uno de sus pies a un lado para quitarlo del medio. Sus bragas, estaban mojadas y se veía desde lejos.

Juan, escrutaba la sensualidad de sus curvas, apreciando cada detalle de su cuerpo. Sentía el sabor de su vagina en la lengua, como si estuviese repitiendo un manjar agridulce y perfecto. No quería que esa escena terminase nunca, pero, Susana tenía otros planes.

Caminó de puntillas, lentamente, marcándole el paso e indicándole con la mano que viniese, que se preparara para lo que le iba a tocar.

Él se desvistió mientras la veía caminar, aceptando su invitación al interior de la casa. Cuando notó que se perdió en una habitación, aceleró el paso, ingresó y la encontró acostada, en el medio de la cama, con las piernas abiertas, pidiendo a gritos que la penetrase con todas sus fuerzas.

Juan, entendió a la perfección aquel mensaje, no necesitaba palabras, ni algo que le indicara qué hacer. Así que habiéndose desvestido por completo, sin más nada entre su piel y la de ella, fue acercándose e introdujo lentamente su pene exprimiéndole un gemido de placer a Susana, tal cual una olla de presión libera vapor.

Se escapó de ella ese grito que invadió los sentidos del hombre. Ella sentía, mientras miraba su rostro, como se abría camino, lentamente, con pausa y paciencia, para entrar en ella

—¡Qué delicia! Gritó Susana cerrando los ojos, tan solo dejando que el goce que quedaba luego de que el deseo se encontrase satisfecho.

Juan comenzó a moverse lentamente, saliendo y entrando, haciendo que los gemidos de Susana se mantuvieran en compás con sus movimientos. Él se acercó a ella, en plancha apoyándose del colchón, mientras Susana lo abrazaba y le gemía al oído.

—Sí... sí... sigue así, no te detengas, no dejes de metérmelo dijo, y repitió entre gemidos, con una voz lasciva y seductora que ayudaban a generar más excitación en Juan.

Juan, mantuvo el mismo ritmo, para sentir cada centímetro del interior de Susana. Quería tatuarse la sensación de su vagina en el pene como si no quedase espacio para algo más en su vida, hasta que ella le dio una nueva directriz.

—Más rápido, métemelo más rápido...

Juan, aumentó la velocidad, se sostuvo con mayor fuerza y comenzó a embestirla más y más rápido. Los gemidos de Susana comenzaron a transformarse en gritos, en palabras de éxtasis y en susurros de placer. No podía controlar su cuerpo, trataba de moverse al mismo ritmo que él porque no le era suficiente el quedarse acostada sintiendo como aquel grueso e inmenso pene le perforaba como su fuese una madera dándole paso a un clavo.

Él, no solo empezó a darle más rápido, sino también, a penetrarla con más rudeza. Continuaba sus movimientos, dándole sabor a la vida de Susana, dejando que su placer se evidenciara en la forma en que su cuerpo se escurría entre las sabanas, se adhería al suyo y se retorció de placer.

Juan, no dejaba de moverse, de agitarse y de sentir como la voz, el sudor y el olor de Susana le invadían el cuerpo y la hacían más agresiva, más libre... menos controladora. La mujer que él conocía, se transformó en una fiera salvaje que necesitaba del placer para existir, para sentir.

Con los ojos cerrados, repetía que aumentara la velocidad, que le diera con más fuerza, que la penetrase, que la besara.

Juan, le tomaba uno de sus pechos con una de sus manos, levantaba su pelvis con la otra para maximizar la profundidad de su embestida.

De repente, la cargó y, estando de pie, ella se enganchó en su cuello, apretó con sus piernas y Juan la cogió por las nalgas para comenzar a moverla al ritmo que a él le apetecía.

Ella sentía como su pene chocaba con su útero, con sus paredes y como sus labios se deslizaban por su falo. Juan, le besaba el cuello, deseando poder introducir la lengua en su boca, pero, Susana estaba muy concentrada gritando y exteriorizando su placer.

En pocos segundos, la segunda carga de Juan comenzó a escurrirse por las piernas de Susana. Esta, sintió como un líquido caliente le invadía la vagina. Y, con el choque de una última embestida, alcanzó otro maravilloso orgasmo.

Juan, había conseguido poder penetrar a Susana. No de forma física ni sexual. Logró acercarse a ella hasta el punto en que accedió a compartir con él de manera personal, cosa que no hacía con alguien a menos que realmente lo quisiera, obviamente.

Para ella, las relaciones eran innecesarias e infructíferas. No llenaban a nadie ni la hacían mejor persona. El hombre era solo una herramienta de placer, fútil para la vida, para el futuro y para ella misma.

Ahora todo era diferente.

Juan, se levantó ufano aquella mañana. A su lado, estaba de espaldas Susana, quien aún se encontraba desnuda. Parecía totalmente dormida; era fin de semana, no se levantaría temprano. Pero él, se estaba acostumbrando al cambio horario.

Susana, había pasado la mejor noche de su vida hasta ese momento, no quería hacer más nada que repetirla todos los días, como nunca antes lo había esperado. Marta no tenía esa misma concepción de las cosas que ella, ya lo había superado, estaba dispuesta a darle el sí a Juan para poder establecerse como pareja, pero, esta vez sí debía comentárselo a su mejor amiga.

Entre sueños y recuerdos, repetía cada momento que experimentó con Juan, que quería repetir y un futuro en donde se involucraba a los dos llenos de momentos alegres y felices.

En ese momento, se percató que debía tomar una decisión, que debía aceptar algo a lo que no se estaba acostumbrando.

Juan, fue consiguiendo lo que quiso desde hace meses. Hasta ahora, estaba llegando a un punto de su vida en el que las cosas comenzaban a tomar su rumbo, a planear el futuro, a sentar cabeza... lo que fuese que quisiera, estaba siendo forjado con facilidad en el momento en que se encontraba luchando con la lengua de Harry que le estaba obligando a moverse.

No se sentía infeliz, incompleto o inútil. Todo lo que necesitaba estaba en frente de él, tenía un nombre un apellido y un hermoso par de ojos color marrón claro. Estuvo buscando que algo así sucediera, y, luego de mantener la calma, ser paciente y nunca rendirse, lo consiguió.

Hay que ser concluyente

Marta, se acostó pensando en lo mucho que deseaba tenerlo a su lado para quedarse dormida sobre su pecho. Se arrepintió, por unos instantes, de haberlo hecho que se fuera, pero, desistía de darse golpes en el pecho con respecto a Alberto. No le importaba cuanto le costase, no permitiría sentirse a gusto con alguien que no fuese ella misma, o en su defecto, Susana. Era reacia, no se dejaría hacer cambiar de parecer.

—Mar, tenemos que hablar le dijo Susana, una tarde en su casa.

—¿De qué? ¿sucede algo?

—Más o menos

—¿Es grave? le preguntó Marta, tratando de descifrar a qué se debía su repentina intervención.

—Es importante aseveró Susana.

—Vale, dime entonces.

—Primero: ¿cómo va tú relación con Alberto? preguntó con puntualidad y seriedad.

—¿Mi relación con Alberto? No muy bien. Siquiera sé si puedo decirle que es una relación, a penas y nos vemos y la última vez que lo hicimos, estábamos aquí, cogiendo.

—Ya va, ¿lo hiciste con Alberto?

—Sí... aquella noche en que César trató de atacarme.

—Entonces, la vez que... tú... divagó Susana, tratando de ponerse al día con lo que había sucedido hasta ese entonces.

—Sí... Lo siento, sé que estábamos de acuerdo en que no haríamos algo así y que... trató de excusarse.

—Yo tuve sexo con Juan la noche siguiente a esa le arremetió Susana.

—Ya va, ¿qué? preguntó sorprendida. No esperaba que eso fuese a suceder, más bien, pensaba que estaría decepcionada de ella por haberse acostado con Alberto. Pero, no fue así.

—Y lo hemos estado haciendo desde entonces.

—Susan, han pasado dos semanas desde ese entonces... ¿me estás diciendo que han cogido por dos semanas enteras?

—Sí dijo Susana □ ¿lo siento? hizo una mueca de lastima.

—No puedo decirte nada... este... pero, pudiste haberme dicho antes.

—Pues yo creí que no querías saber nada al respecto.

—No es lo mismo, no querer tener una relación y no querer saber cuándo coge mi mejor amiga espetó Marta.

—Oye, no es mi culpa, estoy decidiendo tomar las riendas de mi vida... tú deberías hacer lo mismo. ¿A caso no has visto a Alberto desde entonces?

—¡No! exclamó Marta □ le he estado evitando porque creí que debíamos mantenernos firmes en ante nuestras convicciones.

—Pero, ¿no quieres nada con él?

Marta, se mantuvo en silencio ante esa pregunta. No quería responder, no quería demostrar que sentía algo por Alberto y que lo estaba dejando alejarse, pero, sus ganas por mantener su palabra, que poco a poco se hacía vacía e inservible, eran más fuertes.

—¡Vamos, Mar! exclamó Susana □ ¡Dime!

—¿Qué quieres que te diga? inquirió Marta rompiendo su silencio.

—Qué es lo que sientes por Alberto. Para saber si realmente mereces quedarte sin él.

—Susan, yo...

—¡Dime!

—Creo que lo amo...

—Entonces...

—Eso no es algo con lo que pueda luchar, y si debo callarlo, lo haré, no importa qué.

Alberto, estaba sufriendo la soledad a la que Marta lo confinó. Quería poder verla, quería poder estar con ella, pero, no se atrevía a acercarse, no después de la vez en que le dijo que no podía quedarse con ella. Por un instante, por un breve y hermoso instante, pensó que todo podría ser mejor, que las cosas podrían cambiar para bien, pero, aquella angelical pelirroja se las arregló para desterrarlo del cielo.

Pasaron los meses y ambos se encontraban por los pasillos del hotel como si fuesen desconocidos. Sintiendo en su interior un hormigueo que les pedía lleno de angustia que gritasen lo que querían decir, pero, Alberto no se atrevía por temor a ser rechazado de nuevo y ella por temor a no poder soportar una relación como una persona normal.

En cuanto a Susana y a Juan, vivían el momento como si fuese una película de aventuras y sexo.

Por meses se encontraban en secreto, entre los pasillos del hotel, mirándose con sumo cuidado para no ser demasiado obvios. Susana, estaba abrazando la idea de estar con Juan, pero aún no se atrevía a contárselo a Marta.

Marta, no dejaba de pensar en lo estúpido que era que su amiga le dijese que lo intentara con Alberto. ¿A caso no cree en sus ideales? ¿A caso ya no quiere el éxito de su lado?

Alberto, se escondía del dolor, de la pena y de los sentimientos rotos. Quería contarle a su chica que el por qué debía estar a su lado, por qué debía compartir su tiempo con ella. Pero no se atrevía a salir de su cueva de medio millón de euros la noche.

Un día, en el que las cosas parecían ir como de costumbre, Juan, atrapó a Susana y la recluyó en su habitación.

—¿Qué estás haciendo? preguntó Susana, recostada de la puerta que acababa de cerrar Juan.

—Te necesito... ahora mismo repuso, halándole lo más cerca que podía de su rostro.

—Pero, no aquí. Nos podrían descubrir, me podrían despedir aseveró, respirando el aire, con los ojos cerrados, como si fuese una droga para ella, que exhalaba Juan.

—No lo creo, de todos modos, le pides permiso a Marta, ya es la gerente ¿o

no? le dijo, mientras comenzaba a apretarle los pechos y a meter su mano por debajo de su falda.

—Sí, pero así no funcionan las cosas le dijo, controlando sus deseos para poder hablar con calma.

Entonces, Juan dejó de moverse con brusquedad.

—Bueno, me detendré si me dices que no quieres hacérmelo en este instante.

Susana, pensó por unos segundos, como si realmente necesitase hacerlo, lo miró a los ojos y reaccionó.

—Me importa un carajo...

Se abalanzó sobre él y comenzó a besarlo.

* * * *

Marta, estaba sentada en su nueva oficina, esperando a que las cosas en su vida se pusieran en orden. No sabía cómo reaccionar, ni cómo prepararse para todo lo que le rodeaba. Susana, se acercaba ocasionalmente por allí para ver el estado en que se encontraba su amiga. Descuidaba su estado físico, no le importaba lo que hacía. Algo le sucedía y ella quería saberlo.

Alberto, comenzó a resignarse con respecto a lo que sucedía, Marta seguramente no lo quería y él no iba a estar mendingándole amor a más nadie. Su amigo Juan estaba triunfando en lo que él una vez estuvo a la delantera, pero, ahora las cosas no parecían tan bien como solían serlo. Por lo que, decidió alejarse de aquel lugar para siempre y regresar a donde realmente vivía.

—Al... ¿para dónde vas?

—A mi casa, ya no tengo motivos para quedarme en este lugar dijo Alberto, apagado, tomando sus maletas.

—Pero, amigo, ¿por qué no intentas un poco más? le dijo Alberto, tratando de detenerlo con las palabras.

—¿Intentar qué? No sirve de nada, Juan... estoy persiguiendo mi propia cola en este instante. Ella no quiere nada, siquiera me saluda o me escribe. A veces

siento que ni siquiera me ve cuando me pasa, por un lado.

—Pero, tú mismo me has dicho que debo tomar la iniciativa, y lo he hecho, y mira como me ha servido. ¿Qué te detiene ahora?

—Ella. Que no quiero hacer nada que ella no quiera. cogió su saco, lo guindo en su brazo y tomó las maletas. Se acercó a la puerta y regresó el rostro para hablar □ Yo esperaba que estos viajes tuviesen una abundante dosis de erótica, en su defecto, muchos momentos románticos, pero, en vez de eso, el escritor de mi vida solo nos dio pequeños momentos inútiles, accidentes y pensamientos estúpidos que no me llevaron a más que a un callejón sin salida y a una experiencia llena de ilusiones.

—Pero Al... no digas esas...

—No, Juan. No importa ya. Dale un abrazo a Susan de mi parte, dile que intente, pero, no pude.

Alberto, salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Estaba decidido a marcharse y se llevó sus sueños rotos en la maleta. De inmediato, Juan intentó contactar con Susana para contarle lo que acababa de pasar.

Susana, se encontraba en frente de la oficina de su mejor amiga, viendo cómo se daba golpes de pecho por una decisión estúpida de mantener el margen entre sus intereses personales y algo llamado éxito.

—¿Mar? ¿Estás bien?

—Susan... dijo, interrumpiendo sus pensamientos □ este, ¿Qué si estoy bien? Claro que sí, ¿por qué habría de estar mal? pregunto nerviosa, comenzando a escribir en la computadora.

—Porque, estas sentadas, frente a tu computador apagado, pretendiendo que estas escribiendo.

—Ah... esto se sorprendió mintiendo del asco □ no es nada, solo estaba, probando el teclado y...

—¿Cómo van las cosas con Alberto? ¿Has hablado con él? preguntó Susan, acercándose a su escritorio.

—No... además, no quiero dijo Marta, acomodándose en su asiento nuevo.

—¿Por qué, exactamente? inquirió Susana, sin entender muy bien lo que su amiga quería decirle.

El móvil comenzó a vibrar, pero, Susana no quería darle interés, no antes de resolver las cosas con Marta.

—Porque estoy preparada para vivir el mejor momento de mi vida. Ya conseguí ser la gerente del lugar, pero no significa que deba permitirme fijar en otras cosas.

—¿Lo vale? preguntó, luego de colgar la llamada sin ver de quien era.

—¿Qué? ¿Todo esto?... miró a su alrededor □ yo digo que sí

—Y ¿lo que sientes por Alberto?

—No me importa, además, te tengo a ti, ¿Qué más necesito? aseveró Marta.

—Este, de eso quería hablarte dijo, Susana, bajando la mirada por la pena de decirle a su amiga que había cambiado de parecer.

—¿De qué?

—Que estoy pensando en comenzar a salir formalmente con Juan. subió el mentón, llena de seguridad □ . Creo que puedo vivir la vida que quiero a lado del hombre que me hace sentir bien.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace más o menos dos meses. Nos hemos estado viendo regularmente, saliendo. Pero, no lo hemos hecho oficial.

—Pero, entonces, ¿me quieres decir que estas dejando todo a un lado? preguntó Marta, dejándose invadir por la duda.

—No todo, Marta. Te estoy diciendo que puedo obtener lo que me dé la gana siempre y cuando sepa administrar las cosas. No voy a dejar pasar la oportunidad de mi vida solo porque tengo pareja, ni mucho menos dejaré ir al hombre que amo porque no sepa diferenciar entre el trabajo y la vida que me toca vivir le sermoneó

—Susan, yo...

—Nada interrumpió □ Marta. Debes entender que hay cosas que no puedes controlar, yo lo sé, no puedo prepararme para todo, no puedo hacer que la naturaleza deje de ser silvestre y pura. Debo adaptarme, crecer y evolucionar con mi entorno ¿Qué te cuesta a ti?

—¿Qué quieres que haga entonces? inquirió, llena de curiosidad y deseosa de

poder hacer las cosas adecuadamente.

—Que te levantes y le digas a Alberto lo que sientes, que te disculpas con él por haberle obligado a alejarse.

—Pero, eso es arrepentirme

—No, eso es mejorar. No estás arrepintiéndote, estas mejorando tu futuro.

Su móvil sonó de nuevo, insistentemente. Así que decidió atender.

—Espera un momento, Mar. Déjame atender esto un segundo.

Marta, asintió con la cabeza y Susana respondió sin ver de quien era.

—Hola, ¿Qué sucede? Por favor, dígame rápido que estoy un tanto ocupada dijo Susana con severidad.

—¿Susan? Soy yo, Juan. Estoy buscándote por todos lados. Necesito que contactes a Marta, Alberto se va a ir y no va a querer saber más de ella. Me gustaría poder hacer que hablen, aunque sea una última vez, antes de que se recluya de nuevo a estar solo... no quiero que...

—¿Qué Alberto se va? repitió Susana para que Marta entrase en contexto. Quería hacerle ver un punto.

—Sí... eso fue lo que dije. Oye, sé que no es gran cosa, que él puede irse cuando le plazca, pero, no quiero que se vaya con el corazón roto. Por lo menos dile a Marta que se encuentre antes con él y trate de arreglarlo todo.

—Sí, eso intento hacer. De hecho, estoy aquí con ella le dijo Susana a Juan, articulando cada palabra para que Marta supiera que estaban hablando de ella.

Marta se levantó al notar que estaban hablando de ella e intentó preguntar a que se debía todo eso, pero, Susana la interrumpió antes de comenzar.

—Bueno, Mar... tienes una última oportunidad para hablar con Alberto. Está camino al aeropuerto para irse y no regresar a verte más.

—¿Entonces? Ni que no pudiera verlo después.

—Pero buscará a hacer una vida sin ti. Te arrepentirás y lo sabes.

—Yo...

—Nada, ya sabes lo que quieres y yo te voy a obligar a buscarlo... espetó Susana, la tomó por el brazo, cogió sus cosas □ vente que vamos a buscar a

Alberto.

—Pero...

Marta y Susana caminaron hasta el lobby en donde se encontraba Juan esperándolas. No se dijeron nada, solo caminaron hasta la puerta y abordaron el coche que ya los estaba aguardando para salir al aeropuerto. Juan, tomó el volante y manejó a toda velocidad para llegar cuanto antes.

Susana y Marta se encontraban en silencio. La segunda, estaba pensando en lo que sucedería si Alberto se iba. Ya se había mentalizado a que podría funcionar, a darle ese sí que por tanto tiempo él buscó que le dieran.

A minutos antes de que Alberto abordara el avión, por un maravilloso, poético y novelesco Deus Ex Machina, aparecieron en el aeropuerto justo a tiempo. Las cosas no parecían reales, no se veían como algo que normalmente sucedería en la vida real, tal vez, esa era la vida que le deparaba a ambas, un mundo lleno de cosas maravillosas que no les sucede a los simples mortales.

Se encontraban en el medio de un hangar, abrigándose por el frío que les invadía gracias a las fuertes corrientes de aire que provenían de los despegues de otros aviones. Marta, se bajó del coche y miró a Juan para saber qué hacer.

Él, le hizo una señal con la cabeza para que se adelantara, para que fuese a detener el despegue, aunque de todos modos este ya había llamado para que se retrasaran, de todos modos, buscaba un poco de dramatismo en sus vidas.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? preguntó Juan a Susana mientras se quedaban viendo fijamente a Marta correr hacia el avión estacionado.

—No... repuso Susana, sin quitar la mirada de su amiga.

—A Casablanca.

—¿La película? preguntó, viendo a Juan con complicidad.

—Sí... la película. El aeropuerto, una confesión de amor (espero) Y un avión a punto de despegar.

—Solo hace faltan unos cuantos nazis, pero, es casi lo mismo. regresó la mirada hacia Marta, que parecía estar más cerca del avión.

—Exactamente repuso Juan asintiendo levemente con la cabeza.

—La verdad, yo estaba pensando en El Guardaespaldas, no sé, también es otra escena de un avión.

—Eres increíble dijo Juan, deteniéndose a ver a Susana con una mirada llena de fogosidad.

La cogió por la cintura y le plantó un beso en los labios. Luego de que ella se dejara besar, y un intercambio apasionante de deseo y furor se escapó de su boca para hablarle.

—Siento que te amo...

Marta, corrió como pudo hasta el avión. A unos cuantos pasos antes de llegar a él, se dio cuenta que siquiera tenía los motores encendidos. Así que, desaceleró el pasó y trató de buscar a Alberto entre las ventanillas que tenía la nave.

Alberto, se encontraba viendo hacia afuera cuando una mujer de cabello rojo se acercó a la ventanilla por la que miraba. Se le quedó penetrando fijamente con los ojos buscando hacerle entender que debía bajarse del avión en cuanto antes. Él, entendió el mensaje. Sabía que alguien había mandado a detener su vuelo, porque, llevaba más de media hora siendo retenido y no le permitían salir.

En cuanto Juan dio la orden, le abrieron la puerta a Alberto para que saliera.

—¡Alberto! ¡No te vayas! Por favor le gritó Marta, viéndolo salir por la puerta que acababan de abrir.

—Y, ¿más o menos por qué?

—Porque te amo, porque fui una estúpida y no debí decirte que te fueras esa tarde. Debí dejar que te quedaras conmigo, que durmieras conmigo.

—¿Crees que eso es suficiente? ¿Una disculpa y todo está arreglado?

—Bueno, no sé cómo funcionan las cosas, pero, sí. Solo tengo eso, una disculpa exteriorizó Marta con puntualidad □ ¿qué quieres que haga para que me perdones?

—No sé, Marta. No sé. Estuve mucho tiempo pidiendo que estuvieses conmigo pero siempre me decías que no. Dime por qué le gritó Alberto desde el borde de la puerta, sin moverse, sin bajar.

—Porque quería estar sola, porque pensé que podría llenar mi vida de éxitos si tan solo me mantenía soltera, sin relaciones, sin nada a lo que acostumbrarme. Te veía como una carga, que ibas a detener mi crecimiento.

—Marta, soy endemoniadamente millonario, ¿exactamente como piensas que eso te va a retener?

—¡No sé! Te dije que fue estúpido.

—Fue bastante estúpido Mar... estuviste más o menos dos meses evitándome. Mar, eso no se hace.

—Yo sé... discúlpame, por favor dijo, viendo hacia donde se encontraba Alberto, arriba, aún sin moverse.

—Marta, se me es difícil, aun así, deshacerme de ti. No sé cómo no pensar en estar contigo...

—Entonces...

—Marta, realmente no me estaba yendo, hace media hora llamaron al avión y no me dejaban salir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tuve tiempo suficiente para arrepentirme de mi decisión, pero, no sé si tú realmente estés arrepentida de la tuya.

—Me arrepiento de no haberte llamado más.

—¿Segura?

—¡Sí! exclamó Marta □ ¿Puedes por favor bajar de una buena vez? ¡Ya te dije que te amo! ¡No me hagas seguir rogándote! ¿Sí?

Alberto comenzó a bajar las escaleras para acercarse más a Marta. Llegó a estar a unos cuantos centímetros de ella, para hablarle sin tener que gritar.

—Te ves demasiado hermosa haciéndolo. Quería disfrutar un poco más del momento.

—Pero, no me hagas eso. Porque estaba a punto de ponerme a llorar para que te indignaras a bajar del avión.

—¡rayos! Habría esperado a ver eso bromeó Alberto.

—¡No! le golpeó el pecho □ No hagas eso. Mira que ya me están dando ganas de llorar de todos modos dijo, con la voz quebrada.

Alberto, soltó una carcajada y se acercó un poco más a su rostro.

A lo lejos, se veía como algo completamente romántico.

—¡Oh! ¡mira, mira!... exclamó Susana, queriendo llamar la atención de Juan □ mira. Alberto se bajó. Creo que la va a besar.

Ambos se quedaron en silencio viendo lo que iba a pasar.

Alberto, acercó sus labios a los de Marta, quien, llena de expectativa, recibió sus calientes labios para compensar la pérdida de calor que llevaba experimentando desde que llegó a aquel lugar helado y solitario.

Ambos, se fueron perdiendo en el momento, deambulando en el recuerdo y en el futuro. Ella, se imaginaba las cosas que podría hacer de ahora en adelante, mientras que, él, solo pensaba en un mundo en el que todo fuese para ella.

A lo lejos, Juan y Susana se encontraban viendo como aquellos dos enamorados se entrelazaban en los labios del otro, buscando calor, vida y alimentando su amor.

Por unos cuantos minutos se quedaron en aquel lugar tan solo observando, o besándose. Los cuatro, se encontraban determinando las cosas que sucederían en el futuro. El éxito ya no era una excusa, el amor tampoco.

Las amistades se hicieron más fuertes, las relaciones se forjaron bajo una concepción firme y decidida. Ninguno de ellos esperaba separarse pronto, y, de ser posible, poder mantener esa experiencia de compartir mutuamente como si fuesen una familia grande.

Al cabo de un tiempo, Susana y Marta decidieron renunciar al hotel. Tenían buenas referencias, experiencia y una vida por delante. Se hicieron con los apellidos de sus esposos. Con su dinero, decidieron montar un hotel entre ambas, podían cumplir sus sueños de éxito. No les faltaba nada, no necesitaban a más nadie.

Las cosas saldrían acordes a lo que ellas deseaban y forjarían su propio futuro. La diferencia era que, esta vez, no lo harían solas, no se hallarían las dos alumbrando sus caminos porque, detrás de ellas, se encontraban aquellos hombres que darían cualquier cosa por hacerlas feliz.

Lo tenían todo, solo les faltaba, poner en práctica lo que por tanto tiempo desearon. Su vida, estaba a punto de comenzar.

Título 3

Sobrecarga

Romance, Erótica y Embarazo con la Estrella del Rock

PRÓLOGO

John Krammer se encontraba un sábado por la noche sentado en el medio de su oficina utilizando su computador portátil antes de acostarse a dormir, por otro lado, Rosalie Frank, se hallaba sumida en los planes de su siguiente trabajo.

Al llegar a casa más tarde ese mismo día, se sentó en el estudio que había en su casa con la laptop sobre las piernas.

De repente John, recibió un correo que llevaba como asunto «léeme y comenta». Por su parte, Rosalie abrió su email y se encontró con un mensaje en su bandeja de entrada.

Cada uno, falló en reconocer el nombre de aquel que se los había enviado, pero, no dudaron en abrirlo, después de todo, eran sus cuentas privadas, solamente cierto grupo de personas las tenían. Abrieron el mensaje y pudieron leer lo que en este decía:

Por favor, le pido que agregue su punto de vista en este documento y me lo reenvíe. Una vez comience a leerlo, puede que sienta la necesidad de opinar al respecto, de ser así, como le acabo de pedir, anótelos en donde mejor le parezca.

En serio, le pido que no se guarde absolutamente nada, así crea que podría ser comprometedor o fuera de lo normal. Sería maravilloso que siguiera la

historia con el mismo nivel de detalle que puede ver ahí, si siente que es demasiado, por lo menos haga el intento y déjelo incompleto, pero no se prive de mencionarlo.

Podrá notar que hay diferentes partes, una, narrada por mi padre, y otra, narrada por mi madre. Si pudiera conseguir que aquellas que no le involucren a usted también sean «completadas», la verdad no sabría cómo agradecerse.

Me estaría haciendo un gran favor, a mí y a mis padres. Si desea saber mis motivos, estaré a gusto de responder a sus dudas, si primero me ofrece esa pequeña asistencia.

P.D: Soy el hijo de Peter y Jane.

Anexado a ello, había un documento titulado: «Sobrecarga por Jane y Peter Durrell». John sintió que era particularmente extraño, no solo recibir tal cosa, sino aquello que le pedían hacer, pero, debido a que tenía el nombre de su amigo y alegaba ser su hijo, no dudó demasiado.

Rosalie tomó por sorpresa que su amiga llegase a tener un hijo con Peter Durrell, hacía tiempo que no los veía y, el que hubiesen llegado hasta ese punto le hacía sentir culpa por todos esos años que perdieron contacto.

John era un músico exitoso con una banda de gran renombre a sus espaldas y una vida artística en crecimiento. Tenía años sin hablar con su amigo con quien compartió el honor de pertenecer al mismo grupo musical.

John y Peter eran los fundadores de una banda llamada The Pursewardens en donde, el primero, era líder, vocalista y guitarrista principal y, el segundo, el baterista, compositor y líder secundario de la banda.

Luego de ello, se hicieron con la fama a temprana edad después de que su música se escuchara por todo el mundo. En la actualidad, su grupo se encuentra parcialmente disuelto con la posibilidad de reunirse, cosa que de por sí, antes de ese momento en que recibió el documento con la narrativa de Pete, era prácticamente imposible.

Rosalie Frank estaba decidida a colaborar con él. Tanto ella como Jane se hicieron estrechamente unidas después de conocerse luego de que Rose comenzó en el mundo de la fotografía. Ella, no comprendía los motivos, no se

habían visto por mucho tiempo, pero, bajo ninguna circunstancia se negaría en ayudar al hijo de su mejor amiga.

Rosalie siempre se sintió atraída por la fotografía, algo que la llevó a licenciarse de Bellas Artes, a vivir de lo que tanto amaba y aquello que la introdujo en el mundo de John.

Rosalie, John, Jane y Peter, compartieron parte de sus vidas, una etapa de esta que los forjó como personas. Partes de esta historia se derivará desde la perspectiva de Rose.

A lo que quiero llegar es que, antes de empezar, es importante saber que Peter y John, Jane y Rosalie, llegaron a ser grandes amigos, inseparables, casi hermanos.

El hijo de estos dos, estaba convencido que podría salvar el matrimonio de sus padres al publicar una obra que, entre ambos, sin darse cuenta, habían completado. Era algo tan sencillo como las anécdotas en un diario.

Ellos, tenían el sueño oculto de publicar una novela que hablase de las cosas que le sucedieron con la esperanza de resolverlo todo, pero, desgraciadamente, nunca se pusieron de acuerdo. Cada uno comenzó lo que creían que debía ser, pero, sin mucho que agregar, no lo lograron.

El chico, había pasado su vida escuchando como sus padres se culpaban por las cosas que les sucedieron a sus amigos, de lo mucho que se extrañaban y de la vida que pudieron tener de las cosas no haberse arruinado.

Al descubrir aquellos manuscritos, decidió transcribirlos y completarlo con las únicas piezas que faltaban, la de John y Rosalie. Desconocía que había sucedido con ellos, qué era lo que pasó luego de que sus padres dejaron de escribir, si terminaron juntos o no.

El punto final de su historia sería puesto por aquellos que la protagonizaban.

Su meta, publicarlo para que sus padres vieran que aun podían hacer cosas juntos. Esperaba que la historia llegase hasta ellos y se dieran cuenta de lo que él trataba de mostrarles.

PRIMERA PARTE

John Krammer no era, ni de coña, la persona que es ahora. Muchos dirán que a sus diecinueve años de edad ya había recorrido el mundo más de dos veces y tenía una vida de éxitos por delante.

Era, junto a mí, el líder de la banda que, entre los dos, formamos cuando éramos más jóvenes. Aún estamos en la cúspide de nuestra juventud, claro está, pero, a pesar de la edad que teníamos, no dábamos la misma imagen ante el ojo del público.

Nos conocimos en un internado que nos dejó el futuro que tenemos ahora. Bien aprendimos gran parte de las cosas que se nos solicitan en la vida, y por otro lado, conocimos a suficiente gente como para hacernos una lista de amigos importante *De ser eso realmente valioso.*, pero, entre las cosas que nos dejaron huella, la música fue la única que nos tocó a ambos.

Peter siempre se sintió atraído por diferentes tipos de arte. A diferencia de mí, quien vivía y moría por la música, Pete consiguió grandes recompensas en asignaturas tales como la poesía. Su habilidad de composición, no solo poéticamente hablando, sino de escribir, lo hacían alguien envidiable. El problema era que plasmar palabras en un papel y ofrecérselas al mundo, no era lo mismo.

El renegaba esas historias rebuscadas y burdas de adolescentes enamorados o en distopías, que hacía que la oportunidad de escribir algo que valiera la pena se le escapase de las manos. Tal vez esta no sea su obra maestra, pero, tal vez le sirva de algo. El hombre desempeñaba un gran trabajo como nuestro compositor, todo gracias a ese talento suyo. □

Desde pequeños nos enseñaban lo básico de la música. Aprendimos de todo cuanto podíamos en las escuelas privadas que nuestros padres pagaban para nosotros. Nos conocimos el primer día de clases, en un salón lleno de niños ricos que se jactaban de lo mucho que sabían.

La mayoría ya había tenido una preparación adecuada antes de asistir a esa institución. Nosotros, por lo contrario, siquiera sabíamos qué era una clave de sol, mucho menos cómo tocar un instrumento.

Recuerdo que la primera vez que lo vi estaba sentado en uno de los escritorios que nos habían asignado antes de entrar a clases. Por obra y gracia del destino, me tocó sentarme casi a su lado. En aquel entonces, yo no sabía nada de él, y no cabe mencionar, que tampoco él de mí.

Al principio, no tenía intención de entablar alguna conversación con John. Él mismo se recluía en el anonimato, en la clandestinidad de las interacciones sociales; por mi parte, no había mucha diferencia.

La razón por la cual me dejé llevar por la música al mismo nivel que mi amigo, fue gracias a las insistencias de mis padres en aprender a tocar el piano y otros instrumentos de cuerda.

En cuanto a John, su excusa era totalmente diferente. Él estaba allí, interesado nada más en las clases de música porque desde pequeño le pareció una expresión más allá de lo terrenal. Pensaba que era la única forma de alcanzar la superación, el éxito, de conseguir la verdadera expresión artística jamás creada. Su pasión se tradujo en grandes ideas y sus ideas se hicieron grandes composiciones.

Creo que no puedo discutir con eso. Al parecer, Pete me conocía más de lo que creía. □

En ese entonces, John se veía como un joven recatado, muy diferente a su personalidad de hace tiempo. En aquel entonces, en nuestros años de escuela, no era exactamente igual al resto de los niños. No llamaba mucho a atención e incluso se me hacía difícil notarlo. Sin embargo, poco tardé en tener interés en él.

Los primeros días de clases no tuve el valor de acercarme, y mucho menos de hablarle. Estábamos a un escritorio de distancia, únicamente divididos por una persona que no era muy conversadora. *Steve Mars, una patada en los riñones, si me preguntan.** □ El tiempo pasó, entre clases y clases, hasta que un día lo vi y me llené de valor para acercarme a él.

¿Por qué? La verdad desconozco qué fue lo que me llevó a hacerlo. En ese entonces no estaba interesado en tener amistades, sentía que los odiaba a todos por la forma en que se comportaban, pero no a John. Cuando giraba a verlo se encontraba en silencio atento a la clase. No le hablaba a nadie ni se acercaba a los grupos de niños que no tardaron en hacerse compañeros unos de otros.

**Luego de un tiempo, varios años para ser más puntual, lo vimos una vez en*

uno de nuestros conciertos. Creo que su vida era realmente deprimente, sentí pena por él. ¿Por qué? Nos hizo la vida difícil, siempre envidioso, molesto, un idiota de pies a cabeza. Después de ello, no supimos más nada de él.

Mientras más lo pienso, creo que me sentía identificado con él, tal vez por eso lo hice.

Un día, desde lejos, lo vi comiéndose su emparedado mientras leía los libros de estudio que yo ya había visto temprano esa semana. No sabía si se encontraba repasándolos o leyéndolos por primera vez *dos días antes de eso me los entregaron* □ , pero, lo que sí parecía era que, estaba muy concentrado en ellos.

—¿Está ocupado? Pregunté, refiriéndome al muro en donde se encontraba sentado en el patio de recreo.

Él, levantó la mirada de su lectura y con el emparedado aun en la boca, me respondió:

—No. Sí quieres puedes sentarte.

—Bien. Respondí.

Los primeros minutos fueron dominados por un total silencio. Yo no sabía que decir y él no parecía interesado en decirme nada al respecto. Una vez me posé a su lado, retomó la atención en sus textos, casi como si no estuviese a su lado, como si no le hubiese respondido nada.

La verdad, no estaba acostumbrado a socializar con nadie, era la primera vez que le hablaba a un chico del internado y por alguna razón que desconocía en aquel entonces, estaba nervioso. John dejaba una vibra interesante a su alrededor, no sé si los demás la percibían o nada más era yo.

—¿Ya leíste este libro? Me preguntó de repente. Parecía que no me hablaría en todo el rato que iba a estar ahí, pero, por algún motivo, rompió la pared de hielo que nos separaba.

—¿Qué? Pregunté sin esperarme aquella pregunta. Claramente la había escuchado, pero, me tomó por sorpresa. John no dijo más nada y giró su rostro para verme, habiendo terminado su emparedado.

No me quedó de otra que interiorizar la información y responderle.

—Sí, lo leí esta semana. Ya terminé todas las practicas que había en ellos. Le enuncié con total naturalidad para no parecer presumido.

—¡Woa! Exclamó asombrado por lo que le había dicho. □ Yo no he podido completar la mayoría de ellas. ¡Menos mal que te sentaste a mi lado! Exclamó de nuevo.

De repente, se levantó y cerro el libro que leía para interpelarme con entusiasmo.

—Tienes que mostrarme cómo terminaste todo.

—¿Ahora? Le pregunté.

—¡Sí, ahora! ¿Sabes en donde dejaste tu guía? Preguntó.

Me puso la mano en frente, invitándome a su mundo. En ese momento me sentí perdido, no sabía qué hacer. De inmediato, tuve la impresión de que, si se la daba, iba a atravesar una puerta de cosas desconocidas; tuve razón. *Tuvo razón.*

Lo dude por pocos segundos antes de extenderme a responderle el gesto y sostenerme para levantarme.

—Sí. Afirmé mientras me sacudía la tierra del trasero con ambas manos.

—Bien, vamos a ver, hay mucho que hacer.

Ese día lo llevé hasta mi morral para buscar mis libros y mostrarle como dominar los ejercicios que nos daban. En él, nos mostraban como aprender lo básico de diferentes instrumentos de cuerda, de aire y de percusión. Yo, los intenté todo y los practiqué hasta poder sentir que podría tocar por lo menos una canción diferente con cada uno de ellos. Tal vez el sueño de mi padre se había tatuado en mi sin que me diese cuenta.

Por varios días John me pidió que le asistiera, que le enseñara lo que había aprendido. Por mi parte, me había hecho con los paso a paso y los modifiqué a mi antojo para hacer más fácil de aprender todo aquello que nos pedían estudiar.

Descubrí, de primera mano, que es una persona de rápido aprendizaje, se notaba que tenía talento porque tocaba con éxito todo aquello que le decía. Una vez le explicaba las pautas desde otro enfoque de aquello que nos mostraba el libro, pudo dominar, al igual que yo, todos esos instrumentos.

Desde ese entonces nos hicimos grandes amigos.

Me halaga que Peter piense así de mí. Normalmente nunca me sentí un prodigio, no como él. Pete siempre fue quien me ayudó a dominar muchas de las cosas que hoy se considera un talento innato.

No teníamos un favorito, todos, por igual, se hacían un deleite ante nuestras manos. Los profesores no tardaron en reconocer nuestro talento y comenzaron a darnos clases avanzadas. A penas teníamos nueve años, no sabíamos ni siquiera qué queríamos para nuestras vidas.

Lo que nos enseñaban era para tocar en filarmónicas, orquestas o ante un montón de viejos y estirados que veían la música con un solo género arcaico. A pesar de todo eso, aprendimos de las habilidades de los mejores, de grandes compositores que dedicaron su vida a la música.

No teníamos ni más de doce años cuando John propuso la idea que nos haría adentrarnos al mundo de la música tal cual la conocemos ahora. En aquel entonces estaban triunfando bandas de gran renombre que viajaban por el mundo tocando sus piezas como artistas, siendo reconocidos por todos quienes decían llamarse amantes del arte.

No había discusión, éramos jóvenes y estábamos llenos de sueños. Ya sabíamos lo que queríamos y haríamos lo que fuese para conseguirlo. Poco a poco, fuimos haciéndonos con los fundamentos básicos de una banda. Incursionamos en diferentes estilos de rock antes definirnos y hacer lo que por tantos años hicimos.

Le dimos a varios tipos de sonidos hasta que tocamos con el nuestro y comenzamos a hacernos de un nombre. Nos llamamos The Pursewardens. John se las hizo para dominar la guitarra como todo un maestro y yo me fui por la batería. Juntos, escribimos cientos de canciones que poco a poco fueron tomando sus rumbos en el mundo de la música.

Se hizo el vocalista de la banda poco después que comenzamos con ella. Su voz era alucinante, alcanzando notas que sólo él podía dominar. Teníamos el mundo en nuestras manos, haciéndonos de todo con todo, como si nada más importara.

La fama comenzó a caer del cielo, entrando por cientos de puertas que nunca creímos que serían capaces de abrirse ante nosotros. Yo, nunca quise ser reconocido por nadie, pero, la vida que quería compartir con mi mejor amigo,

era esa que él quería vivir.

Una mañana, horas antes de una sesión de fotos en los Estados Unidos, nos despertamos en un hotel de Latino América al que no teníamos ni idea de cómo habíamos llegado.

Las cosas no eran como antes, ya no éramos niños que tocaban canciones clásicas ni estudiaban para poder hacerse con un nombre en la industria de la música clásica. Nos convertimos en estrellas de rock que no pedían permiso para hacerse con la fiesta.

Drogas, sexo, alcohol, dinero y fama. Lo teníamos todo y no sabíamos cómo vivir con tantas emociones *es verdad*. □ . Habían pasado ya dos años desde que nuestros padres dejaron de tomar nuestras decisiones financieras, cosa que solo era un protocolo.

Eso no quería decir que no nos tapáramos las venas con alcohol ni nos embriagáramos con los coños de ciento de chicas que tocaban a nuestra puerta alegando ser las mejores fans.

Ya todos estaban dormidos, yo, un poco más despierto que los demás. Me levanté de un salto al recordar que faltaban pocas horas para una sesión que habíamos pautado para John y para mí.

Ambos éramos la imagen de la banda, normalmente nos llevábamos gran parte de la atención del público, yo tenía el reconocimiento de ser el compositor y el segundo al mando. Los demás miembros de la banda eran amigos cercanos, pero ninguno de ellos era tan unido como nosotros dos.

Mi amigo, vivía la vida de rockstar como mejor se podía, saboreando cada uno de los manjares de la vida, por lo que me correspondía hacerme con la responsabilidad de hacernos llegar cuanto antes a nuestra cita con la fotógrafa.

Sería primera vez que la veríamos. Nos habían dicho que les interesaba vernos en la portada de la revista Rolling Stone, lo que nos hizo sentirnos altamente importantes. Eso era algo nuevo para nosotros, tal cual sería para dos chicos de diecinueve y veinte años.

Casi como un sueño hecho realidad.

Me acerqué a John, lentamente esquivando el montón de chicas desnudas esparcidas por todo el lugar.

—¡John! ¡John! Le murmuré moviéndolo desde su hombro para que

despertase. □ Despierta, carajo. Estamos tarde para la sesión.

—No te preocupes Pete, estamos a tiempo. Eso es mañana. Me anunció como si lo estuviese fastidiando, moviendo el hombro para que dejara de batirlo.

—No, John, es hoy. Dentro de seis horas. Amigo, nos quedamos dormidos. Le insistí, con un dolor de cabeza que me estaba matando.

John, reaccionó por un momento y recordó que el día anterior estuvimos en un avión en el cual desconocíamos para donde nos llevaría. Se levantó rápidamente, quitándose encima los brazos de varias mujeres que estaban dormidas a su alrededor.

—¡Peter! Me exclamó. □ Estamos tarde ¿Qué hora es? Preguntó.

—Son la siete de la mañana.

—Ah, pero es temprano. Dijo calmándose un poco.

—¡De la hora local en Colombia! John, ¡¿Cómo coño llegamos hasta aquí?! Le exclamé tratando de hacer que se moviera rápidamente.

Él, dio un suave grito de desesperación al darse cuenta que estábamos rodeado de mujeres dormidas, casi jodidos por la hora y el lugar, lo que hizo que se alarmase un poco más.

—Joder, joder, joder. Repitió varias veces mientras veía a su alrededor moviéndose desesperadamente. □ ¿Qué vamos a hacer ahora? Inquirió.

Yo estaba comenzando a dejarme llevar por la misma impresión que le dominó a él. No teníamos idea de cómo saldríamos de allá ni de cómo llegaríamos a tiempo a Nueva York para la sesión de fotos. John, trato de adelantar tiempo y cogió su pantalón, una franela para irse directo al baño a salvar el día.

—Espera, creo que sé que hacer. Dijo luego de salir con el cepillo en la boca. □ Te acuerdas que una vez no dijeron de un avión que vuela jodidamente rápido.

—¿Qué tanto? Pregunté, buscando una camisa entre todos esos cuerpos desnudos.

—Hizo un viaje de California a Canadá en menos de cuatro horas.

—Vaya, así de rápido. Dije, sin quitar la vista del suelo buscando mi trozo de tela. A la vez, tomando eso como una noticia medianamente positiva.

—Sí, recuerdo que una vez me dijeron que podía usarlo en cualquier ocasión.

Me detuve por unos segundos ya que sus palabras me parecían un tanto sospechosas. Lo que hizo que desistiera de mi búsqueda y me levantar a preguntarle:

—¿No estarás hablando de Francis?

Francis era un hombre millonario que conocimos una vez que fuimos a una de sus tantas fiestas en su yate. Habían pasado dos años desde aquel entonces. Era fan de nuestra banda por lo que nos dejó quedarnos varios días en su inmenso y humilde como él le llamaba □ barquito.

El hombre era asquerosamente rico, tanto que no tenía la intención de volver a trabajar en su vida. Una vez pensé en ello, evaluando las ventajas y desventajas, llegué a la conclusión de que había más pros que contras.

—¡Exactamente! Tú también te acuerdas. ¡Él podría ser nuestra salvación! Exclamó sacándose el cepillo de la boca.

Para ser verdad, si ampliábamos el panorama, no era tan importante asistir a esa sesión. Muchos famosos se habían dado el lujo de posponer sus citas para otros días por motivos personales, pero, por cosa nuestra, a veces, tendíamos a actuar adecuadamente. Éramos unos niños todavía.

Parte de toda esa fama que comenzamos a conocer a penas unos cuantos años atrás, era embriagante, un catalizador par aun cambio abrupto en nosotros, pero, aunque a pocas medidas, continuábamos pensando que podíamos cambiar el mundo siendo diferentes.

—Eso suena como una buena idea que podríamos considerar.

—¿Qué podríamos considerar? Pete, es lo mejor que podemos hacer. ¿Qué otra cosa se te ocurre?

—La verdad, ninguna.

—Exacto. Debemos aferrarnos. Me señaló con el cepillo con una sonrisa de victoria en el rostro al ser el partícipe de, lo que parecía, una grandiosa idea, y me dijo: □ Vístete amigo mío, estamos a un solo paso de Nueva York.

Continué buscando entre los cuerpos dormidos para terminar de vestirme e irnos de aquel lugar. A pesar de darle vueltas a la situación, en mi cabeza, no había nada que pudiera ayudarme a descifrar cómo rayos habíamos llegado

hasta aquel lugar.

—Eso ya no importa Pete, apresúrate, carbón, que tenemos el tiempo sobre nosotros. Me interpeló John como si estuviese leyendo mis pensamientos.

—¿Qué no importa? Pregunté para estar seguro que sabía de qué hablaba.

—Como vamos a salir. Estoy seguro que no confías en la posibilidad de que podamos contactar con Francis. ¿O sí? No me estaba leyendo el pensamiento.

Antes de eso, salimos de lo que parecía ser una habitación de hotel bastante costosa, dejando todas aquellas chicas depositadas en el suelo tal vez noqueadas por algún alucinógeno. Tal vez solo se estaban haciendo las dormidas mientras escuchaban discutir sobre nuestra vida de famosos. No nos detuvimos a pensar en ello. Corrimos por el pasillo del hotel buscando en donde llamar a Francis.

—Por aquí debería haber algún teléfono. Se supone que debería haber uno Le dije a John mientras corríamos con nuestros harapos desaliñados por la noche anterior.

—En la recepción pueden prestarnos un teléfono. Creo. Me respondió John con la duda impresa en el rostro. No tenía idea de lo que estaba haciendo, pero intentaba lo más que podía actuar como si lo hiciera.

—¿Seguro? Pregunté.

—Tal vez.

John llegó primero que yo a la recepción. Me encontraba a unos pasos de él, sintiéndome agitado por el trote cuando se acercó a la recepcionista y le habló *esa mujer sí que era algo de otro mundo* □ . Unos segundos después me acerqué lo más que pude para no intervenir y recuperar el aire. La resaca resultaba abrumadora, más aún con los pulmones a punto de estallar.

—Señorita interpeló John en un intento de español.

—¿Sí? Preguntó la recepcionista sin dejarlo continuar su oración.

—Tengo dos preguntas que hacerle. Dijo asesinando al idioma con su acento.

—Sí, ¿Qué desea saber? inquirió con una sonrisa imperturbable

—¿Habla usted inglés? Preguntó John.

—Claro que sí señor. Dijo la recepcionista cambiando de idioma teniendo en

cuenta que John tenía un motivo para ello.

—Bien. Afirmó John con más tranquilidad al hablar. □ Ahora, lo segundo. Necesitamos hacer una llamada de larga distancia, es urgente. Le suplicó John aseverando una urgencia que parecía la muerte de algún pariente. Yo estaba todavía recuperando el aliento.

Desde donde me encontraba podía escuchar a la perfección todo lo que se decían. La señorita, parecía estar al tanto de quien era John, porque, en lo que me percaté, tenía una sonrisa de oreja a oreja que pedía a gritos romper el protocolo de empleada para poder abalanzarse sobre él. Las consecuencias de la mala vida Nótese mi sarcasmo □ .

—Bueno señor, por allá Le señaló con la mano derecha hacia su espalda, cerca del lobby. □ Hay unos teléfonos en los que puede hacer cualquier llamada con una tarjeta telefónica.

—¿Dónde consigo una de esas? ¿Puedo llamar a larga distancia? inquirió John.

—Como ya le dije, puede hacer cualquier tipo de llamada. Pero, ¿para dónde quiere llamar, señor? Le preguntó la recepcionista con mucha amabilidad.

—No sé, por alguna parte del mundo, tal vez Europa, tal vez los Estados Unidos. No sé. Le respondió John con desconcierto. Yo, me mantuve allí atento. Ya había recuperado el aliento.

- Puede comprarla en la tienda de suvenires del hotel, señor Krammer. Le respondió la recepcionista.

Cuando dijo su apellido, confirmé que si le conocía. Lo que me esperaba, éramos lo suficientemente famoso para estar pegados en la puerta de la habitación de ciento, cuidado si no miles, de mujeres jóvenes en todo el mundo. Era eso, o fue él quien nos registró en el hotel, casualmente, con esa misma chica. *

**No nos registramos con ella, no que yo recuerde, por lo que era muy probable que nos conociera; tomando en cuenta los hechos, es lo más razonable.*

—Pero, no tenemos tiempo para ir a buscarlo. Se excusó John.

La tienda de suvenires se encontraba a unos cuantos pasos de donde estábamos nosotros, pero, John sabía que no cargábamos ningún tipo de efectivo que

fuese aprobado en aquel país. Difícilmente teníamos aun nuestras ropas.

Pude notar que John cambió el gesto de su rostro por la sonrisa que suele poner cuando le van a tomar una foto o cuando liga con otras chicas. Normalmente consigue lo que quiere, y, esta, parecía no ser la excepción.

—¿Y, no hay otra forma en que pueda llamar? Preguntó, amainando el apremio en su voz que al principio expresó cuando estaba buscando un teléfono público.

—Bueno... Dijo la recepcionista un poco afectada por sus encantos. □ Podría darle la mía, es del personal del hotel.

—Y, ¿qué debo hacer para que me hagas ese placer? Le inquirió John con una sonrisa en el rostro.

La chica parecía que iba a estallar. Su rostro ligeramente moreno, se iba haciendo cada vez más rojo, como si la radiación emanase de su cuerpo y la hicieran explotar como una bomba. Respiró profundo, trató de verme y al notar quien era, se puso aún más roja. Definitivamente sabía quiénes éramos.

—Si quieres me lo dices al oído. Dijo de repente John, interrumpiendo sus más profundos pensamientos. *

Creí que podría conseguir algo a cambio de todo eso si preguntaba adecuadamente. Ya tenía la fama y el sex appeal ¿qué podía perder? No creo que ahora sea capaz de hacer eso.

La recepcionista pareció estar de acuerdo de inmediato. Se apoyó sobre la recepción que nos separaba y le susurró a John algo al oído. Mi amigo sonrió mientras le seguía diciendo lo que fuese que le dijese. Ella, regresó a su posición inicial sin que se le quitara el rubor del rostro y le dijo.

—Creo que eso sería suficiente.

—Me parece maravilloso. Le dijo John. □ Entonces, serías tan amable de prestarme tu tarjeta y en lo que terminemos nuestra llamada regresamos para pagarte este inmenso favor. Respondió John con una voz traviesa. Sabía que algo estaba pasando.

La chica le dio la tarjeta de plástico para que hiciera la llamada. Era de color dorada y tenía en el centro el nombre del hotel. Él la cogió y le guiñó un ojo. La recepcionista se puso aún más roja, giró a verme como si fuese cómplice aquello que acordó con John y sonrió para regresar su mirada a la

computadora que tenía en frente.

Nosotros nos alejamos de la recepción, yo, confundido, John, con una sonrisa de triunfo en el rostro. Me acerqué a él y le pregunté.

—¿Qué te dijo al oído?

—Que quería acostarse con los dos. Me respondió.

—¡Ni de coña! ¿Es enserio? Pregunté sorprendido por la proposición de aquella chica que parecía ser muy recatada.

—Sí. Creí que sería un beso o algo así, pero, parecía saber lo que quería. Me cae bien. Me respondió.

—Será puta. Dije, proponiendo la idea de que podría serlo.

—No creo que sea puta, pero de ser algo, sería un poco liberal. Me dijo.

—Pues, no sé cómo tomar esa proposición.

—Embrace it. Respondió, en el preciso instante en que llegamos hasta los teléfonos públicos.

En ese momento, John tomó el teléfono, insertó la tarjeta que nos habían «prestado» y marcó el número de memoria. Tenía una peculiar habilidad para recordarlo todo al pie de la letra. Al paso de los años entendí que así fue como consiguió aprender tan rápido lo que le enseñaba en las clases de música.

Esperó un rato. Me sonrió y levanto las cejas en señal de que el teléfono estaba sonando y retomó su concentración fijando su mirada a algún punto en frente suyo. La llamada podía caer en cualquier momento.

—¿Aló? Por favor con el señor Francis Acosta. Dijo luego de un rato.

Asumo que la persona al otro lado le preguntó: «¿De parte?». debido a que respondió:

—De John Krammer. El vocalista de The Purswardens.

Luego, me imagino que le respondió: «Espere un momento, ya lo comunico con él». Ya que respondió:

—No hay problema, yo espero.

Se quedó dando golpes con el índice sobre la pared a un compás que me

resultaba familiar. Veía directamente al teléfono, con el pensamiento perdido y la mente en blanco. Daba la impresión de que pensaba en cosas lo suficientemente profundas como para cautivar su atención. No sé qué habrá estado pensando, pero de seguro era importante.

—¡Oh! Francis. ¡Amigo! Exclamó John rompiendo su concentración.

En ese momento me acerqué al teléfono pegando mi oreja a la parte posterior del auricular para escuchar aquello de lo que iban a hablar. John, lo movió un poco, compartiéndolo para que ambos pudiéramos oír lo que diría Francis.

—¡John, amigo! Tiempo sin hablar contigo. Cuéntame, qué sucede. Escuché que dijo Francis al otro lado de la línea.

—Hola Fran. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? Preguntó John.

—Bien, no me quejo. Viviendo la vida ¿y ustedes? ¿Estás ahí con pedrito? Preguntó Francis con un tono de voz evidentemente alegre. El sonido de esta se elevaba un poco más, cosa que me permitía escucharlo mejor.

—Estamos bien, aquí, en Colombia, al parecer, varados.

—¿Varados? Preguntó confuso, exclamando, casi gritando.

—Amanecemos luego de «no sé qué hicimos anoche» Comenzó a explicar John. □ Y resulta que tenemos una cita con la revista The Rolling Stone dentro de pocas horas y no sabemos cómo llegar a tiempo.

—¡Oh! ¡Maldición! ¿Necesitas que te ayude en algo, amigo? Sabes que puedes contar conmigo. Dijo Francis, proponiendo con amabilidad su mano amiga. Sonaba honestamente preocupado.

—Bueno, de hecho, estaba pensando si había alguna forma en que pudieses prestarnos tu avión, ese que nos mencionaste hace tiempo, que podía volar realmente rápido. Propuso John con total naturalidad.

—¿Mi jet? No hay problema. Claro que sí. Cuéntame, en qué parte de Colombia se encuentran para enviárselos de una buena vez. Dijo Francis, al parecer, sin verle algún problema a lo que eso representaba.

—Creo que estamos en la capital, sino me equivoco. Levantó la mirada y me vio a los ojos para saber si estaba en lo cierto. Yo le respondí con un gesto con que no tenía ni la más mínima idea. □ Pero no estoy muy seguro al respecto. Le dijo finalmente.

—Bueno, entonces, averigua rápido ahí en qué parte están y me llamas. Propuso Francis.

Inmediatamente escuché aquello, me aparté del auricular y salí en búsqueda de la primera persona con la que me tropezase. Antes de apartarme lo suficiente, pude escuchar que detuvo a Francis de que colgara.

—No, creo que no es necesario. Espera.

Miré rápidamente a mi alrededor buscando alguna persona que pareciera lo suficientemente confiable como para preguntarle.

Luego de unos segundos de estar esperando a que alguien «adecuado» se acercase, recordé que la gran mayoría era de aquel país o estaba ahí bajo su propio criterio, lo que significaba que cualquiera sabía en donde nos encontrábamos. En ese instante, pasó un chico de no más de diecisiete años a quien le pregunté de una vez.

—Chico. ¿En qué estado de Colombia nos encontramos?

—Estamos en Bogotá. Me respondió el chico con cara de desconcierto.

—¿En qué parte de Bogotá? Insistí exigiendo un poco más de puntualidad.

—Señor, no soy muy bueno con los nombres. Pero, aquí, cruzando esa esquina, hay un mapa. Puede leer en donde nos encontramos. Es muy sencillo.

Giré mi rostro para ver alrededor y buscar la esquina que el chico me había señalado. Al encontrarla, regresé para verle y agradecerle.

El chico se despidió con un «a la orden» y yo cogí rumbo hasta donde me indicó que se encontraba el mapa. Pude leer el lugar en donde nos hallábamos casi de inmediato. Decía «Usted está aquí», junto a otro gran número de indicaciones detalladas y útiles si nuestra presencia allí se viese motivada por el turismo.

Ya sabíamos en donde nos encontrábamos, lo que me era suficiente como para ir hasta los teléfonos y decirle a John para que le avisara a Francis en donde nos encontrábamos.

Una vez me alejé de aquel mapa, recordé que no le había preguntado al chico el nombre del lugar, cosa que era más útil que cualquier cosa. Fran era increíblemente acaudalado, lo que quiere decir que probablemente ya hubiese visitado aquel hotel. No estoy seguro si es un hotel bueno, o si acaso costoso,

pero, él es un aventurero. Tal vez sí.

Creí que debía preguntarle de nuevo a otra persona, por lo que me detuve en seco para poder detener a otro conocedor. Tras varios segundos buscando de nuevo a alguien que dejase la impresión de conocer la respuesta a mi pregunta, recordé que en es un hotel y lo más probable es que tuviese escrito el nombre por algún lado a mi alrededor.

Mi primer impulso fue dirigirme hasta donde se encontraba el mapa para buscar por los bordes o entre las letras pequeñas algún indicio del nombre. Cuando por fin lo encontré, fui corriendo hasta donde se encontraba John hablando por teléfono para informarle.

Lo escuché hablando en lo que llegué. La conversación parecía haber evolucionado.

—Entonces ya estas a punto de casarte. Qué maravilla amigo. ¿Cuándo es la boda? escuche decir a John. Hizo una pausa para escucharle.

En ese momento me miró a los ojos para buscar en mi alguna respuesta. Yo hice un gesto con el rostro demostrando que estaba contento por él sin decir nada al respecto. En eso, John sonrió y respondió a Francis.

—Si quieres tocamos en ella. Sería un placer. Me miró de nuevo para saber si estaba de acuerdo.

Asentí a favor de su idea y lego me acerqué a su oreja libre y le susurré nuestra dirección.

—Nos encontramos en Bogotá.

John asintió con la cabeza al escucharme y de inmediato le anunció a Francis.

—Oh, mira, llegó Pete. Me dice que nos encontramos en Bogotá. Dijo sonando casual. □ ¿Qué en qué hotel nos encontramos? Repitió la pregunta que, presumo, Francis le hizo para que yo buscara alguna respuesta.

Yo estaba a unos cuantos pasos de él, con las manos en la cintura y recuperando de nuevo la respiración. En lo que escuché su pregunta, me acerqué y le dije.

—El Mazzilli's Plaza susurré de nuevo al oído.

—Estamos en el Mazzilli's Plaza, mi amigo... ¿¡Oh, ya sabes en donde estamos entonces! Dijo John ante la respuesta de Francis. □ Bien, entonces

te esperamos. No hay problema.

John colgó la llamada y dio media vuelta para verme. Dejó escapar un poco de aire en son de alivio y dijo:

—Bueno, Pete, creo que ya tenemos todo resuelto.

—¿Qué te dijo? Pregunté ansioso.

—Que nos enviaría un helicóptero en una hora. Que a lo mejor eso es lo que tardaba el avión en llegar. Dijo que no nos preocupáramos. Explicó John. □ Según Francis, lo más probable es que tardemos tres horas en llegar a Manhattan.

—La sesión es dentro de seis horas, una hora de espera, tres de viaje, quiere decir que estaríamos llegando... hice una pausa para sacar las cuentas. □ con dos horas de anticipación.

—Exacto. Afirmó John. □ Ahora, solo nos queda esperar una hora aquí a que nos recojan.

—¿Qué tienes planeado hacer? Pregunté con la esperanza de que se le olvidara lo de la recepcionista.

—Cogerme a una recepcionista muy atractiva. ¿Y tú?

Definitivamente no se le había olvidado el tema. No es que hubiese estado en contra de hacerlo, evidentemente era atractiva, tenía un cuerpo espectacular que obvié describir y un encanto impresionante.

Pero, dentro de todas los demás grandes atributos, beneficios y pérdidas, sentía que podríamos evitarlo. En sí, no sabía a cuántas chicas, seguro algunas que ni siquiera llegaban a los veinte tampoco es que eran menores de diecisiete □ , como para estar acostándonos with another random girl.

En definitiva, ella no parecía ser una «chica», tenía más rostro de mujer. Pero, en ese momento no lo habíamos notado. Éramos dos jóvenes extranjeros que no conocíamos nada acerca de la gente de aquel país.

Lo más probable es que allá se vieran mayores de lo que realmente eran o viceversa. Pero, a pesar de mis incertidumbres, que por motivos personales me guardé, John no parecía estar de acuerdo conmigo.

Su rostro brillaba con la posibilidad de tener relaciones en ese momento. No importaba todo lo que había hecho antes, con cuantas se acostó ni por cuanto

tiempo. Aquel recuerdo le parecía distante, se veía que a duras penas se acordaba que, gracias a ello, llegamos a estar varados en un hotel en Colombia.

Una vez me dijo aquello, emprendió su paso hasta donde se supone que se encontraba la recepcionista. Se adelantó. Se notaba que estaba entusiasmado por aquel encuentro. Me obligó a acelerar el paso para seguirle de cerca y evitar que hiciera alguna barbaridad.

No desconfiaba de él, sino de lo que podría llegar a hacer si lo dejaba mucho tiempo solo. Era un hombre brillante, con grandes planes en su vida, pero, con una chica, perdía todo tipo de habilidad para razonar. ¿Por qué creen que terminamos allí?

Antes de poder darme cuenta de lo que estaba sucediendo, es decir, asimilarlo apropiadamente con la suficiente precisión como para entender bien lo que hacíamos, ya nos encontrábamos caminando detrás de una mujer completamente decidida a compartir su cuerpo con nosotros. El corazón me palpitaba de tal forma que el pulso en mi cuello se sentía como si me estuviese tragando la semilla de un durazno.

Mientras caminábamos, miraba a John para ver cómo lo estaba tomando. Su rostro se veía calmado, casi feliz. No quitaba los ojos del trasero de la chica que es conocimos en la recepción. Para este punto, ya no sentía que era recepcionista.

Estaba a punto de tener relaciones con una desconocida que, amablemente, me lo había pedido. Aparte de ello, era una colombiana realmente hermosa. □

Su uniforme era diferente, y se veía lo suficientemente experimentada como para solicitarle a dos desconocidos que practicasen el sexo con ella.

Pero, todo lo que había pensado desde ese entonces hasta nuestro paseo por el pasillo del hotel antes de entrar en la habitación, eran puras presunciones. Nada concreto. Me consolé diciendo que llegaría al fondo de ello; la única forma de hacerlo era sumergiéndome en las turbias aguas entre sus piernas. *

Estaba seguro que al igual que yo, él también estaba deseoso de consumir aquella propuesta.

John notó mi inquietud, por lo que se propuso a calmarla.

—¿Qué tienes? Te noto un poco distraído. Me dijo John.

—Es que no creo que estemos haciendo lo correcto. Comenté, susurrándole para que ella no nos escuchara.

—¿No es lo correcto? ¿Qué te pasa, Pete? ¿No ves ese culazo? Dijo John, señalando prácticamente con su rostro, como si quisiera besarlo, el trasero de aquella mujer.

—Sí, pero...

—Es decir. Observa lo redondo de ese culo. Parece que en vez de talco para bebés le hubiesen esparcido levadura. Mira esas curvas perfectamente definidas, esas piernas firmes, largas y hermosas. Su cabello largo, sus pechos que cubiertos de telas anuncian que desnudos son totalmente mejores. ¿No lo ves? Me expuso John. La verdad, con cierto mérito.

—Sí... puedo verlo. Aseveré, sin ver qué más poder decirle a ello.

—Entonces, mi amigo. ¿Cómo el, cogerse a ese hermoso despliegue de los mejores atributos de una mujer, puede ser «incorrecto»?

—No sé, es qué... Traté de dar alguna excusa en contra de ello antes de que él me interrumpiese.

—¡Exacto! Exclamó «susurrando» lo que parecía escuchar su voz en su tono conversacional normal. □ No sabes. Creo que la mejor forma de averiguarlo es intentando. ¡Vamos! Don't be a pussy! me dijo.

No tenía forma de discutir en contra de esa lógica. John se había hecho un punto. No existía manera alguna en la que nos encontráramos en mejor posición que esa. Una vez asimile esa posibilidad, ya no había vuelta atrás.

Al poco rato de esa fugaz conversación, aquella mujer, se acercó a una de las tantas puertas y la abrió con, lo que supongo, era una llave/tarjeta maestra. Esperó a que nos acercáramos lo suficiente y entró perdiéndose dentro de la habitación. Llevábamos unos diez pasos detrás de ella. Cuando la vimos entrar, aceleramos nuestro andar y nos detuvimos antes del umbral.

Se encontraba ya sin el saco de mujer que llevaba, su camisa. Nosotros, la vimos allí para luego vernos mutuamente a los ojos y darnos cuenta que todo eso era real. Sí, no era la primera vez que teníamos relaciones con una desconocida, pero, el estar cerca de ella, la impresión que dejaba aquella mujer, era algo de otro mundo. Se estaba quitando el sostén cuando levantó la

mirada, lo dejó caer y nos dijo:

—Entonces. ¿Qué están esperando?

Dejó al aire sus pechos. Sus pezones de un marrón café, en el medio de un par de pechos perfectamente levantados que daban la impresión de no ser obra de la naturaleza, y que le daban razón a la teoría de John de que desnudos se veían completamente mejor, se mantuvieron ante nuestros ojos invitándonos a entrar, no solo a la habitación, sino a su cuerpo entero.

—¿No quieren un poco de esto? Preguntó con una mirada de puta y una voz traviesa.

De inmediato sentí que mi cuerpo se estremecía con aquellas palabras. John, se acercó de primero a ella con el paso firme y decidido. Estaba a gusto con todo aquello que estábamos presenciando.

Las cosas no se veían tan mal una vez estabas dentro del contexto. Aquella mujer estaba de acuerdo, es decir, de hecho, fue su idea.

John se acercó y llevó sus labios hasta los de ella. Comenzaron a besarse de tal forma que parecían haberse olvidado de su entorno, incluso de mí. Ya no me encontraba renuente a participar, pero, aun no me acercaba a la acción.

Ella y John comenzaron a desnudarse casi por instinto. No se notaba como que le estaban dando interés a lo que hacían. La recepcionista tenía la mitad del camino recorrido mientras iba escarbando sus manos dentro del pantalón de mi amigo para buscar su miembro. Supongo que ya estaba duro, por lo menos yo lo estaba.

Durante ese momento, fue mi primera vez como voyerista, aunque no era mi papel. Debía acercarme, por supuesto que sí. Ella había pedido tener sexo con los dos, no solamente con John.

Me acerqué a ellos y cogí su seno desnudo tomándola desapercibida. Ella, despegó sus labios de los de John quien continuó recorriendo el resto de su rostro.

—Creí que te quedarías ahí todo el día. Dijo. □ Te estaba esperando.

—Aquí me tienes. Manifesté, sintiéndome más sediento que minutos atrás.

John continuaba besándola mientras que me apoderaba de sus suaves y carnosos labios. Su habilidad para besar era algo fuera de este mundo. Poseía

mi cuerpo como nadie jamás lo había hecho. Sentí que nunca antes había besado a alguien de verdad, no antes de ella. Dejaba escapar su respiración emitiendo sonidos de placer a la vez que jugaba con su pezón. Sentía como la mano de mi amigo jugaba con el otro.

Estaba especialmente hipnotizado por ella, su piel era un despliegue de sabores de los que no podía evitar enviciarme. Nada más de pensar en las cosas que podía ser capaz de hacer, adicionado con todo lo que estaba probando nada más con besarle, consiguió hacer que me perdiera prácticamente de inmediato.

Ella llevó su mano sin problema hasta mi pantalón, lo desabotonó y comenzó a hurgar entre mi ropa interior para apoderarse de otra parte de mi cuerpo. Al tocarlo, sentí un escalofrío en la espalda que me llegó hasta la nuca aumentando el ritmo de mi respiración.

Comenzó a jugar con él de la misma forma que vi que lo había hecho con el de John. Mi amigo estaba concentrado en su mitad del cuerpo, tocando su pecho, apretando sus nalgas. Yo, me encontraba haciendo lo mismo. Ella, se deleitaba con los dos a su manera, dejándose poseer, entregándose por completo.

Yo había dejado de besarla y llevé a mi lengua a dar un paseo por su cuello. Le besaba sabiendo que podría hacerla sentir bien, sintiéndome bien al sentir el sabor de su piel, la textura, la suavidad. Mis manos estaban ocupadas, una sostenía su nalga derecha, la otra su pezón izquierdo. Los brazos de John y mío estaban entrelazados desempeñando su papel como si fuesen miembros del mismo cuerpo.

Ella, tenía su rostro hacia arriba, como si estuviese sacando su cabeza del mar para buscar oxígeno. Su respiración se encontraba agitada, gimiendo por lo que le hacíamos. Se estaba dando un gusto peculiar, que, desde mi punto, desconocía si era nuevo para ella.

No estaba diciendo nada, solamente gemía cada vez que apretaba de cierta forma su pezón, o cuando John hacía algo similar con el que él masajeaba. Sus pechos se sentían tan espectaculares como se veían, firmes, pero a la vez suaves de forma inefable.

Describir lo delicioso que era su cuerpo desde todos los puntos de enfoque, sea tocándolo, viéndolo u oliéndolo... es casi imposible. Mi mente divagaba en el placer y el éxtasis en aquel momento. Hace quince años que no

recordaba aquel entonces, pero, hasta el sol de hoy, sigo sintiéndolo como mi primera vez.

—Eres increíble Dijo John, despegando su rostro de la piel de nuestra amante para hablar. □ Eres lo máximo.

Sentí como ella bajaba su cabeza para colocarse al nivel de John y responderle. Yo continuaba en lo mío.

—No, mi vida, ustedes son lo máximo. Aseguró con una voz lasciva y honda hasta el punto del placer.

Soltó nuestros penes y se alejó, dejando caer lo que quedaba de su uniforme. Su falda tocó el suelo y levantó sus espectaculares piernas aun cubiertas por sus medias transparentes que le llegaban hasta la mitad de su muslo, las cuales solo servían para mejorar la forma en que percibíamos aquel par de exquisitas extremidades.

Se sacó los tacones con un solo movimiento haciéndolos volar por los aires y aterrizar unos pasos delante suyo. Ya sin ellos, continuaba caminando de puntas dejando exhibiendo el movimiento de sus nalgas con elegancia, seduciéndonos, atrayéndonos más a ella.

Entre sus nalgas se perdía la tela que le cubría parte de su sexo, demostrando que aquella era la mejor escena que podíamos presenciar jamás en nuestras vidas. No importaba cuantas veces lo viéramos, de cuantas mujeres o de qué forma, siempre se vería igual de espectacular. Por lo menos para mí, por lo menos para John.

—Esto es mucho mejor de lo que me esperaba. Dijo John, estando en sintonía con mis pensamientos.

—Creo que no fue tan mala idea después de todo. Ratifiqué, dejando escapar una sonrisa en mi rostro.

—Amigo, para mí nunca lo fue.

No nos movimos, no creo que tuviésemos la oportunidad. Ella marcaba el paso y parecía tener el control de la situación. John la observaba embelesado, yo los veía a los dos como si nada de eso fuese real.

Aun no entiendo porque con esta mujer las cosas eran diferentes. No era nuestro primer rodeo, pero, parecíamos dos chicos que cumplían el sueño de sus vidas. Que rompíamos el molde y hacíamos todo eso que creíamos que

solo sucedían en las películas.

Las noches en hoteles, todas las groupies que se nos acercaban para que les degustáramos el coño. Todo eso parecía un simple recuerdo, una presunción absurda de algo que podía o no haber pasado. No nos habíamos sentirlo tan reales como en ese momento, el momento en que juramos que recordáramos en el futuro como nuestra primera vez.

John no dejaba de dar el paso que rompía la barrera entre lo real y nosotros. Se adelantó antes de que ella rompiera el hielo.

—Vengan, mis sementales. Que les voy a dar lo que se merecen. Dijo, arrodillándose dejando en claro lo que quería hacer.

Dejamos que nuestros pantalones terminaran de caerse. Yo asistí a mis calzoncillos hasta el suelo para despojarme de ellos. Ya los dos estábamos completamente desnudos, el resto del camino sería una aventura que nunca olvidaríamos.

—Ya era hora. Quiero probar estos dos manjares. Dijo.

Nos acercamos a María así se llamaba □ tomó nuestros penes con sus manos, una para cada uno, y comenzó la mejor felación que tuvimos hasta ese momento. Parecía ser que eso le llenaba de orgullo, porque en su rostro se evidenciaba aquello con un brillo inconfundible.

Comenzó a lamer mi pene y a introducirlo en su boca a la vez que jugaba con el de John. Alternaba cada movimiento, cada succión. Su lengua se sentía espectacularmente suave, bordeando mi glande y esculpiendo mi falo a la perfección. De repente, se lo sacaba e iba a probar el de mi amigo con la misma intensidad, pasando a masajearme con su mano.

John y yo nos veíamos a los ojos de vez en cuando, sintiendo que nada de eso podría ser mejor. No había ninguna respuesta rara entre los dos, nos conocíamos desde hace tanto tiempo que, compartir esta experiencia, no era para nada molesto.

Yo lo había visto como una especie de relación entre hermanos muy cercana. Nada de lo que pudiera arrepentirme.

María levantaba la mirada y nos veía a los ojos con el pene aun en la boca. Emitía sonidos que hacían que su boca vibrara, haciendo mucho mejor la experiencia de estar dentro suyo.

—Maldición, me encanta el puto sabor de estas pollas. Me encanta el olor que emana. No puedo vivir sin esto Dijo María.

—Sigue así, no te detengas. Dijo John, respirando con fuerza.

John, se dejaba llevar por la situación y disfrutaba al cien por ciento el cuerpo de María. Se inclinaba un poco hacia adelante para alcanzar sus pechos, apretarlos y jugar con ellos. Cuando le tocaba recibir la mamada de nuestra chica, sostenía su cabello, lo enrollaba en su mano y comenzaba a jalárselo.

María no parecía molestarse por ello, por lo que dejaba que guiara sus movimientos. La empujaba un poco más y más hasta que su pene desaparecía. Lo dejaba por unos segundos ahí, y luego ella se salía para tomar aire. Lo hizo dos veces nada más antes de que cambiase de nuevo a mi pene.

No me quedó de otra que hacer lo mismo. No iba a ser yo quien no probase por completo sus habilidades. Pero, no tuve la necesidad de empujarla. Ella misma se llevó el pene hasta la garganta. Se lo sacaba, tomaba aire y succionaba lo que quedaba en él para volver a empujarlo hasta sus amígdalas.

De repente, se levantó.

—Vengan, deben ponerse más cómodos, mis pequeños sementales. Dijo, con el rostro completamente mojado de sudor y con sus labios empapados de saliva y los fluidos que salían a penas de nuestros penes.

Se dio la vuelta y nos cogió por el miembro para jalarnos hasta la cama.

—Acuéstense allí. Uno al lado del otro. Nos dijo con una voz firme y seductora. No nos quedó de otra que obedecer.

—Ahora, déjenme darle una última probada a estas espectaculares pollas. Dijo María, poniéndose debajo de nosotros para retomar lo que estaba haciendo de rodillas.

De vez en cuando dejaba de metérselos a la boca y comenzaba a jalarlo solo con las manos, regalándonos una mirada picara y traviesa.

Cuando dejó de jugar con nosotros, nos pidió que nos levantáramos para ella acostarse en donde nos encontrábamos. De nuevo, le hicimos caso. Recostó su cabeza en una de las almohadas y levantó las piernas, estirándolas lo más alto que podía. Las tenía cerrada, exhibiendo la firmeza y su habilidad para mantenerlas, mientras nos dejaba apreciar su vagina cubierta con su braga.

—Ahora, cómanse este espectacular coño veraniego. Dijo.

Nos encontrábamos parados uno al lado del otro en frente de ella. John fue directo a su entrepierna a quitarle las bragas y dejar su vagina al descubierto. Desde donde me encontraba podía ver como ya tenía la vagina empapada, se notaba brillante y húmeda. El trozo de tela del que le había despojado tenía una pequeña mancha cristalina casi blanca que probablemente había salido de su vagina.

Cuando terminó de desnudarla, acercó su rostro al coño de María y comenzó a lamerlo. De inmediato, ella dejó de lado su rostro sereno para cambiarlo por uno dominado por el placer. Soltaba bocanadas de aire a la vez que gemía del gusto. Yo le di la vuelta a la cama para acercarme a su rostro y colocar mi pene en su boca.

María lo aceptó amablemente, dejando que lo introdujera sin ningún problema. John comenzó a ser más agresivo, a lamerla con más rapidez y a tocar su clítoris con los dedos. Ella no dejaba de gemir, una y otra vez salía de su boca un sonido que hacía vibrar mi miembro. No se detenía y mi amigo tampoco.

Era un deleite, cada centímetro de su cuerpo se había convertido en un manjar que era pecado no probar.

Yo movía mis caderas a mi ritmo, mientras ella me agarraba por las nalgas y me empujaba más adentro. De vez en cuando se ahogaba, y lo notaba por los sonidos que lo caracterizaban. Pero no dejaba de succionar mi pene ni de gemir. Seguía, y seguía, gritando, dejando de lado los sutiles sonidos y pasando a ser bramidos.

Estos sonidos eran aplacados por mi miembro, que no salía de su boca lo suficiente como para dejarla descansar. Pero no era porque la obligáramos. Ella misma me empujaba y buscaba volver a probarlo. Con una mano me empujaba y con otra enterraba aún más la cara de John en su vagina.

Gemido tras gemido nos cautivaba de manera inigualable. Sus palabras de éxtasis, sus afirmaciones y todo lo que envolvía con su idioma tan preciso, nos obligaba a sentirnos cada vez más excitados, más candentes. Nos movíamos con más agresividad, disfrutábamos cada centímetro de su cuerpo de que podíamos apoderarnos. María era un deleite que no queríamos dejar de probar.

Mi primer impulso era motivarla a seguir succionando mi miembro.

—Sí, trágate esa polla, trágatela toda. Sí. ¡Así! Eso.

Cuando sacaba mi pene, tomaba aire y decía algo.

—Sí, maldita sea. ¡Oh dios! Lámeme el coño. ¡Sí! Decía María entre gemidos.

En definitiva, John estaba haciendo muy bien su trabajo.

—¡Sí, sí! Comete ese coño.

Cuando no podía expresar en palabras anglosajonas lo que quería y sentía, dejaba escapar de su boca los sonidos más sensuales que habíamos escuchado jamás. En español decía lo que quería a la justa medida.

—Sí, sí, ¡Joder! Joder, comételo. ¡Sí!

Cuando se callaba, dejaba que introdujera mi pene en su boca y así continuaba gimiendo de placer mientras succionaba a gusto mi miembro. En ese momento, casi de inmediato, lo sacó.

—Tú Dijo con furia y viéndome directamente □ ¡Cógeme! ¡Cógeme ahora! Levantó la cabeza de John jalándole por los cabellos y le miró fijamente □ ven y dame de ese pene tuyo.

Nos cambiamos de posición, ahora yo me encontraba a la misma altura que mi amigo, quien estaba arrodillado a un costado de María dejando su pene perfectamente nivelado con su rostro. Ella tenía las piernas levantadas, con la vagina completamente húmeda, llena de saliva y fluidos que se escapaban de ella.

Tomé mi miembro y comencé a rozarlo con su vagina. Ella gemía con el pene de John en la boca de la misma forma en que lo hacía con el mío. De repente cosa que comenzaba a ser costumbre □ se lo sacó y me dijo de nuevo con furia.

—Métemelo de una buena vez ¡Joder! Fuck that pussy dijo, en ambos idiomas y dejando escapar un acento latino que era sencillamente espectacular y excitante. Sin dudarle, le obedecí.

Introduje mi pene con una sola movida, sin pensar en penetrarla lentamente. Fue rápido, conciso y puntual. Sin preámbulos, mi glande llegó hasta donde podía, sus nalgas, tocaban mi ingle humectándola con los fluidos que se habían escurrido por toda esa área.

Dejó escapar un grito que se ahogaba con el miembro de John que aún tenía en

su boca. Yo sacaba mi pene lentamente, y lo metía de nuevo, suavemente. Dependiendo de la fuerza que aplicase en mis embestidas, dependería la intensidad de sus gemidos.

No se sacaba el pene de John de la boca todavía. Comencé a embestirla con más intensidad. Más fuerte, más rápido. Sus gemidos fueron aumentando de volumen. Poco a poco dejaban de sonar como sutiles sonidos ahogados por el miembro de mi amigo y pasaron a ser gritos ahogados por el miembro de mi amigo.

Parecía que sus cuerdas vocales estaban siendo dañadas por los sonidos que emitía. Gritaba y gritaba de placer mientras yo le embestía. Todo su cuerpo se movía por los golpes que le daba con mi cadera que no se detenían por ningún motivo. Parecía dominado por delicioso tacto de aquella vagina húmeda y apretada.

María, pudo sacar el pene de su boca para poder exteriorizar con más ímpetu su placer.

—Sí, cógeme, cógete ese coño completo. Sí. Reviéntame. Sí, sí, sí, sí. Dijo, entre gemidos y gritos.

—John, tomó su rostro y lo devolvió a su posición para introducir de nuevo aquel pene suyo.

—Ven, comete este trozo de carne. Lo introdujo y lo movía lentamente □ trágatelo, perra. Trágatelo.

Estuvimos por un rato poseyéndola. Haciéndola nuestra de tal forma que parecía tatuarse en cada uno de nuestros sentidos.

Se calaba en nuestra piel, se reproducía en nuestra cabeza, en nuestra realidad, como un concierto como un orgasmo de placer mental. No era lo mismo que habíamos experimentado en el pasado, ella, con su peculiar habilidad de ofrecer y recibir, nos hacía volar, atravesar nubes y jugar en el espacio mientras nuestros gritos desafiaban la lógica y se escuchaban por todo el universo.

Ella, se dejaba asumir, tal cual, podría asumirse a cualquier persona. Hacía cualquier sentido literal un simple chiste, a cualquier ley, una muy mala idea. María nos hizo romper los esquemas del sexo tan solo con estar allí gimiéndonos de placer.

Sus palabras nos sacaban de orbita llevándonos a un nuevo estado de superioridad mental. Parecía succionar nuestros penes, dejándolos completamente secos para trasladar todo eso a otro lugar, a algo mucho más grande que todos nosotros.

—Voy a acabar. Sí. Cógeme, sí, voy a acabar. Sí. ¡Sí! gritó dejando que el orgasmo imperase en todo su cuerpo, dominando sus sentidos.

Su grito habría asustado a cualquiera. De no haberla escuchado gemir con anticipación, cualquiera diría que la estaban torturando. Pero, estos no eran alaridos de auxilio. Se detuvo solamente a exteriorizarlo.

Parecía que estaba dando su ultimo respiro. Mi pene estaba envuelto en un espeso fluido blanco. No había acabado solamente en ese momento. Pero, parecía haber alcanzado un límite que definitivamente le volvía loca.

Las piernas le temblaban, no parecía tener el control de su cuerpo, pero, sin embargo, a pesar de todo eso, estábamos muy lejos de terminar.

Sin pensarlo mucho, yo me salí de su vagina y le di paso a John para que disfrutase de esa vagina espectacular. De inmediato, se puso en frente de ella y la penetró hasta el fondo como si hubiese estado haciéndolo desde hace rato.

—¿Te gusta? ¿Te gusta? Escuché que dijo John. Definitivamente le estaba hablando a María, quien estaba poseída por el placer y el éxtasis.

Y, cuando creía que no iba a hablar luego de aquel grito, lo hizo.

—¡Sí! ¡Me encanta! ¡Cógeme! ¡Méteme esa verga tuya!

—Allá voy. Avisó John antes de introducirla con fuerza □ ¡Aquí lo tienes! dijo, habiéndola introducido.

Comenzó a embestirla con rudeza, cosa que parecía encantarle a María. No me acerqué a ella porque me dio la impresión de que querría gritar con todas sus fuerzas sin que un pene ahogara sus gemidos.

Pero me mantuve a su lado por lo que ella se motivó a tomar mi falo con una de sus manos y comenzar a jugar suavemente con él. De vez en cuando se detenía porque se dejaba dominar por las arcadas de placer que las embestidas de John le ocasionaban.

—¡Sí, sí! decía entre gemidos □ cógeme. Quiero más. Me encanta, me encanta que me cojas. ¡Sí, sí! ¡Más!

Creía que iba acabar en ese momento, que ya no habría más cogidas por el resto del día. Que María desistiría de sentir tanto placer y se dejaría tumbar habiendo realizado algo completamente alucinante. Pero me equivoqué.

—¡John! le llamó María por su nombre □ ¡Quiero que me cojas el culo!

En ese momento pensé que las cosas no podían volverse mejor. Que tal vez todo podría resultar diferente, pero no. John salió de inmediato de su vagina y nos dijo.

—¿Quieres que te coja ahora mismo?

—¡Sí! Quiero que me revientes el culo.

El rostro de confusión de John que pude ver cuando giro su cabeza para buscar algún tipo de opinión de mi parte demostraba que, al igual que yo, no se esperaba que algo así sucediera. El anal era algo delicado.

No todas las mujeres estaban dispuestas a practicarlo y no a todas les resultaba placentero. No era la primera vez que lo haríamos, pero, no esperábamos que la mujer que parecía ser realmente tranquila, terminaría pidiéndole a alguien que le hiciera anal.

—¿Ahora mismo? Pregunté yo para darle apoyo a mi amigo.

—¡Sí, ahora mismo! Y ven tú a que me cojas por el frente.

No pudimos negarnos. ¿Quiénes éramos nosotros para privarla a ella de lo que quería? En menos de lo que tardamos en llegar hasta donde estábamos, ya yo me encontraba acostado con María sobre mí, penetrándola, sintiendo como rebotaba sobre mi cuerpo, mientras ella levantaba y dejaba caer su culo esperando a que John encontrase un lubricante en el baño y la penetrase de una vez.

Con su mano y un poco de saliva, se comenzó a dilatar el ano a la espera. Parecía que sabía lo que hacía.

—Sí. Sí, Pete, me encantas. Sí. Cógeme bien duro. Hazme tuya. Me encantas. Decía.

—Es espectacular, me encantas...

—¡Llámame por mi nombre! ¡Di mi nombre! me pedía entre gemidos, mientras jugaba con su ano y cabalgaba mi pene.

—¿Cómo te llamo?

—María. María repetía entre gemidos □ María.

—Oh, maría, sí. Cógete ese pene. Salta. Me encantas María.

Fue allí cuando conocimos su nombre. Creo que no habría otra forma de averiguarlo. Y pienso que, esa fue la mejor manera.

Al rato John llegó con lo que parecía una loción en aceite, iba a ser raro que alguien dejase lubricante sexual en una habitación, pero, de todos modos, se las arregló para mantener la fiesta en pie. Llegó hasta nosotros y se acercó por detrás de María para comenzar a untar el líquido que había encontrado.

—Vamos a mojarte un poquito ese culito. dijo John mientras vertía la sustancia entre sus nalgas.

—Sí, mójame el culito con aceite. Sí. Sí. continuaba hablando entre gemidos y gritos de placer.

Había amainado el paso de sus rebotes para que John tuviese un poco más de control. Al notar lo que iba a suceder, puse una almohada debajo de mi pelvis para manejar mejor la situación.

En menos de lo que pensábamos, ya John tenía su pene entero en el ano de María. Pude sentir como lo iba introduciendo, al parecer, ambos caminos se encontraban más cerca de lo que parecían.

Mi amigo daba pequeñas y suaves embestidas que causaban en nuestra chica una reacción en cadena llena de gritos, gemidos y demás. Poco a poco fuimos aumentando la rudeza y la velocidad de nuestros movimientos. Al cabo de varios minutos, ya nos encontrábamos al mismo ritmo.

No recordaba si había probado algo así anteriormente, la verdad, no recuerdo ahora haberlo hecho. Esa fue la primera vez que experimente tal placer, afortunadamente no la última. Puede que no con ella, al tiempo descubrí que aquello que tenía María era experiencia, algo realmente invaluable.

—Sí. Reviéntenme. ¡sí! Soy toda suya. Cójanne, chicos. Sí. Esto es increíble. Me encanta. ¡Sí! ¡Sí! Decía María.

—¡Oh, María! ¡Oh, María! exclamaba John.

—¡María, eres espectacular! Exclamaba yo.

Sentíamos como su cuerpo se estremecía cada vez que comenzaba a tener un

orgasmo, pero, como nosotros aun teníamos fuerzas para durar, no nos deteníamos y ella parecía perder el control de sí misma poco a poco. De repente se dejó caer sobre mí, pero no dejamos de movernos.

Parecía que se había muerto, o algo por el estilo, aunque, seguía gimiendo. Respiraba al compás de cada embestida como si estuviésemos bombeándole aire.

—Sí, sí. Susurraba. □ sí, sí, sí...

—Voy a acabar Dijo John, con la voz dominada por el poco control que parecía tener de sí mismo.

—Yo también Agregué estando de acuerdo con mi amigo.

—Quiero que me acaben en el rostro. Dijo María, recobrando un poco la compostura.

Nos salimos de su cuerpo y nos colocamos en posición. Ella se dejó caer en la cama para luego darse vuelta y recibir nuestras cargas calientes.

Antes de darnos cuenta, ya nos encontrábamos tirados uno al lado del otro recobrando el aliento de lo que parecía haber sido una cogida alucinante. No perdimos el tiempo, no sabíamos si había pasado una hora o más. Pero, a penas nos acordábamos que Francis iba a enviarnos un helicóptero a recogernos, y que estábamos aun en Colombia.

Luego de un buen rato preparándonos de nuevo, vistiéndonos y diciendo lo asombroso que fue todo. Dejamos esa habitación atrás como dejamos todo aquello que visitamos desde que somos famosos.

Abandonando una cantidad de fluidos corporales que tal vez no se borrarían en mucho tiempo. Antes de irnos, María nos regaló un último detalle. Nos dio un beso en la boca, apasionado e intenso justo antes de agarrarnos el pene sobre el pantalón y prometernos que se repetiría.

—Cuando regresen, ya saben en dónde buscarme. Dijo, antes de regresar a lo que parecía su puesto.

Luego de eso, nos enteramos que no era una recepcionista sino la gerente del hotel. Eso explicaba por qué su uniforme era diferente al que había visto y porque resultaba ser mayor. Era mayor. Nos habíamos cogido a una señora, no como antes, que terminábamos siempre recibiendo sexo de chicas de nuestra edad o un año menores.

Desde ese momento, sentimos que nada de lo que hiciéramos sería igual. El sexo no lo experimentaríamos de la misma forma y lo único que podría mejorar nuestra experiencia sería una mujer que realmente supiese lo que haría.

Definitivamente.

—Creo que todo esto fue mucho mejor de lo que parecía Dijo John mientras esperábamos sentados en el Lobby a que Francis nos avisara.

—No volveré orinar bien en varios días. Creo que me fracturó el pene. Le dije.

—Yo siento que la presión me va a romper el pantalón. Bromeó John.

Soltamos unas carcajadas amistosas. Habíamos compartido algo que no habíamos pensado compartir jamás. María no era una chica cualquiera, pasó a ser nuestra primera vez, y no hay otra forma en que pudiésemos describir esa experiencia.

Al cabo de una media hora, John se levantó a hacer la llamada a Francis para saber si estábamos listo para salir. Yo me mantuve en donde estaba, viendo desde lejos a María las pocas veces que pasaba. Parecía que no al vería más nunca, y no sé si eso me hacía sentir bien o mal.

Definitivamente me había dejado completamente anonadado. No por el sexo que tuvimos, si lo sigo glorificando, pareciera que nunca lo hubiese practicado antes, pero, lo que sucede es que, desde que la vi, algo en ella me había llamado la atención. Al momento no lo noté, tal vez ni lo exterioricé adecuadamente.

En ese preciso instante, me pareció que la había visto antes. Que todo lo que habría hecho antes de ella se convertiría en un chiste. Inocentemente pensé como sería el sexo con ella antes de enterarme que, de hecho, íbamos a hacerlo.

Luego de unos minutos, John llegó con una sonrisa en su rostro.

—Listo amigo. Francis dice que en unos cinco minutos llegará el helicóptero. Que el avión ya se encuentra en el aeropuerto internacional El Dorado.

—¿Cuánto tiempo tardó?

—No sé, no traigo reloj. Me expuso.

Las horas habían volado. En ese momento fue que recordé que a pesar de lo que decían del avión de veintidós millones de dólares que poseía Francis, teníamos el tiempo en nuestra contra. John, detuvo a un chico que había pasado a su lado, cogiéndolo por el brazo.

—¡Ey! ¿qué hora tienes, mi buen amigo?

—Oh... este... oh... el chico se quedó viendo a John. Luego, me vio a mi sentado con las piernas cruzadas observándolo con desinterés. Parecía conocernos.

—¿Tienes hora? Preguntó John soltando su brazo.

—Sí, ya va... Manifestó el chico buscando entre sus bolsillos. Sacó el móvil y lo observó. □ Son las ocho y media.

—Bueno, por lo menos no mintió, ha pasado una hora. Aseveré.

Estuvimos sentados ahí hasta que uno de los empleados del hotel se acercó a nosotros para decirnos que en el helipuerto estaba esperándonos un helicóptero que acababa de llegar. John y yo nos miramos directamente con una sonrisa. Ya era hora de irnos de ese lugar. No teníamos ningún problema con ello, después de todo las experiencias que tuvimos allí no fueron para nada negativas.

Al acercarnos al helicóptero, nos encontramos con que nuestro transporte no parecía para nada algo sencillo. Era una espectacular aeronave, que tenía más de nave espacial que de helicóptero *un tanto exagerado*. Al frente de él estaba un empleado, totalmente inmóvil, a la espera de nuestra llegada. No parecía ser nadie del hotel. Al frente de este, nos interpeló.

—Buenos días, señor Krammer, señor Durrell. El señor Acosta envía sus saludos. Nos dijo en inglés, con elegancia.

El helicóptero era una hermosa nave de color negro y dorado con las iniciales de Francis en el costado que pudimos ver mientras estaba en tierra. Tenía cierto estilo y elegancia que no podíamos negar o que jamás en nuestras vidas tendríamos el placer de poseer.

Desde afuera se veía enorme, una vez entramos en él, entendimos por qué. Tenía seis asientos individuales que parecían sofás individuales, una mesa en el medio y suficiente espacio para hacerlo parecer más una habitación que una cabina.

—Buenos días Alfred Dijo John acercándose al hombre que nos había saludado. Le dio una palmada en el hombro derecho y siguió su camino hasta el helicóptero.

—Buenos días, amigo. Dije yo, seguido de John. Le ofrecí una sonrisa y continué mi paso hasta aquella nave.

Al entrar, nos sentimos en un lugar totalmente diferente. Aportaba la elegancia que sabíamos que Francis podía pagar. Y, sin ningún problema, nos acomodamos en los asientos que nos parecieron más cómodos. Ambos elegimos los lados con ventana.

—¡Vaya! Ese Francis sí que sabe invertir todo su dinero. dijo John, al abordar el helicóptero.

—Esto es algo fuera de este mundo Ratifiqué, sentándome y sintiendo el acabado del asiento.

Tenían la misma paleta de color que el exterior, con la diferencia que las paredes eran blancas lo que hacía sentir que el espacio era mucho más amplio que de costumbre.

—Podría acostumbrarme a esto. Dijo John.

El señor que nos había recibido al llegar, se acercó a la puerta y nos dio las instrucciones a seguir.

—El helicóptero despegará en cinco minutos. Esperamos llegar aproximadamente en media hora El Dorado. Por favor, siéntanse cómodos. Dijo el hombre. □ El avión del señor Francis nos está esperando.

—Muy bien Manifestó John. □ Gracias por venirnos a buscar.

—No hay de qué señor. El señor Francis está encantado de poder ayudarlos.

Luego de decir aquello, corrió la puerta y la cerró. Nos quedamos viendo a nuestro alrededor y pudimos notar que tenía un mini bar en donde se podía encontrar vino, champagne y botanas.

Nos servimos lo que pudimos y nos volvimos a sentar en nuestros respectivos asientos. Tal cual nos dijo en hombre, quien pude ver que se montó en el lado del copiloto, despegamos a los cinco minutos.

Casi ni se sentía el motor del helicóptero. Se movía de tal forma que parecía levitar en el aire sin ningún tipo de asistencia. Nos acomodamos lo mejor que

podimos mientras disfrutábamos de la vista y los placeres del buen vivir.

Ya era normal que cosas como esas nos pasaran. Teníamos una gran ventaja en el mundo, se podía decir que hacíamos trampa en la vida. No nos preocupábamos por cosas como pagar o recibir multas. Lo que teníamos, la mayor parte del tiempo, era prestado. Si vivíamos en una lujosa mansión, pero no era nada del otro mundo comparada con lo que otras personas podían tener.

Pero, sin embargo, desde que nos hicimos famosos, comenzamos a recibir cierto tipo de atención que nos permitía vivir de cierta forma. Francis no era la primera persona que nos daba algo por nada a cambio. A veces, entrábamos en las tiendas, pedíamos algo y nos lo daban sin ningún problema.

Entrábamos a los clubes nocturnos sin hacer línea, recibíamos los teléfonos de último modelo de las empresas con la única condición de usarlo en frente de las cámaras. A pesar de que nuestra vida privada se hizo prácticamente inexistente, los beneficios que venían de la mano con la fama nos comenzaron a embriagar poco a poco.

John, parecía centrado en ese estilo de vida. Al principio, las cosas solo giraban en torno a nuestra música, al talento que podíamos ofrecerle al mundo. Poco a poco se iba alejando de ese chico de doce años que me dijo que quería ser un gran artista.

Aún recuerdo esa ocasión. Nos encontrábamos en el garaje de mis padres a las afueras de una ciudad poblada. Estábamos ensayando con los pocos instrumentos que podíamos costearnos. Una batería y una guitarra. De la nada, luego de intentar dominar una canción de System of a Down, John me interpelo con la decisión que cambiaría nuestras vidas.

—Debemos hacernos famosos, a como dé lugar. Dijo entusiasmado, como si hubiese tenido una epifanía.

—No suena para nada mal. Pero, ¿cómo piensas que conseguiremos eso? Pregunté, dejando de afinar mi instrumento.

—Pues amigo, hoy en día cualquiera se hace famoso. Estamos en la generación del internet. Insistió John, dejando de lado el micrófono y que la guitarra se deslizara hasta su espalda. □ Hoy en día quien no sabe o hace algo es porque no quiere, no porque no pueda.

—Puedo discrepar en eso Dije.

—Ignoremos a las personas que por cualquier situación que se les limite no puedan hacer algo. Respondió John percatándose para donde iba mi punto.

—Bien, entonces, descartando eso. ¿Cuál es tu punto? Inquirí.

—¿Cuál es mi punto? Pete, es obvio. Parece que has estado metido debajo de una roca todo este tiempo. Me dijo con vehemencia.

—Puede ser, no me gusta mucho el mundo exterior.

—Pues no deberías. Así que, de ahora en adelante, comenzaremos nuestro camino al estrellato. Dijo seguro de sí mismo.

No me quedaba de otra que seguirlo. No es como que no tuviese opción, sí la tenía. Pero, la verdad, me parecía fascinante todo lo que John proponía. Gracias a él mis años de escuela fueron inolvidables. Una vez decía algo, lo hacíamos. A su manera, se colocó como la mente creativa, el de los planes importantes y el que tenía la habilidad para llevarnos a cualquier lado.

Siempre lo conocí como un genio. A pesar que por mi parte tenía ciertas habilidades y capacidades que me sacaban del estándar, John se las arreglaba para ser mejor en lo que hacía sin siquiera intentarlo. Se comprometía con todo y siempre parecía feliz de hacer aquellas cosas que le gustaban. Difícilmente cometía errores, demostraba siempre una superioridad increíble.

Él tenía una dote de líder que no se podía negar. Por mi parte, también fue reconocido como una gran mente creativa con talento, pero, a pesar de todo eso, John, se las arreglaba para ser mucho mejor que yo, cosa que no me molestaba, más bien, me llenaba de inspiración

Peter no traía ninguna de las de perder. Era igual de talentoso, una persona llena de entusiasmo y ganas de vivir. Por varios años nos hicimos poco a poco con un tanto de fama que él ayudo a forjar. Puede que de por sí, yo era bueno en lo que hacía, pero Pete era la única persona con la que estaba seguro, llegaría lejos.

En ese momento, me quedé viéndole. Estaba concentrado en lo que se mostraba por la ventana del helicóptero. No sabíamos que nos deparaba, no en ese momento. John parecía estar de lo mejor, viviendo la vida que se había planteado tener, pensando siempre en nuevos retos y disfrutando de cada instante.

En definitiva, no tenía idea de lo que me deparaba la vida. Estaba seguro

que serían grandes cosas ya que, hasta ese momento, muchas habían pasado, maravillosas de por sí, que me habían llevado hasta ese punto de mi juventud. Y es ahí cuando se puede decir que sentía que lo tenía todo resuelto. Resultó ser una presunción, no más.

Cuando llegamos al aeropuerto El Dorado, aterrizamos a unos cuantos pasos del avión que nos llevaría hasta la sesión fotográfica. Nos estaba esperando el capitán del avión parado en la puerta acompañado de una hermosa chica con uniforme de tripulante. Todo se veía espectacular desde el aire y mucho mejor desde cerca.

Nos bajamos luego de agradecerle al piloto el viaje y pedirle que le dijera a Francis lo increíble que era su helicóptero. Una vez hecho todo eso, caminamos apresuradamente hasta el avión para no perder más tiempo. Subimos las escaleras y el capitán nos recibió.

—Buenos días, señor Krammer, señor Durrell, es un placer verlos en persona. El señor Acosta nos pidió que le ofreciéramos nuestro servicio para llevarlos hasta Nueva York. Dijo mientras entrábamos al avión.

—Sí, exactamente Manifestó John □ nosotros estamos agradecido con ustedes por acceder.

—No hay problema, señor. Es nuestro trabajo atender los pedidos del señor Francis. Dijo el capitán con total amabilidad.

Francis tenía grandes personas trabajando para él, no sé si era la paga o es que era un jefe maravilloso, porque todos hablaban con respeto y elegancia.

—El señor Acosta manda a decir que deja a su disposición los servicios de este avión y que lo usen como mejor les parezca por el tiempo que sea necesario. Continuó el capitán.

—¿Qué quiere decir con eso? Pregunté.

—Que el señor Acosta les está prestando este jet por el tiempo que ustedes considere que les será necesario.

—¿Así, no más? Preguntó John, sin creerse aquellas palabras.

—Con la única condición de que lo visiten cuando tengan tiempo libre para pasar el rato con él. Agregó el capitán.

—Pues, entonces no tenemos ningún problema. Lo que sea para mi amigo

Francis. Nos ha sacado de un gran aprieto. Dijo John.

Nos encontrábamos sentados en algo mucho mejor que los asientos del helicóptero que nos había llevado hasta allá. Este tenía más puestos, más cómodos. Con mejores instalaciones. Era un avión espectacular, digno de un millonario. El capitán seguía parado cerca de la puerta mientras John se acomodaba en aquel lujoso lugar.

—Muy bien señor. Estimamos que serán más o menos tres horas de vuelo. Por favor siéntanse cómodos. Dijo, por último, el capitán antes de agregar: □ los dejaré con la señorita Mar, ella estará encargada de atenderlos durante su viaje. Dijo, para luego retirarse a la cabina de mando.

—Mucho gusto en conocerlos, señor Durrell, señor Krammer. Dijo la tripulante, sin borrar su sonrisa del rostro. □ El capitán pronto iniciará el despegue.

—Bien, porque ya teníamos que irnos Dijo John, interrumpiéndola.

Mar no parecía estar disgustada, seguía con su sonrisa pintada en el rostro, emanando cierto nivel de cumplimiento y amabilidad.

—El señor Acosta les ha dejado prendas limpias por aquel lado señaló a los asientos que estaban a lo último, en donde se encontraban perfectamente dobladas una prendas de ropa, que daban la impresión de estar recién compradas y sacadas de la tintorería.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba aseveró John siguiendo las señales de Mar.

—Sí desean algo más no duden en llamarme, estaré en la cabina de mando. Pueden pedir botanas, bebidas, entretenimiento, lo que ustedes deseen.

—Estamos bien, gracias Dije, para que se retirara y no sintiera que éramos una carga.

—No pero yo quiero saber si ella puede □ Quiso decir John, antes de que yo le interrumpiera.

—Dije que gracias. Si deseamos algo le llamaremos. Insistí, siendo severo con mi punto para que John no se extralimitase.

Mar, nos regaló una sonrisa llena de amabilidad, se retiró del lugar y se recluyó en la cabina de mando. El avión comenzó a moverse al momento en

que John me interpeló.

—¿Por qué no le pediste que se quedara? inquirió mi amigo.

—Porque no necesitábamos que se quedara Manifesté.

—Más bien, necesitamos descansar así que, primero nos cambiaremos y luego trataremos de dormir, aunque sea una hora. Dije con firmeza.

—Pero hay que disfrutar de los lujos de este avión. insistió John.

—¿No escuchaste lo que nos dijo el capitán? Tenemos a nuestra disposición el avión, lo usaremos una vez no tengamos más responsabilidades por el día. Expuse.

—Pero ni que fuese importante estar descansado para tomarse fotos. Ellos seguro nos maquillarán o lo retocarán con Photoshop. Se excusó John.

—No es mi problema, yo quiero dormir, tú debes dormir. Así que no importa, además, sabes que también lo quieres. Se te nota en el rostro. Dije, apuntando con mi mano a su cara para que entendiera mi punto.

John, quiso dejar la conversación hasta ahí y pararse a buscar la ropa que nos habían dejado. Pude ver que eran diferentes estilos de telas, de varios colores. Había camisas, pantalones, zapatos.

Todo lo que podíamos necesitar en el caso de que fuese necesario, mi amigo cogió las que mejor le parecieron y se fue al baño a cambiar. Una vez salió, se veía que estaba de acuerdo con mi idea de dormir porque se sentó en donde estaba anteriormente y calló rendido.

Todo parecía ir de maravilla y así estuvo hasta aquella sesión fotográfica. Estábamos viviendo al máximo, aprovechando cuanto podíamos la cantidad de veces que nos era posible. Tal vez no teníamos una cantidad exuberante de dinero, aunque si una existencia envidiable.

Pero, las cosas no fueron las mismas luego de aquella cita. Sin saberlo, nos acercábamos más a lo que sería un cambio radical para la vida de John. Algo que nunca pensó que sucedería.

No me arrepiento de lo que me sucedió después de eso, no creo que pueda cambiarlo de tener la oportunidad; no solo por no ser posible, sino por no querer. Muchas cosas pasaron, con eso cualquiera podría estar de acuerdo, pero, solo dos le dieron un giro entero a mi vida. No estoy seguro de si debo

mencionarlas ahora o después. Creo que seguiré leyendo por el bien de la historia.

SEGUNDA PARTE

Allí nos encontrábamos nosotras, esperando a que llegaran los siguientes rockstar del día. Serían dos chicos que parecían tener todo resuelto. Un par de críos que habían conocido la fama luego de conseguir que varias de sus canciones sonaran en la radio. Ahora, eran súper estrellas y la revista para la que trabajaba Rosalie les había invitado a ser parte de su nueva portada.

Como su mejor amiga y su asistente, iba para todos lados con ella. Planeaba sus citas, festejaba con ella en las reuniones de celebridades, atendía sus llamadas, pedía su café; hacía de su mundo un lugar más sencillo.

No me quejo de lo que me toca ver estando a su lado, las citas con celebridades, las fiestas en lugares atractivos, de noche de día y a cualquier hora. Siempre había algo con lo qué entretenerse antes de la mañana siguiente, en donde nos esperaba una sesión importante que nos llevaría a un encuentro diferente.

Rosalie Frank no era más que una chica inteligente que ya era parte de un mundo al que había luchado como loca para entrar. La conocí cinco años antes de eso, cuando comenzó a formar parte de esa actividad de fotografiar celebridades.

En aquel entonces no sabía si lo que hacía se podía llamar arte, nunca la vi como una artista reconocida.

Pero, a pesar de la forma en la que invierte su talento de ver el mundo y capturarlo en una imagen perfectamente compuesta, en trabajarle a revistas que venden productos y atraen tontos, no es algo que yo deba juzgar. Después de todo, mi trabajo consistía en manejarla a ella en ese mismo entorno.

No hay forma en que pueda reprocharle algo que nunca sintió que se me era reconocido. No es su culpa, tampoco me tomé el tiempo para explicarle qué era aquello que le veía, muy por encima de amarle como una expresión artística. Todo eso, me hace creer que lo pensaba debido a mi constante deseo de no hacer nada.

Confundió mi procrastinación con decepción. A la hora de monetizar tu arte te llenas de orgullo, significa que alguien sabe que puedes hacerlo bien, te

da algo por ello y puedes vivir de lo que amas, aunque, exactamente lo mismo tiende a quitarle sentido a lo que haces. Es difícil de explicar.

Muchas cosas aplican a ello, entre esas, se encuentra la bofetada que te da el mundo al abrirte paso a algo que apreciabas desde afuera y de lo que ahora formas parte, el miedo por hacer algo que valga la pena, de no lograrlo o de no estar capacitado.

Los primeros años de mi vida no había hecho nada completamente significativo para ganarme el título de artista. Muchos me llamaban así, pero no lo sentía realmente. Estaba deprimida, llena de metas inconclusas que no hallaba como culminar.

Bien sabía que el mundo real era difícil, de todos modos, me dejaba derrotar.

A pesar de mi éxito en eso de lo que tanto quería formar parte, las cosas, como yo las veía, inmadura y desinteresadamente, no eran las mejores. □

Entre las cosas que nos fascinaban estaban los paseos por el parque, las compras, comer cosas deliciosas y los atardeceres. Compartimos esos gustos; lo que trato de decir es que es una chica normal. A sus veintitrés años de edad, se encontraba haciendo lo que le gustaba, vivía de su pasión.

En fin, parte de todo esto se debe a lo que ella llama, «la vez que su mundo dejó de ser el mismo». Un tanto dramático, si me permiten opinar, *no sé qué decir al respecto de esto* □ . En este momento no me encuentro en la dicha de estar presenciando su mundo a cada minuto, ahora, su vida es diferente, pero no tengo la dicha de saber al respecto.

El doce de junio del 2010, Rosalie tenía pautada una sesión fotográfica con los líderes de la banda The Purswardens. Sería un encuentro sencillo, como ya había dicho, dos críos que no tenían la menor intención de causar algún problema, terminaron siendo el catalizador de la tertulia que le atañó los siguientes meses después de aquel encuentro.

Una vez observas el panorama en retrospectiva, te das cuenta que las cosas pudieron ser diferente, tal vez, mejores. □

Rosalie estaba preparando su equipo cuando él entro. No puedo negar que era apuesto. Tenía el cabello corto, pero no tanto porque lo traía alborotado. Los brazos tatuados, una barba poco poblada y una sonrisa que podría idiotizar a cualquiera. Viéndolo de cerca, no parecía tener diecinueve años.

Esa fue la primera vez que vi a John Kramer y a su amigo Peter Durrell en persona. El segundo era un tanto más agradable que el primero. También se encontraba tatuado, con un par de ojos verdes que no me dejaban de llamar la atención. Tenía entendido que era un poco mayor que John, pero no sabía cuánto. De todos modos, los dos seguían siendo un par de críos.

Le costó tomarlos en serio, de nuevo, no la culpo. □

—Llegaron Dijo Rosalie viéndome desde donde se encontraba mientras yo me acercaba a ella para refugiarme de esos dos.

—Ya veo. Enuncié con apatía.

John fue de primero, haciéndose notar de inmediato.

—Bien. Por fin llegamos. Parecía que no lo haríamos a tiempo, pero, gracias al poder del dinero de Fran, lo hemos hecho. Exclamó mientras se acercaba a la mesa de bocadillos.

—John, acabamos de comer hace como diez minutos. ¿Por qué vas directo para allá? Dijo Peter lejos de John mientras entraba al estudio.

—Porque nunca es un mal momento para apreciar un buen platillo de comida. Expuso su amigo.

Rosalie y yo nos miramos mientras ellos seguían con sus vidas. La primera impresión que tuvimos de John no fue la mejor, pero tampoco fue precisamente mala. Luego de tomar unos cuantos bocadillos, se acercó hasta su amigo para continuar la conversación como si no nos hubiesen notado a nosotras o al resto de las personas presentes.

—¿Quieres? Le preguntó ofreciéndole una de las diversas cosas que había tomado.

—No, gracias negó su amigo.

Rosalie les dio la espalda para que no vieran que iba a hablar de ellos, y, habló de ellos.

—No se ven como dos chicos menores de veinte años me confesó. Creo que tuvo una impresión diferente a la mía.

—¿Los dos son menores de veinte? Inquirí preocupada por la genética.

La pubertad les había dado una bofetada. Yo apenas tenía veinticuatro años y aún me veía de diecinueve. Los dos juntos se notaban mayores que nosotras

dos.

—¿Cuántos años tienen entonces?

—Diecinueve y veinte. Dijo Rosalie.

—Pero eso no es tanto. Creí que tendrían diecisiete o dieciséis.

—Pero siguen siendo menores que nosotras y ya parecen no serlo. Agregó Rose.

—Cállate, que ya se están acercando. Le dije, al ver que nos habían notado.

John comenzó a hablar luego de habernos señalado.

—Oh, ¿Quién de ustedes nos fotografiara hoy? inquirió.

—Yo Dijo Rose. □ Mi nombre es Rosalie Frank.

—Mucho gusto, señorita Rosalie. Mi nombre es... Dijo John acercándose a Rose antes de que ella le interrumpiese.

—John Krammer, lo sé. Se supone que lo sepa porque por algo están aquí. Dijo Rose, con seriedad.

Su amigo, Peter, se burló al escuchar las palabras de Rose y de cómo había cortado a John. Yo me mantenía callada, alejándome lentamente para que no fuese ni muy sospechoso ni muy evidente.

—Pues, ya que me conoces, supongo que conoces a mi amigo.

—Sí, también lo conozco. Peter Durrell.

—Mucho gusto, señorita Rosalie, es un placer estar aquí. Dijo Peter, amablemente.

—El gusto es mío, joven Peter. Manifestó Rose, fijando su mirada en Peter.

—¿Joven? Eso suena muy formal. Llámalo Pete. Interrumpió John, atrayendo la atención de Rose.

Su amigo le dio un golpe en la nuca que lo aturdió por varios segundos.

—Cállate la boca, John. Deja de asfixiar a nuestra fotógrafa.

—¿Pero qué hice? Solo me estaba presentando. Se quejó John.

—No, estas dando una mala imagen. insistió Peter.

Yo me había alejado lo suficiente como para no formar parte de esa

conversación. Rose pudo notar que me había ido y comenzó a buscarme en silencio con la mirada. Cuando me encontró, me dijo, moviendo los labios sin hacer ningún sonido «ayúdame». Continué recluyéndome lo más que podía, le negué con la cabeza y levantando los hombros para que entendiera que no me iba a acercar.

Rosalie dejó escapar un suspiro de resignación, retomó la compostura y se dio media vuelta para hablar.

—Bien, chicos, creo que ya es hora de que empecemos con la sesión. Dijo, haciendo que dejaran de hablar y le prestaran atención.

—De acuerdo Dijo John, cambiando la postura de su cuerpo lo que me permitió notar que era aún más alto. Su voz cambió, dejó de sonar como un niño y pasó a ser algo más como la voz de un hombre.

—Vale. ¿En dónde nos colocamos? Inquirió Peter, teniendo el mismo cambio que su amigo, pero menos evidente, porque él no estaba comportándose como un crío.

—Allá hay unas marcas en el suelo, Pete, por favor, colócate en la que se encuentra a la izquierda y John, en la otra.

Ambos se alejaron y siguieron las instrucciones de Rose sin decir absolutamente nada.

—Perfecto, comencemos. dijo Rose, tomando la primera foto. □ Bien, ahora cambien de pose y sonrían como si les hubiesen dicho algo muy gracioso.

—¿Así? Preguntó John antes de soltar una carcajada muda.

—No, muy forzada, que se vea natural.

—¿Así? Dijo Peter, dejando al descubierto sus perfectos dientes blancos. Sus ojos verdes parecían dos piedras de jade sobre un hermoso arco de marfil.

—Así mismo. Que sea natural. Aseveró Rose sin alejarse del visor de su cámara.

Estuvieron haciendo eso por varios minutos. Casi llegando a la mitad de una hora, los muchachos se retiraron para cambiarse de ropa y seguir con la siguiente parte de la sesión. Aún faltaba suficiente tiempo como para que Rose o yo comenzáramos a sentirnos agobiadas.

—Tengo la esperanza de que poco a poco comience a caerme mejor Dijo

Rose, acercándose a la mesa de bocadillos que se encontraba a mi izquierda.

—Bueno, espero que sí. No los culpo, es la fama. Ratifiqué.

—Espero que sea solo eso y no alguien que quiera parecer más cool de lo que es.

Las horas se hacían cada vez menos lentas. Para no negar que era algo interesante, dejé que mis prejuicios desaparecieran uno a uno. John comenzó a dejar de hablar por hablar. Peter se mantuvo callado la mayor parte del tiempo, escuchando a las instrucciones de mi amiga, siguiéndolas al pie de la letra para facilitarle el trabajo.

Parecía que no era la primera vez que posaban para una revista la verdad no leía mucho de esas, así que no podía saberlo □ . Por su parte, su amigo fue rompiendo el hielo entre él y Rose.

Al principio comenzó preguntándole a qué se dedicaba. Fue algo más o menos así.

—Y, cuéntame dijo, cambiando de posición □ . ¿a qué te dedicas?

—¿En serio esa es una pregunta? Inquirió Rose sorprendida por lo estúpido de sus palabras □ no te muevas le indicó.

—Sí, es decir. Debe haber algo a lo que te dediques, dudo que este sea tu único trabajo.

—John, trabaja para The Rolling Stone. No sé por qué habría de tener otro trabajo. aseveró Peter.

Las pocas veces que hablaba, solían ser para refutar las palabras de John, ridiculizarlo o regañarlo.

—Hay posibilidades, Pete, las hay y no puedes negarlas. insistió John.

Pude ver como Rosalie se dejó llevar por ello y soltó una risa sutil que pasó desapercibida por los demás.

—Pues sí, tienes razón. Dijo Rose.

—Ja! ¿ves? Dijo que tenía razón. Exclamó John.

—También trabajo para otras revistas. Esta no es la única.

—Ah Pete hizo un sonido de comprensión □ ¿ves? Pero no quiere decir que no sea fotógrafa. Lo que lo hace «aquello que se dedica a» así que tu pregunta

sigue siendo estúpida.

—Más o menos afirmó Rose.

—Bien, entonces, aparte de tomar fotos en diferentes revistas, ¿tienes algún otro pasatiempo? preguntó John.

—Suelo ir a fiestas, comprar, comer. Lo normal. dijo □ Ahora recuéstate tú, Pete. indicó.

Luego de eso, parecía que no iban a decir más nada. Las cosas no se estaban haciendo más aburridas, a lo contrario, comenzaban a sonar como personas normales, lo que empezó llamarme la atención *y la mía* □ .

Los chicos no parecían estar interesados en más nada que su música y disfrutar de la vida del famoso. Al igual que Rosalie, se veía que estaban allí porque algo les apasionaba profundamente. *Una observación peculiarmente puntual* □ .

—Entonces te gusta festejar dijo John □ Eso es bueno saberlo.

—Sí, se podría decir que sí. Esta vida me ha llevado a diferentes lugares.

—Y, ¿estas abierta a invitaciones todo el tiempo? Preguntó John, colocándose atrás de Peter.

—A veces. Todo depende de mi agenda.

—No, pero me refiero si estas abierta a invitaciones «hoy» Inquirió John con puntualidad.

—Puede ser. Planteó, irguiéndose y viendo a John.

La propuesta parecía interesante en ese entonces.

Por cómo se iba la conversación, pude notar que lo más probable es que acertara esa proposición. Rosalie le gustaba lo que hacía, pero, por la forma en que lo tomó, pude notar que también le agradaba aquello que le ofrecían.

Disfrutaba beber alcohol y festejar hasta un punto que no parecía normal en una persona profesional. Claro, su profesión no era estar detrás de un escritorio, además que tampoco es que los demás oficios sean para personas aburridas.

Mi punto es que sabía perder el control, por extraño que sonase, y, en ese momento, me pareció que no se le escaparía esa oportunidad.

Dicho de esa forma, hace parecer que era un desmadre cuando joven. En aquella época quería una vida así, día tras noche. No valoraba ciertas cosas, no me sentía a gusto con muchas otras más. Sí, hacía lo que me encantaba para ganarme la vida, pero, no podía dedicarme a todo a causa de responsabilidades totalmente necesarias para el futuro que pretendía tener. □

—¿Qué propones? preguntó mi amiga.

Pude notar como Peter dejaba escapar un suspiro de desaprucho. Al parecer, su amigo no era precisamente la persona más tranquila del mundo. Tiempo después de ello, sentí que eso había sido una señal, que las cosas que sucedieron luego de aquella sesión pudieron ser evitadas.

Actualmente es difícil pensar «qué hubiese pasado si», ya que para la forma en que Rosalie recibió todo, me pareció que pude haberle advertido con tiempo.

—Bueno, por ahora no tenemos nada, pero, en lo que trascurra el día, puede que encontremos algún punto por alguna parte del globo. Dijo John seguro de conseguir algo.

—Entonces, deberíamos mantener contacto. Propuso Rose.

—Dalo por hecho. Concordó John.

Ambos hablaban como si se entendieran mutuamente, pienso que fue ahí cuando comenzó todo.

Luego de varias fotos, platicas triviales y cambios de ropa. Los dos se fueron del lugar, a cambiarse y tomarse un descanso. La sesión había durado unas cuatro extenuantes horas. John y Peter se las arreglaron para dar una buena impresión luego de varios intentos fallidos. A mí, Pete me cayó bien de una, pero John, si tuvo sus traspies.

—Creo que son dos chicos realmente interesantes. Dijo Rosalie acercándose de nuevo a mí para coger unas botanas.

—Estás comiendo mucho. Aseveré.

—Estoy comiendo lo necesario. Uno nunca sabe cuándo dejará de comer. Aseguró Rose llevándose un cuadro de queso a la boca.

—Si tú lo dices. Respondí con indiferencia.

—Puede que hoy vayamos a una fiesta. Dijo Rosalie sin quitar su atención de

la mesa.

—Vaya, no me di cuenta. Nótese mi sarcasmo.

—Muy graciosa. Pero sí, puede que esos dos se traigan algo interesante entre manos.

—¿Tú crees?

—¡Claro, mi querida Jane! Son rockstar, algo bueno deben tener para ofrecer. exclamó Fijando su atención en mí.

Tras una rutina incansable de debatirnos si era o no buena idea ir con ellos, concluimos que lo haríamos si realmente resultaba interesante, después de todo, aun no tenían nada preparado, era una sencilla posibilidad. Peter y John dejaron el lugar tan rápido como llegaron a él. No los volvimos a ver por los alrededores por lo que dimos por perdido la oportunidad de ir a una fiesta un sábado por la noche.

—¿Por fin le diste tu numero? Pregunté.

—Sí. Obviamente, ¿de qué otra forma iban a avisarnos si algo se presentaba? Manifestó Rose tomándolo como una obviedad.

—¿Crees que algo puede llegar a presentarse si acaso? Inquirí, dudando de su credibilidad.

—Las posibilidades son infinitas. Todo es posible. Expuso Rose totalmente segura.

Salimos de aquel lugar para comer algo agradable en las calles de Manhattan. Lo importante era pasar el tiempo juntas. No teníamos más nada que hacer por el resto del día mas que esperar a que ellos nos dijese si se iba a hacer algo.

Nos recluimos en un pequeño café a comer unos submarinos de albóndiga que teníamos tiempo queriendo probar.

—Vaya que esto es increíble. Dijo Rose llevándose el pan a la boca.

—¿Estás segura que puedes con todo eso tú sola? pregunté, preocupada por su salud.

—Claro que sí. Estoy más que segura de eso. Expuso Rose. □ Deberías comerte el tuyo. Ese pedazo mediocre, esa mitad de algo realmente asombroso.

—Esto es algo que puedo soportar. No soy como tú, que se come todo en cantidades grotescas. Me defendí.

—Esto es el cielo, mi vida. Pruébalo que luego de muerta te conviertes en parte del mundo. Dijo, antes de comenzar a masticar el bocado que se había introducido. Luego de ello, bajó el submarino y lo puso en la mesa. □
¿Quieres ser una partícula mediocre que vivió al mínimo? inquirió.

—Quiero ser una persona con un colon saludable. Manifesté, defendiéndome de nuevo.

—No amiga. No estás viviendo al máximo.

Estuvimos en aquel lugar por un rato. Degustando aquel platillo que nos habían servido. No teníamos más nada de qué preocuparnos aparte de aquello que debíamos hacer en las siguientes semanas.

Nuestra conversación surgió de forma natural, conversábamos mientras podíamos utilizar nuestras bocas para algo que no fuese masticar para decir cosas como «¿qué te pareció la sesión de hoy?» «¿crees que deberíamos comprar ese sofá?» «hay que comprarle comida a Mr. Muffin nuestro gato □ ». Por varias horas no volvimos a hablar de John o Peter.

—¿Cuál es nuestra siguiente cita? preguntó Rosalie luego de dar su último bocado. □ creo que necesito un par de zapatos nuevos.

Saqué la agenda de mi bolsa y comencé a leer.

—El lunes tienes una para People. El miércoles para Cosmopolitan. Ese mismo día tienes una sesión para Food Networks...

—Ya, ya, suena agobiante y ni siquiera hemos comenzado la semana Interrumpió Rosalie.

—Pero si tú me preguntaste. Afirmé.

—Sí, pero era para que me dijeras algo tipo: tienes unas cuatro sesiones para la semana que viene. dijo, imitando mi voz. □ No sé, algo así.

—De hecho, tienes nueve.

—¡Jane! No me estás ayudando. Exclamó agotándose antes de siquiera comenzar a trabajar.

—Pero si esto se supone que es lo que querías.

—Sí, pero quiero dormir.

—Rose, puedes dormir, tienes el miércoles libre, comienzas a trabajar después del mediodía, y el viernes, no harás nada. expliqué □ puedes dormir.

Rose ya se estaba desanimando. A pesar de aquello que le había dicho, no conseguía cambiar de idea. Se encontraba sentada, viendo hacia la calle por la ventana del café, con la mirada perdida y los ojos apagados. Tenía una peculiar habilidad para inyectarle drama a las cosas cotidianas de la vida. En ese momento me hizo sentir que no estaba conforme con lo que vivía.

Sí lo estaba, lo que sucedió es que no tenía ganas de hacer absolutamente nada esa semana. El encontrarme con esos dos chicos me hizo sentir que no estaba disfrutando la vida como querría hacerlo. John propuso algo que me sacaría de la rutina, para ese momento, creí que no podría hacer nada aquel sábado. Debido a eso sentí que mi día sería completamente aburrido.

—¡Rose! exclamé para atraer su atención. De inmediato, volteo a verme □ Sí puedes dormir. No sé cuál es tu preocupación.

—Es qué Dijo, sin terminar de hablar, haciéndome puchero.

—¿Pero qué? inquirí con insistencia.

Mantuvimos un silencio por unos cuantos segundos, hasta que se decidió hablar.

—Siento que solo hago eso, trabajar.

—Pero estas haciendo lo que te gusta. Le dije.

—Sí, yo sé. Pero bueno. Solo digo que es un poco complicado cuando lo que te gusta es tan agotador agregó, Rose.

Desde que la conozco, siempre ha tenido una actitud ganadora en cuanto a su empleo. A sus dieciocho años pudo conseguir contratos con revistas famosas para fotografiar a grandes estrellas.

Gracias a ella pude conocer a personas como Beyonce, Obama, Billie Joe y muchos otros, nada más trabajando para una compañía, y eso que aquello fue solamente lo que considero como algo ventajoso, desde su punto de vista, las cosas eran diferentes.

Sé que dije que su trabajo no se consideraba un arte, pero parte de su motivación en trabajar para aquella empresa, se debía una de sus ídolos, su

mayor heroína, Annie Leibovitz quien era la fotógrafa en jefe de la revista.

A penas a sus dieciocho, logró lo que hizo por tener talento, se licenció en una escuela de Bellas Artes a temprana edad.

Era una chica prodigio, y se dedicó a la fotografía, su más grande pasión. Esa pasión la ha llevado a muchos lugares en el mundo y es una carrera que profesa ser longeva, que tendrá por mucho tiempo. Al sol de hoy no estoy segura de si eso se hizo realidad.

Me gustaría contarle al respecto. Sus palabras no pueden ser más precisas porque no las escribí yo. Realmente me conocía, casi ni se necesita mi punto de vista.

Por aquella razón, debido a su habilidad para capturar y sintetizar cosa en imágenes con tal talento, a pesar de que desde mi perspectiva mundana no sepa apreciar su trabajo en aquella revista porque creo que debería estar haciendo otras cosas, ella hacía lo que le apasionaba, y yo estaba confundida con su desinterés en el trabajo que llevaba.

No era una condición de muchos días, algo que le duraría para siempre. Solamente se comportaba así cuando tenía tedio de trabajar. A veces me costaba comprender sus motivaciones, después de todo, son pocos los que se dedican a aquello que aman y tienen un éxito rotundo al nivel de Rosalie.

Luego de mantenerse al margen, recuperó la compostura y ordenó un postre que se comió con gusto.

—¿Mejor? Pregunté luego de un rato.

—Claro, solamente estaba divagando. Creo que no puedo estar mejor.

—Eso mismo te estoy diciendo, porque... dije, antes que me interrumpiese.

—Puedo vivir la vida que quiero, de la forma en que quiero y no hay nada que me limite. Creo que estoy viviendo el sueño. Estoy segura que nada ni nadie cambiará mi mundo. Dijo, con total seguridad.

En ese momento, esa seguridad, pareció pasarle factura.

Parece que estuviese anunciando mi desgracia.

El teléfono sonó.

Rose atendió la llamada de un número desconocido como si no fuese ningún problema. Yo estuve allí para verlo todo.

—¿Aló? Habla Rosalie. atendió Rose.

No pude escuchar las primeras palabras de quien hizo la llamada.

—Oh, John, espera un segundo. Expuso con ánimo.

Puso la llamada en mute, y se dirigió a mí.

—Es John. Creo que sí va a haber una fiesta.

—¿Ya te dijo en dónde es? Pregunté, como si le hubiese dado tiempo de recibir esa información, pero, ¿Qué más iba a preguntar?

—No, ni siquiera sé si hay una fiesta. Lo importante es que me llamó. Dijo.

—Bueno, entonces habla con él y averigua qué habrá. Dije con apremio.

Rose respiró profundamente con los ojos cerrados como si estuviese a punto de desactivar una bomba, abrió sus parpados y levantó el teléfono móvil par aponerlo en altavoz. Colocó el móvil en el medio de la mesa para que ambas nos acercáramos y pudiéramos escuchar mejor.

—¿Aló? ¿John, sigues ahí? Preguntó.

—Sí, aquí estoy. Dijo John al otro lado de la llamada.

—Qué bueno, y cuéntame, ¿para qué llamas? Preguntó Rose como si no estuviese al tanto del motivo de su llamada, como si no estuviese esperándola.

—Bueno, era para saber si aún estabas interesada en ir a una fiesta el día de hoy.

—Oh, una fiesta. Vaya, lo había olvidado Mintió. Me miró con una sonrisa traviesa. Se estaba haciendo desear y no sabía por qué, tampoco es como que tuviese motivos para hacerlo.

—Sí bueno. Yo no lo había olvidado y estuve buscando entre mis conocidos quien daría una fiesta hoy, hasta que por fin di con alguien. Agregó John, un tanto sereno, aunque se podía sentir el entusiasmo que quería inyectarle a la conversación.

—¿Sí? ¿Y en donde será esta fiesta? Preguntó Rosalie. Manteníamos la mirada fija en la mesa, como si estuviésemos procesando la información.

—En la mansión de mi amigo. Dijo que nos llegaríamos a eso de las ocho de la noche. Así podríamos estar cómodos mientras llegaban los demás. Lo más probable es que ya para esa hora hubiese gente. Explicó John.

—Sí, pero en dónde, para saber bien qué haremos.

—En LA.

—¿¡Qué!?! ¿En Los Ángeles? Exclamamos las dos juntas al mismo tiempo. No hay por qué explicar el motivo de nuestro asombro, la mera idea resultaba estúpida.

—¿Cómo que en LA? ¿Estás loco? Inquirí yo, introduciéndome en la conversación.

—¿Quién es? Preguntó John. □ Sí, en Los Ángeles ¿Cuál es el problema?

—Es una amiga. Se excusó Rose viéndome con severidad. □ No te preocupes. El problema es evidente, LA está a siete horas de vuelo de aquí.

—¿Aja? ¿y qué con eso? Preguntó John. Aquello me pareció realmente irritante. No sabía cómo se supone que llegaríamos a las ocho de la noche, pero, el que estuviese seguro que era posible y no nos explicara, me era atorrante de su parte.

—Pues que no llegaremos a tiempo, tarado. Murmuré.

—Que no creo que llegemos a tiempo. Dijo Rose.

—No te preocupes, en nuestro jet privado llegaremos con tiempo de sobra. Dijo desbordando seguridad.

—¿Es eso posible? Preguntó Rose.

—Sí. Y si desean, podemos esperarte en el aeropuerto La Guardia. Es el que está más cerca. Dijo John, sin quebrar su confianza.

—¿Crees que podamos llegar antes de las ocho?

—No creo que antes, pero, sé que no llegaremos mañana. Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que me digas si quieres ir con nosotros.

Rosalie levantó la mirada y me vio fijamente para saber cuál era mi respuesta. Solamente hice un gesto de indiferencia, después de todo, ni sabían que yo existía.

—¿Puede ir mi amiga? Preguntó Rose, obligándome a hacer una decisión puntual.

—¿Tu amiga? ¿Cuál? Preguntó John. Se pudo escuchar como batía el teléfono, luego de eso, habló, pero no a nosotras. □

—¿Por qué hiciste eso? preguntó, se escuchaba un tanto distante.

Nos alejamos del móvil para vernos mutuamente un tanto confundidas. No le dimos importancia y esperamos a que sonase como si nos estuviese hablando.

—Está bien, está bien. Por la forma en que su voz se fue haciendo más fuerte, supuse que acercó su boca al micrófono. □ Sí, claro, no hay problema.

Rosalie levantó la mirada de nuevo para buscar mi aprobación. En sus ojos se notaba un tono de interés de emoción. No podía ser yo quien apagase todo eso con mi falta de ganas de ir hasta Los Ángeles para una fiesta a la que, técnicamente, no nos habían invitado.

Tenía mis dudas, aparte de una falta de confianza en lo que podía suceder y en lo que todo eso significaba. A pesar de eso, no me quedó de otra y le dejé en claro que estaba de acuerdo.

—Perfecto, entonces, nos vemos en el aeropuerto La Guardia.

—¿En dónde se encuentran ahora? Creo que puedo mandarlas a buscar. Dijo John.

—Estamos en un café de Manhattan, si quieres te envío un texto más, como en una media hora, para que nos pasen buscando en frente de mi departamento. propuso Rose.

—No hay problema, entonces espero. Hasta luego.

—Hasta luego. Dijo Rose antes de colgar.

Se notaba que estaba entusiasmada por lo que fuese a suceder.

—¿Crees que sea cierto lo del avión? Preguntó Rose luego de terminar la llamada.

—No sé, solo nos queda ver. Ya aceptamos. Dije, resignada.

—Ni que fuese el fin del mundo. Respondió Rosalie.

—De todos modos, no nos queda de otra. ¿Qué tienes pensado hacer entonces? Pregunté.

—Departamento, cambiarnos y escribirles para que nos pasen buscando. Respondió con seguridad.

—Suenas sencillo.

—Lo es, amiga mía. Tenemos todo resuelto. Dijo completamente confiada con una sonrisa en el rostro.

No parecía alegre nada más porque iría a una fiesta. Tenía al tanto que era uno de sus placeres ocultos, el festejar le hacía disfrutar lo suficiente como para demostrar felicidad al respecto, pero, algo no figuraba muy bien.

Por mi mente pasaba la posibilidad de tener algo con John. A pesar de todo, era una celebridad que parecía estar interesado en mí. No le di importancia a muchas otras cosas, la situación ya parecía interesante de por sí, intentarlo sería una aventura que estaba dispuesta a tomar. La verdad es que desde que habíamos salido de la sesión de fotos, mi mente divagaba con la idea de compartir algo juntos.

Tal vez por mi deseo de algo emocionante, una escapada de la rutina. Lo importante es que, en ese momento, estaba más feliz por él que por la reunión.

—Estás muy sonriente. ¿Qué te dio? Le inquirí con sospecha.

—Nada Respondió sin borrar la sonrisa de su rostro.

—¿Por qué estás tan alegre? ¿A qué se debe tu felicidad? Insistí.

Rose no quería responderme. Se levantó del asiento y tomó su bolsa.

—Algo Respondió.

—Es por John, ¿no es así? Pregunté. No estaba segura, pero no había alguna otra explicación.

—Puede ser. Me dijo definiendo más su sonrisa. Le miré con severidad para que dejara de jugar. □ Sí. ¿No te parece interesante? inquirió.

—No del todo. No lo conozco lo suficiente como para decir que vale la pena.

—¿Qué te pasa? Es un rockstar, ya de por sí es interesante. *Insistí. Jane no solía estar de acuerdo con mis gustos. Éramos lo suficientemente diferentes para justificarlo.*

—No lo creo.

—Oh, vamos, no me digas que no te llama la atención ni un poquito. Insistió.

—No, para nada. Aseveré.

Luego de eso insistió que no había otra forma coherente para pensar en uno de

ellos dos que no fuese llena de interés. Refuté de forma lógica su punto mientras nos dirigíamos a su departamento que se encontraba cerca de aquel lugar.

No tenía ganas de hacer más nada, pero, era normal que Rose me llevara a algún lugar por algún motivo que fuese referente a una celebración o a una simple reunión social. *En cinco años, más eran las reuniones referentes al trabajo. Esta era diferente.* □

Poco a poco fue indagando hasta que dio con que me sentía un poco interesada en Peter. No me quedó de otra que aceptarlo y terminamos la conversación en un «puede que pases la noche con él». La idea no me satisfacía mucho, realmente, en ese momento, solo pensaba en cómo podría evitarlo, tenía un mal presentimiento, pero no conseguía expresarlo con propiedad.

Jane nunca fue de muchos amigos, mucho menos de conseguir pareja constantemente. Por mi parte, ya había pedido a John, era inevitable, pero, Jane parecía querer algo, pero no lo sabía aún. Me sorprende que hayan terminado juntos y que tuviesen un hijo. Eso no me lo esperaba, la verdad.

Al cabo de varios minutos buscando entre las prendas adecuadas, Rose se decidió por vestir un pantalón corto, unos tacones, una blusa de color negro y se acomodó el pelo para dejarlo con unas ondas que la hacían ver más atractiva.

Yo, me fui por un estilo relajado, un jean más o menos desgastado, un par de tacones negros que Rosalie me prestó, una camiseta sin mangas de color blanco con un suéter abierto y el cabello suelto. Estábamos preparadas para la noche.

Nuestro tiempo se fue en eso. Lo menciono por el cuidado al detalle. Pero, a pesar de parecer que no nos decidíamos, más tardamos en llegar que en prepararnos para salir. Luego de que Rose le enviase el mensaje a John para que nos fuese a recoger, nos dijo que ya había enviado un coche a buscarnos que solamente estaba esperando la dirección. Esperamos por veinte minutos por él y lo abordamos llenas de dudas.

Rose no parecía darle importancia a lo que todo eso significaba. Estaríamos a tres mil kilómetros de distancia de nuestro hogar solamente para pasar la noche con dos desconocidos. Agregándole a eso un avión que supuestamente nos llevaría en menos tiempo hasta Los Ángeles, me era difícil de tomar en

serio toda aquella situación. Sin embargo, continúe mi viaje acompañando a mi amiga.

Cuando llegamos al aeropuerto, nos llevaron hasta donde se encontraba el avión. Era algo grande para lo que me esperaba de un jet privado, aunque, antes de ese, no había visto uno en persona. En una de sus aletas traseras, la que se mantiene verticalmente, llevaba una FA en letras doradas.

Era de un negro con dorado, cosa que le daba un tono elegante y ostentoso, algo que no era propio de John ni de Peter. De inmediato me pareció que aquella aeronave no era de ellos. Rose la veía sin reproche, no la detalló lo suficiente como para darse cuenta que ellos no eran los dueños de eso, pero no iba a ser yo quien le arruinase el momento.

Desde lejos, pudimos ver como John salía por la puerta para recibirnos con gran entusiasmo.

—¡Rosalie! ¡Llegaste! Te estábamos esperando. Grito a lo lejos.

De inmediato supe que iba a ser una larga noche. En lo que nos acercamos al avión, nos invitó a pasar antes de entrar en él.

—Vengan, entren. Hay que despegar cuanto antes. Dijo antes de desaparecer dentro del avión.

Rosalie se adelantó a entrar sin decir nada al respecto. Por lo menos algo de lo que había dicho John era cierto, tenía un avión, ahora solo faltaba ver si realmente hacía lo que él decía que haría.

Una vez adentro, con Rose ya sentada en uno de los asientos lujosos, John al final en lo que parecía un mini bar, buscando algo de beber me ofreció un vodka y yo acepté □ y Peter sentado en silencio con un vaso de whiskey en la mano, no se borraba en mí la impresión de que aun podíamos evitar estar en envueltas en todo lo que aquello significaba. ¿Qué exactamente? En ese entonces no tenía idea.

Lo primero que me vino a la mente fue cuestionar la credibilidad de John con respecto al tiempo de llegada. Por lo que le hablé, mientras me sentaba.

—Entonces, ¿este es el avión que supuestamente nos llevará a LA en menos de cuatro horas?

John se acercó a mí con un vaso de un vodka con hielo y me respondió.

—Sí, es este. De dio la vuelta y le entregó a Rose el vaso que había servido para ella.

—Me parece difícil de creer.

—Lo sé, pero ten fe en que lo hará.

—¿Esto se levanta del suelo si crees muy fuerte en que lo hará? Pregunté con sarcasmo.

—No, pero te puedo garantizar que si nos llevará a tiempo a LA. respondió John.

Estaba de espaldas a Rosalie, a pesar de que los asientos podían girar y que no me quise mover, pude imaginar la cara de desaprobación que tenía. Solía ponerla cada vez que hablaba de más o era lo suficientemente pedante con las personas a mi alrededor. Sin embargo, no me detuve allí.

—Aun así, me parece difícil de creerlo. Insistí.

—Bien, si te es tan difícil de creer, entonces ve la hora en la que salimos y comienza a contar desde ahí cuando aterricemos. Propuso John. □ De hecho, ya estamos a punto de arrancar.

No me había dado cuenta que el capitán había encendido los motores del avión. Era sutilmente silencioso, por lo menos desde adentro. No podía negar que por dentro era aún más lujoso de lo que proponía ser desde afuera, y tampoco es que viese difícil que el avión nos llevase a nuestro destino en tiempo record, pero, mi instinto me obligaba a ser apática con John. Por lo menos con él.

Durante nuestra confrontación verbal, Peter no dijo nada al respecto. No podía ver a ninguno de los tres a menos de que me lo propusiera, por lo que no sabía que gestos estaban poniendo, a excepción de Rose, que era particularmente predecible en cuanto a lo que hago y dejo de hacer.

El caso era que me daba curiosidad como podría estar tomándolo Pete. Era el mayor de los dos hombres, emanaba un aire de seriedad y responsabilidad que su amigo no parecía tener.

Solamente escuchaba el choque de los cubos de hielos contra el vidrio de su vaso, lo que me daba a entender que seguía ahí, tal vez atento, tal vez juzgando.

De inmediato borré de mi mente aquella idea, y, antes de que me diera cuenta, la señal de abrocharse los cinturones se encendió. Al parecer, íbamos a despegar, cosa que John no dejó pasar.

—Bueno, señorita. Ya puede comenzar a tomar el tiempo de partida. Dijo.

Aguanté el impulso de ver la hora en mi móvil por el hecho de que, si lo sacaba de mi bolsa, iba mostrarme muy evidente.

Lo importante era mantener la compostura y no dejarme vencer por las provocaciones de John, aunque, me las habría evitado si hubiese sido un poco más prudente. Al cabo de unos minutos, ya nos encontrábamos en el aire y la señal se había apagado.

Yo continuaba sentada, viendo por la ventana las luces que comenzaban a notarse en tierra de las casas que les tocaba la noche. Eran de cinco y media a seis de la tarde, pero no estaba segura porque me mantenía renuente a ver la hora. Al cabo de unos minutos de haber despegado. John comenzó a hablar.

—Bueno, dejando todo atrás. Creo que no nos han presentado. Dijo, acercándose a mí.

Levanté la mirada y volteé a verlo.

—Me llamo Jane, soy la mejor amiga y asistente de Rosalie. Enuncié con puntualidad.

—Pues mucho gusto Jane. Yo soy John, el mi amigo y compañero de banda Peter. Es un placer conocerte. Respondió John con naturalidad, como si realmente estuviésemos presentándonos por primera vez, figurativamente.

—Lo mismo digo. Enuncié para evitar algún conflicto y no ser odiosa.

—Bien, entonces, ya que todos nos conocemos, hablemos un poco de nosotros. Dijo John, dándose la vuelta y caminando por el avión.

Parecía que solo él tendría la atención del momento. Durante las siguientes horas de viaje, mantuvo una conversación interesante con Rosalie. Comenzaron a tratarse de manera más animada, conversando mutuamente de temas particulares.

Hablaban de lo que les gustaba, de aquello que querían hacer con sus vidas en el futuro, lo que les llevó hasta donde se encontraban ahora. Gran parte del trayecto fue dedicado a ellos dos, exclusivamente.

Yo traté de mantenerme al margen, alejada lo más que podía de ellos para evitar sancionar su comportamiento. Lo importante era que Rose disfrutara, es decir, ella fue quien pidió estar ahí.

Se podría decir que John y yo tuvimos una conexión casi de inmediato. Comenzó preguntándome si estaba acostumbrada a un estilo de vida similar. Hizo lo más que pudo para sacar toda la información que podía de mí. No me sentía en una encuesta, por mi parte, también le hice diferentes preguntas. A nuestra manera, hicimos que esa entrevista fluyera. En ese momento descubrí que era una persona bastante atenta, apasionada.

Lo poco que pude obtener de eso, me hizo sentir más interesada en él. Lo que antes parecía ser un simple capricho por vivir al máximo, pasó a ser algo más. Mis pensamientos con respecto a John se hacían más detallados. Poco a poco se convertía en una idea lo suficientemente compleja como para mantenerme atenta a sus palabras, saber todo de él era algo enriquecedor.

Antes, escuchaba su música como un placer oculto, una vez lo conocí, sentí que no podría desaprovecharlo. Por fortuna, las cosas surgieron como lo esperaba, John estaba atraído por mí; comenzó a atraerme.

No recuerdo cuantas horas pasamos de viaje, por ningún momento vi el reloj. La plática que habíamos entablado los dos fue aumentando su dosis de jugosidad. Sí, nos apoderamos de ese viaje.

A mí, por particular, me llamaba la atención de como Peter no se integraba a ellos. Para ser el mejor amigo de John y, por lo que pude escuchar mientras hablaban, aquel que lo conoce prácticamente de toda la vida, no era muy parecido a él. Tal vez no del todo.

Luego de dos horas, una mujer con uniforme de sobrecargo salió de la cabina de mando y nos indicó que estábamos cerca de llegar. En ese momento supe que el avión de John si era particularmente veloz. Tardamos aproximadamente una hora más en llegar a tierra y luego más o menos treinta minutos a la mansión en donde se serviría la fiesta.

Era un lugar bastante grande. Tenía una entrada espectacular y desde afuera se podía escuchar la música que se reproducía dentro. John nos aseguró que era la casa de un amigo suyo, que una vez estas en el mundo del estrellato, la música y la fama, cosas así son normales día tras día. Peter seguía sin decir

nada al respecta, claro, yo tampoco. Para ese entonces no había nada entre nosotros, no de la forma en que Rose y John se estaban llevando.

En menos de tres horas de viaje y varios vasos de licor, ya se conocían lo suficiente como para haber roto la faceta de la primera cita. El interés de ella por él se notaba desde lejos.

Se sentía atraída por el hombre, a pesar de su diferencia de edad y que acababa de conocerlo a penas al mediodía. Al entrar en la casa, era evidente que se trataba de una reunión lo suficientemente costosa como para tener el título de «fiesta de millonario».

Ya adentro, luego de ser recibidos por el dueño de la casa, de habernos topado con unas cuantas personas a penas a unos pocos pasos de la puerta, John se dirigió a todos.

—Bueno, como les prometí, una fiesta esta noche. Llegamos a tiempo y tenemos la bendición del dueño de la casa para disfrutar al máximo de todo.

—Suenan prometedor Respondió Rose, apreciando los detalles de la casa y moviéndose al ritmo de la música.

—Creo que buscaré algo de comer. Dijo Peter, luego de casi cuatro horas en silencio.

—¿Comer? ¿Mi amigo? A penas estamos llegando, primero intégrate.

—No necesito integrarme, John, primero como y luego veo si formo parte de la fiesta. Expuso con una sonrisa; esa misma que vi en la sesión de fotos. Y se marchó al interior de la casa.

—Bien, entonces quedamos nosotros tres. Dijo John.

—Yo quiero vivir este momento. Necesitamos festejar Dijo Rose, llena de entusiasmo y energía.

—Me gusta esa actitud. Agregó John. □ ¿Quieren algo de tomar? Preguntó, viéndonos a las dos.

—Sorpréndeme le retó Rosalie.

—Yo veré si lo busco por mí misma. Dije tratando de escaparme de esa situación.

—Bueno, ya que estamos buscando lo mismo, entonces vamos todos juntos. Agregó John como si estuviese decretando una ley.

—Apoyo esa moción. Dijo Rosalie, al parecer, bajo la misma impresión que tuve de las palabras de John.

John se adelantó a nosotras para mostrarnos el camino hasta la cocina. Resultaba que ya había estado ahí, en otras fiestas que se habían hecho. No me sorprendió lo suficiente como para creerlo extraño, de hecho, si hubiese dicho que era primera vez que estaba ahí, habría sentido que me mentía.

Nos encaminamos por un largo pasillo lleno de personas un tanto apiñadas a la pared, tal vez, sintiendo lo mismo que yo al estar en un lugar lo suficientemente grande: no querer estar en el medio.

Se podían notar cuadros de todo tipo, adornos minimalistas y otros un tanto excéntricos. Se lograban ver también detalles y acabados dignos de una persona con el suficiente dinero como para prestarle atención a detalles tales como para colocarlos en su casa. Ya de por sí el hecho de que fuese una mansión la hacía grotesca sin pensarlo demasiado, de todos modos, ellos gastaban en eso porque querían.

El camino se hacía interminable. Poco a poco fui uniendo los cabos sueltos y pude concluir que la casa era de una celebridad, alguna especie de músico que seguramente solo conocerían en su cuadra. John y Rosalie seguían hablando de sus vidas.

Se pusieron al día con respecto a cada detalle de sus existencias consiente en esta tierra. Rose le contó de su asombrosa carrera como fotógrafa, que empezó desde temprano a manejar la industria y que se graduó a los dieciocho para comenzar una carrera que la llevaría lejos costase lo que costase. Estuve allí escuchándolo todo.

Le contó cómo nos conocimos, de cómo llegué al estudio buscando trabajo en el preciso momento en que ella se veía en la necesidad de contratar a una asistente. Que de no ser por mí no habría logrado tener tantas oportunidades de trabajo.

Al cabo que, en menos de veinte minutos, contaron el principio de su vida profesional, de la entrada a la cocina. No sé si el tiempo invertido en ese trayecto fue meramente relativo o que el tamaño exagerado de la casa tomó partido por ese lado.

En lo que tardamos en llegar a lo que, según a mi parecer era un laboratorio lleno de artefactos los eficientemente modernos como para lanzar un cohete al

espacio la cocina □ nos topamos con Peter comiéndose un emparedado parado al lado de la nevera.

—Veo que sí tenías hambre, mi amigo. Dijo John, anunciándonos a todos.

—Pues te dije que quería comer. Pero creo que esto no es suficiente. Expuso Peter bajando el sándwich y colocándolo en el plato.

—Pues, tranquilo, tal vez más tarde pidan pizza, sabes que siempre terminan pidiendo pizza.

—Eso espero. dijo Pete.

Rosalie y yo nos miramos por primera vez desde que llegamos a esa casa. Se notaba que estaba realmente contenta, la compañía de John le hacía bien y eso no lo podía negar.

No las arreglamos para conseguir unas cuantas botellas de cerveza importada y nos la tomamos ahí mismo antes de salir al patio trasero que era en donde estaba gran parte de la fiesta.

Tampoco es como que la cocina o el resto de la casa estaban vacías. En el camino vi más personas de las que acostumbro ver en la calle en un día regular. En donde nos encontrábamos, había gente concentrada en lo suyo, entrando y saliendo, sirviéndose lo que podían a cuanto la imaginación se los permitía.

John y Rosalie ya habían entablado una amistad interesante mutuamente, mientras que Peter y yo aún no teníamos nuestra primera conversación. Desde la cocina, se podía ver como los demás festejaban de locura.

Personas lanzándose a la piscina con todo y ropa, algunos bailando al ritmo de la música en la grama. Se podía notar como otros fumaban en las esquinas, recostados en la pared conversando, casi como nosotros.

Había personas de todo tipo, tamaño, color. De todo. Se podía notar como había mujeres que se dejaban tocar por otros que se paraban a su lado. Peter parecía no notar lo que sucedía a su alrededor, desinteresado en lo que otros hacían. Su actitud distante y serena hacía que mi interés por él se aumentara cada vez más.

No creía que fuese posible que un chico tres casi cuatro años menor que yo pudiera llamar mi atención de esa forma. Dese cierto punto de vista no era del todo extraño, no era una diferencia de diez años o si acaso la edad fuese

precisamente un factor clave.

Estábamos lo suficientemente definidos como individuos maduros como para sentir atracción por el otro, claro, no sabía si de cierta forma era algo reciproco. No en aquel entonces. El resto de la noche no las pasamos los dos juntos, uno al lado del otro, rompiendo el hielo que nos dividía poco a poco. Por otro lado, tanto John como Rose, se habían alejado y no los vimos más por el resto de la velada.

No tengo idea de qué fue lo que estuvieron haciendo, parte de mi noche de fiestas consistió en conversar poco a poco con Peter hasta que por fin pudimos hablar con comodidad, del resto, ninguno de nuestros amigos se había acercado por lo más mínimo. Durante la mayor parte del tiempo, nos preguntamos en donde se encontraban, más que todo, que mientras quebrábamos las barreras que nos separaban, los buscábamos a lo largo y ancho de aquel inmenso lugar.

Se podría decir que gracias a ellos pudimos hacer de aquello a lo que no queríamos participar, mejor. Bromeábamos, contamos la forma en que ambos terminamos juntándonos con aquellos dos... las cosas fluían a un paso suave y prometedor.

Luego de varias horas escrutando a medias el lugar mientras más nos familiarizábamos con el otro, nuestra exploración del lugar se hacía menos importante □ hasta que nos sentamos en uno de los muchos espacios libres que quedaban en aquella mansión para detenernos a beber y continuar nuestra platica.

No recuerdo exactamente todo lo que hicimos aquella noche, pero sí lo necesario para saber que fue la primera noche que estuve con John, en la que me hizo sentir realmente encantada. Luego de encontrarnos con Pete en la cocina y de pasar un momento en silencio, John pensó que sería buena idea presentarme el lugar.

Sus intenciones no eran claras en ese momento, dudo que haya querido que las cosas sucedieran como lo hicieron en aquel momento, pero, no me arrepiento de haberle hecho caso. Nos adentramos en la mansión, era lo suficientemente grande como para hacernos desaparecer tan rápidamente y que ninguno de nuestros dos amigos nos encontrase.

Me habló de cómo aquel lugar había sido interesante para él. John no tenía

filtro alguno, era completamente honesto conmigo. Dijo que no era la primera fiesta a la que asistía por lo que había estado ya en diferentes lugares de la casa habiéndose acostado con una que otra chica.

Me fue describiendo con detalle lo que hizo. Mamadas, posiciones alocadas, tetas de todos los tamaños, cuerpos encantadores de dos o tres mujeres a la vez. Dijo que había probado diferentes chicas nacidas por todo el mundo que buscaban acción, conocer a sus artistas y acostarse con ellos de ser posible. «¿Quién soy yo para no complacer ese deseo?» expresó al respecto.

—No estoy acostumbrado a hacer este tipo de cosas me dijo mientras caminábamos.

¿Quién iba a estar acostumbrado a contarle a su persona de interés acerca de las otras mujeres con las que se había acostado? Es evidente que de por sí no habría sido normal para muchos. Lo que realmente debía de parecerle extraño, era el poco nivel de importancia que le otorgaba a ello. Cosa que no dudó en contarme.

—Lo que me preocupa es que no pareces disgustada por lo que te estoy contando. ¿Me odias, o algo por el estilo? preguntó. El chico que había entrado a la sesión fotográfica horas antes, la confianza y el interés que emanaba, comenzó a desvanecerse.

—No te preocupes. Le dije. Es obvio que habrías hecho algo al parecido.

John era un chico a penas, claro estaba. A sus diecinueve años había probado de la fama y el estrellato como cualquier otra persona. Estoy segura que no era así antes de conocer ese mundo, luego de ello, descubrí que estaba en lo cierto. Krammer maduró adecuadamente, su cuerpo era un deleite, algo que no estaba acostumbrada a conocer en un hombre de su edad.

Su torso formado por detalles que parecían esculpidos. Se notaba fuerte y firme, pero con tal sencillez que parecía escultura griega. No eran de atributos ni rasgos exagerados.

Sus brazos, tatuados por artistas expertos, estaban bien definidos con el mismo nivel de precisión que el resto de su cuerpo, sus músculos se marcaban en cuanto los flexionaba demostrando que no era un joven sedentario.

Aquella noche, nos hicimos con varias botellas en toda la casa y

comenzamos a sentirnos atraído de muchas otras formas. Sabía que algo podría pasar en aquel entonces, era obvio, no sales con un desconocido sin antes pensar en esas posibilidades primero.

Primero, comenzamos a besarnos. Sus labios eran carnosos, su rostro no se quedaba atrás en cuanto a todo su cuerpo. Besaba de tal forma que me hacía sentir que no lo había hecho en mucho tiempo. Me sedujo de inmediato. Cada uno de sus movimientos me atraían más y más a la idea de intimar con él en ese lugar, sin darle importancia a todo lo que nos rodeaba.

Sus manos sabían en donde tocar, mi cuerpo respondía a cada uno de sus estímulos positivamente, encantados, enamorados de él. Jugaba con mis pechos, apoyándome de la pared. En otro momento me cogió por la espalda para besarme el cuello. Yo no tuve problema, acepté cada uno de sus besos con la misma confianza con que él me los daba.

Luego de ello, no sé muy bien como terminamos desnudos en una cama en otra casa, pero, aun mantengo la reminiscencia de aquel encuentro con vivo detalle y sería un pecado no describir mi primera noche con John Krammer.

Nos habíamos saltado las introducciones. Sé que en lo que llegamos a una habitación, que para aquel momento me parecía de la misma casa en la que estábamos en Los Ángeles, nos besábamos al mismo tiempo que nos arrancábamos las ropas como si las odiáramos. En lo que ya no teníamos nada encima, nos dejamos caer en la cama para continuar con nuestra conversación física.

Su mano se perdía entre mis piernas masajeando mi vulva e introduciéndose dentro de mi vagina. Opuso su índice y su pulgar para jugar con mi interior a la vez que lo hacía con mi clítoris. Lo hacía con tal destreza que pude detallar, entre gemidos y sensaciones placenteras que me recorrían todo el cuerpo, que flexionaba el dedo número uno mientras circundaba con el número dos. Era extenuante a tal punto que gritaba de emoción.

Con su otra mano y su boca, masajeaba mi seno y succionaba mi pezón, cambiando del derecho al izquierdo cuando parecía sentir que uno de los dos estaba siendo mal atendido. Me hizo sentir en las nubes en ese momento.

No comprendía como era posible llegar tan lejos en tan poco tiempo. Nos saltamos todos los preámbulos para llegar hasta nuestra primera noche de

una sola vez. No le atribuyo ese encuentro a la idea de que fuese una figura famosa, ni nada por el estilo.

Entrelazaba mis dedos en su cabello mientras perdía el control de mi cuerpo. No pasó mucho tiempo antes de que le pidiera que fuese más directo, que dejara de jugar conmigo metiera de una vez su pene. John respondió adecuadamente a mi petición. Se detuvo, dejó de tocar mi vagina y se levantó para tomar su pene entre sus manos abduciendo y abduciéndola frente de mi viendo cómo se jalaba su espectacular falo.

Con tan solo verlo sentí que lo deseaba aún más. Un pene perfectamente erecto con una ligera curva hacía arriba y un glande rojo e inflamado por la tensión que seguramente estaba pasando por allí en ese momento.

Se notaba como sus venas sobresalían pareciendo pequeñas montañas a lo largo de su pene lo que me daba la impresión que sería igual a esos juguetes sexuales con texturas. No sabía cuánto tiempo podría resistir la espera. Recuerdo que lo quería sentir a como diera lugar, quería conocer de lo que era capaz, de entender qué era lo que ocasionaba en mí; atracción física, sentimental, sexual o todas a la vez.

Se acercó lentamente a mi mientras seguía moviendo su mano para estimular su pene. Luego de decirme unas palabras que no logro encontrar en mi memoria, puso su miembro al frente de mi vagina y comenzó a extenderlo y dejar que la gravedad le hiciera caer sobre mí.

Lo hizo varias veces, ocasionando arcadas de placer cada vez que me tocaba. Luego fue frotando su glande a lo largo de mi vulva. De arriba abajo, presionando suavemente al llegar a mi clítoris.

Estuvo un rato haciendo eso, jugando con mis sentimientos, haciendo que lo deseara más de lo que ya estaba haciéndolo, hasta que se detuvo en la entrada de mi vagina y empujó para penetrarme. Poco a poco fue introduciendo su pene, haciéndome sentir un alivio a la vez que me ocasionaba un placer inmenso.

Sentía como mi interior se llenaba con su trozo de carne bien firme y definido, como mi clítoris se movía, por lo más mínimo que fuese, porque su miembro empujaba todo hacía adentro.

Las paredes de mi vagina le ayudaban a entrar, apretando todo lo que él tenía para ofrecerme, dándole la bienvenida que se merecía.

Mi cuerpo se contraía de placer, retorciéndose por cada centímetro en que se adentraba más a mí, como si no fuese a terminar jamás aquella penetración inicial, como si nada del mundo fuese a acabar en ese momento. Eternizó esa acción, tatuándola en mi memoria de tal forma que después de tantos años, mi entrepierna se humedece con tan solo recordarlo.

Cuando por fin llego hasta su límite, tanto de la vagina como del pene, al chocar con el final de mi sexo, sentí como mi cuerpo pedía más oxígeno, atiborrándose de placer, desechando todo pensamiento inútil, hallándose tan solo allí, en frente de aquel joven lleno de vida, de fuerza, de ganas de coger como ningún otro habría hecho conmigo antes.

No era mi primera vez sintiéndome así, pero, por los sentimientos que comenzaron a aflorar en mí luego de conocerlo, de la nada, como si no se hubiesen establecidos con anterioridad, hizo que mi cuerpo se dejara poseer de tal forma que él parecía controlar mis gemidos, no producirlos.

Empezó a moverse, empecé a sentir la gloria.

Sus movimientos eran precisos y adecuados, ni muy rápidos o lentos, ni muy fuertes o suaves. Cambiaba la frecuencia de los mismos, jugando entre los cuatros maximizando todo lo que podía llegar a sentir por individual. Jugaba con mis pezones, apretaba mis tetas, mis muslos. Me levantaba por las caderas dejando mi espalda alta sobre la cama y el resto de mi cuerpo en el aire. Se hacía más profundo, me encantaba aún más.

Cambiamos a diferentes posiciones, algunas que pude reconocer en momentos de lucidez de las que me había expresado mientras hablábamos antes de todo eso. Acostada con el culo levantado, dejando que mis caderas solamente se movieran de arriba a abajo para poder hacer que su pene se metiera aún más en mí.

En cuatro, una vez que lograba hacerlo que se levantara de la posición anterior. Me daba nalgadas, que me encantaba recibir, que le pedía que diera más veces, más duro.

En otro momento se sentó con las rodillas flexionadas reposando sobre sus piernas, como si quisiera hacer una rampa con todo su cuerpo. Su pene, se mantenía erecto, invitando a sentarme en él. Le di la espalda y me fui agachando sobre aquel manjar.

Esa vez era yo quien mantenía el ritmo, que decidía de qué forma moverme.

Lo veía por encima de mi hombro, con el gesto de placer marcado en el rostro, mirándome fijamente. Mi cara se dejó llevar por la puta que tenía adentro, dándole a entender que me encantaba, pidiéndole que me observara.

Le preguntaba si le gustaba con una voz seductora y lasciva. Me respondía entre bramidos que sí. Yo gemía cada vez que podía, porque para gemir en el sexo solo necesito estar respirando.

Me dejaba caer sobre aquel pene, saltando, recibéndolo. Gritaba lo mucho que me encantaba, sin importar si alguien me escuchaba o no. Que quería más, que lo deseaba más duro, más adentro.

Le pedí que me cogiera más a menudo, en cualquier lado. El apretaba mis tetas, me jalaba el cabello. Yo le decía que era su puta y que no podría cambiar todo eso. En aquel momento entendí que solo quería ser de él, que las cosas como las conocía cambiarían para siempre.

No sé si fue por el sexo o por la química que tuvimos, pero no había excusa para no volver a cogérmelo de nuevo, para no dejarme poseer más veces por él. Lo necesitaba tanto como sé que John me necesitaba a mí.

Orgasmo tras orgasmo sentía como el mundo estallaba a mi alrededor, haciéndome saborear cada uno de los sabores, oliendo cada uno de los olores, porque en torno a nosotros, todo redundaba y era un pleonasma en nuestra existencia; nada me hacía falta tanto como lo que él me hacía sentir.

Pasamos a darnos placer oralmente. Yo, llevaba aquel pene a mi boca para probarlo, con su sudor, con mis fluidos, con los suyos. Lo llegaba hasta donde su tamaño me lo permitía, hasta donde las ganas me obligaban a llevarlo. Él saboreaba mi vagina y los líquidos que emanaban de ella. Trabajamos en pareja, a la perfección, buscando aire entre nuestros sexos, deleitándonos con lo que la anatomía dejaba a nuestra merced.

Terminé acabando en su rostro y el eyaculando en mi boca. Podría decir que nuestra cogida llegó hasta allí, pero, mi vagina amaneció lo suficientemente dilatada como para saber que nuestra noche se extendió, que duró hasta que las horas se hicieron infinitas y nosotros nos hicimos inmortales.

Fue inigualable, por lo menos así lo recuerdo. No quiero arruinar mis memorias al pensar que mi cerebro ha modificado todo aquello sencillamente porque me sentí en la gloria al acostarme con John.

Pero, sin importar qué, todo eso fue tan real como yo, porque estoy segura que sucedió de esa forma, que no soy capaz de imaginar tal destello de habilidades, de sensaciones, placeres. Aquel día todo fue en plural porque nada vino por solo, porque todo llegó a nosotros como un ejército.

Creo que he agregado más de lo que debería, aunque, como ya dije, habría sido un pecado no mencionarlo.

A la mañana siguiente, me desperté a su lado cubierta por su sudor y su semen seco. Entre nosotros había una botella de Jack Daniels vacía. Juraría que no las bebimos, porque, apestábamos ella.

El dolor de cabeza era impresionante; ni ganas de moverme tenía. Antes de ese amanecer, antes de encontrarnos con los chicos en el aeropuerto, las imágenes en mi cabeza, las fotografías que recordaba, eran de Krammer con todo tipo ropas sobre su cuerpo, en ese instante, ahora, eran de él completamente desnudo. □

—¿Crees que deberíamos retomar nuestra búsqueda? Preguntó Peter, inclinándose al frente para levantarse, viéndome a los ojos.

Nos encontrábamos en el escalón de una de las tantas escaleras que se hallaban por toda aquella casa. Para nuestra fortuna, era la única vacía.

—No sé, no creo que necesiten que los busquemos. Le Manifesté, sin quitar mi mirada de él. □ Después de todo, están lo suficientemente grandecitos como para cuidarse por sí solos. ¿No crees?

—Es una forma racional de verlo. Afirmó Peter, acomodándose de nuevo.

—Además, no creo que estén por aquí de todos modos. Es imposible que desaparezcan de esa forma y no haya rastro de ellos por ningún lado. Dije.

—Bueno, tampoco es que buscamos adecuadamente. Me dijo, dándome una sonrisa.

Continuamos con nuestra platica regular. Me contó de cosas que le sucedieron mientras estuvieron de gira y yo le narraba lo que me tocaba hacer para que Rose tuviese una sesión adecuada. Dijo que para hacer lo que hacían debía mover cielo y tierra, que John no era precisamente la persona más cuidadosa y ordenada del mundo.

Decía que sus vidas a veces parecían un completo desastre, de derroche y sexo por doquier. Que, de no ser por la música, no estarían viviendo de la

forma en que lo hacían en ese instante.

A pesar de todo eso, cuando hablaba de su amigo, lo hacía con total orgullo. Confiaba en que él era una persona admirable y que no había nada en el mundo que lo obligaría a separarse de él.

Peter estaba seguro que las cosas entre los dos nunca acabarían, que llegarían lejos con su banda, dándole la vuelta al mundo, entregando un pedazo de sí mismos en cada canción. El escucharlo hablar de su pasión era apasionante. Se contagiaba con facilidad.

Me sentí un poco abrumada por sus palabras. Era un chico que hablaba de la vida de tal forma que mi propia perspectiva me parecía absurda. Se notaba que era extremadamente inteligente, humilde. Su forma de ser me cautivó aún más que su actitud silenciosa y su indiferencia ante el comportamiento infantil de su mejor amigo.

Nos fuimos acercando más y más. Yo le contaba acerca de mis aspiraciones en la vida, de como quería terminar mi carrera de enfermería. Le dije que había empezado tarde, que cuando joven no tenía muchas ganas de tomar las riendas de mi vida. Me abrió con él de la misma forma en que lo hizo conmigo.

Jane nunca fue muy abierta con las personas, cuando supe que estuvieron juntos un tiempo, que fue el tiempo en que estuvimos los cuatro compartiendo, no esperaba que lo de ella con él fuera a durar tanto. No hasta el punto de tener un hijo. □

A la mañana siguiente, amanecimos en la casa de John y Peter. No era una mansión ya que tenía más de propiedad humilde tomado a comparación a aquella en la que estuvimos la noche anterior.

Después de varias horas hablando de ponernos al día, comenzamos a sentir que debíamos pasar al siguiente nivel, por lo que no nos pareció extraño que debíamos irnos a un lugar más calmado, uno en que pudiéramos estar completamente a solas y disfrutarnos mutuamente.

Mentiría al decir que no recuerdo lo que sucedió. Luego de concluir con que John y Rose no estaban en aquel lugar, le preguntamos a quien se encargaba de entregaba los coches si los había visto y termino diciéndonos que se fueron horas antes.

Peter propuso ir hasta su casa porque lo más probable es que estuviesen allí. Yo estaba al tanto de que aquello sonaba más a excusa que a solución. Ya para

ese punto, no estábamos buscándolos, era obvio lo que realmente queríamos.

No bebido, no lo suficiente como para decir que había tomado una decisión sin pensar muy bien en lo que hacía. Estaba dispuesta a compartir lo que quedaba de noche con Pete, porque era seguro que las cosas habían sucedido demasiado bien como para sentir que algo ocurría entre él y yo.

Estaba segura que quería sentirlo, cosa que no esperaba al momento de aceptar la invitación que John nos hizo temprano para ir a la fiesta de su «amigo». Cuando llegamos, lo que menos nos importó era buscarlos porque nos comenzamos a concentrar nosotros, entre besos y caricias, me llevó hasta su habitación y me hizo suya durante toda la noche

En ese momento, estuve por primera vez con Peter.

Al despertarme, estaba desnuda, sobre su cama, con el cuerpo relajado y satisfecho, viendo como él salía del baño con su pene guindando entre las piernas. Eso me encendió en seguida.

Esa mañana también me acosté con Peter. Definitivamente habíamos roto el hielo entre los dos y las cosas parecían fluir de maravilla.

Debió haber narrado lo que hizo aquella noche, habría sido alucinante leerlo. Es decepcionante, esperaba algo mejor.

Al bajar para la cocina, nos encontramos con John y Rose, en bata, tomándose un café. Era obvio lo que sucedía, ninguno llevaba las prendas que cargábamos el día anterior.

—Oh, chicos. Estaban aquí. ¿Cuándo llegaron? Preguntó Rose, tomándose por sorpresa nuestra presencia.

Peter volteó para verme. Se encontraba impertérrito, no parecía preocuparle que ellos estuviesen allí, que nos hubiesen encontrado en aquella situación ni que pudieron habernos escuchado mientras lo hacíamos. Me dio una sonrisa que me dio a entender que no había nada de qué preocuparse.

—Anoche. Dije, retomando mi atención en ellos, sin dar muchos detalles.

—¿Quieren desayunar? Preguntó John □ ¿Café, algo?

—Un café me caería de maravilla Dijo Peter acercándose a John como si no sintiera el elefante en la habitación.

—Sírvase, amigo mío. John, parado al lado de la cafetera, se apartó para que

Peter tomase su porción. □ ¿Tú no quieres, Jane? Me preguntó.

Yo me encontraba concentrada en la mirada de felicidad de Rose. Estábamos teniendo una conversación silenciosa. Me dio a entender que no sólo se había acostado con John, sino que lo había disfrutado al máximo. Por mi parte, le di a entender lo mismo con una sonrisa, asintiendo con la cabeza.

Al dejar en claro como recibí la noche con Peter, me enfoqué en John y le respondí amablemente; la primera vez que lo hice, realmente.

—Sí, me gustaría un café.

—Ya lo sirvo entonces Dijo Peter de espalda.

Rose tenía una peculiar sonrisa en su rostro. Volteaba a vernos, como si estuviese presenciando algo gracioso.

No me estaba riendo, estaba observándolos llena de alegría. Se notaba que Jane estaba feliz, y, si no es así, entonces, en definitiva, estaba satisfecha con todo eso. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la vi de esa forma. El romance no era lo suyo, mucho menos las relaciones físicas. Me gustaría saber qué sucedió aquella noche. Me emociono tan sólo de imaginarme lo que Peter le hizo.

Aquella mañana fue algo inesperada para mí. No esperaba que nada de eso sucediera, bajo ningún motivo creía que sería capaz disfrutar una noche tanto como lo hice con Peter. El resto del día, la pasamos hablando entre los cuatro, bromeando y compartiendo como si fuésemos amigos de toda la vida.

Allí, descubrí que podría tener un estilo de vida como ese y disfrutarlo sin ninguna importancia. Podía notar como John y Rose se sentían a fusto el uno con el otro, al igual que era evidente lo mucho que me agradaba estar con Peter.

Estuvimos ahí ese fin de semana. Después de todo, nosotras dos vivíamos en nueva York y teníamos cosas que hacer. A diferencia de ellos, nuestro trabajo era diferente, debíamos estar allí para poder ganar nuestro sueldo, para poder comer.

John insistió en que nos quedáramos, Peter opinó que no importaba, que de todos modos podíamos ir a visitarlas cuando quisieran, que el tiempo era lo que sobraba.

—¿A qué hora saldrán mañana del trabajo? Preguntó John.

—Estaremos libre como a las cinco de la tarde, creo Dije yo, haciendo memoria a la agenda de Rosalie.

—Entonces, ¿qué tal si nos encontramos a esa hora? Propuso John, entusiasmado, tratando de hacernos acceder.

Rose no estaba en contra de ello, yo, por algún motivo, quería también pasar un tiempo con Peter y si era necesario que John también estuviese allí para que fuera posible, entonces no cabía duda, sería algo completamente seguro.

Al cabo que accedimos a reencontrarnos al día siguiente en Nueva York para pasar un rato los cuatro. No teníamos planeado nada todavía, pero, nos veríamos y eso era seguro.

Nos llevaron hasta NY en el mismo avión, el domingo, como a eso de las diez de la noche, que fue cuando John se dejó convencer que ya era suficiente que estuviésemos allí.

Y fue así como nos conocimos los cuatro. Las cosas comenzaron a tomar su rumbo una vez terminamos aquel fin de semana. Lo que sucedió después de todo eso, fue aquello que nos llevó hasta donde nos encontramos ahora. Puede que las cosas hubiesen sucedido diferente, que realmente el momento en que nuestros rumbos se cruzaron fue antes de eso, pero, después de todo, lo que recuerdo empieza de esta forma.

Me culpo por lo que les sucedió a John y a Rose luego de eso, ya que fue lo que nos dividió como amigos, lo que nos hizo separarnos y romper lazos mutuamente. Pude haberlo evitado, haber dicho que no aquella vez que nos pidieron salir con ellos.

De haberlo hecho, nada de eso hubiese pasado, nuestros caminos habrían seguido como antes, cada uno por su lado, cada uno con la vida que ya conocía. Pero, mientras más lo pienso, creo que el destino no podría ser cambiado.

Jane se culpa por algo en lo que ella no tuvo nada que ver. Bien, lo que nos hizo separarnos fue algo que nos afectó realmente a los cuatro, pero, no lo suficiente como para justificar una ruptura de lazos. Haría lo que fuera por volverla a ver. Me gustaría poder saber más acerca de lo que pensaba, estar más al tanto de su vida en este momento.

No sé qué fue lo que le impulso a escribir al respecto de nosotros, de nuestra historia. No creo que valga la pena ser contada, no siento que el contarla

fuese algo terapéutico, ni entiendo cuáles fueron sus motivaciones.

Por otro lado, como puedo notar, esta historia no es solo de ella, sino también de Peter. Me gustaría decir que entiendo sus motivos, pero, no lo hago. No era una persona muy abierta por lo que no comprendo qué fue lo que le llevo a narrar todo esto. Hasta aquí, hasta este punto en que he leído, no siento que estemos llegando a ninguna parte, la verdad, espero que eso pueda cambiar más adelante. □

TERCERA PARTE

Las cosas, no sucedían necesariamente como quería que sucedieran. Me refiero a que, no controlaba nada, vivía a merced de las decisiones de John, las cuales giraban en torno a Rosalie. Parecía estar realmente interesado en ella, desconozco si era amor o alguna otra cosa. Habían pasado meses desde la primera vez que nos vimos, mucho más de lo que esperaba.

Su relación era interesante, les gustaba lo que hacían y lo hacían de la mejor forma que les fuera posible, ojalá pudiera tener ese tipo de convicción ahora, esa habilidad para hacer lo que deseas, de disfrutar cada segundo.

Mi amigo dominaba ese tema a la perfección. Iba cada vez que podía a las sesiones fotográficas de Rose, se inclinaba a visitarla cuando le era posible, ambos tenían una vida ocupada, eso no se puede negar, pero nunca los detuvo.

Las primeras tres semanas fueron básicamente mágicas, no había forma alguna en que ellos se separaran, no si lo terminabas viendo todo con una mirada subjetiva y positiva. No tuvimos ningún compromiso con la banda que nos atase ni nada por el estilo, por lo que terminaron siendo los días en los que se estableció aquella relación en su máxima expresión.

Hay cosa que me cuesta entender entre lo que pasó durante y después de todo eso que nunca pude responder. Parte de esa sensación de una vida inconclusa e incompleta fue lo que me llevó a compartir esto, algo que he querido decirles a todos.

Una buena historia con un final feliz, saben, ¿no? Pero me temo que no pude siquiera concluir mi propio relato, el de mi propia existencia. Ahora, siento que lo que escribo es sencillamente una narrativa vacía sin matices diferentes, sin algo que ayude a todos a sumergirse en esto.

Aunque no venga al caso, aunque no sea sobre mí que gire todo esto, se podría llegar a decir que no he podido hacer las cosas adecuadamente, siquiera lo suficiente, para conseguir, de todo esto, algo adecuado.

Años después de separarnos, de tomar caminos distintos, de darnos cuentas que ninguno de los dos éramos indispensables para el otro, nuestros caminos no se han cruzado y me carcome la intriga, porque necesito saber, ¡quiero

saber! Qué sucedió con John Krammer, más allá de lo que su página dedicada en Wikipedia me dice, más allá de los tabloides, de los comentarios, del camino de su éxito.

A esta altura de nuestras vidas, no tenemos nada que nos una, que podamos compartir. Al igual que una vez escuche decir a Jane, «me siento culpable de lo que nos sucedió» y eso es algo malo.

Es decir, ambos perdimos una vida increíble por estar lamentándonos por el pasado, por estar aferrándonos a algo que nunca controlamos ni quisimos que sucediera. Nos vimos sumergidos en un conflicto ajeno a nosotros y terminamos haciéndolo nuestro.

Eso es lo que me invitaba el pasado a recordar cada noche que me acostaba y cada mañana que sonaba la alarma tras un insomnio atroz. No los juzgo, yo tampoco querría acercarme a la persona que probablemente ellos creían que era yo.

No sé por qué se supone es culpa de ellos. Hicieron de eso algo más profundo de lo se supone que era. El motivo de nuestra separación se vio orquestado por otra cosa. Sí, partió de ello, luego de lo que nos sucedió, y puedo mantener el suspense de la misma forma en que Pete lo está haciendo, solamente por el hecho de que no arruinaré su relato. Pero, por si sirve de algo, lo que nos pasó no fue su error. □

Seamos honestos, no estoy aquí para contarles qué me atañe, pero, por algún motivo, lo considero necesario para este relato.

Con el fin de mantener un tono puntual, cronológicamente hablando, lo mejor es hablar unas semanas antes de que ellos comenzaran a tener su cambio radical de vida. Para luego partir desde donde todo se vio en picada.

Desde la última vez que nos vimos, una semana después de la noche en LA, mi relación con Jane si así se puede decir □ parecía ir de buenas. A pesar de haber estado con varias mujeres, el que me encontrase con ella hacía la diferencia.

En ese momento supe que cuando creí que me estaba enamorando de la recepcionista de Colombia, no era más que una simple presunción absurda. No había conocido nada como aquello, lo que quiere decir que estaba sorprendido, alucinando por algo nuevo para mí.

Esta vez, Jane, era algo nuevo, que incluso, superó mi impresión de María.

Aunque, no es de eso que debo estar hablando ahora. Ya en esta parte de la historia, se establece qué fue lo que sucedió que nos obligó a separarnos, que creó ese conflicto entre todos. Hasta ahora me pregunto cómo algo tan sencillo pudo llevarnos hasta eso.

Luego de varios días relacionándonos con Jane y Rosalie, las cosas iban mejorando a su manera, a un paso bastante prometedor para algo tan sencillo como eso. Rose y John se mostraban muy interesados el uno con el otro. La mayoría de las veces que nos encontrábamos era porque uno de los dos se motivaba a hacerlo.

Jane y yo éramos un tanto más reservados. Jane no había estado en una relación en años lo que hizo que se hiciera una ermitaña en el tema. No salíamos tanto, ni teníamos una necesidad absurda por vernos. Conversábamos por WhatsApp o mensajes de texto. En su defecto, nos llamábamos durante las noches.

En cuanto a John y a Rose, la historia es diferente.

—Buenos días señorita. ¿Cómo se encuentra hoy? Dijo John, acercándose por la espalda de Rose mientras esta se encontraba parada en frente de la mesa de bocadillos.

Rose se alarmó por la interceptación de John. Jane estaba a lo lejos, y los observó por el sutil grito que dio Rosalie.

—¡John! ¿Qué haces aquí? Dijo entusiasmada. Se volteó para abrazarlo y darle un beso en los labios.

—Estábamos de paso y decidí que sería buena idea venir a visitarte. Mintió John.

No estábamos de paso, tomamos un vuelo comercial para llegar allí la noche anterior. Aun no le habíamos entregado el avión a Francis, pero sentíamos que no habría sido adecuado usarlo para cosas como esas. John tenía planeado hacerlo, tuve que rehusarme.

¿Qué puedo decir al respecto? Tenía algo, quería usarlo. En aquel entonces no me preocupaba por cosas de una persona responsable, ni siquiera pude tomar mi papel como un hombre firme cuando el momento llegó, lo que creo que fue el catalizador a nuestros absurdos conflictos.

—¡Qué bueno! ¿Por cuánto tiempo te quedas? Preguntó Rose.

John dudó por unos segundos, supuse que no sabría que decir al respecto, tampoco quise tocar el tema para que no se preparara y tuviese que caer en el momento de la pregunta. No quería parecer un acosador, o algo por el estilo. Lo importante era que ella se sintiera interesada en él, eso es lo que a mi amigo le importaba.

—Ya terminamos de hacer lo que veníamos a hacer así que, el tiempo que queramos, la verdad. mintió de nuevo, en parte. Por lo menos, sí nos quedaríamos el tiempo que él quisiera.

—Maravilloso, a partir de hoy tengo unas vacaciones de dos semanas, así que creo que podremos pasarla juntos con calma. Dijo Rosalie.

A John se le alumbraron los ojos, me parecía inconcebible que no se hubiese enterado antes. Eso se debía al hecho de que no mantenían una relación a distancia, ni se comunicaban como lo hacíamos Jane y yo.

Ya para ese entonces estaba al tanto de aquella información, pero preferí ocultársela porque no era asunto mío decirle eso, de todos modos, era cuestión de tiempo que se enterara. Ambos se emocionaron de inmediato, ya que las respuestas emocionales de mi amigo resultan bastante contagiosas.

Jane me ofreció una sonrisa a lo lejos, que expuse de igual forma. Coqueteábamos en silencio, mirándonos, conversando con nuestros gestos faciales como si no existiesen palabras entre nosotros que pudieran definir lo que queríamos decir. Extraño ese tipo de sensación que ella causaba en mí, no porque no pueda causarlas en este momento, sino porque, no parece querer inspirarlas en mí.

No perdieron el tiempo, antes de darnos cuentas nos encontrábamos en el avión de Francis *lo convencí para que lo usáramos, ahora que estaban las chicas, podía sentirse interesado en aprovechar el tiempo* □ , y nos dirigimos hasta nuestra casa en LA.

Este viaje fue diferente al de la primera vez. En aquella ocasión no habíamos establecido absolutamente nada entre nosotros, pero la situación ya era otra. Entre John y Rose, se mantuvo una conversación vivida, interesante. Jane y yo tan solo escuchábamos y nos mirábamos.

El que Rosalie tuviese semanas libre dejaba en la misma posición a Jane, por lo tanto, compartimos la misma casa los cuatro, de manera individual, claro está. Parecíamos tener vidas separadas.

Tanto ella como yo aprovechamos ese momento para adentrarnos en nuestra relación, una época diferente, parecía que podíamos ser eternos, que podríamos llegar a ser realmente felices si no los proponíamos. Pienso que, llegamos a serlo una vez.

A raíz de eso, tanto Rose como John, se quedaban día y noche en la casa para compartirse mutuamente tanto física como mentalmente.

Lo hicieron todo juntos, y me refiero a que, lo hicieron. Las primeras semanas prácticamente nos corrían para complacer sus deseos carnales más profundos. Era evidente que eso querían hacer, parecía que eran dos adolescentes llenos de hormonas y un apetito sexual incontrolable.

De hecho, llegamos a encontrarnos con una grabación de ellos en las cámaras de seguridad que me voy a tomar la libertad de narrar brevemente.

Ya era el cuarto día de la segunda semana que tenían libre. Por azares del destino terminé haciendo la revisión rutinaria de las cámaras de seguridad con Jane. Rose y John se encontraban fuera unas horas por lo que alguien debía revisar las cintas, sacarlas y colocar nuevas. Nos gustaba mantener las cosas entre nosotros. No permitíamos que nadie más lo hiciera por motivos de privacidad.

Al revisar entre las cintas para saber cuál era lo que tenían, nos topamos con una de las muchas demostraciones de amor de nuestros amigos.

Nos pareció gracioso revisar las veces que se besaban en la casa, lo que podría ser útil para un juego de bebidas; «toma la cantidad de veces que veas a John y a Rose besarse», «toma tanta cantidad de licor al ver que John hace algo en específico». Pero, para nuestra sorpresa, terminamos encontrando entre las cintas algo más que solo besos.

Conseguimos la grabación en la que John y Rosalie desempeñaron su más íntimo deseo sobre la mesa ubicada en nuestra cocina. Había empezado como todo, normal, se toparon, comenzaron a besarse. Teníamos una pequeña libreta en donde marcábamos los minutos y la cámara en donde se besaban para llevar la delantera en el juego que teníamos en mente hacer.

Jane había marcado en donde comenzaba, hasta que, de repente, John levanta a Rose y la coloca sobre la mesa. Sus piernas se abren para recibir a mi amigo quien se acerca a ella para propinarle el siguiente beso. Cada movimiento comienza a hacerse más intenso que en anterior, desde lejos se podía notar que

lo hacían llenos de deseo y ganas sexuales.

Mi primer impulso fue quitarlo, sentí que podría disgustarle a Jane, que podría parecerle obsceno. Pero, en lo que llevé mi mano al mouse para cerrar la pantalla, ella la detuvo en medio camino sin quitar la mirada de la pantalla. Parecía que quería ver lo que en ella sucediera.

John comenzó a introducir su mano por debajo de su franela, supongo, buscando sus pechos. Esa iba a ser la primera vez que vería a Rose desnuda, no estaba seguro si a Jane le agradaría. Estábamos saliendo, compartíamos tiempo juntos, también teníamos sexo, pero nada fuera de lo normal.

Rose se sacó la prenda que le cubría el torso el cual lo cargaba completamente desnudo, sin sujetador ni nada por el estilo. La cola en su cabello se soltó dejando que este cubriera su espalda blanca. No teníamos un audio del momento, pero, al menos, de mi parte, me imaginaba lo que decían, sí es que estaban hablando.

Al cabo de varios segundos, los dos se habían quitado lo que llevaban dando paso a un contacto físico más íntimo. Mi cuerpo comenzó a calentarse, me estaba poniendo duro mientras observaba como John acariciaba las tetas de Rose. Ella se dejaba saborear a la perfección. No quería observar a Jane, pero sabía que le estaba gustando.

Apretaba mi mano como si estuviesen controlando su cuerpo, la había dejado allí haciéndome creer que no se había dado cuenta de que aún no la había quitado.

Recuerdo aquella vez, Rose y yo acabábamos de levantarnos, en pijamas. Había llegado primero a la cocina mientras ella se encontraba todavía en la cama con la mayor parte de su cuerpo al descubierto. La franela que llevaba en ese momento era una de las mías. Se le vía como un camisón lo que la hacía ver completamente sexy.

Al ver cuando entró, pude notar sus pechos, con los pezones erectos, levantaban sutilmente la tela de mi camisa de Guns N' Roses. No pude contenerme y me acerqué a ella para hacerla mía de nuevo. Estábamos solos ¿Qué iba a pensar yo que esa grabación siquiera existía? De haberlo hecho, nada malo hubiese sucedido.

Al cabo que, luego de apretar sus pechos mientras la besaba, ella respiraba de esa forma en la que solo Rose sabe hacerlo. Me excitaba al sentir como

se agitaba con mis labios y los movimientos de mis manos.

Había recibido el mensaje y procedería a ejecutar mi movimiento. La tomé por la cintura y la coloqué sobre la mesa de la manera en que John lo describe a medias. Luego de eso, continuamos besándonos, desnudándonos. Haciéndonos uno con el otro por completo.

Ella se hizo un espacio sobre la mesa para abrirse por completo y dejarme entrar. No quería que le besara la vagina, que le metiera los dedos o que jugara con ella, quería que fuese directo al grano, de la misma forma en que yo deseaba que eso sucediera. Comencé a penetrarla, a obligar a mi cuerpo a que fuese solamente suyo.

Era una posición de misionero, algo elegante, sutil. Ella entrelazaba sus piernas sobre mí y me abrazaba, diciéndome con su cuerpo que no quería que me fuese. Al odio completaba esa misma impresión, susurrando que era mi puta, que me la cogiera más duro, más fuerte. Sus palabras eran seductoras, adecuadas y perfectas. Eso me motivó a acelerar el paso.

Acabamos de hacer el amor, al igual que habíamos estado haciéndolo toda la noche, mi cuerpo estaba sensible, a mi pene le costaba trabajo mantenerse al margen de aquella hermosa mujer. Pero, mis cargas seguían a su máximo potencial.

Luego de veinte minutos de constante fricción, de escuchar los susurros obscenos de mi chica, mi cuerpo me avisó que estaba a punto de acabar. En ese momento, decidí decírselo a Rosalie.

Lo que me dijo en aquel momento me pareció maravilloso. «No te detengas, métemelo, aun no llego. ¡Una más!». Lo recuerdo como si lo hubiese dicho ayer. Tal cual mi chica me dijo, no dejé de moverme, de hecho, aceleré aún más.

Gemía de forma descontrolada, dejando escapar los gritos que su cuerpo pedía, dejase salir. Uno tras otro sonaban más vividos; su alma necesitaba emerger de su cuerpo para contemplar la cantidad de placer que estaba recibiendo en ese momento.

Y fue allí cuando no me pude contener más y le dije a Rose que sacaría mi pene. Pero, ella no me dejó. «Córrete adentro, quiero sentir tu carga caliente, ¡quiero sentirte!» lo que me hizo descargar todo mi ser en ella.

Lo supe disfrutar como no tienen idea.

Nuestros amigos pasaron a montarse en la mesa para agilizar el proceso, avanzando a la siguiente etapa. John comenzó a penetrar a Rose lentamente. Fue allí cuando creí conveniente que debía parar la grabación, pero, en lo que me di la vuelta para ver a Jane, allí se encontraba ella, masajeándose uno de sus pechos mientras se mordía el labio inferior.

Jane parecía estar interesada más de lo normal en ese video. Su cuerpo se notaba tenso, por las pocas partes de su cuerpo que se podían apreciar, se notaba que le escurrían gotas de sudor, que su piel erizada, helada, húmeda. Daba la impresión que sus cincuenta mil poros estuviesen tratando de expresar lo que sentía, de sacar las ganas que su cuerpo pedía a gritos.

Me detuve a observarla, como jugaba con su pezón, sin quitar la mano de la mía, apretándola. Era obvio lo que quería, pero no podía dárselo en ese momento. Estaba ridiculizado por su sensualidad, su camisa estaba húmeda por el sudor, dejando que sus tetas se asomaran sobre la tela mojada, tal cual me encantaba verla. No llevaba nada puesto debajo, esperaba que no solamente se hubiese privado de usar sujetador.

Acercándome a ella, logré que quitara su mirada del video y la concentrara en mí. Comenzamos a besarnos, a contemplar la presencia del otro como mejor podíamos.

Deslicé mi mano por su pierna para llevarla hasta su sexo. Ella, se acomodó a mis movimientos, dejándose llevar por el momento. Seguía apretando su pecho, jugando con su pezón.

Comenzamos a besarnos apasionadamente, liberando todo lo que llevábamos deseando desde el inicio del día. Ella se quitó la camisa dejando al descubierto un par espectacular de pechos que suponían la necesidad de ser apretados con ganas. Nos fuimos liberando de nuestras ropas, mientras en el video se apreciaba el encuentro de John y Rosalie.

Terminamos dejándonos caer en el suelo, sin nada entre nosotros, sintiéndonos de la mejor forma, en la mejor faceta de nuestras vidas.

Jane comenzó a besar mi torso; yo me hallaba boca arriba en el suelo, lamiendo mis pezones, dibujando la silueta de mi abdomen hasta llegar a mi entrepierna y comenzar a jugar con mis bolas. Las apretaba con delicadeza, provocando escalofríos agradables por el resto de mi cuerpo. Con una mano las sostenía mientras que con la otra apretaba mi falo para poder

introducírsele en la boca.

Le escupió, y antes de comenzar a mamarlo me dijo.

—Este pene es solamente mío.

Sin más que agregar, se introdujo el glande primero, lo succionó, para luego dejar escurrir un poco de su saliva, esparcirla con la mano que aun sostenía mi pene e introducirse por completo el resto de mi polla.

Lo fue haciendo lentamente, mientras me apretaba, me la jalaba y chupaba. Una amalgama de sensaciones. Con la mano que sostenían mis bolas, se propuso a apretar mi próstata. Sentía como le daba con fuerza, parecía un hueso, nunca antes lo había sentido.

De vez en vez se sacaba el pene de la boca para tomar aire, a veces, levantaba la mirada para verme directamente a los ojos con una expresión de puta salvaje. Sus habilidades eran impresionantes, no quería dejar de sentirla.

De repente, sacó mi polla de su boca, se metió el dedo de la mano que no sostenía nada, la lubricó por completo de saliva y volvió a lo que estaba haciendo.

Cuando menos me lo esperaba, su dedo pasó de estar masajeando mi próstata, a estar dentro de mi ano buscándola por otro lado. Primero, me contraje por la sorpresa y la repentina sensación de dolor que me invadió al ser penetrado por el culo.

Pero, en ese momento, en el que decidí ver hacía abajo para saber que sucedía, me topé con los ojos de Jane. Su hermoso iris marrón claro, daba una sensación de confianza que me hizo sentir que me dejaría hacer cualquier cosa por ella.

Mientras hacía eso, con una hermosa mirada de puta, con su dedo masajeándome el interior del culo y mi pene golpeando sus amígdalas, mi cuerpo decidió que ya se había estimulado lo suficiente y que debía proceder a liberar su liquido reproductor.

Mi carga terminó acaparando toda su boca, pero fue un orgasmo que nunca antes había sentido. No fue algo que duró unos cuantos segundos, a lo contrario, se sentía espectacular. No sabía si se debía a aquello que hacía con mi próstata, o a su increíble habilidad con la lengua y la boca. Pero, no quería que terminara.

En lo que mi semen se disparó de la punta de mi pene, Jane tosió por la cantidad de carga que le había depositado en la boca, pero, tapándosela con la mano que sostenía mi polla para no dejar que se le saliera de más. Se lo sacó, laminó un poco de mi carga que se le escurrió un poco por los labios mientras me observaba con la misma mirada de puta insaciable que llevaba desde hace rato.

Puede ser un poco básico decir que allí sentí que no quería alejarme de ella, pero eso es porque no he mencionado todas las demás cosas que me han hecho sentir que era la mujer adecuada para mí. Pero, en ese preciso instante, mi sexo pasó a pertenecerle solamente a ella. Ya se había apoderado de mi intelecto, de mis sentimientos y ahora, de lo más obscuro de mi cuerpo. Se levantó y se colocó sobre mí.

—Vaya, sí que acabaste. Dijo, sin apartar su mirada.

—No me esperaba algo como eso.

—Lo sé, pero todavía no terminamos.

—No creo que pueda... intenté razonar.

—¡Joder! Que no me importa, que vas a seguir. Instó.

No pude decir más nada porque llevo su dedo índice hasta mis labios para que me callase. Se desplazó, arrodillada, hasta mi entrepierna, separó sus muslos y se puso sobre mí para poder llevar mi pene hasta su vagina.

Ya se encontraba completamente erecto, listo y dispuesto a perfeccionar el arte de cogerse a esa mujer.

—¿Ves? Sí puedes con más. decía mientras se bajaba delicadamente sobre mi polla □ Tienes que tener un poco de... Inhaló con fuerza mientras seguía deslizándola hacia su interior. Y, al llegar a la mitad de mi pene dejó escapar el aire que había tomado para hablar □ confianza en ti mismo, mi amor.

Flexionó su cuerpo hacia mi para poder acercarse a mi rostro y embozarme un beso con sus perfectos labios rosa.

Se movía lentamente, haciendo que su perfecto par de nalgas se sintieran en casa, que encajaran a la justa medida sobre todo mi cuerpo, sin importar en donde se encontrasen.

Mejoró la percepción de un movimiento rectilíneo uniforme, pendular, circular

y todos ellos acelerados. Sentía como mi pene se doblaba con sus sacudidas, como me empapaba el cuerpo con sus fluidos a la vez que me deleitaba con el dulce sonido de sus gemidos descontrolados.

Parecía que estaba en su propio mundo, que no existía yo sino lo que era capaz de ofrecerle. No me importaba ser usado por ella.

—Sí, me encanta esta polla. Me encanta decía mientras saltaba sosteniéndose las tetas con la cabeza extendida hacia el techo.

—Eres mi putita, qué culazo tienes. Dije, apretando sus nalgas.

—Soy tu puta ¡sí! ¡Joder! Me fascina que me encajes esa polla. Manifestó.

No importa si descontextualizo explicando mi encuentro sexual con la mujer que aun puedo llamar el amor de mi vida, pero, la verdad, no habría otra cosa que quisiera describir mejor que esta, aunque sea una vez; me estoy permitiendo el placer egoísta de colar un pequeño relato mío en la historia de mi mejor amigo.

Jane continuaba saltando sobre mí, mientras gemía las palabras que su cuerpo le pedía decir. Exclamaba afirmaciones al mismo ritmo en el que movía sus caderas. Gritaba, también, las veces que estaba a punto de llegar a su siguiente orgasmo.

Una vez allí, lo exteriorizaba con un sonido de deleite y placer. Pedía que le diera nalgadas, a lo que yo respondía con la acción inmediata de su solicitud. Era estimulante, y delicioso.

Luego de ello, pasó de estar sobre mí, a darse la vuelta y comenzar a lamer los fluidos y las constantes acabadas que su vagina había derramado sobre mi pene mientras que puso sus nalgas y su coño sobre mi cara para que me sirviese del plato que acababa de preparar para mí.

Sin mediar palabras, comenzó a gemir con mi pene en la boca, a apretar mis bolas, a introducir de nuevo su dedo en mi ano para masajear mi próstata desde cerca. No me quedé atrás, jugaba con su clítoris, introducía mi lengua en su vulva, penetraba su ano con uno de los dedos de la mano y hacía pequeños círculos en su interior para escucharla gemir y aumentar el ritmo de su mamada.

—Métemelo, quiero sentirte adentro. Dijo al sacarse mi polla. Gateo un poco hacía el frente y yo me posicioné para penetrarla.

Le fui clavando mi pene lentamente, pero su vagina ya estaba dilatada, increíblemente húmeda y pedía que se lo encajara con todas mis fuerzas. Eso hice, sin avisarle, comencé a penetrarla con agresividad, sacudiendo todo su cuerpo, haciendo que sus tetas se movieran como péndulo. La cogí por el cabello y extendí su cuello para que levantara la cabeza y todo el mundo la escuchase; sus gemidos eran la gloria, como tal, debían ser compartidos.

Continuamos por una hora más, estaríamos solos más tiempo, así que no desaprovecharíamos esa oportunidad de tenernos mutuamente como mejor placía. Desajustamos todo a nuestro alrededor, acabamos mojando el suelo con mis cargas, los fluidos que se escurrían de su vagina y nuestro incontrolable sudor.

Al terminar, nos quedamos acostados en el suelo contemplándonos mutuamente con una mirada de satisfacción tatuada en los ojos. Con el ritmo cardiaco acelerado, con la respiración moviendo agresivamente nuestro pecho, y nuestro cuerpo completamente agotado, nos quedamos dormidos por una hora más. Estábamos complacidos con el otro, no queríamos más nada, lo teníamos todo.

En lo que nos despertamos, tomamos nuestras cosas para irnos caminamos desnudos hasta mi habitación para recostarnos y, tal vez, continuar lo que acabábamos de empezar. Lo que habíamos visto en las cámaras de seguridad se nos había olvidado por completo. Importábamos más nosotros que el resto del mundo.

Se suponía que estábamos ahí para hacer algo que debíamos, una cosa que, al igual que el sarampión, debe tratarse una vez que suceda a temprana edad porque, si sucede después, puede ser peligroso.

Al momento de encontrarnos con aquella grabación, no era relevante. Se podían ver a dos personas experimentando sus sexos como mejor les parecía en, lo que se supone, era su propiedad. Pero, debimos habernos desecho de eso.

Al igual que el resto del mundo, dejamos pasar eso de largo. Y descubrimos, más tarde, que muchas cosas se pudieron haber evitado.

Si lo pones de esa forma, a cualquiera se le hubiese pasado. Sí, pudimos haber evitado muchas cosas, tal vez, tal vez no. No creo que haya forma de averiguarlo, después de todo, sucedió lo que suponía suceder luego de ese

pequeño desliz en la ecuación. ¿Importa ahora? En su momento, sí lo hizo. No era algo que estábamos preparados para afrontar, aunque, éramos famosos, estábamos en el ojo público y a su merced, lo quisiéramos o no.

Nadie se preparó para ello, nadie nos había dicho que un detalle tan pequeño como ese podría desatar la desgracia en una familia. Pero, eso es lo que le sucede a quienes se mueven en este mundo, a los que no se preparan para lo que les puede suceder. Tal vez, de haberse hecho pública la relación que tenía con Rosalie en ese entonces, habría sucedido lo mismo, pero, puede que no le hubiesen dado el mismo protagonismo que recibió a causa de eso. □

Sí, éramos jóvenes, por lo menos John y yo, estábamos en una posición en la que no sabíamos cómo mediar con una responsabilidad que no se nos había impuesto en el pasado. Nunca nos preparamos para una vida madura, nuestro mundo seguía siendo juergas, despilfarros, disfrutar producto sin preocuparnos de la factura.

No puedo decir que descubrimos algo que no estaba ahí luego de ello, sencillamente porque eso sucedió, sino que, nos topamos con lo inesperado, y una vez la realidad nos dio una bofetada, no supimos que hacer, terminamos culpándonos los unos a los otros, dividiendo nuestros caminos, dejando el pasado atrás.

¿Pudimos haber evitado muchas cosas? Sí, se pudo haber hecho, pero no hay forma de dar vuelta para retroceder y cambiarlo todo.

CUARTA PARTE

Aquella vez pudimos habernos puesto de acuerdo en terminar lo que estábamos haciendo. Eso fue parte de lo que nos llevó hasta donde nos encontramos ahora, distantes, divididos y resentidos con el otro. Mi relación con Pete no es la misma desde que nos propusimos revivir lo que había sucedido en el pasado. Eso fue hace diez años.

Luego de que nos levantamos del suelo para ir a su habitación, me invadió d nuevo una sensación de precaución. No soy muy confiada de mis intuiciones, pero, por algún motivo, debí haber confiado en ella aquella vez.

Pasaron las horas, nosotros volvimos a tener relaciones ese mismo día, todo parecía estar normal, ir de maravilla tal cual estaba yendo. Me dejé descuidar, estaba cautivada por lo que me estaba sucediendo con Peter, lo disfrutaba, eso me hizo desviar mi atención a lo que me rodeaba.

—Creo que debemos vestirnos de una vez dijo Peter, dejando caer su cabeza en la cama.

—¿Por qué? ¿Nada de lo que hacemos está prohibido? Me excuse para no levantarme.

—Sí, pero estoy pensando en salir, ir para otro lado. Pronto llegaran los de servicio a comenzar a trabajar en la casa, luego aparecerán John y Rose lo que nos dice que estarán haciendo lo de siempre encerrados en su cuarto. Explicó Pete.

—Es una forma de verlo, siento me estás convenciendo Expuse, un tanto jocosa y bromista.

—¿Crees que no deberíamos hacerlo?

—Es que, casi no veo a Rose desde que nos vinimos para aquí, y eso que estamos en la misma casa. Le dije.

—Pero estamos de vacaciones, se supone que debemos estar disfrutando las cosas a nuestra manera, o me equivoco. Insistió Pete.

—Es que...

—Déjame llevarte a dar un paseo. Demos unas cuantas vueltas por la ciudad, conozcamos todo. A penas son las nueve de la mañana, tenemos tiempo de sobra para disfrutar todo esto. Dijo Pete tratando de convencerme.

No tardamos mucho en concluir que la mejor idea sería salir de ahí. Los de servicio solían llegar temprano para acomodar todo en la casa, comer y luego irse como si nunca hubiesen estado allí dejando una estela de orden y limpieza detrás de ellos. No tenían una relación estable con John ni Peter debido a que no estaban siempre en la casa, pero, era de suponer que resultaban de confianza, ese fue nuestro primer error.

Salimos sin hacer un recorrido a la casa, ellos apenas estaban llegando por lo que pensamos que nos habíamos decidido justo a tiempo.

Partimos de aquel lugar para regresar horas antes sin darle mucha importancia a que unas dos decenas de desconocidos entrasen a aquel lugar a hacer indeterminada cantidad de cosas sin supervisión valiéndonos únicamente de la confianza que se les había depositado al ser contratados.

—Menos mal que nos fuimos a tiempo. Dijo Peter montándose en el coche para encenderlo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no los conocemos, por mi parte, me siento extraño rodeado de personas desconocidas en mi casa. Es algo que no puedo explicar muy bien. Dijo.

—Está bien, pero ya no importa, ya salimos. Ahora, llévame a donde querías. Le dije, compartimos una sonrisa, ese tipo de cosas que no hacíamos con las personas a nuestro exterior, solamente entre nosotros dos. Él, pisó el acelerador y nos fuimos dejando el problema atrás.

Es una forma muy sencilla de describir lo que les llevó a dejar que nuestra intimidad se viera perturbada. Pero, sigo insistiendo que no fue culpa de ellos, tal vez les correspondía hacer ciertas cosas que pudieron habernos ahorrado parte de todo ello, pero, como dijo John más arriba, lo más probable era que sucediese de todos modos una vez hubiésemos hecho pública nuestra relación. Eso nos costó una vida, pero, no podemos hacer nada al respecto.

Cuando regresamos, todo parecía normal. Pasaron las semanas luego de aquellas «vacaciones» que tuvimos los cuatro y nuestras vidas parecían ir lo

suficientemente normal como para no sospechar nada.

—Jane. Cuéntame que tenemos para la semana siguiente. Preguntó Rose, un viernes por la tarde.

—Bueno, tenemos una reunión con Annie el lunes por la mañana. Bueno, tienes, al parecer quiere hablar personalmente contigo. El martes debes estar en Madrid para una sesión de fotos con un dúo de cantantes de la región. El miércoles deberás ir a una sesión de fotos para COSMOPOLITAN, el jueves te corresponde otra con CQ y el viernes supongo que querrás ver a John. Le dije, leyendo la libreta en donde anotaba todas sus responsabilidades.

—Oh, sí, está bien, sí, sí. Recitó distraída.

Estaba parada en frente de la mesa de bocadillos tomando un poco de todos, sirviéndolos en un plato de cartón y llevándose otra mano de los mismos a la boca. Parecía que quería abarrotarse de todos esos de inmediato. No era raro en ella comer tanto, pero, había algo a su alrededor que me parecía fuera de lo normal.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Tengo algo en la cara? Me preguntó Rose al notar que estuve viéndola con una mirada extraña. Sin darme cuenta me concentré demasiado, estaba atenta a sus movimientos, buscando una respuesta a lo que sucedía, «si es que algo estaba sucediendo» pensé en ese momento.

—No, no es nada. Solamente estaba pensando en algo. Le dije. Creí que eran simplemente sospechas absurdas mías, ella siempre había comido así, no creí que hubiese nada a tomar en cuenta.

—Que bien, creí que era otra cosa. Pero bueno, entonces, tengo una reunión con Annie. ¿Qué crees que eso signifique? Preguntó.

—Ni idea, pero parece algo importante. Si no, no te habría llamado, cualquier cosa, es no pensar en lo peor. No has hecho nada malo, seguro es para felicitarte. Aseguré.

—Eso espero. Dijo.

—Sí, descuida querida. Aseguré.

El lunes, como era de esperarse, retomamos nuestro trabajo y fuimos a la reunión con Annie Leibovitz. Hasta ese momento las cosas iban de maravilla.

Al terminar su reunión, después de una hora dentro de su oficina, mientras yo

estaba sentada afuera esperando por ella ansiosa por lo que podría significar todo eso, ya que no estaba segura porque había tardado demasiado para ser algo en específico, Rose, salió de allí cubierta de sudor, con el rostro completamente pálido.

Lo primero que se me ocurrió fue que algo malo pudo haber pasado. De todos modos, su expresión perdida no me daba mucha información.

—¿Qué pasó? ¿Todo bien? Pregunté preocupada.

Rose no me respondía, no parecía querer hablar, tenía la mirada perdida y la mente puesta en otro lado. Insistí, sin querer acercarme.

—Cuéntame, Rose, ¿Qué te dijeron?

—¿Ah? No, nada, me dieron un aumento acompañado de más responsabilidades. Sostuvo, reincorporando su atención al mundo terrenal, pero aun con el rostro pálido.

—Pero, tu cara... parece que estuvieses a punto de...

—¿De qué? Preguntó inmediatamente antes de que me diese tiempo de terminar mi oración.

En ese momento, de su boca, se escapó un fluido que se notaba viscoso el cual terminó aterrizando sobre mi falda. Parecía que estaba a punto de vomitar, y resultó que eso quería hacer, pero no estaba al tanto.

Era desagradable, parecía estar escupiendo el alma. No recordaba haberla visto enferma antes, era una mujer sana, incluso con todas las cosas que comía parecía que se cuidaba lo suficiente como para no sufrir de indigestiones o problemas estomacales. En aquel entonces, solo se me ocurrió eso.

De inmediato, mientras continuaba vomitándome a mí y al suelo, pensé que aquel viernes en que la observé comiendo, mi impresión se debió a que podía haber algo dañado y le cayó mal. Luego de asistirle, llevarla a sentarse en donde yo me hallaba minutos antes, buscar agua y llevársela, llena de preocupación, le pregunté que creía que podía estar pasándole.

—¿Qué tienes, amiga? ¿Te sientes mal?

—No, no, para nada, solo me dio una nausea extraña. Disculpa. Dijo, viendo mi falda manchada por su desayuno y un tanto por sus jugos gástricos.

—No es nada, princesa. Seguro algo te cayó mal. Dije, preocupada.

—Es que no he comido nada malo. Aseguré.

—Eso no es algo de lo que podamos estar seguras, querida. Es mejor que vayamos a un doctor para ver que tienes. Insistí.

—Es solo un vómito, Jane, todo está en orden. De hecho, me siento mejor, no te preocupes. Sostuvo, poniéndolo todo en claro.

—¿Segura? Pregunté.

—Sí, claro, no te preocupes.

Luego de ello, traté de no pensar más al respecto. Pero, las cosas raras comenzaban a ser un poco más evidente. No solo fueron los vómitos los que se hicieron recurrentes, la mayor parte del tiempo eran nauseas sin sentido y algunos gustos extraños por platillos desagradables ante el ojo racional, y, aun así, lo dejábamos pasar desapercibido, no pensamos en otra cosa. Por otro lado, tratamos de mantenerlo en secreto ya que teníamos días sin ver a los chicos, estaban en una gira alrededor de Europa por lo que se encontraban ocupados para atendernos.

Al cabo de varios días con síntomas peculiares, tras una pesquisa más o menos intensa, dimos con la respuesta.

—¡Rose! ¡Estás embarazada! Dije llena de entusiasmo.

—No, no. Eso es mentira. Impugnó.

—Pero Rose, mira la prueba de embarazo. Sale positivo. Insistí. Era algo totalmente nuevo. Lo observaba con un tono de alegría, como si en ese momento pudiera ser bueno.

—No, no puede ser. Eso es imposible. Dijo. Allí me percaté que a ella podría no estar gustándole eso.

—¿Has tenido sexo? Pregunté con severidad.

—Sí. Enunció culpable.

—¿Te han acabado adentro? Continué.

—Sí. Afirmó.

—¡Joder! Cuéntame cómo demonios puede ser eso imposible. ¿Estudiaste o no biología? Pregunté con adustez.

—Sí, pero. Es que no puede estar sucediendo, esto no estaba en mis planes,

esto no es algo que quería para ahora. Ni siquiera sé si quiero tener hijos. Jane, esto no es bueno. Expuso en negación.

En ese momento, puede que antes estaba pensando en otras cosas, parecía evidente, una no es lo suficientemente inexperta ni estúpida para presentar síntomas como esos y negar durante tantos días algo tan obvio, pero, por algún motivo lo hice.

En el momento en que nos resignamos a realizar la prueba de embarazo, incluso en ese entonces, estaba en negación, un poco, porque había accedido a realizarla. En lo que nos arrojó el resultado, las cosas comenzaron a caerse a mi alrededor. Ya no estaba en la misma habitación, llena de lujos, de metas, de tiempo libre ni de mi egoísmo juvenil.

Un terremoto invadió mis piernas, se apoderó de mí, tanto física como mentalmente y me derrumbó al suelo. No tenía control, no sabía qué hacer. Era algo que no deseaba todavía y ni siquiera sabía si lo querría en algún momento de mi vida.

Luego de atravesar por los pensamientos que eso conllevaba, del estar contemplando el futuro, lo negativo, los problemas, los gastos y todo aquello, recordé que solo había una persona que podría ser el padre.

El padre de mi hijo sería un chico de diecinueve años, lo suficientemente inexperto como para esperar que no tomase partido en un embarazo no deseado, más aun, a que no supiese como lidiar con lo que este significaba. Estaba deshecha, completamente preocupada por lo que podría suceder y por las decisiones que podría llegar a tomar.

John, no iba a regresar en las siguientes semanas, no se lo dije en ese entonces. Pensé que sería buena idea tener el tiempo necesario para pensar mejor en el tema, observar mis posibilidades los pros y los contras de un embarazo como ese, con él.

¿Cómo ese? Sí. Era una joven profesional de veintitrés años, el dinero no era problema y no había forma en la que mi trabajo se viera afectado por un bebé, pero, de entre todas las cosas que cruzaron por mi mente, entre ellas figuraba «¿cómo voy a cuidar a este niño en este mundo en el que los dos vivimos?». En definitiva, las cosas se complicaron lo suficiente para que en ese entonces me viese en una gran tesitura.

Ahora, en perspectiva, las cosas que me atormentaron en los primeros

minutos de mi vida consciente como futura madre, fueron completamente absurdas, nada que debiera preocuparme, nada que fuese lo suficientemente grave como para hacerme pensar en el aborto, la adopción ni la irresponsabilidad paterna.

No tenía la impresión ni la respuesta de John, por lo que aquello que pensé de él, llego a ser solamente un mero prejuicio. No me encontraba mal económicamente por lo que el «cómo mantenerlo» no era problema, esa y muchas otras cosas más, con la experiencia de ahora, habrían sido insignificantes.

Yo, era tan inexperta como suponía que mi pareja lo era. □

No sabía qué decirle, ni cómo tratar el problema. Rose estaba atacada por la posibilidad de tener un hijo, en definitiva, no se encontraba entre sus planes. Para mí era obvio que no se había visto antes como una madre, ni siquiera pensaba que sería posible que llegase a serlo. Durante las siguientes semanas, le dominó una actitud de derrota. Asistía por obligación a las sesiones fotográficas, perdiendo el interés en lo que hacía de una forma realmente deprimente.

John no había llegado todavía de su gira, la cual estaba pronta a terminar. Un encuentro corto con diferentes países, pero, no se encontraba ahí, no estaba en ese lugar para apoyarle. Rose no quería ni tenía la intención de recurrir a él todavía, no lo consideraba apto, no creía que fuese a hacer alguna diferencia que estuviese, que supiese, que le ayudase.

Intenté lo más que pude hacerla recapacitar, darle a entender que no era el fin del mundo. Pero, se negaba. Por respeto a ella, me contuve de decírselo a Peter, no esperaba que él dijese algo al respecto, pero, era mejor evitar cualquier problema. Rose, estaba sensible, se alteraba por pequeñeces, discutía por prácticamente todo y se vio afectada en su trabajo por eso.

No sabría decirles si lo que hizo en aquel entonces era justificado o no. Su comportamiento era irracional, injusto consigo misma. Se levantaba iracunda y se acostaba sin cenar. Pocas era las veces que se alimentaba, y cuando lo hacía, no planeaba comer con cuidado.

Dejó de ir al médico, se notaba descompuesta, deprimida. John debía llegar, era la única forma en la que ella podría sentirse a gusto. Esperaba que, con su presencia, se diera cuenta que no era algo negativo, que entre los dos podrían

llegar a ver las cosas positivas de tener un niño. Esperaba eso.

En efecto, me comportaba como una niña irresponsable. No sabía qué hacer, era obvio que necesitaba ayuda, las cosas como las conocía se veían afectadas por mi falta de juicio, mi inseguridad. Jane hacía lo que podía para ayudarme, pero la rechazaba al primer intento. Fueron unos días difíciles. Hasta que llegó John. □

—¿Y cómo va todo por allá? Preguntó Peter a través del teléfono.

—Bien, supongo. Descartando ciertas cosas que han sucedido, estamos vivas todavía, eso es lo que importa. Dije, intentando no revelar nada, pero, la situación era delicada y era difícil mantenerla oculta en mi forma de hablar, más que todo, hablando con Peter.

—No suena como que realmente vayan bien ¿Qué sucede? Preguntó de nuevo.

—Nada, solamente, estamos cansadas, eso es todo.

—¿Segura? Porque te siento algo más que cansada. Te noto preocupada. Pareciera que estuviesen atravesando un momento complicado. Se explicó Pete.

—Más o menos, pero no es algo que no podamos mantener al margen hasta que ustedes lleguen. No te preocupes.

—Está bien, trataremos no hablar al respecto, no utilizaré el tiempo que tengo para invertir en ti, hablando de algo que te preocupa.

—Me parece muy buena idea. Afirmé, sonriéndole al teléfono como si el pudiera verme. □ Y cuéntame, como le va a ustedes en la gira.

—Estamos bien, a punto de terminar, creo que para la siguiente semana estaremos allá.

—¿Me traerás algún recuerdo? Pregunté.

—Sí, tengo varios guardados para ti. Los he escogido cuidadosamente para que los disfrutes al máximo. Respondió, manteniendo una actitud alegre que me hizo olvidar por un momento lo que nos estaba sucediendo a las dos.

—¿Has sabido algo de John? Quise saber. No pude evitar preguntarlo.

—Bueno, evidentemente. Pero, ¿a qué te refieres exactamente con saber? Tu pregunta parece un tanto complicada.

—Bueno traté de no ser lo suficientemente obvia para no evidenciarme. □ No, es solo que, no sé si ha hablado con Rose y quisiera saber en qué anda. Ella no me ha dicho nada al respecto. Hice mi mejor intento.

—Ya veo... dijo, manteniendo un silencio al terminar de hablar. Parecía estar pensando en algo. □ Vale, la verdad, ha estado un tanto ocupado, bueno, los dos, realmente, pero, en cuanto a algo que pueda ser relevante para Rose, ha estado esperando hablar con ella. Eso lo sé porque a cada rato se la pasa revisando su móvil para saber si le ha escrito o algo por el estilo.

—Vaya, entonces no han hablado todavía. Dije, más para mí que para Peter.

—No voy a preguntar qué sucede, a pesar de que es un tanto obvio que no está todo en orden, pero, no te presionaré. Esperaré a que las cosas surjan por sí solas.

No quería decirle, no por motivos que eran muy claros para mí en ese momento; la privacidad de Rose, respeto por nuestra amistad, miedo a que él le contase a John, que tuviese una respuesta negativa que me podría llevar a intuir cual tendría Krammer. Pero, sentía que debía hacerlo porque confiaba en él lo suficiente como para buscar un consejo. Aun así, me rehusé a hacerlo.

Con esa conversación había comprendido que la actitud de Rose estaba llegando un poco lejos. Tenían semanas sin hablar, debía decirle, tenía derecho de saber. Y que, pronto se acabaría la presión que estaba colocando ella sobre mí.

Pero, las cosas no salieron tan bien como lo esperaba.

A este punto de la historia, me tocaría mencionar aquella grabación que no retiramos ni desechamos cuando tuvimos la oportunidad. Resultaba que, aquellos que trabajaron en la limpieza de la casa ese día, dieron con ella; claro, sí prácticamente la dejamos puesta y reproduciéndose para que cualquiera la viera; al parecer no eran de confianza después de todo. Nos enteramos de la peor forma posible.

Yo, no era de esas que se inmiscuye en la vida de los demás, en la política, las noticias, farándula o equis situación del mundo, pero, eso resultó ser bastante fúlgido como para dejarlo pasar.

Las noticias se apoderaron de esa premisa. «El cantante de la banda The Purswardens en un video íntimo con una chica desconocida teniendo relaciones sexuales en su cocina», en ese entonces no había señal alguna de

que se supiese la identidad de Rose, no era de tan buena calidad la imagen como para hacerla reconocer con facilidad, pero, eso no le evito a nadie que saliera a la luz.

En menos de cuatro días, el video rondaba por todos los noticiarios del país, había parodias al respecto y, los paparazzi obtuvieron la identidad de Rose. Todo se descontroló increíblemente. Mal momento para que algo como eso sucediera. De inmediato, entendí quien había sido el culpable.

—¡Peter! ¿Vistes las noticias? Pregunté tras haberlo llamada desesperada inmediatamente me enteré al respecto.

—¡Sí! John se encuentra dando explicaciones al respecto. Esta hirviendo de la furia. No sabes cuánto □ Manifestó □ ¿Cómo lo ha tomado Rose?

—No tengo idea, ha estado encerrada en su habitación por cinco días, tal vez ni se haya enterado al respecto. Le dije. Para ese momento, aún no habían descubierto su identidad.

—Pero saben que es una fotógrafa. Informó Peter.

—¿Cómo saben eso?

—Pues, al parecer, han entrevistado a medio mundo y entre ellos, a los malditos inmorales que nos limpiaban la casa.

—¿Tanto así?

—Sí.

—¡Demonios!

—Ya despedí a todos esos desgraciados.

—¿Qué ha dicho John?

—Que es una maldita invasión a su privacidad, que eso es una grabación de seguridad de su casa, por lo tanto, no hay motivos para que esté rondando por las redes ni los noticiarios, que encontrará al culpable y que verá como caerá en él todo el peso de la ley. Dijo Peter, completamente furioso.

—Pero Pete, pero, ¿sabes cuál fue el video?

—Sí manifestó Peter con un sutil sentido de culpa. Se notaba en su voz que estaba preocupado al respecto.

—¿Qué le vamos a decir? Pregunté preocupada.

—Eso es algo que debemos tomar con cuidado, espera que lleguemos, hemos terminado la gira antes de lo esperado, nos vamos para allá. Expuso.

Tardaron dos días en llegar, el tiempo necesario para que el nombre de Rose saliera a la luz. Antes de darme cuenta, ya todos estaban sobre nosotros dos, preguntándonos como las cosas se nos habían pasado de esa forma.

—¿Por qué demonios no eliminaron la cinta? Preguntó John, furioso.

—Se nos pasó, no estábamos al tanto que algo como eso pudiera pasar. Traté de defendernos.

—No, Jane, eso no puede ser así, estamos en todas las malditas paginas porno. Somos el maldito hazmerreír. Insistió John.

—John, deja de atacarla a ella, no fue ni su culpa ni la mía. A cualquiera se le hubiese pasado. Nosotros no estábamos al tanto que algo así pudiese llegar a pasar.

—¿Cómo que no, Pete? Se supone que nos encargábamos de revisar esas grabaciones para evitar ¡precisamente eso! exclamó iracundo.

Rose no hablaba al respecto, a parte de su embarazo, de la noticia, las cosas no estaban saliendo lo suficientemente bien como para contarle a John al respecto. Todo parecía estar derrumbándose a nuestro alrededor.

Recuerdo perfectamente aquella discusión. John estaba increíblemente furioso, su privacidad se había visto invadida, pero no como estaba acostumbrado a que fuese. Al cabo del tiempo me enteré que su ira se debía más a lo que yo figuraba en esa ecuación en vez de lo que significaba para su figura pública. Estábamos en la época de las noticias candentes de celebridades.

John entendió que ninguna publicidad es mala publicidad, pero, con el paso del tiempo, las cosas no parecían mejorarse, tal vez era por la manera en que estábamos contemplando las cosas. No nos tomó en nuestro mejor momento.

John trató de calmarse, creo, luego de todo eso que nos manifestó completamente iracundo. Terminamos alejándonos por un tiempo para evitar que las cosas se siguiesen saliendo de control. Y fue allí cuando todo empeoró.

Aun no le había contado nada a John. De inmediato recordé que la primera

vez que me acabó adentro fue ese mismo día en que lo hicimos en la cocina de su casa. Sacando las cuentas adecuadas, viendo cuanto tiempo pasó desde ese entonces hasta cuando me enteré del embarazo, los números concordaban. Desgraciadamente todo nos cayó encima agresivamente, no sabíamos que hacer, verdaderamente era un desastre.

Sin embargo, debí haber tomado partido en ese entonces, haber arreglado las cosas entre los cuatro, lo importante era mantener nuestra amistad fuera de todo ese problema; fui débil, estaba molesta. □

QUINTA PARTE

Todo se había estropeado de la noche a la mañana. Estábamos en un gran malentendido, detestándonos mutuamente por lo que habíamos ocasionado. Lo peor es que no podíamos decir que no había forma de haber evitado todo eso; sí la había.

Pasaron los días, y la noticia de su video había dado la vuelta al mundo. Las personas sacaban y exprimían el tema tantas veces que ya había logrado ser un hito internacional. Entonces, John se enteró del embarazo.

Recuerdo que estaba ahí cuando Rose se lo contó. No nos encontrábamos en nuestro mejor momento, seguíamos en la banda por lo tanto debíamos tener cierta relación profesional. Yo estaba sentado en el banquito que usaba para tocar la batería y, al otro lado de la sala, se hallaba él.

—¿Un bebé? ¿Voy a ser papá? ¿En serio? Exclamó John al teléfono. □ ¿Cómo es eso posible?

No se notaba perturbado, creo que mantenían una relación estable aun con todo eso que estaban atravesando, no pudieron hacer más nada con lo de aquel video, pero, el que estuviésemos directamente implicados con la forma en que el mundo conoció la relación que mantenía con Rosalie no era algo que pudieran superar con facilidad.

Fueron adaptándose al cambio, al foco de la fama. No era la primera persona que se encontraba encerrada en una situación similar. Muchos otros habían atravesado por ello y usado todo eso para la fama y la atención.

Pero, John no quería eso para Rose, él quería mantener su vida en un secreto, ya que era la primera persona por al cual realmente se sentía atraído.

—Entonces, sí soy el padre. continuó hablando. □ Claro, claro que confío en que sí, no estoy diciendo que estuvieses con otras personas... ¿Cómo es eso de «qué» pienso? Pues que es una noticia maravillosa... ¿La edad? No me importa Rose, te amo, y quiero estar bien contigo, con nuestro bebé.

En su rostro, se comenzó a dibujar una sonrisa que manifestaba un tanto de alegría, lo que me permitió verlo lleno de mucha tranquilidad. Parecía estar

contento por la noticia, parecía que las cosas saldrían bien después de todo. Solo faltaba que pudiéramos establecer las pases, dejar todo atrás, había sido un accidente, un pequeño desliz, y, estaba dispuesto a dar el primer paso.

La felicidad en aquel entonces me había invadido por completo. Estaba lleno de un sinfín de emociones que hicieron de mí un hombre completo. Nunca había pensado en la posibilidad de ser padre, no me importaba siquiera tomarlo en cuenta. No cabía duda de que las cosas a mi alrededor iban de maravilla, que en cualquier momento podría haber llegado alguien alegando se la madre de un niño bastardo, pero, no sucedió y, de la forma en la que me enteré, hizo que todos mis problemas desaparecieran.

En definitiva, estaba rebosante de felicidad. Rose se había decidido a decirme luego de pensarlo lo suficiente, de considerar que podríamos tener un hijo los dos, que no habría ningún problema. Comenzó a tomarlo como algo bueno, ya no se sentía desanimada, ni tenía miedo de lo que pudiese pasar.

Creo que, habríamos podido con toda la responsabilidad en ese entonces, pero, las cosas no se dieron como lo esperábamos.

El tiempo pasó lentamente entre los cuatros. Mi relación con Jane se veía perturbada por el problema, aunque estuviésemos tratando de mantener las cosas en paz. Evidentemente la culpa nos atormentaba, pero ya no podíamos hacer nada al respecto.

Ella había mencionado que renunció a su trabajo, que las cosas con Rose no estaban yendo como acostumbraban. La presión de todo eso había comenzado a invadirme tanto a nivel personal como profesional.

Entre problemas y problemas, comenzamos a interpretar las cosas como mejor nos parecía, ellos, se dieron cuenta que parte de la raíz de lo que les incomodaba, éramos nosotros, *la verdad, no había motivos suficientes para hacerlos sentir tan culpables al respecto. Fuimos unos tontos al dejar que las cosas se complicaran de esa forma.* □ Jane y yo, nos culpábamos por lo evidente. Tal vez, en otras circunstancias, no nos habríamos auto flagelado por todo aquello de lo que se nos acusaba con certeza.

Pero, para nuestra desgracia, para sumarle a todos los colmos, a nuestro repertorio de aquel único problema que habíamos causado, las cosas, empeoraron de manera drástica.

Los primeros meses de su relación como padres primerizos, como una pareja de enamorados que recién se enteraron de aquello que el destino les avecinó, el mundo, seguía atento a sus vidas a causa del video que nosotros dejamos escapar.

Para nuestra sorpresa y la de todos los demás, la desagradable plaga de fotógrafos que invaden la privacidad de quien les venga en gana, atacaron para dejar huella.

Todo sucedió el quince de septiembre de aquel año. Yo, estaba en casa como de costumbre, encerrado, alejado lo más posible de John quien ya no se quedaba conmigo, quien comenzó a dormir en dónde Rose.

En ese momento, estuve decidido a tomar las riendas y pedirle disculpa de frente, rogar que pudiésemos hacer las paces, todo lo necesario para dejar el problema atrás, pero, el problema no quería quedarse de último.

Según se manejaba la historia, todo sucedió de esta forma:

Rosalie se encontraba de camino a una sesión de fotos cuando un grupo de paparazzis le comenzó a perseguir. Eran a dos calles de llegar, nada que pudiese presentar un problema para alguien, eso habría creído cualquiera. De improvisto, comenzaron a atacarla con preguntas. Hasta dónde ella tenía conocimiento, la noticia de su embarazo se había mantenido en secreto, pero, ese día se enteró que todos lo sabían.

Se corrían rumores que había un embarazo de por medio ya que ella había vendido la grabación, se había quedado en cinta, con el fin de atrapar a John con todo y fama. La industria amarillista es un dilema, cosa que Rose descubrió por las malas.

No hay forma en que pueda olvidar aquel día. Dicen que los primeros tres meses del embarazo son los más peligrosos, en los que se debía tener el mayor cuidado.

Rosalie y yo nos encontrábamos caminando hacia una de sus sesiones, yo no quería dejarla sola, deseaba estar a su lado el tiempo que se me fuera permitido sin importar qué.

Ya habíamos comenzado a superar el problema entre los chicos y nosotros. Habíamos tratado de dejarlo intacto, evitar pensar al respecto. Aquel día estábamos dispuestos a hacer las paces, casualmente Pete se encontraba en la misma sintonía.

Habíamos concluido que ellos no fueron los partícipes de todo eso, que las cosas fueron un sencillo mal entendido, aunque, a pesar de nuestro intento por no pensar mal al respecto de aquellos dos individuos que llevábamos conociendo de tantos años, la ira nos cegó por completo.

Todo sucedió muy rápido. De repente, un grupo de quince fotógrafos nos rodearon. «¿Cómo manejas la noticia de la paternidad?» preguntó uno de ellos. «¿Qué se siente estar con alguien que te ha chantajeado para que sigas con ella?» «¿Has pedido la prueba de paternidad, siquiera?»

Todas y cada una de esas preguntas conseguían enervarme, llenarme de ira y de rencor. Pero no podía hacer nada al respecto, siempre habían sido así, molestos, una plaga.

Aunque pienso que aquella vez llegaron al límite. A raíz del video, Rose consiguió una fama que ninguno de los dos quería que tuviese. Las personas la cuestionaban, la perseguían, algunos la juzgaban de puta, otros la trataban como si fuese una prostituta o una actriz porno. En su trabajo, estuvieron a punto de despedirla de no ser porque su jefa veló por ella e hizo dar a entender que eso no era culpa suya.

Estuvimos buscando el culpable de todo eso, aquel que se tomó el atrevimiento de retirar la grabación y monetizarla para hundir nuestra credibilidad, jugar con nuestra privacidad por avaricia. Pero las cosas no eran tan sencillas, además que era un poco tarde. Con el video hecho viral, las cosas no resultaban tan bien después de todo.

En fin, entre un bombardeo de preguntas, destellantes luces aplacando nuestra visión, yo intentando ayudar a caminar a Rose, protegiéndola del bullicio, del peligro que eso implicaba, las cosas se nos salieron de control.

—John, ¿cuánto nos falta para llegar? Preguntó Rosalie, viendo hacia el suelo, evitando el contacto visual con la cámara.

—Nos falta poco, amor. Descuida, estamos cerca de llegar. Aseguré, incrédulamente.

—Está bien. Respondió.

Fue en menos de un segundo, en lo que el muro de aquella acera se interpuso en nuestro camino. Rosalie estaba a unos pasos delante de mí, tratando de moverse con cuidado para evitar lo que fuese a presentarle de frente, yo, me mantenía atrás de ella con la idea de protegerla, cubrirla con

mis brazos de las cámaras.

Su pie, chocó con el muro que se había manifestado sin previo aviso en frente de nosotros, yo no pude cogerla a tiempo.

—¡John! Gritó, mientras caía de frente.

No me dio tiempo de moverme, de hacer absolutamente nada. Los malditos fotógrafos se abrieron paso para dejarla caer, lo que hizo que aterrizase con sus brazos y su torso en el suelo. Su cuerpo, rebotó por el impacto haciéndola dar un segundo golpe en el vientre, lo que nos desgració por completo.

En ese momento, fue que las consecuencias de un pequeño error me hicieron entrar en crisis. En aquel entonces sentía que solo habían dos culpables y esos eran Jane y Peter. □

El descontrol de aquel encuentro hizo que Rose tuviese una complicación en su embarazo. Mal momento para que algo así sucediera. Inmediatamente nos enteramos, tanto Jane como yo acudimos al hospital en donde ella estaba internada. Queríamos saber de primera mano el estado en el que se encontraba nuestra amiga, fue allí cuando John nos confrontó iracundo, de nuevo.

—¿¡Qué demonios hacen aquí!?! No están ya lo suficientemente satisfechos Exclamó lleno de ira.

—Queríamos saber cómo se encontraba Rose, John. No seas así. Manifesté, tratando de apelar a su razón.

—Peter, no me importa. ¿Ves lo que sucedió por tú descuido? Todo esto se pudo haber evitado. ¡Todo! Exclamó.

—Pero John. Estamos realmente apenados, te pedimos dis... Intentó disculparse Jane.

—No me importa, Jane, no quiero escuchar nada de lo que ustedes dicen. Absolutamente nada. ¡Me escucharon! ¡Lárguense de mi maldito hospital! Profirió molesto.

Yo, no recuerdo haber estado en ese momento, estaba hospitalizada, sedada en una camilla, las cosas no andaban bien con mi bebé y por lo que tenía entendido, tenía todas la de perderlo. John juraba que ellos eran los culpables, en ese entonces, nuestros sentimientos más primitivos salieron a flote. De cierta forma, todo eso fue culpa de ellos, pero, no del todo.

Simplemente estuvieron implicados, se vieron en medio de una serie de eventos desafortunados en el que los protagonistas eran dos pequeños idiotas.

Mi mundo se había destruido por completo. Fue difícil atravesar por la transición de una mujer independiente y soltera a una con una pareja y un hijo en camino. Cuando se lo dije a John, me había quitado un peso de encima, las cosas parecían estar tomando un rumbo adecuado, algo positivo podría suceder.

De no ser por el video, todo aquello habría sucedido de otra forma, nosotros habríamos tomado esa noticia con más calma, nuestros amigos habrían llegado a ser los padrinos de nuestro hijo.

Maldigo el día en que decidimos culparlos por algo así. Desearía poder encontrarme con ellos en este momento para poder comentarle lo importante que habían sido para nosotros y lo mal que nos sentimos al respecto, al haberlos hecho preocupar.

No estábamos en nuestro mejor momento, Rose y yo no supimos cómo manejar el problema de la mejor forma. Dejamos que nuestros sentimientos imperasen en nuestra razón y terminamos arruinando lo poco que teníamos.

Luego de eso, tanto nuestro futuro hijo como nosotros, nos hicimos de la vista gorda ignorando lo que habíamos ocasionado.

Luego de eso, no volvimos a verlos más. De inmediato, a raíz de ello, abandoné la banda, rompiendo así nuestro contrato y terminando lo poco que nos quedaba juntos.

Para lo que sabíamos al respecto, el hijo que esperaban Rose y John había perecido ese día antes de siquiera haber visto la luz de algún día. La culpa nos consumió por completo, por un tiempo nos mantuvimos juntos, trayendo así, a un niño a este mundo.

Estuvimos buscando redención en las cosas cotidianas de nuestra vida, atendiendo a diferentes tópicos, alejándonos del mundo exterior. No preguntamos más al respecto de John o de Rose, mucho menos inquirimos para saber si algo había sucedido. Hasta el sol de hoy, sigo pensando que, de poder cambiar todo, trataría de mejorar las cosas para ellos, porque fueron los que se encontraron más afectados.

Y, creo que esto es todo lo que puedo decir. No he estado manteniendo un

margen adecuado, ni hablado de suficientes cosas relevantes a lo largo de mi relato. Siento que nunca podré completar esta historia ni mucho menos darle un final feliz. Querría poder saber algo al respecto de ellos. La incertidumbre y la culpa envenenaron mi vida, arruinando la relación que tanto intenté sostener con la mujer que amo.

Algún día, podré conseguir los recursos necesarios, la voluntad, el valor y todo lo necesario para hacer de esto algo más que simplemente una verborrea de pensamientos absurdos al respecto de una historia que no me pertenece ni nunca perteneció, a pesar de que formaba parte de ella.

Creo que con eso es suficiente. Creo que, no puedo decir más nada al respecto. No solo, no sin lo poco que me quedaba. Es por ello que lo dejaré hasta aquí, porque siento que no hay más nada que pueda decir. En efecto, me siento arrepentido, y por si no había quedado claro, completamente culpable.

Jane no se siente mejor, nadie habría de sentirse mejor con eso.

* * * *

Es aquí en dónde mi padre dejó su historia. No hay un final feliz, no hay un después ni nada al respecto. Intenté investigar por mi parte, pero no conseguí nada que me fuese de utilidad para mantener esto a flote, con vida.

Busqué por todos lados a alguno de ustedes dos para que me contasen que sucedió después de que Rosalie perdiese a su hijo. Según los medios, nada se sabe. Asumo que no quisieron sacar nada al ojo del público, eso lo puedo entender, pero, mis padres querían estar al lado de sus amigos, porque sus historias no tendrían un final feliz a menos que estuviesen los cuatros juntos.

No les pido que se reconcilien con ellos, no les pido que busquen el perdón en sus almas ni mucho menos a justificar algo que puede seguir siendo un problema para todos. Pero, amo a mis padres y me gustaría que ellos estuviesen de acuerdo en algo de nuevo, al menos por una vez.

Tengo la esperanza de que una vez que vean esta obra terminada puedan dejar sus problemas en el pasado, conversar las cosas y mejorar su futuro. Pienso que están a tiempo, pienso que aún se pueden amar como antes.

Ni lo que contaba mi padre y madre fue suficiente para darle un después a esta historia. Sí, sé que pasó con ellos, sé que sus problemas se hicieron cada vez más grandes, que intentaron poder resolverlo todo, al menos entre ellos, pero no pudieron. Ahora, solo falta lo que ustedes tengan que decir.

* * * *

Lo importante, era saber que salimos un tiempo del ojo público, aprovechando la delicada condición de Rose y la renuncia de Peter de la banda para mantenernos en secreto y superar nuestros problemas.

Pero no, nuestro hijo no murió ese día. Con suerte, se mantuvo firme, a pesar de todos los pronósticos, en el vientre de su madre para seguir luchando, para nacer a como diese lugar. Mantuvimos todo bajo perfil a sabiendas de lo que podrían hacer todos con la noticia.

No lo iban a matar, eso no. Habrían hecho del embarazo de Rose un problema, las persecuciones no acabarían, las personas seguían molestándola... con el tiempo, nos comenzamos a dar cuenta que habíamos cometido un error al alejar a nuestros amigos de nosotros. Estuvimos solos gran parte del tiempo, sin la ayuda de nadie, sin el apoyo de personas que nos dijese que todo estaba bien.

Atravesamos una etapa difícil de nuestras vidas porque todos los meses de gestación de nuestro pequeño eran un constante riesgo a causa de aquella caída casi fatal. Pero no había forma de contactarlos. Al cabo de los años, nuestro pequeño creció con dificultades, pero se pudo mantener en pie hasta salir adelante.

El pasado, se quedó atrás, las cosas como las conocíamos cambiaron y terminamos siendo personas diferentes. En cuanto a nuestros amigos, comprendimos que debimos haberlos disculpados hace ya tantos años y que no hemos perdido la esperanza de reencontrarnos con ellos en donde sea que se estén para vivificar nuestra amistad.

No tengo idea de cómo no se pudieron haber enterado de que seguíamos juntos incluso después de todo lo que nos sucedió, pero asumo que no fue porque no pudieron conseguir alguna respuesta sino porque querían

buscarla en realidad. A fin de cuentas. Siento que aún hay posibilidad de que todo vuelva a como era antes. Tanto Rose como yo pensamos lo mismo.

EPILOGO

Luego de terminar de escribir, en pareja, aquellas reseñas en el texto que les envió el hijo de Jane y Peter. Tanto Rose como John se dedicaron a mantener las cosas como eran hasta ese entonces.

El chico les mencionó que su intención era venderlo para que sus padres, quienes se encontraban separados y lo suficientemente lejos el uno del otro, pudieran conseguir en la vitrina de alguna librería el libro que ellos habían ayudado a construir.

Estaba seguro que no sería el best-seller del año, ni en muchos años posteriores a ese, pero, quería que sus padres sintieran lo que era hacer algo juntos.

En el tiempo en que tardó en publicarse, John y Rosalie se privaron de buscar a contactarlos a petición del hijo de sus amigos. En lo que salió a la luz, pudieron volverse a ver, en un encuentro emotivo que los llevó a destapar las heridas del pasado para, al fin, darles el cuidado que requerían y dejarlas curar adecuadamente.

Tanto John como Peter se hallaban sentados frente a frente con una cerveza en la mano. Ya habían pasado el proceso de presentación, el chico les había ofrecido una bebida para celebrar la publicación de la novela y los invitó que hablasen en privado. Cada uno por su lado y luego entre todos.

—John, no sabes lo mucho que lamento todo lo que sucedió. En serio. Expuso Peter al encontrarse con su amigo perdido de tantos años.

—No te preocupes. Sé que nada de lo que sucedió fue completamente tu culpa. Trató de consolarlo.

—Pero, si no hubiese dejado pasar aquella grabación, no hubieran... Trató Peter de decir.

—Pete, Pete, eso ya no importa. Si te consuela saber, así hayas botado o no aquella grabación, no habría cambiado nada, en su defecto, no hay forma en que lo sepamos. Manifestó John manteniendo la calma.

—¿Y tú hijo? Preguntó Peter preocupado.

—Pete, tranquilo amigo, él está de maravilla. Expuso John.

—Entonces, ¿no le sucedió nada? Inquirió Peter sintiéndose todavía culpable.

—Bueno, tuvo ciertas complicaciones a lo largo de sus primeros años de vida. Al principio nos costó llevar la situación. Primero pasar por un embarazo inesperado, luego por aquel accidente y después para mantener todo bajo perfil para que Rose no se viese afectada de nuevo fue difícil. Contó John.

—Pero se encuentra bien. ¿Verdad? Insistió Peter.

—Claro, amigo. Es un chico sano, está estudiando ahora. Debe tener más o menos la misma edad que tu chico, probablemente un poco más. Bromeo John.

—Sí, creo que un poco más. Respondió Peter, un tanto desconsolado.

—Pero oye, mira. Dijo John, llamando su atención para que levantara la cabeza y se reincorporara al mundo real. □ ¿Cómo te ha ido a ti? No te ves para nada como antes.

—Bueno, no he tenido tanta fama como tú, probablemente. Las cosas no han sido las mismas sin la banda.

—Sí, la banda. Como extraño nuestro grupo. Manifestó John con nostalgia.

—Haría lo que fuera por traerla de nuevo a la vida, mi amigo. Tengo tantas canciones que he escrito en todos estos años, pero no he podido sacar a la luz por falta de valor.

—¿Por qué? Eres un hombre talentoso, eso no debería significar nada para ti. Aseveró John.

—Tú eras quien me ayudaba a mostrarle mis letras al mundo. Yo estaba escondido detrás de esa batería porque no era lo mismo que tú. Tú siempre has sido mejor. Dijo Peter.

—¡Vamos! exclamó John. □ No seas así, parece que con el paso de los años te has vuelto muy pesimista. Bromeó.

—Puede ser. Respondió con el mismo tono de broma.

John pudo notar la forma en que su amigo se mostraba deprimido por un pasado que no dejaba atrás. Quería ayudarlo, demostrarle que todo eso que le atormentó por tantos años ya no debían importarle.

—¿Sabes qué? Dijo de repente. □ Estoy tratando de traer de vuelta la vieja

banda y, no sería lo mismo sin ti. Aseguró John.

—Pero... trató Peter de excusarse.

—Pero, nada, mi Pete. Debes ponerte en marcha, salir adelante. Vamos, di que sí.

John le sonrió con entusiasmo, invitándolo, de nuevo, a un mundo diferente. Peter, recordó aquel día en que su amigo le extendió la mano para llevarlo a que le enseñase sobre música, supo de inmediato que las cosas podían llegar a ser como antes por lo que accedió sin pensarlo demasiado.

Por otro lado, Rose y Jane estaban haciendo sus pases.

—Leí lo que escribiste de mí. Dijo Rose.

—Sí, a este punto creo que solo tú y las demás personas en esta casa lo han leído. Aseguró Jane.

—No, no creo que sea así. Confío en que puede llegar a ser algo grande. Respondió Rosalie llena de optimismo.

—¿En serio crees eso? Preguntó Jane, retándola a decir lo contrario.

—Sí, en serio. A mí me gustó. Lo volví a leer una vez terminado y se veía de maravilla. Creo que podemos sacar algo de eso. Manifestó Rose.

—¿Sacar qué? Inquirió Jane.

—Pues, amiga, que podemos volver a ser las mismas de antes.

—Lo veo difícil, ahora tengo otro trabajo.

—¿Cuál? Preguntó Rose interesada.

—Ahora trabajo como enfermera, Rose. dijo Jane.

—¡Oh! ¡Te graduaste de enfermería! ¡Qué maravilla! Exclamó Rose completamente feliz pos su amiga.

Jane tomó eso como algo agradable. Le pareció lindo que su amiga siguiera con el mismo entusiasmo que tenía cuando la conoció y la última vez que la vio. Rosalie, se acercó a ella para felicitarla con un cálido abrazo.

—Gracias Expreso Jane realmente agradecida.

—No hay de qué, sé que fue un poco tarde, pero, estoy segura que lo has estado haciendo de maravilla. Aseguró Rosalie.

—Se puede decir que sí, en este momento soy la jefa de enfermeras de un hospital de niños.

—Vaya, de niños. Realmente que has hecho algo con tu vida desde que dejamos de vernos. Dijo Rose sorprendida.

Jane no acostumbraba a ser muy cercana a los niños, el que ahora trabajase con ellos significaba un gran cambio en su personalidad.

—Sí, me sentí realmente culpable por lo que te pasó y quise poder ayudar, hacer la diferencia. comentó Jane.

—Entiendo, significa mucho para mí todo eso. Le dijo Rose.

—Rose... Dijo Jane, tratando de cambiar el tono de la conversación.

Rosalie levantó la mirada para ver fijamente a Jane a los ojos. Sabía lo que le iba a decir.

—Realmente lo lamento. Sé que pude haber evitado todo eso que pasó solamente si... comenzó Jane a disculparse antes de que Rosalie le interrumpiese.

—Jane, Jane, querida. No te preocupes, sé que te sientes culpable todavía al respecto, pero, no hay nada que podamos hacer para arreglar el pasado.

—Sí, pero si hubiésemos sido más responsables.

—Claro, si hubieran. Pero eso no importa ya.

—Tu hijo...

—Mi hijo está de maravilla Jane. Las cosas marchan bien entre nosotros, John y yo estamos felices y nos sentimos mal porque por culpa de nosotros tanto tú como Peter se vieron agobiados por nuestros problemas. Explicó Rosalie.

—Pete... Dijo Jane, sintiendo como todos esos problemas que tuvieron en el pasado ambos como pareja, comenzaban a salir de sus vidas para dar paso a algo diferente. Algo que no terminaba de comprender ni de asimilar. □ No sé cómo estén las cosa entre nosotros ahora.

—¿Lo amas? Preguntó Rosalie.

—Como no tienes idea. Aseguró Jane.

—Entonces, debes intentarlo de nuevo. Ya saben que nosotros dos estamos de maravilla, que las cosas entre los cuatro se están arreglando por fin. ¿Qué

esperas?

Rosalie estaba invitando a Jane a comenzar a una nueva vida, sin problemas, sin culpa, sin algo que no experimentaba desde hace tantos años.

Luego de eso, tanto Jane como Peter, intentaron de nuevo. Se reconciliaron una vez se dieron cuenta que sus pasados habían sido sellados para no volver jamás.

Los dos amigos continuaron el éxito de su banda. Se reincorporaron para sacar nuevos sencillos y satisfacer a sus antiguos fans. Su género aún no había muerto. Las personas que los habían acogido en el pasado les dieron una calurosa bienvenida reincorporándolos en el lugar en donde pertenecían, la tarima.

Rose y Jane renovaron su amistad para no terminarla de nuevo. Comenzaron un negocio juntas. Una agencia de fotografía en donde, con los fondos que recaudaban, donarían una parte a los hospitales que necesitasen del dinero para cuidar de niños y madres enfermas.

Los cuatros volvieron a tener una amistad inseparable. El pasado se había quedado atrás, dejando de perturbar sus vidas, de arruinar sus momentos felices. Tanto Peter como Jane, habían sufrido lo suficiente con lo incierto, con lo subjetivo como para no darle paso a una vida mejor.

Por otro lado. En la vida de John y Rose, las cosas marchaban de maravilla. Su hijo, Ethan, ahora era un hombre que se dedicaba a producir la música de su padre. A pesar de las complicaciones que tuvo cuando niño, logró superarlo todo con la ayuda de su familia y salió adelante.

Al paso de los años, tanto Rose como John volvieron a tener otros niños, de los cuales Peter y Jane llegaron a ser padrinos.

Sus vidas volvieron a ser las de antes. Estaban felices, estaban juntos.

Título 4

Amor Ciego

*Romance, Erótica y Suspense con el Jefe
Desconocido*

CAPÍTULO I

La entrevista con lo desconocido

Ya eran las ocho de la noche en el 344 Rodney St. en Brooklyn en frente del parque, se hallaba un apartamento en donde solo habitaban una madre desesperada por buscar empleo y su hija de ocho años. Clara Winter, estaba segura de que no había nada más importante en el mundo que aquella pequeña, a quien le estaba dando un beso de buenas noches antes de ir a dormir.

Se detuvo en la puerta para observarla por un rato mientras que el movimiento de su respiración se podía notar fácilmente por el movimiento de las sabanas que subían y bajaban a una velocidad sorprendente. Para ella, todo lo que hacía su hija era sorprendente. Durante ocho años no había visto nada más interesante que las cosas que su pequeña hacía o dejaba de hacer a pesar de su edad.

Se había detenido a contemplarla desde la puerta de su habitación, por donde penetraba suavemente la luz del comedor.

Estaba convencida que ningún momento sería tan maravilloso como aquel en el que pudiese ver a la niña dormida entre sus sabanas de color rosa favoritas a la espera de un nuevo día que la trasladaría a experiencias nuevas y entretenidas, la hora de dormir, el haber compartido con ella.

Así funcionaba su imaginación cuando se trataba de su hija. No había momentos malos, ideas equivocadas, ni errores. Todo lo que envolvía a Karen se traducían como positivo y Clara Winter no tenía ánimos de pensar lo

contrario.

Estaba segura que podría quedarse allí el tiempo que fuese necesario para verla dormir. Antes de eso, nunca había sentido algo tan grande como el amor que sentía por su hija, algo que le agradecía al bastardo que la dejó con un bebé en el vientre.

No importaba ya lo que había hecho, ni la depresión que la invadió al ser abandonada por aquel hombre cuyo nombre siempre evitaba mencionar incluso entre pensamientos. Con una sonrisa en el rostro, mientras observaba a su pequeña acostada, sentía una especie de alivio al contemplarla y pensar que fue el único gran regalo que le había dejado aquel individuo.

Respiró profundo, dejó caer los brazos que tenía entrecruzados en su pecho para regresar al mundo del desempleo, el cual, de nuevo, había tocado a su puerta para tenerla lo suficientemente preocupada por el futuro.

El dinero de su liquidación se estaba acabando, las deudas pronto comenzarían a acumularse y su pequeña notaría que ella no estaba yendo al trabajo por enésima vez. No se encontraba segura de cómo abordar esa situación.

Se apartó de la puerta para cerrarla cuidadosamente con el fin de evitar algún ruido que pudiese perturbar el sueño de su hija. En lo que terminó de hacerlo, volvió a dejar escapar un suspiro y tomar una bocanada de aire para sumergirse en las aguas del estresante mundo que traía el desempleo.

—De acuerdo, hay que volver se dijo , debo resolverlo todo de nuevo.

Se alejó de la puerta y caminó hasta el comedor, para acercarse a la mesa y meterse de nuevo en el navegador que yacía encendido esperando por su regreso. No vivió en esa época en la que debía buscar trabajo en periódicos, entre los clasificados, salir a la calle a buscar anuncios de empleo ni hacer llamadas incómodas para saber si había alguien dispuesto a contratarla.

Estaba en el siglo XXI, en donde todo estaba a un clic de distancia. Se arrepintió por unos segundos, porque pensaba que las cosas en el pasado habrían resultado más sencillas, tal vez, solo tal vez lo habría hecho.

Se sentó en frente de su portátil, en donde había escrito en el buscador «empleos en Brooklyn». Tenía la intención de encontrar uno que estuviese lo suficientemente cerca de su hogar para evitar llegar tarde todas las noches o dificultar las entradas y salidas diarias con el tráfico, la falta de transporte o

las incomodidades de la vida cotidiana de una persona sin los ingresos suficientes para comprarse un helicóptero o no necesitar un trabajo.

Comenzó a bajar en los resultados que le había arrojado el computador, en donde sólo se podían observar enlaces que le enviaba a otras páginas de empleos.

Abrió en varias pestañas esos que le llamaban la atención. Algunas, de letras del característico azul del hipervínculo de internet para acceder a ellos con el optimismo aferrado al pecho; debían contratarla, sí o sí.

Los ojos le dolían y soportaba la necesidad de llevarse las manos a la cara para apretarse los párpados e infligirse un sutil dolor capaz de calmar el cansancio que creía que la tumbaría sobre el teclado del computador.

«Vamos, Clara, esto no es nada» Pensó. Ya habían pasado varias semanas de su último empleo, y varios meses del que estuvo antes de ese, unos años del anterior al anterior... Bailaba de oficio en oficio con la intención de darle el mejor estilo de vida a su hija quien, estaba segura, se lo merecía a toda costa.

Ya había atravesado diferentes empleos, tantos que perdía la cuenta. Había hecho de todo sin ningún problema, siempre pensando en lo mejor para ella y para Karen. Se concentraba únicamente en la necesidad de conseguir dinero. Clara observaba las cosas de cierta manera peculiar. Su único deseo era poder complacer todo lo que su hija quisiera, el único motivo de su existencia.

Ya hacía ocho años atrás desde que se enteró que su pequeña venía en camino. Lo recordaba como si acabase de suceder. Estaba tranquila en la escuela de administración de una universidad de un pequeño pueblo del país. No tenía pensado irse de allí, las cosas que le prometía la vida cómoda eran sencillamente buenas para no tomarlas en cuenta sin pensarlo demasiado.

Estaba en la cúspide de su juventud: hermosa, joven y activa. Era parcialmente popular, tenía buenas amistades y las personas se acercaban a ella para buscar conversación porque era una mujer realmente agradable, claro, todavía lo es, pero en ese entonces, no tenía nada en qué colocar su mente aparte de sus estudios y su vida social.

Su pareja le prometía el cielo, ella se lo creyó inocentemente. Estaba enamorada y pensaba que compartiría el resto de su vida con aquel hombre. Era un joven apuesto, alto, de ojos marrones y cabello negro. Clara se sentía abrumada por todos esos detalles que su hija heredó de él, que, bien no le

traían recuerdos del irresponsable padre, le hacían sentir que la justicia divina no existía.

Le entregó su virginidad, que tan afablemente había protegido para el hombre indicado. Por un tiempo pensó que esos serían los mejores años de su vida, que lo tendría todo y que estaría feliz para siempre. Pero, de repente, un día en el que su ciclo menstrual se interrumpió, las cosas fueron perdiendo sentido.

—Mike, estoy embarazada.

Clara estaba al teléfono, con la prueba de embarazo en la mano y las bragas abajo estiradas entre sus piernas. No sabía qué hacer. Sus padres no estaban para ayudarla, se encontraba sola en el mundo y el único ser al que podía acudir, le dijo todo lo que no quería escuchar.

—¿Es en serio? ¿Estás segura de eso? Dijo Mike, sin ningún tipo de emoción en su voz.

Clara percibió de inmediato que algo no andaba bien. Podría ser que estuviese sorprendido y solo necesitaba tiempo para digerir la información. Incrédulamente le otorgó el beneficio de la duda.

—Sí, Mike, estoy segura de eso. Confirmó Clara, sin quitar la mirada del pequeño aparatito que parecía rotulador. Tengo la prueba de embarazo en la mano.

Mike estaba en su habitación viendo televisión cuando aquella noticia le golpeó la puerta. Apagó el televisor en lo que Clara le confirmó sus sospechas, y comenzó a dar vueltas con el teléfono en el rostro buscando una respuesta a todo eso. No quería tener hijos, no estaba preparado para la responsabilidad de ser padre.

Trató de calmarse, pero la angustia se apoderaba más y más de su cuerpo. Necesitaba salir corriendo, huir de ese lugar, quitarse el problema de encima. En ese instante, recordó que habían formas de deshacerse del «problema».

—Debes abortarlo, Clara.

—¿¡Qué!? ¿cómo que «debo» abortarlo?

—Sí, necesitas hacerlo. No puedo ser papá de ningún niño, no estoy listo para eso.

—Mike, pero podemos hacerlo juntos. Tú y yo.

—¡No Clara! ¡No! Ya dije, abórtalo.

—Mike, esa no es tú decisión.

—Claro que sí, yo soy el hombre, yo decido.

—Mike, estás asustándome.

—No me importa Clara, ahora mismo voy para tu casa para ir a hacerlo.

—No Mike, no...

Mike colgó la llamada, dejándola con el corazón en la garganta y aterrada por completo. No tenía amigas reales a las cuales acudir, cosa que descubrió por las malas.

Les pidió ayuda a las que frecuentaban con ella, para darse cuenta que una a una fue apoyando la moción de Mike de abortar al no nacido. No sabía qué hacer. Era un pueblo más o menos pequeño.

Las personas se conocían, las cosas saldrían a la luz en cualquier momento. Sí lo hacía, corría muchos riesgos que solo le atañían a ella, si no, cabía la posibilidad de ser juzgada. No conocía a nadie que hubiese pasado por eso; solo no lo notó.

Ella ignoraba por completo que el aborto era una práctica común desde la secundaria. Las mujeres de su pueblo, por lo menos las jóvenes, desarrollaron la necesidad de ser extremadamente irresponsables y ella, Clara Winter, no estaría dispuesta a hacer lo mismo. Pero, seguía insegura. Aun sentía afecto por Mike, quería estar con él y confiaba en que era un hombre bueno atravesando un momento difícil.

A Mike solo le interesaban dos cosas, su carrera como futbolista y su deseo de triunfar como deportista. Había ingresado a la universidad con una beca por lo que no desperdiciaría su oportunidad de éxito por un simple bebé. Clara sentía que ella compartiría ese sueño con él, lo que la motivaba a apoyarlo día tras día. Él sería quien conseguiría su sueño, ella, ya estaba cumpliendo el suyo: estar con el hombre de su vida.

Eran aspiraciones sencillas, y de una crianza arcaica. Creía que lo tenía todo resuelto, pero se equivocó.

Mike la fue a buscar a la casa de su fraternidad. Clara, se encontraba indecisa, confundida, sin ningún plan en mente más que esperar que aquel pequeño

naciera. Confiaba plenamente en que Mike cambiaría de parecer en cualquier momento.

Al llegar, empujó la puerta con fuerza para abrirla e impuso su presencia con un aire agresivo y amenazador.

—Vámonos, Clara.

Mike la cogió por el brazo con fuerza, rompiendo la concentración de Clara y obligándola a quejarse del dolor.

—¡Mike! ¡Me estás lastimando!

—Apúrate Clara, debemos salir de esto cuanto antes.

Mike, prácticamente la arrastró hasta su coche. Estaba encendido, esperando por el regreso de sus pasajeros, detenido entre la acera y la calle, como si quien lo estacionó no supiera hacerlo bien.

—¡Mike! ¡Suéltame! ¡Mike! ¡Me estás lastimando, es enserio!

Clara no le quitaba la vista a su pareja, mientras que él todavía no la había visto a los ojos. Tenía la mirada fija en su camino, decidido, firme, iracundo. Estaba molesto con Clara por haber quedado embarazada, porque era culpa de ella, por no ser inteligente, por no estar preparada.

Ella, estaba contemplando las cosas desde otra perspectiva. Sentía que el hombre que creía conocer no era quien realmente creía que era. A pesar de estar aterrada, seguía luchando por su libertad, hasta que decidió dejar de sentir miedo y enojarse lo suficiente como para acudir a las fuerzas que sabía que tenía.

—¡Mike! ¡Detente!

Clara, presentó resistencia hasta poder zafarse de las garras de su novio, y confrontarlo.

—¡¿Qué demonios te sucede?! añadió Clara mirándolo con una furia incontrolable en los ojos.

—¿Qué demonios me sucede? Clara, estás embarazada. ¿Qué demonios te sucede a ti? Dijo Mike, haciéndole saber que le estaba echando la culpa a ella.

Clara estaba atónita con la lógica de su novio. No parecía estar bromeando, claro, no era precisamente el tipo de cosa con la cual se bromearía. Pero, sus palabras cargaban un ímpetu agresivo. Se notaba que estaba decidido a hacer

lo que fuera para deshacerse de aquel pequeño.

—¿Estás diciendo que todo esto es mi culpa?

—Claro que lo es. Si no, ¿de quién más?

—¿Cómo demonios me vas a preguntar esa estupidez? Esto fue culpa de los dos, maldito imbécil. ¿Qué demonios te sucede? ¿Eres retrasado? Exclamó Clara completamente furiosa. La afirmación de Mike le pareció la gota que colmó el vaso, uno al que le estaban sirviendo un líquido execrable.

Mike, al ver que no podría confrontar a Clara sin acudir a la violencia, comenzó a amainar su furia para apelar a la razón de su chica, porque de no hacerlo, sería mal visto por las personas que observaban a su alrededor desde sus ventanas, como si no estuviesen allí, pero que era evidente que los veían mientras juzgaban lo que estaba sucediendo como si fuese problema suyo.

Quería evitar cualquier posible espectáculo, ya que ambos eran conocidos en la comunidad, más que todo él, quien llevaba todavía la chaqueta del equipo de fútbol, que, egocéntricamente se colocó antes de salir de su habitación porque sabía que lo reconocerían con ella.

—Mi amor, Clara. Oye, debemos hacerlo. Dijo Mike, tratando de sonar lo más razonable posible, no podemos tener un hijo. Tenemos un futuro por delante.

—¡Mi amor nada! Mike.

Mike se acercó rápidamente haciendo sonidos con su boca para que bajara la voz.

Durante varios minutos discutieron, Mike, intentando controlar la situación que él mismo había complicado desde un principio y Clara, escandalizándose más y más por las peticiones irracionales de su novio. Palabras tras palabras, ella dejó en claro que no quería saber más nada de él, que se alejara.

Mike aceptó luego de negarse un par de veces, para luego marcharse del lugar con la misma ira con la que llegó. Luego de eso, Clara no lo volvió a ver. Ella, se las arregló para irse de aquel lugar que no le prestaba ningún apoyo y se marchó al estado de Nueva York buscando una nueva vida.

Y, luego de tantos años, trabajos y decisiones difíciles, se encontraba de nuevo, sentada en frente del computador, observando sus posibilidades laborales, esperando la respuesta de personas que nunca había visto para trabajar de algo que no le prometía surgir. Ella no culminó sus estudios por

ello mismo, lo que le hizo sentirse incompleta.

Ya una vez abarcada la pantalla con diferentes enlaces, todas de motores de búsqueda de empleos, accedió a la primera que abrió, luego a la siguiente y así sucesivamente. Solían actualizarse cierta cantidad de tiempo y ella lo sabía, lo que le hizo creer que su trabajo podría ser eso, buscar otros trabajos. «No sería tan mala idea pensó □ después de todo, muchas personas son holgazanas».

La luz del monitor alumbraba su rostro agotado, mientras continuaba buscando diferentes títulos de diferentes empleos.

De vez en cuando levantaba el torso, se erguía, tronaba los huesos de su espalda y sentía que se estaba estirando, movía su cuello, para luego tomar aire como si necesitara oxígeno suficiente para no quedarse dormida. Cerraba fuertemente los ojos para quitar el agotamiento de sus párpados; le resultaba tedioso buscar tanto.

Secretarias, asistentes, ayudantes, recepcionistas, profesoras... buscaba lo más sencillo, algo que ya hubiese hecho en el pasado para poder adaptarse con facilidad y conseguir el dinero cuanto antes.

A pesar de su intención de querer trabajar, el estar allí sentada le quitaba el ánimo. Clara Winter nunca fue una mujer sedentaria, mucho menos luego de tener a su hija a los veintidós años. Desde ese entonces, siempre ha trabajado duro para salir adelante y darle el nivel de vida que su hija se merecía.

Se levantó, sacudió su cabeza, necesitaba moverse. Quería poder hacer algo que le despejara la mente lo suficiente como para continuar sin tener que acostarse, debía conseguir el trabajo adecuado, esa noche era la noche, no debía postergarlo más.

Fue hasta la habitación de su pequeña para verla nuevamente y llenarse de ánimos. Se acercó a ella, le dio un beso en la frente y regresó a su labor.

Con eso le fue suficiente, no necesitaba más nada, ya que el pensar en no poder satisfacer sus necesidades le procuraba una desesperación que le atormentaba, ayudándola así a tomar las mejores decisiones.

Regresó hasta el computador para releer de nuevo los artículos que habían publicado con anterioridad.

«Me gustaría poder trabajar con ustedes. Tengo experiencia en el campo, he

sido secretaria en diversas empresas y podría cumplir con sus exigencias» Escribió en una de las muchas ofertas de trabajo. No pudo evitar pensar que con eso sería suficiente y continuó su pesquisa de empleo.

Se postuló a otros a pesar de no tener experiencia en el campo. Estaba segura que no era correcto realizar un trabajo del que no sabe nada por muchos motivos de calidad de empleo, pero, no estaba en posición de desechar esa oportunidad. Su hija necesitaba comer y ella debía tomar una decisión.

Continuó con su búsqueda, se estiró para tronar de nuevo los huesos de su espalda sin lograr hacerlos sonar, aunque sintió un alivio momentáneo que le permitió proseguir. Bajó de nuevo la página que visualizaba para encontrar otras opciones de trabajo. Se detuvo en aquellas que llamaban su atención por el salario que prometían, el lugar y la facilidad del empleo solicitado.

Tanteó tres opciones más antes de encontrarse con una que le llamó la atención. Tenía pocos minutos de haber sido publicado y Clara sabía que, mientras más reciente, más posibilidades tenía de conseguirlo. Este decía: «Se solicita mano derecha y en la descripción colocaban:

«Se busca alguien con experiencia, de no tenerla, que nos asegure de tener la intención de trabajar dando lo mejor de sí. Buena presencia, que pueda atender el público, hacer recados, responder llamadas, entre otras cosas designadas a la atención y a la asistencia. Horario de oficina, pero se puede negociar uno mejor. El sexo del postulante es indiferente. Por favor, aplicar de estar dispuesto a trabajar arduamente.»

El sueldo que planteaba era lo suficientemente atractivo como para dejar en ridículo a cualquier otro que pudieran ofrecerle para ser secretaria.

Estaba segura que era sobre eso, «mano derecha» parecía una forma peculiar de llamar a una asistente, pero eso fue lo que, en primera instancia, le llamó la atención. Bajó un poco más y pudo ver la dirección; 221 Manhattan Ave, Brooklyn NY. Estaba a unas cuantas calles de aquel lugar, lo que lo hacía encajar perfectamente en lo que pedía. Se postuló.

Ya con ese último tenía seis trabajos para esa noche y un total de treinta y tres en la semana. «No hay forma en que ninguno me llame» pensó, cerrando el navegador. Estaba segura, por completo, de que alguno habría de contactarla, sabía que no podía ser tan desafortunada, esperaba que todo saliese bien.

Se levantó luego de cerrar todos los programas que llevaba abiertos y la

portátil para hacer lo que le correspondía. Levantó su muñeca para ver la hora, para darse cuenta que no llevaba reloj por lo que hizo un corto viaje hasta la cocina para verlo por el microondas. Marcaban las once de la noche en horario militar. Sacó cuentas con los dedos desde las tres de la tarde, porque era el único número que recordaba,

—Quince horas es igual a tres de la tarde se dijo, para luego continuar su cuenta mentalmente mientras veía los dedos de su mano para llevar el orden adecuado. ¡Oh mierda! Exclamó.

Recordó que debía preparar las cosas que se llevaría Karen para el día siguiente. La ropa, los cuadernos que debería usar en el colegio. Su pequeña no necesitaba de ese tipo de ayuda, pero, Clara insistía en hacerlo de todos modos a pesar de las constantes peticiones de su hija en que no lo hiciese.

Fue entrando cuidadosamente en su habitación y revisó en el armario las prendas que consideraba se podría poner, para doblarlo, en completa oscuridad, y dejarlo todo perfectamente acomodado la silla que estaba en frente a su escritorio. Cogió el morral favorito de Karen e introdujo en él los cuadernos que le correspondían para ese día. Una vez terminado su ritual, salió con el mismo cuidado que tuvo al entrar.

Ya todo estaba listo, por lo que solamente le faltaba acostarse a dormir. Las luces apagadas, su hija dormida, las cosas del día siguiente preparadas, no le hacía falta nada, así que cruzó el pasillo que dividía la sala de aquel pequeño apartamento de las únicas dos habitaciones que tenía.

Al hacerlo, se topó con su reflejo que colgaba en la pared. Era un pequeño espejo decorado con macochenes cubiertos de pega blanca de los cuales se leía «The world's best mom» que Karen le habían regalado el día de las madres.

Se detuvo en frente de él para apreciarse.

—Vaya que estás vieja, Clara. Se dijo al notar unas cortas líneas de expresión a los extremos de sus parpados. Necesitas dormir más, antes solías ser bella.

Su rostro no era la personificación de la edad, aunque el pasar de los años se evidenciaba lo suficiente en él para decir que no era ya una chica de veintidós años. Se consoló pensando que no había forma en que fuese una madre soltera con un cutis perfecto cuando se trabaja tan duro para mantener una familia de dos sin la ayuda de más nadie.

Una vez pensado eso, consiguió consolares y se pasó los dedos por las líneas que había visto en su rostro como si fuese posible borrarlas tan fácilmente. Le sonrió a un reflejo demacrado por el sueño y continuó su camino hasta el cuarto en donde se propuso a acostarse sin pensar en más nada.

Las horas durante la noche pasaron tan rápido que parecía haberse despertado apenas cerró los ojos. No sentía haber descansado, pero sabía que ya era hora de levantarse por el sonido recalcitrante del despertador a su izquierda. Estiró el brazo y lo dejó caer sobre el endemoniado aparato con el fin de hacerlo callar de una buena vez por todas.

Bajó los pies de la cama, respiró profundo y se paró llena de entusiasmo. Caminó hasta la cocina para darse cuenta que Karen ya se encontraba despierta, vestida con la ropa que su madre le había acomodado la noche anterior, montada sobre una silla tratando de alcanzar el cereal de la alacena.

—¡Oh! ¡Mamá! Ya te levantaste. Buenos días. Dijo la pequeña dándose la vuelta para verla y luego agregar con cierto grado de culpa y un tono de voz vacilante, pero después se explicó con total naturalidad : estaba buscando el desayuno, no quería levantarte.

—Karen, pero podías haberme despertado, es mi trabajo atenderte en las mañanas Manifestó Clara, acercándose al estante que su hija intentaba alcanzar y le preguntó : ¿Este? señalando el cereal que su hija prefería.

—Sí, ese. Respondió Karen.

La pequeña se bajó de un solo salto y arrastró la silla que era prácticamente de su tamaño hasta la mesa para sentarse.

—Pero te veías muy cansada mientras dormías, mamá Añadió la niña mientras se acomodaba para recibir su desayuno.

—Hija, no tienes que pensar en eso, si siento que no me puedo levantar, trataré de hacerlo de todos modos. Le dijo Clara mientras sacaba un plato hondo de la alacena de al lado, de color morado claro en el que siempre comía Karen.

Se acercó por detrás de su hija y lo colocó en frente con una cuchara de Bob Esponja.

—Ten. Agregó al colocar el plato en frente de ella y vertiendo allí el contenido del cereal, para luego continuar hablando : Para la próxima, me levantas, así me vea cansada o no. ¿De acuerdo?

Clara Winter se dio media vuelta a la vez que Karen se comía unidad por unidad el contenido que yacía dentro de su plato a la espera de su madre. Esta, se acercó a la nevera, tomó la leche, la agitó un poco para luego servirla en donde acababa de echar el cereal.

—¿Sí? insistió Clara, esperando la respuesta de su pequeña, quien estaba concentrada en mantenerse callada para no darle la razón a su madre.

—Sí. Mamá, pero es qué, manifestó en un tono de queja, para luego agregar : no tienes que estar haciendo de todo, yo también puedo ayudar. ¿Sabes?

—Lo sé, pero soy tu madre y mi trabajo es atenderte mientras pueda hacerlo. ¿Quieres quitarle el trabajo a mamá? Preguntó Clara viéndola desde arriba esperando a que su hija levantara la mirada y le respondiera.

—No... le dijo, subiendo su rostro para verla a los ojos y añadir con el mismo tono en el que se accede a algo que no se desea acceder : no quiero quitarte el trabajo mamá.

—Perfecto, entonces sigo siendo la empleada del mes. Agregó jocosa.

Clara regresó a la alacena para tomar otro plato hondo, su cereal y colocarlo en la mesa para sentarse a su lado. Cogió la caja, lo vertió en el plato y luego agregó la leche hasta casi rebozarlo.

—Entonces Dijo Clara al introducirse una cucharada de su desayuno ¿Qué piensas hacer hoy? ¿Hiciste tu tarea? Preguntó mientras caminaba.

—Sí mamá. Hice mi tarea anoche, ya tengo todo listo para el día y pienso que podré jugar en paz en el parte sin que nadie me moleste. Expresó la niña con un tono de madurez que su madre había tardado en asimilar una vez comenzó a hablar así años atrás.

Clara terminó de masticar su bocado para preguntarle al respecto, a causa de que sus palabras le parecían dignas de preocupación.

—¿Sin que te molesten? ¿A qué te refieres con eso? dijo, bajando la cuchara para colocarla en la mesa.

Karen levantó el rostro para ver a su madre. No mostraba ninguna señal de miedo o de incomodidad, no como su mamá esperaba que hiciera al mencionar que la molestaban en el colegio. Clara solamente deseaba velar por su seguridad.

Antes de que su pequeña le respondiera, ya estaba imaginando el escándalo que escenificaría en el colegio, lo que diría, haría... todo en su mente estaba fríamente preparado para defender a su pequeña cría.

—No es nada, mamá. Es que los niños no me agradan y están todo el día corriendo de un lado a otro. Las niñas, no hacen nada divertido así que me aburro con ellas. Cuando salgo al parque puedo estar tranquila, acostada, viendo las nubes pasar, pero, a veces, llegan y me molestan para hablarme de cualquier cosa, como si yo quisiera hablar de eso. ¿Sabes? No quiero estar hablando con los demás, mamá. Dijo Karen quejándose de sus compañeros con total seguridad en sus palabras.

Clara no esperaba que su hija se sintiese agobiada por los demás. Sintió alivio al saber que no se trataba de algún problema con bravucones o algo por el estilo.

Miró como su hija no demostraba ningún tipo de señal con respecto a eso, y la forma en la que continuaba comiéndose su cereal como si más nada en el mundo importase. La niña, se llevó la cuchara rebosada del contenido del plato a la boca y la observó directamente a los ojos.

—¿Qué pasa mamá? Preguntó la pequeña.

—Nada hija.

—Bien. dijo, retomando lo suyo.

—Entonces, no te gustan los niños ni niñas de tu escuela. Añadió Clara para confirmar.

Karen levantó de nuevo la mirada.

—Para nada, podría estar tranquila si ellos no quisieran tratarme. Agregó.

—¿Cómo sabes que quieren tratarte?

—Porque todo el tiempo están preguntando qué me gusta, qué cosas hago para divertirme. No sé, solamente no quiero hablarles. A mí me gusta estar tranquila, mamá.

—Entiendo.

La pequeña, a pesar de todo, continuaba siendo eso, una pequeña niña de ocho años llena de inocencia. Aun no conocía muchas cosas del mundo, su vida se enfocaba únicamente en levantarse, comer, asistir al colegio y regresar a casa

a distraerse con lo que hallase apto para su edad. Clara, la observaba con orgullo y felicidad, estaba contenta de tener una hija maravillosa y eso se evidenciaba en su forma de apreciarla.

—¿Madre, qué harás tú hoy?

Clara sintió como su concentración se veía interrumpida por el mundo real. Levantó la mirada para responder.

—¿Qué voy a hacer? Pues, iré al trabajo... dijo vacilante . Tú sabes, lo mismo de siempre.

—¿En serio, mamá?

—Sí hija, ¿qué otra cosa podría ser?

—Pues, dejaste encendida la portátil y vi que estabas buscando trabajo mamá.

—Vaya, no esperaba que lo vieras.

—No quería decirte para que no creyeras que no hago nada bien Añadió Clara .

—No importa, madre. Te lo digo porque tienes un mensaje.

—¿un mensaje?

—Sí, un mensaje. Dice: respuesta a la solicitud de empleo, o algo así Dijo indiferente, llevándose otro bocado de cereal.

—¿En serio?!

Clara, buscó con la mirada la portátil al notar que no estaba en donde la había dejado a la noche anterior. La consiguió rápidamente a unos pasos del comedor y se levantó de inmediato para ir hasta la computadora que se encontraba sobre la mesa en frente del televisor de la sala, seguramente Karen la habría llevado hasta allá.

Se sentó en el sofá desgastado, se puso el computador en las rodillas y comenzó a buscar el mensaje que su hija dijo que había abierto.

—¿Karen? En donde viste el mensaje.

—En la página que dejaste abierta, mamá.

Clara comenzó a buscar en las pestañas de la noche anterior y esperó a que cargase. Le intrigaba saber cuál de todas le había respondido. Por su menté

pasaron varios de los empleos que le parecían interesante mientras que la pagina tardaba en cargarse. El entusiasmo se convirtió en apremio; la espera más larga en toda su vida. ¿Quién habría sido?

En lo que terminó de cargarse la página, pudo ver de quien era la respuesta, la cual decía así:

«RE: Se solicita mano derecha. (Respuesta a la solicitud de empleo)

Buen día, si desea el empleo, debe presentarse en el 221 Manhattan Av. en Brooklyn a las 10:00am. Por favor, ser puntual.»

Le pareció que la respuesta era un tanto intrigante, no decía si le había gustado su solicitud o si estaban dispuestos a contratarla, pero, la verdad no le importaba. Era una respuesta, algo que no había recibido en semanas. Estaba convencida de que era una buena señal y estaba dispuesta a aparecerse por aquella dirección para dar lo mejor de sí.

—Vaya, esas son buenas noticias se dijo así podré salir de todas estas de una vez.

—¿¡Qué!? ¿Dijiste algo, mamá?

Karen gritó desde la mesa de la cocina interrumpiendo su importante ingesta de alimentos, hastiada por las constantes interrupciones que se presentaban ante el consumo de su manjar matutino.

—Nada, hija, sigue en lo tuyo.

—Está bien.

Clara observaba con cierto brillo en los ojos la respuesta de aquel mensaje. Hasta ese momento no sabía siquiera de qué se trataba el empleo para el que se había postulado, pero de cierta forma se sentía agradecida de que no fuese aquel en que le pedían algo de lo que ella no tenía conocimiento alguno.

Luego de contemplar con alegría y entusiasmo la pantalla del computador como si esta fuese a darle una palmada en la espalda para felicitarla.

Se levantó de un solo jalón para ir corriendo hasta su cuarto para darse una ducha y vestirse con sus ropas de entrevista de trabajo. Era una prenda que demostraba lo mejor de sí, la hacía ver segura, profesional, sensual e inteligente. Le quitaba cierta cantidad de años de encima.

Se metió al baño, abrió la regadera, sintió como el agua fría penetraba su piel

y le agitaba la respiración; había olvidado encender la calefacción, pero, no le dio importancia, terminó de asearse rápidamente y se fue para su armario a sacar lo que ya sabía que usaría.

En menos de media hora ya estaba lista. Karen, había esperado a su madre sentada en la mesa, habiéndose servido otro poco de cereal.

—¿Lista madre?

—Sí, lista. Clara sonrió.

Clara salió de la habitación con un nuevo rostro, alegre, llena de vida. La noticia de su nuevo trabajo parecía llenarla de algo que no había experimentado en semanas, la capacidad de ser útil para su pequeña.

No soportaba la idea de quedarse todo el día en casa esperando a que algo sucediera, ahora estaría afuera, produciendo dinero para conseguir lo que ella y su hija necesitaban.

—Vámonos entonces.

Luego de dejar a su hija, en unos pocos minutos, estaba ya en su destino. Eran las nueve y cincuenta de la mañana. Justo a tiempo para su cita para el puesto que desconocía.

La pagó al chofer, se bajó y observó las calles a su alrededor. Las paredes del edificio que suponía debía entrar, no tenían un color en específico que pudiese describir, sino que se podía detallar con: «el de la pared de ladrillos» Al lado podía ver uno rojo y al otro uno marrón

Se acercó a la puerta de vidrio, tocó el botón del intercomunicador que señalaba el único título que decía «Oficina» del resto que eran apartamentos y esperó a que le respondieran.

Allí estaba Clara Winter, viendo a su alrededor esperando a que nadie le respondiese. Al cabo de varios minutos, y pensando que la espera solamente intervendría en su puntualidad a la hora de llegar. Estaba a punto de irse, le había dado la espalda a la puerta, a unos pocos segundos luego de eso, la puerta se abrió desde adentro.

—¿Vas a entrar? dijeron a sus espaldas.

Se dio media vuelta al reaccionar al sonido de esa voz desconocida tras entender a la perfección a que se refería. Podría entrar, por lo menos.

—Sí, voy a entrar. Dijo con un tono de alivio en la voz.

Se acercó a la puerta que aquella desconocida estaba sosteniendo para ella, vio rápidamente el número que marcaba el intercomunicador que decía «oficina» y entró rápidamente.

Ya adentro, se dispuso a subir las escaleras, debía encontrar el número 115 que era en dónde se encontraría dicha oficina. De inmediato dudó que aquel edificio tuviese más de cien puertas, pero tal vez solo era un número puesto al azar.

Caminaba por los pasillos sintiendo la presión que le ocasionaba la humedad en las paredes. El edificio había sido remodelado en los últimos años, por lo que le dejó ese sentido de nuevo pero que aún trataba de quedarse en el pasado. Subió las escaleras hasta el segundo piso, los tacones estaban haciéndole callos en el talón, el calor la ahogaba y los nervios aumentaban su estrés.

Eran las diez y quince de la mañana, llevaba un retraso que, a pesar de no ser su culpa, le costaría caro. La persona que la había citado no había dicho más nada, siquiera le había mencionado que era un edificio y que debía buscar la oficina en la que se suponía trabajaría, solamente si pasaba la entrevista.

«110» vio de frente al llegar al tercer piso del edificio.

—Debe ser aquí se dijo al ver el numero dibujado a un costado de la pared, justo al lado de la puerta. Era una de madera, no parecía una oficina.

La pasó de largo y giró a la derecha, en dirección opuesta a la evidente pared que no llevaba a ningún lado. Clara detalle que el pasillo en dónde se encontraban el resto de las puertas era largo y extenso, lo suficiente como para abarcar más de cinco. De una en una, observándolas todas con detenimiento, pudo llegar al ciento quince del 221 de Manhattan Ave en Brooklyn.

Una puerta con un centro de vidrio templado con el número en el medio. No había señal alguna de vida adentro. Se encontraba indecisa si tocarla o no para anunciar su presencia.

Lo que menos le interesaba era dar una pésima primera impresión. Con la mano en el aire, cerca de golpearla, le invadió una sensación de derrota que le obligó a bajar el brazo y rendirse en su búsqueda. Habría otras oportunidades, estaba segura.

Pero, no se movió de allí. Se quedó en frente de esta con la intención de cambiar de parecer en cualquier momento. Se convenció de que las cosas sucedían por un motivo, podía hacerse con una explicación lo suficientemente convincente para justificar su retraso, después de todo, no estaría mintiendo.

Una vez pensado eso, se animó de nuevo a tocar la puerta, pero, en ese momento, un teléfono comenzó a sonar al otro lado. Eso era una señal de que había alguien ahí, por lo menos no se habían ido.

Decidió esperar a que atendieran para entrar como si estuviese interrumpiendo un momento importante y no recibir una crítica inmediata de su retraso; seguía parada, en frente de la puerta. El teléfono continuó sonando.

No escuchaba ningún tipo de pasos, no se sentía la calefacción, no se veía ninguna sombra, ni se sentía alguna señal de vida, solamente el sonido de aquel aparato, resonando a lo largo y ancho de aquel pasillo.

Vio a los lados para saber si la llamada era en otro apartamento y se confundía con ese, tal vez la acústica del lugar daba la impresión de que el sonido venía de todos lados, pero, no escuchaba los pasos de nadie, no veía que otra persona, de haberla, hablase. De inmediato, le invadió la sensación de que algo no andaba bien adentro, podría haber sucedido algo, pensó.

El teléfono continuó sonando, no parecía llegar a callarse en ningún momento, hasta que por fin lo hizo. Se alejó un poco de la puerta para ver si, apartándose, podría ver mejor si algo sucedía adentro. Le parecía extraño, después de todo, lo que uno se esperaba de una oficina era movimiento, ruido, constantes pasos. Estaba confundida.

Buscó en su bolso el móvil para saber la hora en la que se encontraba. Las diez y treinta y uno. No se sentía cómoda en aquel lugar. La ausencia de vida, aparte de aquella persona que le había abierto la puerta, le era perturbador.

—Espera un segundo. se dijo.

La única persona que había visto era aquella que le abrió la puerta, ¿qué tal si era ella quien le haría la entrevista? En ninguna parte de la solicitud decía quién era el que la solicitaba, solamente decían que era un trabajo de secretaria/asistente/recepcionista. Podría haber sido ella, eso habría de explicar la ausencia de movimiento en aquella oficina, la llamada sin atender.

Clara, introdujo el móvil en su bolsa con un nuevo enfoque, estaba lista para esperar, cuando ella la vio aún estaba a tiempo, por así decirlo, habría

entendido que llevaba unos minutos esperando afuera a que le abriesen.

Se acomodó la chaqueta que llevaba, se pasó la mano por el cabello para bajar alguno de sus cabellos rebeldes en el caso de que se hubiesen levantado por el movimiento del aire o el sudor que comenzaba a correr por su sien, y dejó escapar un suspiro de alivio y determinación.

El teléfono volvió a sonar.

Lo más probable es que alguien estuviese a punto de llegar en cualquier momento ¿por qué no? Pensó. El teléfono continuaba sonando, una y otra vez, sin señal de que fuese a detenerse de nuevo. En ese momento, escuchó unos pasos a su derecha provenientes de los escalones.

—Podría ser ella. Pensó, dejándose invadir por la esperanza.

Se dio la vuelta, de frente en dirección a las escaleras para recibir a su entrevistadora con una sonrisa. Efectivamente era la misma persona que le abrió la puerta estando abajo, eso significaba que estaba en lo cierto, ella sería su nueva jefa. La notó un poco informal para un trabajo de oficina.

La chica se acercó unos cuantos pasos en su dirección, ignorándola por completo. Giró hacia la segunda puerta más cercana a las escaleras y se dispuso a abrirla. Clara no pudo evitar sentirse de nuevo confundida.

Algo no andaba bien, en definitiva, por un instante olvidó que el teléfono continuaba sonando. Nadie parecía atender y esa persona, que ya de por sí era mucha coincidencia que de todos los pisos fuese a para a ese, no fuera quien le entrevistaría.

Aquel evento le hizo molestar. No encontraba una explicación a todo lo que sucedía y necesitaba respuestas. Se acercó a la puerta, levantó la mano cerrando el puño y dio el primer golpe a la parte de vidrio de esta. De inmediato, se abrió.

El golpe que le dio no fue lo suficientemente fuerte como para abrirla, lo que quería decir que estaba sobre puesta. Se dio cuenta porque no había señal de forcejeo o algo por el estilo. Tragó saliva y habló.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? dijo, abriendo un poco más la puerta . ¿Hola? ¿Alguien?

El teléfono había dejado de sonar ya, solo quedaba el sonido de la bisagra rechinante que empujaba para abrirse paso a aquella oficina, si es que podía

llamarse así. Lo primero que vio fue un escritorio, como cualquier otro: un computador, un teléfono con identificador, un talonario de números... una oficina común y corriente, con los implementos que se piensa que se necesitarían en cualquier lado.

Vio a los costados y pudo notar que se encontraba vacío. Era lo suficientemente grande para ocupar otras dos oficinas del mismo tamaño, pero no lo suficiente como para ser un departamento.

Terminó de entrar, con un paso lento y cuidadoso para no llamar la atención de haber alguien adentro. Al fondo observó una puerta que daba a un cuarto oscuro, supuso que era el baño, lo que hizo que descartara de inmediato la posibilidad de que su posible entrevistador estuviese adentro.

Se encontraba tensa, haciendo movimientos cortos y pausados, temiendo que algo malo le pasase. Escuchaba un pitido molesto ocasionado por la falta de ruido en su entorno y sus nervios que se apoderaron de su cuerpo por completo. Tenía frío y sudaba del miedo.

Notó algo que, según lo que había visto antes, no estaba allí al entrar. Una pequeña nota que decía: «atiende».

Se acercó al escritorio, con la cabeza baja como si se fuese a golpear con algo invisible que estuviese guindando del techo y extendió la mano en la que llevaba el bolso para recoger la nota y verla de cerca. En ese momento, el teléfono volvió a sonar.

El repentino sonido de la llamada le alarmó lo suficiente, tanto que dio un grito de sorpresa, tal cual le hubiesen cogido por la espalda para secuestrarla. Su corazón se despegó de su pecho, dejó de escuchar y el tono del teléfono parecía distanciarse poco a poco siendo ahogado, como si ella se encontrase bajo el agua.

Le tomó unos cuantos segundos recapacitar y respirar profundo. El continuo sonar de la llamada le hizo entender que nada malo estaba sucediendo. Asoció eso con la nota y sintió que tenían alguna relación, tal vez estaba dirigida directamente a ella, lo que quería decir que la llamada estaba dirigida a su persona. Una vez lo tomó en cuenta, levantó el auricular y atendió.

—¿Aló? ¿Quién habla?

Clara estaba confundida, en definitiva, nada de lo que estaba sucediendo en ese momento le resultaba normal. Con el auricular pegado a su oído, escucho

una voz gruesa y para nada familiar. Era segura, firme e intimidante.

—Llega tarde para su entrevista. dijo la voz sin rostro.

—Sí, disculpe, es que no tenía la intención de...

Aquella voz no parecía darle importancia a lo que ella estaba diciendo, mucho menos si el hecho de hacerlo podría llegar a significar algo para Carla. Su nivel de paciencia era corto, quería llegar al punto e interrumpirla era la mejor forma de hacerlo.

—Ya no importa, supongo que no se esperaba nada de esto. Manifestó . Siéntese, por favor.

Clara, se sentó en la silla que tenía más cerca, dejando su bolsa en la que aún estaba desocupada. Se acomodó y dispuso a escuchar.

—Se podrá estar preguntando a qué se debe todo esto. Añadió aquella voz . Mi nombre es James, obviaré mi apellido por motivos de... la voz divagó unos segundos y agregó de nuevo como si hubiese hallado la forma correcta de decir lo que pensaba : seguridad. Sé que no había ninguna especificación del trabajo que va a desempeñar, de querer hacerlo, claro está. Y eso se debe a que mi línea de oficio es un tanto riesgosa.

Clara quería decir algo, se propuso a hablar, e incluso lo intentó, pero no consiguió nada más que ser interrumpida

—Yo...

—A causa de eso, me tomé la libertad de obviar la mención de esta en la solicitud de trabajo. Según tengo entendido te llamas Clara ¿cierto?

—Sí.

—Bien, Clara. Mucho gusto. Por extraño que parezca, esta es tu entrevista de trabajo. Primero que todo, te digo que estás aquí buscando un empleo como mi mano derecha.

—¿Secretaria?

—Mano derecha... así me gusta llamarle. Es una agencia de investigación, soy un investigador privado y necesito a alguien que me contacte con mis clientes. Tú serás mi intermediaria. Si quieres, podrás mantenerte bajo perfil. No dar tu nombre, apellido, dirección, números, correos, etcétera. No me importa. Lo que me interesa es que estés allí tomando mis casos.

—¿Es seguro? Acabas de decir que su oficio es riesgoso.

—No del todo, de no serlo, no estarías a gusto sentada. Lo bueno es que ni siquiera me conoces, hasta ahora, esto es lo más cerca que podrás estar de mí, al igual que sucede con aquellos que me contratan. Hasta lo que sabes, el nombre que te di podría ser falso... hizo una pausa, tragó saliva

A pesar de que su voz no era intimidante porque él quisiera ya que, al ser gruesa e imponente, daba esa impresión, no hizo nada para aclararlo.

— Deja de pensar en eso. Lo que te importa saber es que vas a estar allí atendiendo de vez en vez a alguien y recibiendo dinero en efectivo. Necesito que lo manejes y sigas mis instrucciones al pie de la letra, en cuanto al pago y a otras cosas. ¿Entendido?

—Este...

—Si quieres el trabajo puede decir que sí, en el caso de que no lo desees, puedes terminar la llamada y retirarte. De ser así, por favor cierra la puerta al salir.

Todo su cuerpo gritaba que se fuera. Nada parecía estar en orden, ya con el simple hecho de encontrarse hablando con una persona que juraba que no vería nunca, era de por sí algo extraño; anunciaba peligro. Pero, por otro lado, algo en su interior, muy por encima de lo que su instinto físico significaba, le decía que se quedara.

James notó que había un silencio al otro lado de la línea. La llamada seguía en curso, ella aún se encontraba en la oficina, lo que significaba que aceptaba el trabajo.

—¿Señorita Clara? ¿Acepta el trabajo?

—¿Sí?

—Me está preguntando o me está diciendo.

—Sí...

—Perfecto, entonces, empieza hoy mismo. Si se levanta y le da la vuelta al escritorio, podrá encontrar unas hojas impresas con todo lo que necesita saber. La llamaré dentro de una hora para terminar de darle más información. Ha sido un gusto hablar con usted, bienvenida a mi equipo.

—¿Equipo?

—Hasta ahora, somos usted y yo. No se preocupe.

—Si usted lo dice.

—Bien, Clara, no le quito más tiempo.

La llamada se colgó. James no tenía más nada que decir y Clara sentía que las cosas no habían quedado lo suficientemente claras. Aun sabiendo que el sonido recalcitrante que emitía el auricular era señal de que le habían trancado la llamada, preguntó de todos modos, dejando que sus sentimientos imperaran en su decisión de actuar.

—¿Aló? ¿Señor James?

James no respondió, en definitiva, le había colgado. Separó el auricular de su oreja, lo vio como si este fuese a dar alguna explicación adicional y lo fue acercando al resto del aparato para colocarlo en su lugar mientras lo seguía incrédulamente con la mirada.

Clara se mantuvo al margen de sus pensamientos la cantidad de tiempo suficiente para no sucumbir ante la necesidad de irse de esa locura. No preveía lo que podría suceder a causa de sus propias incertidumbres al respecto de ese empleo. Pero, ya había aceptado el trabajo. Se levantó del asiento tras comprender que la silla ejecutiva que estaba al otro lado era aquella en la que debería estar por el resto del día.

Caminó hasta el otro lado y se sentó en la silla negra. Se arrastró hasta acercarse lo más que podía al escritorio, buscó por los lados las gavetas, ambos tenían tres, y comenzó abrirlas. Primero la del lado derecho: nada. Luego la del izquierdo. Allí estaba una pila de hojas de papel con información escrita. «Debe ser este», pensó.

Comenzó a levantar las hojas una por una desde uno de sus extremos con la intención de contarlas, saber cuántas cosas habría de leer en la próxima hora que le quedaba antes de que volviesen a llamarle.

«Una, dos, tres...» Contó. El resto estaba completamente en blanco. Un trío de cuartillas escritas a computadora. Con el mayor optimismo que le pudo invadir, pensó en el poco tiempo que sería capaz de resistir en aquel lugar de ser, todo eso, rutina. Bajó la mirada y se enfocó en las hojas, para leerlas:

Buenos días. Si está leyendo esto es porque, por algún motivo, accedió a trabajar conmigo. El empleo que ha de desempeñar es el de mi mano

derecha...

—Secretaria. Se dijo.

Hasta los momentos. Lo más probable es que tenga preguntas al respecto.

1: no estoy en posición, ni en la obligación de mostrar mi rostro. Parte de mi trabajo es mantenerme anónimo, cosa que me ha mantenido al margen y a salvo. Por lo que significa que no hay motivos para que nos veamos o nos encontremos en persona. Eso no es necesario. De necesitar hablar con usted, limitaré nuestra relación a llamadas telefónicas. Piense que esto es tanto para su seguridad como para la mía.

Clara leyó la primera nota de la hoja. Efectivamente pensó que era para su seguridad, pero, lo que le perturbó era la idea de que le dijese «piense» como si le estuviese ofreciendo un sofismo al qué aferrarse; no estaba velando por su seguridad, seguramente no, y eso le inquietaba.

Podrá sentir que no hay modo en que el asegure su seguridad. De hecho, sí, no contrataría a nadie en mi línea de trabajo de no estar en posición a ofrecerle un ambiente seguro. Es debido a eso que las reuniones que se deban hacer conmigo deben ser a distancia, usted solamente recibirá el dinero, atenderá las llamadas y ejecutará una que otra negociación. He de recalcar que solamente verá a aquellos clientes que yo considere inofensivos para usted y, hasta donde he llegado, mi criterio es bastante preciso.

No sabía si sentirse aliviada o preocuparse más.

2: de nuevo, por cuestiones de seguridad, usted deberá llevar el dinero, en un sobre de manila sellado, al Parque Sternberg en la calle Boreum. Por la entrada que da a la calle Leonard justamente en dónde está la placa con el nombre del mismo. Tiene que contar tres bancos y sentarse en aquel que vea hacia el norte. Depositará el dinero debajo de este, esperará unos minutos y luego se irá sin mirar atrás. Haga esto cada vez que alcance la suma de treinta mil dólares (\$30.000), que, calculo, será más o menos cada cuatro días.

—¿Cada cuatro días?! exclamó por la cantidad de dinero que manejaba.

3: a usted le corresponden diez mil dólares (\$10.000) de cada treinta mil que logremos recaudar.

Su sorpresa por el efectivo que manejaría cada cuatro días pasó a ser un completo chiste al leer que de eso le corresponderían diez mil dólares. Era algo completamente irreal para ella. La manta del universo a su alrededor se había desgarrado trasladándola a un nuevo estado de realidad. Esa cantidad de dinero era absurda a comparación de lo que le pagaban en otros lugares.

En la propuesta no decía nada de eso. «Y pensar que ahí puso que iba a ganar ocho dólares la hora», pensó. En la parte de información adicional, se visualizaba (\$8,5/h – 8h/d). Trabajaría ocho horas al día, por ocho dólares la hora. Las cuentas al mes no le daban la misma cantidad de dinero que le prometía él cada cuatro días.

Deberá tenerlos siempre en efectivo y nunca optar por depositarlos en cuentas bancarias de inmediato. De desearlo, podrá hacerlo en pequeñas cantidades cada quince días. Siempre la misma cantidad. Podrán ser quinientos dólares quincenales, si así lo deseas. Con eso evitaremos algún problema, depositar tal cantidad de dinero de repente, la colocará en el ojo del gobierno y no queremos eso.

Estaba segura que todo eso sonaba muy bueno para ser real, pero, de todos modos, entre lo que cabía considerar, a pesar de que pareciera muy surrealista, la cantidad de dinero era aceptable, en ambos casos.

4: para contar con el anonimato, recibirá una llamada mía todos los días, tal vez varíe la hora y la cantidad dependiendo de qué día se trate. Al lado de las hojas, por si no lo vio, hay un móvil que no se puede rastrear...

Se extendió para abrir de nuevo la gaveta y observar si era cierto que había un teléfono, no era de última generación, pensó, pero le pareció que era adecuado para el uso que le daría.

, nos comunicaremos a través de él cuando sea necesario. De hecho, en lo que pase la hora, le llamaré a ese número. Deberá cargarlo siempre con usted. □

En ese momento dejó de leer. Ojeó las siguientes partes, de las siguientes dos hojas y pudo notar que no era nada relevante. Por lo menos no del todo. Pudo detallar que hablaba de cómo proceder ante las negociaciones, la información que debía dar y un parlamento que usaría al atender una llamada de determinadas personas.

Habían pasado veinticinco minutos desde que terminó su conversación con

James. Ya estaba aburrida de leer las condiciones, que le parecían una serie de reglas demasiado elaboradas, tal vez solo era un bufón que quería jugarle una broma.

Se movió un poco para buscar el botón de encendido de la computadora, movió el ratón del ordenador, tocó varias teclas del teclado y, a penas se abrió la pantalla de inicio, pedía una clave. Buscó entre las hojas que había sacado de la gaveta para ver si había algún papel adicional con la contraseña del equipo.

Luego de una búsqueda infructífera, se percató que, para ser un investigador privado, se necesitaba tener cierto nivel de cuidado, por lo que, sería muy irresponsable dejar la contraseña del ordenador a la vista o que fuese fácil de alcanzar.

Antes de darse cuenta, el teléfono en la gaveta comenzó a sonar. La cogió por sorpresa, alarmándola al escuchar de repente el sonido característico de un teléfono de mesa. Lo levantó, presionó el botón de atender y lo llevo a su mejilla para hablar.

—¿Aló? ¿Señor James?

—Sí. Clara, veo que sigues ahí, por lo tanto, supongo que significa que aceptas los términos y comenzarás a trabajar el día de hoy. Eso me parece muy bueno. Estaba necesitando una persona que me ayudase, la verdad.

El James que le había hablado antes se había ido. Sonaba más amigable, cosa que le llamó la atención, porque hacía que su gruesa voz sonase más atractiva.

—Puede ser, creo que...

—Muy bien, en ese caso, le garantizo que el día de hoy no sucederá nada. No tengo ninguna cita preparada así que, sería mejor darlo por terminado hasta mañana. En una de las gavetas hay un juego de llaves, cójalo, esas son las que usará para entrar al edificio y abrir la oficina.

—Está bien.

—Como ya le dije, deberá llevar consigo este teléfono móvil, por favor no lo pierda, es bastante caro, me ha costado conseguir otro para usted, es mi regalo de bienvenida. En él está anotado el único número telefónico al cual atenderé, no me llame a menos que yo se lo diga con anterioridad.

Clara estaba renuente a sentirse a gusto, bien forma en que hablaba James le

parecía más acogedora, pero le aterraba meter la pata y arruinarlo todo.

—De acuerdo.

—Otra cosa: el día de hoy no tendrá más nada que hacer, por lo que supongo que querrá irse. Espero que llegue temprano mañana a las diez y media de la mañana. Por favor, venga preparada mentalmente porque será cuando realmente comenzará su trabajo. ¿Está bien?

—Sí...

—Muy bien, en ese caso...

Clara recordó que quería conocer la contraseña del computador y una serie de cosas más. En ese instante optó por decir la primera, con la esperanza que le daría tiempo de decirlas todas.

—¡Señor James! Exclamó Clara con apremio antes de que su nuevo jefe colgase ¿cuál es la clave del ordenador?

Sabía que no era lo más importante, pero, dentro de lo que cabía, y con los nervios apoderándose de ella, sentía que eso era lo más importante que podía preguntarle. Tenía más preguntas, pero, esa fue la que salió.

James soltó una carcajada sutil, algo casi inaudible. Le pareció adorable la forma en que Clara le pidió algo tan banal como ello y la importancia que se sentía en su voz acompañado la petición.

—La contraseña la puede conseguir escrita debajo de la mesa.

Al escucharle, desplazó la silla hacia atrás y se agachó para ver debajo de esta y verificar si era cierto. Había una palabra grabada en la madera del escritorio con un lapicero. Se sintió un poco ridícula a pensar que tendría un elaborado sistema de seguridad.

—Bueno, Clara, entonces estamos hablando. Por favor, descansa. Te llamo mañana. Dijo James, sin percatarse que Clara no le estaba escuchando.

Por unos segundos olvido que estaba al teléfono. De inmediato lo recordó, extendió la mano para coger el móvil y hablar completamente apenada.

—¡¿Señor James?! ¿Está ahí?

Al otro lado de la línea no se escuchaba más nada. Le había colgado de nuevo. Se preocupó un poco por haberle dejado hablando solo, por lo que se quedó sentada en aquella silla unos minutos, observado fijamente al teléfono por si

volvía a llamar. Pero, luego de unos minutos, pensó que probablemente no lo haría. Técnicamente ya había terminado su día laboral así que optó por levantarse, coger sus cosas, las llaves e irse.

Cerró todo, revisó si las cosas estaban bien aseguradas y se retiró. Aun no era mediodía, lo que significaba que estaría el resto de las horas libres hasta que Karen llegase a casa.

Mientras caminaba por la calle Manhattan hacía la parada de bus, o hasta que consiguiese un taxi; la verdad no estaba muy preocupada por apresurarse, pensó en lo bueno que sería ganar la cantidad de dinero que le prometió el señor James en su nota.

No estaba en posición de juzgarlo todavía, a penas y acababa de «conocerlo» pero, las cosas parecían ser demasiado buenas para ser real. Antes de darse cuenta, llevaba más de cinco calles recorridas, con los pies casi cansados y la mente llena de preguntas.

Observó a su alrededor y notó que estaba perdida. Había pasado por allí con anterioridad, lo que le llamó la atención de lo cerca que se encontraba de su casa. Se preguntó si eso podría significar algo para su nuevo empleo.

Cogió el móvil de su bolsa para ver la hora. El reloj marcaba las doce y media del mediodía. No había pasado tanto tiempo como creía.

Antes de darse cuenta, ya estaba en la puerta de su casa pagándole al conductor del taxi que llamó casi por reflejo.

Las habilidades del neoyorquino se le habían impregnado en la piel con esos ocho años que llevaba viviendo allí. Era una tarifa corta, considerando que de ahora en adelante se debería ver en la obligación de pagar todos los días por ello. Se bajó, caminó hasta su puerta y, completamente cansada, llegó a la comodidad de su hogar.

Pensó en lo frágil que serían las cosas de ahora en adelante, le daría la noticia a su hija en lo que fuese a buscarla. Faltaba un día para conocer lo que realmente debía hacer en ese nuevo empleo.

Dudaba si realmente sería bueno, si le ofrecería la cantidad de dinero que le prometía. Todo eso que llevaba pensando desde que salió de la oficina comenzaba a hacerse más recalcitrante, insistente, taladraba su mente y ella no hallaba como dejarlo pasar. Le intrigaba como no le había intrigado otra cosa antes.

Para cuando llegó al colegio de su hija, se moría de ganas de darle la noticia, por lo menos, mientras parecía lo suficientemente real, lo disfrutaría cuanto pudiese.

Karen la vio desde la puerta, bajando la escalera. Su madre la esperaba con una sonrisa plasmada en el rostro que expresaba una gran felicidad.

Como la niña de ocho años que era, no tenía más nada qué pensar al respecto, pero, a su manera, entendió que algo realmente bueno había sucedido. Tal vez le ocurrió algo a su madre, o le compró alguna cosa que le habría pedido en el pasado. Las posibilidades eran infinitas, y solamente por eso, le devolvió la sonrisa.

Corrió hasta ella, dejando en evidencia la gran relación madre e hija que tenían, poniendo en ridículo a las otras familias disfuncionales con más recursos que ellas dos. En lo que llegó a los brazos de su madre, le propinó un gran saludo de cuerpo completo.

—¡Mamá! ¡Llegaste!

—Sí hija. ¿Cómo te fue hoy?

—Bueno, digamos que bien, supongo. ¿Y a ti?

Clara Winter expandió el arco de su sonrisa, tratando de contener la, según consideraba, gran noticia.

—Adivina quien tiene un nuevo trabajo.

—¿Tú?

—¡Sí! Y promete maravillas.

Karen no lograba ver la «gran noticia». No era novedad que tuviese un trabajo nuevo, casi siempre tenía un trabajo nuevo. Su rostro inexpresivo dejó ese mensaje en Clara.

—¿Qué pasó? Dijo, amainando su ánimo.

—Es que, siempre tienes un trabajo nuevo mamá.

—Oh, hija, es ahí en donde está lo bueno. Resulta que este trabajo no es como ningún otro.

—¿Qué tiene?

—Pues, promete pagarme lo suficiente como para tener todo lo que siempre

hemos querido.

—¿Un suplemento de por vida del cereal de Bob Esponja?!

Clara no podía negarse a sí misma que esperaba que su hija dijese algo parecido a eso. No era el mejor producto del mundo, pero Karen lo amaba, por lo que debía aceptarlo. Le ofreció otra sonrisa y le respondió con entereza.

En una ocasión, Karen tuvo una indigestión por consumir tanto de ello, dos cajas completas en menos de tres horas. Había sido reciente, un año atrás, no más y que, a pesar de todo eso, continuaba amando con locura aquel cereal.

Clara estaba dispuesta a enseñarle a su hija el basto mundo culinario que existía, en donde podría conseguir prácticamente cualquier cosa si tan solo sabía de su existencia, pero su pequeña no sentía interés en ninguna de esas cosas, solamente en su cereal de Bob Esponja.

—Puede ser. Lo dudó por un segundo y luego agregó segura por lo poco convencional de sus palabras : esa es una buena idea.

El rostro de Karen se llenó de color mientras que sus ojos se iluminaron con un brillo digno de un niño. Eran esos pequeños momentos que Clara apreciaba, en los que veía a su pequeña realmente feliz. Su hija se apartó para exclamar con entusiasmo:

—¡Sí!

Antes de ir a casa, caminaron por la ciudad para buscar las cosas que comprarían una vez tuviesen el dinero en mano. Clara no era mucho de endeudarse, cosa que le resultaba casi perfecto a James. Ella no se arriesgaría con la seguridad de su hija, por lo que esperaba a que el dinero estuviese en sus manos para hacer justo uso de él.

—Primero, compraremos muchos zapatos. Muchos zapatos de muchos colores. Manifestó Karen, tan entusiasmada que olvidaba que su madre estaba luchando para mantener el paso que ella llevaba.

—¿Y qué más?

—Pues, compraremos comida, mucha comida, dulces. ¡Muchos dulces! También compraremos ropa, y ciento de cosas.

Clara Winter dejó escapar una sutil carcajada. Su hija había tomado la noticia

de maravilla, gracias a eso, fue perdiendo su ansiedad al respecto del empleo, des pues de todo, mañana sería el día en el que descubriría qué iba a suceder.

Tal vez no sería concurrido, es una agencia de investigación privada. Ella estaba segura que nadie necesitaba de un investigador hoy en día. Estaba.

Pasadas las horas, hasta el día siguiente, luego de acostar a su hija y durmiendo por primera vez temprano sin tener que quedarse despierta toda la noche para buscar trabajo, se dejó caer en el sueño profundo de decenas de noches en vela. Pensaba que no necesitaría estar atenta en lo que haría para el día siguiente, suponía que tenía el trabajo cogido de la mano dispuesta a llevarlo a él y no él a ella.

CAPÍTULO II

La raíz del problema

James Watson era un hombre animado, que amaba lo que hacía y se sentía a gusto con lo que había elegido hasta ahora para su vida. Su trabajo era todo lo que él quería que fuese, y que, luego de abandonar las fuerzas policíacas para dedicarse al mundo del incógnito y el anonimato, las cosas, a pesar de ser realmente peligrosas, iban de bien para mejor.

Era un hombre con un entrenamiento militar, en artes marciales y en manejo de armas que dejaría a cualquiera estúpido con tan solo encontrárselo bajo malos términos.

En menos de unos dos años, luego de dejar la jefatura, pasó a ser un total desconocido. No tenía nada a su nombre, no pertenecía a ninguna red social. Sin cuentas bancarias, sin vehículos, hogar conocido.

Pasó a ser un importante oficial de policía a ser un completo fantasma. Las personas que alguna vez lo conocieron pasaron a dudar de su existencia. Muchos lo dieron por muerto, otros, sencillamente olvidaron que lo conocían.

Solo unos cuantos mantenían contacto con él, le pedían ayuda en casos que no podían tocar por motivos de alto riesgo, porque requerían un fantasma o porque sencillamente los mafiosos tenían su poder sobre las oficinas del departamento de policía.

James Watson estaba seguro de que el mundo era más grande de lo que todos suponían que era. A su manera, comenzó un negocio de investigador privado que fue ofreciéndole infinitas posibilidades de crecimiento.

Poco a poco, fue siendo conocido, sin serlo realmente, dentro de un círculo casi inexistente de personas que requerían de la ayuda de alguien que no les juzgara. Las personas que lo contactaban terminaban siendo recomendadas por otras que prometieron jamás hablar de él a menos de que alguien necesitase de su ayuda.

Se las había arreglado para mantener un perfil bajo y una reputación intachable de alguien a quien no quieres deberle un favor, demostrarle que no has sido de confiar ni con quien quisieras romper una promesa. Es lo mantuvo

seguro hasta ahora, manejando todo con extremo cuidado y una atención casi perfecta al detalle.

Pero, se estaba aburriendo, cansando de tener que hacerlo todo él solo, por lo que prefirió solicitar ayuda de la mejor forma posible: una secretaria. Una mano derecha, alguien en quien confiar, a pesar de saber que era más o menos imposible.

No le gustaba llamarle a esa posible persona: «asistente» ya que él no era ningún empleador común, ni mucho menos un oficinista o un empresario respetable. Y, luego de publicar su solicitud lo más detallado posible, pero sin revelar mucho, su camino se cruzó con el de Clara.

Casi dos años después de contratar a Clara, y luego de cientos de conversaciones al día durante todo ese tiempo, de mantener una relación amistosa que, sentía él, superaría la barrera del anonimato si se le dedicaba paciencia, se encontraba sentado, dedicando su tiempo a llamarla y a su trabajo.

La tarde se hacía cada vez más animada, los niños corrían por el parque, se mantenían alegres y James no sabía por qué. Las madres se quedaban sentadas debajo de la sombra de algún árbol, en un banco con otras mujeres que parecían encontrarse en aquel lugar para hablar de sus maridos, de sus vidas y de lo emocionante que era tener todo resuelto.

La conversación con Clara lo había mantenido animado, de cierta forma, por un tiempo. No le importaba su alrededor, y por poco, olvidaba que estaba trabajando. Pero, él no era de esos, podía hacer varias cosas a la vez, así se había entrenado él, así lo habían preparado aquellas personas que necesitaban de él, en su tiempo, a un completo experto en el área, aunque, comenzó a descuidarse.

Mientras conversaba con su mano derecha, no quitaba la mirada de aquella mujer que seguía desde hace tiempo, a quien estaba cuidando. Trataba de mantenerse bajo perfil, por lo que la forma tan natural con la que hablaba le alejaba de los ojos curiosos, ya que aquella persona que la había contratado era la misma a la que estaba viendo.

La mujer no lo había contactado directamente, al igual que todos sus clientes. Fueron referidos por el amigo de un amigo, en su caso, por un oficial de policía que sabía que el problema estaba fuera de su jurisdicción moral (nadie

podía meterse con la mujer del hombre que tenía comprado la mitad de los agentes importantes), así que le dijo que un individuo, un fantasma con los recursos necesarios y las habilidades adecuadas, le asistiría.

—¿Y está seguro que este hombre me ayudará? preguntó la mujer llena de dudas.

—Estoy seguro, señora. Eso es todo lo que puedo hacer. Le dijo el hombre, murmurando para que las paredes no escucharan, temiendo más por su seguridad que por la de ella.

Le explicó a la perfección como sucedía todo y le hizo saber la forma en que podría contactarlo. Eran pocos los que conocían ese método, solamente clientes fijos pero ningún amigo, la verdad.

James sabía que no era precisamente una persona social, se había alejado de eso, pero, los oficiales de policía le entregaban buenos casos que lo mantenían activo y le daban de comer por lo que mantuvo ese contacto intacto ya que, de quererlo, no sabrían más de él con tan solo desaparecer un día como si nada.

Parecía ser algo sencillo, una mujer que buscaba que la defendieran de los maltratos de su esposo. James hizo lo de siempre, referirla con Clara. Ella sabía qué hacer, no había ningún problema. Por lo que sabía, no requería más nada, pero no se esperaba que algo tan simple como eso ocasionaría una reacción dómimo.

Todo se enredó. Poco a poco se fue percatando de que aquella chica no era precisamente la esposa de cualquier millonario. Revisando entre sus cosas descubrió quien era realmente y de lo que era capaz.

Eso llevo a que, en medio de una pesquisa, tras un error en su habilidad para pasar desapercibido al momento de escabullirse en la mansión del hombre, le obligó a deshacerse de ciertos guardias lo que llamó la atención, pero, no se retiró sin ciertas evidencias de lo que acababa de conocer que le eran útil tanto a él como a los policías que querían deshacerse de la carga que representaba un mafioso debajo de su nariz.

James llamó a una de las pocas almas justas que quedaban en la policía y le informó del caso.

—Creo que necesitare de tu ayuda con esta.

—¿Qué quieres decir con eso? Preguntó el agente tras entender quien le

llamaba.

El hombre estaba lleno de trabajo, de presión. Las cosas en la jefatura no estaban yendo de maravilla. Lo acababan de ascender en la oficina con la jugosa oferta de unirse a un muy codiciado círculo criminal que prometía una gran cantidad de dinero, la cual, se estaba viendo obligado (por su moral y sus principios) a rechazar. Cosa que, lo mantenía en el ojo de sus superiores corruptos.

Todo eso, sumándole al hecho que los empleados de un mafioso millonario habían sido asesinados misteriosamente y no ubicaban al culpable.

—Me salí del guión por un momento y me deshice de ciertos secuaces medio ratas de un tal Balthazar al tratar de ayudar a la chica.

El hombre policía por fin entendió quien lo había hecho. Pensó de inmediato cómo no había relacionado todo ello antes. Y, tras sentirse culpable por lo sucedido, más que todo porque eso había llenado de problemas el ambiente, ya de por sí complicado y negativo de la oficina. Estaba iracundo por no poder acusarlo gracias a que le tenía más miedo de las cosas de las que era James capaz que de un mafioso llorón.

—James, creí que solamente debías hacerla sentir segura.

—Eso hice.

—No creo que matar a dos empleados de Balthazar sea mantenerla segura.

—¿Quién es él, de todos modos?

—Es el maleante que tiene comprado a la mitad de la jefatura dijo el detective, con temor a que lo escucharan.

—Oye, eso es realmente malo.

—Claro, y al parecer mataste varios de sus guardias.

—Entonces sabes de qué hablaba. dijo James, no dándole la seriedad necesaria al asunto.

—¡Claro que sabía! exclamó olvidando que estaba rodeado de peligro. De inmediato, se acomodó y bajó la voz para repetir lo mismo en voz baja : claro que lo sabía, estamos hasta el cuello de amenazas del tipo. Ahora que me dices que fuiste tú, tan solo me estas ayudando a entender por qué demonios no dábamos con el culpable todavía.

—Sí, lo siento. Creo.

—¿Crees?

—Sí. Eso dije. Creo ¿necesitas que te vean los oídos? bromeó, sin darle importancia a las acusaciones ni a los problemas del detective de la policía.

—James, ¿por qué lo hiciste? Ahora no podemos hacer mucho en la jefatura por tú culpa porque nos tienen persiguiendo a un fantasma, ¿todo por qué? ¿Por qué sentiste la necesidad de complicar las cosas?

—Estaba tratando de salir luego de que su marido le golpeará. No parecía que la quisieran dejar irse.

—Y crees que el haberlos matado solucionaba las cosas.

—Bueno, no los maté por eso. Estaba tranquilo investigando en su casa...

—Invadiendo su propiedad interrumpió el agente de la policía con severidad, recalcando la raíz del problema.

—...investigando repitió James, con su tono de voz recalcitrante, dejando en claro que él determinaba lo que estaba haciendo y me consiguieron, intentaron atacarme y yo me defendí.

—¡Oh! Defensa personal, entonces solo le digo eso a mis jefes y todo resuelto Dijo el policía sarcásticamente.

—Podría ser.

—¡No James, no! exclamo furioso.

—Mira, relájate Dijo James, con un tono de voz que hacía que su, ya de por sí grueso hablar, sonara más severo y amenazador.

El agente se quedó callado, recordando por qué James le daba tanto miedo. Se había dejado llevar por la ira que le invadió al saber que lo que sucedía allí era culpa de él. Pero, reconocía que debía mantenerse al margen con el hombre si quería que las cosas siguieran «manejables» todavía. Tragó saliva como si estuviese obligando a pasar un diamante en bruto por su garganta e hizo silencio.

—Que esto no tiene nada que ver contigo agregó James , todavía. Y no es eso por lo que te estaba llamando. Escucha.

El policía se acomodó en su asiento para recibir la noticia. ¿Qué sería? ¿Qué

problemas traería con ella?

—Supongo que muchos de ustedes están tratando de buscar una forma de culpar a este hombre de lo que sea que haga.

—Sí. Los que aún estamos del lado de la ley.

—Bien, y supongo que no tenían evidencias.

—No tenemos nada, mucho menos con la policía cubriendo sus pasos.

James sonrió al saber que tenía razón.

—Bien, supongo que te gustaría saber que tengo evidencia que relaciona con intercambios de contrabando y alguno que otro asesinato.

La noticia no parecía amargarle el día al agente de la policía, pero tampoco se lo alegraban. Su rostro era una obra de arte conceptual que le dejaría en claro a cualquiera que el terror se reflejaba en sus ojos, pero no en su rostro. Y, a pesar de todo, la noticia era jugosa, con potencial.

—Explícate. Dijo el hombre, queriendo saber más.

—Lo que te interesa saber es que tengo ciertos videos de seguridad que lo vinculan con ello, documentos de entregas y desembarques de materiales de contrabando, etcétera, etcétera.

—Bien, ¿y eso que tiene que ver con tu caso?

—Fallo en entender por qué no ves la relación aquí. Dijo James decepcionado por la falta de visión de su antiguo compañero de academia . Quiero mantener segura a mi cliente, y la única forma de hacerlo es deshaciéndome del idiota de su marido.

—Es una forma retorcida de resolver algo.

—No sé lo que quieres es que se mantenga así. Te haré saber cómo haremos todo, luego hablamos. Dijo James antes de colgar.

El policía dejó caer su móvil en su escritorio para reclinarsse en su asiento y pensar en lo delicado de la situación.

Habían pasado dos días de esa llamada y ahora se encontraba en un banco de un parque cuidando a su cliente. Ahora, el problema se había hecho más grande y el policía al que había llamado necesitaba de él. James estaba claro de lo que eso implicaba, la posibilidad de arruinarlo todo, el delgado margen

entre la vida y la muerte y lo que podría ocasionar si cometía algún error.

Pero, estaba allí sentado, observándola a lo lejos.

Luego de lo sucedido, se hizo con la información necesaria de todo el caso, tanto del poco material disponible en la jefatura como lo que él había recolectado, a tal punto que se sabía cada detalle al pie de la letra.

Una mujer de veintitrés años con un niño pequeño (que podía ver desde lejos aún en su carriola evidentemente costosa), la cual estaba casada con un hombre asquerosamente rico: Balthazar Pierantoni, un italiano millonario cuya fortuna resultaba de dudosa procedencia, al cual se le acusaba de mantener una relación con ciertos mafiosos de la ciudad. Pero, el sentido de justicia de James se había desviado un poco del caso.

La mujer se había llenado de valor y él admiraba eso de las personas. Se propuso a ayudarla sin importar qué, ya que por algún motivo le recordaba a su mano derecha, a su preciada y hermosa Clara.

De repente, colgó la llamada tras decirle a Clara que debía marcharse, estaban conversando acerca de algo gracioso (según la perspectiva de James) y vergonzoso (según la perspectiva de Clara) a la vez, y, decepcionado por no poder alargar esa conversación, colgó con apremio. La chica se había levantado de su asiento para irse.

A James le correspondía cuidarla, por un trabajo auto impuesto más que todo, ya que lo que ella había solicitado era que le quitaran a su marido de encima, que ella ayudaría en lo que fuera, con tan solo alejarlo de su bebé.

Él estaba sumergido en ese caso desde hace tiempo. Atendía a los pequeños trabajos que le llegaban de Clara, pero, no eran tan importantes como ese porque se había involucrado lo suficiente como para no querer dejarlo ir.

Seguía a diario a la señora Pierantoni para mantenerla vigilada, sin saber que ese mismo afán de estar cerca de este cliente en específico, era lo que consagraría uno de sus más grandes problemas.

CAPÍTULO III

Primer día de trabajo

Clara, estaba parada en un parque de color verde, buscando el tercer banco que daba al norte por la calle Leonard. Hacía un frío del demonio que le entraba por debajo de la falda y congelaba sus tobillos. Sentía el cuerpo rígido, el ambiente taciturno y el aire espeso, pesado. Nada encajaba, había seguido las instrucciones al pie de la letra, salió a tiempo del trabajo y había tomado el efectivo tal cual le habían dicho.

Al abrir el sobre se dio cuenta de que no estaba sellado; ella recordaba haberlo hecho, no entendía que sucedía. Sin importar el motivo por el cual no se encontraba de la forma en que le habían explicado que debía estar, se dispuso a contar lo que había adentro. En todo el medio, de lo que se suponía era un parque público, que, para su sorpresa, no había notado que se hallaba completamente vacío.

De uno en uno contó los billetes. Todos eran de un dólar, pero, para la cantidad que debía haber, no eran tantos. Al terminar de contar se percató que eran mil novecientos noventa dólares, faltaba dinero. De repente, comenzó a sudar.

Sentía como cada gota le recorría el cuello como cubos de hielo que le congelaban por completo. Estaba nerviosa, preocupada, el señor James se enteraría de lo que había sucedido y la acusaría de ladrona. La despediría y quién sabe qué otra cosa más habría de hacerle.

Antes estaba tensa, ahora estaba inmóvil. Intentó moverse, salir corriendo a la oficina para conseguir el dinero restante. Cuando se dio cuenta, se encontraba a unos cuantos pasos de la puerta, como si el parque hubiese estado a la vuelta de la esquina. Se dio la vuelta para ver atrás, saber cuánto había recorrido; nunca había estado allí antes. Definitivamente nada estaba sucediendo como debería.

El sonido de una alarma de coche comenzó a retumbar en sus oídos, más que todo en el izquierdo, para ser exactos. Luego de varias repeticiones, se percató que debía despertarse.

Se encontraba boca abajo, con el rostro mojado por la saliva o el sudor (no pudo identificarlo). Levantó el brazo derecho y lo dejó caer sobre el despertador para hacerlo callar cuanto antes. El sonido la estaba atormentando. Aún no había alzado la cabeza para ver la hora, creía que todo iba bien.

Al callarse la alarma, pensó que sería prudente quedarse a dormir cinco minutos más, era lo de menos, quería descansar, después de todo. Karen Winter se encontraba parada, completamente vestida, ya habiendo desayunado y con las horas sobre los hombros. Sorprendida por la falta de interés en levantarse de su madre, decidió interrumpir su receso.

—¿No te vas a levantar?

—Cinco minutos.

—Mamá, ¿a qué horas debías ir al trabajo?

Clara Winter se quejó por la insistencia de su hija, no quería hablar, quería dormir. Karen, dejó escapar un suspiro de decepción; debía cambiar esa actitud.

—A las diez y media.

Karen se fue hasta el armario de su madre para coger su ropa de trabajo, o lo que fuera, lo importante era que se vistiese lo más rápido posible; y la lanzó en la cama, a la altura de sus pies. Se agachó en el suelo para sacar los tacones que había usado la semana pasada, se levantó y le habló prácticamente al oído. No era una niña muy alta, apenas estaba comenzando a crecer.

—Son las nueve y media, mamá. Levántate ya.

Por unos segundos, Clara no asimiló aquella noticia adecuadamente, pero, en lo que entendió que las cosas no andaban en orden, se levantó de inmediato a ver la hora. En efecto, eran las nueve y media de la mañana, se había quedado dormida.

No entendía por qué el reloj seguía despertándola tarde así que se bajó de la cama con un solo movimiento para correr hasta el baño y darse una ducha. Se aseó en tiempo record. Cogió el cepillo, se lo pasó por los dientes, se lavó de punta a punta y salió directo a coger las prendas que su hija le había tomado.

—Mamá, deberías revisar ese reloj, sigues levantándote tarde. Ya no puedes hacer eso. Le dijo Karen, esquivándola cada vez que esta se movía libremente

por la habitación

—Sí, lo sé, lo sé. ¿Dónde están mis tacones?

Clara se detuvo en el medio de su recámara para dar vueltas girando las caderas, buscando a su alrededor el par de tacones que combinaban con la ropa que su hija le lanzó en la cama.

—Mamá...

Dijo Karen tratando de llamar su atención. Clara continuaba buscando, ensimismada en sus pensamientos y su pesquisa. El tiempo corría, no podía distraerse.

—¡Mamá!

—¿¡Qué!? exclamó Clara, levantándole la voz a su hija y deteniéndose para verla.

—Aquí.

Karen señaló con su mano hacia el suelo en donde, justamente al lado suyo, estaban los tacones.

—Oh, allí estaban.

Se apresuró a ponérselos para terminar de vestirse. No le dio tiempo de comer, tanto ella como su hija iban tarde para lo que les correspondía.

Salieron de la casa con apremio, bajaron las escaleras apresuradamente y se dividieron en el mismo lugar de siempre. El autobús del colegio de Karen estaba esperando a que el último niño le abordase. Clara y su hija se encontraban corriendo hacia él, con la intención de alcanzarlo.

—¡Ey! ¡Espere! exclamó Clara.

El señor del autobús pudo escuchar a lo lejos el grito desesperado de Clara Winter por lo que detuvo el cierre de su puerta. Trató de enfocar la vista hacia donde creía que venía aquella solicitud, y fue allí cuando pudo ver a una mujer y a su hija (supuso), corriendo hacia él.

—¡Espera! ¡Falto yo! añadió la niña Winter.

Ambas aceleraron el paso lo más en lo que notaron que el conductor se detuvo a esperarlas. En lo que llegaron Clara se puso a la altura de su hija para despedirse, darle un beso y un abrazo. La niña le respondió de la misma

forma.

—Cuídate mucho, mi pequeña. Nos vemos cuando salga.

—Sí mamá. Suerte.

Karen Winter le dio un abrazo a su madre, se despidió y se dispuso a montarse en el autobús del colegio.

Se habían pasado las horas. Sabía que no era para nada bueno haberse quedado dormida; no podía, no el primer día de trabajo, no con el jefe que prometía hacerle la vida pedazos de romper sus preciadas reglas; así lo creía ella a pesar de que James no le había dejado anda de eso en claro.

No lo conocía, aunque estaba completamente segura de ello. Corría por la calle ignorando lo infructífero de eso, hasta que lo aceptó y amainó el paso. Llevaba unos tacones lo suficientemente altos como para bajarle la autoestima a cualquier mujer que la viese correr con tal habilidad.

En eso, logró ver de lejos como un taxi cruzaba la esquina. Se dio cuenta que no llevaba pasajeros por lo que esa era su oportunidad. Se llevó la mano derecha a la boca y con el índice y el medio, silbó lo más fuerte que pudo para luego agregar con una exclamación:

—¡Taxi!

El vehículo se detuvo al escuchar que lo llamaban. Por costumbre, no sabía de donde venía, solo tenía en cuenta que lo habían anunciado así que debía detener la marcha. Clara continuó corriendo hacia él, decidida a montarlo.

Al llegar a él, se abalanzó hasta la manija de la puerta porque no había tiempo que perder. Lo abrió de un solo jalón, deteniéndose en seco para coger impulso y retroceder su cuerpo con más fuerza. En lo que estuvo completamente libre el paso, se tiró en el interior del coche y habló:

—Al 221 de la avenida Manhattan, por favor.

Ella cerró la puerta y, sin mediar palabras, el chofer puso en marcha el coche. Esperaba que el tráfico no llegase a molestarla ni que pudiera estar a punto de ser despedida sin siquiera comenzar a trabajar. Ya había hablado con su hija, le había emocionado con la noticia, sería una maldad llegar y decirle que terminó arruinándolo todo.

En menos de lo que pudo darse cuenta, ya se encontraba en frente del edificio.

Sacó el juego de llaves de su bolsa, la misma del día anterior, y comenzó a buscar entre estas para ver cuál era.

En frente de la reja, se detuvo con la cabeza baja para adivinar, pero, cada una de ellas tenía una etiqueta que identificaba para qué eran, le pareció bastante útil. «Reja» decía una, la tomó e insertó en la ranura para abrirla de inmediato.

Poco a poco se fue abriendo camino hasta la oficina. Esperaba que James no la llamase para averiguar si había llegado a tiempo o no. No había pensado en eso antes, ella era quien abriría, la que estaría sola todo el día en aquel lugar. Era imposible que él supiera que iba tarde lo que hizo que tomase en cuenta, casi de inmediato, que no había motivos para apresurarse; se calmó un poco.

Ya antes de llegar al siguiente piso, amainó de nuevo su paso para andar con calma y respirar un poco. Mientras subía, revisaba entre las llaves cuales serían las que debería usar al llegar. «puerta1», «reja», «puerta2», «puerta3», «puerta4», «baño», «almacén».

Era claro cuál era cuál. «La primera para la que viene después de la reja» pensó, «la segunda para la de la oficina, el baño... es obvio. Entonces eso quiere decir que...» su pensamiento fue interrumpido con las voces de dos mujeres ancianas que se hallaban justamente a donde ella se dirigía.

Se detuvo por la sorpresa, no parecían ser inquilinas, de serlo, no estarían allí esperando, porque ¿qué habrían de estar esperando? Pensó. Aunque, a pesar de tener dudas al respecto, parecía ser más obvio de lo que había creído.

Eran dos mujeres que se veían indefensas para cualquiera, con la desesperación dibujada en el rostro, encorvadas, como si tuviesen el peso de los años sobre ellas, vestidas de colores oscuros, tal cual hacen las ancianas estereotípicamente. Estaban buscando algo y supuso de inmediato que ella era eso que buscaban.

Ambas mujeres giraron a verla inmediatamente escucharon el sonido que sus tacones hicieron al pisar el suelo de madera. Hicieron eso mismo cada vez que alguien pasaba por ahí, solo que esta vez, quien apareció, sí era la persona a la que estaban buscando.

Verlas le sirvió de evidencia para darse cuenta que sí había personas las cuales buscase investigadores: las arcaicas. Al presenciar esa escena pensó que todos aquellos que recibiría, serían personas mayores que no sabrían usar

un buscador cualquiera desde un ordenador, cosa que les haría más sencillo la vida en el siglo XXI.

¡Hasta ella podría ser investigadora! Mientras se acercaba lentamente a las ancianas, le invadieron varias preguntas: «¿Qué querrán ellas de un hombre como James que no puedan conseguir en internet o rastreando un teléfono? ¿Será un esposo? ¿Un nieto? ¿Estarán buscando alguna receta?»

Se acercó a ellas, confiada, como si hubiese estado allí numerosas veces. El mentón en alto, la mirada segura; no se dejaría intimidar ni por el más mínimo detalle ni por la persona más indefensa.

No importaba que fuesen dos ancianas que buscaban a alguien, o que querían descubrir a sus maridos engañándolas, a sus nietos desaparecidos o la mejor receta de tarta de cerezos de la ciudad, se comportaría a la altura, después de todo, se notaban realmente desesperadas, sea lo que fuese, debía ser importante.

—Buenos días Dijo Clara al estar frente a frente con ellas.

Ambas, la señora Rever y Stevenson, se alejaron un poco para abrirle paso. Desde que la vieron se dieron cuenta que se dirigía a la puerta que tenían en frente. Era una mujer atractiva, tal cual se la habían imaginado desde que el misterioso señor James les dijo que las atendería su mano derecha.

Él no le había dado ninguna especificación al respecto, solamente un nombre y una dirección. Se veía impecable, desplazándose como si estuviese patinando en hielo, con elegancia, actitud y sensualidad.

La señora Stevenson no pudo evitar recordar su época dorada al verla moverse con tal destreza. «Así era yo en mis tiempos» se dijo, imaginándose una voz segura, decidida, nada semejante a la voz quebrada que le había regalado los años. A pesar de su incertidumbre, de su deseo por conseguir respuestas, aquella jovencita le hizo confiar de inmediato en el señor James.

Nunca lo habían visto, pero, una vez habiéndole dado, por lo menos, una cara a lo que se supone estaban pagando, les hizo sentir que todo valía la pena. No juzgaban la forma de obrar del investigador, después de todo, él sabía lo que hacía y prometía entregarle resultados satisfactorios, pero, lanzarse al precipicio a ciegas no era siempre tan divertido como parecía.

—Buenos días respondieron las dos al unísono.

Clara Winter se detuvo en frente de ellas, aun con una actitud segura, pero con cierto nivel de vergüenza al pensar que las había hecho esperar demasiado.

—¿Tienen mucho de haber llegado?

—¿No...?

Dijo la señora Stevenson, viendo a la señora Rever, buscando apoyo o alguna respuesta que dijese lo contrario; la edad tal vez le había hecho olvidar algo que ya sabía.

—No, claro que no. respondió la señora Rever. Llegamos hace como unos cinco minutos.

—Oh, qué bueno, sí. Disculpe que las haya hecho esperar, es que tuve unos problemas para llegar. Pero no volverá a pasar.

Clara suponía que eran clientes de costumbre, que siempre iban a pedirle un favor a James y le pagaban unos cuantos dólares. Él le había jurado que no recibiría a nadie peligroso, tal vez, eso significaba que todo su trabajo resultaría aburrido, bien remunerado, pero aburrido.

—No te preocupes querida dijo la señora Stevenson. No es como que tengamos planeado volver. Bromeó, con la misma voz quebrada de la que se sentía tan poco orgullosa.

La señora Rever dejó escapar una carcajada ahogada y casi inaudible. Para lo que a ellas constaba, era la primera y última vez que se verían. Clara no tardó en pensar que estaban tratando de decirle algo.

—Bueno, entonces, déjenme, y les abro.

—De acuerdo querida, no te preocupes, ya hemos esperado durante muchos años, tomate tu tiempo.

—De nuevo me disculpo por todo.

Clara afincó un poco de la punta de sus dedos para alcanzar el seguro que se encontraba a lo alto de la puerta. No recordaba haberlo pasado el día anterior, que, aunque sabía que estaba ahí, no lo hizo por mero descuido.

James se había tomado la libertad de llegar la noche anterior con su propio juego de llaves para revisar como estaba todo en el lugar, pero, ella no lo sabía. Esta se agachó, abrió el de abajo, luego el de la bisagra y por fin dejó el paso libre a la oficina.

—Bien, pueden entrar. Dijo Clara Winter apartándose a un lado de la puerta para darles paso a las dos ancianitas.

—Gracias, querida.

—Muy amable, preciosa.

Ambas le resultaron bastante amables. Esperaba que todos los que atendería fuesen así. Le comenzó a preocupar el asunto del dinero, ¿exactamente cuánto dinero cobraba James?

Aún tenía la idea de que ellas serían las únicas clientas, por lo que, no había forma lógica en la que pudiese recoger tanto efectivo en tan poco día sin tener precios grotescamente altos. Sacudió la cabeza como si necesitase sacar aquellas ideas de su cabeza, no importaba cómo le haría, después de todo, lo averiguaría en un instante.

—Por favor, siéntense. Les dijo Clara Winter, cerrando la puerta a sus espaldas. ¿Desean tomar algo? ¿Un café, agua, té?

—Por favor, sería de maravilla un café. Respondió la señora Stevenson.

—Igual yo, por favor.

—Bien. Un momento, ya lo hago.

El día anterior notó que uno de los dos cuartos que estaban al lateral de la oficina era el del «comedor». Tenía un microondas, una nevera pequeña, un lavado y una cafetera eléctrica. Arriba había una alacena que tenía todo lo que podría necesitar, entre esas cosas, había café instantáneo.

Abrió la caja nueva, sacó un sobre y lo colocó según decían las instrucciones del empaque.

—¿Y, es primera vez que contratan al señor James? Preguntó Clara, mientras vertía el grano molido en la cafetera.

—Sí. Respondió la señora Rever.

—Es la primera vez que lo contratamos, así que no sabemos siquiera quien es. Añadió la señora Stevenson.

—¿No han hablado con él ni nada por el estilo?

—Sí. Por teléfono.

—¿Y? ¿No les dijo nada? interrogó Clara, necesitaba saber todo lo que podía

de su nuevo jefe.

—La verdad, no sabemos nada. Él nos llamó a nosotras.

—¿Llamó?

—Sí, nos dijo que ese era su modo de operar.

—Vale, sí, ya veo, así que eso fue lo que les dijo... y ¿qué más hablaron con el señor James?

—Bueno, no mucho. Solamente lo necesario. Respondió la señora Stevenson.

Cogió dos tazas de la alacena, les pasó una de las servilletas que había de sacado de un empaque nuevo que se encontraba a un lado de estas y sirvió el café. Salió con ambos recipientes en la mano.

—Aquí están los cafés.

Ambas señoras se movieron un poco para observarla salir del «cuarto de cocina» con dos cafés calientes en la mano. Caminaba lentamente para no derramarlos. Intentaron levantarse, pero Clara las detuvo.

—No se preocupen, yo se los llevo.

—Gracias querida, muy amable. Respondió la señora Rever.

—A la orden, estoy aquí para servirles.

—Bueno, sí, solo lo necesario. El precio del servicio, la dificultad, lo que queríamos que hiciera. Le dijo la señora Stevenson. Se llevó la taza de café a la boca cuidadosamente, sorbió un poco, tragó el líquido caliente con dificultad y añadió : que te informáramos al respecto para que lo anotases y te pagáramos. Eso era todo.

—De acuerdo. Respondió Clara saliendo con su taza de café en la mano. Se sentó en la silla de cuero negro al otro lado del escritorio y prosiguió : entonces, creo que es mejor que empecemos.

—Sí, sería maravilloso.

—Primero que todo, me llamo Clara Winter.

Clara extendió la mano hacia las señoras para presentarse, con un tanto de retraso, pensó.

—Yo soy Sophie Stevenson, mucho gusto Clara.

—Y yo soy Melissa Rever, mucho gusto.

—Muy bien, señora Stevenson, señora Rever. Empecemos.

Clara encendió el monitor del computador para percatarse de que ya se encontraba en la sesión de inicio para ingresar la clave. La escribió y abrió la aplicación de bloc de notas.

No tenía idea de en donde debía escribir todo lo que le dijeran, ni mucho menos cómo debía hacerlo. En ese momento le llegó la impresión de que ese debería ser su trabajo. Descartó rápidamente la posibilidad cuando Sophie Stevenson le interrumpió sus pensamientos.

—Bien, por donde quieres que empecemos.

—Primero que todo, me gustaría saber...

En ese momento, cuando fijó su mirada en el monitor, consiguió, estratégicamente puesto por James para que ella lo viese, un archivo en el escritorio del computador que se llamaba: «preguntas que deberás hacer». Seguido de los símbolos que se utilizan para hacer una cara feliz. Le recordó al «atiende» del día anterior.

Lo abrió y se dispuso a leer lo que decía.

Esto es lo que deberás preguntar. De tener a los clientes en frente en este momento, obvia esto y pasa a las preguntas [...] □ .

Hizo caso omiso a ello. Las evidencias apuntaban a que James había estado en aquel lugar antes de que ella llegase. Eso dejaba en claro que era una persona real.

Toma un lapicero y la libreta que tienes en la primera gaveta a tú izquierda □

Clara siguió las instrucciones al pie de la letra. Abrió la gaveta, fingiendo haberla olvidado para no parecer perdida o confundida ante la señora Stevenson y Rever. La cogió, tomó el bolígrafo, los puso en posición para empezar a escribir en cualquier momento y leyó de reojo la primera pregunta.

—De acuerdo: ¿Qué servicio le solicitaron al señor James?

—Queríamos que investigasen en dónde se encontraba nuestro nieto, que lo encontrase. Leo Millstein.

—Muy bien. ¿Solo eso? ¿Desaparición?

—Sí, solo eso. Tiene tiempo desaparecido, no sabemos qué le ha sucedido, no atiende a nuestras llamadas, no sabemos en dónde está. añadió la señora Stevenson dejando que la preocupación acentuara su nonagenaria voz. Creíamos que había escapado, pero cuando revisamos su habitación no había ninguna señal de ello. Sus cosas estaban intactas.

—¿Escapado?

Clara aún no había pasado a la siguiente pregunta, mucho menos escrito la respuesta de la primera. Continuaba inquiriendo al respecto con la finalidad de conseguir mejor información, a pesar de que, según el criterio de James, no era necesario.

—¿Creen que haya sido otra cosa?

—No. Sencillamente se nos ocurrió eso cuando vimos que tenía varios días sin regresar.

—De acuerdo.

Bajó la mirada y anotó:

Chico desaparecido. Buscar motivo de su desaparición y encontrar su paradero □ .

Observó la siguiente pregunta que decía «parentesco, relación o intereses presentes en el caso». Entendió de inmediato la pregunta, colocó un dos en la librea y anotó. «Nieto».

Subió la mirada, observó de nuevo el monitor y continuó su interrogatorio.

La siguiente pregunta decía:

Tiempo pertinente de dicho caso.

De tratarse de una desaparición, tiempo que lleva desaparecido. Nota: de ser este el motivo de la entrevista, continuar con las preguntas en el orden presentado.

De tratarse de sospecha de acoso, desde cuanto se dio cuenta del acosador.

De tratarse de infidelidad, tiempo en el que sospecha que se le es infiel.

De tratarse de asesinato, tiempo transcurrido desde la muerte hasta la entrevista. Nota: de ser este el motivo, saltar las preguntas siguientes y pasar a la 5.

De tratarse de fraude, tiempo pasado desde que evidenció algo extraño que lo llevase a pesar que ha sido víctima. Nota: de ser este el motivo, saltar las preguntas siguientes y pasar a la 10. [...] □ .

Los casos continuaban, parecía que el señor James presentaba muchos tipos de servicios de investigación. Eso le llevó a pensar que sí podría haber más personas que lo quisieran contratar, es decir, luego de leer: «asesinato» no creía que se tratara de una mujer que quisiera averiguar la muerte de su esposo valetudinario.

—Vale. ¿Cuánto tiempo tiene desaparecido? añadió Clara.

—Cuarenta y ocho horas de desaparecido. dijo la señora Stevenson.

Continuó con su entrevista tal cual las notas le indicaban que debía hacer.

Pasó poco tiempo antes de que llegase al punto en que debía cobrarles. Clara había analizado las siguientes preguntas para hacer más dinámico el interrogatorio. Llegó hasta las que comenzaban a hablar de asesinato y fraude por lo que entendió que eran suficientes.

Ignoraba cuáles eran las tasas manejadas en ese tipo de negocios. Hasta hace un día, ni sabía que era un oficio real. James no le había especificado nada al respecto en cuanto a la cantidad que debía cobrar, por lo que, mientras anotaba las respuestas a cada pregunta, experimento una serie de sentimientos de confusión y angustia.

«¿Cuánto les voy a pedir? Pensó, dejando que la incertidumbre se apoderara de ella □ ¿Y si hago algo mal y termino pidiéndoles menos de lo que es realmente?» Clara, trató de no evidenciar su preocupación, no podía arruinar su primer día de trabajo pareciendo una ignorante

Pensó que, en vez de una lista de preguntas, habría sido mejor si le colocase una de precios. Pero, trató de no ser muy obvia, por lo que se dispuso a mantener la calma, manifestando una actitud segura y de entereza. Dejó el bolígrafo y la libreta sobre el escritorio, para concentrarse en la computadora y buscar alguna respuesta que le fuese de utilidad.

La entrevista estaba punto de terminar, las mujeres en frente suyo no mostraban evidencia de entender que estaba preocupada por algo, lo que le procuró un poco de tiempo para pensar en una solución. Poco a poco se daba cuenta de que debía decidir hacer tomar una decisión.

En ese instante, decidió arriesgarse.

—Muy bien, entonces. ¿Traen el dinero que el señor James les indicó?

Trató de hacerlo lo más naturalmente posible. Podría no saber nada al respecto, pero si sabía mentir, por lo que, mantuvo su frente en alto y la voz firme. Actuaba como si realmente lo supiera, esperando que ellas se tragasen esa falacia.

—Sí, sí. Aquí lo traemos.

Dependiendo de la forma en que se lo entregasen, podría ella saber si era la cantidad justa o la estarían estafando al ver que se podían aprovechar de la situación.

—Setecientos cincuenta dólares, en efectivo, si quieres, cuentas, querida.

Los cogió y se dispuso a contarlos. En lo que terminó, levantó la mirada y les ofreció una sonrisa amable.

Todo, según entendía, había salido de maravilla. En lo que las señoras se marcharon, dejó escapar un suspiro de alivio. Por poco arruinaba todo pareciendo una novata, pero, sin saber cómo, las cosas resultaron bien.

En ese momento, el teléfono en su bolsa sonó. La señorita Winter comenzó a buscar el origen de aquel sonido hasta dar con él y atender.

Sonaba casi igual que su móvil, por lo que lo confundió por un momento. En el que lo cogió y pudo notar que no se trataba del suyo, volvió a introducir la mano en la bolsa y sacó al que estaba llamándola James.

—Clara ¡hola! ¿cómo te va? ¿ya terminó tu primera reunión del día?

James se notaba alegre, emocionado. No era muy diferente a aquel que le había llamado para entrevistarla.

—Sí. Señor, ya se han ido la señora Stevenson y Rever.

—¿Anotaste todo lo que se mostraba en la lista? Preguntó James sin muchos rodeos.

Clara tragó saliva y respondió a su pregunta.

—Sí, tal cual usted me pidió tan detalladamente en el documento.

—Muy bien, muy bien, y ¿Cómo piensas que te fue? Esas dos ancianitas parecían ser fáciles de tratar.

—Este, sí, creo que lo fueron. Respondió Clara, tratando de descifrar que tipo de actitud debía tomar.

—¿Lo hiciste bien?

—Eso creo. Siento que pude haberlo hecho mejor.

—No seas tan dura contigo misma. Fueron tus primeros clientes. Lo importante es saber que saliste de esa.

James se notaba amable, compasivo. Características interesantes, tomando en cuenta el timbre de su voz, que, bien podría ser tenebroso o sabio, dependiendo del contexto. Le recordaba a ese hablar de locutor de radio, de Morgan Freeman, pero un tanto más gruesa.

—Puede ser. Yo creo que usted...

—No me llames «usted» dijo James con un tono satírico y bromista no soy precisamente un señor anciano o algo así.

—Es que.

—Sí, sí, sé que no me has visto y que no puedes descifrarlo. Lo importante es saber que... hizo una pausa, y para preguntar su edad y así poder explicarle que no eran tan distantes : ¿Cuántos años tienes tú?

—Treinta años.

—Vaya, eres una jovencita. Exclamó James para luego gesticular una risa suave . Yo tengo treinta y dos. ¿Ves? Casi nada. Somos contemporáneos.

Clara estaba tratando de adaptarse a su forma de ser. Esperaba que fuera un tanto más crudo, alguien severo y estricto. Pero, para su sorpresa, se topó con un empleador un tanto más animado.

—Y, cuéntame. Añadió James ¿Te dieron el dinero?

—Sí. Setecientos cincuenta dólares.

—¿Setecientos cincuenta dólares?! ¡¿Qué?!

El grito de James le aturdió. ¿Les cobró de más? ¿De menos? La forma en que lo exclamó le hizo dudar por un momento de lo que había hecho. No sabía cómo reaccionar, por lo que, asumiendo que había hecho algo malo, prefirió disculparse.

—Disculpe, en serio, disculpe. No sabía cuánto debía cobrarles. Solo les

pregunté. Le dije, apenada . Si quiere salgo, al alcanzo y les digo. No deben haberse ido muy lejos.

Clara se levantó de su asiento a punto de colgar la llamada para salir a toda prisa en búsqueda de las ancianas que la habían estafado. Caminaban lento, esas debían estar cerca.

—¡Jajá! exclamó James ¡No! No salgas. Tranquila. Era una broma. Está bien, eso era lo que debían darte.

En menos tiempo de lo que creía, las cosas con James ya no resultaban, para nada, como se lo esperaba.

James estaba disfrutando el momento más de lo que Clara creía. Evidentemente era un escape de la rutina, tenía a alguien con quien bromear. De cierta forma, a pesar de que no había planteado con ella que así sería su relación, lo estaba llevando de maravilla.

Por su parte, ella lo veía como una amenaza, aun no estaba bien establecida en el lugar y ya era objeto de bromas, él no lo había pensado para hacerla sentir incomoda, sino todo lo contrario. Lo más probable, es que, en otras circunstancias, en otro ambiente de trabajo, tal vez eso ayudaría.

Dejó escapar un suspiro de alivio, ya no tenía nada de qué preocuparse. Mentalmente, sacó las cuentas de cuanto debería hacer para recaudar los treinta mil dólares en cuatro días. A pesar de que la broma de James le dejó un tanto confundida, estaba adaptándose poco a poco al ambiente que le prometía su forma de ser.

—Bueno, Clara, fue un placer conversar contigo. dijo James, con las secuelas de su risa todavía sonando a través de la llamada . Te llamaré más tarde, me tengo que ir. Hablamos.

James colgó la llamada dejando en el aire a Clara, sin saber qué decir, hacer o pensar.

Luego de eso, la oficina se dejó invadir por un silencio ávido por intensificar su tortura. Ella parecía ser el verdugo de aquel lugar encerrado, solitario, lo suficientemente grande para encerrar a dos personas, pero sin la disposición de tener a otra allí con ella. Clara Winter se encontraba, pensativa, incomoda. La voz de James se iba a convertir en su escape de ese ambiente silencioso sin que se ella se diese cuenta.

Los minutos pasaron, la computadora se hacía cada vez más tediosa, el teléfono no sonaba, la poca cantidad de café que había quedado en la taza comenzaba a perder su característico calor que abrigaba a los ancianos, los adictos y los somnolientos.

«Setecientos cincuenta dólares exactos» Pensó, mientras recapitulaba lo sucedido. Su angustia se había disipado casi por completo.

De inmediato, supuso que era lo que recibiría por cliente, lo que le llevó a cuestionarse la cantidad de clientes que debería ver en las próximas horas y días y, retomando las cuentas que estaba haciendo mentalmente mientras hablaba con James, abrió la calculadora y dividió treinta mil entre cuarto. Esta le dio como resultado siete mil quinientos dólares, lo que le llevó a dividir eso entre setecientos cincuenta, dejando un total de diez.

Diez personas al día deberían ver para poder recaudar la cantidad de dinero prometida. *¡Diez personas!*, el día no el alcanzaría para eso, pensó.

Pasaron cinco minutos luego de renunciar a la cruzada que le suponía estar al tanto de lo que debería hacer, cobrar, y con la cual estaba segura que mientras más pensara en ello, más tedioso se haría el día. En ese momento, apareció su siguiente cliente.

Este se comunicó con ella para poder ingresar al edificio.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle? preguntó Clara, con el protocolo que James le había indicado.

—Vengo comenzó a hablar el señor, este, por asuntos personales. Le dijo, tratando de recordar si era eso lo que debería decir.

James le había dicho, muy específicamente, a sus clientes, por teléfono, que, a la hora de hacer saberle a Clara que había llegado por el intercomunicador, dijese esas dos palabras «asuntos personales», por motivos de anonimato, de seguridad y para evitar dejar en evidencia que esa era la oficina de un investigador privado.

Él estaba al tanto de que podría no ser necesario, que la verdad muchas personas, tal vez no en este siglo, o puede que no a grandes cantidades, dejaban en claro en donde quedaba su oficina de investigación. Pero, él había visto cosas, cosas que no le dejaban sentirse del todo seguro, no todo el tiempo.

Tal vez era por la forma en que vivía su vida privada: pensando en el trabajo, en el peligro, en lo que significaba estar atento a todo, entrometiéndose en aquellos lugares de donde podría encontrarse fácilmente enemigos.

James trataba de no pensar al respecto lo suficiente como para dejarse dominar por el asedio personal del peligro que le asechaba. A pesar de eso, se mantenía con una actitud positiva, tal vez como un mecanismo de defensa, o como una escapatoria a esa realidad que se imponía por sí sola como una gran amenaza.

Al momento en que llegó hasta la oficina del investigador privado de James Watson, un señor con lentes se acercó a tocar la puerta para anunciar, de nuevo, su presencia. Clara se levantó y la entre abrió para observar quien era. Cabía la posibilidad de que ese que tocó no fuese aquel que pidió entrar; mantenía una brecha entre lo posible y lo seguro.

El señor se introdujo cordialmente y le preguntó a Clara sí ese era el lugar que el señor James le había indicado. Esperaba que todos sus clientes fueran como él y como las dos ancianas de antes. No estaba muy a gusto con las personas mayores, pero se sentía más segura con ellos que con otros que solicitasen trabajos más riesgosos.

Luego de entrar, introducirse y completar los pasos básicos de etiqueta y educación, el señor le informó de su caso.

Deseaba saber si su esposa le era infiel con algún hombre en específico; uno o varios, una inquietud constante de sus presunciones que le atacaban día a día al verla arreglarse de más para un trabajo que nunca le procuró algún interés: «*¿Quién era, o quiénes son? ¿Serán demasiados? ¿Cuántos serán?*». Sacó una foto de su billetera para mostrársela a Clara. Resulto ser una mujer realmente atractiva.

Cualquiera podría pensar observó ella mentalmente □ que de él ser poco atractivo, soso y una verruga en la espalda, se podría entender que cualquier chica superficial le sería infiel si no estaba lo suficientemente enamorada o el amor no era suficiente. Pero, el señor no era precisamente desagradable a la vista, solamente emanaba una especie de desconfianza que le procuraba una inseguridad monomaniaca que parecía espesar, mucho más, el oxígeno alrededor suyo.

—Realmente la amo, y no me gustaría saber que está con otro que no le valore.

La verdad, no me espero que vuelva o siquiera que deje de verse con él, estoy seguro que se acuesta con algún colega o incluso mis propios amigos. Pero, lo que me importa, es saber que él es alguien de confiar.

Clara Winter no sabía qué pensar al respecto. Pero, no era su trabajo opinar. Sintió la necesidad de manifestar alguna palabra complaciente, que le animase, que le dejara en claro que el hombre con quien ella debería estar es él, pero, procuró no hacerlo.

El señor le hizo entrega del dinero en efectivo en billetes redondos. Siete de cien y uno de cincuenta. No se notaban sacados del banco, parecían que los llevaba a todos lados, en su billetera, justo al lado de la foto de su amada esposa.

Hasta los momentos, Clara no creía imprevisible que realmente le estuviesen engañando, lo que le llamaba la atención era saber por qué seguía ella con él. Lo más probable, y fue lo más cerca que pudo llegar asumiendo, es que era lo suficientemente millonario como para tener a personas cerca por mero interés.

Y así fue como trascurrió su segunda cita. La siguiente a esa no tenía mucho que envidiarles a las primeras dos. Igual, personas que no prometían ningún tipo de peligro, cosa que resultaba recurrente en su imaginación por el trabajo que desempeñaba. No parecía que fuese a hacer las preguntas que venían en las partes de asesinato, secuestro, extorsión entre otros.

Entre entrevista y entrevista de cada caso, James le llamaba, como si supiera exactamente todo lo que sucedía dentro de esa oficina. La mera idea de esa posibilidad de parecía abrumadora, un tanto riesgosa y excitante.

Clara no era muy conocida por ser extremadamente social, o de muchas parejas. El último hombre con el que estuvo formalmente fue el padre de su hija. Seguido a él, alguno que otro que le prometió una noche apasionante, dejándola así, con las piernas temblando y el corazón vacío.

El interludio entre sexo casual y palabras vacías, se encontraba fluctuando entre lo importante y lo innecesario. Clara comenzó a no sentirse apresada por esos pensamientos ridículos e inútiles. Poco a poco fue dejando ese mundo atrás y comportándose como la mujer adulta que suponía ser, por lo menos eso decía ella. A sus treinta años no había para donde más ver.

Pero, estaba sometida a pensamientos ociosos en ese lugar. Encerrada en aquella oficina mental, mas no físicamente, porque sabía que nada le detenía

de irse en cualquier momento. Lo único que se interponía entre ella y la estabilidad emocional, era un miedo absurdo que le evitaba marcharse; solamente no deseaba averiguar qué le sucedería si lo hacía.

Y allí estaba ella, sentada en frente a un computador que no le procuraba ningún entretenimiento, sin nadie a quien hablarle más que al rostro invisible de su jefe al momento en que este le diese la gana de llamarle. A pesar de todo, un momento digno de aplaudir, porque, a su manera, este le sacaba de esa realidad insípida y taciturna que procuraba su estadía en aquella oficina.

Luego de las dos primeras llamadas del día, en el espacio que comprendía entre llamadas, se mantenía pensativa, imaginando qué hacer, cómo podría hacerlo. Se preguntaba qué era exactamente «eso», para acabar sin respuestas ni ánimos de tener más incertidumbres.

Hasta que, se comenzó a sentir a gusto con aquella comprensiva voz. Parecía velar por su interés, por su estado de ánimo. Pasó a ser un jefe de su imaginación: perfeccionista, que atiende al detalle, a uno con la habilidad de ofrecer pláticas interesantes.

Un trabajo de días, que, sin prestar atención a si lo estaba haciendo adecuadamente o no, James no dejaba de hablarle con la naturalidad con la que estaba acostumbrada a expresarse. Era un hombre que, con todo lo que podía hacer y la cantidad de interés e importancia que dejaba en evidencia a terceros, hacía que muchos lo idealizaran como una persona demasiado genial para su propio gusto.

—¿Clara? ¿Estás ocupada en este momento?

Preguntó aquella voz grave y fuerte. No parecía ser la misma persona, por muy a pesar que el sonido de su voz fuese exactamente el mismo.

—No, acabo de despedir a un cliente hace unos minutos.

Clara se inclinó en la silla de cuero negra para mantenerse más cómoda. No se sentía igual de tensa que las últimas veces que James le había llamado. Bien, era eso o que comenzaba a no darle importancia a como recibir sus llamadas.

—Clara, te dije que no éramos tan distantes en edad. Puedes llamarme James.

—¿Seguro?

—Claro, me hace sentir raro que me digas señor.

—Bueno, es que...

—Puede que a veces suene un tanto crudo, pero eso depende de muchas cosas. Me disculpo si no estoy hablando como te lo esperas.

—Está bien, no le culpo, solo no es como me lo esperaba.

—¿Y cómo esperabas que fuese?

—¿Más estricto?

—No, para nada. Soy un hombre activo, necesito del buen ánimo para mantenerme cuerdo. En mi línea de trabajo, lo menos que me gustaría hacer es vivir la vida tan rígidamente.

James quería darse el privilegio de conocer mejor a su nueva empleada. Más que todo, porque no había tenido a alguien con quien hablar en mucho tiempo. Ese trabajo procuraba que fuese una persona solitaria, sin muchos amigos, tal vez, su mano derecha podría ser esa persona que él estaba esperando, su contacto con una vida normal, lejos de los peligros, los secretos y la investigación.

—Bueno, no creo que pueda discutir al respecto.

—No es la mejor aptitud, pero creo que es la mejor aptitud. Bromeó James.

Hasta los momentos, y por lo pronto, sin ninguna señal de cambiar, James era una voz sin rostro. Con el tono de voz que usaba, con la forma en que hablaba y el grosor del sonido que emitía, iba dibujando en su imaginación un hombre diferente a cada que podía.

No se notaba mayor, se sentía joven, de unos treinta y tantos, desconfiando en que la edad que él le indicó no fuese cierta. Pero, cabía la posibilidad de que se tratara de un hombre que mantuviese la edad en ciertos rasgos pero que su carnet de identificación dijese otra cosa.

Su voz amigable hacía mejor el hecho de estar encerrada en aquel lugar.

—Este. Y, deseas que te diga algo. ¿Te cuento como fue la última reunión?

—Bueno, sería un comienzo. Cuéntame el progreso. Según mi agenda, debiste haber visto a la señora Esperanza.

—Efectivamente.

—Bien. ¿Qué más?

—¿Le digo qué quería la señora Esperanza?

—No, sé que quiere hallar aquel que le robó su coche la semana pasada.

—Bien, entonces, ¿qué os cuento?

—Bueno, Clara, ¿cómo fue la reunión? ¿Qué te dijo? ¿Cómo pagó?

—Vale. Fue normal, creo. La señora Esperanza entró y me preguntó si esta era la oficina a la que le había enviado usted. Respondí que sí y se sentó un tanto asustada. Parecía angustiada, se sentía que estaba paranoica por algo, no sé por qué, no dijo nada al respecto.

—Sí, así se escuchaba cuando me llamó.

—Entonces, me pidió que encontrasen a quien le robó el coche. No fue: «*encuentren mi coche robado*», sino, encuentren a quien lo robó. Lo que me pareció poco peculiar. Por la forma en que lo dijo, parecía que quería ajustar cuentas.

Clara comenzaba a dejarse llevar por la conversación. Prefería estar hablado con un desconocido que no había visto ni pensaba ver jamás, a que seguir encerrada buscando alguna distracción.

—Sí, me dio exactamente la misma impresión. ¿Te pagó la cantidad acordada?

—Setecientos cincuenta dólares.

—Bien, entonces, con este, solo falta un cliente más y terminamos por hoy.

—¿Entonces serán diez entrevistas por día?

—Lo más probable es que sean menos, y que paguen más. Todo depende de lo que me pidan. Los de hoy, fueron sencillos. Los setecientos cincuenta dólares serán la tasa mínima a pagar.

Clara se asombró por ello, el saber que la mínima cantidad de dinero que recibiría de alguien estando ahí, sería lo que ella lograba trabajando tan duro como su cuerpo se lo permitiese, estaba perpleja, le abrumaba esa profesión, más aun, porque había pasado desapercibida para ella por mucho tiempo.

Ese trabajo, parecía ser ese con el que solo se sueña que algún día se conseguirá el éxito si es que eso que James hace se considera ser exitoso □ . Pero, de todos modos, fuese como fuese, o se llamase como quisiera, estaba haciendo algo realmente productivo. Desconocía cómo eso aportaba algo a la sociedad, claro, tampoco le importaba lo que sucediera con ella.

La conversación entre Clara y James se mantuvo de la misma forma por los siguientes diez minutos. Por primera vez, dejando su nerviosismo de lado, conversaban como dos personas normales.

Ella, no dejaba de pensar en cómo se veía. Se lo imaginaba caminando de un lado a otro de la habitación (porque suponía que debía estar en una), acostado en el sofá de su sala. Se le había olvidado que estaba hablando con un hombre misterioso, invisible. Se sentía como uno completamente normal, que había o debía conocer en algún momento de su vida.

Lo que desconocía es que James no se encontraba en su casa. James Watson estaba sentado en un lugar sin nombre, con los ojos cerrados para no pensar en lo que sucedía a su alrededor.

Con aquella llamada, se estaba permitiendo tener una escapatoria del mundo real. No sabía cómo era Clara, tal vez la había visto de camino al subterráneo, le habría robado su taxi o seguro comían en el mismo café. Esa duda era lo que le mantenía interesado.

No le importaba si era casada, si tenía hijos, si seguiría trabajando un año, un mes o una eternidad con él. No tenía ninguna intención con ella, nada más quería estar consciente de que podría hablar con alguien, aunque fuera por solo unos minutos.

Al principio, se sentía nervioso con respecto a la forma en que debería abordar las conversaciones con Clara. Optó por usar la misma mecánica que por mucho tiempo llevaba funcionándole, la cual ponía en práctica con sus clientes. Le interesaba mantener una actitud firme, segura, intimidante. En el mundo en que se movía, los deslices podían salir caro, cobrarse vidas o peor.

Pero, su inquietud se mostró eclipsada por la posibilidad de conocer realmente a alguien.

No saber todo acerca de ella, cosa que podría cambiar en cualquier momento de tan solo quererlo ya que podía verle desde lejos sin que se diera cuenta, averiguar toda la información necesaria para cualquier tipo de trabajo, entre otros muchos resultados que podrían dar sus numerosas habilidades para descubrir lo que le hiciera falta, se dejó llevar por la circunstancia; el misterio era tentador.

Ese ávido e imponente sentimiento que le procuraba el anonimato, no solo suyo, sino de su emisor, le parecía algo alucinante.

Esta vez, clara culminó la conversación ya que, tal cual la agenda de James indicaba, el último cliente, cumpliendo con su palabra, había llegado.

—James dijo Clara, sintiendo como el calor se escapaba de su cuerpo causándole escalofríos. Eso hacía su nombre.

Dijo clara, antes de detenerse y corregir con más soltura.

—Ya llegó el siguiente cliente añadió . Ha sido un placer hablar contigo, creo que sí...

—No te preocupes Le interrumpió James, presumiendo saber qué diría , este es el último que verás hoy. Según tengo entendido deberá pagarte ochocientos dólares. Se trata de fraude financieros y un sinfín de cosas más. Será un tanto tedioso entrevistarlo. En lo que termines con él, puedes ir a tu casa, no te preocupes. Con eso cumples la ganancia de hoy.

—Está bien. No hay problema.

Clara colgó la llamada para levantarse y saludar cordialmente al señor que acababa de anunciar su presencia. James se levantó del asiento en el que estaba y se guardó el móvil en el bolsillo derecho porque en el izquierdo tenía las llaves de todo aquello que necesitaba ser abierto en su vida.

Trató de pensar que la conversación que había entablado con Clara no había sido gran cosa, cuando, en verdad, era precisamente todo lo contrario. Estaba feliz, y se negaba a aceptarlo. Le hizo sentir un poco más de humanidad en su existencia vacía y precaria de amistades.

Esa pequeña interacción social le fue agradable, por lo que se planteó que lo haría a diario. Se dedicaría un momento para sí más a menudo, no importaba el costo, tal vez, solo tal vez, cabría la posibilidad de recuperar ese tiempo que perdió por querer estar solo y dar lo máximo de sí.

Algo que, sin pensarlo, saldría caro al recibir la cuentas.

CAPÍTULO IV

Llegando a conocerse

La voz de James se hacía cada vez más familiar para ella, lo suficiente, como para sentir que, sin esta, el día no terminaría bien; necesitaba escucharla. Él se había soltado un poco más que la última vez que hablaron.

Respondió a preguntas con total amabilidad tales como: «*¿Cuánto tiempo llevas trabando de esto?*», «*¿cómo comenzaste este negocio?*», «*¿es lo único que haces?*». No le daba importancia a que fuesen un tanto personales (para él, todo era extremadamente personal), no por los momentos.

Con James, había resuelto varios crímenes sencillos que le hacía la vida cada vez más emocionante. Su voz, de poco en poco, comenzó a hacerla sentir a gusto consigo misma, obligándola a necesitar de ella, de la emoción que le invadía cada que la escuchaba. Se dejaba hechizar por la forma en que este le trataba, la confianza que le procuraba y todo lo que su impresión le dejaba impreso.

Era un hombre misterioso, sin rostro, sin contextura ni rasgos físicos. Era un total enigma que embriagaba su imaginación con grandes detalles; a ambos. James también vivía con el mismo pensamiento hacia Clara.

Clara se había levantado ese día más entusiasmada de lo normal. Ya habían pasado varias semanas de trabajo, cobró la cantidad de dinero que James le prometió y, como bono extra, pudo escucharlo todo ese tiempo durante su jornada laboral. Resultaba ser una persona abierta que le interesaba cada vez más. Su voz se había grabado en su psique de tal forma que no conseguía manera alguna de dejar de pensar en él.

Estaba alegre, con una sonrisa de oreja a oreja. Karen se sentía a gusto con la nueva actitud de su madre. Clara Winter no era precisamente la persona más amargada del mundo, pero su hija, sabía que algo bueno le estaba sucediendo.

La forma en que cogía el cereal de la alacena, tarareando una canción que nunca, en sus ocho años, había escuchado. Añadiéndole a todo eso un brillo fuera de lo normal en sus ojos a la vez que emanaba una alegría embriagante.

—¿Qué? Preguntó Clara mientras servía el cereal favorito de su hija.

Sintió que su privacidad se veía invadida, pero no de la forma en que quería. No se trataba de James, por desgracia, así que solo quedaba una persona en su entorno que podría estar viéndole.

—¿Qué ves? preguntó de nuevo, sin borrar la sonrisa de su rostro que llamó la atención de su pequeña.

—Pues, que parece estar feliz, mamá.

—¿Sí? No creo, yo me siento normal.

Clara seguía con la misma sonrisa en el rostro. Karen le miró con incredulidad, su rostro decía todo lo contrario.

—Mamá, estas que vomitas arcoiris.

Clara no se esperaba aquellas palabras de su hija, que le resultaron altamente hilarantes. Se dejó sorprender por la calidad de su imaginación y su elocuencia.

—¿Por qué dices eso? dijo Clara entre risas.

—Bueno, por cómo estas justamente ahora. Es obvio que algo te ha pasado.

—No vale, nada que ver.

—Bueno, no es normal que estés tan calmada y alegre.

—¡Jajá! Clara no pudo contener la risa

Ella sabía porque estaba rebosando de alegría, pero no era precisamente el tipo de tema que le gustaría hablar con su hija de ocho años.

—Eso puede deberse a que estoy de buen humor, por el trabajo, no sé. Pero no es nada del otro mundo.

—Bueno, digamos que te creo.

—Créeme.

Le dijo Clara con una sutil severidad, oculta en una sonrisa y un humor de maravilla que, a pesar de verse completamente calmada, no dejaba pasar sus intenciones. Para Karen, eso era algo aterrador, algo que le hacía sentir en frente de un peligro inminente. A pesar de ser permisiva, amable y buena amiga, no dejaba de ser su madre, la mujer que la crio con mano recta.

—Te creo mamá. se rindió Karen.

—Me parece perfecto. dijo Clara, amainando su severidad latente y continuó tan animada como antes . Y cuéntame, ¿qué tienes preparado para hoy?

—Tengo clases con la señorita Garris, iremos al parque a conocer los tipos de insectos.

—¿Conocer tipos de insectos? ¿Es eso acaso es parte de una asignatura?

—Sí, madre. Pero bueno, por lo menos es una buena excusa para no estar en clases.

—Y ¿no crees que deberías no tener «excusas» para «no estar en clases»?

—Creo que debería gustarme lo que hago, así, como a ti.

—¿Y qué te detiene?

Clara se sentó al lado de su hija con un tazón de cereal de su preferencia para continuar su conversación.

—Que no me gusta; eso, más nada. Es bastante sencillo, si lo pensamos bien.

—Bueno, lo más probable es que algún día te termine gustando.

—¿Las clases? No sé, no es que no me guste estudiar, no me gustan las escuelas.

—Aprender.

—Sí, eso, aprender. No es que no me guste.

—Son las escuelas las que no te agradan, entonces.

—No puedo decir que todas, pero si esta. ¿Todas son así?

—No sabría decirte. A mí no me gustaba mi escuela.

—¿Y qué hiciste?

—Bueno, nada.

—¿¡Nada!?! Mamá, tú me dijiste que no puedes dejar de actuar si quieres algo.

—En efecto, pero en aquel entonces no pensaba así.

—¿Habrías dejado la escuela?

—No lo creo. Es difícil no tener una educación hoy en día. A menos que seas ridículamente millonario.

—La educación es mala.

—No es mala, solo la están dando mal. Creo que fue por eso que no abandoné el colegio cuando tuve la oportunidad.

—¿Por?

—Porque confiaba en que, si me esforzaba, podría verle el lado bueno.

—¿Lo viste?

—No sé. Respondió Clara confundida. No sabía para donde estaba llegando ese tema, uno que no esperaba tocar tan pronto. Sacudió la cabeza y se propuso a preguntar otra cosa : ¿Qué hora es?

Karen se dio la vuelta para ver el reloj a su espalda. Estaba aprendiendo a leer la hora analógica, así que tardó unos segundos en descifrarla. Contó mentalmente de cinco en cinco hasta detenerse en el número que señalaba la aguja de los minutos.

—Son las nueve y doce.

—Es temprano.

—Eso creo. Karen retomó su posición para concentrarse de nuevo en el palto con el cereal de Bob Esponja.

—Bueno, en lo que termines de comer bajamos.

—Está bien.

—Sí.

Clara y Karen se mantuvieron en silencio mientras comían sus respectivos desayunos. Clara tenía todo listo para partir a su trabajo. La conversación con su hija le sirvió para mantenerse distraída de lo que le vendría. Y, no era que le importase lo que fuese a hacer, en su defecto. Lo que anunciaba el hecho de ir a trabajar era que podría escuchar de nuevo a James, su jefe invisible.

Se consolaba pensando que lo vería en algún momento, que podría suceder, sin saber que James, tenía otros planes con respecto a eso. Para lo que ella le constaba, no había peligro alguno en verse, cosa que él sí tenía en cuenta.

Ambas bajaron a la calle, desde el tercer piso del edificio, en donde se encontraba su departamento, y fueron caminando hasta la parada de autobuses, en donde la esperaba el transporte para llevarla al colegio.

Se separaron y ella cogió su camino al trabajo. Se detuvo a buscar un taxi con

la mirada para poder detenerlo. Ya no le importaba gastar todo el tiempo en ello. El subterráneo ya no era una opción, con la cantidad absurda de dinero que ganaba, nada era imposible.

—Al 221 de Manhattan Ave, por favor.

En lo que iba de mes, había repetido esas palabras más de lo que esperaba. El camino se hizo corto, tal vez por el tiempo que llevaba recorriéndolo o por la persona en quien invirtió su atención. Parecía olvidar que no lo había visto, sentía que las cosas estaban encaminadas a ser mejores de lo que ya eran.

Ya en la oficina, aquella en donde se había familiarizado con la soledad y luego con el encanto de James, se sentó en la silla negra de cuero luego de prepararse un café. Ahí, se quedó inmóvil, sorbiendo y soplando, de poco en poco, el líquido de la taza, intensificando todo deseo existente de hablar de nuevo con James. Mientras esperaba, llegó a preguntarse a qué se debía todo eso.

La observación que le hizo su hija sobre estar más alegre de lo normal, invadió la oficina evocando el momento en que formuló esa pregunta queriendo saber cuáles eran los motivos de su felicidad. «¿Por qué estoy así?» cuestionó lo que, hasta ahora, la había mantenido distraída por tanto tiempo.

Se irguió en su asiento, miró hacia una esquina de la oficina, buscando el vacío en el espacio y perdiéndose entre él para poder responder a su pregunta. Trató de hacer memoria de todo lo que había hablado con James, después de todo, cuando no era con él, era pensándolo que se distraía.

—¿Qué tal aquella vez que...? se preguntó, para volver a perderse en sus pensamientos. Reconsiderar su pregunta y refutarla, no, ese no fue el momento.

Su intención era descubrir el momento en el que aquel interés ahora evidente, había cogido forma. ¿Qué eran tres semanas? Se preguntó □ Absolutamente nada se dijo □ .

Clara Winter continuaba sorbiendo el líquido en su café, sintiendo como este le calentaba todo el camino digestivo, desde su lengua hasta su estómago. Sentía el calor corriéndole por el esófago para desaparecer casi por completo al terminar su recorrido.

En lo que iba trabajando con él, Clara se sentía altamente atraída por James. Era algo que no controlaba, y que, sin saberlo realmente, le era correspondido.

Para poder entender mejor como sucedía todo en ese momento, es mejor decir lo que había hecho con James hasta entonces. Se habían llegado a conocer, un poco, no tanto como ella querría y ni los suficiente como para hacerlo sentir seguro a él.

Clara y James mantenían largas conversaciones que los hacían ver como dos personas que se conocían desde hace tiempo. Watson se mantenía al tanto de sus actividades del día, de todo lo que ocupaba la mente de la señorita Winter ya que, como tal, resultó ser una mujer bastante conversadora.

Él, se sentía a gusto con lo que ella decía y hacía, lo que le motivaba a hacer llamadas regularmente. Poco a poco la excusa de «informarse» pasó a ser un sencillo gesto honesto del deseo de poder escucharla.

En una ocasión, luego de que un hombre bastante recatado se marchase de la oficina, algo que lo hacía ver como una persona respetable de la comunidad artística (porque había mencionado que alguien le robó los clientes de su show), tras pagarle el dinero que le debía, llamó James.

Clara, atendió con una sonrisa en el rostro; ya era costumbre recibir ese tipo de anuncios cada vez que alguien se salía de allí. Atendió, y después de los saludos correspondientes de ambas partes, la conversación tomó su curso animado de costumbre:

—Ya se fue el señor Matías. Dijo Clara, flexionando hacía atrás la silla para acomodarse mejor en esta.

—Qué bueno. ¿Cómo fue vestido?

—¿Qué? ¿por qué? Estaba normal, creo.

—¿Estaba vestido de mimo?

James estaba conteniendo las ganas de reírse a través de la llamada. Esperaba que ella le dijese que sí para bromear al respecto. No desperdiciaba la oportunidad de dejar escapar su personalidad bromista al hablar con ella.

Pensaba que era raro, más que todo en ciertos momentos cuando se acostaba de noche y recapitulaba el día, mientras escuchaba como eco la voz de Clara rebotando por toda su cabeza haciéndolo sentir seguro y extrañamente feliz.

—¿Mimo? ¿Es mimo?

—¿Qué? ¿no te lo dijo? dijo James, conteniendo su risa.

—No, solamente me dijo que quería conseguir a quien le robó el show, pero creía que se trataba de un actor de teatro o algo así.

—¡Jajá! ¡No! exclamó James.

El estruendo de su voz quebrándose en las sílabas que verbalizaban sus carcajadas no le resultaban extrañas.

No la había escuchado antes y, en vez de incomodarle esta, sólo logró impregnársele como si él estuviese en frente de ella; hablando de un tema que les resultaba gracioso desde hace tanto tiempo. A diferencia de James, ella la acompañó con cierto toque de confusión. Clara no entendía cuál era el chiste y, sin embargo, se dejó llevar por su risa.

—¿Qué es tan gracioso? Dijo ella, riéndose con él.

—Bueno, el señor Matías me llamó porque alguien le había robado los clientes. Es un artista callejero. No sabe quién es porque siempre usa mascara, así que me pidió que lo buscara.

—¿Mascara? ¿Qué tipo de mascara?

—La de un elefante, una enorme cabeza de elefante.

—¿En serio? Y ¿por eso contrató a un investigador privado?

—Bueno, no soy nadie para criticar los motivos de mi cliente. Aunque, para ser sincero, dar con el hombre detrás de la cabeza de elefante no ha sido nada sencillo.

—¿Por qué?

—Porque no se la ha quitado en todo ese tiempo que llevo siguiéndolo. He tratado de averiguar en donde la compró, para quien trabaja, qué tipo de lugares frecuenta... pero nada.

—No creo que yo pudiera hacer un mejor trabajo que ese Bromeó Clara, acentuando su tono de voz irónico para que James entendiera que no lo creía capaz de conseguir la respuesta.

—No he hecho mucho. Le dijo James, captando su ironía.

—Exacto. ¡Jajá!

Clara soltó su carcajada al conseguir que él respondiera a su chiste sobre no creerlo capaz de hacer un trabajo eficiente. Ella se dejaba llevar por lo que

hacía cada vez que hablaba con James.

—Muy graciosa. Le dijo James, aquejándose.

—No, espera, no te ofendas.

James, acomodó su tono de voz y dijo con seguridad. Esta resultaba más grave, más rustica. Estaba preparando su respuesta ingeniosa.

—No me he ofendido, lo que sucede es que me pareció muy gracioso que realmente pensaras que sería algo sencillo y que podrías hacerlo. Bromeó James.

Clara recibió aquellas palabras como una inyección letal. James resultó ser severo al dejarle en claro que ella no podría hacerlo de todos modos, aunque lo intentase.

—¡Ey! Eso me dolió.

—No, espera, no te ofendas. Dijo James, imitando el consuelo de Clara que le había hecho anteriormente para luego quebrar de nuevo en una carcajada : ¡Jajá!

—Muy gracioso. Dijo Clara.

Se dejó afectar por la broma de James, no solía ganarle en ningún argumento ni mucho menos tener cierto nivel de ingenio.

Aunque, ya no era la misma Clara Winter del pasado. Sus constantes conversaciones con aquel hombre habían hecho de ella una mujer más observadora y astuta. Le concedía el mérito al hecho de que las pláticas con James resultaban ser muy enriquecedoras.

—Sí, lo sé.

Clara frunció el ceño, imaginándose a James de frente suyo en donde podría verlo directamente al rostro mientras fantaseaba la posibilidad de atravesar su entrecejo con visión calórica.

—Vale, vale. Y dime, ¿no ha llegado más nadie? dijo James.

Clara se reincorporó a la conversación dejando de lado su fantasía (no la última ni la primera que ha tenido en torno a James) y cambió su postura de mujer amistosa a secretaria responsable.

—No, aun no llega nadie. De tener un horario o una agenda, podría saber

quién está por atravesar esa puerta. Pero por los momentos, tampoco creo que aparezca alguien muy a prisa. A penas han pasado diez minutos desde que se fue el señor Matías.

—No te preocupes, de todos modos, que no tengas agenda es una de las pocas excusas que tengo para llamarte.

James sabía el peso que llevaban aquellas palabras. Desde hace tiempo atrás no se privaba de dejar en claro que entre los dos estaba sucediendo algo. Él estaba al tanto de sus sentimientos por Clara, por lo menos algo así eran. Se sentía a gusto hablando con ella, y todo eso fue evolucionando a una amistad más allá de lo laboral.

Clara sintió cómo su tono de voz se hacía de poco a poco, personal, íntima, casi coqueta, mientras iba repasando mentalmente cada una de las palabras hasta llegar a la última. Su piel se erizó por completo, le invadió la necesidad de inspirar más oxígeno del que necesitaba realmente, como si su cuerpo le pidiese surtirse de aquella sustancia que sobrepasaba en peso al aire.

Amplió la apertura de sus ojos tal cual sorpresa que llegaba sin avisar. No sabía qué decir porque entendía el peso que acarreaban esas palabras que él había dicho y, tenía en cuenta que podría no corresponderle si no le respondía con otras que tuviesen el mismo impacto. Era una mujer adulta, sabía a qué se refería James.

—Pues, entonces, no me des una agenda alguna, si eso significa que te escucharé más. Respondió Clara imitando el tono de voz seductor y personal de James.

«Listo», pensó Clara. Ignoraba si había conseguido el impacto deseado, pero, de algo sí estaba segura: eso es lo que ella habría querido escuchar en su posición. Aunque, por un momento reconsideró si las intenciones de James eran esas.

e repente, sintió que había cometido un error. ¿Qué tal si lo que quería decir era otra cosa? Comenzó a idealizar la posibilidad de haber arruinado una perfecta relación laboral con una sencilla insinuación despreocupada.

James recibió el mensaje, tal cual Clara lo había enviado. Lo que le hizo sonreír porque era lo que deseaba escuchar. Estaba contento de que lo que estaban «haciendo» los mantenía en la misma frecuencia. Llevaban tiempo hablando, poco para lo cercanos que se sentían, y esperaba que todo eso se

mantuviera de esa forma por un largo tiempo.

—Lo tendré en cuenta. Culminó James con su voz seductora.

La voz gruesa de aquel hombre hacía que los sentidos de Clara se afilasen como la hoja de una katana, como el de un bisturí de punta de diamante. Pero, eran pocas las veces que le escuchaba hablando en ese tono, suave, delicado, como si quisiera entrar a su habitación a mitad de la noche con el fin de insinuársele, ella sabiendo que lo dejaría escabullirse sin ningún problema.

Sin más que decir, y luego de un silencio breve que le permitió a Clara dar por entendido que sí estaba sucediendo algo, cambió de tema.

—Lo más probable es que llegue una señora en cualquier momento. Ella sabrá decirte por qué está ahí.

Clara sonrió, fascinada por las posibilidades que esas palabras le habían abierto. Ya era más que una relación telefónica.

—Bien. ¿Me dirás para que viene?

—No. Es más divertido cuando no piensas en ello.

—¿Es malo?

—¿A caso ha llegado algún cliente con un mal caso?

—Aún no.

—Exacto. No lo ha hecho. No creo que llegue a enviarte alguno, así que no te preocupes.

—¿Es algo importante?

—Para ella sí, supongo.

Clara suspiró de la forma en que se suele hacer cuando se deja escapar una risa silenciosa que pasó desapercibida para James.

—¿Entonces?

—Bueno, solamente necesitas saber que llegará. Y luego de eso podrás irte.

—Está bien.

—Sí, es por eso que... iba a decir James, antes de que Clara le interrumpiese.

Quería intentar darse la oportunidad de ver a Clara, aunque fuese de lejos. Estaba seguro que, si lo hacía sin que ella supiera, no arruinaría nada, aunque,

de todos modos, lo que fuese que hiciese, sería romper deliberadamente sus propias reglas, entre las que figuraba, «no socializar, fraternizar o intimar con otros», cosa que era lo suficientemente precisa para que no hubiera forma de romperlas, cosa que aun así logró hacer.

El timbre de la reja para entrar el edificio sonó:

—Creo que ya llegó, están tocando el timbre.

—Ya era hora. Cambió su tono de voz para finalizar la conversación amablemente y agregó: Bueno, te llamaré en lo que se vaya. Estamos hablando.

—Está bien. Hasta luego.

Clara levanto el auricular del teléfono que estaba conectado al intercomunicador, saludo cándidamente y preguntó con amabilidad:

—Buenas tardes, ¿qué desea?

Una voz de mujer respondió a su pregunta con puntualidad:

—Asuntos personales.

—Muy bien, pase usted.

Las siguientes dos horas estuvo escuchando el caso que la señora Johnson necesitaba que se atendiese. Le explicó los motivos de su solicitud, qué le preocupaba y las evidencias que tenía al respecto.

Se estaba haciendo costumbre que las personas que iban a la oficina a hablar con Clara, sintieran que ella era parte de dicha investigación. Intuía, muy acertadamente, que se debía a que James nunca se refería a ella como su secretaria sino como su mano derecha (tal cual le especificó él en la página de empleos), cosa que la colocaba en una posición de respeto y confianza que no se esperaba que llegase a tener.

La señora le entregó la cantidad de dinero que le correspondía pagar por el servicio solicitado y se retiró sin más nada que agregar. Clara se estaba acostumbrando a aquel tipo de relaciones cliente-empleado.

Las cosas resultaban ir de maravilla para ella y para el negocio, por lo menos, hasta el momento, no había nada que pudiese interponerse entre ella, su comodidad, la extraña relación amistosa que mantenía con James y su vida.

En otra ocasión, días después de esa conversación, como de costumbre, James

hizo su llamada. Era la primera que hacía en todo el día, así que, para clara, no había motivos lógicos para hablar del trabajo.

—Clara, que gusto escucharte el día de hoy. ¿Cómo estás?

—Llegando. Compré el desayuno de camino para aquí y creo que bajaré más tarde para comprar unos dulces en la tienda de al frente. ¿Y tú?

—Estoy terminando de resolver un caso. Nada del otro mundo.

—¿Y de que se trata este?

—Ayudando a unos detectives de la policía, amigos míos.

—Entonces si frecuentas con detectives de verdad.

Clara solía pensar que él era un tipo de forajido que luchaba contra el crimen y ciertas cosas semejantes en total anonimato. No se alejaba mucho de la realidad, pero no era precisamente un luchador del crimen, a veces cometía cosas ilegales para cumplir sus fines.

Pero, lo que quiso dar a entender con sus palabras, se iba a de la mano con la idea de que ella pensaba que lo que él hacía le alejaba de ese nicho, que era diferente, que siquiera se podría considerar lo mismo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, que tú no eres policía.

—¿Y qué te hace creer eso?

—¿Eres policía? Dijo Clara, siendo puntual.

No dejaba escapar la oportunidad para sacarle información a James, cosa que cree que adquiriría al trabajar para él.

—Pues, ya no.

—¿Lo eras?

—Puede ser. Dijo James, con un tono de suspenso y jocosidad en su voz.

—¿Eras o no un policía?

Insistió Clara sintiendo que las bromas de James no le ayudaban mucho en cumplir su cometido de conseguir información. Si no lo veía, por lo menos lo conocería a fondo.

—¿Por qué quieres saber?

Clara reprimió el deseo de decirle que quería saberlo todo. Cosa que se debía a que en su mente sonaba más atrevido de lo que realmente era. A pesar de que ya para ese entonces habían roto cualquier barrera que los pudiera separar, sentía un poco de miedo al abrirse por completo con él.

—Porque, no sé, porqué ¿Es interesante? No sé. titubeó Clara para luego dejarse llevar por una actitud firme, se estaba cansando de pedirle que le dijese por lo que, o le decía o no le preguntaba y ya : ¿Me dirás, sí o no?

—Está bien, está bien. Te diré. Sí, era policía. De hecho, creo que todavía puedo seguir siéndolo.

Clara sonrió con la respuesta. Cerró el puño como si hubiese conseguido el premio gordo en la lotería. Logró que le contase al respecto. Su voz cambió, se notaba más animada y entusiasmada; se sentía con suerte, tal vez le diría otra cosa.

—¿Cómo así?

—Bueno, solamente me retiré, no me dieron de baja ni estoy jubilado, así que. No sé siquiera si es posible, pero, podría hacerlo.

—¿Y por qué te retiraste?

—Estas preguntando mucho, ¿verdad?

—Bueno, tú fuiste quien trajiste el tema a relucir, ahora estoy interesada y quiero saber. ¿Me quieres decir? dijo Clara, preguntándole más como si estuviese retándolo a un duelo amistoso para ver quien cedería primero.

—¿Me estás retando?

—¿No me quieres decir? dijo Clara, respondiendo indirectamente a su pregunta , si no me dices pues te cuelgo.

Clara dejaba notar su tono de voz jocoso y audazmente travieso. Se reclinó en la silla con cierto aire de orgullo. Estaba segura que podría sacarle la información que quería.

—Bueno, hasta luego entonces.

—Espera no, si quieres no me digas. Dijo clara dejándose en evidencia.

James soltó una carcajada de victoria al dejar en claro que era invencible. Caminaba y esquivaba a las personas que obstruían su paso mientras mantenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale, vale, te diré de todos modos.

—No me cuelgues respondió Clara haciendo caso omiso a las palabras de James.

Se alarmó, irguiéndose en la silla. No quería que colgara, era su único entretenimiento y le gustaba mucho, tanto que esperaba ávidamente ese momento del día.

—Lo dejé porque no me permitía dedicarme a lo que quería de la forma en que quería. Además, esto me ofrece una ganancia mucho mejor.

—¿Eso es todo? Esperaba una historia dramática o algo por el estilo.

—¿Qué? ¿No estás conforme?

—No mucho. Dijo Clara, luego se quebró en risa.

—Muy graciosa.

—Lo sé. He estado practicando.

—Bueno, bueno. ¿Sabes? Siento que solo hablamos de mí.

—Pero es que tú tienes la vida más emocionante, así que por eso eres el tema del día.

—¿Y cuando deje de ser interesante?

—Para mí, no lo dejarás de ser jamás.

Clara estaba esperando el momento preciso para dejar caer su bomba. Se estaba haciendo costumbre que cada vez que hablasen se dijeran cosas como esas que connotaran algo más profundo, íntimo y especial para ambos.

—Eso espero.

Tanto James como Clara lo atesoraban y se las arreglaban para mantener la llama de la pasión encendida. No se habían puesto de acuerdo, no formalmente. Lo hacían por mero

Y, de cierta forma, así es como se llevaron sus conversaciones por los siguientes días, hasta el presente. Clara y James conversaban de tal manera que sus ideas iban emulsionándose una con la otra para hacer una combinación homogénea de conceptos, sentimientos e ideales.

Él le explicaba a ella la forma en que su trabajo funcionaba, algo que no

esperaba contarle a nadie; jamás. A pesar de intuir que no era buena idea abrirse tanto a una persona que apenas conocía, se dejó llevar por el interés y la voz de Clara; ella, se deleitaba con sus palabras, le narraba su día cotidiano y las cosas que hacía su hija. Ambos, consiguieron en el otro, un refugio que les enaltecía el alma.

Poco a poco, llamada tras llamada, Clara y James terminaban descubriendo en el otro una realidad que creían imposible. Por su parte, ella se sentía perdidamente atraída a esa gruesa y acogedora voz que se idealizaba en sus tímpanos como una armonía inmejorable de alguien completamente lozano y semejante a adonis; por lo menos en su interpretación de esta.

En cuanto a él, representaba una persona atenta que le escuchaba con interés, que estaría ahí no solo por el empleo, que le agradaba las pláticas que mantenían. Una chica atractiva, seductora y capaz. Cada vez que hablaban, se sentía seguro, a pesar de que sus instintos primitivos de supervivencia le dijese lo contrario.

James apreciaba a Clara como una mujer completamente capaz, no la conocía del todo, no como querría él, no como ambos querrían llegar a conocerse, pero, tras tantas conversaciones casuales, lograron mantenerse al tanto de temas personales casi por reflejo.

Él la recibía con gran afecto, le llamaba por el mero placer de querer hablar con ella. Cuando no lo hacía, pensaba en lo que podría llegar a contarle lo que hacía; luego de cierto tiempo obrando solo, ahora tenía a alguien a quien podía le podía relatar su vida. Desconocía el porqué de su motivación, pero lo repetía con determinación.

Cada cuanto le sucedía algo, casi de inmediato, se decía: «esto tengo que contárselo a Clara», como un pensamiento involuntario que acogía casi sin ningún problema. Y, una vez establecida la llamada, se lo mencionaba con la misma emoción que le invadió en lo que pensó decírselo al momento en que le ocurrió.

Se acostumbraron a la presencia distante del otro, al punto de no querer romper esa brecha que los unía sin prestar atención a las distancias que físicamente los separaban.

CAPÍTULO V

El deseo de sentirse cerca

Dieciséis meses, tres semanas y quince días después, Clara Winter suponía que llegaría el día (no sabía cuándo ni cómo) en que se verían en persona. Era una jornada laboral muerta y la silla de la oficina resultaba increíblemente cómoda; más de lo que podría serle útil.

Entre suspiros, comenzó a contemplar la posibilidad de tener a James en frente. Cerrando los ojos, se imaginaba como su empleador atravesaba la puerta sin pleno aviso, con un porte masculino excitante, esculpido por la mejor idealización, con una actitud de naturaleza sibilina.

No sabía el porqué, pero lo veía con un abrigo negro de cuerpo completo, y un traje al estilo de los años veinte y décadas posteriores, acompañado con un sombrero que hacía juego.

Tal vez supuso luego □ que lo imaginó de esa forma por el concepto que tenía de detective privado muy de la época, lo más probable, porque lo idealizaba como al personaje de Jack Nicholson en *Chinatown*.

No en actitud, porque estaba muy clara de cómo era de personalidad, pero sí en la forma de vestir. Más aún, lo que menos le importaba era pensar en eso, en sí el traje era negro o marrón claro, en si la corbata tenía un nudo Windsor o uno simple, si sus zapatos eran de tapa dura o no. Se veía esplendido, a pesar de que su rostro se encontraba oculto por la sombra que producía el sombrero.

Clara llevaba puesta una falda que le llegaba hasta la rodilla, obligando a juntar sus piernas lo suficiente como para no dejarla moverse.

—Veo que no estás ocupada. Dijo el James imaginario, cerrando la puerta a su espalda.

—Te estaba esperando. Dijo, ella, tanto en su imaginación como en la realidad, con un tono de voz lascivo y seductor.

James dejó caer el abrigo negro que llevaba puesto a la vez que Clara iba levantando su falda, sin moverse de su lugar, para poder abrir sus piernas y

dejar al descubierto su sexo.

Con los ojos cerrados, continuaba idealizando el momento, obligando que, en su imaginación, él se acercara a ella, observándola mientras emanaba un excitante y cálido deseo sexual que penetraba cada una de las partículas en el aire hasta llegar a ella y embriagarla por completo.

Cada centímetro de su piel comenzó a reaccionar a todo lo que, en su cabeza, sucedía. Desde el exterior, solo se veía una mujer sentada con las piernas abiertas mientras jugaba con uno de sus pechos y apretaba su pezón por encima de la tela que llevaba puesta, a la vez que con la otra mano estimulaba su clítoris por sobre las bragas de color blanca que estaba usando.

Clara Winter se comenzó a emocionar más y más. El James imaginario, se agachó y colocó su rostro oculto por las sombras entre sus piernas, apartando sus bragas para comenzar a estimularle la vaina con su boca. En simultaneo, justamente cuando el hombre ficticio apartó el trozo de tela, ella hizo lo mismo, sintiendo como el aire enfriaba sus pliegues húmedos.

Para darle más realismo a la escena, colocó su palma entera sobre su vulva y así conseguir el calor que posiblemente él le estaría dando en ese momento. Con su dedo medio, simuló ser la lengua de James, que jugaba con su interior, mientras ella continuaba jugando con su clítoris, haciendo movimientos circulares con el pulgar.

Apretaba con fuerzas su pecho, tal cual imaginaba que James haría, porque lo visualizaba como un hombre fuerte, decidido, firme; él tomaría lo que quería porque sabía que era suyo.

—Sí, sí. Lámeme se dijo Clara, comete ese coño, que es solo tuyo. ¡Oh, James, me encantas!

Estaba segura que nadie la escucharía, porque nadie lo haría realmente. Ese James imaginario comenzó a jugar con su clítoris, con sus nalgas. Tocaba todo lo que Clara deseaba que tocara, a la medida que ella quería. Su rudeza iba directamente proporcional con el deseo que le tenía; suponía un gran deseo por él.

Se enjuagaba la boca con los fluidos que se escurrían del interior de su vagina. Clara, bajó la mirada, con la imagen de James lamiéndole el coño aun plasmada en su cabeza. Sacó el dedo con el que estaba fingiendo ser penetrada por su lengua y lo notó completamente húmedo, cubierto de algo viscoso.

Lo observó por pocos segundos antes de decidir llevárselo a la boca.

Se imaginaba como James se levantaba del suelo para ir hasta sus otros labios y plantarle un beso.

—Eres increíble, James, sí. Me encantas.

Este James ya no hablaba, no existía cabida para algo tan innecesario como sus palabras. Él actuaba y la devoraba tal cual ella quería que lo hiciese, sólo él, nadie más que él.

De un segundo a otro, James pasó de estar completamente vestido a estar desnudo. De nuevo, Clara no le dio interés al hecho de que las cosas sucedían de manera extraña, pero ella sabía que nada de eso era real, a pesar del deseo incontrolable de que así fuera.

Clara Winter se introdujo otro dedo en la vagina, para simular el pene de James. Comenzó a sacarlo y a meterlo rápidamente, sin dejar de hacer movimientos circulares en su clítoris con los dedos libres. No tenía necesidad de hacer eso, pero, quería recrear el momento, hacerlo lo más vivido posible.

Dejó escapar un gemido entre estas palabras:

—James, tu pene es tan grande, lléname toda. Sí, te deseo. Te deseo con tantas ganas.

Con los dos dedos en su interior, pensó que no serían suficientes para llenar los zapatos de un hombre que prometía tener más carne para dar. Por lo que se introdujo un tercer pene, soltó su seno completamente sensible de tanto apretarlo y llevo su otra mano a su clítoris.

Aumentó la velocidad, sacaba de vez en vez el trío de dedos para darle palmadas a su vagina. Sentía como su cuerpo se arqueaba de placer, comenzaba a llegar más lejos, estar más cerca de su siguiente orgasmo.

Quería más porque lo que James representaba no era tan sencillo como lo que sus manos podrían regalarle. Se acercaba mucho más. Se lamía el índice el medio y el anular lleno de sus fluidos, para sentir el sabor de su coño, para representar la posibilidad de estar succionando el miembro humectado de su jefe.

James estaba en frente de ella, sosteniéndola sobre el escritorio mientras le penetraba con fueres embestidas, lanzando todo al suelo, haciéndola gemir, obligándola a exteriorizar su éxtasis sin preocuparse de poder ser escuchada.

En su imaginación, sus pechos rebotaban con el movimiento de las caderas de aquel hombre que le proponía trasladarla a un mundo diferente con la forma en que su pene se enterraba en ella. Lo estaba disfrutando hasta tal punto que todo lo que pensaba que podría llegar a suceder, parecía un simple resumen de lo que le sucedería.

Juraba que James era mucho mejor amante que ese hombre imaginario con el mismo nombre y la misma voz. No lo conocía, pero, quería conocerlo con cada centímetro de su cuerpo, sintiéndolo hasta embriagarse con su semen y su sudor.

Y continuó; continuó hasta que sus dedos no podían moverse más, hasta que la muñeca se le entumeció, en el preciso momento en que su clítoris comenzó a desatar un hormigueo cada vez más intenso en todo su cuerpo, en el que los oídos se le cerraron para no permitir la entrada de ningún sonido que pudiera perturbar su masturbación.

Su respiración se detuvo porque consideró innecesario pensar en oxígeno cuando imaginarse a James era mucho más vital; sus latidos se hicieron más intensos porque todos sus sistemas necesitaban de sangre limpia, de sentidos nuevos. Parecía estar drogándose con la posibilidad, con la intención. No estaba en el acto, pero no tenía más que el deseo salvaje e incontrolable de que así fuera.

Su voz retumbaba en la oficina, ella gritaba, gemía, se sacudía sobre la silla negra de cuero, idealizando estar en cada uno de los rincones de ese apartamento remodelado. Se había abierto paso al mundo de lo surrealista, en donde todo lo que no sucedía podía ser posible. Imaginaba la voz de James hablándole, pero no la estaba escuchando realmente.

Solamente sentía un bramido en lo más recóndito de su memoria que le era familiar, que le daba una calidez; la misma que se introducía en ella con un pene imaginario, que le daba sus besos húmedos ficticios de un hombre que era tan real como ella tan sólo cuando levantaba el teléfono.

Y en ese momento, justo en el instante en que no estaba consciente de lo que hacía porque más nada en el mundo le importaba más que lo que estaba sintiendo, el sonido del teléfono, el cual se había condicionado a asociar con James, puso el punto en su grito.

Las piernas comenzaron a temblarles, su cuerpo sintió como perdía todo calor

para arrojarlo en un mar helado. Se contrajo por completo, como si sus músculos se apretaran para no dejar escapar los orgasmos que se desencadenaron por el movimiento de sus manos, por el pene imaginario que le estaba embistiendo con agresividad.

Pero, tenía que regresar a la realidad, el teléfono no dejaba de sonar, por lo que se dio cuenta que no lo estaba imaginando. Agitada, lo cogió.

—¿Aló? ¿James?

—Clara, ¿cómo estás? ¿cómo va todo?

—Bien, bien.

Clara se acomodó en la silla para cerrar sus piernas ocultando su vergüenza de James, como si este la estuviese viendo.

—Vaya, sueñas agitada. ¿Estabas haciendo ejercicio?

—¿Ejercicio? ¿Qué? dejó escapar una risa nerviosa para luego rectificar : no, para nada.

—¿Entonces por qué sueñas así? ¿sucede algo?

—No, sólo que estaba distraída y el teléfono me asustó.

James no terminaba de creerse las palabras de Clara, pero no sentía que algo malo estuviese sucediendo, por lo que decidió dejarlo así.

—Vale, vale. Entonces, cuéntame, ¿Cómo ha transcurrido el día?

—Bueno, he recibido a tres de tus clientes, han pagado en efectivo. Por lo pronto, no sé quién más viene.

—Sí, por eso te llamo. Para informarte de nuestra agenda.

—Qué maravilla, estaba esperando poder escucharte de nuevo.

—Igual yo.

—¿Y cómo te ha ido a ti?

—Bueno, he estado un tanto ocupado con un caso que no has atendido.

—¿Qué no he atendido?

—Sí, pues, a diferencia de los que tú recibes el pago, que son sencillos y no me quitan más de un día o dos, están los que no te envío.

—Claro, claro. Los «peligrosos». Dijo, dejando en el aire la última palabra como si fuese algo aparte.

Clara continuaba tocándose la vagina con descuido, no tanto pensando en ello. Pero, sus movimientos eran precisos a pesar de ser inadvertidos, lo que hacía que se mojara cada vez más. La voz de James le seducía, la trasladaba a lejos de ahí, en donde, a diferencia de cualquier otra cosa anterior a esa, a las otras llamadas que se habían hecho, le cautivaban en cuerpo y mente.

—Sí, exactamente. Pero del resto, todo bien.

—Qué bueno, me parece muy bien.

—¿Y qué más? ¿Qué me cuentas?

Su vagina estaba palpitando; escuchar su voz no amainaba su deseo de tenerlo, a lo contrario, parecía aumentarlo. Llevó su mano derecha hasta su vagina para tocar sus labios sensibles y húmedos mientras hablaba con James.

—No mucho, solo estoy... una corriente de placer le atravesó el cuerpo dejándola muda por unos segundos; intentó disimular un poco de control y continuó hablando : concentrada en algo.

—¿No estas concentrada en mí? dijo James.

—Claro, que sí. Solo me concentro en ti. su voz lasciva se fue escapando lentamente de su cuerpo . Solo estaba jugando conmigo misma.

James se sintió alagado por sus palabras. Le gusta que ella le diera su atención. Se la imaginaba ahí, sentada, con una sonrisa en el rostro, siendo hermosa, tal cual él la veía en su mente, idealizándola, Pero, le había llamado para algo, así que prefirió hacer la pregunta de una vez:

—Clara, ¿no ha llegado nadie?

—No, todavía no. Y no quiero que lleguen todavía.

Controlaba sus ansias de decir en voz alta lo que quería. Deseaba poder gemir de placer. Los movimientos de sus dedos se hacían más puntuales, intensos, dándole la impresión de que, para evitar delatarse, necesitaría de toda su atención.

James respondía sin estar al tanto de lo que sucedía. Le atraía la forma en la que le estaba hablando Clara, resultaba embriagante. Le ayudaba a imaginársela atrevida y sensual y, a pesar de que no tenía ni la más mínima

idea de lo que estaba sucediendo al otro lado de la llamada, cosa que tampoco le importaba, se sentía extrañamente excitado. Podría no estar consciente de lo que sucedía, pero, su voz era atractiva.

Podía verla con una sonrisa pícaro en el rostro. La respiración de Clara se iba agitando, parecía que estaba haciendo ejercicio, pero no era muy coherente tomando en cuenta que aún estaba al teléfono.

—Y por qué no deseas que nadie llegue.

—Porque estoy tranquila. Quiero, estar a solas un momento.

—¿Cuelgo?

—¡No! Tú no me molestas. Para nada, a lo contrario, eres... no sé... Clara titubeó, mientras pensaba en que estaba haciéndose lo que James le obligaba a sentir. Había vuelto a abrir sus piernas me gustas...

—¿Te gusto?

James no esperaba que Clara se le confesara en ese momento. Ni siquiera sabía sí la relación que mantenían era de esas. Su tono de voz decía lo suficiente, todo lo necesario para dejarle en claro que ella sentía algo por él.

James estaba sentado en frente de un parque de niños escuchando como su voz se hacía cada vez más suave, sedosa como si, con esta, estuviese humedeciendo su frente para quitarle la fiebre, del mismo calor que ella misma le intoxicó, pero lo que no quería era apresurarse, parecer desesperado.

Pero Clara no se dio cuenta de lo que había dicho. Se estaba perdiendo entre sus gemidos sin percatarse que el James que ella escuchaba ya no era producto de su imaginación. Y, con el dedo entre las piernas, continuó hablando.

—También me gusta escucharte... no cuelgues... No. Agregó Clara.

Clara hablaba entre respiraciones pausadas. Se estaba dejando llevar por el momento, acompañada con la idea de que tenía mucho tiempo esperando a que algo sucediera, a que él apareciera y entablase una conversación con ella de frente. Pero, no, así que no tendría cuidado en ese momento.

James no sabía qué hacer en ese momento. No estaba acostumbrado a que alguien se sintiera atraída por él (más que todo porque no era muy su estilo socializar con muchas personas); no le había dado la oportunidad a nadie.

—Está bien, no cuelgo.

James estaba escuchándola respirar y no tenía planes para dejar de hacerlo. Clara era un deleite para él; la encontraba agradable, amistosa, entretenida y una muy buena amiga. Para llamarla, solo necesitaba estar despierto, ya que realmente atesoraba hablar con ella, escucharla. Desde que la había contratado, supo que tenía algo especial.

Clara no parecía querer detenerse. Seguía apretándose suavemente el clítoris y jugando con los labios de su vulva como si no hubiese más nada que hacer, como si ese fuera el mejor momento para hacerlo.

—¿Por qué no nos vemos, James?

—Ya te he dicho el porqué, Clara.

—Quiero estar contigo.

—Espera ¿qué?

James tuvo la impresión de que Clara no estaba al tanto de su presencia. Parecía haber olvidado que él estaba allí.

—James... Suspiró Clara, perdida entre el placer y la lujuria.

—¿Sí? Clara.

—James, quiero que me hagas tuya.

—¿Clara? ¿De qué estás hablando?

—Quiero que verte James, aunque sea una vez, no aguanto más.

—¿Clara, estás bien?

En ese momento, en el que se dio cuenta que la pregunta de James no tenía sentido, no en lo que respectaba a su imaginación, se percató que algo no andaba bien. Se movió agitadamente para conseguir responder a la voz que le había preguntado sobre ella; todo se mostraba más delicado de lo que ya era.

—¿James? dijo Clara, cambiando radicalmente su tono de voz a uno más conservador . ¿Eres tú?

Clara se preguntó si sería él, realmente él, quien estaba en la otra línea. Se dejó llevar, no había duda de ello, pero, no esperaba perderse en el placer de esa forma. Se sentía avergonzada. Las mejillas se le ruborizaron y su corazón comenzó a bombear sangre a todo su cuerpo con un ímpetu increíble. Esperaba no haber arruinado nada.

—Sí Clara, soy yo, ¿estás bien?

James no estaba al tanto de lo que sucedía, aunque sospechaba que no todo estaba en orden. Pero, su actitud con respecto a lo que había dicho y la forma en que lo hizo, no era precisamente la misma que suponía ella que sería.

—James, James. Eres tú. Claro que eres tú. Clara sonaba angustiada. Hablaba rápido .

—Veo que ya estas mejor James dejó escapar una sutil carcajada , ¿qué estabas haciendo? Sonaba como si estuvieses, no sé, gimiendo o algo así.

La vergüenza le golpeó el pecho obligándola a respirar más fuerte. Sentía los latidos de su corazón en la sien y los escuchaba como si tuviese el músculo entre cada oído. Ella entendió de inmediato que James sabía, ahora le tocaba disculparse.

—Este, disculpa James, no fue mi intención. Es que estaba sola y yo. Lo siento.

—¿En serio estabas gimiendo? James continuaba con el mismo tono de voz animado.

Clara no tenía ganas de afirmar nada, solo de disculparse hasta que el mensaje fuese entregado y aceptado.

—Me distraje unos segundos con tu voz, y me dejé llevar. Disculpa.

—Entonces sí estabas gimiendo. Escuchándome, al teléfono. Soltó de nuevo una carcajada, para luego preguntar entre risas pero en voz, y así evitar que le escucharan las personas en el parque : Clara, ¿te estabas masturbando?

Clara se encogió. Puso su cabeza sobre el escritorio y se la tapó con los brazos, alejándose del teléfono para dar un suave grito de pena. Se preguntó qué había hecho y por qué lo hizo justamente ahora. La vergüenza parecía apoderarse más y más de ella, dejándola completamente perturbada.

James se percató que no la escuchaba respirar, lo que significaba que, o había colgado o se cayó la llamada.

—¿Estás ahí? ¿Clara?

El bramido de su voz se escuchaba distante, como si le hubiesen bajado el volumen. Clara identifico eso como el sonido proveniente del auricular del teléfono, lo que le obligó a acercárselo de nuevo a su oreja para escuchar.

—Aquí estoy. James, yo... lo siento.

—No te preocupes, no fue tan malo como crees. Lo disfruté.

—Es que, estaba desconcentrada, tenía... ¿Qué? dijo, tras recapacitar sus últimas dos palabras.

—Que lo disfruté. Sólo, trata de no hacerlo con nadie en frente, o por lo menos avísame, así puedo formar parte de tu momento «especial»

—Pero, ya va. ¿Qué? de nuevo, sus palabras decían las cosas de forma puntual, algo que no se esperaba, no en esa posición.

—Aunque no habría podido. No estando en un parque lleno de niños.

—¿Quieres decir que sabías qué estaba haciendo?

—Sonaba como lo que era. Después de todo, parecía que lo estabas haciendo bien. El tono de voz de James no cruzaba la línea de la seriedad, sino la de una persona con el sentido del humor elevado.

—Tú, James.

Clara sentía como el nudo en su garganta se hacía cada vez más grande. Sus ojos se cerraron por si solos, un mecanismo de defensa de su cuerpo para mantenerse segura, como si no ver y no escuchar las cosas a su alrededor le alejaría del problema.

—No te preocupes, Clara. Todo está bien.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes.

—¿Haremos como que no pasó?

—¿¡Qué?! ¡Jajá! ¡No! Claro que pasó. Solamente no me reiré de eso en lo que falta de día, luego veremos que se hace al respecto.

Clara estaba tremendamente apenada, queriéndose esconder debajo del escritorio y nos salir nunca más. Desplazó la silla hacia atrás y vio debajo de la mesa calculando qué tan cómodo sería estar allí por toda la eternidad.

Tras conseguir pensar que no le sería suficiente mantenerse dentro, ni lógico el hacerlo, se adentró de nuevo en la llamada que mantenía con James, un hombre que no parecía darle importancia al hecho de que se estuviese toqueteando mientras hablaban.

La voz estridente, que cambió de tono y se mostraba seria y puntual de James, le sacó de su tertulia mental.

—Clara, me tengo que ir, hablamos luego y colgó.

Sucedió de repente. No entendía por qué James había cambiado de parecer con su voz y su plática tan animada sobre su desvergüenza. No conseguía terminar de pensar al respecto, y el reflejo de su inquietud mental con respecto a sus acciones durante la llamada, no terminaban de abandonarla por completo.

Añadido a eso, James le colgó la llamada por algún motivo, como si ya no tuviese tiempo para hablar con ella, como si no quisiera. Era un pensamiento absurdo, más que todo porque no sabía lo que estaba haciendo ni el contexto de su motivación al colgarle.

Trató de concentrarse en el gran croissant frío que yacía en una bolsa de papel con el nombre de la cafetería en donde lo compró.

«The fabulous Deli» se leía en ella con el sello del local; no pudo evitar leerlo, ya parecía que dicha habilidad se utilizaba a sí sola por mero reflejo, por lo que procuró ignorar lo que su mente ya había codificado esa y todas las demás veces que sus ojos, mientras hablaba con James, pasaron por aquella bolsa y se propuso a abrirla para sacar el pan de este.

Estaba agradecida a que el no estuviese acostumbrada a comerlo caliente, después de todo, el hombre que la atendió se lo calentó sin que ella lo solicitara, por lo que no se preocupó mucho en comerlo de inmediato. Se lo llevó a la boca y lo degustó.

Mientras masticaba aquel bocado, trataba de dejar el pasado atrás, después de todo, a James parecía no importarle lo que había sucedido mientras hablaban, pero, aun así, la culpa y la vergüenza no parecían querer irse y se reproducía la escena una y otra vez, agraviándose a su propia manera apocalíptica de ser.

Se preguntaba si James se habría molestado, pero descartó la idea casi de inmediato al recordar que el no suele ser así. Ya habían hablado lo suficiente, por tanto, tiempo, que el pensar al respecto resultaba algo absurdo. Pero, de todos modos, a pesar de todo eso, le preocupaba la idea de que lo hubiese hecho.

Aun así, consiguió concentrarse en su masa panadera horneada motivada en que, de no hacerlo cuanto antes, cualquier persona llamaría para que le abriese

y eso le obligaría a interrumpir su preciado desayuno. Tal vez, así conseguía olvidar lo sucedido.

—Creo que pudo haber sido peor. Se dijo con el fin de consolarse.

CAPÍTULO VI

Pequeños errores

James, colgó la llamada. La chica se había levantado para irse. De lejos, pudo notar como los gorilas que la perseguían para mantenerla «segura» se movieron casi al mismo tiempo que ella.

Trató de ser natura, fingiendo que caminaba distraído por la calle, mientras observaba a lo lejos como la chica se iba dirigiendo a un coche negro, grande y, probablemente, blindado. No le importaba mucho lo que sucedía a su alrededor, ni le procuraba ningún tipo de miedo el ver a los dos grandes hombres que la seguían.

Estaba a un paso de resolverlo todo, ya había hablado con su antiguo compañero de academia para que hiciera todo lo necesario para atrapar al tipo. Balthazar era una persona indefensa, con suficiente temor y dinero de su lado para satisfacer sus necesidades de hombre inseguro.

James lo detestaba, nadie que le golpease a una mujer merecía su perdón. Siquiera entendía por qué ella seguía con él. Tal vez por miedo, tal vez porque no la dejaban irse.

Sí era obvio porqué se había emparejado con él: dinero, casas, lujos. Lo tenía todo. Balthazar se había aburrido de su actual chica, pero, como era quien cargaba el anillo, debería ser quien se mantuviera al frente, quien daría la cara por él en cualquier situación. Porque era su mujer, única y exclusivamente suya.

La chica abordó el coche dejando que los hombres recogieran la carriola que quedó afuera. Cerraron la puerta, vieron a los lados para buscar moros en la costa e ingresaron al vehículo segundos después.

No necesitaba anotar la placa, ni buscar el modelo del coche. Ya tenía tiempo persiguiéndolos, lo suficiente como para saber cuántos guardias tenía él (sin contar a los dos que había eliminado), y todo lo necesario para desplomar una organización de años. Pero, no podía solo.

La ayuda llegaría pronto, así que, por los momentos, lo importante era mantenerse al margen, observando que su cliente siguiera sana y salva y no

demonstrara señales específicas para que interviniese de nuevo. Pero, a pesar de creer que tenía todo controlado, se estaba descuidando.

Cuando hacía las cosas por sí solo, era completamente invisible, prácticamente no estaba en donde físicamente se encontraba. Las personas solo sentían el susurro de una presencia peligrosa y respetable. Nadie dudaba que fuera bueno, por algún motivo, dejaba impresa esa sensación de aquellos que se sentaban a su lado sin percatarse por completo de él.

Al momento en que se marchó en su coche resguardado, no dudó que daría por terminada la vigilancia del medio día. Se la arreglaría para conseguir más pruebas, lo necesario para incriminar aún más a aquel bastardo opresor. Lo odiaba, tanto como para dejarse ver con tal de conseguir lo que quería.

Fue hasta las «empresas», pequeñas tiendas de tráfico de narcos y armas que Balthazar poseía a lo largo y ancho de Nueva York para conseguir información. No estaba acostumbrado a hacer ese tipo de investigaciones, no de esa forma, dejando un rastro que pudiesen seguir sus enemigos. Pero, estaba confiado, pensando en el momento en que se desharía de todo eso para concentrarse de nuevo en su rutina de hablar con Clara.

Clara, esa mujer que se quedaba al otro lado de llamada escuchándolo atentamente, atendiendo a sus palabras como si fuese a decir algo realmente interesante, porque, ella lo sentía de esa forma y él le gustaba sentir ese tipo de atención.

Había desarrollado por ella algo más que un simple interés amistoso. Le gustaba, no podía negarlo, y le agradaba la idea de que llegó a sentir eso por ella sin siquiera haberla visto.

Se había controlado cientos de veces de seguirla, de ir hasta la oficina para verla salir o llegar en cualquier momento. No sabía cómo era, su contextura, su tamaño, los detalles de su rostro. Solamente se conocían en lo personal. Sus sentimientos invadían el lugar en donde se encontraban cada vez que hablaban; en el caso de ella, la oficina, en el suyo, el parque, el café, el centro comercial. Todos aquellos que frecuentaba, en los que trabajaba, porque nunca dejaba de hacerlo.

Parte de su primer error fue ese. Se descuidó y no pudo separar la vida personal de la profesional. Suponía que algo así podría llegar a pasar, por desgracia, pasó.

—¿James? dijo una voz de hombre a sus espaldas.

James tenía la mente perdida, estaba concentrado en su lectura de lo que acababa de sacar de unan de las gavetas que se encontraban en uno de los puntos de trafico de Balthazar; y en Clara.

Al escuchar su nombre, supo que algo andaba mal. El sonido de aquella voz le era familiar, su memoria nunca le fallaba y, precisamente el saber de quién era, fue lo que hizo que reaccionara.

Dejó caer las hojas que tenía en la mano y llevó su mano izquierda a su cintura para sacar el arma que tenía enfundada.

No lo dudo por un segundo, que alguien, en aquel lugar, conociera su nombre, y, que esa persona que preguntó por él fuese precisamente fuera uno de esos a quien él quería evitar, era motivo suficiente para reaccionar con rapidez.

La desenfundó y apuntó hacia el origen del sonido. Todo sucedió en segundos, el hombre, quien había hallado personas inconscientes (drogadas por James para que no se acordasen de nada), entendió de inmediato lo que sucedía.

Nadie se esperaba que él estuviese involucrado, hasta lo que sabían, podría estar muerto o desaparecido. Lo importante era que nunca presento un problema ni creían que llegase a hacerlo. No era importante, solamente un hombre que renunció a la fuerza y nunca más fue visto.

Pero, él lo conocía. Sabía de lo que era capaz porque compartieron el tiempo necesario en la misma jefatura para entender la fama que llevaba arrastrando consigo.

Al entrar al lugar, para atender asuntos de negocios que le habían dicho que debía ir a buscar, y encontrarse con toda esa escena del momento, se percató de que, quien se encontraba en aquel local, podría ser el culpable del asesinato de los dos hombres de Balthazar que todos estaban buscando.

Su contrincante había pensado lo mismo. Ya tenía la mano en el arma enfundada en su cintura, protocolo, precaución. No tenía un nombre para algo tan sencillo como el instinto, sabía lo que debía hacer. En lo que percibió que James no estaba en una visita amistosa, sacó su Glock calibre 45 reglamentaria y se dejó caer a su izquierda para evitar el posible impacto de alguna bala.

Ambos dispararon a matar, sin intención de buscar explicaciones para

después. James se resguardó en el escritorio. Había poco espacio para maniobrarse y, al igual que su contrincante, las cosas estaban apretadas. No sabía cómo saldría de esa situación, aunque no duda que lo haría. No era la primera vez que se encontraba en aprietos.

—¡James! Cuanto tiempo sin verte. Dijo el hombre que entró en la habitación.

James estaba oculto, cogiendo el arma con ambas manos y tratando de descifrar en donde se encontraba el policía. Sabía que se había lanzado a su izquierda, pero necesitaba saber si había posibilidad de atacarlo por sorpresa.

—Lo mismo digo, Carl. Exclamó James viendo a los lados para buscar algo que le diese ventaja.

—Veo que no se te ha olvidado ese nombre.

James lo escuchaba cerca, pero no lo suficiente como para suponer que estaban ocultándose con el mismo medio. Lo más probable es que estuviese afuera de la oficina. Carl estaba efectivamente oculto detrás de la pared de la puerta. Luego de caer, se arrastró hacia afuera para tener mejor maniobrabilidad.

—Te lo puso tu madre, ¿o no?

—Sabes que nunca me gusto que me llamaran así.

—¿Y cómo te dicen ahora? ¿Rata?

—Muy gracioso James.

—Gracias, soy un hombre feliz.

Ya no podía planear una contramedida, porque se encontraba en medio del suceso. Sabía que debía actuar rápido, el hombre estaba afuera, era lo que él hubiese hecho de estar en su posición y, o era estúpido y no lo hizo o estaba en lo cierto.

Necesitaba salir del problema, evitar la confrontación cuerpo a cuerpo, salir herido o llamar demasiado la atención. Claro, no cabía duda de que ya había hecho lo último. El disparo de dos armas en medio del día no era precisamente la mejor forma de pasar desapercibido.

—No creo que lo seas por mucho tiempo.

—No te prometo nada, pero es posible.

Carl trató de ver por su hombre hacía el interior de la oficina y descubrir si James se había movido. No sabía cuál sería su respuesta, pero tenía en claro que debía deshacerse de él lo más pronto posible.

Si desperdiciaba balas, podría alargar el problema y acercarse a lo inevitable. James no era un hombre con el que se pudiese andar con rodeos. La fama que tenía en la jefatura no era la de un hombre fácil de persuadir.

Había llegado como alguien dispuesto a limpiar las calles de criminales. Con un entrenamiento confidencial de alguna célula del gobierno que nadie conocía, James era la última persona con la que esperaba encontrarse. Había cumplido todo su tiempo de trabajo, el ser policía era un sencillo hobbies.

Las cosas comenzaban a tener sentido. No había rastros de nada, no había nadie jorungando en sus vidas ni amenazando su organización, pero, una vez lo vio, no dudo en pensar que algo estaba sucediendo.

James no era conocido por hacer cosas al azar. Cuando desapareció, los agentes corruptos suspiraron de alivio al saber que la única persona que no habían corrompido y podría significar un problema se había ido. Pero, si lo que creía era cierto, y las personas muertas en la mansión del señor Balthazar eran obra de él, no estaba ahí por error.

—James, ¿qué estás haciendo hurgando entre las cosas de Balthazar?

—¿Algún problema con tu nuevo señor jefe? ¿Qué sabe él de mí?

—Nada, ni siquiera sabía que tenía un problema encima.

—Entonces, ¿por qué dices que estoy hurgando? Creo que esto es un mal entendido.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué no sales y sueltas tu arma?

—Carl, dije mal entendido, no que fuese un idiota.

—Era para ver.

—Sí.

—¿Entonces? ¿Qué te trae por aquí? ¿Qué estás buscando? ¿Te aburriste?

—No, solo estoy ayudando a alguien.

Las palabras de James parecían estar repletas de sátira e ironía. No sabía si era cierto o no, pero, no quería confiar en alguien que podría llegar a ser

peligroso. Las probabilidades apuntaban en que estaba trabajando para los federales.

—No veo que estés aquí por algo tan sencillo como «ayudar a alguien».

—No me sobreestimes, Carl, no estando a punto de morir.

—Palabras muy fuertes, James, tal vez solo quiera hablar.

—Creí haberte dicho que no era un idiota.

—Me estoy arriesgando.

—Que mala suerte.

—¿James?!

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo tienes trabajando para los federales?

—¡Jajá!

James conseguía gracioso las sospechas de Carl. Eso demostraba lo poco que sabían de él, tal vez pensaba que su presencia significaba una amenaza para la organización delictiva que manejaban. Era evidente que le tenían miedo a la posibilidad de que algo más grande que ellos estuviese sucediendo.

Se arrepintió de haber matado a esos dos guardaespaldas. Sus acciones habían desatado una serie de preguntas que no parecían ser respuestas y que creaba confusión entre los criminales quienes creían que todo era peor de lo que parecía. Se aseguró de no dejar rastros, ni evidencias, pero, su pequeño error los hizo enloquecer.

Se imaginó a todos preguntándose qué otra familia criminal estaba atacándolos, sí eran los policías, los federales o alguien más arriba de la cadena alimenticia.

—¡Qué adorable Carl!

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada.

James vio la hora en su reloj para saber cuánto tiempo había tardado. Faltaba poco para que llegasen personas a socorrer la situación, probablemente alguien había llamado al novecientos once.

—Bueno Carl, fue una linda reunión, creo que me tengo que retirar.

—¿A qué te refieres con eso James?

James no respondió, pensó en la posibilidad de irse sin hacerle daño, pero, el que estuviese allí significaba que estaba metido en algo peligroso. Siempre supo que era un policía corrupto, pero, no quería matar a nadie ese día. Era una situación frágil y sabía lo que debía hacer.

—Lo siento Carl. Dijo James, para acompañar sus palabras con una ráfaga de disparos que tomaron por sorpresa a Carl.

—¡Oh mierda!

James apuntaba a la pared, para irse acercando a esta, con el fin de que Carl no se moviera de su posición. Nadie saldría en medio de un tiroteo a descubrirse y correr el riesgo de terminar herido. Ese razonamiento puso a Watson a la delantera.

Ya lo suficientemente cerca, cesó los disparos para poner en marcha la segunda etapa de su plan con el fin de tener una apertura.

—Ahora dijo Carl para sí mismo y se asomó.

En ese momento, con el arma en posición, le sorprendieron los disparos de James. Uno logró darle en la pierna, ya que este esperaba que estuviese sentado en el suelo. Las probabilidades apuntaban a que le daría en la cabeza, pero, el pequeño desliz de la situación marcó la diferencia.

Al ver que estaba parado, mientras la gravedad hacía su trabajo, trató de apuntarle al hígado y así darle una muerte lenta pero segura. Calculaba que en lo que tardaba él en desangrarse, podría huir de la escena por la puerta de atrás sin ser visto.

Disparó dos veces después para distraerlo y asustarlo, dejando a Carl en el suelo mientras maldecía del dolor. Había soltado su disparo definitivo, pero no pudo detallar si dio en el blanco porque su ex compañero comenzó a atacar.

Su arma seguía en posición, pero sin tener a su contrincante a la mira. Movimiento del gatillo tras movimiento, comenzó a disparar a diestra y siniestra sin pensar en donde terminarían sus balas. Lo importante era alejar a James; alejarse él de la parca. Su radical decisión le permitió evitar que este le diese el disparo de gracia.

James no tuvo de otra que suponer que había dado en el blanco, así que salió de inmediato por una de las puertas que estaba a su espalda, que daban al pasillo hacía el baño. Atravesó todo el lugar hasta la salida trasera, por donde entraban los camiones de carga y amainó el paso para no parecer sospechoso.

Las miradas iban hacía la entrada, en donde se había producido el tiroteo. Sabía que en lo que Carl vio que se había marchado, pudo dar su descripción y llamar por refuerzos, en el caso de no haber muerto casi de inmediato. Le preocupaba que no fuera así, porque eso podría significar un problema para él, para su identidad y la seguridad de su cliente.

Se las arregló para escapar de la escena sin ser visto, nada del otro mundo cuando te sabes camuflar entre la multitud. Era un barrio concurrido, algo como eso habría llamado la atención de cualquiera.

James podía escuchar el sonido de las sirenas de las patrullas acercándose por todas las direcciones, pero sin que ninguna de ellas reparara en él. Pero, parte de su confianza, se vería afectada más tarde ese mismo día.

Mientras se perdía entre sus pensamientos, pensando que se había escapado de algo que podría llegar a mayores, sus problemas tan solo parecían estar cerca de empeorar.

La bala que casi le cuesta la vida, se encontraba unos centímetros más arriba del hígado. Por poco, no la contaba, cosa que, consagró la fortuna de muchos.

* * * *

Clara estaba terminando su jornada laboral, faltaba una persona por llegar y las cosas iban de maravilla. Había tratado de olvidar lo sucedido con James días atrás, con suerte, este no le había comentado nada al respecto en las últimas llamadas que había hecho. Trato de dejar el tema como algo del pasado, mientras se concentraba en cosas de mayor importancia.

En ese momento, alguien llamó al comunicador.

—¿Hay alguien?

Clara levantó el micrófono que conectaba la comunicación con la entrada y respondió.

—Sí ¿Qué desea?

—Asuntos personales.

Era un cliente, eso era bueno. Podría salir antes de lo que esperaba y verse con su hija. Tocó el botón para darle paso a la persona en la entrada y se dispuso a esperar que tocaran la puerta para atenderles. Mientras llegaba, acomodó sus cosas en su bolsa para que, en lo que terminasen la entrevista, poder irse a casa.

Siempre tardaban en subir, casi siempre eran personas ancianas o que no se sentían muy seguras consigo mismas. Algunos llegaban con sus niños o amigos realmente cercanos porque andaban de paso, sentían miedo de ir solos o querían pasar desapercibidos.

Calculó un minuto y medio antes de que ese cliente tocase a la puerta.

De repente, la puerta sonó. Un golpe sutil en el vidrio, necesario para llamar su atención, le alarmaron un poco. Había llegado antes de lo que esperaba. Se sobresaltó al escucharlo, pero, no le dio importancia y se levantó a atender. Era un hombre, se supone que debía serlo, eso identificó en por el micrófono de la puerta.

Se notaba que era alto porque su sombra distorsionada por el vidrio era bastante grande. Se preguntaba por qué alguien de ese tamaño habría de necesitar la ayuda de un investigador privado. Al llegar a la puerta, la entre abrió para preguntar qué deseaban; la segunda parte del protocolo de ingreso: asegurarse.

—Buenas, qué desea...

En ese momento, en lo que movió la manija de la puerta, sintió como un empujón la proyectó hacia el escritorio, rompiendo su equilibrio y dejándola por completo desconcertada. No sabía que estaba sucediendo, pero, aquel golpe le había aturdido hasta casi noquearla. El hombre se abrió paso en la oficina y le dio un golpe en el rostro que la dejó inconsciente.

Se movió, pero, algo le apretaba las muñecas. No sentía dolor solo en el lugar en donde había recibido el puñetazo de aquel gorila, ni en la espalda, que fue con lo que aterrizó en el escritorio antes de caer inconsciente. Sus brazos, piernas y manos estaban completamente adoloridas. La cabeza estaba a punto de explotarle y los ojos le ardían.

Escuchaba sonidos ahogados, un llanto que parecía estar a lo lejos y un calor increíble. En ese momento, el lloriqueo se hacía cada vez más intenso, la estaba aturdiendo, lo que le obligó a abrir los ojos para identificar el motivo de aquellos gritos. Cuando por fin terminó levantar sus párpados, pudo notar que se encontraba amarrada a una silla, una que le era realmente familiar.

Todo estaba borroso, tal vez por el sudor que le corría por la cara. Sus cabellos estaban por todo su rostro, pegados y húmedos. En eso, identifico aquel lugar como la sala de su casa, lo que le hizo entender, casi de inmediato, que los gritos eran de una niña.

Intentó moverse, pero la cinta en sus extremidades frustró sus ganas de identificar de dónde venían los gritos. Era la voz de Karen, estaba completamente segura que era ella. Trató de buscar una forma de dar con su hija, pero, no pudo.

—¿Karen?! ¿Karen? ¿Querida? ¿Dónde estás? gritó Clara.

—Vaya, ya despertaste. dijo un hombre.

—Ya no necesitamos de ella, ya la mujer despertó. dijo una voz diferente a la primera.

—Mamá exclamó su hija, con el terror quebrándole la voz.

—¡Cállate de una buena vez, maldita enana! ordenó una voz gruesa y aterradora.

Inmediatamente después de escuchar un grito ahogado por lo que parecía ser un golpe, los llantos de su hija cesaron.

—¡Karen! gritó Clara al entender lo que había sucedido.

—Bien.

—¿Qué le hicieron a mi hija? ¿Quiénes son ustedes?

—Bueno, señora... Clara dijo un hombre a su espalda, leyendo un carnet de identificación según dice esto.

En lo que se puso a la vista de Clara, le lanzó su carnet en el pecho y se puso de frente a ella.

—Nosotros somos quienes haremos las preguntas.

Era un hombre mayor, tal vez de unos cuarenta y tantos, con un traje de vestir

que se notaba realmente costoso. Era ridículamente blanco, como los que usa la gente que sabe que no deberá limpiarlo porque no lo vestirá más de una vez.

—Pero si responderé a esa pregunta. Mi nombre es Balthazar Pierantoni, y creo que usted conoce a alguien que estoy buscando.

CAPÍTULO VII

Sin contemplaciones

James había llegado a la oficina para revisar como había quedado todo, un ritual que tenía para sentirse cerca de Clara. Pero, en lo que se acercó, pudo notar que la puerta no estaba cerrada con llave. Algo no andaba bien. Al entrar, vio como las cosas estaban desordenadas y de inmediato se preocupó por lo sucedido. En ese instante, cogió su móvil para llamar al móvil que le había dado a su mano de derecha.

—¿Clara? ¿Dónde estás? Dijo completamente preocupado, un tono de voz que no acostumbraba a usar.

—Señor James, veo que no era mentira lo que nos dijo esta amable señorita.

—¿Quién demonios habla?

—Supongo que me conoce, entró a mi casa, señor James, y me temo que las cosas en este país no se dan por sentado.

—Entro a la casa de muchas personas. ¿Quién demonios eres? ¡Dame un maldito nombre!

James no estaba para adivinanzas. Todas las personas que conocían procuraban un peligro para él, todas eran una potencial amenaza, pero no para Clara. Se las había arreglado para que ninguna persona realmente peligrosa se acercara a ella, ninguna...

Pero, sí hubo una.

Había olvidado por completo que la esposa de Balthazar no lo había contactado como acostumbraba a hacer con los que consideraba amenaza. Era una mujer con un bebé y con problemas con su marido. Fue allí cuando todo cobró sentido.

—Mi nombre es Balthazar...

James, no dejó que hablara. Le interrumpió para insultarle con desprecio:

—Pierantoni. Sí, ya sé quién eres, maldito bastardo.

—Entonces sí sabías quien era, para que me preguntas...

Volvió a hacerlo.

—No me importa quién demonios seas. Has cometido un maldito error.

James colgó la llamada sin dar ninguna explicación. No sabía de lo que aquel hombre era capaz, pero, no podía perder más tiempo con eso. La vida de Clara estaba en riesgo y todo era por su culpa.

Sacó de su bolsa un dispositivo de rastreo que siempre cargaba consigo. Lo había puesto en las llaves para saber con exactitud dónde estaban. No dejaba nada al azar, si se perdían, cualquiera podría entrar a su oficina, la única forma que creía posible, la única en que eso podría suceder. Pero, él no contaba con que alguien se acercara directamente a su mano derecha como cliente. El error que le costó caro.

Corrió con suerte que los perpetradores se habían llevado la bolsa de Clara, lo que ubicaba las llaves dentro de esta. El punto en donde se encontraban era el mismo de siempre, aquella que evidentemente era la casa de su asistente. Estaba unas cuantas calles, sería sencillo llegar. Salió a toda prisa del lugar hasta la calle y se detuvo para buscar algún tipo de transporte.

James sabía que sería estúpido llamar a un taxi y no tenía coche propio por lo que, su primer movimiento fue hacerse con alguno estacionado. A unos cuantos metros, diagonal a su izquierda, se encontraba un vehículo negro. Un Chevrolet Camaro RS del noventa y uno. Rompió el vidrio para subir el seguro, abrir la puerta e ingresar en él.

Tras haber sacado los cables debajo del volante y unidos los adecuados para encenderlo, hizo rugir el motor y aceleró lo más que podía.

Ya sabía en donde vivía Clara, había estado allí antes, de noche, con la excusa de que la cuidaría si algo llegase a pasar, cuando realmente se debía a que tenía la intención de tocar a su puerta y anunciarse, verla, tal cual siempre había querido. No habían pasado tantos minutos desde que colgó la llamada. Lo que para él pareció una eternidad, para Balthazar fue segundos.

—¡Más te vale que no le haya pasado nada a Clara! Exclamó James al volante, manejando como un maniático por la calle.

—No se preocupe, señor James, que, no ceo en la muerte rápida. Soy más de los que prefieren ver a alguien morir lenta y dolorosamente.

—No me importan tus malditos gustos gritó James, a pesar de estar realmente

preocupado por la seguridad de Clara.

—Espero que esté en lo cierto señor James. Pero, cuando desee hablar apropiadamente, lo escucharé.

—¿Dónde demonios estás, maldito?

—¿Realmente cree que le voy a decir? Esos hombres que mató eran grandes amigos míos, y esperando que usted sienta lo mismo por esta señorita, que, según mi amada esposa, es su mano derecha, le haré sufrir la misma pena que me hizo sufrir usted a mí.

—No te atrevas a tocarla, maldito.

—Señor James, si ya la he tocado lo suficiente, de hecho, hace rato que la dejé con mis hombres, así que no creo que sus amenazas acomoden eso.

James estaba cada vez más cerca del lugar. Trataba de ganar tiempo, hacerle creer que no sabía dónde estaban para saber cómo demonios habían dado con ella.

—¡Te voy a matar!

Balthazar estaba disfrutando el momento. Exteriorizó su risa lo más alto posible para que James lo recordara para toda la vida. No quería matarlo, quería vengarse, pagarle con la misma moneda. Por la forma en que reaccionaba, que se notaba que era una ira genuina, la mujer atada a la silla le importaba bastante, lo que quería decir que, conseguiría los resultados deseados.

—Señor James, espero tenga suerte encontrándome.

Dijo Balthazar antes de colgar.

James detuvo el coche a unos cuantos metros de la acera, se bajó y subió lo más rápido que pudo las escaleras. No sabía cuántas personas habría allí, ni si era del todo peligroso. La ira invadió por completo sus pensamientos, lo que hizo que la adrenalina en su cuerpo se elevara lo suficiente como para hacerle olvidar pequeños segundos de las cosas que hacía.

Antes de darse cuenta, ya se encontraba pateando la puerta de la casa con el arma en la mano. Con un solo golpe rompió el seguro y se abrió por completo. Un hombre estaba en la cocina, a unos diez metros de la entrada, mientras que otro estaba en frente de Clara, quien estaba parcialmente inconsciente (aún se

movía) siendo tocada por aquel gorila.

En lo que sonó el golpe en la puerta, Clara dio un grito que fue ahogado por la cinta que le cubría la boca. Se asustó al creer que ese fue el sonido de un disparo, lo que le despertó casi por completo.

James los había identificado, eran los mismos que «cuidaban» a la mujer de Pierantoni. Su primer impulso fue sencillo:

A penas vio que el de la cocina estaba muy lejos de él, pero lo suficientemente cerca de la niña que estaba más atrás, actuó como sus instintos le dijeron que hiciera. Primero, le disparó tres veces en la pierna al que tenía más cerca para evitar que tocara a Clara y le apuntó al que estaba lejos. Este, casi tan rápido como él, se movió a un costado mientras desenfundaba su arma, para, en menos de unas cuantas milésimas de segundos, comenzar a disparar.

James se lanzó al suelo, empujándola a ella, quien gritó del susto, para que se alejara de la línea de fuego, le dio un golpe con el mango de la pistola en la cabeza al que yacía en el suelo y le puso la rodilla en donde estaba sangrando para que se concentrara en el dolor, mientras que con uno de sus pies le apartaba la mano más cercana a su cintura, que era en donde se encontraba el arma.

El mastodonte que estaba en la cocina no se cubría por completo, dejando más a la vista de lo que protegía con la pared de madera. Parecía que sus movimientos estaban reducidos, pero no dejaba de disparar. James no quitaba la vista de la pequeña que, a pesar de estar parcialmente segura, corría el riesgo de ser alcanzada.

Clara gritaba desesperadamente tratando de espantar las balas con su voz ahogada. Tenía los ojos cerrados, no sabía qué estaba sucediendo mientras se preocupaba por la seguridad de su pequeña.

Todo sucedió en segundos. Mientras que estaba en el suelo, casi sin ningún esfuerzo, en el momento en que el gorila número uno salió de su patética cobertura para dispararle de frente, James le disparó al hombre dos veces en el pecho y una en la cabeza. Su entrenamiento era impecable, dando resultados casi perfectos.

El gorila número uno, que yacía en el suelo, estaba gritando de dolor, mientras intentaba levantar el peso completo de James, quien no tenía nada que envidiarle a su tamaño, y trataba de alcanzar su arma. El investigador Watson,

al confirmar que el otro había caído muerto, se movió ágilmente apuntando la pistola a la cabeza del tipo.

—Sí te mueves, te mato. Le dijo James, con su gruesa voz.

El sonido de esta, llamó la atención de Clara. No había forma en que pudiese equivocarse, lo había escuchado por casi dos años, había memorizado el timbre de su voz por completo. Lo idealizaba todas las noches, recordando las conversaciones del día hasta quedarse dormida. Era él, James estaba justamente al lado de ella, en su casa, rescatándola.

—Dime en donde está Pierantoni.

—No te voy a decir, maldito. Dijo el gorila número dos, mientras se quejaba de dolor.

James le presionó más la herida en la pierna.

—¡Habla!

—Está bien, está bien. Se dirige a su cas...

Sonó otro disparo. Clara cerró los ojos. Era suficiente, ya con eso sabía en dónde podía estar Balthazar, así que no le importaba lo que sucediera con el gorila. La bala atravesó su cabeza dejando un orificio caliente en su frente del que poco a poco, segundos después penetrar su cráneo, comenzó a bombear sangre a oscura y espesa.

Él estaba concentrado por completo en el hombre tendido en el suelo. Su arma no se separaba de su frente y Clara, ya habiendo abierto los ojos para ver qué sucedía, acostada de lado todavía atada a la silla, dijo su nombre, el cual fue ahogado, de nuevo, por la cinta en su boca.

James rompió su concentración, dejó caer el arma al suelo y se acercó a Clara.

—¡Clara! Exclamó James . Clara, Clara, ¿estás bien?

Clara asentía con la cabeza, dominada por la adrenalina del momento.

—Te voy a quitar esto, espera.

Ella asintió y James le retiró con cuidado la cinta que le cubría la boca para evitar irritarle porque, claro, lo que más le importaba era tener la piel suave con todos los golpes que había recibido. En lo que la retiró, pudo hablar.

—James, James, Karen. ¿Cómo está Karen?

James sabía que así se llamaba su hija, habían hablado tantas veces de ella. En ese momento, corrió hacia ella para saber cómo se encontraba. Estaba acostada en el suelo entre la mesa del comedor y la cocina. Le tomó los signos vitales y pudo notar que estaba viva, sana y salva. No estaba tan maltratada como Clara, lo que le procuró cierto alivio.

—Clara, Karen está bien. Solo está inconsciente.

En lo que escuchó eso, Clara repetía su nombre, sintiendo como las pocas fuerzas que le quedaban se iban amainando lentamente. Su hija estaba a salvo, que era lo que realmente le importaba en ese momento, así que, una vez teniéndolo en cuenta, se permitió caer de nuevo inconsciente.

A las pocas horas de haber caído inconsciente James se las arregló para limpiarle las heridas, las cuales eran pocas, más que todos moretones en los lugares con los que había aterrizado al caer y dos golpes en la mejilla.

Clara recordaba su tortura como algo más intenso. Atendió a Karen, revisando que no hubiese sufrido ningún daño grave. Estaba apenado por lo que había sucedido; cometió un error y ese error casi le cuesta la vida a su preciada mano derecha y a su hija.

Clara estaba en una cama, con ropas nuevas y frescas. James la había arropado para que no tuviese frío. El dolor de cabeza le estaba matando, tal vez se debía por los golpes o el estrés de todo lo que sucedió. La voz de su empleador se escuchaba distante, pero, parecía que estaba hablando con alguien que no le daba respuesta. Tardó en despertarse por completo, por lo que solo se concentró en el habla de su jefe.

—Ya debe estar llegando a ti lo que te envié. Es todo lo que he encontrado de tu «amigo» Balthazar. dijo James, molesto . Si suponen que puede llegar a ser de utilidad, más les vale atraparlo antes que yo.

James se escuchaba enojado, algo le perturbaba. No era la forma en que lo recordaba: alegre, animado, bromista. Era la voz de una persona que intimidaba, imponía respeto. Sentía como cada palabra golpeaba a alguien que de seguro se estaba sintiendo aterrado del miedo; con mucha razón.

El policía al otro lado de la línea no sabía cómo decirle a James que estaba a punto de ser descubierto por Balthazar. Trató de explicarle lo sucedido, todo acerca de la información que manejaba, pero, él no le dejó terminar. Estaba aterrado, pensando en sí accedía a hacer las cosas de la forma que quería o si

se resguardaba y limpiaba las manos como todos los demás hacían cuando algo parecido sucedía.

Pero, James no le dejó otra opción. Él sabía que el investigador privado lo conocía, que no le convenía darle un no como respuesta en el estado que se encontraba. Sí, no era su culpa nada de lo que había sucedido, mas desde su perspectiva, todo parecía apuntar que sí lo era.

—Pero, James dijo el detective de la policía intentando que no le escuchasen, no sé si eso nos sirva de algo.

—¿No tienen una investigación en marcha? ¿Algo?

—Sí, pero las cosas están muy alocadas en este momento.

—No me interesa. ¿Quiere ayuda de los federales? ¿De personas que sí hagan la diferencia?

—James, eso no es lo que sucede.

—Lance, no me interesa lo que supongas creer. ¿Estás o no en contra de lo que sucede en tu unidad?

—Sí lo estoy... dijo Lance, intentando decirle que temía por su vida, justo antes de que James le interrumpiese : pero es que...

—Entonces ármate de valor. Ya la información debe estar llegando a donde te dije que estaría. Si no la quieres, se la daré a alguien que si la necesite. Tengo suficientes medios para deshacerme de él, pero, solo por esta, para no derramar más sangre, intentaré de que sea por la justicia.

—James, yo...

James colgó la llamada. Lance estaba absorto de problemas en cuanto a las cosas que le propiciaba James. No sabía que hacer al respecto, todo le parecía difícil, aterrador y peligroso. Aunque, él tenía razón.

No sabía cómo, ni por qué, pero el detective tenía un punto: o dejaba que la ley hiciera su trabajo o él haría justicia por sí mismo. Supuso que tenía motivos para no actuar de esa forma, no creía que ningún sentido moral lo estuviese deteniendo.

Dejó escapar un suspiro para ver si los problemas se disipaban con su respiración, pero las cosas continuaron como estaban yendo. Se armó de valor para levantarse, cogió el papel de su escritorio en donde había anotado la

dirección en donde se vería con el mensajero para luego seguir las instrucciones de James.

No le quedaba otra que confiar que todo lo que necesitaba estaba allí, tan solo le hacía falta conseguir los medios adecuados para atrapar a Balthazar. Le parecía increíble como un simple investigador privado podría llegar a ser tan eficiente.

Clara por fin terminó de despertar, quejándose a medias del dolor que le aquejaba. En lo que escuchó que ya estaba lucida, justamente después de colgar, James se giró para asistirle.

—Clara, no te muevas. manifestó preocupado , toma, bebe esto.

Cogió un vaso de agua que había puesto en la mesa de noche al entrar a la habitación minutos atrás y cogió las pastillas que había puesto al lado para aliviar el dolor en cualquier momento.

—James intentó decir Clara.

—No hables, tranquila. Todo está bien.

Clara se llevó las pastillas a la boca que James le había puesto en frente y las pasó con un trago del agua que le había entregado.

—Tan solo falta que te relajes un poco para que te sientas mejor.

—Me duele la espalda.

—Sí, no sé por qué, pero tienes un golpe allí.

—James, ¿por qué? clara intentaba saber por qué había sucedido todo eso. Quería saber de qué forma ella lo había arruinado todo . Es mi culpa, lo siento, tuve que ser más precavida yo...

—No te preocupes Clara, no fue culpa tuya. Todo esto fue un error mío.

—¿Tuyo?

—Sí.

—Pero, si tú no has hecho nada malo.

—Te envié un cliente que no te correspondía, Clara, y eso las puso en peligro a las dos.

Al escuchar que las dos estuvieron en peligro, los gritos de su hija que le

habían despertado mientras se encontraba en la silla, regresaron a ella para atormentarla.

—¿Las dos? exclamó Clara, para luego agregar preocupada : ¿Dónde está Karen?

—Está acostada en la habitación de al lado. Por lo visto se encuentra mejor que tú. Hace rato se despertó para comerse algo y luego se volvió a ir a su cama.

—¿Seguro?

—Sí, estaba aquí cuidándolas por las últimas seis horas.

—¡¿Seis horas?!

—Sí, llevas inconsciente seis horas, Clara. Disculpa que no haya llegado antes, o que no hubiese tenido la seguridad necesaria para haberte evitado esto.

—No te preocupes, creo que tendrás una explicación para ello.

—Las puse en peligro y, por lo que sé hasta ahora, lo siguen estando.

—¿Por qué lo dices?

—El hombre que las secuestró sigue suelto. Puede que ya estén a punto de atraparlo, pero, hasta que eso no suceda, no podrán estar realmente a salvo.

Los días pasaron. Luego que se despertaron, antes de que todo se hiciera más complicado de lo que ya era estar en la escena de un tiroteo, James se las llevó a las dos a un lugar de confianza en donde se sentía realmente seguro. Era una pequeña casa en unos suburbios cercanos al lugar.

Parecía algo que no trataba de ser un hogar real; se notaba que la persona que vivía allí no estaba interesada en el decorado ni en acondicionar la casa con lujos. Tenía todo lo necesario y nada más.

Fue poco la cantidad de veces que se escuchaba la voz de James, siempre en la ventana revisando que nadie estuviese vigilándolos. No era parte de su forma de ser, pero, los recientes sucesos lo hacían parecer extremadamente precavido. Clara, al momento en que lo vio luego de eliminar el efecto de las drogas y el dolor, pudo detallarlo a la perfección.

Su rostro, cuadrado y firme, era todo lo que se había imaginado. Un mentón fuerte, unos labios gruesos y carnosos que deseaba sentir de cerca. Sus ojos,

de un color verde claro, le daba la impresión de que el hombre oscuro que pretendía ser en su memoria no era más que un individuo con una mirada tranquila, común, sencilla y hermosa. Su cuerpo, era grande, cuadrado. Deseaba poder verlo desnudo, tocarlo.

Recordaba cómo se sentía cuando la abrazo en el momento en que la rescató. Sus dos manos fuertes y grandes le daban un sentido de seguridad que la alejaba de cualquier peligro.

Sentía que, de haberlo conocido antes, nada de eso hubiera sucedido (descartando y quitándole importancia al hecho de que parte de lo sucedido fue su error) porque pensaba que, de haber sido así, habría buscado la forma de quedarse entre sus brazos.

James estaba idiotizado con la belleza de Clara. No era una mujer extraordinaria, no era una modelo europea ni nada por el estilo. Pero, su rostro era impecable, atractivo, completamente hermoso y lo que cualquier hombre con un sentido común apreciaría de inmediato.

Su cuerpo era una escultura cincelada a la perfección. No tenía mucha ropa de donde elegir ya que cuando salieron de su departamento no le dio tiempo de escoger todo lo que usaría. Llevaba siempre prendas ligeras, o ajustadas lo que dejaba en claro que los detalles de su figura, cosa que lo traían loco y preocupado por su cordura.

De tanto en tanto se observaban con una mirada traviesa e inofensiva, poco a poco los días pasaron y la presión de seguridad que James inyectaba en el ambiente fue disminuyéndose haciendo un tanto más acogedor el lugar.

James había cometido el error absoluto: relacionarse. Estaba cerca de alguien, compartiendo su comida, su mesa, su casa. Eso no era lo que se había planteado tantos años atrás para mantenerse seguro, pero, a pesar de todo eso, a pesar de lo que el instinto y sus principios le indicaban, seguía allí, le gustaba todo eso.

Eso, presentaba una valla en su relación con Clara. Las conversaciones que mantenían no eran tan ligeras ni cómodas como lo eran por teléfono, pero, los dos entendían que el verse mutuamente era algo que no podían cambiar ahora que lo habían probado. A pesar de que eran pocas las cosas que se decían, mantenían una sonrisa tatuada en el rostro cada vez que sus miradas se cruzaban.

En poco tiempo, James hizo la llamada al detective de la policía. Necesitaba saber cómo iba todo, si habían logrado atrapar a Balthazar y librar del yugo que procuraba a Clara de una vez por todas.

—¿Cómo va todo en la investigación?

—Bueno, La buena noticia es que asuntos internos se las arregló para ayudarnos, junto con la colaboración de varios oficiales justos, conseguimos la célula del problema y todos los implicados fueron arrestados.

—¿Todos? ¿Incluyendo a Balthazar?

—Alguien le informó lo que estaba sucediendo. Lo encontraron tratando de escapar de la ciudad. Estuvo a punto de irse, pero conseguimos cogerlo a tiempo.

—Entonces está preso.

—Efectivamente.

—¿No hay más problemas entonces?

—No, para nada.

—Eso me parece perfecto. dijo James, por fin dejando liberar la presión y la culpa que oprimían su cuerpo.

—Supongo que no se te hizo demasiado difícil arreglártelas para hacer algo que nosotros no pudimos.

—Si tú lo dices.

James ya estaba a gusto con los resultados de su investigación. Las cosas marchaban positivamente, sin tomar en cuenta que aún tenía el problema de su identidad comprometida. Pocos eran los que le habían visto y sabían quién era, casi ninguno, la verdad.

James Watson estaba sentado en lo que se suponía era su sala de estar hablando sobre los asuntos que se acababan de narrar. Colgó la llamada, ya no era necesario seguir conversando. Cualquiera otra cosa, habría de asistirle con cuidado, sin dejar más cabos sueltos.

Clara llevaba a su hija al colegio en un taxi pagado por él. Al regresar, que se supone que lo haría, le daría la noticia. Dudaba que ellas quisieran estar de nuevo en esa casa en donde habían pasado aquel susto, por lo que debía mencionarle la posibilidad de buscar otro hogar.

No quería tener problemas, solamente mantener su vida como la llevaba hasta el momento. Desconocía si la relación que tenía con clara seguiría como iba, si ella accedería no volver a encontrarse con él que, bien sabía, no sería posible.

Faltaban pocos minutos para que regresara.

Clara había ya había dejado a su pequeña en el colegio, no quería que bajo ninguna circunstancia perdiese clases y, de una forma adecuada, que olvidara lo que había sucedido. James le recomendó que la llevase a terapia para que entendiese lo que les pasó.

Que él conocía a alguien bueno en el campo. Ella, tomó eso como algo confuso ¿Cuántas personas habrían pasado por lo mismo? Era fácil descifrar, que, por la forma en que, ahora sabía, que era su jefe, el tipo de trabajo que por tanto tiempo mantuvo lejos de ella, era algo realmente peligroso.

Se mantuvo al margen. No quería preguntar, ya sabía que James se sentía culpable por lo sucedido, pero, ella estaba segura que eso no le importaba porque le salvó. Bien pudo haberlo evitado, pero, eran cosas que a cualquiera habría pasado por alto. Ignoraba por completo que él no era de esos, también que parte de su descuido fue por estar todo el tiempo pensando en ella.

Todas y cada una de las razones que conocía y que no, eran suficientes como para no querer tocarlas, o pensar demasiado en ellas. Clara estaba parcialmente a gusto.

Sí, aun aterrorizada por lo que le sucedió, temiendo por su vida y por al de su hija, pero, James les prometió mantenerlas a salvo de ahora en adelante, cosa que le daba seguridad. Mientras el taxi se dirigía a aquella dirección, poco oculta para alguien que vive en secreto, su cabeza reproducía un sinfín de situaciones.

Quería agradecerle a James el esfuerzo que había dedicado en salvarlas. Claro, para él fue casi un juego de niños, localizarla, ir hasta ella y rescatarla. Pero, no lo veía así. En su cabeza él estaba realmente preocupado por su salud y, a pesar de estar en lo cierto, pero no saberlo, eso le fascinaba.

Era una forma extraña de hacer crecer lo que se siente por una persona, pero, ella estaba al tanto de que la relación que mantenían no era precisamente normal, si es que se le podía llamar a eso relación.

Estaba dispuesta a dar el siguiente paso, sea lo que sea que eso signifique.

CAPÍTULO VIII

Desde hace tanto tiempo

La puerta sonó, Clara había vuelto. James fue directo de donde se encontraba para abrirle a su mano derecha. Ambos querían hablar, dejar las cosas en claro para evitar que todo saliera mal, que todo se complicara. Ella estaba esperando al otro lado de la puerta a ser atendida, ansiosa por entrar.

Al ver que no le abrían todavía, tocó una segunda vez, pero esta, golpeándola y no anunciándose con el timbre.

—¿Habrá salido? se preguntó.

Le preocupaba el hecho de que, de haber salido, ella no tendría a dónde más ir. No quería regresar a su casa, en donde no sabía si todavía se encontraban los cadáveres tirados en el suelo ni los orificios de bala en las paredes y muros.

Tal vez James se había cansado de ella.

En lo que iba a tocar de nuevo la puerta, esta se abrió.

—James dijo risueña.

James abrió de par en par, evidentemente sabía que era ella, nadie más habría tocado su puerta, nunca lo hacen.

—Clara, llegaste. ¿Todo bien? Preguntó James, dándole paso para que entrase.

—Sí, ya dejé a Karen en la escuela, así que solo nos toca esperar a que regreses.

—¿Cómo lo tomó?

Clara entro a la casa y, una vez adentro, James cerró la puerta a su espalda.

—Bien. Estaba hablando como de costumbre, pero, creo que aun así tendrá que tomar esa terapia que mencionaste.

—Claro que debería. Es lo más adecuado, así evitamos que cree un trauma de eso.

—Bueno. Y ¿estabas ocupado? ¿Te interrumpí? inquirió Clara tratando de

saber por qué tardó tanto en abrirle.

—No, solo estaba buscando las llaves para abrirte.

—Bien, bien.

Ambos sabían que se encontraban en una posición delicada. James quería mencionarle la posibilidad de que se mudaran, pero sin dejar abierta ninguna duda, sin hacerla creer nada que no fuera del todo normal. Ella, quería pasar a la siguiente etapa de su relación, conversar acerca de lo que sentía por él y de si él sentía lo mismo por ella.

James hizo un gesto para que pasara a la sala, en donde podrían conversar mejor. Él, se detuvo en el medio del camino para regresarse a la cocina y tomar unas bebidas de la nevera. No tenía nada que pudiera ser adecuado para el momento, así que cogió dos cervezas que había guardado.

—¿Quieres una cerveza? preguntó a lo lejos.

—Sí, no hay problema.

James las tomó, las abrió, limpió el pico y fue de nuevo hasta la sala en donde se encontraba Clara ya sentada, para posicionarse al lado de ella.

—Entonces, cuéntame, ¿qué más te dijo Karen?

—Bueno, estaba calmada. No parecía preocupada por regresar. Esta mañana se despertó normal, a pesar de haber faltado varios días, no parecía sentirse incomoda.

—Me preocupa lo que puede estar pensando.

—Sí, pero confié en que estará bien, a pesar de todo, es una niña inteligente y muy preparada.

—Si se parece en algo a ti, no creo que tenga problemas en la vida.

Clara y James se miraron mutuamente, deseando poder decirse lo que querían, sin rodeos, sin miedo, eliminando el muro que los dividía como alguna vez hicieron al teléfono. Los dos se llevaron sus botellas a la boca y tomaron un sorbo de cerveza para pasar el mal trago que les producía la incomodidad del momento.

Clara se llenó de valor y dio el primer paso:

—James...

James se quedó en silencio, atento a lo que ella iba a decir.

—¿Qué pasará ahora?

—¿Con Karen? Bueno, creo que poco a poco comenzará a decir lo que le sucede, y si la llevas a terapia, se puede... James intentaba explicarlo que podría suceder, sin percatarse del verdadero motivo de su pregunta.

Clara le interrumpió.

—No, con Karen no. Con nosotros.

Podría parecer que no le daba importancia lo que le sucedería a su hija, a lo contrario, le preocupaba mucho su salud mental sólo que, lo que había entre ellos dos, llevaba más que unos cuantos días atormentándola.

—¿Con nosotros? ¿A qué te refieres? preguntó James, tratando de evadir la pregunta.

—James, quiero saber si podremos llegar a algo, si después de esto nos volveremos a ver.

—Bueno, creo que deberá llegar un momento en el que tengas que buscar un nuevo hogar. dijo James.

Sus palabras se quedaron en el aire, abriendo un sinfín de posibilidades, dejando en la mesa todo lo necesario para que Clara imaginara lo que podría suceder.

—Y, asegurarnos de que estés a salvo, Clara. No quiero que te encuentres de nuevo en peligro y me gustaría cuidarte todo el tiempo que pueda.

James estaba siendo poco preciso. Dejaba que sus sentimientos lo desviarán de sus verdaderas intenciones. Cosa que, desde un principio, fue la causante de ese problema en que enredo a Clara. Le preocupaba lo que ella podría pensar con respecto a él, con lo que eso podría significar para los dos.

—James, yo... dijo Clara, sintiéndose insegura por lo que diría : yo quiero estar contigo. No quiero alejarme ahora que te conozco de verdad.

—Clara.

James no sabía que decir, no del todo. Sí, lo que debía hacer era claro para él: mencionarle que buscara otro lugar en donde quedarse, que regresaran a la forma en que se comunicaban con anterioridad y dejar todo eso que sucedió atrás.

Pero, no podía. Sus palabras estaban siendo ahogadas por el deseo de sentir a Clara. No habían estado solos nunca, no en persona, esa era la primera vez, cosa que a ambos les carcomía por dentro.

—James, contigo me siento segura y yo... dijo clara, antes de que James le interrumpiese.

—Clara, estoy dispuesto a mantenerte segura si así lo deseas.

Se sintió como un idiota, un idiota feliz. No estaba acostumbrado a dejarse llevar, a sufrir el descontrol de sus sentimientos. Era un hombre seguro, fuerte, pero, ella lo controlaba mucho más de lo que él creía.

Clara dejó caer la botella al suelo, no le importaba más nada. Las palabras de James, sin mucho que decir, se sentían fuertes, prometedoras. Ella sabía lo que quería y lo que él deseaba se traducía por completo de lo que se escapaba de su boca. Se abalanzó sobre este, quien dejó caer su cerveza al suelo y le correspondió el beso.

Ambos comenzaron a sentir sus labios, algo que deseaban desde la primera vez que se dejaron de ver como simples compañeros de trabajo. James le abrazó, complaciendo el deseo de Clara de sentir sus grandes brazos apretándola.

En ese momento el recuerdo de la vez que se masturbó en la oficina y de las muchas otras que lo había hecho, le hizo entender que su imaginación se había quedado corta. James era mucho más apuesto, mucho más grande, sensual y sus besos, por lejos, sabían mejor.

James cogió su cabeza enredando sus dedos entre la cabellera de Clara, sintiendo como la lengua de la señorita Winter se enredaba con la suya. No podía negar que quería sentir su cuerpo de esa forma, que deseaba tenerla de tal manera que la pudiera poseer sin ningún problema.

—James, James. Estuve esperando tanto tiempo para esto. Dijo Clara, entre besos y suspiros ahogados por la lengua de su amado.

—Igual yo Clara. Eres perfecta.

Clara levantó la franela que llevaba James, no tan ajustada como los hombres que presumían sus músculos, pero si lo suficiente como para dejar en claro que cada gramo de peso en él era pura fibra.

Se deleitó con sus pectorales, su abdomen y el tamaño de sus hombros. No era

de las que deseaban cuerpos así, pero, el simple hecho de darle una forma a la voz que por tanto tiempo escuchó y con la que fantaseó hasta cansarse, le ayudaban a mojarse más rápido.

James hizo lo mismo, despojándola de la ropa que tenía sin dañarla demasiado. Eran telas delicadas, que, con un mal movimiento suyo, podrían acabar rompiéndose. Pero, no le dio importancia luego de intentarlo bien y las arrancó de su cuerpo.

Sus pechos estaban al descubierto, Clara no tenía sujetadores para llevar con esa prenda, así que, la parte superior de su cuerpo estaba desnuda. James se llevó los pechos de clara al rostro para besarlos, un par senos que se veían suculentos, que deseaba desde hace tanto tiempo.

Ella apreciaba el gesto, le encantaba que los masajearan, que le apretasen los pezones y eso era algo que él estaba haciendo; James la tomaba sin permiso, cosa que deseaba que hiciera desde hace tanto tiempo.

Él se acomodó en el sofá y clara se sentó sobre sus piernas. En menos de lo que se dieron cuenta, ya se habían quitado todo lo que llevaban puesto, porque no le importaba, solo deseaban despojarse de esas prendas que los separaba aún más. Habían pasado muchos meses permitiendo que la distancia los mantuviera alejados, ahora, lo que querían era sentir su piel desnuda.

Clara buscó el pene grueso de James, que pedía a gritos que lo cogiera. Era más grande de lo que esperaba, no una bestialidad, pero sí lo suficiente como para satisfacer su imaginación. Se lo introdujo en la boca para poder sentirlo, para poder conocer su sabor.

James disfrutaba cada centímetro del interior de su boca como si nunca hubiera sentido algo tan increíble como eso. No le importaba el anonimato, todo eso que estaba arruinando por estar con ella porque lo valía, cada una de las cosas que pensó que cambiaría de ahora en adelante, demostraban valerle realmente.

Clara no quería seguir perdiendo tiempo, porque lo quería dentro de él en donde en verdad le hacía falta sentirlo. Se levantó del suelo, y miró a James a los ojos, mientras se acercaba.

—He esperado esto por tanto tiempo. Quiero sentirte dijo Clara

—Ven para aquí. Te deseo.

James agarró su pene con una de sus manos para mantenerlo firme y que ella se pudiera sentar sobre él. Clara, no lo pensó demasiado, su cuerpo se movía por sí solo, de no ser porque no sabía si cabría por completo, se habría lanzado sobre este sin contemplaciones. Pero, lo hizo con cuidado, rápido, pero con cuidado.

En lo que su grueso pene tuvo el primer contacto con ella, Clara dejó escapar un gemido de placer. Era caliente, firme, tal cual pensaba que sería. Su cuerpo se estremeció mientras la punta iba ingresando a su vagina, arrastrando con él los labios sueltos de su vulva. Poco a poco se fue introduciendo más y más, mientras que ella subía el volumen de su grito interrumpido de placer.

En lo que llegó al final, acabó su armonioso escándalo con una sensación de alivio inimaginable.

Comenzó a moverse, sin apartar su atención de James. No lo harían con los ojos cerrados, a oscuras o de espaldas. Se necesitaban de frente, viéndose, deseándose con cada sentido de sus cuerpos porque, les hacía falta.

Clara comenzó a saltar sobre él, mientras que este cogía con ambas manos sus nalgas que rebotaban al compás de sus movimientos. Los gemidos de ella, su respiración agitada, eran una sinfonía para él. Imaginaba esa voz haciendo precisamente eso, una suave y melodiosa vibración casi tan perfecta como su rostro, su cuerpo.

Sus nalgas redondas, le estimulaban la sensación de tenerla por completo, de mordérselas, apretárselas. Pero, sentirla saltar no era suficiente, al igual que para ella.

Clara deseaba que James tuviera el control, que decidiera de qué modo penetrarla.

—Muévete tú le dijo Clara, con una voz lasciva y unos ojos ardientes.

James la tomó por la cintura y la levanto para dejarla caer en el suelo, un poco lejos de donde sus cervezas se habían derramado. La depositó en este y se puso sobre ella, para comenzar a dirigir esa sinfonía sexual.

Con sus fuertes caderas, comenzó a embestirla.

—Dame fuerte, revientame, James, revientame.

James no tenía nada que decir, solo quería actuar.

Comenzó a moverse con más agresividad, apretando las nalgas y empujando con fuerza. Clara gritaba de placer cada vez que James golpeaba su interior con la punta de su pene. Él, apretaba sus pechos redondos y perfectos mientras la miraba a los ojos con más deseo del que podía demostrar con sus movimientos.

No tardaron mucho en acabar al mismo tiempo. Con tantas ganas reprimidas, sus cuerpos estaban prácticamente al punto de derretirse en cualquier momento. Luego de repetirlo varias veces más, de alargarlo lo más que pudieron. Se dejaron caer en el suelo, uno al lado del otro, para recuperar el aliento.

—Eso... fue... increíble... dijo Clara entre respiraciones agitadas.

—No lo pongo en duda dijo James.

Los dos se mantuvieron allí por lo que quedaba de tiempo, se sentían a gusto, se sentían complacidos. La espera había valido la pena, pero ahora, no sabían qué les depararía el futuro.

—Entonces, me dices que debo conseguir otro hogar dijo Clara, retomando la conversación que llevaban uno rato atrás.

—Sí. No creo que quieras volver allá de nuevo.

—Tienes razón aseguró Clara ¿alguna propuesta?

Clara giró su rostro para ver de frente a James, quien hizo exactamente lo mismo. Ella esperaba que él dijese las palabras mágicas, que le propusiera lo que realmente quería oír.

—Aquí hay suficiente espacio para los tres.

—¿Estás seguro? preguntó Clara llena de alegría y con una sonrisa en el rostro que no pudo ocultar.

—Nunca había estado tan seguro en toda mi vida.

James, estaba al tanto de lo que significaba abrirse a alguien, a romper la barrera del anonimato, a darles paso a otros en su vida, pero, no le importaba porque, si había alguien con quien quería romper todas las reglas, era con Clara Winter, después de todo, las cosas necesitaban un cambio desde hace tanto tiempo.

El amor invisible que ambos tenían, había tomado un nuevo rostro.

Título 5

Tabú

*Romance y Erótica con el Actor P*рно*

LIBRO UNO

De nuevo me despertaron las alergias que me atacan cada noche. Esto me hace pensar que podría ser una forma en la que mi cuerpo se las arregla para que la idealice; recordarla de nuevo.

No estoy seguro si debería concentrarme tanto en el pasado (en las cosas que sucedieron y que dejaron de suceder) con esta frecuencia que le estoy dedicando. Parezco un monomaniaco que se auto flagela con la evocación agonizante de la belleza de una mujer que roza las líneas de lo irracional e irreal.

El reloj, con sus agujas, trabaja en mi contra haciendo que enloquezca con cada tic tac suyo, a la vez que va atrapándome con tal agilidad que pareciera que su labor no es dar la hora, sino lanzarme a la mazmorra del recuerdo; lo repite a su manera, logrando que yo vea que la estupidez no es la mejor cualidad ni la única que tengo, lo que hace que note una gran habilidad mía: el don para existir erróneamente.

Me gustaría pensar que siempre ha sido así, pero, les mentiría a cualquiera que supiera de mí si se los digo.

No hace más de tres meses que las cosas como las conozco dejaron de ser tan «atractivas» como solían serlo, lo que me deja atrapado en la suposición, en el veros, en las posibilidades de un resultado diferente que me llegase a arrojar a otra bahía de recuerdos, de sucesos, en donde mi historia sería otra y la de ella estaría al lado de la mía.

Mientras más intento avanzar en esta infructífera empresa terapéutica a la que

me arrojé con la esperanza de conseguir alguna respuesta o consuelo, me conservo como un eunuco que nunca puso en práctica su instinto básico de reproducción al saber que no sólo estoy herido en mi sexo a causa de ella, sino en mi concepto del mismo, del amor, de las relaciones, del trabajo al que me dedico y del estilo de vida que solía tener, lleno de lujos, vicios, de momentos inolvidables y vacíos.

Pero, creo que para poder entender mejor lo que me hace sentir toda esta soledad, debería de pensar más en las cosas que me llevaron a ella.

Antes de esto, ya hace dos años y medio atrás, no era más que un hombre lleno de vida, por así decirlo. La industria del cine estaba en su apogeo: el internet nos daba más dinero que todo Hollywood estrenando *blockbusters* cada quince días.

El sexo no es el nuevo negocio del siglo, siempre ha sido una carrera llena de altibajos que, clandestinamente pero nunca muy lejos de las narices de cada uno de los ciudadanos de esta tierra □ ha ofrecido un sinfín de lucros que llevarían a la cima a cualquiera que supiese utilizarlos y, al extremo punto del placer, a quien tuviese la intención de disfrutarlo. Yo, por mi parte, era un empresario emprendedor que gozaba de ambos.

Con mi propia productora, mis años de experiencia y un gran sentido de la responsabilidad tal me gustaba pensar □ me las arreglé para hacerme de un nombre en la industria del porno, o como le gusta llamarlo a aquellos profesionales del área: cine para adultos. Yo me mantengo firme a pesar de que no desprecio esa profesión □ aún tengo la sensación de que no porqué le cambies el nombre a algo, dejará de ser lo que de por sí es.

Aunque, en cuestión a mí, no siempre fue así. Desde que supe que algo así podía ser lucrativo, como a eso de los quince años, hice lo que pude para poder formar parte de ello. Más o menos se hizo mi más grande sueño.

Una vez lo logré, tras un tiempo trabajando en esto, el sexo invadió gran parte de mi vida y fue allí cuando decidí que no me preocuparía por mantener ninguna relación demasiado larga para hacerse persistente.

Una de esas que llegase a generar esa pregunta ociosa que nos hacemos cuando no sabemos para donde se dirigen las cosas ni el nivel de interés que imprimimos en ellas. Lo cierto es que no comencé siendo el hombre frente a las cámaras; en este mundo, siempre he sido el burócrata sexual.

Vaya momento en mi vida: de fiesta en fiesta, de lujo en lujo. Muchos creían que ese era mi día a día. Pero, el pensar qué hacer, cómo hacerlo y con quién, requería de mi tiempo y atención. No porque comercializáramos con la intimidad de ciertas personas, quería decir que fuese un trabajo sencillo.

Gran parte de la sociedad piensa que para lograrlo en la industria solamente se necesita grabar a dos individuos; en este nicho entendí que la relación sexual, tal cual la practicamos y conocemos los salvajes humanos, no se limitaba a un solo género, artístico o genital.

Los primeros días me sorprendía de las cosas que muchos veían por placer y otros pagaban para acceder en su totalidad, con material exclusivo y todo.

Se podría decir que era repugnante, pero, cada uno con sus gustos... peso, raza, posiciones, partes del cuerpo, contexto... comencé a dominar lo que se podía hacer a la vez que conseguía a las personas adecuadas para el trabajo; no cualquiera se sometía a tales humillaciones, incluso dentro de la vida del porno, las personas esperan tener el respeto que su profesionalismo les confiere.

Esa misma condición fue lo que llevó a que ella se encontrase conmigo.

Y puede ese no ser el caso ahora, aunque no me siento cómodo hablando de lo que realmente quiero sin hacer una pequeña introducción de mí.

Gran parte de ese trabajo duro al que me había sometido día y noche con el fin de complacer ciento de pajeros y un sinnúmero de gremios de personas que ingresaban a las mejores páginas web del mercado para hacerse con mi material, me había conferido cierto estatus social. Comencé a hacer más dinero del que podía gastar y muchas personas se las arreglaban para asociarse conmigo para conocer el secreto detrás del negocio del placer.

Me desviaré un poco: Primero, ¿quiénes son ellos para llamarlo así? ¿Es el placer algo meramente sexual? ¿En verdad creemos que ese es el verdadero significado de intimar?

Cuando lo llamaban así, me hacían pensar en tantas respuestas: «¿No es acaso la comida una forma de dar placer? ¿La adquisición de conocimiento? ¿La observación del arte?»

El placer es eso que experimentamos al saciar una necesidad o la falta de algo. ¿Por qué habría el sexo de ser especial? Ese tabú me mantenía al margen, siempre entendiendo que lo que podía decir habría de ser escuchado

como una observación grotesca nada más por la forma en que me ganaba la vida.

Estaba en una posición confusa, no me importaba nada y nada sentía cierto interés en mí. Sé que todo esto comienza a sonar como una queja demasiado presuntuosa, cosa que de por sí no es. Para no hacer nacer ningún sentimiento erróneo, me ocuparé de hacer todo un poco puntal.

Mi estado mental, en aquel entonces, era algo sano, por así decirlo. No me preocupaba de muchas cosas porque la gran mayoría había perdido sentido para mí. Ella por ahora hemos de llamarle ella □ , llegó en un momento en el que todo parecía estar en completo orden. Fue casual, para ser sinceros.

Casi nunca se nos ofrecía la oportunidad de alguna entrevista para algún noticiero «relevante» porque siempre habíamos sido ese mundo del que todos disfrutaban sin querer reconocerlo.

En fin. El motivo por el cual quiso entrevistarme, el motivo por el cual la televisora accedió, se escapaba de mi comprensión en el momento en que me llamaron para participarme que me entrevistarían, pero ¿Qué habría de perder realmente?, tenía una fama traída por el tabú, no me importaba si me juzgaban mal. Pero ese desconcierto desapareció al momento en que me informaron de qué iba todo.

La industria del porno estaba atravesando un momento en el que las actrices y los actores (más que todo ellas), se veían atacados por ciertos problemas: la falta de un pago adecuado, un sindicato de trabajadores, que el dinero que recibían técnicamente era ilegal, que les prometían beneficios que desaparecían al momento de estar en el set, escenas que no habían acordado, compañeros con poca higiene... La lista es larga y quien haya estado en ese mundo lo ha de entender.

Mi papel era sencillo: como uno de los muchos productores importantes, y uno de los pocos que apoyaba esa protesta de las actrices y actores que estaban en contra de un ambiente de trabajo indigno, me entrevistaron para afianzar ese testimonio que en su momento se hizo viral en todo el internet.

En ese punto de mi vida fue cuando conocí a Valeria. Una chica hermosa. Sus rasgos latinos se evidenciaban en su piel blanca y su cabello moreno. Su nariz fina y sus labios delicadamente carnosos que hacían juego con un par de cejas que acentuaban sus ojos negros. Todo, en conjunto, despertó en mí una

atracción moral que desafiaba todo lo que conocía. Su rostro cautivaba a cualquiera en cualquier momento.

Sus manos tenían cierto toque helado que me encantaba sentir porque parecía que me estuviese sacando el alma del cuerpo cada vez que las sentía en mi piel. Una vez me dijo con un tono agrio en su voz, uno que usaba cuando trataba de parecer más adulta de lo que era: «eso me hace pensar que es solamente mi ser exteriorizándose». Eran palabras pretenciosas para una conversación de media tarde; sí que me encantaba tenerla cerca.

¡Oh, su cuerpo! Aquella primera vez no llamó mucho mi atención; como un productor de películas en donde las mujeres siempre están desnudas, aprendí a dejar pasar esa parte de la personalidad de las personas. Aunque no tardé mucho en entender por qué todo en ella era prácticamente perfecto.

Sus senos eran de un redondo estable que cabía perfectamente en la palma de la mano de quien tuviese la fortuna de tocarlo. Sus firmes y agudos pezones de color miel tenían cierto carácter al dejarse ver a través de la ropa, cuando estaban desnudos o al sentirlos.

Comencé a creer que su estado normal era ese en el que se erguían por la excitación y las palpitations de su sexo, hasta que una vez la vi sentada en uno de las sillas en frente de la chimenea en donde le encantaba leer las novelas que tenía guardada en mi biblioteca personal.

Sí, leía desnuda, cosa que no solo me excitaba física, también intelectualmente. La forma en que cruzaba sus piernas delicadamente una sobre otra para poder colocar las manos que sostenían alguna edición de carátula dura forradas estratégicamente con algún cuero sintético de mi preferencia, la dejaba ver como toda una obra de arte. En ese momento pude notar el redondo dormido de su pezón.

No se encontraban contraídos como lo recordaba de nuestros muchos encuentros sexuales, se notaba relajado, indiferente. Eran dos parpados dormidos que dejaban un tanto de sabiduría y experiencia al verlos. Me hizo sentir celos de todas aquellas manos, labios y ojos que tuvieron algún contacto con ellos. Me torturaba pensando que no fui el único en sentirla, el primero y, por como todo va, el último.

En ese momento, mientras leía, me deleitaba observándola perdiéndose entre las palabras que se habían impreso en las hojas de ediciones delicadas y

maltratadas por el tiempo que me había ocupado de rescatar en mis tantos viajes.

Siempre me sentí atraído por aquellos ejemplares (por la lectura y por Valeria), a pesar de mi aspecto físico y mi estilo de vida, ese placer oculto era lo que mantenía cuerdo y lo que, por mi fortuna, aumentó mi atractivo para ella.

Valeria una vez describió mi aspecto a una de sus amigas por teléfono. Estaba saliendo del baño y ella se encontraba en mi habitación recogiendo sus prendas para irse de nuevo a su casa.

—«Su espalda, sus brazos, su pecho fornido y sus grandes manos. Todo su cuerpo es espectacular dijo como si estuviese saboreando un postre . La forma en que se siente cuando le aprieto mientras... se aclaró la garganta, parecía que había obviado alguna palabra. Sabía de cuál se trataba . Su rostro, un tanto cuadrado y de mentón firme.

Continuó hablando por varios minutos más, yo me mantuve clandestino apartado de la puerta para poder escucharle con atención. No soy un hombre entrometido, pero, por algún motivo ese tipo de cosas terminaba escapándose de mí como si estuviese buscando la opinión de un tercero con respecto a mí.

—«Físicamente es espectacular dijo ella . No me arrepiento para nada de haberlo conocido.

La forma en que hablaba me había llenado de alguna especie de orgullo inmensurable. En ese momento obviaba lo evidente: no estaba calificándome por quien era sino por lo que era. Tal vez era sencillamente una forma de hablar con sus amigas; había posibilidad de que se estuviese guardando algo para ella nada más.

Valeria era una mujer reconocida en su propio círculo de amigos y de trabajo. La conocía de vista, tan solo de eso. Ignoraba el sonido de su voz porque cada vez que empezaba el noticiero, mi televisor estaba en mute para evitar escuchar lo que fuesen a decir. Pero, sí la había visto.

En su momento, llegue a creer que las facciones delicadas de su rostro se debían a una gran cantidad de cosméticos para hacerla más atractiva ante las cámaras, en lo que la vi por primera vez, me retracté por completo.

Pero, dudaba si ella me conocía a mí. Sé que en cierta parte los productores somos prácticamente invisibles en la pornografía, es decir ¿quién va a indagar

sobre una productora de porno mientras intenta pajearse a mitad de la noche? Nadie, evidentemente.

Pero, de todos modos, si alguien googlea adecuadamente, me ha de encontrar. Yo mismo lo he hecho. Sin embargo, con todo y eso, algo parecía indicar que ella no sabía de mí.

Aunque algo no pecaba su ignorancia. La primera vez que nos presentamos, tenía en su mirada eso que cargan todos cuando me conocen: prejuicio. Probablemente no conocía al Roberto Torres que realmente era, sino al que muchos suponían que podía llegar a ser tan solo por tener el trabajo que tenía.

Muchos juraban que al estar en esta industria cogía con cualquiera y mi trabajo era prácticamente reclutar jovencitas desesperadas por fama y dinero, tomándolas para probar la mercancía prometiéndoles lo que querían. Todo parecía apuntar que ella era una de esas.

El asco en sus ojos casi me tomó por sorpresa. Se notaba que estaba allí por compromiso y no por decisión propia aunque en ese entonces yo ya había cruzado el punto en el que las cosas dejaron de importarme lo suficiente como para sentirme afectado por ellas.

Valeria me hablaba con cierta acidez que hacía difícil para mí mantenerme al margen de la conversación y lograr algo de ello. Mi intención era poder hacer que se sintiera a gusto conmigo, así como todo lo que ella representaba me hacía sentir bien.

Recuerdo que, en ese entonces, con un tono de voz hosco y entre cortante como si estuviese intentando abrir a un cadáver para conocer la causa de su muerte, antes de preguntarme acerca de mí trabajo, afirmó:

—No es que esté interesada, si fuera por mí, ni siquiera le estaría preguntando al respecto...

Logré mantener la compostura para no demostrar mi descontento ante su tono de voz, tampoco era como que me sintiese extremadamente cómodo con una persona que evidentemente sentía cierta apatía por mí.

—Me estoy concentrando en las preguntas que me pidieron hacer añadió Valeria antes de bajar su mirada para leer : ¿cómo hace usted para mantener su trabajo a distancia de su vida personal?

Mi primera impresión fue suponer que nada de lo que decía era cierto. Tal vez

por el orgullo que me invadía en ese entonces con respecto a mi estatus y a lo que podía hacer.

No me sentía intimidado por su atractivo delicado y espectacular a su propia manera; sus rasgos eran como el poema entre las líneas de una carta de amor: delicado, jugoso, complejo. Pero, rápidamente descarté la posibilidad de que nada de eso fuera verdad, ya que de hecho, parecía estar leyendo algo impreso con anterioridad.

Mi ego se desinfló un poco al sentir que ella realmente no estaba allí para hacer amigos.

—Bueno comencé a hablar yo con cierto tono de indecisión que luego completé con un poco de indiferencia : suponer que el estar en esta industria es no tener privacidad, cosa que no sé si es a lo que usted se refiere, es creer que lo que hacemos es mostrarle al público nuestra intimidad.

>>Sí, hay un margen entre ambos que separamos con cierto recelo. A pesar de que no es algo que requiera de mucho esfuerzo, muchas personas tratan de no reconocer en voz alta que saben cuál actor porno es cuál y en dónde lo han visto.

Tal vez porque se sienten parte de esa intimidad, se supone que aquel que ve dicho video es ese que procura darse un tiempo a sola. Sí sabe ¿no? ¿O no me explico?

Valeria fluctuaba su mirada entre la cámara apagada que tenía al frente era un simple ensayo □ y mis ojos que estaban fijos en ella, como si no estuviese segura de a quien ver primero ni por más tiempo o de cómo mantener la atención centrada sin demostrar desinterés o tal vez un poco de falta del mismo □ , tratando de no parecer muy ofensiva.

Su forma de hacerlo me hacía sentir que intentaba no ser lo suficientemente grosera como para quitarle importancia o peso a mis palabras. Me halagaba y me ofendía a la vez.

—Entonces me está diciendo que no tiene intimidad. Me está diciendo que muchas personas le reconocen, por lo que le cuesta tener una vida personal, por muy a pesar de que estas eviten decir que sabe quiénes son aquellos a los que ven en secreto.

La forma en que sus palabras contradecían la mías como si no hubiese dicho adecuadamente mi idea, me hizo sentir que algo no estaba haciendo bien.

Seguramente no había desarrollado mi punto adecuadamente, o debía ser un poco más delicado con ella. A pesar de eso, conseguía difícil hablarle con hosquedad porque la hallaba realmente atractiva.

No era algo meramente físico. Sus rasgos de belleza fulgurante tenían cierta connotación intelectual, moral, helénica.

Desconocía qué de todo eso me llamaba más la atención, a pesar de que cada uno de los detalles que le rodeaban trataba de indicar a gritos que era por su aspecto. Muy dentro de mí, reconocía que no era así. Se sentía como si estuviese viendo su *inner beauty*, cosa que me mantenía alerta a cualquier alteración en sus gestos.

Valeria tenía esa peculiar habilidad. No era que necesitase de mucho para que le explicaran, sino que le encantaba desafiar el intelecto de su contraparte fuera como fuese. Era conocida en el medio como una entrevistadora agresiva.

Así consiguió su fama, éxito y todo lo que le lanzó hacia adelante. A veces me complacía pensando que teníamos eso en común, que éramos luchadores en esta sociedad que requería de personas fuertes. Pero, poco a poco me fui percatando que ella era más fuerte que yo.

Aquella vez procuré mantenerme en el papel de hombre interesante, deseaba conseguir algo de ella su absoluta y completa atención □ . Tenía muy en claro que no me veía como una persona digna de su apreciación. No me quejo, no es su culpa, la verdad no me importa. Por algún motivo dejaba escapar en ella esas cosas que me podían llegar a perturbar de cualquiera.

A partir de ese entonces, las cosas solo giraban en torno a lo que podía lograr. La quería a ella y no había nada que pudiera cambiar eso.

—Señor Roberto, qué piensa al respecto de las cosas que están pasando en la industria del cine para adultos. ¿Cuál es su papel en todo ello?

Ella hacía lo que podía para mantenerse en una posición profesional en donde habláramos únicamente de lo que importaba, pero, su mirada me decía muchas más cosas.

Dejó de luchar contra sus sentidos y se resignó... no, eso no, se dejó llevar por mis «encantos», tal vez mi forma de hablar, la manera en que respondía a sus preguntas o alguna cualidad mía que sólo ella vio, dejando que nuestros ojos se fijaran como si fueran siameses.

—Pienso que es algo que debía suceder en cualquier momento. Tal vez tardó demasiado.

—A qué crees que se deba?

—A que comenzamos a ser más «públicos» por así decirlo dije acomodándome en la silla de madera que se hacía incomoda , hemos estado formando parte de la vida de muchas personas. Ahora, al igual que muchas otras cosas, somos globales y eso trae consecuencias.

—¿Considera que todo esto es un problema?

—No son consecuencias malas. Se ha hecho un trabajo como cualquier otro y los que forman parte de ese mundo comienzan a desear igualdad, estabilidad, responsabilidad; una profesión cualquiera.

—Señor Roberto.

—Por favor, no me digas señor.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo. Cuando comenzamos a grabar, no es lo mismo a lo que usted está...

Por algún motivo sentía que las preguntas dejaban de ser personales, yo no quería que las cosas de desviaran de mí; ya que no era precisamente el mejor momento para preguntarle cosas sobre ella, me tocaba aceptar la inocente coincidencia que alimentó mi ego.

Valeria trataba de no hablar de más, porque parecía que sus conceptos erróneos de mí se hacían cada vez más fuertes, como si se defendieran de mi instinto primitivo de agradecerles a las personas.

Pero, su mirada había borrado casi por completo esa repudia que llevaba tatuada cuando me conoció minutos atrás. Se guardaba ese comentario que creía que me ofendería.

—¿Acostumbrado? ¿Te refieres a grabar a alguien teniendo sexo? dije completando su idea Le sorprendería saber que tiene más en común de lo que parece.

—No quise...

—Tranquila, no me ofendió. Bien, ¿qué otra cosa quiere saber?

—Bien, este... Se notaba particularmente confundida. Me gustaría creer que lo hacía porque se estaba dejando conmovier conmigo . Y hábleme de usted.

—Soy un hombre sencillo, como puede notar. Me lucro de los instintos básicos del ser humano y no me siento culpable por ello, ya no.

—¿Por qué no?

—Porque llegué a un punto en el que las cosas dejaron de importarme lo suficiente como para dejar que me dominaran.

—Parece algo profundo.

—Lo es, señorita Valeria.

—¿Por qué me dice señorita y no quiere que le diga señor?

—Porque no me siento lo suficientemente viejo como para aceptar que me diga señor. Pero en cambio, por semejante que parezca, lo hago porque me da placer acompañar su nombre con un título como ese. Me parece atractivo.

Valeria sonrió ante mi declaración. Era mi intención y lo había conseguido.

Poco a poco nos fuimos acercando al punto en el que la entrevista había dejado de importarnos. Ella preguntaba cosas al azar que no leía de su pequeño guión y yo las respondía sin ningún problema.

Tras cada respuesta yo me sentía más a gusto con ella, hablándole como solía hacerlo únicamente a solas. No soy una persona muy sociable a pesar de lo que muchos creen.

Las conversaciones con Valeria comenzaban de una forma para terminar de otra. Eran sustanciosas y emocionantes. Eso lo descubrí aquella primera vez que hablamos, como si nada de lo que había sucedido no lo hubiese pensado o planeado antes.

Sus gestos cambiaron, parecía que se sentía a gusto de igual forma. Se notaba que lo hacía para complacer su propio deseo de conocerme. Intenté hacerme el interesante, el duro.

Alguien que pudiera conferir cierto nivel de genialidad, cosa que pudiera interesarle a ella. Le pregunté si todo lo que estábamos hablando terminaría en el producto final, incomoda y confusa me respondió:

—Sí, yo... este. Me temo que no dijo no se sorprenda cuando ciertas cosas no salgan al aire mintió descaradamente . Siempre las editan y eso. Usted sabe de eso. ¿Verdad?

Me agradaba esa mujer que poco a poco fue revelándose.

Al cabo de unos segundos se recuperó y continuó con su labor, cosa que hacía con un profesionalismo increíble. Esa mujer emanaba chispas de energía y alegría cuando hacía lo que le gustaba.

—Bueno, señor Roberto, cuál es su opinión acerca del sexo como una carrera.

—La verdad, para mi es solo un negocio. El sexo dejó de ser algo importante y un tabú mientras más me hacía con la idea de que haría esto para ganarme la vida. Es algo natural, efecto de esas hormonas que nos dominan ante el deseo de procrear.

—Pero, normalmente rompe los esquemas de lo normal, de lo correcto.

—No lo hace. ¿O es que los niños que todos aman y siempre quieren proteger se concibieron o se suponen concebir de manera natural viendo flores y rezando el ave maría? Para mí, el sexo se hizo algo normal hace años, a pesar de que siempre debió serlo. El verlo como un negocio es como ver la comida de igual forma.

Valeria comenzaba a vacilar.

—Estamos hablando de dos cosas diferentes.

Me acomodé en la silla para acercarme un poco más a ella, una distancia inútil pero lo suficiente para generar tensión.

—Según entiendo, no. Dígame, señorita Valeria, cuando come ¿qué necesidad sacia?

—El hambre.

—El hambre, al igual que la libido se sacian una vez que intentas aquello que te genera placer. Así satisfaces una necesidad. Entonces, si la comida genera placer y es un negocio, ¿por qué el sexo ha de ser malo?

Valeria continuaba tratando de responder algo que fuese lo suficientemente útil para la entrevista. No tengo idea de si eso era lo que quería escuchar, mucho menos si hacía falta para lo que se supone que estábamos «haciendo» pero, la tez clara de su rostro iba tomando un color rojizo. En ese momento pensé que el sexo era algo ajeno para ella. Qué equivocado estaba.

—Pero señor Roberto. La sociedad no es así, por lo tanto, siempre buscará un problema en algo que tardaron tantos siglos en hacer privado por el simple hecho de conseguirlo antiestético.

—Entiendo. Aunque no creo que haya algo más estético que el sexo.

—Entonces, por eso mi pregunta, cosa a la que no le vi la respuesta que quería. ¿Qué piensa del sexo como un negocio?

—Pues que es algo bastante lucrativo. ¿Y usted, señorita Valeria, cómo ve al sexo?

—¿Cómo negocio?

—Como lo que es.

—Bueno... no sé vaciló.

—Es decir, ¿qué le gusta, qué piensa de él?

Valeria volvió a ver a la cámara apagada como si fuera capaz de grabar su intimidad. Incluso las mujeres que están acostumbradas a ser grabadas mientras las penetran o intiman con cualquier otro individuo, sea otra mujer o un hombre, siempre ven, aunque sea una vez, a la cámara.

Pero ella lo hacía cada vez que nuestra conversación llegaba a un punto en el que su privacidad se haría pública. Estábamos solos, casi. Las personas a nuestro alrededor se convirtieron en un sencillo bramido que ni no molestaba ni tomamos en cuenta para nuestra ecuación.

—Todo... cerró los ojos, respiró profundo y, tras abrirlos, se fijó en mí, con un porte de seriedad y de experiencia que no había notado antes.

Sus ojos fijos en los míos, sus cejas arqueadas con un toque travieso y malicioso que me encantaba ver en la mirada de cualquier mujer. Sus pupilas se iban dilatando poco a poco a poco, y lo notaba porque el resto de su iris era de un color claro difícil de ignorar.

Aquella expresión penetró mi alma e hizo erizar cada uno de mis poros, por el frío, el calor y el más insignificante y estúpido de los sentidos que tenía alborotados aquella vez.

Allí, en ese momento, en ese preciso y hermoso instante, conocí la naturaleza sexual de Valeria.

—...absolutamente todo continuó diciendo el placer de sentir a una persona sobre mí, debajo, detrás. Todo me parece una sinfonía perfecta de aromas, sabores, sensaciones y minutos. Me hace sentir viva porque me va matando tras cada orgasmo.

Para ser honesto, no me esperaba que me respondiera. En un principio creía que tendría la batuta de aquella conversación, que estaba en la cima de la crítica y no había forma de que alguien me bajara de allí.

Pero, Valeria se propuso ser ella, dejarse a sí misma libre y responder lo mejor que pudo, si es que había una forma mejor para decir todo eso que dijo.

De inmediato, me dejó estúpido. Traté de acomodar mis pensamientos hasta que por fin di con una respuesta para eso.

—Entonces sí piensa que él es algo bueno.

—Como opinión propia, nunca dije lo contrario.

—Supongo que esta es una de esas cosas que no saldrán en la entrevista real.

—Esta es la entrevista real dijo Valeria con un atractivo carácter dominante digno de una mujer apasionada . ¿La grabación, dice?

—Sí.

—Entonces, me temo que no.

—Siguiendo pregunta añadí, tratando de detener esa tensión que existía entre nuestras miradas.

Valeria se reincorporó a su postura profesional y preguntó:

—Antes de continuar, entienda que las preguntas que hago, aquellas que me pidieron, fueron para abrir paso a una disyuntiva moral. No es que quiera retarlo, no es que quiera humillarlo, pero, debo sacar la mayor cantidad de información que puedo.

—¿Le dices esto a todas las personas que entrevistas? ¿Las preparas para la parte incomoda?

—No. Ellos no me importan sonrió.

—Ya veo. Pero no se preocupe, en este negocio, lo menos que importa es la reputación que nos ofrezca el resto del mundo le sonreí.

Valeria hizo de nuevo un gesto de amabilidad e hizo su pregunta, esta vez sí:

—Entonces, alguna vez ha cruzado la línea con sus actrices.

—La verdad, señorita Valeria...

Valeria sonrió y arqueó su ceja derecha al escuchar su nombre, en parte por lo

que le había dicho antes. Me pareció que le gustaba la forma en que le decía «señorita».

—Parte de esta protesta se debe a la ética laboral de esas mujeres. Se molestan porque una porción del grupo de cámara y técnicos aquellos que contratamos creyendo que son profesionales y terminan siendo unos idiotas se masturban en plena grabación, abren latas de cervezas, entre otras barbaridades, cosa que ni me gusta a mí ni a ellas.

—¿Entonces?

—Entonces, hay veces que les piden una mamada en privado... Ya va, se supone que esto es parte de la entrevista dije en vos alta, como si estuviese acomodando mis propios pensamientos ; a veces le ofrecen dinero por una felación corregí y eso les parece ofensivo ¡Es ofensivo! Ellas no son prostitutas, y a pesar de que acepten dinero a cambio de sexo, no aplica. Solo se necesita ampliar el panorama. Le pagamos por dejarse grabar, no por dar placer.

—¿No dan placer?

—Son más de seis horas grabando. Pueden ser menos, pero nunca se reducen a media hora o a diez minutos, que es lo que duran los mortales más básicos.

—Es decir, que nada de lo que se ve allí es real.

—Claro que lo es. Pero las mujeres no duran lubricadas todo el día, ni los hombres erectos. Debemos grabar una escena, lubricarlas o hacer que finjan el orgasmo porque llevamos mucho tiempo en eso.

—Y...

—Pero no se equivoque, hay ciento de cosas que son reales. Sí les es placentero las cosas que graban. Pero o sea, algunas otras son fingidas o exageradas para aumentar la respuesta de la audiencia.

—Señor Roberto, ¿y la respuesta a mi pregunta es...?

—No, no he «cruzado» la línea con ninguna de mis actrices.

Valeria sonrió. Pero no era una sonrisa de amabilidad, fue como si estuviese a gusto con mi respuesta. Como si aquello le hubiese estado preocupando y esperaba que no lo hiciera porqué, de lo contrario, yo no tendría le mismo efecto en ella. Algo así como que le gustó que no me hubiese acostado con

ninguna de mis actrices.

—Son mujeres profesionales proseguí que hacen de su intimidad un trabajo, y es mi deber respetar esa integridad. Aunque hay algunos que piensan que ellas son simple bolsas de carne.

—No lo dudo.

—No lo haga.

Nuestra entrevista siguió su curso. Luego de unos minutos encendieron las cámaras, nos maquillaron y terminamos grabando una que otra pregunta con su respectiva respuesta. Todo se sentía diferente. Ya no estaba deseosa de juzgarme con sus prejuicios por delante, lo que me hizo sentir que tenía la mitad del camino recorrido.

Tras tratar de convencerla, luego de que toda nuestra reunión planeada por su jefe terminara por fin accedió a salir conmigo. La situación se había cambiado por completo de rumbo, las cosas parecían marchar de maravilla, tomando en cuenta la forma en que fuimos introducidos.

Valeria se mostraba como una entusiasta ante la posibilidad de pasar el rato conmigo. Se veía que ya había dejado en parte ese pequeño prejuicio que se había hecho de mí al momento en que nos conocimos.

Todo parecía ir en orden. Luego de la entrevista no perdimos el tiempo e intercambiamos números para poder encontrarnos a los días. Yo estaba realmente interesado en Valeria, no podía dejar de pensarla noche tras noche antes de nuestro encuentro para cenar.

Le había convencido a que accediera a ir conmigo en una cena especial que preparé los días siguientes a esa entrevista. Se podría decir que pensé en lo que pude, quería que fuera sencillamente perfecto.

Le escribía, de vez en vez para no parecer un acosador, con el fin de afianzar una relación a la que le tenía esperanzas. Y, para ser honesto, de haber sabido que todo terminaría así, lo habría hecho de nuevo, porque cada segundo que pasé con ella fue una experiencia esplendida que nunca desearía cambiar.

Y descubrí lo especial que se hizo para mí en tan poco tiempo. Antes de darme cuenta, el televisor pasó a estar todo el día encendido a la espera del momento preciso en que ella apréciase de nuevo en mi enorme pantalla.

Al escuchar su voz, cosa a la que me adapté casi de inmediato como su fuese

necesario para vivir, detenía todo lo que hacía para quedarme como un idiota observando su rostro, sus parpados, su sonrisa. No sabía si era la Valeria real, pero era la mujer que quería volver a ver.

Hablamos por teléfono durante días. Me hizo sentir como un maldito infante enamorado de una chica que no parece ni siquiera entender el significado de asexual. Esa pequeña coincidencia, eso que nos llevó a vernos, conocernos y congeniar, me alegraba cada día y en cada uno de ellos era totalmente feliz.

Valeria me respondía con sus palabras más atractivas. Nos quedamos hasta altas horas en la noche conversando de las trivialidades que nos molestaban, de nuestros trabajos de un pasado que creíamos lejano y de lo que nos gustaría hacer antes de morir.

Ella no parecía ser muy abierta a la hora de hablar, en este momento, luego de todo lo que descubrí después de su partida, me doy cuenta que aquella mujer tenía un pasado que no quería dar a conocer pero, sin importar eso, no dejo de sentir que cada una de las palabras que me dijo aquellos días y los siguientes a ese estaban repletos de honestidad y veracidad. Puedo ser un estúpido y creerme la victima de esta historia. Aunque eso no lo veo posible.

Valeria era la mujer que quería para mí. Y la describiría a la perfección si tuviese el tiempo necesario o la cantidad de palabras en mi vocabulario, lo suficientemente precisas como para hacerle una justa descripción a su imagen.

Luego de hablar y hablar, llegó el día en que podría compartir con ella algo íntimo. Una primera cena, la primera noche en que la hice mía tanto intelectual como físicamente. Había contratado una limosina para poder encontrarnos en el lugar pautado.

De ella solo conocía dos atuendos, el que tuvo cuando me entrevistó y todos los demás que ignoraba cuando me idiotizaba con la imagen de su rostro.

Pero, aquella noche la vi llevando algo que definía cada detalle de su cuerpo de tal forma que dejaba la impresión de estar desnuda; no era nada revelador, pero, se ajustaba tan perfectamente a ella que, con tan solo verla, podías imaginar lo espectacular que podría llegar a ser si no llevase nada puesto.

Estaba esperándome en las afueras de su edificio, el vestido resultaba bastante llamativo, de color negro. Sin mucho que decir, hacía quedar en ridículo a cualquier mujer a su alrededor y en mi memoria.

Era largo pero no se arrastraba por el suelo, con un escote en v que llegaba

hasta su ombligo sin dejarlo a la vista pero advirtiéndole que allí se encontraba. Me acerqué apresuradamente a ella inmediatamente me bajé del coche.

—Buenas noches, señorita Valeria.

—Roberto dijo mi nombre entre risas; sin títulos, sin formalidades. Me perforó el corazón y me invadió una alegría casi maldita. Aun me sigues diciendo señorita.

—Ya te dije que me causa placer hacerlo.

Me acerqué a la puerta para abrírsele y darle paso. En lo que se inclinó para entrar, antes de ingresar por completo, volteó su rostro, me miró sobre su hombro traviesamente y respondió con un tono de un elevado carácter sensual:

—Y a mí que lo digas, pero, creo que deberías dejar de hacerlo si queremos llegar a algo. Ingresó al coche y lo cerré lleno de expectativas.

Al entrar al coche, al lado de ella, continuamos nuestra conversación.

—Estás hermosa le dije.

—Según tu concepto de belleza.

—Según mi concepto de ti.

Era enriquecedor el simple hecho de hablar con ella en persona. Su presencia hacía eterno cada segundo porque lo saboreaba como si dejara derretir cada bocado de chocolate en mi lengua para alargar el placer.

Con ella, dejaba que mi estupidez se apoderara un poco de mí y así hacer más lenta mi reacción, mi respuesta y mis ideas con la sencilla excusa de alargar nuestra plática.

—Y cuál es tu concepto de mí. Me dijo cruzando la pierna lo que hizo que la falda de su vestido se deslizase sobre su muslo dejándolo un poco al desnudo.

Pude verle un hermoso lunar en la pierna que posterior a aquel día, besaba cada vez que podía.

Aquella mujer dominaba todos mis sentidos y lo sabía. Sabía eso de cada uno de los hombres con los que se había acostado alguna vez y, a pesar de todo eso, no me importaba, no lo sabía, pero no me importaba.

Ella era un espécimen completamente perfecto que llevaba como un tatuaje su belleza, porque no la podría borrar ni la perdería luego de morir.

No pude evitar bajar la mirada, cosa que no escapó de su atención. Fue evidente para mí notar cómo se dibujaba una sonrisa traviesa en su rostro.

No sentía vergüenza en su comportamiento, lo que me hizo entender que lo había hecho intencionalmente. No la culpo, de estar en su posición y saber que tengo un par de piernas iguales, haría lo mismo.

Sus intenciones eran claras, ella era una mujer llena de deseo y yo un hombre dispuesto a saciarlos. No importaba lo preparado que estuviese, me dejaba dominar por sus intimidaciones, sus travesuras e insinuaciones. Ella, con un simple gesto, sacaba todo lo básico de mí.

Como si nada de eso hubiese sucedido, continué con lo nuestro, preparando las bases de una noche esplendida. Cogí un poco de licor del mini bar y lo compartí con ella.

—Bueno, mi concepto de ti es que tienes un aspecto físico espectacular que va más allá de la simple representación realista de las cosas.

—Me parece rebuscado.

—No lo es.

—¿Por qué crees que no?

—Porque eso significaría que todo lo que representas lo es.

—La verdad, desearía ser más original.

—No necesitas serlo. Para ser honesto, tienes ese carácter de edición limitada que muchos desearían tener levanté mi copa para tomar un poco de delicado licor que había servido en ella y, con una sonrisa terminé de hablar : me gusta cómo te ves ahora mismo

—Gracias Me respondió con una sonrisa , era mi intención al vestirme así.

—Como toda una belleza griega.

—Me encanta estar libre.

—Ya lo veo dije, observando su pierna desnuda.

Valeria se inclinó para acomodarse en el asiento, buscando un poco privarme de aquel espectáculo que ofrecía su cuerpo. La tensión que había en ese coche era palpable.

Decir que nuestras miradas se encontraban es suponer que en algún momento

dejamos de vernos directamente a los ojos. Estábamos frente a frente, sintiendo el deseo del otro casi como si no pudiéramos estar más de acuerdo en que queríamos poseernos de inmediato.

—¿Estás acosándome con tu mirada, Roberto?

—Hago lo que puedo para no ser muy evidente.

—No lo estás logrando.

—No dije que estuviese dando todo de mí.

—¿Te gusta mi vestido? Lo estaba guardando para una ocasión especial.

—Me gustas tú, casualmente lo estás usando, por lo que me gusta cómo se ve en ti.

—Pero no siempre me veo así de bien.

—La verdad, me dejas la impresión que te verías de la misma forma así estuvieses acostada sobre un trozo de cartón en una esquina al lado de un basurero. Lo que realmente me parece hermoso de ti eres tú.

—Pareces muy convencido de ello, más aun acabándome de conocer.

—¿Se te olvida que ya te he visto antes?

—¿Me has conocido realmente? preguntó, retándome con cierto carácter de superioridad.

—Me gustaría. De hecho, quiero conocerte de todas las formas que pueda concebir mi imaginación.

Valeria me retaba por todo. Lo hacía con una malicia y una superioridad que no podía dejar de encantarme cada vez que lo hacía. Esa mujer, era la mujer que raramente quería para mí.

No fue la primera ni la última vez que me habló de esa forma. Parecía que no dejaba de lado su yo profesional, lo que le obligaba a convertir cada una de las conversaciones que tenía en una entrevista más.

Nunca salía de entablar una plática sin obtener toda la información pertinente para ella. Me encantaba la forma en que me desnudaba cuando hablábamos, me hacía sentir vulnerable; fuese escrita, por teléfono o en persona, todas sus intenciones eran claras para mí, y, con todo y eso, me dejaba penetrar por ella sin ningún problema.

—Tal vez no quieras hacerlo dijo ella.

—Eso lo sabremos cuando lo haga dije yo.

Esa misma noche la hice mía por primera vez. Lo bueno de aquel recuerdo que almaceno como si fuese mi más grande tesoro, es que nuestro encuentro íntimo no se limitó a producirse en un colchón repleto de sábanas. Estoy seguro que aquella limosina aun tiene rastro de nuestra salvaje pasión carnal.

Mientras nos dirigíamos a un hotel, uno que quedaba a unas cuantas cuadras de aquel restaurante, nos entregamos al otro sin contemplar el mañana. El tiempo que invertimos en ese, literalmente, fue el que le tomó al chofer seguir mis órdenes de alejarse lo más que pudiera y regresar a donde estábamos. Necesitaba hacer esa noche eterna.

Algo interesante acerca de mi relación con Valeria es que nunca sentí que me extrañase cuando no me veía. Las noches que no pasábamos juntos eran esporádicas. Más sufría yo por su ausencia que ella por la mía. Y, no tengo idea de si sea así realmente, porque, parte de lo que sé de ella es una sencilla falsedad.

No la conozco como realmente debería porque nunca tuve la fortuna de hacerlo. Pero, lo que sí sé es que las noches sin dormir a su lado eran acumulativas. Mientras más lo hacía, más me sentía realizado al romper ese interludio entre la soledad y la compañía.

Pero, cuando sí, profanaba cualquier concepción de castidad, decencia... se adueñaba de mi un instinto salvaje que no sólo se desataba entre las piernas de Valeria, sino en todo su cuerpo.

Aquella noche descubrí que realmente estábamos hechos el uno para el otro.

En la limosina, luego de pedirle al chofer que hiciera de un viaje de diez minutos uno de hora y media (a lo que recuerdo que Valeria preguntó: «¿Duras tanto?», me inflamó como el ego como una alergia en ese momento) para poder alargar esa noche con la mujer más bella que había conocido.

Entre besos, caricias, la satisfacción de haber comido, unas cuantas copas, el placer de estar juntos y un deseo que nos venía atrayendo desde hace días y horas, nos comenzamos a desvestir.

Me encantaba cuando no llevaba nada debajo de su ropa porque me permitía acceder a su sexo, a su interpretación de una mujer realmente perfecta casi

como si estuviese dispuesta, abierta solo para mí.

Ese día solo llevaba unas bragas aunque, por el diseño que tenían, parecía que no las llevaba puestas.

Era un sencillo hilo que se desplazaba desde su coxis hasta el periné de donde nacía un pedazo pequeño de tela que ocultaba la vagina más perfecta que había visto en toda mi desgraciada vida.

Estoy soez, estoy inquieto. Estoy feliz. El recuerdo de esa mujer no es más que una medicina para mí. No importa qué tan horrible sea mi existencia luego de que ella me abandonó (porque eso es lo que creo que ha sucedido) nunca la odiaré, nunca tendré el valor necesario para dejar de amarla.

Y, junto a eso, su memoria, su imagen, aquel hermoso rostro que llevo tatuado en cada una de mis neuronas, se despierta con cada impulso eléctrico que genera mi cuerpo. Soy la estática, soy aquello que ella genera porque no soy más que la energía que emana su perfección.

Dejé de existir en el momento en que la conocí.

Y, entre sus piernas, esa hermosa vulva depilada, a pesar de no ser ninguna señal evidente, me dejaba en claro que todo había sido preparado, se sentía así. De cierta forma, yo no la llevé a la cama, ella me llevó consigo. Lo sabía, siempre lo supo. Nunca estuve al tanto del momento en que lo haríamos hasta que ella aparecía y me endurecía con su sensualidad.

De esa forma, con las piernas abiertas y el vestido a medio recoger, arrugado en su cintura con las tetas al aire, la mirada de Valeria me invitó a comer del postre.

Sus labios, ácidos y jugosos, despertaban en mi cada uno de los sentidos necesarios para interpretar apropiadamente una obra de arte. No soy quién para juzgar su belleza porque no soy más que una simple víctima de ella, no sería parcial. Pero, no hay forma de negarse a la excelencia de aquella imagen.

Esa mujer, con un par de piernas firmes, blancas, un cuerpo angelical y un rostro espectacular, lo era todo. Poseerla y leer cada uno de sus gestos, era entender que, sea quien fuese capaz de probar cada centímetro de este, estaría un paso más cerca de la vida eterna porque, nada que la hubiese tocado podría morir por lo bendito que era.

Mi rostro se empapó de sus jugos, de su esplendor. No podía dejar de bordear

mi lengua por su clítoris ni de sacudir mis labios con los suyos. Respiraba sobre ella para enfriar la humedad que nos ahogaba en placer y darle un escalofrío de delectación que le encantaba demostrarme con un gemido fuerte, lascivo.

En ese momento me sentí como si la conociera de toda la vida porque, cada cosa que hacía me traía a momentos que ni siquiera sabía que tendría con ella.

Lamer su vagina era probar el futuro y morir en el pasado mientras que el placer se apoderaba de nuestros cuerpos para hacer de nuestros huesos un instrumento dedicado al deseo puro y real.

Comenzó a apretar mi cabeza en contra de su entrepierna, mientras que con los jugos que se escurrían de nuestros labios lubricaba su ano el cual era estimulado por mi dedo.

No parecía negarse a nada de lo que hacía, lo que me motivó a hacer todo lo que mi imaginación aprobaba.

Me levanté como pude sin golpear la cabeza del techo de aquel coche para desabotonarme el pantalón. En ese momento ella se acercó a mí, apartó mis manos y continuó con lo que hacía.

Sacó mi pene con firmeza, lo apretaba como si quisiera aferrarse a él, u obligar a que los átomos que nos separaban, realmente se tocaran; quería desafiar todas las leyes existentes en la vida y yo, como un idiota, dejé atrás mi agnosticismo y mi idiosincrasia para creer en ella, convencido de que realmente podría lograr lo imposible, lo improbable, estando a su lado.

Lo llevó a su boca para saborear mi líquido pre-seminal con un deleite que jamás había visto en una mujer que no desempeñara la profesión. Realmente me hizo creer que lo disfrutaba y, por lo pronto, podría decir que lo hacía.

Me senté a su lado para mayor comodidad. Todo eso lo debía disfrutar cómo mejor pudiera.

Ejecutaba movimientos que implicaban en mí un placer inconmensurable. Con una mano sostenía mis testículos mientras que con la otra masajeaba el tallo que se escapaba de su boca. Todo era una sinfonía perfecta que evidenciaba una práctica constante. Algo que me causaba celos y placer a la vez.

Mientras leíamos desnudos (cosa que aprendí a estimar luego de conocerla) al verla, me frustraba al imaginar todos esos hombres con los que estuvo; me

gustaba creer que no lo sabía, que ignoraba de su existencia. Pero solo me torturaba.

En cambio, cuando se movía con tal destreza, sobre mí, debajo, en frente... Cuando probaba su elixir, cuando se escurría y discurría por mi cuerpo con esa sensualidad característica de su ser. En ese preciso momento, me causaba placer entender que, era precisamente esa experiencia lo que hacía inigualable el sexo con ella.

Ahí no sentía celos, envidia. Esa primera vez no tenía ni idea de lo buena que era. Estaba completamente idiotizado por lo que hacía y debido a ello absolutamente todo me asombraba.

Se entregaba a mí en todas las formas con tan solo apoderarse de mi miembro, el cual succionaba, lamia, escupía y apretaba deleitándose.

En menos de lo que esperaba, ya me encontraba agobiado por la situación, necesitaba de ella a como diera lugar. Quería tenerla de todas las formas, en todas las posiciones, en todos lados. Su boca se comenzaba a abrir más, mi pene se introducía en ella casi por completo.

Sentía como mi glande golpeaba con su garganta y detenía su respiración. No parecía molestarle, se dejaba, se lo tragaba con tal maestría que no creía que eso fuera nuevo para ella ni mucho menos que fuese innato. Con una mano libre de mi tallo, comenzó a jugar con su entrepierna, cosa que me encendía más. Soy un hombre visual, y verla mientras me la cogía era un deleite.

Se notaba empapada, deseosa. Se sacó mi pene de la boca

—¿Te gusta? me decía varias veces al sacárselo.

A lo que yo respondía:

—Me encanta lo que estás haciendo.

—¿Ahora?

En ese instante se llevó todo mi pene hasta la garganta, casi como si quisiera digerirlo. Apretó mis testículos con su mano libre y se quedó ahí por vario segundos. Parecía experta en apnea.

No hubo manera de que respondiera a su pregunta porque, antes de darme cuenta, ya lo estaba sacando, apretando mi glande con sus labios e induciendo mi eyaculación como si no dependiese de mí sino de ella. Sin abrir la boca,

dejó que lo depositase todo dentro de ella y lo tragó.

Sin mediar palabras, se levantó como pudo, se dio la vuelta y alzó sus nalgas. Acostada en el asiento del coche, con la cara pegada al mueble, cogió ambas manos y expandió sus glúteos para ofrecerme una mejor vista de su sexo y su ano.

—¿Qué esperas? me dijo.

Aun no estaba preparado para la siguiente ronda pero, aquella imagen me motivó a intentarlo de todos modos. Mi pene se encontraba duro pero sensible.

Con un sencillo tacto superficial de la punta de mi sexo en su húmeda vagina, mi cuerpo se estremeció casi por completo. Estuve a punto de acabar de nuevo por la emoción, por el éxtasis de estar con una mujer tan esplendida como ella. Pero me contuve.

Sin sobre analizar más el asunto, me llené de fuerzas e introduje mi pene con fuerza. Acto estúpido. Parecía un virgen que nunca había probado una vagina, que nunca había tenido la oportunidad del contacto sagrado con la mujer.

Su vagina se encontraba un lubricada, prácticamente estaba lista para ser penetrada, pero, por mi impaciencia, me desplacé un poco a la izquierda de su sexo y golpeé su costado.

Como toda una guerrera, dejó escapar un sutil quejido de dolor que fue ahogado por su voz lucida y despreocupada:

—¿Se te olvidó como meterlo? dijo en broma.

No se movió, no se retorció de dolor. Valeria seguía en la misma posición, con las manos apartando sus redondos glúteos del medio para que pudiera ver a la perfección su vagina. Todo eso acompañado de una sonrisa traviesa y burlona en su rostro.

—No, es que yo... el coche Dije.

Desesperado, como un niño, traté de excusarme, darle un motivo a mi torpeza sin parecer un idiota. Me sentí culpable, incluso pensé que había arruinado el momento.

—Si quieres yo te guío dijo seductoramente.

Y, sin esperar demasiado, soltó una de sus nalgas y extendió la mano para apretar mi pene semi-erecto que estaba perdiendo firmeza por los nervios que

me atacaron a causa de mi estupidez (en circunstancias diferentes no le habría dado importancia, es solo que, en ese entonces, quería que todo saliera perfecto con ella), y, con tan solo su palma, hizo que me excitara de nuevo y guió mi sexo hasta el suyo a la perfección.

—Listo, mi amor. Ahora empújalo.

Reprimí el impulso de defender mi orgullo, de decirle que sabía cómo hacerlo y sólo le obedecí. Empujé mi cadera lentamente e iba penetrando con cuidado su interior.

Se sentía caliente, empapada, estrecha. Aquella vagina fue la gloria. Efectivamente había perdido la virginidad; antes de ella, nada había sido tan sublime y espectacular. Me sentía como un jovencito que lo probaba por primera vez, porque, en efecto, no había forma en que alguna otra mujer se sintiera como ella.

Con cada milímetro recorrido en su interior, sus paredes vaginales iban apretando, empujando, lubricándome. No había parte de su cuerpo del que ella no tuviese el control completo.

Parecía que era ella quien marcaba el paso. Su respiración se agitó, apretó sus propias nalgas como si las fuera a arrancar, como si quisiera enterrar sus dedos entre sus carnes.

Cuando lo terminé de introducir, comencé a embestirla con delicadeza. Su voz reproducía, al compás de mis movimientos, un sutil y elegante gemido que me excitaba aun más. Estaba preparando el terreno, estaba calentando a la bestia.

Valeria parecía disfrutar cada centímetro de mi pene. Se lamía los labios, tal cual tuviese todavía mi miembro dentro de su boca. Aquel órgano fantasma perforaba su garganta al mismo tiempo que mi falo real se enterraba en su vagina.

Gemía de repente cada vez que golpeaba la entrada de su útero al penetrarla por completo. Se emocionaba, ella sonreía con el acto. Valeria estaba disfrutando ese momento como si fuera uno de sus hobbies favoritos.

En ese momento no sabíamos de qué forma hacer más interesante, qué posición usar porque estábamos limitados por el espacio. Luego de casi acabarle adentro, nos colocamos en el suelo para poder seguir con lo nuestro.

Yo me acosté como pude mientras ella se sentaba en mi regazo para saltar con

destreza, mover sus caderas y su abdomen como si estuviese imitando el movimiento del mar. Iba y venía con delicadeza, hasta que comenzaba a moverse con más intensidad. Gemía con más fuerza, parecía que estaba a punto de llegar a su siguiente orgasmo; lo anunciaba entre gritos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Así!

Su respiración se agitaba más, sus caderas parecían de acero. Todo su cuerpo estaba tenso, no quería aflojar ni un solo músculo para no perder el toque y yo me estaba sintiendo drenado en ese momento.

Mi pene se batía en su interior, sentía como su pelvis chocaba con todo mi cuerpo, como sus nalgas rebotaban sobre mis piernas. Sentía que el coche se movía por culpa suya.

Entonces, dio su grito de gracia y se dejó caer sobre mi acabada. Mentiría si dijese que esa fue la última vez de aquella noche, luego de eso, nos fuimos a una suite del hotel que estaba a unos cuantos pasos del restaurante y continuamos nuestra noche llenos de la llama ardiente del deseo pasional.

Fue inigualable.

* * * *

A pesar de que hablar con Valeria era como querer conversar con una roca que nunca responde y que no dejaba de lanzarse contra tu cabeza para ocasionar una contusión, en ciertas ocasiones podía vislumbrar ciertos gestos que hacían de ella una espectacular belleza. Cada uno de sus rasgos se exageraba con alguna sonrisa, un rubor natural o el sencillo movimiento de sus parpados.

Después de ella, me pude dar el lujo de decir que no había conocido a alguien más especial en toda mi vida. Cada cuanto se lo decía, me reprochaba el hecho de que lo dijese ya que tenía cierto desdén por ser alagada. No sé si era alguna especie de baja autoestima o cualquier otra cosa; tal vez crucé la línea de la locura al hacerlo.

Se ofendía cuando le idealizaba o poetizaba sus acciones. Ella era espectacular a su propia manera: cuando cogía el cigarrillo para llevárselo a los labios, prestaba la sensación de que las cosas a su alrededor dejaban de

importar.

Se notaba que estaba conversando con él, diciéndole sus más grandes secretos entre cada uno de sus inspiraciones largas y profundas. O a veces cuando abría algún libro, que parecía que lo leía primero con el tacto, el olfato; no lo veía realmente sino hasta unos minutos después de abierto.

Cuando compartíamos esos momentos y más, yo interrumpía mi concentración para verla a ella encerrarse en su propio mundo contemplativo de las cosas.

Tenía ciertas facultades admirables, no solo su carácter, su forma de ser, su físico atractivo, sus gestos femeninos con rasgos de sensualidad natural, cosa que hacía que pareciese que estuviese experimentando un orgasmo con cada movimiento, o, aparte de todo ello, su mera presencia. Valeria causaba en mi todo tipo de sensación.

Al cabo de unos meses nuestra relación se hizo más y más personal. Nuestros encuentros eran largos y especiales, o por lo menos para mí. Ella se la pasaba todo el tiempo observando las cosas como una serie de eventos circunstanciales, vacíos.

No sé si se debía a su forma crítica de ver la vida, de querer desentrañar la verdad y no descansar con las crudas realidades una vez descubiertas; no conozco a muchos periodistas, difícilmente la conozco a ella.

Una de las tantas cosas buenas que me sucedieron estando con ella, derivaban del hecho de que conocí a diferentes personas gracias a Valeria. Lo interesante de todo esto es que no había ningún motivo por el cual yo no pudiera conocerlas sin involucrarla, pero, sin embargo, los demás se hacían más amigables conmigo gracias a la relación que mantenía.

Valeria era una gran compañera, compartía con ella casi todo lo que podía la gran parte de mi día sin quejarme ni prestar atención a los detalles que consumían mi tiempo, salud o incluso dinero. Con ella no escatimaba en ningún tipo de gastos, cosa que me permitía disfrutar cada momento como si fuese el último.

* * * *

Nota de mi hogar: una casa de dos dígitos mayores a diez de metros cuadrados, paredes blancas atestadas de diferentes adornos, cuadros, diseños en vinilo, en diversas áreas unas sí, otras no □ que demostraban un gran manejo en materia de diseño de interiores.

Un solo piso pero con varios escalones que bajaban sesenta centímetros para darle cierto toque de altura a los techos lisos del mismo color que el resto de los muros. Un suelo de madera cuyo sonido dejaba en evidencia la presencia de cualquiera.

No tenía termitas ni sufríamos por algún rechinar molesto, pero cualquier suela de zapato dejaba un eco en la casa que, luego de cierto tiempo en ella, llegaba a aturdir, lo que nos obligaba a caminar descalzos.

La entrada daba hacia la sala de frente, dejando ver un juego de sofás que combinaban con el blanco y negro que pintaban los alrededores, los muros, pie de muros, el techo y la chimenea.

Una chimenea a gas lo suficientemente acogedora en una esquina a lo ancho del lugar que no se podía ver desde la entrada a menos que dieras unos cuantos pasos largos hacia la izquierda.

Allí se podía notar dos pequeños muebles que Valeria y yo utilizábamos para sentarnos y leer en frente del calor que emanaba nuestra pequeña evocación de un pasado más rustico en donde se confeccionaban las mismas con mampostería. Pero esta tenía un tono moderno que la hacía ver como una televisión puesta en el suelo. La cocina se encontraba diagonal a la entrada, perfectamente visible para aquel que tuviese la fortuna de entrar en mi refugio personal.

Lejos de eso, caminando por el mismo lugar desde donde se ve la chimenea estando parado en frente de la puerta, se puede encontrar los pasillos que dan a la única habitación con una cama, los demás cuartos están ocupados con cosas banales tales como una oficina, un baño, un gimnasio personal y mi biblioteca. Todo eso en un pasillo que da a una portezuela de vidrio hacia el patio en donde se puede ver la piscina.

Tenía suficiente ventanas que daban un tono más brillante al lugar, y que se reflejaban en las blancas paredes haciendo que la luz se distribuyera por todo el hogar con cierto tono de vida que le encantaba a Valeria.

Ese era nuestro hogar, nuestro refugio. Ella tenía una casa propia de la cual

pocas veces le escuchaba hablar. A pesar de nunca haber estado en ella, no presentaba nada importante, suponía que era sencillamente un lugar más de entre tantos en donde las personas dormían o se aseaban.

Para mí, aquella casa era la especial, la que realmente importaba. Las pocas veces que compartíamos en esta, conseguía comprender que la vida era más que un sencillo bramido de nuestros más sencillos deseos de continuar actuando como individuos temerosos de su propia capacidad.

Era un mundo diferente, algo que me encantaba experimentar día y noche a su lado.

Valeria estaba al tanto de ese efecto que tenía en mí. En ocasiones se acomodaba entre mi tiempo de trabajo y yo para poder hacerse notar a la perfección. Su mirada furtiva y sus gestos cautivadores me atrapaban haciendo que desviara toda atención de lo que hacía con mi trabajo.

Pero, cuando no me atrapaba con sus encantos o su intelecto, lo hacía con su cuerpo.

El sexo con Valeria era sencillamente espectacular. Todo su cuerpo funcionaba como una perfecta creación divina que cumplía el más complejo deseo de satisfacción que cualquier hombre podría tener.

Estoy seguro que para llegar a hacer lo que hacía con su boca, su mano y el resto de su físico, debió haber tenido una preparación adecuada, alguien tuvo que haber pasado antes de todo eso y, a pesar de mi constante vicio de asediarme día y noche con dicho pensamiento, me deleitaba con la forma en que me tocaba.

Una tarde de mediados de abril, luego de regresar de una reunión importante con respecto de algunas películas que se grabarían con ciertos actores, llegué a casa para conseguirme a Valeria vistiendo solamente un delantal.

Estaba de espaldas a la entrada de la cocina que se veía perfectamente desde donde me encontraba.

Con la puerta aún abierta, observaba las redondas nalgas de Valeria, sus piernas, su espalda descubierta con un pequeño nudo de la cinta del delantal a su cintura que le confería cierta división sensual de su cuerpo y su cabello que caía por sus hombros con una belleza inigualable.

Estaba concentrada en lo que hacía. No era muy buena cocinando a pesar de

que le encantaba comer, pero su motivación se notaba desde lejos. No sé si era la forma en que vestía o ella en particular, pero, emanaba cierta emoción que me incitó a cerrar la puerta a mis espaldas cuidadosamente para acercarme a ella con la misma delicadeza.

Ya sabía que me encontraba allí, pero no se giró para recibirme. Solamente pronunció unas cuantas palabras antes de que me acercara a ella lo suficiente como para introducir mis manos por debajo de la delgada tela que le cubría y apretar sus perfecto par de pechos que me encantaba tanto tocar.

—Bienvenido a casa, mi amor.

Su voz seductora y sumisa era de un atractivo inigualable que despertaba en mí un instinto salvaje que solamente podía ser aplacado por un encuentro sexual vehemente.

Sin más que decir, con tan solo diez sílabas sí, las conté □ me dejé llevar; mis labios en los suyos, afincando mi sexo firme entre sus deliciosas nalgas. Ella renunció a su práctica culinaria soltando el cuchillo que sostenía para entrelazar sus dedos en mi cabello.

Mantuvimos una conversación por varios minutos, una en la que no teníamos la más mínima intención de intercambiar palabras; como amos de nuestro propio placer, nos adueñamos del silencio haciéndolo nuestro único idioma.

Los labios de Valeria: suaves, jugosos, de un espesor maravilloso, atraía los míos con cierto eufemismo halagador propio de un dulce esponjoso. Suavemente los mordía para sentirlos más cerca de lo que ya estaban porque el mero contacto físico con ella me era insuficiente, carecía de esencia, me sentía en una realidad fallida, en donde las cosas sagradas que experimentaba tenían poco de veraz.

Ella suscitó unos gemidos encantadores que me motivaron a aumentar la intensidad de mi contacto, girándola para poder hacerlo de frente, para poder tomar sus nalgas entre mis manos y apretar su sexo semidesnudo contra el mío.

Comenzó a empujar su cadera hacía el frente, reduciendo más la separación entre nosotros. Pude suponer que entre mi pantalón y la tela de su delantal podía sentir la forma de mi pene erecto que le deseaba con cierta locura propia de mis instintos sexuales.

No nos quisimos mover de ese lugar. Mientras nos besábamos, solamente desaté el nudo de su delantal para poder dejar su cuerpo completamente

desnudo, mientras ella arrancaba los botones de mi camisa que, por suerte, no usaría más después de eso.

Tenía la fortuna de adquirir otra. ¿Qué sería de mí si fuese pobre? En el momento en que la pregunta llegó a mí conciencia, Valeria introdujo su mano en mi pantalón para coger mi miembro y apretarlo con la poca fuerza que el reducido espacio le permitía.

Ahí mordió mi labio inferior, abriendo sus ojos mientras que sus parpados rasgados y sus pupilas dilatadas me miraban con pasión febril, perdida de cierta forma pero con la intención adecuada.

No sabía qué estaba observando en ese momento, lo que me hizo cuestionarme exactamente qué podían captar las mujeres a través de la vista. Me sentía intimidado, excitado... ella se había apoderado de mí y lo confirmó con sus palabras.

—Este pene es solamente mío dijo con firmeza, sin dejar rastro de que pudiera contradecir sus palabras.

¿Qué podía hacer? Me sometí a mis más primitivos deseos de tenerla, de estar a su lado, que todo lo que hacía me parecía una perfecta representación de amor, del apasionado acto sexual. Ella se apoderaba de mí de tal forma que no podía negarme.

Abriéndome el pantalón sin soltar mi pene, me jaló hasta la isla de la cocina para obligarme a apoyar de ella; y con sus rodillas en el suelo, como si estuviese rogando, se lo introdujo en la boca, saboreándolo como una paleta de helado, derritiendo mi sentido, mi piel y mis ganas de amarla.

Sus ojos siempre fijos en los míos, arqueando sus cejas dejando en claro que su talento era inigualable. Era la misma técnica que se usa en el porno para hacer sentir al espectador que la actriz le esta succionando el alma a él.

Le pedimos que vean a la cámara, como si estuviesen viendo directamente a los ojos de aquel que se la jala en su honor. No sé cuántas veces me lo hice pensando en todas las ocasiones en que Valeria me observaba directamente mientras se tragaba mi sexo sin contemplaciones.

Se llevaba mi glande hasta lo más profundo de su boca, como si no le preocupase el oxígeno que dejaba de respirar al hacerlo. Luego de unos segundos, tosía por el reflejo nauseoso dejándolo libre para succionar la punta con agresividad como si quisiera sacar mi semen a la fuerza.

Al cabo de un rato lo logró al igual que siempre □ turnando su boca, garganta, labios y manos para incrementar la inigualable sensación de tenerla chupándose mi verga.

En lo que acabé, no perdí mi tiempo en avisarle, tal cual habíamos acordado que haría cada vez que se diera la ocasión, que acabaría.

Pocas eran las veces en que lo dejaba caer sobre sus pechos y los escurría como si quisiera humectar su cuerpo con mi corrida. Siempre lo dejaba dentro de su boca para poder saborearlo y luego tragárselo por completo. Esta vez no fue ninguna excepción.

—Córrete en mi boca, quiero sentir tu leche caliente.

Sus palabras sirvieron como alarma para despertar el resto de mis sentidos y dejás escapar todo lo que tenía para ofrecer en materia reproductiva. Y, sin sacarse el pene de la boca, permitió que mi corrida invadiera su interior sin toser siquiera. Se lo sacó y saboreó mi semen como si lo hubiese estado esperando todo el día.

—Nunca me voy a cansar de esto.

No recuerdo que dije luego de eso, a veces mi memoria se pierde únicamente en lo que se refiere a ella, dejando mi presencia como un hueco profundo de incoherencia. Pero, a pesar de no saber que dije, ella respondió:

—Si pudiera encontrar esto en otro lado, no estaría aquí contigo.

Puedo decir que ignoré por completo lo que eso podría llegar a significar y me concentré más en el resto de su cuerpo levantándose mientras sometía mi pene.

Se dio la espalda y levanto esas hermosas nalgas que prometían hacer el agua bendita con el simple hecho de tocarlo. Sin más que agregar, me atrajo hasta ella e introdujo por sí misma mi pene entre sus piernas.

Se glorió con un suspiro de orgullo que proponía una completa entrega al acto sexual, estaba disfrutándolo, porque no dejaba que me moviese. Ella comenzó a batir sus caderas sin sacar demasiado mi miembro de su vagina, haciéndolo vibrar en su interior Se sentía tan estrecha en ese momento □ .

El sexo con Valeria era siempre una nueva aventura. Día tras noche, en la cama, en el suelo, en el coche. No había lugar en donde no hubiese metido mi pene en ella que no haya existido en esta tierra. Sus gustos eran insaciables, con cierto toque de ninfomanía que no le gustaba aceptar.

No sabía si le habían diagnosticado esa condición, pero las evidencias hablaban por sí mismas. Me gustaría creer que no tenía ningún tipo de relación con algún otro hombre, pero, no podía negar la posibilidad absoluta.

Valeria no era solo mía, no me pertenecía, de esa misma forma que ningún ser pertenece a otro. Yo me había consagrado a su presencia, a la esencia de su existencia pero, me temía que ella no a la mía.

Inmediatamente comenzó a moverse evidenciando una habilidad industriosa para hacer las cosas. Sabía lo que hacía y me encantaba ser objeto de su experiencia. Cada movimiento me maravillaba más que el anterior. Nasalizaba sus gemidos mientras mi miembro golpeaba y rozaba sus paredes que me apretaban y liberaban a placer.

No teníamos mucho a lo que aferrarnos, me complacía al pensar que ella estaría allí siempre para mí, deleitándome. Pero, los pensamientos presuntuosos eran innecesarios en ese momento.

Yo embestía sus nalgas, haciéndolas sonar como aplausos a nuestro encuentro, como si los espectadores de nuestra vida ovacionaran nuestro encuentro salvaje. Valeria no dejaba de gritar todo lo que le encantaba del sexo conmigo, cosa que solamente inflaba más mi ego y el concepto que tenía de mi propia habilidad. Hoy día me pregunto si lo que ella sentía era un placer recurrente o especial.

Por mi parte, me dejé llevar como siempre lo hacía. Con la palma de mis manos le daba fuerte nalgadas que dejaban una circunferencia roja en su glúteo, a lo que ella respondía con un resoplido de placer que me motivaba, además de hacerlo a su propia manera, me pedía repetirlo varias veces.

Ella era una científica sexual. Cada método lo debía experimentar y estudiar con detenimiento, no se negaba y nunca decía que quedaba insatisfecha con lo que intentábamos.

Todas de las posiciones que probábamos eran espectaculares sin duda alguna. Me recosté sobre la isla de la cocina dejando caer todo lo que podría obstaculizar mi comodidad y ella se colocó sobre mí para comenzar a cabalgar mi pene.

Se apoyaba de mi pecho con una mano mientras que con la otra se apretaba uno o ambos pezones. Rebotaba sobre mí con tal maestría. Sentía como no dejaba escapar mi pene, como se deslizaba para poder sentir al máximo su

firmeza y longitud.

La llevé cargada hasta el sofá más grande en la sala y me acosté sobre ella. Valeria, se abrazaba a mis hombros, incrustando sus uñas como si quisiera aferrarse a los músculos de mi espalda. Tenía una obsesión con mi físico, tal vez tan elevado como el que yo tengo por el suyo.

No es para presumir, pero, mi cuerpo tenía el carácter de alguien que le gustaba llevarse al límite. El gimnasio en mi casa no estaba ocupando espacio valioso; era útil y funcional. Entre gemidos gritaba lo mucho que disfrutaba con él con mi cuerpo □ .

—Maldita sea, me encantas exclamó, mientras que, con la mandíbula firme, hizo pasar aire entre sus dientes como si estuviese absorbiendo el humor de nuestros cuerpos . Entiérramelo más adentro, más duro. Eres mi bestia salvaje.

Cada vez que un orgasmo se apoderaba de ella, su cuerpo comenzaba a temblar para luego relajarse como si no tuviese vida. Pero yo no me detenía, continuaba embistiéndola, cosa que parecía disfrutar; en su rostro se dibujaba una sonrisa de placer que no se borraba por un buen rato. No me soltaba, se aferraba más a mí como si estuviese cogiéndose de una rama para no caerse al vacío.

* * * *

Podría recordar cada uno de los encuentros sexuales que tuve con ella sin ningún problema. Si hay algo que supe disfrutar a su lado, fueron cada uno de esos momentos inolvidables en los que ella se las arreglaba para cautivar me desde mis sentidos más primitivos hasta los más civilizados y complejos.

Pero sería una burda excusa el ocupar tantas hojas en algo que, según me percaté con el paso del tiempo, tenía menos significado del que yo imprimía en él. Valeria me enseñó eso.

En este momento me encuentro en una posición lo suficientemente difícil que me lleva a diferentes puntos de mi vida, que me obliga a contemplar el pasado o más bien, divagar en él.

A pesar de que justamente ahora me encuentro refugiado debajo de mi propio

condominio esperando a que todas las cosas sucedan por sí solas, me he propuesto no salir bajo ningún motivo.

No tengo ninguno para creer que la vida se ha acabado, aunque me noto más como un hombre que se lamenta de una vida que pudo vivir de la mejor forma si hubiese tomado las decisiones adecuadas.

Y es eso, es eso lo que me lleva a pensar que el hecho de no tener a Valeria a mi lado en este momento es culpa mía, únicamente eso y más nada. Pero, eso sería darme más mérito del que realmente merezco.

Todo esto lo pienso mientras me quedo sentado en frente de la amigable chimenea de mi casa, aquella en la que ella solía sentarse en frente para leer; sigue encendida. Deja esa impresión de nunca antes haberse apagado lo que me hace creer que todavía queda algo de ella en este lugar.

Uno que, a pesar de nunca haberla albergado realmente como suya, tiene una esencia inigualable, de esos que te hacen creer en el hogar cuando ciertamente no lo estás.

Valeria solía acomodarlo día tras día como si de alguna forma u otra las cosas a su alrededor tuviesen vida propia.

Las pocas veces que se quedaba conmigo, aquí, se encargaba de acomodar los pequeños desastres que yo ocasionaba: mover de lugar el sofá, dejar afuera algún cuchillo en la cocina, no guardar los libros en el orden en el que debían estar según las reglas de cualquier biblioteca... ella se ocupaba de todo, tanto como podía y quería.

Se encargó de comprar diferentes pinturas y esculturas para darle más «carácter» de hogar decía ella □ , no dejaba ningún cabo suelto o alguna cosa por terminar. Me parecía fascinante verla flotar por la casa como si se tratase de alguna princesa en algún cuento de hadas de esos que tanto se monopolizan en la sociedad.

En fin, este hogar tiene esa ceniza de su presencia que me cuesta barrer y ese olor a ahumado que se queda calado en las paredes y en todo mi alrededor. Su perfume parece tatuado en mi fosas, en los cojines, en cada carátula de cada libro que alguna vez tocó, más aun, en incluso, pensándolo bien, aquellos que no, también llevan su aroma. Es intoxicante la forma en la que ella se queda atrás cuando está tan lejos.

Los días pasaron, cada uno de ellos se hacía cada vez más largo luego de su

partida, luego de haberme comunicado, sin decir palabra alguna, que no quería estar más conmigo.

Me gustaría saber por qué, apenas han pasado meses de ello y no consigo ninguna respuesta al respecto. Del resto, creo que no queda más de otra que continuar recordándola, divagando en mi memoria y escribiendo al respecto como si esto hubiese sido realmente mi profesión.

Y la llamé ciento de veces luego que se marchó. Tono a tono, mi corazón latía más fuerte. Minuto tras minuto de espera, mi mente comenzaba a destruirse a sí misma, a amainar mi confianza y a desplazar mi cordura a los peores escenarios a los cuales la imaginación podía guiarme.

Cada llamada sin poder conseguir respuesta alguna me convertía en el hombre más desesperado del mundo. Lo peor que podía escuchar en esos momentos, era aquella voz: esa hermosa e inigualable representación de perfección que me obligaba a tragar arena, recordándome que, de ella, solamente podría obtener eso, un tono de voz taciturno, indiferente.

Algo que no recordaba de ella ni porque estuviese distante, molesta o indiferente en persona. La cosa con esa grabación era que sin siquiera intentarlo, me apuñalaba en el pecho, me perforaba los pulmones y me dejaba morir lentamente.

Esa grabación me hacía apretar la mandíbula, cerrar con fuerza el puño y golpear cualquier objeto de forma contundente, lastimándome, experimentando un dolor físico que la ausencia de Valeria me hacía sentir en lo más profundo de mí ser.

Desconocía su paradero, lo que hacía que todo lo demás perdiese sentido. El no saber qué era de su vida cuando no estaba seguro de si estaba a salvo, feliz o asustada, me aterraba hasta los huesos y desviaba mis facultades.

Cada vez que marcaba a su teléfono y no respondía, me invadía un odio inefable. No sabía cómo reaccionar, cómo comportarme. Se apoderaba de mí algo que no sabía que podía ser real. Algo que nunca habría sentido por ella. Valeria era una chica puntual, precisa, correcta.

Desde que la conocía no había forma en la que ella pudiera comportarse como una persona deshonesto o insegura y, el simple y absurdo hecho de que no atendiera mis llamadas hacían de mí un hombre iracundo.

Enojado por lo que eso significaba, me embriagué con esa ira; me hallaba

renuente a aceptar que no pudiese responderme. En ese momento ignoraba por completo que se había ido (según lo que veo ahora) para no volver.

Comencé a odiar el hecho de que no respondiera porque temía por su seguridad (de la cual dependía la salud de mis principios, de mi cordura). Perderla significaba perderme y el no poder haberme ido con ella me dejó devastado por completo. Pero aun así, no dejé de llamarla.

Por otro lado, las paredes blancas de esta casa se muestran amenazadoras ante mi posición, como si estuviesen anunciando la ausencia de algo. Es como una hoja de papel en la cual no puedes encontrar un punto de enfoque.

Su sombra se dibuja en cada una de ellas, haciéndola aparecer en los rincones escondidos de mi memoria, acechando mi cordura y sentido común con su espectacular imagen.

En aquella primera cena, pude tener la impresión de que fue una de las pocas veces en la que ella fue realmente honesta conmigo.

A su momento, en diferentes ocasiones, no me había preguntado si en verdad lo que me decía tenía algún sentido de certeza, es ahora que me cuestiono cada una de sus palabras.

Mientras la observaba leer el menú del restaurante para pedir lo que le abriera el apetito, sentí ese primer llamado de atención que me abrió los ojos ante algo completamente hermoso.

Algo tan sencillo como leer un menú se había hecho espectacular. Tenía ese peculiar toque de entereza que exteriorizaba una perfecta iluminación personal. Ese fue uno de los primeros momentos en los que sentí la necesidad de ser experto de ella, de estudiarla, no como un objeto vacío sino como un individuo complejo y maravilloso.

Valeria, levantó la mirada e ignorando por completo mi cara de idiota, despegó sus hermosos labios para pronunciar unas palabras. En ese momento, embriagado por su imagen, me pareció la oración más hermosa de todo el mundo.

—¿Por qué me ves tanto?

Tras darme cuenta que estaba encomiando sus acciones, me desperté de mi sueño lucido y respondí.

—Porque me parece hermosa, señorita Valeria.

—¿Todavía con eso? ¿Señorita? ¿En serio?

—Pero si es agradable decirte así.

—Me agrada que lo hagas, me encanta, la verdad. Más aun cuando lo dices así.

—¿Así cómo?

—Con esa voz, esa cara.

Con una sonrisa picara y una mirada de conquista seductora, le respondí.

—Entonces te gusta demasiado.

—Sí, pero no es bueno que me sigas diciendo así.

—¿Según qué?

—Según yo. Quiero llegar a algo...

Bajó su mirada y termino el tema. Valeria se quedó observando largo rato el cartón del menú como si tratara de penetrar en el platillo imaginándoselo. Una excusa para mantenernos en silencio, crear un ambiente tenso, algo bueno, pero intenso.

—¿Ya sabes qué vas a pedir? Pregunté.

—Sí, quiero la langosta. Me gusta la langosta, pero creo que es muy cara.

—La verdad no me importa si lo es.

—¿Estás seguro?

—¿La quieres?

—Sí, pero no quiero parecer una interesada.

—Yo soy el interesado. Y lo que pareces, es algo mucho más encantador que eso.

—Eso suena romántico Sonrió ruborizada.

—No mucho, pero si así lo crees, lo dejaremos así sonreí.

—Perfecto entonces, yo pediré la langosta. Y ya que estás dispuesto a complacer mis gustos, pediré la más grande.

—Entonces vamos a pedirla le dije con toda seguridad pide todo lo que te llame la atención que estoy dispuesto a pagarlo por ti.

—¿Estás tratando de comprarme? ¿Roberto?

La mera mención de mi nombre con su voz me tumbó de inmediato hasta sus pies. El tono que utilizó tenía la forma de hablar de una mujer segura, tanto de sí misma como de aquello que los hombres veían en ella.

No pude sentirme más estúpido en ese momento, no quería parecer que la estaba hipnotizando para luego acostarme con ella. Mis intenciones eran otras. Sí, tenía en parte el deseo de tenerla desnuda sobre mí, pero, ese no era el verdadero motivo por el cual lo estaba haciendo.

—¿Comprarte? Si quisiera comprarte no te estaría invitando a comer.

—¿No lo valgo?

—Precisamente porque lo vales, es el porqué te traje para aquí.

—¿Traes a todas tus chicas valiosas? Interrogó

—¿Qué? ¡No! No es eso, es que...

Valeria comenzó a reírse de mí en ese momento.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tú dijo entre risas.

—Te estás burlando de mí.

—Un poco.

Indignado, le respondí.

—Pide lo que quieras, yo lo pago.

—¿Piensas que no lo puedo pagar con mi sueldo de periodista?

Valeria no demostraba estar molesta, o incluso atacada por la situación. Pero, de repente, como iba sucediendo a cada rato con ella, de repente tocaba un tema delicado sin ningún tipo de relevancia, por lo menos en mi caso, para luego demostrar que se estaba burlando de mí. Me dejaba entre líneas y lo estábamos disfrutando.

—¡Deja de hacer eso!

—¿Qué?

—Eso, hacerme sentir incomodo.

—¿Te estoy haciendo sentir incomodo?

—Sí. Además, no es lo que quise decir. Lo que quiero es mostrarte lo que puedo hacer.

—¿Presumir tu dinero?

—¿Por qué haces eso? estaba comenzando a sacarme de mi zona de confort No, claro que no.

Dejé que me venciera. Contemplando la situación, se podía notar con facilidad que eso se haría cada vez más complicado. Estaba apenado con ella, sintiendo que todo estaba saliéndose de control. Le daba más importancia de la que realmente tenía por miedo a arruinarlo todo en verdad. Valeria notó que me había ganado en su propio juego.

Nos miramos fijamente sabiendo que lo que estábamos hablando era una sencilla broma. Pero, mantuvimos el papel. Valeria dejó escapar una sutil risa. A mi parecer era suntuosa, encantadora. Levanté mi ceja ante la alarma de su voz y la vi dejándose llevar por el momento.

Las facciones de su rostro se exageraron, no sé si fue por mi encomio, si esto es una apología a su recuerdo o que en realidad estaba viendo una perfectamente inigualable representación artística de la belleza materializarse ante mí.

Ambos quebramos en carcajada en ese momento. Lo suficientemente alto como para decir que estábamos riéndonos fuertemente pero no tanto como para alarmar a las personas nuestro alrededor.

En ese momento, al compás de su jajá, observando cómo sus labios se estiraban y estos obligaban al resto de sus músculos faciales a responder con tal elocuencia, me dejé llevar hasta el punto de enamorarme perdidamente de ella.

No me quedó de otra que resignarme a hacerla notar mis cualidades, si es que realmente las tengo en frente de ella, y optamos por elegir los platos que degustaríamos ese día.

Valeria se portó educadamente, haciendo bromas, conversando de su vida y preguntando sobre la mía.

De momento no sabía qué preguntarle, por lo que las preguntas salían tras un largo rato de conversación sana.

—¿Algún familiar? pregunté yo.

Hablé luego de escuchar sus anécdotas en el trabajo completamente idiotizado por el sonido de su voz. Pero, ante mi pregunta, ella se quedó completamente abstracta. No definió nada más que un simple:

—No. Sólo yo. ¿Y tú?

—Uno que otro.

—¿Alguno importante para ti?

—Mi sobrina. Es lo único bueno que salió de mi hermano.

—Es una buena persona entonces.

—La mejor del mundo.

—¿Mascotas?

—Ninguna ¿y tú?

—Tampoco.

—¿Estás haciendo preguntas al azar, verdad? preguntó Valeria.

—Sí, es que no se me ocurre que más decir sin parecer un acosador.

—Estamos conversando de manera amistosa.

—Me gustaría que lo hiciéramos de otra forma dije.

Ambos sonreímos sin despegar nuestras miradas. Ella sostenía un mondadientes con su mano en su boca de manera sensual. Sus labios pintados, sus hermosos dientes. Todo eso era perfecto. Pero mis ojos estaban fijos en los suyos. La tensión crecía a cada paso.

Necesitaba atravesar la barrera ardiente que nos encerraba, que nos obligaba a sudar.

—¿Y cómo supiste que ser periodista era lo tuyo? Pregunté.

—En la escuela de administración. Una vez allí, luego de varias relaciones fallidas, tanto amorosas como con mis estudios, le puse el ojo a la carrera de periodismo hasta que terminé enamorándome de él.

—Ya veo. Entonces eres una profesional hecha y derecha.

—De cierta forma. Una vez salí de la universidad, me enfrasqué en ser la

mejor en lo que me gustaba hasta llegar aquí. No estoy cazando la verdad en continentes pobres, averiguando sobre las carencias del socialismo, comunismo o cualquier sistema político o estudiando los problemas del mundo europeo. Pero, a pesar de todo, hago lo que me gusta, a su justa medida.

—Debe ser difícil no hacer lo que te gusta tanto.

—Hago lo que me gusta.

—Pero como si te resignaras a hacer lo que te toca. Como si quisieras estar en un lugar diferente pero algo te arrastra de nuevo hasta aquí.

Valeria se quedó callada ante mis palabras. No sé que significó eso para ella, pero de ser algo importante, le tocó. Al cabo de estar unos segundos callada viendo hacia la mesa como si fuera capaz de encontrar la respuesta al verla, y, con un gesto suave, como el de un animal doméstico cuando siente la presión de la ira de su amo, respondió.

—¿En verdad lo crees?

Al verla me sentí culpable por lo que dije. Tal vez había tocado un tema delicado para ella.

—Oye, no. Es decir. Solo lo dije por lo que tú misma mencionaste.

—¿Qué cosa?

—Me estás diciendo que no estás haciendo «eso»

—Te entiendo.

—Exacto. Pero, no quiere decir que no estés disfrutando tu vida. ¿Verdad?

—Lo estoy haciendo.

—Entonces, si quieres vivir al máximo, has eso que tanto has querido hacer.

—Lo tendré en cuenta.

—Yo pienso que eres tan buena en lo que haces, que no deberías estar entrevistando a personas como yo, no pertenecemos al mismo mundo.

—Pero no hay problema en que lo haya hecho. Te conocí ¿o no?

—Sí...

Me quedé viendo fijamente a sus ojos, sintiendo que podría quedarme en ese momento toda mi vida. Viendo en retrospectiva, la verdad me estaba dejando

dominar por la situación y por ella.

—¿Y tú qué? ¿Cómo supiste que este sería tu trabajo ideal?

—Tras muchas pajas.

Valeria soltó de nuevo esa encantadora risa que me cautivó minutos atrás, aún con el mismo efecto que la primera vez, esa y todas las que le siguieron.

—¿Es en serio? preguntó entre suspiros de alivio tras varias carcajadas.

—Un poco. A los quince años me dije que este podría ser un negocio lucrativo, así que cuando cumplí la mayoría de edad, me enfrasqué en este mundo.

—¿Y no estudiaste nada?

—Oh sí. Estudié, pero nada de lo que pudiera enseñarme la universidad podría llevarme a ese mundo que yo quería tras ver su mirada de desaprobación, rectifiqué: sí, si habían carreras que me podrían «ayudar»: administración, cine... etcétera. Pero me refiero que ninguna me garantizaba eso. Así que lo busqué a mi manera.

—¿Qué estudiaste?

—Artes escénicas y literatura.

—Que cambio tan drástico. No te ves cómo una persona que estudió literatura.

—¿Por qué lo dices?

—Tú sabes por qué lo digo. Tienes el cuerpo de un deportista y el trabajo de un actor porno. Es decir, ¿cómo pasas de estudiar literatura a eso?

—Es posible...

—No he dicho que no lo sea, estoy diciendo que no consigo ver qué te llevó a confiar tu futuro a un oficio que no tiene ninguna relación con lo que estudiaste, en parte.

—Porque primero llegó el deseo de estar en esta profesión y luego estudiar lo que estudié. En fin, lo hice porque me gustaba, pero no porque quisiera ejercerlo en algún momento. No hay muchos campos en dónde hacerlo de todos modos.

—Me refiero a la relación trabajo-pasión que no consigo entender todavía. Aun no me dices exactamente qué es eso que te motivó a trabajar en esto.

—En esencia, todo sucedió a los quince, tras ver que habían ciento de páginas porno, material por explorar y ya explorado, supe de inmediato que era una mina de oro. Se notaba que alguien estaba haciendo dinero con ello y yo quería parte de esa ganancia.

—Tiene sentido para mí.

Disfrutaba por completo las conversaciones que tenía con ella. El hablar con una persona tan rica en todo, era delicioso para el alma y el intelecto. No lograba aburrirme con sus palabras ni con su forma de ser.

Mientras pasaba el tiempo, iban naciendo diferentes preguntas, cosas que se presentaban ante nosotros como dudas difíciles de ignorar. No era tan sencillo como parece.

A pesar de estar perdidamente enloquecido por ella, había momentos en los que ciertos aspectos de su vida se escapaban de mi conocimiento, tales que generaban confusión, celos, desdicha.

Desde que la conocí, supe que era realmente sociable. No decía mucho de su pasado pero sí tenía amigos que juraban haberla conocido desde antes. De entre sus allegados, únicamente había uno que tuve la virtud de congeniar. Su nombre era Omar, un hombre con el mismo apellido que Valeria. Por un momento creí que eran parientes.

Él era un hombre de raíces que provenían del sur de Asia. Tal vez eran parientes lejanos. Omar nunca vivió allí, pero sí tenía rasgos característicos de la zona, que se distanciaban del origen suramericano de Valeria. Tal vez solo era una coincidencia.

No formaba parte del mismo círculo de amistades que Valeria, mucho menos del trabajo. Las cosa con este tipo era que me causaba un poco de pena. Parecía que necesitaba de su presencia para sentirse seguro de sí mismo; cuando hablábamos de ella, sus palabras rozaban el grado de la locura y la idolatría.

Era exasperante. Sus ojos se iluminaban cuando estaba a su lado, incluso pude llegar a notar que a veces olía su cabello cuando pasaba por su lado. Parecía loco por ella. Aunque ¿qué tan diferente éramos en realidad?

Valeria, por su parte, parecía aceptarlo con todo y sus toques extraños. En un punto de nuestra relación, llegué a pensar que cuando no estaba conmigo estaba con él. Dicho pensamiento, fue sufriendo una metamorfosis perversa,

más que todo para mí.

Comencé a creer que se trataba de una relación más allá de lo personal. Podría ser mentira que fuese la única persona que conociese; ¡claro que era mentira! Es estúpido pensar lo contrario. Pero, es que en materia de ella, no conseguía verlo de otra forma.

Con Omar, fui forjando una especie de amistad basada en los sentimientos que teníamos por Valeria. Yo nunca acepté que realmente fuera mía, era ridículo pensar que alguien así podía llegar a pertenecer a algo o alguien.

Pero, él parecía no ver la diferencia. Aunque no tenía conflicto con que compartiéramos una «amistad» con ella, no dejaba en evidencia que ignoraba por completo el tipo de relación que yo mantenía con su amiga.

Omar era un hombre preparado, cualquiera podría llegar a pensar, luego de esa insignificante introducción, que es un personaje con pocas facultades, tanto físicas como mentales.

Pero la verdad es que no es así. Con un carácter fino a la hora de hablar y actuar, reflejaba un aire de elegancia y sofisticación que llegué a envidiarle en su momento; un caballero de recursos, tanto académicos como monetarios. Tenía el porte de un señor.

Las conversaciones con él eran ricas en temas pocos comunes, que ayudaban a evaluar el conocimiento propio y el de los demás a tal punto en el que nuestros debates enriquecían mi léxico, mi concepto de ciertas cosas e incluso de Valeria.

El motivo por el que lo menciono, ya que estoy realmente obviando por completo todas las demás personas que conocí gracias a ella porque no presentan ningún tipo de importancia, se debe a que no consigo a alguien que haya tenido tanto efecto en su vida como él. Luego de un tiempo me percaté que solamente era un eslabón perdido entre las arenas de su vida.

Aunque, es posible que tal vez una que otra persona sea relevante, pero no todas. Como por ejemplo María, una chica que tenía un leve toque de autismo que se reflejaba en su forma de hablar. Se notaba como una mujer común y corriente, pero sus maneras infantiles evidenciaban mucho en ella. A pesar de eso, hubo veces en que se me insinuó para que le besara o me acostase con ella.

Una vez, y todo lo demás sucedió a raíz de eso, nos consiguió besándonos a

Valeria y a mí □ en la cocina de una reunión de uno de sus amigos. En ese momento nuestra relación era un secreto para todos. Siempre me presentó como un hombre que conoció en una entrevista (todos me conocían, todos, menos yo, vieron esa entrevista), nada más.

En ese momento, al conseguirnos en la cocina, María se tomó por sorpresa nuestro encuentro. Muchos sospechaban al respecto, pero, por respeto a la imagen profesional de Valeria no se tomaban nada en serio.

Nosotros, entregados a nuestro improvisado encuentro pasional en la cocina de un tercero, le hicimos una señal de silencio, confiando en que no diría nada al respecto. Sí, no lo hizo.

Seguido a eso, nos sentamos en el sofá de la sala integrándonos a la reunión y Valeria, al cabo de un rato y unas copas, se levantó a atender unos asuntos. Yo me quedé sentado, solo, por unos minutos antes de que María llegase a mi lado.

El momento se desarrolló de esta forma:

Se sentó, me miró, embozó una sonrisa traviesa que no se escapó a mi entendimiento; era evidente a qué se refería, no había duda, pero opté por ignorarla.

Se la devolví imitando, a medias, su gesto con cierto desdén y regresé mi atención a una nevera que estaba en medio de la sala. Poco a poco se fue sintiendo su presencia más incómoda: se estaba acercando a mí.

Hice lo que pude para evitar el contacto visual, pero, de un arrebato, ya estaba sobre mí, incómodamente cerca. Y, sin vergüenza alguna, rompió el hielo que nos separaba, ese mismo que yo tanto quería que se mantuviese allí.

—Bésame. Quiero que también me beses dijo.

Yo no sabía qué hacer al respecto. Se sentía en su voz un desespero compulsivo. No dudaba que tuviese algún tipo de relación, hasta lo que sabía, tenía pareja, por lo que no había forma de entender por qué se acercaba a mí.

No entendía qué la motivaba a querer ser infiel, algo así como lo que hacíamos nosotros se le contagiase. En ese momento no entendí la fragilidad de sus actos, mucho menos la relación que estos guardaban con lo que yo tenía con Valeria.

—No creo que sea apropiado...

—No te preocupes, ella no se molestará.

—¿Por qué lo dices? pregunté incrédulo.

—Porqué lo sé.

Y, con sus labios, gesticulaba esa forma caricaturesca de un beso que me llegó a parecer repugnante. No era una mujer poco atractiva, para nada, pero, por la forma en que lo hizo, en que se acercó, hizo que todo concepto positivo que tenía de ella se esfumase casi por completo. Le dije que no, tratando de alejarla, porque no obstante mi negación, seguía empujando para que se lo diese en ese momento.

Para mí pareció una eternidad, era la primera vez que me sucedía algo semejante. Valeria había regresado con dos copas y una sonrisa en el rostro. Me sentí increíblemente aliviado a pesar de que María continuaba empujando sutilmente su cara hacía mi para que le besase.

Al percatarse, gracias a mi señal de que se detuviera porque Valeria estaba llegando, se alejó y le ofreció una sonrisa a mi compañera y se levantó sin ningún problema.

Pretendí que nada de eso había sucedido con la esperanza de que Valeria no lo entendiese y continué disfrutando mi noche.

Luego de eso, las cosas se hicieron intensas, comenzó a acosarme o a acercarse a mí para susurrarme que le diera un beso. En fin, el punto es que hubo personas que conocí gracias a Valeria pero ninguna resulta tan importante para ser mencionada a fondo como Omar.

Omar Ahmad era de descendencia Bangladesí directa de su padre. Tenía esos rasgos asiáticos característicos de la zona. Su vello facial, su rostro tostado por el sol como si hubiese recibido esas emisiones de rayos ultravioleta toda su vida en exceso aun cuando juraba nunca haber ido a la tierra de su familia, ni estado a la intemperie árida de algún desierto. Valeria no se parecía nada a él, y en parte, es por eso que nunca me causó curiosidad el por qué llevaban el mismo apellido.

Gracias a eso, puede darme cuenta de ciertos detalles de la vida de Valeria que, por mi cuenta, nunca habría podido conocer realmente.

Omar tenía una sutil libreta de no más de trescientas páginas de las cuales ciento cincuenta o tal vez doscientas estaban ocupadas con una impecable letra

cursiva dirigida a mí, acerca de las cosas que hacía o dejaba de hacer con ella.

Luego de su muerte, tras ser el último en acompañarlo en su lecho, me hizo entrega de este con la intención de conocer mejor a nuestra amada Valeria. En ese momento me di cuenta que Omar no pecaba de ignorante con respecto a nuestra relación.

Se habían conocido desde pequeños, me especificó en una de las hojas □ . Todo parecía una perfecta exposición de los hechos, como si en nuestros tantos silencios incómodos estando en persona, él se las hubiese arreglado para leer mis pensamientos y entender a la perfección lo que incordiaba mis conjeturas mentales.

Me sorprende gran parte de su habilidad analítica a la hora de entender qué decir y a qué fondo hacerlo. La verdad, gran parte de esa información me habría ayudado en el pasado, pero ahora, en este punto de mi vida, la verdad, ya no importa.

Con respecto a mi nuevo gran amigo ojala hubiese tenido la fortuna de conocerlo debidamente mientras estuvo con vida □ creo que habría sido un hombre con un mejor futuro si no se hubiese dejado consumir por el deseo de compartir una vida con Valeria de la forma en que suponía.

Había muchas cosas en el diario de Omar que me ayudaron a entender mejor ciertos aspectos de la vida de Valeria. Desde la perspectiva de su autor, cosa que me privaba de hacerlo axiomático. Pero, a falta de una verdad que se pudiera calar mejor, me aferré a esas palabras como un pequeño huérfano.

De cierta manera no pude conocer mejor a Valeria, como ya les dije, de la forma que me gustaría realmente. Pero, Omar era algo más que su amigo. Bien, de nuevo: se conocían desde la infancia.

Él era realmente cercano a ella, hasta el punto de que vivían en la misma casa. Nunca me había dado cuenta de ese detalle, tampoco era como que ella lo hubiese mencionado alguna vez. Pero todo es más complicado de lo que parece.

Valeria representaba para él algo más que una amiga. No solo compartían el mismo hogar, también la misma casa y, en secreto, el origen de su apellido de una manera que se escapaba de mi entendimiento en su momento.

Tratar de entenderlo es un tanto difícil. Por eso, utilizaré sus palabras a mi

libertad; después de todo, él me entregó su diario para hacer uso adecuado de él ¿o no?

Omar le decía: «un amigable matrimonio» cuando se refería a ella en ciertas ocasiones. No lo repetía tanto como para decir que se trataba de algo que había determinado por convenio con ella, era más o menos algo que usaba para sí mismo, para darle un nombre a eso que tenían en el momento en que necesitaba hacerla sentir suya, que por ley era ciertamente.

Omar era un hombre de escrúpulos equilibrados, nada lo perturbaba lo suficiente, no desde la perspectiva que nosotros, los simples mortales que observamos las cosas como si no sucediera nada a nuestro alrededor, lo veíamos.

De cierta forma, hacíamos como si la vida no nos ofreciera la motivación necesaria para convencernos que el mundo no gira en torno a nosotros ni a nuestros problemas.

Omar era una de esas víctimas de la sociedad que se guardaban las cosas, no por temor a dar una mala impresión de sí mismas, ni mucho menos conferirle a los problemas la importancia adecuada, lo hacía porque prefería callar que expresarlo; por respeto, por honor, porque no ganaría nada al hacerlo. Por amor a Valeria.

La vida para Omar parecía ser un tanto insípida pero enriquecedora. No se puede decir que fue un hombre infeliz; ciertamente el destino supo sonreírle desde pequeño, y, para lo que él entendía de las cosas, nunca le jugó una mala pasada.

En uno de sus tantas hojas escritas pude leer: «Si tuviese la oportunidad de decirle a alguien lo que ha sido de mi vida hasta ahora» la fecha de su escrito data un año antes de morir □ . «... les haría saber que no me arrepiento de cómo las circunstancias se han desenvuelto hasta ahora. Mi amor por Valeria es más grande que cualquier otra cosa, y sin embargo, he aprendido, en todos estos años que llevo conociéndola, que no debió ser más grande que ella misma».

No me habría gustado saber eso de esta forma si hubiese podido confrontarla a su momento. Valeria era una persona completamente diferente a nosotros y que, de cierta forma, no lográbamos entender adecuadamente.

Nuestra chica no guardaba secretos, no algo que necesitara esconder para

mantenernos alejados de su vida. Sí, no nos decía todo, ni lo que le sucedía, pero, estoy seguro que habría de tener un motivo. Eso me digo par ano sentirme mal conmigo mismo.

Sí, él la amaba. El amor que pregonaba por ella en sus escritos era algo increíble, tomando en cuenta las circunstancias y el modo en que se desenvolvía su relación.

Eso explicaba la pena que sentía al verlo; en sus ojos se notaba esa ferviente atracción que sentía por ella pero que se reservaba con industria de tal forma que, aquello que yo creí haber visto a lo largo de nuestra cercana relación, no era más que un simple bramido de lo que realmente se traía.

Gracias a ese diario pude imprimir en Omar algo más que una amistad deducida de lo que sentíamos por una chica. Le llegué a respetar por las decisiones que tomó y por lo que lo empujó a estar al lado de Valeria.

Cuenta él que las cosas sucedieron sin el consentimiento de los dos y que, a lo largo de los años lo mantuvieron así porque no se odiaban, simplemente por eso.

En una de sus partes escribió:

«Estoy convencido que en parte, su actitud evasiva se debe a todo lo que llevamos arrastrando con nosotros por tanto tiempo. No sé qué hace todos los días en la calle, ni siquiera en donde se queda a dormir. Pero, la verdad, nunca me ha preocupado. Es una mujer libre, siempre se lo he dejado en claro.

Estoy seguro que cualquier amigo, de tenerlo, me diría que la dejara ir, que nada de lo que tenemos es sano ni normal. No estamos ya en ese pequeño territorio en Suramérica que mi padre solía poseer. Pero, continua a mi lado y siento que el motivo de eso es por una especie de deuda moral.

Tal vez, incluso, sea una tortura. Estar a mi lado para mostrarme qué no será mía en ningún momento, que no la poseeré de la forma en que los otros hombres lo hacen. La verdad, no le injuriaría daño alguno si llega a dejarme, de hecho, creo que ha durado demasiado, pero, hasta ahora, existo porque ella sigue conmigo. Sin importar el precio, aceptaré todo lo que venga»

Una vez le pregunté a Valeria si tenía un hogar al qué volver. Alguna mascota, alguna persona con la cual compartiera su condominio. Me respondió no vivía en ningún lugar que valiese la perna, y que no había nada que le hiciera regresar.

—No, además de que no hay nada que me ate a un lugar en el que nunca me sentí parte.

—Y por qué no te mudas conmigo le respondí sin entender muy bien la situación

Para mí era un tema tan común como el clima, no parecía ser algo del otro mundo, hasta lo que yo sabía, era una mujer soltera sin ataduras, tal vez, si me hubiese contado al respecto, habría aceptado todo, la habría ayudado o atender la situación de una forma diferente. Pero, no había forma de hacerla cambiar de parecer una vez que se hacía con una idea.

—Te mentiría si te digo que no quiero. Pero, por ahora no lo veo posible.

—¿Y si...?

Intenté insistir, pero ella supo cómo callarme con un beso antes de que pudiera terminar de presentar mi caso, de demostrarle que nada era del todo imposible y que si realmente lo quería, no debía privarse de ello. Una vez leí las palabras de Omar, pude notar que no era tan sencillo.

Su diario resulta ser una gran explicación para muchas de las cosas que me llegó a decir Valeria. Me contó de donde vino, como era cuando pequeña. Lo tenía todo, o tal vez, nada más lo que me habría resultado útil. Lo leía con incertidumbre, pensando que las cosas que allí estuviesen escritas, me llevasen a un lugar del que no quisiera volver.

«Amigo, su origen data algo relativamente sencillo. Lo que puede convertirse en un simple: «vengo de un remoto pueblo de Sudamérica», se convierte en una mentira demasiado elaborada para el gusto de muchos, lo que conviene ser una molestia para cualquiera que sepa la verdad.

Me enervó verla decir tales mentiras sin ningún motivo. Recuerdo que una vez, una de sus amigas del trabajo me preguntó si la conocí cuando todavía vivía en Chile. No sé cómo las personas pueden comerse esa mentira cuando siquiera tiene el casi incomprensible, pero a la vez, tan familiar acento del lugar.

Creo que era su obligación contarle a las personas las cosas de forma honesta y, si solo quería no mencionarlo todo, entonces, que no lo hiciera, pero, se había acostumbrado a las mentiras de tal forma que, le salían casi por reflejo.

Pero, no es nada que deba ser tratado sin tacto. Nadie tiene ese pasado desesperanzador que llegó a tener ella. Su vida como una chica pobre,

prácticamente una niña sin libertad.

Un padre pobre que trabajaba para un terrateniente que se apoderaba de sus tierras y le juraba una falsa amistad a cambio de mantener a su pequeño obeso ocupado. Así fue como la conocí.

Valeria y yo venimos de una pequeña región rural de un país de Sudamérica. En su tiempo, y todavía, resultaba un lugar un tanto difícil de vivir. Eso fue lo que nos obligó a dejarlo en su momento y llevarnos a Valeria con nosotros como una especie de trofeo. Un favor a alguien que ofreció la vida de su hija por la libertad.

En su momento, mi padre era el dueño de una pequeña zona en donde se trabajaba la minería, la tala de árboles, todo lo que un hombre con recursos e intereses en el exterior podría hacer en un área llena de riquezas de todo tipo.

Provenía de una pequeña provincia de Bangladés, un país de Asia bastante retirado de donde nos encontramos en ese momento. Se había mudado a Suramérica para drenar las riquezas que pudiese y hacerse con un nombre más grande. No era un hombre muy agradable, la verdad, gran parte de los problemas que vivimos fueron ocasionados por su escasa visión de la vida.

El padre de Valeria fue uno de sus muchos empleados, dedicó su vida a servir al mío con integridad, respeto y cuidado. No era un señor estúpido, gracias a él, su hija pudo salir sana y salva de aquel lugar. Algo que, ni trabajando toda la vida, habría podido conseguir.

Fue en el año 1978, no había muchos niños en el lugar, por lo que llegamos a tener una conexión amistosa especie de conexión alimentada por la amistad. Jugábamos en la tierra, en los alrededores. Era algo hermoso de ver cuando estás en esa edad. Nada nos detenía, éramos los dueños del mundo.

Yo me divertía y mi padre sabía apreciar eso. Por ello, a causa de que quisiera tanto a su primogénito, le confirió ciertos beneficios al padre de Valeria, como si estuviese pagando por sus servicios. Algo así como una puta.

Comenzó a hablar más con él, a darle días libres. Todo para que su hija se viera obligada a estar cerca de nosotros y así darme lo que necesitaba. Yo no sabía lo que hacía en su momento, ni mucho menos entendía sus actos, incluso llegué a creer que realmente eran amigos. Pero, mi padre no era de esos, ni mucho menos un hombre benevolente.

A pesar de toda, el padre de Valeria continuaba trabajando para mi padre sin

ningún problema, de vez en cuando este le ayudaba con los gastos, pero no lo suficiente como para que pudiera salirse debajo de su ala.

Era un lugar hostil en el cual vivir. Más para un par de niños. Constantemente nos atacaban guerrilleros que reclamaban la tierra como suyas. Aquellos que no aceptaron trabajar para mi padre cuando compró ese territorio.

Nos encontrábamos constantemente amenazados por las circunstancias. Todo eso parecía algo predestinado. Cada pieza encajaba perfectamente para que Valeria y yo termináramos aquí y ahora.

No estoy muy orgulloso de mi padre, pero, Valeria representa una parte de mi vida que nunca habría llegado de no ser por él.

Yo tenía nueve años en aquella época, era un tanto mayor que Valeria, quien apenas tenía siete. Su padre se percató de que quería una vida para su pequeña que nunca podría ofrecerle. Entonces, hizo lo impensable.

A mediados del año 1981, el padre de Valeria entregó la mano de su hija como seguro para poder sacarla de aquel lugar. Al dársela a un hombre de recursos como mi padre, le aseguraba un boleto de ida para un mejor futuro. Según pensaba él. Estoy seguro que ese hombre habría hecho cualquier cosa por salvar a su pequeña.

Mi padre estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. En los lugares pobres de su tierra natal, es común que una niña sea prometida en matrimonio para saldar deudas y pedir favores. Un comportamiento común de las zonas del tercer mundo subdesarrolladas y arcaicas. Y fue así como nos prometieron en mano.

Mi padre nunca aceptó a Valeria como mi legítima prometida, un tanto racista, sin embargo, la obligó a casarse conmigo.

Para los demás, eso siempre fue un secreto. Vivíamos en la misma casa pero nunca compartimos una relación de pareja. Al principio de nuestra infancia, éramos realmente cercanos, pero mientras fuimos creciendo, ella comenzó a dejar de lado esa amistad que teníamos.

Creo que se debía a lo que le habían obligado a hacer. Trataba de demostrarle mi descontento con lo sucedido, pero sin embargo, la necesitaba para ser feliz y por ello, no me separé de ella. Tal vez, de haberlo hecho, se habría enamorado realmente de mí, tal vez, así como lo está de ti.

En el fondo sabía que me odiaba, y nunca lo hice porque entendía que, de

hacerlo, ella se alejaría de mí. La verdad no sé por qué no se fue por su cuenta. Ella nunca estuvo realmente presa ni atada a mí. Nos casaron jóvenes, con permisos falsificados y todo lo demás.

Los años pasaron y yo me estaba acostumbrando a la idea de tenerla cerca. Había ocasiones en las que Valeria desaparecía por días y regresaba llena de vida, como si hubiese probado de la fuente de la eterna juventud.

Yo estaba feliz viviendo en mi propia mentira, creyendo que la tendría para siempre sin ningún problema, así no estuviese compartiendo con aquella mujer, una relación como la que siempre quise, lo que teníamos me parecía lo justo.»

Omar no prometía ser un hombre de muchas ambiciones, solamente parecía querer estar con Valeria a como diera lugar y tal vez eso fue lo que le hizo enfermar.

A este punto, creo que no se murió de sus males de salud sino de amor. Puede que mi amigo no haya tomado las decisiones adecuadas en su vida, y yo que creí que había cometido errores □ , pero, los vivía en secreto, como algo inconfesable. Partió sin poder tener a Valeria como siempre quiso y sin entenderla.

Me habría gustado habar con él de estas cosas, hacerle entender ciertos puntos y que él me explicara mejor otros.

El diario de Omar me ayudó a conocer un poco más a Valeria, pero lo que decía allí, a pesar de su pasado y ciertas anécdotas, era diferente de lo que ya de por sí vivía a su lado cuando compartíamos tiempo juntos.

Estaba seguro que nada de lo que pudieran decirme de ella cambiaría por completo mi opinión. Valeria no era más que un momento de mi vida que no estaba en posición de cambiar ni mucho menos de hacer parecer una mentira.

Estoy seguro de que la amo, aun lo hago, más que todo después de que se marchó casi por completo de mi vida.

¿Ella sentirá lo mismo por mí?

No estoy seguro. El trabajo me está haciendo más cínico al respecto. Poco a poco me deja de importar en dónde está, si se encuentra sana y salva, si lo que hace está bien para ella y para su salud. Antes me preocupaba por todo lo que a ella respectaba. Pero, ahora creo que en este punto no piensa siquiera en mí.

Estoy sentado en la villa de mi memoria observando mi pasado como si de él pudiera conseguir alguna respuesta a todo esto que me está sucediendo. Mientras tanto, trabajando con lo que decidí dedicarle mi vida, me auto flagelo con las palabras de mi amigo Omar, esas que escribió en ese diario que parecía haber redactado meses antes de morir.

Ya han pasado más de dos meses de su muerte y sigo leyendo las mismas páginas postergando lo demás por temor a algo que me pueda sorprender, que me dé a conocer su ubicación y me obligue a someterme a la aventura de buscarla.

Le tengo miedo al futuro, porque sé que ya no hay forma en el que ella pueda ser parte de él, pero, esa posibilidad se ve tan pobre, tan poco capaz, que llego a creer que sí existe una pequeña esperanza.

Esperanza, eso que le queda a uno luego de que se da cuenta que la vida no tiene más para dónde coger. Es como un chiste que se hacen los desahuciados tras percatarse que la muerte está cerca; muerte porque es lo último, lo que puede llegar luego de caerse de un edificio, porque sabes que del suelo no vas a pasar.

Pero, la muerte es el final de todo, de la vida, del amor, del optimismo de los sueños. Todo lo que deja de existir se muere, y, desgraciadamente, la escasa presencia de Valeria no es sinónimo de eso.

Sí, puede que ella esté muerta, pero, a pesar de querer algo tan radical, me da pavor pensar que la vida para ella se ha acabado. Sí, de ser así, no habría nada que me mantuviese de pie. En voz alta digo que no la extraño, cuando en secreto sé muy bien que sin ella puedo vivir, pero solamente no quiero hacerlo. Espero que esté todavía viva. Sería otro de los muchos regalos que me ha entregado.

Parte de su descendencia justifica los actos arcaicos que llevaron a Valeria a compartir ese mismo nombre que Omar. Me costó entender que su matrimonio no era una falsedad más de su vida, algo que me tocó tragarme cuando desapareció de la mía. Aunque ahora las cosas parecen ser diferentes. Con un poco más de iluminación, de la ayuda de mi difunto amigo, me permite entender ciertas partes de su vida.

En mi caso, lo que me he sometido a vivir estando a su lado se debe a una deuda sin pagar, a una decisión que hizo mi padre y que, en su momento, a mí

me ha tocado continuar sin ningún motivo. Valeria podía haberse ido en cualquier momento si así lo hubiese querido una vez mi padre murió y, amigo, sé que lo quería.

Esas constantes ausencias, esos momentos de mal humor, esas palabras sarcásticas, severas y puntuales que me arrebataban de mi paz para hacerme entender que no estaba feliz, que no estaba conforme con nada de lo que estábamos haciendo, me daban a entender que la vida dejaba de existir para ella mientras más se quedase a mi lado. La verdad no sé qué pensar al respecto.

Me consuelo diciendo que todo lo que ha logrado hasta ahora lo ha hecho gracias a su esfuerzo y a mi ayuda como su amigo, como su supuesta pareja. Mi amistosa esposa es alguien que no se preocupa por los problemas por las cosas que no le afectan directamente.

Es una ciudadana del mundo que se divierte con las circunstancias, con los momentos hermosos que muchos de sus amantes, de sus amigos y de las personas que han tenido la virtud de conocerla, los cuales han formado parte de su obra personal como si más nada en este mundo importase.

Estoy alegre de haberla conocido, y de que tras ella, pueda conocerte a ti. No sabes lo molesto que es vivir ocultando la verdad, de tener secretos inconfesables que solamente podía compartir con mi querida Valeria cuando ella siquiera le importaba lo que yo quería decir.

Hubo un tiempo en que solíamos conversar largas horas, pero eso era antes de que se diera cuenta que tenía necesidades físicas, amorosas, esas que no permitía que yo saciase por mucho que lo quisiera.

Hasta ahora pienso que nunca me llegó a ver como algo más que eso, siquiera pudo pensar en la posibilidad de dejarse poseer por mí o por mi amor. La verdad, no sé si ella supiera que la amaba.

Cuando se lo decía, lo desmentía diciendo que no era amor lo que sentía, sino una especie de costumbre condicionada por nuestra amistad del pasado. Creo que de no haber estado en la situación en la que estuvimos en nuestra infancia, siquiera hubiese tenido el placer de recibir su atención de vez en cuando.

Ella es una gran persona, por encima de sus gustos sexuales, de su forma de ser, todo lo que ha hecho hasta ahora debe tener un motivo.

Estoy seguro que en este momento te has de estar preguntando a donde está y

dudando si realmente te llegó a amar alguna vez. Yo no puedo darte certeza de eso, siempre me pareció que el amor era algo un tanto vacío para ella.

Si nunca llego a amarme a mí, no es excusa suficiente para decir que nunca llego a sentirlo realmente por alguien. De todos los amantes que estoy seguro que tuvo alguna vez solo llegué a conocerte a ti. Digamos que ese es un avance. Digamos que todo lo que viviste con ella es algo que nadie más pudo compartir, ni siquiera yo.

¿En algún momento se quedó en la casa de otro? No lo creo, porque nunca estuvo más de una noche sin venir. ¿Alguna vez salió más de una vez con alguna persona? Claro que no, si gran parte de sus amores de la universidad eran pasajeros, muchos se enamoraron de su espíritu libre, pero ella nunca llegó a sentir nada por ellos.

La forma en que sus ojos se iluminaban al hablar contigo, de ti o tras llegar luego de un fin de semana en tu casa, no se compara con ninguna de las otras veces que llegue a verla con otro. Sí, los he visto a casi todos.

Ninguno dejaba de parecer un ser desesperado como nosotros dos, lo que me hace pensar que esta condición en la que vivimos es algo obligatorio cuando se siente algo por Valeria.

Eres un director de cine porno ¿verdad? Sí, tu página de Wikipedia lo dice. He aprendido muchas cosas de ti gracias a eso, pero ninguna como las que he logrado ver tras hablarte, tras jugar ajedrez contigo y verte a los ojos, ni en los ojos de ella.

Te admiro, no sabes cuánto. Y creo que por eso te debemos una explicación. En parte, no eres más que una víctima de una relación disfuncional entre nosotros dos y la vida.

Me gustaría poder sentarme a conversar contigo, pero, los pocos momentos de lucidez que me quedan se han estado manchando de rojo mientras comparto contigo lo poco que sé.

Esta enfermedad se ha cobrado parte de mi vida y ahora pretende quitarme mi futuro. Estoy ansioso por poder irme, terminar con este sufrimiento que me agobia día y noche, que no me deja dormir ni disfrutar de lo que queda de mí.

Pero estoy agradecido con este sufrimiento porque me sirve de distracción. Los constantes dolores y las diferentes arcadas que me atacan horas tras horas me son útiles para olvidar a Valeria por un largo rato; nunca tuve una

oportunidad como esa, siempre estuve pensando en ella ¿Qué está haciendo? ¿Dónde estará? ¿Estará a salvo, bien, feliz? Siempre me preocupé tanto por ella que se me pasó hacerlo por mí.»

Omar no me habría permitido tener todo esto de no ser necesario para mí, pero no creo que fuese una especie de vidente. Él solo hizo lo que creía correcto y yo estoy ahora leyendo sus pensamientos profundos.

Los días pasaron, sí, pasaron a su manera, de una forma regular, como si nada de lo que me atormenta, atañe o siquiera importa, hubiese sucedido jamás.

Es extraño como invierto mi tiempo en pensar en estas cosas, en el pasado, como si me sirviese de algo o como si el tiempo y la realidad no fuesen ya una tortura, porque «la realidad es la que nos crea y recrea en su lenta rueda» leí una vez □ y del tiempo, ni hablar.

Ya todo lo que considero tangente, que no se suspende en el aire como partículas de polvo que ensucian mi atmósfera, me resigno y vivo mi vida como si no me importase nada.

Continúo con mi trabajo porque es lo único a lo que me puedo aferrar. Ya no estoy en este mundo para socializar, para encarar las relaciones íntimas y emparejarme con alguien. Valeria ha quemado esa faceta en mí a su antojo, dejando en claro que mi vida será la de un soltero.

Ella es la única que puede decidir qué haré con mi futuro, y, sin embargo, se las ha arreglado para no formar parte de él incluso sin haberse ido del todo. A recuerdo tanto que parece que la veo en el rostro de cada una de las actrices que se deja grabar «por amor al arte» y unos cuantos dólares más.

Ya no me acerco a las grabaciones como antes, ya no me concentro en casi nada de lo que debería, una vez que lo hago, no salen muy bien porque de un modo u otro, sigo contemplando estúpidamente cosas que no están sucediendo al momento.

Recuerdo una vez que estábamos tomados de la mano mientras caminábamos por alguna calle cuyo nombre no recuerdo, yendo hacia algún lugar que no sé si en realidad existe, que ignoro si en verdad nos dirigíamos hacia él, por algún motivo que se escapa de mi memoria.

Pero sí recuerdo con claridad su rostro. Su mirada perdida, sus facciones latinas que delataban su origen aun si ella quisiera esconderlo. Es como si en mi memoria solo viviese ese momento en que giré a verla para escuchar sus

palabras. Lo recuerdo como una escena de cine, que, de no estar viviendo todo esto ahora, podría creer que nunca sucedió.

—No debes acostumbrarte a esto. dijo ella, interrumpiendo cualquier banalidad que estuviese diciendo al momento a esta vida que tenemos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no quiero ver hacia atrás y darme cuenta que te he lastimado.

—No me estás lastimando, para nada dije, incrédulo.

—No ahora, pero en algún momento te darás cuenta que lo que tenemos no es sano.

Sus palabras, sus gestos, la forma en que hablaba mirando al frente sin hacer contacto visual demostraban una especie de seguridad que me desconcertaban, muy lejos del hecho de que no tomaba en serio sus palabras.

—Yo no pienso eso.

—No porque no pienses que algo no es cierto, dejas de hacerlo menos real. Creas en ello o no, lo es.

—¿Qué quieres decir con todo esto?

—Roberto dijo, cambiando a un tono de voz suave, como si estuviese limpiando delicadamente una herida en mi piel; me miró y agregó : Llegará un momento en que no nos veremos, y en ese entonces puede que comiences a odiarme y, créeme, no quiero que suceda, pero me temo que así será.

Me detuve, la tomé por los hombros y le dije.

—Valeria, yo nunca te odiaría

—Eso dices, todos dicen eso.

—No me importa lo que todos digan. No me importa lo que sepas. Tú no tienes la capacidad de saber qué pienso. Lo que te digo es verdad, te guste o no.

—¿Tú no eres como todos los demás? dijo, con la misma voz seca y sus ojos fijos en los míos ¿Cómo saber si es cierto?

—Esperando.

Con indiferencia, dejó escapar una sonrisa como si estuviese riéndose de

alguna broma que se contó a sí misma, como si estuviese observando la ironía del momento, de la experiencia y de lo cíclico del comportamiento humano. Valeria se notaba segura de sus palabras, pero yo, imbécil al momento, lo dejé pasar.

No supe qué decir para poder regresar a esa vibra de confort que teníamos segundos atrás. Dentro de mí había varias posibles respuestas; quería poder decir algo que me dejase con la última palabra, que le diera algo de qué pensar por un buen rato. Pero, no di con nada lo suficientemente elocuente para llenar ese perfil.

Quería expresar ese sentimiento inefable que me calcinaba el pecho queriendo salir, queriendo ser explicado a la perfección con cada lujo y cada detalle posible con el fin quedar claro. Sólo que no sería preciso, puntual; no sería una penetración directa a su psique.

Deshecho, casi a punto de rendirme, preferí decir otra cosa para cambiar la conversación.

—Te amo, Valeria.

No era la primera vez que se lo decía, pero, en ese momento, le imprimí todo el sentimiento que tenía almacenando por tantos días, por todas las noches que pasamos juntos. Y, sin darme cuenta, esas palabras fueron suficientes para cumplir mi cometido olvidado.

Valeria reaccionó como si la hubiesen pateado fuera de su jaula mental que la mantenía en cautiverio mientras se dedicaba a pensar en situaciones negativas y autodestructivas. Se me hizo evidente que lo había logrado. No se esperaba que le dijese algo parecido y me dejó conforme.

Pero no era un juego, no era mentira. Lo había dicho en serio porque lo sentía, porque nunca habría de mentirle a Valeria ni porque mi vida estuviese en riesgo.

Ella era formaba parte de esa pequeña fracción de mi personalidad que obedecía solamente al principio más honesto y puro que pudiera expresar. Y algo me dijo en ese momento que ella lo sintió de esa forma.

Me miró a los ojos de nuevo y, sin mediar palabras, sonrió.

No se equivocó, sí se fue, si dejamos de vernos, pero, no la he odiado todavía lo suficiente como para decir que la detesto.

Pero es un tanto inmaduro de mi parte actuar de esta forma, no por lo que significa para ella, sino para lo que puede ser si lo hubiésemos tratado como dos personas adultas. Ya éramos lo suficientemente mayores como para no caer en este tipo de problemas.

Valeria escuchó una vez que las cosas que nos sucede tiene un significado mayor, algo que nos llevará conseguir lo que queremos, que mientras desees algo con todas tus fuerzas, se te hará realidad no importa qué.

Para ser una chica inteligente, todo eso parecía una creencia absurda. Y eso solo me hace creer que parte de sus acciones se basan en esa creencia, en que todo tiene un significado divino que debemos respetar y creer a como dé lugar.

Tal vez se fue por ello, tal vez nos hizo lo que ha estado haciendo por creer que la vida es una obra maestra pre establecida, mientras que ella confía que su papel en ella es negativo.

Dijo una vez refiriéndose a las cosas que le iban a suceder. No fue muy específica, pero por el peso de sus palabras, parecía profundo.

—Ya veo que la vida me preparó para esto. Siempre fui el chiste del salón, ahora soy parte de una broma más elaborada. Supongo que por eso no consigo ver lo que esto significa; nunca fui tomada en serio y ahora no veo nada cómo realmente es.

No la culparía, no había tenido precisamente una vida normal que no justificara ese comportamiento. Me habría gustado saber todo desde su perspectiva, entender que le sucedía mientras estuvimos juntos para así entender mejor lo que está sucediendo ahora.

Algo que sirva de consuelo para estos momentos monótonos en donde solo consigo sonar como un hombre que se lamenta del pasado inmediato como si no hubiese nada más importante.

Me gustaría creer que ella me veía como una persona digna de escuchar sus más íntimos secretos, sus más preciados sueños. Ni Omar, ni sus otros amantes ni yo éramos tan especiales como suponíamos.

Aquella última noche la vi desnudarse en el baño sin ninguna prisa. El vestido que se puso para cenar conmigo fue perdiendo presión y deslizándose por su cuerpo dibujando la silueta más perfecta jamás antes vista. La verdad es que no puedo describirla, siquiera puedo recordarlo con exactitud. He revivido tanto esa escena que parece que la he desgastado.

No llevaba sujetador, solamente unas bragas de color negro que se perdían entre sus nalgas perfectamente redondas, la cual daba la impresión, no, me obligaba querer levantarme y apretarlas con fuerza, restregarlas en mi rostro como si quisiera ingerir todo su ser, su sexo, su existencia.

Y fue el mejor sexo que tuve con ella, fue el único que puedo decir que hizo con amor.

De inmediato se dio la vuelta para verme, ya duro, dejando caer la saliva por los bordes de mi boca como un hombre hambriento, de ella, de lo que representaba y, sin darme cuenta, ignorando que sería la última vez que la vería. Estaba seguro que ella sabía lo mucho que la deseaba, que la escena anterior era intencional.

Se acercó a mí con los ojos fijos en los míos, y dijo algo que, no sé si mi memoria lo embellece por amor al contexto y la forma en que lo recuerdo, o fue realmente así, pero, es difícil de decir, tomando en cuenta que estaba embriagado con su imagen y su aroma.

—Estaremos juntos hasta la eternidad, mi amado.

Y, sin decir más nada, se sentó sobre mi regazo, semidesnuda, porque su sexo seguía cubierto por sus bragas. En ese instante comenzó a besarme con sus suaves labios, dejando en los míos el sabor de cada uno de los amaneceres que me entristecían y alegraban.

En ese momento, el sexo con ella trascendió a algo más profundo que el simple hecho de penetrarla, de tenerla en cuerpo, en alma. Me obligó a sentirlo diferente, a sentirla a ella de otro modo.

Parecía que sabía que se marcharía, pero no que me dolería tanto. En este momento me pregunto si todos los que han estado en mis zapatos han sentido ese abandono total que ella ha infundido en mí.

Ya sobre mí, con aquel cuerpo que tanto me había idiotizado, comenzó a seducirme a su manera. En silencio, con aquella mirada traviesa en sus ojos, con sus cejas arqueadas, con sus labios cerrados embozando una sutil sonrisa.

Comenzó a tocarme de tal forma; hurgaba mi cuerpo en búsqueda de mi interruptor, de aquello que me encendiera de inmediato.

Nos comenzamos a besar. Yo tocaba sus pechos, ella besaba mis labios. Con sus manos apretaba mi pene mientras que con la otra sostenía mi cara. Se

estaba apoderando de mí. Me dominaba, la primera y la última vez que lo hizo.

Y la sentí, la sentí de tal manera que no pude olvidar esa noche, puede que la mejore cada vez que la recuerde, que modifique hechos para mi satisfacción personal, pero, de algo sí estoy seguro, de que no la he olvidado, y no lo haré.

LIBRO DOS

Como una mujer que había apostado todo para el éxito, consiguió trabajo en una importante televisora de noticias del país luego de una trayectoria en pequeños empleos que tenían que ver con esa misma carrera.

Se había graduado con honores tras cambiar de profesión en la universidad. Valeria Ahmad, se había casado joven con un amigo de la infancia por convenio de su padre con un hombre extranjero millonario. Salió de su país natal sin volver a ver a su progenitor con la idea de que la vida la había abandonado casi por completo.

Su infancia fue dura: hambre, pobreza, inseguridad. Nació en un lugar que no tenía la oportunidad de salir adelante por sí solo.

Valeria no tenía la edad suficiente para tomar decisiones ni mucho menos la adecuada para recordar todo con vivos detalles. De su pasado solo queda su nombre y una cicatriz en el alma que nadie le ha podido saber sacar adecuadamente.

Nuestra chica está segura de que la vida le ha preparado una mala jugada, de que las circunstancias la obligaron a ser lo que ahora es y no consigue consuelo en la soledad.

Nunca intentó entender el motivo por el cual la vida la llevó hasta ahí. Se consoló pensando que las cosas sucedieron por un motivo y que nada de lo que le había pasado era del todo malo.

Solamente le habían prometido en matrimonio con un niño que creía su amigo. No culpó a su padre por como resultaron las cosas. Se mantuvo firme, segura de sí misma, hasta que llegó el momento de regresar atrás, de volver al momento en el que su mundo cambió por completo.

Luego de años de estudio, de adaptarse a esa vida que le habían impuesto, a forjar una personalidad fuerte, desafiante y temeraria, se tomó la libertad de ser lo que ella quisiera, una mujer sin fronteras, que no confiaba su verdadero yo a nadie más que a sí misma. La relación con su esposo, Omar Ahmad, era un secreto que se guardaba celosamente para no arruinar su emocionante trayectoria en el mundo real.

Pasó años rechazándolo, incluso, justo antes de su muerte. Nunca supo

realmente si lo que sentía por él era una deuda que tenía por haberla sacado de aquel infierno que apenas recuerda o si era por el placer de vengarse de obligarlo a ver todo aquello que nunca podría hacer con ella. Se resignó a las circunstancias y se mantuvo al lado de aquel hombre que había jurado amarla hasta que la muerte los separase.

Estuvo en cientos de relaciones que no llegaron muy lejos y que no le propusieron ningún crecimiento personal. Había comenzado a sentirse cínica, sin sentimientos; comenzaba a creer que el amor no era para ella ni para el hombre con el que había compartido gran parte de su vida. A sus treinta y nueve años, la posibilidad de resignarse empezaba a hacerse próxima, cosa que prometía ser lo único que el destino tenía preparado para ella.

Se había refugiado en la creencia de que las cosas le sucedían por una especie de ley superior, divina, que controlaba todo su futuro y la forma en que vivía. Juraba que algo mal estaba haciendo y las circunstancias y su comportamiento apuntaban a que ese mal era el que le hacía a Omar por no corresponder su amor.

Las cosas parecían estar cerca de su fin. Ya tenía una trayectoria profesional llena de premios, éxitos y felicitaciones que le prometían un final feliz ante los ojos de muchos pero, no los suyos.

No tenía para donde más ir. Habían pasado meses desde que se separó de su última pareja formal por diversas diferencias que terminaba hallando siempre en todas las relaciones, cosa que parecía un requisito indispensable en aquellos con los que se acostaba, por lo que tenía en mente dejar caer la toalla.

Pero, aun tenía la esperanza de conseguir a alguien. A mediados del dos mil quince, tuvo la tarea de entrevistar a un productor de cine porno. No le pareció la mejor idea, ni siquiera le agradaba la posibilidad de conversar con un hombre tan desagradable como ese. Nunca lo había conocido pero ya lo odiaba.

Era una de las grandes marcas que se había hecho de un nombre importante en la industria con cientos de producciones que se consideraban «importantes» en ese mundo y con uno de las productoras más conocidas.

Valeria se había puesto a investigar todo de él y, de cierta forma, desarrolló un interés inconsciente por su forma de ser, por sus secretos, su trayecto y muchas

otras cosas más que se ocultaban detrás de un manto de prejuicios ante la forma en que se ganaba la vida.

Para ella, el porno era una especie de prostitución que no quedaba clara en la sociedad y que muchos apoyaban sin siquiera levantar la voz al respecto. No se sentía segura de ello pero era su obligación abordar esa entrevista con todo lo que tenía.

Estaba preparada para lo que diría. Como no quería hacer la entrevista, enlistó una serie de preguntas que cumplirían con la exigencia del noticiario y con todo lo que pudiese necesitar para tener la información pedida, con tal de salir de allí lo más pronto posible.

Horas antes de comenzar, se encontraba en su camerino repasando las preguntas. El aire acondicionado penetraba su alma desde los más minúsculos orificios de su vestimenta y por debajo de su falda. No estaba sola, técnicamente no. La maquilladora le hablaba de cosas que se escapaban de su atención.

—Valeria dijo ¿estás escuchándome?

Valeria apartó la mirada de su libreta de preguntas sin ocultar que le ignoraba:

—No, lo siento. ¿Qué decías?

Sin darle importancia, repitió lo que iba diciendo.

—¿Qué si ya viste al hombre que entrevistarías?

—No. Espero no encontrármelo antes de la entrevista dijo Valeria con un evidente tono de asco.

—Debes verlo. Ya acabo de salir de maquillarlo. No requería de muchos retoques, la edad le sienta bien.

—¿Qué tan viejo es?

—No tengo idea. Te digo que le sienta bien porque no parece aparentar la edad que tiene y no se siente muy viejo ni muy joven. ¿No se supone que tú debes de saber cuántos años tiene?

—Sí. Según lo que investigué, debe tener cuarenta años.

—¡Vaya! Pues mira que no los aparenta. Es como esos actores de Hollywood que dicen tener cincuenta y parecen de treinta y cinco.

—¿Tanto así?

—Es realmente apuesto.

—Un par de ojos hermosos, un mentón fuerte. Una barba bien mantenida de color blanca. Sus hombros, ¡oh! Aquella camisa parecía que se fuese a romper de la nada.

—Estas exagerándolo todo dijo Valeria con soberbia.

—Claro que no. Es hermoso dijo la maquilladora, segura de lo que había visto.

Entre las dos hubo un silencio fugaz que se interrumpió con la interrogativa de Valeria.

—¿Qué más?

—Su voz. Es un estruendoso sonido firme, seductor. Me estaba dando calor en ese lugar. No sabes lo mucho que me contuve.

—¿Tanto así? preguntó, girándose para verla a los ojos.

—Creo que más.

—¿Y qué te dijo?

—No habló mucho conmigo. Estaba al teléfono. Ojala hubiese querido hablarme, me habría encantado escuchar sus más inútiles secretos aseguró la chica, risueña.

Valeria no podía negar el evidente interés que estaba naciendo en ella. Cada vez parecía más importante conocer a ese tal Roberto. El hombre era prácticamente un don nadie en cuanto se trataba a fama. Pero, el interés que le estaban imprimiendo todos a su alrededor estaba contagiándosele a ella.

Mientras se perdía en su recreación mental de aquel hombre encantador que le describía la maquilladora, se perdía entre los recuerdos del momento en que el destino la llevó hasta allí.

Todo comenzó justo cuando una revuelta de situaciones diferentes, de permisos, derechos y salarios salieron a la luz; pajeros y empresarios interesados en la industria, hicieron de esa historia algo relevante. Para ella, nada importaba más que salir de ello cuanto antes.

Se imaginaba el pasado tratando de recrear la situación en la que decía que no.

No tenía ningún interés, (aparte del recién encontrado hace unos segundos atrás), de conocer a aquel hombre. Un ser humano que se lucrara del sexo le parecía una pérdida de tiempo, no merecía una entrevista.

—Debes haberlo resonado en su cabeza la voz de su jefe.

—No quiero, ¿no puedes decirle a otro?

Estaba convencida de que eso sería su perdición, la cosa que la arrastraría al fondo de su carrera. ¿Ella? ¿Hablando con un vil productor de cine porno en frente de las cámaras? Eso la arruinaría, hablaría con un completo idiota que solo pensaba en sexo y en el dinero que podría ganar con él. Pero su jefe pensaba otra cosa. Juraba que sería la nota del siglo.

Era un hombre avaro. Deseaba tener la primicia de cualquier noticia, atacarla y ganarle el mérito de haberlo dicho primero que cualquier otro.

Tenía un apego poco normal por Valeria, tenía con ella una relación amorosa unilateral de la que su empleada no tenía ni la más mínima idea. Todo gracias al hecho de que la única cosa que le atraía era eso que le evitaba poseerla exactamente de la forma en que ella no se dejaba poseer.

A parte de todo eso, sumando su prestigio y la importancia que tenía ella para la directiva del canal, él, como su jefe, se sentía en con el poder de consumir su tiempo y su atención.

—¡Valeria! ¡Querida! Por fin te encuentro.

—Me estabas siguiendo desde hace rato. Sabías en donde estaba.

—Semántica querida, sencilla y vulgar semántica.

Mantén su mirada en dirección contraria a la posición de su jefe. Veía fijamente hacia las hojas de papel que llevaba en la mano, ignorando casi por completo su presencia.

—Me estabas acosando. Eso es acoso laboral, Alberto.

—Bueno, pero no es por eso que estoy aquí

—¿Qué? ¿o estás aquí para confesar tu acoso?

—No, vengo a indicarte cual será tu siguiente entrevista. Y debo decírtelo en persona.

—¿Por qué no me llamaste para que fuese a tu oficina entonces?

—No, nada que ver. No te habría hecho salir de tu preciado momento a solas para que atendieras a mi capricho de verte.

—No sería la primera vez que lo haces.

Valeria no estaba determinada de voltearse para verlo directamente a los ojos porque sabía que no tenía el valor necesario para ser bendecido por ese prestigioso regalo: su atención.

Estaba al tanto de esa vibra sexual que expedía su jefe con tan solo estar cerca de ella. Tenía el deseo de terminar con aquella conversación lo más pronto posible. Más de cinco minutos hablando con él, eran una pesadilla.

—Pero soy tu jefe, entonces deberías escucharme.

Con un gesto de hastío, respondió.

—Lo que sea, Alberto. Dime ¿Qué quieres? preguntó Valeria, interrumpiéndole para que se callara.

—Quiero que hagas una entrevista.

—¿Entrevista? Ya no hago entrevistas, Alberto, soy una reportera. Doy las noticias en un noticiero, no quiero hacer preguntas estúpidas a tus celebridades favoritas.

—Con calma, fiero. Estoy hablando de algo diferente. No entrevistarás a ninguna celebridad, de cierta forma, es algo serio.

—¿Serio? ¿A qué te refieres?

—Será en próximo Nixon vs Frost. Lo verán todos y seremos los primeros en cubrirlo.

—¿Haré una entrevista en vivo?

—No, la grabaremos. Pero si es una entrevista con cierto peso e importancia.

—¿Cuál?

Valeria no quería seguir escuchándolo, pero, una parte de sí, no se estaba negando aun. Alberto no parecía estar allí para molestarla como siempre, a diferencia de las últimas veces, lo que decía parecía tener cierto carácter de certeza con un nivel de importancia relevante que no podía dejar pasar.

Después de todo, uno de sus grandes sueños era poder cubrir noticias importantes, y, por la forma en que Alberto lo estaba expresando, esa podría

ser una de ellas, hasta que se enteró de qué trataba todo.

—¿Has visto del video de las actrices porno que se quejan de las dificultades de su trabajo?

—No.

—Bueno, conozco a alguien que conoce a alguien que conoce a uno de los más grandes productores del cine porno del momento que apoya esas quejas.

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros?

—Que lo llamé, para preguntarle si querría ser entrevistado para darnos una premisa y aceptó. Ve esto como una oportunidad de subir de nivel la protesta.

—Entonces quieres que cubra un escándalo sobre unos actores porno ¿por qué?

—Porque en el futuro, cuando todo esto se arregle, quedaremos en los anales de la historia por haber sido quienes sacamos todo a la luz.

—¿Si sabes que los noticieros no funcionan así? No somos una organización respetada que importa demasiado para la sociedad, o es que no recuerdas el siglo en el que estamos.

—No me importa, Valeria.

—Alberto, ya nadie ve las noticias como antes.

—Eso se puede acomodar.

Alberto se alejó realizado, sin darle demasiado merito a las palabras de Valeria porque ella no sabía nada acerca de cómo sostener una compañía. Estaba seguro que todo estaría en orden, que las cosas saldrían como él quería que saliesen y que ganaría el prestigio suficiente para ello.

Frustrada e inconforme, observaba la posibilidad de ser vista entrevistando a un actor porno como algo execrable. Había trabajado muy duro para obtener ese prestigio de reportera que la antecedió, el reducirse a una simple entrevistadora de escándalos le parecía absurdo. La situación se mostraba menos favorable desde su punto de vista.

No tenía de otra que aceptarlo de todos modos. A pesar de la presión que Alberto ejercía constantemente en ella para que hiciera cosas que no tenían nada que ver con su trabajo. Creía que de hecho, tal vez, solo tal vez, cabía la probabilidad de que eso pudiese salir bien o que le ofreciera un resultado

gratificante, algo positivo. Una excusa que usó para aceptar su terrible destino.

Por ello, decidida mientras que la maquilladora continuaba divagando con un discurso que ya hacía minutos que había dejado de importarle, se sentía confundida acerca de qué pensar con respecto al productor de cine porno, Roberto.

No era una persona relevante, no importaba ni para ella ni para gran parte de la sociedad. «Las personas se olvidaban de él luego de pajearse» se dijo, para luego aseverar «mentira, ni siquiera saben que existe».

No tenía ningún tipo de respeto por con aquel hombre en frente de una cámara y, sin embargo, a pesar del poco interés que imprimía en ello, lo haría de todos modos porque estaba segura que nada de eso podría hacerse sin una pizca de integridad. Era una profesional y se comportaría como tal.

Valeria estaba decidida a hacerlo sin importar qué. De todos modos, no era la cosa más importante del mundo. Según entendía, esa entrevista no la llevaría a ningún lado profesionalmente. No le juraba ningún aumento ni prestigio adicional. Era una pérdida de tiempo.

Roberto no parecía ningún reto. Tal vez ni siquiera fuese más complejo que un tomate. Durante días se estuvo preparando mentalmente para encontrarse con alguien tan desagradable como él.

Ya era la hora de la entrevista, solo quedaban segundos para que se conocieran.

La primera vez que lo vio estuvo de acuerdo con su concepto de él. Era un hombre robusto con un rostro cuadrado encantador. No parecía muy brillante. Suspiró de hastío y se acercó. Por su parte, él estaba allí sentado en una de las sillas con los ojos puestos sobre su móvil, como si más nada importase.

—Buenos días, mi nombre es Valeria.

Roberto levantó la mirada de su móvil, se bajó de la silla con cuidado para llegar hasta el suelo y extendió su mano para saludarle.

—Mucho gusto, Valeria, me llamo Roberto.

—Ya sé, señor. ¿Listo para la entrevista?

—Eso creo.

—Está bien. Entonces, creo que deberíamos practicar un poco antes de comenzar a grabar.

Roberto asintió con la cabeza y regresó a su asiento. Pudo notar cierto desagrado en su mirada que no era mutuo ya que él no la conocía como ella creía conocerlo a él. Roberto la había visto antes al igual que el resto de la población por el noticiero de todo el día.

Valeria no hizo mucho por ocultar su prejuicio ni lo mucho que rechazaba estar en frente de él. Estaba convencida que mientras menos insistiera o extendiera la conversación con él, más rápido saldría de allí.

Se sentó en la silla que quedaba libre, colocó sobre su regazo la libreta en donde guardaba las preguntas pre-establecidas y dijo con un tono normal para ella en esas situaciones:

—No es que esté interesada, si fuera por mí, ni siquiera le estaría preguntando al respecto...

Roberto no se sintió a gusto con esas palabras, más aún porque no entendía parte de su motivación por ser poco amable con él. Esperaba que la persona que lo entrevistase fuese un poco más profesional.

La primera cuarta parte de la conversación se basó en una discusión desagradable entre dos personas que nunca en sus vidas se habían visto. Roberto trataba de dejar en claro su postura, demostrar que era una persona inteligente y capaz, mientras que ella rechazaba como podía sus puntos de vistas sin siquiera intentar comprenderlo realmente.

Todo parecía ir de mal en peor; ella no conseguía más que sonar como una persona desagradable y, él, se defendía como podía de todo eso que ella le lanzaba a diestra y siniestra. Pero, poco a poco, su comportamiento fue cambiando.

Valeria pudo notar como la voz de Roberto le iba pareciendo más elocuente, sus palabras, su forma de hablar. Todo comenzaba a resultar agradable e incluso darse cuenta que lo estaba juzgando mal.

Durante esa primera parte, Roberto no pudo evitar sentirse ofendido y convencido de que su tono de voz hosco no era intencional, que seguro ella estaba nerviosa. Con el orgullo intacto, decidió ignorar la profundidad del caso y se centró en observarla con detenimiento para conocerla mejor.

Dentro de lo que sabía de mujeres, Valeria no le parecía precisamente la más atractiva. Hasta los momentos, tenía a su disposición laboral muchas chicas atractivas y físicamente superiores que muchas otras, incluso que ella.

Se sentía un poco mal por la forma en que abordó el tema. Ya Roberto había explicado su posición en el tema, qué pensaba y como abordaría la situación. Eso le ganó de inmediato una especie de respeto que ella solamente imprimía en las personas que se lo merecían.

Los dos comenzaron a verse con más tranquilidad, se agradaban, conversaban de las cosas que les gustaban y se fueron desviando del enfoque principal de la entrevista. Se escaparon de su rutina para adentrarse en la vida del otro.

Las preguntas de Valeria se hacían cada vez más personales, las respuesta de Roberto la llevaban a un estado de tranquilidad que no había experimentado antes. El estar con ese total desconocido conversando como si se hubiesen conocido de años, le hacía creer que todo podría resultar esta vez.

Era una mujer que confiaba en lo esotérico, en las posibilidades astrales y en el destino. Eso le llevo a confiar fielmente, en ese preciso instante, que podría llegar a tener una relación con Roberto, una que le ofrecería una felicidad infinita.

La entrevista llegó a su final, ambos habían acordado darse los números de teléfono y mantener esa amistad que acababan de fundar en ese encuentro improvisado.

Roberto quedó completamente encantado con aquella mujer que no dejaba de lado su belleza ni su intelecto mientras que ella se dio cuenta que aquel hombre podría llegar a ser algo mucho más especial de que pudo imaginar.

Ese día, llegó encantada a su casa completamente alegre, realizada. Había conocido a un hombre que podría significar más de lo que creía. Nadie podría arruinar ese momento, ni siquiera la mala suerte.

En lo que cruzó el umbral de la entrada de su casa, la interpeló el vacío existencial de su compañero de hogar. Omar, no estaba acostumbrado a tener una actitud positiva la mayor parte del tiempo y eso chocaba con Valeria de vez en vez.

Su relación no se etiquetaba como disfuncional pero si se mostraban como enemigos cuando difícilmente compartían cosas en contra.

Omar estaba sentado leyendo una novela, como casi siempre hacía, en lo que notó a Valeria.

—Veo que estás alegre dijo Omar.

—Lo estoy. Y me gustaría mantenerme así.

—Lo entiendo. ¿Cómo te fue hoy?

—Bien, supongo.

—¿Y la entrevista, qué tal?

Valeria, se giró para observarlo enajenada por intromisión a su privacidad.

—¿Cómo supiste?

—Te escuché hablando con tu amiga el otro día.

—Bueno. Está bien, supongo. La verdad, me fue mejor de lo que me esperaba.

—Vaya. Y, ¿conseguiste lo que querías?

—Más de lo que me esperaba.

—Qué bueno. ¿Comiste? En la cocina está la cena preparada.

—Gracias. Eres muy amable.

—Sí. Lo sé.

Omar continuó con su actividad recreativa mientras Valeria el pasaba por un lado como si no estuviese allí. Ella continuó con su camino hasta la cocina para servirse de comer.

—¿A quién entrevistaste hoy?

—A un productor de cine.

—Suenas importante.

—No lo era dijo Valeria mientras llevaba la comida al microondas.

Omar continuaba con lo suyo, conversando con ella a través de lo que hacía. Ambos estaban absortos en lo suyo. Los años de práctica les habían enseñado a mantenerse en contacto sin siquiera verse.

—¿Mala persona? preguntó Omar.

—No del todo. Es un buen tipo, la verdad.

—Suenas interesante. Y, ¿valió la pena conocerlo?

—Sí. Sí que la valió dijo Valeria dibujando delicadamente una sonrisa en su rostro.

—Qué bueno. Me alegro.

—¿Por qué te alegras?

—Cada que conoces a alguien nuevo, me alegra que sea una buena persona.

—No eres mi padre.

—Lo sé. No estoy tratando de serlo.

—Qué bueno.

Valeria sacó su plato del micro y se fue hasta su cuarto para comerlo. Su relación no era precisamente la más abierta ni muy cercana. Se habían alejado con el paso de los años y eso los hizo cínicos.

Se desentendía el uno del otro. Por su parte, Omar se encargaba de ella con cuidado, tratando de hacerle la vida en el hogar lo más llevadera posible. Pero, Valeria, recalcitrantemente, se encargaba de hacer notar su descontento con estar allí.

—Buen provecho.

—Gracias.

Al paso del tiempo, en lo que Roberto y Valeria se convirtieron en fieles amantes Omar dejó de ser parte de esa ecuación que le obstinaba cada mañana. Se desentendía del futuro, de las posibilidades, de cualquier problema.

Nada más importaba y el pasado se había quedado atrás una vez compartía su tiempo con su nueva pareja. Con Roberto experimentó muchos placeres que nunca había experimentado. No solo a nivel sexual sino a uno que siquiera su propia mano había tocado; su ser.

En el preciso momento en que Omar se cuestionó la existencia del amor en las acciones de Valeria, recordó una mañana, luego de encontrarla acostada sobre una cama de pastillas, recostada del colchón de su recámara, con una botella de whiskey en la mano... Omar sabía a qué se debía. Siempre lo supo.

Podía verlo desde lejos, entendía a la perfección lo que le hacía preocupar. La

observaba acabada, preocupada. Se sentía esa repetitiva sensación de que las cosas que le motivaban perdían sentido.

Ella se acababa, se desanimaba. A pesar de la inmensidad de su valor, se despojaba de él como si fuera una prenda sucia cada cuanto para desinfectarla a su manera; cada vez con una nueva forma de hacerlo.

No era una mujer obsesiva, pero Omar podía notar en ella esa forma de ser cuando dejaba de preocuparse por sus propios planes. Él estaba convencido de que ella tenía grandes visiones para su vida, pero que por algún motivo, de vez en vez las dejaba escapar como si no pudiera alcanzarlas. Y, cuando la hallaba derrotada, era él quien le ayudaba a recuperarse.

—¿Estás segura que esto es lo que quieres para ti? Le dijo Omar, completamente seguro, viéndola sollozar entre copas por un futuro incierto.

Omar no tenía idea de qué significaba «perder la motivación» para Valeria porque ignoraba lo que ella realmente quería. Dentro de su entendimiento, lo que más le preocupaba, era la relación que mantenía con Roberto. No llevaban más de unas cuantas semanas de haber conocido enamorado de su esposa.

—¡Sí! Esto es lo que quiero, esto es lo que necesito, él es el hombre que siempre he estado buscando durante toda mi vida y por algún motivo siento que lo puedo echar todo a perder. Dijo Valeria, dejando que el licor imperara en sus palabras.

En circunstancias diferentes, Omar se habría sentido ofendido con sus palabras, pero estaba seguro que nada de lo que pudiera decir acabaría con su moral. Ya estaba acostumbrado y muy seguro que su posición no iba a cambiar.

Nunca hablaba de sus enamorados de esa forma. Ellos no significaban nada para ella, pero, esta vez, un hombre había llegado a su vida y se había vuelto esa parte de Aquiles que lo hacía Aquiles: la debilidad en su talón.

Omar le ofreció un hombro para llorar, para hacerla sentir una persona segura de nuevo. Esa mujer que nadie podría derrumbar sin importar qué. Enamorado por completo de su mera existencia, hacía todo por ella indiferente de sus propias necesidades.

Omar, respiró profundo. Recordaba aquel acontecimiento como si fuese repetido en un bucle constante que lo llevaba a presenciar la misma escena una y otra vez hasta que conociese por fin el porqué de las cosas en su vida.

Durante sus últimos días, en aquella camilla de hospital a la que ella no fue a visitarlo por desconocer de su estado de salud, observaba el cielo raso con cierto desdén por la vida y los recuerdos. Quería significar algo para Valeria, no importaba qué, sólo que fuese algo.

Bajó la mirada y se detuvo por unos segundos antes de hablar.

—No digas eso. No eres una mala persona.

—Lo amo, Omar, lo amo más de lo que alguna vez pude amar a otra persona!

—Lo sé, mujer, lo sé. Pero no por eso debes estar en estas condiciones tan deplorables.

—Y ¿qué quieres que haga?

Omar bajó la mirada y observó sobre la cama un sinfín de pastillas cuyos nombres no podía mencionar acompañados de una botella Jack Daniels. Pero, ninguno de esos productos había hecho efecto en ella, los había lanzado ahí para intentar consumirlos pero no lo logró. Era mejor que eso. Valeria estaba tan sobria e hidratada como si no hubiese bebido más que agua.

—Valeria, necesitas ayuda. dijo Omar.

—¿Ayuda de qué? ¿Ayuda para entender este sentimiento que me quema el alma, que me perfora el pecho como si fuese una bala ardiente que está apuntando a mi muerte como si más nada importase?

—No es lo que quiero decir, Valeria. No seas dramática.

—No estoy siendo dramática exclamó. Se quedó en silencio y luego agregó : Dime ¿qué es lo que necesito? No te necesito a ti para que me estés cuidando cada vez que regreso de cogerme a alguien que no fue tan patético como tú y que realmente llegó a llevarme a algún punto en que pude abrir las piernas.

Valeria se repuso para poder verlo fríamente a los ojos, contemplar su punto débil ser flagelado con facilidad, pero, no consiguió observar nada. Aquellas palabras atravesaron al moral de Omar como si nada hubiese sucedido. De nuevo estaba había intentado convencerlo de que estar con ella no era lo mejor que podía hacer. Aunque su compañero no compartía el mismo pensamiento.

—Nada. ¿En serio? Parece que lo que digo no te afecta para nada, ¿por qué eres así?

—¿Cómo? Preguntó Omar mientras recogía el desastre de la cama.

—Así, indiferente. Sigues aquí a pesar de las cosas horribles que te digo.

—Porqué lo vales.

Valeria dejó escapar un suspiro. Sabía que no podía discutir con aquel hombre.

—Hazte a un lado, Valeria, necesito recoger allí añadió Omar.

Valeria obedeció sin replicar.

Omar era lo más cercano a un amigo que ella llegó a tener jamás. Valeria siempre pensó que las relaciones que podían llegar a disfrutar no serían indispensables para su vida, que lo que tenía con Omar sería eterno siempre y cuando se mantuviese segura a su lado.

Durante años se planteó la idea de escapar, de regresar a donde su padre para salvarlo, para sacarlo de ese mundo en donde la supuesta ayuda del tirano había socorrido a su amada hija.

Pero necesitaba dinero, valor, necesitaba estar estable, llevarlo a un lugar en donde pudiera estar seguro a su lado y, más importante aún, averiguar si había un padre a quien salvar. Pero, se hacía cada vez más difícil; veía las imposibilidades que se presentaban en frente de ella para poder obtener sus más grandes deseos, y cómo los eventos de su vida opacaban ese posible resultado.

* * * *

Su relación con Roberto era cada vez mejor. Descartando aquel pequeño incidente que tuvo con Omar, estaba cien por ciento segura de que nada podría salir mal. Durante días mantuvo conversaciones telefónicas con él como si no hubiese nada mejor que hacer.

Se sentía a gusto con todo lo que conversaba. Se mantenía al margen de todo, se comportaba como una persona corriente. Su vida con Roberto mejoró significativamente su forma de ser. Sonreía al teléfono, salían a cenar cuando podía. Todo iba de maravilla. Las cosas eran perfectas tal cual transcurrían.

Valeria invirtió parte de su tiempo en conocer mejor a Roberto, quien

presentaba para ella un espécimen curioso, sabía que necesitaba calárselo en la mente lo suficiente como para no olvidarse de él.

Para Roberto todo era una aventura digna de vivir día y noche sin descansar. Era un hombre activo, responsable, inteligente e increíble que la invitó a ser esa mujer que ella siempre quiso ser: una libre.

De esa misma forma, le presentó esa pequeña parte de la realidad que la ayudo a experimentar algo diferente en sí, algo que ningún otro de sus amantes le había presentado: la oportunidad de conocerse a sí misma.

Y ella lo supo la primera vez que la hizo suya. Cosa que recordaba cada cuanto se sentía sola.

Ambos dos estaban en un coche limosina concentrados en su conversación. La tensión sexual en el ambiente parecía atravesar el aire, convertirse en diminutos rayos que los quemaban y dejaba cicatrizado las marcas de sus deseos.

Ella estaba dispuesta a hacer todo lo que él le pidiera y más. Era una mujer sexualmente activa, increíblemente lasciva y sensualmente espectacular. Roberto, sin siquiera intentarlo, ya la tenía rendida a sus pies.

Su cuerpo de fabula le había dejado cuestionando todo. No sabía como una persona podía llegar a ser así sin siquiera intentarlo, sin siquiera quererlo realmente.

Se despertó antes de tiempo en un mundo en el que las cosas no sucedían como debían y, allí, en ese coche, sentada en el asiento de atrás con las piernas abiertas y un hombre valioso y corpulento lamiendo su vagina, supo que algo en él era inigualable.

—Estoy dispuesta a hacerlo todo por ti.

Dijo en voz baja. Casi lo suficiente como para que él no la escuchase pero deseosa de que lo hubiese hecho.

Ya tenían varios días conociéndose pero, algo le hacía creer que era más que suficiente. No se quiso entusiasmar demasiado por lo que se guardó ese deseo hasta el momento adecuado.

Roberto comenzó a desabotonarse el pantalón mientras ella experimentaba un orgasmo alucinante por su lengua. No quería dejar de sentirlo, quería adherirse a él como el pegamento, nunca zafarse. Se inclinó y cogió sus manos.

Detuvo su movimiento y continuó ella desvistiéndolo del torso para abajo.

—No. Yo lo haré.

Comenzó por desajustarle el botón del pantalón para luego proceder a sacarle el pene con un movimiento de muñeca difícil de dominar. Roberto estaba entusiasmado, excitado locamente con tan solo verla hacer aquello.

Se detuvo unos segundos para verlo fijamente a los ojos. Su mirada era su toque personal. Roberto estaba idiotizado con ella. Desde que salieron del restaurante no había más nada en qué pensar que no fuese Valeria.

Ella, a su vez, estaba de igual forma idiotizada por él. Su intelecto, su forma de ser, su aspecto físico; todo de Roberto llenaba una lista interminable de atributos que alguien con juicio habría de querer sin siquiera pensarlo demasiado. Parecía que se había ganado la lotería con aquel hombre y no estaba dispuesta a soltar el ticket ganador tan fácilmente.

Continuó con su movimiento de muñeca. Acercó el miembro semi-erecto de Roberto hasta su boca para terminar de despertarlo con sus labios. El calor de su interior hizo que su hombre se estremeciera de placer.

Tenía la cabeza inclinada y difícilmente se mantenía de pie. No había suficiente espacio para lo que estaban haciendo, por lo que ella se acomodó para que él se pusiera a su lado.

Con sus labios fríos y su boca calientes, succionó con fuerza aquel falo firme y erecto. Le causaba placer el sentirlo, apretarlo. El olor le embriagaba.

Estaba acostumbrada a cada movimiento conocido para hacerle sentir placer, pero, en ese momento, aquel hombre solamente le hacía experimentar a ella el deseo de poseerlo mejor, con más intensidad.

Al cabo de un rato haciendo lo mismo, de saciar su deseo ferviente. Daba movimientos circulares con sus manos esparciendo el líquido pre seminal que se juntaba con su saliva creando una solución casi perfecta.

Apreciaba su aroma fuerte y penetrante mientras se lo llevaba a la mejilla para chocarlo con esta. Apretaba su glándula con sus labios, succionándolo como a una paleta de helado.

Sus pezones estaban erectos, había hormigueo en sus piernas, una sensación de embriaguez proveniente del aroma combinado de su saliva, el sudor y su sexo le hipnotizaban.

Respiraba sobre su falo con intensidad. Adhiriéndose a aquel glande. Tomando lo que quedaba de su pene con la mano para apretarlo, para pegarlo a su piel. Se llevaba su miembro hasta el fondo de su garganta. Aguantaba la respiración mientras sentía su boca completamente llena por el placentero sabor, la textura el grosor.

Lo deseaba más que nada. Inclineda con el trasero levantado y la vagina al aire, Roberto llevó su mano hasta su cavidad posterior. Desde allí, comenzó a jugar con la vulva lubricada de Valeria. Esparcía el líquido en toda su zona. Se turnaba el índice y el medio para introducirlos en cada uno de los orificios del lugar.

Valeria gemía con el pene erecto en la boca, murmurando su placer, ahogando sus gritos. Apretaba los testículos de Roberto con sutileza. Se los introducía en la boca mientras estimulaba el pene con su mano.

De repente, él se levanto. Roberto se acercó a ella con un pene erecto dispuesto a adueñarse de su ser. Ella, se acomodó en el asiento, se dobló estratégicamente levantando sus piernas y abriéndose por completo como una flor.

Roberto se quedó observando aquella escena, queriendo guardarla para la eternidad en su memoria. Lo hizo, lo aprecia. La cogió por los tobillos y se fue acercando lentamente con su pene erecto para introducirlo con cuidado.

Primero ingresó su glande. Ella lo deseaba. Comenzó a dar sutiles movimientos con sus caderas para sentir el rozar de aquel miembro erecto en su interior.

Él disfrutaba el gesto al mismo tiempo en que se mantenía a distancia para que no entrase por completo. Ella levantaba su pelvis para obligarlo a entrar. Deseaba que estuviese más profundo. Valeria necesitaba de esa sensación punzante en su interior. Requería de una atención especial de la que él no era capaz de resignarse. A ambos les encantaba, parecía que ambos vivían de ello.

Lentamente desplazaba su pene en el interior de Valeria. Sentía como sus paredes se aferraban a él, como le apretaba cada centímetro.

Ella sintió el mundo detenerse, el aire dejar de entrar en sus pulmones, a sus tímpanos dejando de recibir las señales de su exterior. El miembro de Roberto le penetraba con intensidad. Creía que podría acabar en cualquier momento y aun siquiera había comenzado a embestirla.

Roberto se acercó a su oído, con el glande presionando la entrada de su útero, inclinando su cuerpo sobre el de ella y apretándolo para preguntarle con suavidad.

—¿Crees que el chofer te escuche gemir?

Valeria, acercó sus labios a la oreja de Roberto, para responderle con una voz seductora, suave y apasionada:

—¿Quieres averiguarlo? Métemelo con fuerzas entonces.

Roberto se emocionó al escuchar la moción de Valeria. Se irguió, sacó su pene casi por completo para empujarlo de nuevo con fuerza.

De inmediato lo sacó para hacer lo mismo una y otra vez. Valeria gemía con el golpe de cada embestida. Su cuerpo se estremecía, su respiración se agitaba. Roberto apretaba sus pezones, jugaba con su clítoris. Se apoderaba de su ser así como ella se adueñaba del suyo.

—¡Sí! ¡Dale! Más, más duro exclamaba Valeria.

Roberto apretaba más sus cuerpos. Empujaba con todo lo que tenía sus caderas para penetrarla. Experimentaba el jugoso placer de sentirla aferrándose a su cuerpo. Ella lo amarra con las piernas, sin dejarlo escapar, deseando poder tenerlo para siempre.

Ella gemía y gemía mientras él la embestía. Su ferocidad hacía mover el coche como si estuviese rodando sobre baches en la carretera. Sus gritos se ahogaban a medias del exterior y de la cabina del conductor.

Uno, dos... cada orgasmo llegaba a ella con intervalos cortos, como ráfagas. Apretaba más sus piernas, sus brazos, sus labios. Se dejaba dominar por el deseo, por la experiencia inexplicable de ser cogida intensamente.

Juraba que recordaría para siempre ese momento, que viviría cada día pensando que las cosas en su vida serían así por siempre. Ella se sintió enajenada por los golpes de cadera, por el grosor de su pene y por cada uno de los orgasmos que la consumían como a un cigarrillo.

Pero aun tenía algo que pudieran exprimir.

Roberto deseaba darle con más fuerzas, apoderarse más de ella. Quería poder sentirla, poder aferrarse a ella lo más que pudiera. Le excitaban los gritos de Valeria, su mirada, su respiración. Sus piernas abiertas, su pene entrando y

saliendo de su vagina. Sabía que era un hombre visual, que apreciaba la circunstancia si las podía detallar adecuadamente.

Pasaron del asiento al suelo. Ella se montó sobre él, dejándose penetrar de nuevo, completamente húmeda, dilatada, lubricada por de entrada a fondo por los diversos orgasmos que le produjo el rozar del pene de Roberto.

Aquel miembro firme y grueso estaba totalmente cubierto de la viscosidad de su interior, entrando con más facilidad, estimulándola mucho más; estaba sensible, estaba dispuesta a llegar a todas las fronteras con tal de que él, y sólo él, llenase cada uno de sus orificios con su espeso y blanco esperma.

—Hazme tuya así, todos los días dijo entre gemidos y pensamientos utópicos.

—Lo haré respondió Roberto siendo presa de sus movimientos.

—Sí, sí dijo Valeria sí, así. Ahí, justo ahí.

Se movía cada vez más rápido, con un movimiento cada vez menos meditado. Dejaba que sus caderas se desplazaran sobre el pene de Roberto por sí solas, embistiendo su propia vagina, obligando a que aquel grueso falo chocara con cada una de sus paredes.

A trescientos sesenta grados en su interior, ese miembro le complementaba, le hacía sentir que su vagina estuvo todo el tiempo vacía, incompleta, infeliz.

—Así, sí.

—No te detengas le dijo Roberto.

—Sí, maldición. Me encanta.

Valeria estaba a punto de acabar, a punto de tener su siguiente orgasmo. No sabía el número, desconocía cuantos llevaba pero, sabía, por instinto, que después del segundo ya lo consideraba un sexo espectacular.

Se tomaron de la mano como si estuviesen buscando apoyo el uno del otro. Se sentían a gusto se sentían en las nubes.

Las nalgas de Valeria rebotaban al ritmo de sus movimientos. Roberto deseó poder estar viéndolas en ese momento. Deseaba poder ver todo aquello desde cada uno de los ángulos posibles. Como productor de cine porno sabía qué parte completamente atractiva de aquel encuentro se estaba perdiendo.

A falta de un contacto físico real, su audiencia debe sentirse a gusto observando cada detalle de la penetración, de los gemidos. Él tenía aquel

deleite de mujer pero deseaba verla.

Pero, sin embargo, aquel intenso movimiento de cadera, esos gemidos elevadores de espíritu, de sentimientos ardientes y evidencias de placer, lo trasladaban a un lugar diferente, lleno de riquezas, de inquietudes.

Lo saboreaba todo y le encantaba. Valeria le hacía reconsiderar sus propios gustos, entregándose a ellos para convertirse a sí misma en su nueva religión, su fetiche.

Y, en ese instante, luego de comenzar a batir esas caderas con más intensidad, sin cesar. Movimiento tras movimiento intenso llevó al hombre debajo suyo a probar el delicioso jugo del placer.

Ella, estallo en un éxtasis de maravillas, un orgasmo que le quemó la sien, los pulmones la garganta al gritarlo. Tras sentirse completamente realizada, se dejó caer, acabada, satisfecha, sobre el hombre que le hizo terminar como una diosa.

Valeria recordaba aquel día como el único en el que se había sentido realmente libre por primera vez y los posteriores encuentros a ese. Pero, en sus momentos de completo fracaso, en los que se sentía que nada más podía ayudarla, ni siquiera el apoyo total de Omar, a su mente llegaba un recuerdo diferente.

Aquella noche, esa en la que se hicieron uno del otro por primera vez, un hombre enamorado hablaba con el corazón en la mano ante una mujer que conoció semanas atrás. La lógica no justificaba su atracción, pero, él no sentía interés alguno en complacer las reglas de esa realidad en la que existía.

Ambos habían dejado todo lo que creían de sí mismos atrás esa noche; en donde guindaban sus abrigo, en donde limpiaban sus zapatos.

Roberto reconoció de inmediato que lo que había experimentado lo dejaría marcado para toda la vida, Valeria se sentía a gusto, satisfecha. Ignoraba todo lo que le liaba y eso le hacía feliz casi como si nada más importase. Ese momento fue mágico para los dos y, de igual forma, lo recordaban alegremente.

—Estoy muy agradecido de haberte conocido dijo Roberto mientras se llevaba un bocado a sus labios.

No hablaba directamente con ella, a pesar de que, evidentemente, su intención

era que le escuchara. Sus palabras se escondían en un murmullo sutil que podría escapar de la atención de cualquiera, pero no la de ella.

—¿Agradecido?

Roberto no había experimentado la satisfacción de sentirse atraído a alguien por mucho tiempo. En ese momento no sabía a qué se debían todas esas sensaciones que experimentaba, pero no dejaba escapar el hecho de que se tratase de algo más importante de lo que creía, de algo más especial de lo que realmente entendía.

Su comprensión de la situación se dejaba manchar por un sentimiento que se escapaba de sus entrañas como si quisiera quemar su esófago, sus pulmones y cada uno de sus órganos.

Estaba al tanto que todo eso nacía por ella; ¿comer con una mujer atractiva? Lo hacía cada noche como si no hubiese ningún tipo de vida diferente, pero, ninguna presentaba para él lo que Valeria estaba ocupando en ese momento.

No esperaba hacerlo una relación amorosa, pero, desde lo más recóndito de su conciencia, deseaba poder hacerla suya desde cualquier punto, en cualquier lugar, de todas las formas.

Pero, esa noche, en ese instante, todos esos sentimientos se ocultaban en una sutil forma de agradecimiento. Se sentía a gusto, y eso le hacía feliz.

—Porque de no haberte conocido, esta noche habría sido igual a todas las demás, Igual a las que vendrán y con las que probablemente me muera experimentando.

Valeria sonrió a gusto. Entendía la sensación. Era mutua, reciproca. El estar en frente de Roberto le hacía sentir libre, tanto cómo siempre quiso serlo.

—Acabamos de conocernos.

—Hace una semana dijo él

—Sí, hace una semana.

—Y desde entonces no he dejado de pensar en ti, y, la verdad, eso ha sido suficiente para hacer maravilloso cada minuto de mi vida.

Valeria reconocía esos sentimientos como si los hubiese estudiado por años, como si se hubiese graduado de ellos y los dominara como una ciencia.

Observaba la forma en que Roberto masticaba cada bocado tras terminar de

hablar como si, entre ambos, placeres y necesidades, estuviese ella, alimentándolo con su presencia. Y así lo sentía él.

Se desentendía de sus pensamientos egoístas, de su deseo de huir, de sus sueños reprimidos y de su pasado acechador. Aquel momento, que recordaba cada cuanto pensaba en desaparecer de la vida de todos.

Le llenaba de ánimos, le permitía pensar que las cosas que le habían sucedido tenían un significado mayor y que su deber era comportarse como una mujer digna, seguir adelante y no pensar en regresar a una vida de la que ya no formaba parte.

Desgraciadamente, su estilo de vida, a veces chocaba con sus relaciones. No dejaba escapar el hecho de que todos y cada uno de ellos (de esos hombres que alguna vez pretendió querer) se sentían las víctimas, los individuos maltratados por una mujer que no los supo amar cuando ella, la verdad, no sabía cómo ser amada.

Esos hombres se dejaban llevar por la belleza, la armonía de su presencia, su misterio, su forma de ser.

La amaban como creían que ella se lo merecía pero, Valeria Acosta de Ahmad, necesitaba de un afecto posesivo o desinteresado, libre u opresor.

Ella necesitaba de algo que no conociera y ellos le daban simples sentimientos repetitivos y necios. Cada uno era una realidad diferente para lo que realmente necesitaba, todos deseaban ser indispensables para ella de la misma forma en que ella lo era para ellos.

Al paso de los días fueron fundando sentimientos que se hacían cada vez más fuertes. Necesitaban del otro para poder estar calmos, llenos de dicha. La vida al lado del otro era una aventura que deseaban repetir día tras día, noche tras noche.

Compartían con amor, con deseo. No les preocupaba ningún momento, no les preocupaba nada que no fuese la presencia del otro. Deseaban estar todos los días así para poder alargar cada minuto, acumularlos y hacer con ellos lo necesario para llenar ese frasco de alegrías y emociones que tanto les hacía falta llenar.

Dos seres completamente vacíos vivían el uno del otro, se alimentaba de la atención que se daban porque era lo único que recibían de alguien que ralmente les importaba.

Pero, Valeria no necesitaba a ningún hombre, ni era la mujer que ningún hombre debía necesitar.

Roberto era diferente, en cierto sentido. Si pensaba que necesitaba de la belleza candente, la presencia consumidora y de su forma de ser espectacular para poder existir apaciblemente.

Pero, no lo quería todo para sí. Sabía que tenía ciertos detalles que los podrían alejar y por lo tanto, prefería dejarla irse de ser necesario. No le importaba si quererla significaba estar toda su vida escuchando sus problemas existenciales sabiendo que había una respuesta mayor para toda esa pena.

Él comprendía qué necesitaba ella. Un amor justo, directo. Alguien que estuviese a su lado cuando le necesitara y que supiera dejarla sola cuando no. Pero, presa del miedo, de las diferencias y de todo aquello que la arrastró hasta ese punto.

En frente de la puerta de su casa con maletas y un boleto de avión para las Américas, ignoraba que aquel hombre que dormía a cientos de kilómetros era el hombre que debía estar a su lado hasta el final de su existencia carnal.

—Estoy agradecido por conocerte y espero que no lo dejemos morir aquí Resonó en su memoria, imaginando aquella perfecta sonrisa de un hombre que la amaba sin importar qué.

Ya era hora de partir, de desaparecer de aquel grupo de individuos que habían formado parte de su vida sin ningún precio a pagar. Todos esos hombres, mujeres, habían hecho de ella una persona firme.

Deseaba no tener que irse pero no esperaba deshacerse de todo eso que mantuvo su vida por años. Ese deseo ferviente de conseguir un significado a su pasado, de salvar a aquel hombre que la salvó y deshacerse del yugo de su represión emocional.

Ya no había nada que la atase. Ninguna deuda (pensó en Omar) ningún amor fracasado (pensó en Roberto) aquella mujer no necesitaba de nadie para cumplir sus metas.

Si, de repente, en algún momento, pudiera regresar, entonces, podía que, de así deseárselo el destino, reencontrarse con aquel que aun la quisiera. Sabía que no había forma de disculparse con Omar, no ahora, no luego de su muerte.

No se había ido. Moribundo en el hospital, solo, prácticamente muerto. Con un

paso en las tinieblas y otro en la habitación en la que reposaba su cadáver inerte y con una sutil ráfaga de vida, decidió aceptar el destino y marcharse. Pero, para cuando volviera (de hacerlo) esperaba que las cosas estuviesen allí para esperarla.

Entre lágrimas, recordó aquella última conversación que tuvo con Omar. Deseaba poder haberle dicho otra cosa y, aun teniendo tiempo de hacerlo, no disponía del valor suficiente para encarar su rencor con el hombre que nada tenía que ver con él.

—Por favor, cuídate dijo Omar al sentir que le pasaba por un lado.

Valeria se estaba dirigiendo a la puerta para marcharse. De nuevo, sin ningún tipo de explicación. Era una mujer libre y se podía ir cuando lo deseara.

—Sé que no vendrás hoy añadió Omar , hasta pronto.

Ya estaba acostumbrado a su ausencia, pero, nunca dejaba escapar una oportunidad para demostrarle su interés.

Valeria detuvo el paso, un tanto afectada por la memoria de todas las veces que se marchaba sin darle alguna explicación sabía que no tenía necesidad de darle alguna □ . Nunca le importó si a él le preocupaba su salud o lo que le fuera a suceder cuando se marchase.

Ella sabía que no lo odiaba, porque no sentía rechazo por él. Omar no era su enemigo, solo era otra víctima de la misma vida que le tocó tener. Y, sin siquiera decirlo, ambos estaban de acuerdo en dejar que las cosas sucedieran como todavía estaban transcurriendo. Compartían algo que sabían que no llegaría nada.

Ambos sentían un afecto por el otro, algo que habían fundado desde pequeños.

—¿Qué harás? Preguntó Valeria con amabilidad, reprimiendo las palabras que realmente quería decir, viendo hacía la puerta.

Intentaba poder ser una mujer diferente con él. Tal vez pudiera acomodar las cosas. Conversarlas. Sabía que Omar no se negaría a que estuviese con Roberto, podrían ser amigos, podrían tener una relación saludable.

Pero, las disculpas por los momentos de rabia que reprimió estando a su lado, dándole su nombre a todas sus pesadillas, no aparecieron. Se detuvo en frente de la puerta y no pudo más que quedarse callada.

Omar no se giró para verla y, sin quitarle la mirada al periódico que leía, respondió con un tono suave que por poco hace que Valeria cambiase de parecer, más por la culpa que por el deseo de quedarse.

—Me quedaré aquí esperando.

—No volveré... quiso intentar decir Valeria antes de ser interrumpida por Omar.

—No por hoy.

—¿A qué te refieres?

—Hasta el final.

Valeria trató de darse la vuelta para reclamarle la forma en que le hablaba. Ella no era culpable de no sentir nada por él, de no corresponderle. No había motivos para que intentara hacerla sentirse mal por ello. Pero, en lo que intentó darse la vuelta, las palabras de Omar le detuvieron.

—Me da igual si no vuelves mañana, lo único que me importaba era que estuvieses feliz y la verdad me gusta mucho la forma en la que estás sonriendo ahora que estás con él.

—Omar...

—No importa que tan fría seas y cuantas veces claves tu indiferencia en mi pecho. Te esperaré aquí hasta que vuelvas, solo hazme un favor, cuida esa sonrisa.

Valeria se detuvo en seco. No quiso decir más nada, ni agregar lo que fuese que su indignación fuera capaz de decir, se dio la vuelta, respiró profundo y se marchó.

Omar continuó con su lectura, como si nada de eso hubiese sucedido.

Con la maleta en la mano. Valeria había pensado en emprender un viaje diferente. No se quería alejar del pasado tanto como para encontrárselo más adelante.

Omar se había hecho de la vista gorda con las acciones desinteresadas de Valeria. Pero entendía que las cosas que hacía no carecían de significado por lo que no la hacía más que una mujer con buenas intenciones y una muy mala ejecución.

Hacía ya días que no veía a Roberto en siquiera. Pero no dejaba de

recordarlo. Ya estaba en el aeropuerto más cercano de su zona con una sonrisa en el rostro que usaba para ocultar su indecisión, sus dudas. No era una mujer cobarde, pero sí sentía que no estaba llevando las cosas de la forma adecuada.

Pero, de todos modos, no sabía qué le deparaba el futuro, ese encuentro con el hombre que la dejó atrás, que la salvó a costa de su propia seguridad. Nunca pensó en la posibilidad de fracasar.

Observaba eso como la suma de todos sus deseos, de todas las anécdotas que reproducía en su memoria dichas por un padre al cual había desconocido hace décadas, del que ni siquiera reconocía o recordaba con lucidez el sonido de su voz. Pero, en sus recuerdos del pasado se almacenaron, se mantuvieron seguros, todas esas anécdotas.

Estaba dispuesta a hacerlo, a regresar. Una vez en el avión, entendiendo muy bien que no sabía si lo encontraría, que él, de estar vivo, ni siquiera sabía que su hija perdida regresaría casi unos cuarenta años tarde. Las posibilidades de conseguirlo con vida o lucido era prácticamente ilógicas, pero no importaba. Nada importaba.

Tuvo tiempo para pensar en todos esos detalles que la estaban agobiando en esos momentos, pero, el estrés, la adrenalina, los nervios... se mezclaban homogéneamente en un sinfín de sentimientos y dudas encontrados que la obligaban a ver todos los escenarios como un desastre probable.

Tal vez era su mecanismo de defensa para aquello que podría lastimarla: la verdad. Pensó en desistir, en regresar corriendo a los brazos del segundo hombre que en verdad la amó. No pensó más en Omar luego de entender por completo que la muerte ya se lo habría llevado. Ya estaba libre, de alguna forma.

Sabía muy bien que siempre lo fue, pero, esta vez, algo la arrastró a hacer aquello que siempre quiso hacer. Roberto estaba comenzando a darle un sentido a su relato cuando ella a penas estaba pisando terreno sudamericano. La verdad se avecinaba. Ya no era más que una simple extranjera en el territorio al que una vez perteneció.

Las cosas eran diferentes. No era una zona en guerra, ni un desastre cultural más. Sí, parecía un tercer mundo cualquiera, una civilización evolucionada, pero que no presentaba cambios precisamente positivos.

Para lo que una vez fueron, sí, pero para lo que ella ya conocía como avance,

no. Se detenía a observar a los buhoneros sentados al lado de sus mesas improvisadas con sus artículos adquiridos a precios menores de los que mostraban para vender.

El camino irregular, las calles abarrotadas de personas sin educación, sin principios. Uno que otro gritando sus grandes propuestas para tu hogar «pan, pan. Cigarros, pan» otros observándote como si quisieran apoderarse de cada una de tus pertenencias más valiosas.

Era una mujer fuerte, de eso no cabía duda. Aunque no había forma de negarse al hecho de que todo eso parecía la boca de un lobo. Valeria ya no tenía nada a la mano que pudieran quitarle, no estaba indefensa.

Sabía cómo cuidarse. Sus cosas se encontraban en el hotel que estaba al centro de todo ello. Lejos de la civilización más modernizada, pero lo suficientemente cerca como para evitarlo.

Entendía la pobreza que continuaba reprimiendo los recursos, los derechos y la felicidad de todos esos ciudadanos. Pero, aunque activa, no podía dejar de pensar en el hombre que bien la ama y se encontraba en ese momento leyendo las palabras de su difunto esposo.

En ese momento, contemplando cómo la vida a su alrededor era completamente diferente a lo que recordaba y exageradamente distinta a lo que acostumbra. Se imaginaba a sí misma en frente de la acogedora chimenea de Roberto. Desnuda. A punto de terminar uno cuento titulado Wakefield. Recapitulaba exactamente el momento en el que se enfocó en una frase que estaba sutilmente subrayada.

Desconocía si había sido Roberto, o si él había adquirido ese ejemplar usado. Pero, al leerlo, se quedó adherido a su memoria, recordándole una verdad innegable.

Mientras caminaba por una calle que gritaba peligro, reconsideró su pasado, la forma en que había vivido su mera existencia, todo por un conjunto de palabras que iban así: «Si el tiempo esperara hasta el final de nuestras locuras favoritas, todos seríamos jóvenes hasta el día del juicio final.»

En esa ocasión Roberto la observaba en silencio, apreciando cómo la luz trémula de la chimenea bordeaba su cuerpo resaltando delicadamente cada uno de sus finos rasgos femeninos.

Sus piernas cruzadas, sus senos desnudos. Se cuestionaba el motivo por el

cual se levantaba de la cama directamente a coger un libro de su biblioteca y sentarse a leer. A pesar de ignorarlo, no le importaba. La mujer se sentía a gusto con ello y él a gusto de verla.

Y, cómo su estuviesen conectados, ambos recordaron el mismo momento, al mismo tiempo.

Roberto dejó de anotar sus pensamientos en el cuaderno en que los escribía a pulso, para observar de nuevo el mismo asiento que más nadie había ocupado en años.

Al otro lado del mundo, Valeria preguntó por su padre a algún hombre que pudiera conocerlo. Entendió de inmediato, al notar que no le daban respuesta, lo ridículo de su pregunta. Nadie habría de conocer un tal Daniel Acosta. Y, de ser así, no estaría interrogando a las personas adecuadas.

Luego de varios días a la espera de alguna respuesta, se sumergió en la búsqueda por los registros del lugar. Regresó a esa área remota que una vez le perteneció al padre de su esposo con la esperanza de encontrar evidencia alguna. Estaba dispuesta a conseguirlo.

Tenía dinero y todo lo necesario para hacer de ello realidad.

Roberto dejó de lado sus anotaciones. Meses pasaron desde que Valeria se había alejado de su vida, él, ya no sentía la necesidad de retratar nada de su pasado. Ya no tenía nada que pudiera hacer para despojarse del fantasma de una relación que lo carcomía casi por completo. De alguien a quien amaba tanto.

Las palabras se hacían agrias en su mano y en su boca, sus ideas, a medias, servían de testigo de que aquello que vivió fue real y no un sueño vil. Deseaba que las cosas hubiesen mejorado, que el tiempo no hubiese condenado sus deseos.

Ignoraba, aún, por qué Valeria se había marchado, no entendía porque Omar se había ido pensando en ella. Recordaba las medias tardes en algún restaurante de la ciudad en el que comían los tres, a veces solo con alguno de los dos.

Indiferente de cuál fuera su compañero en el almuerzo o la cena, sabía que aquellos eran días que nunca habría de cambiar por nada.

Necesitaba de un consuelo, de algo que fuera capaz de ayudarlo a sentirse mejor. Valeria había dejado una huella en su corazón, en su alma, en lo más

profundo de su ser que le mantenía vivo a la vez que le torturaba con desespero.

Se sentían a gusto el uno al lado del otro. La vida de Roberto, esa que una vez ella había rechazado por malos juicios y desconfianza, se había quedado atrás para ambos. Él ya no se dedicaba a lo mismo que antes de la misma forma en la que solía hacerlo.

Le gustaba su trabajo, no lo iba a abandonar aunque ya no le dejaba el mismo sabor de boca que le atraía en el pasado. Valeria había llenado un vacío en su cuerpo que nada más que su empleo era capaz de completar.

Ambos ya no se sentían igual con las cosas que los llenaba tiempo antes de conocerse. El periodismo no le hacía sentir una mujer preparada y lista como antes, se sentía fuera de área, incompleta, infeliz. Roberto le enseñó a tener una perspectiva diferente de las cosas que podría llegar a querer. Y, de esa misma forma, ella dejó impreso en él los mismos sentimientos.

Su amor se hacía cada vez más palpable.

Sus decisiones, tan radicales como erróneamente manifestadas, le costaban algo más que su empleo, que su deseo de avanzar

Valeria aun recordaba con cierto desdén los momentos que dejó atrás, no por desprecio al recuerdo pero sí por temor a perderse en algo que ahora carecía de sentido. No quería regresar a una vida que le prometía una tranquilidad inmensa ahora que lo había abandonado.

* * * *

Roberto no podía dejar de pensar en ella por más que lo intentaba. De cierta forma, no había manera de olvidar algo que le había marcado por completo. Sus días eran maravillosos, pero las cosas no eran tan mágicas como siempre creyó.

La mujer de la que se había enamorado no se quedaba en su casa todos los días, no se mantenía a su merced ni le decía que lo quería cuando podía. Esa mujer se adueñaba de sus sentidos de su amor propio y de todo lo que podía y tenía para ofrecer sin ningún tipo de queja. Y, sin embargo, él era feliz. Porque

no había nada en ella que pudiera hacerlo sentir mal.

Valeria llegó al lugar que alguna vez fue su hogar, que en algún momento creyó que crecería feliz. Pero, no encontró lo que quería. Su viaje se había perdido por completo en la intención. No se arrepentía de haberlo intentado, de una forma lo sabía pero no lo quería aceptar.

El sacrificio tocaba a su puerta y no había forma de ignorar el llamado. Y el pasado se quedaba atrás reproduciendo como una película vieja, repitiendo sus más grandes éxitos y carencias. Porque la vida seguía su camino cuando la de ella era cíclica.

Su poco afectiva relación con Omar, y el inversamente proporcional amorío con Roberto que dejó marcado en su ser el efecto de algo verdadero, ciertamente real. Pero, en su vida, los protagonistas eran diferentes.

A pesar de la vida que compartían, Omar era parte de ella a como diere lugar. Apartarlo casi por completo se le hacía sumamente difícil, más que todo, tras verlo siempre a su lado, cuando despertaba cuando salía y llegaba a casa. La vida con Omar era la única que conocía, en donde podía ser ella realmente y no tener ningún tipo de limitaciones.

Al conocerse, Omar se dio cuenta de inmediato de quien se trataba. Roberto era ese hombre con el que tanto salía Valeria, era él quien le daba un techo lleno de paz. En sus ojos pudo notar que realmente la quería, que nada de lo que hacía por ella era en vano o falso, se sintió mal al darle una cara a su competencia, a su compañero en armas.

No era la primera vez que conocía a uno de sus pretendientes, a esos que le daban placer a su pseudo-esposa, pero, ninguno prometía tanto como este. Aquellos que conoció desaparecían de su vida a las semanas, a los días incluso, pero, por la forma en que las cosas iban sucediendo, la manera en que se comportaba Valeria a su lado, le dejaba en claro que nada de eso iba a suceder con él.

Y, lo peor de todo, no era el hecho de haberlo conocido, de reconocerlo como un igual en su situación, sino que, estando a su lado, él era el intruso, era él quien no podía acercarse a Valeria de la misma forma en que lo hacía él.

De nuevo, sabía que no era la primera vez e incluso había pasado por eso en veces anteriores, solo que, en aquellas ocasiones, ninguno le dejaba esa sensación de triunfar por encima de sus sentimientos de la misma forma en que

Roberto lo hacía.

Valeria se convirtió en la musa de Roberto. Sus actividades, sus planes, incluso los temas de sus películas tenían un solo objetivo: Valeria. Ella era su perdón, el consuelo de todos sus males, la mera redención, en el amor mismo que podía sentir por cualquier cosa y el que no también. Roberto no sabía cómo más expresar sus sentimientos y comenzó a hablarle con el corazón.

El sexo era una forma en que demostraba su entrega máxima, una forma de decirle a Valeria que sus sentimientos, su cuerpo y su alma eran única y exclusivamente de ella, de su existencia. Nadie había significado tanto para él como ella alguna vez lo hizo.

Valeria no se sentía aferrada a nada, a nadie; Roberto había llegado a su vida en un momento en el que nada importaba ralmente, en el que la mera mención del amor era una simple broma para su atención. Pero le abrió los ojos, le hizo sentir como nunca, le hizo ver las cosas que nunca creyó que podría ver.

Bajó la guardia, porque no había nada qué temer. Se enamoró de aquel hombre que entregó todo lo que era, lo que sentía y lo que significaba para hacerse con algo que nunca habría de obtener por sí sola, la satisfacción de ser amada y amar a cambio.

Omar le había prestado ese sentimiento de entrega, de afecto desinteresadamente. Él había aprendido a quererla desde lejos, con binoculares, desde la otra acera, observando cómo era amada por otro hombre. Y, ella, incrédulamente se acondicionó a ese modo de sentir.

Y, para Roberto, ella se había vuelto su más grandes hazaña, en su gran logro.

Gracias a la presencia del otro, comenzaron a quitarse los miedos de lograr esas cosas que de niños, de jóvenes y de adultos nunca hicieron. Se hicieron temerarios, se hicieron fuertes.

Gracias a eso Roberto descubrió una pasión por algo que se había ocultado en su ser por tanto tiempo, se expresaba con elocuencia cuando pensaba en ella y Valeria, supo que era hora de partir al pasado para sellar esa etapa de su vida.

Y, de esa forma, sus vidas se consagraron, sellaron por siempre algo que ellos mismos no habían pensado realmente. Fueron la motivación del otro, esa etapa de sus vidas que necesitaban para poder avanzar para poder promover el cambio.

A su manera, hicieron las cosas, lo que los llevó hasta donde se encuentran ahora, a cientos de kilómetros, con una duda en la cien y una pluma en la mano.

Ella deseaba poder acercarse a un hombre que la hiciera sentir ralmente mujer, porque, a cómo veía las cosas antes, nada la hacía sentir siquiera real como individuo, como ser viviente.

Cuestionaba su propia existencia y el amor por sí misma, por los demás. Se aferró a la autoayuda para refugiarse de un mal mayor, creyendo que las maneras radicales y debates internos de problemas obvios con soluciones rebuscadas era la forma adecuada de mejorar la situación que le liaba interna y externamente.

En el cuarto de hotel, sin respuesta del paradero de su padre, se aferraba a un recuerdo y a un ideal tan solo porque su terapeuta invisible, su ayudante inútil le decía que si querías demasiado algo, ese algo aparecería en frente suyo tan sólo si algún poder divino se apiadaba de ella.

Hasta que un día, luego de rendirse casi por completo, hizo la pregunta adecuada a la persona correcta.

—¿Antonio? ¿El amigo del terrateniente?

—Sí, ese mismo. ¿Lo ha visto?

—¿Quién eres tú? preguntó el hombre desde su puerta.

—Soy su hija.

Aquel hombre sin camisa, cuya amabilidad le obligó a asomarse para responder una pregunta a una total extraña, sacudió su cabeza en desapruebo y, caído, con la voz quebrada, habiendo creído por completo la relación de Valeria con aquel hombre que alguna vez conoció, dijo:

—Él murió hace tiempo. ¿Hija? Si recuerdo a una pequeña con él, pero ella también desapareció unos cuantos años antes de su muerte. La verdad, todos la dimos por muerta.

—No lo estaba.

—Él no dijo nada al respecto. Solo dijo que no estaba más con él.

—¿Y no sabe dónde murió? ¿Cómo?

—No, no sé mucho de eso. Sólo sé que murió.

—¿Está seguro?

—¿Parezco no estarlo? Hija, eso es todo lo que sé. Me disculpo si no te sirve de mucho.

—No, está bien. Gracias de todos modos dijo Valeria, desanimada.

Se marchó de aquel lugar sin nada más que la pudiera atar a él. Todo apuntaba a que si ella no había visto a su padre en tanto tiempo, eso era lo que podía haber sucedido. Desanimada, sabía que ya no había motivos para quedarse allí. Ya no formaba parte de ese lugar, ya no tenía excusa alguna para pensar más en ello.

Valeria había cerrado el penúltimo capítulo de su vida, y ahora, sin una motivación real, sin un amor presente y sin alguien que le limpiara las heridas cuando ella no pudiese, se preguntó si alguna vez podría recuperar por lo menos algo de lo que tuvo en el pasado.

Como si el pasado pudiera ser igual.

Durante su viaje se preguntó si las cosas que le estaban sucediendo eran producto de una ley kármica, causado por su forma de comportarse con los demás y con Omar.

Había comenzado a perdonar a un hombre que no era culpable de sus males, a otro que la había dejado irse sin decir adiós, ofreciéndole una vida diferente a costas de su libertad y, por último, al destino.

¿Volver o desaparecer por completo? ¿Quién habría de estar esperándola de todos modos?

LIBRO TRES

A Valeria siempre la representé como a un reloj. Cada engranaje del mismo es una pieza vital para la sincronía; mecánicamente perfecto, completa representación de la puntualidad. De la paciencia, armonía. Lo hacía porque ella cubría cada detalle aprovechando todo. Y trabajando sin descanso.

Las veinticuatro horas del día estaba en completo funcionamiento, demostrando que no solo era una perfecta maquinaria sino también un manojó de determinación.

Los días habían pasado. Ya no pensaba tanto en ella como lo hacía cuando se fue. No la he visto y la verdad no me desespera hacerlo ahora que me acostumbre a esto

Se podría decir que la he superado, que no pienso en ella de la misma forma. Las cosas iban mejorando, ya no me sentía mal por su ausencia, ya no releía el diario de Omar ni me aceraba a la misma vida del pasado, a esa que me acostumbré tanto.

Cambié los muebles de lugar, pinté las paredes de la casa. No había nada que pudiera hacerme sentir igual de vacío que antes. Mi trabajo se había hecho más interesante; regresé a estar atento a él.

Cuando menos me lo esperaba, las cosas mejoraron de manera significativa.

En fin. Todo cambió para bien.

En lo que los días pasaban, me sentía más libre. No había nada que me detuviera de cumplir el resto de mis sueños. Estaba en una edad en la que no importaba lo que hiciera, las cosas saldrían bien si las hacía adecuadamente. Lo tenía todo: dinero, prestigio y el tiempo para divertirme. Sí, eso hacía, divertirme.

El veintiséis de mayo del dos mil diecinueve me habían llamado para invitarme a una premier de una película. No era lo mío, era de Hollywood, yo no pertenecía a ese círculo de personas pero, lo hicieron. Un grupo de amigos formaban parte del elenco y deseaban que estuviese allí. No me lo iba a perder.

Era una reunión normal. Había personas famosas por todos lados. Actores,

productores, directores, camarógrafos. Los que formaban parte de la película y otros que no.

Resultaba ser un evento lujoso, con personas que se conocían mutuamente. Yo me quedaba de un lado aprovechando de los placeres de los que me disponía la reunión. Páspalos, botanas, vinos costosos y champagne que raramente provenía de Francia.

Decidí no ir a la fiesta solo. Pero estábamos distantes. Ella nunca había estado en un lugar lleno de tantas personas famosas y yo no estaba dispuesto a privarla de conocer a sus héroes de la pantalla grande.

La observaba moverse por la multitud como una niña pequeña, jugueteando con las manos de las personas que conocía, sonriéndole a los extraños, llena de felicidad y realizada por completo.

Yo, estaba escondido de las masas bebiendo y comiendo. La vida era buena, no había nada de lo qué preocuparme. Nadie me conocía realmente, no era una figura pública y eso era lo bueno de todo.

Nadie llegaba a saludarme y las personas que me invitaron eran parte del centro de atención así que no llegaban a estar mucho tiempo conmigo antes de que alguien los apartase para conversar o dar alguna exclusiva a las cámaras.

En ese momento, me di cuenta de los periodistas que rodeaban lo largo y ancho del lugar. Hombres y mujeres con un micrófono en la mano, vestidos de la misma forma que los demás invitados pero con un gafete enorme como esos que se usa en los conciertos cuando eres miembro del staff o irás tras vestidores a conocer al cantante. Con libretas en las manos y auriculares con los que se comunicaban con la persona al otro lado de la cámara.

Eran prácticamente invisibles una vez que desviabas tu atención. Y verlos, me hizo recordar de nuevo a Valeria.

Estaba tan concentrado en cada bocado que llevaba a mis labios que lo había ignorado durante horas, hasta que alguien famoso fue captado por las cámaras a unos cuantos pasos de mí.

Estaba conversando de la importancia de la película, esas mismas estupideces que les obligan los productores a decir para vender una producción que solamente ellos saben que podrá ser mala o buena. Dicen que es magnífica, una obra de arte y cuando la película es sacada al público, resulta ser un completo fiasco.

No era el caso de esta, pero, estoy seguro que los obligaban a hablar bien de ella. En fin, la chica que entrevistó a ese actor cuyo nombre no recuerdo, tenía cierto parecido con Valeria. Compartía una semejanza tan agresiva que me hizo creer por un momento que era ella.

Mi corazón se detuvo por unos segundos, para luego comenzar a palpar tan fuerte que lo sentía en la sien y en la garganta. Me trastornó por un buen rato. Mientras hablaba me hizo recordar la entrevista que una vez tuvimos ella y yo. Cómo nos conocimos, lo que pensé al verla.

Por poco había olvidado lo hermosa que era. No significaba que la estaba viendo en persona, pero la imagen de ella almacenada en mis recuerdos se hizo más fuerte, más viva, como si hubiese sucedido días atrás.

Había pasado tiempo desde que las cosas no se sentían igual. Apreté la copa tan fuerte que por un segundo creí que lo rompería. Había dejado de masticar. En el momento que me percaté que no era ella, las secuelas de aquella atroz sensación me controlaban casi por completo. Comencé a marearme.

Como un hombre que sabe que las cosas no pasan a propósito, me consolé pensando que nada de eso era real. Solamente era yo sintiéndome atraído por la idea de volver a verla. A veces me invadía la misma impresión, una que otra, para terminar arruinándome el día.

No significa que la había olvidado, sino que la había dejado de lado, en un punto en el que no accedería porque no conseguiría recompensa alguna. Ella no iba a volver.

Me mantenía alerta a la posibilidad de volver a verme con ella como si fuese, en sí, algo posible hasta que acepté casi por completo que no nos encontrábamos porque ella no lo deseaba. Parte de nuestros problemas se encontraban latentes porque ella suponía una gran importancia en el futuro de nuestra relación.

Sí algo no era de su agrado no se quedaba mucho tiempo entre nosotros. Y así sucesivamente. Ese concepto absurdo de que las cosas pasaban por un motivo la llevó a creer que si ella no quería algo, ese algo no aparecería en frente suyo. Cuan equivocada estaba.

En un principio, estaba tan idiotizado con ella que no había forma en que la contradijera, en que le enseñara la verdad acerca de las cosas que nos obligaban a existir como dos simples organismos dispuestos a reproducirse.

Esa misma forma de ver la vida que me motivó a acercarme al mundo del porno en el que nada importa más que el sexo, el placere y el dinero. Tal vez un poco el arte conceptual pero, cuando las personas cogen no piensan en la complejidad de la Gioconda.

Y no se lo decía, no le instruía y nada que fuese capaz de obligarla a debatir conmigo. Porque me agradaba escucharla e, interrumpirla, significaba arruinarlo todo.

Pero, en medio de toda esa observación de mi propio concepto de esa coincidencia salvaje. Tras aceptar que era inevitable recordarla porque obviamente en un evento publico lleno de tantas figuras estelares y reconocidas debería haber algún periodista, me dejé llevar. Ella era periodista. Dos más dos son cuatro. Las circunstancias se hicieron más y más fútiles.

No había nada en lo que aferrarme en ese momento más que en el bramido de un recuerdo vacío e insignificante de alguien a quien alguna vez amé. Presumí haberla visto en el rostro de otra y eso casi que me hizo convulsionar. ¿Qué quedaba de mi entonces? Pensé. ¿Si ella era tan insignificante, qué sería yo si me siento así por ella? Me dije.

Evidentemente aun me afectaba. Si me hubiese gustado conseguírmela en el interludio de su desaparición y mi situación actual. Habría estado totalmente a gusto con ella sin siquiera pensarlo.

La amaba, claro está. Ahora solo me quedan sus memorias y estoy tan enamorado de estas como muy seguro de que eso es suficiente para aclarar mis dudas y demostrarme que todavía la amo.

La noche poco a poco se comenzó a hacer eterna. Mi acompañante no dejaba de asombrarse por los que formaban parte de esa reunión. Las entrevistas continuaban, parecía que a las televisoras les importaba lo que cada uno de los miembros importantes de esa fiesta tenía que decir. Excluyéndolo a ellos, a los paparazzi y mis incertidumbres, lo que restaba marchaba de maravilla.

Pasó un rato antes de que pudiera olvidar lo que me invadió cuando vi a aquella periodista. Tardé en dejar de pensar al respecto porque a veces ciertas cosas sin mucho grado ontológico componen el cien por ciento de mis facultades contemplativas. Más si se trata de Valeria.

La hora de irme se acercaba. Ya había hecho el favor de asistir y había

probado los mangares que se habían costado las productoras para alimentar a sus borregos estelares y a sus amigos. Nada me ataba a ese lugar.

—Karen, creo que ya es hora de irnos dije a mi acompañante tras acercarme a ella por detrás.

—Pero tío... quiso decir, pero ralmente no pasó del «pero»

—¿Por qué no te quedas un poco más, Roberto?

Aquella voz retumbó en mi tímpano de forma agresiva. La vibración era similar a algo que había escuchado por tanto y mucho tiempo atrás. No estaba preparado para ello, no me lo esperaba en lo más mínimo.

La misma sensación que me dominó cuando dijo mi nombre las primeras veces que conversamos, en ese tono de voz seductor, amable; con la simple intención de llamarme por este, me asaltó en ese instante.

Karen se quedó viendo hacía arriba. Eso me hizo pensar «maldición, es más alta que ella». Valeria era más alta que mi sobrina, lo sé, no hay nada de ella que no recuerde.

Respiré profundo, dejé caer los hombros y me giré.

—Valeria dije, totalmente seguro de que era ella.

—Roberto. Tiempo sin verte.

—Lo mismo digo.

Valeria bajó su mirada y observo a Karen. La escrutó con severidad, como si estuviese observando a alguien que acababa de ocupar su puesto.

Luego de pasar la parte contemplativa, sonrió y le extendió la mano para presentarse con amabilidad.

—Hola, mi nombre es Valeria.

Karen le devolvió el gesto con una sonrisa y respondió con inocencia, indiferente de lo que estaba pasando:

—Mucho gusto, mi nombre es Karen.

Valeria estuvo a punto de hacer eso mismo que hacía con todos los demás que siempre conocía: entrevistarlos. Quería saber quién era, qué hacía conmigo, cuál era nuestra relación.

De inmediato noté su intención y procedí a apartarla.

—Discúlpame un momento, Karen, ya vengo.

—Está bien dijo, sin ningún problema.

Cogí a Valeria por la cintura y me la llevé a un lado en donde no hubiese mucha gente. Ella me siguió tranquilamente, se notaba satisfecha. Parecía que le había gustado el hecho de que la aparte de mi actual cita.

En lo que nos detuvimos y nos observamos fijamente a los ojos, habló con puntualidad:

—Es hermosa.

—Sí, lo sé.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

En ese momento mi intención era decirle que no era nada de lo que creía. Que era mi sobrina, que no había salido con nadie más desde que ella se fue, pero, me lo reservé. Me pareció interesante ver hacía donde iría la conversación. El reencuentro.

—Lo suficiente.

—Ya veo se notaba un poco decepcionada, como si esperase otra cosa , y, ¿cómo has estado?

—Bien, supongo. No me quejo, estoy feliz, creo.

—Me alegra. Me alegra que estés feliz.

—¿Y tú?

—También. He hecho una que otra cosa, pero nada importante.

—¿Cómo te trata la viudez?

Valeria se sorprendió ante mis palabras. No se lo esperaba, era evidente. Supuse que no sabía nada al respecto, es decir ¿quién se lo iba a decir?

Su rostro se pintó de un claro oscuro, un gris sutil que le apagó la mirada y le borró la media sonrisa de amabilidad que había sido dibujada en su rostro minutos atrás. Dejó caer sus hombros, figurativa y literalmente. Por un instante puede que me haya sentido mal.

Tal vez, en ese momento, mi expresión facial, mis gestos o mi tono de voz

tergiversaron por completo lo que quería, en realidad, transmitir. Deseaba saber algo de ella, aparte de hacerle entender el nivel de indiferencia que tenía al respecto o la forma en que había aceptado esa parte de su vida hace tiempo ya.

Pero, la pregunta atacó el nervio equivocado y de alguna forma hizo que se arrepintiera de lo que había hecho.

En una ocasión diferente habría hecho lo posible para acomodarlo todo, pero, deseaba saber cómo se desarrollarían los eventos que la involucraban a ella. Ya de por sí estaba todavía sorprendido por el hecho de encontrármela en ese lugar.

—¿Tú? ¿Cómo?

—Omar me dijo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? aún más confundida.

—Luego de morir.

Valeria cambió aquella mirada confusa que había invadido su expresión facial, por una diferente una de: ¿en serio? Como si quisiera demostrarme que todo lo que pudiera decir después de eso solos serviría de evidencia que soy un idiota.

Tal vez no lo dije como debía. Pero era la verdad ¿qué podía hacer?

—Me dejó un diario comencé a explicar en el que me contó todo lo que pudo para revelarme aquello que no sabía de ti, de los dos.

—¿Qué te dijo en él?

—No mucho. Lo único que consideré útil fue el porqué se casaron y que estaban casados. Sólo eso.

—Es una larga historia. Lo has resumido un poco ¿no? dijo inexpresivamente.

—Lo sé.

—¿La conoces de todos los ángulos?

—Un poco. ¿Es importante siquiera tenerla en cuenta ahora?

—Lo es. Es mi pasado.

—Y tú eres mi pasado. Y aun no estoy convencido de que debías irte pero aun

así lo intenté superar. Que te hayas ido ya no es algo digno de tomar en cuenta ahora.

—¿Lo superaste?

—¿Me ves derrotado?

—No.

—Esas son buenas noticias.

Fue un intercambio sencillo de palabras. Nos miramos fijamente a los ojos como si no estuviésemos atentos a más nada o siquiera dispuestos a permitirnos observar cualquier otra cosa, hacer cualquier otro gesto. Estamos inmersos el uno en el otro. Una sensación familiar que no pude dejar pasar.

—Quisiera explicártelo desde mi punto de vista dijo Valeria.

—No te preocupes. No hay nada que necesites aclarar.

—Debo disculparme, intentar arreglar las cosas.

—¿No te dije que el que te hayas ido ya no importa?

Valeria no esperó que terminase de hablar para desviar su mirada a mi espalda. Al parecer había visto a Karen acercarse a nosotros. En su rostro se pudo ver el sentido de fracaso que le invadió, tal vez por la confusión, tal vez por creer que nada era posible. Pero las cosas fueron explicadas por sí solas.

—Tío, ¿no nos íbamos?

—¿Tío? preguntó Valeria, observándola confundida para luego observarme a mí.

—Bueno, sí. Karen es mi sobrina.

—¿Sobrina? ¿No es qué...?

—Sí, sí. Ya sé. Pero no dije antes de que terminara de decir lo obvio como no me preguntaste y solo asumiste, lo dejé pasar.

—¿De qué están hablando? preguntó Karen.

—De nada, enana. Espérame por allá. En un momento voy.

—Pero... dijo Karen con hastío.

—Ya dije respondí con severidad . Espérame.

Valeria estaba observándonos con una mirada llena de intriga que no dejaba de parecerme evidente. Estaba callada, pero contemplaba de tal forma que sentía sus ojos como un manto pesado sobre mi cuerpo.

Karen se retiró resignada y Valeria preguntó casi de inmediato, en lo que notó que ya no estaba lo suficientemente cerca para ser más precisa con sus palabras.

—¿Sobrina? ¿En serio? Estuve a punto de llorar porque...

En ese momento dejé escapar una sonrisa, romper el dialogo con un simple gesto. No estaba reprochándole nada.

El interludio entre nuestra relación y ese instante me demostró que la verdad no debía juzgarla severamente, siquiera darle importancia. Era una mujer libre, siempre la vi como tal. Ella tenía sus motivos, así como yo los míos si tal hubiese sido el caso.

—¿De qué te estás riendo? dijo, interrumpida por mis labios.

—De nada. Solamente que no me dejaste hablar y entonces, te guiaste por ello y yo nada más quería ver como todo se desenvolvía.

—Entonces, no estás saliendo con nadie ¿o sí?

—No, no lo hago. No lo he hecho en los últimos dos años de tu ausencia.

—Yo...

—Sí, veo que tú tampoco.

—No he dicho nada.

—Pero lo sé.

—¿Aún crees que me conoces?

—Ya no me importa mucho si lo hago o no.

—¿Estás intentando comportarte como un hombre genial?

—¿No lo soy? pregunté con una sonrisa en el rostro.

Valeria descansó sus hombros. El momento de tensión había pasado ya. Supuse que sintió que las cosas no eran como creía que serían. ¿Algo malo? ¿No? Tal vez, no sé. El caso era que de algún modo u otro, estaba más tranquila y se le notaba.

—Creí que estabas con ella...

—No. Para nada.

—Entonces, ¿es verdad que no has estado con nadie más?

—Cien por ciento.

—¿No me estás mintiendo?

—¿Qué caso tiene hacerlo?

—Los eventos se han desenvuelto de una forma extraña.

—No mucho. Desde que te fuiste solo he estado intentando comprender lo que sucedió. Fue repentino, más o menos dije . El diario de Omar me ayudó un poco con la transición, estaba seguro que no me amabas y que por eso te habías ido. Me sentía el centro de todo ese diagrama para luego percatarme que las cosas no eran realmente así.

—¿Y aún crees que no te amo?

—No lo discuto, tampoco lo sé. Me gustaría averiguarlo. Lo importante era saber si lo habías hecho alguna vez y ahí fue en donde Omar me ayudó.

—Sí.

—Lo trataste muy mal. No se lo merecía acoté.

—Sí, ahora lo veo.

—No sirve de mucho. Pero si te consuela, es mejor que sepas que no te guardó rencor alguno.

Le levanté la mano a uno de los mesoneros que estaban cerca de las copas de vino en señal de que se acercase a nosotros con una o dos. En unos pocos segundos ya lo tenía cerca y la tomé. Valeria seguía hablándome, tratando de disculparse con Omar a través de mí, como si de algo sirviera.

—Yo digo que no importa, que te tranquilices.

—Pero, siento que por mi culpa tuvo una vida miserable.

—Su vida no fue miserable, estuvo contigo, compartió, eso es lo que importa, eso es lo que le importaba a él.

Me tomé una de las cosas que cogí, de un solo trago, antes de ofrecerle a ella la suya. La aceptó cordialmente, mirando al vacío, contemplando su

incertidumbre, su lucha personal.

—Y tú ¿qué has hecho?

—Estuve en Suramérica por un tiempo.

—¿Regresando a tus orígenes?

—Algo así. Estaba intentando hacer algo.

—Sí. No creo que fueras por mero capricho. Algo debías haber hecho y, supongo que era importante.

—Lo era.

Me sentía como un idiota. Quería poder conversar con ella con naturalidad, no con esa sensación que te invade en el pecho cuando intentas ser bueno en algo que sabes que no dominas en lo más mínimo.

Estuve buscando alguna forma de hacer las cosas adecuadamente, de hablarle como un amigo, como alguien que podría llegar a ser algo con ella de nuevo. ¿Era esa mi intención realmente? ¿En verdad deseaba hacer de ella de nuevo mi pareja?

No me importaba mucho lo que eso significase. Ya estaba ahí. No iba a desperdiciar ese momento, intentando entender qué debería hacer. No viviría con el temor de haberme dado cuenta que pude hacer algo y no lo hice. Ella estaba ahí, y, si dependía de mí, no la dejaría irse de nuevo. No en ese momento.

—Valeria dije, cambiando el tono de voz y mi postura.

Ella lo notó, se enderezó de igual forma como si estuviese preparándose para algo contundente. Estaba seguro que ella entendía la fragilidad de la situación.

—No te culpo por irte. Estuve mucho tiempo diciendo que las cosas que sucedieron seguro eran porque estabas comportándote como una persona inmadura. Y, la verdad no sé si eso siquiera es verdad.

Inspiré profundamente y la observe a los ojos.

—Te mentiría si te digo que no te amo, que no siento nada por ti. Es, incluso, sorprendente cómo tu ausencia hizo de mí alguien completamente dependiente de tu presencia. Hasta hoy no me había percatado de lo mucho que me hacías falta porque me consolé diciendo que lo hacías porque lo quisiste así y yo no podía oponerme a tus deseos.

—Pero yo no estaba siendo egoísta. Solamente no creía que fueras a sentir algo real por mí.

—¿Alguna vez te dijiste eso para dormir de noche en paz?

—No era necesario. He vivido con la idea de que estabas conmigo simplemente porque te hacía sentir bien. Porque estabas vacío y necesitabas a alguien que llenase ese orificio en tu corazón.

—Puede ser. Digamos que es eso. No estaba vacío, no en sí. Estaba aburrido, cansado, agotado de una vida que no me confería cierta felicidad. ¿Quieres sentarte? le pregunté de improviso.

—Me gustaría.

La acompañe a una de las sillas que estaban a un costado de la fiesta. Karen nos vio movernos a lo lejos. Pude notar que intentó buscar alguna explicación de mi repentino deseo de quedarme, a lo que le respondí con un gesto de mi mano: «sigue con lo tuyo» dije moviendo los labios.

No sabía si me había entendido, pero se dispuso a continuar cazando celebridades por la fiesta. Creo que entendió el mensaje.

Nos sentamos y continuó nuestra conversación.

—Estaba seguro que te habías ido porque no me amabas. Que solamente habías jugado conmigo agregué.

—Todos creen eso, todo el tiempo. Por eso no creí que fuera diferente contigo.

—Pero no me aferré al hecho de que te hubieses marchado. No estaba convencido por completo de que no me quisieras porque lo que había sentido estando contigo era real. No me importaba que me dijese las circunstancias.

—Me enamoré de ti. Tanto que no creí que fuese real.

—No lo dudo.

—Sí, por favor no lo hagas hizo un silencio breve. Tomó una bocanada de aire y agregó: y la verdad, nunca creí que fueses igual a los demás. Contigo todo era diferente.

—¿Qué tanto?

—Contigo las cosas me eran interesantes. Me encantaba hablar contigo. Que me escuchases. Tu atención era sagrada para mi, aun lo es. Sería mentira decir

que nadie me ha escuchado jamás con atención; Omar, alguno que otro amante. Pero, no era solamente lo que ellos me ofrecían sino cómo yo me sentía con eso. Y tú me completabas.

Ella me encataba demasiado. Cada noche, a punto de dormir, me recostaba renovado sobre un puñado de almohadas para contemplar la vida, el futuro a su lado. Ella me importaba lo suficiente como para dejar pasar cualquier ofensa.

No deseaba que nuestra relación se acabase, no en ese momento, no en ese «ahora». Creía que sería eterno y, mientras estaba acostado, así quería que fuese. La amaba con mucho más que mi instinto por reproducirme.

Un hedonismo que me poseía casi por completo y esas reacciones químicas que no controlaba; a pesar de ser esa parte de mí que no podía manejar, esa zona súper diafragmática, sentía que era la sensación correcta, que no debía reprimirla porque me encantaba tanto como ella, porque solamente la quería compartir con Valeria.

Y no podía dejar de imprimir en ella una superioridad astral, algo que la elevaba por encima de cualquier concepto, de cualquier teología. Ella era divina en su propio contexto. Me fascinaba.

Su sonrisa se fue dibujando en un rostro angelical que extrañaba tanto como su presencia. Estábamos a gusto, de nuevo en donde habíamos dejado lo nuestro. No había forma en la que eso se pudiera arruinar, no mientras yo manejase todas las variables posibles. Las probabilidades estaban sobre la mesa y solo faltaba que nosotros estuviésemos dispuestos a darle cuerda a lo puesto en pausa.

Tratamos de bromear. Las cosas transcurrieron con calma entre los dos. Le expliqué el deseo reprimido de volver a verla y ella no se quedó tranquila hasta que me explicó su ausencia. No estaba seguro si era algo que necesitaba hacer sola, pero no le quise reprochar absolutamente nada.

El hacerlo, el intentar siquiera contradecirla, discutir con ella al respecto, habría arruinado todo porque, si lo que quería era que las cosas funcionaran entonces no podía aferrarme a algo ya sucedido. El pasado no se acomoda, el futuro no existe y el presente es lo único que marca la diferencia entre todo lo demás.

Justo en el medio es en donde me encuentro, en donde estoy seguro que sigo

vivo. Es ahí en donde quiero quedarme mientras ella esté conmigo. Le dije lo que sentía por ella, ella me dijo lo que sentía por mí.

Estábamos en sintonía de nuevo, conversando de cosas que nos fascinaban. Sería estúpido decir que a nuestra edad habíamos madurado. Solamente cambiamos los parámetros de nuestra percepción de los sucesos.

Llevábamos una hora hablando, poniéndonos en corriente. Varias copas, varias botanas. Estábamos sumergidos completamente en lo nuestro.

—No esperaba verte aquí agregó luego de una larga platica , ni tomando en cuenta la más remota posibilidad.

—Las probabilidades hablaron por sí solas.

—Es decir. ¿Qué haces aquí?

—Conozco a algunos actores.

—¿Actores porno?

—No, amigos de años. Mi mundo no gira solamente en torno al sexo.

—Eso no es lo que recuerdo me sonrió con una sonrisa traviesa.

—Lo sé, lo sé. Pero sabes a qué me refiero.

—Sí. Y tú, esperabas verme aquí.

—De hecho, creí haberte visto.

—Ah, ¿sí?! dijo expresamente.

—Sí, había una chica periodista que se parecía mucho a ti. Me dejó estúpido por unos segundos.

—Vaya.

—Sí.

—Pero yo no estoy aquí como periodista.

—¿Entonces cómo?

—¿Omar no te dijo?

—Omar no me dijo muchas cosas. Ahora lo considero mi amigo, después de muerto, gracias a unas cuantas palabras escritas en un cuaderno. Pero no hablamos mucho en vida y tú lo sabes.

—Sí, bueno. Omar era asquerosamente millonario, entre mucha de las cosas que llegó a tener y a financiar, cierta productora fue una de esas.

—Entiendo.

—Me heredó toda su fortuna.

—Es comprensible.

—Lo sé.

Valeria se llevó la copa a la boca, sorbió y agregó:

—Entonces, esa productora es la que financió todo esto.

Quebré en risas.

—¿Qué pasó? dijo ella confundida.

—Que ahora ambos somos productores.

—Sí, lo pensé cuando financié esta película.

—Vaya. Y yo que estaba hablando mal de ti.

—Supongo que tuviste bastante tiempo para hacer eso en el pasado.

—No tanto. De saber que era tuyo, lo habría pensado mejor.

Karen se acercó a nosotros tratando de hacerse notar. Parecía aburrida. Intenté averiguar por qué.

—¿No nos íbamos?

—Creí que te querías quedar.

Karen vio a Valeria y luego a mí con una mirada penetrante.

—Dudo mucho que haya sido por mí.

Pude notar que estaba irritada por algo.

—¿Qué pasó? ¿No te estás divirtiendo?

—Sí, pero quien quería ver se fue ya.

—¿El protagonista?

—Sí. Ese mismo. Lo estuve intentando acercarme a él toda la noche pero no lo logré y ahora se fue con esa esposa plástica suya.

—Yo lo conozco dijo Valeria.

Karen cambió por completo su expresión. Se le iluminaron los ojos, pero de pronto, se dejó golpear por una sutil realidad:

—¿Y por qué lo conoces?

—Porque por lo pronto, trabaja para mí.

Regresó a ella esa misma sensación de felicidad que tenía unos segundos atrás.

—¿En serio?! ¿Puedes presentármelo? ¿Podría cenar con él? ¿No sabes si ama a su mujer?

—Ey, ey. Déjala tranquila.

—Pero es que.

—¿Qué? pregunté como una figura de autoridad.

—Quiero verlo.

—Yo te lo puedo presentar respondió Valeria con un tono de voz encantador y amistoso. Le parecía gracioso la desesperación de Karen.

—¿En serio?

—Sí, sí. Sí puede, pero por ahora, espérame allá cerca de la puerta que nos vamos. ¿Sí? Anda, vete.

Complacida, asintió con la cabeza y se alejó llena de vida.

—Disculpa eso. No te molestes en hacer nada. Es intensa si se lo propone.

—No te preocupes, cualquier persona que aprecies, es digna de mi aprecio a la misma medida en que tú lo hagas.

Yo me quedé viéndola en silencio. Quería acercarme a ella, robarle un beso, hacer de nuevo esos labios míos pero esa parte de mi cerebro que se encargaba de actuar como intuición al codificar situaciones semejantes de las cuales ya entiendo los resultados, me decía que no podía hacerlo, que debía esperar. Pero, lo necesitaba.

Lo mejor que pude hacer fue hablar para reprimir ese deseo.

—Yo siento un gran aprecio por mí mismo. Es algo que no se puede medir, algo que supera mi existencia.

—Entonces...

Entendió ella mis palabras.

—Eso quiere decir que soy digno.

—Y por lo tanto, debo hacerlo a la misma medida que tú continuó.

De nuevo, como el resto de la noche, en los momentos en que nos quedábamos en silencio porque ese sentimiento tan familiar que acostumbrábamos a sentir en el pasado, se apoderaba de nosotros, nos observamos directamente a los ojos. De nuevo, quise hacerla mía, tenerla todo el día a mi lado.

No creo en el destino ni en la confusión de la relación de causa y efecto que nos obliga malinterpretar las cosas. Pero, ignorar a Valeria era ignorar mi propia existencia. Y no podía hacerlo por más tiempo. El futuro se veía prometedor.

Y ella agregó:

—Dicho eso, deseo demostrarte lo mucho que te amo.

Título 6

Química

Amor, Sexo y Matrimonio de Conveniencia

1

Era la tercera vez que se levantaba de su asiento para ir a la cocina y abrir la nevera. Sabía que no disponía de los recursos necesarios para tener un refrigerador abastecido de alimentos, que no encontraría nada nuevo allí sin importar cuánto lo observase, pero continuaba levantándose.

Observaba el mismo envase de yogurt abierto a medio comer, el recipiente en donde guardaba el agua «potable» para tenerla fría; dos huevos que estaba ahorrándose para el desayuno de algún día y un envoltorio de golosina que le daba tedio a sabiendas de que era su obligación desecharlo.

De lleno, regresó a su puesto para continuar con el repaso de las clases que había visto a lo largo del mes, debía presentar un examen en los próximos días. Nada parecía ir como él lo esperaba.

Mientras intentaba leer las guías que había acumulado (un sinfín de hojas fotocopiadas del cuaderno de otros estudiantes, de los apuntes del profesor, de hojas de libros), contemplaba la posibilidad de abandonar la carrera por trigésima vez. No la misma, pero sí una con la que compartía el mismo nivel de interés que con las otras tres: ninguno.

Sus padres habían dejado en claro lo importante que era la educación, algo en lo que no podía dejar de pensar. A sus veinticuatro años de edad aun no conseguía independizarse adecuadamente.

Se levantó una cuarta vez a revisar de nuevo la nevera. Suspiró con tristeza al notar que no podía tener todo lo que quería. Recordó el momento en que su padre le dijo que no le daría más ayuda financiera hasta que no demostrara

estar realmente interesado en su futuro. Se sentó de nuevo, sin poder utilizar el internet de su computadora porque no le habían pagado la renta básica del mes. Estaba en una posición incómoda en la que él mismo se había puesto.

«Podría ser peor» se dijo. Pensaba en la situación, en las cosas que lo enredaban más y más en una interminable tertulia, en un sinfín de eventos que él mismo se condenaba a vivir. La irresponsabilidad, la falta de respeto por sus propias prioridades. No se ocupaba de nada y no pensaba ocuparse de nadie. Su madre le prometió una ayuda siempre y cuando se mantuviese en la carrera que había elegido. No importaba en cual, no importaba como; lo que importaba es que hiciera algo con su tiempo.

Ninguno de los dos aceptaba que su hijo estuviese tanto tiempo sin hacer nada. No entendían su falta de interés, ni su pérdida de ánimos. La señora Mazzilli deseaba lo mejor para su pequeño. El señor, no dejaría que perdiese el rumbo. Estaban tomando las medidas más drásticas posibles para hacerlo entrar en razón.

No olvidaba ese momento en que dio su brazo a torcer ante las exigencias de sus padres de estudiar cualquier cosa y terminarla como era debido.

El teléfono de la casa Mazzilli sonó. La señora estaba sentada al lado, leyendo una novela que tenía perdida por su biblioteca.

—¿Hola? ¿Madre? ¿Cómo estás? preguntó Adán con la voz un tanto temblorosa.

La señora Mazzilli no podía evitar pensar que la llamada de su hijo no era nada normal. Difícilmente llamaba para saber de ella sin tener, por lo menos, la intención de pedirle algo a cambio. ¿A cambio de qué? Solía preguntarse □ a cambio de una muestra de afecto, cosa que no estaba acostumbrada a recibir de él.

—Adán, mi pequeño. Estoy bien. Gracias por preguntar.

—Me alegro. Es bueno que estés bien. Y, papá ¿Cómo está?

—Está bien, trabajando, como siempre.

—Aun no quiere hablar conmigo dijo, más como una afirmación que como una pregunta. Él lo sabía muy bien.

—No, hijo. Todavía no habla siquiera de ti conmigo.

Adán no ignoraba por qué su padre se comportaba de esa forma. Ya era la segunda vez que renunciaba a una carrera. No lograba hacerlo feliz ni mucho menos ser feliz por su cuenta. Su padre le había dicho que necesitaba de él para salir adelante, pero que este no hacía nada útil para lograrlo ni ayudarlo a patentar el éxito.

Por un tiempo se sintió mal. Pero no le importó lo suficiente. Prefería estar en paz y dejarlo pasar.

—Lo entiendo. Quisiera que me hablase.

—Ya sabes qué debes hacer para que lo haga.

—Pero mamá, no quiero estudiar. Eso no es lo mío.

—Lo sé, querido, pero debes hacerlo si quieres conseguir algo en esta vida.

—Pero madre, hay personas que ganan más que yo con tan sólo hacer videos en internet.

Su madre tragó saliva y soltó los lentes para leer que se resbalaban por su nariz. Respiró profundo. De nuevo, su pequeño empezaría a hablar de las cosas que todos pueden hacer. De esas maravillas que muchos logran y él no.

—Y estoy seguro que si tengo los medios necesarios, podré conseguir dinero de otra forma agregó Adán solo necesito un poco de ayuda madre.

En ese momento entendió a qué se debía la llamada.

—No, Adán. No dijo con firmeza.

—Pero madre...

—No. Ya te dijimos que no te íbamos a ayudar más con tus planes de hacerte millonario.

—Pero mamá, ya somos millonarios exclamó Adán frustrado.

—No, hijo. Nosotros aclaró la madre, tu padre y yo somos millonarios. Trabajamos gran parte de nuestra vida para estar en donde estamos, salimos de la nada para llegar lejos. Incluso ahora seguimos trabajando duro.

—Pero mamá, es injusto.

—No, Adán. No lo es. Te dimos lo que pudimos hasta que tuviste la edad necesaria para trabajar.

—Mamá, no empieces.

Sus padres eran personas de éxito. Por mucho tiempo estuvo de acuerdo con su idea de que el éxito se logra únicamente trabajando con esfuerzo... hasta que lo obligaron a esforzarse para conseguirlo. No esperaba que tuviese que empezar desde cero, muy a pesar de que ellos se lo habían advertido muchas veces.

Cada vez que intentaba doblegar a su madre para que le prestara dinero, se humillaba a sí mismo y perdía las ganas de salir adelante.

—Pero...

—Pero nada, Adán interrumpió su madre, con un tono de voz severo y puntual. Por favor, no me llames si me vas a pedir algo. Realmente aprecio escucharte y te quiero con todo mi corazón, pero no voy a permitir que quieras aprovecharte de mí. Así que, si deseas que te ayudemos, estudia, busca una profesión, cualquiera y llámame cuando en verdad quieras saber de mí. Te amo hijo, hasta entonces.

Su madre colgó la llamada sin más que decir. Adán no tuvo de otra que aceptar que debía hacer lo que ellos querían para salir adelante.

Resignado, se levantó por quinta vez de su asiento, pero esta vez para ir a su recámara, que estaba a unos cuantos pasos de la mesa del comedor (el punto exacto en donde había mejor iluminación).

Aquel piso no resultaba muy espacioso, no podía costearse algo mejor con lo que sus padres le daban al mes. Eso, sumado al hecho de que no podía quejarse. El sueño era lo último que le quedaba, lo único a lo que podía aferrarse para poder ser feliz. Su único deseo en ese momento: querer estar en paz.

Se acostó pensando en el mañana, no en el día siguiente, su futuro inmediato, sino en aquel que le afectaría de tal forma que no habría modo de regresar, de resolver las cosas. Resaltaba lo evidente, trataba de imaginarse un mundo en donde todo le hubiese salido bien a la primera, en donde sus padres no lo obligaran a hacer nada, en donde pudiese hacer lo que más le gustaba...

Entre todo eso, con mucho pesar y lleno de agonía, repasaba parte de la información que había estudiado en las últimas horas, algo que se había quedado tatuado en su memoria como si fuese un mal encantamiento, que, incluso, con todas las horas que le había dedicado, siquiera podía definirlo

con exactitud, lo que anunciaba que no podría aprobar aquel examen:

«Electro química, transferencia de la energía eléctrica y la energía química [...] las reacciones redox se producen de la transferencia de energía, dicha energía liberada en esta reacción se transforma en electricidad...» Se repetía de tal modo que las palabras parecían dichas por otras personas □ . Eran voces que lo atormentaban minuto tras minuto; su único consuelo era quedarse dormido.

A la mañana siguiente se levantó para sumergirse en aquel proceso al que se le llama: vida cotidiana. Se colocó unos pantalones (no muy sucios ni recientemente lavados) una franela que no se había puesto en meses, la cual aún estaba amontonada en una esquina de su gaveta; se ató las agujetas de sus zapatillas y salió a la calle con la esperanza de poder conseguir un café a buen precio.

A pesar de que siempre iba al mismo lugar a comprar el mismo café, siempre, al mismo precio, incluso teniendo la cantidad de dinero en el bolsillo para costearse exactamente la misma bebida que había aprendido a amar a causa de su falta de dinero y sin importar que solo postergaba lo inevitable, se aventuraba en diferentes tiendas con la esperanza de conseguir uno más económico.

Caminó por las calles de la ciudad, esquivando a los demás ciudadanos que sí tenían algo importante que hacer con su vida, cosa que le motivaban a pensar, a cuestionarse la situación y, tras un exhaustivo análisis, los terminaba odiando a todos: «desgraciadas ovejas. Haciendo lo mismo todo el tiempo. No cambian, no mejoran. Siempre...» Otra persona lo tropezó en ese momento.

Adán se quedó viéndolo, queriendo decirle algo, arremeterlo con algún discurso corto y agresivo que demostrara su disgusto, pero, no hizo nada. Aquel individuo siguió caminando. No se daba cuenta que en parte era su culpa, que no estaba caminando a la misma velocidad que el tránsito de personas apresuradas, que esperaba estar en calma a la hora en que todo era un caos y que estaba distraído.

Respiró profundo y continuó con su crítica mental: «...siempre apresurados, ignorando su entorno».

Recorrió diferentes calles para saber si conseguiría el lugar adecuado, pero, los precios no fluctuaban demasiado, no se sentía la diferencia entre lo que

podrían ofrecerle un montón de desconocidos a lo que él podría conseguir en su lugar de costumbre.

No habiendo logrado mucho, se dirigió al mismo lugar en donde lo compraba siempre. Contemplando mentalmente que había invertido más de una hora en aquella infructífera búsqueda, con el entorno un poco más calmado (todos habían entrado a sus respectivos trabajos) él, al igual que otros individuos que no tenían un horario que cumplir, caminaba por las calles despreocupadas.

Todo se podía detallar mejor, la acera sutilmente mojada por el rocío de la suave lluvia que había permeado los límites de la ciudad minutos atrás. El sonar de los platos en los restaurantes cayendo dentro del fregador dispuestos a ser lavados.

Las conversaciones de aquellos viajeros que se sentaban en el exterior de los cafés con el fin de apreciar una ciudad que para el ciudadano no es más que la misma de siempre. Adán, entre la contemplación de lo externo y su desdicha, se desplazaba con descuido por la calle. No dejaba de pensar en sus problemas, ni siquiera en ese momento.

Se movía con encanto y brusquedad, colocando un pie en frente del otro como si más nada importase, a pesar de saber que a algo debía darle importancia. Ignoraba por voluntad su oficio, sus obligaciones como estudiante, como hijo, como ciudadano responsable. No le importaba otra cosa que no fuese aquello que estaba haciendo en aquel instante.

Por fin llegó hasta la cafetería, dispuesto a adquirir su bebida con el poco dinero que disponía. Hizo la línea obligatoria para pedir mientras que observaba a la única cajera recibir los pedidos. Cada segundo enervaba más su cuerpo. Detestaba esperar, detestaba tener que hacer aquello una y otra vez como si no tuviese opción alguna, por qué no la tenía.

Entre pensamientos y críticas, su mirada se fue posando lentamente, casi por reflejo, sin siquiera pensarlo, en una chica que acababa de comprar su café. No pensó en nada. El brillo de su chaqueta atrajo su atención como los colores vivos al sol en una montaña cubierta por el hielo.

Parpadeaba milésima de segundo tras milésima de segundo con completa lentitud, dejando que su pupila se dilatase tratando de adaptarse a la luz de su entorno. Y, en ese segundo, en ese instante en que la observó tomar su pedido y darse la vuelta para salir del local, aquella chica exclamó:

—¡Maldita sea!

El café que acababa de comprar se esparció como una explosión en su camisa blanca, en su rostro, en el suelo, en las ropas de quien la embistió, arruinando por completo su vestimenta y su entusiasmo.

—¡Mira por donde caminas! ¡Desgraciado! agregó la chica, completamente enfurecida.

—Disculpa, preciosa. No fue mi intención dijo, el victimario, completamente arrepentido.

—¡¿Preciosa?! exclamó llena de ira. Le parecía inaudito que le dijera así luego de haberle cagado la ropa ¡Qué demonios te pasa! Ahora págame mi maldito café.

Una carcajada fue formándose en su garganta, picándole, un impulso que nació en él, idéntico a aquel que le obligó a seguirla con la mirada, deseaba controlarlo, se privaba de la necesidad de expresarlo. En ese momento, escuchó una fina voz reproducir la onomatopeya que él estaba reprimiendo.

De inmediato giró en la dirección en la que se generaba aquella hermosa melodía. Era una mujer, una hermosa mujer. Agradable, simpática. No le importaba por qué se reía (a pesar de saber que era por la misma razón que él iba a hacerlo), no era su problema, pero le encantaba escucharla. Sintió que podría hacerlo durante horas sin agobiarse en lo más mínimo.

Unos se dispusieron a verla. Aquella chica estaba haciendo lo que algunos querían y otros no. La mujer empapada en café se disgustó más e intentó responder furiosa a su carcajada

—¿De qué demonios te ríes, maldita estúpida? exclamó la mujer herida por la humillación y mojada por el café.

—De ti respondió la chica mientras se levantaba de su asiento.

El hombre con quién había tropezado estaba tratando de acomodar la situación, ofreciéndole otra bebida, algo para que no se molestase.

Eva, la chica que se reía, estaba dejando el local, satisfecha. Ya había consumido lo que fue a consumir y aquella escena le hizo el día. Adán la siguió con la mirada hasta que se perdió entre la gente y salió por la puerta que daba a la calle. Era la primera vez que la veía y no esperaba hacerlo más.

Eva estaba dispuesta a continuar con su día. Se dirigió a una de las esquinas de la acera y esperó que le llegase su turno de cruzar la calle. Con el panecillo que tenía en la mano (dentro de una bolsa de papel) que había guardado para más tarde, se desplazaba alegre y sin preocupación. Las horas se hacían más cortas para alguien que vivía cada minuto con entusiasmo, empero, eran suficientes para disfrutarlas al máximo.

Aquella mañana se había despertado más tranquila de lo normal. No tenía ningún tipo de problema, no estaba preocupada por nada y el trabajo le daba igual. Estaba en ese momento de su vida en el que muchos piensan que estarán a los veinticinco años: independizada, económicamente estable, cómoda y con una vida por delante; Eva Acosta tenía todo resuelto. Todo lo que tenía se lo había ganado con trabajo duro.

Se despertaba con el aroma de un nuevo día lleno de posibilidades, con el sonido de la calle penetrando su ventana con una sinfonía que esperaba escuchar cuando era niña y que disfrutaba cada cuanto sonaba. Sin preocupaciones, se levantó de su cama, introdujo sus pies en sus pantuflas y caminó hasta su baño en donde le esperaba una bañera que le había costado dos meses de trabajo.

Cada cosa en aquella casa había sido el fruto de su esfuerzo. La pantalla plana que estaba en frente de su cama, sutilmente curvada que permitía al espectador sumergirse más en la escena que se reprodujeran en ella. Una habitación que quedaba en una de las esquinas de una casa con concepto abierto. Todo parecía formar parte de una sola idea, una que se había concebido desde pequeña.

La cocina con aspecto de servicio profesional, empotrada, con un gran horno, con una gran nevera. La sala amoblada de color blanco que ampliaba más el lugar gracias a un estilo moderno y coqueto. Todo, desde el suelo hasta el techo, desde la esquina norte hasta la esquina sur, este y oeste de aquella morada, era el resultado de su esfuerzo y eso le encantaba.

Valoraba todo lo que tenía y lo tenía porque se dispuso a conseguirlo.

—¡Apunta al éxito! dijo una vez su padre.

Ella se tomó aquellas palabras en serio y las hizo su lema. Abrió el grifo, el del agua caliente y fría, tratando de conseguir la temperatura adecuada. Estaba a tres horas de su entrada al trabajo, por lo que se tomaría su tiempo como lo

hacía cada mañana.

Eva lo tenía todo: belleza, tiempo, dinero, libertad, éxito; y eso era lo que más gustaba de ella. Nadie había logrado hacerse con aquella mujer, nadie se había emparejado con ella ni la habían hecho enamorar; era soltera, sexy y atrevida. Una chica de tez blanca, cabello castaño y un par de ojos negros que penetraban el alma de quien la viese directo a ellos.

Todo el que la veía se perdía en su mirada, en su entusiasmo, en sus palabras. Mientras se llenaba la bañera vertía en esta un gel que hacía espumas; al acabar, dejó caer lo que quedaba de sus prendas para introducirse y relajarse.

No hay mucho que decir de su vida, y menos aún de sus problemas. Trabajaba duro, día tras día, tratando de conseguir todo lo que se proponía. Estaba en un momento de su vida en que nada le hacía falta, en que todo estaba saliendo de maravilla. Eva estaba segura de que las cosas no podían ser mejor de lo que ya eran y no estaba equivocada.

Su empleo le prometía seguir creciendo, su vida personal no necesitaba de cuidados, lo tenía todo resuelto.

Una vez terminó su rutina matutina, sintió que no quería prepararse el desayuno y fue hasta un café que estaba a unas cuantas calles de su oficina para darse el gusto. Luego de comer y quebrar en carcajadas y llanto tras ver a aquella chica desperdiciar su pedido, llegó a su trabajo dispuesta a desempeñar su oficio a la perfección.

Ya sentada en su escritorio, su asistente se acerca y la saluda.

—Eva, querida, llegaste. ¿Cómo amaneciste? preguntó su asistente.

—De maravilla, querida. Cuéntame ¿qué tenemos para hoy?

—Hasta los momentos, nada. Aun tienes que terminar lo que dejaste de ayer Eva la miró de reojo, poco convencida con sus palabras. No hay mucho trabajo pendiente, pues.

Eva comienza a comerse el pastelillo que pensaba guardar para más tarde. Y, habiendo aceptado el poco trabajo que tenía pendiente, habló:

—Eso es bueno le da un mordisco pausado, certero. Siente la gloria del panecillo antes de hacer una pausa para hablar: María, ¿crees que pueda salir temprano hoy?

—No sé, puede ser. Si terminas a tiempo. Se supone que deberías entregar eso mañana al mediodía por lo que supongo que, si quieres dejarlo para después, tienes un poco de tiempo.

—No creo. Es mejor hacerlo de una vez.

—Suena bien.

—¿Qué más?

—Por lo pronto, nada.

Su asistente se quedó en silencio viendo cómo Eva elegantemente su panecillo dulce. Parecía que lo tenía todo resuelto. A penas con no más de un año y medio de diferencia en edad, ella está en ese escritorio pensando en cómo masticar lo que sobró de su desayuno sin preocupaciones, sin ningún tipo de problema mientras que esta la ve.

En cambio, María está parada allí, sin esa libertad, sin esa energía que emana de Eva. Piensa que debe haber una forma de lograr todo ello, se pregunta ¿cómo lo hace? De tal forma que las actividades cotidianas de su jefa parecieran un complejo conjunto acciones que son difíciles de entender. Admira su talento, su aspecto; ¿cómo logra conseguir esa belleza impecable? Se dice mientras la observa masticar lo que quedaba de su desayuno; ese éxito, ese entusiasmo.

Piensa en ella como se piensa en alguien que tiene todo el dinero del mundo y que en ningún momento de su vida ha levantado una losa. Pero ella sabe que no es así. Sabe que lo ha conseguido todo con esfuerzo y dedicación. Sin embargo, no logra asimilar tanto éxito.

Idiotizada por la forma en que hacía las cosas, el registro que iba almacenando en su memoria de sus logros y conquistas, e incluso en la manera en que masticaba su panecillo, le hizo preguntar, directamente lo que le atormentaba, sin darse cuenta:

—¿Cómo logras todo eso?

Eva, levantó la mirada para notar que su asistente tenía la mirada perdida, diluyéndose en algo que parecía contemplar a menudo.

—¿Lograr qué? preguntó, con parte de su merienda aun en la boca.

En lo que se dio cuenta que su jefa le había respondido, entró en sí.

Reincorporándose, saliendo de su mar de ideas, respondió:

—Este. Olvídelo dijo, tratando de evadir su error.

—No, no. Dime, quiero saber de qué hablas insistió Eva, llena de curiosidad. De una forma tan natural que no hizo más que darle más peso al punto en el que pensaba María.

¡Ella lo hacía todo tan bien!

—Vamos, siéntate. Tengo tiempo. Cuéntame a qué te refieres añadió Eva.

María respiró profundo, depositó su teléfono móvil en el escritorio. Apartó la silla que tenía en frente y se sentó.

—¿Cómo hace para hacer las cosas tan bien?

—¿Cuáles cosas?

—Todo. Su trabajo, su forma de ser. Incluso la manera en que come.

Eva dejó escapar una sonrisa sutil. A María le vino la imagen de una modelo sonriéndole a la portada de una revista prestigiosa, de forma natural, elegante, sexy. Idealizaba de tal manera a Eva, que parecía que no tenía más nada en qué pensar. Ella estaba al tanto, vivía con ese fantasma día y noche.

—No creas que todo lo hago bien.

—Claro que sí. Es la mejor persona que he conocido.

—Entonces te falta mucho por conocer.

—Yo no creo. Pienso que eres realmente asombrosa. Y todo eso lo has logrado en tan poco tiempo. A penas tienes veinticinco, te ves de menos y casi que lo tienes todo.

—No lo tengo todo. No es así. No tengo novio. Tú tienes pareja.

—Eso no cuenta. Parece que te va muy bien sin eso.

—No sé. ¿Tú dices?

—Claro. Bueno, lo que quiero demostrar es que ya de por sí eres una persona maravillosa. Parece que no necesitas más nada y eso me genera un poco de envidia.

—¿Envidia? No, vale, si tú no tienes nada que envidiarme.

—Claro, eres hermosa, exitosa, prácticamente perfecta.

—Estas exagerando.

María quería que ella entendiera que de por sí ya era espectacular ser Eva, pero, su jefa no lo entendía. Trató de explicarle mejor la diferencia que había el supuesto éxito que tenía con aquel que ella había logrado en tan poco tiempo y sin sudar demasiado. Sus palabras fueron tocando en ella una idea que no parecía tener importancia en el pasado.

Eva lo tenía todo, de cierta forma. Podría no tener millones y millones en su cuenta del banco, ni una pareja que la amase. Tal vez no tuviese un gran número de amistades que la acompañasen día y noche. Ella estaba al tanto de eso y no le daba la importancia adecuada por qué no la tenía. No para sí misma. Las relaciones eran superfluas, vacías, inconsistentes. Ella estaba segura que podría lograrlo todo sin necesitar a más nadie, cosa que demostró en poco tiempo.

Pero María lo veía de otra forma. Esa falta de amistades parecía ser el secreto para el éxito. Ella no era igual que su jefa, no tenía el mismo trabajo, tal vez aspiraba a él, pero no lo lograría antes de cumplir los veinticinco. Y estaba segura que no era porque fuese hermosa.

La ausencia de relaciones que a ella le sobraban, le calzaban a la perfección a Eva. Esa misma idea le hizo pensar en algo en lo que no había pensado jamás.

Hasta los momentos todo parecía estar escrito, asegurado. Si no tenía algo, solamente debía esforzarse y obtenerlo. El reto de vivir, la expectativa de fallar, no estaban a la mano. Estaba segura que las cosas saldrían bien sin importar qué y eso le arruinó el futuro, en ese instante, en medio de esa conversación, se percató de que algo le hacía falta.

Eva dejó caer su mirada hacia la mesa, enfocándose en un lapicero de colores vivos que le había dado de regalo uno de sus sobrinos. Se concentró en él, pensando en la situación que le acababan de plantear.

Ella estaba segura de que todo eso era simplemente un capricho, no había forma en que le hiciera falta. No era como si estuviese en una posición en la que debería pensar en ello, no era importante. Pero, la semilla ya había sido plantada.

—Eva ¿estás molesta? dijo María, preocupada por lo que pudo haber causado en su patrona.

—¿Molesta? respondió quebrando su concentración. Se alejó de aquella

observación contemplativa del lapicero . No, para nada. Sólo estoy pensando.

—¿Está segura?

—¿Qué si estoy segura de que no estoy molesta? Pues claro, de lo contrario, creo que lo sabría ¿o no? respondió con cierto aire de sarcasmo que no se escapó de la comprensión de María.

—Vale, es que creí que no le había gustado que hablase así de usted.

—No, solo me dijiste lo que pensabas.

—Y si de algo le sirve, pienso que todo lo que tiene y lo que no, es sencillamente admirable.

—¿Lo que no?

—Sí, nunca la he visto con amigos ni pareja. Así que supongo que no tiene amigos, pareja sé que no.

María se sintió un tanto preocupada por lo que podría pensar Eva de lo que acababa de decir.

—Estas en lo cierto.

Suspiro de alivio.

—Entonces. Supongo que eso era esencial para llegar hasta donde está ahora.

—¿Qué? ¿El éxito? ¿Crees que de haber tenido amigos y pareja no lo habría conseguido?

—Supongo. Según usted, es lo único que nos diferencia.

—No, para nada. Creo que habría salido igual, solo que, no creí necesitarlo y por ello no me esforcé en darle atención.

—Tiene sentido.

María se sentía cada vez más segura al lado de su empleadora. No dejaba de pensar en ella como esa mujer exitosa que era, ni la dejaba de admirar a lo lejos como si estuviese observando una obra de arte invaluable. Para ella, era esa mujer que quería ser cuando fuera grande, así no le adelantase mucha edad.

—Si te consuela saber algo. No está en mis planes tener pareja, mucho menos estar con un hombre.

—¿Cómo habría eso de servirme?

—Bueno, que en esa me has ganado. Si en algún momento llego a querer tener una relación, no podré estar a tu nivel, tú estarás más experimentada que yo.

—Es una forma rara de verlo. No creo que eso se compare con lo que se supone que no tengo.

—Puedes ser exitosa, solo esfuérate, eso es lo que yo hago.

Un simple comentario dejó en ambas la necesidad de algo diferente. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Cómo planeo abordar la situación? Se quedaron viendo fijamente a los ojos, contemplándose, apreciándose. No tenían nada mejor que hacer, no tenían a nada a lo que aferrarse. Creían que les faltaba o lo tenían todo, ahora, la situación había cambiado por completo.

Adán adquirió su café sencillo tras una larga línea de espera. Trato de disfrutarlo, probablemente sería el último que disfrutaría por los próximos años. Su contemplación del futuro resultaba un tanto deprimente, decepcionante.

No se veía como un profesional, ni como un hombre exitoso. Hasta los momentos todo lo que tenía a la mano eran malas ideas, experiencias y una carrera que no lo llevaba a un lugar nuevo. Deseaba un cambio radical, deseaba tenerlo todo, deseaba ser feliz.

Deseaba y deseaba cuantas cosas pudiera sin siquiera inmutarse. Caminó de regreso a su piso, medianamente entusiasmado y completamente indiferente. Con el café en un vaso de anime, le fue dando cortos sorbos, luchando con el calor que rozaba su lengua, con el sabor al que le había costado tanto acostumbrarse. No era desagradable, no precisamente, pero para él, de alguna u otra forma, cualquier cosa lo sería.

No estaba probando el amargo sabor del café, sino el de la derrota.

Conocía ese sentimiento mejor que nada. Lo probó dos veces ese mismo año en las últimas dos carreras universitarias que no pudo completar.

A cientos de kilómetros de su departamento había una mujer de veintitrés años, estudiada, con trabajo estable, que observaba a su jefa como algo que nunca podría llegar a ser, mientras que, en aquel lugar, en aquella sala sin amueblar, se encontraba un hombre adulto que no había terminado sus estudios ni conseguido una buena excusa para vivir apropiadamente.

Cerró la puerta, dispuesto, supuestamente, a terminar con lo que había dejado la noche anterior. Aunque la verdad no le importaba mucho. Encendió el televisor, y continuó sorbiendo de su bebida caliente mientras navegaba entre canal y canal para buscar alguna respuesta, alguna excusa; de nuevo, sumergido en el pensamiento de la derrota.

Cambiando de canal en canal, pudo notar que no tenía la más mínima intención de continuar con esa carrera. Estaba seguro que de dejarla no conseguiría el apoyo que necesitaba, teniendo en cuenta que aquel que ya tenía era de por sí escaso. Sus padres le habían advertido, lo conocían, él se conocía.

No quería nada y no esperaba nada a cambio. No se quería dejar confundir con una persona perezosa, con una que se dejara vencer con facilidad. Él mismo aceptaba que nada había salido como se lo esperaba las últimas veces que intento darle un giro a su vida.

Estaba seguro que solo necesitaba la motivación adecuada para conseguir llegar lejos. No sabía si necesitaba una ayuda monetaria, si requería de la asistencia de un tercero. Lo ignoraba por completo. Pero, estaba seguro que nada podría hundirlo más de lo que ya estaba hundido.

Adán continuaba observando la televisión, hasta que se detuvo en una película que nunca había visto. Cada palabra de los diálogos que decían los personajes, parecía estar en complot para asemejarse con su vida, con su situación.

Parte de un gran plan del mundo del cine para obligar al espectador marginado a sentirse identificado con el personaje principal. Un hombre a mitad de sus cuarentas, con todo aquello que no tenía Adán, pero sí con algo que le tocó en lo más profundo.

El trasfondo de la escena era sencillo. Dos hombres adultos hablando del por qué uno de ellos no trata de hacer algo diferente con su vida, de por qué no intenta cambiar el panorama, de alejarse de aquello que no le deja avanzar.

—No estoy seguro debería hacerlo dijo el hombre en un traje de pingüino con un cono de helado en la mano sentado en un banco en frente de una heladería.

—¿Estás seguro que eso es lo que deberías estar diciendo ahora? le preguntó el segundo individuo. Parecía ser su amigo, se mostraba muy cómodo a su lado.

—Yo sé qué es lo que quieres decir. Yo te entiendo. Pero, es que... hizo una

pausa, y trató de lamer el helado en su mano, haciéndolo pasar por una enorme boca de pingüino.

—Mike, por favor, quítate esa maldita cabeza. No te puedo tomar en serio con ella.

El protagonista, Mike, dejó su helado a un lado, para que su amigo lo sostuviese y poder quitarse la parte superior del disfraz. En lo que lo logró, dejó a la vista a un hombre adulto, evidentemente en el lugar equivocado, en el empleo equivocado. Adán supuso que no estaba feliz con su vida, con la forma en que las cosas se habían desenvuelto. Que a pesar de todo lo que pudiera decir, nada estaría realmente en orden.

—Bien. Ahora, como te seguía diciendo volvió a lamer su helado, todo esto me ha resultado hasta ahora. Tengo un trabajo estable, tengo una casa, un buen sueldo. No me puedo quejar. ¿Por qué habría de cambiar todo eso?

—No tienes que cambiar nada. De eso estoy seguro, pero no voy a permitir que mi mejor amigo desperdiciando su vida para seguir con una aburrida existencia.

—Oye, no es aburrida.

—No para ti. Pero no quiere decir que seas feliz en ella.

Mike no dijo nada. Volvió a lamer su helado. Adán seguía observando la escena en su televisor de quince pulgadas. Trataba de ignorar lo deprimente de su tamaño compensando el hecho de que por lo menos tenía uno.

—Nada en esta vida está escrito, ninguno de nosotros tenemos un propósito para existir. Además que no hay un «después» dibujó unas comillas en el aire con el índice y el medio de ambas manos de morir. Me deprime verte desperdiciar algo que no elegiste pero que tienes el deseo de gozar al máximo.

Mike continuaba sin decir nada, escuchando a su amigo. Comiendo su helado, viendo al suelo sin dejarse desconcentrar por los pasos distraídos de los extras en aquella escena.

—Sé que este trabajo te parece un suplicio. Si algo te ata, si algo te detiene, despégate de ello, no importa si ese algo te promete comodidad. Nada vale la pena cuando no eres feliz haciéndolo.

—Pero...

—Pero nada, no pongas peros. Siempre me preguntas cómo le hago para superar las cosas con rapidez ¿verdad?

—Sí. Es como que si nada te importase.

—¿Quieres saber cómo lo hago?

—Siempre.

—Bien.

Mike se acomodó para saber el gran secreto de su amigo.

—Descubrí que es más sencillo dejar de hacerlo y ya, que preguntarme cómo lograrlo.

Palabras ficticias comenzaron a resonar en su mente. Desgraciadamente la visión de unos cuantos cineastas, le hizo comprender la futilidad de sus acciones. Trató de no darle importancia, de no pensar en ello lo suficiente como para decir que todo lo dicho se asemejaba a su vida de tal forma que debía sentirse aconsejado, porqué, de alguna forma, esas palabras habían sido escritas para que, eventualmente, él las escuchara.

Los días fueron diferentes. Adán dejó de postergar las cosas, de sentir que nada importaba. Pensó que desde que tenía memoria no había nada que no hiciera sin exagerarlo, sin sentir que no era para sí.

Mientras caminaba por la acera de su ciudad, de su nuevo hogar, porque ya no había forma de que deseara quedarse encerrado en aquel departamento que había bautizado como el inicio y le final de sus problemas (su cárcel), los pasos en la calle se hacían la mejor terapia.

Recordaba cómo trataba de ver con entusiasmo la vida que le habían propuesto vivir. De pequeño lo tenía todo, porque sus padres se lo habían dado para que fuera feliz. No tenía preocupaciones, no existían problemas porque dentro de su burbuja las cosas eran perfectas.

La vida le dio esa primera bofetada cuando, tras pasar por la misma tienda de dulces que estaba en su memoria como aquel lugar sagrado, hermoso, lleno de maravillas y tesoros, no estaba.

Recordaba aquel momento una y otra vez, cada cuanto pedía el mismo café sencillo y económico, cuando llegaba a su puerta, cuando pisaba la alfombra en la entrada. Ese lugar había significado algo para él de pequeño y, este, fue

sometido al cambio. Lo supo cuando enfrentó por primera vez la realidad de un mundo que no controlaba, al que no pertenecía en su totalidad.

Con su desaparición del mercado, hizo lo que pudo para entenderlo, tras aceptar que no podría regresarlo. Demostró su perseverancia, su dedicación. Descubrió en sí algo que la sencilla vida que había tenido de pequeño no le había demostrado jamás: era un hombre con emoción, con entusiasmo. No se derrota con facilidad ni se deja llevar por las apariencias. Estaba seguro de sí mismo, de lo que podría conseguir.

La economía había afectado a un hombre que no podía costear más golosinas para la infancia de muchos. Los problemas en su casa, de su familia y en su país lo obligaron a retirarse de ese mundo de las ventas. Adán sintió que las cosas no eran justas, que la vida no necesitaba ese filtro que se llevaba todo lo bueno porque no le era de utilidad.

Pero no pasó mucho hasta que se adaptó, hasta que sintió cómo las cosas seguían su curso. Comenzó a comprar su café en ese lugar como excusa romántica para estar cerca de su infancia, empero, invertía parte de su tiempo buscando desprenderse del pasado, de la necesidad de estar todos los días ahí. Se hizo un hombre de rutina, conforme. Los años pasaron y junto a él su idiosincrasia fue amainándose.

Dejó de ser el hombre que sólo requería de un pequeño estímulo para voltear el mundo, sólo eso, con que fuese suficiente para conseguir lo que quería. Y, tras una simple escena en una película, decidió hacer algo que nunca pensó que lograría.

Jugándose el todo por el todo, consideró prudente, de nuevo, abandonar su carrera universitaria. Pero, no iba a depender de sus padres. A sus veinticuatro años de edad, no tenía intención de seguir fallando consigo.

Por eso, quieto en frente de aquel local, no quiso entrar, a pesar de tener el dinero en el bolsillo como todos los días. Le pasó al lado. Se desplazó pensando que necesitaba cambiar, que necesitaba retomar todo lo que alguna vez quiso. Lo que alguna vez necesitó para ser feliz. Sabía que sus padres no le darían el apoyo que necesitaba, ya había socavado aquel recurso.

—Necesito dinero dijo, alejándose, con el pasado atrás.

* * * *

Eva, se fue recuperando del shock que le causo sentirse inexperta, de la necesidad de estar con alguien, de hacer algo. La mujer que le había pedido que no hiciera nada con su vida que no tuviese que ver con el éxito, estaba dudando, al igual que ella, de qué era lo que realmente quería para su vida. Concibió, tras contemplar con cuidado sus opciones que, sí, no necesitaba de ninguna aventura para sentirse completa, empero, el intentarla no le haría ningún daño.

Una mujer que tiene todo lo que siempre quiso ¿qué podría desear? Se preguntó el universo en ese momento □ , se preguntó la Eva que quería un cambio; sin saber darle la importancia adecuada. No esperaba conseguir la respuesta al día siguiente, ese mismo año, jamás, tal vez. Esperaba una señal radical que le diera una bofetada y le dijese «Esto es lo que debes hacer, no lo dudes».

Eva caminaba por la misma cafetería que estaba cerca de su oficina, esa en la que una vez una mujer se llevó de frente a otro cliente. Estaba acostumbrada ya a pasar al lado de ese lugar, indiferente, sin ninguna admiración en mente. Descuidaba sus pasos, no prestaba atención a su entorno. La vida estaba llena de aventuras, de coincidencias, de cosas predestinadas que ella no se ocupaba en observar.

Parte de su deseo de estar segura; de estabilidad, no se daba cuenta que este mismo, es que involucraba querer cambiar, estaba siendo reprimido por su forma de ser. Eva continuó sus días con el mismo entusiasmo que estuvo imprimiendo en ellos desde que tenía memoria.

Se levantaba, se acomodaba para el trabajo y partía llena de energía. Su secretaria continuaba envidiando su forma de ser; esa envidia positiva que obliga al individuo a mejorar. Ella, sentía como María la observaba, a sabiendas de que lo hacía porque deseaba ser así.

Eso le evocaba el momento en que le formuló hacer algo diferente porque, si suponía que de allí nacían sus carencias, entonces, una mujer con tanto talento, debería erradicar esa falla. Tal vez, tergiversando la idea de hacer algo diferente con el fin de serlo por el propio deseo de cambiar, de no ser lo mismo de siempre, pensó que lo mejor que podía hacer era abandonar todo en

lo que alguna vez creyó, quiso o logró.

Caminaba por la oficina con la intención de encontrar alguna respuesta, como si buscara palabras en el diccionario que le ayudaran a mejorar su vocabulario con escrupulosidad; porque debía estar en algún lugar de ese enorme piso en donde trabajaba. En algún momento alguna persona se acercaría a ella a decirle algo que le dejaría pensando hasta llegar a la epifanía.

De vez en cuando, por la noche, en los momentos de ocio, mientras contemplaba el vacío a la hora del almuerzo, idealizaba ese escenario en donde alguien le decía «Esto es lo que debes hacer», y ella, a sonrisa Colgate, partiendo de inmediato, a buscar esa aventura que le suponía un gran cambio.

Era el deseo de algo, la necesidad de una nueva etapa en su vida. Deseaba cambiar el panorama, no seguir los mismos parámetros que siempre siguió sin siquiera querer ignorarlos.

Pocos días pasaron, tanto así que no parecían prestar atención al transcurso del tiempo. Descuidaron sus rutinas pensando en qué habría de topárseles de frente, hasta que sucedió.

Adán, encontró un hombre en la calle, (tras una larga caminata diaria cerca de su departamento-prisión, cosa de la que hizo una rutina) que repartía folletos con una propuesta alucinante.

Estaba abierto a las ideas nuevas, a lo poco probable. Estaba seguro que si, en algún baño público, encontraba algún número telefónico con la exacta combinación de palabras «llama para pasarla bien» lo haría. Pero, sus opciones se reducían solo a aquellas que le ofrecieran dinero.

Después de todo, ese era lo que quería. Dinero. No era una ambición, sino una necesidad inmediata para invertir en el futuro. Estaba seguro que esta vez sí lo lograría.

Cogió el folleto en mano y se dispuso a leerlo mientras caminaba. Cada una de las palabras ocultaba una idea diferente. Era un mensaje claro y sencillo.

«Experimento científico, social. Se busca voluntarios. Recompensa por participar. Si deseas saber más, ven a...». Podría significar cualquier cosa, pero era hacerse millonario o morir en el intento.

Horas antes de eso, Eva se despertó pensando que todo podría ser diferente ese día. Una sensación a la que estaba muy familiarizada: su entorno se hacía

taciturno, podía sentir su rostro pesado y las mejillas ardiendo. Era como si algo estuviese en el aire, tan espeso que podía palparlo. Una vez completamente despierta, de nuevo, tomó su baño de espumas, se preparó y salió a la calle dispuesta a ganarse el mundo.

Ya de camino a su trabajo, todo parecía apuntar que sería una mañana normal, a pesar de esa sensación que le invadió al despertar. No evocaba el pasado, no pensaba en el futuro ni se concentraba en su entorno.

Ella no era así, ella no pensaba en cosas triviales. Su alrededor era una simple representación de una vida agitada, todos se movían por todos lados, cada uno con cosas que hacer, con oficios que atender de inmediato. No estaba agitada, eso no era lo suyo. Pero, no podía dejar de sentir cómo las cosas se hacían más espesas.

Las cosas con calma la identificaban por completo. Le gustaba darles poca atención a los problemas lo suficientemente grandes como para abarcar todo su tiempo; era una mujer ocupada con cosas más importantes en las que preocuparse.

Sin embargo, el espesor se hacía cada vez más presente. Sus mejillas, dilatadas, sentían las sutiles brisas que normalmente pasan desapercibidas para las mentes en caos, para todos los distraídos. Era frío intenso que quemaba con el contacto. Tal vez era el clima, tal vez cosas suyas.

A unas cuantas calles de ese mismo evento en el que Adán había capturado su cambio y su oportunidad, Eva, sintiéndolo todo diferente, estaba segura de que pronto se rendiría en la búsqueda de algo alucinante (trataba de pensar en otras cosas). De cierta forma, ya tenía suficientes cosas en su vida como para querer otras a pesar de ser esa premisa lo que le motivó a buscar un cambio □ pero, las probabilidades le dieron de frente como aquella mujer de la que un día se burló.

Aquel experimento apareció ante ella, aunque esta vez no fue un folleto (aquellos quienes hacían el experimento estaban al tanto de cómo hacer llegar su propuesta sin llamar la atención de quienes no querían). Pero, tampoco era por uno de sus voceros. Tal cual como si lo hubiese establecido ella misma, se topó con un compañero de trabajo, ambos iban al mismo lugar... su conexión con el cambio que buscaba.

Recordaba que se había tomado unos meses de vacaciones. Era un hombre

ocupado, con mucho en qué pensar y nadie con quien compartir la carga. Estaba segura que la abordaría con algo nefasto de su vida cotidiana, de la futilidad de su existencia.

Ella lo conocía, era un hombre con pocos ánimos. Aunque, al acercarse lo suficiente, viéndolo de reojo, descubrió que nada fue como se lo esperaba. No pensó jamás en notarle feliz; las cosas habían cambiado para él. ¿Qué habría sido?

Se detuvo a su lado, esperando a que él diese el primer paso. Nunca saludaba de primero, las interacciones sociales requerían de mucho tiempo, atención e importancia. Aparte, de que no estaba acostumbrada a hacerlo primero.

El hombre, sintiendo una alarmante presencia familiar a su costado, se giró para notar que era una de sus compañeras de trabajo quien se había detenido a unos cuantos centímetros de él. Por un segundo pensó que lo estaba ignorando, como siempre lo habían ignorado muchos, pero, ya no tenía esa idea de sí mismo. Estaba feliz y por lo tanto su reacción ante la vida debía ser la misma.

—Eva susurro, tratando de jugarle una broma.

Eva giró su rostro para verlo hacia abajo. Sus tacones eran altos, ella es alta, el hombre medía apenas unos cuantos metros en comparación con ella (1,60, para ser exactos), era un pigmeo a su lado. Hizo como si no se hubiese dado cuenta que se encontraba allí y respondió con su mejor sonrisa.

—¡Alberto! ¿Cómo estás? y en un gesto de cortesía, se inclinó para saludarle con un beso en la mejilla ¿Ya terminaron tus vacaciones? ¿Tan pronto?

—Sí. Fue algo de otro mundo.

—Te ves feliz, parece que lo disfrutaste.

—Lo hice.

El semáforo cambió de color, se abrió el paso entre la multitud de ciudadanos que esperaba cruzar la calle y ellos siguieron a la afluencia de personas, como si su desplace los arrastrara a ellos. Con la vista al frente, continuaron su conversación.

—Y cuéntame, ¿qué hiciste que te ha hecho tan feliz?

—Bueno, conocí a alguien.

Eva se sorprendió, en serio, con esa noticia. No esperaba que él pudiera

conseguir a alguien con el ritmo de vida que llevaba.

—¡Vaya! ¡Qué maravilloso! Cuéntame, ¿cómo pasó?

—Bueno, no puedo darte muchos detalles...

Eva sintió un choque repentino con aquellas palabras. Algo que no le pueden decir es algo que le llama mucho más la atención. ¿Qué tipo de relación debía tener con él para que le dijese? ¿Era cuestión de una amistad con una confianza establecida por los años? ¿Era algo muy delicado? ¿A qué se debía tal afirmación? Las preguntas le irruyeron; se animó a pensar más en ello, a necesitar esa respuesta. No lo relacionó con la posible aventura que deseaba, sino con algo que ahora ocuparía su mente hasta que le dijese.

No conocía a Alberto lo suficiente como para saber cuándo cedería, si era fácil de tratar o si no había forma alguna de que le dijese. El hombre no había terminado de hablar, tal vez algo le diría. En su defecto, ella debería usar sus habilidades deductivas para conseguir la información que necesitaba.

—Se supone que firmé un contrato que no me permitía hablar sobre lo que hice continuó Alberto.

Las cosas se hicieron más extrañas para ella una vez él le dijo eso. Eva no le interrumpió; se mantuvo callada, atenta, teniendo puestos sus cinco sentidos en Alberto y sus palabras.

—Pero bueno... los aspectos jurídicos que preponderan en ese documento puede que no afecten si lo comentó a una que a otra persona dijo, Alberto, más para sí mismo que en atención a la conversación.

Continuaban caminando; Eva fluctuaba su mirada entre su destino y el hombre con el que estaba hablando. Se encontraba atenta, casi como si de eso dependiese su cordura.

Alberto no tenía idea de lo que a ella le interesaba, de hecho, pensaba que dicha información la traía sin cuidado, por lo que no considero necesario darle más detalles. Continuó con su narración de los hechos, creyendo que era «su vida», lo que realmente le importaba.

—Bueno, era algo así como un experimento dijo, pensando que con eso sería suficiente para aclarar la situación, entonces, nos conocimos, nos enamoramos y ahora vivimos felizmente casados.

La situación se hacía cada vez más confusa. Eva almacenaba en su cabeza

dicha información en secciones que no lograba traducir ni entender por completo. Se establecía en este orden: pareja, felicidad, secreto, experimento, casados.

Casados guardaba una estrecha relación con lo que ella sabía de él y con la forma en que se desenvolvían los eventos en su cabeza. ¿Qué puede ser tan radical como significar un casamiento en tan pocos meses?

De ser circunstancias diferentes, no se habría cuestionado nada de ello, pero, el misterioso modo de hablar de Alberto le hacía penetrar la información desde otro ángulo. Uno más acertado. Uno que parecía tener más de algo sospechoso a algo natural.

Ella sabía que él no era un hombre con pareja, se fue por unos cuantos meses de vacaciones (no tantos como para significar algo ni tan pocos como para notarlo), para regresar feliz y casado.

Todo eso se aglomeraba en su cabeza, tratando de relacionarse entre sí.

—Vaya dijo, honestamente asombrada. Consumida por la necesidad de saber de qué hablaba.

—Sí. Pero bueno, no me quejo. Fue algo que realmente pude disfrutar.

La conversación parecía haber terminado allí. Alberto fue abordado por sus otros compañeros para saludarlo, como si estuviesen en la secundaria y sus amigos fueran a recibirlo con los brazos abiertos luego de una larga ausencia. Eva supuso que hasta ese entonces podría conseguir más información al respecto.

Al pasar las horas, Eva se encontraba pensando en su oficio y en lo conversado de camino a la oficina. La situación se hacía cada vez más confusa, lo que elevaba más su interés por saberlo.

Algo debía significar todo eso que le dijo; el trasfondo de la situación podría traducirse en algo muy interesante. ¿Si le pregunta directamente? Pensó en la posibilidad de abordarlo con lo que quería saber, era lo suficientemente persuasiva como para hacerlo parecer sencillo interés.

La posibilidad de que se enterase porque él simplemente quiso decirle era absurda. De repente, le invadió la necesidad de ir por algo de comer a la máquina expendedora. Para su agrado, se topó de nuevo con Alberto.

El deseo de saber acerca de lo que había hecho le traía angustiada. En ese

instante, se dejó llevar.

Se cruzaron, se vieron a los ojos y se dieron un gesto de cortesía, una especie de saludo entre colegas. Cada uno siguió con su camino, hasta que Eva pensó que necesitaba saber. ¿Por qué? Se preguntó en ese instante; no antes, cuando estaba pensando al respecto. No se cuestionó si era algo que realmente necesitaba, pero ya no había tiempo para eso □ . ¿A qué se debía tanto interés? No importaba, no por ahora. Dejó que sus sentimientos imperaran en su razón, que todo a su alrededor dejara de tener importancia.

Esa necesidad de un cambio en su panorama, encontró camino en lo que le contaron horas atrás; «allí estaba lo que buscaba» dijo su subconsciente. Ella se dejó llevar por esa misma impresión y actuó.

—Alberto le llamó, habiéndose detenido en seco.

Alberto escuchó su nombre, reconoció la voz de Eva, dio media vuelta y respondió con cortesía.

—¿Eva? preguntó, con una sonrisa en el rostro.

—Este... vaciló Eva una pregunta... atacó de lleno. No había tiempo para perder.

Se fue acercando a Alberto para hacer su conversación menos vergonzosa (sintió un poco de pena al interpelarlo de esa forma; no tenía ni idea de cómo actuar), no había motivos, pero eso sintió.

—Sí, dime.

—Con respecto a ese «experimento», cuéntame más de él.

Alberto no sabía qué pensar de ella, hacer, o entender de todo eso. No esperaba que una persona como Eva: inteligente, capaz, profesional y exitosa; necesitase saber sobre algo tan trivial como ello. Él conocía al respecto, lo puso en práctica y entendía el nivel de compromiso que se debía tener para atravesar dicha experiencia.

Al tener eso en mente, automáticamente consideró que ella lo sabía, sin siquiera creerlo o saberlo realmente; lo que le hizo pensar, de una, que no había forma en que ella quisiera saber al respecto.

Pero, la pregunta lo contradecía todo. Evidentemente no sabía al respecto, evidentemente no sabía lo que ese «experimento» significaba. De esa forma,

entendió que sentía curiosidad, empero, no era suficiente para saber el porqué. Y gracias a eso, decidió que el secreto era innecesario. Era fútil siquiera guardarlo. La mirada rebosante de duda que tenía Eva, fue suficiente para que se compadeciera de ella.

Y, con una sonrisa que le iluminó el rostro, la mirada e incluso la hizo ver más hermosa ante los ojos de cualquier mortal, la respuesta de Alberto le hizo gritar de júbilo desde lo más profundo de su conciencia. Las palabras:

—Está bien. Yo te digo.

Fueron la sentencia de la fatalidad del cambio. Inminente, obligatorio. Ella, así, lo había querido.

2

Un grupo grande de personas se encontraban en una sala de espera luego de anotarse en la entrada. Nombre, apellido, número de teléfono. Todos actuaban más o menos normal para parecer que sabían qué estaban haciendo. Todos se sentían perdidos, pero ninguno quería demostrar su ignorancia.

Se notaban mujeres y hombres en trajes ejecutivos, adolescentes o adultos jóvenes, personas que tal vez parecían de treinta o de cuarenta y tantos. Todos se notaban interesados por algo de lo que sabían poco.

Se sentaron en las sillas colocadas estratégicamente en la sala, algunos se mantenían parados porque no soportaban la espera estática. El silencio dominaba la sala, como si todos tuviesen miedo de decir algo que no fuera apropiado.

Muchos tenían idea de lo que sucedía ahí, muchos otros no. Entre todos no sumaban más de cuarenta y cinco personas, pero aquel número continuaba subiendo una media hora tras otra.

Era un cuarto de cuatro paredes de color blanco, muy bien iluminado, con luces incandescentes por casi todo el techo. Había dos puertas, una por la que entraron todos, y otra, justo al frente de ella, como a unos ocho metros de la otra. No parecía haber sido abierta o que por lo menos fuese importante. La mayoría la ignoró.

De repente, como si se tratara de otro voluntario más, porque todos suponían que los que entraban por esa puerta eran voluntarios, entró un hombre con una bata. Era apuesto, con el cabello bien cortado, como si se tratase de una persona atenta a su apariencia, alto, de contextura fornida; comenzó a hablar.

—Bienvenidos al programa. Señoras y señores. Les agradecemos que se hayan propuesto voluntarios. Puede que muchos de ustedes hayan llegado porque recibieron un folleto en la calle, alguien les comentó de un gran experimento que estaban haciendo a cambio de dinero, y puede que, muchos otros motivos. Lo importante es saber que estamos agradecidos porque se hayan presentado.

Comenzó sin previo aviso. Ahora, lo que se supuso hasta ese momento era una sala de espera, comenzó a parecerse a un salón de clases. Aquel peculiar personaje, con un ademán de profesional íntegro y sospechoso, comenzó a

hablar sin introducciones o inducciones al contexto.

—Cada vez hay más personas, y eso me agrada. No importa la forma en que llegaron a nosotros, lo que queremos es poder estudiar la situación en la que han accedido a someterse. dijo el hombre.

Sus palabras no parecían suficientes para ponerlos todos al tanto de lo que se hacía y de cómo se supondría que iba a ser.

Casi todos se fueron acomodando en frente de él como si se tratase de un concierto callejero, así como cuando se está caminando y se ve muchas personas alrededor de alguien que hace algo, por lo pronto, interesante para ellos.

En aquella sala había una profusión de personas para lo poco que se sabía del experimento. De alguna forma se corría la voz; no con los voceros, ni los folletos que se entregan (cualquiera que conozca un poco de marketing sabe que esa no es la mejor forma de promocionar algo tan grande). Puede que sea suficiente para hacerse a conocer, tal vez, pero tener ese nivel de respuesta requiere una inversión más agresiva.

—En este experimento, les pediremos que se casen con una persona que con la que tengan compatibilidad y que nosotros elegimos para ustedes el hombre caminaba de lado a lado de la sala, parecía estar dando una clase magistral; concentrado, se mostraba muy convincente.

Los espectadores voluntarios, le observaban atentamente para no perderse ningún detalle que pudiera significar algo importante.

—Les haremos entrega de un diario en donde deberán escribir todo lo que crean prudente. Una vez lo hagan, y se termine el periodo de tiempo (de tres meses) acotó , les pediremos que nos den ese diario.

Seguía sin ser muy preciso.

En ese momento, se escuchó una voz entre la multitud. Un hombre, de tono hosco y ronco, con algo importante que decir. Esa pregunta que muchos de los que estaban ahí no sabían cómo hacer o eran conservadores.

—¿Y a nosotros qué? ¿Para qué necesitas personas? ¿Qué tanto ganaremos?

El hombre de bata se quedó observando a la multitud esperando alguna respuesta coherente. Alguien que supiera del dinero del que les harían entrega era alguien que sabía al respecto. Todo eso desataba una serie de razones que

querían evitar al hacerles firmar a los participantes un contrato de confidencialidad.

—Una vez se termine el experimento, se le hará entrega, a cada participante, de treinta mil euros. Como agradecimiento por participar.

—¿Y cuál es el motivo de todo esto? ¿Es decir, solo nos casamos y ya? preguntó el mismo hombre.

Adán ni Eva lo veían. Sabían que su voz provenía de algún lugar detrás de ellos, un tanto alejada. Ambos estaban casi a la misma distancia del hombre, por lo que la percibían de la misma forma. Pero, lo retrataban como un señor robusto, un tanto más obeso de lo que se considera prudente, con pelos largos que cubrían sus brazos y un rostro sudoroso.

Adán trató de escuchar con atención, interesado en el tema una vez que mencionaron la entrega de tal cantidad de dinero. No era tanto como para considerarse un millonario despreocupado, pero sí lo suficiente como para hacerse con más del mismo si lo invertía apropiadamente.

Eva, no escondió su cara de asco al escuchar las preguntas del hombre gordo. Sí, aceptaba que eran «útiles», sin embargo, su voz no dejaba de molestarle.

—Tratamos de estudiar ciertos comportamientos en el matrimonio que solo podemos tener en cuenta si lo cuantificamos, clasificamos, evaluamos y estudiamos. La idea es tener el registro de la vida de casados desde el principio el hombre en bata pudo notar que estaba a punto de interrumpirle, por lo que agregó casi como si esperase su pregunta: no importa si no se conocen. Lo importante es que nos muestren cómo piensan estando casados. Es por eso que, tras saber sus preferencias, gustos, exigencias, los emparejamos con su partido ideal y así se les hará más sencillo convivir.

El hombre se quedó callado consultando la idea consigo mismo. Aquel de la bata ya había conseguido lo que quería: la atención de las personas y que obtuviesen la información que, él y los suyos, consideraban pertinente.

Ambos protagonistas tenían la posibilidad de ser emparejados con alguien con quien no pudieran, tal vez, acercarse emocionalmente. Eva dispensaba dicho riesgo como si no le importase. ¿Quién más que ella para determinar si algo le gusta o no?

El hombre que le fuesen a dar como pareja no presentaría ningún problema, hasta lo que ella sabía de sí misma. En verdad, las cosas le parecían poco

creíbles. Estar casada con un completo extraño por tres meses le hacía suponer que todo podría ser falso ¿qué le garantizaba a ella que aquel hombre no trabajaba directamente con el de la bata?

Nada. Absolutamente nada, para lo poco que ella sabía, claro está. El hombre salió de la sala con el mismo aire de superioridad, ese con el que solo ella identifica a los egocéntricos que parecen levitar sobre el suelo con su comportamiento absurdo.

El de la bata tenía una sonrisa dibujada en el rostro, cosa que no pudo evitar notar. Al salir, por una puerta, la otra que estaba a unos cuantos metros de esta, se abrió. Al otro lado de ella, se encontraba otro hombre con bata que la sostenía y los invitaba a pasar.

Todos se fueron acercando a él y pasaron uno por uno. Al otro lado, se observaban diferentes cubículos. Parecía una oficina «vaya entrada esa» pensó Eva. De hecho, si era una entrada a lo que se suponía era un piso de oficinas.

Cada una con una persona diferente lista para recibir a algún voluntario. Los cubículos no eran muy grandes, apenas dejaban espacio para que la persona al otro lado del escritorio entrase y que los voluntarios se sentasen para ser interrogados.

Era un lugar bastante sencillo. No parecía tener mucho tiempo, de hecho, el lugar tenía cierto aire de recién pintado. Todo se veía impecable. Pensó que eso se podía deber a que eran muy cuidadosos o muy nuevos.

Cada uno de los participantes se quedó en el cubículo que mejor les pareció. No les exigían que se sentasen, solo los llamaban si veían que no tenían a nadie a quien entrevistar, o si alguno de ellos se notaba perdido. No pasó mucho hasta que todos estuvieron en posición para comenzar con la siguiente etapa de lo que, parecía ser, el comienzo del experimento.

Las preguntas comenzaron. Eran puntuales, no daban preámbulos. Querían saber algo en específico y se encargaban de ser precisos.

—¿Cómo es tu hombre ideal? Preguntó el entrevistador a Eva.

Eva trató de responder con la mayor honestidad posible. No había pensado antes en algo similar, siquiera tenía una lista de deseos. Pero conocía las cualidades de una buena persona, tal vez, si las modificaba un poco, daría con el resultado adecuado.

Se imaginó a sí misma en un caso hipotético de querer buscar a alguien, hasta que se dio cuenta que era importante lo que especificaría, ya que de ahí elegirían a aquel con el que se casaría.

En efecto, sin darse cuenta, describió lo que buscaba en su hombre ideal, cuando en verdad nunca lo había hecho o pensado.

—Cariñoso, divertido, trabajador, inteligente, buen padre dijo, Eva, sin vacilar.

Adán estaba tratando de mantener la calma en esa situación extraña. Observaba a todos lados antes de que su entrevistadora comenzara a hablar. Estaba ansioso, quería saber todo al respecto. La promesa del dinero le hizo observar todo como una experiencia positiva.

—¿Cómo es tu mujer ideal?

—Bueno, pienso que mi mujer ideal debería ser alta, cariñosa. Me gustaría que fuese divertida, independiente, proactiva. Inteligente, descarada hizo una pausa, observó a los lados, respiró profundo , sí, así sería mi mujer ideal.

Ambos entrevistadores anotaron sus respuestas en una hoja. Eva trató de ver que escribían, pero no lograba entender nada de lo que allí se veía. Adán utilizaba esos momentos de silencio para ver a su alrededor. Observaba hacia los lados, escuchando todo lo que otros respondían, meros murmurios era lo que detectaba, pero, parecía interesado en todo aquello en lo que se podría interesar alguien.

Parecía un niño, se notaba intranquilo, ansioso, deseoso de saberlo todo, de abarcarlo todo.

—Bien dijo la entrevistadora.

—¿Qué haces para vivir? preguntó

—Bueno, hasta hace unas semanas, estudiaba química. Por lo pronto, estoy tratando de establecerme económicamente respondió Adán.

Por su lado, Eva dijo:

—Soy una shopper marketing manager.

—Trabajas como asesora de marketing.

—Sí.

—¿Qué haces en tu tiempo libre?

—Hasta hace poco, estudiar y alimentarme. Eso era todo lo que hacía respondió Adán.

—Descanso, o me dedico a ver series, pasar un tiempo a solas dijo Eva.

Les estudiaron y evaluaron como pudieron. De forma analítica, usando métodos científicos, psicológicos y de más, fueron observando con detalle las cosas que podían de sus participantes. Trataban de tantear las posibilidades, de hilar conductas, pensamientos, ideas, gustos, con el fin de dar con el mejor resultado posible a la hora de seleccionarle una pareja. La encuesta se hizo larga, nada más hablando, invirtieron un poco más de dos horas.

Luego de eso, se les preguntó:

—¿Aceptas las condiciones del experimento, Eva?

—Sí.

—¿Aceptas las consecuencias del experimento, Adán?

—Acepto.

Se les explicó que debían compartir con un completo extraño durante tres meses y que, durante esos tres meses, debían documentarlo todo en un diario que ellos le entregarían. Con vivos detalles, del comportamiento de su pareja, sus sentimientos, sus preguntas y repuestas; todo lo que consideraran prudente, todo lo que se involucrase con la convivencia en aquel matrimonio hasta el punto en que su único confidente fuese ese trozo de papel.

Ambos aceptaron las condiciones del experimento, «nada del otro mundo» pensaron. Luego de la entrevista, los separaron a todos por individual para poder re-evaluar la situación y estudiar a fondo con quién los emparejarían. Los separaron por preferencias sexuales y sexo.

Poco a poco las personas fueron llamadas; una tras otra desalojaban el lugar acompañadas de otra persona con la que estarían compartiendo los siguientes días. No sabían con quien se casarían, hasta que los presentaban.

Adán observaba como sus compañeros de espera se iban parando; sus miradas enfocadas, su entusiasmo. No lograba entender por qué participaban en ello, él tampoco comprendía qué conseguiría de todo eso. Una relación por conveniencia no parecía tan atractiva como treinta mil euros. Sin contemplar

mucho las posibilidades que se amalgamaban en frente suyo, para él, todo era una situación abstracta por la que no dejaba de sentirse afectado.

El lugar se hacía cada vez más gris de lo que parecía, a pesar de que sus paredes eran blancas. Era la sensación de estar preso, de no controlar la forma en que se desenvolvían las cosas. La tensión se iba apoderando de sus sentidos, la incertidumbre no lo dejaba concentrarse.

Respiraba cada vez más agitado, descompuesto por la duda y el temor a no agradarle a la persona que le eligiesen. Mientras más se levantaban y menos lo llamaban a él, se sintió en la obligación de pensar que no le habían encontrado una pareja adecuada y que lo descartarían de inmediato.

Tal vez no debió decirles acerca de sus estudios, pensó desanimado. A nadie le habría de gustar un hombre sin profesión, sin ambiciones. Estaba seguro que no se los había dado a entender, pero la situación se prestaba a mal interpretaciones. Deseaba poder ser más atractivo, tener mejor actitud, más dinero... lo necesario para agradarle a las mujeres.

Sentado, con suficiente tiempo para pensar, para cuestionar la futilidad de su vida y la complejidad de la situación; maquinó cada motivo por el cual no lo llamarían, por qué no era un buen partido, por qué lo dejarían de último. La libertad de su ocio le dejó reflexionando lo suficiente como para dejar caer sus expectativas de esa experiencia. Tal vez debió hacerles caso a sus padres, el caso es que no sabía cómo se desenvolvería todo, y eso era lo único que evitaba que se levantase y se fuera.

Cada cuanto alguien se iba, uno de aquellos que andaban en bata por el lugar, se asomaba en la puerta con una tabla en donde tenía varias hojas. Leía los nombres de las personas que quería llamar y esperaba que se levantasen para salir. Una vez sucedía eso, ninguno de los dos era vuelto a ver en esa sala de espera.

Eva no tenía nada de qué preocuparse. Pretendientes: decenas; belleza: asegurada; estabilidad: inigualable para su edad; juventud: la adecuada. Ella estaba segura de sus atributos, de su aspecto, de su personalidad. En la encuesta dijo lo que pudo de sí misma para poder recibir un espécimen apropiado para aquel experimento. No podía evitar resaltar que su entorno era algo extraño, que nada de lo que sucedía a su alrededor tenía pizca alguna de sentido.

Todo perfectamente elaborado; empleados de comportamiento mecánico y sospechoso. Las mujeres que esperaban con ella en la sala parecían preocupadas a ser vendidas como prostitutas a algún hombre millonario por estar accediendo a participar en un experimento desconocido. Deseaba poder hablar con alguien que supiera al respecto, ya que la información que le había dado su colega no especificaba todo eso por lo que estaba pasando.

Luego de que «el hombre que le asignasen» dejó de ser algo importante, comenzó a cuestionar por qué había accedido a participar en ese extravagante experimento. Cada persona en ese lugar parecía que necesitaba algo, pero en su caso no era así. Tal vez si quería algo, sin embargo, no se veía como ellas.

—Participante Eva, por favor venga dijo una mujer en bata que se asomó por la puerta de la misma forma en que lo hizo con las demás.

Con un rostro inexpresivo, se postura imperturbable, la mujer en bata esperó que Eva se levantase de su silla. Ella fue acercándose poco a poco a la puerta dudando de si era correcto continuar con ese experimento. No lo había pensado antes, pero ahora era otra cosa. Se estaba dirigiendo a algo completamente diferente, y no sabía qué hacer: seguir o detenerse. Pero, aun no había obtenido lo que quería. A penas, y estaba comenzando.

3

En lo que me acerqué a aquella puerta, las cosas comenzaron a cambiar. No estaba segura de si debía continuar, de si debía marcharme. ¿Quién habría sido yo si no terminaba con algo que había comenzado? No lo sé, tal vez una cobarde. No quería ser una cobarde. Las cosas se habían tornado extrañas para mí. Todo lo que rodeaba ese lugar parecía algo irreal, extraño y me hacía sentir incomoda. Sin embargo, no había marcha atrás. Todo mi ser me empujaba a seguir con ello. Una vez llegue al lado de esa mujer con bata, se apartó.

—Ven me dijo.

Aquella mujer no demostraba sentimientos, hasta lo que yo podía observar. Se notaba algo concentrada, tal vez muy centrada en su trabajo, eso parecía prudente. Sí hubiera sabido que todo eso terminaría yendo así, no lo habría hecho, pero entonces, de nuevo ¿qué habría sido de mí si no lo intentaba? Se supone que quería algo diferente, algo que me llenase de adrenalina.

La seguí. La observé desde atrás; cómo caminaba, cómo se movía al escribir, al leer, al observar las otras puertas a su alrededor o ver a las demás personas ser entrevistadas. Era un pasillo interminable, iluminado. Era algo asombroso. El hecho de que no hubiese muchas paredes grandes daba una sensación de amplitud. El piso estaba completamente abarrotado de cubículos y «salas de espera». Traté de no ver alrededor para no sentirme más intimidada. Hace tiempo que no me sentía así.

Cuando se detuvo, estaba al lado un hombre con bata con otro al lado. Recordé haberlo visto en la entrevista, en ese momento no sabía que iba a ser mi esposo. Se veía joven, se vestía como un hombre joven. Desde lejos pude notarlo, yo todavía no había terminado de alcanzar a la mujer con bata, quise darle su espacio.

Tenía un cabello color negro como las plumas de un cuervo, los ojos de color café claro. Cuando lo veo de vez en cuando, dependiendo de cómo le dé el sol, parecen del color de la arena del desierto. Un mentón firme, una nariz mediana en apariencia que no desagradaba a la vista: ni muy grande ni muy pequeña. Tez morena, de un metro ochenta. Se veía de mi edad, eso supuse cuando aún no llegaba hasta ellos.

Estaban hablando, parecían concentrados. Creo que ya lo había dicho; los que estaban en bata, en verdad se notaban serios, tal vez demasiado. Y en ese entonces, lo escuché hablar. Ya me había acercado lo suficiente. Su tono de voz era sutil, algo elegante pero como la de un chico joven, demasiado para mí, supongo. Me pregunto: ¿SI me hubiese quejado, lo habrían cambiado?

—Eva, él es Adán me dijo la mujer en bata que fue a buscarme.

Lo primero que pensé fue: «esto tiene que ser una broma». Vaya elección, me dio la impresión de que se trataba más por el nombre que por nuestros gustos. Es decir. ¿Adán y Eva? Tal vez era una broma. Sé que no fue predestinado, es decir, ellos lo eligieron. Aunque ¿Cuál eran las posibilidades?

Él también pensó lo mismo, creo, su cara me dijo eso. Pude notar cómo, por poco, se ríe de la ironía de la situación.

—Mucho gusto me dijo con una sonrisa en el rostro. ¿A qué se debía?

—Encantada le respondí, con mi mejor sonrisa.

Extendí la mano y la apretó con delicadeza.

—Bueno, Eva, Adán. Síganos dijo el hombre que acompañaba a Adán.

Cuando comenzamos a caminar, ellos comenzaron a explicarnos lo que haríamos a partir de allí.

—Bueno chicos, según lo que nos dijeron, elegimos el uno del otro como parejas. Esperamos no habernos equivocado dijo el hombre.

—Ahora, lo que sigue, es que firmemos el contrato en donde se comprometen a llevar una relación de esposa y esposo.

—¿Contrato? ¿Es necesario? preguntó Adán.

A mí no me pareció para nada extraño, ya Alberto me había contado de ese contrato. Al principio me tomó por sorpresa. Era algo realmente serio, legalmente estaríamos casados. Supongo que opera hacerlo más real, sino, lo único que habría de quedar sería nuestra palabra. Se notaba que no iban a dejar ir treinta mil euros así cómo así.

—Sí, un contrato. Necesitamos que estén comprometidos al cien por ciento con este experimento. En caso de que incumplan sus funciones, según lo establece el contrato, entonces no habremos de darle el dinero que se les prometió.

—Tiene sentido dije.

—Vale. Entonces, supongo que no hay problema dijo Adán, habiéndose adaptado de inmediato a la nueva información. No parecía afectado por ello.

—Bien, entonces, una vez firmemos ese contrato, serán libres de irse. Si lo desea, podrán irse a la casa de alguno de los dos o, de ser necesario, le podremos administrar una vivienda nosotros.

—¿Habrá cámaras? preguntó Adán.

—No. Sólo ustedes. Eso es en el caso de que nadie quiera comprometerse a ese nivel.

—¿Entonces? ¿Cuánto compromiso quiere que le tengamos a esto? pregunté.

—El necesario para demostrar que son una pareja de esposos real. Pero, luego de los tres meses, depende de ustedes...

—Tiene sentido para mí. Puede que no quieras verme después de tres meses, y mucho menos querer que yo sepa cómo es tu casa.

—No soy paranoica.

—Es un ejemplo.

—Exactamente. Muchas personas no se sienten cómodas con ello. Pero eso depende de ustedes. Si ninguno de los dos quiere prestar su vivienda, entonces nos dicen y le encontramos una acondicionada con todo lo necesario.

Adán giró a verme. Fue la primera vez que compartimos una mirada silenciosa. Supuse de qué se trataba. Me estaba preguntando acerca de qué deberíamos hacer. Era algo puntual, tal vez se debía a que estábamos pensando en lo mismo, casualidad, supongo.

En ese momento se me ocurrió preguntar algo importante.

—¿Y continuaré trabajando?

—Si así lo deseas. Es un compromiso de tres meses. Es por eso que a veces no dan sus casas. No quieren dejar a un completo extraño allí solo, o con acceso a ella. No nos ha sucedido, después de todo, podemos solucionar eso.

En ese momento, la forma en que dijeron «podemos solucionar eso» me dio la impresión de que no eran personas con las cuales jugarse una mala pasada. Era algo serio, se notaba en su tono de voz, en la firmeza de sus palabras. No

sé si sea relevante mencionarlo, de todos modos, lo que sea que escriba irá para ellos. Pero, ¿Qué importa?

Entonces, Adán habló.

—Por lo pronto no tengo trabajo, y si quieres ir, entonces, dime tú.

—¿No tienes trabajo? Ahorita es poco importante, pero en ese entonces, parecía algo serio. Creo que lo demostré con la mirada.

—Sí dijo Adán, un poco avergonzado.

—Eso es lo de menos. Durante ese tiempo se les administrará alimentos y todo lo demás. Si quieren, al igual que la casa, tienen la opción de ponerlo ustedes mismos.

—¿Le podemos contar a nuestros padres? preguntó Adán.

—Si ustedes quieren.

—Bien.

Continuamos caminando a lo que parecía una oficina. Se veía a lo lejos una puerta abierta con un escritorio. No faltaba mucho para llegar. Adán había dejado de hablar y ellos continuaban explicándonos lo que podíamos o no podíamos hacer dependiendo de lo que eligiéramos. Era algo confuso al principio. Pero, poco a poco se iba tornando algo más natural.

—Yo puedo dar mi casa dije. No hay problema. Es decir, si pienso continuar trabajando, no quiero aprenderme una nueva ruta...

* * * *

Eva había ofrecido su casa y eso me calmó un poco, la verdad, me alivió por completo. Por un momento me preocupó que hubiese una posibilidad de que se acercase a mi departamento de soltero; verla entrar a ese desagradable cuchitril que no tenía nada que ofrecerle a una mujer como esa podría ser una raya para mi presencia, podría dar una mala primera impresión, porque creo que la que le di al verme no fue lo suficientemente buena.

Los experimentadores, para no decirle científicos ya que no creo que lo sean

(puede que psicólogos, eso no cuenta como ciencia), habían hecho muy bien su trabajo al elegir a Eva. Al principio me dio risa la ironía de nuestros nombres, es decir, ¿Adán, Eva? Dos personas que son puestas en un mismo contexto para que formen una familia sin siquiera conocerse. Es algo poético, extraño y una coincidencia muy grande.

Cuando llegamos a la oficina en la que firmamos nuestros contratos, se convirtió oficialmente en mi esposa. No podía dejar de verla. Sus ojos negros, como si se tratase de un café bien oscuro.

De vez en cuando, los rayos del sol revelan su verdadera naturaleza marrón, pero cuando lo notas con luces débiles o en las sombras, da la impresión de que son tan oscuros como la noche: penetrantes, profundos. Sus cejas dibujan una mirada marcada, seductora, atrevida. Verla directamente me deja estúpido.

Su rostro es un deleite, sus labios son delgados y dibujados a la perfección. Es de piel clara, a comparación de mí, muy blanca. Y, mientras firmaba, la observaba para poder estudiar cada detalle de su presencia. Quería conocerla al máximo, es decir, compartiría tres meses con ella.

Eva soltó el bolígrafo y les preguntó a los científicos algo que me pareció prudente, pero que, de la forma en que lo hizo, parecía que no estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Y deberemos tener sexo?

—Deber es una palabra fuerte. Es un matrimonio, lo ideal sería que se comportaran como tal. Da igual que hagan, lo importante es que lo documenten y nos hagan entrega de esa información en ese momento, nos miró a ambos, queriendo darle peso a sus palabras: detallado por completo. Todo.

—Bien, supongo.

—No debería haber ningún problema dije, tratando de amainar la situación.

Y de esa forma, partimos a lo que supusimos, algo completamente diferente para nosotros.

Nos dimos las manos con los experimentadores, nos hicieron entrega de dos cuadernos gruesos con cubierta de cuero y nuestros nombres grabados en la portada. Ese sería el diario. Me invadió la duda de si debíamos llenarlo por completo o no importaba cuantas páginas nos tomase.

Una vez hecho eso, ya no teníamos nada de que ocuparnos en esa oficina. Y

cuando salimos de aquel piso, nuestra vida como casados comenzó. Eva había ofrecido su casa, por lo tanto, yo no sabía cómo llegar. Pero, no me quejaba, después de todo, fue la mejor opción. De eso estoy seguro.

Fuimos hasta el ascensor. Yo presione planta baja. Deberíamos tomar un taxi para que no llevase hasta donde vivía ella. Me preocupaba que supiera en donde vivía, por lo que traté de no darle importancia al hecho de que mis cosas debían ser llevadas hasta su casa. En cualquier momento las iría a buscar, así que no le di una importancia inmediata.

Supuse que iríamos hasta planta baja y de ahí cogeríamos el taxi. Ella presionó aquel que nos dirigía al estacionamiento. «Tiene un coche» pensé. En el peor de los casos, podría tener una limosina, pero sabía que no habría tanta coincidencia. Comenzamos a bajar.

Nos faltaban veinte pisos para llegar al sótano. El silencio, se hacía cada vez más espeso. Quería decir algo, quería poder voltear a verla, saber más de ella: qué le gustaba, qué hacía para vivir; si tenía hijos, cuál era su edad. Quería conversar, después de todo, seríamos marido y mujer. Aun no consumábamos el matrimonio cosa que creo que no haremos jamás □ pero, no importa, al menos eso somos.

Ella respiraba con fuerza; podía escuchar como exhalaba el aire de su nariz. Creí que estaba molesta o decepcionada, pero era simplemente un efecto del silencio, de su forma de respirar. Era fuerte, imponente. Era una mujer alta, claro está. Creo que precisamente porque les dije a los experimentadores que me gustaban así, eso me agradó. Llevaba tacones, se elevaba unos cuantos centímetros sobre mi cabeza. Se notaba mucho más alta de lo que era.

Estuvimos sin hablar varios minutos que se hicieron eternos para mí. Hasta que ella rompió el hielo.

—Entonces, te llamas Adán dijo. Vaya forma para comenzar una conversación.

—Sí. Ese es mi nombre dije, no ayudando demasiado a hacer todo mejor, y tú, Eva.

—Sí. Eso lo sé respondió, sin siquiera mirarme. Me sentía como un idiota, hablando así.

De nuevo, otro silencio, hasta que yo decidí hablar.

—¿Y qué te motivó a participar? ¿Necesitas el dinero? Yo no sabía el dinero

hasta que llegué aquí.

—No sé, solo quería hacer algo diferente. Y no, no necesito el dinero.

—Qué bueno... yo no sé. Creo que es un plus. Esto puede ser algo interesante y, además, ganaría algo de dinero.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Seguíamos viendo hacía la puerta. No hicimos contacto visual en ningún momento, fue bueno, estaba nervioso. No quería que supiera que estaba nervioso.

—En bus. Tomé la...

—No, me refiero a cómo supiste de este experimento me dijo, bajando su mirada. Sé que lo hizo, pero no me moví para asegurarlo. Muy nervioso para ello.

—Bueno, estaba caminando por la calle cuando un hombre me entregó un folleto que no decía mucho al respecto. Así que me dio curiosidad, y cómo recientemente conseguí suficiente tiempo libre, supuse que valdría la pena hacer algo diferente.

—¿Eso es todo? ¿Solo tenías tiempo libre?

Pude notar que no le agradó mi respuesta. No supe por qué, sólo no le agradó.

—Sí. Tomé una decisión, y eso me llevó a dejar cosas atrás. Ahora, solo trato de vivir el momento y adaptarme al cambio.

—Y por eso tienes tiempo libre. ¿No trabajas?

—No. Por ahora no comencé a sentir que había una vibra desagradable en mis palabras. No para mí, para ella. Tuve que acomodarlo de inmediato. Pero si quieres, consigo un trabajo. Es decir, lo necesito, aunque si tú quieres, puedo tratar de conseguir uno más rápido.

—¿No tienes ninguna carrera universitaria?

—Que haya terminado, no.

En ese momento, se abrieron las puertas del ascensor. Aquella caja de metal bajó de manera ininterrumpida hasta que llegó a nuestro destino. Me pareció raro que nadie lo hubiese llamado. En lo que dije aquellas palabras, me dispuse a salir, dejándola atrás. Tal vez comenzó a decepcionarse de mí. Vaya

primera impresión.

Me giré para saber por qué no bajaba. Estaba parada, con la mirada perdida. Pensando en algo, supongo. Así se veía. Luego, se reincorporó al mundo de los vivos y caminó despreocupada. Como si hubiese aceptado algo; sea lo que fuese.

—Vale. Ven. Sígueme.

Caminamos por unos cuantos metros hasta un coche negro, último modelo. No parecía que lo sacase mucho del garaje, estaba reluciente, incluso tenía un peculiar olor a nuevo, pero se notaba que era de ella. No dejaba esa sensación de extrañeza que queda cuando alguien no está acostumbrado a algo. La conversación continuó.

—¿Entonces no tienes ninguna carrera universitaria? preguntó, mientras encendía el motor y comenzaba a mover el volante para alinear los neumáticos.

—Sí. Bueno. Estuve estudiando química, pero sentía que no era lo mío.

—¿Desde hace cuánto?

—Un año y medio, más o menos.

—Y antes de eso, qué hacías preguntó. El coche comenzó a moverse dentro de aquel laberinto de coches.

—Estudiaba comercio.

—También lo dejaste, supongo hablaba conmigo, pero sin verme. Estaba observando el camino por donde iba y por el cual iría.

—Sí... no quise explicarle el motivo, sentía que ya estaba dejándome lo suficientemente mal con decirle que no terminé la universidad.

—Vale, vale.

—No te molesta, ¿verdad?

—¿Molestarme? ¿Por qué?

—No sé, siento que te molesta.

—No, para nada. No te preocupes. Sólo preguntaba dijo, esta vez, girando su rostro para verme. Creo que para hacerme sentir cómodo. No sé.

Quería dar una buena impresión. Supongo que no lo estaba logrando.

* * * *

Conversamos durante todo el camino. Nada parecía fuera de lo normal. Era un joven de estudios, mejor dicho, estudiaba; los abandonó para buscar algo nuevo. Supongo que no puedo culparlo, yo estoy buscando algo nuevo, de haber estado estudiando, lo habría hecho. Pienso que, si me concentro en buscarle fallas, haré de esta experiencia algo problemático; obtendría resultados negativos. De eso estoy segura.

Llegamos a mi departamento. Le expliqué de qué trabajaba, qué hacía con mi vida. No me preguntó mucho, parecía nervioso. Creo que lo intimidé un poco. Le pregunté si quería que nos acercásemos por donde vivía para recoger sus cosas, a lo que respondió que no, un tanto alarmado. De nuevo, traté de no darle mucha importancia.

Era evidente que nos sentíamos incómodos con la presencia del otro. No estaba segura de sí se debía al matrimonio espontáneo o a que alguno de los dos estaba inconforme con la decisión de aquellos que llevaban batas.

Sé que yo no. Ya para cuando llegamos a casa, las cosas dejaron de parecerme extrañas. Supongo que me adapté, es una forma de decirlo. No estaba cuestionando la posibilidad del fracaso, o si era buena o mala idea seguir con esto. Ya estoy aquí, me sumergí hasta las rodillas, creo que sería elocuente sumergir el resto de mi cuerpo.

Cuando vi la hora en la nevera luego de ir a buscar agua, me percaté que estuvimos más o menos cinco horas en aquel edificio. Con razón me pareció eterno. Faltaba poco para que anocheciese, por lo que necesitábamos saber en dónde dormiríamos. No tardé en expresar mi incomodidad. Era evidente que no esperaba dormirme con un completo extraño esa misma noche. A lo que él respondió:

—No creo que haya problema. Creo que puedo dormir en el sofá. Se ve cómodo no lo era. No te preocupes me dijo.

Parecía estar muy tranquilo con mi decisión. No creo que faltase mucho para

que en algún momento durmiéramos en la misma cama, después de todo, en el matrimonio, eso era eventual. Estoy convencida de que sucederá tarde o temprano. ¿Quiero que suceda? De eso no estoy segura aún.

Ahora, antes de que nos toque acercarnos más de lo que esperamos, nos tomará tiempo para adaptarnos a las situaciones que se nos han puesto presente. Creo que, si llego a conocerlo más, todo esto se convierta en algo entretenido.

No hicimos más nada esa noche que irnos directamente a dormir. Ni siquiera cenamos.

Hoy me desperté sabiendo que algo no andaba bien. No estaba sola. Tarde en darme cuenta de qué sucedía, se me había olvidado. Todo parecía tan irreal. Tras entrar en razón, salí de mi habitación para conseguirlo en mi cocina preparando el desayuno. Era primera vez que me sucedía.

Me sorprendió conseguirlo en esas condiciones. Es un hombre atractivo. Durante todo el día me costó adaptarme a la idea de que era un hombre, y más aún, mi esposo. Tal vez no es necesario verlo como tal, solo lo será por tres meses.

—Oh, buenos días. No sabía a qué hora despertabas, así que me tocó pararme un poco antes que tú.

—¿Hace cuánto estás despierto?

—Desde hace tres horas.

—Son las siete de la mañana.

—Sí, lo sé. La verdad es que no dormí muy bien, así que por eso me desperté antes.

Normalmente suelo dormir semidesnuda, me tuve que tapar con una bata para poder salir. Se siente extraño. Él, llevaba la misma ropa del día anterior; él no quiso ir a buscar sus cosas. Me quedé en silencio ya que no sabía qué más decirle. Estaba distraído en lo suyo, yo, a penas conseguía concentrarme en lo que estaba sucediendo. De nuevo, me dio la impresión de que estaba muy bien adaptado al hecho de estar en mi casa, es decir, hasta cocinando se encontraba.

Me senté en el medio de la isla que separaba la cocina de la sala de estar. Mi apartamento tiene un concepto abierto. Está la entrada; a unos cuantos metros a la izquierda se encuentra la cocina de dos piezas que se definen por la isla en

donde está la cocina empotrada y el lavamanos con algunas mesas; y en frente de ella, un juego de estantes, la nevera, el horno eléctrico a la altura del torso y otras cosas que se pueden encontrar en cualquier cocina. Moderna y abierta. Diagonal está el camino al baño, el cuarto principal y una oficina.

Cerca de la cocina está la sala, que es en donde él durmió. Con unas ventanas que dan a la terraza y un televisor en frente de los muebles.

No sé por qué describo mi hogar, no creo que sea necesario, pero supongo que es porque me estoy tomando muy en serio lo que me dijeron aquellos que llevaban bata: «cada detalle», o algo así era.

Bueno, en ese momento, me acerqué a las sillas altas que estaban en frente de la isla, para sentarme, y me dediqué a verlo.

—¿Cómo amaneciste? me preguntó sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Bien, supongo. Igual que siempre.

—Siempre duermes bien preguntó, levantando la mirada mientras cortaba unas cebollas.

—Sí, eso creo. ¿Por qué lo preguntas?

Mirándome a los ojos sonrió y bajó la mirada para continuar con lo que hacía mientras me respondía.

—Bueno, que cuando algo está mal, es cuando alguien lo nota. Es como cuando estás enfermo. Sabes que lo estas porque no estás acostumbrado a estarlo. Entonces, es ahí en donde encuentras la diferencia.

Me quedé callada. No esperaba que me dijera algo así. Presumo que creyó que no le había entendido, porque de inmediato dejó de cortar y volvió a levantar la mirada.

—No reconocemos cuando estamos sanos porque no hay nada que nos haga reconocerlo, simplemente seguimos con nuestras vidas. En cambio, cuando estamos enfermos, de inmediato lo sabemos. Así sucede con la sensación de felicidad; nadie sabe que está feliz, solo saben cuándo están tristes.

—Sí, creo que lo entendí a la primera.

—Ah, vale, vale. Creí que no lo habías entendido, disculpa.

La explicación de Adán me dejó pensando un rato. No lo había pensado antes.

«Nadie sabe cuándo está feliz», sonaba como una afirmación bastante pesada. Pero tenía sentido, por lo menos para mí. Continué viéndolo cocinar, parecía que estaba terminando.

—¿Qué estás preparando?

—Un omelette.

—Vaya. Nunca me habían hecho un omelette.

—¿Nunca has comprado un omelette?

—Sí, pero no me habían preparado ninguno en mi casa.

—Bueno, entonces estas a punto de probar uno por primera vez.

Comenzó a colocar lo que hacía en un sartén. Parecía que sabía lo que hacía, y que lo había hecho antes. Le había quedado delicioso, aún recuerdo su sabor. Cuando lo sirvió lo puso delicadamente sobre un plato blanco y lo decoró. Se notaba feliz, tenía una sonrisa dibujada en el rostro mientras hacía todo eso. Me mantuve callada. A penas llevábamos conociéndonos unas cuantas horas, ni siquiera habíamos terminado de compartir un sólo día juntos.

No pude ocultar lo mucho que me gustó su desayuno. Inmediatamente lo probé, le dije que le había quedado delicioso. Tenía talento, recuerdo que se lo mencioné de tal forma que sus ojos se iluminaron de un brillo, se notaba realizado. Me sonrió y siguió con lo suyo.

Cuando estábamos comiendo me preguntó a qué hora trabajaba.

—A las nueve le dije, mientras me tomaba el café que me había servido.

—Qué bueno. Entonces, creo que me tocará salir a buscar trabajo igual.

—Está bien.

—¿A qué hora regresas? A ver si así te espero por algún lugar cerca de mi casa con lo que me pueda traer, ya que me dijiste ayer si quería buscarlo. Tú sabes, me pasas buscando, si no es mucha molestia.

—Bueno, la verdad es que no saco el coche muy a menudo porque trabajo a unas cuantas calles de aquí.

—Oh, ya veo. Entonces, no importa, yo resuelvo.

—Pero, si quieres... intenté decirle que podría prestarle mi coche, empero, creo que era mejor no hacerlo. Aun no sé qué tipo de persona es.

—No te preocupes, no será la primera vez que tomo el bus dijo. No parecía decepcionado, así que no le insistí.

Me fui al rato con él. Se aseó un poco y salimos del departamento al mismo tiempo. Se despidió con un «nos vemos más tarde». Fue algo incómodo, no sabíamos cómo proceder. Se supone que debemos tener una relación de esposos, pero, las cosas se hacen complicadas cuando no coones a tu pareja ¿habrá sido así en esa época en que casaban a las mujeres muy jóvenes con hombres que apenas conocían? Sí, es apuesto, se nota que es inteligente, pero no sé, aun no creo conocerlo del todo.

Pero bueno, luego que llegué del trabajo, lo conseguí sentado con sus cosas en frente de la puerta. Se había quedado dormido mientras me esperaba. No tenía muchas cosas relevantes, solo dos maletas y una caja con varios libros. Supuse que vivía en un lugar pequeño, después de todo, no tenía trabajo. Todavía no sé cómo le hacía para comer y esas cosas, pero no creo que sea prudente preguntárselo todavía.

Le desperté en cuanto lo vi, y me dispuse a ayudarlo a pasar. Tenía puesta otra ropa, por lo que supuse que se había bañado en su departamento, o por lo menos se cambió. Le mostré en donde podría guardar sus cosas.

No tengo en donde más colocar objetos personales cómo esos, así que le ofrecí la mitad de mi closet. Es grande, ahí puede acomodarse. Justamente ahora está tratando de arreglarse. Creo que eso es un paso, después de todo, el baño está prácticamente dentro de mi habitación (se conectan), por lo que significa que en algún momento deberemos vernos desnudos.

Desnudos. Me lo imagino y me parece extraño. La posibilidad de intimar con él no me aterra, es decir, he visto a otros hombres desnudos, sólo que esta vez se trata de mi esposo, debo verlo como tal y es precisamente eso lo que me hace sentir extraña. No sé él, pero así es cómo me siento yo. Aunque, a pesar de todo, creo que podría cambiar, no se ve una mala persona. De hecho, desde aquí se ve bastante enfocado en lo que hace.

Me distrae un poco, verlo luchando con el espacio; no creí que fuese a tener tanta ropa en esas maletas... la ventaja de ser hombre, creo yo.

Me distraje de nuevo.

Se siente igual que cuando lo vi cocinando. ¿En qué estaré pensando? Es decir, más allá de lo obvio. Supongo que es porque trato de adaptarme a la idea de

que debo tener una relación, por lo que me siento predispuesta a tenerla sin importar qué. Parece algo desesperado. Es mejor que me calme un poco y veo cómo se desenvuelven las cosas. No quiero ser yo quien termine entregándose por completo; mejor espero a ver cómo se comporta. Un día no es suficiente para querer a alguien.

* * * *

Ya veo por qué el coche de Eva parecía nuevo. Es de esperarse cuando no lo saca muy a menudo. Ya llegué de buscar mis cosas en el departamento que mis padres me compraron. Me di cuenta que no tenía muchas cosas, solo se me quedaron algunas prendas y los zapatos, que no tenía en donde guardarlos. Es bueno que me hayan dejado llevarme lo que tenía cuando vivía en sus casas, sería horrible aparecerme con algo más que un par de camisas. Ya es suficiente con que no tenga estudios ni trabajo, cosa que creo que sí le afecto saber.

Cuando las personas le dedican mucho tiempo al ocio, y lo sé porque me ha pasado, suelen crear nuevas y mejores formas de perder el tiempo, cosas que, sin importar qué tan fútiles sean, o qué tan importante es aquello que dejan de hacer, no lo evitan, e incluso, lo disfrutan. Ahora me arrepiento de esa vida, sencillamente porque no estoy dando la mejor impresión a alguien como Eva, ella se merecía más que esto, más que yo.

Aunque, tengo más problemas de los que creo, o solamente me estoy ahogando en un vaso de agua, es decir, no sé cómo decirles a mis padres que dejé los estudios, y para variar, que me casé. Parece mucha información para una sola llamada. Mi madre no lo tomaría tan mal, la parte de mi casamiento, claro está, aunque eso generaría muchas preguntas, las cuales no sé cómo responder sin dar muchos detalles... no, mejor no. Creo que lo mejor sería dejarlo así. No quiero confundirla con eso.

«Hola mamá, dejé los estudios y me casé por tres meses» no suena tan bien. Menos mal que lo escribí, habría sido incomodo averiguarlo con ella al teléfono. Además, ¿qué diría mi padre? Él se molestaría conmigo, estoy seguro. A pesar de que no sé qué quiere para mí, ni conmigo, aparte de que no

me habla; que le venga con esa noticia, puede que haga que me desherede de una vez por todas. Aunque, con o sin eso, es de esperarse, soy una decepción para él, soy una decepción para mí.

Creo que mejor me dedico por completo a buscar un trabajo, de todos modos, lo iba a hacer y, luego de que me establezca un poco, los visitaré. Lo necesito, hace falta. Las responsabilidades no son lo mío, pero, siento que debo hacer todo lo que no acostumbraba ahora que estoy casado, es un gran paso y debo comprometerme al máximo.

Ya no debo tener más intereses triviales, más búsquedas imposibles, ya no puedo comportarme como un crío. Supongo que es hora de cambiar. Ya no puedo andar en ociosidades.

¿Me estaré preocupando en vano? Estoy seguro que las cosas saldrán bien, no tengo nada que perder, no todavía. Bien, eso no importa, no debo hablar de eso, se supone que debo escribir sobre Eva. ¿Qué puedo decir de ella? Es atractiva, eso ya lo dije. Hasta los momentos, es lo que físicamente quería en una mujer.

Realmente me gusta porque tiene esa apariencia de chica buena, que tiene buenas intenciones pero que a la vez es un completo enigma. Y sé que no puedo decir mucho de su personalidad porque a penas la conozco, siquiera he compartido con ella un día completo, aunque espero hacerlo cuanto antes.

Esta mañana le cociné. Quería hacerlo, quería demostrarle que no era un completo inútil. Por fortuna, y por lo que vi en cómo era su casa, gana suficiente como para tener ingredientes adecuados. Le hice un omelette. Me dijo que le gusto bastante, eso me hizo sentir bien, me gustó que le haya gustado; no había tenido a nadie a quien cocinarle.

Para ser honestos, es mi primera relación seria, no estoy acostumbrado a algo así estable, ahora me encuentro con que estoy casado ¡vaya!, ¿no? Quién lo diría. Sí... me hizo sentir bien que me dijera eso. Tal vez demasiado. Pero bueno, espero prepararle hoy la cena, quiero ver con qué otra cosa puedo sorprenderla. Quiero acomodar esa mala primera impresión que le di al decirle que no tenía trabajo. Tal vez me ayude en eso.

* * * *

Me quedé dormido luego de escribir un rato. Me desperté en lo que ella llegó. Me ofreció la mitad de su closet, no sé qué pueda significar, si es que significa algo. Por otro lado, cosa que parece que tal vez guarde una relación, pude notar que en su habitación había una puerta que daba al baño, espero que no sea un problema.

No estoy seguro de si ella quiere que durmamos juntos, anoche no lo hicimos, tal vez esta noche tampoco lo hagamos. Creo que necesita tiempo para acomodarse a esa idea; de seguro espera que nos sintamos más cómodos.

Interactuamos luego de que terminé de luchar con el closet. Estaba escribiendo en su diario. Me pregunto que habrá dicho de mí.

—¿Lograste acomodarlo todo?

—Sí. Todo está listo.

—Entonces mañana buscaras lo que te falta.

—Sí, eso haré. Luego, trataré de buscar un empleo. Ahí veo que me consigo.

—Y por qué no buscaste un empleo antes. No sé, mientras estudiabas preguntó, cerrando su diario para enfocar su atención en mí.

—Porque estaba estudiando.

—No es tan grave. Las personas estudian y trabajan todo el tiempo. ¿Qué hay de diferente contigo?

—Bueno, la verdad no le vi ningún problema. Estaba cómodo, supongo.

—¿Cómodo?

—Sí.

Es de esperarse que no entendiese cómo estaría cómodo si no tenía trabajo. Es decir, ¿de dónde sacaba el dinero entonces? Merecía saberlo. No es como que fuese un secreto, ni nada.

—Mis padres me ayudaban. Me enviaban dinero para lo estrictamente necesario: comida, renta, servicios, lo necesario para poder transportarme por la ciudad en bus.

—Entonces, así es como sobrevivías.

—Sí, ahora que abandoné mis estudios, no me enviarán más dinero. Solo falta que se enteren que no estoy yendo a la universidad para que dejen de hacerlo.

—Vaya.

—Sí, supongo que no es lo que esperabas de tu esposo. Debo de ser una decepción para ti.

Me senté en la cama para contemplar el suelo. No soy bueno para ser dramático, ni siquiera sirvo para dar lastima, pero en ese momento, con los problemas que me atormentaban: saber que no tendría dinero, saber que sería un despojo para mis padres, el que poco me tocaría comer. Todo eso me parecía algo terrible; es difícil suponer una adversidad si no tienes los medios para superarla.

Durante tres meses todo estará tranquilo, luego, los treinta mil euros, pero luego de ellos ¿qué? Lo más probable es que no me duren mucho y termine en las mismas. Estaré de nuevo solo, estoy seguro de ello, ya que Eva no parece muy interesada en pasar el resto de su vida conmigo, sin embargo, de ser así, no creo que quiera que sea un completo inútil. Ya de por sí no hago nada bien, no quiero imaginar cómo será después.

—No estoy decepcionada Afirmó Eva. Sus palabras sonaban dulces. Creo que intentaba hacerme sentir bien contra todo pronóstico.

Levanté mi mirada para verla. Aquella mujer en sus ropas para andar en casa, con el cabello suelto, el rostro sin maquillaje, sus pies desnudos y su sonrisa pura, me dejó la impresión de que era la imagen que quería ver todos los días. Estaba sentada de lado en la silla del tocador, con un pie en el suelo y el otro sobre el asiento, haciendo que su rodilla tocara su barbilla. No quise hablar, por miedo de arruinar el momento.

—Y tus padres qué hacen para darte dinero. ¿Tienen ahorros o algo por el estilo? agregó.

—No, es como que tienen un fondo dedicado solamente para mí, es decir, no les afecta darme dinero, creo que ni siquiera les importa cuánto me den... este, lo que digo es que son millonarios, y por eso no les molesta.

—Vaya parecía interesada en la conversación. Me motivaba a seguir hablando.

—Sí. Pero no me dan mucho dinero que digamos. Hace unos años me dijeron que debía ganar mi propio dinero, que «nosotros» no éramos millonarios que

«ellos eran millonarios» por lo tanto, si quería aprender el valor de las cosas, debía esforzarme.

—Suenan como unos buenos padres, eso haría yo si llego a tener hijos. No me gustan los niños mimados que no pueden vivir sin el dinero de mami y papi.

Lo dijo de tal forma que, si yo hubiese sido otra persona, me hubiese ofendido. Sé que no era un niño consentido, ni me comportaba como tal, por lo que supuse que sus palabras solo eran parte del contexto y no iban dirigidas a mí.

—Bueno, pues seguro te caerían muy bien si llegan a conocerse. Lo bueno es que no soy así, no me dejaron. Solo que esta vez, me dijeron que solo me ayudarían si seguía estudiando, pero, aquella carrera no era lo mío.

—Ni contabilidad señaló.

—Exactamente, ni la otra que tuve antes de esa.

—¿Has abandonado tres carreras universitarias?

—Sí. ¿Aún no te decepciono?

—No, creo que no me has decepcionado todavía, no te preocupes.

De repente, se acomodó en su asiento, modificando el efecto de la conversación. Todo parecía tener menos importancia, como cuando alguien se levanta luego de terminar de hablar y, de esa forma, ya sabes que has terminado.

—Tengo hambre dijo. Deberíamos buscar algo para comer.

En ese momento pensé que mi momento había llegado.

—Yo cocino respondí.

—Pues, me parece una magnífica idea me dijo.

Nos dirigimos a la cocina. Le preparé la cena. Le hice una pasta a la carbonara, le encantó. No ocultó su agrado por ello. Creo que soy bueno en esto. Ella me dijo lo mismo, aunque de otra forma; me recordó a mi madre cuando notaba que era bueno en algo «deberías dedicarte a eso, busca un trabajo» decía. Sólo que, lo que mencionó Eva, sonó más agradable.

Con un poco de espagueti en la boca y con los gestos de placer que producen las cosas deliciosas, habló:

—Deberías trabajar de cocinero. Busca un trabajo en una cocina.

—Mi madre solía decirme lo mismo.

Terminó de masticar y agregó:

—Entonces, por qué no lo has hecho aún preguntó.

—Porque la cocina es un trabajo complicado. Muchos suponen que es algo genial, que se harán famosos, que ganarán muchas estrellas Michelin, serán como Gordon Ramsay, que tendrán un programa de televisión. Cuando en realidad el trabajo profesional en una cocina es duro, complicado, e incluso, hasta mal pagado.

—Como muchas otras cosas.

Yo continuaba dándole más importancia a mi plato. Quería evadir mi atención del problema, ya que suponía hacia donde se dirigía aquella conversación; no me sentía cómodo con ello. Estábamos sentados a la mesa; esta se encontraba entre la sala y la cocina. Ella en frente de mí, observándome mientras hablábamos. Podría sentir su mirada; su presencia era raramente pesada.

—Sí, sólo los que trabajan en cocinas realmente reconocidas, son los que ganan bien añadí, suponiendo que sería suficiente para resaltar mi punto.

—Parece que sabes mucho del tema.

—Sí, he querido intentarlo. He estado de ayudante por poco tiempo, además que me han enseñado bien.

—Quién te enseñó a cocinar ¿tu padre?

—No, él no cocina. ¿Recuerdas que te dije que eran millonarios?

—Sí.

—Bueno, por muchos años llegamos a tener un gran cocinero preparándonos la comida y me enseñó todo lo que pudo mientras estuvo a nuestros servicios.

—Vaya. Eso no le pasa a cualquiera dijo, con cierto tono de voz que me hizo suponer que estaba sorprendida. Es decir, tenía razón.

—Sí.

—¿Y has intentado comunicarte con él para ver si te da trabajo? Tal vez te recuerde y te de un puesto en su cocina.

—No lo sé. No lo pensé jamás. Es que, como te dije, no creo que esto sea una vocación. No sé qué quiero para mi vida.

—Creo que, si sigues con esa lástima que te tienes, lograrás que me decepcione.

Detuve el camino de mi tenedor para mirarla a los ojos. Se notaba irritada, supongo que si llegué a hacerla molestar.

—Este...

—Estamos casados ahora dijo y no quiero que mi esposo esté desperdiciando su vida.

—Pero si...

Comenzó a hablar más y más firme. Tenía ese tono de voz de mando característico de un jefe, de un padre. Se notaba que era toda una mujer exitosa, no cabía duda de por qué.

—¿Quieres hacer algo?

—Sí.

—¿Sabes qué hacer?

—No.

—Entonces, yo te diré qué hacer, para que lo hagas y veas que si puedes.

Yo no estoy acostumbrado a luchar en contra de la corriente. Por lo que, permití dejarme persuadir por aquella belleza.

—Está bien. ¿Qué propones?

—Bueno, que busques un trabajo en una cocina, y luego, no sé si quieras hacerlo antes o después, averiguas en donde está ese quien te enseñó y le preguntas si quiere darte un trabajo. ¿Entendido?

—Sí, me parece bien.

—Perfecto.

—Perfecto dije.

Continuamos con nuestra cena. Ya llevábamos acumulado un día de conocernos y la experiencia del matrimonio no parecía ir tan mal entre los dos.

Por otro lado, (porque creo que no había terminado la idea) no creo que vaya a dormir hoy con ella, es decir, no compartiremos la cama, no es que espere

intimar de alguna forma; lo veo difícil. Por lo menos su cama es grande.

En tal caso, no la obligaré a hacer algo que no quiera, no sería correcto; me parece malo ser un esposo controlador... por eso, accederé a todas las ideas que me proponga; además, para demostrar que sí lo haré, mañana buscaré trabajo en alguna cocina, no importa cuál, no importa de qué, lo intentaré. Ella me propuso esa idea, quiere que lo haga; mientras sea mi esposa, ejerce ese poder sobre mí.

* * * *

Ese mismo día, en el diario de Eva:

Siento que me estoy acercando mucho a Adán, no es normal, la verdad, no me esperaba que algo así sucediera.

Después:

No he escrito nada de lo que ha sucedido en las últimas semanas. Cuatro, casi un mes, para ser exacta, y supongo que debo hacerlo cuanto antes mientras que los recuerdos aún están frescos en mi memoria.

¿Por dónde empiezo?

Bueno, Adán consiguió trabajo, cosa que me alegró demasiado no sé por qué □ , lo celebramos saliendo esa noche a comer, luego de... este.

Me había dicho que llevaba buscando desde el día que le propuse que consiguiera un trabajo en alguna cocina, tardó casi una semana y media en conseguirlo. Durante esos días salíamos temprano de la casa, él regresaba antes de las seis de la tarde.

Me contaba todo acerca de su búsqueda de trabajo ya que no es alguien que oculte lo que hace. No le importaba. Cada vez que le preguntaba cómo le fue, me respondía que no había logrado mucho, hasta el punto en que comencé a preocuparme de que no lo consiguiese jamás, algo así como si lo necesitaríamos para vivir, muy a pesar de que no fuera cierto.

Durante ese tiempo comencé a verlo diferente; se notaba que era un hombre que quería tener el éxito que siempre deseó y que haría lo que fuese para

lograrlo.

Después de ese día, las cosas han cambiado un poco, más que todo porque gracias a eso por fin dimos el primer pasó como pareja.

Vale, a lo que estaba diciendo:

Antes de llegar con aquella noticia que me alegró bastante (y estoy segura que, si esto hubiese sucedido los primeros días, no habría pasado nada), compartíamos solamente algunas conversaciones ocasionales durante el desayuno o la cena, siendo esas las únicas dos comidas del día en la que estábamos juntos; situaciones por las cuales pienso que ayudaron a que todo pasara como pasó, porque, a pesar de ser algo escaso, casi nulo para cualquiera, se había llenado de significado para él y para mí.

Por lo menos para mí, es la primera relación de casada que tengo. Cualquier buen momento que tuviera con él, era algo positivo.

De hecho, cada noche lo descubría viéndome mientras comía: atento, radiante. Me intimidaba al principio porque no entendía el motivo por el cual me observaba de esa forma, espero, me hacía sentir bien notarlo, saber que lo estaba haciendo.

No es que sea nuevo para mí que un hombre me admire, tampoco es que lo estoy presumiendo, solo que, el hecho de que él lo hiciera mejoraba muchas cosas. Gracias a eso, poco a poco nos fuimos conociendo, sin embargo, yo siento que aún falta mucho por saber de Adán.

De acuerdo, de nuevo con lo que decía: todo sucedió diferente ese día. Ya eran varios los días en los que me decía cada vez que llegaba a la casa que no había logrado conseguir trabajo, cosa que me había comenzado a hacer sentir mal. No sólo porque no estaba logrando algo que se había propuesto, sino que eso podría hacer que nuestro experimento fuera a caer en cualquier momento.

No era su culpa, o tal vez sí, no lo sé.

Entonces, estaba dispuesta a decirle que abandonase esa búsqueda y se concentrase en otro oficio, es decir, siempre hay algo en lo que somos bueno y no lo sabemos, tal vez ese era su caso, tal vez lo de la cocina solo sería un hobby por el resto de su vida.

Por suerte, me equivoqué.

Ese día llegué temprano para decirle eso, para proponerle que dejase de

intentar (creo que me comprometí demasiado con esa idea), bueno. Estaba frustrada, no solo porque él no conseguía algo (siento que el compartir todos estos días con él, lo han estado haciendo relevante, tal vez demasiado) sino porque no parecía del todo preocupado.

Su actitud durante esos días no era como la de una persona que no consigue trabajo. Él bromeaba, sonreía con ese perfecto arco que dibujaban sus labios, casi como si lo hiciera a propósito, como si estuviese planeando todo el día cómo hacerlo mejor; eso me molestaba porque me hacía creer que no lo estaba intentando en verdad. Hasta que llegó con aquella noticia.

Me sentí ralmente aliviada y emocionada. Todo había sucedido de forma natural. Él entró a la casa, como si estuviese decepcionado (ya le había dado una copia de la llave ¿otro paso de confianza?), sentí que se repetiría todo de nuevo, que me vería obligada a decirle lo que tenía en mente.

—¿Cómo te fue hoy? le pregunté, pensando que ya sabía la respuesta.

—Bueno, hoy estuve en una cocina por un rato, tratando de que el jefe me entrevistase... dijo, sin mostrar ninguna señal de entusiasmo.

—Entonces pregunté impaciente.

—Cuando por fin se desocupó, comenzó a preguntarme por qué quería cocinar y eso.

—¿Qué más te preguntó?

—Bueno, me preguntó qué tanta experiencia en una cocina tenía, si había trabajado antes en la industria de la comida, si había estudiado por lo menos en alguna academia, algún curso, lo que fuera; me preguntó que por qué quería comenzar a trabajar con él.

Sus palabras parecían bastante decepcionantes. Se notaba que de nuevo le habían negado el trabajo y yo comenzaba a sentirme mal por él, por los dos, porque por algún motivo me sentía tan mal como Adán, como si a mí me hubiesen rechazado.

Yo sabía que él no tenía ninguna de esas cosas que le preguntó ese hombre, es decir, no tenía una experiencia relevante, mucho menos los conocimientos técnicos (hasta lo que yo sabía) de todo eso. En mi mente sólo pasaba la idea de cómo lo interrumpiría, incluso lo intenté.

—Adán, yo creo que... iba a decirle, pero él me interrumpió antes de que

podiera hablar.

—Entonces me pidió que le hiciera alguna demostración de mis habilidades y me evaluó por un rato hasta que me preguntó si en verdad lo quería.

Respiré profundo. Debía esperar a que terminara para poder confrontarlo.

—¿Qué más?

Estaba tensa, quería saber todo. Tal vez había algo que me estaba ocultando, pero más que todo porque no sabía cómo tomaría mi repentino cambio de opinión con respecto a que trabajase como cocinero. Quería que dejara de hablar para liberarme de la presión que sentía.

—Y le dije que lo suficiente como para continuar buscando un lugar en donde trabajar sin importar qué. Entonces me dijo:

—*Yo te puedo ofrecer trabajo, si me aseguras que te esforzarás lo suficiente como para salir del hueco en el que tengo planeado meterte.*

—Y yo le dije: Bueno, cualquier cosa será mejor que nada. Estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de trabajar en una cocina. Y él me respondió:

—*Entonces, comienzas mañana mismo. Espero no arruines esta oportunidad.*

Por un momento me distraje, no tenía sentido. Sí, sus palabras eran bastante claras, pero, los nervios hacían que le prestase menos atención. Él se dio cuenta de ello y resumió todo de nuevo:

—Así que ahora tengo trabajo.

En ese preciso instante todo se aclaró en mi mente. Me sentí como si todos mis músculos se relajaran al mismo tiempo, como si me hubiesen quitado kilos de peso de encima. Mi primera reacción fue gritar de entusiasmo, después, salté (aun no sé por qué demonios salté como una estúpida) y me lancé sobre él para abrazarlo, para después darle un beso en los labios. Esos malditos labios.

Tenía tiempo viéndoselos: gruesos, con un sutil lunar en el labio inferior. Me sentí en el cielo cuando por fin pude sentirlos apretando los míos. No se lo esperaba, yo tampoco me lo esperaba, y se notaba que al principio no sabía qué hacer, solamente tenía los labios abiertos moviéndose suavemente al compás de los míos, pero yo seguía emocionada por lo que no detuve mis

movimientos. Él me sostenía en sus brazos, yo no tocaba el suelo.

Sentía cómo sus manos presionaban mi espalda baja, casi tocándome las nalgas, con fuerza, tal vez un reflejo ante mi salto repentino. Estoy segura que por poco se cae. Yo sostenía su cabeza con mis manos, mientras mis codos apretaban nuestros pechos a la vez que mis pezones se comenzaban a erguir (sí, los besos suelen causarme eso. Soy sensible.), por el sabor, la textura y la calidez de sus labios. Me encontraba completamente sumergida en ellos.

Él comenzó a responder a mi beso con la misma intensidad; parecía que estaba aceptando lo que sucedía. Yo comencé a deslizarme hasta tocar el suelo mientras que nos continuábamos besando. No nos detuvimos, solo seguíamos sin pensar en lo demás.

Yo no soltaba su cabeza, él comenzó a apretar mi nuca por debajo de mi cabello mientras movía sus labios, opacando el movimiento de los míos. Es realmente bueno en lo que hace. No me arrepiento de haberlo hecho, de haberme dejado llevar por el calor del momento.

* * * *

Definitivamente, haber conseguido un trabajo ha sido algo realmente bueno, de principio a fin. No habría creído jamás que todo esto me llevaría a conseguir tales recompensas. Lo de anoche fue realmente increíble. Es decir, todo eso puso una línea entre lo que teníamos como pareja y lo que ahora tenemos como tal. Creo que ahora si actuamos como dos recién casados, no como antes, que difícilmente podíamos mantener una conversación.

¿Qué es eso que sucedió anoche? Sí, hice esa pregunta, por momentos olvido que estoy escribiendo esto para que lo lean y sepan que sucedió, y pues, supongo que, si van a tener registro de mi relación por estos tres meses, creo que sería bueno ponerle un poco de sabor a este diario.

Bien. ¿Qué es eso que sucedió anoche? Bueno, luego de que llegara de mi entrevista en la cocina, le dije a Eva lo bien que me fue. Entré a la casa como si no hubiese conseguido nada, para darle sabor a la situación, y la verdad no sé si ella lo entendió de esa forma, a pesar de reaccionar del modo en que lo hizo.

Le conté lo que hice y fue más o menos así: [...]

En lo que repetí que me habían dado el trabajo, porque se notaba que la estaba confundiendo, dio un grito que me aturdió; de inmediato comenzó a brincar de emoción, estaba alegre, radiante, hermosa. Se encontraba vestida en pijamas (no le gusta estar de otra forma en la casa que no sea con pijamas) y todo su cuerpo se veía libre. Con eso me refiero a que sus pechos saltaban con ella.

No creo que sea importante mencionarlo, pero, me pareció bastante sexy verla saltar mientras que su franela de tela de algodón se levantaba porque sus pechos rebotaban con sus saltos. Era ralmente atractivo, me dejó estúpido. De hecho, luego de ver eso, se abalanzó sobre mí para darme un abrazo. No entendía por qué tanta alegría, en todo ese tiempo que estuvimos conviviendo no la había visto alegrarse tanto.

En eso, luego del abrazo, apartó su rostro de mi hombro (claro, yo la cargaba todavía), y comenzó a besarme. Sentía sus pechos desnudos siendo separados por unos cuantos retazos de tela bastante delgados. Me dio una especie de escalofrió agradable. Ella continuaba besándome, moviendo sus labios.

No sé por qué yo no hacía otra cosa que mover los míos un poco. No era nada del otro mundo, era un beso. Bueno, sí era un gran beso, ralmente, tenía demasiado tiempo esperando a ver cuándo comenzaríamos a intimar como pareja. Era mucha información para procesar.

Tardé en recapacitar, pero lo logré. Comencé a marcar los movimientos, a jugar con su lengua. Ella estaba besándome con pasión, más que todo dominada por la emoción del momento, por lo que comencé a bajar el ritmo. Ella entendió el mensaje y fue haciendo lo mismo, incluso comenzó a dejarse caer para sostenerse ella misma así que aparté mis manos y las llevé a su nuca para apretarla levemente.

Ella (y lo recuerdo claramente porque me encantó que lo hiciera), se retorció un poco, como si eso le hubiese dado una mirmestesia excitante, hasta ahora he descubierto que es muy sensible al tacto, así que en ese momento usé eso a mi favor. Le acariciaba debajo del cabello y ella continuaba introduciendo su lengua en mi boca. Había tocado el botón adecuado.

Ya la emoción de mi nuevo empleo había pasado, eso era lo que menos nos importaba. Mi otra mano comenzó a posicionarse suavemente en su cintura (otro lugar sensible) y ella se agitaba cuando hacía algo como eso; encontrar

una zona delicada. La apreté con suavidad, sintiendo su piel por encima de esa suave tela, cogiendo entre mis dedos su carne.

Sostuve un poco de su cabello y lo jalé, ella se dejó, comenzó a mover sus manos, ya no sostenía su cabeza, ahora jugaba con mi cabello, tropezaba mis orejas, apretaba mis mejillas. Parecía que quería asimilar mi rostro de tal forma que no hubiese un mañana. Algo que recuerdo que me gustó, y que no había sentido antes, fue una sutil mordida en mi labio inferior. Cada vez que podía, lo calzaba entre sus dientes y lo apretaba.

Se sentía realmente bien, incluso, parecía que lo disfrutaba tanto como yo.

La mano que tenía en su cintura comenzó a bajar hasta su nalga. Esa era mi prueba de fuego, si no me decía nada (aunque ya estábamos en un punto sin retorno), entonces podía proceder con el siguiente paso, es decir, ese beso no solo se habría quedado en un simple beso. Así que procedí a hacerlo, arriesgándome a que todo se arruinara. Para mi fortuna, se dejó tocar.

Eva tiene un par de nalgas asombrosas. No podría decir que son tan firmes como las de una corredora, pero, que vaya al trabajo todos los días a pie, que suba escaleras y esté casi siempre en tacones, realmente le ha prestado. Eran firmes (y sé que si no lo fueran serían igual de grandiosas), lo suficiente como para no querer tocar otras nalgas más, (y si no lo fueran, sólo porque son de ella, tampoco querría tocar otras nalgas en mi vida). La apreté y fue la gloria.

Una que otra vez me había detenido a vérselas. De hecho, descubrí que le gusta andar solo con sus pijamas cuando está en la casa, cuando, contemplando ese grandioso par de glúteos, la delgada tela de su pantalón se perdió entre ambos muslos. O tenía unas bragas bastante sexys o no las usaba estando en la libertad de su hogar.

De una u otra forma, el punto es que las he estado viendo, ocasionalmente, tampoco es que soy un depravado. Haberle tocado el culo (siento que llamarle así es como una ofensa para esa belleza, pero, no quiero repetir una sola palabra) luego de haberlo apreciado por tanto tiempo, realmente fue alucinante.

Ella se dejó, y vaya que me sorprendió. No es como que no hubiese sentido esa vibra que habíamos estado forjando todos los días a la hora de la comida, pero, no creía que fuese tan fuerte como en ese momento.

Se dejó llevar por mi apretón y comenzó a besarme con fuerza. Yo,

obviamente, le seguí el paso. Continuamos nuestros movimientos de lengua. Yo, supuse que quedaría hasta ahí, por muy a pesar que pude tocarle una nalga, cabía la posibilidad de que sus límites fuesen diferentes; a las mujeres les gustan ciertas cosas que a otras no, al igual que cualquiera.

Pero, de nuevo, para mi sorpresa y fortuna, una de sus manos, no sé cuál, se despegó de mi rostro y comenzó a bajar por mi abdomen hasta introducirse en mi pantalón.

En ese momento quise dar un grito. No un grito de niña, no, eso no. Sino uno de júbilo, es decir, ¡estaba sucediendo! Quién lo diría. No sé cómo llegamos a eso, aun no lo sé, apenas ha pasado medio día desde que lo hicimos y todavía no lo supero. Bien.

Comenzó a buscar entre mi pantalón hasta dar con mi pene. Yo, evidentemente estaba ya erecto, no estarlo habría sido un crimen. Ella lo apretó e hizo el intento de sacarlo. Así que, mientras luchaba con mi amigo, yo la fui guiando hasta el mueble. No sabía a dónde más ir, me pareció prudente ese lugar, quería que estuviese cómoda, pero, de repente, interrumpió nuestros besos. Ah, sí, todo eso, mientras nos besábamos. Fue un beso bastante largo, de hecho, fue nuestro primer beso.

* * * *

—No, aquí no le dije.

No es que no quisiera hacerlo en el mueble, ya tenía su pene entre mis dedos, habría sido una jugada bastante sucia el haberlo dejado hasta ahí. Pero, mi cama era, por lejos, mucho más cómoda que ese sofá.

Así que. Luego de decirle eso, de despegar mis labios de esos increíbles labios suyos, le desabotoné el pantalón, se lo terminé de sacar y, aun apretándolo, lo fui guiando hasta mi habitación, que, a pesar de que ahora me cueste decirlo, es nuestra habitación. Lo ha sido por las últimas semanas. Tal vez esté sujeto al cambio, pero, ahora duerme conmigo, pues.

Y lo jalé. No suelo ser así en el sexo, ni en los preámbulos ni en el interludio, pero, no quería contenerme estando con él. Para ser honesta, no estoy segura

de donde salió tanta pasión, pero lo hizo. Bueno, el caso es que no suelo ser sensual, ni seductora, pero en ese momento me nació la necesidad de moverme con encanto.

Caminé de puntillas hasta el cuarto, moviendo mi trasero de izquierda a derecha. Creo que le encantó, porque no habíamos llegado y ya tenía una de sus manos apretándome una nalga. Me fascinó que lo hiciera.

Lo llevé hasta mi cama, luego de que me posé sobre ella de la forma más sexy que pude. Quería que me deseara como si no hubiese mañana (desgraciadamente lo hubo). Estaba segura que todo eso hará las cosas mejor.

Mejor no pienso en eso. Será mejor que continúe, quiero retratar ese momento que tuve con él.

Bien, ya acostada en la cama, sosteniéndome con los codos, boca arriba, viéndolo con la mirada más sensual y provocativa que me salió en ese momento, comencé a mordirme el labio. Me sentía realmente excitada, me palpitaba la entrepierna, estaba ralmente mojada en ese momento.

Adán me observaba con una mirada lasciva, parecía que se detuvo a propósito, en contra de todo su deseo por poseerme, para observarme fijamente. Esa fue la impresión que me dio, porque también se mordió el labio, como si imitase mis gestos porque estaba completamente sumergido en lo que hacía.

De repente se abalanzó sobre mí, cosa que me recordó cuando me abalancé sobre él. Ahí me dejé caer sobre la cama sintiendo su peso completo en mi cuerpo. Él puso una de sus manos sobre mi uno de mis pechos para comenzar a jugar con mi pezón. Me invadió un escalofrío intenso. Una corriente que comenzó desde la punta de mi teta hasta el resto de mi cuerpo. Fue increíble. Él apretaba con sutileza, pero no lo suficiente como para decir que lo hacía muy suave.

Jugaba conmigo con tal destreza, con tal encanto. Me gustaba lo que hizo, me fascinaba sentir su índice y su pulgar apretándome. Incluso, tal fue la sensación que me hizo experimentar, que no me di cuenta cuando enterró su mano entre el colchón y mi nalga para introducirlo dentro de mi pantalón de pijama y apretarme el culo completamente desnudo. No me gusta llevar ropa interior, de hecho, lo único que me separa de estar desnuda en la casa son mis suaves pijamas.

Y me apretó las nalgas, comenzó a jugar con ellas mientras me besaba, apretaba mi pezón y se quitaba los zapatos. Se ocupaba de mí, yo me dejaba atender de esa forma. No importaba lo que estábamos haciendo porque era buena idea que lo hiciéramos. Lo que nos habían pedido no especificaba que debíamos comportarnos como una pareja de casados, solamente que conviviéramos, estándolo, por tres meses, por lo tanto, si lo íbamos a hacer, debíamos disfrutar cada segundo.

Yo seguía jugando con su pene dentro de lo que podía hacer con mi mano de la forma que la tenía. Se dificultaban mis movimientos porque lo tenía encima, lo que entorpecía todo el proceso, pero se mantuvo erecto, lo que me importaba en ese momento.

Mi vagina comenzaba a sentirse desentendida. Él jugaba con partes importantes de mi cuerpo, pero me parecía injusto que mientras yo palpaba su verga, él no hiciera nada con ella. Pero, así tan rápido como requerí que lo hiciera, lo hizo. La mano que tenía entre mis nalgas fue bajando lentamente, introduciéndose más y más hasta mi interior.

De repente, sentí la presencia de un dedo en la abertura de mi vagina. Se escurría con los líquidos que salían de ella, lo podía sentir. Recuerdo todavía cómo sus cinco dedos se turnaron en todo mi sexo, e incluso en mi ano.

Nunca había sido tocada de esa forma; puede que se debía a que no interactuaba mucho con hombres, o que no lo hice con los indicados, pero él, me tocó de tal manera que mi cuerpo deseaba más de él; tenerlo duro, por completo y bien adentro.

Uno de sus dedos hacía movimientos circulares en mi clítoris, así cómo podía, un poco torpe, pero se entiende, tenía toda su atención ocupada. Uno, por otro lado, se introdujo a medias en mi vagina, y el otro, solo estaba en mi ano, pero lo sacudía ocasionalmente cuando sentía que mi humedad se le escurría entre los dedos.

No pude controlar mis gemidos, mi respiración agitada. Se alejó de mis labios y puso su boca entre mis tetas; bueno, puso su cara entre mis tetas, mientras me lamía todo lo que podía encontrar. Las apretaba empujando su cabeza contra ellas, se metía lo que podía en la boca, rozaba su lengua, empapándome de saliva.

Sacó la mano que tenía incómodamente dentro de mi pantalón y la puso en

frente. En ese momento dejó de tocar mi clítoris y mi ano para concentrarse solamente en meterme dos dedos. Los contraía y relajaba en mi interior. En lo que los introdujo, sentí un hormigueo que caminó desde la puerta de mi entrepierna hasta la coronilla de mi cabeza. Estaba en el cielo. Hice una pausa para respirar, para dejar de gemir, del mundo, de ese momento.

El placer que me invadió fue esplendido. Él sabía dónde tocar. Lo hacía muy bien.

Ya estaba acostada, sin nada de donde apoyarme, con una mano inútilmente puesta sobre su espalda, enterrándole mis uñas porque necesitaba apretar algo, por lo que fluctuaba entre ella y las sábanas ya desubicadas del colchón; arrugadas, sueltas.

Él se levantó, dejó de tocarme. Fue repentino, no podía superar la decepción. Quería más y lo quería de inmediato.

—¿Qué haces? le dije entre jadeos.

Él no me respondió, se mantuvo callado.

—Regresa le supliqué. Estaba sumergida en el placer, no quería despertar de ese delicioso sueño.

Me sonrió, y comenzó a quitarse la camisa, descubriendo su torso ligeramente formado. Sus músculos no se escapaban de mi atención; sin ser muy agresivos, sin dejar mucho que envidiar, pero eran perfectos, digo yo, eran hermosos.

Estaban sutilmente marcados: sus pectorales se dejaban ver, incluso se sienten sobre su camisa cuando mis pechos y mis pezones chocan con él. Su abdomen hacía un arco pronunciado que terminaba en la división de su torso y su ingle en donde comienza esa perfecta «V» que se le marca a cada borde de su pelvis hasta sobreponerse sobre su pene.

Esos dos huesos, inútiles para mí, estaban recubiertos de dos músculos bien formados, sus abdominales no quedaban atrás; ocho perfectos cuadrados sencillamente marcados que se perdían cuando movía su abdomen para respirar o cualquier otra cosa. Cuando estaba relajado se notaban sin mucho esfuerzo. Tenía el cuerpo de un hombre atractivo de veinte años. Maldita sea, no puedo borrarle esa imagen.

Mientras se quitaba la camisa sentí que fue eterna la espera, por lo que comencé a jugar con mi clítoris.

Ya tenía el pantalón a los pies, no sé cómo se lo quitó, cuando se levantó ya estaban ahí. Lo importante es saber que ya estaba abajo, que de la cintura para abajo se encontraba completamente desnudo.

Adán comenzó a jugar con su pene mientras me observaba tocar mi clítoris, no se acercaba, pero podía sentirlo jugar conmigo mientras jugaba consigo mismo. Era encantador.

Su sonrisa comenzó a dibujarse en aquel rostro de niño lindo, descubriendo sus dientes, separando sus labios, dejándome vulnerable. Era terrible la forma en que logró hacer que me encantase en tan poco tiempo, y, para variar, me tenía con las piernas abiertas (aún tenía mi pantalón) y mi mano en mi vagina. ¿Seré una mujer fácil?

—Déjame ayudarte un poco me dijo creo que no estás cómoda.

—¿Y cómo estaré más cómoda? pregunté, con un tono de voz sensual, jadeante, lascivo. Estaba siendo dominada por el placer, no podía hablar de otra forma.

—Quitándote cogió mi pantalón por la tela, a la altura de mis rodillas. Cada una para cada mano, y, en el momento en que dijo: esto jaló con fuerzas.

De un solo jalón me sacó el pantalón de las piernas. No sé cómo demonios lo hizo, pero lo logró. Ya estaba desnuda de la cintura para abajo, yo levanté mi franela para que se acomodasen mejor. Él la había levantado ya, pero se fue resbalando hasta cubrirme de nuevo.

No me quedó más que reírme alborozadamente, no sé por qué, otra cosa que no entiendo por qué hice ese día.

De inmediato, luego de desnudarme parcialmente, enterró su rostro en mi entrepierna. Sentí cómo su lengua iba jugando con mi vagina, empezando desde mi clítoris, en donde se detuvo después de lamerla por completo, y luego se dispuso a introducirme los mismos dedos con los que me penetró minutos atrás.

Succionaba, envolvía mi clítoris con la lengua, lo apretaba con los labios, mientras que los movía dentro de mí, como si estuviese llamándome para que fuera hacia él, pero en mi interior, justamente en esa parte de mi vagina que me hacía gritar, retorcerme.

Traté de alejarlo con las manos, fue un impulso, no quería gritar; la última vez

que me lamieron la vagina estaba en una habitación contigua con la de mis padres, no quería alarmar a nadie. Luego recordé que era una mujer adulta, nada me debía importar, por lo que lo dejé jugar conmigo, sentir cómo su lengua se esparcía por todo mí ser, cómo me hacía retorcer de placer.

Apreté su cabeza en contra de mi ingle, enterrando su nariz sobre mi vagina. Su respiración se sentía gélida sobre humedad que me dominaba, tal cual el frío que se siente cuando se suda y llega una corriente de aire. También lo supe disfrutar.

Sentía que no estaba atendiendo a Adán apropiadamente, quería tocarlo, hacerle sentir lo mismo que me hacía sentir a mí. Hablé:

—Déjame tocarte. Ven, deja de hacer eso y déjame darte una mamada.

Adán sacó su cabeza de entre mis piernas, solo un poco, lo suficiente para que nuestras miradas chocasen, y dijo:

—No te preocupes, estoy bien aquí.

—Pero... deja... que... te... haga sentir bien dije entre jadeos. Cuando no hablaba, movía su lengua en otro lado más importante. Succionaba mis labios, eso me encantó.

¡Joder! Me encantaron muchas cosas ese día.

—Me estás haciendo sentir bien dijo, y me dio un beso, no en la boca, no se movió de donde estaba.

Luego de un rato concentrándose en mi vagina, en mis jadeantes gritos de placer, en mi constante movimiento, en atormentarme de tanto goce, se levantó.

—¿Qué pasó? le pregunté, de nuevo, deseando que regresara a lo que hacía.

—Ya vas a ver.

Se montó en la cama, de rodillas, levantó mis piernas, colocándolas una a cada costado de su cuerpo, dejándome abierta por completo con él en el medio. Con su pene en la mano, comenzó a rozar su punta en todo mi sexo. Estaba húmedo, parecía que quería lubricarse con ella.

De pronto, se posicionó en el centro y comenzó a empujar, dejando que el pene, por sí solo, fuese buscando un poco más abajo la entrada a mi cuerpo. Cuando se colocó, empujó un poco más. Primero la punta.

Estaba gruesa, firme. Quería probarla antes de sentirla ahí, pero no importaba,

ya era demasiado tarde para cancelar el trabajo. ¿Qué habría sido de mí si le digo que se detenga? Debía ser una mujer educada.

Luego su fuerte falo, grueso, creo que más grueso de lo que lo sentí cuando lo apreté con la mano antes de traerlo al cuarto; y luego, sentí como sus bolas chocaban con mis nalgas. Empujó su pene por completo, chocando con los límites del interior de mi vagina.

Me sentí poseída, necesitaba tomar aire porque me faltaba el oxígeno, quería apretarlo todo. Me ferré a las sabanas, las arrugué entre mis manos. Quería gritar, callarme, saltar, quedarme quieta. Toda esa combinación de sensaciones se apoderó de mí haciendo un completo valor neutro. Sólo me quedé ahí, tratando de no morir de placer.

Pero no acabó ahí, porque, lo sacó un poco, lo volvió a meter; lo sacó, lo metió, así hasta que comencé a recobrar el gusto por el sonido, porque empecé a gemir, a tararear el canto de una mujer poseída por el éxtasis... y él me veía fijamente, con una sonrisa plasmada en sus labios.

Tenía los ojos cerrados, al principio no lo sabía, solo gemía, abría mi boca para que me entrase más aire, porque el que respiraba no me era suficiente. Gritaba, decía lo mucho que me encantaba.

Recuerdo que dije cosas como «sí», «dale», «hazme tuya» ... y cosas afines. No sé, yo no le presto mucha atención a lo que sale de mi boca cuando me cogen, no me cogen mucho, además que tampoco se me había ocurrido retratarlo.

Además, ni sé por qué soy tan detallista, en este caso.

—¿Te gusta? le dije.

A lo que ella respondió.

—Sí, me encanta. Sí. Sí o algo más o menos así.

Yo dejé que mi pene se perdiera en su vagina como si no hubiese mañana. Como si no lo pudiera hacer de nuevo. Me movía con suavidad, para luego chocarla con un poco de ternura agresiva y luego volverlo a sacar rápidamente, a veces lento, y repetir todo eso. El hombre no puede hablar mucho de lo que siente en el sexo, no sentimos igual que la mujer, pero podemos encontrar el placer en otras cosas.

Por ejemplo, la forma en que su rostro cambió por completo mientras la

penetraba, no era esa mujer que salía al trabajo cada mañana y regresaba tan alegre como se fue, era otra, una más posesiva, dominante, excitada. Tenía el placer tatuado en la mirada, en las mejillas, en las cejas, en los labios, e incluso, lo pregonaba grito tras grito, gemido tras gemido.

Yo la tomé por la cintura, apretando los huesos que sobresalían de su pelvis (otro lugar sensible) se retorció, le dio un sutil hormigueo, y lo sé porque fue el movimiento más sutil que hizo durante toda nuestra hermosa velada.

Bueno, la tomé por ahí y comencé a embestirla con un poco más de fuerza.

Ella abrió los ojos, me miró fijamente. Su boca estaba abierta de una forma muy atractiva, con una mirada lasciva y seductora que aún no puedo olvidar. Mientras la sostenía, le comencé a dar con más fuerza y su cuerpo se empezó a mover al compás de mis embestidas. Sus pechos rebotaban, lo que la obligó a sostenerlos, lo que me pareció aún más sexy de lo que ya se veía.

Gemía, tomaba aire con fuerza, lo exhalaba con la misma intensidad. Era encantadora, observarla era un deleite.

—¿De qué te ríes? preguntó entre gemidos.

—No me estoy riendo le dije.

Le empuje mi pene con rudeza, aún más de lo que estaba haciendo antes de que hablara, y ella hizo una pausa.

Diario de Eva:

«Me hizo sentir un orgasmo, era el cuarto orgasmo que sentía desde que me penetró, el séptimo desde que comenzó a lamerme y el octavo desde que me introdujo sus dedos cuando recién llegamos a la cama»

Diario de Adán:

Supongo que un orgasmo. No soy un experto en orgasmos, lo que conozco desde mi realidad es cuando eyaculo y ocasionalmente cuando me siento idiotizado sin siquiera escupir semen. Pero son casos de casos. En este, ella hizo otra de sus pausas y relajó por completo su cuerpo, como si no pudiera más.

Pero continuó con nuestra conversación previa.

—Sí te estás riendo me dijo.

—No.

—Entonces por qué tienes esa sonrisa me dijo, agitada, acabada, como si no tuviese fuerzas.

—Porque me gusta verte.

Yo aún no había acabado, todavía tenía fuerzas para seguir. Así que, me acerqué a sus pechos, y a penas cuando mis labios rozaron la punta de su pezón, se entumeció toda, como si la hubiese asustado (estaba aún más sensible), así que terminé de acercarme, introduje uno de ellos en mi boca y lo succioné con delicadeza.

Volví a moverme.

Ella se empezó a agitar más y más, reincorporándose a lo que estaba sucediendo. No había calma después de esa tormenta, porque llegó la secuela de aquel terremoto; o algo así iba el dicho. A su manera, comenzó a mover lentamente su cintura, casi sin fuerzas, con las piernas temblorosas, con los ojos cerrados y mordiéndose los labios.

Se sentía increíble, se sentía esplendida. Yo estaba llegando a mi límite, tenía rato penetrándola, aguantando las ganas de acabar. Sentía cómo mi pene comenzaba a acalabrarse: un hormigueo recorría desde la raíz hasta la punta. Por mi espalda se esparcía una corriente elegante de placer que llegaba hasta detrás de mis orejas.

Maldita sensación, viene sin previo aviso. De repente se asomaba ante mí cuando la miraba a los ojos y ella me comunicaba que le encantaba, sólo con la mirada. Me decía que siguiera, que no me detuviese; me sonreía como respuesta a mi sonrisa, mordía sus labios como si quisiera morder los míos.

Pero esta vez quería acabar.

—Me vengo le dije.

—No te vengas adentro me expresó entre gemidos.

—Pero... quería preguntarle.

—Hazlo en mi boca.

Entonces, lo saqué rápidamente de su vagina, y me acerqué a su cara. Ella no se movió mucho, solo se acomodó un poco para darle estabilidad a su torso y su cuello. Entonces, con una de sus manos, agarró mi pene y comenzó a masajearlo de arriba abajo, presionando el glande con sus labios, apretando el

falo con sus dedos.

Y entonces, un chorro espeso de semen salió de mí y se depositó en su boca. Primero, reaccionó como si no se lo esperara, por lo que un poco se le escurrió en la mejilla, entre los labios, aunque eso no la detuvo de metérselo casi por completo en la boca y dejar que le llenase con mí espesa acabada.

Se sacó el pene, sin soltarme, y se tragó mi carga. No dijo nada. Volvió a masajearme de arriba abajo, para luego volver a introducirse a la boca, luego de decir:

—No me dejaste mamártela, ahora te esperas.

¿Qué iba a hacer yo? No podía negarme, así que dejé que todo sucediera cómo debía suceder.

Después de eso... no hace falta decirlo. Lo repetimos un rato más, hasta que ninguno de los dos pudo más. Soy fiel creyente de que debemos ser justos, por lo que no me detuve hasta estar realmente agotado al igual que ella.

No miento, no puedo mentir, siquiera puedo negar que disfrutara al máximo esa experiencia. Verla, tocarla, saborearla, oler su esencia, estar dentro de ella... todo eso lo podría resumir con un sentirla, pero la palabra se queda corta con lo esplendido que fue estar a su lado.

Espero poder repetirlo.

Esa misma noche salimos a celebrar (porque ya ese gran regalo de bienvenida que me dio no había sido suficiente), comiendo por ahí, en cualquier lado que no fuese la casa y para ser honesto, pasamos un buen rato, otra cosa que pude disfrutar.

No cociné yo, por lo que dediqué toda mi energía restante en atender a sus palabras, a sus gestos, a sus miradas cómplices. Estoy a gusto con ella, demasiado, diría yo. No me preocupa, sólo es que no me había sentido así jamás, y lo digo para no colocar «nunca» ... no recuerdo la última relación estable y positiva que tuve.

Realmente espero que esto se repita.

* * * *

Sí, luego de ese encuentro carnal las cosas fueron diferentes; comenzamos a compartir la cama, a perder menos tiempo en el baño porque ya nos habíamos visto desnudos, así que no nos preocupábamos por esa parte de la intimidad, pero siento que, en cuanto a relación, a algo más intuitivo o personal, no hemos avanzado mucho.

Y en estas últimas semanas no me ha convencido del todo como pareja. Es atractivo, atento, me gusta que me acompañe; la cosa es que no entiendo muy bien qué tan profunda sería una relación a su lado si la disfruto al máximo ¿hay un límite de afecto? ¿Hay alguna fórmula para estar más cómoda?

Y eso es lo que me perturba, desconocer ciertos aspectos. Me gustaría poder hablar con él de cosas íntimas, pero, después de todo, desconozco como son las relaciones entre personas casadas, ¿qué debo hacer? ¿Cómo debemos comportarnos? Ni siquiera hemos atravesado por la faceta de personas que conviven en la misma casa, porque un mes a penas y es vacacionar.

Creo que esto sería como esas clases intensivas que dan en unas cuantas semanas y que podrían haber dado durante un semestre entero sin tanto estrés: lo hace todo más intenso. Este es un matrimonio intensivo, debo dominarlo a como dé lugar.

Por lo pronto, ignorando eso, que son más incertidumbres que me agobian que hechos, las cosas han estado saliendo bien, aceptables, diría yo. Adán se ha mantenido al margen de su trabajo, lo ha estado manejando con madurez y se esfuerza. Creo que es un hombre que se esfuerza bastante.

Me gusta eso de él; desgraciadamente me he estado dando cuenta que me gustan muchas cosas de él: su sonrisa, su cabello, su cuerpo, su forma de hablar. Es ridículo lo mucho que me atrae y es que, o sea, de cierta forma encaja en mis gustos, además que es simpático, hace que todo sea mejor, hace que todo tenga sentido.

Y eso es lo que ha sucedido estas últimas semanas. Nos acostamos, compartimos con un poco más de confianza que incluso dormimos ahora en la misma cama. Espero ver cómo va todo de ahora en adelante.

Bueno, por lo pronto, vamos de maravilla. Sí, no tuvimos tanto sexo como esperaba que fuéramos a tener, de hecho, a veces intimamos con unos cuantos besos, pero no hemos hecho nada enteramente sexual y eso no tiene nada de

malo, supongo.

4

En poco tiempo nos fuimos adaptando el uno al otro, y estoy segura que nos tratamos casi por inercia. Estábamos acostumbrándonos a vernos desnudos, a besarnos en la boca, a tocarnos mientras dormíamos o a compartir el sexo como algo placentero; cosas de pareja. Rompimos esa barrera que nos separaba al principio, que colocábamos de manera imaginaria entre ambos en la cama. Incluso nos comenzamos a presentar como esposos.

Él hacía unas cosas y yo otras, hablábamos de nuestras vidas con más naturalidad, nos enfocábamos en los problemas como una pareja y no como individuos. Quería estar segura que nada de esto era permanente, que cuando se terminara nuestro tiempo de casados, no nos sentiríamos dependientes de esto que se estaba calando en nuestra piel.

Me fui dando cuenta que me gustaba estar a su lado, tanto que lo extrañaba cuando no nos veíamos, cosa que me mantuvo despierta varios días (el extrañarlo). No es algo que me esperaba, no estaba convencida todavía que me encantaba estar con él hasta que supe cuanta falta me hacía cuando tardaba en llegar.

Es extraño cómo se hizo tan esencial en tan poco tiempo. Por otro lado, parecía que él también disfrutaba de mi compañía. Eso me estaba asustando, me demostraba que podría necesitar un poco de esa existencia después.

Los días pasaron. Entre caricias, palabras buenas y malas, sexo intenso, delicado, nos comportamos como la pareja que creíamos que debíamos ser, porque, después de todo, es la primera experiencia que tenemos y la cual aprendimos a apreciar.

* * * *

Estoy seguro que nada de lo que hemos hecho hasta ahora se puede tomar como un avance significativo. Estoy seguro que estamos en el punto sin retorno, en el cual nos estamos comportando como la pareja que creíamos que debíamos ser, que estamos siendo las personas maduras que se supone que

debíamos porque somos dos adultos, porque somos esposos. Pero, sin embargo, la experiencia se hace cada vez más amarga.

No puedo arrepentirme de lo que tenemos y de lo que hemos conseguido todos estos días compartiendo en la intimidad, de manera clandestina. Para nadie estamos casado más que para aquellos experimentadores y para nosotros. Es algo meramente simbólico y por ello se hace un tanto real, no lo suficiente, no lo necesario.

Eva es una compañera excepcional, me encanta estar con ella tanto que no podría hacer nada mejor que lo que he logrado a su lado, mejor que lo que siento por ella (he descubierto que soy muy bueno admirándola). Pero, es realmente un reto, tanto para mi cordura como para mi paciencia.

Sí, cuando estamos de a buenas las cosas son espectaculares, cuando nos abrazamos siento que estoy amarrado a algo más grande que yo, pero cuando no, cuando discutimos, las cosas cambian por completo. El paradigma de lo que se supone ser una pareja estable, ha cambiado por completo. Yo he cambiado por completo.

Puede que no sea evidente, pero me siento realmente diferente. No estoy concentrado en conseguir ese dinero que tanto esperaba encontrar, no, eso es lo de menos, ya tengo otras ambiciones.

Ya no estoy interesado en hacerme millonario, creo que era una forma absurda de desear algo que antes tuve, porque necesitaba regresar a esa comodidad que alguna vez conocí. Es el epicentro de mi inmadurez, y ahora, que no es lo mismo para mí, mis ambiciones han cambiado.

Quiero llegar lejos en esta profesión que he conseguido, estudiar, aprender, dominar, crecer. Estoy feliz por haber conocido a Eva ya que de no ser por ella no me habría aventado a esta aventura. No es que ella fuese necesaria para ello, no era la primera en decírmelo, sin embargo, lo hice gracias a lo que representaba... es difícil de explicar.

Es importante para mí; el estigma que le tenía ha crecido considerablemente en estas últimas semanas y, ya cómo estamos a poco tiempo de terminar el experimento, quiero poder hacer este periodo que nos queda, algo significativo, algo que valga la pena recordar, pero, ella se hace la difícil.

Ha tenido un cambio de actitud de un tiempo para aquí. Se hace un tanto más fría, un poco menos dócil que ante; aún seguimos compartiendo como pareja,

pero de alguna forma se siente diferente, y eso afecta mi compromiso de tal forma que pienso que las cosas no están avanzando como lo esperaba.

Desde que nos acercamos lo suficiente, me nació el deseo de tener algo real con ella, porque, no solo es espectacular, me encanta estar a su lado. Pero, ella se opone a esa idea, tal vez no exteriorizándolo, no lo grita, pero si me demuestra que está en contra de algo serio después de estos tres meses.

No se ha dicho la palabra “te amo”, tampoco un “te quiero”, estamos siendo cuidadosos con eso, empero, sentimos algo palpable cuando nos vemos, cuando nos besamos, por ejemplo:

Cuando llego a la casa, ella me recibe con un beso largo en los labios. Mi turno termina de noche, como a eso de las nueve, y ella ya ha llegado para ese entonces, por lo que siempre me espera para acostarnos.

No importa qué tan cansada se encuentre, siempre la encuentro sentada leyendo un libro, viendo televisión en la cama luchando contra el deseo de dormirse o en la cocina comiéndose algún bocadillo que yo le haya dejado preparado o que se haya comprado de camino a la casa.

Y eso es lo que hace, me besa, me abraza, pregunta cómo me fue y, cuando está de ganas, tenemos el mejor sexo que puedo recordar. Eso sirve de evidencia de que algo siente por mí, o eso me gustaría pensar, puede que solo sea costumbre, ¿Quién lo sabe?

Ciertamente, yo no. En ese caso ¿qué podría hacer entonces? ¿Negar que se siente realmente acogedor que alguien te reciba así al llegar?, ¿qué te demuestre su afecto con gestos en vez de con palabras? ¿eso hago?, es difícil afrontarlo una vez que lo pienso.

Porque me gustaría que todo esto fuese más preciso, más puntual. La manera trivial en que se puede definir todo este sentimiento que experimentamos, solo logra que considere la posibilidad de seguir intentando porque no encuentro ninguna explicación con el suficiente grado ontológico, el necesario, para entenderlo, para comprenderlo... no, para interiorizarlo de tal manera que las cosas que consideraba ciertas se hagan mentira, que mi perspectiva cambie por completo.

Y eso sólo lo lograría entendiendo un poco más lo que sucede, con una buena explicación, con la evidencia adecuada, pero, si por lo menos hablar con ella no fuera tan difícil, si recibir su atención fuese sencillo; por lo menos una

respuesta, lo que sea; estoy seguro que podríamos entretenernos con el más mínimo detalle, podríamos disfrutar una discusión de diferencias con tranquilidad, incluso podríamos encontrar una manera de representar ese amor que me gustaría que tuviésemos o que podríamos llegar a tener.

Y es por eso que pienso que mientras hablar con ella pueda llegar a ser algo más que charlar con la pared, con su rostro indiferente, con su negación, con sus dudas; esta relación no llegará a ser algo más que un simple experimento.

Y eso es una forma agresiva de tomarlo en cuenta, de llamar a esto algo «simple», porque no lo es. No estamos atravesando algo completamente normal y ese podría ser el error de cualquiera, pensar que sólo estamos casado por un periodo de tiempo y ya, y que lo que suceda o sucede entre nosotros no es más que un resultado «simple» de todo esto que estamos afrontando. Es una manera cobarde de definir esta situación que de por sí ya es suficientemente compleja.

No se puede esperar que dos extraños convivan durante tres meses con la intención de comportarse como una pareja de casados (ya teniendo en cuenta que esa premisa requiere de un compromiso bastante grande) y esperar que todo lo que desarrollen en ese tiempo tenga un carácter «simple», ya que eso margina por completo la respuesta de cualquier individuo.

Más que todo, porque nos comprometemos a formar parte de este experimento y eso requiere de valor, de madurez. Por lo menos yo, estoy seguro de que la intención de aquellos que nos pusieron en esta situación es que seamos lo más reales posibles y, por mucho que le duela a cualquiera, este tipo de cosas no se puede fingir, siempre y cuando lo que se quiera es ser honesto.

Estoy seguro que es así, estoy de acuerdo con este método de obligarnos a adaptarnos a lo que se supone que debemos hacer, pero, sin importar qué, la sensación de que lo que tengo con Eva no está llevándome a ningún lado, me enferma, me hace comprender que no estoy ni a un paso, ni a miles, de conseguir hacerla sentir bien a mi lado, de lograr que todo esto deje de ser un simple experimento y sólo sea un escalón para el ascenso de nuestra relación.

Sin embargo, pienso que es un tanto infantil esperar que alguien se enamore de uno nada más con, tiempo de parejas. Oye, es ridículo siquiera pensarlo. Desde mi punto de vista, a pesar de que estamos en esta posición, de que hemos tenido momentos especiales o esas cosas que solo tienen las parejas, no creo que sea suficiente para establecer nada real.

Sí, Eva ha demostrado ser alguien realmente abierta de sentimientos, honesta, sincera en lo que siente así no lo diga, y eso me ha hecho sentir bien, no se imaginan cuanto, pero, creo que me están torturando al haberme puesto en frente de tan espectacular espécimen, decirme que podría tener algo con ella durante un tiempo limitado y hacerme confrontar la fatalidad del final; que no podría estar con ella luego de eso. ¡Es algo cruel! Todo eso me hace infeliz, no saben cuánto.

Una vez llego a ese punto de mi reflexión, porque llego a él cada vez que estoy solo, me hallo perdido, deprimido, pienso que no debí haber formado parte de este experimento.

Una vida que suponga no estar de lado de esta mujer que he aprendido a amar, es una vida que no estoy dispuesto a tener. Sin embargo, creo que no tengo otra opción.

Hemos tenido sexo, creo que no he escrito de él por falta de aprecio al hecho de que cada intimación con Adán me resulta cada vez más personal; algo como que no debo escribirlo en esto que al parecer será leído por un grupo de personas y, la verdad, la única forma en que pueda deshacerme de esa extraña sensación de estar al lado de mi esposo, de querer intimar, de proteger ese momento mágico entre los dos como si fuera un secreto, es una mala señal; no quiero que esto se haga más difícil de lo que ya es, no debo estar enfocada en querer tener algo con alguien que sé que no llevará a ningún lado. Por eso, la mejor forma de contrarrestar esa idea, con penuria, es narrar eso que deseo guardarme.

Comencemos: hemos estado acercándonos demasiado; conversamos, bromeamos, pasamos tiempo de calidad, tenemos relaciones... todo lo que podría desear tener si realmente me hiciera falta esta relación, por lo que comienzo a sentir que debo dejar de sentirme a gusto con eso.

Ayer tuvimos sexo, ya lo hemos estado haciendo muchas veces desde que nos conocemos, desde esa vez que me dejé llevar por la emoción, y, sin importar qué tan comprometida esté con la idea de no apegarme a Adán, de alguna forma u otra, se las arregla para distraerme, para que caiga en sus hermosos y perfectos labios.

Es decir, casi que ni me reconozco. He estado comportándome como una tonta, y lo sé porque cada que llega, lo recibo con un beso, dejo que me toque las nalgas, que me abraza, le sonrío porque llegó. Es ridículo.

Él me excita, joder!, no importa qué haga para ignorarlo, siempre lo consigue, y no sólo eso, me encanta las cosas que me hace sentir. Cuando lo veo, me siento como una colegiala que necesita la atención del joven que admira, y puede que eso sea contraproducente, la verdad.

Algo así como cuando ayer, que me tocó de esa forma que aprendí a apreciar, a identificar como un preámbulo a la intimidad: besos en el cuello, apretones en las piernas, el culo, los pechos. Suaves caricias en la piel, palabras seductoras. Él memorizó cada punto de mi cuerpo que al tocar logra que me retuerza sin mucho esfuerzo, cosa que me perturba y que me excita; que me enerve y que me encanta; que me molesta y que me hace feliz saber que ha fichado.

Sabe qué hacer, cómo hacerlo y cuando hacerlo. Siempre parezco estar dispuesta a tenerlo de la forma que sea: entre mis piernas, en mi boca, entre mis tetas, entre mis manos. Cuando nos bañamos (porque resulta que nos bañamos juntos casi todo el tiempo) siempre entra con el pene erecto, lo que me obliga a tocárselo sin ningún esfuerzo. Le aprieto el miembro tratando de sentir lo duro que está, a lo que él comienza a tocarme la vagina de esa forma que sólo él sabe hacer.

Toca mi clítoris, con sutiles caricias de su índice, mientras que juega con los labios de mi vagina. Me aprieta las tetas, me acaricia los pezones. Yo, por mi parte, no dejo de jalarle la piel del pene, de saborear cada movimiento de sus manos, de desearlo siempre más cerca o más intenso que nunca.

Y termino siendo cogida en la regadera antes de irme a trabajar. Lo hace conmigo de una manera que me dejo poseer sin siquiera contemplar mi intimidad, de si me importaba que alguien lo hiciera conmigo o no. Me convertí en la mujer de Adán sin darme cuenta y eso me causa rabia, me irrita porque no hay nada que pueda hacer en contra de eso; ser suya, me completa.

Me dejo penetrar por el ano, de hecho, antes de saber que está a punto de entrar a la regadera, me lavo cómo puedo para que me disfrute al máximo. Menos mal que mi regadera es grande, porque lo hacemos tirados en el suelo, pegados a la pared. De todas las formas. De hecho, incluso, me ha cargado y me lo ha metido sin ningún esfuerzo.

Y bueno, lo hemos hecho de todas las formas en esa regadera, en la bañera, en el lavamanos, sobre el inodoro. Y eso me perturba, es algo que no esperaba que sucediera porque, si no lo hacemos en la mañana, no siento que mi día esté

completo, que no lo comencé como se debe, como si no hubiese desayunado.

Y eso no es lo de menos. Tardé poco en acostumbrarme a su grueso y jugoso pene; ese maldito trozo de carne pecaminoso que no me ha ayudado en nada. Lo introduzco en mi boca cada vez que se lo veo y no estamos haciendo nada. Lo succiono, lo lamo, lo medio muerdo (le gusta que se lo muerda con delicadeza a veces) aprendí a metérmelo hasta la garganta sólo para él y eso me molesta.

Se siente salado, firme, complejo. Lo llevo a mi boca como si necesitara que la llenase, y eso es una necesidad que debo eliminar de mi cuerpo. Lo aprieto, se lo jalo, se lo beso. Le hablo a su pene, y él se deleita con ello. No entiendo cómo llegué a ese punto, cómo me hice tan sexual, tan abierta, tan puta.

Él parece disfrutarlo, él parece entenderlo. Cada que puede me abraza por la espalda, apretándome el vientre para luego introducir su mano por debajo de mi pantalón, mi falda o lo que sea que lleve puesto.

No importa en qué situación estemos, ni en que parte del edificio nos encontremos; así sea en el ascensor, en el pasillo para las escaleras, en las escaleras, o a escasos metros de la puerta que da a la calle, él me toca, me aprieta, me seduce, me moja y yo me siento como una estúpida siguiéndole el juego, enamorándome de él.

Sus manos son un deleite, son un gran problema. Lo hace a veces sin darse cuenta, o eso es lo que me hace sentir. Es como que, caminamos por la calle y, de repente, me aprieta el culo; al principio me retorció por el susto, y ahora, siento que debe hacerlo cada vez, de hecho, lo motivo a hacerlo. Me dejo, me inclino, me acercó a su mano, y si no entiende el mensaje, le cojo yo misma y la coloco sobre una de mis nalgas para que la apriete.

A llegado el punto en que me he puesto pantalones de gimnasia para que me agarre el culo y pueda apretarme hasta tocar el punto más cercano a mi ano, o alcance con facilidad mi vagina. Es seductor, creo que me estoy haciendo más zorra de lo que esperaba.

En los momentos que uso vestidos cortos y delgados, me somete contra la puerta de la casa y me dice al oído «no te puedes vestir así y esperar a que no quiera poseerte», a lo que procede inmediatamente a hacer exactamente lo que dice que hará.

Es peor durante las noches. Cuando nos acercamos unos cuantos centímetros

para dormir, para ver televisión, para lo que sea, él se comporta tan romántico, tan delicado. Me roza lentamente el brazo con uno de sus dedos y recorre las partes más sensibles de mi cuerpo. Al igual que siempre, recurriendo a esa debilidad mía. Erizando mi piel, logra que mi instinto sexual, y mi sexo en sí, respondan a su provocación.

Yo me dejo tocar con más cuidado, con más precisión; abro mis piernas, no aprieto mis labios para que pueda moverlos a su antojo, le permito que meta la mano debajo de mi pijama y juegue con mis pezones, que toque mi vagina, que lama mi clítoris, que me bese la oreja... todo lo que hace es una motivación carnal, y eso me motiva a detestar más lo que me causa. Me excita de tal forma con todo lo que hace, que no hay manera de que pueda oponerme a sus encantos, a su forma de tratarme. ¿Me gusta ser tratada así? Nunca había sido tratada de esa forma.

Soy tan culpable cómo él. Yo también lo toco, yo también deseo hacerlo mío cuando estamos lo suficientemente cerca. En lo que lo veo salir del baño (las pocas veces que se baña solo) le arrebato la toalla y comienzo a jugar con su pene, él se deja, continúa haciendo lo que debe hacer si se encuentra apurado, si no, sólo se queda parado mientras yo succiono, lamo y me trago su pene.

Mientras cocina, me encanta seducirlo: sacarme un seno de la camisa, lamarme el dedo, verlo directamente a los ojos con un «cógeme» tatuado en la pupila. Me paro detrás de él para apretarle el culo, para susurrarle al odio las cosas más obscenas que se me puedan ocurrir, incluso, en ocasiones, comienzo a masturbarme en frente suyo cuando sé que no puede hacer otra cosa más que verme.

Nos encantan ese tipo de actividades; somos realmente sexuales, demasiado, diría yo. Aunque, no siempre es así todo el tiempo. Cuando discutimos de cosas que no me causan gracia, que no necesito tocar, o de las cuales prefiero ignorar hasta que todo se acabe, él intenta hacerme cambiar de parecer, diciéndome las cosas que piensa, diciéndome cosas que, para ser honesta, sí tienen sentido, sí son racionales, pero sin importar qué, yo me opongo; me quedo callada, o solamente ignoro sus palabras. No es que me sienta incapaz de responderle, sino que confrontar esas situaciones me hacen irritar, me complican la vida y prefiero evitarlas.

Por ejemplo, cuando me confronta sobre qué vamos a hacer una vez se acabe el experimento, se vuelve delicado. No me lo dice, pero sé que lo intenta,

preguntarme si siento algo por él... el caso es que yo no estoy segura de eso, no quiero decírselo, no quiero afrontar ese problema.

Cada noche me quedo dormida luego de un buen sexo, pensando si lo que siento mientras me penetra, mientras que me dice cosas lascivas y excitantes al oído, es atracción más allá de la intimidad sexual. Al igual que cuando estoy en el trabajo sin poder enviarle un mensaje, sin poder llamarlo, me pregunto si es el deseo de verlo, de estar a su lado o una simple obsesión pasajera.

De alguna u otra forma, estoy pensando en él día y noche, hora tras hora.

Cada segundo de nuestros últimos meses de casados, han sido una tortura para mi cordura, para mi capacidad analítica, para mi corazón. Porque, no hay manera en que me concentre en otra cosa que no sea en él, que no sea en sus ojos, su sonrisa, su forma de hablar o sus acciones. Estoy segura que no soy más que una simple estúpida que se está enamorando de aquel del que no esperaba, de quien se suponía que sólo sería un compañero más.

Y, resulta, que no es así, resulta que mis sentimientos se interponen en mi deseo de apartarme de una relación... me preguntarán ¿por qué? ¿Por qué Eva no desea estar con una pareja? Porque no es lo mío, porque me ha ido tan bien estos últimos años de mi vida como para estar deseando algo que no necesito, algo que no me hace falta. Adán nunca me hizo falta y estoy segura que, a pesar de que últimamente me ha estado demostrando lo contrario, ni lo hará.

Es ridículo, sumamente ridículo, tener que pensar en eso, y por ello, sólo por eso, escribo todo esto, porque sé que al hacerlo estoy profanando esa intimidad que tanto deseo guardarme, de la que tanto evito hablar en el trabajo.

De hecho, en estos días, María (mi secretaria) me preguntó qué estaba haciendo, según ella, me notaba más alegre de lo normal; fue en ese punto en el que me percaté de que algo no andaba bien, de que debía dejar de hacer lo que estaba haciendo para no estropear todo lo que había logrado y fue en ese momento en que me percaté que, a pesar de haber obtenido lo que quería, estoy segura de que no es lo que realmente deseaba.

Y ahí no se acabaron las malas noticias; las sorpresas no dejaron de suceder: Adán me presentó a sus padres. Primero, me lo propuso como una indirecta:

—Creo que mis padres me extrañan; deberíamos ir a verlos dijo, a su forma de ser indirecto.

Lo dejé pasar, no creía que fuese a insistir. Me equivoqué, claro está; las

cosas continuaron de forma natural y normal, como si nada fuese tan importante como concentrarnos en nuestras vidas, en nuestro matrimonio provisional y en los tres meses de experimento que teníamos para ser felices, (o lo que sea).

Hasta que de verdad me dijo que quería que los viera. Sus motivos tenían cierto peso, tal vez para él y ¿quién era yo para negarle eso? No tenía ningún tipo de obligación de verlos, después de todo, luego que esto termine, no lo veré jamás, de eso estoy segura, pero, no supe cómo negarme. Sucedió más o menos así:

Él estaba preparando la comida y supongo que fue en ese momento en que lo pensó muy bien. Como siempre, yo lo observaba hacer las cosas que aprendía en su trabajo, la forma en que las prepara porque, es decir, me encana verlo concentrarse... en fin; no suponía ningún tipo problema para mí el ir, no en ese momento, no habiéndolo considerado siquiera.

Cuando menos me lo esperaba, concentrada en los ágiles movimientos de sus manos, se detuvo en seco, levantó la mirada: serio, pleno, dispuesto.

—Quiero que conozcas a mis padres.

A pesar de las indirectas que me daba de vez en cuando, me tomaron por sorpresa aquellas palabras.

—¿Qué? ¿Por qué? O sea, ¿Qué hice? le dije.

—No has hecho nada.

—Entonces ¿por qué me pides que conozca a tus padres?

—No son tan malas personas.

—¿No? Me dices que más o menos te negaron como hijo.

—Me habías dicho que te gustó lo que hacían, que eso harías tú.

—Sí, pero, no es como que los quiera conocer. Además, ¿qué les dirás? E imitando vagamente su tono de voz, dije: «papá, mamá. Ella es Eva, mi esposa por tres meses.»

—No les diré eso.

—¿Entonces qué? y volví a cambiar mi tono de voz para imitarlo: «papá, mamá. Me casé, irónicamente, con una Eva» ¿para que luego de que el experimento no sepas que decirle por qué estamos más juntos?

—No creo que sea necesario darle todos los detalles, y si preguntan, pues, digo que me fuiste infiel y me dejaste por otro.

No lo tomé a pecho. Creo que debo mencionar que luego de un tiempo desarrollamos cierta confianza que nos permitió hacernos amigos, por así decirlo, y por eso comenzamos a tener cierto humor pesado entre los dos.

Estábamos acostumbrándonos al otro; otra de las cosas que me preocupaban en esos momentos en que pensaba las cosas con claridad, en las que me sentaba a contemplar posibilidades y recordaba que en poco tiempo me separaría de Adán Mazzilli.

—Ah, sí, y me dejás a mí como la puta en esta historia agregué, siguiéndole el juego.

—Bueno, pues qué quieres que les diga ¿la verdad? Ya suficiente decepción les he estado dando para decirles que me casé por un experimento.

—No sé, pero decirles que te engañé, dejándome como una puta, sea mejor que eso.

—Tú misma lo has dicho, no nos volveremos a ver.

—Pero no me dejarás cómo una puta.

Comencé a hacerle puchero. Estábamos en cierta vibra amistosa que nos dejaba comportarnos como niños tontos. Era divertido conversar con alguien con quien pudieras ser infantil, con quien pudieras entretenerte sin necesidad de recurrir al alcohol, a reuniones con decenas de personas; sólo compartir con otro ser que se sienta cómodo a tú lado.

De cierta forma, creo que eso me estaba perdiendo de la vida al no intentar tener una pareja. Adán se había vuelto alguien importante para mí y, para ser honesta, me gusta eso, pero, a pesar de que he obtenido lo que quiero, creo que no es lo que quería, después de todo.

—Tienes ciertas aptitudes para llenar ese papel Adán me vio con cierta picardía, traviesa y seductora. Sabía a qué hacía alusión. Incluso así, no me pareció inapropiado, es decir, ya teníamos suficiente confianza.

La confianza apesta.

—Cállate, eso no tiene nada que ver con eso.

Adán sonrió de forma burlona, cosa que incluso, con todo y eso, lograba

hacerme sentir como gelatina al arquear sus perfectos labios carnosos para dejar al descubierto algo completamente seductor, algo que no logro explicar por mucho que lo intente.

—Te dije que te callaras insistí. Él lo había dicho nada, pero quería quitarme estúpida sensación del cuerpo; comenzaba a irritarme que me hiciera sentir así, sin siquiera esforzarse.

—Pero si no he dicho nada.

—Olvídalo. Cambiemos de tema.

De nuevo comenzó a hablar con seriedad.

—No, Eva, es en serio. Quiero que conozcas a mis padres.

Nos miramos a los ojos en silencio. Mi intención era entender las suyas con el intercambio de miradas, él, supongo que esperaba mi respuesta. El caso era que, sin importar lo que yo hiciera, él insistiría en tocar ese tema hasta que llegáramos a algo. Era en ese momento, o nunca.

Suspiré, rindiéndome al impulso de evitar la conversación y le pregunté sus motivos.

—Porque deseo que sepan quién eres.

—¿Y para qué quieres eso?

—Porque eres alguien que vale la pena conocer. Y me gustaría que supieran lo mucho que me has ayudado dijo, con cierta ternura en su voz que, de nuevo, me hizo sentir como gelatina.

—Este...

—Es decir, puede que lo nuestro sea pasajero por algún motivo esas palabras me hicieron sentir mal pero, de verdad me gustaría que te conocieran. Tú me ayudaste a mejorar cosas en mi vida yo estaba segura que no había hecho mucho con él, pero casi siempre me aseguraba que había cambiado mucho gracias a mí y estoy seguro que te querrán.

—Pero dejaste la universidad, y no lo saben.

—No creo que les importe.

—¿No? le pregunté. Él sabía que sí les importaba.

—Bueno divagó este, el caso es que ya no importa. Estoy trabajando, tengo,

de cierta forma, un plan para el futuro, y todo es gracias a ti. Si ese es el caso, si les llega a molestar tanto que no estudie, pues con el dinero del experimento me voy a pagar los estudios de cocina y listo.

Estaba decidido a que fuera, sin importar qué. Yo, todavía con eso, no me sentía segura de ese plan.

—Creo que es mejor que se lo digas por teléfono. No que me conozcan en persona le propuse.

—No. Es mejor que sea así, además, podemos cambiar un poco el panorama. No hacemos más que estar en esta casa.

—¿Qué tiene la casa?

—Nada, pero podemos aprovechar el tiempo juntos para vacacionar... no sé.

Adán parecía bastante involucrado en ello. Sus palabras dejaban cierto rastro de sensibilidad, de afecto. Parecía que quería algo conmigo más allá de este experimento y, es decir, lo teníamos: nos acostábamos juntos, nos besábamos, compartíamos como pareja.

Ya estábamos teniendo algo «más allá» pero sus palabras me dejaban deseando más. Deseaba entender mejor a qué se refería, aunque, con todo y eso, me hacían comprender que su propuesta no era solo conocer a sus padres, sino que quería disfrutar más el tiempo conmigo.

Y es esa es la palabra que mejor lo describe: «disfrutar». Me demostró, cosa que estaba observando ya desde un tiempo para aquí, que a él realmente le gustaba estar conmigo, como a mí.

Él estaba intentando reforzar nuestra relación de pareja, intentaba que disfrutáramos más de este matrimonio y, o sea, ¿quién era yo para quitarle eso? medio sentí en ese momento □, además que es algo que ahora pienso. No podía simplemente decirle que no quería aumentar esta ilusión que estábamos teniendo al estar casados, empero, luego de hablarlo un poco (lo de sus padres), dijo algo, muy en serio, que me dejó pensando:

—Y oye, sí, yo sé que piensas que no hay necesidad de afianzarnos mucho, de hacer estas cosas porque en cualquier momento la realidad nos dará una bofetada. Pero, quiero darme ese lujo. Quiero sentir esto tan verdadero cómo se pueda. No me quites esa ilusión a pesar de que sea sólo eso, a pesar de que se difuminará tan pronto como me dé cuenta que realmente no hay nada real

entre nosotros; déjame creer, por lo que nos queda de tiempo, que este tiempo juntos nos hace tan real como cualquier otra cosa. ¿Sí?

No supe qué decirle a eso. No supe siquiera cómo reaccionar. Mi cuerpo se encargó de hacer eso por mí: un nudo en la garganta, lágrimas en los ojos (de esas que no terminan de caerse del parpado), piel erizada, escalofríos recorriéndome la espalda. Tuve que controlarme y tomarlo con entereza.

Así que accedí; no tenía nada que perder (eso creí en ese momento).

Bueno, luego de que acordamos cómo haríamos la cosas, fuimos a conocer a mis suegros. Había pasado bastante tiempo desde que dejó de hablar con ellos, además que ya llevaba un rato en su actual trabajo, demostrando que no era el mismo chico que una vez les causó los problemas que los obligaron a ponerle un límite a su relación, y creo que quería demostrárselos, como una especie de logro personal, algo que necesitaba porque le ayudaría a entender que estaba en el camino correcto.

Al principio, me invadían los nervios al pensar que los conocería. No sabía mucho de ellos, mas, que aquello que él me contaba de sus padres, y, de hecho, no era suficiente para hacerse con el perfil de una persona. El caso es que, estaba muy preocupada por lo que pudieran pensar de mí, de nuestra relación, de si me consideraban adecuada para él, si eso significaría que deberíamos separarnos, si serían buenos conmigo. Esas cosas que supongo que siente cualquier mujer cuando va a conocer a sus suegros.

En ese momento me di cuenta que no sólo me importaba él, sino un «nosotros».

¿Qué puedo creer entonces?, ¿debí tomarlo con calma?, ¿no molestarme en sentir algún tipo de compromiso con el hecho de conocerlos? A mi parecer, estaba entre la espada y la pared, entre lo que podría ser y lo que era. Él también estaba preocupado, creo que tanto o más que yo.

Y entonces sucedió. Habíamos preparado todo para ir a verlos: maletas, dinero... todo; ellos viven fuera de la ciudad, como a medio día de viaje, así que debíamos prepararnos. Lo dejamos para un fin de semana, por lo que no teníamos prisa en regresar, o en llegar rápido, cuando en realidad a pesar de todo eso, la teníamos, así que sólo estábamos realmente preocupados por lo que eso podría significar, por lo que nos podría suceder.

En el viaje, no tuvimos ningún problema, hasta el punto en que incluso nos comportábamos como si no estuviese sucediendo nada. La expectativa se hacía

cada vez más fatal, comenzábamos a sentir que sólo nos preocupábamos en exceso, además que lo entendimos sin siquiera decírnoslo.

En lo que llegamos a su casa, pude notar sin esforzarme mucho, que realmente eran millonarios, así tal cual Adán lo había dicho. Era enorme, con decenas de ventanas, con tres coches estacionados en frente de tres puertas de garaje que, a pesar de que no sé mucho de eso, estoy segura de que son realmente costosos porque se notaba, relucían como si valieran miles de dólares.

El decorado del interior, del exterior, del camino que conducía hasta la propiedad, e incluso del jardín que lo rodeaba todo, absolutamente todo de esa casa, gritaba ostentabilidad y yo me sentí intimidada.

Adán no se notaba como una persona que había nacido en un lugar como ese, más que todo por su forma de ser, de comportarse, de vestir. Todo apuntaba un hombre sencillo de orígenes sencillos. Puede que eso le hayan enseñado sus padres, puede que eso fue lo que intentaban que aprendiese al dejarlo solo en el mundo valiéndose de sí mismo.

Y todo eso cogió más peso cuando los conocí.

—Mamá, papá. Tiempo sin verlos.

Ambos estaban parados entre la puerta y un camino hacia esta, esperándonos, viéndonos cómo bajábamos del coche. Él comenzó a sacar las cosas del maletero mientras que hablaba con un tono más o menos seguro.

—Quería avisarles antes de mi llegada, pero las cosas se habían complicado mintió.

Estuvimos todo el camino discutiendo si sería prudente decirles con tiempo o sorprenderlos con nuestra llegada. No concluimos en nada, así que tuvimos que decirles a unos cuantos kilómetros de su casa.

—Ya nos dimos cuenta dijo la madre, animada. No se veía tan seria como el papá ¿Cómo les fue en el viaje?

—Bueno, bien respondió Adán un viaje tranquilo.

No me daba tiempo de hablar, gracias a dios que no, porque no quería hablar, no podía.

Adán bajó las dos maletas que trajimos, y las colocó en frente de ellos. Extendió su mano y me puso a su lado con bastante cuidado. Yo estaba un poco

nerviosa; antes de eso no me había alejado mucho de la puerta, no había hablado mucho, y ahora estaba en frente de ellos.

Sus miradas me penetraban de manera indiscreta, sabía que estaban tratando de analizar quien era yo, averiguarlo con sus ojos, como si la respuesta estuviese dibujada en mi piel, en mi rostro, en lo largo de mi cabello. Sentía incluso lo que pensaban, tal cual lo estuviesen diciendo en voz alta. «Esa mujer quién es» «¿Qué hace esa mujer con mi hijo?» «A qué la trajo». Tal vez era la paranoia, no lo sé, pero estaba convencida de que ya me odiaban.

—Hola papá. Tiempo sin verte, dije interpeló, Adán, de repente. Parecía que había una especie de roce entre los dos.

Ambos compartieron unas miradas realmente penetrantes, incluso parecía que había tensión eléctrica en la parte en que sus puntos de visión chocaban. Era algo palpable, y no fui la única en notarlo.

—¡Osvaldo! dijo la mamá de Adán.

Al parecer el sonido de su voz interrumpió la confrontación entre padre e hijo que se desenvolvía ante nosotras. El hombre respondió casi de inmediato al sonido de su esposa y giró para verla.

—Saluda a tu hijo agregó la mujer.

Osvaldo se dejó convencer por su esposa y tras respirar profundo, habló con firmeza.

—Hola, Adán. Tiempo sin verte.

—Igual digo, papá respondió Adán, sin inmutarse, parecía que ni siquiera le importó lo que acababa de suceder.

De repente, los dos se concentraron en mí. Tanto él como ella me observaron fijamente, como intentando hacer que Adán nos presentase, a la fuerza, obligándolo a hablar.

—Veo que no pueden controlar más la curiosidad Dijo Adán, viéndome, viéndolos, fluctuando entre ellos y yo.

—Sí, un poco dijo la madre.

Sentía un nudo en la garganta, estaba a punto de decirles quien era yo y qué era para él, el porqué estaba ahí, y todo eso sumado al hecho de que lo nuestro era tan pasajero como un resfriado común.

—Ella es Eva, y es mi esposa.

No me quedó de otra que sonreírles con vergüenza. ¡Estaba avergonzada!

—Ella es el motivo por el cual vine. Quería presentárselas.

Adán tenía una actitud calmada, no podía leer sus motivaciones, y contradecía por completo los nervios que llevaba expresando desde que me comentó que quería que nos conociéramos; esta vez, se mostraba diferente.

Por su parte, sus padres estaban asombrados. Su madre borró por completo su sonrisa de cortesía y su actitud calmada mientras que su padre sólo se quedó callado, demostrando una evidente confusión con su mirada, sólo con eso.

Adán notó que nadie hablaba y rompió el hielo.

—Bueno, es mejor que pasemos, así podremos hablar mejor estando adentro.

Levantó las maletas con cierto aire de triunfo. No estaba segura si continuaba nervioso por presentarme a sus padres, a mi parecer, creo que una vez que les dijo que estábamos casados, se liberó de todo ese peso que suponía cargar. Es una forma de verlo, porque, una vez lo hizo, no se notaba tenso.

Me voy a ahorrar el desagradable momento que tuvimos en esa casa. Por desagradable me refiero a incomodo, a nefasto, a esa experiencia que se tiene cuando alguien no consigue ser del agrado de otras personas a las que, se supone, debe impresionar.

Sus padres no eran malos, en general, particularmente su madre fue amable conmigo, parecía estar acostumbrada a lidiar con la necesidad de su esposo y por ello, no se mostraba tan afectada, pero para mí, eso era completamente nuevo.

No estoy segura si logré dar una buena primera impresión, solo estuvo todo el día observándome con el culo pintado en la cara, sin decir nada interesante. Sabía que estaba juzgándome, lo hacía como si se tratase de una prostituta.

Pero solamente durante el primer tercio del día. Luego de eso, todo tuvo un cambio radical.

Adán supo defenderme, difícilmente hablé, no soy mejor que su padre, quien tampoco dijo una palabra en todo el día, por lo menos en frente de mí. Luego de eso me enteré que tuvo una conversación con mi esposo acerca de mi futuro con él. Le preguntó si era de fiar, desde cuando estábamos casados, de qué

trabajaba. Quería saberlo todo de mí; para su desgracia y fortuna, Adán no lo sabía todo.

Pero, sus respuestas fueron vagas, Adán no me dijo nada muy preciso al respecto. No sé con exactitud qué fue lo que le dijo porque, luego de eso, la situación fue diferente. Su padre no habló, claro está, pero la actitud que tenía a mi alrededor se hizo más acogedor.

Antes de eso, hubo conversaciones incómodas, miradas penetrantes, comentarios extraños, pero luego, Adán hizo lo que pudo para que la pasara bien, para que no estuviese del todo preocupada, hasta que por fin las cosas comenzaron a mejorar.

No me preguntaron nada acerca de nosotros, nada del todo importante. Hablamos de cómo nos conocimos, a lo que les respondimos una historia que estuvimos practicando durante el camino para evitar levantar sospechas. No era gran cosa que no le dijéramos la verdad, pero Adán insistió en que eso era necesario, que lo mejor era hacerles creer que nuestro matrimonio era legítimo.

«Legítimo», otra palabra que me afectó más de lo que necesitaba. En el momento en que hablamos al respecto, me hizo sentir que estaba desvalorizando nuestra relación, marginando lo que teníamos.

Yo estoy segura de que no me comporte como la mujer más amorosa del mundo, pero, sin embargo, no quería demostrar que lo que teníamos sería pasajero, no es lo que necesitaba, no era lo que quería dejar impreso entre nosotros, pero, de alguna forma u otra era lo que me había conseguido.

Sin embargo, lo que siento por él no es algo que pueda negar. ¿Qué es, por qué? No sería capaz de entenderlo, mucho menos de explicarlo. Cualquier intento de hacerlo no sería más que una simple trivialización de lo que realmente es y eso me frustra, incluso a mí, porque todavía no soy capaz de hacérmelo entender a mí misma.

Sé que existe, sé que me desvivo por él, tanto así que me preocupaba que sus padres me trataran bien, que me vieran como una buena persona para su hijo. Eso me demostró que era cierto, me aseguró lo que trataba de evitar... ¿Será su forma de ser? ¿Serán las cosas que me dice? Puedo estar haciéndome preguntas tras preguntas al respecto y no llegar a nada, no del todo, ni siquiera si lo intento demasiado. Eso es lo que más me molesta.

No quiero aceptar que pueda estar enamorada de él, no quiero negarlo siquiera, no soy tan fuerte, no estoy tan segura de mi misma. Tengo miedo de lo que pueda suceder después, me aterra no poder regresar a mi vida cómo antes simplemente porque me encuentro con Adán, o por lo que sea que lo involucre a él.

Estoy consciente de que parte de mi comportamiento de ese día fue algo ridículo, tomando en cuenta mi punto de vista con respecto al futuro de esta relación.

No importa, no debe importar. Sigamos con lo de sus padres.

Una vez que todo comenzó a calmarse, la situación se tornó más acogedora, como ya había dicho, y eso me hizo sentir cierto alivio, algo que no creía poder sentir una vez los conocí.

Sí, seguían siendo un poco imponentes, más que todo Osvaldo, aunque se calmó de cierta forma luego de su conversación con Adán ¿qué habrá dicho? Sin embargo, no consigo encontrar el motivo de eso. De todos modos, ya no importa, ya los conocí, tal vez les agradé, tal vez no, lo importante es que eso es de lo que menos me debo interesar... si me lo digo lo suficiente, tal vez lo acepte del todo.

Pero, debo ser honesta, no con quienes me estarán leyendo, los de las batas, sino conmigo misma, por lo menos.

Estoy segura que, si me importa que sus padres me fuesen a tratar bien, era algo importante así le estuviese quitando interés todo este tiempo. Adán ha llegado a ser bastante importante, se ha ganado mi confianza y mi afecto.

A pesar de que todo esto, de cierta forma, era lo que quería, parece más una experiencia amarga que no quiero alargar. Por otro lado, tampoco estoy dispuesta a afrontar lo que siento, porque no sé cómo deba proceder en estos casos. Lo que realmente me afecta es aquello a lo que le permito afectarme, me es difícil afrontar que esta es una de esas cosas.

Me gustaría poder hacer esto más largo, tal vez, unos cinco meses de casados, sería buen plan, así, las cosas buenas durarían más tiempo; tres meses no es suficiente para disfrutar, u odiarse, sufrir... tres meses no es suficiente para nada, más que para hacerle sentir a mujeres como yo que las cosas buenas no duran para siempre.

Lo bueno es que, todo esto terminará muy pronto.

5

Los tres meses de experimento pasaron de manera desafortunada para ambos. Como lo habían establecido, se separaron una vez se les hizo entrega del divorcio y del dinero que les prometieron. Adán, fue sacando sus cosas de la casa de Eva sin decir ni una palabra, sin despedirse, sin darle nada a cambio.

La forma en que dejaron todo atrás, hacía que el tiempo que tuvieron juntos se sintiese como una experiencia completamente ajena a ambos. No estaban en contra de ello, ya lo habían conversado, ya se habían puesto de acuerdo a que todo sería de esa forma.

Eva estaba segura que las cosas volverían a la normalidad, o por lo menos se consolaba de esa forma. No se arrepentía de lo que le había sucedido, de lo que había experimentado estando del lado de aquel hombre con el que compartió algo más que su cama, pero, sabía que ya era tiempo de dejar todo eso atrás, de alejarse de aquel entonces. Y sus días intentaron ponerse de nuevo en orden.

Retomó su rutina diaria, tratando de actuar como si nada hubiese sucedido para no sentirse extraña, para no extrañar nada de lo que había estado haciendo los últimos tres meses. Se despertaba, se bañaba, se preparaba el café...

Hacía lo que podía. Despertarse ya no era lo mismo sin poder ver los parpados cerrados de un hombre que se acostaba agotado y lleno, sabiendo que había trabajado lo que le gustaba gracias a ella. Bañarse parecía una tarea aburrida una vez que no compartía la regadera o la bañera con él. El café no sabía igual, el desayuno no tenía el mismo toque.

Por mucho que lo intentase, la mañana no era la misma.

Durante varios días se despertó asegurando que todo había sido un sueño, para excusarse, para hacer más llevadera la tragedia de la soledad. El trabajo seguía igual, ahí, lleno de oficio suficiente para distraerla, con las conversaciones monótonas acerca de los encargos, de las responsabilidades laborales; incluso, la hora del almuerzo sin alguno de los platillos que Adán le cocinaba tan amablemente, le resultaba deprimente, vacía.

En menos de tres meses todo se había vuelto esencial para ella, y eso no le

generaba placer.

* * * *

Luego de terminar con su parte del experimento, de sacar sus cosas de la casa de Eva, de recibir su recompensa de treinta mil euros, Adán se dispuso a alquilar un piso lo suficientemente cómodo que se adaptase a sus necesidades básicas. Ya no quería nada que fuese a resaltar demasiado, que tuviese muchas ostentidades, era un hombre diferente.

Retomó sus viejas costumbres: leer, ver televisión, comer... lo básico. Ya no podía invertir parte de su tiempo en estudios inútiles porque ahora tenía un trabajo que le ayudaba a reducir el gasto de esa recompensa que había recibido. Con eso podría vivir cómodamente durante un tiempo hasta que pudiera hacerse con algo mejor. No tenía nada que perder, ya había dejado sus ambiciones absurdas atrás para convertirse en un hombre diferente.

El recuerdo de aquella relación no le hacía daño porque intentaba no pensar al respecto. Había invertido los últimos días de su matrimonio con Eva, en adaptarse a la idea, a la posibilidad de extrañarla, de demostrar con algún tipo de ineficiencia laboral, de incapacidad emocional, que le hacía falta estar con ella. Ya lo había aceptado, ya no era algo que le pudiera afectar.

Se había adaptado a su ausencia, pero no quería decir que no la sufriera de todos modos. Sin lugar a duda había aceptado que no existía posibilidad alguna de estar con la mujer que aprendió a amar porque ella no se dejaría querer ni porque su vida dependiese de eso. Abría la nevera y ya no conseguía un simple envase de yogurt a medio comer, o un par de huevos de repuesto. Al igual que ese cambio de su realidad, ella había hecho algo en él de lo que no se podría deshacer jamás.

Ahora era un hombre, por así decirlo. Quería algo diferente para su vida, tenía nuevas motivaciones, ambiciones, sueños... como quisiera llamarle, todo eso gracias a una mujer que le prestó su tiempo por tres meses. No era suficiente, claramente no, pero intentó atesorarlo de todos modos mientras duró.

Volvió a abrir la nevera y observaba las cosas que podría comerse; sacó una cerveza y un envase de helado del refrigerador. Tenía para deleitarse, tenía los

recursos y los recaudos necesarios para hacer de su vida algo que siempre quiso.

Se deleitaba con la idea de que todo eso fue gracias a esa experiencia que le ofreció Eva. Sí, se lamentaba haberla experimentado, de no haberlo hecho, no se sentiría vacío al no tenerla a su lado, aunque, eso no era suficiente para marginar el hecho de que todo era definitivamente mejor.

«Un hombre nuevo necesita de nuevos problemas», se repetía aquellas palabras para recompensar el hecho de que, tres meses atrás, no esperaba encontrarse en esa situación, por lo tanto, necesitaba preocuparse de otras cosas. Decidió que el cuento con Eva era una cosa de otro mundo, algo a lo que no necesitaba aferrarse, no más, no si deseaba seguir creciendo.

* * * *

Tres años después.

Una vez leí un experimento que decía que luego de que haces algo por sesenta días seguidos, eso que pusiste en práctica, se haría una costumbre permanente; no podrías olvidarla. Dos meses tienen aproximadamente sesenta días. Estuve tres meses casada con Adán.

No estoy segura de qué fue aquello a lo que me acostumbré: ¿a él o a escribir en un diario? De alguna forma u otra no estoy con Adán, pero sí me encuentro inmortalizándolo con mis palabras.

No he tenido la fortuna de volverlo a ver, eso es algo de lo que no me siento muy feliz. Me pregunto qué habré escrito en ese entonces, de qué me habré quejado, qué cosa habré negado y, estoy segura que eso que una vez dije, no significa nada ahora.

Porque no hay otra cosa que me sirva más de lección que el hecho de que no he podido estar al lado de otro hombre sin tener en mente todo aquello que una vez tuve con Adán. Es ridículo no haberlo intentado, pero, conocí una vez un hombre más ridículo que eso. No sé si vale la pena mencionarlo ahora si no lo hice a su momento, pero, qué más da.

Era un joven que tenía cierto carácter autoritario; no recuerdo su nombre, pero

sé que lo puedo encontrar en un mapamundi por el continente europeo. Suponía ser un gran problema, era un drama tras otro.

El caso es que una vez me dijo que quería algo conmigo, que podríamos estar juntos, pero que debíamos conocernos mejor, que yo debería darme a conocer, que, si él encontraba cosas que no le agradaban, que las debería cambiar, en su defecto, que no tendríamos nada. Me dijo que en un principio era un diez de diez, luego de mostrar mi desaprobación por su conducta infantil, me hice un ocho de diez.

Eso era lo que realmente era ridículo. Supongo que hace tres años era así, un tanto estúpida, para decir verdad.

Quisiera poder saber más de él, volverlo a ver, hablar las cosas. Una vez nos separamos, mi vida no fue precisamente la más interesante. Tuve que verme en la obligación de dejar de preocuparme por ese hombre que alguna vez llegó a significar tanto para mí y continuar con mi vida, supongo que él hizo lo mismo, es inteligente, siempre lo fue.

* * * *

Adán había estado gran parte de su tiempo trabajando como cocinero, pagó sus estudios en diferentes escuelas de gastronomía del país para poder aprender todo lo que podía, aun sabiendo que también podría aprenderlo en las cocinas de verdad, pero, no le importaba. El mundo de la comida, de los restaurantes, del servicio, se había vuelto su vida, su pasión; era algo que le agradecía día y noche a Eva.

Nunca olvidaría las cosas que lo llevaron hasta donde estaba ahorita porque fue gracias a ella que lo logró, que pudo dominar sus propias carencias y continuar. Además, que, de no haberla conocido, no se habría motivado nunca a hacer eso.

Era cuestión de semántica: habiéndola conocido o no, se habría dedicado a eso tarde o temprano, solamente que ella lo convenció casi sin intentarlo. Él ignoraba eso, y por ello, ella lo era todo.

Su vida definitivamente no fue la misma luego de terminar el experimento de

tres meses, aunque eso no significa que no pudo ser mejor. Recordaba a Eva cuando podía, no solo porque sus padres se la mencionaban en lo que veían la oportunidad, o porque pasó gran parte de su tiempo tratando de olvidarla, lo que sólo sirvió para hacerle notar que mientras más lo intentaba, indirectamente, pensaba más en ella.

Hizo lo que pudo para continuar con su vida sin aferrarse tanto al pasado, a ese que lo había marcado, a ese que lo había forjado como hombre. Cualquiera pensaría que luego de tres meses de un laborioso oficio como cocinero, habría conseguido el tiempo suficiente para hacerse con una vida... él estaba seguro que quien fuese capaz de pensar eso, no conocía esa vida.

Tenía el trabajo adecuado para mantenerse ocupado. Una vez le hizo caso a su antigua esposa acerca de buscar a aquel hombre que lo introdujo en el mundo de la cocina, consiguió un trabajo en uno de sus restaurantes, en donde pasó tres años de su vida, no con él, pero si recomendado. No tenía tiempo para trivialidades. Le dedicó los turnos que podía a aquella vocación porque era su analgésico, su medicamento auto prescrito para no pensar en Eva.

Durante un tiempo le fue de utilidad. Cuando le obligaban a alejarse porque lo necesitaba, luego de un exhaustivo lapso de ocio, comenzaba a recordarla, a buscarla por la internet para saber en dónde se encontraba, qué estaba haciendo y, cuando parecía estar cerca de lograrlo, se retractaba e intentaba ignorar aquel impulso pensando en otra cosa.

Le era suficiente vivir con la incertidumbre: era un consuelo pensar que pudo ser algo mágico y no averiguarlo, no arruinarlo si ese fuera el caso.

Sabía que había una posibilidad de que su relación no funcionara, de eso estaba seguro, o sea ¿no hay cientos de miles de posibilidades ante cualquier cosa?

Era evidente que, dentro de todos los posibles resultados, alguno de ellos sería negativo (el fracaso siempre es una opción), sin embargo, era con eso con lo que se consolaba gran parte del tiempo; principalmente esa en la que pensaba que podría lanzarse a la aventura de verse de nuevo con Eva.

Durante tres años, ninguno de los dos se dedicó realmente a reencontrarse por muy a pesar de desearlo inmensamente.

* * * *

Tras tres años pensé que lo olvidaría casi por completo y he sido una estúpida por tan solo pensarlo. He llegado a creer que pienso en él más de lo que me esperaba, y ahora que se cumplen tres años de aquel día que nos casamos, es más intenso. No significaba nada en ese entonces, pero no lo olvidé y eso es más que suficiente para que sienta la presión del recuerdo.

A veces pienso que cada vez que escribo de él, consigo hacer de mi practica terapéutica una horrible tortura.

Me gustaría creer que estamos muy ocupados para vernos nuevamente, que tenemos vidas complicadas, que hay un gran motivo por el cual no moldeamos el destino a nuestro antojo para encontrarnos en la acera de la calle, en el lobby de algún hotel, en los pasillos de algún mercado local o de algún centro comercial.

Es decir, yo no me he mudado, ¡sigo en el mismo lugar de siempre! Eso me parece injusto, el hecho de que no sé en donde vive ahora, que yo siga aquí, que mi edificio se vea exactamente igual desde lejos... no sé, me irrita. Me iracunda porque no hay una excusa para que no haya pasado por aquí en los últimos años. Tal vez no me quiere más, tal vez no siente más nada por mí.

Y ¿sabes qué? (me estoy haciendo esa pregunta a mí misma), es gracioso porque podría no estar preocupada por eso, porque no hay necesidad de llorar sobre la leche derramada y, sin embargo, con toda y esas, realmente me afecta el que no se haya aparecido por aquí en todo este tiempo.

Pero no me he rendido, tal vez no dé todo del todo, o no lo esté intentando lo suficiente, pero sé que, a pesar de no agotar todas mis posibilidades, lo estoy intentando y ¿él qué?

He estado pasando por aquel café varias veces por semana, se podría decir que lo suficiente para decir que me lo podría encontrar.

Cada vez que estoy cerca pienso en qué diré o haré si lo encuentro, en cómo será la escena, en sí conversaremos de cosas que valgan la pena o de si me dirá que me quiere o que alguna vez lo hizo. Me invade la angustia, la ansiedad, me agobia la desesperación, la improbabilidad de verlo, la posibilidad de hacerlo.

Nerviosa, aterrada, sintiéndome una ridícula, comportándome cómo tal. Todo eso parte de un montón de sentimientos encontrados mientras me siento en la mesa en la que Adán me dijo que me vio por primera vez.

Recuerdo ese día (o simplemente lo imagino), pero me es suficiente excusa para quedarme en ese mismo lugar, y mientras puedo, me planto ahí a la espera de un encuentro mágico, eso hago, eso haré hasta que me canse. He llegado a creer que soy el motivo por el cual el local aun no cierra. Trato de pensar en cosas buenas mientras estoy ahí, eso hace menos aburrida la espera.

Me preguntó cómo estará, qué hace con su vida, si consiguió pareja, si les habla a sus padres de mí, si sueña conmigo o me piensa en su tiempo libre. Quiero saberlo todo, quiero entenderlo todo. Pero ignoro, desconozco por completo aquello que ha llegado a ser importante con el tiempo.

Ese maldito bastardo que hace lo amargo más amargo, al anciano más anciano, a lo caliente mucho más caliente. El tiempo perpetúa mi sufrimiento, su ausencia y mis ganas de querer tenerlo cerca.

Uno podría creer que, en estos tres años, aquello que hicimos durante tres meses se disipó, aunque sea un poco, y que sólo extraño pequeños vestigios de lo que alguna vez compartimos; no podrían estar más equivocados. El tiempo sólo ha logrado que el extrañarlo se haga más palpable, que se sienta en el aire como un manto espeso.

El tiempo es un maldito bastardo que hace todo más difícil.

Todavía me hace falta su calor mientras duermo, sus manos traviesas mientras camino, me baño, me visto; verlo cocinar, seducirlo, despertar a su lado. Extraño compartir tiempo de calidad y hacer cada experiencia algo maravilloso a su lado, y, mientras más lo recuerdo, más me siento como una estúpida por no haberlo atesorado cómo debía.

¿Será que estoy enamorada de él? Sí, lo sé, es estúpida esa pregunta.

* * * *

Mañana tendré que llegar antes, así podré terminar de preparar todo lo que me hace falta, eso será lo mejor; abro el restaurante, hago la mise en place... sí,

está bien, puedo hacerlo. Es decir, no necesito estar todo el día aquí encerrado, la chef tiene razón.

—Adán, ¿ya te vas? ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

—Para nada, chef.

—¿Entonces?

—¿No me había dicho que uno que otro día saliese más temprano y buscara relajarme?

—Sí, yo te dije eso.

—Ah... ¿ve?

—Vale, vale, vete de una vez entonces. No llegues tarde mañana.

—Vale chef, hasta mañana.... ¡Hasta mañana chicos!

—¡Hasta mañana chef!

«Chef» no me acostumbro a que me llamen así. Pero bueno, supongo que es lo que quería ¿por qué no me habría de acostumbrar? Ahora sólo me falta subir unos cuantos escalones más y podré ser yo el chef principal. Tal vez unos dos o tres años más... «sub-chef» ... mucha responsabilidad, la que quería, ¿quién lo diría?

[...]

¿Ahora qué? Esto es raro ¿desde cuándo no salgo a esta hora? ¿Para dónde voy? ¿Debería hacer algo en particular? Ah... no joda, sabía que esto iba a pasar, debí haberme quedado.

Por eso no me gusta salir antes, es decir, podría estar tranquilo en mi horno, con mi gente, en paz. Ahora, ¿qué voy a hacer a las cuatro de la tarde caminado por la calle? Hay mucha gente por aquí. Cuando yo salgo nunca hay mucha gente por aquí. No es como que no quiera conseguirme con nadie, es solo que, siempre está solo cuando salgo de noche, yo...

—¡Chef! ¡Espere!

¿Ahora qué?... ¿Será conmigo?

—¡Chef, espere!

Sólo estoy yo por esta acera, además, ¿qué otro chef hay por aquí? No hay un

restaurante hasta la siguiente cuadra. Tal vez sea yo.

—¡Chef!

Que desesperante, ¿quién será? ¿por qué no le responden? ¿A quién le estará gritando?, mejor me volteo... Oh, mira, es «Miguel el nuevo». Que cosas, sí era conmigo.

—¿Qué pasó, Miguel?

—Ah... Ya va.

Estaba corriendo, ¿para qué querría estar corriendo? Grandioso, ahora hago correr a la gente. ¿Qué sucede, Señor?...

—Chef, lo alcancé.

—Sí, ya vi. ¿Para qué corrías?

—Lo vi salir hace rato así que me apresuré para alcanzarlo.

Ahora parece acosador.

—¿Qué pasó? Cuéntame.

—No nada, Chef, solamente quería alcanzarlo. Cómo salió en cambio de turno, yo salí en cambio de turno, no esperaba encontrármelo, así que, bueno, quería saber si podía caminar con usted hasta el metro.

—A bueno, ya estás aquí, al cabo que ni sé que hacer, así que no importa.

—Vale, entonces lo acompaño.

—¿No estabas haciendo eso ya?

—Sí... sí.

—Bien...

Bueno, por lo menos no estoy solo, ¿ves? Ahora debo caminar con el nuevo, esto nunca sucede de noche. Bueno, tampoco es como que salga solo, o cómo que en el segundo turno no haya nuevos, pero de noche todos se van al bar. Yo no voy al bar, no me gustan los bares, ahora este chico me persigue. Estoy seguro que en lo que comience a trabajar más, no querrá hablar con otros. O tal vez sí, tal vez sólo soy yo el asocial. No sé...

—¿Chef? ¿No tenía usted un coche?

—Todavía lo tengo, ¿por?

—No, cómo no lo lleva hoy, creí que le había pasado algo.

—No, sólo no quería traerlo hoy, cómo pensaba salir temprano, no quería que me cogiera el tráfico así que lo dejé en casa.

Quiere hablar, se nota que quiere hablar de algo.

—Ah... vaya, y ¿qué piensa hacer ahora?

—¿Hacer de qué? ¿Qué, o qué? ¿tienes pensado llevarme a un lugar bonito?

—No, jajá. Es que, como dijo que no sabía qué hacer.

—Todavía no lo sé, no estoy acostumbrado a salir tan temprano, no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque así tengo que pensar en qué hacer, y el día ya es suficientemente molesto como para tener que pensar qué hacer con él ¿Me entiendes?

—No.

—Obvio no, apenas tienes diez años.

Niños. ¿Yo era así cuando tenía diez años?

—Tengo diecinueve.

—Exacto, diez años.

—No, vale, yo... cuidado chef, no vaya a pisar...

—Mierda... por poco... gracias.

—No hay de qué... yo, yo no soy tan joven, tengo diecinueve.

—Eso lo dicen todos. Claro que eres joven, cuando tienes diecinueve, veinte, incluso cuando crees que tienes veinticinco, eres joven.

—Bueno, no sé, sólo digo que lo entiendo, pues, no tiene nada que ver cuantos años tenga...

—Puede ser... el punto es que es un fastidio salir temprano.

—¿Desde cuándo no sale a esta hora?

Está preguntando mucho. Por lo menos no soy yo y mis pensamientos.

—Bueno, desde que pedí hacer doble turno... más o menos, cómo... un año y medio.

—Vaya... ¿cuánto tiene trabajando aquí entonces?

—Tres años.

—¡Mierda! Entonces ha estado trabajando desde siempre aquí.

—No, vale, tres años no son nada.

—Claro que sí, quisiera yo tener tres años trabajando aquí, todos los demás a los que les he preguntado, apenas llevan uno... ¿y desde cuando es sub-chef?

—Desde hace como cuatro meses, apenas me ascendieron.

—Bueno, si se quedaba todo el día en la cocina, supongo que eso es lo menos que podían hacer.

—Para nada, una vez que... crucemos aquí... una vez que entras en el mundo de la cocina, prácticamente nadie te va a tomar en cuenta para nada. Puede que, si te involucras mucho, alguien vaya a enseñarte algo... es decir, mírate: siempre estás en lo tuyo. Si no te mueves de estación, te vas a quedar estancado. O sea, ¡mierda! ¡Pregunta!, involúcrate, aunque sea un poco, di: mire, mi compañero de cocina... (no sé cómo hables tú, di lo que se te antoje, sólo crea conversación), cuénteme, en qué lo ayudo.

—Pero si no es mi trabajo...

Este niño... respira profundo, Adán, respira profundo.

—¿Tienes una estación fija?

—No...

—Entonces no tienes un trabajo qué hacer... espera.

¿Por qué la gente se atraviesa?, ¿no ven que estamos conversando de algo importante?

—Como seguía diciendo: apenas estás en producción, ¿no eres cocinero? ¿no saliste de una escuela de cocina?

—Sí.

Está caminando hacia el subterráneo, no quiero coger el subterráneo, a esta hora debe estar horrible, o no ¿qué se yo? Nunca cojo el subterráneo...

—No, vale, no al metro, caminemos más...

—Okey, okey...

—Vale, lo que decía, a menos que te hayan contratado para producción entonces no creo que... bueno, sí, eres el de producción... pero nada, lo que quiero decir es que no creo que quieras quedarte toda tu puta vida deshuesando pollos, cortando papas, pelando camarones, y todo lo demás que te mandan a hacer.

—Bueno, sí me contrataron para eso

—Sí, sí... lo sé, solo estaba diciendo... ven, vamos por aquí.

—Además, es divertido...

—Sí que lo es, pero no esperes que tu pasión se haga algo monótono.

—No es mi pasión cortar pollo.

—Entonces cuál es.

—Cocinar.

—Entonces cocina, coño.

—Pero si no estoy en ninguna estación de servicio constante.

—Bueno, eso es lo que intento decirte. Si te involucras, si observas lo que hacen y lo practicas en casa para dominarlo y luego llegas participando, las personas comenzarán a saber quién eres en realidad. Si asciendes, fue porque tuviste suerte... mira, crucemos esta calle...

—¿Para dónde vamos?

—Voy a ver algo. Descuida que no te voy a secuestrar.

—Vale, sigamos entonces.

—Aja, cómo te seguía diciendo, si asciendes es por suerte, porque el que se fue, dejó un espacio vacío y necesitan que alguien lo llene. Es un fastidio estar pidiendo personal, no tenemos tiempo para estar haciendo entrevistas, así que ese al que todos vemos que sabe más acerca de esa estación, el que conoce el menú...

Parece que no está entendiendo... mejor se lo digo de otra forma

—Es decir, por ejemplo, yo que ahora soy el sub-chef, si veo que tú sabes y no hay otro que sepa sobre eso, entonces te digo para que lo remplaces. Así se asciende.

—Pero eso sería...

—Eso sería nada, no sé qué ibas a decir, pero estoy seguro que no me importa... mira, mi punto es que la cocina es un campo de batalla, todos quieren aprender, crecer, demostrar que lo valen. No es fácil; si fastidias mucho te van a comenzar a apartar, además que a nadie le gusta un lame botas o un fastidioso, así que no será fácil hacerte notar, es decir, a penas y sé tu nombre.

—Miguel.

—Dije que me lo sé... deja de resaltar lo obvio y sígueme...

—Sí...

—Entonces, es difícil. No me ascendieron porque fuese el mejor del mundo, porque era el amigo del chef o porque estaba haciendo turno doble, de hecho, al principio sólo me quedaba todo el día sin decirle a nadie si podía o no.

>>A ellos no les importa, cuando sólo eres el de producción, o el que corta las papas o el que busca las cosas en la nevera... mientras que alguien haga eso, nadie se preocupará.

>>Así que, sólo estuve haciendo eso, hasta que necesité más dinero y pedí que me dieran oficialmente dos turnos; no se quejaron porque se habían acostumbrado, luego solamente fui cambiando de puesto mientras que los demás se iban a buscar un futuro prometedor... yo, me quedé y esperé. Suerte, suerte y paciencia.

—Vaya... todo eso en tres años.

—Perseverancia, la perseverancia también es importante, es que...

Eva... sabía que salir temprano me traería problemas.

* * * *

Miguel escuchaba a uno de los que dirigía la cocina, a diferencia de la chef principal, él era el otro que mandaba. Así que, era alguien importante, sabía algo, hablaba de cosas interesantes, mientras que lo guiaba por las calles de Madrid, se sentía más y más entusiasmado por su nueva gran pasión. Todo lo

que le decía era valioso, pero, Adán continuaba caminando sin decirle a dónde ir.

No sentía preocupación por saber a dónde se dirigían, siquiera era de importancia, pero, eso lo llevaba a un punto en el que su nuevo mentor no sabía lo que sucedería. Estaba caminando por reflejo, casi como si fuese el mismo instinto que guía a las aves a migrar cuando nunca antes lo habían hecho.

Caminaba despreocupado, interesado en el tema; al salir estaba convencido de que dejar el trabajo temprano resultaría una molestia, que no sabría qué hacer, que no le quedaría de otra que ir directo a su casa, pero las circunstancias fueron otras: Miguel se acercó a él y le ayudó a olvidarse de sus problemas.

Adán habían aprendido a mantener su mente ocupada cuestionándolo todo, quejándose del mundo, haciendo diálogos consigo mismo mientras caminaba para no pensar en cosas que le fuesen a causar algún problema.

Se acostumbró a que, si no pensaba en Eva, no habría motivos para sentirse mal, para querer verla de nuevo; la premisa de su vida unos cuantos meses atrás. Estaba evitando la presión de un reencuentro, la necesidad de aparecerse por su puerta para afrontar su mayor miedo: verla con un hombre; casada, con dos niños... él estaba completamente convencido de que ella había hecho una vida luego de que se separaron, que, a diferencia de él, en el amor le fue de maravilla.

Pero no la había olvidado, para nada. Seguía atraído a su atractivo, a su forma de ser. No sabía cómo era ahora, cómo se vería, pero el recuerdo que tenía de ella, todo lo que representaba, lo que era para él, nunca moriría, nunca cambiaría desde su punto de vista.

Quería verla, claro que quería verla; todos los días tenía un vacío en el pecho al que, al principio, le daba su nombre, y a pesar de que ahora lo ignoraba, no significa que no se llamase igual. Era la necesidad de estar a su lado, de amarla con todo lo que pudiese dar mientras que pudiese hacerlo.

Y, fue ese mismo instinto que se oponía a olvidarle, a olvidar su infancia, a olvidar que una vez no tenía ambiciones, que lo llevó a ese café. Precisamente lo que quería evitar al estar todo el día en la cocina: que su propio ser le traicionase.

Y allí estaba ella, observando alrededor del café, buscando algo, con una

mirada perdida, con el cabello recogido, el mismo cabello; sin muchas alteraciones. Estaba sentada en la misma mesa en la que alguna vez la vio, pensó que tal vez era una simple coincidencia. Pero ahí estaba.

Se detuvo en seco, cómo si la hubiese sentido, como si nada más necesitase verla de reojo para reconocerla de inmediato. Dejó de hablar, Miguel pudo notar que algo sucedía. No quiso interrumpirlo, el respeto que le tenía no le dejaba interrumpirlo. Parecía concentrado.

«Eva...» Pensó Adán. Eva estaba sentada, estaba buscando algo. Nada podía ser más nefasto que la coincidencia. Era de esperarse, sabía que ese café estaba a unas cuantas calles de su casa, era obvio que la encontraría por ahí, por eso evitó esas avenidas durante el día, pero ese día fue diferente.

Petrificado, en silencio, con las últimas palabras en la boca, saliendo por reflejo, observándola; pensó en que podría estar buscándolo a él, para luego descartar por completo esa posibilidad. Estaba buscando a su esposo, era lo más probable, era lo que más sentido tenía para Adán.

Eva lo había olvidado ya, incluso, el hecho de verla ahí, podría ser una treta del destino, una mala jugada de la existencia misma al mostrarle a la mujer que ama a unos cuantos metros de distancia con la vida que nunca había soñado tener y que él quería compartir con ella.

Eva, Eva... Eva estaba buscándolo. Eva estaba, al igual que siempre, observando sutilmente a su alrededor como si no estuviese viendo nada, como si estuviese reflexionando en su vida, para no verse desesperada, para que no se notase demasiado que estaba buscando a Adán.

Se imaginaba todo el tiempo la posibilidad de encontrárselo a pesar de que no estaba preparada mental y emocionalmente para verlo. No sabía cómo iba a actuar y ella lo reconocía. Estaba segura que sería un desastre, y no estaba equivocada.

Mientras observaba y observaba, entre una de sus miradas esporádicas a la ventana que daba a la calle, vio a un hombre parado junto a otro, observando el interior del café desde afuera.

Al principio no lo reconoció, llevaba otro corte, tenía ropas holgadas, las típicas que se usan debajo de la filipina. Tenía una barba a medio afeitarse; sudado, despeinado. No lo ubicó en su memoria a la primera. No lo miró de frente, no se detuvo mucho a analizarlo, así que apartó la mirada y continuó

con su búsqueda.

Pero, sin embargo, a pesar de no haberlo comprendido, su subconsciente le pedía a gritos que regresase la mirada, que volviera a ver, que algo importante había sucedido. Ese mentón, esa mirada, esos hombros. Eva había estudiado sus recuerdos día tras día para poder adaptarse a la posibilidad de algún cambio radical en Adán, para no dejarlo pasar, para no ignorarlo en el encuentro más fugaz, exactamente cómo había sucedido.

Y lo comprendió. Era él, era Adán, estaba ahí en donde siempre esperó encontrárselo, en donde, de alguna forma u otra, alguna vez, habría de aparecer. Su espera había rendido frutos. Él notó que sus miradas se encontraron. De inmediato, no supo que hacer. Estaba nervioso, asustado, no quería que le asomase alguna noticia triste: «me casé; quiero que conozcas a mis hijos». Pudo notar como se le dibujaba una sonrisa a Eva, cómo comenzaban a iluminársele los ojos.

Ella, estaba increíblemente feliz, nerviosa, desesperada por hablarle, pero feliz. Puso el vaso de café en la mesa como pudo, se levantó rápidamente, tropezó la mesa, bajó la mirada... Adán observó esa escena, la notaba apresurada, no quería confrontarla, por lo que decidió alejarse lo más rápido posible de ese cuadro.

En lo que Eva levantó la mirada, Adán estaba retirándose a toda prisa del frente del café... no, no se iría así como así; así que dejó el desastre que acababa de hacer y se lanzó a la persecución de su futuro, de su amor, del hombre que le hizo sentir que la vida servía para algo.

—¡Chef! Para donde va preguntó Miguel.

—¡Para cualquier otro lado!

—Pero chef, ¡espere!

Miguel vio cómo Adán comenzó a apartarse a toda prisa del café, giró rápidamente a su espalda y vio como una hermosa mujer se acercaba rápidamente a su posición y le pasó por al lado. Parecía que conocía al sub-chef y por ello prefirió seguir la situación de cerca.

Eva quería alcanzarle lo antes posible. No sabía qué esperar, no sabía qué decirle, pero para hacerlo, primero debía tenerle de frente. Le pareció extraño ver que caminaba cada vez más rápido, que se alejaba más, pero prefirió ignorarlo. Debía tener algún motivo, no importaba, lo había visto, había

esperado demasiado para ese momento y nada le quitaría la alegría de haberse topado con Adán.

Se arrepintió de haber llevado tacones, le dificultaba el paso a pesar de que hacía lo que podía para mantener el mismo ritmo, hasta que Adán se detuvo en seco ya habiéndose bajado de la acera. Identificó la voz de inmediato; Eva gritó su nombre, llena de entusiasmo:

—¡Adán!

Miguel y Adán voltearon al escuchar la voz de Eva. Ella estaba a unos cuantos pasos de los dos, lo que le daba una perfecta visión de la mirada de su amante, del amor de su vida. Adán no pudo evitar detenerse, darse la vuelta y apreciarla. No quería confrontar la inevitable decepción de encontrarse con ella y terminar dándose cuenta que no podrían estar juntos.

En ese momento, en el que escuchó su voz luego de tres años de espera, de incertidumbre, de soledad... notó cómo todos los sentimientos que había acumulado durante esos tres meses y que dejó crecer en el transcurso en esos tres años, renacían, se hacían más fuertes, más intensos.

«Está hermosa», se dijo. La pudo observar un poco más de cerca, completamente sonriente. Estaba agitada por la persecución, pero que le haya seguido hasta ahí aun viendo que él quería alejarse, debía de tener algún significado. Algo debía de querer decirle. De seguro valdría la pena escucharlo.

Eva estaba emocionada, agitada, sonriente. Por fin cerca de Adán, por fin en la misma calle, al mismo tiempo, viéndose mutuamente. Nada podría oponerse entre los dos, nada podría arruinar ese momento mágico.

—Adán repitió Eva, por fin te encuentro.

Él logró escucharle.

—¿Por qué seguiste caminando? preguntó Eva.

—Eva, yo... no quería entrometerme.

Las personas a su alrededor, las que esperaban que el semáforo cambiase de color para poder pasar, observaban la escena, estupefactos, interesados en aquello que no les incumbía. Sus vidas no eran interesantes, sus días no tenían nada memorable hasta que se encontraron con dos personas que hablaban muy alto.

No sabían cuál era el contexto, no entendían que eran un Adán y una Eva que se amaban intensamente, que estuvieron separadas por tres años, que se casaron por un experimento. No sabían nada y aun así continuaban fluctuando entre los dos para entrometerse más en ese asunto, cómo si necesitasen eso para llenar un vacío en sus aburridas existencias.

No habían comenzado a decir nada interesante, pero, el que apareciera un hombre apuesto, tropezándolos a todos para lo que, al principio, se veía como alguien que no respetaría las señales de tránsito, que se detuvo sobre el paso de cebra luego de que una mujer le llamara, una que, de hecho, era realmente hermosa; les causaba curiosidad.

Tal vez eran una pareja que se había peleado, siempre hay un par que se las arregla para armar un show en frente de muchas personas; tal vez eran actores, tal vez él le había robado o le debía dinero... Cada uno de los presentes se estaba haciendo de su propia película: callados, atentos.

—¿Entrometerte en qué? Adán.

—En tú vida. No debía estar aquí, no debí haber pasado por allí, no debías verme.

—Pero te vi, Adán, y eso es lo que importa.

Miguel, los peatones, el tiempo... todos se detuvieron para poder ver qué sucedía entre los dos, qué era aquello tan importante como para llamar así la atención, para hablarlo en medio de la calle, para que se olvidasen de que los demás existían.

—De seguro tienes una vida que...

Eva sabía qué quería decir. Todo tenía sentido: corrió, se agitó, trató de evitarla... él creía que no tenía un lugar en su vida y estaba equivocado.

—No tengo nada, Adán. No he tenido nada desde que te fuiste, y, a menos que regreses, nunca lo tendré.

Adán entendió a la perfección sus palabras. Algo significaban y, por ese algo, valía la pena arriesgarlo todo. Ambos se quedaron en silencio, mirándose directamente a los ojos, ignorando su alrededor, ignorando el hecho de que estuviesen rodeados de personas, de una calle sin tránsito de coches, de edificios.

El mundo se disipó y sus problemas con él. Durante tres años los dos se

imaginaron ese momento; reprodujeron en su cabeza todas las posibles variantes, todas las cosas que diría, todo lo que harían. Estaban a tiempo de intentarlo todo, estaban a punto de lograrlo.

Eva sonrió, Adán respondió esa sonrisa. No necesitaban decir más nada, era inefable. Aquello que tenían, que les fue palpable por tres años, aquello que llevaban sintiendo por tanto tiempo, era evidente para ambos y, eso, les alegró el encuentro. Sus corazones palpitaban con fuerza, sus parpados se llenaron de lágrimas, tal vez de felicidad, tal vez porque se relajaron y sus músculos dejaron que las gotas se escaparan para lubricar sus ojos. No importaba el motivo, sólo importaban ellos.

Y, tras unos segundos de total silencio, de haber borrado todo a su alrededor, Eva, se dispuso a hablar.

—Adán, yo te amo...

En ese preciso momento, se escuchó un ruido de alerta. Ambos regresaron al mundo real: estaban en la calle, él sobre el paso de cebra, ella a unos cuantos metros de él. Tenían personas, edificios, el tránsito corriendo a su alrededor.

Todo parecía irreal, como si hubiesen despertado de una pesadilla, como si estuviesen quebrados en fiebre. El calor del momento los mantuvo distantes de su entorno para luego darles una bofetada por permitirse ese descuido.

Una bocina, un fuerte sonido, un grito: un desastre.

Ella exclamó; todos exclamaron en unísono. Las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos; no era felicidad, no estaba relajada. Cada músculo de su cuerpo se tensó, cada hebra de su cabello se cayó, su piel se desprendió de sus músculos, sus músculos de sus huesos, sus huesos de cada articulación. El peso entero de su cuerpo pasó a cero.

Cuando por fin pudo encontrar cada letra de la palabra, las dejó salir quebrada en llantos, en angustia; llena de pena:

—¡Adán!

* * * *

Tres semanas después.

El sonido del monitor de funciones vitales nunca dejó de sonar. Cada «bip» se fue camuflando con el sonido de su respiración. Se había quedado dormida escuchándolo, casi sin ningún esfuerzo. Tenía tiempo allí, visitándolo, yendo a cada visita del doctor de su habitación para evaluarlo. Les respondía a todos y decía lo que sabía de él.

En el momento en que se lo llevaron al hospital, le preguntaron qué era ella de él, a lo que, entre sollozos y palabras de angustia, exclamó: «¡Soy su esposa!»

Sus padres le visitaron en lo que escucharon la noticia. Tenían tiempo sin ver a Eva, pero no sabían nada acerca de su separación, por lo que actuaron de manera natural al verla. Su hijo siempre les daba una excusa a todos al respecto; para los demás, siempre estuvo casado. Al enterarse de eso, se sintió completamente alagada, triste por no haber estado con él durante esos años, pero, feliz por saber que, para él, ella seguía siendo su esposa.

Adán se encontraba estable, eso le había dicho el doctor. Unas cuantas fracturas, además de un traumatismo craneoencefálico cerrado, lo mantuvo en coma por tres semanas. Un hombre ebrio que, bien estando en su luz, había excedido el límite de velocidad e ido a toda marcha en contra de Adán.

Aquel accidente supuso un gran golpe para la estabilidad emocional de Eva. Durante las primeras horas, estuvo completamente angustiada de su futuro, de qué podría suceder con él. Un mundo en el que no pudiese estar con Adán era uno en el que ella no quería seguir viviendo.

Pero, a su fortuna, no tuvo daños permanentes. Miguel, el joven que estaba acompañándole, le puso al día con lo que hacía con su vida. No sabía mucho, apenas lo conocía, solamente sabía lo que él mismo le había contado antes del accidente y lo que sus compañeros hablaban en la cocina.

Todo le pareció una gran noticia. Pequeños vestigios de felicidad ante aquella tragedia.

Estaba dormida, a un lado de las piernas de Adán, esperando a que despertase. Estaba entre dormida y despierta, escuchando todavía el «bip» de la máquina a su derecha.

—¿Eva? se escuchó sutilmente una voz de hombre en el cuarto.

Eva tardó unos pocos segundos en reaccionar, hasta que se percató de que era

la voz de Adán la que mencionaba su nombre.

—¡Adán! exclamó entusiasmada despertaste.

—Eva, ¿qué pasó? ¿en dónde estoy?

—Amor, tranquilo, trata de no agitarte.

—Eva yo...

—No digas nada, trata de descansar dijo, para luego apretar el botón que llamaba a la enfermera , todo estará bien agregó, con lágrimas en los ojos: No digas nada, amor, descuida.

Tres meses después.

—Eva, ¿aceptas cómo esposo a Adán Mazzilli, para amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

—Acepto.

—Adán, ¿aceptas cómo esposa a Eva Acosta, para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

—Sí, acepto.

—Bien, Eva, ¿quieres decir algunas palabras?

Eva, asintió y, agarrada de las manos de Adán, comenzó a hablar:

—Adán, yo he aceptado estar casada contigo desde antes de este día, hasta lo que sé, nunca nos separamos. Eres mi amor y yo te agradezco por haberme enseñado a tener algo diferente de una vida solitaria, vacía. Gracias a ti descubrí que las cosas que me rodeaban eran triviales en comparación con lo que tú me has dado. Y como dijo Mark Twain...

Adán sonrió al entender a qué hacía referencia.

—En uno de sus cuentos continuó Eva «yo no soy necesaria para ti como tú lo es para mí» Amor, «la vida sin ti no sería vida; ¿cómo podría soportarla?» En tal caso, no lo haría. Gracias a ti, puedo decir que soy la mujer más feliz de este mundo, solamente porque en él estás tú.

Adán, no esperó a que el prefecto le preguntase si quería decir algo, por lo que lo dijo de una vez.

—Eva, mi vida, nadie puede estar más feliz de estar a tú lado que yo, ni

siquiera soy capaz de definirlo o cuantificarlo. Tú has logrado tanto en mí que gracias al hecho de que te conocí soy la persona que soy ahora, con mis éxitos, mis logros y mi completa alegría.

>>Eva, no encuentro otra forma para agradecerte que dándote lo que me resta de vida, ofreciéndote todas mis habilidades, todas mis fuerzas, mi existencia misma porque soy tuyo como tú eres mía. Este mundo es nada si no estoy contigo, porque estarlo es sencillamente perfecto, y solamente lo supe una vez que te fuiste, y fue horrible.

Eva comenzó a sentir como sus parpados dejaban correr las lágrimas, humedeciendo su maquillaje y ocasionándole un nudo en la garganta.

—Mi vida, desde que te conozco, has logrado complementarme y por eso, por ti, no me falta nada si estás tú. Te amo, con todo mi corazón.

Y, (con las palabras de Mark Twain), luego de un beso, ambos entendieron que en dondequiera que el otro estuviese, allí estaba el Edén.

Título 7

A lo Reality

Romance, Comedia y Erótica

1

«¿Cómo llegué hasta aquí?» Preguntó al destino, queriendo saber qué serie de eventos la habían obligado a llegar hasta ese punto tan deprimente en su vida. Se encontraba en un café cercano a la calle en donde solía trabajar.

No sabía si su falta de ánimos se debía a que estaba a unos cuantos pasos de allí o si era porque sencillamente los odiaba a todos; le era difícil saber la razón con exactitud. Al mismo tiempo, con cierto descaro, ignoraba las voces cercanas a ella, casi como si se encontrase sola, nada más para concentrarse en cómo cada persona en la calle de ese día se veía particularmente feliz.

Era una sensación abrumadora para ella el observarlos a todos completamente felices, tal vez, fingiendo, tal vez, siendo honestos; indiferentemente de eso, era algo que ella no sentía en ese instante.

Verónica estaba sentada al lateral de una ventana, observando distraída todo aquello cuanto pudiese ver, sin enfocarse en un solo punto, saltando de individuo en individuo mientras su alrededor se enmudecía.

No había sonidos de coches, de pasos, o de conversaciones a las que era ajena, nada más que el perfume del café de la taza que tenía muy cerca de sus labios y los brillantes y jocosos extras de su vida que rondaban por las aceras afuera de aquel local con una sonrisa en el rostro.

Karen se percató de una Verónica distraída y distante, sintiéndose ignorada a voluntad.

—¿Vero? ¿Me estas escuchando?

Verónica se despertó de su contemplación profunda del entorno para mirar atenta a su amiga, tal cual acabase de llegar de un trance astral.

—Claro que sí te estoy escuchando se llevó la copa de café a los labios con delicadeza para sorberlo, dejándole a Karen muy en claro, que estaba dándole toda su atención.

—¿Sí? sabía que Verónica no la estaba escuchando, decidió retarle; □ ¿De qué estaba hablando?

—Bueno Verónica no tenía idea de qué había dicho su amiga. Dejó la taza en la mesa para concentrarse y lograr recordar alguna palabra que hubiese logrado penetrar su atención mientras la ignoraba; □ Estabas diciendo que no te gustaba... buscó a su alrededor para inventar una buena excusa; observó el panecillo en su plato a medio comer e ideó qué decir: □ el pan de aquí.

Karen bajó la mirada para contemplar aquello que su amiga observaba, con el ceño fruncido y desconcertada con la respuesta de Verónica que, claramente, no tenía nada que ver con lo que ella hablaba; cosa que, además, resaltaba su punto. Respiró profundo para no decir nada ofensivo.

Detestaba que la gente le ignorase, pero se lo dejaba pasar a «Vero» porque sabía que a ella no le afectaban esas cosas. Si le decía algo al respecto, fácilmente podría ignorarlo quitándole cualquier importancia que pudiese tener.

—Vero, eso no tiene sentido, en lo absoluto. Ni siquiera estaba hablando de eso.

—Claro que sí sonrió, con la intención de convencer a Karen de que no estaba mintiendo.

—No Karen respiró profundo para luego intentar retomar el tema anterior: □ ¿sabes qué? Olvídalo.

—Perfecto, porque no te estaba escuchado Verónica sonrió y cogió de nuevo su taza.

Karen aspiró fuertemente por la nariz, abrió sus parpados, dejando completamente descubierto sus ojos. Trató de no insultar a su amiga por no haberla escuchado y por el descaro de decirle que no lo estaba haciendo.

—Yo... se aguantó las palabras que quería dejar salir. □ Vale, no importa. Cómo te seguía diciendo: tienes que centrarte en otra cosa. ¿No tienes comida?

Verónica suspiró hastiada por la insipiente de su amiga con el tema de su desempleo.

—Te dije que no importaba ¿sí? No necesitamos hablar más de eso Verónica no quería seguir escuchando a las personas decirle que podría hacer algo para mejorar su situación. Ella no era de esas.

—Vero, tienes que hacer algo. No puedes quedarte toda la vida esperando a que te llegue una oportunidad de actuar. ¿Qué vas a hacer mientras tanto? Karen cogió el pan que tenía en el plato en frente suyo y lo llevó a su boca.

—Tengo el cheque de la liquidación Karen miró hacía la ventana, quitándole importancia al asunto.

—Ajá Karen bajó el panecillo □ ¿Hasta cuándo crees que te durará eso?

—No sé, ¿hasta el año que viene?

—¿En serio piensa eso? ¿Cuánto es?

—Treinta mil euros.

Karen dejó caer sus hombros, levantó su ceja izquierda pensando: «¿En serio espera que eso le será suficiente?» y cómo le pareció algo bastante prudente para decir, lo agregó:

—¿En serio piensas que te alcanzará?

—Claro Verónica tragó el café que acababa de sorber con apremio. Tenía un plan para hacer rendir el dinero; dejó la taza sobre la mesa y habló: □ Solo necesito priorizar una que otra cosa, dejar de hacer otras y así el dinero me rendirá.

—Vero, eso es poco probable. Tienes gastos importantes, cómo el departamento, o pagar el transporte. La comida ¿cómo piensas hacerlo rendir en verdad? Karen estaba un poco preocupada por su amiga; más que todo porque no veía un buen futuro para ella.

—Ya te dije, intentándolo. Solo me concentraré en la comida y listo.

—Pero querida, ¿qué harás con el piso? Si no pagas te desalojarán.

En ese momento, Verónica sonrió. Estaba esperando el momento preciso para comentarle su gran idea a Karen. Ella, pudo notar un brillo de travesura en la mirada de su amiga desempleada que le quería decir algo.

No sabía con exactitud, no al principio. Luego de un rato con esa misma sonrisa forzada, que contenía las palabras que quería dejar salir, entendió a la perfección que era lo que le quería contar:

—No, Verónica. Ni se te ocurra. Yo no puedo.

—Anda, Karu. Te juro que será por poco tiempo.

—¿Por poco tiempo? Acabas de decirme que esperas que el dinero del cheque te llegue al año que viene. ¡Estarías un año en la casa!

Verónica apretó los labios haciendo como un bebé regañado para darle lastima a Karen. Cogió sus manos entre las suyas con el fin de tener una influencia mayor en ella.

—No, Vero, eso no te funcionará. Dije que no, No quería dar su brazo a torcer, por lo que intentó zafarse de las manos de su amiga quien sabía que podría hacerla doblegarse. Karen quería defenderse ante sus provocaciones.

—Pero Karu, por favor. No me dejes morir de esta forma Verónica sabía que si continuaba viendo a su amiga de esa forma, de reojo hacia arriba, con los labios sutilmente apretados, tomándola de la mano... podría hacerla cambiar de parecer.

Karen pensó por un segundo la posibilidad. No quería aceptarla, sabía que era muy probable dejarse dominar por los encantos de su amiga, empero continuaba deseando no dejarse dominar, aunque, a pesar de ello, pensó en la posibilidad. Recordó a su pareja, quien vivía con ella, en el espacio, en qué le pondría a hacer para que no estorbase en la casa.

—¿Qué crees que vaya a decir Tiago al respecto? Karen comenzaba a doblegarse. Verónica sonrió ante esa respuesta; estaba a mitad del camino.

—Tranquila, no habrá ningún problema; yo no los molestaré, estaré dentro de mi habitación sin hacer ruido. Ya verás Verónica soltó las manos de su amiga, con una sonrisa en el rostro, convencida de que había logrado hacerla cambiar de parecer. Ya estaba planeando su siguiente paso en lo que Karen le interrumpió.

—No cuentes los pajaritos antes de nacer, Verónica, todavía no te digo que sí.

—Pero, Karu. Por favor.

—Vero, no puedo simplemente darte mi casa, tienes que hacer algo con tu

vida. No quería negarse; Karen observaba a su amiga mientras que le decía que no podía, con el corazón roto y un «sí, ven conmigo», oculto entre sus palabras.

Karen sabía lo que sería mejor para ella. Motivarla a hacer algo diferente sería mejor que dejarla que se olvidara de los problemas.

Por otro lado, Verónica, no estaba rindiéndose, o evadiendo la situación; a pesar de lo que pensaba su amiga, ella estaba convencida de que las cosas no podrían ser muy diferentes. Las cosas que intentaba cómo actriz no le eran suficientes y, cualquier otra opción, no le resultaba prudente porque simplemente no le gustaba.

—Pero...

—Pero nada, Vero. ¿Desde hace cuánto no trabajas?

Verónica tragó saliva con fuerza, imitando las caricaturas que veía de pequeña; una costumbre que adquirió cuando le hablaban y se encontraba en aprietos, «así como en los dibujos animados» justificaba ella cuando podía. Cosa que comenzó como un simple juego de niños para luego pasar a ser una costumbre que se hacía notar cada vez que se encontraba en apuros.

—Desde hace tres semanas.

—¿Te despidieron hace tres semanas? Verónica se encogió entre sus hombros, sabiendo que había hecho mal en ocultarle eso a su amiga; Karen estaba escandalizada □ ¿Cuándo pensabas decírmelo? Le miró con severidad, esperando que le fuese a dar una excusa lo suficientemente aceptable como para evitar molestarle por su falta de confianza.

—Ahora mismo. Supongo Verónica subió ambos hombros, resignándose ante los eventos acompañándole con la mirada de un bebé regañado.

Karen estaba convencida de que su amiga necesitaba hacer lo que pudiera para salir adelante, y si eso significaba tener que sacrificar su intimidad, de permitirle esa facilidad al estar en su casa, entonces, lo haría.

Luego de una breve discusión acerca de lo que era importante para Verónica, Karen cedió con respecto de la petición de su amiga.

—Por cierto, sí te voy a dejar que te quedes conmigo □ Le interrumpió Karen a Verónica antes de que se le olvidase decirle aquello en lo que había concluido.

—¡En serio! Verónica estaba entusiasmada; se movió salvajemente en su silla y por poco hace un desastre en la mesa. Se serenó y volvió a preguntar: □ ¿en serio?

—Sí, pero con una condición

—¿Cuál?

—Tienes que conseguir alguna forma de ganar dinero, no me importa cual, no me importa cómo. Verónica observaba sus labios y fluctuaba entre sus ojos y estos, mientras que su amiga le decía esas mismas palabras. Karen se dio cuenta de ello

—Deja de ignorarme y escúchame.

—Está bien Verónica se reincorporó para demostrar atención e interés. Estaba emocionada porque todo le había salido cómo quería. Tenía una sonrisa dibujada en el rostro y una actitud permisiva; le haría caso a Karen sin importar qué.

—Vero, eso significa que debes buscar trabajo en cualquier cosa. No vas a esperar que te llegue una oportunidad. Karen intentaba ser lo más puntual posible para su amiga. Verónica, sabía que Karen hablaba en serio, no le quedaba de otra, mas, que aceptar sus condiciones.

—Vale, vale Verónica, completamente alegre, sonrió y asintió con la cabeza.

Habían pasado ocho largas semanas desde que fue reducida del personal de su último trabajo, y cuatro desde que su amiga le prestó ayuda. Su alegría fue amainándose con el pasar del tiempo, como si de envejecer se tratase.

La condición de Karen con respecto a lo que debía hacer para quedarse allí, se hacía cada vez más difícil de cumplir. El problema no era conseguir trabajo, era su falta de interés en comprometerse con algún otro oficio que no fuese el que le gustase.

Entre ambas, discutían lo importante que era para Verónica una carrera de actriz, pero lo difícil que eso era de conseguir de manera estable, capaz de hacerla vivir en comodidad.

Por su parte, la chica que no le importaba mucho su alrededor más que existir mientras que pudiese, hacía lo posible para conseguir el trabajo que necesitaba para no ser una carga para más nadie. Estaba desempleada, y el deseo de salir de él iba y venía.

Cuando por fin llegó como una necesidad y no como un deseo, todo cambió. Se presentó cuando su amiga le introdujo un nuevo término a su acuerdo: «no comerás de nuestra comida, deberás pagar tus propios alimentos si quieres seguir viviendo aquí».

Karen sabía que era una petición cruda, pero no podía permitirse mantener a otra persona, no con el sueldo que ganaba ella ni su pareja. Ambos podían, aunque estaban seguros de que eso significaba renunciar a las comodidades que podían costearse.

Con esa condición pensó que podría hacerla recapacitar; de un modo u otro, lo estaba logrando.

Cierto día, Verónica estaba convencida de que nada de lo que estaba haciendo le sería de utilidad. Estaba parada frente al estante de hortalizas en el supermercado, con una zanahoria en la mano, contemplando la posibilidad de comprar una o varias, aun sabiendo, que no disponía de suficiente dinero para comprar otra cosa, en tal caso de elegir algo más.

Fluctuó entre la cesta que tenía guindada al brazo con que sostenía la zanahoria y en los precios de esa y los demás vegetales en exhibición; observaba el coste según su peso y pensaba en cuánto le saldría comprar cinco unidades. Contaba mentalmente cada cosa que serían necesaria y cuánto le costarían, por muy a pesar de que fuese muy buena con los números. No soltaba la zanahoria a la vez que desplazaba su mirada de un lado a otro.

Evaluaba los precios a la vez que se preguntaba si era esencial la zanahoria antes que cualquier otra cosa. ¿Podría ser cebolla? ¿algún puerro? ¿unos cuantos tomates? ¿un poco de ajo? ¿pasta? ¿fideos instantáneos? Las necesidades que venían después del desempleo eran una tortura.

Se resignó: estaba convencida que esperar por un empleo de ensueño era una estupidez. En un principio vio todo como una posibilidad de triunfar, se decía, durante las primeras semanas de su despido, que tal vez era el destino diciéndole que era su oportunidad para triunfar.

Ahora, pensaba diferente. Esa actitud nihilista que había adquirido años atrás y que salían a flote cuando las cosas no le resultaban bien, comentaba qué todo era una pérdida de tiempo. El simple hecho de esperar a que algo bueno le sucediese era ridículo.

Verónica se resignó casi por completo al salir del supermercado al que se

había entregado llena de entusiasmo, de esperanza, esperando poder salir por lo menos con la cena de ese día. Habían pasado meses desde aquella tarde en que la despidieron por no ser lo suficientemente útil para la empresa. Eso le había afectado mucho, tanto que no sabía qué más hacer. Se rindió, dejó de intentar.

Las cosas a su alrededor le eran amargas. Las personas comentaban sus problemas, se quejaban de sus artículos nuevos, pero no lo suficiente; caminaban por las calles despreocupados, atendiendo solo a las menciones en sus redes, a los mensajes en sus móviles; evadiendo miradas, sentimientos, ideas.

Todos se encontraban consumidos en su propia miseria personal, de tal forma, que atrapaban a los demás en esa misma pérdida de tiempo, en esa falta de entusiasmo por cambiar.

Tras minutos caminando, llegó al departamento de su amiga.

—¿Hola? Verónica cerró la puerta a su espalda con el pie y dejó las llaves en una mesa que estaba al costado de esta □ ¿alguien en casa?

Observó que todas las luces estaban apagadas, una señal de que no había gente en casa, pero también podía significar cualquier cosa. No descartaba la posibilidad de que Karen y Tiago estuviesen teniendo relaciones en ese momento.

Por ello, caminó con cuidado en búsqueda de algún ruido extraño, de alguna señal de vida en el departamento. Se acercó a la habitación de sus arrendatarios; empujó delicadamente la puerta del cuarto y se asomó con sigilo.

Verónica suspiró de alivio porque sabía que habría sido raro verlos tener sexo.

—No hay nadie en casa cerró la puerta que acababa de empujar y se quitó la camisa con tranquilidad □ ¿ahora qué?

Volvió a ver alrededor, pero concentrada ahora en qué podría hacer con la casa sola, oportunidad que no se le presentaba muy a menudo. Aquella sensación de inconformidad que le había envenenado minutos atrás se disipó por completo, de la misma forma en que se le iba el sueño y cansancio que la agobiaba en la calle justo al llegar al hogar.

No dejaba de narrar parte de las cosas que hacía, representando su propio monólogo. Se fue a la cocina a buscar algo de comer, sin que se dieran cuenta que lo había tomado

—Veamos... con la nevera abierta observando qué comería.

A pesar de haber recibido el ultimátum de su amiga, no lo llevaba tan en serio todo el tiempo. Sacó una bolsa de pan de sándwich de los estantes que estaban sobre la estufa de inducción, un queso en crema, la mermelada de parchita y la mantequilla de maní de la nevera y lo colocó todo sobre la isla de en medio.

—Perfecto cogió todo y lo untó sobre el pan capa por capa e hizo tres sándwiches. Pensó en lo que diría su amiga al respecto, pero lo ignoró en el instante en que lo pensó.

Guardó todo en su lugar que pareciese que no lo había tocado ella, puso los tres sándwiches en un plato y se fue a la sala para sentarse en frente de la televisión para comer.

Cogió el control, colocó el plato en su regazo y le encendió; comenzó a cambiar buscando la programación adecuada que acompañase su comida, tanteando entre los canales. De repente, sonó el teléfono de la casa. Se asustó y por poco deja caer el plato. Sintió que debía atender la llamada, seguro era urgente, «tal vez, tal vez no» pensó mientras sonaba.

Luego de que sonase por un rato, decidió que eso no sería problema suyo.

—No estoy en casa Verónica renunció a su deber de atender y continuó ignorando por completo el teléfono resonante para luego justificarse con: □ haré cómo si no hubiese llegado todavía, que la contestadora se encargue.

Se calló.

—Listo respiró profundo, cogió un pan y le dio una mordida. □ Si es urgente, qué vuelvan a llamar de inmediato, sonó la contestadora.

La voz de Karen salió del aparato.

—Vero, no estás. Maldición Karen se imaginaba a su amiga llegando a la casa de noche, escuchando el mensaje y pensando que eso significaba que podría perder la oportunidad. □ No importa, te dejaré el mensaje.

Verónica seguía cambiando los canales, quitándole importancia a todo lo que escuchaba.

—No atiendes el móvil y no estás en la casa.

—Mi móvil está apagado, querida, no quiero hablar con nadie.

—Mira, harán unas audiciones, verónica volteó a ver el aparato que estaba sonando, eso había llamado su atención □ es sobre un show en televisión. Creí que te gustaría saberlo. Llámame si estás en casa y me escuchas, las audiciones empiezan mañana.

Las palabras: «audición» «show», resonaron en su cabeza por segundos cosa que le pareció una eternidad, mientras que su amiga continuaba hablando. De inmediato, colocó el plato a un lado y fue corriendo hasta el teléfono para levantarlo y atender. Tardó un poco en darse cuenta que eso no hacía que la llamada cayera en línea, por lo que esperó a que terminara de hablar y le marcó a su móvil desde ahí.

En lo que cayó la llamada le habló con apremio:

—¿Qué audición? ¿En dónde? ¿Cómo te enteraste?

Esa podría ser la oportunidad de su vida.

2

Luego de enterarse de qué iba la audición, Verónica estaba en frente de su computadora repasando cada capítulo de un show que era completamente nuevo para ella, y ya era un éxito total, cosa que le pareció abrumadora para nunca haberse dado cuenta.

¿En dónde estuvo durante ese tiempo?

No lo sabía.

Cada capítulo era una simple demostración de la común estupidez del ser humano. Un grupo de personas se encontraban en una casa para vivir unos cuantos meses sin nada de privacidad, formando parte de un concurso mórbido en donde estos se sometían a actividades ridículas, la siguiente más tonta que la anterior, con la promesa de fama y dinero. Una competencia vulgar para personas vulgares.

Charlie, la voz que sonaba en las cornetas dispersas por toda la casa, le indicaba qué, cómo y para qué hacer cada cosa. La premisa del programa era ser popular.

— ¿Qué podría hacer yo ahí? Se preguntó.

No veía la posibilidad de ser popular en un programa en el que obviamente no encajaba, pero no se rindió, hasta los momentos, eso parecía ser aquello que la llevaría más cerca de su sueño de ser actriz, así que se dedicó a buscar por la internet todo lo que tuviese que ver con ese show con el fin de entenderlo mejor.

Cada comentario, cada imagen, escándalo, broma... todo, lo que incluso le hizo creerse ofendida por la premisa del mismo; mantenían a todos en una casa para formar parte de un zoológico perverso en donde obligaban a los animales a comportarse como imbéciles con el fin de generar ratings cada vez más altos.

Pero, ya no había nada que perder.

Ya era la hora de irse, no tuvo mucho tiempo para ponerse al día, pero ya sabía lo suficiente; todo lo que necesitaba era sorprender a los productores que deseaban buscar carne nueva y formar parte de ese circo de payasos para

salir victoriosa y quejarse del programa en el transcurso.

Se vistió con sus mejores prendas, tomó la dirección del lugar y se fue con la mente fría, pensando que lo iba a lograr sin importar qué. Estaba lista, así que cogió el autobús que pasaba en frente a la televisora que se encargaba de sacar al aire cada capítulo de aquel molesto programa. Quedaba en medio de la ciudad, por lo que no le quedaba de otra que esperar a llegar a su destino.

La entrevista empezaba al medio día, por lo que debía estar ahí antes de que todos los demás llegasen. El programa era increíblemente popular, por lo que esperaba que hubiese una fila casi infinita de personas dispuestas a formar parte de aquel show.

Todo en el autobús era recurrente, nada importante sucedía mientras ella no se interesase lo suficiente, hasta que, tres paradas antes de llegar a la televisora, abordaron un hombre y una mujer particularmente atractivos. Los dos se quedaron parados, justamente en frente de Verónica. Ambos tenían un aspecto común entre las personas atractivas.

Ella: delgada, esbelta, con el cabello negro ondulado y largo. Vero notó que esta chica era un poco más alta que ella; con un cutis perfecto, unos labios carnosos, unas cejas perfectamente curvadas, un par de ojos negros cubiertos por unos párpados delgados que, bien no servían para colocarle sombras, tenían la capacidad de penetrar a cualquiera con sólo mirarle.

Estaba vestida como si acabase de salir el gimnasio, a pesar de no verse agitada o sudando. Verónica pensó que se pudo deber a que se bañó antes de salir, pero, lo dudaba un poco al verla tan inmaculada, tan perfecta. Atrajo la mirada de otros hombres en el autobús, cosa que no se escapó de la atención de su acompañante, quien le apretó la nalga al ver que los demás la notaron.

Verónica levantó su ceja y apartó un poco la cabeza; con asco: repudió la actitud del hombre.

Sin quitar la mirada llena de rencor y asco, se dispuso a detallarlo a él.

Él: era alto, esbelto desde los pies hasta los hombros. Con el mentón cuadrado, el cabello corto a los costados, pero largo en el copete, con una barba semi-poblada perfectamente cuidada, tatuajes en los brazos.

Llevaba puesto unos bermudas y unas sandalias de playa, un tanto fuera de tono para la ciudad. Pero, de entre todas las cosas que llevaba, a pesar del par de lentes de sol en la cabeza y otro guindados del cuello, lo que más le llamó

la atención fueron los bordes de su franela

Su franela, dejaba en evidencia unos bordes desprolijos, en donde se supone que debería estar una perfecta costura de máquina. La llevaba ajustada, cosa que desde lejos se notaba como un hombre que, o había comprado una prenda muy pequeña, o se había hinchado mucho haciendo ejercicio. Se imaginó otro posible escenario en donde usaba una camisa rota.

Verónica recordó que odiaba a los hombres que llevaban esas prendas rotas que simulan una camiseta pero que realmente eran una franela; que luego de ser rotas por los lados, permite que les veas el interior del torso y que realmente no cubren nada. Las detestaba, pero, en ese momento conoció un nivel diferente de exhibicionismo.

Las costuras, desprolijas, se notaban hechas a mano, de forma irregular y tosca. Era obvio que él las había cosido, más aun, porque la cantidad de tela que le quitó, se marcaba por debajo de la tela para aquel que se decidía a observar con extremo cuidado. Todo, desde el torso hasta las mangas, estaban cosidos.

Verónica no pudo evitar sonreír al verlo. Era una risa reprimida que se escapaba en forma de sonrisa; trataba de no verse obvia porque los tenía justo al frente. Habían puestos vacíos, y, sin embargo, se encontraban de pie, conversando en voz alta como si necesitasen de la atención de todos.

— Yo creo que si quedas. Es mi programa favorito, llevo viéndolo desde que salió al aire. Sé que vas a quedar; encajas a la perfección el hombre con la franela ajustada, se sostenía del pasamanos del techo y observaba a la chica esbelta hacía abajo. Hablaba con seguridad.

— No sé.

— No te preocupes.

— No me preocupo por quedar, lo que me preocupa es que alguno de los dos no quede el hombre con la franela ajustada bajó el brazo que separaba su campo visual con el de su compañera y respondió con seguridad.

— Ya sabes cuál es el plan.

¿Cuál plan?, se dijo Verónica tratando de entender mejor lo que sucedía. Estaba al tanto de lo que hablaban, estaba segura que el único día realmente inusual, sería aquel en que nada inusual sucediera. Las probabilidades

apuntaban a que alguien, en aquel autobús, debía dirigirse al mismo lugar que ella.

— Sí, yo sé. Pero de seguro habrá cientos y cientos de personas queriendo quedar, así como nosotros.

— No te preocupes, hay suficiente espacio para nosotros. Francisco, lo que debe de importarte es que nosotros somos la pareja perfecta, quedaremos, no me cabe duda dejó de verla y se centró en la ventana en frente de él, justo por encima de Verónica. Estaba completamente seguro de sí mismo, incluso, no veía manera alguna de fracasar.

Francisco le observó sin nada que decir, cómo contemplaba las cosas a través de la ventana como si estuviese pensando en algo muy profundo, a pesar de saber que no solía hacer ese tipo de cosas.

Se le unió en su observación al vacío. Verónica notó que ambos dejaron de hablar así que subió discretamente la mirada para saber qué estaban haciendo. Los encontró observando a través de la ventana como si estuviesen pensando en algo muy profundo para su comprensión.

Por un momento pensó que serían personas realmente inteligentes; no tenía ánimos de juzgarlos mal, así que se quedó con esa idea, esperando a que, por lo menos, cuando volviesen a hablar, demostrasen que eran personas de inteligencia por encima del promedio.

— Fran. ¿Por qué estás tan seguro de que quedarás?

— Porque soy hermoso Verónica intentó no descartar su opinión acerca de su inteligencia hasta que tuviese suficientes evidencias para juzgarlo. Francisco ni se inmuto al escucharlo. No era la primera vez. Además de que no hay forma de que no me quieran en el show. Soy todo lo que buscan.

— No veo que estés equivocado.

Verónica esperaba que la mujer fuese un poco más suspicaz. Ella, en su lugar, habría dicho:

— ¿Crees que no hay otros como tú esperando que lo noten? lo observaría con una mirada penetrante y esperaría a que hablase.

Pero no fue así, simplemente se quedó allí, escuchando, sin interrumpir la conversación, que parecía que no iba a terminar nunca. No llevaba mucho escuchándola, a diferencia de los demás pasajeros, pero estaba al tanto de que

llevaban rato hablando.

— Tú también eres lo que buscan, Francisco, no te creas.

— No me estoy creyendo nada.

— No sé, sólo digo. Estas buenísima, así que, no te preocupes, ellos te tomarán en cuenta también.

— ¿Y si no? Francisco interrumpió su insignificante contemplación para enfocarse en Fran.

— Nada, Francisco, ellos te tomarán en cuenta. No hay forma en que te descarten, yo no te descartaría. Fran interrumpió su insignificante contemplación a la nada para observar a su compañera, convencido de que había dicho la frase más romántica que podrían decir en ese autobús. Serían unos completos endógenos si no te toman en cuenta, mi vida.

¿Endógenos?, se repitió Verónica, tratando de entender a qué se refería. Aun no descartaba su inteligencia, podría significar algo para ellos, tal vez era un chiste interno; algo, porque estaba completamente segura de que no lo había utilizado de la forma correcta.

— ¿Endógeno? ¿Qué significa eso? le miró confundida, impresionada por la palabra que había escuchado.

Verónica esperó una gran respuesta, de alguna forma usar esa palabra de esa manera, debía ser digno de alguien que la entendía.

— Es como ridículo, más o menos como enfermizo. Serían unos ridículos enfermizos. Fran se sintió realizado con su explicación, convencido, inclusive, que no había forma de equivocarse.

— Vaya Francisco se sorprendió aún más con su forma de hablar. Nunca en su vida había escuchado esa palabra Endógeno. La interiorizó con firmeza, la asimiló a su vocabulario y ahora esperaba usarla todo el tiempo para demostrar su intelecto. Sí, serían tremendos endógenos si no me aceptan.

En ese instante, descartó por completo el beneficio de la duda. Definitivamente no eran, precisamente, lo más inteligentes del mundo. Verónica, mantenía un dialogo interno con cada palabra que ellos decían. Y, el que tuvo luego de escucharles decir aquella barbaridad, no tuvo filtro.

— Imbéciles. Por culpa de ellos es que ese programa es tan famoso. ¿Ves? Es

por eso que necesitan que alguien les diga las cosas de frente.

Por un momento, mientras les escuchaba, las tres paradas que faltaban, pasaron casi sin avisar, cosa que le tomó por sorpresa porque ellos si se dieron cuenta que habían llegado. Verónica no había estado por aquella parte de la ciudad, por lo que, a pesar de sentirse asqueada por su competencia en el programa, reconoció que fue una fortuna que ellos se montasen y le dieran la señal para bajarse.

Espero que se saliesen primero para no tropezarse con ellos. Faltaban cuatro horas para que las audiciones comenzasen, por lo que pensó que podría darse el lujo de ofrecerles la delantera. Se bajó del autobús y los siguió entre las otras personas que se habían bajado, los que ya estaban en la calle y los kioscos de la acera. Era el centro de la ciudad, evidentemente se iba a encontrar abarrotada de personas.

Los siguió con la mirada entre aquella multitud, se ubicó en la televisora por el símbolo gigante colgado en el medio del edificio; no había forma alguna de perder de vista aquel logo inmenso, por lo que dejó de seguir a los dos idiotas del autobús, les adelantó a varios metros de distancia por el lado para evitar tropezarlos, y fue hasta la recepción para preguntar al respecto del casting.

— Hola.

— Hola ¿En qué puedo ayudarte? la mujer en la recepción sonrió por cortesía. Verónica no pudo evitar pensar que era una sonrisa falsa.

— Sí... lo ignoró, y continuó con su presentación mi nombre es Verónica Mazzilli, estoy interesada en hacer el casting para el show de realidad de...

— Vale la recepcionista sacó una libreta de debajo del mostrador y la colocó en frente de Verónica anótate aquí y espera a que te llamemos. El casting comienza a las doce del día, Verónica acercó la libreta hacia ella y la detalló mientras la recepcionista continuaba explicándole; así que deberás esperar bastante. Puedes dejar tu número de teléfono para que te llamemos y te avisemos, por si quieres irte a otro lado, pero no te garantizamos que esperemos a que llegues, así que está pendiente y no te alejes mucho.

— Está bien Verónica sabía que no era su culpa sonar como una grabación, de seguro lo había dicho muchas veces, así que trató de ignorar el hecho de sentirse ofendida y continuó indiferente.

Anotó su nombre, su edad y su número de teléfono en la libreta en donde,

casualmente, sólo había más o menos unas veinte personas registradas. Le parecía muy bueno para ser verdad, pero decidió no pensar mucho en eso; era posible que hubiera más nombres y no los estuviese viendo, así que no quiso preocuparse de más.

Deslizó la libreta hacia la chica que le atendió y se fue a sentar en la sala de espera a hacer lo que el nombre del lugar indicaba: esperar.

Poco a poco fueron llegando más personas a hacer exactamente lo mismo que ella, por lo que, eso le ofreció la oportunidad de observar detalladamente a su competencia.

— Anote su nombre y su edad aquí por favor; si desea puede esperar ahí sentado la recepcionista señaló hacia las sillas en donde estaba Verónica o pueden hacerlo en donde deseen. Las audiciones empezaran al medio día.

— Gracias.

Los nuevos participantes que se anotaron, entregaron la libreta y se sentaron a tres asientos de Verónica. La sala de espera estaba distribuida en forma en un concepto abierto.

Todos los asientos estaban fijos en la pared, por lo que había un espacio amplio en el medio del lugar, en donde estaba una mesa centrada con un adorno grande y llamativo. El lugar era amplio y tenía la capacidad de alojar, en espera, a unas cincuenta personas.

Sólo estaban ellos en toda la sala, «por ahora», pensó ella. Verónica supuso que los que llegaron antes se habían ido a desayunar o algo por el estilo; sabía que había corrido con suerte al encontrar en donde sentarse. Los recién llegados comenzaron a hablar al respecto del show al que planeaban formar parte.

Al principio, Verónica los observaba, pero no les prestaba de su atención. Los detallaba con cierto desprecio e interés, necesitaba saber a qué se enfrentaba; se dijo que era por eso, pero en realidad, le llamaba la atención cómo eran: Cutis perfecto, ni un cabello fuera de lugar, prendas impecables que se veían nuevas pero que ella sabía que no lo eran; dientes blancos, manos arregladas, una actitud soberbia típica en alguien que es apuesto y lo sabe; y un dulce olor a perfume que invadía el lugar. Estaba convencida que el programa estaría lleno de personas cómo esas.

Su forma de hablar, de sentarse y de moverse, demostraban que no le daban

importancia a nadie más que a ellos mismos y a su grupo de amigos. Su soberbia, su indiferencia, y todo lo que les rodeaba, eran un faro para el navío de la crítica de Verónica. Los observaba con desdén, con la intención de criticarlos, conocerlos, y luego criticarlos.

Se quedó escuchando su conversación, atenta a lo que podrían llegar a decir, luego de darse cuenta que no eran muy brillantes ni ofrecían nada nuevo, dejó de prestarles atención.

Las horas pasaron y el lugar se comenzó a abarrotar de personas, todos se aculaban, afuera comenzaban a ser una fila enorme porque en la sala de espera no había más espacio y, en ese momento, Verónica la vio; esa mujer del autobús que era demasiado atractiva para su propio bien.

Francisco se acercó agitada a la recepción dispuesta a explicar su situación a la encargada de recibirlos a todos.

— Hola... mi nombre es Francisco Colocó sus manos sobre el mostrador, estaba asustada por la hora. Eran las once y media de la mañana y no sabía de la ubicación de Francisco y vengo con mi novio. Queremos participar, pero... La recepcionista le interrumpió

La recepcionista no subió la mirada, para esa hora, ya todo le era repetitivo y molesto, por lo que habló sin verle.

— Qué bueno se notaba la falta de interés en su voz. Francisco la miró con desprecio. Anótense en este cuaderno desplazó el cuaderno en la mesa; su nombre, apellido y número de teléfono. Las entrevistas comenzarán al mediodía.

— Pero, es que mi novio no está aquí La recepcionista le miró de reojo con hastío bueno, debe estar aquí para la hora de la entrevista si quiere que lo tomen en cuenta. Ya no quedan muchas vacantes.

— Pero, es que tenía ganas de ir al baño y se fue a buscar uno, no sé en dónde está. ¿Podría anotarlo y esperar por él aquí? La recepcionista respiró profundo, cerró los ojos para repetirle la información a Francisco.

— Debe estar aquí al mediodía si quiere entrar a las audiciones. Sólo debe llegar a tiempo Francisco la observaba hablar como si estuviese diciendo cosas que no tenían nada que ver con su problema. Le preocupaba que Francisco no pudiese anotarse.

La recepcionista vio confusión en sus ojos y la forma en que sus palabras no le estaban haciendo sentir mejor. Estaba segura de que, a pesar de su fastidio, había entregado la información adecuadamente.

— Querida, te dije que debe estar aquí a las doce. Anótalo si quieres, o espera por él, sólo debe estar aquí y anotado antes de las doce. ¿Entendiste?

Francisco estaba sudando por los nervios. Poco a poco se acercaban más a la hora de la audición del programa que les cambiaría la vida a ambos y el hecho de que Francisco no estuviese allí con ella, complicaba todo.

La información de la recepcionista no hacía nada para amainar su desdicha, por lo que, a pesar de no estar completamente segura de lo que hacía, anotó su nombre y el de Francisco en uno de los pocos espacios que quedaban en la hoja y lo entregó. Se acercó a la multitud aglomerada en la sala de espera viendo por la ventana haciendo lo que el mismo nombre de ese lugar indicaba: esperar.

3

Francisco y Francisco se bajaron del autobús para dirigirse al gimnasio que se encontraba cerca de la televisora en donde pensaban que conseguirían el éxito y la popularidad que tanto querían. La misma audición que empezaba al mediodía y que, por la hora, no fueron directos a anotarse.

Ambos, completamente seguros de su triunfo, estuvieron parte de la mañana concentrados en la condición física de su cuerpo. Nada podría hacerlos ignorar ese hecho ni siquiera la fama y la gloria.

Sus cuerpos pasaron factura y se fueron a comer al salir de allí. Las horas pasaron y ellos no estaban preocupados todavía por llegar a la audición, la cual estaban seguros que sería pan comido; nada importante para ellos.

Por su parte, Francisco estaba concentrada en la forma en que eso afectaría su relación y lo mucho que lograrían si las encuestas los obligaban a emparejarse con otras personas.

A las diez de la mañana las cosas se hacían cada vez más lentas para ellos. Comían con calma, sentados en el medio del local de comida rápida sintiendo a los niños correr a su lado, atravesándose en su campo visual, buscando entre la multitud a sus padres.

Francisco no dejaba que eso le desconcentrase de su desayuno mientras que Francisco solamente estaba tranquila viendo al hombre de sus sueños engullir aquella hamburguesa para luego pasar a la siguiente.

Lo miraba enamorada, perdida en los movimientos de su mandíbula, escuchando como su saliva chocaba con cada bocado, y a Francisco hacer un desagradable sonido con su boca al hacerlo; pero no le importaba, le encantaba todo lo que hacía. Siempre ha sido así.

Sin embargo, nada parecía hacerla feliz al final de las cosas; en su mente fueron colisionando inseguridades e ideas autodestructivas con respecto al show del que querían formar parte.

Su semblante alegre y risueño cambió por uno penetrante, lleno de prejuicios y dominado por complejos, se irguió en su silla. Francisco sentía que su novio no estaba dándole la importancia adecuada a la situación que estaban por enfrentar.

— ¿En serio estás tan tranquilo? Francisco se detuvo para verla con desconcierto.

Francisco sentía cómo el amenazante tono de voz de su pareja se apoderaba del ambiente calmado de hace unos segundos; no dejó de masticar su hamburguesa porque estaba seguro que nada lo detendría.

Cruzó miradas con ella, trató de descifrar el porqué de su repentino cambio, de forma infructífera. Algo estaba sucediendo, algo tenía, algo que era su culpa y que, por lo pronto, debía arreglar para no perder antes de siquiera intentarlo.

— ¿Qué sucede? ¿Qué hice ahora? Francisco lo miró con severidad. Francisco continuaba indiferente, masticando su hamburguesa, queriendo saber. La miraba desconcertado.

— Nada. Ese es el problema.

— ¿Cómo que nada? ¿Qué pasó, mi vida? Francisco depositó la hamburguesa sobre la mesa. Intentaba demostrarle a Francisco que él le estaba dando toda su atención

— Que no hemos hablado de lo que esta competencia hará con nosotros.

— ¿Cómo así? No hemos hecho siquiera la audición. ¿Qué haces pensando en eso? Francisco no sabía cómo actuar, siempre evitaba los problemas. Bajó la mirada y vio la mano de su novia, pensó que sería muy maduro de su parte tomarla, así que estiró su brazo y la cogió, tratando de darle la impresión de que le importaba lo que sucedía.

— Es que... Francisco no sabía cómo sentirse, sus inseguridades salieron a flote.

Estaba segura que su pareja era un hombre realmente atractivo, con el físico de un ángel, y ya había visto el programa y sabía cómo eran las mujeres de ese show, las fans, todo. El simple hecho de pensar perder tal espécimen de tipo, le enervaba.

Estaba segura que los obligarían a compartir intimidad con otros participantes, tal vez, hasta los harían traicionarse mutuamente para los ratings. Ella estaba al tanto de que Francisco sabía eso y, el hecho de que no hablaran al respecto, le hacía sentir peor.

— ¿Es qué...? ¿Qué? Francisco sentía cómo la preocupación de su pareja

arruinaba su segundo desayuno, por lo que su sonrisa forzada comenzaba a temblarle.

— Es que no quiero que me dejes.

— Por favor, Francisco. Francisco le soltó la mano y se acomodó en su silla ¿cómo vas a decir eso? Esa no es la Francisco Cabrera que yo conozco. Tú eres una mujer atractiva y segura. ¿Dónde está la chica que ha peleado con otras en el gimnasio porque la miró feo?

Francisco dejó escapar una pequeña sonrisa al evocar aquel recuerdo. Bajó la cabeza, estaba apenada, indecisa; quería escuchar a Francisco, pero no quería sucumbir tan rápido.

— Aquí se dijo más a sí misma que a él. Con la cabeza inclinada, continuaba con su sonrisa discreta.

— Exacto. Y ¿en dónde está la mujer que no cree en nadie y se lanza a cualquier aventura? Francisco levantó la cabeza para mirar a su pareja con un nuevo enfoque, más animada. Ahí está. ¿Ves? No tienes por qué preocuparte.

Francisco no sabía cómo sucederían las cosas, pero estaba seguro que, si conseguía entrar, haría lo que fuese para quedarse allí.

— Todo bien entonces, ahora espero terminar mi hamburguesa esta vez Francisco miró a Francisco esperando que entendiese que no quería más interrupciones y se introdujo lo que quedaba de su segunda hamburguesa en la boca.

— Sí, ya no importa Francisco le sonrió y comenzó a comerse sus papas fritas, realizada por las palabras de su pareja.

Sus sentimientos de inseguridad procuraban salir y relucir sus peores sospechas, pero ese deseo se reprimía mientras observaba a Francisco comer. Estas inseguridades seguían a flote en su interior, haciéndole pensar que él sería capaz de ignorarla en las pruebas por venir del show si de él dependiese.

No estaba equivocada, sin embargo, no lo sabía del todo; una simple sospecha era suficiente para hacerle maquinarse cualquier evento posible que fuese lo suficientemente nefasto.

Francisco continuaba como si nada, masticando, indiferente ante lo que acaba de conversar con su pareja. Francisco, no sentía todo de esa forma; creía que

había alcanzado una solución.

Ella estaba segura que haría lo que fuese para ganar aquel programa, así eso le costase su dignidad; lo único que le importaba era lograrlo con el amor de su vida. Lo continuaba viendo con los ojos brillantes y una sonrisa en el rostro. Estaba feliz de tenerlo en frente, de estar con él.

Le encantaba verlo hacer ciertas cosas: ejercicio, hablar, comer, jugar. Era un hombre atractivo que tuvo la suerte de conocer sin importar que tan desagradable podría ella ser. Bocado tras bocado, recordaba su pasado y se imaginaba su futuro juntos. El show sería un gran paso para ambos, cosa que los llevaría a ser la pareja más sexy de todo el mundo.

— ¿Qué haremos después de ganar la competencia? risueña, con la mirada fija en el rostro de Francisco, el codo sobre la mesa y la mano sosteniendo su cabeza, se dejó llevar por sus pensamientos.

— No sé francisco no dejó de masticar su bocado para responderle e incluso no pensaba al respecto. Lo sabremos cuando ganemos.

Francisco sonrió para no agregar más nada y continuó con su segundo desayuno del día.

Las horas pasaron desapercibidas para ellos, poco a poco se fueron acercando más al momento en el que deberían asistir a la audición, pero no se encontraba cerca del lugar todavía. Francisco y Francisco se perdieron en la cotidianidad de sus vidas, ignorando por completo su meta de ese día.

Ambos caminaron tranquilamente por los alrededores del centro comercial al que habían ido a comer para distraerse del resto del mundo. A esa hora los pasillos estaban sutilmente poblados por compradores potenciales, niños corriendo de un lado a otro y una que otra tienda que abrió tarde. Eran las once de la mañana y todavía no se anotaban en la lista de espera de la televisora. Eso era ajeno a ellos, todo lo era.

Cruzaban los aparadores de las tiendas, preguntaban precios, se veían mutuamente, o se detenían en el medio de los pasillos obstaculizando a los demás para darse algún beso largo y jugoso que lograba infundir envidia en los corazones de quienes los viesan pasar.

Los minutos trascurrieron como segundos para ellos y las cosas seguía su curso normal. En un momento, luego de tener rato caminando, Francisco, comenzó a sentir la necesidad de ir al baño, algo que le sucedía cada cuanto

comía, pero, no era nada relevante.

Mientras caminaba con el brazo alrededor de Francisco, exhibiendo su belleza y la de ella, ignoraba por completo lo que su cuerpo le pedía. Caminaron alrededor de diferentes tiendas buscando artículos deportivos para usar en el gimnasio.

— Esto sería bueno para la página decía Francisco señalando unas camisas.

— Esto también respondía Francisco señalando unos zapatos que hacían conjunto.

Para ellos, el centro comercial entero parecía estar atento a lo que hacían los dos, quienes caminaban despreocupados, modelando de la misma forma en que modelan los personajes interesantes en una película a cámara lenta.

Así se sentía Francisco, observado por todos cuando en realidad pocos le daban atención. Esos detalles iban haciendo que se desconcentrara de los demás, de su propia necesidad, de la hora y de lo que se suponía que había ido a hacer en primer lugar.

De repente, su tranquilidad se disipó. Francisco sacó su teléfono móvil del pliegue de su pantalón de gimnasio, el cual apretaba el dispositivo contra su cadera.

— ¡Fran! Mira la hora. Son las once de la mañana. ¡Se nos olvidó la entrevista!

— ¿Qué entrevista?

— La audición, Fran.

— ¡Oh! ¡Mierda! ¿Por qué no me dijiste antes?

— Se me había olvidado ¿por qué tú no me dijiste antes?

— Estaba pensando en otras cosas. ¡Rayos! Francisco comenzó a agitarse al igual que su pareja. Dieron media vuelta, él quitó su brazo del rededor de la cintura de Francisco para moverse mejor. Comenzó a desesperarse.

— ¿Cuánto tiempo nos queda?

— Nos queda media hora para llegar. Empieza a las doce.

— ¿Por qué demonios el tiempo pasó tan rápido? Francisco no volteaba a verlo. Ambos fueron acelerando el paso más y más, esquivando a las

personas, moviéndose tan rápido como podían, pero sin empezar a correr.

Las personas evitaban chocar con ellos, mientras que ellos esquivaban cuantos peatones hubiese en su camino. Los dos miraban al frente, sin incurrir en la atención del otro, sin hacer contacto visual. Los dos estaban perdidos entre la multitud, a varios metros de la entrada del centro comercial.

— Debimos haber ido directo para allá luego de comer. Francisco se cuestionaba si haberse desviado había resultado ser una buena idea.

— ¡Señora, cuidado! Francisco tropezó un poco el carrito de un bebé que estaba en el medio siendo empujado por una madre distraída. ¿Por qué me estás diciendo esto ahora? Apresurémonos y ya.

La señora gritó del susto al ver como una mujer adulta se acercaba a ella rápidamente. Francisco, le esquivó y luego se concentró de nuevo en las palabras de su pareja.

— Lo sé, lo sé. Pero yo no te dije que nos fuéramos a caminar por ahí, Fran.

— Yo tampoco.

— Exacto. Así que no nos pongamos a discutir por eso ahorita.

Lograron atravesar la puerta y salir del centro comercial. La calle estaba siguiendo su curso sin percatarse de su apremio ni de la inquietud de Francisco o de Francisco. Por su fortuna, ambos sabían por dónde dirigirse para llegar más rápido. La adrenalina y la agitación comenzaron a apoderarse de sus cuerpos. Comenzaron a caminar tan rápido como podían.

Atravesaban la calle sin ver a los lados; los dos se movían ágilmente entre las personas, a tal velocidad que aquellos que los veían los notaban más rápido de lo normal para estar caminando. Se desplazaban con rapidez a pesar de que no estaban corriendo.

Cuando de pronto, sin previo aviso, un golpe en el intestino detuvo a Francisco. Sentía cómo los gases en su cuerpo se movían a lo largo de sus intestinos, dando vueltas en su interior tratando de salir de primeros. Su cuerpo necesitaba deshacerse de sus heces mientras que él sólo se preocupaba por llegar rápido a su cita con la fama.

— ¡Espera! Francisco que había logrado adelantarle sin mucho esfuerzo. En lo que le escuchó se detuvo. Se giró para verlo y, con el sol pegándole en los ojos, exclamó agitada:

— ¿Qué sucede? ¿Por qué te detienes? ¿No ves que vamos tarde?

— Sí, yo sé, pero espera, es que me duele el estómago.

— ¿Qué te duele qué? Francisco se levantó con las manos sobre la cintura y le gritó dominado por el dolor.

— ¡El estómago!

Las personas a su alrededor observaban la escena con descontento. Eran dos desconocidos parados en la acera gritándose mutuamente sin considerar a los demás. Evitaban tropezarles, o hacer contacto visual, pero, seguían atentos a lo que sucedía porque les resultaban escandalosos.

Francisco se acercó a Francisco para ofrecerle su ayuda a pesar de que sabía que no le serviría de nada. Francisco estaba con el torso inclinado levemente hacia abajo, evitando la presión de su cuerpo, tratando de no respirar para que su esfínter no se aflojara.

Sentía cómo su cuerpo se contraía y cómo todo se desvanecía a su alrededor. Francisco colocó su mano sobre el hombro de Francisco, preocupada, queriendo ayudarlo.

— ¿Qué tienes? ¿Te golpeaste?

— No, tengo ganas de ir al baño. Necesito ir ya.

— Pero, en dónde encontraremos uno Francisco se levantó y miró a su alrededor.

Sólo había altos edificios con las puertas cerradas, vehículos estacionados y una calle inclinada casi desértica; Los pocos que caminaron a su lado los evitaban, ella se daba cuenta de eso y no los tomaba en cuenta dentro de la ecuación de su problema.

La única tienda en el camino era una lavandería que tenía guindado en la puerta un cartel que decía «salí a almorzar, regreso en 40 min.» lo que hizo que descartase la posibilidad de pedirle el baño a alguien.

Francisco continuaba buscando alguna alternativa, una forma en que su novio se deshiciese del yugo de su indigestión.

En ese instante Francisco se detuvo a hablarle.

— ¡Ah! suspiró de alivio listo.

— ¿Qué paso? ¿Te hiciste encima? Francisco le miró preocupada, convencida de que algo malo había sucedido.

— ¡No! Vale, Nada que ver Francisco respiró de alivio.

— Pero se me pasó por un rato el calambre. Necesito encontrar un baño rápido antes de que regrese.

Mientras que su novia buscaba algún lugar en dónde él pudiese ir al baño, Francisco sentía su excremento depositarse sutilmente en la puerta de su esfínter, apretando su abdomen, haciéndole sudar, borrando su existencia misma. «No puedo hacerme aquí, no ahora» se dijo.

— ¿Entonces? ¿Qué haremos?

— Bueno, adelántate tú mientras que yo camino lentamente y voy buscando un baño. ¿Sí? Francisco todavía tenía ambas manos apoyadas en sus caderas, apretando el aire en sus pulmones para no relajar sus músculos y terminar siendo una víctima de sus necesidades.

— ¿Estás seguro? ¿No quieres que te acompañe?

— No, descuida. Ve rápido y anótanos, que no tenemos mucho tiempo.

Francisco le miró luchando con su propia respiración, preocupada por la salud de su pareja. Francisco tenía los ojos cerrados, concentrando sus fuerzas, evitando sucumbir en medio de la calle y hacer un espectáculo desagradable.

Abrió los ojos y descubrió que Francisco todavía estaba en frente suyo, viéndolo con lastima.

— Vete, ¡rápido! No hay tiempo que perder.

Francisco se giró, aun preocupada, y aceleró el paso en caminando en dirección a la televisora. No podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que su novio se hiciera en los pantalones, o que no pudiese llegar a tiempo a la entrevista.

En ese momento, sacó el móvil de su cintura, que se sostenía del pliegue de su pantalón de gimnasio, y vio la hora. Eran casi las once de la mañana y todavía no había llegado, así que comenzó a trotar para ir más rápido.

Evitaba las personas, los coches estacionados... todo lo necesario para llegar a tiempo y anotarse junto a su pareja para la gran oportunidad de sus vidas. Estaba a escasos pasos de perderlo todo si no se apresuraba, por lo que cada

vez iba más rápido.

Una pierna delante de la otra, trotaba enfocada en su meta; todos le daban igual y por ello ignoraba cómo los hombres a su alrededor la observaban correr completamente idiotizados.

Era una mujer hermosa corriendo, con la desesperación dibujada en el rostro que se veía bastante bien mientras lo hacía. Sus pechos rebotaban y, en sus cabezas, lo apreciaban en cámara lenta, atentos, estupefactos por la perfección de sus senos. Estos hacían que la camisa que usaba sobre su top deportivo, se moviese y dejase en evidencia su abdomen casi por completo. Su prenda no mostraba mucho, pero la imaginación de esos hombres voló en ese instante.

Sus piernas y sus glúteos estaban firmes, y no se movían por la tensión que ejercía Francisco al correr; cosa que tampoco se escapó de la mirada de algunos hombres y varias mujeres.

Todos la observaban horrorizados, no por lo que hacía, sino por lo perfecta que se veía corriendo entre la multitud. Francisco saltó unas cajas que se encontraban en el suelo obstaculizándole, dejando a unas mujeres descontentas al verla pasar por la forma en que la juventud se comportaba; casi de inmediato, evitó tropezar a un grupo de personas bajándose de la acera y se volvió subir a ella con rapidez y agilidad.

Pasó al lado de tiendas, de coches, de postes de luz, de otros peatones que caminaban despreocupados presentando un obstáculo para ella. No sabía que los demás la veían porque estaba concentrada en llegar cuanto antes a su audición con su futuro.

Mientras corría, no dejaba de pensar en Francisco, a quien dejó unas cuantas calles atrás, luchando con su esfínter y su indigestión. Necesitaba correr más rápido, llegar a tiempo a la audición y pedir que esperaran a su novio que estaba en una emergencia de salud, que pronto llegaría. Se miraba pidiendo desesperadamente que le dieran una oportunidad; todo lo necesario para conseguir un poco de tiempo para su pareja.

Sus pensamientos estaban tan agitados como ella, por lo que no escatimo en detalles absurdos en su escenario. Las cosas se iban haciendo cada vez más molesta al mismo tiempo en que se iba acercando más y más a la televisora. Ignoraba el estado de Francisco; hacía varios minutos que lo había dejado atrás por lo que no estaba segura si lo lograría o no.

Llegó al complejo de edificios empresariales que rodeaban una pequeña plaza que rodeaban una fuente escandalosa y maravillosa. Era un espectáculo visual que no se detuvo a apreciar.

En lo que prestó atención a su entorno, pudo notar que algo no andaba bien. Una fila exageradamente larga atravesaba el lugar, interponiéndose entre ella y su destino. De seguro estaban ahí para lo mismo.

No sabía si ellos ya se habían anotado o si todos estaban esperando para entrar, pero eso no le importaba. Se acercó lo más que pudo a la zona en donde se encontraban todos y caminó como si no tuviese nada que ver con eso.

«Actúa normal», se dijo, desacelerando el paso y caminando con el mentón en alto. Escuchaba cómo los demás hablaban de sus oportunidades en el programa, de cómo llegarían lejos, de cómo conseguirían hacerse con el éxito en todas las pruebas. Ella, sólo caminaba ignorándolos a todos, sin ver directamente a nadie a los ojos.

«No te delates, Francisco, no te delates» balbuceaba preocupada pensando que podrían deducir cuál era su plan. Pensaba que no todos los que entrasen a esa televisora deberían ser personas que estuviesen interesadas en el show, así que no habría problema si sólo entraba y ya. «¿Verdad?» se dijo de nuevo.

Cada pensamiento que conciliaba, le era suficiente para justificar sus acciones, y no había forma en que ese fraude lograra hacerla retroceder.

— Si logro entrar, y anotar a Francisco, podré ahorrarme todo esto.

Todos ignoraban sus motivos, a pesar de quedarse atentos viendo como pasaba aquella preciosa mujer. Francisco se acercó más a la entrada del edificio, evitando ser demasiado obvia. A los demás no les importaba, estaban sumidos en sus propias discusiones, en sus pensamientos y planes. Nadie estaba prestando atención del todo lo que sucedía a su alrededor.

— Disculpe pasó al lado de una persona que por poco choca al entrar

El hombre la miró de arriba abajo, sudor levemente, firme, preciosa, sensual.

— Descuide, señorita.

— Gracias.

Francisco, ignoró por completo la mirada lasciva del hombre de traje y continuó su camino a la recepción. En ese instante, Verónica la vio llegar.

Luego de anotarse en la libreta que llevaba los nombres del ciento de personas que se habían anotado antes que ella (los de la sala y los que estaban afuera), fue hasta la sala de espera para hacer lo que su nombre indicaba.

En el momento en que Francisco se adelantó apresurada luego de decírselo, Francisco se irguió para observar su alrededor y ver a donde ir.

— Baño; un baño. ¿En dónde hay un baño?

Decía en voz alta lo que pensaba. Pensaba que era lo necesario para concentrarse. Francisco estaba tratando de encontrar con la mirada, sin moverse mucho, algún lugar en donde pudiese hacer lo que su cuerpo le pedía. Apretaba los glúteos y el esfínter tratando de colocar cualquier cantidad de obstáculos en su camino para evitar, así, algún accidente.

— ¡Maldición! En donde hay un baño Francisco se giró sobre el eje de su torso, moviéndose hasta donde su cintura le permitiese.

El mundo se oscurecía a su alrededor. Francisco había olvidado casi por completo la audición a la que quería ir; su intestino estaba tomando toda su atención, controlándolo, irritándolo.

— Rayos, no me queda de otra que caminar. respiró profundo; quería mentalizarse en controlar todos los músculos necesarios para evitar algo nefasto. Se dispuso a caminar vamos. Es ahora o nunca.

Comenzó a moverse lentamente por la acera sin flexionar, tenso; sabía que, si se relajaba por lo más mínimo, significaría lo peor. Poco a poco fue acelerando el paso, buscando con la mirada a su alrededor para conseguirse con alguna salvación. Dos hombres estaban parados en frente suyo, hablando en el lado de un coche estacionado con el cofre abierto.

— Puede que sepan en donde hay un baño los miró nuevamente y lo pensó mejor No, mejor no. Mejor sigue buscando. no quería sentir la humillación de decirle a otra persona que estaba desesperado por ir al baño.

Sudaba y sentía cómo la brisa que generaba al caminar le enfriaba el cuerpo, lo que le causaba sutiles escalofríos que empeoraban su situación. Sus músculos se contraían y se relajaban cuando eso sucedía; le pasaba a menudo cuando tenía ganas de ir al baño con tanta urgencia.

En ese instante evocaba las ocasiones en las que su cuerpo le pedía a gritos que corriese al baño: veía su vida pasar en frente de sus ojos. Cuando, de

repente, una inminente fuerza lo detuvo.

Los movimientos de su intestino lograron detenerlo a la fuerza. A unos escasos metros de los hombres que acababa de ver, sintió cómo los gases en su abdomen comenzaban a moverse, buscando la mejor forma de salir, de evitar tener todos los desechos que su cuerpo no quería.

— Rayos, no, aquí no. Se inclinó hacia el frente; con sus manos, se apoyó en sus rodillas, para sostener el peso de la parte superior de su cuerpo.

Pensó que haciéndole presión a su abdomen podría controlar los movimientos de su intestino.

— Vamos, no me hagas esto Se sentía agobiado. Se imaginó la posibilidad de sucumbir allí, en medio de la calle, a unos cuantos pasos de lograr sus sueños. No aquí.

Viendo que su cuerpo comenzaba a empujar a la fuerza el excremento que contenía en su interior, pensó que ese sería el fin. Se quedó inmóvil, en la misma posición que había tomado para controlar las ganas.

Francisco estaba sumido en su angustiante dolor de estómago, deseando poder salir rápido de ahí, pensando que podría perder la oportunidad de ir a la audición, sufriendo, agonizando. Hasta lo que él sabía, su intestino completo se las arreglaba para arruinarle el día.

Los hombres en frente del coche dejaron de hablar, porque a lo lejos estaba un joven inclinado y con el rostro pálido. Ambos lo observaron, se vieron mutuamente y pensaron en acercarse; Francisco estaba enfocado en su sufrimiento hasta que la agonía que hizo que se detuviese desapareció; en el instante en que los testigos quisieron intervenir, se levantó por sí mismo, se irguió y siguió caminando.

— Por poco suspiró; renovado, comenzó a caminar de nuevo, más de prisa, porque sabía que aquello que lo detuvo volvería, baño, baño. Un baño. Vamos, ¿en dónde hay un baño?

Cruzó la esquina; no estaba siguiendo los pasos de su novia, sino los que su instinto le decía que tomase. Ya no le quedaba dignidad que proteger, ni humillación que evitar; lo supo inmediatamente en lo que sintió que no habría marcha atrás si no conseguía una solución inmediata.

Ya no podía devolverse a preguntarle a los dos hombres; podría sucumbir en

el camino de regreso.

Entonces, ¿qué podría hacer? Observaba a su alrededor más desesperado aún, mientras más tardaba en llegar a algún baño, más se estresaba; hasta que la vio. Una ancianita con un perro pequeño que parecía arrastrarla salió de un edificio residencial. Pensó de inmediato que ella era la indicada por lo que se acercó lo más rápido que pudo.

— Disculpe, señora, ¿no sabe en dónde puedo conseguir un baño?

La señora se sorprendió por la repentina interrupción del joven con el rostro sudoroso. A pesar de verlo como algo irregular, tomó la situación con calma, observó a su alrededor como si fuese capaz de ver algo que él no, y respondió amablemente:

— Bueno, querido, si caminas un poco a la derecha, puede que puedas preguntarle a abasto que está más adelante. La amable señora señaló hacia donde estaba indicando con sus palabras, dibujando el mapa en su mente para poder explicarle bien al chico que parecía necesitar su ayuda.

La señora no estaba segura si eso resultaría; desconocía si los dueños del abasto le prestarían su baño, o siquiera si tenían alguno.

— ¿A la derecha? ¿Qué tan lejos? Francisco estaba tratando de concentrarse en su dolor, hablaba, ahogando sus palabras, moviendo las piernas y apretando los glúteos, de forma incomoda, sin importar lo que la señora pudiese pensar de él.

— Más o menos una calle y media.

— ¿Cómo se llama?

— No sé, es un local manejado por unos chinos. Ve por ahí señaló de nuevo en la dirección de antes, los encontrarás.

— Muchas gracias, señora, se lo agradezco mucho.

Francisco caminó en la dirección que la señora le había indicado, completamente realizado porque ahora su búsqueda tenía un rostro, un nombre. Esperaba que, pese a que le había dicho una calle y media, no fuese tan lejos. Aceleraba el paso, viendo los letreros de todas las tiendas a su alrededor, tratando de identificar algún abasto.

— ¿Dónde están, chinitos? ¿En dónde?

La presión en su abdomen iba aumentando, nada parecía salvarlo de esa desgracia. Francisco se estaba dando cuenta que poco a poco el dolor se hacía cada vez más intenso, que la amenaza era inminente; una sensación salvaje se apoderaba de su abdomen y él no sabía cómo resultaría todo.

— ¿Si me hago encima? Las ideas se materializaban en pensamientos que le obligaban a contemplar la situación de un modo diferente ¿Cómo podría limpiarme? ¿Qué podría hacer? No tengo medias, no tengo otro cambio de ropa. ¡Vamos Francisco! Deberías estar preparado para esto.

Su mundo se hacía más y más gris, perdiendo los matices, las luces, los detalles vivíos. Entre pensamientos, se desplazaba por la acera la cantidad de calles que la señora le había indicado, aunque, él sabía muy bien que no era el mejor siguiendo indicaciones.

Cada vez que colocaba un pie delante del otro, era un paso en ciego, un salto de fe. No sabía si realmente hubiese algún abasto, o si fuese a recorrer la cantidad de cuadras que le habían indicado. Pero, eso no lo detuvo, no dejó de pensar, de sentirse presionado; él sentía que el peso del mundo recaía en sus hombros.

Continuaba caminando, buscando entre las tiendas para saber si, así no viese a algún asiático, o algún letrero con letras en chino, podría identificar un abasto por lo que vendían allí.

— ¿Y si es un restaurante?

Todas las posibilidades, por sí solas, se hacían y deshacían en su cabeza, dándole soluciones e inutilizándolas de inmediato. Nada parecía ayudarlo, nada parecía satisfacerlo. Estaba furioso con las circunstancias y consigo mismo por no haberlo previsto.

— Si tan sólo hubiese ido cuando terminamos de comer. Hizo una pausa mental, cambió de perspectiva y continuó su conversación consigo mismo: pero es que no tenía ganas. ¿Cómo se supone que sabría que esto sucedería? Odio cuando esto me sucede.

Hasta que vio la luz.

Un par de puertas al fondo de una tienda de artículos para el hogar; se notaba que la estaban cerrando por lo que la descartó sin siquiera pensarlo dos veces. Adentro estaba una mujer medianamente gorda que parecía ser la encargada porque se encontraba sentada en un escritorio en medio del lugar. Hablaba con

un hombre, distraída por completo del joven que había pasado en frente de su local completamente desesperado.

Pasó la tienda para seguir buscando a los chinos.

— ¿Y si les digo que me presten el baño? Se detuvo, observó de nuevo hacia adelante y consideró la posibilidad de que no hubiese ningún abasto manejado por chinos. No tengo por qué aguantarme más; inmediatamente lo consideró: dio media vuelta y entró en la tienda que acababa de ver. Es ahora o nunca.

Caminaba con los glúteos tensos, las piernas estiradas, no queriendo flexionarlas demasiado, los hombros levantados y tiesos, la espalda exageradamente erguida, el mentón en alto con los ojos muy abiertos. Daba la impresión de un hombre con desequilibrio, se sentía como tal.

La chica sentada en frente al escritorio, miraba a un joven erguido de forma extraña, mirándola con interés, queriendo decir algo, pero no haciéndolo.

— ¿En qué lo puedo ayudar, chico? pensó que algo debería él de querer.

Francisco frustró por unos segundos su deseo de hablar, pero, el dolor pudo más que él.

— Disculpe la pregunta, pero, ¿podría prestarme su baño? sus palabras estaban siendo ahogadas por el dolor de abdomen. La chica levantó la ceja izquierda, desconociendo sus palabras y su pedido. No sabía qué decirle, no sabía si había escuchado bien.

— ¿Qué dijo, señor? quería saber, trató de no sonar pedante. Francisco sintió cómo aquellas palabras le apuñalaban el hígado; quería usar el baño. Lo miró, viendo lo cerca que estaba de él.

No quería repetirse; mientras se apoyaba de una mesa para computadoras que estaba en exhibición, sintió cómo las ganas se apoderaban más de él; no quería alargar los eventos, ni siquiera quería hablar. La presión se hacía cada vez más intensa; él y su cuerpo sabían lo cerca que estaban de lograr su cometido: temía lo peor y esa mujer le pedía que se repitiese.

— Orinar, que le prestes tu baño. El hombre, que hasta ese momento era parcialmente invisible para Francisco, se materializó a su lado, con una sonrisa y una mano amiga.

Francisco se giró para verlo, estaba realizado, el hombre no parecía desagradable, ni mucho menos odioso. Lo miró, miró a su amiga sentada en el

escritorio y la confrontó repitiéndose sin mucho que perder.

— Que si le puedes prestar el baño.

La chica observó a su amigo y luego posó su mirada en Francisco. Le escrutó rápidamente, no le pareció una persona desagradable y, con la amabilidad en los ojos, asintió con la cabeza.

— Sí, claro. Entra. En ese momento Francisco sintió cómo su mundo comenzaba a pintarse de color.

— La puerta de la derecha, al final. El hombre le indicó el baño, pero Francisco se perdió en la indicación.

Observó al interior de local y solo veía más cosas de hogar; sabía que el baño eran las puertas que había visto antes, lo sospechaba, solo que, sintió que podría ser que se equivocó. El hombre que le había dicho en donde estaba, se dio cuenta que no había entendido.

— Ese, el de la derecha. Francisco se giró para ver al hombre. Sostén la puerta con algo que no tiene manija.

— Ah, vale. Vale.

La chica, viendo la escena desenvolverse, decidió formar parte de ella dando su aporte a la situación:

— No tenemos agua, haces bajar el inodoro con el agua del cubo verde.

Francisco se acercó a la puerta la empujó, entró desesperado y empujó de nuevo para cerrarla. En lo que comenzó a bajarse los pantalones, sentía como el mundo se iba a escapar, creyó que haría un desastre antes de siquiera sentarse, se movió aún más rápido y, habiéndose bajado todo, se inclinó cómo pudo al inodoro sin sentarse por completo (odiaba los baños ajenos); dejó salir su alma en ese momento.

Los sonidos que su alma producía al salir, devastaron su confianza, detestaba que lo escuchasen ir al baño, sin embargo, sintió un alivio proporcional al desastre que hizo en aquel baño.

A varias calles de aquel lugar, Verónica estaba observando cómo Francisco se inquietaba más y más mediante los minutos pasaban. Supuso que Francisco, el hombre que había visto en el autobús de camino ahí, estaba haciendo algo importante.

Pensó que si le hubiese tocado adivinar para donde se dirigían, habría acertado. Eran el par perfecto para el programa, al igual que el otro ciento de personas que esperaban allí sentados, parados y haciendo una larga línea en las afueras de la televisora.

Sin embargo, continuaba observando a la chica desesperada que no dejaba de ver hacia la entrada del edificio.

— ¿Qué querrá hacer viendo hacia allá? No es como que si ve con fuerzas la puerta aparecerá el novio. Verónica, con los brazos cruzados, miraba con evidente odiosidad a Francisco. No intentaba ocultarlo.

Francisco, por otro lado, continuaba viendo hacia la puerta esperando que su príncipe apareciera. No tenía señal alguna de él, no sabía si tenía su teléfono encima o si estaba en peligro. Cada posible evento desastroso significaba el final de su existencia. «¿Y si no lo dejan entrar?» «¿Y si se queda afuera esperando en la línea creyendo que estoy ahí?» «¿Estará bien?»

Cada pregunta hacía que se estresase más; apretaba sus brazos contra su torso con fuerza; sudaba desesperadamente, se quitaba el esmalte de uñas de una mano mientras que mordía las de la otra. No sabía cómo lidiar con el estrés así que recurrió a todas las formas que conocía para hacerlo.

El esmalte seco que desprendió de sus uñas, se quedaba pegado a la tela de su pantalón de gimnasio. Los demás interesados en participar hablaban con más fuerza, lo que le irritaba; apartó la mirada de la puerta para mirarlos a todos con odio, como si su gesto los hiciese callar, queriendo resolver todo lo que le atormentaba. En lo que regresó a enfocarse a la puerta, ahí estaba él: renovado, caminando cómo si nada, con la sonrisa dibujada en el rostro que tanto le gustaba ver.

Francisco se acercó a ella como si nada, tratando de parecer natural, suponiendo que su novia se las había arreglado para entrar.

— ¿Estás mejor?

— Sí, mucho mejor.

— ¿Cómo entraste?

— Bueno Francisco observó en dirección a su espalda por la puerta.

— Muy gracioso Francisco le miró con severidad es en serio.

— Jajá, vale; no te vi en los últimos de la línea así que decidí adelantarme con cuidado para que no creyeran que estaba colándome y entré.

— Menor mal porque por poco no entramos a la lista.

— ¿Por qué lo dices? Francisco escrutó la sala de espera, se detuvo por un rato en Verónica sintiendo que la había visto en otro lado, la ignoró rápidamente y continuó observando. Buscaba alguna persona conocida, si alguien le podría hacer pasar primero, si había alguien anotando en algún papel ¿Dónde está la lista? ¿Nos anotaste?

Francisco señaló hacia la recepción moviendo su cabeza con cuidado, evitando parecer muy obvia.

— Ahí. Sí, si lo hice.

— Perfecto. Entonces, esperemos.

Francisco le dio un abrazo sin muchas ganas a su novia, realizado, con una sonrisa en el rostro y el corazón agitado. Había sobrevivido a la catástrofe, salido victorioso y ahora solamente le faltaba conseguir su sueño de formar parte del mejor show que alguna vez existió.

Todo apuntaba a que lo lograría y, mientras se veía en el reflejo de los vidrios polarizados del edificio que daban hacia el exterior, pensó que era el hombre más afortunado del mundo.

Luego de una hora, las audiciones empezaron.

4

Verónica estaba en frente de cuatro personas: dos hombres y dos mujeres; parecían ser individuos poco amables. Al entrar, no la recibieron con una sonrisa, no la miraron directamente a los ojos.

— Hola ¿cómo te llamas, y por qué estás aquí?

— Mi nombre es Verónica, y estoy aquí porque quiero participar en este show. Vaciló, estaba tiesa, sin poder hacer ningún movimiento que reflejara libertad, entereza. Estaba un poco nerviosa.

Por un segundo sintió la necesidad de sentirse mal, de dejar que los nervios que apenas le molestaban, se apoderaran de ella. Se percató que la única forma de lograr entrar en ese programa, era dando una buena impresión. Se aclaró la garganta.

Los productores del programa sentados en frente de ella, comenzaron a anotar en sus hojas lo que estaban viendo de ella. No estaban sorprendidos con lo que veían, era una chica, en sí, diferente a las últimas que había visto, pero, no daba mucho qué desear, según lo que tenían en mente.

Buscaban carne fresca, alguien que fuese capaz de aumentar los ratings con facilidad y hacerles ganar más dinero. Ese era el motivo por el cual produjeron otra temporada del show; empero, hasta lo que llevaban viendo (y sin muchas expectativas en lo que seguía), expresaron su descontento con un obvio gesto de sus rostros.

Verónica lo notó y decidió resaltar. No sabía lo que ellos estaban pensando, lo que querían o lo que estaban buscando, pero, si saldría de ahí, saldría habiendo dejado su huella.

— Disculpen cambió por completo su tono de voz rígido y vacilante; relajó su cuerpo estoy aquí porque quiero poder formar parte de este show. No sé, ganar ¿tal vez? Quiero poder conocer este programa desde adentro. No me gusta, no lo apruebo, pero quiero formar parte de él.

Los cuatro productores se despegaron de sus hojas para enfocarse en ella, habiendo sentido que algo bueno podría suceder de eso. La mujer que había entrado, aquella que se veía como una chica corriente, particularmente atractiva, pero sin mucho que ofrecer, comenzaba a parecer interesante.

— ¿Por qué no apruebas este programa? Verónica sintió cómo aquella pregunta le obligaba a seguir hablando. No se esperaba que fuesen a confrontarla después de eso. Se asombró, sin evidenciarse.

— Porque se ve como una especie de circo en donde colocan a hombres y mujeres a hacer cosas desagradables. Se irguió, quería demostrar la seguridad que estaba segura que tenía.

— Entonces, ¿qué haces aquí?

— Pues, tengo necesidades, y eso no evita que les dé una oportunidad.

— ¿Oportunidad? Hasta que esa mujer habló, solo había hablado uno de los hombres. Verónica supuso que era el jefe ¿estás diciendo que tenerte es una ventaja para nosotros?

Era una mujer adulta. Verónica no le había calculado ninguna edad, se veía joven, se notaba confiada, se sentaba como una persona con experiencia. En el mundo del espectáculo, nadie se ve de su edad, por lo que nada más se percató de que estaba muy bien vestida, con un traje de dama rojo que le lucía perfectamente.

— Bueno, no estoy diciendo eso, pero pienso que no van a encontrar a otra persona como yo queriendo formar parte de este programa.

— ¿Persona cómo tú? la otra mujer se sintió de igual forma ofendida por la seguridad de Verónica, interesada, más que todo. Su tono de voz era grueso, severo ¿qué tipo de persona eres? A ver, cuéntanos.

Esta no era muy diferente a la anterior, era igual de atractiva, segura y con el rostro de una persona enfocada, con una actitud letal. Se vestía de forma más casual y en sus prendas predominaba el verde.

— No les aburriré con detalles, Cada palabra que pensaba decir y que decía, la hacían sentir más extraña de lo normal; estaba dejándose llevar por la situación y sólo les diré que no soy una mujer cualquiera. Estoy aquí porque necesito esto, pero eso no quiere decir que lo haré mal, así que les aseguro que no perderán el tiempo conmigo.

— ¿En serio estás segura de eso?

— Sí, y la única forma de demostrárselos es que me dejen participar en este extraño show. No me quejo si no me dejan; si lo hacen, sabrán de qué hablo.

Dejó que sus palabras se escapasen de su mente, se formasen en su boca y salieran de su cuerpo como ráfagas asesinas, dirigidas a lo que, suponía, sería una buena oportunidad de trabajo.

Su corazón latía fuertemente, escuchaba la presión de sus arterias, las sentía en el cuello, en la cien. Todo parecía más escandaloso, más brillante. No sabía cómo se desenvolverían las cosas, pero estaba segura que nada podría ser pero que aquello que acababa de hacer.

— ¿Qué tal si no lo hacemos? La mujer de rojo comenzaba a sentir empatía por Verónica. Se acomodó en su silla, descruzando sus piernas y colocándose en una posición más firme, cosa que demostraba una actitud inquebrantable.

Las mujeres habían tomado el liderazgo de la entrevista, estaban seguras que sólo ellas podrían responderle con propiedad. La segunda continuaba enfrentando a Verónica.

— Pues no podrán saber de lo que se pierden. Verónica comenzaba a sentir cómo la situación se le escapaba de las manos. Tragó saliva, tomo un respiro largo de unos tres segundos y decidió una nueva estrategia: Miren cambió su tono de voz y su postura relajada por una que consideró apropiada: entre firme y floja, con la mirada asertiva y los hombros relajados No es mi intención hacerles ver algo que no quieren, la verdad, no me importa si no me toman en cuenta.

>>¿Quieren saber por qué estoy aquí? Porque necesito el dinero para poder vivir y quiero poder ser actriz, así que me estoy arriesgando a hacer algo que no me gusta para conseguir lo que quiero y, si ustedes no me ayudan, eso no significa que me detendré.

Los cuatro productores se quedaron en silencio al escucharla hablar. En sí, sabían que no era nada del otro mundo que existiese una persona con ese nivel de confianza, pero, la forma en que los enfrentó les pareció interesante; nadie en aquel show parecía ser tan prometedor cómo ella, por lo que, sin siquiera estar de acuerdo, llegaron a una resolución en común.

— Entonces la mujer de verde se giró para ver a sus colegas aprobando a Verónica, quienes le devolvieron la mirada y, al escucharla terminar de hablar, trató de decirle lo que harían, dado su veredicto. Creo que con eso es suficiente.

— ¿Suficiente? Verónica interrumpió sin antes escuchar lo que la mujer de

verde quería decirle.

— Sí, suficiente.

— ¿Entonces se acabó?

— No estoy diciendo eso.

— ¿Entonces?

— Que, por lo pronto, creemos que vale la pena intentarlo contigo la mujer de rojo dejó su rostro serio de lado y asomó una sutil sonrisa de aprobación. Así que, eso significa que estás adentro. Felicidades.

— ¿En serio? Verónica ya no estaba demostrando una actitud segura; la cambió por una jocosa. Dio saltos de emoción, habiéndose sorprendido por la respuesta de los productores, algo que no se esperaba.

— Sí, felicidades. Por favor sal de la sala y espera a que te llamemos. Te dará un papel en la puerta. Ha sido un gusto conocerte.

Verónica agradeció de nuevo a los productores con una sonrisa en el rostro e, inclinando su cabeza en respeto, dio media vuelta y se dirigió a la puerta por la que había entrado.

Estaba alegre, completamente realizada, y a gusto con los resultados. Con cada paso, sentía cómo la angustia se deshacía de ella; ese proyecto significaba un gran avance para ella. No estaba a gusto con el programa, pero de seguro le abriría muchas puertas.

— Gracias extendió el brazo para recibir el papel que le dijeron que le entregarían

— De nada; felicidades. Verónica le sonrió a quien se lo entregó. Estaba alegre, convencida de que todo saldría bien.

Con el papel en la mano, segura y confiada, pensaba en las puertas que se le acaban de abrir, en las cosas que lograría si conseguía ganarse el corazón de los espectadores. Como una mujer inteligente, sabía que lo que importaba no era ganar, sino lograr el reconocimiento necesario para mantenerse en el programa.

La hoja que le habían entregado se había consagrado como el trofeo que había obtenido por haberse atrevido a hacer algo que no parecía desde un principio buena idea.

Tiempo después, aquel papel pasó a significar algo diferente; no era lo mismo para ella que era en el pasado, ya no se sentía cómo una señal de triunfo sino como un «si no hubiera». Se imaginaba en una posición actual diferente, de forma constante, lo vislumbraba como una mejor situación.

Verónica se encontraba en su habitación observando su alrededor. Compartía su cuarto con otras dos mujeres de la competencia y se encontraba viéndolas en ese momento.

Ellas estaban dormidas por completo, sin ninguna preocupación al respecto de lo que les sucedía; pero ella, ella estaba pensando en cómo su individualidad podría significar algo malo para todos. No era amigo de nadie allí ni se dejaba dominar por la opinión de los demás.

Mientras las veía dormir, enrolladas en sus sabanas, semidesnudas, Verónica contemplaba la posibilidad de ganar cómo si no hubiese competencia alguna en frente de ella. Lo único que importaba era ser amado por la audiencia, que Charlie lo reconociera y ya. Se levantó de su cama, después de todo, no era una prisión.

Salió de su habitación con cuidado para no despertar a nadie, sabiendo que había, en casi cada rincón de la casa, cámaras que podían evidenciar sus movimientos. Al principio, eso le había causado un poco de incomodidad: ser vista como una atracción para el entretenimiento de todos. Pero, lentamente fue adaptándose a la idea, no le agradaba, sin embargo, era un precio a pagar por lo que buscaba.

Al salir de la habitación con sumo cuidado, cerró la puerta de la misma forma para que nadie viese al interior y encontrase a aquellas indefensas mujeres semidesnudas durmiendo despreocupadamente, a pesar de que no le importaba mucho lo que sucediera con ellas.

Se dispuso a caminar por la inmensa mansión en donde los habían recluido para entretener a las masas observando cada cosa con extremo detalle, sintiendo que no era lo mismo que verlo durante el día, nada nunca es lo mismo de noche.

Se dirigió a la cocina mientras contemplaba su alrededor: jarrones, pinturas, cuadros, los lugares en donde alguien había vomitado el día anterior completamente limpios; apreciaba el trabajo de los que se encargaban de mantener ese lugar impecable para el siguiente evento que se hiciera allí.

Verónica se hallaba tapándose con una bata muy corta, no le gustaba estar tan descubierta, por lo que se movía abrazada a las pocas telas que la cubrían con miedo a ser vista por cualquiera. Nadie tenía intimidad en ese lugar y parecía que solo a ella le importaba eso.

La cocina se encontraba en la otra sección de la casa, era grande por lo que el recorrido sería largo; caminaba por la parte en donde se encontraban las otras habitaciones con mujeres, aceleró el paso para no ser vista por ninguna, no le agradaban, todas las personas en esa casa le resultaban execrables, en especial Francisco.

Francisco había logrado pasar las audiciones y hacerse un lugar en el corazón de las personas que veían el programa. Su físico atrajo la mirada de todos y él estaba al tanto de eso, por otro lado, Francisco no logró quedar.

— ¿Cómo que no soy una candidata aceptable? Francisco estaba furiosa en lo que los productores le interpelaron ante su entrevista.

— Es algo normal, señorita Francisco, ya hemos tomado en cuenta mujeres con el mismo perfil que tú, necesitamos a personas diferentes. El hombre intentaba hacerle entender que las cosas no cambiarían así como así. Bajó la mirada a su cuaderno en donde anotaba las cosas y tachó el nombre de Francisco Cabrera, descartándola por completo.

— ¿Cómo qué diferente? un nudo en su garganta comenzaba a hacerle difícil el habla. Su voz estaba más aguda, tenía ganas de llorar por la impotencia. Yo puedo ser diferente. Mírenme cambió su tono de voz por uno más grave, se enderezó, colocó otra expresión en su rostro soy otra persona. Puedo ser lo que ustedes me pidan.

— Señorita Francisco, ya le dijimos que no estamos interesados en lo que nos ofrece. El hombre levantó la mirada para darle su sello de desapruebo a su insistencia. No quería verla en el programa y no había nada que lo hiciera cambiar de pareceres.

— Esto es mi vida se acercó rápidamente a los productores, abalanzándose a uno de los dos hombres presentes. Creía que si lograba seducirlo podría salir de ahí ¡Por favor! ¡Tómenme en cuenta!

Los productores, tanto los dos hombres como las dos mujeres, se sorprendieron por el repentino salto de la chica que estaban entrevistando. No sabían que eso iba a suceder, no se lo esperaban. Francisco, cogió vuelo y se

arrebató contra uno de los dos caballeros que estaban presentes. Los tres restantes lograron apartarse un poco al verla volando por los aires.

— ¡Cuidado! la mujer de rojo se apartó del susto, sintiendo cómo una mujer de cuarenta kilos se acercaba agresivamente hacia ellos.

— ¡Ah! La mujer de verde solamente gritó del susto, dejando caer sus papeles y su teléfono móvil.

El hombre a su derecha, solamente la observó volar, sorprendiéndose un poco por lo sucedido. En cuanto a aquel que fue objeto de su salto, no tuvo tiempo de responder cuando ya tenía a Francisco encima. Ella dejó que sus pechos cayeran sobre el torso de él, y, con una mirada lasciva y seductora, trató de hacerlo cambiar de parecer.

— Por favor, señor, tómeme en cuenta.

El hombre la miró completamente dispuesta a lograr lo que quería, pero ya había tomado una decisión.

— Señorita Francisco, ya le dije... vacilante, no sabía qué hacer al respecto; la presión del cuerpo de Francisco contra el suyo, no lo dejaba pensar claramente.

Francisco, no quería aceptar un no por respuesta, por lo que se sostuvo con sus codos sobre el pecho del hombre de traje, cogió una de las manos de él, y lo fue llevando hacia uno de sus pechos. Los demás, observaban la escena disgustados. La mujer de rojo gritó desesperada:

— ¡Llama a seguridad! ¡Rápido! Se dirigió a uno de los asistentes que se encontraban a su alrededor tan sorprendidos como ellos.

Las sillas de los cuatro productores estaban tiradas en el suelo; Francisco y uno de ellos se encontraban recostados al lado del desastre ignorando todo lo que sucedía a su alrededor. Ella, no contemplaba eso como una posible ofensa para la productora o para el programa, sino como una gran estrategia, la mejor que se le pudo haber ocurrido, según pensaba.

— Por favor, señor... déjeme participar, le prometo que le dejaré hacer lo que quiera.

El hombre dejó que Francisco guiase su mano llegando a sentir su pecho sin sujetador sobre las telas delgadas de su top de ejercicio, con la palma de su mano.

— Apriételo señor, no sea tímido.

La mujer de verde observó cómo Francisco dejaba que le tocasen el pecho reprochó el gesto de inmediato. No estaba a gusto con lo que veía; no toleraría tal ofensa. Él, sin nada que perder, apretó.

No había cambiado de parecer, pero, según lo que pensaba, no había motivos para dejar pasar esa oportunidad: «¡Ya qué! Ella es quien me dice que lo haga». Francisco sintió el apretón en su pecho y dejó escapar una sonrisa de triunfo. Pensó que ya había quedado dentro del grupo de personas que saldrían en televisión; mal interpretó el gesto sin pensarlo demasiado.

— Entonces estoy adentro. Es bueno que hayamos llegado a entendernos.

En ese momento, Francisco sintió como unas grandes manos le apretaban sus brazos y la levantaban sin mucho esfuerzo.

— ¡¿Qué sucede?! ¡Bájenme! ¡Les exijo que lo hagan! Francisco movía agresivamente sus piernas, esperando golpear a alguien en el proceso.

Eran dos guardias de seguridad que había ido a atender el disturbio. Dos hombres robustos y grandes. Uno de ellos la sostenía en el aire y el otro intentaba cogerla por las piernas, pero mientras intentaba tomarlas, Francisco se movía con más desespero.

— Señorita, por favor tranquilícese. El productor aun recostado en el suelo, hizo una señal para que lo ayudasen a levantar. Deje de resistirse y salga de una vez de las instalaciones.

— ¡No! ¡Yo debo formar parte del elenco! ¡Mi novio es parte de él! ¡Por favor, no pueden hacerme esto!

— ¡Claro que sí! La mujer de rojo estaba furiosa por lo sucedido. No soportaba seguir viendo un espectáculo tan desagradable. A pesar de eso, no era la primera vez que sucedía algo semejante, por lo que solamente se enfureció con ella por su escándalo. Señorita Francisco, le vamos a agradecer que no intente participar de nuevo. Ya le hemos dicho que no y no nos hará cambiar de parecer.

— ¡No! ¡Me niego! Movía con más agresividad sus piernas, gritando desesperada, atrayendo la mirada de todos alrededor. Sentía cómo el mundo se desvanecía a su alrededor; se veía a sí misma no formando parte de algo que Francisco si había logrado. ¡Por favor! ¡Yo puedo ser diferente!

El guardia que trataba de coger sus piernas, se acercó más a ella. En ese momento, una patada le dio en el rostro obligándolo a apartarse un poco de ella. Sentía cómo si la sangre le corriese por la nariz; tanteó con su mano para asegurarse de que lo que sentía no era la sangre. La apartó un rostro y supo que no sangraba; se sentía un poco mareado y confundido. La mujer de verde se acercó a él.

— ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

Francisco bajó la mirada para verlo, dejó de mover las piernas, pero seguía luchando con el gran hombre que a tomaba por la cintura privándola de tocar el suelo.

— No, estoy bien.

El hombre sacudió los hombros, se preparó para arremeter a Francisco; estaba más seguro, determinado a lograrlo. Los productores observaban la escena, habiendo pasado la sorpresa, riéndose de lo sucedido; la chica desesperada por formar parte del programa les causaba gracia, cosa que les hizo pensar en la posibilidad de contratarla.

— ¿Qué tal si la dejamos participar? Se había acercado a la mujer de rojo para comentarle su idea. Parece graciosa. Sería bueno tenerla.

— ¿En serio crees eso? La mujer de rojo dejó de observar la escena para ver con severidad a su colega. Luego de ello, hizo que dirigiera su mirada al escándalo que se desarrollaba en frente de ellos. ¿Quieres eso en el programa?

El hombre siguió el gesto de su colega y miró a Francisco luchando para salir de los enormes brazos del guardia de seguridad. Lo pensó brevemente: una mujer atractiva y recalcitrante que haría lo que fuese para ganar. Sería algo interesante de ver.

— Puede ser. Es decir, se ve bastante prometedora.

La mujer de rojo observó cómo su colega veía, completamente idiotizado, la escena; se enfocó en Francisco y luego en él, de nuevo, queriendo adivinar sus motivaciones.

— Bueno, eso no importa. De todos modos, no la dejaremos participar, es muy volátil. Mírala.

Ambos observaron cómo el guardia de seguridad se acercaba a Francisco.

— No dejaré que suceda de nuevo, primor. miró a Francisco directamente a los ojos.

— Vamos a ver qué tienes.

Francisco empezó a lanzar patadas al azar de nuevo esperando darle por segunda vez, pero, el hombre estaba preparado. Esquivó una, dos, tres y logró coger ambas piernas entre sus brazos.

— ¡Ja! Mi vida, te lo dije.

Francisco comenzó a gritar más desesperada, esperando que alguien llegase en su rescate.

Francisco no supo de ello hasta que Francisco lo llamó estando afuera de la televisora queriendo contarle todo al respecto. Francisco si había quedado por lo que había pasado a otro lugar del edificio para continuar con lo que los productores llamaban «la segunda fase», en donde los presentarían a todos y les explicarían lo sucedido, aquello que no se daba a conocer al público.

Su móvil sonó, tan desesperadamente cómo Francisco; él no esperaba una llamada, por lo que le impresionó el sonido del mismo. Lo tomó, vio que era su novia y lo atendió confundido.

— ¿Hola? ¿Francisco? ¿Qué sucede? ¿Dónde estás? Francisco se tapó la boca con la mano para no dejar que el sonido de su voz se escapase a los oídos de los demás.

Francisco estaba molesta, afuera del edificio, tratando de pasar de nuevo, pero siendo obstaculizada por los guardias que la habían llevado hasta ahí.

— ¡No me dejaron participar, Fran! Miró a los dos guardias con furia ¡Esos idiotas me dijeron que no era lo que estaban buscando! Francisco dejó caer la mano con la que se tapaba la boca. Se había sorprendido por la noticia de su novia. Se preguntó qué habría hecho para que ellos no la dejaran participar.

— ¿Cómo así? la noticia le había impactado un poco más de lo que acostumbraba ¿Qué sucedió? estaba seguro que debía haber una explicación razonable.

— No sé, los malditos me dijeron que no querían que formara parte del elenco porque no era diferente.

— ¿Cómo que diferente?

— Diferente, Francisco. Diferente ¿acaso eres estúpido? Francisco estaba furiosa, trataba de pasar mientras que hablaba, pero los hombres en frente suyo le empujaban de nuevo amenazándola que llamarían a la policía.

— Francisco, tranquilízate.

— No me voy a tranquilizar, Francisco. No lo haré, tengo que entrar a ese edificio a cómo de lugar. ¿Me vas a ayudar?

— No sé, Francisco, ya estoy adentro, no sé cómo pueda ayudarte Francisco miró a su alrededor buscando alguna forma de salir del lugar, de cómo prestarle apoyo a su novia no hay nada por aquí que me sirva. A Francisco no le gustó lo que le dijo.

— Ya veo que no, entonces lo haré yo sola, gracias por nada.

Francisco colgó la llamada molesta, tratando por una última vez pasar a través de los guardias. Se puso en guardia, vaciló de izquierda a derecha tratando de confundirlos y se fue hacia la derecha en lo que ellos se inclinaron para detenerla hacía la izquierda.

Pudo adelantarse unos cuantos pasos, realizada, pensando que ya había logrado despistarlos y adelantarlos cuando, de nuevo, sintió cómo un par de brazos enormes le apretaban el abdomen levantándola del suelo.

— Maldita sea. ¡Déjenme ir! ¡Tengo que entrar!

Luego de que se deshizo de la idea de que su novia estuviese en el programa, de descartar la posibilidad de que hubiese, así fuese muy remota, una oportunidad para que formara parte después de que la rechazaran, se concentró en sus propios intereses. Se enfocó en hacerle frente a los retos y a las cosas que le obligaban a decir y hacer en el programa.

Su primera impresión fue positiva; todo lo que rodeaba el programa le parecía emocionante, maravilloso, e incluso, perfecto, hasta que le dijeron cómo sucederían las cosas. Al principio no entendió nada; le dijeron que todo lo que sucedía en ese programa estaba controlado, para evitar el margen de error.

Cada palabra que le decían le confundía aún más, no entendía por qué tenían que controlarlo todo cuando desde lejos se veía bastante sencillo estar dentro de una casa cumpliendo las ordenes de una voz invisible.

Parte de los productores y aquella voz invisible, le confrontaron diciendo que las personas que ganaban el programa solamente llegaban lejos si lograban

obtener un gran puntaje en las encuestas y que, de ser así, se tomaría en cuenta cierta cantidad de opciones de los cientos que estaban haciendo, para controlar los eventos.

— ¿Cómo que tienen varias opciones? Recordaba Francisco decir cuando les explicaron la situación a los participantes.

Francisco estaba en la cocina de la casa preparándose un sándwich para su tercera cena del día. Tomó un poco de mantequilla de maní y la untó sobre unas lechugas ya dentro de una rebanada de pan.

— Si tu ganas el respeto de la audiencia y el hombre señaló el joven que estaba al lado de Francisco. Este tampoco entendía la situación pero no quería opinar al respecto Daniel no, entonces, tomaremos los guiones que prepararemos para el caso en que él pierda y tú no. En su defecto, si tú sales perdiendo y Daniel no, tomaremos el guión que corresponda a ese evento. Y así haremos con cada uno de los participantes. Francisco, seguía la mano del hombre, señalando a su compañero, a él y explicando cada una de sus palabras.

Los pasos le eran ajenos a su comprensión, por lo que insistió en su punto.

— ¿Pero por qué habría de perder? No entiendo. ¿Por qué sencillamente no dejamos que las cosas sucedan y ya?

Verónica lo miraba descontenta con su forma de pensar. Sintió un poco de lastima por el hombre que trataba de explicarle a todos lo sucedido. Por su fortuna, y sorpresa, no todos eran tan estúpidos como él, pero no estaba segura si tomarlos a todos en cuenta.

El hombre repetía de nuevo cada paso y detalle de lo que se haría y de cómo serían las cosas de ahora en adelante mientras que ella continuaba enfocándose en el rostro perdido y confundido de Francisco.

No entendía por qué no entendía algo tan sencillo como: el programa que te gusta no es del todo real. Dejaba que una sonrisa se dibujase en su rostro mientras conseguía gracioso la forma en que Francisco se daba golpes en la cabeza tratando de entender. Se enfocaba en él porque era el que reconocía, desde el autobús, todo parecía indicar que ese hombre tendría algo interesante que ver en todo eso.

— Espero no vaya a durar poco. Espero que llegue lejos para conocerlo mejor.

Esa misma idea le pareció ridícula una vez caminaba por los pasillos de la casa. Bajando la escalera para llegar a la sala de estar de aquella mansión, pensó que las palabras de aquel entonces no resultaron ser tan buenas después de todo. Al pasar por el medio de la chimenea y los cojines esparcidos por todo el suelo, visualizó aquello como un mal presagio.

— No, eso no. Sacudió su cabeza y cerrando los ojos. No era supersticiosa.

Mientras caminaba, más se acercaba a la puerta de la cocina. El conticinio se hacía cada vez más evidente, amaba ese momento, en el que todo dejaba de molestarla. Su estómago comenzó a sonar, lo que le hizo pensar que su órgano sabía para donde se dirigía; esa idea le sacó una sonrisa.

Sus días en aquella casa se habían hecho una tertulia, causándole un poco de molestia a la hora de comer; no lograba disfrutar ninguna comida al día ya que siempre se veía obligada compartir con personas que no se comportaban, que no le daban importancia y que siempre hacían un escándalo en cuanto pudieran.

— En algún momento eso acabará. Susurró en medio de un suspiro de alivio. Estaba segura que podría llegar lejos antes que nadie y eso significaría que podría tener la casa para sí sola. Un momento detuvo su propio pensamiento no estaría sola, de seguro debe haber un segundo finalista.

Suspiró, resignada, ante aquella aclaración que acababa de hacer.

— No me queda de otra que ganar esto. Hablaba en voz baja para no ser escuchada por las cámaras y los micrófonos que estaban a su alrededor. Cruzó la esquina quedando a escasos pasos de la puerta de la cocina.

— ¿Con quién hablas? Francisco estaba llevándose su emparedado a la boca por tercera vez. Le parecía extraño escuchar a alguien hablando consigo mismo; evitó reírse para no dejar caer la comida que tenía en la boca.

Verónica se sintió invadida, violada. Se suponía que todos debían estar dormidos a esa hora, en su defecto, teniendo sexo a escondidas por algún lado o cualquier otra cosa que no involucrase entrometerse en su camino a la cocina.

Al verlo, su cuerpo se enervó; Francisco no representaba un problema para ella, empero, el hecho de verlo todo el tiempo desde que abordó aquel autobús, le irritaba.

Desconocía a qué se debía; por un tiempo, le adjudicó el hecho de que se debía a que era la única cara conocida entre aquella multitud durante las audiciones; se consolaba pensando que era eso.

— ¿Qué estás haciendo aquí? Se apartó unos cuantos centímetros hacía atrás intentando defenderse de él, figurativamente. Evitó la pregunta al arremeter en contra suya. Sentía aquel lugar cómo su zona de confort luego de las ocho de la noche.

— Este Francisco bajó la mirada hacía el emparedado que sostenía en frente de su rostro, confundido; la respuesta estaba ante ella ¿por qué la pregunta? comiendo, ¿no lo ves?

— Sí, ya veo De todos modos ya lo sabía, le era obvio, de inmediato entendió que él no tenía idea de a lo que ella se refería.

Aquel lugar era su santuario y solamente ella tenía conocimiento de eso, tal vez ella y el resto del mundo, pero, dentro de esa casa, nadie sabía que se iba todas las noches a pasar un rato a solas sin interrupciones.

Se relajó al entender que no él no era culpable de tener hambre, ni de encontrarse en ese lugar; respiró profundo, cerró los ojos y se acercó a la isla en medio de la cocina.

— Olvídalo, no es nada.

Verónica se sentó en uno de los bancos alineados a lo largo de la isla, incomoda por la presencia de Francisco y a la vez resignada por lo mismo. Él, la observaba moverse como si se tratase de una viuda en medio de un funeral, desplazándose llena de lamentos; no entendía sus motivaciones ni sabía por qué se encontraba en la cocina. «¿Tendrá hambre?» Pensó, «Tal vez vino aquí a hacer lo mismo yo» No conseguía saber a qué se debía con tan sólo verla.

Las preguntas se formaban en su cabeza más que todo porque era la primera vez que se encontraba a solas con ella; desde el momento en que supo cómo era, entendió de inmediato el «alguien diferente» que había hecho que su novia no pudiese formar parte del show.

Ambos, se encontraban en una situación incómoda. Francisco, intentaba evitar a la gente mientras comía para que no le interrumpiesen; Verónica nada más quería estar a solas. Ambos sentían que la cocina había sido comprometida y que ahora uno de los dos debía retirarse.

— No seré yo pensaron casi simultáneamente.

Resignado, tras entender que no se iría, continuó comiéndose su emparedado. Procuró no pensar en Verónica demasiado para no sentir que le arruinaban su agradable velada. Ella, con suerte, se cansaría y se iría por su cuenta al lugar de donde había llegado. De alguna forma u otra lo haría.

Mordida tras mordida, fluctuaba entre su emparedado y el rostro distante de Verónica, quien se encontraba viendo hacia el suelo, intentando ignorarlo, cosa que era ajeno a él. Ella escuchaba cada movimiento de su mandíbula, siguiendo las veces que se llevaba el sándwich a la boca y lo mordía, contándolas, intentando no pensar en ello mientras más se enfocaba en hacerlo.

A Francisco no parecía molestarle el sonido, era natural en él, nadie nunca le había comentado de ello, sin embargo, en cuanto a Verónica, las cosas resultaban diferentes.

Ella lo escuchaba maullar mientras masticaba como si estuviese degustando el sabor de su cena, tratando de entender a qué sabía; los ruidos que hacía parecían preguntas tarareadas: una conversación con la cena.

Al principio creyó que se debía a un gesto, algo pasajero; pensó que probablemente dejaría de hacerlo al rato, que podría masticar en silencio y así haría cómo si no estuviese, empero, pasaron los segundos y continuaba emitiendo aquel molesto sonido.

Intentó no verlo, creía que, tal vez, si no lo hacía, no habría motivos para pensar en ello. Enfocaba su atención restante en partes de la cocina, la nevera, las hornillas, el suelo, las baldosas del suelo o las ventanas que daban a un patio oscuro. Pensaba que eso podría ayudarle a ignorarlo mejor; sin embargo, resultó infructífero.

Comenzó a golpear el dedo índice de la mano en contra de la mesa como un gesto de desesperación: tal vez así podría canalizar su frustración en otra cosa; estaba intentando tolerarlo y no decir nada al respecto, pero, de igual forma, no lo logró; pasó mover sus piernas, desesperada cada vez más por el sonido repetitivo e indignante de su boca.

En ese momento Francisco solo pensaba en lo delicioso que estaba su emparedado, sin prestarle mucha atención a la mujer sentada en frente suyo. Por un instante, llegó a tener la esperanza de que Francisco se cansase de verla y se fuese, sólo que él no estaba pendiente de lo que ella hacía.

— ¿Por qué no se va ya? ¿Qué está esperando? Respiró con fuerza, intentando hacerle ver a Francisco que su presencia le molestaba. ¿Por qué tiene que hacer ese maldito sonido al masticar? Es decir, ¿a qué o qué con ese ruidito tan molesto?

Él apartó la mirada de su cena al recibir el mensaje de Verónica: algo le perturbaba; y se enfocó en ella.

— ¿Por qué estará moviéndose tanto? ¿A caso quiere que me vaya? dejó de hacer el ruido al masticar; sentía que no podía analizar la situación y comer al mismo tiempo. Verónica lo notó de inmediato.

— Por fin se calló. Suspiró aliviada. Francisco se quedó mirándola, detallando cómo, lentamente, dejaba de golpear la mesa.

— ¿Por qué estará haciendo eso? ¿A caso le molesta estar aquí? Entonces, por qué no se va de una vez. Ella, movió ligeramente su cabeza para poder verlo de reojo y así se percató de que Francisco no había dejado de hacer el sonido, sino de masticar. Caso seguido, él retomó su actividad y, con ello, el ruido que le acompañaba.

— ¡Demonios, volvió a hacer ese bendito sonido! Francisco pudo ver que volvió a inquietarse, a moverse, a golpear la mesa. Comenzó a pensar que algo de lo que hacía era lo que hacía que se molestase.

— ¿Acaso será eso? empezó a pronunciar más el ruido. Tenía la intención de averiguar si era eso. Tal vez. ¿Por qué le molestará? A Francisco le parece lindo.

No quitaba la mirada de aquella mujer que se notaba dominada por el estrés. Poco a poco fue aumentando el volumen, a hacer más ruido, a hacerlo más intenso. Verónica se encontraba absorta en sus pensamientos, quejándose para sí misma, sin emitir ni una sola palabra y colmada por el desespero.

— Debo hacer algo para que se calle de una buena vez. No puedo soportarlo más. Pasó a cerrar sus ojos; pensó que eso la ayudaría a concentrarse; comenzó a moverse más rápido, a golpear con más fuerza.

De repente, Francisco dejó de masticar.

— Sí, por fin. Espero que esta vez sí sea en serio. Verónica respiró de alivio, amainando la intensidad de sus movimientos; esperaba que fuese el fin de su tormento, que no volviese a hacerlo.

— Dejó de moverse. Francisco acercó lentamente le emparedado a su boca. Quería ver si aumentaba la intensidad de sus movimientos, si se debía a que lo hacía nada más porque estaba loca o era por el ruido que hacía.

Verónica dejó de inquietarse, estaba más tranquila, el silencio de la noche volvía a dominar el lugar, a darle esa paz que tanto estaba buscando; empero, la investigación de Francisco no había terminado. De nuevo, comenzó a masticar. Inmediatamente lo hizo, se percató de su gesto de fastidio.

— Ahí está otra vez, maldita sea. ¿Qué demonios quiere? Verónica llenó sus pulmones de aire con fuerza. ¿Acaso lo está haciendo a propósito?

— Vaya, ahí está de nuevo. Comenzó a irritarse otra vez.

— Maldita sea, para ya. ¡¿Qué quieres, joder?!

Francisco se detuvo de nuevo. Esta vez, Verónica no cesó sus movimientos, comenzaba a sentir que lo haría de nuevo, para después detenerse y volverlo a hacer.

— No se detuvo, ¿no será eso entonces? ¿Qué será? confundido, Francisco volvió a masticar.

— Ahí está de nuevo. Joder. De nuevo, respiró profundo Vamos, Vero, no te molestes. Cálmate.

— ¿En serio será porque estoy masticando? Aumentó el volumen del ruido que hacía para asegurarse, logrando que Verónica respirara con más fuerza. Entonces sí es eso. Francisco concluyó que estaba fastidiándola al comer a su lado, sin embargo, no se detendría. Para él, ella había llegado a interrumpirlo, así que el fastidiado en ese lugar era otro.

Verónica no hacía mucho para evitar exteriorizar su frustración, su rostro lo pintaba cómo si fuese un paisaje irreconocible, el resultado del talento de un niño de primer grado: una casa, un sol y un árbol; era un lenguaje universal, todos sabían qué significaba, incluso Francisco. Él había comprendido qué le molestaba, y eso le causaba gracia. Le fascinaba la idea de que ella estuviese pensando en él.

— ¿Podrías dejar de hacer eso?

— ¿Hacer qué? Tragó, se detuvo para hablar y luego continuó masticando. Lo hacía a propósito para obligarla a irse.

— Eso, ese sonido desagradable con tu boca. Se detuvo.

— ¿Qué? Masticó y se detuvo otra vez. ¿Masticar? masticó de nuevo.

Aquel proceso hizo que se irritase más. Francisco no era agradable, ahora, según lo entendía, tampoco resultaba de buenos modales.

— Sí, eso, no me gusta cómo suena; déjalo, por favor.

— No estoy haciendo nada malo.

— Estás haciendo sonidos raros y desagradables con la boca. Para, por favor.

— ¿Raros? Casi deja escapar una risa burlona pero se controló, no quería arruinar la diversión ¿es una broma? Siempre he masticado así, no lo dejaré porque no te gusta. Estoy en mi derecho.

— ¿De molestarme?

— ¿Molestarte? Para nada, es mi derecho de expresión ¿Estás en contra del derecho de expresión?

— ¿Libertad de expresión? Verónica se giró para verlo de frente. ¿Querrás decir: libertad de expresión? ¿Acaso sabes qué significa eso?

— Sí. Que tengo el derecho de hacer lo que quiera y no puedes impedírmelo. Verónica respiró profundo, cerrando sus puños lentamente para no saltar sobre la isla y darle una bofetada.

Estuvo así por varios segundos; intentaba calmarse. Meditaba mejor la situación para ignorar el hecho de que estaba hablando con un idiota.

— ¿Cómo es posible que no sepas qué significa libertad de expresión?

— Claro que lo sé.

— Por el amor a lo que sea en lo que creas, claro que no lo sabes.

Verónica se escandalizó al escucharlo hablar. Lo veía y notaba en su mirada que estaba completamente seguro que eso significaba.

— Claro que sí lo sé. No me trates cómo un idiota.

— ¿En serio? Vamos, dime qué significa.

— Ya te lo dije, no te lo voy a repetir. No tengo por qué hacerlo.

— Vamos, no seas gallina. ¿Será que no lo sabes y por eso no quieres decírmelo? Verónica cambió su tono de voz por uno burlón y molesto ¿Te

diste cuenta que estas equivocado? Francisco estaba comenzando a irritarse.

Verónica no tenía intención de ser pedante con él, no le importaba lo que supiese o lo que no, pero, por algún motivo, no aguantó la necesidad de hacerlo; sentía que era su obligación ridiculizarlo.

— Significa que... hizo una pausa; la forma en que Verónica lo veía: desafiante, repelente, hacían que perdiese confianza en su propio concepto.

— ¿Qué? ¿Qué significa? Insistía con firmeza, deseaba retarlo para que las cámaras lo grabasen diciendo algo estúpido. De nuevo cambió su tono de voz, esta vez era uno seductor, propio de una mujer que intenta atraer a alguien. Vamos, mi amor, cuéntame. Hazme sentir estúpida.

Francisco tragó la saliva que sus glándulas segregaban por el sabor del emparedado.

— Significa que tengo el derecho de hacer lo que quiera, y no puedes burlarte de eso. Verónica quebró en carcajadas. No sabía si se debía a sus palabras o al hecho de que en realidad repitió, o que cedió a sus provocaciones.

— Oh, por favor. ¡Jajá! Una risa larga y atorrante comenzaba a resonar en los oídos de Francisco. Se sentía ofendido, molesto. No le importaba lo que ella creyese, para él eso no era un chiste. Estaba frustrado al no poder decirle nada, al no poder tener nada en su contra; hasta que se le ocurrió algo contundente.

— ¡Deja de reírte, maldita fea! Te estás burlando de mi porque sabes que te gusto. Él estaba seguro que con eso la haría callar. Era la verdad, pensó que no había forma alguna en que nadie pudiese sentir asó por él.

Verónica cesó su risa, quería interiorizar sus palabras, de cierta forma, él había logrado hacerla callar, sólo que no por los motivos que esperaba. Francisco comenzó a sentirse más seguro de sí mismo al ver que ella se había callado; era evidencia suficiente para demostrar que había ganado la discusión. Pero, tras unos tres segundos en silencio, comenzó de nuevo a reírse, esta vez, con más fuerza; sentía que la risa venía desde el interior de su vientre.

— ¿Qué tú me gustas? ¡Jajá! Por favor, no seas ridículo. ¿Cómo se supone que me vas a gustar tú? Verónica levantó su mano y, con el desprecio dibujado en el rostro, lo señaló, moviendo la muñeca,

— Vamos, no te mientas, sabes que te mojas por mí. Soy todo lo que nunca vas a poder tener.

— ¿Quién demonios te crees, Francisco? ¿Te quemaste las neuronas en el gym?

— Al menos voy al gym, fea. Además, sabes que me has estado viendo desde que el programa comenzó.

— Oh, por favor, eso no tiene nada que ver.

— Claro que sí, eso significa que soy el más atractivo.

— ¿Atractivo en qué? ¿En ser un idiota? Vamos, hombre, no seas tan ridículo.

— Deja de engañarte. Sabes que nunca has podido estar con un hombre cómo yo porque ninguno se ha molestado en acercarse a una perdedora como tú.

Francisco, comenzó a sentirse más y más seguro al ofender a Verónica; tras ver que su emparedado estaba a punto de acabarse, lo cogió se lo introdujo completo en la boca y agregó con una voz ahogada por el pan.

— Tal vez algún día lo haga contigo por lastima.

— ¡Ja! Verónica dejó escapar un espiro fuerte y corto ¿Hacerlo contigo? Quisieras tú, maldito idiota.

En ese momento, ambos comenzaban a considerar la idea de irse de ahí; ella: antes de que sus ridiculeces dejasen de causarle risa y la obligasen a darle un puñetazo en la cara, y él, porque sabía que estaba en lo cierto y no habría motivo alguno para continuar con esa discusión. Pero, por un instante, habían olvidado en donde se encontraban.

— ¡Chicos, chicos! No es momento para estar peleando.

El repentino sonar de aquella voz, les asustó. Esperaban que la casa estuviese vacía, todos estarían dormidos para ese entonces, por lo que no había razón alguna para que alguien se entrometiese.

— No hagan este tipo de cosas a estas horas. Se supone que no pueden hacer nada divertido de noche. Eso no es bueno para ustedes, no es bueno para nosotros. No es bueno para nadie.

Aquella voz venía de todos los rincones de la cocina. Entendieron que se trataba de Charlie.

— Así que ni siquiera porque sea de noche deja de estar viéndonos. Verónica

miró a las esquinas del techo buscando si había cornetas. No las veía, pero sabía que estaban ahí.

No le parecía extraño, pero comenzaba a reconsiderar la necesidad de ir todas las noches a meditar a la cocina, evidentemente no había privacidad, lo que se temía.

— Charlie, no es nada. Sólo estábamos hablando. Francisco cambió su semblante, su tono de voz pasó a ser vacilante y lleno de inseguridades. Lo último que quería era ser descalificado por desafiar a Charlie.

— Oh, vamos, mi amigo Fran. Todos sabemos que estaban discutiendo.

— Sí, deja la tontería de una vez Verónica dejó de ver el techo para mirar con desapruero a Francisco. Negó sutilmente con la cabeza mientras lo veía, siguiendo las palabras de Charlie.

— Pero, eso es lo de menos. Lo importante es que, si quieren discutir algo, háganlo cuando estemos en vivo, chicos. Ahora nos tendremos que ver en la obligación de mostrar esto a los espectadores el día de mañana.

Verónica se giró para ver el techo, el único rostro que tenía de ese tal Charlie que hablaba. Cada que sonaba, solamente hacia eso, hasta el punto de que comenzó a ser una costumbre.

— ¿cómo que mostrarlo? No hay necesidad de mostrarlo, Charlie, ni siquiera hicimos nada tan interesante como para desperdiciar el preciado y limitado tiempo que le dedican a este programa. Verónica comenzaba a comportarse de la misma forma que Francisco. Ambos temían por algo.

— ¿Ahora sí me vas a poyar? Francisco murmuró en voz baja, acercándose a Verónica.

— Los puedo ver y escuchar chicos. Y sí, si lo mostraremos mañana, y sí, si es un tanto interesante, ¿quién sabe? Eso podría ser productivo, ustedes saben.

— ¿Productivo?

— Que es beneficioso, Francisco. Cállate, déjame escuchar.

— ¿Por qué simplemente no dijo eso?

— Que te calles. ¿Quieres arruinarlo todo?

— Entonces, muchachos, he cumplido con decirle y, por favor, no hagan más escenas en la noche que podamos querer utilizar, nos complican el trabajo.

¿Sí? Ambos se quedaron en silencio en lo que Charlie terminó de hablar. Tras esperar unos segundos por su respuesta ¿Van a decir que sí o qué?

— Sí Verónica fue puntual y certera.

— Sí, sí, claro.

— Bien, chicos, entonces, que tengan una buena noche. No les voy a decir que se vayan a sus respectivas habitaciones Verónica reprimió su impulso de comentar al respecto, de defenderse o refutar su punto; espero que terminase de hablar porque eso no es problema mío, pero se los agradecería; si no quieren, simplemente no se queden juntos, por lo que veo, no se llevan muy bien. Ambos, se miraron, llegando a la misma conclusión que él Charlie fuera.

La voz desapareció en seco, de la misma forma en que llegó, se fue. Desconocían si solo había sonado en la cocina o si todos en la casa la habían escuchado. Francisco pensó que probablemente los estaban espiando cuando dormían, Verónica, por su parte, no había descartado ese hecho desde que llegó al programa.

Sabía que todo estaba siendo monitoreado, que todos serían seguidos, que las cámaras no dejarían de grabar, lo que no se esperaba, era que Charlie estuviese al tanto de todo en tiempo real.

— Yo me voy, espero disfrute lo que queda de tu cena. Colocó el asiento de nuevo en donde estaba, y salió por la misma puerta por la que había entrado, dándole la espalda a Francisco.

— ¿Ahora es que...? Él intentó responderle con frialdad, pero, Verónica ya había salido de la cocina, así que se resignó, bajó los hombros y aceptó la derrota en esa batalla. No tiene caso. Dio media vuelta, cogió un vaso limpio del gabinete que procedió a limpiar con su camisa para asegurarse y abrió la nevera para sacar el jugo de manzana.

Charlie, apagó el micrófono y se mantuvo observando a la pantalla que mostraban lo que sucedía en la cocina. Ambos personajes se quedaron hablando unos segundos antes de terminar su discusión de la misma forma en que la empezaron: de la nada.

No se esperaba que los dos tuviesen un momento a solas, ni siquiera los consideró para las pruebas del futuro; antes de eso, tenía en mente hacer que se riñeran con otras personas, pero, con esa escena en la cocina, se propuso mentalmente otra cosa.

— Veamos que harán ahora. Soltó una carcajada suave, había conseguido algo que le parecía interesante . ¿Quién se lo imaginaría? Estos dos darán un salto a la fama después de esto.

Charlie cogió el teléfono y marcó el número de la oficina de los productores para luego esperar con una sonrisa en el rostro a que la llamada cällese.

— En lo que revisen sus mensajes me llaman, tengo una idea.

5

Semanas después, la idea de Charlie probó ser buena. Francisco y Verónica se vieron en la obligación de verse más de lo que creían en su tiempo compartido en aquella casa.

Gracias a su discusión inocente en la cocina, los días consiguientes a ese, los dos comenzaron a verse más a menudo en aquellos retos cuya intención era hacer que la audiencia emparejase a los participantes.

Los productores aprobaban ese tipo de cosas ya que le hacían aumentar la audiencia: una relación en el programa siempre era atractiva; si era un triángulo, un cuadro o alguna forma compleja de llamarlo, siempre les parecía la mejor forma de abordar los retos.

A Verónica no le apetecía aquella forma de manejar las cosas, estaba inconforme con la manera en que la obligaban a hacer algo que no quería y forzaban una relación con quien no le agradaba. Estaba furiosa peor su contrato le obligaba a seguir las exigencias de Charlie. Empero, eso no la privaba de quejarse adecuadamente al respecto.

— Muy bien Verónica, debes hablarnos de lo que piensa de Francisco. Últimamente has estado teniendo una especie de feeling con él. Ya empezaremos a grabar, así que prepárate.

— ¿Feeling? No, yo no tengo ningún feeling con él yo...

— Ya empezaremos a grabar, así que prepárate. El director no le daba ninguna respuesta directa, no quería perder más tiempo.

— Pero yo no quiero. Verónica buscaba a ver a alguien para que le respondiera; todos estaban sumidos en sus trabajos, por lo que ninguno le daba la atención adecuada.

— No te queda de otra... uno, dos al llegar a tres, sólo moduló las palabras, las cámaras comenzaron a grabar y él señaló a Verónica para que estuviese lista.

— Cuéntanos Vero, ¿qué piensas de Francisco? La voz de Charlie se escuchó en una corneta.

Verónica observaba la corneta con atención, tal cual le habían dicho al

principio del programa que debería hacer cuando hiciera esas sesiones, para dar la impresión de que veía a alguien.

Aquellas grabaciones estaban destinadas a aparecer en la página oficial del programa una vez que este terminase; normalmente se retransmitía en la repetición nocturna del show siendo parte del capítulo ya que la primera emisión era en vivo y no le daba tiempo de mostrar las opiniones de los participantes. Verónica, desconocía el nivel de popularidad que obtuvo una vez habían decidido emparejarla con Francisco.

— ¿Qué pienso de Francisco? En el fondo, el director, escribía en un cartel enorme de color blanco; en lo que terminó, lo levantó para que lo viese. Comenzó a moverlo para llamar su atención y que lo leyese.

En el cartel se leía:

«Se honesta, pero no tanto»

El director sabía cómo hablaba Verónica y no quería que fuese muy despectiva con el tema. En ocasiones anteriores criticó a los participantes haciéndola quedar casi de última por insultar a uno de los favoritos de ese entonces. Por su fortuna, aquel video se hizo viral y comenzó a llamar la atención de personas que no apoyaban el show.

Afincó sus gestos para que leyese, abrió los ojos un poco más de su forma normal para que entendiese que no podía ser muy agresiva con el tema.

Verónica lo miró, resignándose; no quería que la fuesen a regañar por ser muy ofensiva. Sin embargo, no tenía en mente hablar bien de él.

— Que ¿qué pienso de Francisco? Verónica centró su mirada a un costado de la cámara; fija, firme, enfocada. Tenía en mente lo que diría y, descartando algunos eufemismos que pensó que podría usar para no sonar muy ofensiva; lo sacaría todo.

— Sí, Vero, ¿qué piensas de Fran. Hemos estado viendo que tienes una especie de feeling con él.

— Pues, para ser honesta, no sé qué le ven las mujeres a él. El director resopló de decepcionado: se llevó la mano a la frente, apretándola, queriéndose quitar eso que lo dominaba: la tensión y el estrés. Verónica no siguió sus indicaciones. Lo entiendo, es atractivo, tiene un cuerpo vaciló; quería buscar la palabra correcta eh... no sé, ¿atractivo? levantó los hombros con

indiferencia.

El camarógrafo observó cómo su director se mostraba tenso y preocupado: resoplando como un caballo molesto. Apartó la mirada de la pantalla de la cámara para enfocarse en él.

— ¿Por qué la dejamos seguir hablando? El camarógrafo se quedó viendo al director, quien no le devolvió la mirada.

— No sé. No han dado la señal. Atento, sin quitar la mirada de Verónica, quien se quedaba viendo a un costado de la cámara como si estuviese viendo a Charlie.

— Pero, ¿no es que debía ser amable?

— Charlie no ha mandado a cortar la grabación. Veamos qué sucede. Las palabras del director reflejaban una confianza ciega en Verónica. Esperaba que hiciera algo valioso, pero, en verdad, estaba preocupado por lo que podría suceder.

Charlie escuchaba todo desde su estudio. No tenía tiempo para estar volando a todos lados y hacer las grabaciones, por lo que se quedaba en un estudio en el centro de la ciudad. Sentado, con su taza de café en la mano, escuchaba detenidamente la respuesta de Verónica para pensar en su siguiente pregunta. Su intención era poder expresar toda la tensión posible sobre el tema de los dos.

— Entonces aceptas que es atractivo.

— No soy ciega, así que puedo decir que sí.

— Y, cuéntanos. ¿Cuáles son tus sentimientos?

El director escuchó la pregunta y cogió de nuevo el pizarrón, borró rápidamente lo que había escrito anteriormente y escribió con apremio: «miente». Observó a Verónica, quien ya había fijado, de reojo, su mirada en él para saber qué decía. Ella, hizo un gesto de fastidio, no quería mentir, pero, algo le decía que debía hacerlo.

¿Qué diría?

No sabía qué responder a ello; lo mejor que se le podía ocurrir era decir que era desagradable, porque, según lo que pensaba de él, eso era lo que más se ajustaba a lo que sentía por él; empero, tomando en cuenta lo que le estaban

pidiendo, necesitaba sonar amable.

— Hasta ahora, son confusos. El director respiró de alivio; el camarógrafo lo observó preocupado, parecía que su jefe terminaría con un ataque de estrés. Verónica notó que se encontraba a gusto con su respuesta.

— ¿Confusos? Charlie estaba al tanto de lo que sucedía, sabía que el director le había pedido que mintiese. Lo veía todo. ¿Por qué confuso?

— Creo que lo odio.

— ¿Crees? ¿No estás segura?

— Sí. Supongo. Verónica sabía cómo mentir. Sí estaba segura, solamente no quería ningún problema.

— ¿Sientes algo por algún otro participante?

— No quedan muchos buenos partidos, no creo que pueda sentir algo por ellos.

— Vero, hasta ahora, eres una de las más votadas en el ranking de popularidad; algunos presumen que es por tu química con Francisco, otros por tus ocurrencias. Verónica se sorprendió por sus palabras.

Era la primera vez que escuchaba eso, hasta los momentos, creía que estaba ahí porque no había hecho nada reprochable.

— Vaya, eso no me lo esperaba.

— Sí, es algo asombroso. Dime, ¿qué piensas de ser la más votada? ¿A qué crees que se deba?

— A Francisco no.

El director sentía la tensión de toda aquella entrevista sobre sus hombros. Para él, no era importante, eso no le afectaba, sin embargo, a pesar de no tener suficientes motivos importantes para hacerlo, lo hacía de todos modos.

— ¡Jajá! ¿No por Francisco? ¿Por qué lo dices?

— Porque es un hombre inútil.

— Maldición, Verónica, ¿no podías guardarte eso? El director mantenía una conversación con ella como si estuviese escuchándole. Justo cuando piensas que va a decir algo normal, sale con una de esas.

— No, inútil no, estéril, porqué: estéril es el hombre que se ubica a sí mismo

en el estándar que se tiene sobre el género... El director observaba a Verónica ver la cornetas y la pequeña cámara por la que Charlie observaba todo, tan indiferente, demostrando que realmente pensaba lo que decía.

Estaba convencido que ella no tenía filtro alguno para hacer o decir las cosas que se producían en su mente. Le parecía antipática de su parte, pero, que Charlie no la detuviese o diese la señal, significaba que no podía intervenir.

Varias impresiones se apoderaban de él; no sabía qué pensar una vez se encontraba allí: ¿inquietud? ¿tranquilidad? ¿estrés? Las palabras de Verónica eran navajas que acechaban a cualquiera de manera furtiva, atinando a aquellos que no podían lidiar con su crítica.

— ¿Por qué? El director murmuraba, sin querer que nadie lo escuchase. No es tan malo después de todo. Ha subido los ratings ¿por qué me preocupó? dejó escapar una risa nerviosa sí, creo que en realidad esto es bueno.

El camarógrafo, cerca de él, observaba cómo se desenvolvía la cordura de su jefe. Por su parte, el director dejó que sus inhibiciones con respecto a Verónica se escapasen.

— Vaya, Vero, sigue así. Estaba sonriente y menos tenso.

— ... porque trivializa su existencia y la del resto de los hombres. Verónica expresaba su idea de forma fluida, sin prestar atención a su alrededor. No propone ningún cambio y no es más que una carga para la raza humana, para el sexo masculino, para él. Así es Francisco.

Verónica, se quedó en silencio luego de terminar de hablar, interiorizando lo que acaba de decir; todos los que estaban atentos a lo que decía se habían quedado callados e inmóviles al escuchar sus palabras. Pensó que se había propasado un poco, tal vez había dicho algo inapropiado y por eso todos estaban así, ella lo sabía.

De inmediato, consideró acomodar lo que había dicho, no lo podría cambiar, pero podría embellecerlo un poco. No quería perder esa popularidad que había conseguido por ser muy desagradable.

— Y es por eso que no sé si lo odio o no. Es que, a pesar de todo eso, ha logrado parecerme interesante; algo debe de tener.

— Vaya, Vero, eso fue salvaje. Charlie estaba emocionado. Había dejado su copa de café en la mesa en frente suyo, no quería ocupar su atención en otra

cosa que no fuese ella. Sabía que había hecho bien al hacerla el centro de su atención. No podríamos esperar menos de ti.

— Sí Verónica respiró de alivio al escuchar la respuesta de Charlie.

— Vale, cambiemos de tema, que nos queda poco tiempo.

— Vale.

— ¿Cómo han sido las cosas en el programa? ¿Cómo te sientes?

La conversación con Charlie duró los cinco minutos, tras la edición y todo lo necesario para acortarla, fue subida a la página del programa con la esperanza de que tuviese el nivel de respuesta que esperaban. Karen, la amiga de Verónica, esperaba atenta a esa parte en que podía ver a su amiga hablar con naturaleza.

— ¡Daniel! Ya subieron el video. Karen estaba sentada en frente de la computadora con una cerveza en la mano.

— Ya voy Daniel se levantó del asiento, haciéndole señal a las demás personas a su alrededor que hicieran lo mismo. ya voy.

Todos se emocionaron al escuchar hablar a Verónica, les parecía fascinante las cosas que tenía que decir. Luego de los cinco minutos que duró el video, sus amigos comenzaron a felicitar y animar las acciones que tomaba. Estaban orgullosos de su forma de proceder.

— Rayos, Vero, estás que ardes.

— ¿Cómo dejan que hable de esa forma? Karen bajaba a la sección de comentarios para saber lo que los demás opinaban de ella.

— Les gusta el drama, lo hacen porque eso les atrae audiencia.

— Al parecer tiene sus seguidores. Karen leyó varias palabras que motivaban las acciones de verónica y otros que demostraban lo mucho que les agradaba.

— Y otros que no. Tiago, se percató en la cantidad de «no me gusta» que tenía el video. Mira los dislikes. Puso su dedo en la pantalla.

— No es nada en comparación con los likes, la odian y la aman, eso es bueno

— Exacto...

— Oye, mira Tiago, observó una de las esquinas de la pantalla es el video de ese Francisco.

Minutos después de que se subiera el video de Verónica, el de Francisco estaba siendo transmitido, teniendo las mismas respuestas que el de ella.

— Vamos a verlo.

— Ponlo rápido.

Francisco veía a un costado de la cámara con la espalda recta, una sonrisa en el rostro, completamente orgulloso de sí mismo. Acababa de sobrevivir otro día en el programa y todo apuntaba a que podría ganarlo.

— Francisco ¿cómo estás mi amigo? Pareces feliz.

— Sí, lo estoy. No quitaba la sonrisa de su rostro. Desbordaba carisma y todos lo sabían.

— Me parece un idiota Karen lo miraba con desprecio, detestaba a los hombres cuyos músculos estuviesen muy marcados. Tiago y Daniel la obligaron a hacer silencio.

— Deja escuchar.

Francisco, asentía con la cabeza cuando Charlie le decía lo que había hecho durante ese capítulo.

— ¿Cómo te sentiste luego de haber pasado por poco y haber quedado de primero en la carrera de hoy?

— Bueno, me hizo sentir realizado. Me encantó lograr tan lejos todo.

Tiago se alteró con las palabras de Francisco.

— ¿Logrado tan lejos? Maldito estúpido. Karen lo mandó a callar.

Charlie acababa de entrevistar a Verónica, por lo que deseaba tener el mismo tipo de conversación, que tuvo con ella, con Francisco. Deseaba subirle la intensidad al programa.

— Qué bueno, y, Francisco.

— ¿Sí? Charlie.

— Cuéntame, ¿cómo va tu relación con Verónica?

Francisco miró al director, para saber qué quería él que dijese. El director, completamente liberado de su estrés tras aceptar las respuestas de Verónica, no hizo escribir nada en su pizarra; solamente asintió con la cabeza

haciéndole entender a Fran que dijese lo que mejor le pareciera. Al notar lo ambiguo de su respuesta, decidió levantar el pizarrón y escribir: «gánatelos a todos».

Francisco sonrió ante sus palabras: sabía qué decir, él sabía siempre qué decir.

— Bueno no tenía en mente decir nada malo de ella; sabía cómo funcionaban las relaciones en el programa por lo que suponía que todos les habían emparejado ya me parece realmente atractiva, nunca había conocido una mujer cómo ella.

— ¿Nunca? ¿Ni siquiera con tu novia? Charlie sabía todo lo que se podía de cada participante. ¿Cómo es que se llamaba?

— ¿Francisco? Claro. Eso es un caso aparte. Pero, Verónica, no sé, tiene algo que no logro comprender.

— Verónica dijo que pensaba que eras atractivo. Francisco, se emocionó con sus palabras, eso era una victoria para él, que ella lo aceptase, demostraba que esta sí sentía algo.

— Vaya, no me lo esperaba, pero, la verdad, no veo por qué no habría de sentirse atraída por mí dejó escapar una carcajada de orgullo.

— Fran, mi amigo, los espectadores están emocionados con su relación latente, quieren ver más, ¿piensas que lleguen más lejos en el futuro de este programa? ¿Lo podremos ver?

Francisco, miró a la cámara, y, sonriendo vanidosamente, respondió, queriendo tener la última palabra en el video.

— No prometo nada, pero, creo que pronto podrían ver algo realmente bueno.

Y, casi como si los editores pensarán exactamente lo mismo que él, el video acabó con esas palabras y él mirando a la cámara con el rostro de un hombre que piensa que es lo mejor que pudo haberle sucedido a la humanidad; eso no le gustó para nada a Francisco.

Los días pasaron, la audiencia siguió creciendo. Los amigos de Verónica comenzaron a hacerle publicidad para que llegase más lejos y ella continuaba haciendo sus críticas y pasando su tiempo con Francisco.

Ambos, comenzaban a conversar de manera más natural, teniendo menos

discusiones de por medio y siendo grabados por las cámaras. Las personas se quedaban atentos a las expectativas, esperando que la promesa de Fran se cumpliera y poder ver intimando a sus participantes favoritos.

Uno a uno, los demás participantes fueron abandonando la competencia, todos comenzaban a prestarle mucha más atención a Francisco y a Verónica, quienes continuaban con sus disputas de intereses. Contándolos a ellos dos, junto con un joven llamado Carlos, había tres participantes restantes en la competencia.

Los tres, parados uno al lado del otro, se encontraban en una habitación a la que Charlie les había pedido que fuesen durante la noche.

— Ahora quedan ustedes tres, y para elegir quien se irá hoy, haremos algo divertido y sencillo.

Los tres participantes restantes comenzaron a escrutar el alrededor de la sala: tres sillas, una mesa y ninguna ventana. El lugar estaba completamente condicionado para que tres personas estuviesen ahí, sentadas.

Verónica fue la primera en cuestionarse por qué había tres sillas nada más, ¿a qué se debía? Se preguntó. Francisco y el otro participante, se vieron mutuamente buscando la respuesta en la mirada del otro y, viendo que no sabían a que se debía, comenzaron a preocuparse.

— ¿Qué haremos aquí? Francisco buscó las cornetas en la sala para ver el rostro de Charlie.

— Se quedarán sentados, mis amigos, viéndose mutuamente, sin apartar la vista el uno del otro.

— ¿Eso nada más? el otro participante se mofó del desafío mirando a Francisco esperando que compartiera su burla.

— Parece estúpido. No veo cómo eso pueda lograr que alguno de nosotros pierda. Increíble, Francisco buscaba el apoyo en sus compañeros.

— Es cierto, ni siquiera es un reto de verdad.

Verónica, se concentró en las palabras de Charlie, su punto le pareció interesante; dejó la impresión de que algo estaba ocultando. Ella entendía que alguien debía perder y que eso debería de ser entretenido, por lo que, no era tan sencillo como mirarse los unos a los otros a los ojos así no más.

Charlie los veía confundidos desde su pantalla. Le resultaba gracioso que se

cuestionaran la motivación de ese reto, porque, desde su punto de vista, era bastante sencillo. No quería revelar muchos detalles porque podría arruinar la diversión, su intención era dejar que se tropezaran al intentar vencer el reto.

Para Verónica, había varias posibilidades; cualquier cosa podría hacerlos perder. Mientras escuchaba a Francisco y al otro participante discutir con Charlie acerca de la futilidad del reto, suponía que algo tan sencillo como eso debería tener muchas formas de presentar un problema.

¿Cuál sería? Esa era la pregunta que Verónica quería responder.

Resultaba sumamente importante saber el motivo oculto en ese reto; estaba a dos pasos de ganar y todo significaba una fatalidad eventual; ella sabía que no estaba segura en ese ambiente en el que la estaban colocando.

Comenzó a ver detalladamente todo. La mesa redonda en medio de las tres sillas colocadas de forma que hacían un triángulo, una iluminación tenue que dejaba la impresión de ser un cuarto de interrogatorio, la falta de ventanas, la ausencia de un aire acondicionado que, a pesar de no ser tan evidente o relevante, le parecía extraño que todo eso se desarrollase en un lugar cerrado.

— Deberemos estar sentados viéndonos mutuamente. ¿Cuál será el reto en eso? Verónica dialogaba consigo misma, evitando todo a su alrededor para no distraerse. Deberemos estar sentados viéndonos, pero ¿qué no podremos hacer? Hay algo que, de hacerlo, nos descalificará de inmediato ¿qué será?

Verónica, entendió que el punto no era hacer lo que les decían, sino evitar aquello que Charlie no quería que supieran. Por ello, decidió hacerle esa misma pregunta con la esperanza de que se la respondieran; sabía que era improbable, pero, según pensaba, tocar la puerta no significaba entrar.

— Y, ¿qué no podremos hacer? Verónica, ignoró las palabras de los otros dos competidores y se enfocó en la corneta de Charlie. Es decir, deberemos estar sentados viéndonos nada más. Pero, de todo eso ¿qué no podremos hacer?

— Eso es bueno, Vero, tienes un punto.

— ¿Qué no podremos hacer? Confundido, preguntando más para sí mismo que para los demás, Francisco no entendía la pregunta de Verónica y por ello la consiguió más complicada que lo que Charlie había dicho.

Charlie soltó una carcajada que pudieron escuchar los tres, dejándolos con la

duda, esperando la respuesta de alguna de las preguntas que habían hecho para saciar su curiosidad o encontrarle el punto a lo que les pedía que hicieran.

— Chicos, siéntense en las sillas; una vez ahí, les diré qué hacer.

— Bueno, no nos queda de otra. Miró a Francisco y a Verónica despreocupado. Creo que esta vez nadie perderá. El otro participante se acercó a la silla más cercana a él y la apartó para sentarse.

— Sí, es imposible que algo así suceda. Todos tenemos las de ganar. Francisco lo siguió para sentarse más cerca de él. Ellos dos se sentaron uno en frente del otro, dejando la silla que formaba el pináculo del triángulo vacía para Verónica.

— Es bueno que piensen eso, chicos. Charlie disfrutaba la forma en que las cosas se desenvolvían. Siéntense de una vez, vamos, Vero, siéntate también.

— Creo que esto es más complicado de lo que parece. Verónica se acercó a la silla disponible, la apartó y se sentó en ella buscando la mirada de sus oponentes. Chicos, debemos estar atentos a todo, así podremos...

— No te preocupes Verónica, que esto será pan comido.

— Pero, es que... Verónica estaba segura que tenía un punto.

— Sí, no te preocupes. No creo que sea tan complicado sentarse y ya, esto será muy sencillo. Francisco estaba convencido de que no habría forma alguna de perder ese desafío. Sacudió sus hombros.

— ¿Están preparados chicos?

— Sí, Charlie, estamos listo. El otro contendiente estaba tan seguro como Francisco. Verónica los veía a ambos más confiados de lo que deberían al no saber a lo que estaban enfrentándose.

— Muy bien, me parece perfecto. Ahora, toca decirles lo que deben saber para ganar. En frente de cada uno hay una cámara, no las pueden ver, pero están ahí, y ellas verán los movimientos de sus ojos.

— ¿Qué con eso? Seguía seguro de sí mismo, nada podría hacerle perder. Apartó la vista del otro participante y se centró en Verónica, quien le devolvió la mirada.

Charlie esperaba que todos tomaran las posiciones que él esperaba que tuviesen y, en lo que observó que Francisco y Verónica se veían, habló

rápidamente.

— Ahora, no pueden apartar la mirada de quien están viendo justo en este momento. Verónica reprimió el deseo de hacerlo, acabándose de percatar de que debería quedarse viendo a Francisco. Y, cómo bono extra, no pueden parpadear tampoco. Charlie dejó escapar una carcajada sutil y traviesa.

— ¿No podremos apartar la mirada ni parpadear? ¿Por cuánto tiempo? Verónica pensó en por qué no se quedó viendo al otro participante, habría hecho más fácil el reto.

— Pues, por lo pronto, por unos quince minutos, tal vez más. Será hasta que yo les diga. Se burló de nuevo. Vean cómo se entretienen, deberán pasar todo ese rato ahí sentados sin moverse bajo ninguna circunstancia, ni siquiera sus ojos. ¿Entendieron?

— Sí.

— Muy bien, entonces los dejo, diviértanse, sé que yo lo haré.

Charlie apagó el micrófono y le habló a los demás a su alrededor. Se encontraba en la cabina de grabación en donde estaban los productores y el director viendo. Todo debía ser monitoreado a distancia con la mayor cantidad de personas observando.

— ¿Quién cree que pierda primero? Charlie se dirigió al director quien estaba viendo fijamente a la pantalla.

— No sé, yo le voy a Francisco. Creo que se mantendrá.

— Eso espero, la idea es que quede él y Verónica.

— ¿Estás seguro de eso, Charlie?

— Claro que sí, señor. Le dije que sería perfecto. Hasta ahora todo ha salido como queríamos.

— Espero que no sea una simple coincidencia que ambos estén en este punto del show. La mujer observaba fijamente la pantalla que mostraba los movimientos de Verónica.

— Claro que sí. No se preocupen. Yo sé lo que hago.

Verónica, tenía sus ojos fijos en el rostro de Francisco, pensando en que todo eso era una jugada injusta de Charlie, si hubiese dicho antes eso no habría estado en esa posición.

— ¿Te gusta lo que ves? Francisco estaba contento, sonriéndole a Verónica quien lo observaba con descontento.

— ¿Gustarme? ¿Eres un idiota?

— Claro que no, solo digo.

— Chicos, chicos, es mejor que no hablemos, de ser así podríamos querer movernos.

— ¿Exactamente cómo eso nos haría mover?

— Sí, Francisco, hazle caso y no hables, será más grato hacer todo esto sin escucharte.

— Eso no es lo que yo quise decir...

— Claro que no tiene nada que ver, Verónica, estamos bastante bien como estamos ahora. Así que no te pongas a complicar las cosas cómo siempre.

— Oigan... no discutan, estamos...

— ¿Complicar las cosas? ¿Yo lo complico todo?

— Sí, lo complicas todo, con tu habladuría, y tu forma de hacer las cosas.

— ¿Mi forma de hacer las cosas? Hasta lo que sé, estoy aquí gracias a mi forma de hacer las cosas.

— A punto de hacerme eliminar.

— ¿No se supone que es ese el punto? Debo quedar sola en este circo para poder ganar.

— Con esa actitud nadie querrá que lo hagas.

— ¿A caso eso afecta?

— Chicos, por favor, no hablen tanto, me harán querer moverme.

— Eso no tiene sentido Carlos, deja la estupidez. Claro que sí, porque se supone que hemos estado haciendo equipos.

— No hemos estado haciendo ningún equipo, Francisco, hemos estado compitiendo el uno contra el otro. Aquí no se hacen equipos.

— Y qué cuando nos tocaba saltar con las piernas atadas.

— Francisco, fuiste tú quien quería irse por el acantilado, de haberte hecho

caso habríamos perdido.

— ¡Ajá! Habríamos perdido. ¿Ves? Sí estábamos haciendo equipo.

— No, Francisco, estaba valiendo por mi propia supervivencia.

Charlie, observaba sonriente la pantalla; todos a su alrededor lo hacían.

— ¿Ven? Les dije que sería emocionante tenerlos frente a frente sin poder hacer más nada que hablar.

— ¿Cómo se supone que sabías eso? Preguntó la mujer que estaba vestida de rojo el día de la entrevista de Verónica.

— Porque ninguno de los dos se soporta, pero, no habían estado en una posición en la que pudieran discutir, se evitaban en todas las competencias. Ahora están aquí, si quedan los dos juntos, será cuando el show comience.

— Más te vale, Charlie, fuiste tú quien nos vino con esa idea. Dijo el hombre a quien le cayó Francisco encima.

Verónica, comenzaba a querer apartar la mirada de Francisco. Su rostro y su sonrisa comenzaban a irritarle.

— Chicos, chicos, relájense. Estamos en esto juntos.

— No, Carlos, no lo estamos. Ambos hablaron al unísono, reprimiendo el deseo de moverse.

— ¿Por qué tienes que ser así tan amargada? ¿No puedes ser normal? Dejar de hacer eso qué haces.

— ¿Ahora se supone que no soy normal?

— Sí, no lo eres, estas todo el tiempo quejándote; ¡vamos! diviértete un poco.

— ¿Cómo se supone que me voy a divertir contigo molestándome a cada rato? Siempre estas entrometiéndote en mis problemas, eres como la ladilla: incomoda, intensa y estresante.

— Claro que no. Tú eres quien siempre está en medio de lo que hago. Si fueras una mujer más normal, todos te querrían.

— Eres un idiota Verónica quería darle una bofetada, sentía cómo la necesidad de hacerlo le carcomía, estaba frustrada. Gruño ahogando el sonido con su garganta, reprimiendo todo deseo de moverse. No sé ni siquiera por qué sigues aquí.

— Porque tengo carisma, porque las personas me quieren, porque no soy cómo tú. Si fueses menos molesta, incluso podrías valer la pena.

— En verdad que eres un idiota.

— Sí, Francisco ¿por qué dices eso? Tú me dijiste que incluso te parecía buen partido. Amigo ¿qué te sucede? Carlos sentía excluido de la conversación, un poco agradecido por no ser el motivo de la ira de alguno de ellos dos, pero excluido.

Quería formar parte de la discusión que mantenían ellos dos. Estaba seguro que Francisco sólo presumía y no decía las cosas que realmente creía. Charlie, esperaba que Carlos diese su opinión de los hechos; sabía que era el único que había escuchado lo que él pensaba de Verónica. Ese reto era lo mejor que se le pudo haber ocurrido.

— Oh, vamos, Carlos, te dije que no contases eso.

— Pero, Fran, estas siendo cruel con ella. Verónica, no te puedo ver, pero créeme cuando te digo que Francisco no siente todo lo que dice.

Verónica amaino sus ganas de abofetear a Francisco gracias a la intervención de Carlos, respiró profundo imaginando que cerraba los ojos.

— Gracias Carlos, tú si eres una buena persona. No como tú, imbécil. Ni siquiera puedes ser honesto.

— Carlos, muchas gracias. Ahora nada saldrá como quiero

— ¿Cómo quieres que suceda? ¿Creías que con esa actitud podría llegar a sentir algo por ti? Sí que eres un idiota. ¿Sabes qué? No voy a decir más nada, no vale la pena seguir conversando contigo. Por un instante, casi aparta la vista para enfatizar su punto, pero, el reto seguía en pie, por lo que no podía hacerlo. Emitió un quejido ahogado con su garganta y dejó de hablar.

— Oh, vamos, tampoco es para tanto. Ni que fuese la gran cosa. A fin de cuenta, no eres mi tipo. Verónica apretó la mandíbula y levanto su ceja izquierda. Las palabras de Francisco no dejaban de parecerle ofensivas.

— Eso no fue lo que me dijiste la otra noche, Fran.

— ¡Vamos, Carlos! ¿Por qué lo dices? Creí que no decías los secretos de los demás.

— ¿Qué quieres que haga? Sólo quiero formar parte de esto, me siento

excluido.

— Y ¿no puedes decir otra cosa? Vamos, amigo, creí que podía confiar en ti.

— Bueno, no es mi culpa, estoy tenso, quiero formar parte de la conversación y no quiero perder.

— Pues alguno de los tres deberá irse hoy, ya ha pasado mucho tiempo desde que alguien pierde. Y estoy seguro que no seré yo.

— Fran... ¿estás amenazándome? Carlos tenía su mirada puesta en Francisco. De a momento, sólo podía observar su rostro de perfil, por lo que la conversación se hacía cada vez más molesta para él; se sentía ignorado.

— No. Sabes qué, esta mujer si te va a responder, así que dile que ella perderá.

— ¿Para qué quieres que le diga eso, Francisco? De qué sirve que lo haga si ya te escuchó.

— Pues díselo, a ver qué responde.

— ¿Qué quieres que te diga?

— Quiero que hable, debe perder.

— Francisco, no lo hará.

Verónica continuaba viendo fijamente a los ojos de Francisco, inmune a sus palabras y sin inmutarse. No tenía la necesidad de responder a ninguna de sus provocaciones porque estaba segura de que, si cedía, la ira la dominaría y le saltaría encima para darle la bofetada que, hasta los momentos, le causaba comezón en la mano derecha.

— Hazlo, Carlos, ella te responderá.

— No, Francisco, no le hablaré porque tú lo quieras.

— Está bien, no lo hagas.

Francisco, miraba con firmeza a Verónica, provocándola, haciendo gestos que pensaba que él consideraba que le molestarían. Sonreía sin mover demasiado sus labios, movía sus cejas para modificar el significado de sus miradas; para ella, el verlo, era como ver a alguien posar en frente el espejo lleno de vanidades y con el ego inflado.

— Sí, no lo haré. No le diré nada de lo que tú quieres.

— No importa, Carlos, dime lo que quieras, si te responderé, el será quien pierda hoy.

— Estás segura?

— Sí.

— Bueno, él dice que tú perderás.

— Gracias por el mensaje Carlos. Verónica consideró la posibilidad de mantener su tono de voz indiferente, para demostrarle a Francisco que no le importaba su berrinche. Lo miraba con la misma intención, de imprimir la misma idea que su voz suave y moderada. Dile que deje su estupidez, que no conseguirá nada con eso.

— Fran, Verónica dice que dejes tus estupideces, que no conseguirás...

— Pues, dile que más tonta es ella que me responde. Dile que no es mi culpa que nadie en el programa la haya respetado y que por eso nadie la emparejase con los demás.

— Vero, Francisco dice que tú eres... discúlpame... Carlos tragó saliva tonta y que nadie te emparejó con otro porque...

— Carlos, dile que él es un hombre básico porque se atrae por básicos estándares. Que cómo es tan simple, se siente atraído por el pene y no con otra cosa más inteligente, por mujeres fáciles. Que yo ni teniendo un revolver en la cabeza, me podría sentir atraída por él, ni yo ni alguna mujer inteligente. Dile que lo único bueno que ha hecho ha sido degradar el género masculino.

— Este... vale. Carlos trató de recordar las palabras de Verónica. Fran, Vero dice que eres un hombre básico, que te atraes por... ¿estándares? preguntó a Verónica.

— Sí, estándares.

— Por estándares básicos continuó que no eres inteligente y que... Francisco se estaba impacientando con las palabras lentas y de Carlos. No apartaba su mirada de Verónica: la veía indiferente, calmada; esa actitud le molestaba, quería que se fuera, quería que perdiese.

— Sí, sí, Carlos. Francisco no sabía qué responder a ello, vaciló, se hallaba indeciso, inseguro, quería golpear algo para demostrar su superioridad física, pero sabía que no podía moverse; gran parte de sus palabras de Verónica

fueron ajenas a su comprensión, cosa que lo irritó más.

Francisco comenzaba a perder la compostura.

— Dile a Verónica que... que. Divagó de nuevo, indeciso de qué decir primero y a quien decírselo ¿Sabes qué? No, yo se lo digo: tú eres una básica, es por eso que todos creen que eres fea y por eso no tienes novio, por eso no estás conmigo a pesar de que sabes que lo quieres, me deseas.

Charlie observaba la escena emocionado; había transcurrido menos de dos minutos y ya estaban a punto de sucumbir a sus primitivos instintos salvajes. Entre risas sutiles ahogadas por ser políticamente correcto ante los productores, visualizaba el final de esa discusión como algo que catapultaría los ratings en el programa.

— Muy bien chicos los tres dejaron de hablar en lo que escucharon la voz de Charlie a través de las cornetas ya llevan minuto y medio. Espero que no les estén doliendo los ojos o algo por el estilo.

— Ahora que lo menciona Carlos ya sentía la necesidad de moverse los ojos me arden.

— Carlos, no vayas a parpadear, no me vayas a dejar con este idiota.

— Vero, no te preocupes, no voy a hacerlo.

— Sí, Carlos, no vayas a parpadear, queremos ver cómo se comportan, un poco más de tiempo ¿sí? Charlie estaba aguantando las ganas de reírse, no quería que todos los espectadores le escuchasen.

— Es muy fácil para ti decirlo, Charlie, no estás aquí.

— Oh, vamos, Carlitos, no te molestes. Sólo te pido que aguantes un poco más.

— Chicos, no puedo mantener un poco más, los ojos se me secan rápido, creo que más bien he durado demasiado. Los parpados le temblaban, deseando poder cerrarse para cumplir con su función natural. Carlos los empujaba hacia arriba; sentía cómo el aire quemaba sus ojos

En ese momento, Charlie y los productores observaban la escena cómo su fuese un gran espectáculo; todos sabían que era un reto estúpido en el cual no tenían mucha fe. Por su parte, el presentador del show estaba completamente seguro que Carlos perdería el reto, dejando así a los dos favoritos en el programa libres para hacer lo que él quisiese. La tensión se sentía entre los

tres participantes.

Verónica deseaba que Carlos no perdiese para que el resto de la competencia no fuese una tortura; por otro lado, a Francisco solo le importaba quedar entre los dos últimos, para él, cualquiera de los dos podría perder y, en cuanto a Carlos, no quería perder de esa forma tan ridícula.

Todos los retos que había superado hasta ese momento eran mucho más difíciles y exigentes que el no poder parpadear ni moverse. Continuaba sintiendo que sus parpados le pedían cerrarse, gritando que los ojos le quemaban, que era su obligación hacerlo.

— No quiero perder, no así dijo en voz alta, dejando que todos lo escuchasen. Para él, ya no importaba lo que pudiesen decirle, sólo quería evitar parpadear, evitar que todo su mundo se derrumbase en ese preciso instante.

— No lo hagas, Carlos, tú puedes.

Verónica, quería poder verlo, quería darle el apoyo que necesitaba, de alguna forma u otra; no le importaba mucho Carlos, pero, entre él y Francisco, lo prefería, ante todo.

Fran se mantuvo callado por mucho tiempo y aun no tenía la intención de hablar; miraba a su rival tratando de hacerla molestar, convencido que le irritaba las cosas que hacía con su rostro, pero, a pesar de estar viéndolo a él, su atención estaba puesta en otra persona.

— Chicos, les queda poco tiempo, pueden aguantar un poco más si quieren. Pero, les digo que alguien debe perder.

— ¿Escuchaste lo que dijo Charlie? Queda poco tiempo.

— Sí, es un tiempo relativo, puede ser poco para mí y mucho para ustedes. Soltó una carcajada sutil pero, cómo no quiero esperar mucho, vamos a hacer las cosas un poco más interesante.

— ¿A qué te refieres? Carlos estaba ansioso, quería que todo se acabase rápido, que le pusieran un reto en donde si pudiese demostrar su valor.

— Déjame hablar, hombre. ¿Vale? Bueno, como les decía: para hacerlo más interesante, entre ustedes tres deben elegir quién perderá. Debe ser una decisión unánime, se vale todo, a excepción de moverse o parpadear.

— ¿Cómo vamos a decidir quién pierde? ¿cómo funciona eso?

— Vero, eres una chica inteligente, dímelo tú.

— ¿Cómo se supone que lo sepa? ¿Carlos? ¿Quieres que Francisco se vaya?

— No sé...

— ¿Quieres perder, Carlos?

— No, no quiero.

— ¿Quieres que yo pierda?

— Vero, yo quiero ganar. Las lágrimas comenzaron a salir de los parpados de Carlos, lo que le causó un poco de alivio a la sequedad que tenía en sus ojos

— ¿Estás viendo, Charlie? Nadie quiere perder, ninguno va a votar por sí mismo para perder, no podremos estar de acuerdo.

— Bueno, mis estimados amigos, el problema está en que el tiempo está por acabarse y, creo que no les dije, pero, si no deciden, todos perderán.

— ¿Qué? Francisco rompió su silencio. Eso no es justo, Charlie, no puedes estar haciéndonos eso, amigo. ¡Vamos!

Verónica y Carlos se quedaron en silencio.

— Es divertido, eso es lo que importa. Chicos, ustedes decidan, el reloj corre. Charlie apagó de nuevo el micrófono y dirigió su atención a los productores ¿Qué les parece?

— Nada mal, supongo que podremos conseguir algo bueno de esto. Charlie La mujer miró a Charlie para hacer contacto visual ¿Cuánto tiempo les queda?

— Por lo pronto, no sé, no tengo un reloj ni nada.

— ¿Entonces? Uno de los hombres apartó su atención de la pantalla y miró en dirección a Charlie ¿Cuándo esperas que termine el reto?

— Estoy esperando que ellos decidan, sólo les estoy poniendo un poco de presión y crean que el tiempo se está acabando.

— ¿Qué tal si se dan cuenta que no hay tiempo?

— Es probable, pero al colocarles presión, sólo piensan en lo que está sucediendo y no en lo que puede significar todo esto. ¿Me entienden?

— Sí La mujer se concentró de nuevo en la pantalla.

Carlos se sentía cada vez menos capaz de soportar las ganas de parpadear,

sumado al hecho de que no sabía con quién llegar a un acuerdo y sacar al tercero del grupo; pensamiento que compartía con Francisco. Este, no estaba al tanto de lo que los otros dos querían; sus propios intereses apuntaban al éxito y nada lo detendría.

— ¡Maldición! Gritó Carlos, al sentir que el dolor de sus ojos desaparecía.

Charlie no pudo controlar la risa; los productores se limitaron a dejar escapar una sonrisa de satisfacción al notar que su presentador tuvo razón.

6

Habían pasado semanas desde la última vez que había sabido algo de alguien; sus amigos no estaban en contacto con ella porque Charlie no se lo permitía, nadie dentro del programa tenía el permiso de salir a la calle a saber algo al respecto de su posición en el programa. Ni de interactuar, aparte de que los mantenían ocupados con todas las cosas que les pedían en el show.

— ¿Pensando de nuevo? preguntó Charlie, al verla sentada en frente del televisor apagado.

— ¿te importa?

— Un poco. Se acercó a ella ¿Puedo? señaló el sofá.

— Está ocupado...

Francisco ignoró sus palabras y se sentó de todos modos.

— A bueno, me sentaré igual...

— ¿Pero por qué?... Verónica estuvo a punto de quejarse por su presencia cuando la voz de Charlie los interrumpió.

— Vero, Fran. Ahora son los finalistas, y están en frente de millones de personas. Es hora de que vean su vida de otra forma.

— ¿A qué te refieres? Preguntó Verónica.

— Pues, a que, de ahora en adelante, y por los siguientes siete días, deberán llevarse bien, tal vez, fraternizar, no sé. Sorpréndanme.

Verónica se levantó molesta del sofá para ver alrededor de la sala, gritándole al invisible Charlie.

— No voy a fraternizar de ninguna forma con este hombre. Charlie.

— Lo siento, chicos, ya está decidido. Les llegó la hora. De ahora en adelante son ustedes dos solos, así que deberán hacer de este programa el mejor que tengamos.

— Pero.

— Deberán ganarse todos los votos de la audiencia si quieren salir victoriosos, ese es el último reto, demuéstrenle a todos que se pueden llevar

bien.

— ¿Llevarnos bien? ¡Estás hablando en serio!

— Sí, mi amiga.

— Vamos, Vero, no te molestes, no es para tanto. Verónica bajó la mirada para enfocarse en un Francisco indiferente ante la noticia.

— Sí es para tanto, y no me llames Vero.

— El que consiga más votos y demuestre ser el mejor personaje de este programa, será quien gane. No importa lo que hagan, ni cómo lo hagan, lo importante es que consigan votos.

— ¿Cualquier cosa? Preguntó Francisco viendo hacia el techo.

— Sí, cualquier cosa. Todo está permitido, y, para que se sientan mejor, habrá partes seguras en la casa en donde no se verán las cámaras y en donde no los seguirán los camarógrafos.

— ¿Para qué necesitamos lugares seguros? Verónica no conseguía entender a qué se refería Charlie con eso, ni lo que ello implicaba.

— Usen su imaginación... bueno, chicos, me retiro.

— Espera... Verónica fue interrumpida por el sonido que anunciaba el final de la transmisión.

Charlie canceló la transmisión y los dejó completamente en silencio.

— No te preocupes, será pan comido.

— ¿Pan comido? ¿En serio? Deberé pasar los restantes siete días contigo, yo esperaba que alguno de los dos fuese eliminado hoy, no que tuviésemos siete días más juntos.

— Sí, yo tampoco esperaba eso, pero, no importa. Francisco se acomodó en el sofá, cogió el control remoto y encendió la televisión.

Verónica se dejó llevar por el estrés y gruño de la ira.

— No te soporto. Dio media vuelta y se marchó furiosa

— ¡Recuerda que debemos llevarnos bien! Francisco le gritó para que pudiese escucharle.

Durante los siguiente dos días, Charlie comenzó a darle información acerca de

la cantidad de votos que llevaban acumulados. Francisco, había logrado obtener un poco más que Verónica, debido a que había comenzado a caminar semi desnudo por los pasillos de la casa, de forma natural, cosa que llamó la atención de las mujeres de la audiencia y las que lo habían mantenido en el juego hasta ese momento. Ella, no soportaba verlo pasearse de esa forma.

Durante esos primeros dos días, comenzó a percatarse de que no podría vencerlo a menos que hiciera lo que le estaban pidiendo; estaba en contra y se odiaba a sí misma por siquiera pensarlo.

— ¿Charlie? Verónica, luego de pensar claramente lo que debía hacer, decidió irse a un lugar apartado en donde se podía hablar con el presentador sin ser visto ni escuchado por las cámaras.

— ¿Sí, Vero? ¿En qué te puedo ayudar?

— De qué forma debo llevarme bien con Francisco.

— De cualquiera, deben parecer que son buenos amigos.

— ¿Amigos? ¿Nada más?

— Es un programa de entretenimiento, Verónica.

— ¿Y cómo se supone que gane el voto de los demás haciéndome amiga de Francisco?

— Usa tú imaginación.

Verónica estaba convencida de que todo eso significaba un problema, cualquier cosa que tuviese que ver con llevarse bien con Francisco, sería una catástrofe.

Francisco era indiferente a los problemas de Verónica; no había considerado llevarse bien con ella ya que sabía que eso no sería posible, por lo que se enfocó en caerle bien a toda la audiencia.

Su estrategia era sencilla: «si puedo gustarles por mi cuerpo, entonces ganaré». Estaba seguro que ella no podría hacer lo mismo que él ya que difícilmente se la pasaba en traje de baño cómo las demás mujeres, o se había acostado con alguien del programa.

Ella no tenía la misma experiencia que él con el programa, por lo que confiaba plenamente en que sería el ganador de ese show. Esos dos primeros días fueron completamente sencillos para él, las pocas veces que se toparon eran

silenciosas y calmadas; procuraban no entrometerse en la vida del otro para concentrarse en conseguir los votos de la audiencia.

Francisco miraba de otra forma a Verónica, quien, a su manera, buscó llamar la atención. Hacía yoga en frente de la piscina para que la viesen en las cámaras, que, de hecho, era lo único que consideraba hacer sin involucrar a Francisco, hasta que Charlie les hizo saber, a la víspera del tercer día, que debían socializar si querían seguir formando parte del programa. Al principio solo era un: «llévense bien o perderán» que, a su manera, tradujeron como un: «no peleen».

Comenzaron a comportarse como dos hermanos que no se odian pero que tampoco se querían cerca. Conversaban ocasionalmente, se saludaban si se veían; durante esos días, la audiencia los sintonizaba para saber cómo iban las cosas, por los comentarios, las hilarantes ediciones que mostraban en pantalla y las cosas que tenían que decir el uno del otro.

La tensión se sentía en ese lugar y en cada una de las casas de las personas que los veían. Pero para Charlie eso no era aceptable, eran los finalistas y debían comportarse como tal.

La tarde del tercer día, Verónica ya se había resignado de evitar a Francisco; las palabras de Charlie la noche anterior la habían puesto en un punto complicado en donde no sabía cómo actuar, por lo que, decidió dar el primer paso para romper el hielo que se había creado entre los dos.

Con un paquete de seis vodkas en la mano, se acercó, vulnerable y abierta, a Francisco, quien no se esperaba que ella tuviese el interés de socializar con él.

— ¿Francisco? ¿Estás ocupado?

Él estaba semi desnudo tomando el sol en frente de la piscina, y, al escuchar la voz de Verónica, sin que fuese un grito o un insulto, se levantó asustado, mirando en la dirección en que sintió que se acercaba.

— ¿Eh? La miró con una vodka en la mano y un paquete de seis en la otra, sin entender qué sucedía. No ¿por qué?

— Bueno, porque se me ocurrió que podríamos tomarnos unos tragos, hablar, no sé. Debemos llevarnos bien ¿sabes? Y alguien debe dar el gran paso en esta situación.

Francisco se levantó los lentes de sol para ver mejor a Verónica. No estaba vestida como de costumbre, ocultando lo que podía con lo que podía hacerlo; a pesar de que sus prendas eran pequeñas, nunca se había visto natural en ellas, hasta ese entonces.

Un traje de baño, la parte superior de un traje de baño de dos piezas y una falda corta. Verónica estaba dispuesta a pasar el rato con él en aquella piscina de ser necesario. Sabía que ahí también había cámaras, por lo que significaba que todos les verían.

— Supongo que no hay problema entonces. Francisco se levantó de la silla en donde tomaba el sol y señaló una mesa con toldo que estaba a unos pasos de su posición. Sentémonos pues.

No veía eso cómo ningún problema. La observaba y pensó que probablemente habría cambiado por fin de parecer y se dejó llevar por sus impulsos; tal vez, significaba que conocería por fin a la Verónica divertida.

— Bueno, ¿qué tienes en mente? preguntó Francisco cogiendo el vodka que Verónica le había entregado.

— Por lo pronto, tomarnos estas botellas. Hablar, supongo, no hay mucho que hacer ahora más que pasar el rato como dos personas normales.

— Me parece bien.

— A mí igual.

Verónica se sentó en una de las sillas que rodeaban esa mesa y se dispuso a disfrutar, a pesar de estar en contra de pasar el rato con Francisco, sin preocuparse por la competencia ni nada por el estilo.

Ambos, sin decírselo el uno al otro, se pusieron de acuerdo en hacer una tregua. Verónica sentía que parte de su comportamiento era evidencia de su inmadurez; no tenía verdaderos motivos para estar molesta con él, nada que no pudiese ignorar de alguien para conocerlo, por lo menos, y, el estar obligada a hacerlo de todos modos, la motivó a hacer lo correcto.

Francisco se sentía a gusto con esa nueva faceta de Verónica. A pesar de que nunca la tomó en cuenta cómo un buen partido, o siquiera como una mujer con la cual acostarse, reconocía que era atractiva y que realmente no tenía motivos para hacerla molestar más que por mera diversión. Sus impulsos eran sencillos y básicos, tal cual había dicho una vez Verónica sobre él.

Las horas pasaron, las seis botellas de vodka se acabaron y con ellos las inhibiciones que los acompañaban a los dos. Se trasladaron a la cocina con la excusa de ir a por más bebidas; allí encontrarían lo que quisieran, sin importar qué hora del día o las circunstancias, siempre estaría llena de cualquier cosa que pudieran consumir para hacer una fiesta o para sobrevivir.

Verónica y Francisco estaban uno en frente del otro, de la misma forma en la que se encontraban la vez que pelearon exactamente en ese lugar. Ella estaba del lado de la nevera, inclinada sobre la isla y él estaba sentado en donde una vez se sentó ella a escucharlo comer, semanas atrás.

— Cuéntame algo gracioso que te haya pasado. Francisco ya estaba cómodo con la Verónica que acababa de conocer.

— ¿Algo gracioso? ¿cómo qué? Se llevó una papa frita a la boca y la pasó con un trago de vodka.

— No sé, lo que sea.

— No recuerdo que me haya pasado algo gracioso pues.

— Bueno, entonces cuéntame algo que te haya pasado, este divagó, buscando una idea de niña ¿Uhm? Cuéntame.

— ¿Algo de niña?... veamos buscó entre sus recuerdos hasta que encontró algo que consideraba muy delicado Ah, ya sé. Bueno, no es gracioso, pero te lo contaré de todos modos.

— Vale.

— Bueno: tomó un trago largo de vodka para entrar en calor y comenzó a hablar Una vez, en diciembre, cuando tenía unos siete años, no sé; yo le había pedido a Santa Claus un patinete. ¿sabes?

— Sí. Yo también quería uno.

— Bueno, el caso es que estaba muy entusiasmada porque juraba que me lo iba a traer. Se introdujo otras papas a la boca para quitarse el sabor amargo de la bebida entonces, estuve todo el día de fiesta en fiesta hasta que en la noche, la expectativa comienza a crecer; por mi parte, esperaba afuera con mis amigas ya que en ese entonces la pasábamos en la calle, en frente de la casa de mis padres.

— Cuando era pequeño lo que hacíamos era dormirnos a las nueve de la noche

y abrir los regalos al día siguiente. tomó un trago y acabó su vodka; se levantó para acercarse a la esquina lateral de la isla en donde estaban las botellas sumergidas en hielo, tambaleando un poco; llegó y cogió a duras penas la siguiente para abrirla.

Francisco intentaba demostrar que el alcohol no le pegaría tan rápidamente. Él observaba a Verónica completamente calmada; relacionaba la lentitud de sus palabras con el hecho de que él se veía influenciado por el licor.

— Sí, mi infancia fue mejor. Le sonrió a Francisco, burlándose de su queja, siguiéndolo con la mirada, pensando que si no se movía demasiado no se delataría ebria. Vale, entonces, yo estaba jugando hasta que se hiciera la hora de abrirlos regalos.

>>>Ya a eso de las doce de la noche, tal vez a la una de la mañana, cuando me acerco a mi casa y me asomo por la ventana veo una caja enorme envuelta en un papel de regalo rosado. Supuse que era mío por el color y porque al otro lado estaba lo que había pedido mi hermano.

— ¿Tienes un hermano? La noticia le parecía realmente reveladora, en ese momento, Francisco se sentó de nuevo en la silla que estaba ocupando, para darse un trago más de vodka.

— Sí, un hermano. Pero ese no es el caso, el caso es que, yo lo veo y pienso: vaya, ahí tiene que estar el patinete.

— Estabas realmente emocionada.

Francisco sonreía, esperando que algo gracioso sucediera. La historia iba hasta ese momento bien, por lo que podría pasar de todo.

— Sí, súper emocionada. Les había contado a todos que iba a tener uno, que lo iba a usar todos los días, durante todo el día. Era mi sueño. Toma de nuevo otro trago de vodka y se la acaba. La coloca en la mesa con una expresión de tristeza en la cara.

— ¿Entonces? Preguntó Francisco, impaciente por saber qué sucedía después.

Modulando lentamente cada palabra, continuó su desagradable historia.

— Bueno, cuando entro y abro caja veo que era una casa Barbie.

— ¿Qué?

— Sí, mi decepción fue tal que quedé inmóvil viendo la caja que decía «La

casa de Barbie» y había niñas tontas jugando con muñecas aburridas.

— ¿No te gustaban las Barbies?

— No sé, tuve varias, pero esa navidad quería un patinete y, pues, no lo tuve.

Francisco quebró en risas, derramando un poco de vodka.

— No es gracioso ¿sabes? Eso fue algo muy difícil de afrontar.

— ¿Qué? No, para nada. Es la cosa más graciosa que he escuchado.

— ¡Oh! Vamos, no seas tan exagerado, no es para tanto.

Verónica lo miraba a los ojos, tratando de que sus palabras no fuesen confundidas por una broma. El alcohol hacía que todo fuese mucho más gracioso de lo que realmente era.

— Claro que sí. Me imagino a una niñita pequeña hablaba entre risas arrodillada en frente de una gran caja pensando que todo en su vida apesta porque no le llevaron su patinete. Se burló de nuevo de su desgracia; se calmó, paso un trago largo de vodka por su garganta, cogió de nuevo aire y continuó riéndose.

— Vamos, no es tan gracioso. Verónica se tomaba sorbos cortos, sin verle la gracia a su historia. Ahora tú, cuéntame alguna desgracia de tu vida para reírme de eso.

Francisco respiró profundo para calmarse y habló.

— Bueno, bueno. Veamos. ¿Qué te cuento? hizo una pausa ¡Ah! Sí. Yo, cuando tenía 3 años, fui a un viaje con mis padres, no recuerdo a donde, pero sé qué hacía frío, el caso es que nos quedamos en un lugar que tenía animales y, entre ellos, patos.

— Aja...

— Bien, nos quedamos ahí una noche porque habíamos llegado tarde así que al día siguiente de que llegamos, me puse a lanzarle piedritas a los patos, que yo creía que era comida, además, ellos lo perseguían así que seguí haciéndolo.

— Creo que sé para donde va esto. Bebiendo, se imaginaba cómo las cosas habrían sucedido, algo gracioso, seguro.

— Espera, que te diga.

— Está bien.

— Vale, pero de la nada llega un pato con el pico rojo de mi tamaño y yo: rayos, ¿qué es esto? Vale.

— ¿Te persiguieron? Verónica comenzaba a reírse antes de que la historia terminase; ignoraba el por qué si muy dentro de ella sabía que no era tan gracioso.

— ¡Sí! todos los patos empezaron a perseguirme y me estaban picoteando un mono verde que yo tenía y que amaba con locura.

— Ay, pobrecito Se acercó lo más que pudo a él a causa de la isla que los separaba, y se lo dijo mirándolo a los ojos con lastima.

— Sí, y pues, me puse a llorar y mi papa me estaba viendo, pero a él solo se le ocurrió la idea de tomarme una foto.

En ese momento hubo un silencio incómodo. Los dos se vieron fijamente a los ojos al visualizar la escena que Francisco acababa de narrar para, luego de pensarlo un poco, comenzar a reírse desenfrenadamente. Las bebidas se hacían paso hacía su cordura.

Mientras la miraba reírse, Francisco consideró que Verónica era una mujer atractiva; siempre lo pensó y que a pesar de no decírselo o actuar como tal, él verla durante toda la competencia, saber que era la única mujer con la que no había compartido absolutamente nada, le tentaba. En ese momento, entre carcajadas, su sonrisa pintaba de otros colores la escena, diferentes matices que negaban el pasado y embellecían todo lo demás.

No tenía idea de cómo proceder, era la primera vez que conversaba con ella de esa forma, siquiera recordaba tener algo como tal, todo lo que hacían era discutir e insultarse. Pensó que probablemente ese era el motivo por el cual todos habían pensado que ellos podrían hacer una buena pareja. Eso habría querido él de ser un espectador y no un participante.

Se quedó observando cómo reía; como se retorció y movía sus labios, balanceando su cabello de un lado a otro; todos sus movimientos le pedían que se acercase a pesar de no ser un idioma directo. Para él, bajo la influencia del alcohol, todo eso era bueno, ella lo quería tanto como él a ella, y era un deseo que debería aplacar.

Verónica no estaba al tanto de lo que pensaba Francisco, sólo le hablaba, sintiendo que pudo haberse hecho amiga de él en cualquier momento si ignoraba ciertas facetas de su forma de ser.

Si hubiese obviado todo lo que lo representaba, resultaba un buen partido. Sin embargo, el alcohol, no habiéndose olvidado de ella, también modificó los atributos de su compañero de copas: más atractivo, más agradable; un gran pretendiente.

Verónica se dejaba llevar por sus más bajos pensamientos; recordaba los cientos de veces en las que pensaba que podría hacer lo mismo que los demás: dejarse llevar por el rebaño y actuar cómo una desquiciada en el programa. Era evidente que eso no fue lo que la llevó hasta ahí, por lo menos para ella, pero, en algún momento pensó en que podría intentarlo.

Esa noche, en la cocina, entendía que todos, alguna vez, le parecieron innecesarios, una molestia; animales sencillos que se comportaban cómo tal, degradando el sexo al que pertenecían, humillando a la sociedad y siendo los parásitos que el programa quería que fuesen.

Sólo pensaba en Francisco cómo un posible candidato para romper su rutina; tal vez era porque siempre tenía algo que criticarle o porque sus discusiones eran tan intensas y repetitivas que comenzaron a calarse en ella, suponía que pensaba en él porque, de entre todos, era con el que mejor se llevaba.

Tanto Francisco como Verónica, comenzaron a verse de la manera en que no habían hecho antes; no sentían nada el uno por el otro, pero, en ese instante, bajo la influencia de unas siete botellas de vodka cada uno, ante el otro, todo lo que les había separado en el pasado, los hacía sentirse atraído.

Un animal, naturalmente tiene una época de apareamiento. En un zoológico, estos momentos mágicos de la vida silvestre, normalmente son presenciados por las personas que frecuentan el lugar o desean ir para conocer la fauna en la ciudad.

Chimpancés en plena luz del día practicando el coito, aves haciendo sus danzas y rituales característicos... todos, y cada uno de los protagonistas de aquellos establecimientos naturales, eran objeto, al menos una vez en la vida de algún observador curioso, del voyeurismo de la sociedad.

Verónica, no se quería dejar llevar, no pensaba en nada y en más nadie, y sólo quería que el día terminase. El alcohol le daba un mal sabor de boca. Con cada trago que sorbía, le llegaba la impresión que su estómago lo rechazaba, que su cuerpo le pedía que lo dejase ahí y no siguiera bebiendo. Todo le resultaba borroso, el ambiente se hacía cada vez más oscuro y la voz de

Francisco se distanciaba; pero, a pesar de todo eso, no dejaba de beber.

— Creo que... Francisco evitó seguir hablando. En ese momento, pensó que debía dar el siguiente paso de ese día, pero no anunciarse, decirlo le resultaba difícil.

No sabía si estaba haciendo lo correcto, si ella lo aceptaría; él era apuesto, por lo que pensaba que sería difícil que alguien lo rechazase, por ello, tras pensarlo un poco, decidió acercar su mano lentamente a la de ella, en lo que la de él y la de ella se tocaron, Verónica no se apartó, ignorando lo que Francisco hacía, tomando todo ello cómo

— ¿Qué o qué? Ambos arrastraban las palabras al hablar, haciendo un esfuerzo sobre humano para ser coherentes y claros.

Verónica quería saber qué quería decir Francisco, pero, de algún modo u otro, lo olvidó casi de inmediato; no estaba dándole importancia a las cosas cómo solía hacerlo, el alcohol le estaba dando luz verde a los dos para pensar y hacer lo que quisieran.

Así que, él, fue arrastrando su mano por la mesa, hasta tocar la de ella. En lo que se tocaron, no hizo nada, ignoró los motivos que tenía para tocarla, para acercarse. No le importó que fuese extraño que quisiera acercarse ni que lo hiciera tan repentina mente.

Lo miró a los ojos, queriendo poder hacerle una pregunta firme, directa, la pensaba, pero no la podía decir.

— ¿Qué pasó? ¿Intentas coger algo? En su imaginación, Francisco sólo estaba confundido, perdiendo la capacidad para coordinar sus acciones con sus pensamientos.

— Yo... Francisco intentaba ser seductor, sensual. Quería dar la impresión de que sabía lo que hacía, pero, el alcohol entorpecía sus pasos.

— ¿Qué... quieres, decir? Ella trataba de hacer que las palabras sonasen exactamente cómo las recordaba, por lo que prefirió afinar cada letra para que no se notase que ya estaba ebria.

Francisco se levantó y, sin soltarle la mano, la fue guiando alrededor de la isla para que estuviese a su lado y poder llevarla para otro lado.

— ¿Para dónde me llevas?

— Sólo sígueme.

La condujo por el pasillo hasta estar en la sala en donde se encontraba el sofá; estando allí, se detuvo, la cogió por los hombros con ambas manos y la atrajo hacía él hasta que sus pechos se tocaron; en ese instante, acercó su rostro torpemente, la besó de la forma más apasionada que pudo estando bajo las influencias del licor.

Francisco la tomó por sorpresa, dejándola confundida, sin saber qué hacer ni cómo actuar con respecto a lo que acababa de suceder. Se quedó inmóvil, con los ojos completamente abiertos, alienada por el beso repentino de Fran.

Verónica sintió como sus labios chocaban torpemente el uno contra el otro; cómo él movía los suyos pareciendo que no tenía control alguno sobre ellos. Estaba arrebatada, pensando que podría ser una broma, que lo que estaba sucediendo realmente no lo hacía; consumida, extrañada; su sangre viajaba más rápido por su cuerpo, oxigenando su cerebro y permitiéndole un poco de lucidez.

Se apartó a medias de él, vacilante a causa del alcohol le influenciaba, y trató de tomar control de la situación.

— Espera... hablaba lentamente. Las cosas que hacía eran reflejos de su cordura ausente, algo que habría hecho de estar sobria yo, no... Francisco, se acercó de nuevo a ella, haciendo como que ella no se hubiese apartado y la besó de nuevo Francisco, no, así... trataba de hablar entre los labios de Francisco y ella. No pudiendo, pensó en decírselo cuando se detuviera.

No tenía forma de zafarse de sus brazos, no tenía la fuerza suficiente para contrarrestar la de Francisco y poder liberarse de sus ataduras; habiendo tomado eso en cuenta, procesando lentamente lo que sucedía, sin poder o querer reaccionar, les siguió los pasos a sus besos, moviéndose de la misma forma en que él lo hacía.

Luego de un rato, cerró los ojos, dejándose llevar por el momento. Tenía la intención de esperar, de decirle que no quería que la besasen, pero, las cosas no salieron como ella quería.

Francisco no la soltaba, la mantenía cerca de él para que no se apartase y rechazase sus besos, estaba convencido que la tenía en la palma de su mano y que todo se debía a su grandioso atractivo. La soltó tan solo para envolverla en sus brazos y apretarla firme pero suavemente por la cintura y tenerla aún

más cerca. Verónica, tenía sus brazos entre él y ella, empujando en vano a su agresor.

Mientras tanto, ella se aseguraba a sí misma que estaba en contra de todo lo que estaba sucediendo, no quería formar parte de una escena tan molesta ni mucho menos dejarse poseer por aquel hombre; había una contradicción entre sus pensamientos y sus acciones.

De cierta forma, sentía que cada movimiento de sus labios era una violación a su integridad, a sus principios; estaba molesta con Francisco y, más que todo, estaba molesta consigo misma por responderle el beso. Él, desplazó lentamente su brazo izquierdo sin liberar la presión que le estaba aplicando al cuerpo de Verónica para no dejarla ir, y posó su mano sobre sus nalgas.

Logró apartarse un poco de sus labios; ya había aceptado que Francisco era realmente bueno besando, para añadir a su oposición física, un poco de oposición verbal.

— No, ahí no me toque... Francisco movió un poco su brazo por la espalda de Verónica, sin despegarse de ella y, con el brazo en noventa grados en relación con su columna, le empujó la cabeza con la mano, acercando sus rostros y retomando el beso que ella había interrumpido.

De cierta forma, entendía que no quería estar haciendo eso con él, que no estaba de acuerdo con la manera en que las cosas estaban ocurriendo, pero, a pesar de todo ello, se dejaba llevar por la idea del placer que eso podría ocasionarle. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo una relación amorosa, o incluso, disfrutado de un buen sexo con algún extraño.

— ¿Por qué estoy haciendo esto? pensó, preocupada más por lo que no hacía que por lo que estaba sucediendo.

Francisco se había acercado lo suficiente como para sentir el calor que emanaba de ella.

Verónica se retorció infructíferamente, no pudiendo apartarse de él u obligarlo a retroceder, todo eso al mismo tiempo en que respondía a sus labios con un beso que se volvía más fuerte y largo.

Francisco, aprovechó que ya no había nada entre ellos, más que espacio vacío, así que la cogió por la cintura para levantarla del suelo sin mucho esfuerzo, darse la vuelta y sentarla en el sofá.

Ella, demostrando de nuevo que no estaba actuando de la manera que esperaba, abrió sus piernas para que él se acercara a ella. Sentada en el espaldar del mueble, con los muslos abiertos y Francisco entre ellos, le cogió el rostro con las manos que oponían resistencia segundos atrás y comenzó a marcar el ritmo a su manera.

Francisco sintió que Verónica estaba dejando que el momento fluyese con más libertad, por lo que dejó de apretarla por la cintura, pero sin soltarla por completo. Verónica logró, por fin, liberar sus brazos y los apoyó de los hombros que tenía en frente para abrazarlo por el cuello y tomar el control; saboreaba su lengua con los ojos cerrados, deshaciéndose de las preocupaciones que la atormentaban al principio de todo ello.

Su cuerpo sentía un hormigueo que la hacía estremecerse de placer. Todo eso le estaba invadiendo de pie a cabeza: su cuello se erizó, sus pezones se endurecieron, el traje de baño se mojó; trató coger la espalda entre sus manos para aferrarse fuertemente a él.

— ¿Eso es todo lo que tienes, grandote?

Con esas palabras supo que necesitaba acercarla más a su cuerpo; la besó con más fuerza.

Las inhibiciones que los apartaban desaparecieron; Francisco le dio paso a Verónica para que se moviera libremente por su cuerpo y pudiera tocarlo sin problema. Ya no tenía motivos para apartarse de él.

El que estuviese desnudo le facilitó el trabajo. Comenzó a tocar su abdomen esculpido perfectamente, perdía sus manos entre su cabello, y con la otra fue desplazándose lentamente hasta el interior de sus calzoncillos.

Francisco introdujo las suyas entre su traje de baño. Ella tocaba su anatomía tanto como él hacía con la suya, sin dejar de besarse mutuamente. Francisco, sentía como cada centímetro de su hombría iba creciendo y acercándose a ella con cada contacto que tenían.

Se estaban despeinando, intercambiando sudor; Verónica se sentía agradecida de llevar poca ropa que le hiciera más fácil que él se introdujera entre sus piernas, las que lo rodeaban para no dejarlo ir.

Francisco tenía una mano sobre sus nalgas y la otra tocándole uno de los pechos; un par que consideraba que eran unos delicados y perfectos senos. Él, con ella encima, la sostuvo de nuevo entre sus brazos, cogiéndola por sus

glúteos y con Verónica agarrándose con las piernas de cintura, le cargó y dio la vuelta al sofá para usarlo apropiadamente, para dejarla caer sobre el mueble, tan inocente cómo cualquier otro objeto inanimado, se ofreció para sostenerla.

Francisco le desató el nudo de la parte inferior de su traje de baño e intentó levantar lo único que ocultaba sus pechos, hasta que ella le interrumpió, alejándose de él y deteniendo la pasión.

— No, no. Aquí no. Verónica recordó las cámaras que rodeaban la casa y documentaban todo.

— ¿Por qué? Estamos solos, no hay nadie viéndonos.

— Claro que sí, millones de personas lo hacen.

Francisco recordó las cámaras.

— Cierto reconsideró el problema y lo descartó pero es de noche, nadie nos está viendo.

— Claro que sí, Charlie nos está viendo. Continuaba conversando con él sin moverse de su posición.

— Mentira, él... recordó la vez que los veía de noche. Verónica entendió su silencio.

— Exacto, nos está viendo

Francisco se apartó de ella, soltándola para pensar qué hacer.

— Apártate un momento lo separó un poco más de ella para poder alzar sus piernas, soltarse de él y levantarse del sofá.

La parte baja de su traje de baño, ya suelta, se desprendió de sus caderas deslizándose suave y rápidamente por sus piernas. El que no lo sostuviese, o se molestase al sentirlo caer, le hizo comprender a Francisco que la fiesta no se acababa todavía.

— Ven, conozco un lugar. Al escuchar sus palabras, Francisco se levantó y la siguió emocionado. Hay unas partes que Charlie me dijo que no tenían cámaras.

— ¿Le creíste?

El sudor había drenado gran parte del licor que tenían acumulado, pero, sin

embargo, continuaban calientes por el mismo.

— No, pero lo comprobé.

— Perfecto Francisco solo pensaba en una cosa, en ella desnuda.

Caminaba detrás de ella y observaba cómo la falda se movía; era realmente corta ya que su intención no era ocultar nada y sin el traje de baño, se podía ver un poco de sus nalgas.

En ese momento, Verónica se detuvo y se dio media vuelta. Era una habitación de unos cuantos metros de ancho, en donde se alojaba una única cama un poco más grande que una King Size.

— Aquí es. dijo Verónica con una sonrisa.

— Ya veo, así que aquí no nos verán.

— ¿Lo conocías?

— Un poco.

— Entonces Extendió los brazos, Francisco la tomó de la mano ¿Me haces un recorrido por el lugar?

Lo atrajo hacía ella y dejó que este la abrazara. Francisco aprovechó para apretarle las nalgas que estaba viendo minutos atrás, con una de sus manos y, con la otra, se concentró en jugar con sus senos mientras que ella desataba el nudo que sostenía lo que quedaba de su traje de baño.

— Creo que no necesitas esto. Sus palabras estaban siendo más lúcidas. Los dos se dejaban llevar por lo que querían.

Verónica se dejó caer en la cama; Francisco al verla caerse, se detuvo un momento a apreciar su cuerpo desnudo, mientras, ella veía cómo su rostro se llenaba de pasión y deseo.

Tenía ganas de hacer algo como eso desde hace tiempo; la cantidad de estrógeno y testosterona que se elevó en aquel lugar desde que comenzó el programa, era increíble e intolerable. Él se recostó sobre ella para apoderarse de su cuerpo.

Ella fue siguiendo la línea de sus músculos sus dedos mientras él veía sus pechos, los cuales le parecían mejores de lo que se había imaginado. Verónica apreciaba que él la estuviese mirando de esa forma, pero no quería perder más el tiempo, por lo que lo cogió por la espalda y la cabeza y empujó su rostro

hacia sus pechos, perdiendo sus dedos entre su cabello, poseyéndolo como al objeto sexual que era.

— Deja de verlos y comételes.

Verónica sentía el placer que le recorría cada vez que degustaba sus pechos, la forma en que Francisco le tomaba las nalgas para acercarla a su pene erecto. Se bajó el bóxer y, a ella, la falda.

Y en lo que ambos se encontraban completamente desnudos, comenzó a besarla desde el cuello, sus pezones, su abdomen, su vientre, su cintura, los huesos de su pelvis, hasta arrodillarse en el suelo y tener su vagina a la altura de su rostro; la miró y comenzó a lamerla.

— Eso es, ve directo al grano. Vamos. se acomodó para sentarse en la cama; puso los pies sobre estas, quedando completamente abierta para Francisco.

Verónica se retorció de placer, lo cogía por la cabeza, empujándolo hacia su sexo. Para Francisco, no era la primera vez que probaba la vagina de una mujer, ser atractivo le daba la oportunidad de intentar cosas nuevas todo el tiempo, por lo tenía talento y ella lo estaba descubriendo mientras gemía por su lengua, la cual hacía movimientos circulares en su clítoris y le murmuraba para hacerlo vibrar; ella estaba a gusto con la manera en que la tomaba con fuerza entre sus brazos. Cada movimiento era brusco y un tanto descuidado, pero a pesar de eso, le encantaba.

No estaba buscando una relación amorosa, no esperaba tener a alguien que la tratase como la dama que sabía que era; ignoraba si era el alcohol, pero sólo le importa disfrutar ese momento que se estaba regalando. Lo apretó con las piernas para que no se apartase.

— Sí, así, justo ahí. ¡Oh sí! Maldición, eres bueno.

Francisco se apartó de su vagina para responderle.

— ¿Te gusta entonces?

— ¿Dónde aprendiste a hacer eso? ¡Joder!

Francisco soltó una carcajada

— Por ahí.

— ¡Demonios!, cómo envidio a Juana. Francisco sonrió.

— ¿Nada mal entonces?

— No, para nada Verónica le devolvió el gesto Ven para aquí Lo liberó de sus ataduras y lo jaló por el cabello para llevarlo hacia su rostro y tirarse hacia atrás.

— Ahora bésame, grandísimo idiota.

— ¡Oye! Francisco se apartó un poco. Verónica le sonrió. tampoco así, no seas...

— No seas tonto, cállate y bésame.

Francisco le hizo caso y le embozó un beso largo y fuerte.

— Sí que sabes besar. Tomó aire y se acercó de nuevo a él para continuar besándolo.

— Gracias.

Verónica le cogió por los hombros y le dio la vuelta para montarse sobre él, se acercó y le dijo al oído:

— Ahora es mi turno. Comenzó a besarle el cuello.

Bajó lentamente hasta su hombro, recorriendo su pecho mientras iba agarrando sus brazos y su bíceps. Pasó de allí a sus pectorales, en donde acarició sus pezones, a lo que la piel de Francisco comenzó a erizarse.

— Jajá, te dio cosquillas.

— Cállate.

— Mira, te da cosquillas que te toque los pezones. continuó acariciándolos lentamente con la punta de sus dedos para repetir la misma sensación. A Francisco le gustaba que le hicieran eso, le fascinaba el contacto profundo y superficial, pero no que se burlasen de él.

— ¡Deja!

— Está bien, discúlpame. Verónica cambió el tono de su voz a uno más seductor, no quería que el ambiente cambiase tan repentinamente, así que, habiendo notado que le gustaba la sensación de sus pezones, comenzó a lamerlos y a verlo directamente a los ojos. Entonces, ¿Quieres que me detenga?

Con esas palabras, Francisco no supo qué hacer. Se sentía atraído por ella, excitado y conforme con su disculpa.

— Este, no divagó, no queriendo demostrar que le gustaba lo que hacía no te detengas. Pero, realmente quería seguir sintiéndolo.

Verónica le sonrió con travesura y continuó bajando por su cuerpo, deslizando su lengua por su abdomen, tocando lo que dejaba atrás con sus manos hasta llegar a su miembro, el cual tomó con firmeza. El olor se inoculaba como un veneno punzante a través de su nariz, dejándole una sensación de placer que le motivaba a acercárselo al rostro, a besarlo, a probarlo a tenerlo e introducirse en la boca.

— Vaya, parece que este amiguito está feliz de verme.

Lo apretó tan duro cómo pudo, sintiendo cómo las venas del pene de Francisco comenzaban a llenarse de sangre; la perfecta demostración de un hombre saludable. No se arrepentía de estar ahí, haciendo eso que tanto había pensado que no podría hacer con quien menos esperaba hacerlo.

— ¿Te gusta lo que ves? Francisco levantó la cabeza para ver hacia abajo y saber qué hacía. Viendo que le resultaba incomodo sostener el peso con su cuello, prefirió coger una almohada y usarla para ver mejor.

— Sí, un poco. Verónica continuaba apreciando el grosor y tamaño, sintiendo la textura y el olor. Aun no se lo introducía en la boca es increíble.

— ¿No lo vas a probar?

— Ya va. ¿Te puedes esperar? Estoy viendo el buen pene que te gastas. Deja de molestar.

Ambos estaban completamente cómodos el uno con el otro. El nivel de alcohol en su cuerpo seguía siendo relevante, pero, lo que estaban haciendo en ese momento ya no era excusado por lo que habían ingerido.

Los días discutiendo y aborreciéndose mutuamente se habían quedado en la puerta, observando cómo los dos se dejaban llevar por sus instintos básicos; en ese momento, disfrutaban la compañía del otro.

Verónica no quería desgastar el pene que acaba de conocer, así que sólo lo besó. Francisco le gruñó para que no fuese tan delicada pero ella lo miró con severidad para que tuviese paciencia.

De nuevo le dio otro beso, cada uno en lugares diferentes, como si estuviese haciéndole cariño; siempre de manera superficial. Continuó haciéndolo hasta que decidió que podría lamerlo, así que cambió sus besos con lamidas

profundas; con la punta de la lengua jugó con su glande, con el falo completo, con sus testículos. Fue llenándolo de saliva y estimulándolo con la mano con que lo sostenía.

— De eso estoy hablando. Hazlo...

— Cállate y disfrútalo Lo apretó y movió su muñeca para estimularlo. No quería que acabase tan rápido.

Poco a poco fue aumentando el ritmo, sintiendo cómo Francisco hacía un esfuerzo para que se sintiera más duro el pene. Lo apreciaba, lo olía, se lo pegaba a la mejilla, lo deslizaba por su cuello, jugaba con sus pezones y el glande.

Estaba extendiendo la experiencia: ya estaba ahí, quería disfrutarlo apropiadamente. Así que, luego de jugar un poco con él, se lo introdujo entre los labios y lo llegó hasta donde la garganta le dejó.

Francisco sentía cómo su pene se inundaba por un calor húmedo y agradable, mientras que la presión que aplicaba con su lengua y sus labios le propiciaban un placer inigualable.

No era la primera vez que le hacían una mamada, pero, sabía que nadie lo haría cómo ella. No estaba seguro del por qué lo pensaba, pero algo le decía que esa experiencia no la tendría con otra mujer. Verónica invitó el pene varias veces a que saludase sus amígdalas; cada que lo hacía Fran conocía la gloria.

— Juana no me hace eso comenzó a decir lo primero que pensaba. En lo que le escuchó, Verónica se sacó rápidamente el pene de la boca y lo miró fríamente a los ojos.

— Eso no se le dice a la mujer que te está mamando la verga, Francisco. No le molestaba que se lo hubiese dicho.

— ¿Te molesta?

— No, pero a ninguna mujer le gusta que estés pensando en otra mientras estás con ella ¿sabes?

— Sí bueno, pero, sólo te lo hacía saber porque me gusta que lo hagas. Eres buena en eso.

— Bueno, sólo por eso te lo dejaré pasar. Sólo no vuelvas a nombrarla ¿vale?

Verónica cambió su mirada fría y severa por una suave y seductora.

— Vale.

Se volvió a introducir el pene en la boca para continuar saboreándolo, apretándolo y llevárselo hasta la garganta para sentir la sensación de asfixia, algo que no disfrutaba del todo pero que sabía que a muchos hombres le gustaba y que, por ello, aprendió a «apreciarlo».

Luego de una larga mamada, se lo sacó, le masajéo con la mano y se levantó. Ella sabía lo que él realmente quería, lo mismo que ella llevaba deseando desde que Francisco la tomó por sorpresa para empezar a besarla y que negó por un momento.

Se subió un poco más a la cama, acostándose a su lado. Y mirándole a los ojos le dijo:

— Vente que quiero que me cojas bien rico. Francisco se dio la vuelta, colocándose en frente de ella, teniendo entre los dos solo un par de piernas flexionadas.

Las abrió y pudo ver cómo la vagina de Verónica estaba completamente húmeda; los brillos de sus fluidos delataban su excitación, así que con una mano comenzó a masajearse el pene y se acercó a ella para penetrarla suave y lentamente con su miembro.

En el rostro tenía dibujado claramente el placer y el deseo, al igual que ella. Sin siquiera pensarlo, primero introdujo la punta de su pene para luego tomarla de la forma en que realmente quería.

— Oh, sí, maldición. Estaba esperando esto. Francisco todavía tenía la mitad de su glande afuera de su vagina. Métela toda, ya.

— Espera. Sólo espera.

— Vamos ¿qué estás esperando?

Francisco deseaba hacerse desear, que ella comenzara a retorcerse de placer. Ese era uno de sus muchos trucos. Verónica, no se quería dejar controlar por él; ella sabía perfectamente lo que quería así que lo obtendría a como diera lugar.

— No me voy a esperar con sus piernas, lo empujó por detrás para que su pene entrase por completo. ¡Así!

De un solo golpe, Francisco llegó hasta el fondo de su sexo embistiéndola con placer, llenándola de placer, todo lo que ella quería. Dejó escapar un grito ensordecedor que hizo que él no se esperaba.

— Sí, exactamente lo que quería ¡Dios!

— Vale, vale. Francisco sintió que perdía el control de la situación y, con una voz seductora agregó confiado: ¿te gusta?

— Claro que me gusta ¡joder! Tienes una verga maravillosa.

— Me gusta cómo hablas.

— Cállate y muévete Verónica estaba lascivia; en ese instante fluctuaba entre dominante y pasiva.

Francisco optó por reírse de la escena de Verónica. Estaba haciendo lo que él quería, se notaba que lo deseaba con locura y eso le encantaba.

— Por favor, muévete, quiero sentirte Hablaba con ternura seductora y sensualidad.

Francisco fue moviéndose lentamente: la vagina de Verónica le apretaba y soltaba con palpitar agradable que le motivaba a moverse un poco más rápido. Poco a poco aumentaba el ritmo y con él, aumentaban los gemidos; con cada embestida, ella se agitaba de delectación. Él se inclinó hacia ella para besarla por el cuello y, sin dejar de moverse, la tomaba por la espalda, la cintura.

Sus movimientos se hacían cada vez más salvajes, más intensos. Ambos se iban fundiendo uno con el otro como metal derretido, al rojo vivo, caliente, sin ser capaz de ser tocado por cualquiera.

Con fuerzas, golpeaba el interior de su vagina, obligándola a gritar, a coger aire porque la sensación que le invadía era intensa, larga, indescriptible. Sus pechos rebotaban al compás de las embestidas de Francisco, le causa placer sentir cómo se movían, pero por la fuerza con que él la penetraba, se agitaban agresivamente y las tuvo que coger entre sus manos.

Francisco se excitó aún más al verla tomar sus senos porque particularmente esa imagen le encantaba más de lo normal. Ella gemía, gritaba, sonreía completamente consumida por el placer. Se miraban directamente a los ojos, diciéndose lo muchos que se atraían el uno con el otro.

Verónica tenía tiempo sin sentir un placer tan grande, ni cuando se tocaba ella

misma se sentía tan a gusto. Francisco disfrutaba cada centímetro del interior de Verónica, su aroma, la forma en que lo agarraba con las piernas cada vez que se salía mucho y no regresaba inmediatamente.

No se controlaban ninguno de los dos; él la sostenía por la cintura, cogía su cabello, sus hombros, su espalda, ella lo apretaba con sus piernas, se mordía los labios, se apretaba los pezones, gritaba de placer.

Mientras que, para Francisco, cada parte de su cuerpo se hacía un deleite para él. Ella era un manjar, un malvavisco asándose en las llamas de la pasión, caramelizándose y endulzando por completo su pene. Se acostó sobre ella para escuchar más de cerca sus gemidos; no lo aceptaba, pero todas las estimulaciones sensoriales eran su fetiche.

Verónica le comenzó a susurrar al oído

— Joder, me encanta. Métemelo. Francisco sólo acercaba la oreja a sus labios para escucharla gemir, hablar y respirar. Verónica, acostada, se agarró entera del cuerpo de Francisco mientras este seguía embistiéndola con más ganas que antes. Vamos, dame más duro, dámelo completo, métemela entera. Cada que hablaba, Francisco se movía con más fuerza ¡Sí! ¡Sí! ¡Dale!

Ella acababa una y otra vez, cada orgasmo le recorría el cuerpo agresivamente. Se agitaba con cada embestida, con cada golpe, con cada gemido. Los dos sentían cómo su mundo colisionaba con el del otro, entendiendo que habían desperdiciado el tiempo en aquel programa discutiendo.

— ¡Que estúpida fui al no haber hecho esto antes! Debí dejar que me cogieras el primer día.

— Date la vuelta. Se detuvieron por un segundo, el dejó de penetrarla y ella le hizo caso.

— ¿Así? Francisco la cogió por las caderas y levantó su trasero invitándolo de nuevo a penetrarla.

Comenzó a embestirla nuevamente, esta vez llegaba más adentro, ella lo sentía acabando con su sed de ganas y de placer. Cada centímetro de su cuerpo se estremecía cuando la penetraba; Verónica lo deseaba así, ahí, allá, en cada parte de su cuerpo, con cada gramo de su ser. Seguían sus instintos, se saboreaban, se bebían, se probaban.

— ¡Sí! ¡Ah! ¡Sí! Sigue. Me encanta. Entre gemidos, gritos, sus piernas comenzaron a temblar por la secuencia de orgasmo que la invadieron.

— Sí, sí. Voy a acabar.

— No vayas a hacerlo adentro.

— Quiero acabar. Verónica se apartó de él, dejando que el pene se saliese.

— No, todavía no vas a acabar. Se sentó de rodillas a él quien la miraba desesperado, con el orgasmo interrumpido.

— Pero ¿por qué?

— No quiero que se acabe todavía, no. Un poco más.

— Pero. Verónica se acercó a él, gateando lentamente y lo calló con sus labios.

— Espera un poco ¿sí? su voz seductora hizo que Francisco olvidase la interrupción.

— Sí.

Verónica no quería que todo sucediera tan rápido, así que puso su mano sobre el pecho de Francisco, y acercándose a él para que este se recostara y así subirse; cogió el pene erecto e idiotizado por las embestidas de unos minutos atrás y lo fue colocando ella misma adentro de su vagina; empezó a mover su cintura lentamente.

Ya no tenía ganas de hacerlo con fuerza, ahora quería saborear lentamente a ese hombre como si acabase de conocerlo. Iba moviéndose más y más. Tocando sus pechos, colocando las manos de Francisco con la suya; él, le cogía el trasero y lo apretaba mientras ella seguía moviendo sus caderas.

Las cosas como las conocía dejaban de existir por la sensación que le invadía al chocar su pene con la vagina de Verónica. Nunca había probado nada así antes; no una mujer, ni un buen sexo, incluso, había tenido otras relaciones sin compromiso, pero, esa, se sentía cómo la cosa más honesta y real que jamás iba a tener con nadie.

Sin embargo, la piel, el peso y la forma del cuerpo de aquella mujer sobre él le eran extraños, no sabía si es que se debía al placer, al licor que se desprendía lentamente de su cuerpo o cualquier otra cosa, el punto era que algo que antes estuvo allí por tantos días, que los obligó a odiarse, se había desvanecido por completo.

Ellos entendían la naturaleza de ese encuentro sexual, sabían muy bien que no funcionaría una relación amorosa, y que no había vuelta atrás. No platicaron los pros y los contras porque no les importaba, porque solo estaban teniendo el mejor sexo de sus vidas. Se sintonizaron el uno con el otro, y sintetizaron algo que no esperaban que sucediera, ni en sus más alocados sueños.

— ¡Dime en que crees Fran! exclamó, incontrolable y deseosa. Sentía el pene erecto de Francisco chocando con su interior. Deseaba saber la respuesta de Francisco para poder dar su grito de gloria ante aquel gran orgasmo que se asomaba.

— ¿Qué? Francisco se confundió por la pregunta; tan fuera de lugar, tan extraña.

— ¿Crees en dios Fran? Verónica no lo veía a él, o al techo. Tenía su cabeza inclinada hacia atrás, con los ojos cerrados y batiendo sus caderas.

— No sé. Creo que sí ¿por qué? Francisco sentía cómo su pene estaba a punto de soltar su caliente carga, pero, lo contenía petición de Verónica.

— Olvídalo, ya voy, ya voy... ¡Sí! ¡Sí! ¡Maldición! ¡Qué rico! ¡Sííí!

Verónica sintió como un orgasmo alcanzó a los otros y los pasó por mucha diferencia. En ese preciso instante, se borró por completo de la existencia. Francisco, desesperado por los gritos, completamente idiotizado por la sensualidad y la fuerza de la mujer que lo cabalgaba como a un potro salvaje, sentía cómo su cuerpo pedía que lo dejaran liberar si carga; quería acabar de inmediato, quería hacerlo en donde fuese.

No aguantaba más, no podía resistir. Verónica se dejó de mover, pero no se había quitado de encima suyo, por lo que el peso, de su cuerpo, el calor de su vagina, y el palpitar de la misma tras aquel orgasmo intenso, lo tenían mal. Controlarse no era una opción.

— Voy a acabar, voy a acabar. Verónica reaccionó de su trance de placer y lo miró a los ojos.

— Oh, oh. Se levantó, dejando salir el pene y se lo puso en frente de la cara acábame en la boca ¿sí? ¿quieres?

Francisco no lo pensó ni dos veces, se acomodó un poco, la miró a los ojos y le dio a entender su respuesta.

— ¡Sí! Verónica, comenzó a estimular el pene para que se sintiese bien y

pudiese descargar su semen.

Se lo introdujo en la boca y, luego de mover la mano varias veces, sintió un líquido espeso violando su interior, llegando hasta su garganta y llenándolo todo por completo. Maulló de placer, de gusto. Estaba esperando eso y lo quería de esa forma.

Ahí mismo, tras sentirlo dentro, decidió tragarlo: su bebida energética, su elixir de la eterna juventud.

— ¡Sí! ¡Que perfecto es tragarse esto!

Francisco ya no podía más, sentía cómo el pene le palpitaba por lo duro que le había dado a Verónica. Se dejó caer en la cama para respirar de alivio, de satisfacción, de gusto.

— ¡Vaya! Eso fue asombroso! Francisco modulaba las palabras entre suspiros.

Verónica se subió un poco más en la cama y se acostó a su lado quedando casi a la misma altura.

— Sí que lo fue.

Los dos estaban completamente exhaustos gracias al licor y al sexo, las dos cosas consumieron en su totalidad lo que les quedaba de fuerza, por lo que se dejaron caer rendidos en la cama cómo si no hubiese un mañana. De hecho, a causa del calor del momento, se olvidaron por completo de las cámaras, los micrófonos e incluso de Charlie.

A la mañana siguiente, la voz de su anfitrión los despertó. Verónica saltó del susto al escucharlo, cogió una de las esquinas de la sabana que estaba arrugada en la cama y se tapó cómo mejor pudo.

— ¡Buenos días, chicos! ¿cómo pasaron la noche?

— ¡Ah! ¡Rayos! reaccionó y entró e contexto. ¿Qué sucede? Verónica le dio unas palmadas en la espalda a Francisco para que se despertase.

— ¿Qué? Estoy despierto, estoy despierto.

— Buenos días Fran, buenos días Vero, ¿cómo la pasaron?

Los dos comenzaron a buscar de donde salía su voz; según tenían entendido no podía verlos en esa habitación, pero la incertidumbre los estaba matando.

— ¿De dónde está hablando? Verónica continuaba buscando, observando su

alrededor: el techo, las paredes, las esquinas; todos esos lugares de donde solían estar las cosas que tenían que ver con Charlie.

— No sé. ¿nos estará viendo? Francisco recorría los mismos lugares que Verónica, pero con menos cuidado al detalle.

— No sé, se escucha lejos.

— Vean al frente, afuera de la habitación, por la piscina. Dijo Charlie.

Los dos siguieron las indicaciones de Charlie y vieron a un hombre con una cámara apuntando en su dirección.

— Los veo, pero desde lejos. ¿Entienden? Como ya sabrán, esa habitación no tiene nada por donde pueda verlos o escucharlos, así que siguiendo el rastro del hombre con cámara, Verónica comenzó a buscar alrededor y encontró que había uno sosteniendo un micrófono largo y más adelante, otro sosteniendo una corneta.

— Ya veo dijo Verónica ¿nos puedes ver entonces? Verónica comprendió la situación, había olvidado que estaba en un programa y cuál era el motivo por el cual debía llevarse bien con Francisco.

— Un poco, no tanto cómo quisiera, hay cuestiones de privacidad que debemos tener en cuenta.

— Ya veo. Francisco buscó entre las sábanas desordenadas, su bóxer.

— Veo que se divirtieron anoche, chicos. Verónica y Francisco se miraron en complicidad al escuchar a Charlie, al interiorizar lo que había sucedido horas atrás. Pudieron haber hecho cómo si no hubiese sucedido, pero, al igual que las condiciones de su encuentro, las cuales estaban de acuerdo sin siquiera mencionárselo, decidieron que no iban a darle muchas vueltas al asunto. Y qué se llevan bien Charlie notó que estaban callados, viéndose, lo que resultó una buena señal.

— Puede ser respondió Verónica, rompiendo la silenciosa conversación que mantenía con Francisco. De golpe, se percató del intenso resplandor del sol ¿Qué hora es?

— Bueno chicos, son un poco más de las dos de la tarde. Durmieron toda la mañana.

Verónica miró a Francisco, preocupada, al notar que a esa hora ya era para

que todos supieran lo que habían hecho. Él le devolvió el gesto, indiferente, sin entender su preocupación.

— ¿Quién sabe?

— ¿Quién sabe qué? ¿De qué me perdí? Francisco, mantenía su postura de confusión ante las palabras de Verónica.

— Bueno, son las dos de la tarde, pues, creo que... alargó el sonido de la última palabra con la intención de crear suspenso más o menos, todo el mundo. Charlie cambió su tono de voz por uno más festivo y jovial ¡Las líneas están que arden! ¡Son trending topic! ¡No es eso grandioso?

— Rayos, ahora todos lo saben. Francisco pensó en Juana, quien probablemente ya sabía al respecto; no se preocupó en ocasiones anteriores cuando lo había hecho con otras participantes porque no se divulgaba de esa forma.

— Y les tenemos una sorpresa. Verónica se levantó, enrollándose en la sabana para no ser vista.

— ¿Cuál sorpresa? Si se puede saber.

— Bueno, debido a que no había mucha acción, hasta anoche, por lo que vemos, los ejecutivos y yo decidimos traer a alguien.

— ¿Alguien? Francisco vio su bóxer un poco más adelante que él, se estiró, lo cogió y se lo fue poniendo mientras se levantaba para ver hacía la cámara, ya que era cómo ver a Charlie a los ojos ¿Cómo qué alguien? No entiendo.

— Pues, teníamos a una fan interesante que no dejaba de llamarnos y enviarnos mensajes de que era tu novia y eso. Entonces, tras una larga discusión en estos últimos dos días, decidimos traerla para dar un poco de calor.

Verónica imaginó de inmediato a Juana; la mujer atractiva y escandalosa que había visto aquella vez en el autobús y las audiciones. No esperaba que nada de eso sucediera, no le importaba si era su novia o no; pero, por algún motivo, sin entender muy bien el porqué, sintió que todo se complicaba a gran escala.

— ¿Juana? Verónica dejó escapar su nombre sin darse cuenta que lo había dicho en voz alta.

— Sí, esa misma. ¿La conoces? Charlie estaba emocionado por el interesante giro de eventos. Verónica, por su parte, se percató que lo que pensaba había

salido de su boca sin su consentimiento.

Francisco la miró, un poco frustrado y afectado por la noticia. En un principio no le molestaba lo que Juana fuese a pensar de él, pero, a raíz de lo sucedido la noche anterior, sentía una empatía por Verónica que le hizo preocuparse más por lo que eso podría significar para ella que para él.

— Este... sí, un poco. Sé quién es. Verónica observo, vacilante, al camarógrafo, pasó luego por el que sostenía el micrófono, buscó al de la corneta y luego regresó a la cámara. Estaba anonadada, su corazón palpitaba rápidamente, dejándole una sensación de vacío en el pecho.

— Pues, eso lo hace mucho mejor, en este momento debe estar llegando a la casa ¿qué oportuno no? Y no crean que no sabe nada al respecto, fue una de las primeras personas en enterarse. A pesar de la distancia que había entre ellos y la corneta, los dos podían escuchar cómo Charlie disfrutaba todo eso, dejando escapar sutiles gemidos por la risa que contenía. Bueno, chicos, los dejo por el momento para que puedan vestirse. Estos tres días restantes serán maravillosos. Alegre, se marchó interrumpiendo la transmisión.

El camarógrafo bajó la cámara, el del micrófono hizo lo mismo con lo que sostenía y el de la corneta solo se marchó. En lo que Verónica notó que todos se estaban marchando y le habían dado la espalda a la habitación, se dispuso a salir de ella. Al notarlo, Francisco la confrontó con apremio.

— Vero, espera. ¿Estás bien? Francisco la cogió por el brazo para detenerla, a lo que ella se volteó cabizbaja, absorta en sus propios pensamientos para estar de frente a él.

— Este, sí, supongo. Levantó la mirada para darle peso a sus palabras fingiendo seguridad sí, estoy bien ¿por qué? Le sonrió con ternura.

— ¿Estás segura? Esto es raro, de hecho, nunca lo habían hecho.

— Lo sé, pero no importa.

— Vero, esto no...

— No te preocupes, lo de anoche no significó nada, Fran.

— ¿Segura? Francisco la miró con recelo, sintió que menospreciaba lo que habían tenido.

— Sí, fue grandioso, no me mal intérpretes, pero fue sexo casual. Fran. Tú lo

sabes.

— Sí, es verdad. Pero, ¿Juana? Francisco empezó a preocuparse de más, sintiendo que debía hacer algo, verla a los ojos. En circunstancias diferentes, no le habría prestado atención, pero, no quería que todo lo que habían hecho la noche anterior se arruinara.

— No importa, Fran, tengo que irme ¿sabes? Debo vestirme. Después hablamos. Verónica se zafó de las manos de Francisco y se alejó.

La situación se había complicado un poco, no entendía cuál era el motivo de tener a Juana en el programa cuando ni siquiera formó parte de él. Sí había escuchado que se hizo notar el día de las audiciones al desnudarse en frente de uno de los productores, pero, eso no justificaba el hecho de que la hicieran ir cuando faltaban tres días para que se acabara el último reto. El que perdiese sería eliminado, el otro, ganaría el prestigio, algo que nunca especificaron, y dinero, otra cosa que tampoco hicieron.

Comenzaba a creer que todo eso era parte de un chiste mal elaborado, que probablemente ella no iría, que todo eso era para crear tensión; no estaba segura, no tenía forma alguna de averiguarlo.

Mientras pensaba, llegó a la habitación que ahora ocupaba sola y dejó caer la sabana porque sabía que ahí no mostraban su cuerpo desnudo; buscó entre sus prendas y se fue al baño a darse una ducha.

El agua le caía en el rostro, limpiando el sudor acumulado de la noche anterior de su cuerpo. La sensación pegajosa que le había dejado la hacía sentir sucia y desagradable.

— ¿Será cierto? Verónica continuaba pensando en Juana. ¿Qué significa que ella venga? ¿No podré ganar? ¿Ella será una participante? ¿Podrá ser eliminada?

Las preguntas llegaban como ráfagas y se iban con el agua por el desagüe.

— ¿Y si no es nada? ¿Y si sólo era para que Francisco tuviese una relación amorosa porque sabían que yo no intentaría nada con él? Pensaba.

El timbre de la casa sonó.

Francisco estaba atento a la llegada de su pareja. Luego de que Verónica se marchase directo a su habitación, hizo lo mismo, pero dirigiéndose a la cocina. El hambre del golpe de la mañana estaba molestándole así que prefirió

drenar sus dudas con los alimentos que le ofrecían allí ya que pronto no tendría esa cantidad de comida a su disposición.

Se preparó un gran desayuno y se dispuso a comerlo apaciblemente, mientras, hablaba con el camarógrafo. De repente, el timbre de la casa sonó. Eso anunciaba la supuesta llegada de Juana a la escena; sólo tenían tres días allí para saber quién ganaría y se quedaría con todo lo que ellos les ofrecían.

Él y su receptor se vieron mutuamente a los ojos, dándose cuenta que alguien debería ir a abrir la puerta; el equipo técnico no tenía la obligación de intervenir en los asuntos de la casa por lo que Francisco apartó su plato y se levantó a recibir a quien fuese que estuviese en la puerta.

— Supongo que es ella caminó lentamente hasta la puerta, cuestionándose aún si era realmente ella.

Verónica observó todo desde la ventana de su habitación que daba al frente de la casa; en efecto, era Juana, la novia de Francisco. Detrás de ella había cámaras que la seguían desde que se bajó del coche.

Cuando se asomó, ya estaba en la puerta. Su cuarto estaba al costado de la casa, lo que le daba una perfecta vista de lo que sucedía en la parte frontal. Juana se comportaba como una niña, con un bolso guindando del brazo y una pequeña maleta la cual arrastraba, lo que demostraba que tenía pensado quedarse, lo que le hizo entender a Verónica que debía compartir los días restantes con ella.

No la recordaba muy bien pero no la confundió al verla. Pedía con la mano que la enfocasen, suponiendo que Charlie les hablaba a los televidentes acerca del cambio de eventos tan repentino que habían decidido los ejecutivos del programa.

La observaba distante, indiferente imaginándose a Francisco siendo suyo. En ese momento, la puerta se abrió, descubriendo al hombre con quien se había acostado del otro lado.

Desde lejos no podía detallar su mirada, pero si la sonrisa que dibujó en su rostro en lo que se percató que del lado de Juana también había cámaras. Ella, en lo que vio que era él, le saltó encima, obligando a todos a apartarse de ellos por el repentino salto.

— Si es exagerada.

Verónica sentía que sus gestos eran sobreactuados; el verlo, el saltarle, el comenzar a besarlo cómo si lo extrañase demasiado. No conocía la naturaleza de su relación, pero dudaba de que fuese así de perfecta.

— No te lanzarías así si supieras cuantas veces se acostó con otras estando aquí.

Verónica ignoraba sus propias palabras, incluso obviando el hecho de que las estaba diciendo y no pensando. Sentía que debía odiar a Juana, por algún motivo, por alguna razón que desconocía. Por un momento pensó que se debía a la noche que pasó con Francisco, o a que podría estar sintiendo algo con él.

— No, para nada. Eso no es sacudió su cabeza no, claro que no es eso.

Juana, empujó a Francisco adentro de la casa, y le cerró las puertas a las cámaras que la grababan después de despedirse lanzándoles un beso. Otra escena sobre actuada. Verónica observó aquella escena desde lejos, pensando en que, de algún modo u otro, había perdido.

Los tres días pasaron increíblemente rápidos para los tres. Verónica se veía obligada a socializar con Francisco y su novia, con quien se sentía incomoda luego de lo que había sucedido.

Charlie, ya tenía los resultados, el final tan esperado del programa que, para los televidentes era emocionante aventura que podía ver, para ello no era más que una tortura y días aburridos en la casa cuando las cámaras no estaban grabando.

Charlie hizo sonar el redoble de tambor.

— Y el ganador es...

7

Verónica estaba recogiendo sus cosas de la casa de Karen cuando esta apareció en la puerta de su habitación. Tocó el marco para anunciarse.

— Vero, ¿cómo te sientes?

— Bien, supongo. No podría estar mejor.

— ¿Quieres hablar?

Verónica depositó las cosas que había cogido del armario, sobre la cama, y se volteó para ver a su amiga.

— Estoy bien, ya te dije. No tienes por qué preocuparte.

— Me preocupo, y mucho. No hemos hablado desde hace días, desde que regresaste de ese programa.

— ¿Qué quieres que te diga? Lo has visto todo, no hay nada que no hayas visto en ese show de mí, sabes cómo me sentía porque nos entrevistaban todos los días para saber lo que pensábamos, así que, ¿cuál es tu punto?

— Que quiero que me hables, Karen se acercó a Verónica cómo amigas ¿sí?

Verónica hizo caso omiso al movimiento de su amiga y continuó arreglando sus cosas en la maleta.

— No sé, no tengo ganas de hablar.

— Vero, tenemos que hacerlo. No has estado bien; creí que no te importaba perder o ganar.

— Todavía no me importa.

— ¿Entonces? Estás comportándote muy extraño.

Verónica dejó caer las prendas que tenía en la mano, se irguió y miró a Karen a los ojos.

— ¿Extraña? Solo estoy callada. No quiero hablar, no tengo ganas. ¿Por qué insiste?

— Porque no quiero que estés así.

— Estoy bien Verónica cambió su tono de voz a uno más apacible, quería

demostrar que no tenía problema alguno con lo que estaba sucediendo. Le sonrió, en serio. No te preocupes, todo ha salido de maravilla. Mírame se señaló a si misma de pies a cabeza estoy mejor que nunca, me están llamando para hacer otros programas. Todo salió bien después de todo.

— Sí, lo sé, por eso supuse que deberías estar feliz.

— Lo estoy forzó una sonrisa.

— No lo pareces, vero. Creo que tiene que ver con Francisco.

La mención de su nombre le hizo pensar en él. Habían pasado días desde que lo vio por última vez o hablaron. Miró de nuevo a su amiga, sonriéndole para luego hacer un gesto de indiferencia, demostrando que no le importaba, haciéndole ver que no debía preocuparse por ella y continuó recogiendo sus cosas.

Verónica no quería hablar del tema, ni pensar al respecto. Se sentía a gusto con la idea de que al final, algo interesante sucedió en aquella competencia y que, a pesar de eso, no habría motivo para preocuparse ni forma alguna de tener que ver el pasado como una molestia.

Karen se quedó viéndola mientras esta le daba la espalda para continuar con lo que venía haciendo. Sabía que algo le estaba sucediendo, que no se portaba así solamente porqué sí, pero, al ver que su amiga no quería hablar, se apartó y la dejó sola.

En lo que terminó de empacar sus cosas, se despidió para irse a la siguiente entrevista que le habían propuesto fuera del país. Las puertas que se le abrieron gracias a ese show fueron tantas que no había pensado siquiera que fuese posible a tal magnitud. Abordó un taxi que había llamado con anterioridad.

—Buenos días. Colocó la pequeña maleta a su lado al aeropuerto, por favor.

En la competencia, Francisco había dejado las cosas en claro; durante esos últimos tres días que estuvieron compartiendo, sintió la necesidad de decidir de qué lado estar.

Según lo que le había explicado Charlie, Juana no formaba parte de la competencia de la misma forma que ellos y que ella sólo ganaría si Francisco lo hacía, cosa que, al momento, estaba difícil de decidir. Verónica, a pesar de estar segura que perdería, todavía, ese día, tenía la idea de que podría ganar

aquella competencia tan extraña de la que formaba parte.

Entre ella y Francisco había algo que ninguno de los dos quería aceptar ni mucho menos divulgar. No se gustaban, de eso estaban seguros, pero durante esos tres días, pensaron en algo que podría hacerlos pasar un buen tiempo juntos y no preocuparse en el proceso, lo que los llevó a hacer lo mismo que la noche anterior a la llegada de Juana, con ella en la casa, lo que les hizo discutir su posición.

— ¿Exactamente qué estamos haciendo? Verónica estaba acostumbrada a ser la voz de la razón en los problemas que la rodeaban en aquella casa, pero, luego de la noche que tuvo con Francisco, algo la controlaba, algo más allá de naturaleza crítica y dominante.

— No sé, creo que estamos teniendo sexo y ya.

— Sí, pero, tu novia está aquí y se supone que sólo uno de nosotros dos puede ganar.

Francisco estaba colocándose el bóxer mientras que Verónica estaba recostada a la ventana viendo a Juana tomando el sol en la piscina.

— Lo sé, pero. Dejó de ponerse el pantalón para pensar mejor sus palabras. No sé, supongo que no significa nada.

Verónica recordaba aquella escena de la misma forma en que recordaba cada detalle de la noche que tuvo con Francisco. Y, de igual forma, las últimas palabras que compartieron.

— Felicidades por ganar Verónica se acercó a él, con una sonrisa. Reprimió el deseo de abrazarlo porque la relación que tenían no era tan sólida como para compartir algo así. Por lo que le extendió la mano para darle un apretón. Te lo mereces, supongo.

— Tú también llegaste lejos, mucho más de lo que todos creíamos. Francisco apretó su mano con delicadeza, al conocer de primera mano la sensibilidad de su cuerpo, y miró a Verónica reírse.

— No es lo mejor que pudiste haberme dicho, pero, no está nada mal.

— Bueno, no sé. Hiciste bien, supongo. Observó de nuevo a Verónica reírse suavemente.

— No te preocupes, yo entendí.

Juana estaba en una esquina viéndolos hablar, muy tranquilos, inconforme con que lo hicieran, considerando que se habían acostado y que eran la pareja que todos querían ver. Los dos, tuvieron un momento de silencio incomodo que no supieron cómo evitar. No se conocían mucho, no sabían mucho el uno del otro ni si realmente podían hacer funcionar lo que fuese que llegasen a tener.

En ese momento, de la misma forma en que se pusieron de acuerdo otras veces, los dos entendieron lo que debían decir.

— ¿Amigos? Al unísono, a diferencia de lo que sabía, de lo que eran capaces, de sus personalidades e idiosincrasias, estaban seguros que eso era lo que debían decir.

Al notar que dijeron lo mismo al instante, comenzaron a reírse por ello.

— ¿Por qué no nos tratamos mejor antes? Verónica fue la siguiente en hablar luego de dejar de reírse.

— No sé, no me caías bien.

— Tú tampoco.

Ambos dejaron escapar un suspiro de alivio al dejar salir las palabras que no querían tocar por temor de que el otro fuese sensible; ninguno de los dos lo era.

— No somos para nada iguales.

— Para nada.

Juana, los continuaba viendo desde lejos, inquieta, queriendo acercarse. Tenía los brazos recogidos en el pecho. En ese momento, Francisco se volteó para ver a su pareja y notó que esta lo miraba completamente molesta; giró de nuevo y la ignoró.

— Eres más inteligente que yo, y lo sabes, yo, en cambio, no sé demasiado así que, no creo que pudiéramos servir como novios. Verónica asintió con la cabeza.

El coche se detuvo al frente del aeropuerto y el chofer anunció la parada.

— Llegamos, señorita.

Verónica, extendió el dinero que debía pagar, cogió su equipaje y se bajó del coche. Faltaban pocas horas para que el vuelo saliese, por lo que estaba contra reloj; sacó el pasaje de su cartera y comenzó a correr hasta la puerta de

embarque que le marcaba en el cartón.

— ¿Estamos bien entonces? Francisco soltó la mano de Verónica, al notar que llevaban mucho tiempo apretándoselas.

— Supongo, nos mantendremos en contacto, ¿verdad?

— No sé, no creo que podremos tener más sexo después de esto.

— ¿Le contaste?

— No, pero ya lo sabe. Así que... Ambos giraron para ver a Juana, quien los observaba completamente infeliz.

Verónica montó su equipaje, el cual iba como uno de mano, por la máquina de rayos x, salió de esa parte del proceso y fue hasta el guardia que revisaba los boletos para que la dejase pasar.

— Entonces, hasta la próxima, amigo.

— Sí, hasta la próxima, amiga Vero.

Una vez dentro del avión, comenzó a buscar su asiento designado. No sabía para donde la llevaría esa aventura, cómo sería el nuevo mundo ni cómo la trataría. La habían contratado para formar parte de otro programa en donde la querían tener de imagen junto a otros del mismo show.

Ese sería su gran paso para el futuro que deseaba: lo superaría, se haría conocida, comenzaría con propagandas, luego pasaría a hacer sitcoms, después series de drama y después al cine. Lo tenía todo resuelto.

Se acercó al asiento que debía ocupar, colocó la maleta en el parador de arriba y se sentó, agotada, con los ojos cerrados y respirando agitada, al lado de la persona con la que se suponía que compartiría todo el vuelo.

— ¿Viaje de negocios o placer? El hombre se acomodó para verla de frente.

— Negocios, supongo. ¿Placer? No sé.

— Eso es bueno, supongo.

— ¿Cómo está tu novia? Verónica abrió sus ojos y se acomodó para ver a su compañero de vuelo.

— Cogiéndose a un productor famoso, supongo.

— Así que sí fue por eso que la dejaron participar a ultimo momento; los

rumores eran ciertos. Qué loco.

— Sí, quería decírtelo en persona. Francisco, se acomodó para ver por la ventanilla. Tuvimos mucho tiempo separados, así que se sintió sola.

— Vaya. ¿Y tú? ¿no estás cogiéndote a nadie?

— ¿Yo? Se giró para verla. Nada que ver negó en simultaneo con sus hombros y con la cabeza. ¿Y tú?

— Tampoco. Me concentraré en mi carrera como actriz, luego pensare en cogerme a alguien.

— Me parece bien.

Francisco, se recostó en su asiento, haciendo lo mismo que Verónica, disfrutando de la comodidad de los cojines desgastados del vuelo de clase media. Los dos se quedaron en silencio, con los ojos cerrados, sin pensar mucho en lo que estaba sucediendo; tenían sus planes para el futuro: un modelo y una actriz, yendo hacía el mismo lugar de nuevo en sus vidas.

— Oye dijo Francisco.

— ¿Sí?

— Somos amigos ¿Verdad?

— Sí. Verónica le respondía sin moverse ni abrir los ojos.

— Bien... Francisco hizo una pausa, queriendo decir algo pero ahorrándoselo. En ese momento, de la misma forma en que se pusieron de acuerdos desde la noche en que tuvieron sexo por primera vez, Verónica le hizo la pregunta que él quería hacer.

— ¿Quieres tener sexo luego de despegar? Francisco sonrió ante sus palabras. Estaba a gusto con la Verónica que conoció, tarde pero seguro.

— Vale respondió certero, ocultando su emoción.

— Vale, entonces. Verónica estaba segura que no tendría ninguna relación formal con Francisco, pero, disfrutaría con él una amistad que forjaría de a poco.

En el vuelo a su siguiente aventura, los dos estaban de acuerdo en lo que harían de ahí en adelante. Ambos sabían lo que realmente querían y lo que significaba para el otro; tal vez no serían la pareja perfecta que todos creían

que llegarían a ser, pero podrían ser dos buenos amigos, algo que ni siquiera ellos esperaban que sucediera.

Título 8

Desnúdame

Romance y Pasión con un Hombre de Verdad

1

Todo está oscuro: probablemente tengas los ojos cerrados, tal vez estés atrapada en un sueño. No lo sabes; no escuchas ni sientes nada: lo más seguro es que estés dentro de una caja o arropada entre tus sabanas. Sabes que estás consciente porque entiendes que la vida después de la muerte es un misterio para ti, para la humanidad entera, por lo que no estás pasando por eso, pero eso no peca tu interés. Estás pensando en que no ha sonado el despertador, en que el ambiente es frío y agradable; silencioso, calmado, el placer de la soledad matutina, lo que te gusta más.

Entiendes esa sensación de no escuchar, de no sentir, de estar aislada del mundo real, de lo que te rodea, de lo que sucede en tu hogar, se debe a que aún no terminas de despertarte. Sabes que en el instante en que abras los ojos las cosas cambiarán: el sonido cobrará vida, el frío mermará, las sabanas arrugadas te molestarán, la almohada caliente te dará calor, la comezón que simplemente está ahí y que nunca logras explicar aparecerá; las ganas de levantarte para ir al baño, el mal sabor de boca... todo, te traerá de golpe a la realidad.

No, tú no abres los ojos porque sabes qué quieres esperar a que suene el despertador, porque puedes dormir cinco minutos más, porque puedes descansar a pesar de no sentirte cansada. Todo está oscuro, todo está perfecto.

Pero, esos eternos cinco minutos te obligan a pensar en cualquier cosa: ¿Qué deseas? ¿Qué quieres para tu vida? ¿Qué estás haciendo para ser feliz? Pero, no desesperes, no te hagas esa pregunta todavía. Intentas despertarte porque sabes que debes ir a trabajar, o a comer, o a conocer a alguien nuevo. No te

importa, nada te importa en ese momento en que sabes que estás en paz, en el que sabes que las cosas están sencillamente mejor que nunca.

Suena el despertador.

Tu móvil, al que programaste para que te despertara a las nueve de la mañana, suena furtivo y puntual obligándote a mover. Intentas ignorarlo. Continúa sonando indiferente a tu indiferencia, a él no le importa que no quieras despertarte, él cumple con su trabajo.

Si lo dejas sonar, descansará por cinco minutos para volver a interrumpir tu paz, y así seguirá hasta que decidas cortar el problema de raíz. Pero, sabes que ya no importa. Ya el pitido de ese aparato alertó tu oído, por lo que las cosas silenciosas a tu alrededor comenzaron a reproducir sus necios sonidos.

Levantas el brazo izquierdo, aquel que no tienes debajo de la almohada que abrazabas y que no habías notado hasta ahora, para apagar el despertador; lo estiras y mientras intentas coger el aparato de la mesa, dejas caer el portarretrato, te da tedio levantarlo así que coges nada más el motivo de tu despertar, deslizas el dedo hacia la dirección que ya conoces de memoria que te permita apagarlo sin siquiera estar consciente y, cómo por un acto de magia: silencio.

De nuevo hay un silencio agradable; sólo escuchas el aire acondicionado, una gotera agobiante a unos cinco metros de tu cama, en tú lavamanos, que no sabes ni quieres acomodar: mientras puedas ignorarlo, no es un problema. Ya estás alerta, puedes volver a caer en el sueño, pero, como la mujer madura que eres, decides que debes despertarte.

¿Por qué programaste el despertador? Porque debes ir a trabajar. Tu oficina, tus clientes no resolverán sus problemas por sí mismos, para eso acudieron a ti en primer lugar. Recuerdas las veces en las que no te despertabas para ese tipo de cosas, en el que estabas en la facultad, en las que sólo ibas al colegio de niña, incluso ese año sabático en donde no pensabas más que en tener sexo con tu novio, comer y dormir. Ahora eres responsable, esa es la excusa que te das cada vez que te cuesta despertar.

Te levantas y buscas las pantuflas que están en el suelo por algún lado, y te las colocas; vas al baño a tu izquierda, liberas tus necesidades, dejas la cama atrás; vas a la cocina a comenzar tu rutina matutina. A mitad del camino te regresas, coges tu móvil, y vas donde te espera el café recién hecho.

Mientras bebes tu remedio de todas las mañanas, ves al vacío intentando comprender por qué estás haciendo todo eso, al igual que todos los días al despertar. No te gusta salir de la cama, sientes que todo es mejor ahí, aunque ya no es importante. Poco a poco el líquido caliente que corre por tu esófago va despertando cada centímetro de tu cuerpo. La cafeína alerta el resto de tus sentidos.

En lo que acabas la taza, la dejas en la mesa y caminas animada hasta el baño para tomarte tu ducha caliente; debes estar preparada para las diez de la mañana así que no hay tiempo que perder.

Una vez allí, comienzas a desnudarte, en lo que terminas, te ves en el gran espejo de la puerta de la regadera sin nada que tape tu sexo, tus pechos, tus piernas, tu abdomen; te miras exactamente cómo eres y le sonríes a tu reflejo. Es tu reflejo lo que te llama la atención esta vez, es lo que representas, lo que eres. ¿Qué necesitas para ser atractiva? No sabes por qué no sabes qué es lo que te motiva a pensar en ello.

Desconoces muchas cosas y entre todas esas, la soledad que te ataca; esa que atesoras tanto pero que en ocasiones te atormenta la espera, la expectativa de llegar y ver algo lindo, pero no lo haces. La sientes permeando tu existencia, atentando contra tu cordura y tu paz, pero que a la vez disfrutas al cruzar el umbral de tu casa luego de un día ajetreado. «No pienses en eso» te dices, sacudes la cabeza y comienzas a coquetear para levantarte el ánimo, a jugar con lo que ves.

—Nada mal Ann, estás muy hermosa hoy. Dices. Sonríes de nuevo mientras recoges tu cabello y haces una cola de caballo. □ Listo. La mueves de lado a lado, tocas tus pechos, los levantas. Das la media vuelta y aprietas unas de tus nalgas, aun viéndote en el espejo. □ Muy bien, nada mal.

Piensas que tu cuerpo no está nada mal, algo valioso que tienes aparte de tu personalidad. No debes preocuparte por lo mismo que cuando eras más joven porque esa parte deprimente de tu pasado se ha quedado atrás, en donde no te gustabas, en donde no podías aceptarte.

Te ves directamente a los ojos porque sientes que tu reflejo no te engaña, que tú misma no puedes mentirte. Te acercas a la ducha y abres la llave de la regadera para nivelar el agua justamente como te gusta; pruebas el calor hasta que consigues la temperatura adecuada y sales. Te acercas al espejo sobre el lavamanos empotrado y comienzas a cepillarte mientras esperas que todo esté

en orden.

Terminaste de cepillarte, te acercas a la regadera y te bañas.

Falta media hora para las diez y estás en tu habitación buscando qué ponerte. Sólo llevas el paño enrollado en el cabello con el resto de tu cuerpo desnudo porque no hay motivos suficientes para ocultarte: eres hermosa y estás sola.

—Veamos dices mientras abres el closet. □ ¿Qué vestiré el día de hoy? Observas entre toda tu ropa, imaginando cómo se verían. Te acercas y comienzas a descartar de las prendas que doblaste y colocaste en pila, las que tienes guindada, y así sucesivamente; □ Ésta no, pasas franelas de mangas cortas, camisas estampadas, de rallas, con lunares, unicolores; observas todo y piensas que cada una de tus prendas parecen uniforme. □ No, no, no te detienes, te alejas del closet y contemplas todo queriendo darle un nuevo enfoque: □ necesito más ropa. Pero, o sea, no es cómo que no tenga el closet repleto de prendas de diferentes colores, tamaños y estilos. Los observas.

Comienzas a descartar prendas, comienzas a buscar de entre la que tienes guindada, abres las gavetas buscando inspiración. Coges un sujetador que realza tus pechos, ropa interior de encaje que marcan tu silueta y obligan a tus nalgas a verse sensuales.

Sientes que te ves cómo en las revistas, eso te sube el ánimo. Te resignas y coges un vestido que se ajustar tu silueta. Coges una chaqueta para el frío que pueda llegar a hacer y que combina, buscas los tacones, tu perfume. Sólo falta tu cabello. Lo peinas, lo secas con la secadora hasta dejarlo liso y sedoso.

Una vez está todo listo, comienzas a maquillarte: un poco de base, sombras, rubor, delneas tus parpados, levantas tus pestañas. Te pasas el brillo por los labios y le lanzas un beso a tu reflejo. No dices mucho porque sueles hacer esta rutina todos los días, invirtiendo siempre la misma cantidad de tiempo.

Ves el reloj y notas que falta poco para las diez y veinte de la mañana, lo que significa que estas un poco fuera de hora. Coges tu cartera en dónde están todas tus cosas y corres a la puerta. Antes de salir, te detienes y repasas lo que llevas, que nada te falte.

—Móvil hablas contigo misma, con los ojos cerrados para imaginarte las cosas, esperando una respuesta negativa si se da el caso □ monedero, lentes para el sol, llaves, efectivo, las tarjetas... Repasas el resto de las cosas mentalmente y continuas con tu camino.

Sales de casa completamente segura de que nada te falta.

En la calle, caminas confiada, viendo hacia el frente porque una vez leíste que si no ves a los lados las personas se apartarán porque al mirarte a los ojos, verán que no estás vacilando y por eso te darán espacio. Eso es lo que quieres, evitar el contacto.

Continúas caminando confiada, segura de que será un día maravilloso, de que podrás lograrlo todo. La calle suena al compás de tus pasos, las cornetas se asoman en los semáforos, las personas atienden sus llamadas al móvil, otros hablan con su compañero. La música de ambiente en los locales de comida, papelerías, de inmuebles, todo vive su propia vida al igual que tú, quien camina sin problemas.

Piensas cual medio de transporte usar para llegar a la oficina y mientras descartas todos los costosos, decides por el tren. Llegas al subterráneo, recargas tu tarjeta para entrar y pasas como si nada. Llevas tiempo. Rechazas el directo porque quieres ir con calma, después de todo, vas temprano, eres tu propia jefa ¿por qué habrías de estar apresurada. Los demás también están esperando el mismo tren que tú, los ves parados en frente de las vías, pensando en que no eres la única que se despierta a esa hora.

Todos se ven solitarios y distraídos. El tren de la hora comienza a llegar, lo sabes porque el viento que empuja al moverse te vuela el cabello sutilmente. Giras en torno al túnel y lo ves.

Ya estás un paso más cerca del trabajo. Tienes los brazos cruzados y estas apoyada más sobre una pierna que de la otra; el vehículo medianamente lleno se va deteniendo lentamente mientras que las personas, al igual que tú, se van acercando a sus puertas. Según tus cálculos, justamente en donde estás parada, estará una entrada, así que esperas, viendo hacia el frente, observando tu reflejo en el espejo de los vagones que pasan.

Las personas adentro que ven por la ventana ignoran tu presencia, ajenos a lo que piensas a lo que estás haciendo allí parada. En lo que se detiene por completo y se abren las puertas, ingresas con calma buscando con la mirada un asiento en donde no tengas a más nadie al lado, en donde puedas decidir sentarte: cerca de la puerta, alejada de ella.

Quieres tener opciones. Ves a varios adolescentes sentados en una esquina escuchando música, un ruido que también percibes porque decidieron no

llevar audífonos. Los ignoras para no molestarte con nadie y mientras caminas por el pasillo con naturalidad, encuentras un asiento en donde no hay más nadie. Fortuna la tuya.

Lo ocupas y te sientes aliviada. Respiras profundo con los ojos cerrados, sabiendo que estarás cómoda durante todo el viaje. Las puertas de los vagones se cierran y el tren se empieza a mover. Esa es la señal que tienes para relajarte por completo así que abres tu bolsa y buscas algo adentro.

Empiezas a apartar las cosas que tienes allí, coges el móvil y continúas buscando otra cosa. Esperas escuchar música durante todo el viaje, así podrás desconcertare de los molestos adolescentes a tu derecha que no se preocupan por la contaminación auditiva; mientras revisas entre tus objetos personales, buscas apoyo en la mirada de otros adultos responsables, intentando saber si alguno de ellos comparte tu opinión acerca de las ridiculeces de los jóvenes en el vagón.

Todos parecen distraídos, sumidos en sus propios problemas, en sus lecturas, en sus mensajes de textos, en sus conversaciones. A nadie parece interesarle que aquellos jóvenes estén quejándose en voz alta, con su decepcionante intento de música y arruinando todo lo que parece bueno en la vida. Sigues revolviendo tus cosas, lo que quieres parece estar oculto muy bien allí adentro.

Pero no te preocupas demasiado, tal vez a nadie más le importe, sin embargo, tú estás consciente de ello y eso te hace sentir mejor; no puedes hacer otra cosa, mas, que ignorarlos. ¿Qué importa? Continuas con lo tuyo, bajas la mirada a tu bolsa porque debe ser que no lo hayas tocado y no identificado con el tacto; tal vez, si te concentras, puedas encontrarlo.

Pero, no, por lo que ves y sientes, no está.

—¡Qué! murmuraste porque sabias que sólo pensarlo no le daría suficiente fuerza a tu expresión. □ ¡Rayos! Mis audífonos no están. Ahora tendré que soportarlo todo no te tranquiliza tener que escuchar a los demás, con sus problemas, con sus quejas. A esos adolescentes molestos.

Antes de salir habías repasado todo, pero no pensantes en lo más importante: los audífonos, tu mejor herramienta para ignorarlos a todos. Empiezas a buscar desesperada adentro de la bolsa con la esperanza de que estén allí escondidos, enredados entre alguna otra cosa que los oculta muy bien de ti.

Abres los bolsillos, ves entre las costuras demasiado grandes, te tocas las piernas cómo si tuvieses en donde guardarlo en el vestido de una sola pieza que te queda ajustado. Levantas la mirada y miras a tu alrededor creyendo que así verás en dónde los dejaste caer.

—¿Los habré dejado caer cuando pagué la tarjeta? piensas que no, que es imposible, no escuchaste ni sentiste nada. ¿Dónde los habrás dejado?

Haces un recorrido mental de los lugares en donde estuviste; todo a tu alrededor desaparece, sólo ves, en tercera persona, aquello que habías hecho desde que saliste de casa. Bajaste las escaleras, cerraste la puerta de la calle, comenzaste a caminar hacia el sur, viendo siempre al frente para que los demás se apartasen de tu camino. Buscaste algún taxi para pedirle que se detuviese, pero luego, a unos cuantos metros del subterráneo, decidiste que sería mejor irte en tren.

Por lo que sabes, en ningún momento abriste tu bolsa, o dejaste caer algo de tu mano, así que, lo más probable es que no los hayas llevados. No recuerdas la última vez que los viste o usaste, lo que dificulta tu pesquisa de los acontecimientos. Repasas mentalmente lo que hiciste la noche anterior; vas en orden regresivo, paso por paso, en algún lugar debiste haberlos dejado.

Te acostaste, no. Te hiciste la cena, tampoco. Encendiste el televisor ¿habrás visto televisión con audífonos? No, mucho menos. ¿Cuándo llegaste del trabajo, estabas escuchando música? Te imaginas a ti misma entrando a la casa con los auriculares puestos a pesar de no recordar muy bien si fue así. Aunque no era.

Continúas repasando todo hasta llegar a tu oficina ¿lo habrás dejado ahí? Piensas en lo que habías hecho, en las cosas que hiciste allí antes de irte para saber si consigues alguna pista; en este instante, recuerdas que te habían llamado. Atiendes con el botón de tu audífono y tratas de hablar; no te escuchan bien así que decidiste quitártelos y los dejaste en la gaveta. Luego de eso, te concentraste en la llamada olvidándote por completo de ellos y saliendo de allí.

—Los dejé en la oficina... Demonios. te dices, abriéndote paso a la realidad. Te encuentras sentada en el tren que te llevará al trabajo, con una de tus manos dentro de la bolsa y la mirada perdida. ¿ahora qué? no puedes vivir sin audífonos, mucho menos si falta tanto para llegar. La parte positiva es que, de regreso, podrás tenerlos de vuelta.

Piensas que no debiste haber dejado pasar el directo, ahora toca hacer todo el recorrido, escuchando a los jóvenes molestos que están sentados a unos cuantos metros de ti y, sumado a eso, a todos los demás ciudadanos que abordan ese tren.

Respiras profundo, te has resignado. Lamentas de nuevo no haber cogido el directo, pero...

—No importa ¿ya qué? no te queda de otra, no te bajaras antes o cojeras algún taxi, así que aceptas que deberás tomar ese viaje dentro del mundo real. Haces una pausa mental y regresa el fantasma de tus problemas □ ¿cómo rayos pude haberlos dejado?

Respiras profundo, de nuevo, e intentas calmarte. Tus pensamientos empiezan a invadir tu cordura, colocándose en tus oídos, hablando con tu voz, presentando tus problemas, aconsejándose unos a los otros queriendo resolverlo todo con mayor facilidad. Tú, tratas de no enfocarte en nada que no sea necesario, sólo quieres llegar al trabajo e ignorar el problema de tus audífonos por una buena vez.

Miras a tu alrededor buscando alguna distracción; el tren se detiene porque llego a su siguiente parada así que algunas personas se levantan de sus asientos. Los jóvenes comienzan a acercarse a la puerta lo que te procura un gran alivio: se irán y te harán el viaje un poco mejor. Todo se queda en silencio, ellos estaban contaminando el lugar; te les quedas viendo mientras salen del vagón y desaparecen en la estación de trenes, como suben por las escaleras eléctricas, como se pierden entre la multitud.

Mucho mejor.

En ese instante, con las puertas a punto de cerrarse, escuchas unos gritos de apremio; dos personas llaman tu atención.

—Corre, Joe, rápido una chica atraviesa la puerta, agitada, un poco sudada; se nota que había estado corriendo. Se da la vuelta y le habla a alguien afuera el vagón □ ¡Vamos! Corre, que se nos va el tren. ¡Entra! ¡rápido! Que se cierran las puertas.

En lo que ella termina de hablar, escuchas una voz, distante, pero clara:

—¿Cerrarse? Aún falta que se cierre, aguanta un poco. Seguido de ella, aparece un chico, apuesto, pero no lo suficiente para ti, igualmente cansado, o tal vez un poco más.

—Y se agacha para tomar aire. □ todavía... las puertas se cierran a su espalda, unos cuantos segundos después que entra.

—¿Ves? Te dije. Ella le sonrío. Se ve satisfecha por haber tenido la razón. □ Pero bien, ya estamos adentro, ya no importa. observas a tu alrededor para ver si eres la única que consigue extraño que los dos estén hablando muy fuerte. Pero, de nuevo, los demás parecen no imprimir importancia alguna en ello.

—Perfecto ¿ahora qué? El chico, Joe, habla entre jadeos; detectas un tono de molestia en su voz.

—Bueno, pues esperamos a que lleguemos a la estación y nos bajamos ¿o no? Joe se yergue.

—Vale cambia su actitud y, con las mano en la cintura cómo su hubiese culminado una gran tarea, comienza a ver a su alrededor; tu mirada y la de él se cruzan rápidamente lo que te obliga a apartarla porque te diste cuenta que estabas viendo muy fijamente en su dirección. A él pareció no importarle o, siquiera se dio cuenta.

—Vamos a sentarnos, estoy molida.

—Te sigo.

Los dos comienzan a buscar un asiento, hasta que hallan uno justo en frente de ti. Se sientan y continúan con su conversación. Te parecen interesantes, más que todo, porque son las únicas dos personas que no modulan su tono de voz para que los demás no los escuchen, lo que te facilita las cosas y te permite concentrarte más en ellos.

—Una, dos, tres, cuatro... cinco estaciones son las que nos faltan para llegar. La chica contaba con el mapa dibujado en una de las esquinas de la pared.

—Que molestia ¿por qué no pudimos coger un taxi? Te dije que podíamos pagarlo al llegar.

—Porque dejé mi monedero, por eso.

—Eso no tiene sentido, además, ¿por qué dejaste el monedero, Susan? Te dije que revisararas antes de salir.

—Bueno, bueno, se me olvido. Pero no importa, ya estamos aquí y vamos a buen tiempo.

Los dos hicieron silencio por un rato, sacaron sus móviles para revisarlos por

lo que supones que ya no hablarán más. El fastidio te comienza a molestar con un golpe de sueño que te pide que cierres los ojos. No te quedarás dormida, solo dejarás descansar tus parpados, total, ya no hay más nada que te distraiga; todos parecen apreciar el silencio, porque solo escuchas los discos del tren rechinando por las vías, sientes el viene y va del vagón; con los ojos cerrados solo percibes el paso de las sutiles luces del túnel, de los apagones de las luces del vagón. Todo va con calma.

Empiezas a dejarte llevar por todo eso y te relajas.

—¿Cómo que «es complicado»? la voz de Susan te despierta de tu trance casi cómo una patada en el vientre dada con odio. Abres los ojos y ves como la chica le da una palmada de rabia en el pecho a Joe.

—¿Qué te sucede? ¿De qué hablas? Joe la recibe sin ningún problema, parece que no le dolió. Abres y cierras tus parpados para enfocar mejor luego de estar a punto de medio dormirte y te concentras de nuevo en ellos.

—¿Por qué tienes «es complicado» cómo tu relación en Facebook? Susana le muestra el móvil a Joe, supones que está enseñándole aquello que le está mencionando. Él se acerca para leerlo.

—Susana, eso es viejo. No tiene nada que ver Se excusó. A ella no le pareció suficiente.

—¿Qué te parece complicado? ¿Te parece complicada nuestra relación de cinco años...

—Así que son novios piensas.

—...juntos, nuestro matrimonio? ¿Eso te parece complicado? exclamó ella, obviamente molesta.

Aguantas las ganas de reírte porque los tienes al frente, no quieres que sepan que los estás viendo a pesar de que no haces mucho para ocultarlo. Pero deseas saber más. Los observas intrigada, interesada, deseosa. ¿Cuáles son las motivaciones de esa pareja? ¿Todas son así? ¿Desde cuándo no sales con alguien que este tipo de cosas te son ajenas? Por algún motivo, agradeces no tener tus audífonos.

—Susana, amor, no tiene sentido que te molestes por eso, sólo no lo he cambiado, eso es todo. Joe se mostraba pasivo, te era obvio que quería acabar con esa discusión de inmediato.

—No me respondiste, Joe ¿qué es complicado?

—Nada, amor, eso es viejo, no tiene nada que ver contigo...

Te ríes. Dejas escapar una sonrisa ante las últimas palabras de Joe.

—No debiste haber dicho eso, Joe piensas, y, casi como si Susan hubiese pensado lo mismo, ella le responde molesta:

—¿Nada que ver conmigo? sientes que puedes palpar su ira □ ¿Entonces con quién? Joe ¿ah?

Ves como Joe comienza a parecer preocupado, nervioso. No sabes si habrá hecho algo malo, si sólo fue un error, le ofreces el beneficio de la duda y lo dejas ahí, queriendo saber cómo se desarrollarán los hechos. Joe traga saliva.

—Amor, amor... trata de calmarla. Sabes que no servirá de nada □ Eso no es importante, es nada. Fue un error, lo puse sin querer y no creí necesario cambiarlo, de todos modos, tú sales soltera.

Susan aparta la mirada de Joe, sabes que no quiere escucharlo. Ella mira hacia el frente en donde te encuentras lo que te obliga a apartar la mirada, enfocándote en ellos solo de reojo para parecer que fue una mera coincidencia que estuvieses viéndolos.

Te percatas que comienza a respirar con fuerza, controlada por la ira ¿Qué sucederá? Piensas, no sabes si pelearan. Miras a tu alrededor, recordando que no están ustedes tres solos y ves que no eres la única que había estado escuchando su discusión, era evidente, hablaban muy fuerte para estar en un lugar callado.

Tratas de actuar natural, no mostrar que estás buscando la mirada de nadie, ni siquiera de Joe o Susan. De reojo, te das cuenta que él busca los ojos de los demás, supones que está viendo quienes se entrometen en su discusión marital. Tú no, tú sólo estás viendo a tu alrededor, no te importa, eso es lo que quieres que él crea. Así que cuando ves que no hay moros en la costa, vuelves a ver, sutilmente, en su dirección.

Joe, se acerca a su esposa para abrazarla con cuidado, y comienza a proferirle mimos; no los escuchas, se los dice al oído, sabes que no son amenazas porque está sonriendo, ves que ella sonríe también; notas cómo sus mejillas se ruborizan, cómo parece sentir escalofríos en su cuello. Acto seguido, Joe saca un chocolate de su bolsillo y se lo coloca en frente, ella lo ve y lo coge con un

brillo de alegría en los ojos; supones que se reconciliaron.

—Vaya no te lo esperabas, parecían tan molestos al principio. □ Eso fue rápido. Piensas.

Esa escena te deja pensando. ¿Cuándo fue la última vez que te reconciliaste tan rápido luego de una pelea? No lo recuerdas, ha pasado mucho tiempo, tal vez demasiado porque sin importar qué, las discusiones a las que estás acostumbrada no terminan de ese modo.

Tal vez puedas aprender a hacerlo, pero sabes que el pensamiento si acción no te llevará a nada. Los sigues viendo hasta que se bajan del tren, agarrados de la mano y felices, dejándote atrás, con tus pensamientos y tus preocupaciones. De nuevo, lamentas no haber llevado tus audífonos, te habrías ahorrado esa sensación de derrota que estas sintiendo ahora que entiendes que una relación puede ser hermosa cómo esa.

Cuando llegas a tu destino, te levantas y caminas hasta las escaleras eléctricas cómo todos los demás, aun sintiéndote mal, extraña. Sabes que es algo realmente hermoso, que extrañas, que ya no te sucede, quieres que te traten así, que te mime. Lo tienes todo, pero, no eso.

¿Exactamente qué quieres? Porque estás caminando distraída, ignorando el sonar de tu tacón, las palabras de los demás, las miradas lascivas de los hombres que te observan pasar con tu ajustado vestido que realza tus nalgas y afianza tu busto. Tus pasos, descuidados e instintivos, se van acercando a tu oficina, llevándote sin que te des cuenta, porque estás pensando, cogitabunda, preocupada.

—Buenos días, Ann, ¿cómo amanece? dice la recepcionista, María. Su voz te despierta, sabes que estás ahí pero no recuerdas cómo llegaste; estabas en otro lado.

—María, buenos días. Cambias tu semblante, sin detenerte, por uno más empático, le sonrías. □ De maravilla, querida. ¿Cómo amanece tú?

—Igualmente. te responde pero sin verte, atenta en su trabajo □ buenos días, bufete de abogados kalbi, ¿en qué puedo ayudarle?

Dejas a la recepcionista atrás, atendiendo su llamada, nunca fue tu intención quedarte a conversar con ella; aparte de su nombre, no sabes mucho de su vida. Pero no te importa, vas hasta tu oficina, en donde te acercas a tu escritorio y dejas tu bolsa, te sientas, abres la gaveta en la que sospechas que

estaban tus audífonos.

—Aquí están. ¡Sí! Los encontré. Los tomas con ambas manos y suspiras alegre, no importa qué digan los demás, eso es importante para ti, de hecho, te hizo olvidar aquello en lo que pensabas de camino a la oficina □ ¡Qué alivio! sonríes hasta que el sonido que emite un nudillo al golpear un vidrio te alerta. Abres los ojos.

—¿Qué te causa alivio?

Un hombre mayor, vestido en un traje evidentemente caro, está a tu puerta.

—¡Papá! te sorprendes a ver a tu padre. De hecho, te alegra □ ¿Qué haces aquí? te levantas y guardas los audífonos en tu cartera asegurándote de que se queden allí. Vas hasta donde tu padre para darle un abrazo.

Él te responde con uno igual. Ambos se quedan por varios segundos entre sus brazos y se apartan luego de darse un beso en la mejilla. Te da la vuelta como si estuviesen bailando

—Te ves hermosa, ¿así vienes al trabajo todos los días?

—Es sólo el uniforme. Ríes.

—¿Este es tu uniforme? Tu padre aparta la cabeza, asomándola por la puerta de tu oficina hacía afuera, gira, buscando algo y luego regresa. □ Pues no veo a ninguna otra dama tan hermosa cómo tú.

—Jajá, estaba bromeando, papá.

—Lo sé. Te devuelve el gesto.

—¿Qué haces aquí, papi? No esperaba verte.

—Bueno, quería verte, hablar un rato... nada del otro mundo.

Piensas que debes estar cansado.

—Ven, vamos, entra, toma asiento.

Los dos se acercan a un sofá que tienes a una esquina de la oficina para relajarte o quedarte a veces cuando te coge la noche.

—Y qué más, hija ¿cómo te va?

—De maravilla. Tengo buenos clientes, tengo un caso ejecutivo en unos días, todo bien. ¿Y tú? ¿Cómo van las cosas en la oficina?

—De maravilla, acabamos de absorber una empresa y estamos haciendo los trámites legales así que, cómo John me dijo, vine a verte.

—Creí que habías dicho que querías verme, hablar un rato, no que era sobre tus asuntos de negocios. Se lo dices jugando, con un tono sarcástico y burlón. Sonríes.

—Claro, claro. No he visto a mi preciosa hija y por eso quería venir a decírtelo en persona. Pude haberte llamado ¿sabes?

—Por supuesto, no me cabe duda de ello. dices, con una evidente indirecta llena de sarcasmo □ Y, qué más, cuéntame. ¿Cuál empresa absorbieron?

—Bueno, una de telecomunicaciones, que está creciendo muy rápido, ofrecimos una oferta que no pudo rechazar y gracias a eso nos expandimos.

—Vaya, me alegro.

Los dos suspiran de alivio. Estás alegre de ver a tu padre de nuevo. Hacía varias semanas que no se encontraban. Colocas tu mano sobre la de él y lo miras a los ojos.

—¿Ya comiste?

—¿Comer? Este... tu padre hace una pausa □ no dudas de su palabra.

—¿En serio? Dime la verdad papá.

—Está bien, sí desayuné, pero no fue nada especial.

—¿Qué comiste?

Tu padre te mira culpable, sin ganas de decirte la verdad.

—¿Papá? le miras con severidad, queriendo sacar la respuesta con la intensidad de tu mirada □ Dime.

—Está bien... comí un poco de cereal con leche.

—Papá... eso no es comida. ¿Por qué no pides que te preparen algo completo?

—Es que no quiero molestar a nadie. Además, iba tarde y quería venir lo más pronto posible.

—Papá, le pagas a personas para que limpien tu casa, para que hagan las labores del hogar, es decir, solo tienes que pedir que te alimenten. Se te ocurre una gran idea, decides intervenir. Te levantas, coges el móvil y anotas □

llamaré a la casa para dar instrucciones de tu comida.

—No tienes que hacerlo, mi vida. Yo comeré.

Lo miras a los ojos, dudando de su honestidad.

—Uhm... digamos que te creo.

Estás preocupada por la salud de tu padre, necesita comer sano, siempre lo motivas a tener una dieta balanceada, lo que implica que debe comer cosas saludables en el desayuno; te molesta que no esté haciendo lo que le dices.

—Debes comer algo mejor, debes tener hambre. ¿Cierto?

—Un poco. Ves que se comporta como un niño pequeño.

—Ese cereal no es un desayuno apropiado. Así qué, le das la mano, invitándolo a levantarse □ yo no he desayunado, ¿me acompañas? le sonrías.

Tu padre levanta su brazo derecho y ve su reloj.

—Veamos... sí, me da tiempo. Pero debemos volver pronto.

—¿Volver? ¿Por qué?

—Porque quiero estar aquí cuando hablen sobre los asuntos legales. Será el nuevo subdirector te parece una buena noticia.

—¿Entonces no te encargarás de ella?

—No, él será quien se encargue de ella, así que, lo que yo quiero es estar presente en todos los asuntos concernientes y verlo actuar

—Oh, claro te lo imaginas, completamente vestido de traje, llegando a tu oficina hablando de negocios. No estás acostumbrada a eso, pero supones que deberás acostumbrarte.

—Pero creo que no hay problema así que... tu padre se levanta □ Vamos.

Das la media vuelta, coges tu cartera y ambos salen de la oficina. Tu secretaria sale de una de la oficina de al lado en lo que escucha el sonar de tus tacones; la miras y piensas que ha sido muy oportuna al salir justo a tiempo.

—Oh, Gaby. Qué bueno que te veo... mira, saldré comer con mi padre, así que no estaré por un rato.

—Bien Gabriela anota en su tableta lo que le dices.

—Por favor, desplaza la reunión con el señor del embargo para más tarde. Tal

vez me tome una hora comiendo, no sé, si algo se presenta yo te aviso. Gabriela continúa anotando, luego de terminar, levanta la mirada.

—Okey, bien, bien parece que terminó de anotar □ ¿algo más?

—No sé, haces un mohín de duda □ ¿tengo alguna otra cita para hoy?

—En la mañana... mira su tableta, mueve su dedo varias veces □ no, pero... si en la tarde; tienes varias.

—Vaya... no me acordaba... bueno, entonces... tu padre te interrumpe.

—Si quieres comemos otro día, querida. Yo sólo vine a verte un rato.

Te das la vuelta para ver a tu padre, quien tienes atrás.

—No papá, no dejaremos pasar este momento. Regresas a ver a tu secretaria □ Este, veamos, ¿qué más? ¿Qué más? Algo se te olvida, comienzas a buscarlo entre tus recuerdos; miras a tu padre buscando alguna idea porque sabes que algo te falta, él entiende tu gesto y trata de mencionarte pero antes de hablar, recuerdas qué debías decirle. □ Ah, sí, tendré una reunión con mi padre sobre el trabajo. Así que agrégalo.

—Cita con papá termina de anotar □ Listo. Levanta la mirada y te sonrío.

—Perfecto entonces, nos vamos. Avísame cualquier cosa, Gaby.

—Eso haré. ¿Cambio alguna otra cosa?

—No, tranquila, todo está bien, cualquier cosa, yo te llamo.

—De acuerdo. Asiente afincando el gesto. □ Que disfruten su desayuno. Se lleva la tableta al pecho.

Tú y tu padre continúan con su viaje a la cafetería que tenías en mente.

—Bien, ven, papá, conozco un lugar en donde hacen el mejor desayuno.

—Bien. ¿tomaremos tu coche o el mío?

Lo miras cómo si no aceptases que estuviese bromeando.

—¿Iríamos en alguna otra cosa?

—No tu padre se ríe. □ Muy gracioso y todo, pero: ¿Cuándo tendrás tu propio transporte?

—No lo sé, papá, no es lo mío, yo soy más de las que prefieren estar en el asiento del copiloto □ levantas la mano y te despidas de la recepcionista.

—No tienes que comprarte uno, es decir, sólo tienes que pedírmelo y yo te compro cualquiera.

—No necesito un coche, papá, yo no manejo. Y sabes que me puedo comprar uno.

—Pero es que quiero dártelo; nunca me lo has pedido, quiero darte un coche.

Sientes cómo las palabras de tu padre te hacen sentir incomoda. No te gusta la dependencia, no aceptas que los demás te ayuden, el que tu padre te diga que necesitas de él es regresar a esa época en la que no podías pagar tus propios gastos. Ahora eres una mujer segura, por lo que sabes qué responder a eso.

—Papá Le dices con necesidad. No aceptarás algo tan costoso como un coche, mucho menos de tú padre. □ Sabes que no me gusta. Además, no es como que lo necesite, el subterráneo me trae directo hasta aquí. Llegan al ascensor y le das al botón para llamarlo. Te colocas en frente de tu papá, ambos justo delante de las puertas que pronto se abrirán.

—Lo sé, lo sé. Pero ya no eres una niña, mi vida, eres una mujer profesional, debes representar esa imagen y demostrar que tienes comodidades.

—¿Y cómo me haría ver mejor tener un coche? Las emisiones, el tráfico, los cuidados de cada repuesto. Si es mío, me molestará. No es sencillo, sale mejor estar a pie. Además, hago ejercicio. Levantas la mirada para ver por dónde va el ascensor. Tu padre hace lo mismo, suelta un suspiro.

—Podrías tener uno eléctrico, salir más temprano para que no cojas tráfico, y no estás en un país tercermundista en donde los repuestos o el cuidado de tu coche sean un problema.

Tu padre tiene un punto. El ascensor avisa que ha llegado y las puertas se abren, ambos lo abordan.

—No sé, no sé. Te miras en el espejo, te acomodas el cabello a pesar de no necesitarlo. Ambos se dan la vuelta y se ponen de frente a las puertas, uno justo al lado del otro. □ sigo diciendo que no es un buen plan.

Las puertas del ascensor se cierran. Sales del edificio del bufete en donde trabajas para ir al coche que te espera en frente de la puerta con un chofer sosteniendo la puerta para que entres.

—Buenos días, Ben ¿cómo estás? le sonríes a Ben con amabilidad y afecto. Lo conoces desde hace mucho tiempo, le trabaja a tu padre desde que eras una

niña pequeña.

—De maravilla, señorita Ann, es un gusto volver a verla.

Entras al coche, y tu padre te sigue. Ben cierra la puerta y corre hasta su puerta para abordarlo igual y encender el motor.

—¿Para dónde vamos, señor, Jones? Ben los mira desde el retrovisor.

—Este, no sé. Tu padre te mira □ ¿para dónde vamos, querida?

No recuerdas la dirección, así que prefieres darle las indicaciones de cómo llegar.

—Sigue derecho, yo te aviso que salida tomarás.

—Perfecto.

Ben se endereza y comienza a manejar. Luego de varios minutos manejando, llegan a su destino, en donde se haya el desayuno que le prometiste a tu padre. Ben les abre la puerta y se bajan del coche hasta entrar al restaurante y hacer su pedido. Buscan una mesa desocupada en donde puedan cómodos.

—Allá, papá, creo que ahí está bien. Señalas el lugar que viste, el que siempre tomas; justamente al lado de la ventana que da la calle, en donde te agrada mirar a las personas pasar.

—Creo que está bien. ¿Te gusta ahí?

—Sí, siempre como de ese lado.

—Entonces ahí será.

Coges el menú plastificado que había en la mesa al lado de la puerta y guías a tu padre por las demás mesas hasta llegar a la que querías.

—Esto está muy solo para ser un lugar en donde sirven buenos desayunos.

—Bueno, casi las doce, papá, no conozco a muchas personas que desayunan a esa hora.

—Y, ¿estás segura que nos atenderán entonces?

Se sientan, uno al frente del otro para verse mientras comen.

—Sí, suelo venir a esta hora. Estas viendo el menú que cogiste, observando todo lo que allí sirven a pesar de que ya lo conoces casi de memoria. Lo haces por compromiso y porque deseas saber que quiere tu padre. □ Bueno, creo

que yo pediré unos panqueques, ¿qué quieres tú?

—No sé, ¿qué más tienen?

—Tienen tostadas, panqueques, omelettes... ¿cremas de arroz? te parece asqueroso y lo descartas □ avena... uhm, y...

—Entonces serán panqueques. Tu padre te interrumpe.

—Sí, mejor. Buscas en dónde está el camarero. Ves a varias personas comiendo, a otro entrando y a varios empleados ocupados. En lo que consigues a uno libre, intentas llamar su atención levantando la mano □ Por favor, queremos pedir.

Pides los dos platos de panqueques y dos bebidas medianas. Una vez que se va, coges tu móvil y comienzas a revisar si no te ha llegado ningún mensaje. Te introduces de lleno en ello, concentrándote en lo que ves y buscas, hasta que tu padre rompe tu concentración.

—¿Y cómo te va en el trabajo?

Levantas la mirada, dejas el móvil en la mesa y miras a tu padre.

—¿En el trabajo? Piensas un poco. Las cosas van bien, ¿con qué puedes comenzar? □ Bueno, hasta ahora, todo va de maravilla. Estoy a punto de ser socia de la firma así que tengo bastante trabajo por hacer.

—Qué bueno, ¿y qué más? ¿Algo nuevo te ha sucedido, o cualquier otra cosa?

Piensas en las dos últimas cenas que tuviste en diverxo, en la película que viste en el cine, sin compañía, en tu encuentro con tu hermana la semana pasada, en las compras que hiciste para la casa, o tal vez en lo que aprendiste hacer viendo tutoriales de YouTube. Incluso, puedes decirle de aquello que viste acerca de cómo te sentiste con respecto a las relaciones.

Tus inseguridades, tu abstinencia sexual por los últimos días llegando tarde sin poder enfocarte en ello, el estrés por el que pasas al tener que trabajar día y noche en ser parte de la firma, ocupándote, casi no estando en la casa. Te pierdes en tus pensamientos sin saber qué es más prudente de mencionar al hombre que dedicó su vida a criarte.

—¿Ann? Querida, ¿en qué piensas? Tu padre, de nuevo, te trajo al mundo real, quebrando tus pensamientos profundos. Lo miras queriendo poder decirle algo, cualquier cosa que sea de utilidad para que entienda que todo está bien.

—Ah... reaccionas y divagas un poco □ este, en nada, creo.

—¿En nada? En qué piensas ¿sucede algo? tu padre cambia su tono de voz, demostrando preocupación, un poco de ese afecto paterno que mantuvo durante toda tu infancia. Sacudes tu cabeza para aclarar las ideas.

—No, nada, no te preocupes. No pensaba en nada importante.

—¿Segura?

—Sí.

Tu padre te mira dubitativo, desconfiando, tu entiendes ese gesto, pero le sonríes para que desvíe su atención de ello, lo que te importa es que él sepa que todo está bien, perderte en tus propios pensamientos así, tan de repente, hace que las personas se preocupen.

—En serio, papá, no importa. Sígueme diciendo. Lo motivas a que olvide lo que acaba de suceder.

—Amor, solo te pregunté cómo te ha ido últimamente.

—Bueno, me ha ido bien, dentro de lo que cabe mencionar.

—¿Cómo así?

—Estoy trabajando duro, disfrutando mi juventud; uno que otro problema menor con algunos casos, pero, del resto, nada que valga la pena resaltar.

—Está bien. Y, dime, ¿cuándo piensas hacerme abuelo?

Los platos llegan luego de diez minutos de espera los cuales te parecieron fugaces, esperas que los coloquen en la mesa. Agradeces no tener que responder a esa pregunta, entendiendo para donde se dirige.

—Gracias le agradeces al mesero, y coges los tenedores para comenzar a comer.

—Que disfrutes tu desayuno, querida.

—Igual tú papá.

Extiendes tu brazo y coges la miel que te colocaron al lado del plato para verterla sobre los panqueques; de una forma muy americana, dejas que caiga sobre los tres trozos de masa asada en tu plato, le esparces un poco de azúcar, pruebas una de las fresas al lado del plato y miras a tu padre.

—Se ve bien ¿verdad?

Ves que tu padre está esperando por la miel, y se la pasas.

—Sí, se ve muy apetitoso. ¿Cómo conociste este lugar?

—Estaba de paso un día. Cómo suelo caminar al trabajo eso te da una idea para usar □ ¿ves? Es bueno que no haya tenido un coche, de lo contrario, no habría conseguido este lugar.

Tu padre te mira dándote a entender que ese no es un motivo suficiente para justificarte.

—¿Qué? Es verdad, de haber tenido coche, no estaríamos comiendo este grandioso desayuno.

—Digamos que sí.

—Vamos, come, antes que se enfríe.

Los dos comenzaron a cortar los bocados que consumirían casi al mismo tiempo. Tu sientes cómo la suavidad panqueque bailando en tu boca, apreciando la forma en que se disuelve casi sin tener que masticarlo. El dulzor junto con la acidez de la fresa, las cuales hacen una armonía, una danza perfectamente sincronizada que te obliga a suspirar porque el oxígeno sabe diferente ahora.

—Que deliciosas, no me cansaré nunca de comerlas.

—Vayas, son realmente buenas.

Los dos se comen sus desayunos, deleitándose con el sabor plasmado en aquel platillo bien estructurado. Prefieren hacer silencio, no lo dicen, pero se ponen de acuerdo porque saben que si hablan no podrán disfrutarlo apropiadamente. Pasan varios minutos cortando cada bocado, vertiendo miel, tomando pequeños sorbos de la gaseosa que habías ordenado, hasta que de pronto tu padre interrumpe aquella afonía con una pregunta.

—Entonces, mi vida ¿qué piensas en darme un nieto? tu padre no levanta su mirada, a diferencia de ti, que lo ves cortar pedazos de su panqueque, articulando palabras sin verte a los ojos.

—Papá, no empecemos de nuevo. ahora si se enfoca en ti.

—¿Qué? Pero si solo quiero saber si podré tener un nieto o no.

—¡Papá! apartas tus manos del plato, dejando los puños cerrados lado a lado, con los cubiertos en vertical. Estás cansada de que tu padre insista tanto en ello. □ ¿por qué siempre tienes que decir eso?

—Está bien, está bien. ¿sí? intenta calmarte, también deja de comer □ solo digo, creo que te has estado relajando demasiado, te has dado el placer de estar tranquila, de tener una persona con la cual compartir. Pero parece que no estás del todo enfocada en formar una familia.

—Papá, sí quiero tener una familia. Pero, es que divagas un poco □ solo que no se ha dado el momento adecuado. Eso es todo. tu padre comienza a verte preocupado, como si estuvieses arruinando tu vida o algo por el estilo.

—Ann, mi amor... una mirada insistente, sabes por donde va todo eso.

Tu padre está interesado en tu bienestar emocional, quiere tengas un hijo con ese alguien especial que por tanto tiempo buscaste, para que superes esa experiencia desagradable que tuviste en el pasado al terminar con tu antigua pareja y a pesar de que él es algo por lo que ya no te preocupas, los problemas que eso acarreo, te han hecho dudar de hacer las cosas cómo quieres. Una familia requiere de mucha participación y no todos los hombres están en posición para hacerlo.

Eso te trajo recuerdos molestos que creías haber olvidado ya. Suspiras de arrepentimiento, cansada, sintiendo que tu padre logró arruinar un perfecto desayuno con un simple comentario; sientes que también es tu culpa, que debiste haberlo visto venir, que era de esperarse que te sacara a relucir algo parecido. Tal vez, sólo tal vez, entiendes que lo que importa es no enfocarse en ello, pero, no logras verlo de otra manera.

Pero, a pesar de eso, lo que dice tu padre no se aleja de lo que siempre hace cuando se encuentran. Él quiere que tú des el siguiente paso, por lo que te preguntas ¿por qué estoy pensando en Tiago ahora?, ni siquiera guarda relación, no tiene nada que ver con lo que te sucede ni con tu vida actual. Comienzas a considerar que tal vez tu padre tenga razón.

—Mi vida, ¿por qué no buscas a alguien que te done un vientre, si no quieres quedar embarazada? Dime. ¿Qué necesitas para avanzar?

—¿Avanzar? Papá, estoy avanzando, soy una mujer profesional, además, te he dicho ciento de veces que no es mi culpa, que no tengo tiempo para estar pensando en ello.

—Lo sé, eso no lo discuto, pero buscar de vez en cuando, dejar que te presenten amigos de tus amigos, algún cliente, alguien que pueda estar dispuesto a hacerlo.

—No, clientes no, tengo principios que proteger, no entrometeré mi vida personal con mi vida laboral.

—¿Y cómo le harás ahora con lo de la empresa?

—Bueno, eso no es lo mismo, es diferente. Yo podré solucionarlo.

—Pero si le dices a...

—No importa, papá. No hablemos de eso ahora.

Tu padre deja escapar un suspiro de decepción. Crees que no está a gusto con la forma en que decides vivir tu vida.

—Y... entonces, me dices que has estado bien últimamente.

—Claro que he estado bien, pensando únicamente en el trabajo le mientes a tu padre, queriendo deshacerte de ese tema lo más rápido posible.

—¿En serio? Parece que no funciona □ ¿me dices que no has estado pensando en tu soledad, en la futilidad de la vida ¿no has pasado mucho tiempo a solas en casa viendo al vacío mientras tomas café?

Por poco te sorprende la forma en que te descifró tan rápidamente, aunque algún modo te lo esperabas, después de todo es tu padre, así que te resignas, lo demuestras con tu mirada, con los gestos de tu rostro; al dejar caer tus hombros tras escuchar sus palabras. No quieres responderle, dejas que un silencio incomodo, que una elipsis prolongada que obvie la oración entera, hable por ti.

—Tomaré eso como un no, entonces. Sientes que él sabe que ganó esa batalla, lo sabes porque retoma su desayuno, comienza a cortar otro bocado de sus panqueques, lo come y luego vuelve a hablar □ así que dime ¿Cuál es tu excusa?

—Yo he estado...

—¿Trabajando? completó tu frase. Comienzas a frustrarte porque no te gusta que tu padre te conozca tanto.

—Sí... dices resignada.

—Y luego trabajarías mucho más ¿o me equivoco? Tu padre continúa comiendo, seguro, indiferente al problema.

—También.

—Hija, no sé si quieres hacer las cosas bien, deja de comer, colocando sus manos al lado del plato □ y oye, pienso que puedes hacer con tu vida lo que quieras, no me mal interpretes sientes que te lo dice porque eso habías creído minutos atrás; de nuevo acertó □ y tampoco es que te exija que busques una distracción, que busques ayuda para resolver tus problemas porque así lo quiero yo. No.

—Papá, yo ya estoy trabajando en resolver mis problemas. No te preocupes.

—Pero eso no es lo que quiero decir, ¿me vas a dejar terminar de hablar? insiste, cómo si lo estuvieses fastidiando.

—¿Entonces qué es lo que quieres decir, papá?

—Que debes enfocarte en lo que realmente importa. Una vez que estés en la cima, que lo tengas todo y que sientas que te hace falta algo, no quiero que te des cuenta que despreciaste tu vida porque no invertiste en el futuro.

—Pero... en ese momento recuerdas una de sus enseñanzas y decides mencionársela, tomando en cuenta su consejo pasado y actual, pero, de nuevo, te interrumpes.

—Sí, yo sé que te he dicho que la soledad no es mala, que es una recompensa, sobre que una persona debe aprender a apreciar su propia compañía para que así otros no termina la oración □ ... lo sé, lo sé.

—Si lo sabes, ¿Por qué me pides que forme una familia tan rápido? A penas han pasado dos años.

—¿Acaso no quieres enseñarle a alguien a ir al baño, a hablar, sentir lo qué es levantarse para otro que no se para ti? ¿Una verdadera razón para trabajar?

—Sí.

—Lo que quiero decirte es que, sentir amor por alguien no es malo; eso te da una nueva perspectiva, no es que yo sepa todo sobre el amor, pero, una vez que tienes a alguien a quien contarle tus más grandes hazañas al llegar a casa todas las noches y que sienta que está hablando con un superhéroe, para que así puedas comprender que las cosas pueden ser mejor, que aprecias cada

minuto porque tienes algo bueno esperándote.

—Pero sí...

—Los perros no cuentan, hija, no puedo llamarle nieto a un perro.

—Pero...

—No.

Las palabras de tu padre comienzas a permear tus pensamientos como una inyección letal: entra sin que lo desees, pero es la sentencia de la verdad, una que debes aceptar sin importar qué. Sin embargo, no estás del todo mal, tú sabes que si quieres eso, que si lo deseas en tu vida. Miras directamente a los ojos de tú papá sabiendo que a pesar de que no estés actuando, no has dejado de pensar en esa maravillosa vida que él describe.

—Pero, tampoco es como que yo no quiera algo así. Yo sí quiero todo eso que tú dices, pero, es que, todavía no.

—Entonces, ¿cuándo te dedicarás un tiempo? ¿Cuándo decidirás que es hora de intentarlo?

—No lo sé. Todavía soy joven.

—Tienes veintinueve años, mi vida. Ya estás a punto de llegar a los treinta.

—Y me veo de veinticuatro.

—Eso lo sé. Te da la razón, asiente, aceptando tu punto pero tratando de hacerte entender otra cosa, quiere que veas algo que estas obviando y te pregunta «qué» □ , dime algo ¿todavía sabes lo que es estar enamorada?

—Creo que sí, papá....

—¿Te has sentido realmente enamorada? No me digas que tener una pareja es estar enamorada, dime. ¿Lo estás? ¿Eres feliz?

—Claro que lo soy, soy una abogada exitosa, soy atractiva, tengo una buena familia.

—Me refiero en el amor, Ann, ¿Estás enamorada?

Tu padre no se mueve, intenta hacerte ver que él tiene razón y lo sabes porque lo conoces mejor que nadie. Él siempre intenta hacer que las personas hagan lo que mejor le parece, y tú y tu hermana a veces lo dejan pasar porque saben que él sólo quiere lo mejor para ustedes. Pero, sin embargo, lo que te pide es

demasiado. Sentar cabeza no es tan fácil.

—Claro que sí, papá, y tú lo sabes. comienzas a irritarte, porque no eres una persona insensible, porque tú sí sientes y que tu padre lo ponga en duda te molesta □ claro que me he enamorado. ¿Por qué lo dudas? No me gusta que te entrometas en ese tipo de cosas.

—Pero hija, yo solo intento hacerte ver lo que yo veo. Siento que no estás disfrutando tu tiempo.

—Pero papá, la vida ya no es cómo antes; tengo obligaciones, estoy ocupada todo el tiempo. No puedo pensar en una familia de esa forma, no puedo estar invirtiendo mi tiempo en alguien más; mi parcial soledad está más que bien.

—Pero hija, yo sólo digo.

—¿Entonces por qué lo mencionas? molesta, comienzas a cortar un bocado de tu plato, odiando cada trazo del cuchillo, escuchando cómo el tenedor ralla el vidrio dándote un calambre que te recorre la nuca y te molesta en las encías.

—Porque no quiero morirme y no ver si estás del todo feliz.

—Claro que lo estoy, papá. continúas peleando con el plato. Cortando, apartando los cortes y haciendo otros nuevos.

—Hija, pero es que... Dejas de cortar, percibes que tu papá comienza a sentirse mal. Respiras profundo y aceptas que el malo no es tu padre.

—Lo siento, papá, yo... Tu padre niega, no quiere que le tengas lastima, siempre hace eso.

—Hija, yo hablo de ahora, de si te sientes realmente enamorada justo ahora.

—Este... no sé qué decirte dices, un tanto más calmada. Dejas los cubiertos sobre la mesa al lado del plato y levantas al mirada para hablarle a tu padre □ Pero sí tienes razón, debo sentar cabeza, sólo que no es el momento adecuado.

—¿Y cuál es el momento adecuado?

—Estoy esperando a conseguírmelo. Quiero que sea mágico, ¿me entiendes?

—Sí, Ann, yo...

Tu móvil comienza vibrar al lado de tu mano, habías olvidado que lo dejaste en la mesa, así que buscas en la cartera para luego darte cuenta que lo tenías

justa al lado. Lo coges y ves que se trata de Gabriela.

—¿Aló? Habla Ann, ¿qué sucede?

Gabriela, al otro lado de la línea, suena calmada, pero cómo como si estuviese murmurando par que nadie la escuchase.

—Creo que deberías de venir de inmediato.

—¿Ir de inmediato? ¿por qué? ¿Qué pasó?

En ese momento, suena el teléfono de tu padre.

—Oh, quién será. dejas de prestarle atención a la llamada en curso y te concentras en él. □ ¡Oh! John, hijo. ¿Cómo estás? Cuéntame ¿qué sucede?

—¿Por qué debo ir de inmediato? repites, murmurando, dejándote llevar por la misma necesidad de Gabriela por mantener un perfil bajo.

—Creo que es mejor que lo veas por ti misma. de repente, levanta la voz a un tono normal y deja de hablar contigo □ Oh, señor John, sí, sí, pase... cuelga.

Te extraña lo que Gabriela quería decir, te enfocas en tu padre, quien continua con su conversación.

—Sí, sí, nosotros vamos para allá. No desesperes. hace una pausa, escuchando a John, □ Claro, sí, es de mi hija de quien estás hablando otra pausa □ . Tú sabes cómo son las cosas, no te preocupes. Yo ya te expliqué, hablamos allá, chao. Tu padre cuelga. □ Era John.

—Sí, Gaby me llamo diciéndome que ya llegó.

El ambiente que se sentía alrededor de ti y de tu padre, se amaina, ya no hay una necesidad de hablar de tu vida personal, el momento pasó, sientes que es mejor conversarlo en otra ocasión.

—Así que debemos apresurarnos, termina de comer tú plato, no hagamos esperar a John, dice que debe hacer otras cosas.

—¿Tan ocupado está? Comienza a parecerse molesto, no debe estar tan apresurado, más aun si acaba de hacerse el vicepresidente de una empresa. □ Uhm, que molesto. Debería tener tiempo de sobra.

—No te preocupes, tú sabes cómo son las cosas, hija, es un gaje del oficio tu padre parece haber entendido tu descontento.

—No sé, ya parece que esa nueva sociedad no me gustará mucho, las cosas ya

van bastante mal en casa cómo para tener que lidiar con ello.

—¿Mal? sientes que se te escapó algo.

—Nada, sólo digo, mal porque casi no llego y eso pues, es el trabajo. Ya te dije.

—Uhm duda de nuevo □ está bien, supongo.

—No te preocupes, todo será mejor en lo que salgamos de esto. Tu padre sonrío, y retoma su desayuno. □ ¡Vaya! Qué bueno están estos panqueques.

Lo miras, pensando en que no quieres terminar rápido; piensas que puedes hacerlo esperar hasta que entiendes que debes tener una actitud profesional. Respiras, retienes el aire por menos de un segundo y lo dejas escapar. Aclaras tus ideas, coges tus cubiertos y comienzas a comer.

—Sí, son increíbles.

Mientras vas en el coche, junto a tu padre hablando de negocios por el teléfono, te pierdes viendo a la ventana. Observas los árboles cercados cuidadosamente, las personas caminando por las aceras, entrando y saliendo de las tiendas, con sus compras, con sus cafés en la mano, atendiendo sólo y únicamente a sus vidas.

Los perros, los botes de basura. Estás sentada, con una pierna sobre la otra, respirando suavemente, considerando lo que te han dicho; las palabras de tu padre te han dejado pensando; a pesar de que la conversación murió minutos atrás, incluso antes de terminar de comer y pagar la cuenta, estas continúan resonando en tus oídos como una verdad que no querías ver en el pasado.

Reconoces que tienes tiempo buscando una solución para cierto vacío en tu vida. Te consideras una mujer buena y sabes que tener una familia completa tal cual la puede llegar a definir tu padre, es una opción para ti. Tal vez ese sea el remedio que necesitas para dejar de lado tus mañanas solitarias y aburridas, aunque, de alguna forma, continúa apartándose por sí misma.

Volteas para ver tu padre, quien continúa hablando, no consigues entender lo que dice porque estás distante, no le prestas atención. Giras de nuevo para ver a través de la ventana todo lo que dejas atrás, las cosas que pasan de largo olvidándose que tal vez ni siquiera fuesen reales.

Piensas ¿por qué estoy pensando en esto? ¿por qué ahora? No sabes, no tienes la respuesta adecuada a tu pregunta porque sientes que no existe. Supones que es culpa de tu padre por haber llevado el problema hasta la puerta de tu oficina, pero de alguna u otra forma, te tocaría enfrentarte a la soledad, mejor antes que tarde, asumes. No tienes tiempo para pensar en eso; dejas escapar un suspiro y sacudes sutilmente tu cabeza.

No es hora para preocuparse, volteas de nuevo y tu padre continúa hablando por su teléfono, ignorando por completo lo que sucede contigo. Sientes que el camino de regreso se hace más eterno que el de ida, tal vez es relativo; estas dándole muchas vueltas al asunto, incluso, tal vez sea por el silencio o por la forma en que Ben maneja, lo que hace que creas que todo sucede más lento.

Te empiezas a desesperar.

Comienzas a ver a los lados, a la ventana de tu padre, de nuevo a la tuya:

pasas a ver hacía el frente para entender hacía y por donde vas; necesitas una distracción. Sacas tu móvil y ves que la hora se mueve lentamente; piensas que eres sólo tú: han pasado tres minutos desde que dejaron el restaurante por lo que te parece que el tiempo te juega una mala pasada.

Mientras más lo tengas en la mano más lo verás y eso no hará que el tiempo pase más rápido, así que lo guardas, no hay nada que pueda hacerte sentir mejor. Esperas que tu padre cuelgue su llamada para continuar hablando, tal vez saque a relucir de nuevo su punto acerca de cómo se mantiene una relación, del compromiso, del amor, la familia; sabes qué le dirás. Ya has aceptado que tiene razón, que necesitas algo que te distraiga, lo sabías desde antes, solo evitabas pensar en ello; un método social de autosuficiencia.

—Muy bien, luego hablamos que estoy con mi hija. Tu padre cuelga la llamada, aquellas palabras ayudaron a traerte de vuelta. Ahora no estás sumida en tus problemas.

Tu padre te mira, parece preocupado, consciente de que algo te sucede.

—¿Pasa algo, querida? Te das cuenta que has estado pensando mucho últimamente, dándole de qué preocuparse a tu papá. Niegas con la cabeza, sacudiendo con delicadeza, frunciendo suavemente el ceño. Lo menos que quieres es dar explicaciones.

—No, papá, nada, solo pensaba un poco. Eso es todo intentas reglarle una buena sonrisa.

—¿Nada grave?

—Si asientes, con seguridad □ , nada grave.

—Perfecto. Entonces, dejemos las malas vibras atrás, no queremos eso en nuestras vidas te sonrío, buscando tu aprobación, así que asientes, □ hablemos de lo que vamos a hacer.

Tu padre parece interesado en salir del paso, recuerdas que es un hombre de negocio, no es conocido por perder el tiempo.

—Vamos a encontrarnos con John, confié en él, quiero que llegue lejos, por el bien de la compañía y lo mejor de todo es que te beneficia.

—Pienso lo mismo. Pero, es que no sé.

—¿Tienes alguna objeción?

—No, es sólo que no sé cómo pueda afectarme eso. Estoy intentando resolver las cosas aquí, y que nos presentes este asunto, hará un poco complicado todo.

—Lo sé, lo de tu asociación con la firma te está consumiendo, lo menos que quiero es que se lleven más problemas a la casa. Pero es que John es un buen hombre, se lo merece, y tú también, por eso, cuando todo sucedió, pensé en ustedes de inmediato.

—¿Los dos?

—Sí, claro. Además, yo confié en que ustedes dos podrán sacar esta compañía adelante. Tú eres una gran abogada y él es un gran empresario ¿qué más puedo esperar? Cambias tu semblante por uno más agradable, tu padre se las arregló para hacerte sentir bien.

Una vida sin problemas es una vida que no mejora. De esa forma te consuelas, tratando de canalizar tu entusiasmo y positivismo en todo lo que te permita ver las cosas desde un enfoque más optimista. «Nada es tan malo cómo crees», «la vida mejora cuando te das cuenta que nada importa realmente» ... y así sucesivamente hasta que llegas a la conclusión que no puedes permitir que los obstáculos te domine.

Por lo que, mientras ves al vacío y sigues a la acera quedándose atrás porque te mueves hacia adelante; al mismo tiempo que vas escuchando la voz de tu padre, atendiendo a sus palabras y haciéndole todo el caso que se merece, te das cuenta que no tienes problema alguno sino lo más cercano a una solución.

—Si tú lo dices enuncias con el tono sarcástico de un adolescente que no quiere aceptar la verdad. Intentas hacer una broma para calmar el ambiente. Sonríes, esperando que te vea, pero tu padre no lo nota.

—Bueno, lo que necesito es que te encargues de todo el papeleo, de los gastos, de las firmas, de los documentos necesarios para hacerlo justo, que repartas las ganancias y lo hagas a él el representante legal de la compañía.

—Suena cómo mucho trabajo, no soy solo la abogada ¿cierto? Además ¿confías tanto en él?

—Lo suficiente, ha demostrado que vale la pena, y eres mi hija. Te das cuenta que tu padre menciona cosas que no tienen mucho que ver con tu trabajo.

—Ya va... dime, ¿soy algo más que simplemente la abogada?

—Claro que sí, eres mi hija y quiero que salgas ganando en todo esto.

—¿Entonces? ¿Bajo qué condición dejaste a John a cargo?

—Bajo ninguna algo te parece sospechoso.

—¿Entonces por qué soy yo la abogada? ¿Y por qué debo hacer tantas cosas?

—Porque te lo mereces, confió en ti y sé que no sólo sabes sobre los asuntos legales. Él está empezando, si te involucras más de lo que se espera de una abogada, entonces, puede que todo salga bien para los dos.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Tú y él están en una posición preferencial. Les dejaré todo el trabajo no sólo porque los conozco sino porque sé que pueden y confío.

Lo dudas un poco. No crees que las cosas sean tan sencillas cómo parece, pero, tratas de no pensar al respecto. Estás segura de que tendrás mucho más trabajo ahora pero tal vez esa pueda ser la colaboración que buscabas.

—Bueno, ¿algo más?

—¿con respecto a nuestros asuntos de trabajo? Nada.

—Bueno... y... ¿Qué papel juegas en todo esto?

—Yo tengo que ocuparme de otras cosas, estoy ocupado con otras labores, y no quiero que mi compañía pierda el camino que quería para ella. Así que por eso le dejo esto a ustedes.

—Será, ¿qué más puedo hacer? La decisión ya está tomada ¿verdad? estás resignada, inconforme con lo que tu padre te está diciendo. Te sientes como una niña pequeña que no puede decidir por sí sola.

—No te preocupes, querida, las cosas saldrán bien con John.

—Lo dudo, pero, bueno.

Inhalas y exhalas suavemente. Ya las cosas están hechas. Pero, tú no te vas a dejar dominar por los problemas ni las cosas que no controlas, así que te yergues, levantas los hombros cierras los ojos y te regalas una sonrisa. No hay problema que no puedas superar y eso es lo que tienes en mente.

Dejas de contemplar la calle con nostalgia y comienzas a ver a través de la ventanilla del coche con el mismo optimismo que siempre has visto todo en tu vida. Este día promete demasiado y dependiendo de cómo termine, es que te darás cuenta si todo ha valido la pena.

—Llegamos Dijo Ben, anunciando lo que ya sabías.

—Bueno. En lo que el coche se detiene, abres la puerta y sales sin esperar a que Ben te ayude. □ Vamos papá, no tenemos tiempo que perder dices, sarcásticamente, deseas que reflejar tu descontento □ que no podemos hacerlo esperar Tu padre no lo entiende.

—Ya va, ya va. Estoy viejo.

Camina rápido hasta el ascensor debido a tu insistencia en hacerlo y marcan el piso en donde se encuentra el bufete en el que trabajas. Al llegar, les recibe la recepcionista.

—Hola Ann, de nuevo. Dijo María la verte llegar. □ Hola de nuevo, señor Peter.

—Hola de nuevo Mar dijo tu padre.

—Hola Mar respondiste apresurada, sin detenerte.

—Te ha llegado un paquete, Gabriela lo dejó en tu oficina.

—Gracias Mar. Exclamas mientras le pasas por un lado a la recepción.

—Creo que lo hemos dejado esperando demasiado Dice tu padre, tratando de mantener tu ritmo apresurado.

—Supongo, será mejor que lo atienda rápido, así salgo rápido de esta.

Camina entre las oficinas y cubículos de los demás secretarios y los otros abogados, moviéndose en el laberinto de escritorios, tratando de no molestar a nadie.

—¿Por qué estás tan apurada por hablar con él? sientes que tu padre no ha entendido tus indirectas hasta el momento.

—Este, porqué divagas porque no quieres decirle las cosas con claridad a tu padre, empero, no te queda de otra ya que lo sabría de alguna forma, por lo que sería prolongar lo inevitable. □ no tengo ganas de formar parte de esta locura empresarial.

Tu padre demuestra confusión en el gesto que hizo con su rostro, lo que te hace creer que lo hizo porque no aprueba tu comentario.

—Sí, papá, es que no es lo mío, por eso decidí estudiar leyes e hice lo más que pude por alegarme de la vida empresarial.

—Pero si sólo tendrás una pequeña participación en todo esto, hija.

—¿En serio crees eso, papá?

—¡Por supuesto!

Te detienes a unos cuantos pasos de tu oficina.

—Papá, todo el tiempo estás ocupado, entonces, si John será el nuevo subdirector, que, supongo que sólo es un título porque realmente será prácticamente el director porque tú no te involucrarás; significa que tendrá mucho trabajo por delante, lo que me hará involucrarme más de lo que debo. Tu tono de voz se eleva, tus palabras salen de tu boca con cierta velocidad propia de una persona que exagera los eventos.

—Aja... él sólo te mira y te escucha.

—Y ¿si no puede con toda esa presión y tengo que tomar el control de la compañía? comienzas a desesperarte, a separar la lógica de todo lo que envuelve el tema y te dejas dominar por la paranoia □ tendré que esforzarme el cuádruple.

Tu padre, evidentemente confundido por tu verborrea, atiende fijamente a tus preocupaciones hasta que sus ojos parecen entender la situación.

Jajá, mi amor, sabes que no será así. se ríe cómo si estuviese riéndose de la ingenuidad de un niño, lo que te hace sentir estúpida.

—Ah ¿no?

En ese momento, Gabriela se acerca a ustedes con una taza de café en la mano.

—Por fin llegaron.

—Gaby miras el café y la miras a ella, sonriéndote cómo si supiese algo que tú no y quiere que lo tengas como una sorpresa.

—Hola Gaby, ¿ese café es para mí? Interrumpe tu padre.

—Hola señor Jones lamenta, succionando el aire a través de sus dientes □ me temo que no. Pero si quiere le consigo uno, acaban de prepararlo en el comedor. Así que sólo traje uno porque el señor John lo había pedido.

—Bueno Gaby, ¿hace cuánto llegó?

Gabriela se endereza y se fija en ti.

—Hace no más de media hora, pero no se ha quejado así que todo bien. sonrío y agrega de forma jocosa y con un entusiasmo un tanto leve pero lo suficiente para resaltar: □ y le estoy llevando este café. Pueden pasar, si gustan. Ya está todo listo, sólo faltan ustedes.

Ya estás a un paso más cerca. Miras a tu padre y lo invitas a seguir caminando para no hacer esperar más a John. Le haces una señal a Gabriela y retoman su paso hacia la oficina

—Vamos entonces. Tu padre invita a Gabriela a pasar a la oficina, quien toma la invitación más que alegre. Él la sigue y tú te quedas viendo cómo los dos se adelantan.

En lo que entras, tu padre y Gabriela están uno al lado del otro, dándote la espalda: él, un poco más apartado de ella, obstaculiza a quien mira desde tu punto de vista. Están en frente del sofá, por lo que supones que John está sentado en él. Tratas de que John se levante por sí solo y te salude apropiadamente, peor lo ves muy concentrado con tu secretaria, lo que comienza a molestarte. Está aquí para hacer negocios, no para socializar.

—Buenos días.

Tu padre se fija en ti, levantando la mirada del teléfono y moviéndose sutilmente a su derecha, Gabriela se aparta asustada como si se hubiese olvidado de que estaban en tu oficina, dejando ver un poco a John, quien se levanta de su asiento al saber que has llegado. En ese momento te asombra lo que ves.

Media hora atrás habías pensado en tu situación y de cómo necesitabas un cambio, antes de eso, habías observado cómo una pareja en el tren de ida a tu trabajo, se comportaban como las dos personas más felices del mundo porque él la complacía a ella. Todo ello te hizo considerar tu realidad; estabas segura que algo te hacía falta.

Tu padre te había hecho pensar en ello con más intensidad, obligándote a enfocar en lo que realmente querías aparte de tu futuro cómo profesional, de tu estabilidad económica y demás; querías estabilidad emocional y, según tú ¿cómo podrías encontrar eso?

Te hacía falta el hombre adecuado, el hombre ideal. Y, justamente en lo que John Corvus se levantó del sofá en el que sueles dormir cuando se te hace tarde en la oficina. En ese preciso instante, entendiste porqué tu secretaria

estaba tan interesada en que llegaras temprano, porque había algo que necesitabas ver por ti misma. Todo parecía ser parte de una obra muy elaborada, así que decidiste interpretar tu papel lo mejor que podías.

En el momento en que te fijaste en la mirada furtiva de un par de ojos cafés claros de aquel hombre, de un traje hecho perfectamente a la medida que, para tu sorpresa, era de un corte inglés; el tipo de traje que siempre te ha gustado ver en un hombre.

John Corvus, sonrió al verte. No sabes qué impresión está teniendo de ti, ni qué sucede en su cabeza, pero, lo que sea, nada es tan complejo como lo tuyo. inmediatamente lo ves, te das cuenta que este día estará lleno de sorpresas.

En menos de medio segundo viéndolo, ya estás pensando en qué decir, cómo decirlo y por qué lo que seas que digas deberá sonar muy inteligente. Te preocupas por tu cabello, el cual te acomodaste en el ascensor al subir hasta ese piso, en si elegiste el vestido adecuado para ir ese día al trabajo, en si tu aliento está bien, en si tu maquillaje no se corrió. No sabes cómo abordarlo y ves, lentamente, cómo una sonrisa de diablo se va dibujando en su rostro cuadrado y perfecto.

Estás segura de que es el príncipe azul que te vendieron todos los medios cuando eras pequeña. Tu corazón se detiene al verlo, comienzas a morderte el labio sin darte cuenta de lo que estás haciendo porque cada acción es un reflejo de lo que sientes y no de lo que quieres mostrar.

Estás convencida de que no habías visto a nadie así en tu vida y, en los cortos diez segundos que tienes parada en medio de la puerta como una idiota, te estás dando cuenta de que no sólo te equivocaste con él, sino que tu día comienza a ser cada vez mejor.

Todo a tu alrededor comienza a moverse a tiempo real. Te das cuenta de que el aire se hace espeso y no es porque alteraste la manta de la realidad, sino que su perfume penetra tu nariz y se incrusta en tu cerebro obligándote a asociarlo con él, sabiendo que de ahora en adelante sólo te lo imaginarás cuando lo huelas de nuevo.

—Señorita Ann, es un gusto verla. John se va acercando a ti, con la mano extendida. Su sonrisa, ya terminada de dibujar en su rostro, te hace sentir mariposas en el estómago.

Y, su voz, gruesa pero no demasiado, firme pero no imponente, delicada pero

no tanto como para dudar de su orientación sexual, te recuerda el pasado, te trae al presente y te muestra el futuro. Cada cosa en él era justa a la medida, cómo su traje, como su rostro, incluso cómo su cabello estaba peinado; cuando te dijeron que John había llegado, no te esperabas nada de eso.

—El... se te escapó un todo de voz agudo del que te sentiste avergonzada, propio de una garganta seca. La aclaras para sonar como una mujer profesional □ el gusto es mío, señor Corvus.

Le extiendes el brazo y aprietas su mano. Él no te hace daño, lo hace con sutileza, cuidando la delicadeza de tu extremidad. De nuevo, otra cosa que te encanta.

—Se ve realmente hermosa, señorita, ese vestido le queda increíble.

No sabes qué responder a eso, intentas reírte, pero te sale un mal intento de un je, con un tosido. Te aclaras de nuevo la garganta. Él no borra su sonrisa, a pesar de lo que piensas y de lo lento que lo ves todo, las cosas están sucediendo en tiempo normal.

—Gracias. Este, sí, es nuevo.

John alarga el apretón de mano por unos segundos más y te suelta, para darse vuelta.

—Bueno, Peter, creo que ya estamos todos aquí. Coge la taza de café de la mesa en frente del sofá, en donde lo había dejado Gabriela, lo lleva a sus labios pero no lo sorbe todavía □ gracias por el café, señorita Gabriela. ahora sí lo prueba.

Parpadeas rápido varias veces y con fuerza, sacudes la cabeza; intentas aclarar tus ideas, y no parecer más una idiota. Te reprendes inhalando aire con rabia, porque piensas y sabes que eres una mujer profesional, una abogada importante, que está a punto de ser socia de la firma y demás, y no puede ser que no sepas comportarte como tal. Mueves tus hombros, deshaciéndote de la presión que estás aplicando en ellos con tu comportamiento y te acercas a tu escritorio intentando parecer natural.

—Gracias, Gabriela, te llamare si necesitamos algo.

Gabriela te mira decepcionada, como si le estuvieses probando de hacer algo divertido y te das cuenta que intenta decirte algo, pero se retrae y baja sus hombros para darse la vuelta y marcharse. En lo que se va, sabes que puedes

continuar hablando.

—Bueno, por favor, siéntense, vamos a hablar de negocios.

Antes de sentarte, invitas a tu padre y a su atractivo amigo a que se sienten en frente tuyo para comenzar a hablar. Lo miras desplazarse por tu oficina con soltura y esplendor, te fascina el simple hecho de verlo, de estar a su lado. No sabes si es un efecto secundario de su físico; no quieres asegurar otra cosa más hasta no conocerlo del todo.

Los dos se sientan en las sillas al otro lado del escritorio; adoptas tu postura profesional: hombros erguidos, mirada firme, rostro neutro para no juzgar o demostrar descontento, tal cual siempre lo haces con todos tus clientes.

—Muy bien, entonces, ¿en qué les puedo ayudar? los invitas a hablar, tomas el control de la situación a pesar de que te sientes realmente en desventaja. □ y ¿cómo se supone que lo haré?

—Bueno comienza a hablar John. Te fijas en él, idiotizada por completo en sus palabras, pero no lo suficiente para no atender a lo que dice. Piensas que debes mantener la compostura, por lo menos mientras entran en calor □ la verdad es que estábamos hablando y pensamos que la mejor forma de hacer todo esto es si te involucramos en la compañía. Y, cómo estamos haciéndolo todo desde cero, queremos que tú nos ayudes. Seas nuestra nueva abogada.

—Entonces, no me necesitan del todo ¿no tenían ya abogados para ese trabajo? Te imaginas a un grupo de abogados que rodean a John mientras camina, como guardaespaldas. Un poco infantil, pero, él no te ayuda a pensar claramente.

—Claro que sí, hija, él te necesita. Está buscando independizarse y para ello requiere de una abogada excelente.

Te sientes alagada, realmente alagada, más que todo porque supones que quien tiene esa opinión de ti es John. El: «Él te necesita», se repite varias veces en tu cabeza, obligándote a perder en la idea que tu padre acaba de presentarte.

Pero eres inteligente, sabes que no es así, que es solo una expresión, pero, no te importa. Volteas a ver a John y él asiente en aprobación con su punto. Eso te hace ruborizar, lo que te obliga a pestañar para tratar de olvidar aquello en lo que estás pensando.

—Este... sí aclaras tus ideas. Aclaras tu garganta para evitar decir una estupidez □ Vale, entonces ¿qué esperan de mí?

—Bueno, en lo que estaba John se acomodó en su silla y estiró sus labios para hablar □ lo que estamos haciendo ahora es cómo una entrevista de trabajo. Te estoy pidiendo que te encargues de los asuntos legales de la empresa, lo que quiere decir que serías la única trabajando en ello.

—¿Oferta de empleo? te imaginas caminando a todos lados con John. De nuevo, te pierdes □ Este divagas, te das cuenta que estás dejándote llevar por todo. Empiezas a frustrarte por tu incapacidad de controlar lo que sucede. □ Pues me temo que no lo necesito extiendes un poco los brazos y señalas la oficina. Ya tienes un empleo, □ como podrán ver.

—Lo que yo busco es tener una nueva abogada debido a que tengo una nueva administración bajo mi mando. ¿Entiendes?

—Sí.

—Así que, ¿qué dices? ¿quieres formar parte del negocio familiar?

—Papá, creí que el negocio familiar eran los viñedos.

Tu padre niega con la cabeza.

—No, no, eso es un hobby, no cuenta. ríe un poco □ Pero ese no es el punto, lo que importa es saber qué dices.

—Papá, ya te dije que contaras conmigo esta mañana. Claro que te apoyaré.

—Eso es maravilloso, entonces a hablar de lo que importa...

Ellos comienzan a hablar acerca de lo que tienen en mente; crees que ya han mencionado lo más importante, lo que te introduce a ti en sus planes, y lo supones porque ya no estás escuchándolos. Ya no estás al tanto de lo que dicen ni de lo que te quieren explicar. Asientes con la cabeza fingiendo atención, algo que evidentemente no le das.

Sonríes, asientes de nuevo, dices: «okey, claro, por su puesto» cuando te miran y sientes que están esperando una respuesta; no estás sorda, sabes de qué hablan, sólo que no te importa. Estás perdida en el movimiento de sus labios, en el color de sus ojos, en la forma en que sus parpados se mueven, en que su pupila se fija en ti. Te encanta, te idiotiza.

No sabes por qué dejaste de sentirte así. ¿Qué te hacía falta? Tus labios no tiemblan porque el arco que dibujan es honesto, solo que no es por amabilidad o cortesía, es porque te alegra verlo, porque no puedes cambiar tu rostro por

uno menos estúpido.

Respiras largas arcadas, interpretando cada uno de sus movimientos como una oda magnífica, una hermosa composición que no puedes dejar de ver. Tu padre también habla, pero en él no te fijas, no le das importancia a su presencia, pero lo necesitas ahí porque no sabes qué harás a solas con John Corvus ¿de qué serías capaz?

Están hablando de algo importante, lo presientes, lo entiendes en sus maneras, en sus miradas, en la forma en que se miran mutuamente y luego te miran a ti. ¿Cuál será su color favorito? ¿Tendrá pareja? ¿Qué tan amigo de tu padre será? Piensas lo que cualquier mujer en tu posición pensaría. Esas son las preguntas que flotan en tu cabeza mientras los observas hablar. Asumes que es tu deber prestarle atención a algo más que la quijada de John.

En ese momento, a tu padre le entra una llamada. El móvil suena e interrumpe lo que ambos decían, la conversación que mantenían los tres en la que no estabas del todo incluida a voluntad.

—¿Aló? Sí, ¿qué sucede, Karen? ¿Por qué me llamas? tu padre hace silencio, escucha lo que le dice su secretaria □ sí... ajá... claro.

—No, no, nada que ver. Sí, no estoy muy ocupado. Cuéntame ¿qué más?

Tú y John encuentran sus miradas al escuchar a tu padre hablar, estás segura que pensaron en lo mismo: ¿No está muy ocupado? ¿En serio?; se sonríen mutuamente porque les parece gracioso, pero no dicen nada, guardan silencio para no interrumpir la llamada que está teniendo tu papá. Piensas que debe decirle algo gracioso sólo que no sabes qué. Te limitas a sonreírle, no más, no menos, de todos modos, es lo único que se te ocurre.

—Sí, claro, no hay problema. En cualquier momento estaré allá, déjame salir de aquí y listo.

De nuevo, te enfocas en John, pero esta vez, un poco nerviosa, él no te está mirando y lo agradeces porque comienzas a ruborizarte inmediatamente te imaginas la escena de ustedes dos a solas hablando. Es parte, de la situación en la que te pusiste es algo nueva y por lo tanto no estás acostumbrada. Sientes que dirás algo estúpido y dejaras que te dominen tus sentimientos. No sabes qué hacer. Tu padre cuelga su llamada y se dirige a ti.

—Bueno hija, me temo que debo marcharme. Asuntos de la oficina.

—Pero, papá estás nerviosa, tus impulsos te controlan □ ¿tienes que irte? Te sientes como si fueses una niña que dejan en el colegio por primera vez.

—Claro hija, solo vine para aquí porque quería verte.

Miras de nuevo a John, queriendo saber qué piensa él al respecto, pero no lo descifras, ni siquiera sabes si realmente le importa. Sólo sonrío y fluctúa su atención entre tu padre y tú.

—¿Y qué pasará con John? ¿Lo dejarás aquí solo? Piensas que con eso podrás convencerlo a que se quede.

—Claro, mi vida, es un hombre adulto, además, se supone que es él quien debe ponerse a cargo de lo que te dijimos hace rato no sabes qué te dijeron hace rato, pero no te dejas en evidencia.

—Y si tenemos alguna duda y si...

—Además, no se perderá tu padre parece no entender tu situación, ni siquiera tú misma lo entiendes □ se supone que está a cargo.

Miras a John y parece que no está cómodo. No sabes si es porque no quiere estar contigo o porque está pasando por lo mismo que tú. Lo ves callado, con una sonrisa nerviosa diferente a esa de diablo que te recibió al entrar a la oficina, pero, sin embargo, no se muestra inseguro, mantiene su postura, es como si estuviese aceptando las consecuencias. Piensas: ¿Qué tendrá en mente?, ¿qué planea?

—No te preocupes por mí, no te molestaré porque esto no tomará mucho tiempo, de todos modos, tengo otros planes para el día y no quiero tardar mucho hablando de esto; estoy seguro que lo podremos hablar después.

Sus palabras te azotaron con fuerza, sentiste el golpe de un martillo en los nudillos; hiciste creer a John que te molestaba su presencia, eso no era lo que querías hacer, no era tu intención. Así que decides resolverlo.

—No, no, no es eso ríes nerviosamente □ , sólo estoy diciendo que, ¿por qué no se queda?

—Lo que sucede es que a ella no quieres formar... tu padre está a punto de decir lo que crees que va a decir; de inmediato te arrepientes de contarle que no te agradaba su línea de trabajo; ahora que lo ves, puede que funcione, pero este no es el caso y lo sabes. De nuevo, prefieres intervenir antes de que todo se arruine.

—Que no quiero formar parte de esto y que él se vaya, siempre se va por trabajo y nunca se queda, es eso. Le lanzas una mirada fulminante a tu padre para que entienda que no debe decirle eso.

—Este, sí, eso mismo parece perdido, pero te siguió la corriente. □ Es que siempre estoy ocupado, pero no puedo quedarme, así que hoy no será la excepción.

John parece convencido con tu mentira, así que te sientes aliviada por ello.

—Así que, con permiso, tu padre hace un esfuerzo por levantarse □ me tengo que ir. John se levanta en una demostración de buenos modales y tú los sigues.

Le extiende la mano a John para despedirse

—Bueno, mi amigo, nos vemos después; luego me cuentan cómo les fue, aunque no sé por qué insististe en hacerlo aquí.

—Porque tengo algo en mente, no es nada. ¿Qué será? Te preguntas.

—Bueno, allá tú. Espero que no vayan a hacer algo extraño en esta oficina te mira, entiendes lo que te dice. Lo hace con cierta picardía que te lo traduce a la perfección.

Te ruborizas de nuevo, piensa: ¿Cómo puede ser que le haya dicho eso? Por favor, no es el tipo de cosas que tu padre debe estar diciéndote. Miras a John, avergonzada, queriendo rectificar el problema con un gesto que dijese que él es así, que siempre dice cosas como esas, pero, en lo que te fijas en su rostro, te das cuenta que está un poco rojo, tal vez incomodo; lo observas apretando la mano de tu papá con cierto nerviosismo, lo que te hace creer que pueda que lo que le acababan de decir tocó algo en él.

—Papá exclamas, demostrando tu descontento. □ ¿Por qué eres así?

Tu padre deja escapar unas cuantas risas y se aparta de la silla en la que estaba sentado.

- Bueno, mis queridos amigos, me retiro.

Tu padre rodea el escritorio y se acerca a ti. Te da un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Te acompaño? no quieres quedarte sola, harás lo que sea para mantenerte al lado de tu padre.

—No te preocupes, amor, tienen muchas cosas de qué hablar, no los

interrumpo más. Yo conozco la salida.

—Estamos hablando John. Se despide de nuevo de John sin detener su paso o siquiera verlo directamente a los ojos.

—Está bien, Peter, cualquier cosa yo te aviso.

—Perfecto.

Te quedas viendo cómo se aleja poco a poco hasta atravesar la puerta, cruzar a la izquierda y desaparecer, no quieres apartar la mirada de allí porque siente que te encontrarás con los ojos café claro de John; sabes que no podrás apartarás la vista de ellos una vez los veas, además que es muy probable que diga alguna estupidez. Pero no hacerlo es postergar lo inevitable, así que lo haces.

—Bueno, sigamos. le sonrías y te sientas. Él te sigue y hace lo mismo. □
Entonces ¿en qué estábamos?

—En que me ibas a decir si estás de acuerdo en ser mi abogada de ahora en adelante.

Sientes que debes mantener la compostura y comportarte como una profesional.

—Cómo le dije a mi papá, ya había aceptado. Tratas de sonar cómo una abogada seria □ lo que sucede es que mientras siga trabajando para ser socia de la firma, no podré dedicarle mucho tiempo a este asunto.

—No te preocupes, lo que me importa es que tú seas mi abogada.

—¿Y por qué no me dijeron eso por teléfono?

—Porque quería decírtelo en persona. Es más real, más vivido. Además, yo quiero mantenerlo en familia.

—Entonces... soy toda tuya Eran las palabras adecuadas, pero no lo dijiste de la forma correcta. Suenas perdida, distante, suena como un suspiro que se pierde entre tus labios y te hace entender que suenas como una cualquiera, no es lo que debes decir en ese momento.

Al reaccionar de un trance del que ni te habías dado cuenta que habías perdido, lo ves riéndose de tus palabras y la forma en que te alteraste por lo que dijiste.

—Me parece bien entonces. rectificaste □ No estoy a gusto con hacer este

tipo de cosas, la empresa, mi padre, tú sabes.

—Sí, pero pienso que es mejor de esta manera, más aún porque creo que eso hará que estemos todo el tiempo en ello. Con Peter a nuestro lado, las cosas saldrán mejor.

—¿Y no tienes problema con que sea yo y él sea mi padre?

—No, nada que ver, de no querer que formaras parte de mi trabajo, nunca te habría tomado en cuenta.

Eso te roba una sonrisa; sus palabras parecen estar muy bien elegidas.

—¿Y cuándo empiezas a hacerme tuya? de nuevo, la selección equivocada de palabras. Te ruborizas, no es lo que tenías en mente decir, aunque sí estabas pensando en ello.

—Este. Yo, no quise decir eso...

—Yo entendí, no te preocupes, no tengo intención de apoderarme de tu tiempo.

—Ah ¿no? Qué lástima, piensas.

—Sí, además, están con lo tuyo de ser socia y yo no pienso entrometerme en tu camino.

—Es que, bueno, disculpa, he estado un poco distraída últimamente piensas en alguna excusa □ es por el trabajo. No estoy dando lo mejor de mí porque me concentro solo en ser socia de la firma ¿me entiendes?

—Sí, claro, y yo no quiero molestarte más; creo que estás muy ocupada. Por eso le dije a tu padre que viniese, así no habría excusas para hablar de esto.

Entiendes que parece que se quiere ir.

—Oye, no, eso no es lo que quería decirte, puedes decirme todo lo que quieras. Yo estoy aquí para ti. De nuevo, te das cuenta que no dijiste las cosas de la forma adecuada. John sólo se ríe.

—Es bueno saber eso.

Tratas de desviar la atención del tema principal, alargar la conversación; tu intención es que se enfoque en ti. Pero no sabes qué decir, es primera vez que haces este tipo de cosas.

Sientes que si le preguntas acerca de lo que estaban hablando antes de que tu padre interrumpiese, se daría cuenta de que no estabas prestándole atención.

Los dos se quedan en un silencio incomodo del que no sabes cómo salir, y tú no hayas nada en tu mente que no te haga parecer desconsiderada o una estúpida.

—Bueno, creo que hemos dicho todo lo que se debía dijo John, tomando la batuta de la conversación.

—¿En serio? claro que lo han hecho de todos modos no puedes pensar si es verdad o no porque no recuerdas nada de lo que te había dicho antes □ este, sí, es cierto. Entonces ¿Qué hacemos ahora?

—Eso te iba a preguntar. Ahora como mi abogada, tendré que hacerlo prácticamente todo contigo, por lo que creo que mientras estemos absorbiendo esta compañía, estaremos mucho tiempo juntos, y, honestamente eso me gusta. Sonríes como una tonta; te gusta esa idea.

—Me parece más que bien te sientes cómo una niña en la escuela □ a mí, también me gusta. afincas más tu sonrisa.

Tratas de hacerte la dura, de comportarte cómo una abogada porque eso es lo que él espera de ti ese día. Pero, su sonrisa no te deja concentrarte y su mirada prácticamente te devora. No sabes cómo comportarte sin salirte del papel que interpretas.

—En cuanto a lo que haremos ahora mismo, no sé, creo que según me dijo tu secretaria, tenías una cita luego de verme ves la hora y te acuerdas que habías desplazado la reunión con el señor Engelbert para más tarde, según tu noción del tiempo, era suficientemente tarde para eso.

—¿Eso dijo? piensas que Gabriela fue una tonta al decirle eso; ahora piensas en si debes cancelarle o no. □ Sí, es cierto pero te resignas. □ Pero no creo que haya llegado todavía, pienso que todavía tenemos mucho de qué hablar piensas que necesitas que te repita todo lo que conversaron al principio.

—Lo mismo pienso, pero por ello debemos estar en un ambiente cómodo, sería mejor que conversemos esto en otra ocasión en donde no estés trabajando.

Percibes que te está proponiendo algo, lo tomas como una invitación agradable. Pero quieres hacerte la dura, quieres evitar parecer una mujer fácil.

—Pero todo el tiempo trabajo, estoy muy sumida en eso así que...

—Siempre se puede abrir un espacio para lo personal, tú sabes, lo que

realmente importa.

—Ojalá fuese así todo el tiempo.

—Bueno, he estado pensando que debemos abrirle paso a la familia.

—¿Familia? dices mofándote, una risa sutil □ comienzas a sonar como mi padre. Dices en broma.

—¿En serio? Qué extraño, debe ser porque paso mucho tiempo con él.

Comienzas a percatarte que se olvidaron de la reunión que tenían.

—Y... cuéntame quieres que termine su idea; por lo que hablas con una voz picara y un tanto seductora; te estás dejando llevar, ahora quieres saber si él también □ ¿qué tienes en mente? ¿Dónde crees que sea mejor hablar?

John te sonrío, sabes que entiende lo que le quieres decir porque su mirada lo delata. Sus ojos cafés claro te dejan loca, te muestra más de lo que debe, te habla con ellos, así como tú le hablas a él mordiéndote el labio ¿qué te sucede?, piensas, no sabes si estás comportándote como una puta o solo es el calor del momento.

—¿Qué tal en una cena? Creo que es el mejor lugar para hablar de negocios.

—¿Una cena? ¿A caso me estás invitando a salir?

Te gusta lo que te propone y la forma en que lo hace. Su voz, sus palabras, su mirada y todo lo que entiendes de sus gestos. No puedes evitar dejarte dominar por sus encantos ¿acaso está intentándolo?

—Me parece mejor idea hablarlo en una cena, así que sí, estoy invitándote a salir.

—¿Una cena de negocios? preguntas con sensualidad.

—¿Eso quieres que sea? ¿No quieres que te invite?

—No me quejo si lo haces o si tienes algo más en mente para la cena.

Tanto tú como él comienzan a intercambiar sonrisas que no guardan relación con lo que dice, sus gestos faciales parecen tener una conversación diferente a la que están dialogando.

Y luego se hace otro silencio, diferente a los que les incomodaba, esta vez lo disfrutan; saboreando cada respiro, cada gesto, incluso su parpadear. Tú estás segura de que lo disfrutas, y, de alguna forma, sabes que él también. La

complicidad en su mirada, la forma en que arquea sus labios, su manera de respirar, te ayudan a confirmarlo.

Le respondes cada gesto con afecto, con ternura, lo aprecias y esperas que él haga lo mismo. Quieres que entienda de inmediato que estás fijándote en él. El silencio entre los dos continua, sientes que se ha alargado demasiado por lo que piensas que debes interrumpirlo.

—Y... quieres hablar, decir algo que pueda mantenerlos conversando, que haga más interesante ese encuentro; comienzas a preocuparte por la forma en que se desarrollan las cosas □ qué...

—Ann interrumpe Gabriela, apareciendo por tu puerta. Levantas la mirada, asustada, como si te hubiesen atrapado haciendo algo malo, John se da la vuelta sobre la silla para poder ver a tu secretaria □ el señor del embargo ya está por llegar.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Sí, me dijiste que lo desplazara un poco más tarde, pero lo llame y me dijo que a esta hora es a la que podía.

Sientes que la interrupción de tu amiga resultó inconveniente, aunque de todos modos le agradeces ya que no sabías qué más hacer o decir; la renombas dado los hechos: oportuna.

—Oh, creo que el tiempo se nos fue volando John se voltea para fijarse en ti, continuando con la conversación que tenían. Te concentras en él, ignorando la presencia de Gabriela.

—Sí, no sé cómo, porque parece que acabo de llegar hace como diez minutos.

Ambos sincronizan sus risas con sus ideas. Te convences de que la interrupción de Gabriela era lo que necesitabas para poder hacer más dinámica la conversación que parecía morirse lentamente. Un Deus ex machina, pensante.

—Sí, lo mismo digo, ¿qué le podemos hacer? él levanta los hombros y cambia la expresión de su rostro por uno que no logras explicar pero que te encanta más que nada. Su ceño se frunce, sus parpados se cierran un poco y su sonrisa se hace inocente pero traviesa.

Te encantó; esta vez si te controlaste y no dejaste que tus instintos te delataran, solo sonreíste en una respuesta cordial y simple. Te sientes orgullosa de ti

misma, comienzas a superar la perfección de John Corvus.

—Lo bueno es que ya dejamos casi todo en orden, por ahora solo falta que nos pongamos de acuerdo para hablar lo que falta.

—Sí, ¿una cena, dijiste?

—A menos que quieras hacerlo de otra forma.

—Oh no, no, para nada, me parece de maravilla. Creo que necesito un escape de la rutina.

—Vale, entonces una cena será.

—Y, ¿seremos nosotros dos o tú, mi papá y yo? tratas de no demostrar tanta preocupación para no delatar tu interés, no quieres parecer una adolescente enamorada, a pesar de que así te sientas.

—Oye, como usted quiera, señorita Jones. Si quieres podemos decirle a Peter para que también cene con nosotros...

Cambias tu postura, te afincas en el escritorio, te acercas un poco a él, no tanto para levantarte de la silla, pero si lo suficiente como para demostrarle que estás tomando parte de su espacio

—Y... ¿tú que quieres? le sonríes de forma traviesa, a lo que John sólo responde sonriendo de nuevo, lo que te hace pensar que lo hace demasiado; no te quejas por ello.

Pero, de nuevo, algo los interrumpe.

—¿Ann?, este... ¿hola? recuerdas que Gabriela todavía sigue ahí; tanto tú cómo John vuelven a fijarse en ella. Creías que ya se había ido. □ el señor Engelbert... ¿lo recuerdas?

—Sí, sí sacudes tu cabeza, buscando concentrarte. □ ¿qué sucede con él?

—¿Le cancelo o le digo que lo vas a atender?

Miras a John, quien sigue viendo a Gabriela, y consideras la posibilidad de cancelarle a tu cliente para pasar más tiempo con él.

—Este, creo que sí, dile que... En ese momento, antes de que termines de hablar, John te mira, la mira a ella, y toma la palabra.

—No, tranquila mira a Gabriela, no sabes que gesto tienes, sólo ves la parte trasera de su cabeza. □ No canceles nada, yo ya estaba por irme, descuida.

—¿Irte? ¿en serio? Él se gira de nuevo y esta vez se fija en ti. Te sientes decepcionada.

—Sí, creo que es tiempo de irme, tengo cosas que hacer y tú también.

Miras a Gabriela y te das cuenta que te observa dudosa, preguntándote con la mirada lo que quieres que haga; sientes que escuchas el «¿hago lo que él dice?» saliendo de su boca. A lo que le respondes con un: «no sé» omitiendo las palabras, tan solo levantando los hombros, apretando los labios y negando con la cabeza. John parece entender lo que están pensando porque de inmediato se levanta sin decir nada.

—Bueno, señoritas, yo me marcho. En ese momento te enfocas en él, lo miras levantarse, acomodarse le saco de corte inglés hecho a la medida, extendiéndote la mano para despedirse. Sientes que hay un aire diferente en su comportamiento, algo nuevo que no logras explicarte a ti misma; consideras que no se porta cómo hace uno segundos atrás en donde realmente parecía que te quería llevar a cenar, no precisamente como una socia o una abogada; esta vez era algo mucho más formal, un tanto distante, neutral. No logras descifrarlo y eso te frustra.

Te levantas porque tienes su mano justo en frente, debes ser cortés, así que extiendes la tuya y la coges con la fuerza propia con la que, según tú, una dama debe apretar la mano: no muy fuerte, pero sí bien firme; mientras lo haces, sientes como él te aprieta con suavidad, elegancia, parece que lo ha hecho muchas veces porque te abruma su firmeza, te hace sentir segura para luego coger tu muñeca con la otra como si estuviese sellando algún tipo de trato. Son cómplices en todo eso y él te lo recuerda.

Es grande, fuerte, dura; te encantan sus manos.

—Bueno, señorita Jones, ha sido un placer conocerla. Espero que podamos ser amigos.

«Yo no, espero que seamos más que eso» piensas, de nuevo, sintiéndote más atrevida de lo que realmente estás acostumbrada a ser.

—Igual yo dices, acompañándolo con una tierna sonrisa.

En lo que él te suelta la mano, sientes cómo desliza la otra con la que te tomó por la muñeca y se apropió de tu brazo. Lo hace con delicadeza, con suavidad, la va desplazando lentamente, acariciando tu piel desnuda, perdiéndose entre tus poros y calándose como un tatuaje. Te deja la impresión de que sí ha

sellado un trato, uno que asegura que estás volviéndote loca por él. En lo que te suelta por completo, sigue hablando.

—Me retiro entonces, señorita Jones no aparta su mirada de tus ojos. Se te ocurre que probablemente pueda que le gustes; eso esperas.

John se da la vuelta, rodeando la silla de la que acaba de levantarse, y comienza a caminar hacia la puerta. Tú te quedas parada como una tonta, escrutando su andar, su espalda, su porte; ajena al mundo, a la existencia misma. De nuevo todo se mueve en cámara lenta, tu corazón se acelera, sientes cómo su perfume nuevo va alejándose de ti. Ves cómo se despide de Gabriela con un sutil movimiento de cabeza y supones que le ha sonreído por la forma en que su rostro cambia, en la que su mirada se pierde; no la culpas.

No lo ves porque él está de espalda, empero, estás segura de ello porque precisamente así sientes que te ves cuando él te sonríe: idiotizada. El mundo exterior se ha enmudecido a causa de la partida de John, quien cruza la puerta, saliendo, por ahora, de tu oficina y de tu vida. Ahora reaccionas. Respiras profundo y dejas salir el aire con alivio. No estás tensa, ya no sientes que no controlas las cosas tontas que dices. Retomas tu seguridad y confianza.

—Vaya, qué hombre. piensas, mientras consideras que ya se ha ido.

—No me esperaba que fuese así de serio todo esto □ Gabriela continua viendo en la dirección que John tomó para marcharse, aun con la expresión de hace unos momentos plasmada en el rostro.

—Yo no me esperaba que fuese nada de esto. Cuando me lo dijo, no me lo creí. Es completamente diferente a cómo me lo imaginé; lo bueno es que lo veré de nuevo cuando... te acuerdas de la cena. □ ¡Rayos! La cena.

Te apartas de tu escritorio, Gabriela te mira confundida tras escucharte exclamar angustiada.

—Ey dices en voz alta. □ Rayos dices entre dientes.

—¿Qué sucede, Ann? ¿De qué no me he enterado?

—Algo... ya va, ya te cuento □ esperas que John te haya escuchado, miras hacia la puerta por unos segundos creyendo que él se asomará. Luego de que pasa el tiempo y entiendes que no te escuchó, caminas hacia la puerta decidida a buscarlo.

—Ann, ¿qué cosa rara te mordió hoy? Gabriela te sigue con la mirada mientras

te vas acercando a ella.

—No me dijo cuando íbamos a cenar. Tengo que saber cuándo cenaremos.

Le pasas por un lado a Gabriela como si no estuviese allí y aceleras el paso, con apremio, tratando de alcanzar a John; debe salir por la puerta principal, así que sabes hacía donde se dirige, solo te falta hacer que te escuche. En lo que cruzas la puerta en la dirección que él tomó, lo ves a unos treinta metros de ti. Sabes que te puede escuchar.

—¡John! Espera.

John se detiene y se da la vuelta para verte. Piensas que es bueno, ahora podrás preguntarle. En lo que lo alcanzas y estas a unos dos o tres pasos de él, le presentarás tu pregunta. Sientes cómo todos en ese piso te miran, no le das importancia.

—¿Sí?

—No me dijiste cuando querías cenar.

—Jajá, sí, lo olvidé.

—¿Entonces? ¿Qué me dices? ¿Cuándo cenamos?

—Creí que no querías una reunión.

—Nunca dije eso, sólo pregunté si mi padre iría también, creí haberte dicho que me gustaría.

—Sí, ahora que lo dices, también creo que lo dijiste.

—No creí que se te olvidasen las cosas tan rápido.

—Es un problema recurrente, pero nada de qué preocuparse ríe con sutileza y un poco de torpeza.

—Bueno, lo importante es saber que si quiero ir a cenar. Y, entonces ¿irá mi padre?

—Pues, eso depende de ti ¿Quieres que tu padre vaya?

Los dos se encuentran parados entre varios cubículos y escritorios al descubierto. No te importa si te ven o les molestan, en ese momento solo importa ustedes dos, uno frente al otro, viéndose fijamente a los ojos como las dos personas que ya se conocen.

—¿Es necesario? creías que todo eso podría significar algo para los dos, peor ahora que tu padre entra en la ecuación, eso sólo sería una cena de negocios molesta o de conversaciones incómodas que no quieres escuchar.

—No lo creo. John habla con naturalidad y confianza. Parece que no duda las cosas que va a decir.

—Entonces, que mejor no vaya te parece que tienes la excusa adecuada □ está ocupado últimamente, no quiero interponerme en su trabajo.

—Me parece bien entonces. En ese caso ¿Qué te parece encontrarnos hoy en la noche?

—¿Esta noche? ¿Tan rápido?

—¿Qué, no quieres hacerlo esta noche? Perdió su postura confiada □ ¿Prefieres otro día? Puedo ver si lo hacemos después.

Lo miras perdido, te da la impresión de que acabas de arruinar todos sus planes, lo que te causa un poco de lastima, te parece adorable ver cómo se doblega y trata de hacer lo que te parezca mejor.

—Para nada. Esta noche está bien le dices, con una sonrisa amistosa en el rostro. No quieres parecer desesperada por verlo, aunque ya te sientes así porque lo detuviste para preguntarle si iban a salir.

—A las ocho de la noche entonces. ¿A qué hora sales del trabajo?

—Oye, pero qué casualidad, justo hoy salgo a las ocho le dices, siguiéndole el juego.

—Oh, qué maravilla, entonces te vengo a buscar aquí.

—¿No quieres decirme en donde comeremos para que no tengas que hacer un viaje muy largo? Yo puedo ir para allá sola.

—No seas tonta, yo puedo venir a buscarte, quiero hacerlo.

—¿En serio?

—Claro ¿acaso hay otra forma de tener una cita con una mujer hermosa?

El que lleva el correo pasa por un lado de ustedes, recordándote que estás en el medio de la oficina, hablando con un hombre al que acabas de conocer. Pero eso no evita que te ruborices, y dejar escapar una risa extraña que se detiene en tu garganta y sale por tu nariz, no sabes qué te sucedió, pero

continúas riéndote porque aun estás bajo los efectos de sus palabras.

—Jajá... este... te ríes y hablas, fluctuando entre ambas sin saber cuál abordar primero □ no tengo problema dices por fin.

—¿O quieres ir en tu coche? Yo no tengo ningún inconveniente con ello, si quieres ir sola, todo bien.

Te ríes porque te parece gracioso que te hayan mencionado lo mismo en menos de un día, y de nuevo agradeces no tener uno porque de hacerlo, lo más probables es que no quisieras dejar tu coche en el estacionamiento del edificio y no podrías ir a la cita en el suyo. Sientes que las personas te ven por estar parada en todo el medio, mueves los ojos para averiguarlo, pero todos están sumidos en sus propios problemas.

—No tengo coche... dices entre risas. Notas que él también lo considera gracioso, no sabes por qué, según entiendes, no hay motivo para hacerlo, tú lo haces porque te lo han mencionado dos veces.

—¿En serio? ¿En el 2017? dice medianamente sorprendido por tu noticia.

—¿Y eso qué tiene que ver? Lo miras con severidad, regañándolo con los ojos.

—La verdad, no mucho, pero eso es lo de menos, así es mejor.

—¿Por qué mejor?

—Porque así podré venir a buscarte e impregnar el interior de mi coche con tu perfume.

De nuevo te ruborizas, sientes que flotas, y que te ves como una idiota sonriendo cada vez que te hace un cumplido.

—No digas eso, que me... aclaras la garganta, te das cuenta que estuviese a punto de revelarte; sabes que no estás siendo recatada, aunque de todos modos quieres mantener tu postura de mujer difícil. □ Nada, en tu coche entonces.

—En mi coche será.

Ambos se miran a los ojos y se sonríen; sientes que ya están de acuerdo en lo que harán, por lo que no se te ocurre qué más decirle. Deseas tener un tema para no parecer perdida, quieres que te vea como una mujer interesante, no como una nerviosa niña que no sabe qué decir. Piensa en decirle algo sobre lo que deberán hacer con respecto a la compañía. Abres la boca... te detienes, lo

piensas mejor. Él sólo te mira, no sabes qué tan rápido pasa el tiempo, pero sientes que está siendo realmente lento.

—Bueno... el alarga la última silaba, te da la impresión de que también está nervioso. □ me retiro.

—Sí, creo que deberías irte no sabes cómo moverte, sientes que cualquier cosa que hagas te hará ver mal.

—Hasta luego él divaga, sabes que está nervioso, eso te gusta □ entonces, hasta la noche.

Intenta acercarse a ti para darte un beso, lo interpretas como una buena señal y te vas acercando lentamente para que te lo de, hasta que se detiene, confunde el gesto con un abrazo, tu intentas actuar natural y seguirle la corriente, pero él se detiene de nuevo, supones que se dio cuenta que ibas a recibir el beso...

—Yo puedo... dices, tratando de guiarlo.

—No, yo creo que... te responde él, parece que quiere mostrarse seguro.

Los dos se debaten en silencio la forma adecuada de despedirse; ya están ahí, en medio de la oficina, comportándose como dos idiotas, así que tomas la iniciativa y terminas de acercarte, le terminas de dar el abrazo.

Mientras lo envuelves, sientes la firmeza de su espalda, lo grande de sus hombros y lo firme de su abdomen con tus pechos. No quieres apartarte de él. John te envuelve con sus brazos y te aprieta en ellos; te sientes fascinada con la presión que aplica en ti; no te sientes incomoda a pesar de saber que estás en una posición extraña en medio de tu trabajo en donde todos te están viendo.

Se separan.

—Bien. dice él, sonriendo nerviosamente.

—Bien. respondes, haciendo exactamente lo mismo.

John se aleja dando unos cuantos pasos hacia atrás.

—Nos vemos más tarde, señorita Jones.

—Estoy ansiosa.

Él sonrío y se despide con la mano, se da media vuelta y continua con su camino hacia la puerta. Te das la vuelta y regresas por donde viniste, incapaz de borrar la expresión de felicidad de tu rostro. Estás realizada, sientes que

has conseguido todo ahora que has conocido a John.

No es propio de ti, y lo sabes, pero la forma en que te mira y cómo se ve, te hace dudar de tu forma de ser. Piensas ¿deberé dejarlo pasar? Porque supones que, si lo haces, puedes desaprovechar esa oportunidad. Recuerdas lo que hablaste con tu padre, las cosas que te dijo, por lo que consideras de nuevo tus acciones.

Te detienes en medio de tu rumbo, ves a Gabriela parada en donde la dejaste, en la puerta de tu oficina, pero no te enfocas en ella, estás viendo el vacío entre las dos.

—Ya va... recuerdas que se supone que no hay forma de comunicarte con él, así que eso no lo puedes permitir. □ Rayos, su número.

—En serio necesitas su número dijo Gabriela, parece que consiguió escucharte. □ Déjalo así, creo que ya está bien.

Te devuelves, otra vez, en la dirección que tomó John, corres hasta él a la velocidad que te la permiten tus tacones, cuyo golpeteo es ahogado por la alfombra. Ruegas que aún no se haya ido, así que aceleras el paso cómo puedes. Pasas al lado de María y cruzas la puerta hasta llegar al área de los ascensores, en donde está él, dándole al botón, desesperado.

—Demonios ¿por qué tardan tanto? te da la impresión de que no es muy paciente, pero ignoras ese hecho porque quieres preguntarle algo.

—John, lo había olvidado.

—¿Qué sucede? Creo que no quieres que me vaya bromea, te hace reír porque de cierta forma tiene razón.

—No, es que... te aclaras la garganta, quieres ser muy seria □ no tengo tú número ni te di el mío.

—Oh, sí es verdad. él mete su mano en el bolsillo del pantalón, tal vez para buscar su móvil.

—Es por eso que te llamé, creía que ya te habías ido. Lo ves sacar su móvil, tenías razón.

—Qué bueno que lo recordaste.

—Sí, sino, ¿cómo habría sabido que llegaste? Jajá. te ríes, intentas hacer sonar eso como un buen chiste, no lo logras, te sientes cómo una tonta.

—Bueno, de todos modos, habría llegado aquí a las ocho y habría esperado hasta que salieras para ir a comer.

—No cogiste tu móvil en lo que lo seguiste la primera vez, por lo que sientes que fue para nada.

—Rayos dices para ti misma.

—¿Qué pasa? levanta la mirada John.

—No, nada, anota mi número...

Le dictas tu número de memoria; él lo va anotando a la misma velocidad en que se lo dices, pero sin ver a su pantalla.

—Listo.

—Llámame para guardar tu número.

—Lo haré.

Se lleva el móvil a la oreja y en ese momento llega el ascensor, lo que le obliga a mirar a su derecha.

—Bueno, ahora sí me voy.

—Sí, descuida. Nos vemos.

—Nos vemos. John te señala el móvil haciéndote entender que ya te llamó y que colgó la llamada. Ambos se quedan viéndose en silencio esperando a que se cierren las puertas y mientras lo hacen.

En lo que ya no lo puedes ver, respiras profundo, liberándote del peso que tenías al tratar de no parecer una tonta y regresas, de nuevo, por donde te habías venido.

Caminas recordando el abrazo, su mirada, su sonrisa; todo lo que acababas de presenciar y que te hacía delirar de alegría; tienes la impresión de que John se ha vuelto ese hombre que querías desde antes. La idea de soledad que tuviste más temprano, desapareció por completo de tu cabeza, siendo sustituida por el sonido de su voz.

En lo que te das cuenta, ya estás en frente de Gabriela, quien te mira confundida, y perdida.

—¿Qué acaba de suceder? ¿Por qué sonrías tanto? ¿Qué es todo eso? No sabes qué responderle primero, así que piensas en lo más importante, amplías más tu

sonrisa y sintiendo que te brillan los ojos, le dices:

—Me invitó a cenar.

Te sientes cómo una niña tras la promesa de un gran regalo en navidad, de hecho, así ves el hecho de que te invitase a cenar. No sabes qué quiera intentar con eso, pero, de alguna forma u otra, te hace completamente feliz.

Gabriela te habla, mientras te ve, le pasas por un lado y entras en tu oficina, directo a sentarte en tu silla ejecutiva, la reclinas hacia atrás y le das vuelta; estás completamente alegre.

—¿Cómo así? ¿Tan rápido? ¿No se supone que acaban de conocerse?

—Sí, sí, detienes las vueltas que da la silla. □ pero, él quería hablar de negocios así que propuso una cena te inclinas sobre el escritorio para coger fuerzas y expresar con entusiasmo: □ ¡Esta misma noche!

Gabriela sonrío al escuchar, parece que también le alegra lo mismo que a ti.

—Entonces, eso quiere decir que todo sucederá muy rápido. Tal vez consigas lo que tanto querías.

Al darte cuenta de eso, te levantas y la coges por las manos para hacer lo que tus impulsos te piden que hagas, saltar de emoción con tu mejor amiga. Ambas gritan y luego de unos segundos haciéndolo, recuerdas que estás en un ambiente laboral y que debes guardar silencio, te lo recuerda la mirada penetrante de Carlos, quien está en la oficina de en frente hablando con un cliente.

—Disculpa modulas las palabras y Carlos continua con lo suyo.

Gabriela mira en la misma dirección, se disculpa también y luego se enfoca en ti. Ambas se miran y se ríen. Luego de pasar varios minutos riéndote y murmurando con tu amiga, esta hace una pregunta qué te parece poco usual, propia de las veces en las que las personas que te hablan y tratan de hacerte ver el problema en algo.

—Así que, una cena ¿eh? tratas de no darle importancia y le sigues el juego.

—Sí, ¿no es genial? nada puede arruinar tu alegría. Ambas se acercan al escritorio y se sientan, tú de tu lado y ella en frente.

—Y ¿por qué no pautó una cita para otro día? ¿Por qué crees que te invitó?

Sabías que por ahí se iba la conversación. Lo veías venir en lo que te hizo la

pregunta. Pusiste una cara de duda, no te parecía adecuado dudar al respecto, sólo porque no querías, estabas segura que la duda de tu amiga era bien fundada ¿por qué habría de invitarte? ¿Acaso no podría hacerlo después? ¿Será porque no va a hacerlo más?

—¿Crees que me importa? niegas el problema que te está presentando.

—Sólo digo yo... no quieres dejarla hablar.

—Por mi está bien que quiera verme hoy. Tomas una postura segura, y te acomodas en el escritorio.

—Se te nota... Gabriela te mira, tu solo evitas sus ojos enfocándote en tu computador, el cual desbloqueas sin ningún motivo, porque no piensas hacer nada con él.

Piensas en la posibilidad de que él se haya dado cuenta. Dudas de la gravedad de tu comportamiento, después de todo, no sabes qué fue lo que él interpretó de lo sucedido, según tú, él solo estuvo nerviosos unas cuantas veces: todo eso te obliga a cuestionarte si en realidad no dejaste un poco de misterio en tu conducta o te hiciste la difícil.

Miras el fondo de escritorio de tu computadora hasta contemplar tu reflejo entre los colores como una sombra; este, un poco impávido y pensativo, te demuestra algo que ignoraste mientras luchabas por no parecer una tonta.

—¿Habré sido muy obvia?

Gabriela reacciona luego de tu silencio, estaba callada, seguro pensando en algo, tal vez, esperando a que rompieras el hielo.

—¿Obvia? al parecer, entendió lo que querías decirle sin ningún esfuerzo. □
¿Cómo se supone que lo sepa si no sé cómo te portaste?

—Pero me viste cuando lo seguí antes de que se fuera, ¿fui muy obvia?

—Déjame ver coloca su mano en su barbilla, pensativa con cierto tono sarcástico. □ Bueno, no sé si te saliste del papel de buena abogada cuando lo abrazaste o cuando gritaste su nombre y corriste por él. ¿Sabes? No sé.

Entiendes su sarcasmo.

—Muy graciosa. Ella se ríe.

—Claro, ¿qué quieres que te diga? No sé qué pasó mientras estuvieron en la oficina a solas adoptó cierto tono travieso, haciendo alusión a que tuvieron

intimidad □ a mí me pareció que te veías bastante desesperada.

Comienzas a preocuparte por lo sucedido, contemplando la situación en retrospectiva; en una situación diferente, no le darías importancia a la forma en que se desarrollaron los hechos, pero John te hacía reconsiderarlo todo, incluso lo mucho que te importaba tu reputación.

—¿Tú dices? te desconsuelas

—Claro, mi amiga, ¿acaso te mentaría? ella hace silencio. Ves tu escritorio, pensando en si a él no le gustó a la forma en la que te portaste. □ Oye, su tono de voz cambió a uno más comprensivo □ este, puede que hayas sido obvia, pero parece que todo saldrá bien. Después de todo ¿por qué otra razón te habría invitado a salir si no tenía necesidad? Eso te ayuda a sentirte mejor.

—Es verdad te erguiste, empiezas a hablar con más confianza □ eso es una buena señal.

—Claro que lo es. Y, oye, ¿ya sabes para donde irán a comer? de nuevo, sentiste cómo todo se arruinaba.

—No sé vuelves a desconsolarte.

—¿No te dijo? ¿Cómo espera entonces que sepas a donde ir si no te ha dicho en dónde?

—Realmente dijo que vendría a buscarme a las ocho, así que, le dejo esa a él.

—¿En serio? ¿También ofreció venirte a buscar? ¿A qué hora?

—A las ocho.

—¡Vaya! suspira conmovida. Te miró con complicidad □ ¿Por qué no me invitó a mí a cenar? sonó como una buena broma.

—No sé, porque no le gustaste, seguro. bromeaste.

—Pero me vio primero a mí, incluso le traje café.

Se te infla el ego y estás dispuesta a presumir de tu posición ventajosa con John.

—Supéralo, me invitó a mí.

Gabriela cruza sus brazos y se comporta como una niña malcriada que no quiere aceptar la realidad de los hechos. Seguido a ello, asoma una sonrisa; sus inofensivas indirectas mantienen el ambiente ligero y amigable.

—Bueno, bueno, ¿por lo menos te dio su número?

—Sí, por eso me devolví, le di para que anotase el mío y me llamo para yo tener el suyo.

—Entonces, si lo tienes ¿por qué no le preguntas a donde será?

—¿Ahora? ¿No es muy pronto? Acaba de irse.

—No, nada que ver, todavía no. Más tarde ¿estás loca? No puedes escribirle ahora, así sí te verás como una loca. Creo que ya es suficiente humillación por hoy.

—Lo mismo digo.

Estás de acuerdo con tu amiga, intentas mejorar tu estatus ante John al compórtate como una mujer adulta, cosa que sientes que no lograste mientras estuvieron a solas, incluso cuando lo saludaste. Necesitas eso, necesitas hacerte desear.

—Debes hacerte desear.

—Justamente estaba pensando en eso.

—¿Ves? Las grandes mentes piensan igual.

Ambas sonríen en complicidad.

—Entonces, ¿qué propones?

—Pienso que debes escribirle a la hora del almuerzo, no sé, luego de que veas al señor del embargo...

En ese momento reaccionas, recuerdas que tenías una cita con él en cualquier momento, lo que te preocupa porque no tienes nada listo para la reunión. Deben hablar del caso que están montando juntos y para ello requieres estar preparada; te levantas con angustiada.

—¡Rayos! El señor Engelbert. Lo había olvidado por completo.

Gabriela no se inmuta, al parecer, a ella no se le había olvidado nada.

—Tranquila, todavía no llega. Falta mucho, a eso de la una es que tiene pautada la cita.

Bajas la mirada y vez la hora en la esquina izquierda inferior de la pantalla de tu computador; marcan las doce y media.

—Falta media hora... levantas la ceja □ y hace media hora dijiste que podría estar llegando en cualquier momento.

—Sólo quería saber qué estabas haciendo con John. Se encoge, demostrando su culpa.

—Gabriela, ¿por qué hiciste eso?

—Parecía que necesitabas ayuda, no sabía de qué hablaban, pero no lo hacían mucho, había mucho silencio.

—Sí, pero John se fue y no pudimos seguir hablando.

—¿Y tú de qué te quejas si lo vas a ver esta noche?

—Sí, pero...

—Pero nada, tranquilízate y siéntate. le obedeces □ el señor Engelbert llegará en media hora.

—Vale, entonces será mejor que te vayas, necesito sacar unas cosas para él.

—Sí, nos veremos en el almuerzo se levanta de su asiento □ porque vamos a comer juntas, así sé qué te responde.

—Vale, vale, termina de irte, tengo trabajo que hacer.

Gabriela te sonrío con travesura, tú le respondes con el mismo gesto y comienzas a buscar lo que necesitas en tu computador. Mientras lo haces, la media hora va pasando y en ese trascurso de tiempo te enfocas en las posibilidades, miras al pasado y buscas lo que le dijiste a John, lo que pudiste haberle dicho para parecer más interesante: fantaseas con una conversación fluida e ininterrumpida que nunca tuvieron mientras envías los documentos que te hacen falta a imprimir. Le envías un correo a tu secretaria para que te los imprima y sacas tu móvil de tu bolsa.

Observas que tienes una llamada perdida y la ignoras por completo; no importa. Cambias de aplicación, abres el WhatsApp y buscas el avatar de John para ver que foto tiene; piensas en guardarla, en darle capturar a la pantalla y tenerla en tus archivos privados; te retractas. Te das cuenta de lo obsesivo que es eso, así que dejas el móvil sobre la mesa antes de que puedas hacer una estupidez. Temes lo peor, temes por tu cordura.

En lo que llega Gabriela con tus hojas impresas, la detienes.

—¿A qué hora es que estoy libre?

—A las tres. Asientes con la cabeza, decidida.

—A las tres le escribiré a John. Lo reconsideras □ ¿crees que debo escribirle yo? sientes que has olvidado la forma en que las relaciones funcionan.

—No sé ¿prefieres esperar a que él lo haga? Tú y Gabriela se miran considerándolo. Luego, bajas la mirada y comienzas a dudar.

—No sé, ¿y si no lo hace?

—Entonces escríbele tú.

—¿Tú dices?

—Sí... no... no sé.

—Vamos, Gaby, ayúdame en esta. ¿sí? ¿Qué harías tú?

—Me lo habría cogido si hubiésemos estado solos.

—¡Ey! No, yo no soy así...

—Lo sé, princesita, eres una santa, pero tú preguntaste. Gabriela se marcha con la última palabra mientras que tú te quedas contemplando esa posibilidad.

No lo habías pensado, pero te das cuenta que te da curiosidad saber cómo se vería desnudo; recuerdas su cuerpo firme de cuando lo abrazaste, lo que te ayuda a imaginártelo mejor. Un hombre de pectorales formados, no muy grandes, pero si bien firmes, con un abdomen rígido, con unos abdominales duros, ni muy agresivo ni muy plano.

—Aunque en lo que hablas, Gabriela, a punto de cruzar la puerta, se detiene y se gira para verte. Lo dices con una voz lasciva y una sonrisa traviesa □ no parece tan mala idea. Lo hubiese hecho. te lamentas.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi jefa? Se escandaliza y con ello reacciona.

—Es que, no sé, me hace pensarlo, el me hace pensarlo. sonrías avergonzada.

—Eso sí que no me lo esperaba te mira, como si estuviese viendo a una mujer diferente, sonrío en aprobación y se marcha.

—Yo sólo decía, era un comentario nada más □ le gritas mientras pueda escucharte.

—Pues a mí me pareció más a una afirmación responde ella, distante, desde fuera de tu oficina.

Te ríes en voz alta, esperando a que ella te escuche desde fuera. Gracias a eso, piensas que tiene razón, tal vez si eres una mujer diferente ahora que has conocido a John; parece muy lógico; temprano, antes de llegar, no habrías pensado en eso, ahora, las cosas no son igual y eso, de algún modo, te asusta y te gusta al mismo tiempo. Consideras todo cómo un cambio positivo para tu vida; según lo ves, todo parece ir de maravilla.

A las tres de la tarde de ese mismo día, luego de que se fuese el señor Engelbert y archivaras todos los documentos en una carpeta, se los diese a Gabriela para que los copiase y otras cosas que te hacían una abogada competente, continúas pensando que las cosas van mejor que nunca, así que vas a la cafetería en la calle de al frente al edificio en donde trabajas con tu secretaria, dispuesta a hacer lo que tenías en mente.

En este momento, te encuentras sentada en una mesa que da a una de las ventanas del restaurante; miras a las personas, los coches, los colectivos y cuantas cosas puedan pasar en frente tuyo mientras esperas que tu amiga termine de pedir y pagar al mismo tiempo en que coquetea con el cajero de la tienda. Siempre que puede viene a esa cafetería con la misma intención, sólo por él, una actitud obsesiva con la que, de hecho, ahora te sientes identificada.

Tienes el móvil en la mano, ahí, inútil, sin la pantalla encendida, preparada a escribir algo importante que te haga ver bien en frente de John, necesitas de la selección adecuada de palabras. Piensas: ¿Le escribo ahora? ¿Qué le puedo decir? ¿Qué tal si no le gusta?

No terminas de decidirte, ni siquiera sabes si él está disponible para ti en ese momento, así que simplemente te resignas, renuncias a cualquier otra posibilidad de escribirle mientras miras a tu alrededor: la ventana, las personas haciendo fila para pagar porque tu amiga no termina de coquetear con el cajero quien, ridículamente, le hace caso; dices que no la soportas porque siempre está teniendo relaciones con todos mientras que tú te quedas trabajando. Sientes un poco de celos porque ella sí consigue intimar todo el tiempo y estás segura que, de estar en tu posición, ya habría resuelto todo con John.

De nuevo, bajas la mirada a tu teléfono, lo desbloqueas y relees lo que habías escrito

«Holas, John, ¿me recuerdas? Soy Ann, tu nueva abogada ¿estás ocupado?»

Y cada vez que lo lees sientes que suena peor que la última vez. Te preguntas por qué todavía no lo has borrado, por qué no has escrito otra cosa, algo que se formula en tu mente de forma infructífera porque lo dejas ahí, levantas la mirada y te pierdes en la contemplación de los hechos.

—¿Por qué no sé qué decir? anuncias, decepcionada de tus propias aptitudes cómo mujer.

Bajas la cabeza y comienzas a lamentarte. No encuentras recompensa alguna en quedarte allí sentada mientras esperas a que las cosas se resuelvan por sí solas, entiendes que eres una mujer inteligente que se vale por sí misma, lo que no entiendes es: por qué has perdido toda la confianza que tenías en ti ahora que te encontraste con John.

Respiras profundo, sientes cómo el aire se escapa de tus pulmones junto con tus ganas de continuar con toda esa farsa; entras en un estado dramático del que no quieres, ni sabes, si puedes salir. Otra vez, bajas la mirada, desbloqueas tu móvil dibujando un patrón de estrella y vueles a mirar lo que escribiste.

Las palabras van perdiendo sentido, una por una, te empiezan a parecer peor, quieres borrarlo, pero te rehúsas a hacerlo por lo mucho que tardaste en escribirlo. Tienes cierto apego emocional por las cosas que haces.

—¿Qué haces? dice Gabriela, interrumpiendo tu triste contemplación. Levantas la mirada y sin soltar el móvil la ves a los ojos tratando de hacerle entender que estás confundida. □ ¿Qué pasó ahora? pregunta ella indiferente. Sabe que ya está acostumbrada a verte así. □ ¿No sabes que decirle?

—No, no tengo idea.

—Dile cualquier cosa se sienta en frente tuyo, masticando goma de mascar que, supones, le quitó al cajero junto con su dignidad □ o escríbele: oye, aquí Ann, cuéntame ¿en dónde vamos a cenar esta noche? lo dice escribiendo en un móvil imaginario y mofándose de tus gestos.

—Es que no sé...

—¿Qué no sabes? Y si le digo algo y no me responde, y si no le gusta ¿y si se ofende?

Aprietas tu móvil con ambas manos, intentando de retorcerlo como un pedazo de tela. Los nervios se apoderan de tus manos y de tus pensamientos.

—Mujer, mujer... te comienza a calmar con las manos como si fueses un animal en histeria □ no te estreses, el pensamiento sin acción no te llevará a ningún lado.

—Pero... intentas defenderte, dar a entender tus motivos, quieres que sepa que lo tuyo no es solo una preocupación absurda desde el punto de vista que tu vez.

—Relájate, dije. te interrumpo □ veamos, aclaremos nuestras mentes te sientes en una sesión con el psiquiatra □ ¿por qué estás así? ¿qué te preocupa tanto?

—No sé.

—No lo sabes ¿ves? Relajémonos entonces. Busca pensar en otra cosa.

—¿Cómo en qué?

—No sé, en lo que tú quieras.

Miras la mesa, la miras a ella, miras el reloj y luego miras al cajero atendiendo a los demás clientes.

—¿Y la comida?

—Está por llegar.

—¿Qué pediste?

—Lo mismo de siempre.

—Ah... te conformas, el menú ejecutivo de mar que siempre piden tarda un poco, aceptas que te toca esperar, así que vuelves a mirar al cajero intentando ver qué le gustó de él a tu amiga. No lo logras y regresas tu mirada a la mesa. □ ¿no crees que todo esto es algo innecesario?

—¿Con John? parece que lo piensa un poco □ puede ser, aunque todo depende de cómo sean las cosas después de esto.

—Sí... entiendes su elipsis, le sobraron palabras y para ti fue más que suficiente.

—Ten en mente que las cosas pueden mejorar, así que... El chico de la caja llama a Gabriela □ oh, mira, nuestro almuerzo ya está listo.

Gabriela se levanta llena de entusiasmo mirando en la dirección de cajero; la sigues hasta que te das cuenta de lo ridícula que te ves pensando en cosas

nefastas.

Piensas que es estúpido siquiera considerarlo, eres una mujer adulta y sabes cómo resolver tus problemas como tal así que, una simple cita no es nada para ti. Desbloqueas de nuevo el móvil y se abre de nuevo en el mensaje que estabas escribiendo, sólo que esta vez no lo lees, lo borras de una vez y te dispones a escribir lo siguiente:

«Hola, John. Soy Ann, jeje. No sé cómo hacer esto, pero, mira, te escribo para preguntarte en donde comeremos, para hacerme de una idea, tú sabes (colocas dos puntos y un paréntesis; una cara feliz) es solo para saber»

Lees que no tenga errores ortográficos y lo envías sin pensarlo demasiado. En lo que el mensaje ya ha salido de tu buzón, llega Gabriela con ambas bandejas en la mano.

—Ese chico me desea, lo estoy volviendo loco, lo sé. Se sienta sin darle mucha importancia a lo que estás haciendo. Te entrega tu plato, el que tiene un poco menos que el de ella, y coge los cubiertos que le entregaron con ellos □ Buen provecho.

Tú no le respondes nada, continúas viendo al móvil, aceptando que lo hiciste lo mejor que pudiste, de forma madura, natural y sin ningún trauma existencial cómo en la última media hora que llevas perdiendo el tiempo. Gabriela busca tu atención.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no hablas? la ves a los ojos y tratas de responderle con la mirada y una sonrisa. □ ¿Qué? baja sus cubierto □ ¿Qué pasó? ¿Por qué sonrías así? Al ver que no entendió tu indirecta...

—Le escribí.

Gabriela se emociona y trata de quitarte el móvil para leer lo que le escribiste; se lo entregas sin resistencia y ella lee el mensaje, modulando las palabras sin emitir sonidos, hasta que termina.

—Me parece perfecto dice más calmada e impávida □ muy bien, no dices mucho pero sí lo suficiente.

Sonríes, a gusto con su aprobación.

—Ahora sólo falta que me responda.

—A menos que esté ocupado, pero, lo que importa es saber que ya has dado un

paso en pro a todo esto, lo que necesitas hacer es disfrutar de tu almuerzo y mi compañía hasta que te responda. coges los cubiertos envueltos en servilletas y comienzas a sentirte más relajada así que te enfocas únicamente en tu comida y Gabriela.

El tema concerniente a John se ha escapado de tus preocupaciones, mientras comías, las cosas sucedieron de forma natural y rápida, los minutos transcurrieron pasiblemente por lo que se te olvidó casi por completo lo que te atañía antes de empezar a comer. Al terminar, Gabriela y tú se fueron a sus respectivas oficinas a continuar con su trabajo.

Eran las cuatro y media de la tarde así que faltaban más o menos cuatro horas para que John llegase. Durante ese tiempo, de a momento, veías el móvil a la espera de alguna respuesta del señor Corvus, algún indicio de cuál era el restaurante, tal vez un: «estoy ocupado» o cualquier otra cosa.

Eso se prestó a posibles escenarios que por pocos te imaginas, pero te relajaste. No hacía falta preocuparse por ello, según entendías, ya te había invitado a cenar lo que significaba que de hecho estaba interesado en ti. En su defecto, lo peor que podría pasar, según tú, sería que te quisiera cómo amiga, cosa con la que, de todos modos, podrías soportar.

Atendiste a otros clientes que consumieron la totalidad de tu atención y tu tiempo; estuviste aliviada por ese periodo de tiempo mientras que las cosas seguían su curso natural. Hasta que, en medio de una de las dos entrevistas, John te respondió:

—«Disculpa que no te haya respondido antes, estaba ocupado, (dos puntos y un paréntesis haciendo una cara triste), estaba trabajando. No te preocupes por el nombre del restaurante, aun no consigo el adecuado así que tendremos que esperar, no desesperes.»

Sientes que lo leíste con su voz, lo que te pareció raro porque a penas y recuerdas lo que desayunaste hace dos días. Decides ignorar el mensaje, el cual leíste rápidamente mientras te hablaba tu cliente sobre lo importante que es ganar el caso, para mantener una postura profesional y no tomarlo para escribirle, pero, eso se ocupa de tu atención.

Las palabras de la mujer de rizos naranjas sentada en frente tuyo, son alejadas por el sutil soplido el aire acondicionado lo que consideras una excusa suficiente para no darles importancia.

Estas enfocada en lo que dirás, piensas en las posibles respuestas que puedes darle, en lo que puedes decirle y en lo que no. Lo escribes todo en tu cabeza, letra por letra, intentando decir algo, obligarlo a responderte de vuelta, todo, en tu imaginación. Deseas hacerlo de inmediato, que la señora de los rizos naranjas termine de hablar para despedirte y poder tomarte tu tiempo para escribirle; ves el reloj disimuladamente.

—Ya está por terminar piensas.

Falta poco tiempo para escribirle a John que:

—«Ah, está bien, no importa entonces. ¿Sigues ocupado?» quieres parecer interesante, mantener viva la llama de la conversación para que él sienta la necesidad de responder.

Te responde.

—«Sólo un poco, estoy tratando de resolver unos asuntos aquí pero ya estoy por terminar. En lo que lo haga, me ocuparé del restaurante»

—«¿Tienes alguna idea de dónde quieres cenar?» intentas no decir demasiado, mantenerlo casual.

—«Sí, debe ser un lugar especial, no puede ser cualquier hueco de ratas, no me perdonaría llevarte a un lugar así»

—«(colocas una cara feliz, dos puntos un paréntesis) me parece muy bien, que no quieras llevarme a ningún hueco de ratas»

—«Es parte del encanto, quiero que tengas una velada agradable... tú sabes, una mesa en la parte de atrás de un restaurante, un plato descomunal de pasta con una buena salsa de carne para los dos y que ambos compartamos el mismo espagueti»

En lo que lees su mensaje, se te dibuja una sonrisa, diferente a la que tienes en el rostro desde que empezaron a hablar. Te imaginas la escena, en dónde que tú y él sustituyen a los personajes de la dama y el vagabundo, comiendo del plato, compartiendo el mismo espagueti hasta que se dan un beso... y es ahí, en donde entiendes la referencia. Te propuso que se dieran un beso.

En ese instante, sueltas el móvil y lo dejas en el escritorio como si te hubiese hablado el aparato, cómo si hubiese cobrado vida; quieres apartarlo de ti, no lo quieres ver porque ese juego te comienza a parecer tonto.

Te sorprendes, te confundes, no te esperas nada, pero estás muy segura de que te encantó que te lo hubiese dicho, no es normal que leas ese tipo de cosas. Miras para todos lados para saber si alguien te vio actuar de manera extraña, sientes paranoia, te sientes insegura.

Lo coges de nuevo, lo miras, lees otra vez y estás dispuesta a responderle, sólo que no sabes qué decir luego de eso. ¿Qué haces en una situación así?

—«jajajá, muy gracioso» te lavas las manos, sientes que con eso desviaste tu atención de ello, no dices nada y puedes dejar el mensaje atrás, a que se cueza junto a los otros en el olvido; esperas que no diga nada similar, que no lo traiga de nuevo, lo que quieres es evitarlo.

Tarda en responder. No sabes si ya lo leyó porque no están hablando por el WhatsApp, lo que te hace pensar, bajo los efectos de la paranoia, que no hay motivos para que dos personas normales en el siglo veintiuno hablen por mensaje de texto. Quieres saber si te leyó, si está en línea, si se encuentra al otro lado del teléfono esperando a tú respuesta, así como tú.

—«Sólo digo, esa sería mi tipo de cena perfecta ¿tú que dices»

No le escribes, deseas esperar, miras la hora y ves que son casi las siete de la noche. Ya Gabriela se fue, lo sabes porque la escuchaste despedirse a pesar de que no la viste haciéndolo. Tienes hablando con John desde que se fue tu último cliente, la mujer con los rizos naranjas, no te habías dado cuenta.

Te preguntas de qué estaban hablando que pasó el tiempo tan rápido. Sientes que el día se te ha ido volando, estás preocupada, ansiosa. Sólo quedas tú y otros abogados dispersos por ahí que no te interesan en este momento.

Lees de nuevo el mensaje del plato de espagueti y te lo imaginas de nuevo. Ya sabes qué decir.

—«Con tal de que sea contigo, no tengo problema» escribes, confiada.

—Sí él dijo eso, ¿por qué habría de contenerme? piensas que no hay motivo para esconder tus verdaderas intenciones, las cartas ya están sobre la mesa y tú estás dispuesta a jugar tu mano.

—«Estupendo, pensamos igual entonces.» te llega otro mensaje justo después de leer ese □ «Ya tengo las reservaciones listas.»

—«Ok... ¿me dirás en donde es?»

—«¿Importa? De todos modos, solo falta media hora para irte a buscar»

—«¿Media hora? ¿No habías dicho a las ocho?»

—«Sí, comeremos a las ocho. ¿No crees que voy a buscarte con el tiempo justo? Quiero poder hablar contigo» te llega de inmediato otro mensaje □ «de negocios, hablar de negocios»

Te parece que creyó que podrías mal interpretar el mensaje, lo tomas como un cumplido y dejas el móvil en la mesa. Ya estás respondiéndole muy rápido, no quieres que piense que estás viendo a la pantalla hasta que se bloque esperando por sus mensajes, así que optas por hacerlo esperar unos cuantos minutos.

Miras de nuevo la hora y ves que ya son las diez y cuarto de la noche, por lo que supones que él estará por llegar en cualquier momento por lo que apagas tu ordenador, acomodas tus cosas, en tu bolsa, buscas que tengas los audífonos adentro, tu maquillaje, tu billetera y todo lo que trajiste en ella al llegar.

Terminas rápido todo lo que estabas haciendo y vuelves a ver el reloj: sólo pasó un minuto. No sabes si es tiempo suficiente para hacerlo esperar, así que buscas con qué otra cosa distraerte.

Piensas en bajar y esperarlo en la puerta del edificio, pero dudas que llegar hasta ahí te tome media hora, por lo que descartas la idea. ¿Qué otra cosa puedes hacer para hacerlo esperar? Tal vez puedes jugar alguno de los juegos que le descargaste al móvil, escuchar música, ver tus redes sociales.

En ese momento se te ocurre.

—Instagram dices en voz alta. Así que coges el teléfono, lo desbloqueas, abres la aplicación y repites lo que escribes □ John Corvus.

Tienes la esperanza de que aparezca con su nombre original, quieres hacer todo cómo lo harías conociendo a alguien nuevo, a alguien que nunca habías visto porque sientes que eso es lo que se hace; no estás acostumbrada a ello, no sabes cómo funcionan las relaciones nuevas en el siglo XXI.

Piensas, de manera natural, enfrascándote, que es posible que no tenga Instagram o que use otro nickname así que te abres a las expectativas. Se despliega una lista de nombres y te das cuenta que no es el único John Corvus en el mundo. Ni siquiera lo habías cuestionado.

—Qué poco originales son las personas.

La vas desplazando con el pulgar, lentamente, intentando ver si alguno de los que se muestra allí es él. Abres uno por uno. Las dos primeras te salen privadas y a la tercera, sientes que no lo conseguirás. Cuestionas el motivo por el cuál haces eso ¿será porque quieres verlo ya? ¿tendrá alguna novia? ¿tendrá algún gusto extraño?

Ni siquiera sabes si en verdad utiliza ese tipo de redes sociales, hasta que aparece uno que te llama la atención. Lo abres, tiene su nombre, y no dice mucho en su biografía. Cuando bajas la mirada, luego de que terminan de cargarse las fotos de la primera hilera, ves que es él. Esperas de nuevo y continúas bajando.

Empiezas a abrir foto por foto, con cuidado en no darle «me gusta» a ninguna mientras te sientes cómo una adolescente acosadora. Piensas que encuentres tu nueva distracción, así podrás hacer que el tiempo pase más rápido, mientras te concentras en cada una de las fotos que ha publicado.

John en la playa, John en su coche, John comiendo helado, algunos perros, John en el gimnasio con algunos amigos, John en la oficina, John posando en algunas revistas.

Vas narrando en tu mente cada una de las fotos que ves, apreciando, abriéndolas y mirándolas fijamente, detallando su cuerpo en las que sale con el torso desnudo porque le gusta surfear; miras su sonrisa en las que ve directamente a la cámara. Todo, incluso si no hay mucho qué ver, te enfrasca en ellas de manera poco natural.

Sigues bajando buscando alguna foto en la que aparezca besando a alguna mujer, de ser así, definitivamente sería su novia, eso pensarías, eso te ayudaría mucho tomarte más en serio todo porque si no sólo sería una fantasía de negocios, algo que no quieres tener.

Piensas en ello, pero no sabes lo que harías si en verdad te encuentras con esa información y, a pesar de que es uno de los motivos por los cuales estás hurgando su vida privada como nunca antes lo has hecho, no quieres encontrarlo en verdad.

Luego de diez minutos de búsqueda, en que te tomaste bastante en serio lo que hacías porque quieres comprometerte con todo eso, ves la hora y te das cuenta que son las siete y veintiséis de la noche. Y, justo en ese momento, suena tu móvil. Es él.

—¿Aló? ¿John?

—Sí, señorita Jones. ¿Está lista?

—¿Llegaste?

—Estoy en camino, creo que llego en unos... hace una pausa □ tres o cuatro minutos. Supongo.

—Oh, está bien.

—Vale, te cuelgo.

Cuelga.

Coges tu bolsa, dejas tu móvil dentro de ella y sales de tu oficina sin mirar atrás. Vas directo a la salida de la firma, saludas con la cabeza a los que levantan la mirada al escucharte pasar sin detener tu paso hasta llegar al ascensor. Lo llamas y esperas.

En lo que llegas a la puerta y te despides de la recepcionista de planta, notas que no está estacionado al frente así que ves hacia la calle en ambas direcciones para ver si viene por alguna de ellas. Te quedas esperando, con los brazos cruzados por el frío de la noche pensando en cómo podrá ser todo, en dónde será la velada, en qué sucederá después.

No quieres arruinar la sorpresa, llenarte de expectativas para luego terminar decepcionándote al final. Esperas un poco más de un minuto y en ese instante, suena la bocina de un coche. Vólteas en la dirección en que la escuchas, y lo identificas de inmediato.

—Es él. Te acercas a la cera y él se detiene justo en frente de ti.

Es un coche deportivo, se nota que es costoso porque no lo sueles ver por todos lados, no sabes mucho de ellos, pero sí sabes acerca del lujo. Piensas que tiene buenos gustos, que no sabes por qué te cuesta tanto buscar un coche para ti misma; no puedes depender de las cuatro ruedas de terceros.

Te inclinas para verlo desde donde estás, esperas a que baje la ventanilla del copiloto, pero resulta ser en vano porque luego de detenerse, se baja del coche.

—Estoy aquí.

—Ya veo. Él mira el reloj.

—Justo a tiempo.

Rodea el coche y se para justo al lado tuyo.

—Hola, de nuevo. Se acerca a ti y te da un beso en la melilla. Tú se lo respondes con uno igual, pero chocando con su cachete, no, sino que pegas tus labios a él, dándole el beso suficientemente cerca de los labios.

No sabes por qué lo hiciste, pero sientes que era lo que querías hacer. Se apartan.

—Hola le sonríes, tomando una gran arcada de aire mientras lo haces.

—¿Tienes mucho tiempo esperando?

—No, acabo de salir del edificio.

—Entonces, si fue justo a tiempo. Te rodea a tú, se para al lado de la puerta y jala la manija para abrirla.

Con un solo movimiento de su mano, la jala, para después levantar la puerta, soltarla y dejarla que suba hasta la altura de tu cabeza, un poco más arriba, luego, te invita a pasar señalando al interior del coche con la mano y una sonrisa. Tú agradeces el gesto con inclinando tu cabeza y sonriéndole de vuelta.

—Muchas gracias, caballero.

—De nada, hermosa dama.

En lo que ingresas al coche, él cierra la puerta. Lo ves rodeando el coche a través del parabrisas y luego montarse del lado del piloto.

—¿Estás cómoda?

—Sí. Es bastante cómodo este coche.

—Sí, es sorprendente ¿no? Lo saqué de una caja de cereal, al principio creí que no entraría, pero sólo esperé un tiempo fue creciendo. Sonríe con inocencia tu ríes ante su humilde broma.

—Muy gracioso.

—Sí, lo sé, cambia su semblante por un serio □ pero no, en verdad, me lo gané en una rifa. Te lo tomas en serio.

—¿En verdad? ¿En una rifa?

Él te mira sin decir nada, con la misma expresión impávida en su rostro, sin inmutarse, sin demostrar el más mínimo deslíz, comienzas a tomarte aún más en serio su comentario.

—No, sólo trabajé muy duro para poder pagarlo relaja su rostro y se ríe.

—En serio me lo creí.

—Jajá, que gracioso. Enciende el motor luego de apretar un botón en el tablero, gira el volante y aparta el coche de la acera □ ¿Estás lista?

—¿Lista para qué? John mira al frente, entrecierra los ojos unos segundos, para luego mirarte de nuevo.

—Para esto... en lo que habla, ves que su pierna se mueve, supones que pisa el acelerador y la fuerza de arranque del coche te empuja hacia atrás.

De inmediato, sientes como tu corazón se empieza a agitar, acompañado de un vacío justo debajo el diafragma y la sensación de que no te puedes mover porque, de lo contrario, te vas a desbaratar. Giras hacia él y ves cómo aprieta una palanca que está detrás del volante y el vuelve a empujarte hacia atrás. Ves que John está sonriendo, parece que disfruta eso, te gusta cómo se ve, no te gusta cómo te sientes.

Escuchas el rugir de un motor prácticamente silencioso, como una sutil brisa saliendo del interior del coche. Sientes que estás atrapada en un vórtice, y, casi de inmediato, todo se detiene, lo que te empuja hacia adelante. Agradeces haberte puesto el cinturón de seguridad instintivamente al montarte, las buenas enseñanzas de tu padre te han dejado algo. Te das cuenta que estás en un semáforo, con razón se detuvo. Volteas a verlo con el rostro pálido.

—¿Te asústate? preguntó John, parece estas preocupado.

—Sí, un poco. dices, jadeando por la agitación, sientes cómo tu corazón late rápidamente, crees que aún se están moviendo.

—Oh, lo siento, no esperaba que te asustases su rostro cambia. Se ve culpable, decepcionado como si estuviese molesto consigo mismo □ no debí haber hecho eso, soy un idiota, rayos. Mira al frente, evitando tu mirada.

Sientes que debes decirle algo para reconfortarlo.

—Este, no fue tan malo supones que mentirle no estaría tan mal □ pero no lo vuelvas a hacer sin avisarme, por favor. No estoy acostumbrada a montarme en

coches como este. todavía no te mira. □ Lo digo en serio.

—No te gustó, creo que ahora estás molesta.

—No lo estoy, créeme, solo que, me asusto porque no me lo esperaba, eso es todo, tal vez, si en otra ocasión me dices que lo vas a hacer, no ahora sabes que debes señalarlo, no quieres sentir eso de nuevo en lo que resta de noche □ , puede que me guste. ¿Vale?

Deja escapar aire por su nariz, como si estuviese reteniéndolo, y voltea a mirarte.

—Vale. Te sonrío de nuevo. Lo perdonas casi de inmediato.

Los dos se quedan viendo mutuamente, sin reparar en su alrededor, o en los únicos dos coches en toda la calle detenidos a su lado, ni en el semáforo a punto de cambiar. Sientes que estás en el lugar adecuado, sientes que te gusta. En su rostro, ves que alumbra el verde que indica que pasen, luego de unos segundos, él aparta sus ojos de ti y se fija en la carretera.

Pisa el acelerador y sientes cómo el coche se mueve sin ningún problema; esperabas que luego de esa exhibición de fuerza, fuese capaz de haberse dañado, tal vez, hasta el motor se hubiese fundido. Aceptas que no sabes nada de coches. Ni siquiera ignorando las cosas que ignoras, no hay forma de que algo así suceda tan repentinamente, aunque tu lógica apunta a que todo puede ser posible.

—¿Quieres que te diga a dónde vamos? John interrumpe tu silencio.

—No, ya estoy aquí, me gusta este misterio, tal vez sea algo demasiado bueno para que me lo digas.

—Es normal, no es nada del otro mundo, la verdad.

—¿No dijiste que querías llevarme a un lugar especial, digno de mí? John voltea a verte, te sonrío y vuelve a enfocarse en manejar.

—Aunque suene raro, la verdad, cualquier sitio en el que estés será especial sólo porque tú lo visitas... hace una pequeña pausa, suficiente para notarla pero no tanto para que puedas intervenir □ aunque, no porque visites un lugar desagradable quiere decir que sea digno de ti porque es desagradable.

Te ríes por la forma en que él confunde los hechos de su propia analogía. No apartas la vista de él mientras maneja, no tienes que ver el camino, eso no te

importa, tú miras a John, eso si te importa.

—Pero, continua □ lo que importa es que, no pude conseguir ningún restaurante especial así que dije: puede que no lo sea, pero cuando coma con ella esta noche lo será, de hecho, será mi restaurante favorito. Te mira de nuevo y te sonrío otra vez; se lo respondes.

No dices más nada, no quieres hacerlo porque podrías arruinar el momento; es perfecto, el momento, y tal vez él, no lo sabes, todo parece ir de maravilla como lo predijiste horas atrás. Justo en ese instante recuerdas lo que has hecho en todo el día, interiorizas que apenas han pasado unas cuantas horas y ya has hecho todo un drama al respecto; sientes que te agrada, el día ha sido realmente intenso desde que perdiste tus audífonos... los audífonos.

Bajas la mirada y buscas en tu bolsa, desesperada, los aparatos auditivos que tanto te hicieron falta temprano ese mismo día; los consigues.

—¿Se te quedó algo en la oficina? ¿Quieres que regresemos? Levantas la cabeza y te fijas en él; te mira, mira al frente, te mira de nuevo y, de nuevo, mira al frente.

—No, no es nada, sólo creí que había dejado algo.

—¿Lo dejaste?

—No, está aquí.

—Bien. Entonces no nos devolvemos. Tú miras al frente, a los lados, a él de nuevo y luego a los lados otra vez, ¿Cuándo van a llegar?

—¿Cuánto falta?

—No mucho, ya vamos a llegar.

—Bien...

Se te acaban los temas de conversación ¿acaso tenías alguno?, no sabes qué decir, no sabes cómo hacerlo; estás al tanto que eres la autora de tu propia vida, pero, por algún motivo, justo ahora, te sientes sólo cómo un personaje más en la historia.

Miras de nuevo a los lados buscando consuelo en la calle, no quieres arruinarlo, no estás diciéndole nada a aquel hombre, lo que te obliga a pensar que la cena podrá ser igual, tal vez, es probable que llegues a cometer una estupidez, decir algo inapropiado.

—Entonces, ¿de qué hablaremos en la cena? parece que te leyó la mente.

—¿Cómo? ¿Hablar de qué?

—Bueno, no sé, no sé qué decirte. Sientes que están en la misma página.

—No sé, lo que tú quieras. ¿De qué quieres hablar, John?

John resopla, hace una mueca con los labios, está pensando en algo, de esos estas seguras, casi como si estuvieses pensando por él.

—No sé. Creí que íbamos a hablar de negocios, pero eso es lo último que quiero hablar contigo.

—Igual yo.

Ambos se mantienen en silencio, estas descuidando la atención a la calle, a tu móvil, incluso a él, porque comienzas a pensar que no tienes por qué preocuparte, te consume esa idea de no sentir ningún problema o lo próximo a su solución porque entiendes que nada más importa ahora, estás cómoda, tú misma lo dijiste, bajas la mirada y mueves tu trasero sobre el asiento de cuero, ajusta el cinturón como si estuviese molestando tus pechos, pero no lo hace.

Haces memoria de lo que pensabas en esta mañana y sientes que no serías capaz de volver a ese lugar, a ese conjunto de ideas que te obligaron a decir y creer lo que dijiste y creíste más temprano.

Sientes que John te mira, son movimientos rápidos que no se escapan a tu vista periférica; estas tratando de no fijarte mucho en él porque quieres que se concentre en llegar, estás desesperada por hacerlo y se lo atribuyes a la expectativa, al deseo de compartir una cena con él. Te das cuenta que el aire en el coche es más espeso, la presencia de John es invasiva, te parece que lo tienes encima y no entiendes por qué, pero te gusta.

—¿Estás bien? Te ves un poco nerviosa ¿tan obvia fuiste?

—¿Nerviosa? ¿Yo? Para nada, sólo es el calor... John mira al termómetro que se muestra en el tablero, tú también lo puedes ver, está en todo el medio en donde se supone que debe estar un reproductor de música. No hay ni veinte grados dentro del coche, el aire acondicionado está encendido.

Miras de nuevo a John, haces una mueca con el rostro intentando decirle que, sí, tienes calor a pesar de que el aire acondicionado esté encendido.

—Si quieres puedo subirle.

—No, no es necesario, ya se me quitó vaya excusa, sientes que no fuiste muy brillante.

—¿Segura? Aun te ves un poco incomoda.

—No es nada.

—¿Te hago sentir incomoda? parece que te leyó los pensamientos, de nuevo ¿serás tan obvia?

—¿Tú? No, para nada, no me podrías incomodar ni porque quisiera.

—Es cómo, estás callada...

—Tú también estás callado, no has dicho mucho que digamos.

John no quita su mirada del frente, solo se fija en la calle que está recorriendo, resopla de nuevo, liberando la presión que acumula en sus pulmones. Te da la impresión de que está a punto de confesar algo.

—Es que... estoy nervioso por la cena...

¿Nervioso por la cena? Tú estás nerviosa por la cena, crees que eres capaz de arruinar una perfecta velada con un hombre que parece tener todo bajo control y con el que comienzas a querer tener hijos. Según tú, tomando en cuenta su postura, su rostro, su porte e incluso, lo mucho que te ha afectado en las últimas horas, no tiene motivos para estar nervioso.

Tu rostro deja en evidencia eso, está confundido: el ceño fruncido, haces un mohín extraño con los labios, de esos que se ven cuando te toman una foto mientras hablas, con la cabeza de lado, intentando verlo con tu ojo izquierdo. ¡Ja! Nervioso, no te parece correcto que él esté nervioso.

Esa confesión te hizo sentir un poco a la delantera, intentas aclarar la situación.

—¿Nervioso? ¿Por qué habrías de estar nervioso? Intentas sonar lo más serena posible.

—No importa... se retrae.

—No, vale, dime, en serio, quiero saber te sientes cómo una adolescente, de nuevo. Durante todo este día te has rejuvenecido lo suficiente como para sentirte de nuevo en la secundaria.

—No importa, no es nada importante John no quiere decirte, pero tú quieres

saberlo a como dé lugar.

—Vamos, dime. Él se voltea para verte, en su rostro está impreso un: «supongo que no te rendirás», por lo que asientes.

—Está bien. Ríes y celebras por haber ganado.

—Es que, he estado pensando en ti durante todo el día, y sé que todo esto es nuevo y todo, pero, no he logrado sacarte de mi cabeza ni un minuto. Incluso, tuve que reprimir el deseo de escribirte inmediatamente llegué a mi oficina. Y no quiero arruinar esta cena, quiero poder, saber quién eres, y siento que, si hablo antes, podré agotar todos los temas de conversación. Y, oye, no quiero aburrirte hoy, quiero que te intereses en mí.

Te ha enmudecido. No comprendes cómo pudo haberse sentido así por ti, desde lo que entiendes, tú eres la que ha estado vociferando que estás loca por él, incluso, haciéndote dudar de tus propias motivaciones, creyendo que tal vez estás obsesionada. Resulta que es recíproco. ¿Por qué? ¿Qué hiciste? Hasta donde recuerdas, te sigues comportando igual que siempre, no hay ningún cambio relevante en ti.

—¿Has pensado en mí durante todo el día? son las únicas palabras que logras encontrar en tu vocabulario. Se formaron por sí solas.

—Sí, no sé por qué. Creí que era solo una obsesión, pero luego de hablar con tu padre al respecto, me di cuenta que no era así. Un golpe proveniente de la realidad.

—¿Hablar con mi padre? ¿Estuviste hablando con mi padre? ¿Por qué, John?

—Rayos... en su rostro se evidencia que dijo algo que no quería. Te mira, como si acabase de cometer un error. Luego, pasa a un gesto de resignación, acepta sus acciones y las enfrenta □ sí, hablé con tu padre sobre ti. No sabes qué pensar ¿es bueno, es malo? ¿te gusta o no?

—¿Qué hablaste con él? de nuevo, tus palabras se forman solas.

—Bueno, una que otra cosa, nada relevante... te preocupa lo que le haya dicho. John aclara su garganta te mira y te sonríe □ le pregunté si tenías novio, si estás disponible sentimentalmente, si le dijiste algo de él sobre mí. Esperabas otra cosa, así que te relajas.

—¿Eso es todo?

—Bueno, siempre hablamos de ti. Cada vez que nos vemos siempre me dice algo al respecto tuyo: qué hacías, qué conseguiste, cómo te va, qué te gusta...

Siempre él, tu padre siempre habla de sus hijas... lo sabes, lo intuías, pero, no esperabas que fuese tan intenso como para que él dijese: «siempre hablamos de ti»

—Uhm ¿Hablamos? Preguntas, eso implica que él también opina.

—Sí, bueno, al principio sólo era él, luego comencé a interesarme, a preguntarle por ti: «¿qué hay de nuevo con Ann?» ¿sabes?

—Uhm no sabes qué más decir, solo eso salió de ti.

—Y pues, me comencé a interesar; no era nada del otro mundo. voltea y te mira de nuevo; hace una mueca de vergüenza al ver que no quitas tus ojos de él y continua viendo al frente □ Incluso, tanto fue así, que cuando se me presentó la oportunidad de buscar otros abogados, de inmediato pensé en ti. Te tenía tan presente que parecía absurdo no tomarte en cuenta.

Comienzas a analizar los hechos de manera precisa de tal forma que te lleva a creer que tu padre le estuvo diciendo lo mismo que a ti sobre la familia, sobre tener un hijo. No sabes cómo sentirte al respecto; evidentemente no estás molesta, ¿cómo vas a estar molesta con tu padre luego de hacer que un hombre como John se interesara en ti? Si no es por él no lo conoces, pero crees que se meta de esa forma en tu vida personal no es aceptable.

Tal vez John solo lo está cubriendo, así que contemplas la situación de forma crítica, quieres molestarte, reírte, sentirte timada y un tanto de cosas más que reflejen tu confusión interna. Pero, sin embargo, no quitas tu mirada de John, lo sigues viendo, fijamente, apreciándolo ¿ese hombre está intentándolo realmente? Piensas que eres muy afortunada.

—¿No vas a decir nada? John parece más nervioso aun, quiere saber qué piensas, te parece adorable.

—¿Qué quieres que te diga? Me acabas de decir que mi padre me metió en tu cabeza.

—¿Qué? No, para nada, hasta donde yo sé estás en mi cabeza porque así lo quiero yo. No es como que me induzcan los pensamientos, tal vez seamos sugestionables, pero, en cuanto a ti, sé que realmente quiero pesarte todo el tiempo.

—¿Entonces?

—Tu padre siempre habla, pero cuando dice algo sobre ti, es cuando más me interesan las cosas que dice.

—¿Y por qué estás haciendo todo esto de esta forma? Curioso, ¿no?

—Porque quería intentar algo diferente.

—¿y está saliendo cómo quieres?

—Sí, de hecho, que todo ha salido a la perfección...

Dejas que el silencio se apodere del ambiente, te quedas callada buscando alguna idea, otra cosa para agregar a esa película que estás interpretando.

—Te busqué por Instagram... John voltea y te mira, como si tuviese ganas de reírse.

—¿En serio? Estás tomándote esto muy en serio.

—Sí, quería ver si podía hacer lo mismo que hacen los jóvenes ahora.

—Bueno, para decirte verdad, yo también lo hice: te busqué por Facebook, por Instagram, twitter, todo lo que se me ocurrió.

—¿Me estuviste espiando? ¿Me acosabas? te lavas las manos, tú también habrías hecho lo mismo, incluso, lo hiciste. A medias, pero lo hiciste.

—No, sólo quería verte... Quería saber cómo eras; tantas buenas anécdotas sobre ti, me hicieron querer conocerte; no podía esperar.

Sus palabras llegaron a tu miocardio de tal forma que no pensaste en más nada. Solo buscabas alguna relación entre lo que querías escuchar y lo que él estaba diciéndote. ¡Claro que te parecía adorable! Incluso, te gustaba el hecho de que se sintiese desesperado por verte, te hizo sentir bonita, deseable. ¿Qué hiciste? ¿Qué tienes que le gusta tanto? Siempre te haces esas preguntas, pero nunca las respondes.

—Y... cuando me viste ¿qué pensaste? sientes cómo tus mejillas se ruborizan; sabes que es físicamente imposible, pero, el cosquilleo en tu rostro te da esa impresión.

John no responde de inmediato; te das cuenta que el coche comenzó a bajar su velocidad y él a hacer movimientos grandes con el volante para luego, de forma brusca, sientes que el coche ya no se mueve, es cuestión de costumbre,

ya estabas cómoda con la sensación de movimiento. Al parecer llegaron, pero la conversación está lejos de hacer lo mismo de culminar.

—Bueno baja las manos del volante y las pone sobre su regazo, ya no tiene que moverse. Se acomoda para estar lo más que pueda de frente a ti. □ Que mi imaginación ni ninguno de mis gustos previos a conocerte no te hacen justicia. Cada foto que puedo encontrar de ti, cada vez que te veo sonreír o incluso cuando sencillamente mueves tu cabello, sólo logró que quisiera buscar otra, y otra, hasta poder encontrar una en la que no te vieres bien, porque no era posible que fueses tan perfecta.

—Y, ¿lo lograste?

—¿Qué? ¿Encontrar alguna en donde te vieras mal? asientes de la forma más adorable que pudiste □ pues, no. Se dibuja en tu rostro una sonrisa tan amplia que sientes como se abre tu boca. Estás flotando justo ahora.

—Entonces piensas que soy bonita.

—Pienso que eres más que eso aparta su mirada de ti, como si quisiera evitar caer en algún hechizo □ y es por eso que quiero que todo esto funcione, quiero que las cosas salgan bien de ahora en adelante.

Le sonríes, no te ve, pero de todos modos le sonríes; no como antes, ya esa sonrisa la habías superado y convertido en un sutil gesto de labios, esta vez es una sonrisa de aprobación: estás de acuerdo.

—Vale, entonces, cenemos y hagamos todo mejor. Coges tu bolso, decidida, y buscas la manija que abre la puerta. No la consigues. Qué coche tan extraño.

—Espera, yo te abro. Él sale del coche ágilmente y lo rodea, lo sigues; abre tu puerta. □ Llegamos, señorita Jones.

John le entrega las llaves del coche a un valet, lo que te indica que el restaurante no es cualquier nido de ratas. Te cuestionas por qué pensaste que sería así, ¿acaso el coche y él no te dieron alguna señal? Luego, de forma muy caballerosa, John levanta su brazo doblado, para que introduces el tuyo por él; muy elegante muy inesperado. Te sonríe, tú le sonríes, ambos conocen ese idioma mejor que cualquiera, les interesa hablar así, de hecho, te fascina que lo haga.

Te guía al interior del restaurante e indica que tiene una reservación hecha a nombre de John Corvus. La persona que los recibe les indica cuál es su mesa y

se retira. Él te aparta la silla, de nuevo, de la manera más caballerosa y tú te sientas. Luego, él se sienta.

Todo un proceso silencioso, en donde el único contacto que tuvieron fue el de sus miradas y sus sonrisas simuladas, condicionadas por algo que no entendías, que él te causaba y esperabas estar causando también en él. John pide por los dos.

—Quiero que pruebes esto, te va a encantar.

—¿Ya has estado aquí? le preguntas, obviamente ha estado aquí antes, es un lugar con el tipo de ambiente que una persona cómo él visitaría a menudo.

—No... Eso es una sorpresa para ti.

—¿Entonces cómo sabes que me va a gustar?

—Porque vine temprano, de hecho fue a varios restaurantes y pedí una degustación... te parece absurdo, ni siquiera sabías que eso era posible.

—¿Eso se puede hacer?

—No.

—¿Entonces...?

—Bueno, con los contactos adecuados, puedes hacer ciertas cosas, tuve que pedirles favores a unos cuantos amigos.

—Así que estuviste todo el día buscando el platillo adecuado.

—Error; el menú adecuado. Te corrigió. Te preguntas qué querrá decir con eso. □ Pedí una degustación de todos los menú. Y sí, estuve gran parte del día en eso, te dije que quería que el lugar fuese especial.

—¿En serio hiciste eso?

—Claro, es lo menos que podía hacer, se me ocurrió inmediatamente te invité a cenar esta mañana. No sabía para donde llevarte, yo te dije, el lugar debía ser perfecto. Sonríes y sientes que te ves como una tonta: toda roja y apenada, a gusto, pero a penada. Él se da cuenta □ ¿Qué sucede? lo dice con una sonrisa, como si fuese algo adorable.

—Es que, no esperaba que hicieras eso.

—Bueno, es comprensible, pero lo bueno es que no tienes que leer el menú ni saber qué vas a pedir.

—Pero no sabes si quiero alguna otra cosa, tal vez quiera comer una cesta de pan. Apuntas porque sabes que a pesar de que es un buen gesto, podías pedir tu propia cena; no te molesta, pero no entiendes del todo su motivación.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—¿Has probado lo que pedí?

—No.

—Mejor aún.

—¿Aja? no comprendes.

—Yo no busqué en toda la ciudad cuál era el mejor platillo de cada restaurante, sino aquel que me recordase a ti en el momento justo en que lo probase.

Tiene sentido para ti, tus mejillas, de nuevo rojas, te delatan.

—Quería que fuese perfecto: perfecta iluminación miras a tu alrededor, detallas el ambiente; no es oscuro, siquiera se podría decir que es taciturno, tiene un aspecto sereno, de entereza, te hace sentir tranquila, completa. □ la atención adecuada; todos tenían buena atención pero es válido mencionarlo.

—Buen punto.

—Sí... hace una pausa antes de continuar □ buena música de ambiente te das cuenta del pianista a lo lejos, en una esquina, tocando la versión de una canción, lo entiendes de inmediato pero no sabes cuál.

Algo en ella te llama la atención, te parece conocida, así que apartas tu mirada de John para enfocarte en él y tratar de entender lo que el pianista interpreta. El ritmo es suave...

—Just give a reason, just a little bit's enough... en lo que la identificas, tarareas la canción justo cuando escuchas la parte en que supones que aparece el coro.

Lo entiendes de inmediato, fue la canción lo que te llamó la atención porque la habías estado escuchando en tu casa. Just give me a reason, de Pink. Sonrías en dirección al pianista, cómo si le estuvieses agradeciendo por estar tocando esa canción; sientes que lo conoces a pesar de no hacerlo, sólo porque están cantando la canción que ahora te gusta más que antes.

John hizo una pausa, cómo si entendiese lo que estabas pensando, como si quisiera que te dieras cuenta de la canción que estaba sonando. Cuando te enfocaste en él, luego de dejar de ver en dirección al pianista, creíste prudente agradecerle por el gesto. Parecía que todo a tu alrededor había sido puesto a la perfección sólo para ti y que él había sido el autor intelectual de todo; siguió con lo que estaba.

—Y a ti. Más que todo a ti.

—¿A mí?

—Sí, como te había dicho, te quería llevar a un lugar que fuese especial una vez que estuvieses en él. Y señala a su alrededor □ y, a pesar de que apenas acabamos de llegar, te podría jurar que ya lo has hecho mi lugar favorito.

Su mirada: honesta. Su sonrisa: perfecta. Sus palabras: justamente las que necesitabas escuchar. Cada palabra que te ha dicho desde ese momento hasta que la cena llegó, te trasladaron a un estado mental del que no quieres salir; aprecias cada minuto a su lado de la mejor manera que puedes.

John se las había arreglado para hacer cada detalle especial y dedicárselo a tu existencia, cosa que fuiste atesorando gesto por gesto. No esperabas que todo fuese así, ni en tus más alocadas fantasías habrías ideado algo tan elaborado como lo que te está ocurriendo.

Todo está oscuro, tal vez tengas los ojos cerrados lo que quiere decir que puede que estés dormida. Eso explica por qué sientes una tela rozando parte de tu piel desnuda. Hace frío por lo que todavía es temprano, de hecho, tampoco percibes el resplandor del sol así que seguro sigue estando oscuro.

Eso te tranquiliza. No recuerdas nada porque no piensas en nada, sólo piensas en el ahora, en lo cómoda que te encuentras. Tu almohada está un poco más dura de lo que recuerdas, pero no te importa, estás a gusto en ese lugar.

Respiras arcadas largas de aire, no te quieres mover, no quieres abrir los ojos; estás de acuerdo en que nada más debe importarte en ese momento, en que las cosas están perfectas tal cual están. No escuchas nada, no hueles nada, no sientes el contacto con otra cosa.

Algo te alerta.

Ese sonido no es normal, no lo identificas, apareció y luego se fue, ¿qué será? Te preguntas. Vuelve a sonar. No lo entiendes, se supone que no hay nada que te distraiga antes de que abras los ojos, siempre estás alerta pero calmada. Hasta que, de un momento a otro, se repite de nuevo ese sonido.

Suena, hace una pausa y vuelve a sonar. No estaba callado antes, sólo estabas ignorándolo, pero ya no. Tiene ritmo, es un compás, es casi cómo tu respiración, pero más rápida. Algo vibra debajo de ti. No entiendes qué sucede así que abres tus ojos. Y te das cuenta de que no estás sola.

Todo es ajeno a ti, la casa, la almohada, la cama y las sábanas. El olor es distinto, la temperatura a tu alrededor es diferente, los ruidos no son los mismos que en tu hogar. De inmediato entiendes que no estás en tu casa, y, que, en donde estás acostada no es una almohada. Te das cuenta de que son los pectorales de alguien, tu mano está sobre su abdomen. En definitiva, todo está fuera de lo normal.

En lo que levantas tu cabeza e intentas moverte sin despertarlo, detallas que es John, sumido en un sueño profundo, radiante, encantador incluso cuando está inconsciente. Te sientas y miras a tu alrededor porque te acabas de percatar que estás desnuda.

Las sábanas se van deslizando por tus pechos hasta quedar arrugadas en tu

cintura. Necesitas un lugar solitario en donde pensar, en donde hacer memoria de lo que sucedió la noche anterior. ¿Qué te llevó hasta ahí?

Ves hacia el baño a tu izquierda, no ay gotera, sientes una presión en el vientre, justo en donde supones que está tu vejiga; quieres usar el inodoro. Haces tú mejor intento para moverte con cautela, no quieres despertar a John, confrontarlo antes de entender lo que está sucediendo, aunque, claramente no eres una tonta, sabes qué sucedió, lo que realmente deseas es revivirlo detalle por detalle, ordenar tus recuerdos, separar las partes que te imaginas e identificar qué es real y qué no.

Lentamente, desplazándote con cuidado, logras levantarte, piensas en taparte con las sabanas, lo descartas de inmediato ¿quién te va a ver? no hay motivos para taparte, después de todo, ya te has acostado con él, ya te ha visto desnuda. En lo que colocas ambos pies en el suelo, te levantas y caminas en la dirección en la que se encuentra el baño.

Amplio, muy bien iluminado, con un lavamanos empotrado lo suficientemente grande como para colocar todas las cosas que un hombre pueda necesitar: varios frascos de perfume de diferentes marcas, espuma para afeitar, crema para peinar, enjuague bucal, pasta de dientes, indumentarias para el aseo personal, afeitadoras... siempre ignoras ese tipo de cosas porque son ajenas a ti, tus cosas nunca están en el baño, es normal.

Giras sobre tu propio eje y te fijas en el inodoro; te levantaste para eso. Te acercas a él, levantas la tapa y te sientas. Mientras te descargas, haces un recorrido mental de lo que sucedió la noche anterior. Los recuerdos se van formando solos mientras cierras los ojos, cómo una película en donde tú eres la protagonista.

En esta película, apaciblemente, recuerdas que durante la cena conversaron de ustedes, de lo que les gustaba, de lo que hacían en sus tiempos libres. Te sumerges en el momento; te da placer escucharlo.

Mientras lo miras devorarte con sus ojos, tratas de hacerte la difícil, de no demostrar que estás idiotizada por él, pero es prácticamente imposible resistirse a su mirada, a la forma en que te ve y te va quitando el aliento, suspiro por suspiro. Eres indiferente a lo que te hace sentir porque sospechas que es antinatural sentirte así por alguien a quien acabas de conocer, sin embargo, no te importa.

Recuerdas la forma en que te hablaba, te miraba, cómo rozó tu mano cuando la dejaste abandonada sobre la mesa, la forma en que te observaba cuando se levantaron, cómo te tomó por la cintura al salir del restaurante y te guio hasta su coche, que los esperaba a las afueras del local.

—Debemos regresar de nuevo a este lugar recuerdas que te dijo. □
Definitivamente es mi nuevo restaurante favorito.

El tuyo también.

—El mío también recuerdas que le respondiste. Le sonríes por encima del hombro porque no es hasta ese momento que te das cuenta que es más alto.

Llevabas tacones así que eran prácticamente del mismo tamaño, pero en tu memoria, por algún motivo, estás descalza. Se lo atribuyes al hecho de que tu cerebro altera los hechos, lo que te hace pensar que debes recordar con aun más detalle, deseas revivir las partes importantes con precisión.

Se subieron a su coche.

—¿Te gustó la cena?

—Me fascinó. No esperaba que fuese tan increíble.

—¿Creías que todo iba a salir mal?

—Sí, creí que lo arruinaría.

—Igual yo. Los dos se ríen al unísono.

Hay un momento en que sólo se escuchan sus risas.

—Ralamente lo disfruté. Gracias por todo, John.

—Lo mismo digo, si no hubieses aceptado venir a cenar conmigo, no habría disfrutado este momento tanto como lo hice. Lograste hacer de esta noche la mejor de todas.

Recuerdas que querías que la noche continuase, pero sentías que el viaje estaba a punto de terminar, de la misma manera en que te sentías cuando tu papá te llevaba de regreso a casa luego de un día de diversión. Te parecía deprimente tan sólo pensar que todo podría acabarse pronto. Tú deseabas más.

—¿Entonces la noche ya terminó para ti?

—¿Por qué lo dices? John se encuentra manejando, no sabes para donde van, no te dijo.

—Porque acabas de decir que logré hacer de esta la mejor noche, cómo si las cosas no pudiesen mejorar.

—Bueno, no creo que quieras ir para otro lado a esta hora, y no sé si mañana debes trabajar.

—Puedes preguntarme dices de manera elegante, seductora, cómo lo haces para conseguir lo que quieres.

—¿Trabajaras mañana? ¿Quieres hacer otra cosa?

—Me gustaría que hiciéramos otras cosas, sólo que no sé qué. Te le insinúas con una sonrisa □ ¿Alguna sugerencia?

—Bueno, ¿qué tipo de cosa quieres hacer?

—No sé. Cualquiera.

John mira alrededor, cómo si tratase de ubicarse.

—Estamos cerca de mi casa, si quieres, podemos ir. Ahí tengo buena música, vino y cosas para pasar el rato.

—¿A caso me estás invitando a ver una película en tu casa? sabes lo que eso puede significar.

—Pues, también tengo un buen televisor para ver buenas películas.

—¿Qué tan cerca estamos de tu casa?

—Bueno, si damos la vuelta aquí... alarga la silaba, ves que le da un gran giro al volante y luego se detiene □ llegamos.

Miras al frente y observas que se está abriendo la puerta de un estacionamiento. No te habías dado cuenta, pero se había dirigido a su casa desde el principio.

—Ya tenía en mente venir para aquí dices, sonriéndole en complicidad.

—Sí te responde a la sonrisa.

—Así que vives muy cerca.

—Efectivamente el coche avanza y entran en el estacionamiento.

En lo que se estacionó y él se bajó a abrirte la puerta para que te bajases del coche, los dos caminaron hasta el ascensor lo suficientemente cerca como para que él te tomase por la cintura de nuevo. Te apretaba delicadamente lo que te

hizo sentir protegida, segura, tomada.

—¿En qué piso vives?

—En el pent-house.

—Vaya, entonces es el último.

—No porque sea un pent-house debe ser el último piso.

—¿Entonces? ¿En cuál vives?

—En el último ¿qué? No tiene sentido para ti. □ ¿Qué, entonces?

—Sólo digo, como lo dijiste tan segura yo...

—Nada, si vives en el último piso, ¿no pudiste simplemente decir que sí? Trata de ser un poco más puntual, así no arruinas nada. cruzas tus brazos como si estuvieses molesta.

—Sí, bueno... sabes que está a punto de decir otra cosa, pero no te importa.

—Perfecto, con eso me conformo. Gracias

—Está bien... Alarga las últimas sílabas de las dos palabras.

Sientes que ganaste la discusión. No lo estás viendo, estás de frente a las puertas del ascensor, parada justo a su lado.

—Vale, entonces, ¿ahora qué? Pregunta él.

—¿Ahora qué de qué?

—Estamos subiendo a tu departamento, a ver una película, ¿no?

—Sí.

—También me ofreciste vino.

—Sí... sientes que su voz está un poco vacilante, por lo que abres los ojos y te giras para mirarlo mejor.

En lo que te enfocas en él, te das cuenta que se muestra un poco nervioso.

—¿Estás nervioso de nuevo? John te devuelve la mirada, sin mostrar ninguna señal de negación.

—Sí... un poco.

Sonríes, tratas de aguantar la risa; te parece sumamente adorable que esté nervioso, sólo que no sabes por qué debe de estarlo, no de nuevo.

—¿Por qué? ¿Sucedo algo? ¿Tienes alguna cosa vergonzosa en tu departamento? ¿Me ocultas algo más?

—No es nada aclara su garganta, mueve su cuello y cambia su semblante □ sólo estaba pensando en otra cosa. De inmediato, se muestra mucho más seguro, te sorprende la forma en que superó tan rápido sus supuestos nervios.

—Vaya, entonces no estás nervioso.

—Sí, ya no, sólo pensé en algo tonto, no importa.

Dudas otra vez por qué un hombre cómo él puede sentirse nervioso, supones que no es nada por lo que decides dejarlo pasar, en algún momento encontrarás la respuesta, te lo demostrará o te la dará él mismo, de alguna u otra forma te enteraras.

El ascensor se detiene y se abre.

—Es aquí.

Observas el pasillo y encuentras unas cuantas puertas negras que parecen de metal. Supones que son puertas de seguridad o algo por el estilo porque no es el tipo de puertas que tendría un departamento común.

—¿Cuál es tu departamento?

—Ese de ahí señala con su mano el departamento que está al final, justo en frente de ustedes.

—¿Es el más grande?

—Es uno de los más grandes, sí.

Los dos avanzan a su departamento.

Mientras caminas, escuchas el golpe de tus tacones haciendo eco en las paredes blancas a tu alrededor. Levantas la mirada; el techo es de un gris un tanto granito con unas lámparas que guindan e iluminan cada rincón de aquel pasillo. Sientes la presión de John, caminando un poco más atrás de ti, no sabes por qué está ahí, tan lejos, supones que lo hace porque quieres verte el trasero; la mera idea de ello te gusta y te emociona. Sonríes.

De repente, John se adelanta para abrir la puerta. Saca la llave de su bolsillo derecho del pantalón y la introduce en la cerradura. Abre la puerta y consigues ver el interior de su casa. Una gran sala con muebles que hacen juego con las ventanas que dan al exterior.

Supones que tiene una buena vista porque no ves los edificios, pero tampoco lo que hay en frente, todo está oscuro, es de noche. Él empuja la puerta y se detiene para que puedas pasar. Todo un caballero.

En lo que entras, y estás a unos pasos más delante de la puerta, él cierra la puerta a sus espaldas.

—¿Qué te parece mi humilde morada?

La observas y quedas complacida con lo que observas.

—Pasa, siéntate. Mientras busco una botella de vino.

—¡Vino! Perfecto. Así podremos hacer mejor esta noche.

—¿Lo necesitaba? ¿Insinúas que la noche no está superando tus expectativas?

—No, nada que ver; sólo digo que... tratas de excusarte hasta que entiendes su intención de molestar □ Ey, no hagas eso, sabes a qué me refiero. John se ríe.

—Jajá, sí, lo sé. Ambos intercambian miradas, ávidas intensas. Sientes que están de acuerdo.

Miras a tu alrededor, de nuevo, observando el lugar, tal cual la primera vez que es para ti en ese momento. Quieres integrarte, ser parte, sentir la esencia de tu hogar. Entiendes que estás a gusto porque estás acostumbrada a estarlo. John regresa con dos copas en una mano y la botella de vino sin abrir en la otra.

—Entonces. ¿Qué película quieres ver? John coge el control remoto sobre la mesa y aprieta un botón, que obliga al televisor a salir del techo.

—Me encanta cuando hace eso dices, fascinada con la tecnología.

—A mí también.

—Bueno sorpréndeme, de nuevo. Tienes todo el día haciendo lo inesperado. Sonríes llena de satisfacción.

John comienza a elegir de las películas que tiene almacenada en la memoria del televisor. Diferentes títulos agradables y extraños para ti. Vértigo, la casa del octubre rojo, Jerry McGuire, Psycho, El padrino... lees cada título ajeno a ti; los conoces, sabes que suenan como los títulos de una película, pero no las has visto.

Él continúa bajando, eligiendo qué ver mientras tú lo ves a él, imbuida y

enamorada de su imagen. No te cansas de verlo, sientes que desde que lo conoces, nunca te has cansado de hacerlo. Él voltea y te mira de vuelta.

—¿Qué? ¿Sucede algo? le sonrías.

—Nada de nada. Te fijas en la pantalla que salió del techo. □ Bueno, entonces ¿qué veremos?

John se inclina, descorcha la botella y sirve las dos copas. Te entrega una, coge la otra para él.

—No sé, sigo sin decidirme.

—Bueno. ¿Qué puedo hacer mientras tanto?

—Podemos hablar.

De nuevo, no eres buena con las palabras, no sabes qué decir, no quieres arruinarlo todo, decir cualquier cosa que te saque de tu papel de princesa, de mujer difícil, quieres interpretar tu personaje a la perfección porque quieres que él se fije en ti, quieres que él se arrepienta cuando se acueste todas las noches y no estés a su lado.

—¿De qué podemos hablar que ya no se haya dicho en la historia del mundo?

—Buen punto, la verdad es que no sé. Deja de ver a la pantalla y se fija en ti. □ Podríamos hablar de nosotros.

—¿De nuevo?

—Bueno, yo quiero escuchar todas tus historias otra vez, no me canso de hacerlo.

—Incluso las que te cuenta mi padre.

—Claro, especialmente esas. Sorbe de su copa. Te parece una gran selección; un vino aterciopelado y dulce con cierto aroma que te genera cierta aversión por todos los demás vinos de segunda que probaste por no querer invertir en una buena botella.

—Vale, entonces te las cuento.

Palabra por palabra, él te escuchaba, imbuido en una calma que se evidenciaba en sus ojos, agradeciendo escucharte, sentirte a su lado. Lo sabías porque así te sentías tú. Era algo en lo que estaban de acuerdo sin siquiera decirlo porque sientes que lo conoces de toda la vida.

Con tus historias, se reía cómo si nunca antes las hubiese escuchado, atendiendo a los detalles que exponías amablemente. De vez en cuando continuaba bajando la lista de películas que tenía guardadas mientras te escuchaba hablar. Cuando se acaba la copa, él te la pedía y volvía a verter vino en ella para entregártela de nuevo.

Sorbo a sorbo se fueron acabando esa, y otra botella. Cuando se dieron cuenta, la conversación parecía flotar a su alrededor, el ambiente era espeso y aún más agradable y la película se sentía distante.

—Y eso es todo... la historia en la que una parvada de patos comenzó a perseguirte luego de que llamaras su atención lanzándole pequeñas piedras y en la que tu padre, viendo todo de lejos, sólo optó por tomarte una foto.

John no dejaba de reírse.

—Cuando tú la cuentas, suena mejor.

—La versión de mi padre no tiene tantos detalles.

—Sí...

Ambos quiebran en risas. Tú, sólo te ríes por la forma en que él lo hace. Te parece muy atractivo.

—Vaya, definitivamente nunca me cansaré de escucharte. dice, luego de suspirar y detener sus alaridos de risa.

Lo miras, feliz.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerlo.

Te sonrío, de la forma que te gusta.

—Y, de ti.

—No, mejor no hablemos de ti, que en quien nos estamos enfocando hoy es en ti, otro día, hablamos de mí.

—¿Quieres hacer esto mismo otro día?

—Claro, es lo más emocionante que he hecho en años, me hace sentir rejuvenecido entiendes ese sentimiento. □ Aunque no soy tan viejo, pues,

pero, tú me entiendes. ¿no?

—Claro. Estás de acuerdo con él, desde que este día empezó, has estado sintiendo todas las cosas diferentes. Asientes con la cabeza. □ Entonces, de qué quieres hablar.

—No importa de qué hablemos, con tal de que lo haga contigo.

—Me gusta.

—¿Quieres algo de comer? John se levanta.

—Este... no sé, si quieres algo, puedes traerlo.

John se va y te deja viendo la pantalla sin la película y con una copa de vino por la mitad. Lo sorbes y tratas de evitar verla alrededor, quieres evitar sentirte lo menos que puedas en casa para tomártelo todo como una salida de tu rutina. Escuchas unas ollas moverse y otras cosas en la cocina; platos, empaques abriéndose, algo golpeando el vidrio de alguna vajilla. Tratas de no ver.

—¿Quieres algo más aparte de vino? John habla desde la cocina, evitarás voltear.

—Este, si tienes alguna gaseosa, sería estupendo, puedo tomar una también.

—Vale.

Escuchas cómo se abre y cierra la nevera. Tomas de nuevo un sorbo de tu copa. El vino comienza a marearte un poco, sientes el paladar completamente aterciopelado cómo la piel de un durazno.

—Trae un poco de merey,, si puedes, quiero algo sala... John aparece a tu lado con una bandeja de diferentes frutos secos, entre ellos, merey, y la gaseosa que pediste.

—Qué lindo, me leíste la mente.

—Supuse que querías algo salado así que por eso traje esto, unos pistaches... lo normal. ¿Te gusta?

—Sí, muy amable de su parte, «señor Corvus»

John se ríe y se sienta a tú lado.

—Entonces continuas □ ¿ya sabes qué película quieres que veamos?

—La verdad, coge el control y retoma lo que hacía hace más de una media hora atrás □ No sé.

Estabas segura que John tenía ciertos gustos finos por el arte cinematográfico, lo observabas buscar entre las películas realmente interesado en ello, no importaba si estaba contigo, realmente se veía dispuesto a hacerte ver una de sus películas. No estabas en contra, tal vez eso era lo que hacía falta para avivar la llama de la pasión y el deseo.

Un deseo que se iba asomando entre conversación y conversación, apartándose del mundo real, atendiendo únicamente a las cosas que los rodeaban.

Mientras lo veías, te dabas cuenta que el ambiente se hacía cada vez más familiar, más acogedor. Según veías, John se dejó llevar así que decidiste continuar, darle un poco más de empeño a lo que estaban haciendo. Si él iba a demostrar tanto interés en mantener viva la pasión, tú no te ibas a quedar atrás. Así que, de forma inesperada, intentaste sonar lo más natural posible, querías preguntarle si le gustabas.

—Oye, John...

—¿Sí? No quita su atención de la pantalla. Él se lleva una almendra a la boca y la mastica lentamente, parecía que necesitaba leer con atención y por eso no podría hacer las cosas a una velocidad normal.

—John Le llamas para que te de su total atención. Lo consigues, John aparta su mirada de la pantalla para verte y deja caer su mano sobre su regazo.

—¿Sí?

—Oye, quería preguntarte. ¿Yo te gusto?

John inclina la cabeza un poco a la derecha con el ceño fruncido y dejando la impresión de estar confundido.

—¿Si me gustas?

Tú no dices nada, sólo asientes, quieres que te sea honesto, quieres que él lo diga y se justifique. Nada de esto será en vano, quieres que las cosas resulten en verdad con él.

Si realmente sentía algo por ti porque no podías justificar todas esas palabras que te había dicho antes y suponer que era así, quería escucharlo, que lo

vociferase cómo si de una confesión importante se tratase. Querías sentirte apreciada.

¿Apreciada? Pensaste; tal vez no es el término que debes usar, tal vez debes referirte a ello de otra forma porque estás consciente de que él está haciendo todo lo que puede para hacer de tu noche algo inolvidable. Lo sabes, lo entendiste desde el momento en que te invitó a un restaurante únicamente porque uno de los platos de su menú le recordaban a ti.

¡Eso es en sí, una hermosura! Es atractivo, claro que es bueno contigo, claro que es amable, que es caballeroso, que es cordial y detallista. Esas son las cualidades de un buen hombre, uno con el que estás a gusto. Sientes que todo esto no es necesario, que un simple beso y unas caricias en el cabello habrían sido suficiente para hacerte feliz.

Y selecciona una película, logras ver a dos hombres sentados en la imagen de carátula del archivo y lees: Good Will Hunting.

—¿Es buena?

—Te va a gustar.

—¿Es de terror?

—No, nada que ver, es un drama, nada especial.

—Vale.

Llevas tu copa de vino a la boca y comienzas a ver la película. Mientras la película corre, John coloca su brazo alrededor de tu cuello, apoyándose en ti y dejando caer su mano sobre tu pecho. No esperó prácticamente nada, fue directo al grano y eso te gustó. Te gusta que tome la iniciativa y por eso sencillamente lo dejaste ahí.

Te quitaste los tacones, los dejaste caer y luego subiste tus pies sobre el mueble; no te gusta que pisen los cojines con zapatos, es algo normal, un reflejo. Ya sentada, te das la vuelta y apoyas tu cabeza sobre su pecho. Justo en ese momento sientes que lo tienes todo, que vale la pena seguir intentándolo porque si uno se entusiasma, si las personas realmente participan, entonces las cosas suceden, los problemas se resuelven, los momentos amargos quedan atrás. Estás más que a gusto. John, a tu lado, te hace sentir esa seguridad que no sentías desde hace tiempo.

Mientras ven la película, luego de un rato atentos sólo a ella, John se enfoca en

ti y tú haces lo mismo.

—¿Te gusta la película? te pregunta John.

—Sí, es interesante. respondes, sin quitar la vista de la pantalla.

—Entonces ¿no quieres dejar de verla?

—No sé. ¿qué dices tú? ¿La quieres dejar de ver? te llevas uno de los frutos secos a la boca, no sabes cual hasta que lo masticas. Es un maní.

—Que eres demasiado hermosa para sólo ver una película conmigo. Ves un huevo en su lógica.

—¿Entonces quieres ver dos películas? Lo miras y le sonríes por tu grandiosa broma.

—No, lo que quiero es aprovechar cada segundo contigo. Tocarte de verdad.

—Me estás tocando bajas la mirada y le muestras su mano sobre tu seno, tu hombro sobre su pecho, tus piernas sobre las suyas.

—¿Sabes? Nosotros realmente no tocamos las cosas, lo que sentimos al tocarlo, es lo que nuestro cerebro codifica, nuestros átomos contra los átomos de todo lo demás repeliéndose mutuamente. Y lo que creemos tocar es solo lo que nuestro cerebro interpreta de eso. La película sigue, sin esperar por ustedes a que la vean.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que lo que entendemos por materia, no existe, que realmente nunca tocamos nada y que nada importa; es por eso que yo quiero sentirte lo más que pueda, presionar mi piel contra la tuya, mis labios con tus labios, mi sexo con tu sexo. Quiero hacerte mía y siento que nuestra ropa y esta película, más que nuestros átomos repeliéndose, se interponen entre nosotros.

Sus miradas se encontraron luego de aquellas palabras, alguna otra sobraría en ese instante; no necesitaban de más nada para sintonizarse, para alimentar ese sentimiento que los llevó hasta el instante justo en que sus ojos ávidos de deseo se fijaron en tus pechos, porque lo invitaste a pasar, porque le pediste, silaba tras silaba, que lo hiciera, lo necesitabas, te hacía falta.

—¿Estas intentando hacer algo? querías ver si se lanzaba, si arremetía con sus palabras cada uno de sus impulsos, si te decía de una vez lo que quería hacer.

—Claro que sí, estoy intentando hacerte mía. Y lo lograste. Pero sigue sin

moverse.

—Pues, no sé por qué no te decides, sea lo que sea, estaré a gusto de que lo hagas. El recuerdo de aquella insinuación hace que te retuerzas del gusto, sentada en el inodoro, reviviendo la forma en que te sentías en ese entonces.

Ya terminaste de hacer lo que querías, ya no había motivos para seguir ahí; si te mueves lo perderás, no se sentirá igual y el recuerdo no será más que eso; justo ahora estás renovando los votos con tu memoria.

Recuerdas claramente cómo John se acerca a ti, la forma en la que saca su brazo de tu espalda y te emboza un beso, suave, pausado, encantador. Te estremece con su lengua y con su mano, la cual comienzas a sentir cerca de tus pechos, los mismos que estaba viendo segundos atrás. Le gustan, se nota que le encantan.

Los aprieta, busca a hacerlos calzar en su palma entera y te fascina los movimientos que hace mientras lo intenta. Tu lengua está bailando con la suya, rodeándose, chocándose, sus labios te golpean con suavidad. Su ósculo fluctúa entre mordidas y succiones que te obligan a creer que está estirándote la piel, que se apodera de cada milímetro de tu cuerpo.

Tú quieres más. Mientras recuerdas cómo vas buscando en su entrepierna aquello que tiene para ti, vas llevando tu mano a la tuya, saboreando el momento con los ojos cerrados como si se tratase de una película erótica. Lo ves todo en tercera persona, cómo estás sentada, cómo decides montar una de tus piernas sobre la de él porque quieres abrirte, exactamente cómo estás haciendo mientras te encuentras sentada en su baño.

Respiras lentamente, arcadas grandes, porque supones que el movimiento más brusco te empujará a la realidad de la cuál estás intentando escapar. Lamentas que siga dormido, porque deseas repetir aquello que sientes, que recuerdas a medias, que deseas recordar con vividos detalles.

La otra mano de John comienza a bajar desde tu cintura hasta saltar los obstáculos que se ponen en su camino: tu ropa. La introduce por debajo de tu vestido, obligándolo a subir un poco, obligándote a ti a levantar tus nalgas para que le dé más espacio, para que no lo estires. Te comienza a tocar el clítoris, te gusta que sepa en dónde está sin siquiera haberlo buscado, eso siempre te ha gustado, que se te conozca de tal manera.

Tomas aire, sientes un golpe de corriente proveniente de tu entrepierna en el

momento justo en que él hace movimientos circulares con sus dedos. Una sutil presión activa tus sentidos, los alerta, los aumenta cómo una droga que te despierta de inmediato. Esa es una sensación que puedes revivir, lo estás haciendo justo ahora.

Tu mano está entre tus dos piernas, haciendo sutiles movimientos circulares alrededor de tu clítoris. La noche anterior, John tenía su mano en uno de tus pechos, por lo que decides usar la que tienes libre para imitar lo sucedido. Te encuentras jadeando, drenando el estrés y dando cabida al placer.

—Ohm John dices, te imaginas que dijiste la noche anterior, piensas que dirás cuando vuelva a tocarte. □ Sí, así me gusta, sigue. Qué bueno eres con esos dedos.

John no habla, está concentrado besándote el cuello, sacudiendo tu mundo, forzándote a cabecear de placer.

—¿Por qué no me dijiste que querías hacer esto? De repente, sus dedos bajan juega con los fluidos que se escurren de ti. Abres los ojos, algo te ha sorprendido □ Oh, un dedo travieso Él lo introduce en ti, trayéndolo y extendiéndolo, como si estuviese rascando una comezón dentro tuyo.

Tu mano izquierda haces exactamente lo mismo en el ahora; con tu palma, estimulas tu clítoris mientras que, con uno de los dedos, sacudes tu mundo de la misma forma en que él lo hizo. Pero, algo no está bien. Tu no estabas apretándote un seno en ese entonces, tu mano estaba haciendo algo mucho más interesante.

—Déjame ver hablabas jadeando cada silaba, gimiendo en cada pausa. Necesitabas del aire que él te quitaba en cada arcada de placer.

Llevas tu mano hasta el interior de su pantalón, buscando su falo caliente y firme; no tardas mucho en encontrarlo. En lo que te encuentras con su ropa interior, la superas y pones entre tus dedos aquel trofeo que tanto deseabas.

—Qué dura la traes continuas jadeando, arrastrando las palabras.

—¿Te gusta? dice John sin separarse mucho de la piel de tu cuello.

—Me encanta. ¿Por qué no me lo mostraste antes?

—Porqué quería guardar el postre para más tarde.

—Si eres egoísta. Regresas al ahora, aumentando la intensidad de tus

movimientos □ no seas egoísta, John dices al vacío. □ No te guardes esa polla para ti solo.

De un solo golpe, porque necesitas pensar en ello, estás a punto de llegar, pasas al momento en que lo tienes encima, no te interesa saber cómo te desvistió, cómo se quitó lo que quedaba de su traje de corte inglés. No te importa porque está besándote, haciéndote suya. Tus manos y tus recuerdos se movían a la misma velocidad, con el mismo entusiasmo y el ímpetu que tiraba de ella como un caballo a una carroza. Te estremeces, tiembles, no hayas la forma de mantenerte quieta, de controlarte. Sientes que estás gimiendo muy fuertes, que el compás de tus murmullos podría despertar en cualquier momento a John, dejándote en una posición incómoda.

—¿Qué estás haciendo? La voz de John aparece de repente en tu recuerdo, ajena a lo que sucede porque te das cuenta que así no sucedieron las cosas. Abres los ojos y te lo encuentras de frente; está parado, no sólo él lo está.

—John te tapas de vergüenza a pesar de que sientas que no es necesario. Tu vagina se contrae, cerrándose, dándote la impresión de que te has secado por completo. □ Yo... Lo miras, completamente desnudo, con su pene erecto en la mano.

Lo suponías, sabías que en cualquier momento se iba a despertar y, en lo más interno de tu ser, lo deseabas ávidamente.

—¿Por qué te detienes? ¿Interrumpo algo? sonrío cómo si hubiese contado un gran chiste; su sarcasmo hizo que te levantasess del inodoro.

—Un poco.

—¿Y por qué no sigues?

—¿No vas a usar el baño?

—No, ¿Para qué lo usaría?

—Porque te acabas de levantar y tienes el pene... bajas la mirada para señalarlo y te quedas viéndolo por más tiempo del que esperabas. Aclaras tu garganta, te perdiste en él, □ Erecto.

John baja la mirada.

—¿Esto? abre su palma, ves mejor su pene □ Bueno, no sé, me asomé y dije: ¿por qué no ayudamos a esta hermosa mujer?

John se acerca a ti y te toma por los hombros, no te lo esperabas, hace unos segundos atrás estabas viéndole el pene, ahora estás fija en su mirada que te devora.

—¿No acabas de decir que no querías que me guardase esta polla? Su voz parece la de un animal salvaje. Tu pecho y el suyo se acercan más, él te atrae e incluso te levanta un poco; no lo suficiente para despegarte del suelo.

—Sí... sin darte tiempo para continuar hablando, te levantó aún más y te depositó dentro de la ducha. □ ¿Qué haces?... espera, no. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero tomar un baño, y quiero hacerlo contigo.

—Pero yo... te calló con un beso, continuando lo que dejaste de hacer unos minutos atrás con tú mano izquierda.

—Oh, John, qué atrevido eres

—Hago lo que puedo, señorita Jones.

Abre la regadera, gradúa la temperatura del agua y termina de meterse. Cierra la puerta-espejo y continúa besándote. De inmediato, te olvidas por completo del día anterior y te fijas únicamente en el ahora. Con tu mano, coges su miembro erecto y comienzas a masajearlo intentando seguir su ritmo, sincronizarse, sentir exactamente lo mismo.

Pero, decides que puedes hacer algo mejor. No le dices nada, sólo te separas y te incas en frente suyo. Ahora, estás a la altura de su pene, sintiendo su olor; huele a ti, a los fluidos secos de tu vagina, y a él, a su sudor, a su fragante masculinidad; su virilidad te aturde, te idiotiza.

—Que pene tan perfecto le dices al pene.

—Gracias...

Sigues masajeándolo, viéndolo fijamente, asfixiándote con su aroma, entregándote a él. Lo besas, abres tus fauces y lo introduces. Primero el glande; lo aprietas con tus labios, lo saboreas para luego succionarlo, después, unos cuantos centímetros más entran en ti, los cuales oprimes en tu boca.

John gemía de placer, así que aprietas sus testículos delicadamente, le acaricias la ingle y todo alrededor. Sacas el pene de tu boca y lo rozas en tu rostro, te das golpes con él en la mejilla, lo hueles... tu mente se desnuda ante él, no hay obstáculo físico o mental que se oponga ante ustedes; estás abierta,

estás sumida.

Te enamoras más de su aroma viril, de su firmeza. Quieres probar sus testículos así que los introduces en tu boca, los saboreas y los succionas. Le das un beso y comienzas a rozar tus labios en el resto de su sexo.

—Métemelo Le dices, viéndolo desde abajo, buscando sus ojos con tu mirada.

—¿Qué quieres que...?

—Que me lo metas.

Te levantas, te das la vuelta y te apoyas de las paredes de vidrio de la regadera; ves por encima de tu hombro, viéndolo con malicia, con encanto. No estás pensando en hacer ningún gesto, simplemente dejas que tu rostro hable por sí solo, incluso ni siquiera sabes qué expresión llevas.

John te ruge, un gruñido, cómo si no hubiera palabra alguna para definir lo que piensa.

—Me encanta esa cara que pones Se acerca a ti con furia, te coge por la nuca y emboza sus labios en los tuyos. Un beso largo, apasionado, sientes cómo te quita el aliento. Notas cómo bajas la mirada, pero no sabes a qué ve. Te aprieta las nalgas y te las aparta. Se agacha y comienza a besarte la vagina.

—¡Oh! Ese no es tu pene. Sientes cómo aprieta su lengua en contra de tu vagina, te está lamiendo, un lengüetazo largo. □ Y esa no es mi vagina. Comienza a besarte el ano, a pasarle la lengua. □ No me he bañado.

—Estamos en la ducha.

—No te niegas, pero lo dejas seguir □ ahí no.

—Entonces, ¿en dónde?

—Métemelo. Lo quiero.

—¿Cómo se dice?

—Por favor, métemelo.

John se levanta, se acerca a ti y sientes cómo algo se choca contra tu clítoris. Ya sabes qué es. Lo desplazas por tus labios hasta llegar al umbral de tu vagina. No te dice nada, no escuchas nada, sólo sientes cómo se va adentrando en ti; necesitas más aire, necesitas hablar, dejar escapar un bramido sutil algo, porque él está penetrándote; su pene se desliza, centímetro por centímetro en

ti.

—Sí... eso es lo que quería.

—¿Eso era lo que querías?

—Sí arrastras las palabras.

—Entonces te gustará esto...

John comienza a moverse, a sacarlo y empujarlo de vuelta en ti, sacudiendo tu mundo, tus nalgas, tus pechos, obligándote a apoyar tu cara al vidrio y, mientras gimes, expides el vaho que lo empaña. Se mueve, sientes cómo su ingle choca tus glúteos También, cómo, con una de sus manos, aprieta una de tus nalgas y con la otra se apodera de uno de tus senos.

—Sí, papi, sí. Metérmelo, así.

—Sí...

Continúa penetrándote, sacudiéndote, empujándote, elevándote. Tú mueves tus caderas porque lo quieres más rápido, más duro. Quieres llegar, quieres que tu cuerpo se ridiculice a sí mismo temblando, comprimiéndose y relajándose, siendo presa de sus embestidas, acumulando el placer que te causa, que te envicia, que te aturde. Emulas la gloria con cada gemido que dejas escapar de ti.

De repente, te levanta una pierna y continúa penetrándote, llegando más adentro, golpeando algo dentro de ti. Se apodera de tu cuerpo, de tu interior de tu existencia misma, con el propósito de hacerte temblar, gemir, teniendo espasmos de placer. John gruñe, gimotea, no sabes que siente, pero lo que te hace sentir es increíble. Gritas, no hay más nadie ni la casa, no se escuchará afuera así que puedes gritar.

Lo haces, lo sientes, lo expresas cómo mejor puedes. John sigue penetrándote, embistiéndote contra el vidrio, obligándote a existir a su merced, a dejarte llevar por la pasión. Y, cuando menos te lo esperas, ya se encuentran en el suelo. Él está acostado y tu sobre él, moviendo tus caderas, haciendo las cosas a tu manera, marcando el ritmo y dejándote llevar por la pasión.

Te toma por la cintura, te aprieta los pezones y los pechos. Aparta tus nalgas y te hace ir más rápido, más fuerte. Tú gimes, gimes lo suficiente como para alertar a cualquiera; agradeces que no hay nadie en la casa así que te dejas llevar, no eres de las que se controla, de las que les gusta estar calladas.

Te das la vuelta y ahora estás de espalda a él. Le gusta...

—Me encanta esta posición, no sé por qué, pero me encanta.

—Me llegas muy adentro.

—Cállate y gózalo.

Levantas y dejas caer tus caderas al ritmo que mejor te parece, de la forma en que se siente mejor. Te sacudes, tiembles. Lo puedes controlar, pero aun así no puedes dejar de sentir que flotas en el paraíso. Su pene en tu vagina es sencillamente perfecto. Para ti, están hechos el uno para el otro; se conocían desde antes, se sentían desde siempre.

No había nada entre los dos más que la pausa, más que la monotonía; sus almas estaban destinadas desde el principio y ustedes solo se encargaron de juntarlas. Lo sientes, cada vez que te lo mete lo sabes, lo aprecias, no hay momento que no dejas de pensar que ha sido la mejor decisión de tu vida.

No es sólo sexo, sabe que esto que está sucediendo entre los dos no es nada más un encuentro casual ni una noche de pasión nada más, están seguros y entienden que nada en el mundo se podrá oponer a lo que sienten. Es amor, es pasión, es lujuria. Son participes de su propia historia, los protagonistas de un romance que los sigue y se apodera de sus almas tal cual sus sentimientos e ideales.

El baño se les hizo muy pequeño, se nota que siempre lo ha sido como para que dos personas estén dejándose llevar por sus instintos carnales. Así que se van a la cama. Ahora lo tienes atrás de ti, levantando tu trasero apoyándote de tus rodillas y con la cabeza recostada de la cama. Te aferras a las sabanas porque no hay nada más que apretar. John, te empuja, acercándote cada vez más al copete.

—Sí, dame duro, sí. Maldición que rico se siente. Me encanta, me encanta. John sólo te coge; se detiene. Necesitas sentirlo moverse □ Ey, No... arrastras las palabras entre gemidos y suspiros □ no pares.

—¿Cómo lo quieres?

—Adentro asumes que habla de eso.

—No... ¿Lo quieres así? Se desliza con suavidad, con ternura, parece que su pene va depositando su alma dentro de ti; lo saca de la misma forma en que lo introdujo. Sientes cada pliegue arrastrándose en tu interior y lo disfruta. Te

muerdes el labio, te dejas llevar. □ O ¿así? Lo empuja con fuerza, te hace gritar, te satisfizo de inmediato. Lo vuelve a sacar rápidamente y lo mete con rudeza, haciendo que la cama se mueva. Y lo hace de nuevo; golpe a golpe te va sacando del mundo terrenal y te traslada al cielo.

No puedes hablar, no consigues las palabras adecuadas para expresar lo que quieres y cuál es tu elección. Pero, a pesar de eso, sabes muy bien cuál es.

—S... arrastras el sonido de la «ese» intentando responder a su pregunta. □
S... s...

John se detiene, se recuesta sobre tu espalda t acerca su oreja a la tuya. Te deja un respiro, ya puedes hablar un poco mejor.

—¿Decías algo?

—S... Sí.

—¿Sí qué?

—Sí quiero que me lo metas duro, dame con fuerza.

—No se diga más.

John se levanta y retoma las embestidas salvajes que te habían abierto paso al cielo segundos atrás. Estás conforme, estás disfrutándolo. Está por venir. Vociferas tu deleite, gimes con fervor. Sientes cómo tu cuerpo se acalambra y cómo estás a punto de llegar al final de la meta.

—Sí, sí... Ahí, así. Dame duro, cógeme, papi, cógeme. Dame así. Sí...

—Ya, falta poco.

—Sí, sí, me vengo, me vengo. Sólo un poco. Dame un poco más, sólo un poco más.

John se mueve más rápido, se sacude con más fuerza, te sacude y te vuelve loca. Es el siguiente orgasmo que estás por seguir, ya has empapado su pene con cada una de tus corridas, pero está promete ser la mejor.

—¡Sí! ¡Sí! una pausa, la misma que viene después de un estornudo. Estás a punto de morir, de acabar en otro planeta. No emites ningún sonido y John sigue moviéndose. Tú no puedes respirar, hablar, siquiera sabes si tienes los ojos abiertos o cerrados. Llegaste hasta donde querías.

Tus piernas tiemblan, no las logras controlar, no logras siquiera respirar a

voluntad. Tomas aire porque sientes que te falta. John saca su pene y casi de inmediato sientes cómo una carga espesa y caliente cae sobre tu espalda. Los dos acabaron al mismo tiempo, es un espectáculo. Dejas que caer tu cuerpo, ya no dispones de las fuerzas para mantenerlo en esa posición. John hace lo mismo, se recuesta a tu lado.

—Eso fue grandioso.

—Sí respiras pausadamente □ sí que lo fue.

Los minutos pasaron, y ustedes los extendieron hasta donde pudieron. Estás tendida, sacudida por el mundo, por John, te dieron la cogida de tu vida y estás agradecida con las circunstancias que te llevaron hasta ahí. Todo eso te hizo sentir querida, poseída y sometida al deleite mismo.

—¿Quieres café?

—Sí por favor, sería muy útil.

—¿Te hace falta tu remedio de todas las mañanas?

—Claro que sí. Anda a prepararlo. Estás a gusto, ese tipo de conversaciones son te suelen suceder a la misma hora.

John se levanta, coge las pantuflas que están en el suelo por algún lado y camina hasta la cocina. Respiras profundo, sonriéndole al vacío, disfrutando todo eso a lo que te sientes ajena, a lo que sientes que nunca antes habías tenido.

El teléfono de la casa suena peor John no atiende, así que lo dejas sonar, no te importa, nada en ese momento te importa; a parte del frío, más nada. Estás desnuda y el frío no se siente igual que antes, sueles dormir con un pequeño vestido de seda, pero esta vez no lo usaste así que te toca apagarlo, no hay nada entre tú y ese clima.

Coges el control en la mesa de noche y apuntas hacia el aire para que se apague. En ese momento, un John desnudo llega con dos tazas de café en su mano.

—¿Oye, por qué apagaste el aire?

—Porque está haciendo frío. observas cómo su largo pene se mueve cómo un péndulo.

—Traje café, ya se te quitará eso.

—Bueno.

No estás apresurada, seguro es temprano, todo indica que lo es, así que solo te mantienes activa, al tanto de lo que sucede a tu alrededor. Quieres atesorar ese momento lo más que puedas, aferrarte al ahora porque sientes que eso no se va a repetir; sientes que llegarás a la casa cómo todas las noches lo haces, a oscuras, infeliz, sin nada que te demuestre que estás en la vida que querías para ti.

Miras la mesa de noche a tu izquierda y levantas el portarretrato caído; pero, ¿sabes qué? Lo que importa es el ahora, el momento justo en que te das cuenta que todo lo que has intentado es una señal de que todo saldrá mejor, de que las cosas serán maravillosas. Te sientes a gusto, te sientes cómoda y eso no lo cambiaras por nada ni por nadie.

—¿Cuándo tienes que llegar al trabajo?

—A las diez.

—¿Tan tarde?

—Sí, cosas que suceden.

—¿Cuándo te firmarán para que seas socia?

—Dentro de poco, así que una vez lo sea, espero, realmente espero, poder llegar un poco más temprano y así salir antes del trabajo.

—Igual yo.

Se van tomando poco a poco el café.

—Justo cómo me gusta. Gracias.

—No hay de qué. Quiero consentirte lo más que pueda.

Te gusta lo que te dice, es atento contigo, y a pesar que no seas buena viendo ese tipo de cosas, ahora todo es diferente, y eso parece gustarte.

—Y tú, cuando tienes que ir a ver a mi papá.

—Bueno, por lo de la nueva empresa.

—Por cierto, felicidades lo interrumpes.

—Gracias te sonrío con café en la boca y levanta la copa en agradecimiento. Continúa con lo que decía □ bueno, con eso te la empresa, deberé pasar más

tiempo con él,

—¿Más tiempo?

—Sí, mucho más tiempo. Lo bueno es que, cómo ahora eres mi abogada, podré estar en contacto contigo.

—Eso también me gusta.

—¿Crees que podríamos tener sexo corporativo?

John casi se ahoga con su café.

—¿Sexo corporativo?

—Sí, en tú oficina, no sé, estrenarla, esparcir un poco de nuestros jugos sexuales por todo el escritorio, en el de tu secretaria para que sepa de quien eres.

John no dice nada, sólo se ríe de tus palabras, de tu intención sexual. Te mira y tú le abres las piernas para que observe tu vagina descubierta.

—Si me lo dices de esa forma...

—¿Crees que es el sexo lo que nos hace falta?

—Oye, tú eres quien me hace falta, y si puedo tenerte todo el día en la oficina lo haré.

—¿Y la sociedad? Tomas de nuevo de tu taza de café.

—Bueno, no sé, algo se me ocurrirá, de todos modos, tu puedes tener tiempo para ti sola. No es cómo que los socios no disfruten de su posición ventajosa. Sólo digo.

Ambos continúan con su conversación matutina, te gusta sentirte así por lo que no quieres levantarte ni vestirte para ir al trabajo; no puedes faltar. Aprovechas que John se irá a trabajar y así puedes tenerlo de excusa para irte también, no quieres quedarte sola, tienes responsabilidades así que te levantas, tomas el último sorbo de tu café y, cómo si hubiese leído tus intenciones, John también se levanta.

—Bueno, mejor nos vestimos para ir al trabajo.

—Me leíste la mente.

John y tú comienzan a vestirse, se preparan, tú te maquillas frente al espejo, te

ves en la puerta del baño y te aprecias por completo cómo lo haces todas las mañanas. John se coloca otro traje de corte inglés que se ve impecable y nuevo y te enamoras de nuevo de él. Sientes que es una lástima que no pueda metértelo en ese momento, pero te le acercas, le das un beso en los labios y le aprietas el pene sobre el pantalón.

—Este bebé es mío. le dices, sin apartarte mucho de sus labios.

—Claro. te susurra.

Ya vestidos, ambos salen por la puerta de la casa y van hasta el ascensor.

—¿Quieres que te lleve al trabajo?

—No, tranquilo, tienes que verte con mi papá y sacas el móvil de tu bolsa y ves la hora. □ vas tarde, es mejor que te vayas tú en coche, no te preocupes.

—¿Y tú?

—Yo siempre cojo el tren, no tengo problema con hacerlo hoy también

—¿Segura?

—Claro, además, aprovechando que tengo mis audífonos, podré disfrutar del camino.

—Uhm... murmura John □ bueno, entonces yo sigo hasta el estacionamiento.

—Vale.

El pent-house está muy arriba así que piensas que tienes tiempo de sobra. Quieres aprovechar cada segundo y no vas a dejar pasar esta oportunidad de hacer lo que nunca puedes en las mañanas.

—Oye, John te volteas y lo miras.

—¿Sí?

—¿No quieres... no terminas de hablar cuando ya estás sobre él, acercando tus labios a los suyos, con tu mano sobre su pantalón, sintiendo cómo su pene se va endureciendo. Te separas un poco y sigues □ ...jugar un poco más?

John no responde, sólo se acerca a ti, te toma por la nuca y te empuja hasta la otra pared del ascensor para besarte apasionadamente. No tienen mucho tiempo así que sólo se besan.

Sientes cómo sus labios comienzan a apoderarse de los tuyos, cómo te corre el

labial y lo poco que te importa que lo haga. Te agarra el cabello y lo jala hacia abajo para obligarte a subir la cabeza; te gusta cómo te trata con rudeza, así que tratas de rodearlo con tus brazos y comienzas a encajarle tus uñas en la espalda, pero, cuando menos se lo esperan, la puerta se abre. Se interrumpe el momento, deben volver al mundo de las personas normales así que se detienen, se acomodan las prendas y sales.

Están en planta, esa es tu parada.

—Me voy entonces.

—Sí John aclara su garganta □ tienes qué.

—Bien, entonces haces lo mismo □ ¿me llamas?

—Sí, yo te aviso cualquier cosa.

—Vale, nos vemos.

Sales cómo si nada hubiese sucedido, insatisfecha por haber sido interrumpida de esa forma, pero sintiendo que puedes retomar eso después. Sonríes y te limpias el labial que supones que se te corrió por todos lados y caminas con seguridad, sales por la puerta y, de nuevo, al igual que todos los días, andas confiada, viendo hacia el frente porque ya sabes de memoria el motivo por el cual las personas se apartan de tu camino; estás decidida, y luego de lo de ayer, nada podrá entrometerse. Eso es lo que quieres, evitar el contacto.

Continúas caminando confiada, segura de que será un día maravilloso, no tanto como el de ayer, pero sí muy bueno. El sexo matutino te hizo sentir mucho mejor y que si ayer pensabas que podías lograrlo todo, hoy estás más que segura.

Al igual que siempre, la calle suena al compás de tus pasos, las cornetas se asoman en los semáforos, las personas atienden sus llamadas al móvil, otros hablan con su compañero. La música de ambiente en los locales de comida, papelerías, de inmuebles, todo vive su propia vida al igual que tú, quien camina sin problemas, quien siente que está completa, que ahora es más optimista.

Al llegar al subterráneo, caminas hasta quedar en frente de las vías del tren y esperar que llegue. Sacas tus audífonos de tu bolsa y los conectas a tu móvil, eliges la canción y dejas que se reproduzca. El ritmo, igual al de anoche, pero sin la variación de la versión, comienza a vibrar en tus oídos. En lo que la

cantante comienza a hablar, tú haces lo mismo.

—Right from the start, you were a thief you stole my heart...

En ese momento, comenzaste a pensar en John. Cada letra de la canción emulaba su rostro, su sonrisa y su historia. Te sientes identificada, te sientes a gusto. No hay nada que pueda quitarte esa sensación que ahora te acoge, que te abraza y que te hace sentir querida, amada. De nuevo, consideras lo que tu padre te dice: la familia importa y lo que crees tener con John te hace entender que puede que lo logres por fin. Lo que te faltaba era intentarlo, era hacer las cosas correctamente; entregarte.

En ese momento, tu móvil vibra: es una llamada. Presionas el botón de tus audífonos, no quieres sacar el móvil. Te molestan porque te interrumpen la canción, ahora deberás escucharla de nuevo en lo que cuelguen.

—¿Aló? ¿Quién habla?

—¿Cómo que quien habla? Soy Gabriela, mujer. ¿No me tienes guardada cómo tu mejor amiga?

—Sí, pero es que no vi quien era, sólo atendí.

—Uhm...

—Habla, dime qué quieres.

—Apartaron una cita temprano, es un nuevo cliente, llegará en diez minutos ¿Cuánto te falta a ti para llegar?

—No sé, apenas estoy esperando el tren.

—Uhm... cómo media hora.

—¿Tú dices? ¿Tanto tiempo?

—Sí, pues, siempre te tomas tu tiempo. ¿Desayunaste?

—No, no me dio tiempo.

—¿No te dio tiempo? ¿Qué estabas haciendo?

Sonríes, recuerdas lo que hacías y lo mucho que te tomó.

—Algo tu voz evidencia tu risa de travesura.

—Cómo que te fue de maravilla anoche.

No dices nada, sólo te ríes.

—Bueno, vente rápido, no hagamos esperar a tus clientes. Necesitas hacer todo bien.

—Sí, sí, lo que sea.

—Apresúrate.

—Sí, sí. cuelgas.

Sacas el móvil y vuelves a colocar la canción. La música empieza y te atrapa otra vez; sientes el impulso de gritar la letra porque no te es suficiente sólo murmurarla y la escucha completa. Cuando sientes que deseas escucharla una tercera vez, buscas en tu bolsa el móvil para colocarla, pero, la introducir la mano, te encuentras con algo extraño. Es cómo un sobre de papel, no recuerdas haberlo puesto allí, así que la coges y la sacas. Es una carta.

En el reverso del sobre, ves que dice: «léeme» y sientes que es lo más hermoso que te han hecho. Sabes quién fue.

Al abrirla, sacas la hoja de papel y la comienzas a leer:

*«No sé qué decirte, así que te mostraré algo que escribí pensando en ti...
Espero te guste:*

Es un placer apreciarla mientras aprecia su entorno; por ejemplo: ver el paisaje por la ventana de un coche en movimiento no es lo mismo si ella no está en medio de tales bellezas; su presencia eclipsa todo lo que el mundo, en materia de espectáculos visuales, pueda llegar a ofrecer. Es por eso que quisiera ser fotógrafo, para inmortalizarla mientras ve a través de cualquier ventanilla cuando estamos viajando, empero, eso significaría que su finura sería del dominio público.

La finura de la parte posterior de su cabeza o de su rostro en perfil, es en lo que me enfoco al voltearme para saber por dónde vamos y es porque hay algo en ella que me obliga a ignorar por completo mi entorno.

¿Qué es? No lo sé, es un misterio que endulza mi vida.

*Me costaría mucho aceptar que tal hermosura existe sólo porque así lo veo yo o, incluso, porque me la imagino; sería terrible y significa que los conceptos de belleza de la sociedad están equivocados: **una mujer como esta no puede ser considerada fea en ninguna cultura, bajo ningún criterio, por ningún motivo.***

Podría quedarme horas viendo por la ventanilla de este coche en movimiento, siempre y cuando esté ella en medio de cualquier paisaje, de cualquier escena; tan sólo para eclipsarlo, tan sólo para embellecerlo.

Estoy seguro que no estamos rotos, sino doblados, y que podemos aprender a amarnos otra vez.»

En lo que terminas de leerlo, con el corazón apretándote el pecho y la música sonando a través de tus audífonos, murmuras, está es la razón que buscaba. De nuevo, colocas la canción y te dispones a escucharla durante todo el viaje.

Cuando llegas a la estación que te corresponde, te vuelves a perder en la letra, en tus pasos, en lo que acabas de leer en la perfecta letra de John y te idiotizas, te pierdes en los hechos, en el pasado, en el futuro, olvidándote del presente. Caminas perdida hasta llegar al edificio, de nuevo, si percartarte de cómo lo hiciste. Subes el ascensor y sacas tu móvil para escribirle a Gabriela que ya llegaste.

En lo que el ascensor se detiene en el piso al que vas, se abren las puertas y sales de él. La canción aun suena. Caminas y saludas con tu cabeza a María quien está en una llamada; agradeces no tener que quitarte un audífono, y sigues caminando. Ves a Gabriela a lo lejos; en unos cuantos pasos se encuentran. Ahora sí te quitas los audífonos.

—¿Cómo te fue con John ayer?

—De maravilla sonrías, emulando un gesto que pueda describir todo lo que hicieron ayer.

—Eso quiere decir que todo anda bien Percibes la preocupación en la mirada de Gabriela; la expectativa la está matando.

Respiras profundo, no quieres revelar todos los detalles, pero, es tu amiga, mucho hizo con ayudarte el día de ayer.

—Bueno botas el aire que inhalaste, como si fuese una verdad que necesitas dejar salir □ el plan de John resultó sonreíste, entusiasmada por la forma en que se desarrollaron las cosas entre los dos □ me sentí increíble comienzas a ver al techo buscando las palabras adecuadas, no puedes contener tu felicidad □ me sentí... ¿cómo te digo? la miras a los ojos, observas cómo está sonriendo, mirándote fijamente, esperando todos los detalles □ renovada. En serio necesitábamos esto, anoche me di cuenta que el no poder vernos me estaba matando.

—¿Y qué te dijo él?

—¿Decirme? Me dijo e hizo de todo no puedes contener tú alegría □ incluso, me hizo sentir amada de nuevo. Fue encantador, pensó en todo haces énfasis porque sientes que la forma en que lo dijiste no expresa a su justa medida lo que quieres decir □ ¡en todo! Hasta en la canción que debía tocar el pianista mientras estuviésemos comiendo. ¡Fue hermoso!

—Y... te mira, sabes a qué se refiere ¿intimaron? Sería su pregunta.

—¡Claro! Fue cómo hacerlo por primera vez. Y esta mañana. suspiras, deleitándote por el recuerdo □ ¡Oh! Esta mañana... te relajas, te pierdes □ esta mañana me hizo ver las nubes.

—¿Esta mañana? Gabriela exterioriza su confusión con un mohín □ ¿Hoy no se fue a trabajar temprano?

Le haces entender que no, negando con la cabeza y conteniendo, a medias, una gran sonrisa.

—Vaya, el hombre sí que se comprometió con la causa.

—¡Verdad! exclamas, cogiendo las manos de Gabriela y doblando las rodillas porque, por algún motivo, sientes que así no te escuchará; sólo que no lo piensas, lo haces porque te nació □ Hicimos cómo si no nos conociéramos. te yergues □ los problemas que creía que teníamos, desaparecieron, nunca los conversamos. Todo fue tan hermoso.

Gabriela, te sonrío, mirándote, como si estuviese orgullosa del resultado. También la miras, dejándote llevar por la satisfacción del recuerdo, hasta que recuerdas la carta.

—Oh, y me escribió esto y lo dejó en mi bolsa bajas la mirada levantas tu cartera y comienzas a buscar en ella la carta. La sacas y se la entregas. □ Toma

En lo que ella coge la carta, te concentras en el interior de la oficina, te das cuenta que hay alguien ahí.

—¿El señor de la cita llegó?

—Sí, está ahí dijo Gabriela, indiferente, observando la carta.

—¿Por qué no me dijiste?

Le pasas por un lado a Gabriela y la dejas ahí, parada, mirando fijamente a la

carta sin decir nada, sin moverse, necesitas atender a ese cliente. En lo que llegas a la oficina, haces relucir tu presencia.

—Buenos días. El señor te escucha y se levanta. Estaba sentado en la silla en frente a tu escritorio, se da la vuelta y, con una sonrisa en el rostro, te extiende la mano mientras se acerca a ti.

—Mucho gusto, mi nombre es Carlos García.

—El gusto es mío señor Carlos, mi nombre es Ann Corvus.

—Mucho gusto señorita Ann.

—Señora, por favor.

—¿Está casada?

—Felizmente.

Título 9

El Príncipe Desencantado

Matrimonio de Conveniencia y Amor Verdadero

PRIMERA PARTE.

LOS RESULTADOS DE UNA MALA NOTICIA.

1

La verdad quiero sentir que nada de esto está sucediendo, en serio, hago lo que puedo para no pensar al respecto, en los problemas que eso me trajo ni en todo lo que me obliga a pensar, porque, no creo que haya pensado tanto en mi vida como lo he hecho en estos últimos meses. Esto no tiene nada que ver con lo que estoy haciendo ahora, pero es bueno reflexionar, encontrarse a uno mismo para poder comprender lo que nos llevó al ahora y disfrutar tanto el presente como el futuro.

¿Quién iba a decir que divorciarse sería tan difícil? Lo peor es que siento que estoy matando a alguien al hacerlo; a mí, a mi hijo, ¡a todos a mi alrededor! Quiero intentarlo, quiero ser un buen padre, un buen esposo, pero no consigo hacer otra cosa que quedar como el culpable, porque ¿si no soy yo, entonces quién?

No soy quien dicta las leyes, ni quien ordena que se cumplan, ese es el trabajo de mi padre, es él quien firma los decretos y se encarga de que todo el mundo se comporte como las personas elegantes e importantes que pueden ser o que son, pero todo esto apunta a que yo fui quien lo causó.

Yo no tengo obligaciones, yo no puedo ser el mejor amigo de cualquiera, el jefe de todos, no sé ni siquiera por qué nací en esta realidad, en este país que no se separa de sus raíces y tengo tanto peso encima y a la vez ninguno que

siento que voy a colapsar. Tal vez, si hubiese sido menos permisivo con Vanessa, si le hubiera dado un límite que no podía cruzar, esto no habría pasado.

Justo ahora me encuentro junto a mi hijo esperando por la mujer que arruinó mi matrimonio y la felicidad que creía que venía con él. ¿Estaré siendo injusto con ella? Es decir, sí, se las arregló para dejarnos a todos sumidos en este problema como si fuésemos animales revolcándose en el lodo; no soy muy bueno con las analogías, pero, eso es lo que parece, un simple chiquero. Pero, ¿quién iba a pensar que Vanessa haría todo esto? No cabe en ninguna cabeza. Ni siquiera los noticieros consiguen una explicación a todo esto.

Y, en serio, yo quiero ser quien pueda darle lo mejor a mi familia, darle todo lo que pueda a mi hijo; él está aquí sentado, a mi lado, inocente y ajeno a todo esto porque no le he dicho, él no tiene que saberlo. Además, quiero ser el príncipe que todos esperan que sea, pero, ¿seré malo porque culpo a Vanessa de lo sucedido?

¿Es ella la culpable? Ni siquiera sé por qué me hago esa pregunta si es tan evidente. ¡Claro que lo es! Pero, no soy mejor que nadie al culparla por lo sucedido porque, es decir, ya no tiene caso pensar en ello, si quiera importa. ¿verdad? No lo hace.

Y la verdad, de algún modo, estoy agradecido por lo que sucedió porque eso me abrió los ojos, me enseñó que las cosas pueden ser peor de lo que parecen y que las personas mienten, porque es así, las personas mienten a su manera, lo hacen y se desentienden del daño que ocasionan y no les importa, así como a Vanessa no le importo hacerme esto, así como a mis padres no les importó jamás lo que me importaba a mí.

Soy un hombre hecho y derecho, de eso también estoy agradecido, más que todo por las nodrizas, un tanto por mi madre y muy poco por mi papá. Pero, sigo siendo bueno, y no me arrepiento de ello; bueno, creo que lo soy.

Estoy a gusto con lo que tengo porque prácticamente se podría decir que lo tengo todo, ¿verdad? Pero eso es nada más una impresión, no es como que pueda tenerlo realmente todo en esta vida porque, no tengo el amor de la mujer que trajo al mundo a mi querido Alfonso, ni la aceptación de mis padres, aunque eso es cosa de ellos, ellos son los que no aceptan lo que estuve haciendo, la forma en que decidí vivir mi vida y las decisiones que tomé para hacerla realidad.

Sí, entiendo un poco lo que ellos quieren decir: es algo apresurado, no es propio de un hombre en tu posición; y es verdad, puede que sea un tanto extraño pero, yo quiero que las cosas marchen de maravilla, quiero que todo tome su rumbo como debe ser y que me haga feliz, ¡Porque quiero ser feliz! quiero poder abrazar a una mujer y que sea la madre de mi hijo, no biológicamente, sino que sea una buena figura materna, que sea una persona que lo quiera y ame como su verdadera madre debería estar haciéndolo justo ahora.

Antes de todo esto, las cosas iban de maravilla, más o menos eso creía, hasta que me enteré de lo que hizo. Fue algo un tanto extraño; Antonio, uno de mis criados, me mostró la noticia de que mi esposa había sido encontrada siéndome infiel y eso hizo un revuelo. ¿Quién le es infiel al príncipe?

No es como que esté presumiendo, o esté diciendo que soy un hombre al que no se le puede ser infiel por lo que sea, sino que no es como que le faltase algo y si es porque no estábamos juntos, eso sucede porque ella quería, no tenía que estar de viaje todo el tiempo y yo no le iba a exigir que se quedara conmigo todos los días todo el día, pero estaba seguro de que no le hacía falta más de lo que le ofrecía, aunque al parecer me equivoqué.

Claro, luego de eso, las decisiones llegaron tocando a mi puerta sin previo aviso. Debía tomarlas, elegir cual poner en acción y simplemente dejarla fluir porque debía hacer lo que me correspondía como futuro rey, lo que es prácticamente nada porque como príncipe mi única obligación, tal cual dice mi padre, solo es sonreír y verme bien. Todo ello llegó al día siguiente al que me enterase de toda esta locura; apareció como una reseña con más evidencia al respecto. La noticia iba más o menos así:

«La princesa Vanessa, la esposa del actual príncipe Diego D' la Vega, es participe de otro escándalo; como si no fuese poco lo que sucedió el año pasado que demostró su actitud infantil y caprichosa digno de una princesa nacida en cuna de oro que hizo en un centro comercial por no poder tener el vestido del color que quería y que llevo a una demanda por daños y ofensas menores, dejó en evidencia que nuestra princesa podría ofrecernos algo más jugoso y, para aquellos que creían que llegar más abajo luego de tocar fondo es imposible, no han visto los estándares de la realeza. La Princesa, se las arregló para demostrar que cuando te casas con el príncipe azul de tus sueños y lo tienes prácticamente todo, nada es suficiente ¿qué nos quedará a nosotras, las simples plebeyas?»

El príncipe aún no ha dado sus declaraciones, pero se nos ha informado que la princesa no ha llegado a su casa desde que la noticia es «noticia». Pero eso no es todo, amigos, porque no solo se tiene en cuenta el rumor de haberle sido infiel al príncipe, sino que también se ha demostrado que no ha sido la primera vez. Cientos de evidencias han salido a la luz luego de la revelación de ayer en la mañana que garantizan una vida de lujos y excesos que ha tenido nuestra querida princesa Vanessa.

No solo se ha acostado con personas importantes que no pueden asegurarnos pero que no nos queda de otra que aceptarlo, dadas las circunstancias y las evidencias ya vistas, sino que aquellos a los que no les importa lo que piensen de ellos han dado sus declaraciones y nos han confirmado, con fotos y videos, lo que la princesa es capaz de hacer [...]

[...] así que, replanteando lo que tanto nos preocupa: ¿será que la vida de la realeza no es lo que parece?»

Y así iba. Mi querida esposa no aparecía todavía en ese entonces, así que me resigné. Comencé a aceptar los hechos y eso me hizo recapacitar. Pero, las cosas son un poco más complicado que eso. No solo el pasado, sino el ahora.

Diego D' la Vega se había despertado esa mañana con la intención de comenzar su día sin mucho apremio. Estaba seguro que las cosas estaban marchando de maravilla porque nada se interponía entre él y su felicidad. De alguna forma, estaba bien al tanto de que la vida le había sonreído incluso antes de despertar, o de nacer, por lo que, de nuevo, nada podría separarlo a él de su armonía, de su paz interior.

Daniel ignoraba su entorno, tal cual lo hacía todas las mañanas al levantarse de la cama. No le importaba que su esposa no estuviese a su lado, ya hacía varios días que no se veían o hablaban; un comportamiento normal en ella, no era nada del otro mundo y pensó que podría estar en cualquier lugar justo ahora: tal vez alguna tienda, o en algún viaje recreativo con sus amigas.

No podía exigirle mucho, no todo el tiempo una mujer consigue casarse con alguien que pueda cumplirle todos sus sueños, se excusó creyendo que todo iba bien con ella, a pesar de no saber muy bien lo que Vanessa pensaba.

Es algo con lo que tenía que vivir y lo recordaba segundo tras segundo mientras se ajustaba la corbata en el cuello: mi esposa no tiene nada que ver conmigo; se detuvo y reconsideró lo que había pensado.

Aclaró su garganta.

—No, eso no sacudió su cabeza intentando borrar lo pensado.

Se terminó de asear mientras a las afueras de su casa se escuchaba el bullicio del trabajo y la naturaleza: podadoras, martillos porque alguien estaba construyendo algo; el sonido de las aves cantando en los muchos árboles que rodeaban nada más esa ala de la mansión.

El Señor D' la Vega no tenía preocupaciones, nunca las tuvo y, mientras se mira al espejo, colocando cada hebra de su cabello en su lugar, confiaba plenamente en que, tal vez, era prácticamente imposible que las cosas estuviesen mal.

Y eso, de cierta forma, hizo que se sintiera realizado, cómo si se hubiese despertado luego de un sueño reparador tras un largo día de trabajo; a pesar de que no había trabajado nunca en su vida. Se terminó de acomodar su corbata, de nuevo, se rebajó un poco más el peinado, se buscó algún vello

facial fuera de su lugar y pensó que todo estaba en orden.

Puso las cosas que había usado en su lugar: su cepillo, su afeitadora, su espuma para afeitar. Todo en perfectamente ordenado justamente cómo sus padres le habían enseñado a que debían ser las cosas. Se acomodó el saco y salió de su baño completamente perfumado, apagando las luces y dejándose llevar por el sutil rocío de la mañana que permeaba a través de la ventana hasta la puerta de su habitación.

—Buenos días, Sara. ¿Cómo amaneciste hoy? preguntó Diego, tan cordial cómo podía con sus empleados.

—Buenos días, Diego; de maravilla. Respondió Sara, sin apartarse de sus deberes.

Sara aclaró su garganta, como si quisiera decir algo, llamando la atención de Diego, quien supuso sería así. Mantuvo su oído alerta esperando a lo que le dirían, pero su empleada de servicio no dejó salir ninguna palabra. Le pareció extraño, pero continuó caminando como si nada, pasando a su lado y volviendo a concentrarse en el mismo ritual matutino al que ya había dado partida al saludar a Sara.

—Buenos días Don Julio ¿cómo está usted hoy?

—¡Oh! Diego, por fin has despertado. Don Julio se apartó de lo que hacía.

Se encontraba colocando unos vasos de cristal sobre una bandeja cómo siempre lo hacía a esa hora. Pero, esta vez, dejó de hacerlo inmediatamente Diego anunció su presencia, agitándose tal cual sucede cuando alguien es descubierto haciendo algo indebido.

—Qué sucede, Don Julio, ¿se encuentra bien? Diego, comenzaba a darse cuenta que había algo diferente en el ambiente al que estaba acostumbrado.

—¿Suceder? No, no sucede nada señor. Don Julio se dio la vuelta y se recostó, a la defensiva, sobre la pequeña mesa apartada a un lado de aquel inmenso pasillo en donde colocaba los vasos de cristal.

—Don Julio ¿seguro que no sucede nada?

Diego ya se había detenido a inspeccionar la mirada de su fiel empleado buscando alguna respuesta o indicio que le explicase por qué se estaba comportando de ese modo. Le daba la impresión de que algo le preocupaba, de que estaba asustado, tal cual si hubiese presenciado un crimen y tuviese

miedo de confesarlo.

—Sí, señor Diego, todo está en orden, sólo estoy un poco... Don Julio intentó amainar las sospechas, necesitaba mantener la compostura □ Es solo que estoy un poco cansado se llevó la mano a la frente, apartando sus ojos del campo visual de su Señor e intentando parecer afligido. □ Eso es todo, no se preocupe.

—Si quieres se recuesta un rato, Don Julio, no tiene que estar trabajando todo el día.

Don Julio, le sonrió en agradecimiento, habiendo sido juzgado adecuadamente por su gobernante, sabiendo que no es bueno ocultarle nada, pero que lo hacía por su propio bien; si se enteraría, no sería a través de él. Asintió con la cabeza e intentó darse la vuelta para continuar con lo que hacía.

—No, Don Julio, vaya a recostarse de una vez, no importa, deje eso así que los vasos no van a moverse de ahí.

Don Julio, intentó que su Señor le dejase continuar, pero este insistió. Diego estaba realmente preocupado por el bienestar de Don Julio así que no dudó en usar su autoridad para que le hiciese caso.

Así qué, cómo si de un asunto de vida o muerte se tratase, Don Julio asintió con la cabeza cumpliendo las ordenes de su Señor y marchándose sin más que decir. Diego, a su manera, sintió que había hecho algo bien, ignorando por completo el motivo por el cual su mayordomo se comportó de aquella forma. Así que continuó con su camino, impávido y distraído de los asuntos del mundo exterior.

La casa estaba tan animada como siempre, todo apuntaba a que sería un buen día: el sol, la paz interior, el olor de un excelente desayuno que impregnaba la casas porque por algún motivo los que habían construido aquella inmensa infraestructura, hicieron fuera lo que fuese que preparasen allí, perfumase cada rincón sin dejar ninguno afuera. Así que, el desayuno estaba invadiendo su atención.

—Buenos días dijo por aquí, señalando y saludando a los empleados que se conseguía en el camino.

Se movía con el porte de todo un caballero y todos estaban atentos de sus pasos porque el señor de la casa siempre requería ser visto; no porqué él lo dijese, sino porque todos estaban a gusto trabajando con él.

Pero, de todos modos, a pesar de que las cosas marchaban de maravilla, aun podía sentir esa extraña sensación de que algo se escapaba de su escrutinio. Todos lo saludaban y apartaban la vista con temor a ser juzgados, a que pudiesen decir algo que no debían porque saben que los asuntos del señor son de él nada más. Diego sabía que algo sucedía.

Se mantuvo calmado, caminando entre los pasillos, bajando las escaleras, incomodo por tener que moverse tanto en la casa para poder conseguir un buen desayuno.

—Buenos días, chicos, cómo amanecen. Diego se dirigió a los cuatro criados que estaban en la cocina preparando su mesa para que él pudiera desayunar. Hasta ahora, todo iba bien.

—Buenos días los cuatro, al unísono, y deteniendo sus labores, se fijaron en él y respondieron al saludo habiendo embozado una sonrisa primero.

Y, casi de inmediato, bajaron sus miradas, expidiendo un vaho de preocupación. Diego, de nuevo, pensó que algo no estaba yendo como de costumbre. Le intrigaba la actitud de todos los que había saludado en los últimos minutos y se preguntaba qué era eso que los obligaba a comportarse de ese modo.

—Muy bien dijo, arrastrando cada sílaba, dubitativo, tratando de entender lo sucedido. □ ¿Qué tenemos para desayunar hoy?

En ese momento, uno de los que estaban en la cocina, colocó ante él una bandeja colorida y visualmente muy apetitosa. Ante Diego, se encontraba una taza con un café claro cuya espuma dibujaba una perfecta D en honor a su nombre, cosa que le pareció cursi pero no de todos modos sonrió al ver.

Al lado, una copa con jugo de naranja probablemente recién exprimido porque era el tipo de cosas que le prepararían para el desayuno. En el plato, unas cinco rodajas de kiwi al lado de dos panes de carácter francés uno dulce y el otro untado con queso en crema. Y, junto a todo eso, un pequeño plato de cereal con fresas rebanadas para aportar fibra a su dieta.

—Vaya, vaya. Espectacular cómo siempre.

—Que tenga buen provecho señor. Quien le entregó la bandeja servida, se inclinó con un ademán de cortesía y se apartó.

Diego no estaba prestando atención a su entorno porque sus ojos estaban

evaluando y degustando lo que había en su plato con sumo cuidado. Tres de los cuatro criados que estaban haciendo sus labores diarias en la cocina, se quedaron en una esquina mascullando unas palabras incomprensibles para Diego. El joven que le entregó la comida se acercó a ellos.

Todos, jóvenes y despreocupados, atendían a un asunto con tal cuidado que no le fuese posible a Diego que supiese de lo que hablaban.

—Creo que no sabe nada el joven se acercó a ellos, acomodando su tono de voz para no ser escuchado.

—¿Cómo lo sabes? la única mujer de los cuatros parecía sorprendida.

—Está muy tranquilo. ¿No lo ven? Los cuatros se fijaron en Diego, quien estaba sumido en su desayuno.

—¿Quién se lo dirá? Preguntó la chica.

—Yo no se excusó el joven que entregó la comida.

—Ni yo. Dijo otro de los cuatro.

—Nadie le dirá nada, no nos corresponde decirle nada a nadie porque no es nuestro asunto. Este, trató de mantener el tema lo más controlado posible, sus ideas eran las más sensatas de los cuatro.

La chica esperaba contárselo en persona, mientras que el joven que le entregó la comida opinaba lo contrario; no quería hacer nada que pudiera hacer molestar a su gobernante ya que él no iba ser el portador de malas noticias. Pero, el más sensato, tenía la última palabra. Era quien más conocía a la familia porque tenía más tiempo trabajando para ellos así que sabía cómo actuar en asuntos como esos.

—Pero de alguna forma debe enterarse. Dijo la chica.

—Claro, pero no por nosotros. Debemos mantenernos callados porque si no... y cómo si hubiese llamado directamente a su nombre, Diego reaccionó.

—¿De qué están hablando?

Diego los observaba a lo lejos murmurando de cosas que no tenían asunto con él, no desde su punto de vista, pero, la forma en que se mantenían agrupados, junto con las otras actitudes extrañas de los demás en su casa, le hacía creer que algo, definitivamente, iba mal. Los cuatro, se mantuvieron callados mientras él hablaba, y luego, también, porque no querían tener ningún

problema, ni ocuparse de asuntos que pudiesen arruinar su estadía en aquella mansión.

—Este... dijo la chica, suponiendo ser la que parecería más convincente de los tres. □ No es nada, señor. Sólo estamos hablando de algo que nos sucedió anoche.

—Uhm... Diego tenía todas las de sospechar; no sabía qué podría ser ese asunto tan importante que pudiese poner a todos de esa forma, pero sabía que no era «nada».

Los cuatro se mantuvieron impávidos, procurando silencio y una extrema actitud pasiva para que su Señor no se molestase con ellos. ¿Cómo se molestaría si no sabía siquiera qué sucedía? Pero a ellos no le preocupaba eso, le preocupaba lo mucho eso le podría afectar a él.

—Vamos a decir que les creo, entonces Añadió; Diego no era tonto, pero tampoco tenía ganas de interrumpir su desayuno para recibir alguna mala noticia □ pero, si quieren hablar, pueden ignorar que esté aquí y seguir con lo suyo o pueden marcharse, si no quieren que los escuche..

El criado más antiguo entendió la indirecta, suponiendo que pudieron haber ofendido a su Señor.

—Oh, no, no, señor, nada que ver. No es que no queramos que no escuche es que... Trató de acomodar lo sucedido.

—Antonio, no importa, seguro no es nada del otro mundo embozó una sonrisa y se introdujo un bocado de su cereal. □ ¿Qué tan malo puede ser? ¿Es grave?

—Este, señor... Antonio no quería mentirle a su Señor, pero tampoco quería darle las malas noticias.

—¿Qué sucede, Antonio? Diego sonreía, ingenuo y ajeno a lo que sucedía.

Al no recibir respuesta, los miró a los cuatro, tratando de entender lo que sucedía tras escrutar sus rostros callados. Su sonrisa se mantenía, causando en sus empleados una sensación de culpa que, a pesar de no estar al tanto de lo que el otro pensaba, estaban seguro que el sentimiento era colectivo.

—Este, señor el joven que le entregó la comida intentó ser el primero en hablar.

—No, Luis, no. Yo le digo Antonio le interrumpió

Lo hizo colocándole la mano en el pecho como si estuviese evitando que cometiera un gran error, como si estuviese a punto de tropezar contra un poste. Estaba seguro que la mala noticia debía ser entregada de la forma más prudente posible y sabía que Luis no lo haría. Diego los observaba confundido; su sonrisa fue borrándosele del rostro mientras los dos se debatían quien debería decirle a él lo que sucedía.

Por un momento todo aquello le pareció que guardaba relación: la actitud extraña de Sara, de Don Julio, y de los demás que estaban en su paso a la cocina, incluyéndolos a ellos cuatro. No quería pensar en eso porque podría ser algo más complejo de lo que esperaba.

Se contuvo, prefirió mantener la mente fría para no sacar conclusiones apresuradas. En ese momento, Antonio aclaró su garganta, respiró profundo con los ojos cerrados tratando de mantener la compostura. Diego había dejado de comer.

—Señor... hizo una pausa, quería tomárselo todo con calma e imprimir esa misma sensación en él. □ ¿Realmente quiere saberlo?

Esa pregunta le dio de todo. Una extraña corriente le recorrió la espina; un vértigo desagradable a la altura del diafragma como si estuviese suspendido en una roca a lo más alto de una montaña y el cuello comenzó a molestarle como si no fuese parte de él. «¿Realmente quiere saberlo?» es el tipo de pregunta que se le hace a una persona cuando quieren ocultarte algo realmente malo. Diego quedó pálido, inmóvil y preocupado con lo que podrían decirle. Se esperaba lo peor.

—¿En serio quiere que le diga? insistió Antonio.

Antonio sabía muy bien lo que podría significar eso para él, lo grave de la noticia y lo que le afectaría si no se lo decía apropiadamente, aunque, había quedado de acuerdo consigo mismo de que, de todos modos, el asunto le dolería como una puñalada en la espalda, porque, evidentemente, eso era.

Diego no sabía cómo responder a su pregunta. ¡Rayos!... pensó, indeciso y temeroso a lo que podría decirle si decidía dar una respuesta afirmativa. Claro que quería saberlo, eso no estaba en discusión, pero, de entre todas las cosas que «podrían» ser, la incertidumbre era lo que le mataba más, así que, sin más preámbulos, ordenó sus ideas y decidió dar un paso en ciego.

—Sí, vamos. Dime. Dijo con confianza □ Es capaz de que no sea nada tan

grave, seguro es sólo una noticia cualquiera y ustedes están tomándoselo muy a pecho. Embozó una sonrisa. Esperaba que quitándole importancia podría hacerlo más llevadero.

Todo apuntaba a que podría ser peor.

—Mi señor, me temo que no podré asegurarle eso. Antonio explicó □ no es que no quiera decírselo sino que no hayo las palabras para explicarle lo grave que es ni lo mucho que podría afectarle. Nosotros se volteó y miró a sus compañeros queriendo trasmitirle su pesar al Señor □ estamos preocupados por usted porque velamos por su interés y nos preocupa lo que puede hacerle daño o no, porque, de entre toda su familia, es usted y el amo Alfonso quien nos tratan mejor. Más aún que ahora vivimos en su casa, pero, creo que, de una forma u otra, deberá enterarse. Diego le observaba atento, escuchando cada palabra y tratando de entender a qué se refería.

—Vamos, Antonio, dime. insistió Diego.

Antonio se aclaró la garganta de nuevo.

—Es sobre la señora Vanessa, señor.

—¿Qué le sucedió a Vanessa? dijo, con apremio sin siquiera pensar en el asunto.

Exactamente luego de que preguntó, lo primero que le cruzó por la mente fueron una serie de accidentes desagradables que rápidamente negó sacudiéndola porque de ser así, se habría enterado mucho antes. Trató de imaginarse diferentes escenarios lo más rápido posible, pero no reparó en ninguno. No lograba asegura nada.

—No le sucedió nada, señor. No es que haya tenido un accidente ni nada por el estilo explicó Antonio □ Más bien, es algo que hizo.

¿Qué pudo haber hecho su esposa? No entendía por qué tanto misterio.

—Vamos, Antonio, dime que sucede. Diego comenzaba a desesperarse.

—Ya va, es mejor que lo vea por usted mismo.

Antonio, se giró y buscó en la mesa a su espalda el control del televisor porque sabía que a esa hora todavía estarían hablando del asunto que le concernía a su Señor. Le molestaba que tuviese que ser el quien se lo mostrase, pero, como él mismo había dicho, tenía que saberlo tarde o

temprano. Cogió el control y apuntó hacia Diego porque la tv estaba a su espalda, por lo que este se giró para ver qué le querían mostrar.

Antonio, lo encendió apuntando con el control y comenzó a cambiar entre los canales buscando uno que tuviese las noticias más recientes del día. Diego solamente miraba lo rápido que cambiaba, sin saber qué esperar ni cuál era la intención de su criado para tener tanto misterio.

—¿Qué intentas? Antonio. se giró sobre su hombro para preguntar.

—Ya va, señor, espera un momento. Por algún lado deben estar hablando de eso.

—¿Hablando de qué? Insistió Diego. Quería saber y no le daban las respuestas. La incertidumbre se hacía cada vez mayor.

Los demás criados, los otros tres, estaban detrás de Antonio porque suponían que así podrían protegerse de su ataque de ira. Nunca habían visto molesto al príncipe, pero se imaginaban que sería una actitud desagradable y atemorizante que podría costarles el trabajo. Sus imaginaciones, nefastas y propias de paranoicos, los obligaban a apartarse lo más que podían. Diego no era agresivo ni nada por el estilo, el criado más antiguo lo sabía; lo que le hacía tensarse era lo que podría sucederle a la estabilidad emocional de su Señor.

—Ya va, señor, ya va... repuso Antonio, sin quitar la mirada del televisor.

Diego miró de nuevo a los otros tres criados recluidos detrás de Antonio. Ellos no dirán nada, pensó, para luego concentrarse en el televisor al igual que el criado más antiguo en esa cocina con la idea de que tal vez podría encontrar la respuesta en la pantalla. Y, justo cuando se fijó en ella, su petición fue atendida.

—Ahí... vociferó Antonio, al encontrar lo que buscaba.

Diego se quedó en silencio, esperando que le revelaran el secreto. Antonio le subía el volumen al programa. Era un noticiero, en donde se vía una atractiva presentadora hablando en inglés. En la parte baja de la pantalla, en una franja de color rojo que combinaba con el logo del noticiero se leía «Princesa descubierta cometiendo adulterio». De inmediato, Diego unió los cabos sueltos.

—*Según informa nuestras fuentes, la princesa no ha dado ninguna*

declaración al respecto ni mucho menos la familia real, lo que nos deja esperando saber que opinan los reyes y el príncipe al respecto. En la esquina superior de la pantalla, en un cuadro aparte, se muestra una foto de Vanessa □ . Han pasado dos horas desde que la noticia se hizo pública a través de un portal de chismes de internet que tuvo la exclusiva...

Diego se dio la vuelta para buscar alguna expresión en el rostro de Antonio; debe ser una broma, se decía, intentando suavizar la noticia, hacerla menos real, tal vez era un sueño, tal vez confundieron los hechos y lo que sucedía eran simples suposiciones. Pero, su criado no tenía mucho que decirle.

—¿Antonio? Preguntó Diego, esperando alguna de las cosas que quería escuchar.

—Sí, mi señor, es eso lo que tratamos de ocultarle.

—¿Es verdad?

—No sabría decirle, mi señor.

—*No se sabe si el príncipe Diego D' la Vega sabe algo al respecto, ya que no ha salido al público ni se han obtenido imágenes de él luego de lo sucedido. En cuanto a su esposa, la princesa Vanessa de D' la vega, tampoco ha salido al público luego de que se hizo conocer su adulterio. A causa de la poca información que tenemos al respecto, pero en lo que sepamos más, se lo haremos saber. Mi nombre es Johana Stewart, gracias por sintonizarnos.*

Luego de que terminó de hablar la reportera, Diego tragó saliva y se enderezó en su silla viendo hacia su comida. Ya no tenía ganas de comer; observaba el platillo sintiéndose ajeno a lo que podría ofrecerle, su esposa le fue infiel y hasta donde sabía, a pesar de que quería que no fuera cierto, todo indicaba lo contrario. Antonio intentó acercarse a él, pero se detuvo a unos dos pasos de la mesa en donde estaba sentado.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—No lo sé, Antonio... dejó escapar un suspiro, casi como si se estuviese siendo absorbido por la nostalgia. □ no lo sé.

Antonio quería darle unas palabras de apoyo, lo que fuese para hacerlo sentir mejor. Intentó decirle algo, en incluso abrió sus fauces para dejar salir unas palabras que le demostraran a Diego que entendía su sufrimiento, a pesar de que no había pasado por ello; algo de apoyo debía de estar queriendo, pensó.

Se acercó un poco más, pero, en lo que intento decir que podría contar con él, se detuvo. Diego suspiró de nuevo con un aire de nostalgia; no parecía necesitar que alguien le dijese que todo podría salir bien cuando no estaba seguro de que fuese así.

Se dio la vuelta para hacerle una seña con la cabeza a sus compañeros para que se marcharan, debía dejarlo solo.

—Si necesita algo, sabe en dónde encontrarnos, señor. Y los cuatro dejaron la cocina y a Diego.

Diego estaba convencido de que las cosas no podían ir peor. Por lo menos todo el asunto no era más que una sospecha, y no podría saber nada al respecto antes de que se hicieran públicas las evidencias que avalaran lo sucedido. Hasta donde sabía, todo era sencillamente eso, pero, no podía evitar sentirse decepcionado.

El desayuno pasó por su garganta como un coral entero, arrancando todo en su interior mientras iba arrastrándose y despellejándolo. No quería pensar al respecto, no quería nada que pudiese arruinar más lo que ya estaba completamente podrido. Antonio le había dicho a los que se acercaban a menudo a la cocina que no lo interrumpiesen, que el Señor requería tiempo a solas; todos lo entendieron, todos sabían por qué era así.

—No puede ser peor, estoy seguro de que no puede ser peor. Diego dejó caer la última rebanada de kiwi en el plato, no tenía ganas de algo ácido, no tenía ganas de nada.

Miró a su alrededor y se dio la vuelta para observar el televisor apagado; Antonio lo había dejado así para que no recordase la amarga verdad que tenía a sus espaldas. Sentía que debía encenderlo, observar todo lo que pudiese, alguien debería decirle la verdad, alguien podría notificarle los hechos de manera correcta.

—No, no... mejor no, no lo vale. se dio la vuelta de nuevo para fijarse en su plato medio vacío.

La única pregunta que resonaba en su cabeza era un ¿por qué? Que no lograba responderse a sí mismo.

—Es decir, ¿Qué demonios hice? apartó el plato, no lo quería ver más □ se supone que lo tenía todo, que podía ser feliz. Pero, ¿por qué? Esto es mi culpa se levantó, caminó hasta la mesa en donde había dejado Antonio el control y trato de cogerlo.

Quería intentar no hacer nada, pero se sentía en la necesidad de saber, quería saberlo todo; no podía quedarse con esa, así que, pensó en otra forma de averiguarlo.

—Vanessa... ella sabrá qué decirme. dijo.

Se giró para ver si había dejado su móvil en la mesa al lado del plato, pero al voltear no lo vio, así que buscó entre sus bolsillos.

—Dónde lo dejé. se tocó los bolsillos del saco que llevaba puesto y lo sintió □ aquí.

Diego introdujo su mano en el bolsillo en donde lo había depositado su móvil y lo cogió. De inmediato se imaginó varios mensajes de voz de Vanessa explicándole lo sucedido. Estaba seguro que ella le daría un motivo razonable, que le diría que todo era un mal entendido.

Desbloqueó el aparato y se encontró con lo que menos se esperaba: nada; de ese modo, de nuevo, una sensación desagradable le invadió el cuerpo; otra señal de que algo no andaba bien.

No cabía duda de que Vanessa no era precisamente la más comunicativa, no había hablado con ella en toda la semana, no había enviado ni un mensaje ni hecho alguna llamada, por lo visto estaba muy ocupada y no había ninguna otra explicación; por la forma en que entendía las cosas, ya debería haberse enterado, porqué, de no tener nada que ver con el asunto, con la noticia volando de la forma en que lo llevaba haciendo en ¡apenas dos horas de haber sido publicada! ¿cómo era posible que no hubiese llamado?

Respiró profundo, se acomodó el saco y salió de la cocina.

—No importa... se dijo, consolándose a sí mismo □ no importa. Esto no importa...

Lo repitió varias veces antes de encontrarse con otro empleado que pudiera demostrarle de forma diligente sus condolencias como si se tratase de una muerte. No quería que le tuviesen lastima así que caminaba con el mismo porte de caballero que siempre llevaba. Asentía con la cabeza en lo que su mirada se cruzaba con la de otros mientras se acercaba cada vez más a la puerta de su mansión.

—Que tenga un buen día, señor. dijo el portero.

—Gracias respondió Diego, embozando una sonrisa cortés y amistosa.

No tenía la intención de ser descortés, sus problemas no eran asunto de nadie, todos eran tan victimas como él de las mentiras de su esposa.

Al salir, un coche negro con dos banderas del escudo en armas de su familia lo esperaba. En frente de este se encontraba Max, su chofer y confidente.

—Buenos días, señor Diego, ¿cómo amanece? dijo, mientras Diego se acercaba. Le abrió la puerta para que ingresase.

—¿Cómo crees que amanecí hoy, Max?

—No creo que sea el mejor de sus días, pero, podría ser peor.

—Ni que lo digas entró al coche.

—¿Para dónde vamos hoy, señor preguntó antes de cerrar la puerta.

—A la casa del primer ministro, tengo una cita con mi padre.

Max se montó en el asiento del chofer y encendió el motor, haciendo mover el vehículo lentamente por el largo camino a la salida del castillo. Una hectárea de jardín separaba su humilde morada del mundo exterior.

Diego observaba los árboles pasar por la ventanilla al mismo tiempo que escuchaba al fondo las canciones del reproductor de Max; discutiéndose si realmente lo que le estaba sucediendo era real.

Esta mañana, al despertar, todo estaba yendo de maravilla, no sabía nada y todo era mejor. La ignorancia es un gran regalo que no sabemos apreciar, pensó, y estaba seguro de eso porque no había nada más doloroso que saber que la mujer que creía que amaba le apuñaló por la espalda, despiadadamente, sin siquiera pensar en las consecuencias de sus actos. Es que: un título real, un heredero, los prestigios y los lujos que sólo su apellido y su puesto en el mundo le podrían dar ¿qué demonios necesitaba para serle fiel?

El silencio de los dos hizo que Max se diera cuenta que su Señor necesitaba que le dijeran algo.

—¿Sucede algo, señor?

Max bajó el volumen de la música e intentó, infructíferamente, buscar la mirada de Diego por el retrovisor.

—¿A caso no te enteraste de lo que sucedió con Vanessa? dijo, sin quitar los ojos de los árboles que pasa

—Sí mi señor, claro que me enteré de ello. Sólo preguntaba porque quería saber cómo se encontraba. Usted sabe, uno se preocupa por su señor.

—No pongo en duda, Max.

—Claro, no llevamos conociéndonos tanto tiempo para que no me preocupen

sus asuntos. Usted sabe que lo quiero señor, y por eso me interesa que esté bien. Diego dejó de ver por la ventana para poder enfocarse en su chofer, quien amablemente intentaba hacerlo sentir mejor □ Por eso le preguntaba si todo se encontraba en orden; no es por nada, pero esa noticia se corrió rápido, era imposible que no me enterase, mucho menos tratando de estar al tanto de todo lo que sucede.

—Lo sé, aprecio tus palabras, Max, pero no me siento a gusto con todo esto.

Diego mantuvo su mirada fija en el retrovisor del vehículo, perdiéndose en las palabras de su chofer. No tenía ganas de escuchar a nadie, pero por algún motivo él se las arreglaba para hacerse notar.

—¿Y quién lo estaría? No es cómo que sea algo bueno que nuestras esposas no sean infieles. Bromeó.

—No creo que sea lo mismo conmigo.

—Ah, ¿no? ¿Por qué habría de ser diferente, señor? buscó los ojos de su Señor en el retrovisor y se fijó en ellos.

—Porque no creo que una mujer engañe a su esposo sea tan grave como que una mujer engañe al príncipe.

—Claro no, pero, ¿acaso no somos todos príncipes ante los ojos de nuestras esposas?

—Al parecer, no ante los ojos de Vanessa. se acomodó en la silla, inclinándose al frente para acercarse más al asiento del chofer □ Max ¿qué demonios hice para que esto me sucediera? ¿Acaso no le di todo lo que me pidió? Creí que era feliz. ¿No la hice feliz?

—No sé qué decirle, mi señor, pero por lo visto, no fue suficiente.

—Sí... pero es que... pensó mejor lo que quería decir □ no sé, Max, creo que estoy confundido.

—Ni que lo diga. Y, ¿por qué? Señor.

La pregunta retumbó entre sus orejas, haciéndole notar que no había forma de que lo entendiese siquiera si lo intentaba. Vanessa no había dejado ninguna pista al respecto.

—Por eso mismo, Max, por eso mismo. ¿Por qué? Ella lo tiene todo, Max ¡todo! Y aun así se las arregló para demostrar que no le era suficiente. ¿Por

qué?

—No sabría decirle, señor. Yo no conozco muy bien las motivaciones de su esposa.

—¿Ella no hablaba contigo cuando la llevabas de compras?

Max negó con la cabeza, decepcionado por no poderle ofrecer más nada a Diego.

—No señor, ella no es muy conversativa, y usted lo sabe.

Diego pensó que tenía razón, se resignó.

—Claro, alguien que no dice nada, debe estar ocultando algo. miró por la ventanilla y observó a unos cuantos hombres caminando por el campo □ ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? dijo, reflexivo y contemplativo □ ¿Cómo no te diste cuenta, Max? se fijó de nuevo en Max □ Eres su chofer, al igual que el mío.

—Mi señor, para serle honesto, si hubiese visto algo extraño, se lo habría dicho de inmediato, pero, nada parecía fuera de lo normal, además, desde mi punto de vista, una mujer con todo lo que un hombre de su posición puede darle, no debería tener motivos para buscar aventuras en otro lado.

—¡Exacto! exclamó, inclinados aún más hacia al frente, acercándose tanto que casi podía susurrarle al oído a Max □ No lo pudiste haber dicho mejor, es decir, todo esto parece un maldito chiste. Pero, miró a través del parabrisas □ ¿sabes qué? tampoco entiendo sus motivaciones. se apartó del rostro de Max para poder hacer contacto visual □ Es decir, es un misterio, ella siempre ha sido un misterio para mí. ¿Puedes creer que no me ha mandado ni un mensaje? Nada, Max, nada. ¿Qué puede ser más importante que esto?

—No sé, Max volteo para verlo rápidamente y continuar mirando al frente como un conductor responsable □ mi señor, no sé qué decirle.

—Creí que la conocía, creí que sabía lo que necesitaba de ella, pero, me equivoqué.

—No me lo imagino.

Sus palabras iban saliendo conforme se sentía más tranquilo hablando al respecto.

—¿Te han sido infiel?

—Sí, mi señor, una vez.

—¿Cómo te enteraste? No creo que haya sido por las noticias. Diego embozó una sonrisa, seguro de que estaba ganando en una discusión que cambió por completo de rumbo.

—No, mucho peor.

—¿Peor? Cuéntame. Preguntó, extrañamente entusiasmado por ello. □ ¿Cómo lo superaste? Vamos a ver si puedo hacer lo mismo.

—¡Ja! se mofó Max. Estaba seguro que lo que estaba a punto de decirle no le reconfortaría mucho.

Diego comenzaba a tomarse con calma lo sucedido, Todo está bien, las cosas no son tan malas, se puede salir de esta situación. Pensó. Para él, lo peor que podría sucederle ya le sucedió, después de todo, no esperaba que las cosas empeorasen, pero, ¿no es la ley de Murphy la que dice «...si algo puede salir mal, saldrá mal»? ¡Es un completo estrés siquiera pensar en ello!

Pero, Max tenía cierto don para hacerlo sentir bien con sus palabras. Tal vez era la costumbre, la nostalgia; la conversación con su chofer estaba ayudándole a desahogar toda esa frustración que le estaba carcomiendo el pecho; tal vez porque lo conoce de toda la vida, pensó, y, como un analgésico, esa platica fue amainando la pena y el dolor que se habían apoderado de él.

Se acomodó en el medio del asiento trasero, apoyando sus hombros sobre los espaldares del asiento del piloto y del copiloto para poder acercarse más a Max. Acostumbraba a hacer eso de niño, siempre conversaban de cualquier cosa. En ese momento le invadió la nostalgia que le obligó a recordar las veces que viajaba al colegio con su chofer favorito trascendiendo en cuantos temas pudiese imaginar.

—Bueno, añadió Max □ lo superé llorando por un año y medio.

—¿Qué?! se sorprendió. □ Mentira, no pudo ser tan malo.

—En serio, fue realmente deprimente para mí. Max fluctuaba su mirada entre el camino y su Señor para hacer más dinámica la conversación □ Resulta que nos íbamos a casar, estaba seguro que era la mujer de mi vida; lo tenía todo: hermoso rostro, un gran cuerpo, una buena familia, era grandiosa en el sexo y, hasta donde yo creía en ese entonces, tenía un buen corazón.

—¿Y qué pasó?

—Dos semanas antes de nuestra boda, la conseguí fallándose a mi papá.

—¡Maldición! Que nefasto.

—Sí.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué rayos?

—Lo mismo digo. Mi mamá tampoco se lo tomó tan bien.

—¿Qué? ¿Qué demonios le sucede a tu padre?

—No lo sé, mi madre y yo dejamos de hablarle hace años. Miró a Diego a través del retrovisor □ pero, sí, fue así de grave la situación.

—¡Rayos! Diego se recostó en su asiento, sorprendido; en definitiva, la forma en que se enteró fue peor. □ Qué fuerte, siquiera sabía que eso era posible.

—Ni yo, mi señor. Y, al parecer, tenían tiempo en eso; mi padre estaba muy sumido en los preparativos y siempre se reunía con ella a hablar de «cosas de la boda» levantó una mano del volante y simuló unas comillas.

—Sí, claro, «hablar» dijo, con cierto tono sarcástico.

—Exactamente.

—¿Y qué sabes de ella ahora?

—Bueno, no mucho, pero espero que no le vaya muy bien.

Diego deja un espacio de silencio para poder asimilar esa información, la noticia y el repentino cambio de ambiente que se produjo en el coche. Todo se sentía más tranquilo, cómo si el hablar las cosas las resolviese casi por completo; pero era sólo por ese momento, por ese breve instante dentro de aquel vehículo en movimiento. Sabía muy bien que inmediatamente abriese esa puerta y saliera a la calle, al mundo exterior, los problemas le darían un balazo a quemarropa con una escopeta de corto alcance. Ya sentía la presión en el pecho.

—Así que sí me entiendes.

—¡Claro que lo hago!

—Ahora que lo pienso, puede ser que podamos compartir nuestras experiencias después. Suspira, queriendo sacar los problemas de sí cómo lo hace con el aire □ esto promete ser un gran desastre.

—Ni que lo diga. Es bastante nefasto ya y apenas han pasado dos horas desde que el mundo se enteró.

—¿Podrías creer que me enteré porque Antonio me mostró una noticia que estaban dando? Es decir. ¿Qué demonios? ¿Qué dirá Alfonso de todo esto? ¿Por qué le hizo esto a su propio hijo?

—Señor, esto es un misterio para mi tanto como para usted.

Diego se lamentó en silencio, fijándose de nuevo en lo que sucedía a las afueras de ese coche. Faltaba poco por llegar a los límites de su terreno, así que pronto entrarían a la ciudad y se enteraría de cómo se estaba tomando el resto del mundo su devastadora noticia.

Para él, no era más que una cosa personal, algo con lo que debería lidiar y aprender a vivir, pero, para los demás, probablemente sería una especie de escándalo retorcido y jugoso con el que podrían lucrarse.

Estaba afectado no sólo porque era su esposa; de por sí, ya era devastador ser objeto de la inconformidad de una mujer que lo tenía todo y no podía quejarse. Pero, Diego, sin importar qué, se sentía terrible porque realmente la amaba. En verdad llegó a estar enamorado de ella.

La respetaba como la madre de su hijo, la quería como una amiga y estaba, sin importa la forma en que ella nunca estaba en casa o no compartía con ellos, feliz a su lado. Sin embargo, todo pareció ser una farsa. La vida era así, y él había sido decepcionado por el amor.

—Por cierto, señor, prepárese. Dijo Max, justo en lo que llegaron a las puertas que divide los límites del castillo.

—¿Por qué? Diego miró confundido en dirección a Max.

—Para las cámaras.

Y, de inmediato, los focos y las preguntas comenzaron a abalanzarse sobre el coche. Las personas golpeaban con sus micrófonos y sus manos la ventanilla blindada que eran de doble cara, la cual les evitaba ver hacia adentro; pero no les importó, porque sabían que ese era su príncipe; era la casa que le correspondía cómo hijo del Rey, y nada más él usaba ese coche.

Todos querían la exclusiva, saber qué pensaba el príncipe Diego de los actos de su mujer.

—Odio a los paparazzi.

—Igual yo, señor. Igual yo.

La casa del primer ministro también estaba siendo invadida por los periodistas buscando información, acumulados a unos cuantos metros lejos de la reja que separaba la casa de la calle. Adentró pudo ver el coche de su padre y, parado junto a él, su chofer.

—Mi padre ya está aquí le dijo a Max. □ Me pregunto si ya se enteró.

—Lo sabrá pronto, señor.

Le dieron la bienvenida correspondiente al acercarse a la puerta e ingresó a la casa del primer ministro.

—Buenos días, príncipe Diego, por aquí, el primer ministro y el Rey lo están esperando. La secretaria se adelantó y lo guio por la casa.

Caminaron hasta el comedor, en donde estaba su padre cómodamente sentado a la cabeza de la mesa junto al ministro, conversando con dos platos llenos de comida. Diego supuso que a penas y los habían tocado. En lo que lo vieron, el primer ministro se levantó para saludarlo.

—Buenos días, Diego. ¿Cómo estás? preguntó el primer ministro.

La naturaleza de su pregunta le hizo creer que no se habían enterado, algo extraño tomando en cuenta la cantidad de información que ellos manejaban.

—Bien, supongo. repuso.

El primer ministro se volvió a sentar para hacer como si estuviese comiendo. Si el rey no lo hacía, él no podía comenzar a comer.

—¿Bien? ¿estás bien? interrumpió su padre □ ¿cómo puedes estarlo con lo que está sucediendo ahora?

Si lo sabían, al parecer el primer ministro solo quería ser cortes.

—Ya veo que te enteraste. diego apartó una de las sillas que estaban más cerca de él y se sentó.

—¡Claro que me enteré! Cuando me desperté todo el mundo ya lo sabía.

El Rey estaba molesto por la facilidad en que el rumor se esparció; hasta donde ellos sabían, todo no era más que eso, pero, falso o no, representaba un problema para la corona, y él no podía dejar que eso sucediera.

—Papá...

Aquella tarde, de un martes cualquiera, Diego estaba con su hijo sentados en un centro comercial. Ya había pasado tiempo desde que decidió salir al público y mostrar su rostro, por mucho que lo hubiese querido, no dejarían esconderse tanto como lo intentó. «Debes dar la cara, hijo, compórtate como un príncipe» le dijo su papá cuando le enfrentó porque no quería salir.

Ahora, en el centro comercial, esperaba a Vanessa, quien le había prometido una reunión familiar que él veía imposible de concretar.

Justo cuando creía que podía resolverlo todo, en el preciso instante en que suponía que, por lo menos, había visto una pequeña posibilidad de lograr que todo saliese bien, ella se las arregló para fastidiar mi paciencia. Aquella vez creía que íbamos al cine; sé muy bien que, de haber llegado, no habría conseguido la solución a mis problemas, pero, ¿acaso soy un romántico por pensar que podría solucionarlo de esa forma? ¿dándole una oportunidad a lo nuestro?

—Vanessa ¿dónde estás?

—Primor, ¿cómo estás? Estoy de compras con Karla, mi vida. ¿Por qué?

Diego tomó aire lo más fuerte que podía. Aquellas palabras le llegaron a la coronilla de la cabeza obligándolo a tratar de tragar toda la saliva que podía para no gritarle al teléfono.

—¿Cómo que de compras? Tenemos más de una hora esperándote, la película ya va a comenzar.

—¿Era hoy? preguntó Vanessa, despreocupada e indiferente.

Esa actitud le había metido en problemas en primer lugar, y a Diego le sobraban los motivos para no soportarla más. Estaba seguro que algo así sucedería, pero, sin embargo, en contra todo pronóstico, prefirió confiar en su palabra y creer que realmente iría, pero, lo peor que temía se cumplió.

—Creí que eso sería el martes añadió.

—¡Hoy es martes! grita Diego, para luego sentir que debía mantener un perfil bajo, así que lo repitió murmurando, como si de un secreto se tratase □ hoy es martes, Vanessa, se supone que íbamos al cine con Alfonso.

—¡Maldición! Lo olvidé dijo, sonando apenada pero no estándolo realmente. □ Dile que se lo voy a compensar cuando nos veamos.

—¡Vanessa! Diego comenzaba a alterarse cada vez más □ Esta era la salida de compensación por la vez que no pudiste ir al parque de diversiones.

—Pero ¿qué quieres que haga? se defendió, buscando la mejor forma de victimizarse □ estoy muy ocupada, Diego. Dile que lo siento en verdad.

—¡Ven y díselo tú misma! se estaba enfureciendo □ no vuelvas a dejarnos plantados...

—Lo siento mucho, querido Vanessa actuaba como si nada hubiese sucedido □ debo irme, adiós.

—Vane...

De repente, sonó la alerta de que la llamada había terminado, Diego no creía todavía que le hubiese colgado, lo sabía, pero no quería aceptarlo. Le parecía absurdo que estando en la posición en que se encontraba, sobre tal tela de juicio en la que ella misma se había puesto, fuese capaz de comportarse así con él. Le irritaba a pesar de que siempre fue así y que antes lo dejase pasar porque ahora no la veía con los mismos ojos, con lo que había hecho, no confiaba para nada en ella.

—¿Aló? ¿Vanessa? le dijo a la nada.

Y, habiendo aceptado lo que su esposa había hecho, apretó el móvil cómo si estuviese a punto de romperlo en su mano como el frágil cascaron de un huevo, levantó el brazo como si fuese a lanzar una bola de béisbol e intentó lanzarlo lejos, pero reprimió su impulso porque la culpa no era del aparato, así que se lo metió en el bolsillo para guardarlo.

Quería gritar, quería golpear a alguien a sabiendas de que no podía. Miró a Alfonso, sentado en uno de esos cohetes que comienzan a moverse luego de que le insertas una moneda y que entretienen y divierten a cualquier infante. Su hijo se encontraba emocionadamente concentrado en su aventura por el espacio mientras que el discutía con su madre.

No sabía qué decirle, ni cómo explicarle a su pequeño que su mamá no podría ir; claro, él no tenía idea de que se encontrarían con ella ya que, por fortuna, Diego se había preparado para ese posible escenario y no le dijo qué harían, aunque, de todos modos, no era justo para un infante que su madre no le

prestara la atención adecuada.

¿Por qué tengo que estar lidiando con esto? Pensó mientras buscaba una solución; quería liberar la presión que sentía en el pecho, las ganas desesperantes de gritar que lo obligaban a insultar a alguien cuando estaba molesto.

No tenía a nadie a quien acudir; buscaba en su alrededor si a ver si se encontraba con algún amigo, con algún conocido de confianza, pero no había nada. Todos sabían que él estaba ahí, sus guardaespaldas estaban dispersos por el lugar cuidándolo, su chofer estaba haciendo guardia en la puerta evitando que los paparazzi entraran y él, solo con su hijo, esperando por una mujer que no iba a llegar.

Diego buscaba una solución cuando una idea se asomó en su cabeza. Cogió el teléfono y marcó el número de Daniel, su mejor amigo. No sabía por qué no lo había pensado antes, tal vez porque no era necesario tomarlo en cuenta o porque no era asunto suyo, pero, de entre todas las personas que conocía, él era quien podría darle un poco de apoyo.

Esperó que la llamada cayese, y mientras lo hacía, le levantó la mano a su hijo para saludarlo a lo lejos; este le devolvió el saludo, como alegre, embozando una sonrisa, con el entusiasmo y la alegría pintada en el rostro; quería que su padre supiera que estaba disfrutando al máximo aquel interesante paseo por el espacio.

Diego estaba completamente a gusto con su pequeño, Alfonso, porque sin importar los lujos que tuviese, las cosas que podría ofrecerle y todo aquello que le daba cuando podía (todo el tiempo, siempre podía darle todo) este se divertía con cosas tan sencillas que su inocencia le daba a su padre una nueva cara al mundo que conocía.

—¿Aló? ¿Daniel? Es Diego. dijo Diego, al escuchar un «aló» al otro lado de la línea.

—Sí, sé quién eres, tengo tu numero guardado.

—Sí, sí dijo Diego con apremio, como si el hablar más rápido ayudaría a que su amigo estuviese allí cuanto antes □ Dany, escucha...

—¿Qué escucho?

—Si me dejas hablar... ¿qué estás haciendo ahora?

—No mucho. ¿Por qué?

—¿Estás ocupado?

—Un poco... repuso Daniel, trivializando sus asuntos, cosa que le molestaba a Diego.

—¡Joder! Para ya, dime sí o no. ¿Estás ocupado?

—No, no estoy tan ocupado dijo Daniel, riéndose al escuchar a su amigo molesto.

—Bien ¿Puedes dejar de hacer lo que estás haciendo?

—Puede ser, mi amigo, ¿para qué soy bueno?

—Vanessa no vendrá al cine conmigo y Alfonso. Estamos en el centro comercial, el que tiene el cine grande ¿sí sabes? ¿no?

—Sí, sí, ya sé, el que venden las palomitas acarameladas que me gustan.

—Ese mismo. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Que le dije a Alfonso que nos veríamos con alguien aquí y no puedo simplemente decirle que su mama volvió a cancelarnos. No es bueno decirle eso a un niño ¿sabes?

—Sí, ¿y quieres que yo vaya a ser «esa persona»? ¿cierto?

—Eres como su tío, él te quiere Diego cambio su tono de voz por uno suplicante y manipulador.

—Está bien vaciló □ puede ser que vaya.

—¿Cómo que puede ser? levantó la voz y vociferó con autoridad □ ¡Trae tu maldito trasero para aquí de una vez! Estamos esperando. cambio su tono por uno más pasivo □ vamos... vaciló □ no seas así, sabes que quieres venir. No le rompas el corazón a Alfonso.

—Vale, vale, yo voy. No seas tan agresivo, pero podrías pedirlo con más amabilidad. dijo Daniel, como si estuviese haciendo que una bestia salvaje amainara su furia para no ser mordido por ella.

—¿Qué amable ni un demonio? Vente, eso es lo que importa.

—¿Ves? Amabilidad. Se empezó a burlar de Diego □ eres un amor, por eso te amo, hermano.

—Jódete.

—Muac Daniel hizo la onomatopeya de un beso □ primero.

—No me digas así, sabes que no me gusta.

—¿Qué? Pero si Vanessa te dice así.

—Y me engaño, Daniel, tú lo sabes.

—Uy, qué malote. Está bien, está bien, yo voy.

Diego embozó una sonrisa al escuchar la afirmación de su mejor amigo.

—¡Bien! Aquí te espero.

—Sí, sí, me debes una.

—¿Deberte una? Soy tu maldito príncipe, no puedo deberte nada.

—¿A poco quieres que no vaya? le retó □ Yo puedo no ir, ¿sabes? No tengo ninguna obligación.

—Está bien, está bien. Tomate tu tiempo, no me debes nada Diego sonó como todo menos como un príncipe confiado. Su mejor amigo no tenía ningún respeto por su autoridad civil ni por lo que pudiera ser y él apreciaba eso.

Los dos se despiden y cuelgan sus llamadas, apretando al icono de colgar que se mostraba en sus pantallas a pesar que sabían que sólo uno de ellos la había terminado primero. Ahora solo le quedaba esperar por su amigo y así podría ofrecerle un agradable día a su hijo sin algún drama o algo parecido. Estaba consciente de que en algún momento le debía decir a su pequeño que su madre no iba a poder estar con él todo el tiempo.

Era un tanto dramático de su parte pensar que ella no compartiría con su pequeño, situaciones extremas requieren medidas extremas, era lo que usaba para justificar lo que estaba pensando, pero no era tan sencillo.

En ese entonces no estaba tan preocupado... no, sí, estaba realmente preocupado por todo, hasta por lo más mínimo e insignificante. Pero, cuando menos me lo esperaba, sucedió. Aquel día Daniel había llegado al poco tiempo que dijo que lo haría así que nuestro emocionante día con Alfonso apenas iba a comenzar. Cuarenta y ocho horas antes de todo esto, porque justo en el momento en que estuvimos esperando por Dany, se marcó un antes y un después; bueno, cuarenta y ocho horas antes de todo esto, mi padre me hizo una llamada desagradable.

—¿Cómo que te vas a divorciar de Vanessa? *Lo primero que pensé fue que estaba exagerando, para ese momento, ni siquiera había considerado aquella posibilidad. Incluso, creo que fue él quien me dio la idea.*

—¿De qué hablas papá? Aún no he pensado en nada...

—Cuando te dije que tomaras una acción, no me refería a esto.

Claro, eso. Eso me lo dijo el mismo día en que todo salió a la luz, hace más o menos, para ese entonces, casi dos meses; no estoy seguro. En lo que llegué a la casa del primer ministro mi padre me había interpelado de la forma en que sólo él sabe hacerlo. Con agresividad y autoridad.

—¡Claro que me enteré! Cuando me desperté todo el mundo lo sabía.

—Papá...

—¿Qué sucedió? ¿Diego?

—¿Qué quieres que te diga, papá? Estoy tan sorprendido como tú, nos enteramos de la misma forma.

—¿Cómo dejaste que esto sucediera? ¿No tienes control alguno sobre tu esposa?

—¿Cómo que...? la pregunta le parecía absurda. De alguna forma, su padre logró que todo eso fuese su culpa □ ¿Qué demonios, papá? ¿Ahora es culpa mía?

Ambos comenzaron a levantar sus tonos de voz. Diego no sólo estaba molesto por la actitud de su padre al menospreciar su posición y al buscar que todo lo que había sucedido fuese su culpa, sino por todo lo que le había sometido hasta ese momento: abandonar las escuelas cuando sentía que se estaba acostumbrando, obligarlo a alejarse de sus amigos cercanos por no cumplir con sus «expectativas sociales», obligarlo a casarse con Vanessa y luego incitarlo a que tuviese un heredero... su padre estaba sumido en todos sus problemas. Es absurdo, incluso para un padre, el tener que tratarlo de esa forma y esperar tanto a cambio.

Diego sentía que su padre colocaba mucha presión en sus hombros como para que sus funciones como príncipe fuesen prácticamente nulas. Por su parte, el Rey estaba inconforme con los resultados demostrados en las últimas horas. La manera en que su hijo no había resuelto nada le parecía absurdo, para cuando era joven las cosas se hacían diferente, los hombres cumplían con sus

obligaciones y mantenían el control de su entorno como parte de la familia real. Que su hijo se viera bajo todo ese escándalo, no podía significar otra cosa: era su culpa y de nadie más.

—¡Claro que es culpa tuya! Al parecer no tienes control de tu mujer.

—Bueno, la última vez que revisé, no tenía control sobre absolutamente nada, papá, sólo sirvo para dar la cara. Diego comenzaba a retar a su padre con cada una de sus palabras.

—Oh, por favor, no vayamos a empezar ahora, Diego, sabes que no te corresponde estar pensando en esas cosas ahora, a penas eres un príncipe, además, ya tienes suficientes problemas sobre tus hombros como para estar pensando en sí sirves para algo o no.

—¿Acaso lo hago papá? ¿Sirvo para algo?

—¡Qué ya te dije que ese no es el asunto! vociferó con autoridad. □ No tienes derecho de estar quejándote justo ahora, mucho menos con el problema que tienes entre manos.

Diego no podía hablar en esas situaciones. Estaba consiente que en su juventud no tenía la valentía para levantarle la voz cuando se molestaba, pero esta vez, mientras observaba a su padre enfurecer por algo en lo que no tenía la culpa, lo menos que quería era responderle.

Su rostro, impávido e indiferente a sus quejas, no se mostraba afectado por sus palabras, era costumbre tener que escucharlo y la cantidad de tonterías que salían de su boca perdían sentido una vez que le dejabas de dar importancia. Poco a poco su autoridad iba bajando por el retrete, pero, seguía siendo el rey, le debía respeto, así que solo se mantuvo callado esperando a que dejara de proferir estupideces sin sentido.

—¿Qué piensas hacer al respecto? añadió el Rey. □ ¿Qué acciones piensas tomar? Debe ser algo importante, no puedes tomártelo a la ligera, esto es muy importante para todos.

—No lo sé, papá, no sé qué se suponga que deba hacer con el adulterio de mi esposa.

—Pues piénsalo lo más rápido que puedas...

Su padre cogió el tenedor al lado de su plato y trato de coger un poco de su desayuno. El primer ministro le siguió el paso, el hambre le estaba matando,

pero era imperdonable comer sin que el rey comiese primero. Las extrañas leyes con las que se habían forjado los cimientos de ese país, ahora estaban tocando a su puerta; no obligándolo a cumplirlas, pero con la imponente presión que imprimía el Rey ante él, le obligaba a considerar dos veces las cosas antes de hacerla.

—Déjame adivinar interrumpió Diego □ este es un asunto serio para la corona.

El Rey, ofendido, dejó caer el tenedor con furia, cómo si las palabras de su hijo le hubiesen arruinado el desayuno. El primer ministro, con el tenedor en frente de la boca, vio frustrado su intento de comer... no diferenciaba lo que sentía del miedo al respeto.

Para él, ambas cosas eran lo mismo. No puedes respetar a nadie sino sabes de lo que es capaz y aprendes a temerle; suele decir el Rey. No es lo más sano que ha escuchado, pero, su posición no es contradecirlo sino acatar sus órdenes.

El primer ministro observaba al monarca y al príncipe discutir; qué valiente era Diego al responderle a su padre de esa forma. Sabía que no tenía la capacidad de hacerlo, aunque lo quisiera.

—¡Claro que lo es! vaciló, iracundo ante la interrupción de su hijo □ Y lo sabes muy bien. Esto no es uno de tus estúpidas bromas de niño.

—No estoy... intentó defenderse.

—No hables. Ordenó, Diego se calló, no porque tuviese qué, sino porque sabía que no tenía caso discutir con él □ ¡todos los asuntos son serios para la corona!

—Sí, todos mascullo, a pesar de saber que no tenía caso □ no puedo hacer nada sin que la corona sea afectada. Se fue para atrás en su silla y cruzó los brazos como un adolescente regañado.

—No vayamos a empezar, Diego.

—¿Empezar? Nunca terminé con esto papá, ni siquiera cuando me obligaste a casarme con Vanessa.

—Eso lo hice por tu bien, además, ella es de tú tipo.

—¡No, papá! No era, era de tu tipo vociferó Diego, recordando a la mujer con

la que se iba a casar Max y su padre; trató de ignorar la epifanía, la relación tan estrecha que guardaba. □ Ahora mira, mira lo que has ocasionado. Si me hubieses dejado elegir yo...

—Tú no tenías derecho a elegir... exclamó el Rey, enmudeciendo a Diego y obligando al primer ministro encogerse en su silla.

El Rey se levantó, apartando la silla en un arrebato de sus piernas y golpeando la mesa para dar fuerza a sus palabras. Es el Rey y él tiene la última palabra. Tanto el príncipe como el primer ministro, se quedaron callados, sintiendo la imponente presión que emanaba como un vaho espeso de él. De entre ellos, lo único que se escuchaba era la fuerte respiración del monarca.

—¡Yo soy el rey! añadió, exclamando con furia. □ No me importa qué demonios tengas que hacer, pero resuelves todo esto antes de que pase a mayores.

En ese momento, me marché, furioso y frustrado. Discutir con mi padre no tenía caso, es realmente ridículo siquiera pensarlo porque, de alguna forma u otra, se las arregla para quedarse con la última palabra así no tenga razón. Durante toda mi juventud me vi obligado a tener que vivir con ese fantasma detrás de mí, observando, juzgándolo todo, tanto a mí, como a mis acciones y relaciones. Pero, él me dijo que tomara una decisión y, aunque no lo había hecho inmediatamente me llamó en ese entonces, me ayudó a concretar mis ideas.

—Cuando dije que tomaras una acción, no me refería a esto.

—Papá, aún no he decidido nada.

—Vanessa me dijo que tenías pensado divorciarte de ella.

La acusación le pareció innecesaria, pero, no fue lo que le sorprendió.

—No he hablado con ella en semanas... hizo una pausa □ además, ¿qué haces hablando con Vanessa? le parecía absurdo, siquiera él había hablado con ella. □ ¿Por qué hablaste con ella?

—Alguien tenía que hacerlo. Ella me dijo que no has hablando con ella desde ese día.

—Por supuesto, pero eso no quiere decir que tú puedas hacerlo de inmediato, se arrepintió de lo que dijo.

—Yo puedo hacer lo que me plazca, Diego, soy el Rey y...

—Sí, sí, tú dices y los demás deben hacerte caso... pensó bien que diría después □ todos somos borregos y tú eres nuestro gran pastor. Menospreció Diego.

Su padre, al otro lado de la línea, estaba completamente furioso, incapaz de poder expresar su autoridad con simples palabras.

—No he hablado con ella porque no he querido, papá. No puedes obligarme a hacer lo que no quiero.

—¿Y por qué no la has dejado ver a su propio hijo? Explícame eso.

—Porque no debe papá, quiero alejarlo de todo este problema. ¿De qué lado estás? de nuevo, se arrepintió de decirlo.

—¡Del lado de la corona!

—Claro murmuro a penas de forma audible □ cómo pude siquiera dudarlo. El Rey hizo caso omiso a sus asuntos.

—Debemos velar por los intereses de la casa real, Diego.

—¿Intereses? se molestó □ ¿Cuáles malditos intereses, papá? Me fue infiel, y está embarazada...

Sí, parte de los motivos por los cuales no quise hablarle por un largo tiempo, fue por los rumores que habían corrido acerca de su embarazo. No había hablado con ella, pero, me llegó una notificación de que mi esposa estaba haciéndose una prueba de embarazo la cual había salido positiva. Para ese entonces, no estaba seguro en qué creer, pero, tomando en cuenta todo lo que había hecho, me pareció más que evidente que no había forma de que no fuera verdad.

—Hasta donde sé, esto sólo me concierne a mi añadió □ además, no me dijiste por qué estabas hablando con ella.

—Porque dice que está arrepentida, quiere acomodar las cosas. cambió de tema □ Y, de todos modos, no sabes si es cierto eso del embarazo.

—¡Claro que debe ser cierto! ¡Papá! Diego intentaba no gritar más alto de lo que ya estaba haciéndolo □ ¿Cómo puedes siquiera dudarlo, papá? ¿No has visto todo lo que ha estado saliendo de ella en las últimas semanas? Es como que le fascinaba pasarse nuestro matrimonio por el culo, lo pisaba y a la

familia Real junto a ello.

—Está arrepentida, debes perdonarla, por el bien de la familia.

—Y ¿por qué no se arrepintió cuando se acostó con el equipo entero de rugby? se escandalizó.

—Porque no sabemos si es cierto.

—Claro que es cierto papá, y los malditos videos lo demuestran.

—Diego, debes hacerme caso, soy el Rey y yo...

—Tú nada, papá, soy yo quien debe resolver este asunto. Déjalo así ¿quieres?

—Más te vale resolverlo, ya. Habla con Vanessa. El Rey dejó pasar la ofensa de su hijo, intentando buscarle un final a la discusión.

—Yo lo haré, sólo no te entrometas apartó el móvil de su oreja y colgó.

Todo eso, llevó a que llamara a Vanessa. Tal vez porque quería hablar con ella, tal vez porque ya era hora o, en parte, porque mi padre me lo había dicho y aun no me había librado de esa necesidad de tener obedecerlo. Las normas se acatan, pero no se cumplen. Sin embargo, sin importar qué, terminé hablando con ella. Y, tal cual me lo esperaba, era como si nada hubiese pasado.

Lo único que puedo rescatar de todo esto es a Alfonso.

—Tenemos que hablar dijo, sin preámbulos, diligentemente. No quería interponer ningún pensamiento o sentimiento en ese momento.

—¡Diego! Exclamó Vanessa, afligida, casi se podía sentir su arrepentimiento al otro lado de la línea □ ¡primor! Diego respiró profundo, odiaba que le dijese así □ ¿por qué me llamas? ¿por qué no vienes? Vamos a hablar.

—No tenemos nada de qué hablar, Vanessa, las cosas ya están dichas.

—Pero, amor, tenemos que conversar, tenemos que resolver esto.

—¿Resolver qué? ¿Qué te acostaste con medio mundo a mis espaldas? ¿Qué estás esperando un hijo que no es mío? Diego quería que fuese mentira, pero la evidencia hablaba por sí misma.

Tal vez, con esa llamada, intentaba que ella me dijese que todo era un sencillo mal entendido; no había hablado con ella en semanas, siquiera antes de que todo sucediera, de que todos los medios me desestimaran y me

tratasen como un hombre que no puede mantener una relación adecuadamente. Tal vez, sólo tal vez, esperaba una buena noticia: no, querido, todo es mentira. No sé.

—Que te amo dijo Vanessa. No reflejaba que fuese mentira, o que los medios estuviesen difamándola. Sus palabras parecían más una excusa que una afirmación.

Diego entendió de inmediato. No sabía si estaba arrepentida realmente, no le importaba. Con esas tres palabras confirmó todas sus sospechas. Quería poder gritarle, exigirle que le diera una explicación. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué esperabas conseguir? ¿No te quise lo suficiente? ¿No te di todo lo que querías? Era tan difícil encontrar la pregunta adecuada porque eran tantas que podía hacer que ninguna cumplía su cometido, no por completo.

Cada una dejaba algún cabo suelto, se prestaba para poder ocultar algún otro secreto que ella no quisiera hacer público o que la hundiera más en el hoyo que había cavado y en el que se había metido.

—Vanessa... vaciló; quería tener una pregunta que sirviera para la causa □
¿cómo pudiste?

Y Vanessa no respondió... ¿cómo podría imaginar que me sentía? Es difícil. ¡Sí que es difícil! El saber que tu esposa no te quiere, tal vez, que nunca te quiso, al igual que cuesta ver que lo que creías que era el amor no es más que una vil mentira. No puedo decir que era un capricho, o que era costumbre. No me dio ninguna excusa esa vez, pero, estaba seguro que no la tenía porque no existía. Y, por eso es difícil de imaginarse.

—No importa, ya nada importa...

—¿Entonces por qué me llamas?

—Cállate, Vanessa, déjame hablar... no respondió a eso □ debes ver a tu hijo.

—¿A Alfonso?

—¿A cuál más, Vanessa? Maldita sea ¿qué demonios sucede contigo?

—Lo siento, primor su tono de voz amainó, sonaba como una persona que había dejado caer una vajilla invaluable por accidente y estaba apenada; pero, a diferencia de eso, él no se creyó sus palabras. □ Yo, vaciló □ yo no sé qué sucede.

Quién sería yo si dejo que eso suceda así ¿quién sería yo si le permito a ella demostrarme que lo que hizo puede ser perdonado? Parte de las cosas que deseo, son estar feliz, estar seguro que lo que he elegido en mi vida, las pocas cosas que me he dado el lujo de seleccionar de entre una vasta variedad de opciones, las que tomé en cuenta son esas que me darán lo que quiero.

Pero, ¿no había decidido ya estar al lado de Vanessa? Ella podría ser quien quisiera, estar mintiéndome, manipulándome como siempre lo hizo y dejé que hiciera, o diciéndome la verdad. Para mí, en ese momento, lo que más me importaba era asegurar mi futuro.

Diego quería exclamarle que no le creía, que dejase su farsa, estaba ávido por exteriorizar su ira, su frustración, todo lo que definía su molestia a causa del descaro de su esposa; por haberse victimizado. Pero, sin importar lo que le dijese, ella todavía era su esposa.

—Este vaciló, no sabía cómo actuar. No quería causar más problemas y, sin saber bien el curso de sus motivaciones, decidió que sería suficiente. □ El iremos al cine, espero que vayas. Necesitas pasar tiempo con mi hijo.

El haberla sacado de aquel posesivo fue uno de los primeros pasos para sacarla a ella de mi vida.

—Nuestro hijo acomodó Vanessa, ajena a lo que estaba sucediendo en la cabeza de Diego □ nuestro hijo, primor. embozó una sonrisa invisible para él, estaba segura que todo se acomodaría y las cosas serían cómo antes. □ Y sí, estaré ahí.

No debía emocionarse, no tenía por qué pensar eso, pero no se lo diría en ese entonces; el hijo que estaba esperando y cada una de las personas con las que se había acostado, sumado al hecho de que no se excusó ni trató de explicarlo, motivaron sus acciones.

Y ese ha sido el resumen de mi vida en estos últimos meses. Las conversaciones con mi padre me llevaron a considerar ciertas opciones que no habría tomado en cuenta por mí mismo porque, de alguna forma u otra, yo sólo me estaba fijando en el panorama completo; no en lo que eso podría significar para la corona sino lo que podría significar para mi hijo, para nuestra felicidad.

Yo, necesitaba salvar a Alfonso de todo ese asunto a como diera lugar;

puede que no lo haya mencionado antes, pero, no porque no lo hubiese hecho, quiere decir que no es así.

Alfonso significa todo para mí, y, junto a mi búsqueda por una estabilidad emocional (¿acaso es mucho pedir algo así en mi posición?), hasta ahora, es lo que estoy tratando de conseguir. En este punto de mi vida, el dolor no es más que una pequeña fracción de lo que realmente me disgusta, me deprime y me hace daño. Estoy siendo consumido por algo más que la necesidad de sentirme útil para mi pueblo, dentro de mi familia y para mí mismo.

Y, gracias a la insistencia de papá, llegué a una conclusión.

SEGUNDA PARTE

UN PLAN DE ACCIÓN.

4

Aquella tarde de un martes cualquiera, luego de aceptar que su esposa no se tomaría en serio su papel de madre, se encontró con su mejor amigo, Daniel, para ofrecerle un buen día a su hijo. La noticia de que su mujer le había sido infiel, que ya para ese entonces había dado la vuelta al mundo, no le afectaba tanto como antes. Habían pasado varias semanas desde que se enteró, junto a otra luego de hablar con ella. SU expectativa comenzó a rondar los niveles del subsuelo con respecto a Vanessa.

Diego se había hecho a la idea de que debería divorciarse de su esposa por diferencias irreconciliables, por desgracia, para él, las cosas no funcionaban igual. No sabía cómo reaccionaría su padre si le decía que estaba siquiera pensándolo, o los medios, a causa del escándalo que eso podría ocasionar. Ya era suficiente humillación para la corona tener a una mujer que no respetaba los votos del matrimonio y mucho menos, que estaba embarazada de alguien que no era el príncipe con el que se había casado.

Pero, ese martes, mientras caminaba al lado su mejor amigo y con saltando y corriendo unos cuantos pasos más delante de ellos, con un cono de helado en la mano y observando las vitrinas de las tiendas como un ciudadano normal, el príncipe enfrentó por primera vez aquella realidad fuera de su cabeza.

—¿Ya te decidiste entonces? estaban hablando desde que se encontraron acerca de eso, a escondidas del pequeño Alfonso. La conversación fluctuaba entre secretos y murmullos que no dejaban llegar a nada.

La pregunta que le hizo Daniel, resonó en su cabeza como un cuarteto de barbería: palabra tras palabra se repetía como un eco haciéndolo dudar, reconsiderar siquiera lo que quería hacer y sentir que mientras más se acercaba a la resolución del problema, más se hundía en él.

Suspiró, queriendo quitarse el peso de encima.

—Estoy tratando de ordenar mis ideas, no quiero hacer nada estúpido ni desesperado.

—¿Estúpido y desesperado? Tu esposa se acostó con medio mundo a tus

espaldas y ¿tú crees que lo que decidas será estúpido y desesperado? Diego miró a los ojos de Daniel, buscando apoyo □ no puedes sentirte así, te derrotas demasiado rápido.

—Pero es que esto es mi culpa... intentó decir Diego.

—Ahora te estás echando la culpa de algo en lo que no tenías nada que ver. ¡No seas imbécil! exclamó Daniel □ no puedes estar suponiendo que todo esto es tu culpa; eso es lo que el Rey quiere que pienses para que te sientas culpable, y no deberías.

Diego estaba consciente de ello; incluso, a pesar de haber discutido con su padre al respecto por el mismo asunto, la situación se perdía en un pozo de ideas confusas que lo obligaban a buscar refugio en la culpa. Pero, era así, su amigo tenía razón, él no podría ser el culpable de absolutamente nada si nunca hizo nada que justificara el adulterio de Vanessa.

Diego solo lo miró, esperando que continuara con su explicación.

—Lo que debe preocuparte ahora es lo que piensas hacer mira al frente para que Diego se fije en su hijo □ lo que importa es Alfonso ambos vuelven a mirarse mutuamente.

—Lo sé, eso es lo que me preocupa Añadió Diego. □ ¿Y si le afecta lo que haga?

—¿Qué? Exclamó Daniel; le parecía inaudito que dijese eso □ ¡claro que le va a afectar! Es de su mamá de quien estamos hablando. A mí me afectaría.

Diego buscó sus ojos y lo miró con tristeza, como si la verdad le hiciera daño.

—Mira... añadió Daniel □ cualquier decisión que tomes, debes tener en cuenta que le afectará a él, a corto o a largo plazo. Además, es un niño, apenas tiene cuatro años, no te preocupes. Se aparta un poco □ Digamos que decidas quedarte con Vanessa, que le perdones todas sus tonterías ¿cómo le afectará eso a tu hijo? O si decides divorciarte de ella ¿cómo le afectará, en dado caso?

—No lo sé.

—Debes pensarlo, mi príncipe amigo. Daniel le coloca una mano en el hombro y con la otra con la que sostiene su helado, apunta al frente como si estuviese contemplando el futuro □ estamos en el medio de una decisión que no sólo te afectará, o a tu hijo, sino que demostrará de lo que eres capaz se fija

en sus ojos, para darle más dramatismo a sus palabras □ ¿Eres un cobarde? ¿Eres un esposo pasivo? O ¿eres un príncipe decidido y voraz que sabe qué acciones tomar? ¿un hombre que no se deja pisar por las acciones de nadie? Dime, ¿qué crees que diría cada una de esas cosas de ti?

—Uhm...

Diego se ahorró sus palabras. La imparcialidad de su amigo en el asunto, le ofrecía un mejor enfoque de la situación.

—Seamos sinceros añadió Daniel, sin dar paso peros □ ¿qué es lo que quieres? ¿cuál es el plan más loco que tienes en mente?

Daniel bajó su mano del hombro de su príncipe para concentrarse en el helado que tenía en la mano.

—Divorciarme de Vanessa no estaba muy seguro de su propia decisión.

—¿Seguro? le enfrentó.

Diego aclaró su garganta y repitió con seguridad.

—Divorciarme de Vanessa.

—Bien le dio una probada a su helado □ y... ¿Los príncipes puedes hacer eso?

—Sí, creo que aquí sí.

Ambos se mantuvieron callados por unos segundos, concentrándose en sus helados, dándole prioridad al problema más próximo: que no se derritieran.

—Entonces ¿qué te detiene? dijo, con helado en la boca.

—Alfonso... dijo Diego luego de tragar.

Los dos se fijaron en el pequeño que se había detenido en frente de una juguetería, perdiéndose en los colores y las figuras exageradas de juguetes y objetos que llamaban más la atención de lo que servían para jugar. Ambos se fueron acercando poco a poco a él hasta que se pararon uno a cada lado del niño, mirando al interior de la juguetería como si fuesen dos niños más de entre todos los que estaban adentro.

Diego, se perdió observando, desde donde estaba, a través de los pasillos. Los recorría mentalmente y se imaginaba tomando todo lo que le llamaba la atención: coches, pistas, figuras de acción, cartas, juegos de mesas, muñecas.

Todo lo que podría un niño desear estaba en aquella tienda, pero, no lo que necesitaba.

El príncipe quería decirle a Daniel lo mucho que deseaba que Alfonso tuviese una madre; alguien que lo atendiese de la forma que Vanessa sólo hizo mientras lactaba al pequeño; que estuviese a su lado cada cuanto pudiera y no al otro extremo del mundo acostándose con quien mejor le pareciera.

Le parecía un sencillo insulto a la familia, al concepto que él tenía sobre ello, a su hijo, a su matrimonio. No podía perdonarla por mucho que quisiera y agradeció que no estuviese ahí porque habría sido muy difícil de afrontar.

Seguía viendo al interior de la tienda, lamiendo su cono de helado, buscando alguna respuesta entre tantos juguetes y personas, hasta que, sin previo aviso, el pasado tocó a su puerta.

Karen Petrel, había llegado a su trabajo temprano en la clínica de Neurodesarrollo infantil D' la Vega al igual que todas las mañanas, apresurada y lista para ofrecerle sus servicios a la comunidad como terapeuta ocupacional.

Karen, no era una mujer que se fijara en los asuntos que envolvían a su país porque le gustaba sumirse más en lo que a ella le concernía: sus niños y sus terapias. Ajena al mundo exterior y a las cosas que lo hacían girar, se despertó aquella mañana directo a su regadera, luego a su cocina y después a su coche para llegar lo más rápido posible a su trabajo. Todo estaba en orden, según ella creía.

En lo que llegó, sus compañeros de trabajos, agrupados al lado de la recepción de aquel piso, se encontraban medianamente concentrados en su oficio, mascullando palabras entre risas y chismes, señalando al televisor de vez en cuando mientras reían entre palabras.

Karen, hizo caso omiso a ello y llegó hasta donde realizaba sus consultas. Un cuarto amplio con juguetes, columpios, toboganes, colchonetas. Todo un paraíso infantil y terapéutico.

Dentro, estaba Angélica, su compañera, recogiendo todo y colocándolo en orden para que las cosas estuviesen listas a la hora de llegada de los niños de la mañana. En lo que vio que Karen había entrado, se giró, sin detenerse, para saludarla.

—Buenos días dijo, Angélica Karen, ¿cómo amaneces? sonrió.

—Bien, un poco apresurada. Tengo que preparar las actividades para la terapia de hoy. No lo pude hacer anoche. Karen soltó sus cosas en una de las mesas para niños que estaban pegadas a la pared.

En ese momento, se escucharon unas risas afuera de la sala en donde se encontraban. Eran aquellos que mascullaban.

—¿Qué con ellos? dijo Karen, mientras cogía los cuadernos de la mesa en donde anotaba todo lo que hacía. □ ¿Quién se murió?

A Angélica dejó los cojines de colores que tenía en la mano en el suelo, se irguió y miró a su amiga de frente, sorprendida de que Karen no supiera nada

al respecto, más aún porque la noticia llegado a todas las casas del país de la misma forma en que llegaron los rayos del sol.

—¿No te enteraste? preguntó, incapaz de creerlo □ la princesa engaño al príncipe con otro hombre. embozó una sonrisa, como si le agradase que eso hubiera sucedido.

—¿A Diego D' la Vega? preguntó, porque de seguro había otro príncipe del que no sabía.

—Sí, a ese mismo. Esta mañana lo dijeron en las noticias. La princesa fue descubierta anoche con otro hombre, y, hasta ahora, han salido varias acusaciones de que lo ha hecho otras veces.

La noticia, a la cual habría sido ajena en otras circunstancias, le sorprendió, no por lo que implicaba la infidelidad, sino por la forma en que eso le podría afectar a Diego.

—Rayos... que mala suerte. miró a Angélica, sin poder creer lo que sucedió, llevándose el cuaderno al pecho como si eso la reconfortase □ ¿cómo es posible que engañen al príncipe?

—¿Verdad? Está loca. Yo no lo habría engañado. Angélica, aceptando ahora que es amiga ya estaba al día, continuo con lo que hacía. □ Yo no habría siquiera pensado algo como eso levantó la mirada □ ¿crees que si yo fuera ella, estaría con cualquier patán dejando que me toque? la miró □ ¡no...! arrastró la monosílaba □ ¡Yo estaría sobre ese hombre todo el día enfatizó □ si pudiera! se concentró de nuevo en lo suyo □ estúpida masculló.

Karen, estaba preocupada por lo que sucedió no porque fuese su príncipe, ni porque estuviese añorando aquella vida que todas querían; ella no era así. La situación de Diego D' la Vega era algo más complicado para la señorita Petrel. Durante muchos años había ignorado los asuntos que concernían a la familia real, desde que su mejor amigo de la infancia, se vio obligado a irse de la escuela en donde estudiaba porque «no era propio de un príncipe».

Diego y Karen compartieron un pasado el cual los había perseguido por un tiempo y que luego dejaron atrás porque sus vidas continuaron, porque él, como el príncipe, tenía asuntos que debía atender a su manera y ella, cómo una persona más, no podía hacer nada a cambio. Pero, la señorita Petrel no había olvidado a su Real amigo.

Durante un tiempo se imaginó cómo sería su vida si hubiese mantenido esa

férrea amistad de la que estaba tan orgullosa cuando pequeña. La amiga del príncipe de la gran nación de Leonardia, tenía tantas expectativas para el futuro hasta que se desvanecieron con la excusa de que no era buena influencia para alguien tan importante. Pasó parte de su infancia pensando que las cosas que quería la abandonarían tarde o temprano hasta que entendió que no era más que un drama absurdo de infante.

Los años pasaron e hizo de una vida mientras que su antiguo amigo hacía de la suya. Se las arregló para ignorar su existencia de tal forma que la mera mención de su nombre no traía ningún recuerdo; se había vuelto una palabra vacía, incluso trabajaba en una clínica con su apellido y eso no le afectó en lo absoluto. Es casi imposible olvidarse de algo tan relevante como lo que ella había vivido en su infancia, con todo y eso, lo logró, hasta que Angélica le dio el ultimátum.

—Me pregunto cómo lo estará tomando dijo Karen, viendo al vacío entre ella y una pared distante, preguntándose lo más a sí misma que a Angélica.

—No lo sé, no creo que lo esté tomando bien.

Karen presenció cada noticia de Diego inmediatamente salía, haciéndose la misma pregunta una y otra vez. No lo lograba explicar, su vida le afectaba como nunca lo habían hecho antes, incluso habiendo aprendido a desconectarse del resto del mundo porque no afectaba el suyo: aquel en el que se encargaba de ayudar a la mayor cantidad de niños posibles a que tuviesen una vida más normal, una vida cómo ella la tenía.

Pero, esa misma realidad, esa misma «normalidad» que antes utilizaba de excusa para ignorar la existencia Real de su antiguo amigo, por algún motivo desapareció en el momento justo en que se enteró que algo malo le había sucedido.

Desconoce al hombre que es ahora, ¡quince años sin hablarle! Es suficiente para entender que no es la misma persona que antes, que no importa cuanta empatía sienta por él, eso no hará cambio alguno en su situación, ni en lo que eso pueda significar, sin embargo, le preocupaba tanto que se sumía en todas las premisas que salían al respecto; cazaba las noticias, buscaba en las redes sociales, las páginas de chismes y leía los artículos del periódico como si fuese un vicio, cómo si lo necesitase para poder dormir tranquila por muy a pesar de que no la ayudara demasiado.

Se había sumido en una tristeza tremenda que la obligó a exteriorizarlo, lo que llamó la atención de todos a su alrededor.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás llorando? Preguntó Gabriel, su hermano menor, al ver que una gota corrió por su mejilla. □ ¿Qué ves? se paró a su lado y se fijó en el televisor.

Por mera casualidad se dio cuenta de ello. Acababa de llegar su estudio y se encontró con Karen sentada en frente del televisor abrazando una sábana acompañada por cierta melancolía.

—A Diego...

—¿Y por eso estás llorando?

—Es que no sé cómo se estará llevando lo de su esposa. Creo que está mal...

—¿Crees que está mal? preguntó con cierto desdén □ ¿Exactamente por qué piensas eso?

Karen no apartaba la mirada del televisor; estaba concentrada en lo que ahí se decía, escuchándolo todo, analizándolo todo porque eso era de vida o muerte, porque saber al respecto era crucial para entender la situación actual de Diego D' la Vega.

—No ha salido en ninguna entrevista o dicho algo, eso es lo que me preocupa.

—¿Qué vas a estar logrando al preocuparte por eso? ¿A ti que te importa lo que le suceda a él ¿Acaso viven juntos? Gabriel destruía palabra tras palabra cada una de las preocupaciones de Karen. Ella no dijo nada, ni siquiera apartó la mirada del televisor. □ No ¿verdad? Deja de pensar en eso. ¡Estás obsesionada!

—Pero es que subió la mirada para fijarse en su hermano; vaciló □ es importante. se reincorporó y trató de sonar como una mujer adulta □ y no estoy obsesionada con él.

Desconocía por qué tanta preocupación, pero sentía una presión en el pecho cada vez que salía una nueva noticia al respecto, como si fuese su trabajo ocuparse de los asuntos pensionales de Diego.

—Pero nada, Karen... vociferó su hermano □ no tienes nada que ver con el príncipe.

Karen se levantó, dispuesta a enfrentarse a su hermano menor, de defender a su

amigo el príncipe.

—¡Claro que sí! Él es mi amigo.

Su hermano se apartó un poco para poder verla directo a los ojos. Karen bajó la mirada porque no quería perderse ningún detalle del asunto. Habían mencionado el nombre de Diego mientras lo defendía ante su hermano, así que se fijó únicamente en el televisor, ignorando la voz de Gabriel.

—Karen le habló con el mismo tono con el que se le habla a un niño cuando defiende algo que no tiene sentido □ por favor, no son amigos desde hace años levantó los hombros □ tal vez ni se acuerde de ti. Estás ridículamente obsesionada por un hombre del que te enamoraste Sus palabras, le hicieron sentir incomoda □ cuando eras pequeña; supéralo. se fijó en sus mejillas húmedas por las lágrimas que comenzaron a correrle □ Deja de llorar.

Karen vuelve a mirar a los ojos de su hermano. Sus palabras, las que le hicieron sentir incomoda, también le hicieron pensar. No había reflexionado al respecto, ni si quiera lo había considerado como una posibilidad. Para ese entonces, era una chica estúpida y sin mucho qué decir, ni siquiera se acordaba de la mayoría de las cosas que había hecho, pero, todo tenía sentido; su hermano tenía razón.

—No estoy llorando se seca las lágrimas que le corren por la barbilla y justo al lado de los ojos y succiona los mocos que se le escurren de la nariz. Aclara su garganta y repite: □ no estoy llorando.

—Compórtate como una mujer adulta Gabriel se expresó con cierta autoridad moral que siempre usaba en su contra, como si él fuera el hermano mayor y se sentía el más experimentado.

Hay un breve silencio entre los dos. Karen baja de nuevo su mirada y se enfoca en el televisor, en donde se muestra una foto reciente de Diego. En eso, Karen mira a su hermano, al televisor, a su hermano y luego señala con la mano a la pantalla para que Gabriel se enfoque en lo que está viendo.

—Pero Gabo, mira... hizo una pausa □ míralo, está sufriendo.

En la pantalla se veía a un Diego adulto, muy diferente al que ella recordaba de joven, con un móvil en la mano, lentes de sol y frunciendo el ceño por el resplandor del astro que intentaba aplacar con las gafas que no cumplían bien con su trabajo. De la mano, llevaba a su hijo. La noticia mostraba las fotos recientes tomadas por paparazzis que cazaban las actividades del príncipe, y,

mientras mostraban la imagen tomada, explicaban lo sucedido.

—*El príncipe de Leonardia, ha sido visto últimamente saliendo con su hijo, pero sin compañía de su esposa. ¿Qué habrá resuelto el príncipe Diego de su matrimonio? ¿Será que ya no lo tomará en serio? ¿Se separarán?*

Gabriel observa la imagen mostrada, ignorando la voz de la presentadora al fondo sintiendo que las preocupaciones de su hermana eran realmente absurdas. No notaba nada especial en la foto que le habían tomado; para él, se notaba bastante relajado y sin ninguna preocupación en mente, la actitud propia de una persona que lo tiene todo resuelto en la vida.

—¿Sufriendo? Karen, qué demonios va a estar sufriendo un príncipe señala a la pantalla, para que vea exactamente lo que él □ lo tiene vacila □ ¡literalmente todo! puntualiza vociferando □ no es como que el que le sean infiel lo haga menos rico o menos agraciado.

Karen no aceptaba las palabras de su hermano, estaba segura de lo que sentía, dispuesta a dar lo mejor de sí misma para ofrecerle su apoyo a su amigo del pasado; no tenía ni la más mínima idea a qué se debía ese repentino deseo de ayudarlo, ni siquiera sabía si realmente estaba preocupada o era un capricho. Pero, las palabras de Gabriel no le eran suficientes.

—Sí está sufriendo, Gabo, y yo lo sé.

Día tras día se preocupaba más por él, pensando en los asuntos que le concernían, suponiendo que pronto estaría solo y no sabría qué hacer. De algún modo u otro, el joven que había conocido: tímido, indefenso, que no soportaba el linaje de su familia ni aceptaba ser un príncipe sin funciones, obligado a ser una simple imagen, una cara bonita hasta que su padre muriera, le parecía un desperdicio de vida, se encontraba sufriendo por lo mismo que antes; más ahora que estaba enfrentando algo tan delicado como una infidelidad que podría costarle su título y, Karen Petrel, estaba segura que él no había cambiado.

Estaba convencido de que ella se había mudado de este país, de que no tendría la oportunidad de verla de nuevo o siquiera de reencontrarme con ella en algún pasillo o en la sala de algún hospital (ella me había dicho que quería ser doctora).

Hasta donde a mi concernía, ella había dejado de existir en el momento en que mi padre me obligo a alejarme de mis amistades de ese entonces, con la excusa de que no eran los amigos propios de un príncipe ahora que lo pienso, me pregunto por qué sigo siendo amigo de Daniel entonces, tampoco es lo que mi padre considera un «amigo apropiado» □ y eso me ayudó a odiar más sus decisiones.

Sí, no era la primera vez que lo hacía, a veces siento que es mi culpa el sentirme así por haber permitido que Karen se adueñase de mi afecto, por haberme dejado llevar por una amistad que sabía muy bien no iba a resultar.

Era una chica hermosa, inteligente, buena persona; podría jurar que un tiempo estuve enamorado de ella por su forma de ser, por su manera de ver la vida y por su naturaleza compasiva. Creo que era la única que me entendía en ese entonces, incluso antes de Daniel, ella era mi mejor amiga, pero, las circunstancias nos obligaron a tomar caminos separados.

Pero, justo cuando no tenía a nadie, aparte de Daniel, a quien acudir, aparece en frente Karen Petrel. Mi primera reacción fue entrar a la tienda, tratar de saludarla, preguntarle cómo estaba; me detuve porque no podía entrar comiendo, así que me introduje lo que quedaba de mi porción de helado en la boca, lo apreté todo, aguanté el frío, me lo tragué y entré a la tienda luego de entregarle la galleta del cono a Daniel. Estaba dispuesto a reencontrarme con ella, no sé por qué, pero parecía que lo necesitaba; sería bueno un poco de tranquilidad por un momento.

Diego se introdujo el helado en la boca sin pensarlo demasiado, lo saboreó como pudo y entrego lo que quedaba a su amigo, quien no tenía idea del repentino agite de su príncipe amigo por entrar. Él simplemente le siguió la corriente

—Quédate aquí con Alfonso un momento.

—¿Para dónde vas, papá?

No tenía idea, pero obedeció sin queja. Sostuvo al hijo del príncipe por el brazo para que no lo siguiera y se quedó viéndolo mientras entraba a la tienda. ¿Por qué habría entrado a una juguetería sin Alfonso? Se supone que él es el niño.

Diego, cruzó el umbral de la tienda confiado, imponiendo su presencia de príncipe incluso sin intentarlo, lo que hizo que aquellos que estaban en la tienda se fijaran en él, entre ellos, unas cuantas mujeres. Todos conocían de rostro al señor Diego D' la Vega, el príncipe del país en el que vivían, era prácticamente imposible no reconocerlo a penas lo veían.

Comenzaron a murmurar.

—Ese es el príncipe...

A la persona que tenían al lado, sin darle importancia de si las conocían o no. Todos hicieron lo que pudieron para no ser demasiado obvios, a pesar de que Diego ya estaba acostumbrado a ese nivel de «sutileza». No le hizo caso a nada de eso y caminó hasta dónde había visto a Karen.

Ella se había movido de ese lugar, buscaba unos cuantos juguetes para su terapia, le gustaba entrar a las jugueterías para saber qué podría comprar y cómo lo podría usar en su trabajo. Se encontraba sumida en sus propios pensamientos, divagando entre qué juguete era mejor, si este mono servía con este coche, en si estas sillas serían más cómodas que las que ya tenía en la clínica.

Para ella, todo era un simple proceso más de su oficio que disfrutaba sin mucho esfuerzo. Y, gracias a ese mismo enfoque, ignoraba lo que sucedía a su alrededor.

Eso le ayudaba a distraerse un poco de lo que le estuvo molestando las últimas semanas con respecto al príncipe; su hermano tenía razón, él no se acordaba de ella, él no tenía nada que ver con ella y no importaba si se preocupaba o no por él. Su actitud comenzaba a avergonzarle, y la mejor forma de superar esa vergüenza era comprando.

Diego, la busco entre los demás pasillos de aquella enorme tienda de juguetes, esquivando los artículos esparcidos por el suelo, los personajes de tamaño real que servían para promocionar una marca o un juguete en específico. Se sentía en un paraíso para niños y ni siquiera se acordó que su hijo podría disfrutar de ello; Karen se había apoderado de su atención completa: quería

saludarla, hablar con ella.

—Karen... dijo Diego, al encontrarla cerca de la sesión de colchones y juguetes para bebés.

Karen respondió a su nombre moviéndose hacia donde había escuchado la voz que la llamaba. No sabía quién estaría buscándola, pero le pareció normal que alguien la reconociera allí siendo una juguetería, era obvio, trabajaba con niños, ahí se compran cosas para niños: seguro era el padre de un paciente. Pero, en lo que se enfocó en el rostro de Diego, sintió como un golpe de corriente le daba en los brazos obligándola a soltar las cosas que tenía en la mano.

Todo cayó al suelo, esparciéndose por todos lados porque al parecer los juguetes de los niños rebotan, pero, no le dio importancia. Su mirada seguía fija en el rostro de un amigo del pasado, de alguien a quien estuvo viendo y siguiendo cada paso en las últimas semanas porque estaba segura que necesitaba de su ayuda. Su respiración se agitó, sus sentidos se volvieron locos, haciéndola sentir mareada y desorientada.

Diego recogió los juguetes que se habían caído, se los extendió para que los tomará, pero al ver que no tenía ninguna reacción, la cual no era de extrañarse porque probablemente estaba en shock por el encuentro y sabía que no era culpa de ella, puso los juguetes a un lado y se apartó un poco de ella para darle espacio.

—Diego balbuceó, ella □ El príncipe Diego.

Su reacción no era propia de una persona que conocía a Diego de antes, sin embargo, es prácticamente difícil controlarse en una situación como esa. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo me reconoció? ¿Por qué vino hasta mí? ¿Qué demonios está pasando? No sabía a cuál pregunta buscarle la respuesta primero. Todo parecía confuso, extraño... ¡todo era confuso y extraño!

—Karen Petrel dijo Diego, embozando una sonrisa y con un tono de voz amistoso, con el que se saluda a alguien que conocen de años pero que no ven de un tiempo largo para aquí.

—Diego... vaciló □ D' la Vega...

Diego supuso que estaba sorprendida, por lo que intentó ser lo más natural posible, hacer lo que un hombre de su posición haría: abrirle los brazos e ir hasta ella para abrirla.

Karen se sorprendió por el gesto, pero eso no la detuvo de responderle casi sin pensarlo, dejándose abrazar y abrazándole con fuerzas.

—¡Diego! ¡Tiempo sin verte! de entre todas las cosas que podría decir, esa fue la que pudo condensar tras un gran esfuerzo.

—Lo sé...

Ambos sonreían y se reían como si nunca se hubiesen dejado de ver, como si solo hubiese pasado días desde que se apartaron.

—¡Qué sorpresa! ríe con una carcajada de alegría, cómo si no pudiera creérselo □ ¡Karen! No esperaba encontrarte aquí.

—¿Encontrarme aquí? preguntó, impulsivamente □ ¿Esperabas encontrarme en otro lado?

No coordinaba sus palabras con sus pensamientos, lo que hizo suponer que lo que dijo no fue precisamente lo más amable que podría decir, ni siquiera quería decir eso: ¡Qué grata sorpresa!, habría sonado mejor y se ajustaba más al momento. Tragó saliva, preocupada por haber dado una mala impresión; de todos modos, sabía que podría ser peor, por otro lado, no tenía idea de cómo se mantenía de pie.

—¡Jajá!, no, o sea, es sólo un decir dijo Diego, ignorando todo por lo que ella estaba pasando en ese momento.

—Sí, sí se acomodó el cabello, colocándoselo detrás de la oreja como si lo necesitara realmente cuando sólo lo hizo para mantener sus manos ocupadas □ este vaciló □ sí, es cierto embozó una sonrisa como si hubiese dicho algo más estúpido de lo que realmente dijo, resoplo y levantó los hombros □ claro. Sentía que había arruinado el encuentro.

Diego la acompañó en su risa, asimilando naturalmente el ambiente que se había creado entre los dos. Miró sus manos y lo que le había recogido e intentó entregarle, pero ella no cogió. Todo le parecía extraño ¿qué estaría haciendo ella aquí en esta juguetería? Se notaba muy interesada en los juguetes, se veía como que los quería comprar y eso sólo podía significar una sola cosa.

—Y... ¿qué haces por aquí? preguntó, seguro de sus ideas □ ¿estás comprándole el regalo de navidad a tus hijos? Había asumido que ella había continuado con su vida de esa forma.

No estaba seguro de qué preguntarle porque había tantas cosas de las que quería hablar; no era sólo porque me parecía inoportuno que nos consiguiéramos precisamente en ese momento tan extraño de mi vida, sino que, realmente me daba gusto de ver a alguien que fue tan especial para mí en el pasado. Todo lo que podía imaginar se deshizo en ese instante porque sólo quería ponerme al día con ella, discutir nuestras vidas, a pesar de que la mía ya era de dominio público.

Karen miró a su alrededor, recordando en donde se encontraba. Todo parecía dibujarse como si antes de eso, nada más estuviesen ellos dos parados en un vacío infinito.

—¿Qué? comenzó a reírse nerviosamente □ no, no, es para mis pacientes, compro juguetes para mi terapia.

—¿Si eres doctora entonces?

—¿Doctora? dijo, extrañada.

—Sí, ¿no querías ser doctora cuando nos conocimos? Diego trato de explicarse, tal vez había dicho algo mal, no quería sentirse como el que no se acordaba de su pasado.

En ese momento, no sólo recordó que era cierto, que en el pasado quería ser doctora ¿cómo pudo haberse olvidado de eso? Pero, lo que más le gustó fue que se había acordado de algo que le dijo en el pasado. Se sintió realizada, según su hermano, él ni siquiera se acordaría de ella; estaba equivocado.

—¿Te acordaste? preguntó cómo si hubiese sido la cosa más adorable del mundo.

—¡Claro que me acuerdo de qué querías hacer cuando crecieras! exclamó orgulloso □ no dejabas hablar de eso.

Las mejillas de Karen se sonrojaron; embozó una sonrisa cohibida, bajando su cabeza e intentó protegerla con sus hombros. La sonrisa de Karen le pareció algo hermosa y honesta; se sintió a gusto de habérsela encontrado porque su presencia les daba cierto calor a las cosas. Era la misma sensación que experimentaba cuando pasaba el tiempo con ella en el pasado, ahora, con sus problemas atrás y con ella al frente, nada parece importante.

—Y... vaciló, mirando al suelo, tratando de buscar un tema de conversación que no lo hiciera ver como un tonto □ ¿qué has hecho? ¿Cómo estás?

—Bueno Karen no sabía que contarle ni qué le podría interesar al príncipe □ estoy trabajando como terapeuta, no como doctora aclaró □ las cosas cambiaron un poco con el tiempo, y descubrí mi vocación en la terapia ocupacional.

—Vaya dijo Diego, animado.

—Sí, fue una transición extraña para mí repuso Karen, bajando la mirada, mientras jugaba con su pie haciendo círculos en suelo y respirando el olor a juguetes nuevo que impregnaba el lugar. Levantó la mirada y se fijó en él □ Y tú ¿Qué has hecho?

La pregunta le pareció estúpida, sabía que había hecho, a pesar de haberse alejado hace tanto tiempo, sabía más de la vida del príncipe que de su propia vida.

—Bueno, me casé, tuve un hijo.

—Sí, eso escuche trivializó.

—Jajá Diego, consiguió el sarcasmo en sus palabras □ Sí... fue hace tanto tiempo. Ahora soy un hombre casado, el mismo príncipe estúpido que conociste en el pasado, pero con un hijo.

—Tienes más responsabilidades

—Claro, como padre.

—Eso es importante... Karen miró alrededor, estaban en una juguetería y ella sabía que él no salía sin su pequeño □ ¿Y tu hijo?

—¿Alfonso? Diego buscó a su alrededor, habiendo olvidado por un segundo que lo había dejado con su amigo. □ Este...

—¿Perdiste a tu hijo por venirme a buscar? se preocupó.

—No, no... aseveró. □ Solo que no... recordó □ Ah... sí, está allá afuera, con un amigo.

—¿Afuera? ¿Lo dejaste afuera de una juguetería?

—Sí, suena extraño.

Diego sintió un poco de culpa; eso lo había pensado antes, pero, no era el momento para intentar culparse de algo que no tenía caso. Miró alrededor, trató de irse, pero la presencia de Karen lo detuvo...

—Si quieres... puedes venir conmigo. Dijo Diego, un tanto nervioso.

Karen tomó aquella invitación como algo más que un simple ¿quieres venir conmigo?, sentía que guardaba un secreto detrás, que tenía un trasfondo más complejo que una simple pregunta insignificante. Había dos posibles razones: o lo había exagerado o estaba en lo correcto.

—¿Quieres que vaya contigo para dónde? preguntó para asegurarse.

—A que conozcas a mi hijo, creo que deberá estar preguntándose por qué entré todo apurado a la tienda dejó escapar una risa nerviosa, como si hubiese hecho algo estúpido que pudo haber evitado.

—Está bien dijo sin pensarlo mucho.

Diego le hizo una seña con la mano para que lo siguiera, como si fuera necesario para marcar el paso e indicarle que podían caminar. Se sentían extrañamente incómodos y a gusto a la vez.

—Y, entonces...

Diego no sabía cómo comenzar una conversación diferente sin parecer un idiota, así que solamente arrastraba el contexto del tema anterior y le introducía algo nuevo para no dejar morir su charla.

—Eres terapeuta ocupacional añadió □ ¿Y qué haces siendo terapeuta ocupacional?

—Bueno, Karen apresuró su paso para estar a la misma altura que él □ me encargo de rehabilitar y habilitar a las personas que tienen ciertas limitaciones o enfermedades.

—¿Niños?

—Sí, más que todo niños. Podría estar trabajando con adultos, pero me gustan los niños así que...

—Ya veo dijo, sin haber entendido mucho lo que hacía. □ Entonces ayudas a niños enfermos vaciló □ ¿de qué?

—Autismo, con problemas sensoriales, perceptivos, con retraso mental, asperger arrastró la última silaba, dando a entender que era una lista larga.

Caminaban entre los pasillos que llevaban a la puerta en donde, hasta donde sabía Diego, se encontraba su hijo y su mejor amigo. Los dos se miraban a los ojos o al frente, pero siempre trataban tener contacto visual; no se quería

perder de vista.

—Oh, ya veo, ya veo aseveró. □ Qué bueno, y... ¿te va bien?

—Sí, hago lo que me gusta, tengo mi propia consulta en una clínica. Se podría decir que me va bien.

—Vaya, eso es bueno. Es bueno que hayas emprendido en lo que te gusta y, supongo la miró a los ojos □ que eres buena.

—Sí, eso creo.

No sabían de qué más hablar que no fuese obvio. Cada uno tenía una vida aparte de la cual no tenían mucho que decir. Karen, por su lado, estaba intentando no hacer la pregunta que quería hacerle a Diego desde que lo vio, el motivo por el cual se había enviciado con su vida en las últimas semanas y lo que, al parecer, los llevó a encontrarse. Quería saber todo al respecto, no como una fanática desesperada por información, sino para conocer su estado emocional, todo lo que pesaba y cómo estaba enfrentando aquella situación.

—Este... Divagó, insegura en si preguntar o no □ y... ¿cómo te está yendo últimamente?

—¿Cómo me está yendo? Diego pensó saber a qué se refería □ bueno, no muy bien. Supongo que lo sabes.

Karen entendió de inmediato el giro que había tomado la conversación.

—Bueno, sí, me contaron una que otra cosa hace unas semanas.

—Sí... eso supongo Diego dejó de intentar verla a los ojos para sólo enfocarse ahora en el suelo, a unos cuantos metros de él.

Cruzaron unos cuantos pasillos como si se tratase de un laberinto. Diego evitó la mirada y hombros de las personas que estaban en frente suyo casi como si fuese una habilidad mientras que Karen trataba de mantenerle el paso, haciendo lo mismo que él para estar a su nivel. Lo observaba perderse entre las personas y no le quitaba la mirada de encima.

—Este... sí. Si quieres no hablamos de ello reconsideró la delicadeza del asunto.

—No, no te preocupes la miró a los ojos □ quiero hablar de ello. Es importante...

En lo que pude, le conté lo que había sucedido, hablamos de las cosas que

me habían pasado hasta ahora, lo que yo creía que me había llevado hasta ese momento en el que me encontraba entre la espada y la pared con mi matrimonio, la reputación de la corona y la paciencia de mi padre, el Rey.

Karen escuchó atentamente como la amiga que recuerdo haber tenido en ella tanto tiempo antes de eso. Me hizo sentir a gusto, tranquilo; a pesar de que estaba narrándole mi existencia de los últimos meses, lo que me atañía y los problemas que me estaban siguiendo, todo se sentía diferente.

No era esa misma sensación que experimenté hablando con Max; no era una conversación con un camarada, con alguien que sabía que me entendía, ni con Daniel, de quien sabía que encontraría porque es como la voz de la razón.

Con Karen, las cosas eran diferentes, ella no decía nada, no juzgaba, no daba su opinión. Era una especie de apoyo incondicional, algo propio de una compañera de toda la vida. Me miraba impávida, asentía de vez en cuando y de repente, sonreía cuando parecía decir algo gracioso.

Mi resumen fue bastante detallado, creo que caminamos por toda la juguetería sólo para tener más tiempo a solas. Ella, se mantuvo callada todo el camino, escuchándome y eso me hizo sentir seguro. No sé si se debía a que estaba enfrentando el abandono de mi esposa y me refugiaba en la atención de una mujer hermosa, pero, de lo que si estaba seguro es que confiaba en Karen, así tuviese mucho tiempo sin saber de ella, le tenía confianza.

Diego y Karen hallaron la puerta para salir y se encontraron con Daniel y Alfonso. El príncipe, se dispuso a presentar a su antigua mejor amiga con su actual mejor amigo y su hijo; poniéndolos todos al día. La señorita Petrel, intentó irse para no incomodarlos ya que ella misma se sentía incomoda al haber hablado sobre asuntos tan delicados con el futuro monarca de su país, pero los tres insistieron en que los acompañase.

Durante su camino por los bastos pasillos de aquel centro comercial, Diego comenzó a sentir que la respuesta a todos sus problemas se encontraba a su lado. Pero, no sabía a qué se debía. Mientras tanto, luego de caminar por un buen rato, Alfonso le recordó a su padre por qué estaban allí.

—¿Papá? Preguntó Alfonso, repentinamente.

—¿Qué, hijo? los adultos dejaron su conversación casual acerca de la vida del

otro para prestarle toda su atención al pequeñín.

—¿No dijiste que iríamos al cine?

Diego estuvo a punto de responder a su pregunta cuando Daniel le interrumpió.

—¿Para qué vas a ir al cine si tienes un cine en tu casa? ¿Ah? dijo, descaradamente.

Karen sintió que había cometido una ofensa, porque eso no se le podía decir al hijo de un príncipe, mejor dicho ¡al pequeño príncipe!

—Pero mi papi me dijo que me llevaría la cine porque no es lo mismo que estar en casa aburrido se defendió Alfonso.

—Bueno, pues tu padre no sabe lo aburrido que son los cines normales dijo Daniel, agachándose para hablar como si fuese un niño.

Karen observaba la escena en silencio hasta que escuchó al príncipe reírse de la discusión que tenían los dos. Todo parecía sacado de una comedia romántica en donde los cuatros formaban una familia alegre y divertida. Miró a Diego contemplando todo lo que era, lo que representaba, se imaginaba de lo improbable que era que se hubiesen encontrado en tales circunstancias, en el momento en que sus vidas habían tomado el giro repentino que ahora tenían; por lo menos la de él.

Diego, se acomoda para ver a Karen.

—Oye ¿tienes algo importante que hacer más tarde? preguntó Diego.

—¿Algo importante? ¿por qué? Karen miró a Alfonso que continuaba conversando con Daniel.

—Sí, por si estás ocupada y debas irte, tú sabes.

Karen se fijó en Diego, entendiendo la naturaleza de su pregunta.

—Bueno, la verdad es que no tenía más nada planeado para hoy, así que dudó □ no sí, no estoy ocupada ¿por qué? preguntó embozando una sonrisa inocente.

—¿Quieres ir al cine con nosotros? preguntó confiado □ yo invito señaló, creyendo que si no lo hacía se negaría.

—Oh, este... no sé ¿no tienes problema con que vaya?

Diego, se fijó en su amigo y su hijo y levantó la voz.

—Oigan los dos dejaron de discutir para ver al príncipe □ ¿tienen algún problema con que Karen venga con nosotros?

Los dos se miraron mutuamente, como si estuviesen discutiendo al respecto con sus miradas y, cuando llegaron a una conclusión silenciosa, vieron a Karen y a Diego y asintieron con la cabeza, sin ningún problema.

—Sí... ¿por qué no? aseveró Daniel, retomando su postura de hombre adulto.

—¿Ves? dijo Diego, demostrando que no había ningún problema

—Bueno, supongo que está bien.

—Perfecto, entonces al cine.

Los cuatro se fueron al nivel de entretenimiento de aquel centro comercial y compraron las entradas a la película apta para niños que comenzaba lo más pronto posible.

Karen, no podía evitar sentirse fuera de lugar estando con el príncipe de Leonardia y su hijo como si fuesen amigos de toda la vida, como si fuera normal estar con ellos y que ella fuese parte de la familia. Y fue, en ese preciso instante, mientras esperaban para pedir las cosas que comerían en la sala, que recordó la fragilidad de ese encuentro.

El príncipe estaba atravesando un posible divorcio con su esposa y, justo en medio del proceso, lo encuentran teniendo tiempo de calidad con una mujer extraña que nadie había visto, porque ella nunca había sido fotografiada, hasta ese día, estaba segura que no existía en ese mundo y que, ahora, las personas reconocerían su rostro en todos lados.

No sabía cómo decírselo a Diego, o siquiera sacarlo a relucir como un tópico cualquiera. Era imperativo que él supiera que ella no podía ser visto con él en público debido a ello, pero no tenía idea de qué decir.

Sus manos comenzaron a sudar, su corazón palpitó rápidamente. No es como que estuviesen tomados de la mano, o se hubieran besado, o estuviesen abrazándose a cada rato. Es absurdo pensar que el príncipe no pueda tener amigas o algo por el estilo... sin embargo, no había otra forma de verlo.

El estrés de Karen se comenzaba a hacer evidente.

—¿Sucede algo? preguntó Daniel.

Diego estaba atento a lo que su hijo pedía para comer mientras que los dos se

quedaban atrás esperando por ellos. En ese momento, Daniel observó cómo Karen miraba preocupada a su alrededor, buscando algo, inquieta, insegura.

—¿Qué? ¿Sucesos algo? No, para nada dijo a la defensiva.

Daniel se tomó su actitud como si no fuese gran cosa. Se llevó una palomita de maíz a la boca.

—¿Estás segura? Te ves bastante preocupada. Karen hizo lo que pudo para no ser tan obvia luego de que le preguntase.

—Nada que ver, sólo estoy vacilando □ buscando algo lo miró luego de excusarse.

—Bueno, si tú lo dices trivializó Daniel; se volvió a introducir otra palomita de maíz en la boca.

Karen, se quedó viendo a todos lados discretamente para no levantar la atención, hasta que sintió que era ridículo hacerlo. Se fijó en Daniel y volvió la mirada hacia abajo, resignándose.

—Creo que no debería estar aquí.

—¿Ah? dijo Daniel, no estando en el mismo contexto que ella.

No estaba al tanto de lo que hizo Karen luego de que dejó de hablar, para él, la conversación había terminado segundos atrás.

—¿A qué te refieres? agregó Daniel.

—No debería estar aquí, con ustedes aseveró Karen, suponiendo que él había entendido y solo estaba esperando que se lo explicara.

—¿Qué? No te entiendo. ¿Por qué no deberías estar aquí con nosotros? continuó comiendo sus palomitas, indiferente a lo que sucedía.

—Diego está atravesando un divorcio con la mamá de su hijo, no puede ser visto con una mujer en público.

—Ah... articuló Daniel, por fin entendiendo qué le preocupaba a Karen. □ a eso te refieres. La actitud de Karen le pareció adorable, así que dejó escapar una sutil risa.

Karen levantó la mirada, sin entender por qué él se reía de un asunto tan serio.

—No te preocupes, eso no importa Agregó Daniel, con la mirada fija en Diego; el asunto era tan poco importante que no necesitaba de toda su

atención.

—¿No importa? ¿Por qué?

—Porqué si sale con otra mujer eso no es asunto de nadie. Se introdujo otro bocado de palomitas, esta vez, tenía el puño lleno de ellas □ además, si algo sale de aquí, o lo ignorará o sólo dirá que eres una amiga y ya. Para lo que respecta a los demás, ellos no saben ni siquiera qué relación tienes con él, así que no pueden sacar conclusiones apresuradas. seguía viendo a Diego.

—Pero lo harán.

—Claro, siempre lo hacen, pero, yo que tú no me preocuparía de eso. En el peor de los casos, te tocaría una vida llena de la atención de los medios.

—¿Eso no te parece lo suficientemente malo como para preocuparme? Karen no lograba verle el sentido a su lógica. Daniel continuaba comiéndose sus palomitas.

—Bueno, no creo que suceda, por eso le restó importancia.

—¿Y si creen que soy el remplazo de su esposa?

Diego suelta una carcajada y se fijó en Karen, para sonreírle como cuando se le sonríe a un niño que hace una acusación o afirma algo de forma adorable.

—Qué exagerada eres. No creo que Diego esté buscando un remplazo para su esposa.

—Bueno, si piensa divorciarse de ella, deberá casarse con otra mujer para poder mantener la custodia de su hijo.

—¿Eso dicen? Daniel volvió a dejar escapar una carcajada.

—¿Qué? Eso sale en la ley. Karen no entendía el chiste.

Daniel, masticó las últimas palomitas que tenía en la mano. Se fijó en el rostro serio de Karen y cambió de actitud.

—¿Qué? reconsideró el asunto □ ¿En serio? ¿Eso lo dice la ley? Daniel no había leído nunca nada al respecto.

Karen, ante la revelación de que el mejor amigo del príncipe no sabía al respecto, se sintió realizada porque tenía información relevante para dar.

—Sí, la ley dice que, en caso de un divorcio de un heredero al trono, este deberá tomar a otra mujer como esposa en poco tiempo del mismo o perderá

su puesto como príncipe.

—¿Y eso qué tiene que ver con Alfonso? preguntó Daniel, tomándose en serio las palabras de Karen. La miraba fijamente a los ojos, anonadado.

—Que, si deja de estar agraciado por su inmunidad real y diplomática, ella podrá quedarse con la custodia del pequeño. Es decir, lo mismo que pasa con cualquier divorcio, uno de la gente normal.

—¿Qué? vociferó Daniel, impactado y asombrado por la información que manejaba Karen. □ ¿Qué demonios? ¿Cómo puede ser eso siquiera posible? Eso no tiene sentido.

—Lo sé, hay unas leyes estúpidas que no han cambiado. Normalmente son las que conciernen a la realeza.

—No entiendo cuál es la maldita relación con el divorcio y el principado.

—No sé... aseguró Karen □ ya por sí sola es bastante rara e inusual. Es igual que la ley que no permite que le príncipe tome partido en los asuntos concernientes a al gobierno de su nación. Sólo existe y sonríe. Están allí y ya, arruinándole la vida a los herederos al trono.

—Maldición reflexionó Daniel.

La situación había dado un giro extraño, realmente extraño para Diego. Daniel no había considerado la posibilidad de que su mejor amigo se divorciase porque estaba seguro que él todavía estaba intentando hacer las paces con su esposa.

Pero, ¿y si realmente se quiere divorciar? Todo comenzó a tener sentido para él, la absurda preocupación de su amigo por la decisión que podría tomar, la insistencia de su padre en que hiciera algo rápido. Todo, absolutamente todo se condensó en una sola idea.

Daniel, se fijó en su amigo quien estaba recibiendo su pedido y a su hijo saltando por algún motivo extraño y alegre a su lado. De inmediato, luego de que una idea le llegó a la cabeza, se volteó y confrontó a Karen.

—¿Y Diego lo sabe?

—Supongo, no creo que no lo sepa. Explicó Karen.

—Maldición dijo Daniel, con melancolía. □ Que fuerte es todo este asunto.

—Sí, he estado varias semanas preocupada por Diego.

Daniel, encontró algo extraño en sus palabras. Sabía que tenían tiempo conociéndose, que eran amigos de la infancia, pero también sabía que no se hablaban en años. ¿Qué iba a estar haciendo ella preocupándose por él?

—¿Preocupada? preguntó, con sospecha.

—Sí vaciló □ preocupada. Cuando me enteré de que le habían sido infiel, supuse que algo así iba a suceder, se fijó en Diego, quien venía hacía ellos □ y que se encontraría en medio de un asunto delicado y cómo no lo había visto en persona en años, no sabía cómo lo estaba tomando así que me preocupe. dijo, como si fuese muy normal.

Daniel no sabía qué pensar al respecto, ya de por sí todo le parecía raro. Con las palabras de Karen, su extraña preocupación y la noticia que había recibido, lo raro se abrió paso a su vida, así que todo era posible.

—Eso es raro, incluso para una fanática de Diego.

—¿Fanática? Yo no soy una fanática dijo, ofendida y a la defensiva. □ Yo no me preocupé porque estuviese obsesionada con él recordó las palabras de su hermano y lo que le dijo cuándo la encontró llorando, lo que le hizo dudar de sus propias palabras □ yo titubeé □ yo me preocupé por él porque era mi mejor amigo cuando joven y eso me hizo sentir mal por él.

Daniel no tenía motivos para dudar de sus palabras, le importaba poco, pero, le parecía adorable verla negar que no estaba obsesionada por él cuando, tomando en cuenta la actitud que tuvo, decía todo lo contrario.

—Entonces, si estás enamorada de él ¿no estás obsesionada? dijo Daniel, confundiéndola.

—Sí, no estoy obsesionada con él. No sé por qué lo dudas siquiera hizo una pausa.

Karen se percató de lo que hizo Daniel al invertir el sentido de las palabras.

—¡Ey! Tampoco estoy lo dudó □ enamorada.

Daniel sólo soltó otra carcajada que se vio interrumpida por la presencia de Diego.

—¿Qué es tan gracioso? preguntó, sonriendo para entrar en calor.

Daniel, dejó de reírse para tomarse en serio lo que estaba a punto de decir.

—¿Tú sabías al respecto? preguntó, cómo si Diego hubiese estado al tanto de

la conversación que él tenía con Karen.

—¿Qué? el cambio de tono de Daniel tan repentino, le hizo dudar de la seriedad del asunto.

Miró a Karen, quien estaba roja; ignorando que se había sonrojado por haber dado a entender que estaba enamorada de Diego y al no recibir ninguna señal de ella, volvió a ver a su amigo, quien parecía juzgarlo al adoptar un lenguaje corporal muy imponente.

—¿Decirte qué ¿de qué estás hablando? agregó Diego.

—No te hagas el tonto insistió; Diego, confundido, miró de nuevo a Karen □
¿Por qué no me dijiste que había una ley estúpida que dice que dejarás de ser príncipe si te divorcias de Vanessa?

—Ah... de inmediato lo entendió todo □ ¿Cómo... Daniel, intuyó qué iba a preguntar así que señaló a Karen con un movimiento de cabeza para darle a entender que fue ella quien le contó al respecto.

Karen estaba apenada, tanto por lo que había dicho por la información delicada que había revelado sin el consentimiento de Diego. Él no recordaba que ella sabía al respecto, lo que hizo que sintiera que lo había traicionado. El día, hasta ese momento, estaba yendo de maravilla, ahora, sentía que las cosas se habían echado a perder sin siquiera llegar a la mitad de un buen fin de semana.

—Oh... ya veo añadió Diego, sin más qué decir.

Miró a Karen, y asintió con la cabeza aprobando que estaba al tanto de por qué ella sabía al respecto, lo que explicó todo lo sucedido. Ella, por su parte, bajo los efectos de la vergüenza y los nervios, supuso que estaba pidiéndole una explicación.

—No los enseñaron en «Cátedra de la Realeza» que nos hacían ver en el colegio porque tú estabas allí.

—Sí, sí, yo sé. Lo recuerdo le sonrió, supuso que así se calmaría, la notaba muy nerviosa.

Daniel se sentía fuera de lugar cuando no hablaban con él y lo apartaban del tema.

—Vamos, Diego. Dime por qué no me dijiste. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Exigió Daniel, luego de ver la forma en que Diego desvió el tema. □ Esto es un tema muy delicado.

Karen reprimió la necesidad de hablar mientras ellos dos discutían sus asuntos.

—Sí, sí, lo sé titubeó □ pero es que...

—¿Pero es qué? preguntó de manera retórica, sin entender por qué decía eso a estas preguntas □ No más excusas, Diego. ¿Qué sucederá con Alfonso?

En ese momento, pareció que todos recordaron que Alfonso estaba a unos cuantos pasos de ellos y que podía escuchar toda la conversación. Por fortuna, no había escuchado las partes delicadas de la historia.

—Ahora no hablemos de eso dijo Diego, reflejando la autoridad de su voz y señalando sutilmente con su cabeza.

Daniel intentó decir algo, dejar en claro que las cosas no podían quedarse así, que necesitaba actuar, que debía tomar una decisión cuanto antes, pero, no podía decirle nada, no podía simplemente hacerlo ahí en frente de su infante, así que sencillamente lo dejó pasar. Respiró profundo para controlar sus sentimientos encontrados y luego de más o menos, asintió con la cabeza.

Mi intención no era contárselo a Daniel de esa forma, él me había ayudado mucho, pero necesitaba que fuese imparcial en el asunto. Si le contaba lo que eso implicaba, entonces habría dicho de una vez que buscara una esposa nueva y me divorciara; él siempre ha querido lo mejor para mí, así que, el que me dijera eso, era lo más lógico que se le habría ocurrido. Sin embargo, se enteró de todos modos.

De alguna forma, estoy agradecido que haya sido ahí, ese día, en ese lugar y con las personas que estaban presente. Eso me facilitó mucho las cosas después, lo que me permitió pensar con claridad y considerar mis opciones.

Una vez en la sala, aprovechando que no tenía a Karen ni a Alfonso cerca, le expliqué mis motivos, lo importante que era ese asunto para mí y la gravedad de mi decisión.

—De nuevo te pregunto. ¿Qué demonios tienes pensado hacer?

—Hasta ahora, no sé. Diego se inclina hacia al frente para poder ver a Karen y a Alfonso, saber si estaban escuchando.

Karen estaba al otro extremo de la fila, justo al lado de Alfonso, conversando y comiendo palomitas. Daniel estaba a su izquierda, así que podría hablarle en un tono de voz que sólo él escucharía.

—Si pienso divorciarme, añadió, al confirmar que no los escuchaban □ deberé casarme con otra mujer y no sé si consiga a alguien que no vaya a cometer la misma estupidez que Vanessa, cosa que dudo, pero sigue siendo probable hizo una pausa □ es decir, no lo creía de Vane y mira cómo resultó todo. Si pienso quedarme con ella, será un detrimento. Todo está jodido.

—Sí... vaciló por primera vez □ parece algo serio. Pero, sigo sin entender por qué me lo dijiste antes; si tu problema era que no me dejara llevar por mis preferencias personales, me lo decías y ya. Cogió un puño de su caja de palomitas de maíz y comenzó a comerlas.

Daniel se enfocó en la pantalla apagada de cine; aun no comenzaba la película.

—Ya te dije, Dan, es que no quería tampoco pensar mucho en eso. Quería intentar resolver las cosas con Vanessa, tú sabes. Pero, mira, incluso hoy me dejó plantado.

—Pero, ¿qué esperas para decidir? dijo, masticando las palomitas.

—Que todavía no sé si vaya a divorciarme.

Daniel, movió su cabeza y se enfocó en Diego de nuevo.

—¿Todavía tienes dudas? ¿Incluso con Vanessa embarazada de no sé quién? ¿Qué demonios esperas, Diego? ¿Qué te llegue la respuesta como un rayo?

—Algo así...

—No vengas... Daniel no podía creer que su amigo fuese tan indeciso.

—No, no es eso... sonrió, tratando de amainar la tensión en el ambiente.

Diego, se inclinó de nuevo para ver a Karen y a su hijo. Los dos se encontraban conversando, jugando con las palomitas como si fuesen amigos de toda la vida. No le pareció raro porque parecía un tipo de cualidad de una persona que trabajaba con niños. Le pareció que era buena en lo que hacía. Sonrió a gusto por la escena y se volvió a sentar bien.

—Es que quiero que Alfonso tenga a alguien que lo quiera suspiró □ Esto no es por mi título, eso no me importa, pero si lo pierdo, podré perder la custodia y tener que soportar a Vanessa toda mi vida como mi ex mujer y sin poder ver

a mi hijo, en su defecto, si no me divorcio, tendría que soportarla como mi mujer actual, cosa que ya de por sí es una tortura y sin mencionar los sermones de papá.

—Te entiendo. Daniel volvió a llevarse las palomitas a la boca. Se quedó quieto, mirando al frente.

—Por eso no lo he decidido todavía. Tomó un poco de su gaseosa □ Pero, sin importar lo que decida, será complicado para Alfonso y para mí.

Los dos hicieron silencio por unos segundos, en ese momento, sólo se escuchaba la voz de Alfonso y la de Karen. Los anuncios antes de la película comenzaron.

—¿Y los rumores de tu divorcio? preguntó Daniel, masticando sus palomitas.

—¿Eso? Es sólo un rumor con mucho sentido. O sea, ¿qué harías tú si te engañan con medio mundo?

—Uhm Daniel articuló aquel sonido, con la boca llena, en aprobación a su punto.

—Exacto.

—¿Entonces?

—No sé, sólo debo conseguir a una mujer que sepa tratar a mi hijo como suyo, o perderé mi título y con él a Alfonso. O tendré que soportar a Vanessa por el resto de mi vida.

—Maldición.

—Sí, divorcio o hacer lo imperdonable: perdonar a Vanessa.

De nuevo, un silencio entre los dos; que mantuvo la tensión que Diego tanto quería evitar. Deseaba que las cosas fuesen más sencillas, que las respuestas simplemente aparecieran ante él cómo una señal divina o una simple bofetada que aclarase sus ideas.

Mientras que escuchaba a su mejor amigo masticar sus palomitas, a las demás personas hablar mientras en la pantalla del cine se mostraban los cortes de otras películas y anuncios promocionales de marcas, el príncipe quería que le diesen la solución de inmediato.

En ese momento, escuchó reír a Alfonso. Por un momento, pensó que no lo había escuchado reír así antes, un poco absurdo porque es un niño feliz que

siempre se estaba divirtiendo, pero, lo que realmente le pareció extraño, fue con quién lo estaba haciendo, así que, se inclinó de nuevo al frente y lo vio todo.

En ese momento, cómo una epifanía, lo vi. No era propio de mi pensar en ese tipo de cosas, pero «situaciones desesperadas, requieren medidas desesperadas», claro, eso ahora es sólo una excusa, porque lo que vi fue otra cosa.

Vi a mi hijo divertirse con una completa extraña para él, cómo si la conociera de toda la vida, me deleité al notar que aquella mujer de mi pasado, una gran amiga, una gran persona que conocí siendo joven y que ahora era una mujer completamente maravillosa, mucho más que antes, estaba entreteniéndolo a mi hijo de tal forma que parecía natural en ella, sabía que se debía a su profesión, pero, había algo en su forma de ser, en la manera en que sonreía, en su mirada, en sus gestos, que me obligaron a verla con otros ojos.

La conocía desde pequeño y estoy seguro que todas aquellas coincidencias de aquel día, prácticamente sucedieron para que yo tomase esa decisión. No sabía si ella aceptaría, o si mi padre estaría de acuerdo, pero, yo quería intentarlo, intentarlo con Karen Petrel, mi amiga de la infancia, mi amor de juventud.

Esa mujer tenía algo que no iba a poder encontrar en ninguna otra persona, en ninguna otra pretendiente; ni siquiera porque fuese posible, o que existiese otra igual. Sólo Karen, por el simple hecho de existir, era la indicada. Sus mejillas y labios rosados, su sonrisa perfecta y sus ojos de mirada penetrante, dibujaron en mí un mapa a la solución más perfecta; debía hacer a esa mujer mi esposa.

Nunca esperé que las cosas sucedieran de esa forma. No lo pensé ni siquiera cuando me encontré con Karen Petrel en la juguetería aquel martes cualquiera y, para ser honesto, ni siquiera entendía qué fue lo que me llevó a pensar al respecto mientras la veía jugar con mi hijo. Pero a pesar de lo confuso que parecía, me decidí a tomar en cuenta esa alocada opción.

La decisión fue tan extraña para mí como lo fue para Karen. Cuando se lo mencioné, con la intención de solucionar cuanto antes mi problema, le pareció una idea racional pero que le costó tomar en cuenta.

No sabía qué estaba pasando por su mente ni qué fue lo que la llevó a aceptar; fuera cual fuese la razón, no tuvo el tipo de reacción que esperaba de una persona a la que se le ofrece ser parte de la Realeza. Se notaba intranquila, agradecida por mi propuesta y sin embargo se veía que algo no le parecía de ello. Tal vez era nuestro pasado, lo rápido en que todo sucedió o, puede ser, que todo lo que ser mi esposa implicaba.

No se lo dije inmediatamente, es obvio, no soy un hombre que se toma este tipo de cosas a la ligera. Me dediqué a pensarlo cuidadosamente porque me parecía una idea descabellada. Yo era un hombre con una necesidad y ella parecía ser la candidata perfecta para sustituir a Vanessa luego de la estupidez que cometió estando casada conmigo.

Mientras más lo pensaba más racional me parecía; era la solución perfecta. Ella sólo tenía que llevar mi anillo, ser mi esposa, convertirse en una buena madre para Alfonso... lo que significaba una gran ventaja para mí y me garantizaba que podría mantener la custodia de mi hijo, a cambio, ella obtenía todos los privilegios que mi nombre llevaba con él: mi mansión, mi chófer, mi dinero, mis títulos, y, como una promesa que le hice: su propia cama.

Era un negocio redondo. Sólo tenía que besarme en la boda. Nada más. Podía hacer lo que quisiese, pero, sus condiciones habían sido selladas y entregadas: no se iba a casar conmigo en público antes de que todo lo que estaba sucediendo en aquel entonces se calmase.

Karen aceptó casarse conmigo en secreto en una ceremonia que sólo presenciasen personas cercanas a nosotros y que garantizara que yo

cumplía con la ley que me imponía mi título. Yo accedí a ello, mi padre, un poco descontento por los orígenes de Karen, por su petición y por las medidas que había tomado; también, lo que la convirtió a ella en la Princesa de Leonardia.

Todo parecía ir en orden; hasta que me di cuenta de la realidad entre los dos; las semanas y los meses pasaron y yo me mantenía al margen con ella. Se mudó con nosotros, cuidó de mi hijo y, cuando salíamos, parecíamos amigos, pero, compartíamos prácticamente todo el tiempo juntos lo que me llevó a verla de otra forma. Ya no era mi mejor amiga porque se había vuelto mi pareja ideal.

Cuando la miraba, veía en ella algo que nunca vi en Vanessa, algo que nunca esperé encontrar en mi pasada esposa. Tenía empatía, tenía un corazón amplio dispuesto a dejar entrar a mi pequeño hijo Alfonso, a darme una oportunidad. Pasó a ser mi esposa ideal.

Y yo, ya no era el cretino sin cabeza que solía ser, no ese que pensaba sólo en sí mismo cuando nos conocimos; el tiempo me había cambiado y ella lo había notado. En ese entonces era un hombre millonario en todos los sentidos de la palabra, tenía éxito, un gran futuro y, más que todo, era un feliz padre.

Creía que Karen tenía todo lo que podía desear, pero, entre tanto tiempo juntos ¿qué pasaba si yo terminaba deseándola a ella?

Karen Petrel se había despertado aquella mañana como la legítima Princesa de Leonardia, al igual que lo había estado haciendo los últimos meses desde que decidió casarse con el príncipe a causa de su propuesta de matrimonio, la mejor opción que tenía para garantizar la felicidad absoluta y poder quedarse con su pequeño hijo.

No sabía cómo lidiar con tanta información, ni siquiera a meses de haber aceptado. Había asimilado tantas cosas juntas que no conseguía un poco de sentido en ninguna de ellas a pesar de que claramente lo tenían. Todo le parecía irreal: las sabanas de algodón que la arropaban, la total calma de aquella inmensa mansión en la que se hospedaba Diego y su hijo.

Las atenciones, los lujos, lo que llevaba el título con ella. Karen no sólo estaba segura que todo parecía sacado de un perfecto cuento de hadas, sino que, las cosas que la rodeaban la trasladaban a un lugar de ensueño que no podía creerse todavía.

Se bajó de su cama como todos los días después de su matrimonio secreto con el príncipe, y comenzó su rutina diaria. No tenía que trabajar, ahora no necesitaba siquiera levantar un dedo, pero, no podía apartarse de su forma de ser, de su naturaleza, por lo que, a su manera, le había pedido eso a Diego.

—Quiero poder trabajar pidió Karen.

Los dos se encontraban en la sala de aquella inmensa mansión, frente a un televisor, con Alfonso dormido en sus piernas y unas copas de vino en la mano, repasando el pasado que habían compartido y los términos de su actual relación. Tenían varias semanas de casados, compartiendo el mismo techo y, a medias, la misma vida.

—¿Trabajar? ¿Por qué? No necesitas trabajar más.

Karen negó con la cabeza, segura de su decisión.

—Me gusta lo que hacía, además, aquí sólo tengo que pedir las cosas y se hacen. No estoy acostumbrada a eso, quiero seguir trabajando.

—Pero para eso tendrías que salir de aquí resguardada dijo Diego □ no quisiera que te sucediera algo.

—Pero si nadie sabe que estamos casados, ¿por qué necesitaría yo protección? preguntó Karen, sin ver la relación con su petición.

—Uno nunca sabe, Karen Diego subió su pierna en el sofá, acomodando a su hijo para que no se moviera y quedar de frente a ella □ cualquier persona podría saberlo ya.

—Nos encargamos de que eso no sucediera se llevó su copa a la boca y sorbió un poco del vino.

Diego, sintió que no tenía caso. No recordaba lo necia que era cuando tomaba una decisión, aunque debió darse cuenta de ello en el momento en el que le presentó sus otras condiciones para casarse. A pesar de que le parecía un poco inusual y que no tenía motivos relevantes para hacerlo, sentía que sólo podía resignarse y rendirse ante sus demandas.

Respiró profundo.

—Está bien, no sé ni siquiera por qué me lo dices, no necesitas mi permiso para nada.

Karen se giró para verlo y le embozó una sonrisa.

—No te estoy pidiendo permiso, sólo te estoy avisando dijo con un tono de voz muy amigable.

Diego hizo un sonido nasal acompañado de un:

—Uhm.

—¿Qué? Sólo te estoy diciendo. Karen sonrió de nuevo, cómo si se tratase de algo tan obvio que era gracioso.

—No, pues, sólo digo. Pero, cuéntame: ¿Por qué quieres trabajar? preguntó, reformulando su punto en su mente.

—Porque no me gusta estar así, sin hacer nada. Quiero poder hacer lo que me gusta, por lo menos por un tiempo, mientras me adapto y podamos hacer esto público.

—Ya veo.

—Sí, quiero poder hacer algo con mi vida ¿sabes? Yo estudié para ser lo que me gusta, ahora que tengo la opción de no serlo, no quiero tomarla. Quiero poder disfrutar esta extraña y nueva aventura tomó de nuevo un sorbo de su vino □ y hacer lo que me gusta al mismo tiempo. ¿Es mucho pedir? se fijó en

el espacio vació entre ella y el televisor; no veía lo que en él se mostraba. Solo, tenía la mirada perdida.

—No, te entiendo. Supongo que lo que quieres hacer tiene sentido. Sólo necesitabas decírmelo de esa forma. Vaciló. Miró al frente, a un televisor enorme pero en mute. □ Yo no quiero levantarte barreras; me hiciste un gran favor al decidir casarte conmigo y lo menos que podría hacer por ti es darte la libertad que te mereces. Agregó, luego de suspirar y sorber el vino de su copa.

Karen se desconcentró de su contemplación al vació y giró su cabeza para fijarse en Diego. Diego, estaba siendo lo más amable que podía ser, algo que no siempre hacía en el pasado; ella sabía que era un hombre bueno, con buenas intenciones, pero, ahora, se notaba más maduro, más sabio.

Le gustaba esa nueva faceta en él, una que no demostraba inseguridad ni miedo; además de la ventaja a añadida de que se trataba del príncipe de Leonardia, del joven chico del que una vez se enamoró y con el que ahora tenía la oportunidad de compartir una vida.

Y, mientras se acicalaba para ir a su trabajo de la forma en que lo hizo durante todas las mañanas luego de esa conversación, no podía dejar de pensar en el rostro sereno y cuadrado de Diego cada vez que cerraba los ojos.

Salió del baño, con una toalla envolviendo su cuerpo, sintiéndose en un lugar surrealista, en otro mundo, en otra época: las paredes altas, las decoraciones delicadas de la pared y los detalles en cada detalle de los detalles de aquel cuarto, parecían hecho por un centenar de pequeños escultores que no sólo se encargaban de cuidar todos los aspectos de aquel inmenso cuarto, sino que, lo hacían a la perfección.

Karen, no podía evitar perderse en la belleza de las cosas a su alrededor, en la tranquilidad y las maravillas que un mundo completamente diferente al suyo podría ofrecerle.

Cuando ya estuvo lista, bajó hasta la cocina para recibir su desayuno con su nueva familia.

—¿Ya estás lista para trabajar? preguntó Diego, dejando el bocado que estuvo a punto de llevar a su boca.

—¡Karen! Alfonso se bajó cómo pudo de su asiento y corrió hasta Karen para saludarla cómo si tuviese tiempo si verla. No le llegaba sino un poco más arriba de las rodillas.

—Jajá articuló Karen, encantada con la bienvenida de su hijastro □ buenos días Alfonso. ¿Cómo amaneciste?

—Bien... dijo, alejándose de ella e intentando subirse de nuevo a la silla.

—¿Estás comiendo ya?

—Sí... respondió, sentándose en la silla luego de luchar para subirse.

—Vaya, que bueno. dijo, acercándose a el pequeño.

Karen, giró su rostro y se fijó en la mirada de Diego, a lo que respondió con una sonrisa nerviosa y cohibida que le hizo sonrojarse. No sabía a qué se debía, ya era hora para que dejara de sentirse cómo una adolescente a su lado.

—Buenos días, Diego. dijo, acomodándose el cabello luego de sentarse al lado suyo, entre él y su hijastro.

—Buenos días, señorita Karen. ¿Cómo durmió? Diego, volvió a coger su tenedor y retomar su desayuno.

—De maravilla.

—¿Ya te estás acostumbrando a tu nueva cama?

—Sí, tardé un poco. dijo, viendo el plato que del que le hacían entrega como si hubieran sabido en cuanto tiempo tardaba en bajar para servírselo recién hecho.

Aclaró su garganta y tomó el tenedor. No levantó la mirada.

—Ya veo. Y ¿qué tienes planeado para hoy?

—Bueno, voy al trabajo, cumplo mi horario y, no sé, tal vez vaya a alguna tienda a dar unas vueltas, tratar de hacer lo que haría una persona normal.

—Yo soy una persona normal interrumpió Alfonso, sin estar al tanto de nada de lo que estaban hablando.

—¿En serio? Preguntó Diego entre risas □ Entonces, ¿qué vas a hacer hoy, persona normal?

—No sé. respondió, prestándole más atención a su comida que a su padre.

Diego soltó una carcajada.

—Entonces, saldrás a dar unas vueltas repitió Diego □ ¿Quieres que te acompañe?

Los dos conversaban sin verse a los ojos. Sentían que, si lo hacían, podrían dejar en evidencia lo que estaban comenzando a sentir por el otro. Se sentían a gusto en esa reunión familiar, les parecía tan real como todo lo que les rodeaba, pero, el elefante en la habitación no quería irse.

Habían pasado meses desde que se casaron, la noticia de Vanessa parecía no estar cerca de acabarse porque los rumores de que ya se había divorciado del príncipe estaban corriendo por todos lados. Para sorpresa de ellos, las personas no tenían conocimiento de la ley que los obligaba a casarse o él habría perdido el título de no hacerlo, por lo que nadie esperaba que estuviese casado ya. Pero, para Diego y para Karen, eso era diferente.

Ellos lo sabían y era algo con lo que no querían seguir, su idea de una familia feliz no era estar viviendo todas sus vidas en secreto ni por separado, y eso era lo que pensaban, con lo que se dormían día tras día en esos últimos meses que estuvieron casados a pesar de no expresárselo al otro. Karen comenzó a comer su desayuno, tratando de ignorar el hecho de que ahora era la princesa de Leonardia.

Yo no quería decirle las cosas que sentía a Karen porque todo parecía tan apresurado, incluso con más de seis meses de casados. No sabía cómo acercarme a ella sin sentir que invadía su privacidad, o contarle lo que pensaba, lo mucho que me gustaba que estuviese con nosotros sin que pareciera acoso o algo más. Poco a poco comenzaba a desear estar con ella como deberían estarlo una pareja de casados. Compartir la misma cama, tomarla de la mano y contarle al mundo que vivíamos juntos.

Pero, estaba nervioso por contárselo, por hacérselo saber y por preguntarle si ella se encontraba en las mismas posiciones que yo. Para mí todos esos sentimientos frustrantes, sólo me preocupaban a mí.

Karen salió del lugar abordando su nuevo coche, uno completamente preparado para una persona que estaba casada con un príncipe, y se dirigió a su trabajo, seguida de un hombre vestido de negro que la acompañaría para protegerla.

De camino a la clínica, se preguntaba si había algún motivo para continuar con aquella fachada, de que no se conocían, o de que ni siquiera estaban casados. Habían pasado meses desde la ceremonia secreta que habían tenido y poco a poco la noticia de lo que había hecho su antigua esposa comenzaba a ser menos relevante.

Girando el volante, manteniendo el coche en línea y viendo a los lados para evitar accidentes, Karen se preguntaba si todo estaba bien, si podría dar el siguiente paso, hacerlo real, hacerlo justo. Estaba segura que no podría simplemente echarse para atrás e ir a un punto en su vida en la que no estuviese junto a Diego porque eso significaba que todo lo que habían estado haciendo hasta ahora era una mentira.

De algo sí estaba segura, de que todo era real, de que su casamiento no era simplemente un favor que se le hacía a un viejo amigo y que los dos esperaban que funcionara, que fuese un matrimonio normal entre dos personas.

Pero, sin importar qué, todos esos lujos, esa vida diferente y lo que traía con ella, le obligaban a reproducir todos los eventos que la llevaron hasta ese punto en su vida; necesitaba aceptarlo, asimilarlo de tal forma de que, ahora como su esposa, lo sintiese de forma natural.

Semanas después de haberse encontrado con su amigo de la infancia, tras dejar todo en secreto por temor a que las cosas se salieran de control y las personas supieran de algo que no quería, su teléfono sonó. Diego, de alguna forma, encontró su dirección y le llamó.

—¿Aló? ¿Karen? ¿Eres tú, Karen?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Karen, soy Diego. dijo, hablaba con apremio □ . Necesito verte, Karen, debo hacerte una pregunta importante.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué sucede? Karen se sentía cada vez más perdida.

—Es algo que necesito decirte en persona, Karen. Y no creo que lo puedas asimilar si te lo digo por teléfono.

Cuando por fin se encontraron, Diego hizo su pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo? Dijo Diego, luego de saludarla, sin filtro ni preámbulos.

—¿Qué? dijo Karen sorprendida y llena de confusión □ ¿Casarme?

Todo había dado un giro extraño, muy complicado para ella. A pesar de saber por qué él lo hacía, la naturaleza de su petición no la dejó pensar. No estaba arrodillado, no tenían una relación estable ni amorosa como para que eso sucediera, ni siquiera estaba segura si todavía sentía algo por él. Aquello fue

tan repentino.

—Sí, Karen. Casarte conmigo.

—Pero vaciló □ ¿Cómo que casarme? Tú ya estás casado, Diego. No puedo simplemente casarme contigo así cómo así. Eso significaría que tú... comenzó a pensar claramente. □ ¿Te divorciaste?

—Sí, me divorcié hace unos días de Vanessa. Y, a causa de la decisión que tomé, debo actuar rápido. O me caso o...

—Sí, sí... yo sé aseveró Karen. □ Perderás la corona, la custodia de Alfonso, tu capacidad para hablar, todo... vaciló □ pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿Por qué yo?

Karen se hizo esa pregunta en ese entonces y la repitió mientras manejaba su nuevo coche por las calles que la llevarían hasta su trabajo. Diego, se las había arreglado para calarse en su pensamiento tan rápido que no podía deshacerse de los efectos secundarios de un vicio que llevaba su nombre y apellido.

—Sólo puedo pensar en ti, Karen, no conozco a más nadie y no confié en otra persona. Si quieres, puede ser simplemente sobre el papel, no tienes que casarte conmigo, o enamorarte o cualquier otra cosa. Solo, te pido que te cases conmigo.

Karen no lograba entender sus motivos a pesar de comprender sus razones.

—Diego, esto es muy raro. No puedo simplemente casarme con alguien que a penas y vuelvo a encontrarme. ¿Qué quieres lograr con eso? Cualquier otra mujer puede estar encantada de casarte contigo.

—Pero, ninguna otra es cómo tú.

Diego, comenzó a explicarle, detalle por detalle su plan, su razonamiento, lo que lo llevó a esa conclusión y lo mucho que eso los beneficiaría a ambos. Karen podría tener todo lo que su nombre le daba y ella sólo tenía que decir que sí. Y, aun, con el pie en el pedal, una mano en el volante y la otra haciendo los cambios del coche, seguía reproduciendo aquella escena en su cabeza.

—¿Tiene que ser ya?

—Sí quieres, podemos esperar, puedes simplemente casarte conmigo y seguir con tu vida. No sé. Sólo no seas como Vanessa. vaciló □ Solo no debes ser

cómo Vanessa y ya repitió nervioso.

—Este... Karen, no quería negarse.

Diego, intentaba mantenerse erguido y firme ante su decisión, tratando de convencerla mostrando una postura segura, comprometida cuando en realidad los nervios se apoderaban de todos sus sentidos. Karen le miraba, convencida con la idea de que podría llegar a ser su esposa, no había aceptado, aun no, pero y ya estaba imaginándose una vida en la que tendría que estar junto a él sin siquiera estarlo.

Para ella, la posibilidad de casarse con el príncipe nunca fue plausible ni lógica. Pero, al verlo hablarle de aquella forma, tocó en ella lo mismo que la obligó a seguir sus pasos desde que supo acerca del escándalo que tuvo.

—Podría ser... Agregó Karen □ podría ser repitió con más seguridad.

Karen se había dispuesto a abandonar todo posible deseo de estar realmente con Diego porque su trato era casarse para que no perdiese la corona ni la custodia de su hijo. Comenzaba a dudar si realmente se lo había pedido a ella por la confianza que le había dicho que le tenía, o porque fuese una buena persona. Estaba segura de quien era, para ella, pero no lo que significaba para él.

Se veía en el espejo como la sustituta de la mujer de Diego, sólo eso. Nada más. Le perseguía el fantasma de un deseo que no la dejaba dormir, que no la dejaba concentrarse en su trabajo ni en el resto de las cosas que necesitaba para hacer de su vida cotidiana precisamente eso: cotidiana. No sabía qué pensaba él, qué podría estar queriendo para los dos o si se sentía atrapado por no poder decirle lo que el estar juntos a medias le causaba. Dudaba si era algo personal o mutuo.

¿Ya sería momento de darse a conocer al mundo? ¿De hacer público su casamiento? Era incierto. Quería estar segura, quería saber que lo que tenían era algo serio, real, claro, si es que tenían algo. No sabía si lo que sentía; esa ávida necesidad de estar con él, de poder dormir en la misma cama, realmente era producto de la atracción que sintió en el pasado. Estaba confundida, desesperada por saberlo e intranquila.

Poco a poco, la realidad se hacía cada vez más delgada y difícil de controlar. No era sólo que estábamos viéndonos todos los días, sino que compartíamos cada segundo que podíamos. Según lo que decía Karen,

Alfonso necesitaba un ambiente positivo ahora que su madre no formaba parte de su vida; yo esperaba que eso fuera solo una excusa.

Todos los días, me despertaba y la esperaba emocionado en la cocina a que desayunara con nosotros.

A pesar de no poder verla al abrir los ojos, el tener una reunión familiar en la mañana era, de por sí suficiente para hacerme la semana, además que había conseguido todo lo que había querido con Vanessa. Alfonso, se sentía a gusto con ella. Era una madre atenta; una madre... me costaba aceptar que ahora estábamos casados, que se suponía que todo eso que sentía surreal era la realidad.

El verla, el olerla, el apreciarla cada mañana y cada tarde cuando regresaba del trabajo, era, en conjunto, un deleite y una tortura que no podía dejar de saborear. El amargo sabor de su ausencia desaparecía con el dulce néctar de su llegada cada tarde a las cuatro de la tarde. Sé que no es relevante, pero, el escuchar sus pasos al cruzar el umbral de nuestra casa, me hacía el resto de la vida.

Me fui adaptando a su presencia, a su forma de hablar, a su manera de hacer las cosas. Desde el momento en que la conocí, o cuando nos encontramos aquel martes cualquiera, no me imaginaba que iba a poder tener algo tan especial con ella.

Pero, ¿Cuándo iba a poder estar a su lado como un esposo de verdad? ¿Cuándo podría decirle «te amo»? ¿Cuándo podría verla con otros ojos que no fuese el de un completo extraño? Quería compartir cosas con ella que no se podía compartir con cualquiera.

Al principio, no esperaba que apareciese la necesidad de dormir a su lado, de despertarme abrazado a ella, de bañarnos al mismo tiempo. La verdad, yo esperaba mantenerme al margen, dejar que las cosas fluyeran del modo que quisieran y disfrutar el camino. Lo que pudiéramos lograr, lo lograríamos, pero, no pude resistirme.

No pude resistirme a su perfume, a su caminar, al dulce sonido de sus palabras, al simple hecho de sentirme visto por sus ojos, y, por la forma en que las cosas sucedieron, ella tampoco. ¿Qué si no teníamos control ante el otro? ¿Control?

No... no podíamos tener control de nada de lo que sucedía en esa casa, no

viéndonos todos los días, preocupándonos por la seguridad de alguno de los dos, compartiendo nuestro tiempo libre. Siendo honesto, yo no lo conseguí porque seguía regalándole la función y atención completa de cada uno de mis sentidos. Su mirada, su piel, sus maneras, ¡incluso sus perfectos labios! Con ello no existía control alguno.

Y, no fue sino hasta siete meses después de casados, que realmente supimos cómo amarnos.

Esa noche, en un jueves cualquiera, Karen estaba en su cama, dando vueltas. Las memorias de Diego e lo que hacía durante el día y de lo que compartía, se hacían cada vez más fuertes noche tras noche. Poco a poco, iban quitándole el sueño y manteniéndola despierta por varias horas antes de que pudiera quedarse dormida en verdad.

Se imaginaba compartiendo la cama con aquel hombre con el que se había casado, hablando de cosa triviales, escuchándolo hablar. Su voz se repetía como un eco en su cabeza de todas las cosas que decía durante el día; lo olía entre sus sabanas a pesar de que no estuviese realmente su olor entre ellas.

Se sentía infeliz al no poder estar con él como una esposa de verdad porque la cosa a su alrededor le parecían cada vez más irreales. Debía comportarse como la mujer digna de un hombre de su posición, aceptar de una vez que lo que tenían no era una fachada sino algo que podía convertir en realidad.

Los minutos pensando en él pasaban y se sentían como una eternidad. Recreaba lo que hicieron durante el día y lo modificaba un poco para hacer que todo sucediera diferente; mostrándose a sí misma un hipotético caso en el sí decía otra cosa, lo miraba de otra forma, lo tocaba o le daba un beso en la mejilla, tal vez, podría haber tenido un resultado diferente.

Ese resultado, se hacía cada vez más romántico, erótico o especial de lo que en realidad pudo ser. Se sentía como una niña estúpida fantaseando con cosas como esas.

Por más que lo intentaba, no conseguía relajarse y quedarse dormida. Estaba inquieta, aburrida, hambrienta. Su estómago comenzó a sonar desesperadamente y quitándole el aire como si no hubiese cenado. Así que, habiéndose resignado tras dar tantas vueltas en la cama por un buen rato, aceptando que no podría pegar ni un ojo, entonces, se levantó.

Tal vez una película y un bocadillo nocturno podrían ayudar. Karen, se levantó

de la cama, completamente desnuda y cogió lo primero que consiguió en su armario. Un vestido de seda que usaba de vez en cuando para andar en casa pero que no se había puesto desde que se mudó para aquella gran mansión.

No importaba, no era como que fuese a ver a nadie a esas horas merodeando por los alrededores de la mansión, además, sólo iría a la cocina. Así que, sólo se lo puso. Era un tanto corto y dejaba poco a la imaginación, cosa que le gustaba porque cuando lo compró, esperaba usarlo en frente de alguna pareja, el único problema era que no tenía a quien mostrárselo.

SI diego la veía, podría cumplir su fantasía. Al pensarlo dejó escapar una sonrisa traviesa; muy dentro de ella quería que eso sucediera.

Trató de buscar sus pantuflas y, al no encontrarlas, el hambre le ganó y desistió en su búsqueda.

—Ah, no importa dijo, levantándose del suelo. No estaban debajo de la cama. □ No es como que las necesite.

Se estiró el vestido como si pudiera tapar un poco más de lo que ya, de por sí, no tapaba muy bien. La idea de mostrárselo a Diego desapareció inmediatamente cruzo la puerta de su habitación porque sabía que era ridículo siquiera pensar al respecto. En medio del camino, el frío, comenzó a penetrar por debajo de su pijama haciéndola arrepentirse de haber cogido esa prenda. Ya era muy tarde, podría cambiarse una vez que consiguiera aplacar esa molesta sensación de hambre que tenía.

Una noche de un jueves cualquiera, al igual que todas las demás noches en las que me daba por quedarme despierto viendo televisión, me levanté porque el hambre comenzaba a molestarme. Siempre lo hacía, no había nada que ver en ello, así que me levanté de mi cama, tomé mi bata y fui hasta la cocina por algún bocadillo nocturno. Yo no esperaba conseguirme con nadie.

Alfonso y Karen estaban durmiendo; desde que nos casamos, siempre hacían eso y yo, sin ánimos de estar toda la noche despierto dando vueltas, también me iba a acostar temprano; una que otra vez lograba quedarme dormido, otras, como en esa noche de un jueves cualquiera, no.

Caminé hasta la cocina, dispuesto a buscar mi comida nocturna, sin esperarme lo que iba a ver.

Diego, antes de llegar a la cocina, había escuchado unos cuantos ruidos que

llamaron su atención.

—¿Qué será eso? se preguntó. □ ¿Será Alfonso? cuestionó.

Caminó con cuidado y con pasos largos pero silenciosos para poder ver qué hacía su hijo a mitad de la noche despierto. Para él, en ese momento, no había otra posibilidad. No era como que fuese la primera vez, así que todo apuntaba a que fuera él.

—Ya vamos a ver qué haces de noche se dijo, como si estuviese hablando con su pequeño □ yo sabía que eras tú quien se comía el chocolate a escondidas.

Estaba seguro que se encontraría con su hijo montado en una silla con la nevera abierta, pero, al llegar a la puerta, se encontró con otra cosa. De inmediato, al notar que no era Alfonso quien buscaba entre las cosas de la cocina, se paralizó.

Karen estaba vestida con algo bastante corto de seda que, a pesar de cubrir las partes importantes, lo obligaron a imaginarse que había más allá de los límites de tela. No sabía que decir, ni cómo hacer notar su presencia, ya que, por haberse acercado en silencio, había minimizado el ruido en sus movimientos

Se aclaró la garganta, lo único que pudo lograr superar su parálisis.

En ese instante, Karen se dio la vuelta cómo si la estuviesen atrapando haciendo algo malo. Asustada, dejó lo que tenía en la mano sobre la mesa y se tapó porque, por alguna razón, se sentía desnuda.

—Diego... tú...

Al ver que Karen se tapó, entendió que no quería que la viese, así que apartó la mirada, embozando una sonrisa.

—Karen... este vaciló □ buenas noches.

—¿Qué haces aquí? Oh... cierto dijo, tras notar lo tonto en su pregunta □ es tu casa, claro que puedes estar aquí.

—Jajá, sí, fue una pregunta bastante tonta. Dijo diego, riéndose, sin mirar a Karen.

—No te rías, sólo me asusté.

—Tranquila, sólo no sabía que estabas aquí. Yo sólo vine por un bocadillo y cuando escuché un ruido, creí que era Alfonso. No me esperaba encontrarte así vaciló □ este... no esperaba que fueras tú.

Karen, bajó la mirada a sus brazos, que se encontraban tapando sus pechos y su entrepierna. Se percató de que no hacía mucho así que se relajó y acomodó cómo pudo el vestido. Se aclaró la garganta.

—Este, no... no te disculpes, estás en tu casa, no importa...

—Pero, yo. Dijo, queriendo poder verla, pero sin saber si podía hacerlo.

Karen, notó que intentó moverse.

—No hay necesidad de que apartes la vista dijo Karen.

Diego, se fijó en ella y, así, pudo detallarla. El vestido, dibujaba perfectamente su silueta, dejando en evidencia cada uno de los pliegues de su cuerpo. Sus piernas desnudas, porque el vestido sólo tapaba su trasero, se veían brillantes y atractivas. No era un hombre fetichista, pero, en ese momento, juró que el cuerpo de Karen era su nuevo fetiche.

Aclaró su garganta, tras perderse en su cuerpo. Karen lo notó, lo que hizo que se sonrojara un poco.

—Yo ya me iba agregó ella.

—¿Qué? No, no te vayas. No tienes por qué irte. Exclamó Diego, entrando por completo en la cocina y acercándose por unos cuanto centímetros a ella. □
¿Te molesto?

—No, no es eso. Es que... de repente, tembló, lo que interrumpió sus palabras □ me estoy congelando. Solo vine a ver que había y luego me iba a cambiar para regresar.

—Oh, bien Diego, se acercó a ella poco a poco, desatándose el nudo de su bata.

Karen, se imaginó tantas cosas en ese momento, que sus latidos y su respiración se agitaron. ¿Por qué se estaba acercando? ¿Qué iba a hacer? No pensó en otra cosa que no estuviese relacionada con ello. En lo que Diego se quitó la bata, pudo verlo sin camisa. Sólo llevaba un pantalón para dormir y, al parecer, unos bóxeres. Su torso, estaba completamente desnudo.

No era un hombre fornido, ni con un abdomen redondo. Sus músculos estaban dibujados, se podía notar cada cuadro de sus abdominales, la forma de sus pectorales, el cuadrado de una espalda de hombre adulto y deportivo y una «v» que comenzaba un poco más debajo de su cintura y se perdía dentro de su

pantalón obligándola a imaginarse hacia donde llevaba la intersección de esas dos líneas. Se mordió el labio, pensando en lo más descabellado que podía.

—Toma agregó Diego, ajeno a lo que estaba pasando en la mente de Karen. Le extendió la bata □ para que te tapes.

Esas cuatro palabras no pudieron haber sido dichas en peor momento que ese. Karen sintió como todo ese calor que la había invadido al verlo semi desnudo, se disipó por completo. Al parecer, sólo quería ser amable.

Karen, aclaró su garganta para poder hablar, y no dejar escapar su voz lasciva, la cual esperaba para salir en cualquier momento.

—Este... no levantó las manos para que se detuviera □ no, ¿y tú qué?

—Descuida, no tengo frío.

—¿Y por qué tienes bata?

—Costumbre aseveró □ no me gusta mucho andar sin camisa por ahí.

—No, pero si quieres solo me voy a buscar algo más cálido y que cubra más. No es necesario... Diego la interrumpió.

—No, vale, descuida. No seas necia. Toma insistió, moviendo el brazo, para que ella tomase la bata.

Karen, resignada, la tomó. Mientras se la ponía, sentía el perfume natural de Diego en su interior y el calor que su cuerpo probablemente estaría emanando en ese momento. Se sentía increíblemente acogedor y agradable. No pudo evitar respirar profundo para hacer que el aroma de su príncipe se calara en sus fosas nasales.

—¿Tienes hambre? Preguntó Diego, tras ver lo que Karen había puesto en la mesa: dos tomates y una lechuga.

Karen, baja la mirada y luego ve a Diego. No serviría de nada decir que no.

—Bueno, sí vaciló □ un poco agregó, avergonzada.

Tener hambre a esa hora no parecía propio de una dama. Era normal en ella, pero, ante Diego, todo le era diferente.

—¿No podías dormir? preguntó, sentándose en una de las sillas a su derecha.

Los dos quedaron uno frente del otro. Diego: sentado son los hombros sobre la isla que separaba la enorme cocina. Karen: parada entre la enorme nevera y

esta.

—No, sólo vaciló para no decir lo que la llevó a pararse □ sólo no tenía sueño, así que pensé que podría comer algo y ver una película.

—¿Sola?

—Bueno, sí. No es cómo que hubiera alguien más con quien verla.

—Yo puedo verla contigo dijo, luego de levantar la mano para ofrecerse.

Karen embozó una sonrisa ante el gesto.

—Si quieres, claro agregó.

—Por mi está bien.

—Vale dijo Diego, comportándose con naturalidad.

Se levantó de la silla, exhalando con fuerza como si estuviese decidido a hacer algo importante. Se acercó a Karen y abrió la nevera. La observó, escrutando lo que había adentro.

—Entonces, ¿qué tenías pensado preparar? miró por sobre su hombro hacía la mesa y luego a Karen.

—Tenía pensado preparar unas palomitas, y un emparedado, pero cómo no las encontré porque no sabía dónde buscar hizo una pausa, como si hubiese cometido un error □ sí, ya sé, ya es como para que sepa en dónde está, pero no sabía se defendió □ así que se ocurrió que solo un submarino y una gaseosa.

—Vaya la miró sorprendido □ ¿Todo eso para un bocadillo nocturno? resopló □ yo tenía pensado en un emparedado sencillo con mermelada y alguna otra cosa.

—Bueno, tengo hambre dijo apenas □ y cuando tengo hambre quiero comer rico. bajó la mirada.

Diego, embozó una sonrisa y la acompañó con una sutil carcajada.

—Está bien, no tiene nada de malo.

Se apartó de la nevera un poco, sin soltar la mesa y señaló con los labios.

—Las palomitas están guardadas detrás de aquella puerta.

Diego, señaló una puerta de madera grande que parecía una puerta cualquiera

a un cuarto diferente. Karen, pasó por detrás de él y se acercó a ella.

—¿Aquí? Preguntó, colocando la mano en el picaporte.

—Sí, esa misma dijo después de asomarse rápidamente.

Karen, la abrió. Al hacerlo, todo se iluminó; tenía luces automáticas, pero, por un momento, le dio la impresión de que brillaba como si fuera un tesoro. Había de todo lo que podía imaginarse, de todas las marcas, de todos los tamaños y en diferentes presentaciones. Era un armario grande, tal cual como una habitación cualquiera sólo que llena de cosas para comer.

—¡Woah! exclamó. Todo eso le parecía inefable.

La mera mansión, la cual no le dio ninguna impresión importante, no se comparaba con el tamaño y la relevancia de aquella habitación. Llamarla «armario» resultaba un simple insulto.

—Veo que te gustó dijo Diego al escucharla.

—Vaya... tienes de todo.

—Sí, me gusta tener mi cuarto de comida lleno.

—Creí que esto era una habitación más. No sabía que tenías tantas cosas.

Karen, dejó de hablar y se adentró allí para hacer compras. Cogió papas, las palomitas de maíz, galletas. Parecía una niña en una juguetería. De hecho, se comportaba cómo ella lo hacía en una juguetería, sólo que esta vez elegía las cosas que quería para ella.

Diego, sacó varias cosas para agregarle al submarino que Karen había propuesto. En lo que cerró la puerta, se fijó en ella y vio que llevaba los brazos llenos de cosas.

—¡Ey! ¿Te quieres comer todo eso?

—Sí.

—Pero no se va a acabar dijo, muy seguro al respecto □ no tienes que comértelo todo hoy.

Karen, con una sonrisa de punta a punta y el brillo de emoción en los ojos, se negó rotundamente.

—No porque negar con la cabeza no le pareció suficiente □ yo me lo quiero comer ahorita.

—¿Entonces no vas a querer el submarino? preguntó, moviendo las manos con lo que sostenía (dos bandejas de rebanadas de jamón diferentes).

—No, también me lo comeré.

—¿Estás segura?

—Sí aseveró.

Hablaba con el tono de voz de una niña adorable que estaba decidida a hacer las cosas que le gustaban.

—Está bien... dijo Diego, arrastrando cada una de las silabas.

Ambos, se acercaron a la mesa y comenzaron a preparar el emparedado. Diego, había sacado salsas, varias bandejas de jamón, diferentes tipos de queso, rosbif, y otras cosas más que podían agregarle a su sándwich. Karen, estaba emocionada por lo que estaban haciendo.

En ese momento, se sentían a gusto con el otro, habían dejado de pensar en si podían decir algo, en si lo que estaban haciendo los dejaba bien ante el otro. Los dos, se encontraban mal arreglados y trasnochados, lo que les hacía actuar con naturalidad.

—Entonces. ¿Qué película quieres ver? Preguntó Diego, mientras untaba el queso crema en una de las caras del pan.

—La verdad es que no. Esperaba averiguarlo cuando estuviese en frente de la pantalla.

—Oh, claro...

—Pero, si tú quieres, podemos ver lo que te guste.

—No, no, tranquila levantó la mirada y sonrió □ tu plan me parece perfecto.

—¿Seguro?

—Claro...

Los dos continuaron con lo suyo. Al terminar los submarinos, Diego bajó una bandeja de plata bastante grande como para colocar las cosas que tenían para comer y Karen colocó las galletas, las papas y todo lo demás que había cogido en tazones diferentes. Abrió las palomitas y la colocó en el microondas.

—Y, ¿por qué no podías dormir? preguntó Diego, habiendo olvidado que ya lo había preguntado.

—Bueno, estaba pensado en... vaciló. Estuvo a punto de decir el motivo por el cual no podía dormir. Aclaró su garganta □ en varias cosas. Así que me mantuvo despierta. Tú sabes, trabajo, el hambre... esas cosas. Esperaba que le creyera.

—Oh, claro. Sí, sí.

Suspiro de alivio al ver que se lo había creído. No quería parecer muy obvia ni desesperada ante él.

—¿Y tú? ¿Por qué no estás durmiendo?

—Bueno, no suelo dormir tan temprano, pero como ustedes ahora se acuestan antes de las nueve de la noche, sólo estaba dando vueltas en mi cama viendo televisión; pero me dio hambre de repente así que me levanté. Aunque no esperaba verte aquí.

—Sí, también tenía hambre.

—Listo dijo al escuchar la alerta del microondas □ Las palomitas ya están. Se acercó con un tazón y las sacó del horno.

Las abrió y las vertió en el tazón. Karen sintió el olor a mantequilla derretida y a maíz cocido. El estómago le sonó cómo si entendiese al respecto.

—¿Todo listo? preguntó Diego, con el tazón de palomitas en la mano.

—Sí.

Ambos salieron de la cocina y comenzaron a caminar con rumbos diferentes. Diego sostenía la bandeja y ella llevaba las palomitas. Karen, suponía que irían a la sala en donde estaba el gran televisor.

—¿A dónde quieres ver la película? ¿En la sala o en el cine?

—¿En el cine? ¿A esta hora?

—Jajá Diego entendió su confusión □ sí, en el cine de al lado dijo socráticamente y soltó de nuevo una carcajada □ sólo debemos ir a la otra parte de la casa y ya.

Karen, recordó lo que había mencionado Daniel cuando fueron al cine aquel martes cualquiera.

—Oh, sí es verdad que tienes un cine para ti solo. Señaló, llevándose unas palomitas a la boca.

—Jajá, sí. Me gustan las películas.

—Sí, a mi hermano también dijo con nostalgia.

—¿Lo extrañas? preguntó Diego, luego de mirarla. Ahora él marcaba el rumbo.

Karen, se sentía abrumada por todo lo que había tenido que hacer para ayudar a Diego, y, entre esas cosas, era dejar a su hermano atrás. Gabriel podía cuidarse sólo, pero, por algún motivo, sentía que debía protegerlo todavía.

—Sí... bastante.

Diego, entendía la fragilidad del asunto y lo que eso implicaba. No sabía hasta cuando debían mantener un bajo perfil, pero, en ese momento creyó que ya era suficiente.

—¿Cuándo podremos hacer público nuestro matrimonio?

Karen levantó la mirada, sorprendida.

—¿Qué? ¿Piensas que ya es tiempo?

—Bueno, te preguntó a ti, pues. Tu eres quien lo decide.

Karen, sintió que no era momento para estar triste, así que respiró profundo, se llevó unas palomitas a la boca, embozó una sonrisa y miró a Diego.

—Pero no pensemos en eso ahorita. Hay que disfrutar el ahora. Luego pensamos en eso.

Diego le devolvió la sonrisa.

Ambos, continuaron caminando en silencio y masticando palomitas de maíz. Karen, se llevaba unas a la boca y luego le daba unas a él, colchándose la justo en frente para que él las tomara de la mano de ella. Avanzaron unos cuantos metros más hasta que Diego rompió el hielo.

—Y... vaciló □ cuéntame, ¿estás cómoda?

—¿Cómoda? ¿Con qué?

—Con esto, tu sabes, la casa.

—Ah... eso pensó que era extraña su pregunta □ ¿no crees que es un poco tarde para preguntarme eso?

—¿Lo es? la miró dubitativo.

—Diego, tenemos siete meses viviendo juntos. Sí es un poco tarde.

—No, vale, no creo. Todo puede variar ¿sabes? Podrías estar cómoda ahorita y no haberlo estado antes, o haberlo estado antes y no estarlo ya. ¿Entiendes?

—Sí, pero no me lo habías preguntado, así que creo que ya no importa.

—Pero no me respondiste. ¿Lo estás?

—Bueno, sí, supongo que lo estoy... cogió más palomitas, se las introdujo en la boca y le sonrió serrando los ojos.

Diego, privó su necesidad de decirle otra cosa a Karen, así que simplemente se quedó callado hasta que llegaron a la sala de cine. En lo que lo hicieron, eligieron de entre las varias opciones que tenían para acomodarse: camas, asientos amplios, el sofá o el suelo.

—Vamos para abajo dijo Karen, en la entrada □ quiero estar cerca.

En ese momento, no había nada entre los dos. Éramos dos amigos que estaban pasando el momento más tranquilo de sus vidas. Eso, por así decirlo, fue lo que más me hizo sentir a gusto ese día. Conversar con ella, de esa forma hacía que olvidase por completo todo lo que me había llevado hasta ese instante.

Allí, sentados, eligiendo una película de entre las muchas que tenía guardadas. Karen y yo estábamos sintonizados. Nos reíamos de las mismas cosas a pesar de que no fuesen del todo graciosas, cogíamos comida del mismo tazón y a veces chocábamos nuestras manos. Todo, absolutamente todo lo que hacíamos, complementaba el movimiento del otro. Entre ambos, sólo sonreíamos y continuábamos con lo nuestro, porque era lo más natural del mundo.

Pero, poco a poco, la situación se hacía más clara para mí. Karen, estaba mi lado en su faceta más natural y perfecta que había tenido desde que nos casamos, lo que evocó ese tiempo en el que compartimos juntos nuestra infancia y juventud. Me sentía en una zona de confort de la cual no quería salir y eso, me hacía sentir como el hombre más feliz del mundo.

La observaba comer apaciblemente, esperaba a que eligiera una película para coger el submarino y comenzar a comérselo, y me imaginaba una vida feliz a su lado. No cómo una amiga, ni cómo alguien con la que estaba casado y dormía en un cuarto diferente al mío.

No. Me fijé en ella, por primera vez, como una mujer completamente nueva, atractiva, maravillosa y perfecta. Yo ya había detallado esas cualidades en ella, claro. Pero, en ese momento, todo era diferente.

La mujer que estaba ante mis ojos ese día, me hacía querer amarla, me hacía pensar que no había nada en este mundo que pudiese deshacer eso que teníamos. No era sólo el amor, porque para ese entonces no tenía idea de si ella sentía lo mismo por mí, sino una conexión que trascendía el tiempo y la amistad. Estaba encantado con su sonrisa, con la forma en que movía su cabello ligeramente despeinado. La manera en que masticaba las cosas que se llevaba a la boca y la forma en que me veía.

En ese momento acepté que estaba enamorado de ella y, justo ahí, en el calor del momento, decidí que debía amarla con mi cuerpo entero, así que, en un arrebato. Le demostré lo que sentía y la amé.

Karen y diego se miraron a los ojos, luego de tocarse por enésima vez al tratar de coger la misma comida de uno de los tazones de la bandeja. Karen, se sentía completamente a gusto con la presencia de Diego, de tal forma, que ignoró el hecho de que había tenido la necesidad de quitarse la bata.

Ni siquiera lo recordaba. Pero, en el momento en que lo tocó, sintió un extraño escalofrío por todo su cuerpo. De inmediato, se llevó la otra mano, justo al pliegue de su cuerpo y, de forma seductora e involuntaria, comenzó a acariciarse.

Diego, sentía el vaho de seducción que ella emanaba y estaba seguro que podía palparlo. Sus ojos, estaban fijos en el otro, atentos a sus siguientes movimientos. No sabían que podrían llegar a hacer ni lo que el otro quería, pero, sin darse cuenta, estaban de acuerdo, deseando lo mismo, pensando en lo mismo.

Se fueron acercando lentamente, cómo si necesitasen de eso para determinar que se iban a besar, que querían tener un contacto más físico, más real del que llevaban teniendo desde que se reencontraron aquel martes cualquiera.

Diego, sutilmente, fue apartando la bandeja entre los dos a un lado para que no hubiese forma de hacer un desastre. Podía pensar en ambas cosas a la vez, pero lo que realmente le importaba era lo que estaba a punto de suceder.

En lo que la bandeja estuvo a salvo, prácticamente cómo si lo estuviesen esperando y hubiesen estado de acuerdo desde antes, los dos se abalanzaron

sobre el otro en un arrebatado de pasión y locura.

Ambos, tomaron entre sus manos la cabeza del otro, porque querían sentirla, querían eliminar esa sutil separación entre ambos a pesar de que no estuviesen tocándose en el sentido físico de la palabra.

Intercambiaban saliva mientras sentían sus labios colisionar en un torrente de pasión; enredaban sus dedos en el cabello del otro, se detenían para tomar aire y verse a los ojos por unos segundos y continuar con su intercambio. Se percataron de que las cosas que estaban haciendo no eran suficiente para llegar al límite que deseaban, al punto de encuentro en el que querían estar en esa situación.

Diego, fue levantándose mientras que seguía besando a Karen. Ella lo seguía, buscando sus labios para no despegarse de ellos. Él la fue guiando hasta una de las camas del cine, por fortuna, había algo cómodo en donde recostarse.

No hablaron, no necesitaban de las palabras para hacer entender al otro lo que querían hacer porque ya lo sabía. Diego, tomó a Karen por la cintura y la acercó más hasta que llegaron a la cama y se dejó caer en esta, llevándosela a ella con él.

Karen se sorprendió, y dejó escapar una risa, levemente ahogada por los labios de su esposo.

—¡Chico! dijo.

—¿Qué? respondió Diego, riéndose también.

—No hagas eso, me asusta.

—No te preocupes Diego, volvió a apoderarse de sus labios, besándolos, mordiéndolos suavemente.

Su mano, de forma traviesa, comenzó a jugar con uno de los pechos de Karen, lo que le golpeó con una deliciosa corriente que recorrió todo su cuerpo. No estaban programados, no sabían que le gustaba al otro; lo único que tenían en cuenta era lo que ellos creían que sería bueno, era bueno, les estaba gustando.

Karen deslizó su mano por el pecho desnudo de Diego, tocándolo, tratando de sentir su cuerpo mucho más cerca. Lo presionaba porque lo sentía irreal, porque parecía que nada de eso estaba sucediendo o se podría repetir. Diego apretaba sus pechos, saltando de uno a otro, besándola.

Comenzaron a necesitar probar otras partes de su cuerpo, así que se dejaron llevar por el movimiento de sus labios, concentrándose en el cuello, en la barbilla.

Diego se fue directo hasta su pecho, bajando un poco la tela y descubriendo su seno completamente desnudo. Mientras la abrazaba por la cintura, se llevó el pezón a la boca y Karen dejó escapar un gemido de placer. Respiró profundo, apretó a su esposo contra ella y le besó la frente cómo pudo.

—Sí... exclamó Karen entre gemidos □ qué rico.

Quiso dar el siguiente paso, conocer lo que aquella «v» que vio en la cocina, escondía. Su mano se fue deslizando sobre su abdomen hasta llegar a la liga de su pantalón. Empujó suavemente y la introdujo, rozado su ingle completamente lisa y rasurada hasta llegar a un fuerte, firme y duro falo. Karen, lo acarició un poco y luego lo apretó.

—Qué grande dijo, entre sorprendida y encantada.

Diego la abrazó con más fuerza con un solo brazo mientras que con el otro le apretaba las nalgas desnudas, obligándola a sacar el aire que tenía en su cuerpo el cual se escapó como un sutil «ja» en un gemido de placer. Ella, empezó a mover su mano de arriba abajo estimulando el pene que sostenía, ávida a probarlo, controlada por el deseo.

Así que, hizo lo que pudo y se escapó de sus ataduras.

—¿Qué pasó? inquirió Diego, apartando sus brazos y dejándolos caer sobre el colchón.

Karen no le respondió, sólo se acomodó para estar mejor sentada sobre sus piernas; colocó su mano en el pecho de Diego y le dio un pequeño empujón. Él entendió lo que ella quería y se dejó caer en la cama, acostado.

Karen, se puso de rodillas para irse bajando de la cama y llevarse con ella el pantalón de pijamas de Diego, dejando a la intemperie el pene con el que estaba jugando.

—Ja exclamó al verlo rebotar. □ Es perfecto.

Se acercó a él y lo tomó entre sus manos como si se tratase de un tesoro, de un manjar y, de la misma forma, se lo llevó hasta el rostro para olerlo, sentirlo en su mejilla, golpeando sus parpados.

—Es demasiado perfecto agregó Karen.

Diego no quería hablar. Había cogido una almohada para poder ver lo que Karen hacía con él, llevándose las manos a la nuca y disfrutando el espectáculo.

Ella, lo besaba, lo apretaba, se quedaba viéndolo fijamente para luego subir la mirada y perderse en los ojos de Diego, quien se sentía encantado, extasiado con aquel desarrollo de los hechos. Atisbó en Karen una expresión lasciva, complacida y complaciente.

—¿Te gusta? Preguntó Diego, con la respiración agitada.

—Me encanta aseveró.

De inmediato, bajó la mirada y le dio un último respiro al aroma del pene de Diego, para luego abrir sus fauces y llevarse hasta el interior de su boca. En lo que lo sintió chocando con su lengua, cerró sus labios, apretando el tallo de aquel falo con tanta fuerza cómo pudo. Él, era un hombre que disfrutaba el contacto fuerte, la presión, el peso de una mujer sobre su cuerpo, así que la forma ruda con la que ella se apoderaba de su sexo, le encantaba.

Con su lengua, comenzó a jugar con el glande de su esposo, mientras subía y bajaba su cabeza golpeando los pliegues sensibles de aquel pene con sus labios. Lo succionaba, lo apretaba, lo besaba, lo lamía y lo iba saboreando con el deleite, hambrienta por su sexo.

Karen se introdujo el pene de Diego en la boca de nuevo, con el deleite de una persona que nunca había probado el helado. Estaba consumiendo cada centímetro de aquel hombre sin contemplar más nada porque sólo le importaba lo que tenía al frente. Lo llevó hasta donde pudo sin ahogarse, a lo que Diego le respondía con arcadas de placer que le obligaban a levantar las caderas y le enterraban más el pene. De vez en cuando se turnaba para probar el tamaño de sus testículos.

Karen, descubrió que el tiempo que tuvo a solas había sido tiempo perdido. Aquel pene que la llenaba como si hubiese sido hecho para ella, se ajustaba a la perfección escandalizando cada nervio de su cuerpo, trasladándola a otro mundo en donde las cosas que desconocían eran ahora parte de algo que quería probar todos los días.

De repente, subió su mano para apretar el pecho de su esposo y, de nuevo, llevó el pene hasta los límites de su boca. Diego, tomó un respiro fuerte, al

sentir como su pene era apretado por la entrada de su garganta, por los labios de la mujer con la que había decidido casarse.

—Woah articuló en un gemido y suspiro salvaje, privándose de sostener su cabeza para empujarla más.

Karen aguantaba la respiración, controlando su reflejo faríngeo y estimulando el glande de su esposo. Tras varios segundos, se lo sacó de la boca, tomando aire en el proceso.

—Vaya... respiró de satisfacción □ eres grandiosa.

Paso a paso, movimiento tras movimiento, Karen y Diego fueron intercambiando algo más que saliva en ese momento. Sus cuerpos, colisionaban el uno con el otro, tocándose, rozándose, besándose y saboreando cada centímetro del mismo. Ella, luego de un rato introduciéndose a la boca, se recostó e la cama y abrió de piernas para que él le mostrase de lo que estaba hecho.

—Ahora es tu turno hizo una pausa □ mi amor agregó con una voz seductora y una mirada que la acompañaba.

Diego, acercó su rostro a su entrepierna y respiró su sexo, se deleitó con la humedad de sus labios, con la forma de su vagina. Se acercó más a ella y probó su clítoris, haciendo movimientos circulares con su lengua para causar el mayor placer. Karen, comenzó a mover sus piernas, tratando de controlar la sensación que eso le ocasionaba. Le encantaba, pero a la vez la hacía sentir indomable.

Karen, exclamó de placer cuando Diego le introdujo la lengua, probando sus jugos como si estuviese lamiendo un helado. Extendió su brazo izquierdo hasta la cabeza de aquel hombre y lo enterró aún más su rostro contra su parte baja. Gemía de placer mientras él le expandía las nalgas para descubrir más su vagina.

Al principio creía que sería sencillo, que no se escandalizaría por lo que él hacía, pero, sus movimientos eran cada vez más intentos, más precisos y bien ejecutados. Todo su cuerpo se enloqueció al sentir cómo Diego respiraba sobre ella, la lamía, la besaba y la observaba. Se sentía intimidada, poseída, rendida a sus pies.

—Sí decía, entre gemidos □ no, no, no... vociferó, empujando la cabeza de Diego y obligándolo a apartarse de ella. Dejó escapar un suspiro de alivio y

levantó su torso, apoyándose con los codos en la cama.

Diego, confundido, obedeció diligentemente.

—¿Qué pasó?

—Es que Karen intentaba recuperar el aire que se le había escapado mientras gemía. □ no puedo controlarme.

—¿No te gusta?

—Sí, me encanta aseveró, con el rostro dominado por el placer y la fatiga del sexo. □ Pero es que no puedo controlar mis piernas, no sé qué hacer, se mueven solas.

—Pero, si te gusta, deja que te bese.

—Pero...

—No te preocupes dijo Diego, embozando una sonrisa y bajando su rostro a la posición que tenía.

Karen no sabía qué hacer; se sentía extraña, incapaz de poder responder adecuadamente. Pero, se dejó llevar por Diego. Quería sentir de nuevo su lengua jugando con su clítoris, sus labios saboreando y succionando los suyos. Sin embargo, en lo que él retomó lo que estaba haciendo, ella sintió de inmediato la necesidad de retorcerse de placer.

Su cuerpo quería escandalizarse, moverse para todos lados sin control alguno, como si cada extremidad de ella tuviese mente propia. Pero, se vio frustrada por algo. Diego, cogió sus piernas entre sus brazos y las sostuvo para que no se moviera.

—Diego, no... pidió ella.

—Deja que lo haga respondió, sin apartarse demasiado de la vagina.

Utilizaba sus manos para estimular el interior de su sexo, la lamía por completo, apretaba su clítoris, le penetraba con los dedos. Karen no podía controlarse, sentía cómo su mundo bajaba y subía tras cientos de ráfagas de placer.

Sentía cada uno de los movimientos de Diego como si se tratase de un escultor que esculpía cada centímetro de su vagina. Le encantaba y a la vez le frustraba no poder moverse. No entendía por qué quería apartarlo y a la vez sentirlo más cerca, más salvaje. Gemía y respiraba con fuerza, dejándose llevar por el

deleite.

Con las manos, apretaba su cintura, sus nalgas y, de vez en vez, llevaba la mano hasta la boca de Karen quien se dejaba introducir el dedo y lo succionaba con deleite. Al mismo tiempo, se apretaba los pechos para aumentar el éxtasis que le causaban los besos de Diego.

Gemía, sin ningún tipo de restricción. Se dejaba llevar por el placer, por la adrenalina, por el extenuante deseo que se apoderaba de ella y controlaba sus gritos. Pensaba que no estaban solos, que necesitaba mantener la calma, guardar silencio, pero no le importaba que cualquier persona pudiese escucharlos; eran dos esposos haciendo lo que sus cuerpos les pedían.

La presencia de un tercero era lo menos que importaba. Su voz rebotaba entre las paredes que mantenían el sonido dentro el cine y lo que hacía un eco sublime que retumbaba en los oídos de Diego quien aceleraba los movimientos de su lengua al mismo tiempo en que ella batía sus caderas, intentaba mover sus piernas y se agitaba por completo intentando no gritar más duro.

—Allá voy, allá voy... avisó, para luego dejar que su cuerpo se relajara por completo, consumida por el orgasmo que Diego le regaló...

—¿Ves? dijo levantándose □ no fue tan malo.

Karen abrió sus ojos y lo miró totalmente acabada, sin control de su cuerpo. Pero, no podía negarse a que le había gustado, a que aquella indescriptible sensación la había trasladado a otro espacio, habiéndola destruido y reconstruido al mismo tiempo en cuestión de segundos.

—¿No tienes algo más grande? agregó con un gesto seductor y una voz lasciva.

Diego sólo embozó una sonrisa, mientras se acercaba a ella con el pene en la mano, viendo como abría sus piernas para recibirlo.

Sin mediar palabras, se acercó a su rostro para besarla con la espera de que Karen le respondiera apasionadamente. Ella deseaba tenerlo cerca, que no dejara de hacerla gozar ni disfrutar como llevaba haciéndolo desde hace rato.

Karen respondió a su beso con intensidad y pasión, propia de una mujer que ama su compañero. Lo cogió por el cuello y lo acercó más. El olor que emanaba de su rostro que provenía de los jugos que de ella se escurrían, le resultaba fascinante y delicioso.

Se perdieron por varios segundos en aquella practica antes de que Francis tomase su pene entre sus manos.

—Sí... tengo algo que te puede gustar. dijo, apartando sus labios de los de ella.

Se acercó hasta ella y alineó su pene con la vagina de Karen, acercándolo lentamente haciendo que su glande tocase suavemente su clítoris. chocó su pene con su vagina sin penetrarla.

Comenzó a deslizarlo a lo largo y ancho del sexo de su esposa, controlando lo que ella podría sentir. Karen tomo una bocanada de aire mientras sentía el caliente miembro de Diego recorriendo lo largo de su sexo hasta llegar a su puerta. Karen quería sentirlo, pero prefirió esperar... por unos segundos.

—¡Métemelo de una vez! exigió, desesperada y ávida.

Diego, se mofó de ella con una sutil carcajada porque le parecía encantadora la forma en que ella lo deseaba, y una vez en posición, él fue deslizándolo hacia adentro sintiendo como los jugos que se corrían desde su interior le envolvían y atrapaban a la vez que sus músculos se contraían para empujar su ser dentro de ella. Karen, abrió sus fauces para tomar una gran cantidad de aire, incapaz de pensar, de moverse, de utilizar alguno de sus sentidos. Por fin estaba completa.

Diego, se acercó a ella colocando su boca cerca de su oreja.

—Estaba deseando poder hacer esto desde hace tanto tiempo. Deslizó delicadamente hacía afuera su pene

—Yo también... trató de decir ella, hasta que se vio interrumpida por Diego que, sin haber sacado por completo su falo, lo empujó de nuevo pero con más con fuerza.

En ese momento, otro orgasmo la golpeó de sorpresa. Su vagina estaba sensible al igual que el resto de su cuerpo y respondió de la manera más adecuada. Estallando en placer.

Él, empezó a embestirla sin prestar atención a su sensibilidad; a sacudir sus pechos, la tela que estaba arrugada en su abdomen, su cabello, sus mejillas y el colchón en donde estaban.

Karen gritaba de placer, gemía ante el choque de sus sexos, de sus almas pensando que aquel era el mejor jueves cualquiera en toda su vida. Sentía

cada parte de su cuerpo siendo contraído por el éxtasis y la gloria. Diego, sostenía sus piernas en el aire y la observaba retorcerse; contraerse y relajarse, luchando por controlar sus movimientos y deseosa de más.

Sentía cómo la vagina de su esposa le apretaban, envolviéndolo, estimulando cada centímetro de su pene con la sencilla fricción que generaba. Lo disfrutaba tanto como ella, seguro de que no podría estar haciendo algo mejor durante la noche. Se agitaba, respirando con fuerza el aroma del sexo de su mujer, apreciando los gemidos de placer que profería cada vez que él chocaba con la entrada de su útero o se salía para embestirla con más rudeza.

Karen exclamaba, afirmaba, trataba de abrirse las nalgas, se apretaba los pechos y cogía las sabanas. Estaba inquieta, quería aferrarse a algo. Así que, en un arrebato de sus movimientos, zafó sus piernas de las manos de Diego, y con el mínimo esfuerzo y sin sacarse el pene de la vagina, dominó a su esposo y se montó sobre él.

Comenzó a mover sus caderas al son de su propios sentidos, más rápido o más lento, más violento o más suave. Fluctuaba entre el placer y la gloria con cada roce, con el choque, con el sonido, con el olor. Diego se encontraba acostado, apretando sus nalgas que rebotaban sobre sus piernas, sintiendo cómo su pene era jalado por el cuerpo de Karen cómo si intentase llevárselo como recuerdo del paseo por aquel parque de diversiones.

Ese era su premio de la feria.

Karen comenzó a mover sus caderas como si estuviese cabalgando un toro mecánico. Cogió las manos de su esposo y las puso en su pecho para que los estimulase y apretara, y, con la cabeza viendo al techo y los ojos cerrados, gemía cómo nunca antes lo había hecho, gritándole al cielo que estaba a punto de llegar a sus puertas y que la dejaran pasar.

—¡O dios mío! Sí, así...

Diego exclamaba, mugía de placer y ahogaba su voz con los labios cerrados. Sentía diferente que ella, pero, no quería decir que no lo sintiera tan bien. Karen, aceleraba el paso, moviéndose con más rudeza, dejándose llevar por el deseo de llegar a su siguiente orgasmo de la noche, controlando el pene de su esposo, decidiendo cuando todo eso se iba a acabar.

En vez de saltar sobre él, se deslizaba para adelante y para atrás sin sacar aquel fallo, disfrutándolo en su máxima expresión. Karen se inclinó hacia atrás

dejando su cuerpo en diagonal, permitiendo así que Diego se apoderara de sus pechos.

De repente, el pene consiguió la forma de salirse por sí mismo. En ese momento, Karen pudo haberlo vuelto a meter, pero, sin pensarlo demasiado, se inclinó hacia el frente, se puso de rodillas, levantó sus nalgas y se dirigió a él sin verlo.

—¡Métemelo otra vez! le pidió con intensidad, de forma seductora y muy directa

Diego se acomodó para levantarse, inclinarse un poco y ajustar a la perfección su pene con la vagina de Karen. Se detuvo a contemplar con detenimiento aquella perfecta escena. Sus nalgas se abrían dejando verle por completo, casi como si todo aquello solo se pudiera presenciar en sueños. Ella, movía su trasero de un lado a otro, cómo si se tratase de la cola de un perro, con un leve desespero, indicándole que le penetrara de inmediato.

—¡Métemelo, vamos! Dijo, sin poder resistirse al deseo de tenerlo adentro.

—Vale, vale. Repuso Diego, dejando de enfocarse en sus nalgas. □ ahí voy.

Tomó sus glúteos con ambas manos y la atrajo hacia su pene, que, al igual que la vagina de Karen, deseaba por completo estar adentro.

Con un movimiento lento, Karen fue sintiendo como aquel largo pene se iba envainado como una espada en su interior, penetrándola de tal forma que no sabía cómo pudo haber resistido tantos meses de casada con ese hombre sin haberse encontrado con algo como eso entre sus piernas. Karen aspiró fuertemente, como si su cuerpo necesitase de tanto aire para sobrellevar la introducción de aquel carnosos agente externo.

La embistió con fuerza, a lo que ella respondía con un grito cada vez que entraba y chocaba con su cervix; una nueva sensación, algo que no había intentado o disfrutado adecuadamente en el pasado y que, por alguna extraña razón, le llevaba a otro plano astral. Sus extremidades comenzaron a perder la capacidad de sostenerla, no pudo soportar su propio peso por lo que dejó caer su cara sobre las sabanas y puso en reposos sus brazos. Al parecer, no le importaba que su rostro se encontrara en aquella posición, cuando de hecho, la tela se introducía en su boca cuando intentaba respirar, porque, el mero sentir de aquel pene, le hacía olvidar por completo su existencia; se concentraba únicamente en el placer.

La cogió con ambas manos por la cintura acercándola y alejándola de él. Karen gritaba de placer con cada golpe de cadera, deseando que lo metiera más veces por cada una que se salía de ella. Diego la complacía en ese deseo silencioso.

De manera única, sintonizaron sus pensamientos, lo que ocasionó que el otro hiciera lo que uno quería que pasara. Estaban conectado a un nivel diferente de percepción, en donde, las cosas como las conocían, eran reflejo de la existencia única. Algo que se plasmaba ante la idea de que los dos eran uno solo.

Y, de esa forma, seguían conversando con su cuerpo. Los temas que durante tanto tiempo nunca tuvieron la oportunidad de platicar. Fueron desentrañándose en ese instante.

Diego, evaluaba cada centímetro de Karen, explorando todo cuanto podía, haciendo de cada lugar que tocaba una zona totalmente erógena. Ella respondía con un gemido más alto que el anterior, inhalando con fuerza en el momento justo que el pene de su capitán chocaba con lo más profundo de su vagina.

El pene de Diego llegaba más profundo, y la vagina de Karen le abrazaba con más fuerza. Sus embestidas comenzaron a ser más agresivas, más rápidas. Generaba fricción con su piel, con sus manos, incluso el cabello que se movía al compás de sus embestidas le generaba una especie de éxtasis sensorial.

Con un movimiento maestro, Diego le dio la vuelta dejándola boca arriba con las piernas abiertas. Aquella mujer parecía tener mucho que ofrecerle, más placer que darle. Su cuerpo necesitaba exteriorizar su capacidad para reproducirse y él, sin ningún problema, sacó su miembro. Quería controlar lo que saldría y cuando lo haría, así que no tuvo de otra que pararse por unos segundos.

—¿Qué pasó? preguntó Karen, extenuada.

—No quiero acabar todavía.

—Y... vaciló, jadeante □ ¿entonces no me lo vas a volver a meter?

Pero no se acabó allí. Karen pudo recuperar un poco de sus fuerzas y acostó a Diego en la cama. Él estaba a punto de acabar así que era momento de tomar de nuevo el control. Se montó sobre él y comenzó a cabalgarlo otra vez.

En medio de una constante penetración que los trasladó hasta el punto en que

ambos solamente se movían y respiraban lo mismo que el otro porque estaban conectados; los dos alcanzaron el éxtasis al mismo tiempo. En el momento en que su pene penetra su vagina, consintieron la gracia de tenerse mutuamente. Karen movía sus caderas suavemente con la intención de que su clítoris chocara con el abdomen de Diego mientras sentía el roce de su miembro en el interior de su vagina.

Era un encanto para ella, porque lo disfrutaba y sabía que Diego lo disfrutaba también. Él, siendo un hombre que apreciaba el contacto profundo, se gozaba los cuarenta kilos que tenía sobre él.

La presión de esas perfectamente redondas nalgas sobre sus piernas, le generaba más placer de lo que podía imaginar. Tanto ella como su cuerpo, expedían un vaho de sensaciones y estrógeno que le hizo falta por mucho tiempo. Sin darle muchas vueltas al asunto, con ambas manos apretó su trasero para marcar el ritmo de sus sacudidas.

—Date la vuelta le dijo Diego.

Karen, sin siquiera pensarlo, se giró y le dio la espalda, y comenzó a moverse de nuevo como si estuviese en un toro mecánico.

Gritaba y gritaba de placer mientras que las palabras perdían sentido, que los gestos no tenían forma y sus sentidos se idiotizaban por el gusto que eso le ocasionaba. Diego estaba a punto de terminar, incapaz de poder salirse para no acabar adentro, de controlar sus sentidos y evitar eyacular tan pronto. Karen, lo estaba succionando como si se tratase de un pozo de agua en el desierto. Seguía moviéndose y él no tenía planeado detenerla. Estaba pronto a terminarse.

—Voy a acabar exclamó Diego.

—No, todavía no yo... Karen, aceleró el paso, quería que los dos llegasen al mismo tiempo...

—Pero...

—Ahí voy interrumpió ella, advirtiéndole lo que su cuerpo estaba a punto de hacer □ ahí voy... sí, sí...

—Voy... no podía hablar □ a... trataba de controlar las palabras y dejarlas escapar, arrastrando las sílabas, hasta que soltó las últimas cuatro de un sólo golpe □ ¡acabar!

Diego soltó su carga en el interior de Karen, al mismo tiempo en que ella se redujo toda sobre su pene. Ambos estaban en perfecta sincronía, consumiéndose mutuamente al instante, quedando agotados y dominados por la fatiga de su sexo.

Karen, se dejó caer sobre él, soltando el peso completo de su peso sin decir nada. Diego, lo recibió con orgullo.

Karen y yo logramos amarnos como pareja aquella noche de ese jueves cualquiera en el cine de la casa. Habíamos logrado completar nuestra relación como dos personas casadas que se querían mutuamente. No había excusas ahora para no compartir como esposa y esposo después de eso. Estábamos a gusto con el otro y no teníamos que estar diciéndolo porque lo intuíamos, nuestros gestos, nuestra forma de respirar e incluso las palabras que obviábamos eran más que suficientes para definirlo.

Karen, tomó aire para hablar y agregó como si hubiese tenido una revelación.

—¿No acabaste dentro de mí? ¿Verdad?

Diego, sintió que había cometido un error; sí lo había hecho ¿acaso no podía?

—Este, sí... pero... estaba apenado. Se dejó llevar.

Karen, lo miró a los ojos, impávida, resistiéndose hasta que no pudo más y embozó una sonrisa acompañada con una sutil carcajada.

—Sólo bromeo. Ya lo sabía se dejó caer de nuevo sobre su cuerpo □ y no me importa, soy tu esposa, así que esto es normal.

Diego, sintió que todo su mundo se calmaba por completo, dejándolo flotando en un mar de calma. Estaba tranquilo, a gusto, todo parecía converger a la perfección con todo lo demás. Eso le hizo feliz.

Estábamos seguro que las cosas marcharían de maravilla luego de eso y, para ser honesto. No había nada que pudiera separarnos. Había otras cosas que no habíamos discutido: la posición de Vanessa, el hecho de hacer público nuestro matrimonio, el formar una familia completa.

Pero, era juntos insignificantes ahora que estábamos juntos de verdad. Aquella noche de ese jueves cualquiera, no habíamos dicho mucho, pero, lo entendimos todo. A partir de ese entonces, nada nos volvió a molestar. Y eso era el pináculo de nuestra felicidad.

UN FINAL DE CUENTO DE HADAS.

9

Entonces, Karen y yo continuamos con nuestras vidas; ahora, no había nada que nos detuviese, que nos hiciera sentir apartados el uno del otro. Luego de casi un año de una relación distante pero lo suficientemente cercana como para hacernos cada día feliz, entendimos que el lugar de los dos estaba en frente de cada uno.

Mi padre, tardó en aceptar que haberme casado de nuevo, aparte de que fue porqué él me había puesto esa condición, había sido lo mejor que pudo haberme pasado y en eso concordamos. No pasó mucho tiempo antes de que hiciéramos público nuestro casamiento en todos los medios; era un millonario cotizado así que casarme era algo que podría afectarle a ella. A pesar de no ser un artista, un actor o nada por el estilo, no importaba porque aun así pertenecíamos a esa parte de la sociedad en la que nos consideraban famosos.

Claro, mi popularidad subió hasta las nubes con lo que hizo la verdadera madre de Alfonso. Todos se preguntaron ¿quién iba a engañar a un hombre que podía darle el mundo? y eso fue lo que disparó el asunto. Ahora, diez años después, ella era asunto del pasado. Gracias a la custodia completa que las influencias de mi padre y las estupideces de la madre de Alfonso nos ganaron, Vanessa no forma parte de nuestras vidas. Nunca fue una buena madre para Alfonso, no cómo lo es Karen ahora.

Y yo, por otro lado, estaba segura de que todo lo que me había llevado hasta conocer a Diego, lo que me permitió reencontrarme con él aquel martes cualquiera, fue decisivo para mi futuro. No sabía que estaba buscando alguien con quien compartir mi vida, ni formar una familia. Antes de que los medios hicieran de él una figura aún más pública de lo que ya era, las cosas para mí eran sencillas. Tenía la edad de una mujer joven y que emprendía en su oficio; no había forma de que me preocupase por esas trivialidades.

Claro, en este punto de mi vida, no me arrepiento de lo que me consiguió haber entrado en aquella juguetería de la misma forma en que lo hacía cuando pasaba por alguna. De hecho, incluso pensé en hacerme de la vista gorda porque sentía que ya tenía suficientes juguetes en mi consultorio. Por

fortuna, no me resistí.

Entonces, esa es la versión de la historia, con unos pequeños ajustes, de cómo nos enamoramos. Karen, en ese entonces era una terapeuta soltera y yo un hombre que estaba atravesando por una etapa complicada de su vida. Las circunstancias nos hicieron reencontrarnos a pesar de habernos distanciado en el pasado y ahora, como una pareja completamente feliz...

—Te tenemos a ti. Le dijo Diego a su hija.

Karen y Diego estaban sentados junto a su hija en su cama.

—¿Y qué pasó después? preguntó la niña, acostada en su cama y abrazando sus sabanas.

—Bueno, tu mamá y yo nos amamos, conseguimos hacer que nuestra relación funcionara y recibimos uno de los mejores regalos de nuestras vidas. Diego, se acercó a su hija y le dio un beso en la frente □ una preciosa princesita.

—¿Te gustó tu cuento? preguntó Karen, embozando una sonrisa, al otro extremo de la cama.

—Sí aseveró la pequeña.

En ese momento, una voz adolescente sonó desde la puerta

—A mí me gustaba la otra versión.

Los dos voltearon hacia dónde provenía el sonido de aquella voz, levantándose para recibirlo con los brazos abiertos.

—¡Alfonso! exclamó la pequeña. □ Llegaste.

—Sí, tengo rato aquí dijo Alfonso, embozando una sonrisa y acercándose para saludar a sus padres. □ Hola mamá, papá.

—Alfonso. Dijo Karen.

—¿Por qué no avisaste que ya habías salido de la práctica de fútbol? preguntó Diego.

—Porque me quedé sin batería, pero el tío Daniel me trajo así que no hay problema.

Alfonso, cogió uno de los bancos de su hermana menor, y se sentó al lado de su cama.

—Mi versión es mejor.

—¿Cuál? ¿Ah? se le iluminaron los ojos □ ¿Me la vas a contar? dijo la niña pequeña.

—Puede ser, pero no tiene nada de príncipes ni princesas. Es más emocionante. Se acercó, como si le estuviese contando un secreto □ tiene acción, suspenso y más acción.

Karen y Diego, fueron apartándose lentamente de la cama, al notar que sus dos hijos iban a distraerse mutuamente. De esa forma, podrían irse a hacer lo que querían antes de que la noche se acabase.

—Pero no es un cuento de hadas.

—¿Y para qué querría yo contarte un cuento de hadas? preguntó Alfonso.

—Porque es mejor.

—Pero si papá no es un príncipe.

—¡Claro que sí lo es! vociferó la pequeña.

—¡Claro que no! replicó Alfonso.

—¡Claro que sí! aseveró la niña.

—Ey, sin gritar. Exclamó Diego.

—Ana, preciosa, no tienes que gritar. Dijo Karen, con una voz más tranquila que la de su esposo.

—Perdón dijo Ana, arrepentida.

Alfonso, se burló de ella, haciendo un mohín odioso con su rostro, propio de un niño.

—¡Mamá! dijo Ana, a punto de llorar porque su hermano no la dejaba tener la razón.

—Alfonso, no lo hagas respondió Karen, a pedido de su hija.

—Dile que papá si es un príncipe.

—No lo es. aseguró Alfonso.

Karen, se acercó a los dos, colocó su mano sobre el cabello sudado de su hijo y acercó sus labios a la frente de su hija para darle un beso.

—Querida, todos los hombres son príncipes ante los ojos de una mujer que los ama. Se apartó de los dos, le extendió la mano a Diego y se dejó abrazar y luego besar por él.

—Pero eso no sucedió así insistió Alfonso.

—Lo sabemos dijo Diego.

—Solamente estábamos contándole la historia a tu hermana para que se durmiera.

—¡Tiene des años! No debería necesitar un cuento para dormir.

—Y tú tienes catorce, no hay mucha diferencia dijo Ana, defendiéndose y sacándole la lengua a su hermano.

—Cállate.

Ambos niños invertían su tiempo dividiéndolo en dos etapas: disfrutando de la compañía del otro y discutiendo. Alfonso no negaba que quería a su hermana, ya que llegó en el momento justo en que él deseaba alguien con quien jugar. Su madre, Karen, le había regalado una de las cosas que el más recordaba que quería, un hermanito.

Karen y Diego observaban a sus dos hijos hablar el uno con el otro, intentando entender cómo llegaron hasta ahí. Entre los dos, se habían convencido que todo lo que habían hecho hasta ese momento fue lo mejor que les pudo haber ocurrido.

Al ver que sus dos pequeños estaban conversando apaciblemente, decidieron retirarse a continuar con su noche. La historia de un príncipe que había sido herido por el amor, que tenía que tomar la decisión más dura de su vida de la cual dependía la felicidad y la custodia de su hijo, no se apartaba mucho de la realidad.

Karen y Diego sí se conocieron cuando eran jóvenes, estudiando en el mismo colegio privado, en donde se habían hecho los mejores amigos e incluso llegaron a desarrollar sentimientos de amor por el otro, y todo iba de maravilla hasta que el padre de él, decidió que necesitaba estudiar en un internado propio para las personas de su clase social. Eso, lo obligó a separarse por tanto tiempo.

Diego, formaba parte de una prestigiosa familia con diversas empresas a su orden, llamadas Leonardia Inc. En honor a Leonardo Da Vinci. Él, era el heredero de su fortuna y, su padre, una persona arcaica, le exigía que debía estar casado y con un hijo que pudiera heredar su legado después de él si quería heredar él todo lo que su padre había trabajado.

Él, había hecho todo lo que su padre siempre le había pedido: se cambió de escuela cuando le obligó, se casó con la mujer que él consideraba apropiada y tuvo un bello hijo que llamó así en honor a su abuelo, de la misma forma en que su padre lo había hecho con él. Por un tiempo, tuvo una vida apacible y feliz que no podía negar, que le demostraba que cosas buenas le pasaban a los hombres buenos, hasta que le llegó la noticia de que su esposa, parte de la familia que poseía una inmensa red de empresas y dinero a su disposición, le había sido infiel.

Diego, tenía la intención de acomodar las cosas, de la misma forma en que lo contaba en su cuento, pero la soberbia e indiferencia de Vanessa, le arruinaron los planes. Así que pensó en divorciarse; algo que su padre no aprobaba.

El padre de Diego le había dado la condición de que, si se divorciaba, lo desheredaría, para que así no perdiese su parte de la fortuna que le daría. Él, hizo lo que pudo para poder convencerlo de que podía hacerlo funcionar, que era lo mejor para todos, dadas las circunstancias del adulterio de su esposa. Estuvo varios meses discutiendo con él hasta que por fin accedió a no desheredarlo con la condición de que se casara de nuevo e hiciera como que todo eso nunca sucedió y que le ayudaría a que ella no se quedara con nada.

La palabra de su padre de que no lo desheredaría, le servía para poder recurrir a él y no perder la custodia de su hijo en la corte ante el divorcio.

Era una gran noticia, los medios la habrían de seguirla. Eso era lo que quería evitar.

Diego, se encontraba en una encrucijada. Ahora, con la palabra de su padre de que no perdería su fortuna con la que pensaba darle la mejor vida a su hijo, debía conseguir una mujer que sustituyera a Vanessa; siendo ahí, cuando Karen apareció de nuevo en su vida. Se encontraron exactamente como lo habían descrito en la historia que le contaron a Ana, al igual que todo lo que llevaban contando, pero con unos sutiles cambios para hacerla más interesante.

La parte en que se mencionaba a Karen en el cuento de princesas y príncipes, no fue tan diferente. Ella era una mujer profesional que se había enterado de la desgarradora noticia de su mejor amigo de la infancia. Ella estaba segura que él se encontraba atravesando una etapa difícil en su vida.

Ambos, convergieron en el pasado y se separaron para volverse a reencontrar y definir un futuro juntos. Diego, logró casarse con una mujer que realmente lo amaba, quedarse con su fortuna y la custodia de su hijo y, a cambio, Karen se había ganado un hombre que la amaba y un hijo que la quería como si fuera su madre real. Al poco tiempo, llegó Ana.

Los años pasaron y su vida solamente cosechaba felicidad y triunfos. Era una relación normal, sólo que tenía cierto aspecto de historia de amor de príncipes y princesas que cualquiera hubiera querido tener.

Karen y Diego, se alejaron de la habitación perdiéndose entre los pasillos de aquella inmensa mansión, prácticamente igual al cuento para dormir que le habían contado a su hija.

—¿En realidad crees que soy un príncipe? preguntó Diego, caminando al lado de su esposa.

Karen, lo observó encantada, embozando una sonrisa de afirmación.

—Claro que lo pienso, eres el príncipe azul que cualquier mujer desea conocer.

Diego, sintió como se le inflaba el ego, para darle paso a la duda.

—¿Por qué le dirán príncipe azul? preguntó, como si fuese una epifanía.

—Cosas raras del pasado. Nada importante.

—Uhm... gesticuló Diego.

Ambos continuaron caminando por los pasillos sin rumbo en aquella casa enorme que tenía tanto para ofrecerles y nunca aburría. Y, mientras caminaban, tranquilamente abrazados, Karen pensó en el uso que podrían darle a esa historia que se habían inventado.

—Deberíamos escribir esa historia, creo que a la gente le gustaría.

—Querida, yo ya escribí ese cuento.

—¿En serio?

—Sí, la verdad, te la iba a mostrar después. La miró, soberbio □ ¿A caso crees que me había inventado todo eso ahí mismo?

—Sí, la verdad que sí. Aseveró.

—No, amor, ya eso está escrito.

—Vaya...

Karen, dejó la conversación ahí, dejándose llevar por la tranquilidad del momento.

—¿Quieres ver una película? preguntó Diego.

Karen, embozó una sonrisa traviesa, entendiendo a lo que eso quería aludir.

—¿Quieres ver una película ahora?

—Sí... sonrió Diego, con la misma intención traviesa de su esposa □ los niños están por dormirse, y la sala de cine está muy lejos de la habitación de Alfonso, así que levantó sus cejas proponiendo algo □ ¿por qué no?

—No sé... creo que deberíamos esperar un poco más.

—Podríamos preparar algo de comer mientras tanto. Tú sabes, para recordar el pasado.

—¿Un par de submarinos después del sexo? preguntó Karen, con una voz traviesa.

—Puede ser...

Ambos, sonrieron en complicidad, pensando en lo mismo, en lo que implicaba hacer eso, algo que se había convertido en un ritual desde la primera vez que tuvieron sexo juntos.

De repente, Karen se apartó de Diego y le dio una palmada en el hombro, reprendiéndolo por algo que había hecho.

—Ey ¿por qué me pegas? Exclamó, creyéndose inocente de los cargos.

—Por decirle a Ana que nos amamos con nuestros cuerpos. Masculló, como si estuviese molesta, entre dientes.

—Pero si eso fue lo que hicimos, no podía decirle que tuvimos sexo.

—Tiene diez años, Diego, ella ya puede pensar en eso. Hoy en día los niños están muy adelantados.

—Bueno, bueno, pero seguro no se dio cuenta. No te preocupes. se defendió □ además, no dije nada del otro mundo, solo mencioné lo que es verdad.

—¿Qué?

Diego, se acercó a ella, para hablarle al oído; le encantaba que le hicieran eso.

—Que de entre todas las formas que puedo amarte, esa es una de mis favoritas.

Karen sintió cómo una corriente le bajaba por la nuca y le recorría todo el cuerpo. Diego sabía que botón presionar y en qué momento hacerlo. Dejó escapar una risa culpable y nerviosa.

—Basta se apartó para ver a los lados, como si alguien la estuviese persiguiendo □ aquí no, que los niños pueden vernos.

—Pero Diego, volvió a insistirle, respirándole en el cuello.

Karen, decidida, se apartó lo suficiente para empujarlo.

—No vociferó □ aquí no dijo, amainando el ímpetu de sus palabras. □ Mejor seguimos con el plan.

Diego, se emocionó al entender sus palabras.

—¿Entonces si quieres ver una película? levantó la ceja derecha, con una mirada traviesa en los ojos.

—Claro que quiero ver una película respondió Karen, imitando el gesto de su esposo. □ Pero, quiero hacer algo.

—¿Hacer qué?

Karen se apartó y se dio la vuelta para ir por dónde venían.

—Ve a la cocina y prepara todo. Ya vengo. Dijo, acelerando el paso.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya vas a ver exclamó, alejándose más y más.

Diego, no sabía lo que su esposa quería hacer, pero, no le dio importancia y acató su petición. Se fue hasta la cocina y sacó todo lo que habían sacado aquella noche de aquel jueves cualquiera. Preparó los submarinos, sacó las botanas y las gaseosas, las palomitas de maíz. Había preparado de forma diligente, todo lo que se necesitaba para recrear el momento. En ese instante, Karen apareció de nuevo.

—Toc-toc dijo Karen, asomándose en el umbral de la puerta de la cocina.

Diego, levantó la mirada del emparedado que estaba preparando y se encontró con su esposa, con el cabello suelto, y el mismo vestido con el que lo habían hecho aquella noche. De igual forma, no tenía nada debajo que cubriera sus pezones erguidos. Sus piernas se veían iguales que hace diez años. Karen se dio la vuelta, para que su esposo la apreciara mejor.

—¿Te gusta? preguntó con una voz traviesa.

—Claro que me gusta...

—Pues me parece bien, porque me estoy muriendo del frío. Dijo Karen, interrumpiendo su postura sensual.

Se acercó a él y levantó su rostro para darle un beso. En lo que lo hizo, Diego le apretó las nalgas con fuerza, deseándola, intentando hacerla sentir poseída.

—Ay, príncipe Diego. Si es atrevido dijo Karen, entrando en papel.

—Disculpe, señorita Karen, solo estaba intentando...

—¿Intentando qué? ¿Príncipe Diego?

—Pues La tomó por la cintura, la pegó a él y le apretó de nuevo las nalgas. □ hacerla mía, señorita Karen.

Karen y Diego estaban acostumbrados a revivir aquella escena de su vida cada vez que les venía en gana. El ver una película se había vuelto algo especial para los dos, el hacer sándwiches submarinos, compartir del tazón de palomitas de maíz.

De igual forma que hicieron aquel día, cogieron las cosas en una bandeja y las llevaron hasta la sala de cine privado que Diego había mandado a pedir.

—Oye, ¿y cómo te fue con tu hermano? ¿Qué dijo del regalo? No me dijiste. Preguntó Diego, de forma casual.

—Ah, eso. Sí. Fue bien. Compramos unas cosas para que acondicionara su casa que dentro de unos días se la llevarán. Le acercó la mano llena de palomitas de maíz a la boca para que las comiera.

—¿Qué compró? preguntó masticando.

—Unos muebles, se introdujo sus palomitas en la boca □ unos estantes para la cocina.

—¿Y del regalo? ¿Qué dijo del regalo?

—Pues, le encantó.

—Lo sabía. dijo con orgullo □ ¿Le dijiste que lo elegí yo?

—Sí, dijo que, de hecho, se notaba que lo habías elegido tú.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque las modificaciones que le hiciste a la carrocería eran obvias que no las había elegido yo.

—Bueno, pues si lo hace ver genial ¿por qué no podía hacerlo?

Karen, resoplo, asertiva y dándole la razón a su esposo.

—Sí. Lo importante es que ahora está disfrutando de su nuevo coche y su nueva casa.

—Entonces le gustó el regalo de bodas dijo, como si no hubiese escuchado lo que Karen le había dicho.

—Sí... vaciló □ ya es todo un adulto dijo mirando con nostalgia al techo como si se tratase del pasado.

—¿Crees que le vaya tan bien como a nosotros? preguntó, para luego abrir la boca pidiendo palomitas.

Karen se las llevó para que las comiera.

—Sí, yo creo que sí.

Karen y Diego siguieron caminando hasta llegar la sala de proyecciones y se fueron directo hasta la cama en la que habían dormido aquella noche que lo hicieron por primera vez. Los dos, se sentaron como si nada en ella, viendo a la enorme pantalla en frente suyo y eligiendo la película que verían esa vez.

Y, mientras se sentaba a su lado, preparándose para ver la película y decidiéndose qué hacer primero, los dos comenzaron a besarse, recordando, evocando aquel entonces en que sus vidas comenzaron a tener sentido la una con la otra; convirtiendo una sencilla historia de dos personas enamoradas, de una mujer sencilla y de un hombre agraciado, en algo mágico, en algo especial porque ambos estaban dispuestos a hacer de ello todo lo que querían en realidad.

Diego, la abrazo mientras la besaba, sin intención de poseerla, no apresurado, no inquieto. Ella, se dejó sentir por el hombre que había jurado amarla años atrás; pocos para ser mucho y muchos para no ser suficientes.

—Te amo, Karen Petrel. Le susurró al oído, mientras la abrazaba.

—Y yo a ti, mi príncipe.

Diego, se sentía a gusto con las palabras de su esposa, de su amante, del amor de su vida. Estaba a gusto con las decisiones que había tomado, y, por algún

motivo, hasta agradecía las cosas que había hecho Vanessa y que le obligaron a tomarlas.

Y retomaron sus besos.

Diego, comenzó a tocarla, a tratar de calarla en su tacto, se sentirla y apoderarse de ella. Karen, lo dejaba, haciendo lo mismo porque a pesar del tiempo que tenían durmiendo juntos, conviviendo en armonía, aun le parecía irreal todo lo que les estaba haciendo felices.

Diego le apretaba el pecho, la cintura, el rostro... cada parte de su cuerpo, convirtiéndola en una zona erógena por el simple hecho de tocarle, y lo conseguía, porque para Karen, todo lo que él hiciera con ella era un deleite.

Ni ella ni nadie iba a entender jamás lo que motivó a Vanessa a hacer lo que había hecho, tampoco se lo preguntaron y mucho menos le daban la importancia adecuada para poder mencionarlo o siquiera pensar en ello; pero, Karen Petrel, ahora Karen de D' la Vega, estaba segura de que no cometería tal estupidez porque no había nada en otro hombre que no pudiera conseguir en ese masajeaba su cuerpo.

Diego, apartó de nuevo la bandeja lejos de peligro porque luego de terminar con lo que estaban haciendo, verían la película desnudos y comerían de sus bocadillos nocturnos. Comenzaron a desnudarse para dejarse poseer el uno del otro; no estaban teniendo sexo, se amaban con sus cuerpos, tal cual él lo había dicho.

Suavemente se tocaban acariciando sus rostros, sintiéndose cerca. Karen dejó que Diego le introdujese su alma, su existencia misma, en la de ella. De nuevo, eran uno. Se movían suavemente, sincronizando su respiración, afianzando esa conexión que llevaban teniendo desde tantos años atrás.

Abrazados, intercambiando fluidos; besándose, tocándose. Lo hacían pausada y sensualmente

Karen se agitaba, respiraba, se retorció entre sus brazos, con sus caricias. Los dos, querían sentirse, en silencio, sin nada más. Ella sobre él, sentada, moviéndose a un compás que no era suyo sino de ambos, mientras que Diego se dejaba encantar por sus gemidos, por su aroma tan embriagante y necesario. Estaban acostumbrados el uno del otro de tal forma que lo que era considerado monótono par amucho, se había hecho espectacular para ellos.

Y así estuvieron, por varios minutos, deleitándose con el cuerpo del otro.

Hasta que, de repente, Karen aceleró le paso, yendo un poco más rápido, insistiendo en que estaba a punto de llegar. Y, luego de un suspiro de éxtasis, los dos se dejaron caer en las sabanas color vino tinto.

—Eres increíble dijo Diego, agitado, a pesar de no haberse movido casi nada.

—Tú eres increíble. Karen lo miró □ me encanta cuando me haces llegar así.

Acostados, Karen sobre él, dejando que el aire seicara su sudor.

—Entonces, ¿quedaste satisfecha? preguntó Diego.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Diego levantó la cabeza para poder verla.

—Bueno, no es que no me haya gustado, pero, satisfecha, satisfecha hizo una pausa □ no creo que haya quedado.

Diego, se levantó, sacando su brazo de debajo de Karen y se sentó en la cama.

—¿Y tú? preguntó Karen, ignorando el hecho de que su esposo había cambiado de posición.

—Bueno... la verdad es que.

Karen, se levantó para verlo y saber por qué no le decía sus motivos.

—Woah, al parecer no estás listo entonces dijo, al ver que su hombre estaba todavía tenía energía.

—Sí, pero si tú estás satisfecha, entonces...

—Yo puedo aguantar un poco más.

—¿Y qué pasó con la película?

—Bueno, creo que puede esperar... Dijo Karen, embozando una sonrisa traviesa.

En su intimidad, las cosas eran diferentes. No eran el príncipe y la princesa del cuento de hadas que habían creado esa misma noche, pero, si eran dos personas que se amaban locamente. Ya no les importaba el pasado, ni el futuro, sólo el presente. Karen, estaba más que a gusto con su oficio, su familia y su esposo; Diego, tenía todo lo que alguna vez pudo querer o imaginar. Sus vidas estaban resueltas y habían marcado un final de una historia que apenas estaba cruzando a la siguiente etapa.

Como un cuento de hadas, se podría decir que culminaron con un matrimonio que los llevó a una felicidad que duró tanto como sus vidas. Tal vez por el dinero, su forma de ser o el simple hecho de amarse. Aquel cuento que vivían, era más que eso. Si fue eterno, no lo supieron, si no era el correcto, no les importaba. Mientras se poseían mutuamente, de nuevo, en aquella sala de cine, a la luz de una inmensa pantalla, la verdad, nada les importaba.

En ese momento, podían decir que así terminó su historia; el final perfecto de algo que realmente, no estaba ni cerca de acabar.

Título 10

Héroe Billonario

Acción, Romance y Erótica con la Modelo y el Millonario

1

Se podría decir que soy afortunado por tener este coche en el que estoy, corriendo a toda velocidad, observando los otros vehículos pasar rápidamente hacia mi porque me hallo en dirección contraria, yendo a toda velocidad hacia lo que podría ser la resolución positiva o negativa de todos mis problemas. Y, ¿exactamente cuáles son esos problemas?

No estoy seguro si puedo ofrecerles ese tipo de información sin que antes entren en contexto. No voy a explicar paso por paso ni de forma regresiva lo que me sucedió para que veas que soy un tipo bueno con buenas intenciones y con el corazón abierto al amor.

Sería mentira si te encuentras con esa clase de argumentos en una narrativa tan vacía como decepcionante. Sí, estoy consciente de que no soy real, de que en este momento sólo ves a un hombre en un coche yendo en dirección opuesta; tal vez, incluso, hasta no te hayas imaginado que estoy desesperado, y un tanto golpeado también, pero, sabes, ¿Por qué no intentas seguir leyendo y luego me dices si te gustó o no?

Claro, a pesar de dar constancia de ello, de que no estoy aquí ni allá y, tal vez a pesar de decirte el lugar en donde se desenvuelvan los hechos o el país en el que me encuentro, todo dependerá de las cosas que tú puedas visualizar porque no soy muchos detalles de ello; espectador desconocido al cual no sé cómo referirme

¿De qué forma puedo referirme a ti de la manera más neutra? No importa,

mejor no lo hago. Por otro lado, no me expresaré mucho de esta forma porque sería agobiante y tú quieres disfrutar de una buena historia. Soy parte de una buena ficción, no te arrepentirás.

Bien, cómo estaba diciendo: estoy bastante agradecido por haber tenido los recursos necesarios para comprarme este coche ya que es bastante veloz, aerodinámico, incluso, me está diciendo justo ahora (porque el coche habla con una voz muy amigable) que hay muchos obstáculos en frente, mientras me va mostrando los demás vehículos haciendo maniobras peligrosas para no estrellarse contra mi porque no me esperaban ¿quién lo haría?

Bueno, la verdad, no estoy diciéndote mucho al contar esto y tal vez no estés a gusto con lo que lees. Me temo que tendré que comenzar con: *Varios meses atrás...* recurriendo a un recurso aburrido que determine el pasado, pero, es eso o «érase una vez».

Varios meses atrás, en un momento de mi vida en el que había decidido que bajar la guardia sería lo mejor que podría hacer para disfrutar de mi tiempo libre, ignoré los eventos por venir y que yo no era un hombre sin temores, o mucho menos invencible. Por lo tanto, dejé de lado una actitud cuidadosa que me permitía mantenerme al margen de los problemas, lo que le abrió paso a una serie de eventos desafortunados que me llevaron hasta el punto en que comencé a narrarte mi historia; allá por el capítulo uno.

Ya para ese entonces las cosas se fueron haciendo un poco extrañas; hubo un cambio abrupto en la forma en que vivía, en la que disfrutaba mi vida la cual me puso en una posición de extrema comodidad y que a pesar de no ser la causante de todos esos problemas porque, de no haber sucedido, los eventos se hubieran desenvuelto de otra forma peor, no involucrando a los mismos personajes, aunque sí con un mismo resultado desagradable, debido a que me busqué ese problema casi como si se tratara de un juego; sí lo complico de forma agresiva.

Una persona de mi posición sabe que nada es gratis en esta vida. No importa si eres bueno, malo; el mundo se las arreglará para joderte y no te queda de otra que resistir el golpe. Y eso fue lo que me pasó: el mundo quiso darme su mejor golpe al hacer colisionar mi pasado y mi futuro contra mi presente. Lo que desató una desgracia.

En esta vista al pasado, en ese momento tranquilo de mi vida, me estaba despertando cómo todos los días lo hacía, con una mujer que no conocía, realmente hermosa, con la que probablemente había disfrutado toda la noche. Solían ser modelos, periodistas, algunas actrices y una que otra figura importante de algún país cualquiera; algo normal para mi.

El dolor de cabeza era insoportable, señal de que había disfrutado algo que no recordaría por un tiempo y que me hacía entender, de cierta forma, que estaba aprovechando mi vida al máximo.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba en un hotel, lo supe por la forma en que todo estaba iluminado, en que las cosas parecían sacadas de una revista y porque tenía ese olor a lugar ajeno que no sueles encontrar en tu hogar. Así que, luego de darme cuenta de dónde me encontraba, bajé la mirada

y vi un hermoso par de nalgas que se asomaban de entre las sabanas. El resto del cuerpo probablemente estaba por ahí, sólo que no lo veía.

Asumí de inmediato al ver cómo dibujaban un hermoso corazón, que me había acostado con ella. Reprimí el deseo de tocarlas para no despertarla e intenté levantarme con cuidado. Estaba tratando de hacer la menor cantidad de movimientos bruscos para que aquella cama no se moviera, así, no tendría que despedirme de ella o darle alguna explicación de por qué me iba. Aunque, justo en ese momento, alguien comenzó a gritar al otro lado de la puerta de la habitación.

—¡Despierta, hombre! ¡Estoy esperando por ti!

El grito, me obligó a dar un salto de sorpresa que hizo que la cama temblara lo suficiente para despertar la mujer a mi lado.

—Maldición murmuré, tratando de no gritar.

—¡Lewies! Sé que estás ahí decía mientras golpeaba la puerta con la palma de la mano □ no me obligues a tirar esta puerta. ¡Sé que estás ahí con esa puta! ¡Despierta!

Mientras más hablaba, más rápido me movía. Logré bajarme de la cama y le di un rápido vistazo a la atractiva chica a mi izquierda. Se había comenzado a mover, no estaba despierta todavía, pero parecía que si seguían gritando se despertaría en cualquier momento. Así que miré a mi alrededor para buscar lo que tenía puesto la noche anterior y poder salir de ahí.

Sabía que lo había puesto por algún lado, así que comencé a moverme por toda la habitación para encontrarlo. Primero encontré mi camisa, la cual me puse para agilizar la búsqueda y no tenerla en la mano. Luego los zapatos, mi ropa interior, y así sucesivamente.

—¿Dónde están esos malditos pantalones? me dije, cómo si pudiera recordarlo.

—¡Lewies! Seguía gritando desde el pasillo.

—¡Ajá! dije al encontrar mis pantalones sobre la mesa del mini bar.

Los cogí y fui lo más rápido hasta la puerta.

Hice lo que cualquiera habría hecho en esas circunstancias: me levanté, cogí mis cosas y me fui sin despedirme, sin siquiera saber el nombre de la chica

con la que me había acostado. Claro, es probable que me lo haya dicho la noche anterior, pero en ese momento no me acordaba ni de cómo había llegado hasta ahí. No pensé en absolutamente nada, mas que en salir tan rápido como pudiese, mientras me colocaba, apresurado, el bóxer para no estar allá afuera completamente desnudo.

—¡Lewies, sé que estás ahí ven y... y antes de que terminara su oración, abrí la puerta e hizo silencio □ oh, amigo, estás despierto

—¿Qué demonios te sucede? le dije, cerrando la puerta mientras le daba la espalda a la gritona y viendo si la chica que estaba dormida se había despertado. □ ¿Tienes que hacer ese escándalo?

—Bueno. Cómo no salías, pensé que lo mejor que podía hacer era usar el procedimiento habitual con el que siempre sales de inmediato.

—¿Gritar como una loca?

—Exactamente. Chasqueó los dedos y sonrió como si se tratara de un juego.

Me colocaba el pantalón mientras hablábamos, al mismo tiempo en el que observaba a mi alrededor para ver a las personas entrometidas que querían saber por qué lo gritos.

—¿Acaso estás loca? Las personas van a pensar que...

—¿Pensar qué? levantó de nuevo la voz, como si estuviésemos teniendo una discusión real □ ¿Qué no sé qué me engañas con una cualquiera? ¿Eso no es lo que quieres que piensen?

Me llevé la mano a la frente, avergonzado por la humillación a la que ella me estaba sometiendo con sus gritos, su escándalo y su falta de pudor.

—¡Estefanía! ¡Cállate! miré de nuevo alrededor, observando esta vez a las personas que se detuvieron para enterrar sus ojos en nosotros.

Terminé de vestirme y la cogí por el brazo para apartarnos de la puerta y de los demás.

—¡Joder! agregué mientras la obligaba a caminar □ ¿por qué siempre tienes que hacer cosas cómo esas?

—Bueno se serenó y embozó una sonrisa. Lo hacía cada vez para molestarme □ porque es divertido se río con descaro.

—¿Y tienes que armar un escándalo para eso? ¿No podías llamar a la puerta

como una persona normal? ¿Qué se yo... servicio al cuarto o algo así? Ya te dije que no me gustaba que hicieras eso.

—¿Habrías salido a tiempo?

—¿A tiempo de qué?

Se soltó de mi mano y nos detuvimos en medio de uno de los pasillos, un poco más lejos de donde estábamos ya.

—De que tuvieras que hablarle a aquella chica. Me miró cómo si estuviese analizándome □ no te acuerdas siquiera de su nombre ¿verdad?

—Uhm fue lo único que pude decir.

—¡Aja! ¿Ves? A eso me refiero apartó su mirada de mi, dando por ganada la discusión y comenzando a caminar. □ Prácticamente te ayudé a escapar del gran problema que resulta socializar y dar explicaciones. Sabes que te hice un favor.

No tenía ninguna respuesta para eso, de alguna forma tenía razón. ¿De cuál forma? Bueno, de esas en las que se tiene razón; tenía un punto precisamente porque ella me conocía.

—¿Para dónde vas?

—A desayunar dijo mirándome por sobre sus hombro derecho.

Así que retomé el paso, acelerándolo para alcanzarla.

—No, claro dije sarcásticamente al alcanzarla □ ahora gracias a tu gran apoyo, quedé como un patán que le es infiel a su mujer.

—Pero si así es más creíble, mi vida. Respondió llena de soberbia □ Debes aceptar lo que te toca. No puede estar huyéndole a la vida así cómo así. Evitando hablarles a las mujeres con las que te acuestas. Me miró como si fuera adarme un sermón □ ¿Sabes qué? Deberías ser como yo.

—¿Tú dices, tú dices? ¿En serio? dije impávido, como si en realidad estuviese considerándolo. Una forma de hablar con la que nos identificábamos mutuamente.

—¡Claro! Yo siempre converso con las chicas con las que me acuesto, no recurro a eso de huirles cuando me despierto. Es mejor, así conoces gente nueva vaciló □ incluso, hasta podrías conocer al amor de tu vida. ¿Quién sabe? levantó sus hombros.

—Puede ser acepté □ pero no será ahorita. Mientras Intenta usar otro método la próxima vez nos alejamos para dejar pasar a una pareja que venía en dirección contraria □

Mi amiga comenzó a marcar el paso de nuestra caminata, guiándonos por entre los pasillos hacía el ascensor. ¿Cómo lo sé? Porque ya había estado en ese hotel (creo que no hay hotel alguno en el que no haya estado ya), lo que faltaba saber era para donde íbamos.

—¿Qué querías de todos modos? agregué luego de un largo silencio.

—Desayunar contigo.

—¿Y por eso tenías que □ respiré profundo, para evitar molestarme, a lo que ella dejó escapar una atorrante carcajada.

—Ya dijo, como si se estuviera cansando del chiste sabes que te saqué de una. No llores

—Ay sí, como si no supiera como deshacerme de una mujer me defendí con sarcasmo.

—Oh levantó las manos de forma sarcástica, hablando del mismo modo, exagerando sus gestos y la forma en que hablaba □ disculpe usted, señor súper atractivo que coge mucho.

—Yo sí aseveré.

—Una que otra ayudadita no te hace daño aseguró □ , además ¿Acaso importa?

—Sí... intenté dar a entender mi punto

Es decir, yo, en particular, no quiero que las personas piensen que no soy un buen hombre que no sabe usar bien su fortuna. La verdad no tenía caso. No era como que fuera la gran cosa. Así que decidí resignarme

—No importa añadí.

Nos detuvimos ante el ascensor y lo llamamos.

En este momento, tal vez se estén preguntando quién es ella. Su nombre es Estefanía Love (ese no es su apellido, pero lo gusta que le digan así) y ha sido mi amiga desde hace ya varios años, de hecho, se podría decir que he compartido con ella todo lo que podría compartir con un gran compañero. Es como el hermano que nunca tuve, el amigo hombre que no quiero tener.

Compartimos prácticamente todo: casa, mi dinero, coches, vuelos... ¡todo! incluso las mujeres.

Claro está, eso es reciente. Antes no compartíamos las mujeres, sino desde hace unos dos o tres años para aquí. Estefanía, es una modelo, o, mejor dicho, una súper modelo, quien, después de diez años como tal, sintió que su mundo debía dar un giro extraordinario y comenzó una vida como una modelo lesbiana. No le interesan los derechos, las discusiones de género ni nada, sólo quería disfrutar de las mujeres tanto cómo cualquiera querría.

Nos conocimos cuando yo apenas estaba empezando a acumular mi gran fortuna y ella estaba buscando ser una actriz de cine. En Los Ángeles sueles encontrar personas con ese tipo de aspiraciones, yo, sólo estaba de paso. Coincidimos en un agradable restaurante de comida rápida porque ella no podía costearse otra cosa; mi excusa es que estaba intentando entender qué podría hacer con mi vida y encontré un lugar relativamente tranquilo en el cual relajarme en donde hubiera wifi gratis.

En ese entonces todo era un poco más simple para mí. Me encontraba sentado en una de las mesas para dos, con una bebida a mi derecha y un envoltorio de hamburguesa vacío. Estaba usando el computador, analizando la bolsa, conversando con las personas adecuadas para tener una buena lista de contactos importantes y escribiendo algo así como una lista de metas. En ese instante, en medio de: «comprarme una buena casa» y «ayudar a una persona o familia necesitada», algunas acciones bajando y otras subiendo; apareció ella.

—Hola guapo, ¿puedo sentarme contigo? dijo, en un perfecto inglés. No entendí su motivación en ese entonces.

Cuando la vi por primera vez, supe de inmediato que era hermosa. Sí, de eso no cabe duda, tenía futuro como modelo, aunque, ese día, en aquel restaurante, serlo no estaba dentro de sus planes. Estaba parcialmente bien vestida, lo típico que vez en una ciudad con playas.

Shorts cortos, una franela vieja, unos lentes de sol y unas zapatillas deportivas normales. No perdí tiempo en preguntarme quien era, en ese momento no me importaba. No tenía mucha acción con otras mujeres ni tenía la intención de conocer alguna, por lo cual le respondí de la forma más casual que se me pudo ocurrir.

—Este. vacilé □ No sé ¿Quieres algo? le dije, pensando que podría estar

pidiéndome comida.

—Te lo acabo de decir. respondió, como si fuera muy obvio □ pues sentarme ¿qué más?

Miré a mi alrededor, percatándome que había otras mesas vacías en la que ella podría ocupar espacio. Así que la miré a los ojos y traté de hacerla irse.

—¿Es estrictamente necesario?

—No lo es, pero no quiero comer sola dijo suplicante.

—¿Qué comida? dije bajando mi mirada para demostrarle que no tenía nada en sus manos para comer □ no has comprado nada.

—No te preocupes, primor, que no tengo intención de pedirte. Sólo quiero sentarme ¿puedo?

Me dio la impresión de que continuaría insistiendo si me seguía negando, así que respiré profundo y le asentí con la cabeza. Ella, embozó una sonrisa de alegría, sabiendo que de todos modos se sentaría ahora que la conozco, sé que lo habría hecho □ . Yo, al darme cuenta que había cumplido con su petición, bajé mi mirada y continué con lo mío.

—¿Y qué haces? preguntó luego de unos segundos de silencio.

—Trabajando □ respondí a secas, sin apartar mi mirada de la pantalla.

—Oh trabajando simuló sorpresa □ vaya. ¿Y qué más?

—Otras cosas; escribiendo comencé a puntuar sin quitar la mirada de la pantalla, sin dejar de empujar mis dedos contra el teclado □ chateando, viendo cosas.

—¿Algo importen?

—Sí.

—¿Puedo ver?

Levanté mi mirada, impávido, sabiendo que podría demostrar que me estaba fastidiando, pero sin hacerlo porque soy todo un caballero, y la vi directamente a los ojos, tratando de entender qué quería.

—¿Para qué quieres saber?

—Bueno, estoy aburrida y quiero hablar con alguien

—¿No querías sentarte y ya?

—Sí, pero eso implica que quiero estar con otra persona movió sus hombros y bajó su tono de voz a uno más pasivo □ tú sabes, hablar.

Luego de pensar las muchas formas en las que podría evitar que eso sucediera, decidí que lo mejor que podría hacer era eso, hablar. En ese momento no sabía qué hacer, así que sencillamente traté de estar en onda, tú sabes, ser buena persona con un desconocido, dar una limosna, escuchar a un anciano que sólo quiere hablar... lo normal. En su caso, tal vez era lo que ella necesitaba.

—¿De qué quieres hablar?

—No sé, de lo que sea respondió con indiferencia □ De cualquier cosa que sea el mejor tema posible dentro de todos los males temas que se te puedan ocurrir.

La forma en que hablaba era un poco nihilista ¿y si se quería suicidar?

—¿Sucedo algo?

—Bueno, no mucho, pero, no quiero molestarte con los detalles. ¿es importante? Puede ser, pero, por ahora lo que importa es que puedo hablar contigo. Claro, si no te molesta.

—Ya me has interrumpido dos veces, te sentaste en mi mesa y ¿Ahora me dices que o quieres molestarme? Creo que ya es muy tarde. Bajé la pantalla de mi computador portátil. En sus ojos comenzaba a evidenciarse que se estaba arrepintiendo, que no le gustó la forma en que le respondí □ Ahora yo también quiero hablar agregué, sonriendo y dándole un brillo de esperanza a sus gestos.

Estefanía embozó una sonrisa de alegría, cómo si hubiese hecho algo bueno por ella.

—Entonces dime agregué □ ¿de qué quieres hablar?

Se podría decir que justo en ese momento comenzó nuestra gran amistad. Durante varias horas estuvimos hablando de lo que pasaba con el otro. Ella me contó por qué se había mudado a LA y qué estaba planeando hacer con su vida. Yo le dije lo que hacía, luego de que comencé a sentirme un poco cómodo con ella; le comenté cuales eran mis planes para el futuro, qué estaba haciendo ahí... la puse al día.

En aquel entonces yo no tenía ningún amigo, no conocía a nadie en la ciudad, había dejado mi vieja casa luego de que mis padres murieran y no quedaba nadie de mi familia con la cual pudiera socializar. Todos, o habían desaparecido sin dejar rastros o los había matado algún problema con la mafia, la delincuencia, las drogas o lo que sea que pueda matar a alguien si se lo busca.

Ella, había llegado en una etapa de mi vida en la que necesitaba una segunda opinión. Yo no tenía todo el dinero que tengo ahora, pero sí me las había arreglado para reunir unos cuantos miles de dólares para estar cómodo, así que, luego de unas cuatro horas de conversación, otro pedido en el restaurante y un salto a un bar cercano bastante cercano del restaurante familiar □ Estefanía y yo quedamos con que, si nos encontrábamos en el futuro, podríamos intentar ser amigos.

Yo no tenía interés en ninguna pareja y ella no tenía interés en acostarse conmigo. No sé por qué, pero sus palabras fueron muy claras:

—No te hablo porque quiera acostarme contigo, por cierto aseveró, tomándome por sorpresa.

—¡Woah! exclamé, levantando las manos como si estuviera calmando una fiera salvaje □ ¿Quién está hablando de eso?

—Tengo que avisarte que no soy una mujer fácil agregó □ y que no me senté contigo porque quiera tener sexo ni nada. Sólo digo ¿sabes? Tengo que estar segura que sólo estamos teniendo una conversación amistosa.

—Ya va, un momento... hice una pausa para tragar saliva □ Calma... ni siquiera había pensado en ello.

—No sé, sólo digo. Es por si acaso, para que no te hagas de ilusiones conmigo.

Fue muy clara.

Los años pasaron y yo me las arreglé para encontrar mucho más dinero. Por cierto, no te contaré la aburrida historia de cómo me hice millonario apostando, invirtiendo y haciendo tratos con las personas indicadas. Ni de cómo salí desde el fondo de la sociedad hasta llegar al tope del capitalismo salvaje, en donde nada es enteramente tuyo y puedes consumir cuanto te plazca; y es porque eso es algo innecesario, de hecho, te lo acabo de resumir.

Para ser honesto contigo, no me importa mucho lo que tuve que hacer ni lo que hice porque la vida carece de significado. Cuando te encuentras en el borde, aprendes a subsistir en un universo del cual no tienes control alguno, dejando de creer que tus problemas son inmensos, cuando en verdad no importan, porque nada importa; sólo te queda vivir la vida, puede que invirtiendo tu tiempo en tratar de entenderla infructíferamente, o aprovechando lo que te toca. Eso lo aprendí meses antes de estar manejando en contra del tráfico.

Durante mucho tiempo en mi vida, acepté el hecho de que las cosas no existían para mí ni yo estaba destinado a ser nada grande. Eso lo aprendí en medio de un cruce de disparos en un barrio bajo al que no quiero regresar. Sí les diré en qué consistía, porque, de hecho, eso es importante para la historia.

Sucedió cuando tenía diez años. En ese entonces vivía en un sutil barrio italiano que se encontraba dominado por la mafia, una organización desagradable que se alimentaba de la pobreza y del tráfico de drogas.

Yo me encontraba en medio de la calle, tendido en el suelo mientras lloraba del miedo por el fragor de los cañones de pistola estallando uno contra otros para ajustar cuentas. Creo que es importante mencionar que cada bando tenía su propio nombre, sus propias motivaciones; uno se hacía llamar la Cosa Nostra y la otra 'Ndrangheta; dos de las familias mafiosas más influyentes de toda Italia, y, ¿saben qué? Yo no estaba interesado en nada de ello. Todos quería formar parte de algo importante, de coger su rebanada del pastel como si fuese algo importante.

Yo era de ese grupo de personas que nos veíamos afectados por los problemas, por lo que la vida del crimen te hacía vivir y, en medio de ese intercambio de balas, de ese ajuste de cuentas sin pagar, de drogas sin consumir, me percaté de que la vida era un sencillo juego de azar del que no tenía ni la más mínima posibilidad de ganar si continuaba encerrado en aquel infierno.

La relación que guardaba con todo ello, que por ahora no tengo razones para mencionar, fueron el catalizador de toda esta historia.

Se podría decir que eso es todo, porque no necesito darte más detalles de lo que sucedió en ese entonces. Una de las cosas que te gustaría saber es que no morí, como ya has visto. Por ahora, lo mejor es dejar todo esto de lado, continuar con el relato de cómo conocí a mi gran amiga Estefanía.

Bueno, como estaba diciendo; luego de eso, de lograr conseguir mi fortuna trabajando arduamente, ella y yo nos volvimos a encontrar.

Estefanía estaba igual de bella que aquel entonces, ambos nos reconocimos de inmediato. Nos encontramos en un bar de Noruega, tan lejos de Los Ángeles como nuestro interés y la suma coincidencia podía llevarnos a encontrar. Habían pasado dos años desde el día que dijimos que si nos encontrábamos seríamos amigos para siempre la cosa más infantil que pudimos haber hecho pero, estábamos ebrios ¿qué esperas? Y ahí cerramos el trato.

—Amigo Lewies, ¡Qué extravagante sorpresa! dijo, habiendo cambiado su acento por completo, hablando de forma pretenciosa y con una sonrisa de oreja a oreja.

Empecé una sonrisa y nos abrazamos como si fuésemos amigos de toda la vida. Traté de ignorar por completo el cambio repentino en su forma de hablar. Lo bueno es que fue sólo una etapa.

—No que lo digas dije mientras estábamos abrazados □ ¿qué haces aquí? Estás muy lejos de Los Ángeles.

—¿Qué haces tú aquí? enfatizó □ yo estoy trabajando alrededor de mundo. La vida de la fama y el éxito me trajo.

—Negocios...

—No pudo decir que no me esperaba esa respuesta. ¿Mucho éxito? Su acento seguía pareciéndome demasiado extraño, pensé que tal vez lo tuvo todo el tiempo y yo no lo recordaba. Traté de ignorarlo, concentrarme en el reencuentro.

—Se podría decir que sí.

Empecé una sonrisa, me dejé llevar. Dejamos nuestras obligaciones, aquellas que nos habían llevado hasta allá y no sentamos luego para continuar la conversación que tuvimos dos años atrás.

—¿Ya eres una modelo exitosa?

—¿Qué preguntas son esas? dijo, cómo su fuese demasiado obvio que sí.

—Bueno, no he estado muy atento al mundo del espectáculo, el dinero no se hace sólo ¿sabes? Tengo que estar pendiente de él.

—¡Claro que soy una modelo exitosa! ¿Acaso no me ves toda espectacular? se

levantó de la silla en la que estaba y movió su cintura mientras deslizaba sus manos por su silueta.

—Bueno, tienes una que otra cosa que antes no tenías.

—No me he hecho ninguna cirugía dejó caer sus hombros decepcionada y se sentó de nuevo. □ si eso es lo que insinúas cogió el vaso que tenía en frente, y bebió de él.

—Jajá, no, para nada. Lo digo por la ropa. hice lo mismo con mi vaso □ la última vez que te vi te vestías como una adolescente.

—Era una adolescente. señaló □ obvio que debía vestirme como tal, tenía a penas dieciocho años.

—Ah, no, claro, ahora como han pasado dos años eres una mujer completamente diferente. Como tienes veinte años, eres mucho más madura.

—Sí aclaró, luego de sorber de nuevo de su vaso □ , pues estoy el en el pináculo de mi juventud. Además aseguró, colocando el vaso en la mesa y haciendo una pausa para tragar.

—No digo lo contrario, del resto, te ves exactamente igual. No has cambiado nada.

—Lu, han pasado dos años, no una eternidad. Claro que no he cambiado nada. Dijo con odiosidad. Tu también sigues igual, si eso es lo que quieres que te diga. volvió a sorber de su bebida.

—Vale, está bien, no digo nada. Aunque creí que eras más crecidita. Ahora que sé que tienes veinte, no te veo como una adulta bromeé

—¡Claro que soy una adulta! ¡Tú eres un niño!

—Soy mayor que tú, Estef.

—A ver, me retó, levantando la barbilla □ ¿por cuanto?

—Por dos años.

—A penas tienes veintidós años. ¡Ja! Eso no es nada aseveró muy orgullosa □ háblame cuando sean diez años de diferencia. Estamos en el mismo espectro, prácticamente somos del mismo año.

—No lo somos, si fuéramos del mismo año tendríamos la misma edad ¿no crees?

—¡Cállate! vociferó malcriada.

Y de esa forma nos pusimos al día entre bromas y tragos. Desde entonces, no hemos dejado de encontrarnos, de salir juntos, de compartir prácticamente todo. Por un lado, no me arrepiento de ello, de conocerla, porque, de alguna forma, todo lo que sucedió, directa o indirectamente, ha estado relacionado. Claro, no es como que el destino estuviese escrito (¿qué gracioso no? «escrito») sino que un evento llevó al otro, y al otro; obligándonos a relacionarnos, a conocer a las mismas personas.

De hecho, su papel es insignificante en el problema, porque, es incluso probable que algunas cosas hubieran sucedido sin que ella estuviese involucrada. No la culpo, ella no hizo nada malo, casi todo depende de mi y por aquello que hice es que ahora estoy en este increíble coche manejando a toda velocidad buscando a resolver mis problemas. Tal vez te estés preguntando: ¿qué tiene que ver Estefanía? Bueno, eso vendrá por partes. ¡Hago lo que puedo para mantener mis relatos en orden!

Disculpa, me alteré.

Luego de que llamamos el ascensor, Estefanía y yo fuimos hasta el comedor, en donde estaba esperándonos un gran bufete de desayuno en el que podíamos elegir lo que quisiéramos hechos por las manos de grandes cocineros. Lo sé porque parte de mi dinero estaba invertido en ese lugar.

En lo que llegamos a la mesa con la comida, ella eligió unos panqueques gruesos y esponjosos, tanto que parecían unos globos; unos waffles, tres tipos diferentes de frutas cortadas en perfectos cubos y una malteada de fresa con chocolate, demostrándole al mundo, y a aquellos que la reconocían en el comedor, que ella nunca se preocupaba por su peso; tenía esa envidiable condición de metabolismo acelerado que muchas de las mujeres con las que trabaja no. Yo cogí lo primero que vi sin pensar demasiado al respecto.

Fuimos hasta nuestra mesa y nos sentamos a comer.

—Y ¿tu noche cómo estuvo? me preguntó mientras masticaba su melocotón fresco cortado en perfectos cubos.

—Pues, no lo recuerdo. yo comía mi desayuno nada relevante □ ¿Y la tuya? pregunté mirándola a los ojos.

—¡Ja! estaba esperando a que le hiciera esa pregunta □ ¡Pues estuvo bien rica! La chica con la que me fui anoche, hum, hum pronunció aquellas

interjecciones como si estuviese degustando el recuerdo como si fuese un bocadillo □ estupenda, te digo. y alargando cada silaba de esa palabra, la repitió: □ estupenda. Sí que sabe cómo tratar a una mujer.

—¿Acaso no todas las mujeres lo hacen? le dije, retomando mi concentración en mi succulento y nada especial desayuno.

—Estoy tratando de contarte algo. ¿Podrías dejar de ser tan irrespetuoso y no interrumpirme?

—Está bien, está bien.

—¿Quieres saber lo que hicimos? me pregunto con un tono de voz travieso. Se notaba que estaba entusiasmada por contarlo. Yo no podía privarla de esa emoción suya. Así que, sólo me tocaba asentir y aceptar mi terrible destino.

—¿Puedo negarme?

—No.

—Entonces, ¿Para qué preguntas?

—Solo quería demostrar que sí tengo modales, no como tú, que me interrumpes cuando hablo eso dijo, mientras hablaba con la boca llena de waffles.

—Muy propio de ti, decir eso mientras haces eso.

—¿Qué? Sigo teniendo más educación que tú. Aseveró, luego de dejar de masticar para hablar.

—Bueno, ¿me vas a contar o no? vociferé, tratando de hacerla cambiar de tema. Si se molestaba, cabía la posibilidad de que dejara de hablar de eso, pero, ella nunca se molestaba, ese es el problema.

Embozó una sonrisa de tal forma que no parecía querer borrarla, se notaba que estaba a punto de contar algo que la haría increíblemente feliz.

—Cuando la conocí, creí que era una chica más

—Aja... mascullé, tratando de ser atorrante. Luego, me reí por la broma y ella me miró con desprecio.

Cogió su tenedor sin quitarme la vista y lo metió en su boca, con unos trozos de panqueques, de waffles y unas fresas que venían con el plato. No eran parte de las frutas que había cogido.

—Y creí que no sería nada especial agregó, luego de levantarme la ceja y perforarme la frente con la mirada. □ Que hablaría un rato con una chica cualquiera. No era un gay, así que no había forma de que me encontrara con una mujer así, de hecho, incluso creo que no lo es.

—¿Le cambiaste la orientación sexual en una noche? dije, entre una sorpresa real y un chiste mal dicho. Ambos eran reales, pero más que todo el chiste.

—No sé dijo, ignorando mi sarcasmo □ sólo sé que cuando creía que todo estaba por acabar, me entregó su número, según, que para hablar más, porque eso fue lo que más hicimos,

—Ya va...

—¿Qué? ¿Qué no entiendes?

—¿No me ibas a contar cómo era en la cama?

—Sí, sí, todo a su momento.

Le gustaba alargar sus relatos. Todo el tiempo era lo mismo, cada vez que conocía a una mujer diferente, me explicaba por qué era especial y diferente. Al principio, creí que sólo era una manía suya por enamorarse fácilmente, claro, ella nunca fue enamoradiza, no antes de ser lesbiana, hasta que entendí que solamente era porque, cada mujer era un mundo diferente.

Una vez me dijo:

—Las mujeres, no importa qué tan lesbianas o hetero sea, si son pasivas o activas

—¿Las mujeres son pasivas y activas? ¿Eso no era una diferencia entre hombres? la miré confundido □ Tú sabes, eso de meter o dejarse meter.

—Sí, o no, no sé, no salgo con muchos hombres gay, mi único amigo hombre eres tú y porque me caes bien, pero es para resaltar mi punto. Lo que quise decir es que no importa si son sumisas o dominantes aclaró □ ¿Mejor?

—Supongo.

—Bueno, no importa, siempre enfatizó y volvió a repetir □ , siempre, serán diferente. Por lo menos en algo. No importa que digan que les gusta, o qué crean. El sexo con nosotras mismas es distinto porque cada una lo siente todo a su manera.

—Eso tiene sentido. Los hombres somos aburridos.

—No sé. A mí me gustan. dijo, como si estuviese tratando de levantarme el ánimo.

—No lo suficiente.

—Eso es haría de otro costal, mi querido amigo. El puto es que lo que importa es que sepas que todas las mujeres somos un mundo diferente por explorar. El poder disfrutar de ellas es algo de lo que no puedo quejarme.

Su opinión acerca de ser lesbiana era muy clara. No tenía problema alguno con serlo, y yo no tenía ninguno con que lo fuese. Era divertido tener una amiga con la que no tuviese ninguna necesidad sexual, tal vez habría conseguido eso si fuese hetero, pero la verdad, ni en ese momento, ni en el pasado, jamás, intimamos de esa forma. Siempre hablábamos de sexo, de lo que hacíamos y nos gustaba, pero nunca lo hemos intentado con el otro.

A pesar de que no hemos estado de acuerdo, es decir, no lo hemos hablado como un tema serio, lo entendemos y esa es una de las razones por la cuales somos tan buenos amigos. Nos comprendemos mutuamente.

—Pero, Lewies, te digo, esa mujer es algo de otro mundo, nada como lo que he visto hasta ahora dijo de la mujer del bar, mientras tomaba un gran sorbo de la pajilla de su malteada □ Es increíble.

—Siempre dices eso de todas las mujeres, pareces un hombre cualquiera.

—Soy una dama.

—Una dama que le gustan otras damas más delicadas.

—¿Me estás diciendo machorra?

—No, te estoy diciendo patán. Seguro te olvidarás de ella le dije, sin levantar la mirada de mi succulento, nada especial, desayuno de reyes □ tal vez ni siquiera sepas su nombre.

—Se llama Karen.

—Bueno, eso es algo. Y... Sabía qué iba a decir, así que preferí adelantarme a los hechos.

—Sientes que la amas ¿Verdad?

—Esta vez sí es real, Lewies, lo es.

—Estef, dices eso de todas las mujeres que te hacen llegar al orgasmo. Y,

¿sabes qué? la miré, a punto de revelar un secreto sagrado.

—¿Qué? preguntó ella, como si realmente fuese un secreto sagrado.

—¡Todas las mujeres saben cómo hacer que otras mujeres lleguen al orgasmo! vociferé □ Eso quiere decir que estás enamorada de todas las mujeres existentes agregué, dejando caer mis brazos en la mesa para resaltar mi punto.

—Eso no es cierto.

—Niégamelo. Le reté.

—Lo acabo de hacer

—Uhm...

—Pero es cierto, Lu. Siento que con ella es diferente...

La miré queriéndole decir «¿en serio?», levantando mi ceja, bajando un poco mi cabeza para verla viéndola de reojo. El mensaje llegó tan claro como una carta escrita y leída en frente de su cara.

—¡Es en serio! aseveró, tan segura como todas las veces que me lo había dicho. □ Ya verás, ella será mi mujer para toda la vida.

—¿Entonces dejarás de acostarte con otras mujeres?

—Todavía no afirmé □ , a penas la estoy conociendo. Cuando nos volvamos a ver, te diré si realmente es la mujer de mi vida. Por ahora, estoy segura que lo es, no es como que «lo sea» dibujó unas comillas en el aire □ pero, es muy probable que lo sea. Esperemos a ver que sucede.

—Jajá, ¿ves? Eso se te pasará muy pronto.

Aquella velada matutina no se había terminado, ni yo he acabado de contarte lo que sucedió ahí. Es importante, pero esta historia tiene que avanzar ¿Sabes?

Tengo que hacer que te sientas interesado, así que me veré en la obligación de saltar en el tiempo como las películas que en cada una de sus escenas comienzan con nuestros héroes apareciendo de la nada, con otras ropas, en otra temporada del año y haciendo algo a lo que uno viene y se pregunta ¿exactamente por qué fueron hasta ahí? ¿Cuáles son sus razones? Sé que parece algo tonto, tanto hacerlo como mencionarlo, empero, quiero que me alcancen las palabras para poder contártelo todo.

Esta vez, como uno o dos días después de aquel desayuno, ya no estaba tan

tranquilo como creía que podría estarlo. Había ido a uno de mis tantos penthouse en Estados Unidos para recluirme en mi habitación y debatir conmigo mismo qué tipo de ropa llevar, cómo ir vestido, qué usar y por qué hacerlo. ¿Ves? Exactamente lo que te dije que iba a hacer: ir a otro lugar cambiando por completo lo que sucedía.

Era un prisionero de una monotonía disfrazada en lujos. Observaba mi gran guardarropa, tratando de entender qué podría verse bien en mí. Me estaba preparando para una recaudación de fondos importante que yo mismo había financiado y en la que había invitado a todas aquellas personas de la ONG que conocía, en donde ciento de ellas se encargaron en dar su aporte para apoyar, para hacerse conocer como los grandes inversionistas del futuro de los demás. Claro, no todos lo hacían con honestidad, pero eso a mi no me importaba.

No estaba acostumbrado a preocuparme por muchas cosas antes de que esto sucediera, o que incluso «esto» (y me refiero al evento con el coche) sucediese, la vida pasaba para mí como si estuviese untada con mantequilla. No había nada que me molestase o que hiciera que pensase más de una vez las cosas.

El dinero me había ofrecido tantas libertades y comodidades que prácticamente la vida me parecía insípida. No invertí mi tiempo en solo malgastar mi fortuna, evidentemente. También me instruí en diversas disciplinas el fin de hacer mi existencia menos vacía e insignificante a pesar de que eso es algo con lo que no se pueda combatir.

Era evidente que necesitaba dominar todo tipo de actividades para mantenerme distraído: aprender, estudiar, ser capaz y ser bueno en cuantas cosas pudiera, con le fin de no encerrarme en mi casa como el ser humano asocial que soy; para que, de ese modo, en este caso hipotético, comenzara a ver la vida pasar ante mis ojos mientras evitase entregarme a la nada para cuestionar, contemplar, entre muchas otras cosas, mi propia existencia e insignificancia, como lo dijo Blaise Pascal.

Además, no creas, sí tenía otras cosas con las cuales distraerme: venganza, éxito, ajustar cuentas, salvar vidas. Así que, no había motivos para recurrir a ello.

Pero, a pesar de todo eso, el asunto que giraba en torno a la recaudación de fondos tomaba mucho de mi interés y atención. Así que, para poder dejar de pensar en eso, me introduje en el guardarropa (una habitación completa sólo

para ello) y comencé a desordenarlo todo, intentando encontrar la prenda adecuada para la ocasión.

En pocos minutos, tanto corbatas, camisas como pantalones estaban ya esparcidas por el suelo, en la mesa (porque hay una mesa en el medio de mi closet, como una isla), las gavetas y las puertas abiertas. Todo era un desastre, al igual que mi cabeza y mis emociones.

Juraba que los sonidos de la calle penetraban las ventanas de veinte centímetros de grosor a pesar de que no había forma lógica de que lo hicieran, pero estaba estresado, inconforme con todo lo que me probaba porque sentía que no era apropiado para el momento ni nada por el estilo.

La recaudación de fondos era lo de menos, lo que importaba era lo que eso significaba. E incluso ello, era algo con lo que podía lidiar, pero, por algún motivo me estaba dejando dominar. Creo que es justo, todos nos permitimos momentos de debilidad.

Ahora, regresemos a aquel desayuno.

—¿Estás listo para tu gran discurso? preguntó Estefanía mientras se introducía otra de las tres variedades de frutas que había colocado en su plato.

—¿Por qué tenías que mencionarlo? ¿No ves que estoy intentando dejar de pensar en eso?

—Porque es interesante, supongo dijo, indiferente, sin darle la importancia necesaria a un asunto tan delicado. □ ¿Por qué lo dices? preguntó antes de volver a colocar más comida en su boca.

—Porque no sé si en verdad hice bien al financiar algo que les arruinará el negocio a personas peligrosas.

—Entonces por qué lo haces. Estefanía no le daba importancia al asunto. Al igual que yo en otras ocasiones, se las arreglaba para hacer ese tipo de cosas. Otra gran razón por la cual éramos amigos.

Levantó su mirada para verme, dibujando en sus gestos un gran «¿y eso qué?» porque eso hacíamos, porque eso nos ayudaba a pensar mejor las cosas.

—¡Por qué alguien debe hacerlo! Tengo que darle el uso adecuado a mi dinero. No todo son putas y coches, Estefanía, no.

—No te quejes entonces, si estás tan seguro de eso. Deberías tener un poco

más de confianza en tus decisiones, dejar de preocuparte tanto.

—No me estoy preocupando tanto.

—¿No? dijo, señalando a mis piernas que evidenciaban mi inquietud □ ¿Y eso qué?

Bajé la mirada, viendo que de hecho si estaba inquieto e intenté ocultar lo evidente, colocando mis manos sobre ellas y tratando de mantenerlas quietas.

—Eso no es nada porqué hacer eso no era suficiente, necesitaba decirlo para creérmelo.

—Lu, debes estar un poco más tranquilo, no deberías preocuparte tanto. Te va a dar algo.

Estefanía tenía un punto, tanto ella como yo, sabíamos que todo lo malo que podría suceder sucedería. Ella estaba viendo el panorama completo y yo sólo me concentraba en los bordes oscuros del rompecabezas que no conseguías diferenciar de las otras partes negras ¿podría ser de uno de los laterales, de la parte superior o inferior? No sabía, porque para mí, el problema era inminente.

—No estoy segura si sucederá algo malo o si no, y cómo no tenemos idea ¿para qué preocuparte? la forma en que comía su desayuno hacía hincapié en su punto. ¿Qué caso tenía?

Me estaba mostrando pensativo e intranquilo. Supongo que Estefanía lo notó.

—Son peligrosos, no son cualquier mafia.

—Oh, por favor, no es nada con lo que no puedas lidiar dejó caer su mano sobre la mesa □ te has enfrentado a guerrilleros, a políticos corruptos, a mujeres en su periodo... Eso no es nada.

—Creo que justo ahora ellos son todo eso, Estef. Incluso si me deshago de este negocio; porque ellos son sólo una pequeña fracción de lo que realmente representan, puede que pase toda mi vida intentando acabar con algo que ni siquiera la DIA ha podido con ellos.

—¿Y qué con ellos? ¿Qué son? ¿Una especie de DEA, pero con otra vocal?

Fruncí el ceño, demostrando mi descontento con su falta de seriedad.

—Son la Dirección de Investigación Antimafia de Italia, Estef.

—Ah...

—Son una maldita organización criminal que se mueve en las sombras. ¿Cómo puedo pelear contra algo que no puedo ver?

—Creo que lo haces y ya. Amigo me señaló con su tenedor □ es decir, ¿no es que querías hacer esto a como diera lugar? Sabías a lo que te enfrentabas y los dos sabemos que has atravesado peores adversidades. Además, así sea sólo una parte, habrás estado haciendo lo correcto ¿o no?

Ambos nos miramos fijamente a los ojos, sabiendo que tenía razón.

—¿No crees que puedas hacerlo de otra forma? Agregó, luego de haber dejado de comer.

—No sé, tal vez, levanté mi mirada, para luego bajarla después de terminar de hablar □ pero, de saberlo, ya lo habría tomado en cuenta ¿sabes? Ellos tienen recursos.

—Tú también, incluso, hasta creo que tienes más que todos ellos juntos.

—Puede ser.

—¿Qué tal si vistiéndote de mallas y usando tu increíble y basta fortuna, compras trajes, armas y vehículos de guerra?

Tomó un poco de su malteada, estoy seguro que no es de esas personas que desperdicia la comida. Parecía entender para donde iba su punto, aunque dejó que continuara.

—Y continuó luego de tragar □ así los aniquilas a todos, habiendo usado un chivo expiatorio, un símbolo, que no puedan atacar?

—No voy a hacerme el Batman, Estef.

Hizo un mohín de hastío con su rostro y levantando sus hombros.

—Qué va, entonces no merece la pena pensar en eso. Me señaló con el tenedor, apoyándose de la mesa con su codos □ ¿Tú crees que si yo tuviese esa cantidad de dinero exageró más el movimiento del tenedor con el que me señalaba, y mirándome de arriba abajo □ Me estaría preocupando por unos cuantos mafiosos de mi infancia?

—Es importante me defendí, levantando la mirada, de nuevo. Tratando de hacerla ver que no era algo tan sencillo; o tal vez sí.

—No, claro, si tú lo dices. Aseguró □ Es evidente que es importante.

Aunque debí hacerle caso.

Luego de eso, continuó comiendo, como si el tema no hubiese impreso la importancia adecuada en ella. Yo ya había terminado mi succulento, nada especial, costoso desayuno de reyes, así que solamente me quedé observando lo que hacía, contemplando mi existencia y los problemas que venían atados a ella.

De nuevo en mi closet; mi ropa iba de un lado a otro cuando me las quitaba para escoger otra que fuera más apropiada porque ninguna parecía serlo. No quería ir vestido de negro porque no era un funeral, ni de blanco porque, o sea, es tonto. Quería llevar algo que fuera neutro, que tuviese la capacidad de demostrar entereza.

Aunque todo esto, tanto el estresarme como el hecho de buscar ropa, no es más que una excusa para justificar que no quería presentarme. Claro, es mi recaudación de fondos ¿por qué me preocupaba? ¿por qué simplemente no faltaba y ya? Y es porqué quería ver qué sucedía, ver si mis preocupaciones eran razonables, evaluar qué tipo de acciones tomar. Y no creas, no es nada que haya sucedido de la noche a la mañana. Era algo que tenía ya varias semanas, incluso años, persiguiéndome.

Aunque, lo más gravé era un poco más reciente.

Años atrás se me ocurrió la idea de prestar mi apoyo a las personas que necesitaban ayuda con las drogas. Era algo honesto, estoy acostumbrado a hacer cosa como esas porque parte de mis pasatiempos es ser filántropo, más que todo por soy parte de los muchos individuos millonarios del mundo que se preocupan por los menos afortunados. Y aunque suene odioso, es verdad, me gusta pensar que lo que hago me nace y ya.

Lo único que me diferenciaba con muchos, es que yo si me involucraba en hacerlo. No iba a tomarme fotos, ni a traerme niños de algún tercermundismo para darle la mejor vida del primer mundo. Parte de mi dinero se destina a obras benéficas y otra parte a llevarle comida y seguridad regularmente a personas que la necesitan; (seguridad porque así me encargo de que no se la roben y evito un enfrentamiento). Con la cantidad de recursos que tengo, sí podría hacer de Batman, pero prefiero recurrir a métodos menos extravagantes.

Claro, esa misma caridad con la que me identifico me ha traído cientos de problemas. Muchas personas que se benefician de las guerras y el tráfico, se encargan de hacerle la vida imposible a aquellos a los que ayudo, lo complica un poco las cosas. Pero eso es lo de menos.

No son ellos los que me preocupan ahora. ¿Saben por qué? Sí, tal vez si sean seres despiadados que dominan los bajos mundos, destruyendo, saqueando, violando los derechos de todo ciudadano que se acerque a ellos y muchas otras cosas más. Pero, con unos buenos contactos, o los elimino o los hago cambiar de parecer. El dinero y el poder son cosas que puedo ofrecer.

De nuevo, no les voy a explicar los detalles de porqué tengo un patrimonio neto tan grande ni del límite de mis influencias, pero, es importante saber que hay cosas que ni siquiera yo puedo hacer. Que es lo que me lleva este momento.

La recaudación de fondos que había preparado tenía la finalidad de resolver los problemas de drogas de muchos barrios olvidados por la mujer y el hombre con recursos. Al principio era solo una propuesta hasta que conseguí los medios y los permisos necesarios para tener el control total de un procedimiento que sólo una persona con mi capital podría costearse.

Pero, dentro de esa fachada de propuesta humanitaria, estaba algo oculto. Tenía la intención de acabar con el negocio que atizaba la delincuencia y la mala vida en aquellos barrios en los que alguna vez corrí, incluyendo en el que me había criado. Esos que estaban dominados, a su momento, por la mafia de la cual ya hice mención.

El enfrentamiento de aquellas dos bandas criminales era lo que me mantenía atado al pasado, reviviendo un trauma innecesario que bien podría olvidar (más que todo porque lo que me ataba, esa necesidad de venganza, se había disipado cuando entendí que los involucrados se lo habían buscado), pero al que me aferro para no desconocer mi propósito. Propósito el cual me sacó de las calles y que me colocó en el lugar en donde me encuentro con los recursos que tanto trabajé: destruirlos.

En ese momento, mientras intentaba amarrarme la corbata azul que hacía juego con el traje, fui perdiéndome en el recuerdo de un momento de mi vida que les dije que no les iba a contar porque no era necesario:

Las personas gritando, corriendo o cubriendo sus cabezas con ambas manos

mientras se encontraban tendidas en el suelo para evitar ser alcanzados por algún proyectil. Todos ellos se habían calado en mi mente como un tatuaje que no me podía remover, que me había perseguido durante toda mi vida.

Sin embargo, estos no eran parte del problema, ¡ni siquiera lo era el intercambio de disparos en medio de la calle! Sino el trasfondo de todo ese evento. En aquel entonces no lo sabía, era sólo un niño, pero, todo aquello que ignoraba conseguiría marcarme.

Puede que no te guste el tono misterioso que le estoy inyectando a esta trama, puede no ser necesario, pero, es importante para mí. Ahora, si lo que quieres es conocerlo ¡no desesperes! Que pronto lo contaré un poco más detallado.

Bien, a lo que seguí: Y ese es el motivo por el cual estoy aquí, buscando entre mis prendas algo que no me haga fácil de reconocer, a pesar de que es estúpido porque mi nombre está en todos lados y ya hay noticias al respecto. Por ahora, es sólo una propuesta, pero pronto, pasará a ser un hecho y eso les arruinará el negocio a muchas personas desagradables, cosa que me hicieron saber de una forma muy directa.

—Señor Tornatore, es un placer poder comunicarme con usted dijo una voz intimidante al teléfono. Lo curioso era que había pronunciado bien mi apellido.

Era de un hombre que, por su tono, parecía ser bastante grande. Tenía cierto acento oculto detrás de un inglés neutro el cual no había logrado borrar del todo. Yo estaba en mi avión privado tomando un vuelo a una de las muchas reuniones con personas importantes que conocía. Algo que me ayudaba a mantener mis amistades felices, disponibles y que aumentaba un poco mis ganancias.

Aquella llamada, entró como cualquier otra.

—Por fin podemos hablar con calma. agregó.

—¿Quién habla? pregunté por mera cortesía, la verdad no quería saberlo.

—Señor, no importa con quien está hablando ahora, no es necesario que sepa mi nombre.

—No se preocupe, yo insisto dije, retando a aquella voz intimidante.

—Mejor hablemos de negocios, señor Tornatore.

—No tengo ganas de hablar de negocios ahora, si quiere, puede comunicarse conmigo cuando me parezca apropiado, yo le devolveré la llamada. Yo le hablaba con soberbia, sin la necesidad de darle mucha importancia a sus palabras, en ese momento todo lo que me decía me era indiferente.

—Descuide, señor Tornatore la forma en que insistía en llamarme por mi nombre, me hervía la sangre □ si todo sale como lo esperamos, no tendremos que hablar de nuevo.

—¿Qué quiere?

—Quiero que deje de hacer lo que está haciendo, señor Tornatore. Es importante para nosotros que no siga financiando algo que pueda entrometerse en nuestros negocios.

—¿De cuáles negocios está hablando?

—De todos, señor Tornatore. De todos. Por favor, absténgase de seguir utilizando su dinero para ayudar a los necesitados, ellos no lo necesitan a usted, me necesitan a mí.

Su forma de hablar, esa manera de amenazarme y el modo en que lo hacía con tal naturalidad, me recordaba a esas películas de mafiosos que en un punto de mi vida no eran sólo películas, sino documentales maquillados con sagaces tramas hollywoodenses. Fue allí cuando entendí casi todo.

—¿Quién está hablando? inquirí vociferando, queriendo saberlo.

—No es necesario que lo sepa, señor Tornatore. Sólo no meta sus narices en asuntos de la familia.

—¿Qué? dije. Pero hizo como si no me hubiese escuchado.

—Si vemos que colabora con nuestra causa, no volverá a saber más de mí, señor. Ha sido un placer hablar con usted

—Espere... ¿Qué...

—Señor Tornatore.

Al momento de colgar, dos preguntas se asomaron en mi cabeza: ¿Quién era? Y ¿A cuál familia pertenecía? Sus palabras eran precisas, tenía ese sabor de mafioso italiano que había conocido gran parte de mi niñez y mi vida adulta. Sería estúpido decir que no me esperaba que algo así sucediera, más que todo cuando mi gran plan de mejorar al mundo, comenzaba en el barrio de mi

infancia, en donde dos familias alguna vez se pelearon por el territorio.

Claro, lo que no me esperaba es que fuese capaz de contactarme tan directamente. Estas personas tenían recursos de los cuales debía cuidarme.

Luego de colgar, me dejó en el aire; literal y figurativamente. Desde ese entonces, entendí todo lo que necesitaba entender. Por eso, cuando ya las cosas dejaron de ir de un lado a otro y no tenía motivos para seguir postergando lo inevitable. Con la ropa que había elegido, y el amargo sabor que dejaba el recuerdo de aquella llamada en mi garganta, sacudí mi cabeza y partí hacia la recaudación de fondos que querían que detuviese. ¿qué sucedería en ese momento? ¿Qué me dirían? ¿Quién me estaría esperando?

Lo que más me preocupaba era aquello que no sabía, la incertidumbre me estaba matando y no sabía cómo amainar ese estresante sentimiento. Las horas pasaron y ahí estaba yo, con un traje azul oscuro y un intento de sonrisa después; estrechándole la mano a todas las personas que me reconocían y observando si alguno de ellos me parecía conocido o tenía algún rasgo italiano. Estas personas, tanto, más o un poco menos adineradas que yo, estaban allí para ofrecer su apoyo a algo que les parecía adorable.

No estaban allí por los mismos motivos que yo, a ellos no les importaban las personas de abajo porque eran ellas las que les permitían estar arriba. Aunque, al igual que esos guerrilleros que jodían mis intereses en los países de bajos recursos, estos no me molestaban. De cierta forma, por algún motivo, luego de llegar tan cerca de mi, cosa que nadie había hecho antes, ese mafioso misterioso era quien me atormentaba en ese instante.

Trajes elegantes, vestidos largos, copas de champagne traído de Francia; todo parecía estar en orden, claro, eso era lo que ellos querían que yo creyese. Sus amenazas habían sido claras. ¿Cómo les afectaba? Bueno, la recaudación de fondos era sólo una fachada para lo que quería hacer ralmente.

Con los recursos que tenía, los contactos y el dinero que podía invertir en ello, mi trabajo era frustrar por completo el consumo de drogas, desde aquellas personas que las ingerían, como aquellos que las traían al país. Paso a paso, eliminaría eso, luego, la prostitución de menores, la prostitución en general, el crimen organizado, las apuestas, cosas que no tenían que ver con la mafia pero que eran un problema... todo era parte de mi plan y entendía a la perfección lo mucho que eso les afectaba a ellos.

Por otro lado, ese mismo tipo de organización clandestino en el que me había encontrado, era conocido por uno de los mayores tráfico de drogas en el mundo, sin contra el de armas y fraudes. Para ser honesto, por un momento acepté que me había vuelto loco con tan solo intentar hacer lo que estaba haciendo, pero, total. Ya me había adentrado en el problema.

Descuidaba a los peces gordos con los que hablaba porque quería estar atento a todo lo que sucedía a mi alrededor; en este mundo aprendí a tener un ojo en cada punto cardinal, a pesar de no tener suficiente, para anteponerme a cualquier evento. Quienes hablaban, quienes se giraban para cruzar sus miradas con la mía... todos, y cada uno de los invitados, eran sospechosos para mí, lo que me dejaba en una posición incómoda. No conocía la cara de mi enemigo, una ventaja para él.

Luego de ello, tuve que enfrascarme en averiguar quien era, si era un matón cualquiera, un peón o la cabeza de una de las dos familias que una vez fueron un problema para mí. De ser así, quien estaba al mando, a cuál de las dos familias había hecho molestar y cual sería mi curso de acción.

Invertí todo mi tiempo en ello, buscando, averiguando, desempolvando favores y hurgando en el pasado. Cuando tuve la oportunidad de encontrar la información necesaria, me enteré de quienes eran las personas que me amenazaban, de lo que eran capaces de hacer y quien era aquel que me había llamado.

—Giuseppe Mazzilli dije, queriendo evocar su nombre, su presencia, como si le hiciera infeliz.

Estaba memorizándolo, esperando el momento preciso para poder usarlo y demostrarle que no había nada que pudiera detenerme.

Luego de aquella llamada, significó para mí un punto amargo en mi vida. Sí que quería vengarme, hacer del mundo un lugar mejor y que debía comenzar por el lugar en donde nació. Pero, todo parecía decirme lo peligroso que eso iba a ser.

Moví el volante lo más rápido que pude para poder desviar un camión de carga que venía hacia mí.

—Maldita sea ¡ve por donde vas! le grité, como si él estuviese haciendo algo malo.

Todavía estaba en dirección contraria, sorprendido de que la policía no estuviese siguiéndome. En ese momento, el teléfono del coche sonó (es mi móvil, sólo que está conectado a la computadora).

—¿Aló? pude escuchar. Se notaba que estaba asustada. □ ¿Lewies? Me tienes secuestrada Lu.

—¿Me escuchas? exclamé, desesperado.

Hubo un sonido de ajetreo, como si estuviera tocando el micrófono del celular.

—¡Lewies! Ven rápido, por favor □ La llamada se cortó.

El molesto sonido de una llamada colgada comenzó a sonar por el sistema de sonido de mi coche, acusándome, haciendo que me sintiese culpable de todo. En ese momento, apreté el volante, sin decir más nada. No podía hacerlo, no podía decirle que le salvaría, que no pasaría nada malo, cuando en verdad no tenía idea de si sería cierto o no.

La herida abierta en mi mano derecha (sí, tengo un rasponazo agresivo muy reciente), me palpitaba, junto con la piel desgarrada de la pierna del mismo lado. No sabía si se debía al choque con la realidad que me había atizado aquella llamada o si se debía a que aun estaban recientes, pero, junto a los otros golpes que tenía en el cuerpo, pensé que no había dolor más grande que saber que existían mas probabilidades de ser atropellado y morir al instante que de conseguir llegar a tiempo y rescatarla.

La frustración me dominaba, no podía hacer nada más que intentar llegar a tiempo. Era mi responsabilidad, por mi culpa estaba en esa situación.

Las semanas pasaron. Ya había superado un poco lo de la amenaza porque no había tocado más el tema con más nadie, siquiera conmigo mismo. Hice lo que pude para poder ocuparme en cualquier cosa. Doné dinero por ahí, acudí a algunas reuniones sociales, fiestas de políticos. Me acosté con suficientes mujeres para sentir que se me caería alguna parte del cuerpo importante para reproducirme.

Estaba seguro que las cosas andaban un tanto en orden; descartando la amenaza del mes pasado, una molesta comenzó en el pie derecho y que no sabía en donde cenar ese día, no había motivos para preocuparme. En este punto de mi vida, mientras volaba en mi avión privado hacia Holanda, y comiendo unos agradables camarones mientras observaba a través de la ventanilla de la cabina, nada parecía diferente. Eso creía hasta que el teléfono sonó.

—El soltero billonario ítalo-americano Lewies Tornatore, es un filántropo lleno de sorpresas. No solo es bueno en casi todo lo que hace, sino que todo lo que hace es bueno. Leía Estefanía. Sabía qué artículo era y cómo creí que sólo leía una pequeña parte, la dejé seguir. □ Estamos realmente agradecidos que haya aceptado ser la portada de nuestra revista tomando en cuenta su ajustado itinerario. Apenas a sus treinta y un años, ha conseguido estar bajo todos los focos habidos y por haber de las noticias internacionales tanto humanitarias como de la farándula...

—¿Para qué me lees eso? le dije eso luego de darme cuenta que seguiría leyendo a menos de que la detuviese. Se escuchó cómo pasó la página.

—Este gran hombre ha conseguido hacerse con una nueva recaudación de fondos que lleva su nombre y ahora está ayudando a mejorar la vida en los barrios bajos de diferentes lugares del país en distintos países... Escuché otras paginas de nuevo □ y conseguimos que nos hablara también de las candentes fotos que se tomó al incursionar en el modelaje. Este es un hombre de ensueño: su cuerpo, su talento, su vida extravagante y su atractivo...

—¿Estef? ¿me estás escuchando?

—Amigo Lu, sí te escucho, pero... ¿Dónde andas? He estado tratando de llamarte por horas. ¿Qué demonios andas haciendo?

—Estoy en el avión, Estef, no en todos lados van a caer las llamadas.

—No me importa, Lewies, tienes que estar siempre disponible para mí. Así no podemos mantener esta relación.

La chica sobrecargo se acercó a mí con una bandeja llena de dulces secos, era atractiva. Probablemente me acostaría con ella cuando colgase la llamada. Me ofreció y yo cogí los dulces, colocándolos en la mesa de enfrente. Le agradecí con la mano y le guiñé el ojo. No sé si funcionaba, pero me sonrió.

—¿Cuál relación, mujer? dije mientras interactuaba con la chica sobrecargo.

—Esta que tenemos tú y yo. Esta amistad hay que mantenerla, darle sus debidos cuidados. Yo soy como una pieza invaluable que no tiene repetición.

—¿Para mí?

—Claro, ¿para quién más? Tu eres el millonario afortunado. Oh no... mejor dicho hizo una pausa, y se escuchó que estaba pasando unas páginas □ un billonario cuyo patrimonio neto es tan grande cómo su corazón.

—Que cursi. Dije con asco.

—Lo sé, yo dije lo mismo.

—¿Para qué llamas, Estef? O sólo me llamaste para leerme eso, porque si es por eso, ya sé lo que dice, lo acabo de leer.

—Eso no me importa, querido, lo hago porque quería.

—Entonces me estás llamando para molestarme... cogí unos pistachos del envase que me había ofrecido la chica sobrecargo y lo introduje en mi boca, buscándola a ella con la mirada. □ En ese caso voy a colgar agregué mientras masticaba □ intento dormir un rato. ¿Puedo?

—¡No, no! me detuvo no te llamo para eso.

—Entonces para qué pregunté con fastidio. □ Habla.

—Voy a hacer una fiesta

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que será en una de tus propiedades. Aun no me decido en cual, pero te llamo para decírtelo.

Fiesta. Lo primero que me vino a la mente fue el desastre de la última fiesta

que había hecho en mi casa. Estaba cansada de los estereotipos homosexuales con los que la apuntaban y decidió hacer exactamente aquello que la acusaban de ser. Una lesbiana extremista y escandalosa. Así que hizo una fiesta en mi propiedad invitando a todo tipo de personalidades hasta el punto que tuve que pagar para que volvieran a construir ciertas partes de la estructura.

—No será cómo la última que hiciste. Aún no se seca la pintura ¿sabes?

—No, nada que ver, deja tu intolerancia hacia lo gay. Aseveró.

—No estoy siendo intolerante, estoy siendo cuidadoso con lo que es mío. La chica sobrecargo pasó de la parte trasera del avión a la cabina de los pilotos. Estoy seguro que me sonrió al hacerlo, pero yo sólo me quedé viendo la forma en que su uniforme reglamentario se dibujaba desde su cintura hasta su trasero.

—La propiedad privada no existe, deja tu egoísmo. Agregó Estefanía, ajena a lo que estaba haciendo.

—Bueno, entonces por qué no lo haces en tu casa.

—Porque mi casa no es tan grande, además quiero que sea en un lugar espectacular.

—¿Qué tipo de fiesta quieres hacer?

—No es de esas en las que haces desastres.

—¿Entonces de cuáles?

—Nada fuera de lo ordinario.

—¿puedo negarme?

—No te estoy pidiendo permiso, estoy avisándote y preguntando cuál de tus propiedades tienes disponible.

Suspiré con fuerza para que se escuchara en el teléfono y demostrase mi indignación, aunque la verdad no lo estaba. Ya me daba igual que hiciera, a fin de cuentas, no importaba lo que fuera a hacer, le iba a prestar de todos modos alguna de mis casas. Mientras, mantuve mi mirada fija a la puerta que daba a la cabina, a la espera de aquella sensual chica sobrecargo.

—¿Para qué quieres hacer una fiesta de todos modos?

—Porque le prometí a Karen que la vería en una fiesta. Y no he hecho ninguna fiesta, así que haré una fiesta se justificó □ es que hemos estado hablando...

—¿Es por eso? quité mi atención de la puerta. □ ¿No puedes simplemente ir a un restaurante o algo por el estilo?

—Creo que esto podría funcionar continuó hablando, ignorando lo que le acaba de decir. Y esta fiesta podría ser mi oportunidad con ella.

—¿Qué vas a estar queriendo si ya tuvieron sexo?

Estefanía tomó aire por la boca con fuerza en pro a sonar sorprendida, como si realmente lo estuviese.

—¿Cómo puedes decir eso de mí? dijo con un tono sarcástico de sorpresa. □ Que yo sólo busco acostarme con alguien y ya.

—¡Porqué eso es lo que haces! vociferé.

—Bueno, entonces, si no quieres que me reencuentre con el amor de mi vida, entonces no me hagas perder el tiempo y dime a cuál casa puedo ir.

—¿Qué? ¿Esperas que te de mi casa así no más?

—Sí. Además, por lo que veo, no quieres ir a la fiesta.

A pesar de sonar como si estuviésemos discutiendo en verdad, ya habíamos dejado en claro que la fiesta sí se haría, y que sólo faltaba decidir en dónde.

—¡Claro que voy a querer ir! Es mi casa de la que estamos hablando.

—Bueno, ¿cuál casa es de la que estamos hablando?

—De la que estés más cerca ahora. ¿Ella en dónde está? Karen.

—Creo que está en América.

—Entonces la de Manhattan.

—¿En el One?

—Sí, en ese mismo.

—Perfecto entonces. ¡Qué bueno! ¡qué bueno! comenzó a despedirse con apremio □ Perfecto, estamos hablando entonces. Tengo muchas cosas que hacer ahora.

Colgó sin más nada que decir. Todo estaba listo, supongo que ahora me tocaría ser el anfitrión, o en su defecto, sólo el chaperón de una fiesta que haría mi mejor amiga para conquistar a otra mujer.

No sé cuáles eran sus intenciones, ni mucho menos si lo que estaba haciendo

era porque realmente quería estar con ella y no significaba sólo un capricho. En ese momento desconocía lo que me deparaba el destino, así que, mientras comía de mis pistachos, esperaba que la señorita sobrecargo saliese de la cabina para poder verla de nuevo.

Cuando por fin lo hizo, unos cuantos minutos después de haber entrado, tenía todavía la sonrisa con la que me había visto al pasarme, por un lado. No sabía si estaba dispuesta a tener algo conmigo en ese momento. Traté de dejarlo pasar, observando las nubes que sobrevolábamos a través de la ventanilla, sorbiendo mi coctel de jugo de naranja con un poco de vodka en una copa de champagne y no pudiendo dormir porque no tenía sueño.

La señorita sobrecargo llegaba a mi llamado cada vez que le pedía un poco más de lo que me había preparado, siempre sonriente y cada vez más coqueta. Su uniforme delineaba a la perfección su silueta con mucha sutileza, escondiendo todo lo que podría querer ver, pero dejando suficiente a la imaginación. Su trasero, lo que más podía ver al mirarla pasar porque prácticamente me lo colocaba en todo el rostro, me distraía de mi contemplación vacía y me obligaba prestarle toda mi atención.

Y cómo es sólo algo que les cuento por diversión, iré al grano. La chica estaba evidentemente estaba interesada en mí. No sé si era por mi dinero algo muy razonable □, el reconocimiento que me precedía o mi atractivo lo cual dudo □, lo que logró que, mientras más me servía lo que le pedía, cosa que cada vez tenía menos licor con el fin de que se acabase más rápido, se inclinaba hacia mi mostrándome poco a poco lo que había debajo de su camisa. Unos pechos redondos que me invitaban a arrancarle la ropa.

En pocos minutos, ya estábamos besándonos mientras yo apretaba cada una de esas partes que su uniforme no me dejaba apreciar con los ojos

—Ve a decirle al capitán que no te llame por un buen rato. Le dije al oído antes de comenzar a desnudarla.

Diligentemente fue a hacer lo que le pedí.

—El señor Lewies dice que requiere de mis servicios por un rato, que no vayas a interrumpirnos. la escuché decirle.

Mientras lo hizo, me pregunté si era uno de esos millonarios babosos que terminaban acostándose con todos los que trabajaban para él, sí eso podría hacer de mí alguien desagradable. Me imaginé como un viejo obeso que no

tenía respeto por nada. Hasta que regresó. Tal vez era sólo mi imaginación, pero ella parecía que realmente estaba deseando eso, puede que por ser «soltero cotizado», supongo.

Se acercó a mi batiendo sus caderas y desabotonándose la camisa. Se quitó el gorro que llevaba puesto y lo dejó caer sobre mi asiento. Yo la recibí desnudándola con la mirada. En poco tiempo ya estábamos de nuevo besándonos. Le fui quitando la ropa y ella la mía. Estábamos en mi avión, así que no importaba en donde lo hiciéramos ya que sólo éramos ella, el piloto y yo.

Llevaba un sostén de encaje que se perdía con su piel tostada. Comencé a quitarle la falda, dejándola sólo en ropa interior y en tacones para que pudiera alcanzarme. Yo deslizaba mi mano por todo su cuerpo mientras se entregaba más a mí. Nos besábamos y nos mirábamos a los ojos sin decir nada. No había necesidad de hablar porque a penas y sabíamos que el otro existía.

Sin sostén, sin bragas y sólo con sus medias largas, comencé a jugar con su vagina mientras nos besábamos. Se dio la vuelta y pegó su trasero a mi entrepierna, moviéndolo con agilidad y precisión. Aún tenía mi ropa interior puesta, así que mi miembro se encontraba preso entre la tela y su cuerpo. Al mismo tiempo, yo jugaba con sus partes erógenas para precalentar la pista de despegue.

Estábamos detrás de uno de los grandes asientos que había en cada lado del avión. Cuando intentaba decirme algo, volteaba su rostro para poder besarla y no dejarla hablar. Se retorció por los movimientos de mi dedo rodeando su clítoris, rozando sus labios y entrando en su vagina. Gemía con sutileza, tal vez porque no quería hacer mucho ruido, a mí me daba igual. Me acerqué a ella para poder escucharla, para no desperdiciar el dulce sonido de su voz entregándose al placer.

Se retorció, arqueaba más su espalda y apretaba sus nalgas en mi entrepierna con más fuerza. Tal vez quería que me detuviese, tal vez quería que siguiera. Yo hice lo que me parecía mejor. No dejé de tocarla, de jugar con su cuerpo porque por algún motivo sentía que ahora me pertenecía. Ella se había dejado tocar por mí, ahora, debía dejarse llevar a la gloria por el mismo medio.

—Sí. afirmaba con entusiasmo y entre gemidos.

Respiraba el sonido de esa única silaba y lo dejaba escapar como un suspiro.

Nasalizaba sus gemidos e interjecciones de placer que acompañaba con sus elegantes movimientos de cadera.

—Hum... pronunciaba.

Hasta que reunió la cantidad de autocontrol necesaria para hablar a pesar de que evidentemente no quería hacerlo.

—Déjeme hacerlo sentir bien dijo mientras introducía su mano en mi ropa interior para apretar mi pene.

—Está bien respondí.

Se dio la vuelta y se agachó en frente de mí. Yo recosté mis caderas en el sillón porque esos asientos tienen más de sillón que de asiento □ mientras ella bajaba lo que me quedaba de ropa y se cogía mi miembro entre sus manos para jugar con él.

—Esto no es necesario le dije, asumiendo que saltaríamos aquella parte y procederíamos de una vez a jugar de nuevo con ella.

—No me importa, yo quiero probarlo.

—Ah, eso es otra cosa. le dije.

Jalaba y estiraba mi pene con su mano mientras lo veía fijamente sin parpadear. Con la otra mano, apretaba mis nalgas. Parecía que estaba estudiando cada detalle de mi sexo y, por alguna extraña razón, me pareció excitante verla hacerlo.

—¿Qué estás esperando? le pregunte al notar que sólo estaba jalándomela.

—Quiero, verlo un rato más. Respondió sin levantar su mirada.

—¿Y no lo querías probar? pregunté entre interjecciones de placer que nasalizaba al sentir cómo su mano apretaba mi pene y chocaba con mi glande.

—Ya va...

Antes de que terminara de hablar, ya tenía mi mano en la parte posterior de su cabeza para empujar su boca hacia mi pene. No se opuso a ello y abrió la boca diligentemente para dejarlo entrar. La solté y ella continuó haciendo lo suyo. Dejó escapar una sutil sonrisa ahogada por mi miembro.

—Tenía que darte un poco de ayuda.

Su boca comenzó a succionar mi pene, a jugar con mis testículos. Lamía mi

grueso falo y apretaba con sus labios las partes sensibles de mi sexo como si fuese una experta.

—Es enorme dijo al sacárselo para tomar aire.

No sé si lo dijo para hacerme sentir bien, porque es parte de un texto que leen las mujeres para tener sexo con los hombres: «decirle a tu chico que su pene es grande a pesar de que no lo sea» ¿acaso piensan que nos hará sentir mejor?

La verdad no tengo idea. Sí, puede ser que lo tenga grande y lo dijo en serio, por el motivo que ya resalté o porque no ha visto otro pene. Para serles honesto, no le he visto el pene a ningún otro hombre y no me he puesto a comparar tamaños así que no puedo estar muy seguro de ello.

Pero, la forma en que lo dijo, parecía ser un poco cierta, eso o ya tenía tanta experiencia que sabía cómo decirlo para que no los creyésemos. No importa.

¿Qué tal si me hubiese dicho otra cosa?

—Es tan igual a todos los demás pudo ser una de las cosas que habría dicho ¿Quién sabe?

O, tal vez, una pequeña variación.

—Es aceptable. Lo habría dicho con el mismo tono de voz lascivo y seductor con el que dijo lo que realmente dijo.

¿Qué tal?:

—He probado más grandes, pero este está más o menos bien.

Tal vez no crean que nos gusta la honestidad. A mí, en lo personal, me da igual, lo mío es hacer sentir bien a las mujeres, así garantizo que disfrutarán el sexo conmigo, me recomendarán con sus amigas, o se lo guardarán para sí solas; lo que sea, y no tendrán un mal recuerdo de mi. Además, eso me causa placer, causar placer. Es excitante. Claro, no podía evitar sentir cómo mi pene era manejado con tal destreza por esa señorita sobrecargo.

No les mentiré, sí que sabía lo que hacía, y, sea que mi pene es grande o no, realmente parecía disfrutarlo. Vamos a pensar que lo hizo porque le gustaba.

—Primera vez que me lo dicen le respondí.

—Pues deberían decírtelo más a menudo porque es exquisito aseveró, y luego se lo volvió a introducir en la boca con más ganas.

Sentía cómo sus labios, su lengua, y todas las partes blandas de su boca rozaban mi pene con fuerza, cuidado, precisión y encanto. Su garganta chocaba con la punta de mi sexo y ella apretaba lo que no le cabía en la boca con su mano. Era exquisita en lo que hacía y yo no quería acabar todavía. Quería hacerlo algo especial. Sí, lo sé, soy un poco romántico.

Así que, cómo no quería apresurar nada, la tomé por los hombros y la levanté.

—¿Qué pasó? preguntó entre sutiles risas.

—Ahora es mi turno.

Le di vuelta al asiento para que quedara viendo hacia nosotros y la senté allí. Levanté sus piernas, colocándolas sobre mi hombro luego de arrodillarme en frente suyo y comencé respirarle sobre el clítoris.

—¡Ah! jajá gesticuló antes de que comenzara con mi movimiento □ Pero no terminé de...

—No es necesario, querida.

Y, cuando terminamos de hablar, mi lengua entabló una conversación con sus otros labios. Rodeaba su clítoris, haciendo movimientos circulares, succionándolo suavemente, respirándole para que le diera pequeños escalofríos que evidentemente le corrían por todo el cuerpo porque se retorció.

Apretaba sus nalgas, dominaba sus piernas para que no se movieran. No sabíamos sobre qué lugar del mundo estábamos, pero no me importaba, porque estaba en las nubes mientras degustaba su acidez y la suavidad de su vagina. Ella gemía, se quejaba mientras respiraba con fuerza, trataba de controlar los sonidos que emitía y los ahogaba con los labios cerrados. Yo continuaba con lo mío, haciéndola conocer la gloria.

No estoy al tanto de qué tan bueno soy con el sexo oral, pero, supongo que a una mujer se le debe dar lo mejor al hacerlo, es algo que no podemos tomarnos tan a la ligera. Estefanía, mi gran amiga lesbiana, me ha explicado cada pequeño detalle de un buen sexo oral, y, honestamente, pienso que todos los hombres deberíamos saber hacerlo. Una mujer feliz hace cosas maravillosas. De nuevo, qué romántico soy.

Y así mismo, con las habilidades que mi amiga me había enseñado, los lugares y la forma de tocarla; no rozar directamente el clítoris para que sientan

suavemente el placer y no se escandalicen, no ser invasivo, pedirle permiso poco a poco hasta poder tener acceso a cada uno de los niveles del placer que aquel increíble sexo podría demostrarnos. Ser rudo esporádicamente, suave, pausado... con el fin de hacerla experimentar todo.

Y, cuando ya parezca que está a punto de estallar, luego de que ya has hecho que desee cada uno de los movimientos habidos y por haber, que quiera que la trates como a una dama o como a una fiera, entonces, utilizas todo tú entusiasmo, las ganas que le tienes y te atreves a hacerle de todo, de todas las formas, con todas las intensidades y no dejarla ni siquiera pensar.

La señorita sobrecargo se escandalizó, con aquel método, se retorció, comenzaba a gemir con más y más intensidad, sin preocuparse por quien no escuchase o si era acaso posible que las personas debajo de nosotros estuvieran al tanto de lo que estaba sucediendo sobre la comodidad de su hogar, sobre el cuarto de sus inocentes hijos, sobre sus trabajos, sus iglesias, el lugar en donde yacían los restos de sus seres queridos.

Por la forma en que gemía y se movía, parecía que todo le daba igual y.

—Métemelo Ah dijo y gimió □ métemelo ya. Vociferó.

Mi dedo se encontraba masajeando la parte erizada del interior de su vagina, mis labios jugaban con sus labios y su clítoris al mismo tiempo. Todo mi rostro estaba empapado con sus jugos de amor y sus piernas estaban apretándose para que no me fuera.

No me detuve, seguí, subí la intensidad. Ella, comenzó a dejar de gemir y pasó a tratar de tomar la mayor cantidad de aire, como si sintiera que se fuese a sumergir en algún mar profundo. Y, en un último intento, inhaló la mayor cantidad de aire que podía y se quedó ahí, como si fuera una película y le hubieran puesto pausa.

Continué por uno rato, mientras la veía torcer sus ojos hacia arriba, inclinar su cabeza hacía atrás y abrir más sus fauces para dejar entrar mucho más aire a pesar de que había dejado de respirar. Sus piernas dejaron de apretarme, no lo suficiente como para no obligarme a hacer un esfuerzo en abrirlas. Me aparté, saqué mi dedo de su vagina y, de repente, se soltó.

Soltó todo su cuerpo, botó el aire que había acumulado en sus pulmones y enderezó su mirada. Supongo que así llegan las mujeres al orgasmo.

Me levanté, terminé de sacarme el bóxer de los tobillos y lo lancé por ahí. Tal

vez calló al frente de la puerta del capitán o se quedó sobre algún otro asiento, mesa o el sofá que está a un costado del avión. No me importaba. Tomé mi pene, comencé a darle un poco de cariño, jalándolo y apretándolo. Lo solté, me agaché un poco para estar a la altura de la cintura de la señorita sobrecargo, y, sin pedirle permiso y siendo muy obediente a su petición anterior, encajé mi sexo en el de ella.

De nuevo cogió una bocanada de aire, pero, esta vez, fue diferente.

—Oh... sí... arrastró en gemidos. □ Que rico, sí...

Comencé a moverme al mismo ritmo en que había estado moviendo mi dedo dentro suyo. No quería amainar la intensidad con la que la había hecho llegar al éxtasi segundo atrás.

La embestí a mi manera, sintiendo como su vagina empapada, suelta por el orgasmo que había tenido segundos atrás y todo su cuerpo, necesitaba que lo penetrasen, que lo invadieran como las tierras inexploradas fueron invadidas por los conquistadores: este lugar es tuyo, pero yo vengo a hacerlo a mi manera.

Tal vez no tan drástico así, pero, sí hice lo que pude para que sintiera todo mi potencial masculino chocando con su útero, apretando sus pechos, rozando su clítoris y penetrando su alma.

—Ah... gemía.

También gruñía, parecía que había dejado escapar su lado civilizado en alguna otra parte y solo pudiera comunicarse con esos sonidos primitivos e incomprensibles. Aunque, la verdad, dejaba todo muy claro: le estaba gustando.

Poco tiempo después, pasé a estar sentado en donde estuvo ella, con aquel hermoso y latino espécimen de piel tostada, de la naturaleza, del nuevo mundo, del más allá, del lado oscuro de la luna, cabalgando mi pene, haciendo las cosas a su ritmo y sacudiendo sus nalgas sobre mis piernas de tal forma que sentía que estaba doblándome el pene, que estaba temblando el avión, que, de pronto, era ella quien piloteaba mi nave.

Las mujeres son una existencia exquisita que no puedo dejar de apreciar. Miles de ellas han pasado por mí. Puede que, por mi dinero, como ya dije, o mi atractivo. La verdad no importa.

He sido afortunado al poder conocer diferentes chicas que estuviesen dispuestas a hacerlo con un hombre que apenas conocían, pero, a pesar de tener a esa hermosa morena sobre mí, apretando sus pechos, gritándole a algo más allá del cielo porque ya estábamos sobre las nubes ☐ , profiriendo palabras lascivas, traviesas y gemidos de placer; obligándome a gemir, proferir y gritar de placer también, no era una relación real.

Una relación real fue lo que me llevó hasta el punto en el que nos conocimos, en donde todo parece que está yendo de mal en peor y que no hay forma en que pueda salir de ese horrible desastre.

Para resumir y no dejarlos con la duda de cómo terminó mi encuentro con aquella señorita, le podría decir que lo hicimos en cada rincón de aquel avión, que entré en cada orificio de su cuerpo en el que podría entrar y bauticé todo su cuerpo con mi semen.

Logramos hacerlo por un buen rato antes de terminar y, al despedirnos, luego de haber aterrizado, de estar vestidos apropiadamente y presentables para el mundo que ignoraba nuestro encuentro sexual, me plantó un beso largo y apasionado en los labios que se quedó ahí por horas.

—Usted es increíble me dijo, luego de apartar sus labios de los míos.

—Quien es increíble eres tú, preciosa le susurré al oído luego de acercarme para meterme su oreja en la boca.

No sé si le gustó, pero no me dijo más nada luego de eso. Tenía los ojos cerrados, movió su hombro como si le hubiese dado un escalofrío y ya. No vi más nada porque no había nada que me atase a ese lugar, así que me bajé del avión, me coloqué mis lentes de sol y bajé por las escaleras. Siempre me ha dado la impresión de que cuando hago eso me veo como en las películas.

Me paro en frente de la puerta, contemplo mi alrededor con una mirada matadora, tomo aire y me coloco los lentes de sol con estilo. No sé, creí necesario mencionarlo porque siempre quise tener a alguien que escuchara mis pensamientos. Ahora que lo tengo, pues, entonces lo disfruto.

Bien, luego de eso, no sucedió nada importante. No aparecieron los mafiosos a los que le tenía miedo porque no están listos para aparecer todavía en la historia, no me acosté con más nadie, no manejé desesperadamente por la carretera. Sólo una reunión normal con alguno de mis muchos conocidos acerca de cosas con cierto nivel de importancia: negocios, tratos, pagos,

deudas... todo lo necesario para mantener una fortuna, mi reputación y los muchos servicios que he prestado en el mundo para dar mi grano de arena.

Sé que no puedo salvarlos a todos, pero una vida con la cual no se hizo nada que valiera la pena memorar, es una vida que no valió la pena en lo absoluto. Es una filosofía de vida con la cual me mantengo a flote, con la que justifico ciertas cosas de mi vida; errores, traumas. Lo normal. Sin embargo, lo que es realmente interesante fue lo que hice luego de ello.

Tal cual estuve de acuerdo con Estefanía, la fiesta sería en mi pent-house en el One Madison de Manhattan. Sería perfecto para lo que ella querría hacer, además, que estaba cerca, a un simple vuelo de distancia. Así que, en lo que terminó mi día, a eso de las diez de la noche, luego de un almuerzo, unas reuniones y una cena, estuve listo para tener libre el resto de la semana.

Lo gracioso de todo esto es que no tenía idea de que esa fiesta que Estefanía estaba preparando, sería el comienzo, no sólo de mi día, sino de muchas de las cosas que me sucedieron después.

Descuidé por completo mi soledad, lo que me costó caro. No era el simple hecho de tener una amiga, Estefanía nunca presentó un problema, eso era lo que me hacía estar a gusto con ella, pero, con la aparición de Karen, de su necesidad de hacer una fiesta y todo lo demás que vino con ella.

Ya estaba en mi casa, ayudando a mi amiga con los preparativos: buscando buena música, ordenando un buen servicio de comida y de camareros. Si podía pagar por ello ¿por qué habría de detenerme sólo ahí?

Buscamos todos los licores costosos y especiales que podríamos solicitar en pocas horas, iluminación para dar un buen ambiente, invitamos a todo el edificio para que no se preocuparan por el ruido y a una que otra celebridad que tuviésemos en nuestra lista de contactos.

—¿Qué más? ¿Qué más? se preguntó Estefanía, golpeándose con la pluma en el labio. □ ¿Qué crees que pueda gustarle a esa hermosa mujer? preguntó dirigiéndose a mí.

—¿Qué se yo? le dije □ Aun no me dices que pretendes lograr con todo esto.

—Claro que te lo dije, cuando te llamé ayer.

—Habíamos quedado en que no era porque querías acostarte con ella, que era algo especial y una tontería así.

—Claro que lo es Vociferó.

Se levantó para resaltar su punto, o al menos eso pensé. Dejó el lapicero sobre la libreta en la que estaba escribiendo lo que quería para la fiesta y caminó hasta la cocina para tomar una de las cervezas que teníamos en la nevera para la noche. La destapó con el destapador que estaba en la gaveta de los cubiertos a su izquierda y tomó un sorbo.

—Quiero que todo sea increíble.

—A todas estas ¿qué es ella después de todo? pregunté.

Dejó la cerveza en la mesa.

—¿Cómo así?

—¿Quién es ella?

—Pues Karen, el amor de mi vida ¿quién más?

—¿Es una chica que conociste en un bar? Sólo eso, estuvo ahí, más nada, y tú sólo te sentiste atraída por ella. ¿Eso es todo?

—Más o menos así. se recostó de la mesa en donde estaban las gavetas de la cocina, justo en donde había sacado el destapador □ ¿Por qué lo preguntas?

—Porqué, podré ser más famosa que tú, o no tener ningún tipo de interés en el mundo al que perteneces. ¿Cuál es el caso de hacer algo tan grande? estiré la mano y deslicé la libreta en donde ella estaba escribiendo y la enderecé para leerla.

Hubo una pausa. Me quedé leyendo en silencio mientras, supongo, ella bebía su cerveza y me observaba.

—¿Un show de Broadway? Exclamé luego de leer y levantar mi mirada □ ¿Qué piensas hacer con un show de Broadway?

Estefanía no respondió, sólo levantó los hombros, quitándole importancia a mi pregunta. Bajé la mirada y continué leyendo.

—¿Un cuarteto de barbería? agregué □ bueno, no del todo anormal dije luego de pensarlo un poco.

—Son sólo ideas, Lu, no es para tanto cogió su cerveza y se acercó a mí □ Después de todo, no hemos organizado nada de eso.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—No sé, quiero que sea el ambiente correcto para tener una conversación normal con ella, estar en onda, hablar de nosotras. Quiero conocerla.

Estefanía se notaba realmente dispuesta a hacer lo que fuese para agradarle a Karen.

—¿No están hablando ya? cogí su cerveza y tomé de ella □ ¿Para qué necesitas crear un ambiente agradable?

Bajé la cerveza y se la volví a dar a ella.

—No sé, siento que no es suficiente. Quiero intentarlo todo.

—Bueno, mi querida amiga, creo que lo podemos lograr.

¿Para qué no ayudarla? Tal vez y disfrutaría esa noche tanto como ella. Mi papel era sencillo y ya lo estaba desempeñando. En unas cuantas horas,

conseguimos todo lo necesario para abastecer un club nocturno por tres días completos para una población de más de trescientas personas. En mi casa no cabían tantas de esas, pero con algo así, podríamos hacer un ambiente «normal» para que ellas dos no se sintieran «incomodas».

Con todo en orden, ya sólo faltaba que Karen llegase. Y, cuando lo hizo, dividió por completo los hechos.

—Lewies llamó Estefanía mi atención.

Yo estaba de espaldas a la puerta, habíamos instalado un pequeño bar para que las personas pudieran pedir sus tragos. Eran gratis, mientras me tomaba el mío, pensaba que todo eso sería un desastre.

Con todos gritando, caminando de un lado a otro, tocando mis adornos, mis muebles, mis paredes. Las cosas parecían una fórmula para el desastre, además que, si le agregamos a eso el licor, tal vez hasta drogas que algunos hayan llevado, era mucho peor de lo que parecía. Todo eso lo había hecho por mi amiga.

Estaba inquieto, mientras estábamos bebiendo, esperando por Karen, escuchaba como los invitados movían las cosas de su lugar; por la libertad que tenían todos en mi casa. Esta es una de mis favoritas y, de hecho, era la primera vez que hacía una fiesta ahí.

En lo que Estefanía habló, no me giré, sólo la escuché.

—Aja... Qué bueno.

—Viene con su amiga agregó, luego de comenzar a darme palmadas en el hombro para que voltease.

—¿También es lesbiana? le pregunté con cierto tono de sarcasmo, tratando de hacerla ignorar que estaba ahí y que hiciera lo que fuese lo que fuese que quisiera hacer con ella.

—No, es una modelo inglesa. Un tanto famosa. Eso sí me llamó la atención.

—¿Modelo?

Di la vuelta para verla, saber quién era, no porque fuese una modelo, sino que, de cierta forma, explicaba por qué ella, Karen, estaría en el mismo lugar que Estefanía. ¿Cómo se habían conocido? Eso me pregunté antes de todo esto, mientras hacíamos los arreglos para la fiesta. Miraba los hechos en

retrospectiva, tratando de justificar el motivo de hacer todo eso por una sola persona y para llegar a entender cuáles fueron las razones de que congeniasen.

¿Mi explicación? Bueno. No sé si lo dije antes, pero Estefanía es una mujer famosa, una modelo muy reconocida y actriz. Ha sido el enfoque de los medios por mucho tiempo y prácticamente se la pasa siendo relevante la mayor parte de su vida. Lo que me lleva a pensar ¿qué relación guarda ella con una chica cualquiera llamada Karen? Esa era mi duda, hasta que me dijo que su amiga era modelo.

¿Recuerdas aquella vez en la que me despertaron en un hotel lujoso, en donde dejé a una chica dormida completamente desnuda sin saber quién era? Eso sucedió al día siguiente en que fuimos a una fiesta de súper modelos. En aquel lugar había el tipo de personas que suelen estar allí: millonarios, famosos y modelos.

Seguro fue la invitada de alguien. Ahora, en cuanto a su interés por ella, puede que tal vez, sólo tal vez, esa misma simplicidad fue lo que la hizo sentir atraída por ella. En ese momento, comencé a comprender cómo conoció ella a su amada misteriosa.

—Ese vestido le queda maravilloso dijo risueña. □ ¿no lo crees?

Intenté buscarla con la mirada, a pesar de que se me hizo un poco difícil de ver por culpa de la multitud que obstaculizaba mi vista. Encontré a Karen, pero no a su amiga.

—¿Crees que me veo bien? Dijo, volteándose para que yo lo juzgase.

—Este, no sé. Te ves normal le dije luego de tratar de encontrar algo fuera de lo normal en su vestimenta.

—¿Normal? le pareció algo inaudito □ No puedo verme normal, tengo que verme espectacular. Agregó, reprendiéndome con la mirada.

—Bueno, estás espectacular traté de darle lo que quería □ ¿mejor?

—Sí, mejor asintió realizada.

Sin embargo, no veía nada de lo que sucedía.

—Y su amiga no está nada mal dijo □ Está cómo te gustan. agregó, moviendo la cabeza como un suricato para verla mejor.

Intenté moverme un poco para poder tener el mismo punto de vista que ella,

pero, no lo lograba. Tampoco hice mucho, siquiera me levanté de la silla o terminé de girarme. No es como que me importase mucho de todos modos.

—¿Cuál amiga? No la veo. Sólo veo a Karen. Le dije., haciendo lo mismo que ella.

—Olvídalo ordenó.

—Pero...

—No importa, quine importa es Karen interrumpió □ ¡Es hermosa!

—Bueno, es normal aseguré, resignándome en mi deseo de ver a su amiga modelo.

Estefanía levantó la mano para dar a conocer su posición.

—¡Karen! gritó □ ¡Aquí! se escuchaba alegre.

—No te va a escuchar le dije.

—¡Cállate! Que ya me vio.

Miraba a mi alrededor cuidando mis cosas.

—¿Realmente crees que te va a querer hablar?

—Vino, ¿o no?

—Tienes un punto.

—Lo sé.

—Ahí viene dijo emocionada □ ¡ah!

—Espero que valga la pena murmuré, creyendo que ese encuentro no me traería nada valioso.

En ese momento, escuché que algo se rompió. Lo que me preocupaba que sucediera sucedió.

—¡Maldita sea! vociferé, para luego levantarme y dirigirme al lugar en donde había escuchado aquel ruido.

—¡Karen! Si viniste. Dijo Estefanía a su enamorada □ Creí que no ibas a llegar.

—Mucho gusto, me llamo Estefanía...

Eso fue lo único que escuche mientras me alejaba a ver qué demonios habían

roto. Juré que no era la primera vez que escuchaba ese nombre ni esa voz, pero no le di importancia porque mi casa estaba en peligro de ser destruida como la otra que una vez Estefanía me destruyó. Me alejé y las dejé atrás.

Sí, en este punto, como el personaje que soy, no tengo ni la más mínima idea de qué hablaron ellas, de si dijeron algo sobre mi o si es interesante para esta historia, pero, como aquel que sabe en dónde rayos está y cuál es mi naturaleza ficticia, a pesar de no saber qué sucedió, puedo narrarles todo el acontecimiento con vivos detalles. Es bueno que lo sepan, es la primera vez que introducirán a estos personajes tan importantes para la historia. Cabe acotar que yo no seré quien lo cuente.

Karen y Alice se acercan a la mujer que las invitó a aquella fiesta en uno de los lugares más caros de la ciudad de Manhattan. Alice estaba tratando de adentrar a su amiga a ese mundo de la fama y los excesos al que pertenecía para poder enseñarle lo mucho que le gustaba vivir en esa sociedad.

Pero, esta vez, Karen era el centro de atención. Su amiga, una sutil lesbiana, se había ganado el corazón de una modelo importante en la industria, incluso más que ella, lo que le abrió muchas más puertas.

Gracias a ella, ahora se encontraba en una gran fiesta a la que nunca habría sido invitadas así como así. Tanto Estefanía como Lewies, pertenecían a un mundo completamente diferente. Incluso con Alice siendo modelo, no estaba en la misma posición social. Por otro lado, no había forma en la que esa fiesta hubiese sido hecha exclusivamente para una de ellas. No lo sabían, hasta donde tenían en mente, era una reunión exclusiva.

- Quería llegar antes, pero tuve que pasar por Alice dijo Karen, tratando de justificar su retraso.

Realmente, las dos vivían juntas y no tenían idea de por qué una mujer así habría de invitarlas a las dos a una reunión en un lugar tan lujoso. Hasta dos horas antes de la fiesta, estuvieron dudando si realmente irían, les parecía irreal y podría ser una mala broma. Pero, en lo que entraron al pent-house en donde las habían citado, entendieron que todo era real.

—¿Cómo que Estefanía Love te escribió? Preguntó Alice cuando Karen le contó al respecto.

Su amiga le había explicado con detalle todo lo que habían estado conversando hasta ese momento, obviando por completo las partes comprometedoras e íntimas. Para Alice, todo eso parecía irreal, incierto. No podía asegurar que Estefanía Love estuviese interesada en verdad en su amiga porque, por algún extraño motivo del destino se encontraron en una fiesta y congeniaron.

Es decir, incluso ella había congeniado con alguien esa misma noche y no estaba hablando con aquel hombre. No era como que sucediera todo el tiempo y mucho menos que la persona interesada fuera nada más y nada menos que una de las modelos más famosas de todo el mundo.

No importaba cuantas veces pensara al respecto, no conseguía aceptar lo que estaba sucediendo. Hasta donde ella sabía, podía ser falso. Nunca la vio acostarse con ella, ni salir de la habitación a su lado. En lo que a ella respecta, Estefanía Love tal vez ni siquiera estuvo en esa fiesta, así que, ¿qué tal si se trata de una mujer que se hace pasar por ella aprovechándose de la inocencia de su amiga?

Alice tenía cierto apego por ella. Karen no era precisamente una mujer necesitada ni débil que buscaba afecto ni apoyo en otros. Era una cocinera preparada que vivía día y noche en un lugar caliente lleno de personas que la juzgaban por su sexo, por su orientación y por sus habilidades. Tenía el carácter suficiente para lidiar con ello, aunque, sin embargo, no pensaba al respecto porque para ella, Estefanía Love sí quería encontrarse nuevamente con ella.

—¿Pero exactamente qué te escribió? preguntó, dos horas antes de que la fiesta comenzara para ellas.

—Pues, me dijo si quería ir a una fiesta en la que le habían invitado.

—Pero, ¿te dijo algo? ¿Te dio un por qué? insistió.

—No, sólo quería hablar. Tenemos tiempo hablando, supongo, pues, tenemos tiempo hablando, ¿sabes? Creo que es normal.

—No es normal, Karen, es Estefanía Love de quien estás hablando. ¿Cómo demonios hiciste para que te volviese a llamar?

—No sé, yo le di mi número porque me dijo que me llamase... hizo una pausa, lo pensó de nuevo □ Ya te expliqué se levantó de la cama.

Karen, en ropa interior y sin saber qué usar, regresó al closet con la esperanza que, esta vez, realmente se decidiría a usar algo llamativo o no. Teniendo en cuenta que, aun así, no sabría siquiera si iría. Alice, presentaba un problema tras otro, al entender lo que significaba ser modelo y ser conocida como Estefanía.

—Necesito entenderlo, Karen.

—Ella ha de acostarse con cualquiera, Ali. dijo, dándole la vuelta a su amiga, en la mismas condiciones, sentada en su cama. □ Deberías estar ayudándome a que buscar. Por el amor a lo que sea.

—No sé Ali cogió su teléfono □ ¿Qué ha puesto en Instagram?

Karen se giró indignada. ¿Qué móvil habría cogido para saciar sus dudas? Si se trataba del suyo, podría conseguir algo comprometedor.

—¿Qué importa lo que haya puesto allí?

—Así podremos saber si en verdad está invitándote algo real.

—¿Y por qué rayos sería falso? dijo, acercándose a Alice y quitándole el celular de la mano a su amiga. □ Déjame ver.

A pesar de no estar segura de que fuera falso, Karen se permitió dudar a causa de la insistencia de su amiga.

—No sé, Karu, no tengo idea de por qué habrían de invitarte así no más.

—Bueno, no sé dijo, con un tono de voz misterioso.

La situación ya era de por sí sospechosa para cuando se percató de que no sabía a qué se podría deber todo lo que estaba sucediendo, ni mucho menos por qué una súper modelo la estaría invitando. No importaba por donde lo mirase, era completamente raro. Incluso, por muy a pesar de que hubieran tenido un gran sexo aquella noche y le hubiera gustado demasiado, no explicaba el repentino deseo de invitarla a una gran fiesta de la cual ella no había escuchado. Era muy repentino y extraño.

Pero, cuando su amiga cambió su tono de voz, entendiendo que, el hecho de que le hubiera quitado su móvil, tenía un trasfondo más complejo.

—¿Qué han estado hablando? preguntó Alice.

—De nada aseveró Karen, con un todo de voz sospechoso y dándose la vuelta para no enfrentar la mirada penetrante de su amiga.

—Karen, cuéntame... la miró con severidad □ ¿Qué te dije sobre las modelos?

—Que no podía...

—Que no podías relacionarte con ellas. Karen, estamos hablando de gente increíblemente famosa. No quieres esa presión en tus hombros.

—Pero si no he estado haciendo nada... mintió.

—¿Nada? insistió Alice □ ¿En serio no has estado haciendo nada con Estefanía Love? ¿Se han visto de nuevo?

Karen volvió a girarse indignada, tras las palabras de su amiga.

—No nos hemos visto desde ese día, Ali, sólo hemos estado hablando.

—¿Entonces por qué te invitó?

—No sé, tal vez porque le dije que quería verla profirió Karen, suspirando decidida □ ella me preguntó que quería y le dije que quería verla de nuevo.

Lo que más le preocupaba era el hecho de que no era cualquier modelo con la que estaba intentando tener algo. Sabía cómo eran todas y lo que esa vida les hacía a las parejas: los trabajos divididos, el constante acoso de los medios, la falta de privacidad, el tener que verlo compartir espacio con otros que podría remplazarlo con facilidad porque son extremadamente atractivos. No quería eso para su amiga cocinera. Eran dos mundos diferentes que habían colisionado por accidente.

—Vamos, Ali. dijo suplicante □ no seas así.

Alice apreciaba el brillo de los ojos de su amiga, quien, tiernamente le suplicaba que le permitiese ese momento con la mujer que le pedía intimidad. A pesar de no estar segura de lo que eso podría significar para Karen, pensó mejor la situación.

—Es que no quiero que te decepcionen, las modelos pueden ser superficiales. Le dijo, esperando poder hacerla cambiar de parecer.

—Lo sabré manejar insistió, suplicante.

Alice suspiró, tratando de pensar en otra cosa que pudiera servirle.

—¿Y si todo esto es sólo para poder acostarse contigo otra vez?

—Yo también quiero acostarme con ella otra vez, pero si sucede algo más que eso ¿por qué no arriesgarme?

La miró en silencio, maquinando algo diferente. Las modelos que conocía eran así; no sólo era la distancia, los diferentes trabajos ni los problemas de la fama y la atención. Alice quería que su amiga tuviese las mejores experiencias, no tenerla en ese mundo al cual ella pertenecía y le era tan natural. Ya no sufría por cosas como esas, por la hipocresía, la mala actitud, la falta de amistades.

Dejó escapar un suspiro, resignada, viendo que su amiga iría a aquella fiesta con o sin ella.

—Está bien dijo, permitiéndose el beneficio de la duda.

Alice, recibió el apretón de mano de Estefanía con mucho cuidado, teniendo en cuenta el tipo de modelo que era y lo que podría significar que su mejor amiga fuera su novia. Estaba pensando en grande, y en lo peor que podría suceder.

—Yo soy Alice. Respondió ella.

Alice y Estefanía se habían visto en diferentes ocasiones, pero no las suficientes como para hacer menos incomoda esa conversación, más que todo para Alice. Ella no estaba acostumbrada a socializar con sus colegas, mucho menos con aquellas que prácticamente estaban sobre ella.

—Te ves hermosa Dijo Estefanía, mirando a Karen.

—Gracias respondió mirándose a sí misma como si ella no estuviese viendo lo mismo □ no sabía cómo venir vestida observó a su alrededor, para evaluar si su ropa era adecuada.

—Pienso que estás perfecta aseveró.

Alice comenzaba a sentirse excluida en la conversación. No temía por la integridad de su amiga, sino por lo rápido que podría sumirse a ese mundo.

Y, en ese momento llegué yo. Las dos chicas que acababan de llegar, estaban dándome la espalda, viendo hacía el bar que habíamos instalado en frente de la terraza. Sabía quién era Karen por lo mucho que Estefanía la había descrito, además, que era la única de las dos que llevaba vestido. La otra chica, estaba con un pantalón ajustado que dibujaba la silueta de su trasero y delimitaba la separación de su espalda baja de aquella parte tan interesante de su cuerpo.

Llevaba una chaqueta corta de cuero que dejaba al descubierto parte de su espalda, y, por lo tanto, de su abdomen. Se veía bastante bien a pesar de ser modelo; me la imaginaba desagradablemente flaca. Pero, lo que me llamó la atención no era eso.

De nuevo, cómo lo había mencionado antes, su pantalón dibujaba su trasero de tal forma que parecía que no llevaba nada puesto debajo, o incluso, que el pantalón era parte de su cuerpo y, me era familiar. No era sólo su voz, o su nombre, ahora su trasero. No estaba seguro en donde lo había visto, después de todo, he estado viendo muchos de esos a lo largo de mi vida.

—Lewies anunció Estefanía □ ven para que conozcas a Karen y a Alice.

En ese momento, ambas se giraron para verme, ahí entendí por qué me resultaba familiar. Pero, a pesar de todo eso, lo que vi me sacó de mi zona de confort. Todo, absolutamente todo lo que sabía se había escapado de mi cabeza, huido para dejar únicamente lo que tenía que ver con ella. Sí, no era la primera vez que la veía, tal vez, hasta me acordaba de su nombre, su apellido, el color de sus ojos y la forma en que se movía al tener sexo. Era una coincidencia grata, e incomoda al mismo tiempo, con la cual se marcó un punto en que toda mi vida se dividió por completo.

Al verla, entendí porqué me había acostado con ella. Sí, me he acostado con muchas mujeres por menos razones de las que te voy a mencionar. Esa noche hablamos, y con hablar me refiero a que tuvimos una discusión compleja incluso antes de entrar a la habitación donde, más tarde ese mismo día, la iba a dejar desnuda y sola. Con otras, siquiera hablo, voy directo al grano, como la chica sobrecargo ¿te acuerdas? Es a eso a lo que me refiero.

Con Alice, siento que fue diferente ¿lo recordaba? No, claro que no, es bastante conveniente pero no lo hice en su momento. Ahora, estando en esta posición en la que me encuentro con aquella mujer que me pareció interesante aquella noche, me siento perdido.

—Ey fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Tú? exclamó Alice □ ¿que haces aquí?

Estefanía y Karen se nos quedaron viendo, y las entiendo. Es de esperarse que dos personas que, se supone, no se conocen, se hablen así. Ella, lo dijo con tal desprecio que parecía que me quería matar, me sentí fatal. No quería reconocer que la verdad había arruinado el momento semanas atrás al no haberle dado una despedida apropiada.

—¿Qué hago aquí? Esta es mi casa dije a la defensiva. □ Puedo estar aquí. De nuevo, no fue lo mejor que pude decir.

—¿Esta es tu casa? ¿Desde cuanto? preguntó.

—Desde hace más de tres años, supongo. luego entré en razón, así que sacudí mi cabeza para poder aclarar mis pensamientos □ ¿Qué tiene que ver eso?

Ambos nos vimos fijamente a los ojos, tratando de comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Se conocen? Le preguntó Karen a Estefanía.

Estefanía levanto los hombros e hizo un mohín de confusión, dejando en claro que no tenía ni la más mínima idea.

—Sí, él fue el hombre con el que me acosté aquella noche. El de la esposa loca. Aclaró Alice, sin apartar su mirada de mi.

Estefanía, miró a Karen, a Alice y luego a mí, como si hubiese entendido todo lo que estaba sucediendo. Ella estaba ahí; solamente relacionó los hechos y lo que ella hizo. No era la primera vez que hacía ese escándalo, pero, al igual que yo, unió los cabos sueltos. De inmediato, dejó escapar una carcajada larga que sólo fue interrumpida por sus exclamaciones.

—¡jajá! Demonios, que gracioso. ¡jajá!

—¿Lo conoces? preguntó Karen a Estefanía.

—¡Claro que lo conozco, es mi mejor amigo! dijo sin parar de reírse.

Alice se fijó en Estefanía, quien estaba haciendo un escándalo innecesario. Para ella, cosas como esas resultaban realmente graciosas. Claro, ¿Qué iba a esperar ella eso? Creo que entiendo su forma de reírse.

—Y dónde está tu esposa loca preguntó Alice, luego de apartar la mirada de mi amiga.

Yo miré a Estefanía, tratando de matarla con mis ojos, pero ella no estaba siquiera al tanto de mi presencia. Sólo se reía, ignorándome por completo.

—¿Ves a lo que me refiero? le dije, al notar que no iba a abrir sus ojos para verme

Ella hizo una pausa, me miró y luego volvió a quebrar en risas.

—Maldición. Te dije que sería gracioso □ dijo Estefanía.

—¿Qué es tan gracioso? No veo el chiste en que me haya dejado desnuda en la habitación de un hotel de Italia. Rezongó Alice.

Dejé escapar un suspiro de indignación.

—No estoy casado aseveré □ la loca que me sacó de la habitación aquel día fue ella señalé a Estefanía.

—Pero por qué... comenzó a demostrar confusión. □ ¿por qué hizo eso? agregó luego de tragar saliva.

Estefanía se apoyó del hombro de Karen, tratando de sostener su propio peso. La chica la soportó sin problema, lo que me demostró que su nivel de confianza había estado aumentando últimamente. Alice seguía sin ver el motivo de las tonterías de Estefanía.

—Es algo que hacemos dijo luego de calmarse.

—¿Hacemos? Querrás decir: que haces. corregí.

—Está bien... que hago. Rectificó □ Es que ese día no quería desayunar sola y quería que él saliera rápido explicó, luego de erguirse y dirigirse a Alice.

—Y por eso hizo un escándalo. agregué.

Karen observaba el desenlace de la situación en silencio, parada justo a Estefanía, quien se acercaba más, poco a poco, a ella.

—¿Entonces no estás casado? dijo un poco más calmada.

—No, no lo estoy. Nunca lo he estado.

—Entonces...

—Lamento haberte dejado aquel día en el cuarto de hotel, tenía que...

—Entonces si no estabas casado, ¿por qué no me despertaste y explicaste la situación?

—¿Habrías dejado que lo hiciera?

Alice me miró con franqueza, había aceptado que tenía un punto.

—Bueno... trató de decir.

—Exacto, ese es el punto. Por eso sólo me fui de allí. Además, no creí que te volvería a ver.

—¿Por lo menos pensaste en mi luego de ello?

Tragué saliva para no explicarle lo que había sucedido y el modo en que había olvidado todo hasta ese momento en que nos reencontramos. Estefanía y Karen hacían silencio mientras que Alice y yo discutíamos el motivo por el cual tuve que haberla dejado desnuda y sin despedirme.

—¿Quieres algo de comer? le dijo Estefanía a Karen, como si estuviese en un cuadro aparte al nuestro.

Ambas se vieron a los ojos.

—Sí. Respondió ella, para luego vernos a nosotros.

Nosotros estábamos sumidos en nuestra conversación; la verdad, ni siquiera nos dimos cuenta cuando comenzaron a hablar de nuevo. Lo menciono porque hace correr la trama.

—Bueno chicos, los dejamos para que se pongan al día. Creo que tienen mucho de qué hablar.

Nuestras dos amigas se alejaron para buscar algo de comer. Luego de ser interrumpidos por su caminar, nos quedamos en silencio viéndolas partir, sin entender lo que podría pasar. Quería evitar hablar con Alice en ese momento, y no decirle que no me acordaba de ella o de su nombre.

Le ofrecí asiento luego de que apartamos la vista de las dos chicas que se alejaban. No utilizamos las palabras por varios minutos, tal vez, estábamos incómodos, o no queríamos hacerlo y ya. Estaba a gusto, así no tenía que decir nada.

Ella se sentó en la silla que yo estaba ocupando cuando las dos llegaron y antes de que fuera a ver lo que se había roto y me senté a su lado.

—Dame un Manhattan y un Kir Royal. Dije, al bartender.

No le pregunté a Alice que quería, sólo lo pedí. Por fortuna, me acordaba de cada detalle como si nunca se me hubiese olvidado aquella noche. Lo que me hace pensar que tal vez nunca lo olvidé, sino que solo no había pensado en ello.

—Ese es mi coctel favorito.

—Lo sé, me lo dijiste aquella noche.

—Entonces sí te acuerdas.

—Un poco.

La miré sobre mi hombro, apoyado de la mesa del bar. Ella se había sentado viendo hacia mí. Tenía estilo, lo hacía con tal elegancia que comencé a creer que ninguna mujer en el mundo se sienta bien.

—¿Y tú? le pregunté para crear conversación.

—¿Acordarme de aquella noche?

—No exactamente aclaré □ ¿te acuerdas de quien soy?

—Bueno, sé que te llamas Lewies, sólo eso. Y que tienes una gran casa agregó señalando su alrededor con ambas manos.

No dije más nada, traté de hacerme el misterioso. Esperaba que ella también se hubiese olvidado de aquella noche.

—Entonces Agregó ¿De qué más te acuerdas? me miró y embozó una sonrisa con travesura. Lo entendí de inmediato.

—Claro que me acuerdo. Aseveré.

Embozó de nuevo otra sonrisa, luego de haber borrado la anterior cuando hablé.

—Y me gustó agregué, creyendo que sería buena idea decirlo.

—¿Ah sí? dijo, cómo si no fuese suficiente para ella □ ¿Por qué no me buscaste después de desayunar? me equivoqué.

El bartender se acercó con los dos cócteles, uno en cada mano.

—Aquí están sus bebidas, señores. dijo. Yo cogí el mío, lo deslicé hacía mi y ella hizo lo mismo. Le agradecí al chico asintiendo con la cabeza y él se marchó.

Tomé un sorbo de mi Manhattan y me fijé en ella luego de bajarlo.

—Es que... traté de excusarme.

—¿Es que, qué? dijo a la defensiva.

No estaba seguro de qué la molestaba más: el haberla dejado o el no haber regresado después de eso.

—Si no estás casado, si sólo habías ido a desayunar, y si te gustó la noche conmigo ¿por qué no regresaste entonces? dijo con seriedad. Ya no estaba sonriendo.

Tragué saliva con el sabor del Manhattan que acababa de beber. No sabía qué decirle porque no quería parecer más como un patán, aparte de que ella parecía ser una buena compañía. Debía mantenerla feliz.

—Lo olvidé acepté mi terrible final.

Alice se quedó con las ganas de hablar. Cogió su bebida y tomó de ella.

—Esperaba que lo negaras dijo luego de bajar la copa.

—Sí, yo también.

—Bueno, no podemos hacer más nada. No es como que yo tampoco me haya preocupado mucho por eso. Creo que ya lo había superado.

Durante un rato estuvimos discutiendo sobre lo que pude haber hecho, lo que ella pudo haber hecho y las cosas que no importaban ya que no había mucha diferencia entre lo que sucedió y lo que pudo haber sucedido. Te ahorraré el tener que leerlo porque honestamente es sumamente aburrido.

Luego de eso, pasadas unas cuantas copas de los mismos cócteles que yo había pedido, entendimos que por alguna razón estábamos destinados en ese momento a encontrarnos. Nuestra conversación pasó de ser una tonta discusión sin sentido e infructífera, a hablar de nosotros. Lo extraño de aquella noche, es que nunca mencionamos nada acerca del otro. Sólo hablamos de cosas que nos gustaban de lo mucho que nos llamaba la atención las mismas cosas, entre otras más.

Eso fue lo que me pareció más interesante de aquella vez. Para ser honestos, precisamente eso que nos mantenía interesados fue lo que me hace pensar que nada de esto era al azar. El licor comenzó a surtir efecto, a amainar el ambiente y a hacernos más felices. Ya no importaba lo que había pasado ni nada por el estilo, incluso, llegamos a reír juntos.

El lugar parecía moverse por sí solo a nuestro alrededor sin ningún problema, ignorándonos así cómo nosotros lo ignorábamos a él. Estoy seguro que Estefanía estuvo varias veces en el bar, pero tampoco le dimos importancia a ello. Me entretuve con el sonido de su voz, ahogada por la música de fondo que parecía ser de la elección de mi amiga.

—Así que soy modelo. No tan famosa como Estefanía, pero sí soy modelo.

—Pero haces lo que te gusta y eso es lo que cuenta, ¿sabes? Muchos aquí creo que están acostumbrado a que todos decidan por ellos.

—Aja, pero, ¿tú qué? Eres súper millonario, pero, ¿es lo que querías?

—Eso te dije, ¿o no?

—Sí, pero, ¿estás seguro? ¿Lo vale?

La miré como si estuviese bromeando, sin poder verle el sentido a su pregunta de moral confusa.

—¡Claro que lo vale! abrí los brazos mostrándole todo lo que había a nuestro alrededor □ todo esto lo traje yo. dije.

Alice miró a su alrededor como si no hubiese visto ya toda la casa al llegar.

—Y eso es sólo esta casa. Tengo muchas otras y mucho más grandes. Dije sonriendo.

De repente, sentí que estaba asiendo un poco soberbio. Que podría no agradarle. Aclaré mi garganta y bajé los brazos. Ella había cogido su copa y bebió de ella.

—No tranquilo, tienes razón. No parece que estés arrepentido. agregó, al notar que creía que había hecho algo malo □ Entonces vives tu vida al máximo. Yo hago lo mismo. A mi ritmo ¿sabes?

—Sí, me costó llegar hasta aquí, pero valió la pena.

Ambos hicimos silencio al sentir que no había ningún tema el cual pudiéramos tocar. El ruido de la fiesta comenzó a hacerse presente. Las personas a nuestro lado conversando, la música que estaba sonando.

—¿Y por que no te has casado?

Dijo de repente. Yo la miré, tratando de buscar las palabras adecuadas.

—Porque no creo que haga falta todavía. Y ¿Tú?

—Mi estilo de vida no me lo permite se giró para ver algo a su espalda.

Yo traté de buscar lo mismo que ella estaba viendo, hasta que encontré que veía a Estefanía y a Karen bailando. Tenía esa expresión en el rostro, un tanto nostálgica. Sonreía, pero parecía no estar feliz.

—¿Por qué lo dices?

—No creo que nadie pueda soportar este ritmo de vida. dijo sin apartar la mirada de su amiga. En cambio, yo la veía a ella.

—¿Lo has intentado?

—Eso creo.

—Aunque la verdad no creo que sea del todo cierto. Dije, tras acomodarme para apoyar mis codos en la mesa y ver en la misma dirección que ella □ . Llevo conociendo a Estefanía durante mucho tiempo, y al verla pienso que no es tan grave.

—¿Son amigos desde cuando? preguntó, viéndome interesada.

—Desde ya hace unos diez años. La conocí cuando siquiera era famosa.

—Vaya dijo, dejando escapar un suspiro a través de su nariz □ yo a penas conozco a Karen desde hace unos tres años.

—¿Cuánto tiempo tienes en esto del modelaje? Le pregunté, concentrándome en ella.

—Siete años. Y ¿en cuanto a Estefanía? ¿Crees que es buena persona?

—Claro que lo es. Siempre lo ha sido. ¿Qué te preocupa? le pregunté, suponiendo que había un trasfondo más complejo que se escapaba de mi atención.

—Me preocupa que no vaya a tratar bien a Karen; ella es un poco sensible y delicada.

—No sabría que decirte.

Me di la vuelta y me acomodé en la silla, viendo hacía el barman a quien le hice un gesto con la mano para que sirviera otra ronda. A los pocos segundos, Alice hizo lo mismo.

—Entonces. ¿Es mala persona?

—Para nada. Es mi mejor amiga. También me preocupa para donde irá todo esto.

—¿no ha tenido buenas relaciones últimamente?

—Puede ser ¿Karen sí? pregunté.

—No muchas. Ser lesbiana no es muy distinto a ser heterosexual, las mujeres también son unas malditas.

—Ni que lo digas. afirmé □ Pero con Estefanía es un poco diferente. me moví un poco a mi derecha para hablarle mejor, mirarla a los ojos, ser directo □ Lo que sucede es que esto es nuevo para ella, eso de estar enamorada. No es que no confíe en que Karen pueda ser una buena pareja, pero, ella no está muy familiarizada con eso de una relación estable.

—¿Es mujeriega? preguntó.

—Jajá solté una carcajada ante la ironía de esa palabra.

—¿Qué es tan gracioso?

—Que nunca pensé en escuchar esa palabra en este contexto. reí un poco más □ No había interiorizado que las lesbianas podrían ser mujeriegas.

—Tiene sentido. Aseveró □ pero, ¿lo es? preguntó, manteniendo su atención en el tema.

—¿mujeriega? No sabría decírtelo. Se ha acostado con diferentes mujeres. ¿Eso la hace mujeriega?

—¿Le ha prometido una relación a alguna?

—Nunca. Aunque siempre alega haberse enamorado de todas. ¿Eso que la haría?

—¿Una tonta?

—Aunque siempre termina olvidándolo a los días.

—¿Con Karen cómo fue?

—No ha dejado de hablar de ella desde ese día en que se acostó con ella. Dice que es una mujer increíble, que es la indicada. El amor de su vida.

De nuevo, el bartender entregó nuestras bebidas. Nosotros las cogimos. Comenzaba a sentir esa sensación de pesadez que me presionaba los ojos y apretaba el cráneo, propio de los efectos del alcohol y creo que fue eso lo que nos llevó a acercarnos cada vez más. La separación entre nuestros hombros era casi mínima, suficiente para sentir el aroma de su perfume dulce. Se sentía una tensión diferente cada vez más latente.

—La versión de Karen no es muy distinta a esa.

—Entonces, si piensas que no es bueno este estilo de vida ¿por qué lo elegiste? pregunté con puntualidad.

—No lo sé. ¿Por qué elegiste ser millonario?

—Ya veo lo que haces.

—¿Qué?

—Tratar de usar mi pregunta profunda en mi contra.

Ella dejó escapar una sutil carcajada, que fue amablemente ahogada con una sonrisa.

—No es eso, sólo intento crear conversación, ya me estoy cansando de hablar de ellas.

—Lo mismo pienso.

Tomó un trago de su bebida, como si estuviese buscando fuerzas para hablar.

—Pero dime, la verdad me causa curiosidad. Me miró a los ojos □ No sabía que eras tan exitoso.

La miré confundido, demostrándole con mis gestos que creía que eso era imposible de concebir.

—¿En serio?

—Sí... no sé por qué habría de saberlo dijo, confundiéndome un poco más □ pero no lo sabía.

Me miró y entendió que no estaba siguiendo su idea.

—Olvídalo, agregó □ no es tan importante. ¿No tienes algo mejor que decir? Pareciera que estamos forzando algo. No sé, no me siento cómoda aquí, ni haciendo esto.

—¿No es el mundo al cual estás acostumbrada?

—No mucho. me miró luego de tomar de su coctel □ ¿Por qué no me cuentas de ti?

—¿Qué quieres saber? Ya te he dicho lo más importante.

—No quiero saber si eres rico, quiero saber de ti.

—Bueno, eso es más o menos todo lo que hay de mi.

—¿No te da miedo nada? ¿No eres bueno en otra cosa que no sea ser millonario? ¿Te gusta algo en esta vida a parte de gastar?

—Me gusta ayudar. Hago todo lo que puedo por hacer las cosas a mi manera y poder salvar cuantas vidas sea posible.

Volvió a levantar su copa y tomó.

—¿No eres una especie de filántropo o algo así? dijo luego de tragar con apremio, como si las palabras fuesen a escapársele.

—¡Aja! exclamé, como si ella hubiese revelado un secreto que esperaba escuchar □ sí sabes algo de mi.

—Sólo un poco. Escuché una que otra vez a un tal Tornatore.

—Ahora lo conoces.

Tomó de nuevo de su trago

—No sabía que me había acostado ya con él tomó de nuevo un □ en primer lugar agregó luego de tragar.

—Bueno, tienes suerte; la miré levantando mi copa como si estuviese haciendo un brindis □ Según las revistas, soy un soltero cotizado. La llevé a mis labios y tomé un poco de ella □ o codiciado agregué luego de tragar, tomando aire para hablar □ No sé, algo así era.

—Vaya, que afortunada soy dijo sarcásticamente, levantando su copa para complementar mi brindis.

—Es bueno que lo sepas embocé una sonrisa y ella hizo lo mismo.

—¿Eso es todo? Un filántropo millonario que es el sueño de muchas mujeres. ¿Eso es lo que eres?

—No lo sé. ¿Qué me dices de ti? la miré, apoyando mi hombro izquierdo de la barra y mirándola fijamente a los ojos; entrecerrándolos para analizarla □ eres una mujer joven que ha dedicado parte de su vida a un mundo del cual no confía mucho pero que lo hace porque alguna vez fue su sueño.

—Parece una historia de amor burda y deprimente. ¿Por qué tengo que ser así? ¿No puedo ser simplemente una persona amargada que tuvo suerte y ahora sólo vive bajo las sombras de su propia fama?

—Podría ser, eso se puede arreglar.

Ambos reímos como si hubiéramos encontrado algo gracioso de qué hablar. Sorbimos de nuestras copas, nos miramos, compartimos un silencio agradable, el cual nunca había compartido con ninguna otra mujer y embocé una sonrisa de tranquilidad, una de esas que se escapan cuando sentimos que estamos realizados y que hemos conseguido todo en la vida.

—Estoy segura de que sí. ¿Me comprarías un pasado diferente?

—¿Por qué? ¿No te gusta ese que tienes?

—No mucho. Una chica de los suburbios que consiguió la fama con unas cuantas fotos y ahora es una modelo importante aclaró su garganta □ aunque no tanto como tu amiga.

—Sí, creo que no tanto como ella me giré para buscarla con la mirada □ creo que ella es un estilo diferente de modelo.

—Sí. Y es por eso que no me gusta mucho mi pasado. ¿No podría ser uno más poético? ¿Lírico? No sé.

—¿Una obra romántica o Clásica?

—Una clásica, no quiero morir al final.

—Bueno, creo que eso podría arreglarse saqué mi celular del bolsillo interno de mi saco □ conozco a unos cuantos escritores que podrían hacer de tu vida algo mejor.

Se apartó sorprendida.

—¡Oh! exclamó, exagerando una sorpresa □ ¿me contratarás un escritor?

—Podría ser un escritor fantasma o un asesor. ¿Qué tal si haces una biografía?

—¿Y las personas involucradas? ¿Cómo le haríamos para que no difamen mi historia?

—Podríamos matarlos le dije con seriedad.

—¿Tu dices? ¿Tu dices? ¿Crees que sea necesario? dijo con la misma seriedad.

No sabía si era partidaria del humor negro, peor, luego de que lo utilicé y que ella lo siguió, sentó que poco a poco estaba consiguiendo a la mujer indicada.

—Podemos hacerlo. De nuevo bajé la mirada hacía mi celular □ Tengo unos cuantos asesinos por aquí.

—Vale, que bueno. Creí que tendría que eliminar a las personas de mi pasado yo sola.

—O podemos sobornarlos vociferé, teniendo una epifanía □ tengo suficiente dinero para sobornar todo un país y poder heredarle a mis hijos una fortuna razonable dije luego de que levante mi cabeza y dejé caer la mano con la que sostenía el celular en mi regazo.

—Me parece mejor idea... así no hay que deshacernos de los cuerpos.

Detuvimos nuestro intercambio de ideas. Nos quedamos en silencio, cómo si nuestra discusión fuera algo serio, una cosa que realmente estuviéramos planeando, y tras un largo silencio, quebramos en una carcajada que, si alguien

nos hubiera estado escuchando, le habría cogido por sorpresa. Ella se reía de tal forma que incluso se le escapaban las lágrimas.

—Pero sí, no me gusta mucho mi pasado. Es un tanto aburrido. agregó, mientras se limpiaba las lágrimas □ no es cómo el tuyo levantó su mirada y la fijó en mi □ intenso y apasionante.

—¿Qué tiene de intenso salir de un barrio pobre y hacerse multimillonario?

Se alejó cómo si hubiera dicho algo horrendo.

—Oh señor Lewies ¿cómo es usted capaz de decir tal barbaridad?

—¿Qué? ¿Qué dije? pregunté confundido.

—Señor Lewies, su pasado es interesante solamente con el hecho de haber salido de lo más bajo hasta llegar a la cima de la cadena alimenticia. En cambio, yo se colocó la mano sobre el pecho para señalarse a sí misma □ soy una mujer que tuvo todo lo que quería; nada me hizo falta y estuve cómoda.

—Bueno, yo me consuelo diciendo que es porque hay personas que tuvieron un pasado peor que el mío. Tú sabes. El mundo es basto y lleno de horrores.

—Entonces ¿qué? ¿Tu infancia fue normal? ¿dos padres amorosos y trabajadores que a pesar de no tener dinero se las arreglaban para pagarte los estudios? Nada del otro mundo.

No quería revelar nada, pero como me hacía sentir tan cómodo, no me quedé de otra que decírselo.

—No, bueno aclaré mi garganta.

Relajé mis hombros, tomé de mi coctel buscando las fuerzas para hablar y cambié mi tono de voz. Creo que ella entendió el cambio repentino de tema porque se enderezó también.

—¿Qué? preguntó, viendo que algo serio se avecinaba.

—Viví en un barrio dominado por las mafias, una pequeña Italia. continué, sin apartar la mirada de la barra □ aunque no era un lugar tan pequeño; Alice asintió, siguiendo mis palabras □ y gran parte de mi niñez la pasé observando como el crimen se apoderaba de las personas que más quería. Mis padres eran parte de ese mundo también.

Alice, inspiró con sorpresa, cómo si hubiera dicho algo increíblemente delicado.

—No eran criminales, pero se encargaban de ciertas cosas de alguna de las familias. Ellos pertenecían a un tipo de familia que tenía un tipo de mafia moví mis manos, dibujando círculos en el aire, tratando de hacer que las ideas confusas que estaba presentando se hicieran una sola □ ¿cómo te digo? la miré, cómo si fuera capaz de decirme cómo contarle mi historia.

Ella levantó sus hombros como queriendo decir: «no lo sé» porque evidentemente no lo sabía.

—Bueno. Aclaré mi garganta de nuevo. La sentía un poco irritada; no sabía si era por el licor o porque estaba gritando. Volví a bajar la mirada □ en Italia hay diferentes organizaciones criminales, «familias» agregué, dibujando unas comillas en el aire □ y entre ellas se encuentra la Cosa Nostra y la ‘Ndrangheta.

—Okey... dijo, arrastrando las sílabas.

—Mi familia pertenecía a la ‘Ndrangheta. Mis padres no era que pertenecían a esa mafia, sólo, le hacían unos cuantos favores y ellos se los pagaban muy bien. Pero tomé aire como si estuviese tomando fuerzas □ se dejaron consumir por la ambición y terminaron traicionándolos.

Cada vez las expresiones de Alice se hacían más exageradas. Se notaba que no se esperaba nada de lo que le estaba contando.

—Y ¿sabes? giré mi cuello para verla a los ojos □ eso no se puede hacer. Uno simplemente no traiciona a toda una mafia sólo por dinero. Además me acomodé para enderezarme □ no es como que lo hubieran planeado mucho. ¡No! vociferé □ y para peor, lo hicieron con esa otra familia que te mencioné, con la Cosa Nostra.

—Rayos... dijo atónita.

—Bueno, el caso es que terminaron matándolos, enfrentándose unos contra los otros, y yo me vi envuelto en un enfrentamiento en la calle de mi tienda de dulces favoritas en donde uno de mis amigos murió por estar conmigo.

Alice se tapó la boca con ambas manos, como si estuviese a punto de gritar.

—Yo estuve a punto de tener esa misma suerte, pero me fui. continué □ A lo largo de los años me quedé con el trauma, crecí, intenté ser parte de una de las dos familias usando otro nombre, me las arreglé para conseguir suficiente dinero y marcharme. Desde entonces, he estado trabajando duro para tener más

y más capital monetario y poder hacer del mundo un lugar mejor.

—Vaya... qué... trató de buscar las palabras que quería decir □ no me lo esperaba.

—Sí...

—¿Y cómo le has hecho hasta ahora para no... dejó de hablar, como si estuviese arrepintiéndose de lo que quería decir.

—Vamos... ¿para no qué? No importa, puedo hablar de eso.

Ya a este punto no estaba viendo a la barra sino a sus ojos.

—Este... vaciló □ Si has querido ayudarlos a todos ¿por qué no has hecho lo posible para deshacerte de esas mafias de tu barrio?

—De hecho, eso fue lo que hice el mes pasado. Ella se sorprendió □ preparé y financié un programa para eliminar las drogas de las calles que, de una forma u otra, arruinaría el negocio de esas dos familias. Eso, junto a la prostitución, el tráfico y otros negocios legales e ilegales que tienen para conseguir su dinero.

—Entonces has estado...

—Sí, he estado arruinándoles poco a poco el negocio con todo mi dinero... vacilé □ pero, ahora.

—¿Ahora qué?

Sé que no quería asustarla, decirle que ellos me tenían amenazado y que, a pesar de eso, yo continué con mis planes de arruinarles el negocio. Tal vez haría que ella se alejara de mí y, por la forma en que me sentía a su lado, preferí evitarlo.

—Pues, me toca vivir con el fantasma de mi pasado dije para desviar su atención.

—Entonces... ella tomó un poco de su trago, levantó los hombros con indignación, hizo un mohín con sus labios con el mismo ánimo y, tras respirar, profundo, agregó: □ ¿aun tienes amigos de esos? me miró con seriedad □

—¿Por qué? pregunté, sin saber a qué se refería.

—Tú sabes, amigos mafiosos repitió □ Creo que podría necesitar uno para romper algunas piernas y obtener unos cuantos contratos que me cuesta

encontrar. Dijo sarcásticamente.

Estoy seguro que ese cambio repentino de tema no le habría gustado a alguien que acabase de contar su trágico pasado, pero, yo, no soy como esos tontos. A mi si me gustó. Por unos segundos, nos miramos fijamente a los ojos, como si estuviéramos considerándolo, como si realmente estuviéramos tratando con mafiosos y asesinos. Su comentario logró amainar esa sensación pesada que había invadido la conversación.

Hasta que dejó de ser necesario tanto misterio; nos dejamos llevar y soltamos unas carcajadas de alivio. Estuve agradecido, en ese momento, de haberme encontrado con ella. ¿Cómo pude haber olvidado a alguien así? De nuevo, me encontré perdido en su sonrisa, navegando por el delineador negro que dibujaba la línea de sus parpados con cuidado y detalle. Sus mejillas, los hoyuelos que se asomaban furtivos y temerosos.

Todo lo que se refería a ella, tenía ese sentido agradable de satisfacción que se encontraba solamente en esos momentos en que se logra algo por lo que tanto tiempo se había trabajado, tras comer por haber pasado mucha hambre o incluso descansar luego de correr todo el día. Ella era un alivio en mi rutina con el cual me había encontrado... y antes de seguir con esta idea, déjame explicarte algo:

Estefanía tenía cierto apego por las cosas románticas. A pesar de ser una mujer tan sexual, se sentía atraída por el romance y el amor, de tal forma que las veces que no invertía su tiempo en modelar, actuar, conocer mujeres nuevas o molestarme, escuchaba canciones románticas de todo tipo, de esa clase de música propia de una adolescente enamorada.

Y, gracias a esa naturaleza, al hecho de que estaba enamorándose de Karen y necesitaba demostrarle su afecto con la letra de alguna de sus canciones favoritas, le había pedido al DJ que colocase una en específico.

Y, bueno, justo cuando comenzaba a sentir que ella había aliviado mi rutina de tal forma, la letra de una canción que llevaba tiempo sonando en todos lados, permeó esa pared que habíamos erigido a nuestro alrededor para ignorarlos a todos y, honestamente, nunca olvidaré esa maldita coincidencia.

Puede que sientas que es algo muy improbable, pero, para la cantidad de fama que tenía, realmente era muy probable que sonara. De hecho, unos de los principios de la improbabilidad, es que, un día raramente inusual sería uno en

que nada inusual sucediese.

La letra iba así.

«Ella iba caminando sola por la calle...»

En el preciso momento en que me quedé observando cómo jugaba con su removedor de tragos y lo veía fijamente sin prestarme atención, aquella canción comenzó a sonar, Estefanía dijo en el micrófono que se la dedicaba a Karen, pero, por algún motivo, esa canción sentenció el momento, firmándolo como algo inusual, encajando perfectamente en nuestra realidad como si la hubieran escrito para que sonase justo en ese instante.

Y la primera estrofa de la canción seguía.

«pensando dios qué complicado es esto del amor, se preguntó a sí misma cuál habría sido el detalle...»

No quería interrumpirla, ni hacerla distraerse. Estaba apreciando la curva de su cuello al inclinarse hacía abajo, la forma en que su cabello se sostenía detrás de su oreja. Y, como si estuviese en mi pensamiento, comenzó a cantar, sin cambiarse de posición o quitar la mirada de su vaso. Estaba ahí, siguiendo la letra de la canción con sus labios.

«Los dos estaban caminando en el mismo sentido, y no hablo de la dirección errante de sus pasos. Él la miró y ella contestó con un suspiro...»

Y, como si me hubiera obligado, interrumpí su concentración.

—Eres hermosa dije, cambiando el tema; fuera de lugar y de contexto.

Y, literalmente, ella suspiró para luego embozar una sonrisa, dejando a la vista sus hermosos dientes, sus perfectos labios carnosos y unas mejillas redondas que descubrían unos hoyuelos atractivos que aparecían sólo cuando sonreía. La canción seguía sonando, mientras mantuvimos el silencio, atesorándolo para apreciar la mirada del otro.

—No me lo habían dicho nunca. Eres el primero en decírmelo aseveró.

—¿En serio? dije sorprendido por su declaración. Sumido en la letra, en el evento y en los hechos.

Me miró con seriedad, apartando su cabeza hacía atrás porque estaba un poco cerca para verme por completo y luego soltó una carcajada burlona. El momento ya había perdido sentido, la canción seguía sonando, pero pasó a

segundo plano, así que no importaba. Claro, sigo diciendo que resultó ser bastante conveniente.

—No, pues, sí me lo han dicho, soy modelo. ¿recuerdas?

—Ja, ja, ja... me reí con sarcasmo □ muy graciosa. No era necesario que lo hicieras, estaba siendo honesto.

—Lo sé, sólo que, no sé. Miró su copa y luego la levantó para mostrármela □ ¿El licor? dijo, levantando sus hombros.

Todo nos comenzó a parecer gracioso, así que dejarlo pasar resultaba fácil. Estábamos disfrutando el momento.

—No te escondas en los vicios. Eso fue crudo.

—Vale, vale... si te hace sentir mejor, si lo sentí honesto. Me gustó que lo dijeras.

—No es suficiente.

—¿No?

Antes de ese momento, de ese no que parecía una propuesta para algo mejor, sentí que todo el licor que estaba haciendo efecto en mi, me hacía cada vez más débil, propenso a cometer una estupidez. Pero, nuestras miradas estaban fijas, nos veíamos a los ojos con tal intensidad que parecía que de nuevo nos olvidamos de todo lo demás.

Su perfume dulce se calaba en mis fosas nasales y comencé a sentir que era más esencial que el oxígeno. Ella, jugaba con el removedor de su trago, lentamente, sin quitar su mirada de mi. Estaba concentrado sólo en ella, notando cómo mi campo visual se iba centrando en su sonrisa disimulada, en sus labios, sus mejillas. Su rostro completo era lo único que podía y quería ver.

¿Necesitábamos hablar más? ¿sacar algún otro tema innecesario? En ese momento no lo sabía, porque comencé a comprender que todo lo que hiciera luego de ello que no fuese un beso, un abrazo, incluso el colocar mi mano sobre la suya, sería un desperdicio; tanto ese instante arruinado como mi vida entera.

Así que, ya estábamos lo suficientemente cerca para sentir la respiración del otro, así que, no tenía necesidad de hacer un abordaje incomodo. Poco a poco

nuestros labios fueron llamándose mutuamente hasta chocar y obligar a besarnos. Sé que en tiempo real fue rápido, pero yo lo recuerdo diferente:

Sus ojos parpadeaban con lentitud, dejándome apreciar como sus pupilas se dilataban al mismo tiempo en que su sonrisa iba borrándose para darle lugar a unos labios que estaban dispuestos a recibir los míos. Yo me fui acercando al mismo ritmo en que sus parpados se movían. Alice dejó de mover su bebida, relajándose por completo mientras yo me encargaba deslizar mi mano sobre la barra para tocar la suya.

En unos largos minutos de estar suspendidos en el aire esperando a que nuestros deseos nos volvieran a colocar en la misma sintonía en la que estuvimos cuando habíamos intimado meses atrás, entendí que justamente eso era lo que necesitaba para completar mi existencia.

Y, como si hubiera tocado un dulce malvavisco, sentí el suave toque de sus labios. Nuestra presencia había colisionado de inmediato, trayendo a la vida esa misma calidad de tempo acelerado que se siente cuando todo está apresurado. Sus fauces se abrieron con delicadeza dejando escapar un vaho ácido a causa de su licor, pero suave por el champagne que lo complementaba. Yo llevé mi mano libre hacia su nuca para apretarla a mi a lo que ella respondió con el mismo gesto.

Nuestro beso se alargó lo suficiente para seguir escuchando la canción que sonaba en segundo plato tras de nosotros sobre algo que era destino o casualidad. No quería pensar en más nada ni en nadie, sólo en ella, en el sabor de sus labios, en el aroma que desprendía y en el calor de su cuerpo cerca del mío.

No tardamos mucho en salir de ese lugar concurrido para pasar a otro más calmado. En menos de unos minutos, caminamos entre la multitud y fuimos hasta mi habitación, apartada, a prueba de sonido porque me había preparado en el pasado para dormir mientras había ruido en el exterior y perfecta para la ocasión.

Cuando me levanté de la silla me percaté de que el alcohol estaba corriendo por mi sangre, haciendo que todo se sintiera confuso. Me preocupaba no poder recordar de nuevo otra noche a su lado y no me gustaba para nada no poder estar al tanto de lo que pronto haría con ella. Pero, para mi fortuna, todavía estaba consiente.

En lo que llegamos a mi habitación y cerramos la puerta a nuestras espaldas, continuamos en lo que estábamos. Nos besamos con intensidad dejando que la pasión se apoderase de nosotros. Un deseo ferviente se había apoderado de los dos, haciendo que nos desesperáramos por desnudar al otro. Yo trataba de quitarle la chaqueta, la franela que llevaba y el sujetador mientras que ella me intentaba quitar el saco, la camisa... y así sucesivamente. Desesperados por conseguir desnudar al otro.

No había tiempo que perder. No teníamos tiempo para platicar. Incluso, en el momento en que los dos bajamos la mirada para poder coger la prenda por debajo de la cintura correspondiente del otro, chocamos nuestras cabezas y quebramos en risas.

—¡Maldición! Exclamamos al unísono.

—Rayos... dijo ella, apartándose para quitarse el pantalón por sí.

Mientras, yo me tocaba en el lugar en que me golpeé, dando pasos hacia atrás hasta que tropecé con el borde de la cama. Estaba un poco desorientado a pesar de estar seguro que la cama estaba a unos diez pasos de la puerta. Todo se sentía más grande y pequeño a la vez, obligándome a perder el equilibrio. Sin embargo, no importaba.

—Sí, haré lo mismo. Dije, sintiendo que mis palabras más lento de lo normal.

Comencé a sacarme los zapatos, desabotonarme el pantalón y bajarlo. Cuando por fin pude deshacerme de ello, levanté la mirada y me encontré con que Alice solamente tenía sus bragas puestas.

—Oh, rayos. Me encanta tu cuerpo dijo, viéndome llena de deseo. Podía palpar la forma en que sus ojos degustaban mi cuerpo.

—¿Te gusta?

En ese momento, gruño como una fiera.

—¿Estás listo? me preguntó con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Yo nací listo, mi amor.

Corrió hacia a mi tan rápido cómo pudo, saltó y aterrizó en mi regazo.

—No pesas nada hablando con el poco aire que me había dejado □ casi ni lo sentí aseveré riéndome.

Su entrepierna había golpeado con mi abdomen, sacando el aire de mi cuerpo

con el impacto.

—Creí que ya lo sabías.

Cogió mi rostro entre sus manos y comenzó a besarme con la misma pasión con la que lo estábamos haciendo segundos atrás. Yo la abrazaba mientras que ella se apoderaba de mi con sus labios y su peso completo.

Alice comienza a moverse, deslizar sus manos por mi abdomen, mi espalda, a buscar algo. Parecía querer ir al grano, no postergar más lo que queríamos porque teníamos mucho tiempo compartiendo de la compañía del otro, ahora solo necesitábamos compartir algo más intimido, más sexual. Nuestras hormonas estaban alborotadas, esparciendo un vaho áspero y húmedo por toda la habitación, empañando el ambiente y nuestra atención.

Todo se sentía borroso porque todo estaba borroso. No sabía si era porque el humo de los cigarros que estaban fumando, o el de la fiesta que se corría por toda la casa, estaba entrando a la habitación; incluso, podría ser que sólo lo estaba imaginando a causa del efecto de licor en mi sangre. Pero, fuera lo que fuese, estaba seguro que invadía toda mi atención.

—¿Dónde está? preguntó, con la mano un poco más arriba de mi ingle.

Alice sí quería ir al grano.

—¿Dónde está qué?

Sabía qué estaba buscando, pero no sabía por qué no lo cogía de inmediato. Sentía mi pene siendo aplastado por su pierna, acostado de lado a su posición normal.

—Tu polla. ¿Dónde la tienes escondida? preguntó, alejándose solo unos cuantos milímetros de mis labios para poder hablar.

—La estás pisado dije mientras sentía como subía su mano por mi abdomen.

Levantó la pierna y lo sacó. Ya estaba erecto, listo para la acción. Ella lo cogió con su mano izquierda, se apartó de mis labios y bajó la mirada para apreciarlo. Yo supuse lo que quería así que me incliné hacia atrás para que tuviera un mejor campo visual.

—Es grandioso dijo sin apartar la mirada de mi pene.

—¿Eso crees?

—Lo sé... No lo recuerdo tan grande.

—¿Por qué no lo pruebas y tratas de hacer memoria?

Levantó la mirada acompañándola con una sonrisa traviesa y golosa. Se mordió los labios y levantó sus perfectas cejas: «¿me estás retando?» decía su rostro. A lo que yo respondí asintiendo con mi cabeza. En lo que entendimos nuestra conversación gestual, ella se bajó de mi regazo y aterrizó en el suelo con sus rodillas, pero sin soltar mi pene; parecía no querer dejarlo escapar.

Se quedó viéndolo un rato, usando sus dos manos para pasarlo de una a la otra como si se tratara de un juguete, aspirando con fuerza para impregnarse del olor que emanaba de este. Y, cuando creí que continuaría observándolo como si se tratara de una obra, lo apretó con la mano derecha, lo jaló con fuerza y se acercó con la misma intensidad.

Ahí mismo abrió sus fauces y se lo introdujo; sin preámbulos, sin meditarlo demasiado. Se lo sacó de la boca y le escupió, luego, lo volvió a introducir con más intensidad. Lo saboreaba, le apretaba con la mano, con sus labios. Hacía movimientos que no sabía que podían ser posibles, o tal vez sí, pero no me importaba porque ella estaba disfrutando mi pene.

Levantaba y bajaba su cabeza mientras recorría con su mano el mismo camino en mi falo grueso y deseoso de ella. Se sacudía, lo apretaba más, deslizaba su lengua a lo largo y ancho; se introducía mis testículos en la boca y me masturbaba cuando jugaba por un rato con ellos. Lamía mi glande, lo golpeaba con su mejilla, se detenía a olerlo y luego continuaba sacudiéndolo dentro de su cada vez con más intensidad.

Yo estaba a punto de sentir que todo acabaría, que no podría resistir ese trato que me estaba dando. Lo hacía de tal forma que no controlaba mis movimientos. Su lengua, sus manos, sus labios y su boca hacían un conjunto perfecto, una armonía de placer que no quería dejar de sentir.

Me pregunté cómo pude haber olvidado eso; era increíble, es algo memorable. De haberlo recordado inmediatamente me levanté aquella mañana, la habría despertado para hacerlo de nuevo porque con una vez no era suficiente.

—Que grande la tienes dijo luego de sacársela para respirar.

Traté de decir algo hasta que sentí que cualquier cosa que dijera arruinaría el momento. Así que sólo la tomé por la quijada, la jalé un poco para que se levantara y ella hizo el resto sin soltar mi pene. Fue directo hasta mis labios y comenzamos a besarnos de nuevo llenos de deseo. Se montó en la cama,

sentándose en mi regazo.

Colocó su mano en mi pecho y me empujó para que me acostase. Yo me dejé caer mientras que ella se inclinaba hacia adelante para acercarse a mí. Comenzó a besarme el cuello, a pasar por mis hombros, a lamer mi clavícula y luego concentrarse en mis pectorales. Lamió mis pezones, apretó mis brazos y comenzó a deslizarse poco a poco hasta llegar a mi ombligo. Toda su lengua había recorrido mi tronco completo, hasta que se detuvo en mi cresta iliaca.

Empujó sus labios sobre una y apretó la otra con la mano derecha. Sentí una corriente que me recorrió todo el cuerpo. Se quedó allí por un buen rato para luego concentrarse de nuevo en mi pene.

Esta vez lo hizo con más clama. Lo besó, lo lamió con delicadeza, le rozó los labios a la punta y apretó suavemente mi falo y mis testículos con sus manos. Lo olía ocasionalmente como si necesitase del aroma que impregnaba.

—¿Cómo pude haberme olvidado de esta sensación? Lo tenía en la mejilla, como si estuviese abrazando una almohada. Dijo eso con los ojos cerrados y luego de dejar escapar un suspiro de encanto.

—¿Lo habías olvidado?

—No recordaba que fuera tan grande, se apartó para verlo □ tan duro, tan perfecto.

—Entonces te gusta.

—¡Me encanta!

No sé cómo le puede gustar tener el pene en la boca ¿la haría sentir bien? La verdad es que no lo sé, además que no me quejo que lo haga, para mí estaba bien. Estuvo un rato haciendo eso mismo, deleitándose y deleitándome con sus movimientos de lengua, con lo estrechó de su garganta y con lo perfecto de sus labios. Al cabo de unos minutos, era ella quien estaba acostada y yo quien se encontraba arrodillado en el suelo con sus piernas sobre mi espalda y con la cabeza en su vagina.

Succionaba sus labios, utilizaba mi lengua para jugar con su clítoris y me aferraba a sus piernas apretándolas para que no se moviera con desesperación. Ella levantaba las caderas y me obligaba a empujarlas con el rostro. Lamía sus labios, la entrada de su vagina mientras dibujabas círculos con el dedo en su clítoris a favor y en contra de las agujas del reloj.

Ella se retorció de placer mientras que yo trataba de hacerla sentir mejor. Me gustaba escuchar sus gemidos, su respiración agitada, sus:

—No te detengas que decía entre gemidos de placer □ Sí, sí... Me encanta que vociferaba y se sentía como atravesaba mis tímpanos.

Estaba encantado con la forma en que se movía, en que apretaba mi cabeza contra su entrepierna para que no me alejase. También me guiaba, me apretaba para que redujera la fuerza o la intensidad con la que la estimulaba.

—Ahí decía □ no así no apuntaba.

Con su mano comenzó a guiar la mía cuando no era mi lengua la que la estimulaba. Me encantó cómo me hizo sentir. No era una mujer que dependía de mí para sentirse bien, o que se dejaba intimidar por la forma en que lo hacía. Traté de ser rudo, luego delicado, lo hice con calma y acelerado. Todo estaba surgiendo efecto.

Cada movimiento que hacía la obligaba a gritar, a retorcerse aun más. Entrelazaba sus piernas en mi cuello, las dejaba libre. Estaba inquieta y deseosa. Su vagina se encontraba húmeda, escurriendo sus jugos por todos lados. No sabía si era mi saliva o lo que ella segregaba. Pero todo brillaba por el líquido que empapaba su sexo completo.

—Métemelo dijo luego de un rato de retorcerse. □ Lo quiero sentir adentro.

—Todavía no.

Apartó mi cabeza de su entrepierna, levantó su cuello y su espalda alta para poder verme, apoyándose sobre sus codos.

—¿Cómo qué no? Me miro con furia □ Métemela de una vez.

Supuse que no podría negarme de nuevo, así que me levanté, cogí mi pene con la mano derecha y comencé a estimularlo.

—¿Estás lista? le pregunte, parado en frente de ella y jalándome la polla.

—Estoy lista para que me lo metas desde hace rato. se dejó caer en la cama, se deslizó un poco hacía arriba para darme espacio y se colocó la almohada en la cabeza.

Me acerqué a ella lentamente, acomodándome en el espacio que me había dejado. Ella estaba con las piernas abiertas e levantadas, dejándome una vista completa de su vagina completa, de su periné y su ano. Todo perfectamente

rasurado, entre rosado y chocolate y completamente húmedo. Su mano estimulaba su clítoris; tal vez estaba preparándose para lo que le venía.

Me acerqué un poco más, colocando la punta de mi pene en la punta de su clítoris. Lo apreté a gusto, y ella inspiró una gran cantidad de aire, como si estuviese esperando a que eso sucediera. Comencé a moverlo suavemente de izquierda a derecha y luego lo fue deslizando a lo largo y ancho de su vagina.

Estaba dibujando un corazón en sus labios, pero creo que ella no se dio cuenta porque sólo respiraba agitada y se veía descontrolada. En ese momento lo que quería era desesperarla, hacerla desearlo aun más. Estaba seguro que ella se encontraba en la recta final, a punto de sentir un orgasmo que la sacudiera y atizara la pasión que nos dominaba en ese momento.

—¿Qué estás esperando? Preguntó ansiosa y descontrolada. □ ¡Mételo de una vez!

Empujé mi pene diligentemente y ella hizo silencio para poder tomar una gran bocanada de aire que la mantuvo en trance por varios segundos. Y, como me habían dicho que lo hiciera rápido, comencé a embestirla. La tomé por los muslos, abrazándolos y empujando mi pene contra su vagina para que sintiera lo grande de mi pene.

—Es tan grueso, me llega muy adentro dijo, mientras la embestía, separando las palabras por sílabas y entre gemidos. □ ¡sí! Así mi amor. ¡Así!

Se comenzó a tocar los pechos, a enredar sus dedos entre su cabello. Estaba desesperada, quería agarrar algo. Yo la penetraba con fuerza, con ganas. Mi cuerpo pedía a gritos el suyo y ella no me dejaba escaparme. Cuando intentaba salirme, se las arreglaba para empujarme con sus piernas que se escapaban entre mis brazos.

—Sí, sí... vociferaba.

Estaba gritando, gimiendo. De no ser por la música de afuera, ya todos nos habrían escuchado. Pero no me importaba y estoy seguro que a ella tampoco le importo en ese entonces. Nos movíamos al mismo ritmo. Mientras yo colisionaba con ella, Alice se movía, levantaba sus caderas y se movía como una ola, siguiendo mi ritmo acelerado.

De repente, me salí.

—¿Pero por qué? Parecía que había roto su concentración. Su respiración

amainó, respiraba en reposo, cansada.

Yo me bajé de la cama para contemplarla desnuda y con las piernas abiertas y al aire, invitándome a pasar. Se comenzó a tocar cuando se percató de que no iba a regresar pronto.

—Vamos bebé. Con el índice de la otra mano, pedía que me acercase. □ No seas así.

—Vamos a cambiar... le dije.

Me acerqué y la tomé por las piernas, dándole la vuelta. Ella se arrodilló, aun con la cara a la cama y con el trasero al aire. Alice sólo se rio, como si hubiera hecho algo realmente gracioso.

—De eso estaba hablando dijo entre risas.

—Prepárate, preciosa.

—Estoy preparada para ese pene. Hablaba con la cara entre las sabanas.

—Ahí va...

Cogí sus nalgas entre mis manos y la atraje hacía mi pene con fuerza, a lo que ella respondió con un grito.

—¡Oh sí! vaciló □ llega muy adentro. gritó de nuevo.

—Y eso que es sólo la puntica, mi amor. bromea.

—¿Por qué no te mueves? preguntó luego de un rato sin moverme.

—¿No te había dolido?

—Ah se aquejó □ por favor dijo como si no fuera gran cosa □ no es para tanto agregó, para luego comenzar a mover sus caderas a su ritmo.

Empezó a irse de adelante hacía atrás, generando fricción entre mi pene y las paredes de su vagina. Alice parecía desearlo de verdad. Mientras se movía, gemía y vociferaba afirmaciones, y palabras que se calaban en mis oídos y me excitaban aun más. Sentía como sus paredes apretaban mi pene, estirándolo y recogéndolo a su antojo. Sus nalgas se movían al mismo ritmo en que lo hacían sus caderas, rebotando con sensualidad.

Lo primero que me vino a la mente fue propiciarle unas nalgadas porque, con el movimiento que producían, su perfecta redondez y lo que provocaba era eso. Así que lo hice, una. Ella respondió con una risita oculta entre sus

gemidos. Luego otra, en la otra nalga; la misma respuesta. Tercera, cuarta... comencé a darle sutiles golpes en ambas nalgas y ella se movía cada vez más rápido cuando lo hacía.

—Sí, azótame, papi. Así...

No esperaba tener ese tipo de sexo con ella. Sin embargo, en ese momento pensé: ¿ya qué? Y fue ahí cuando comencé a moverme. Empujé mis caderas, obligándola a detenerse y haciendo que se deslizara un poco hacía adelante. La embestía con la misma intensidad con la que ella se movía, tratando de alcanzar el mismo ritmo agitado con el que ella se movía.

Alice respiraba rápidamente, arrugaba las sabanas mientras las apretaba para aferrarse a algo. Sus gemidos subían de volumen cada vez que mi pene chocaba con su útero. Cambiamos de posición varias veces, intentando hacer más largo y excitante nuestro encuentro. No había motivo alguno para detenernos.

Pasamos varios minutos intercambiando fluidos, besos, palabras y sintiendo el sexo del otro colisionar de tal forma que nada más parecía tener sentido en el mundo. Cuando no pudimos más, en lo que ella acabó con mi pene adentro y yo acabé en su boca. Nos quedamos acostados el uno al lado del otro tratando de recuperar el aire.

Veíamos al techo, contemplando el vacío. Por mi parte, no había más nada que hacer más que conversar, intercambiar alguna palabra de afecto, algo que nos hiciera utilizar el cerebro y nos hiciera sentir a gusto.

—Eso fue grandioso dijo luego de suspirar de alivio.

—Ni que lo digas.

—¿Ahora qué? me preguntó, si apartar la vista del techo.

—No lo sé. No estoy acostumbrado a llegar hasta este punto.

—¿Por qué? ¿Te vas siempre luego de acabar en la boca de tus mujeres?

—No todas se dejan acabar en la cara.

—Yo no me dejaba acabar en la boca.

Giré mi cuello para poder verla.

—¿Entonces por qué?

—Porque contigo era diferente. Respondió luego de girarse para verme. □
Porque eres diferente.

—¿De qué forma?

—No lo sé volvió a fijarse en el techo. □ Me dieron ganas de que lo hicieras.
Quería probar tu semen.

—No me dice mucho hice lo mismo que ella.

—No es importante.

—¿Qué es realmente importante? La verdad, casi nada importa.

—La vida es insignificante de cierta forma. Dijo, siguiendo mi idea, estando de acuerdo.

Respiré profundo y exhalé el aire que había acumulado en un suspiro de relajación, reflexivo.

—¿Sabes qué? agregué luego de un corto silencio. □ La verdad, el dinero que tengo no es gran cosa.

—¿Ah? pronunció, girando su rostro para verme.

—Sí, es necesario para ciertas cosas que necesitaba hacer. Pero, yo tuve la opción de dejar pasar esa necesidad de hacer lo que estoy haciendo y disfrutar de los bienes que tenía, distrayéndome lo más que pudiera y ocultar mi naturaleza infeliz, esa que es propia en cualquier ser humano cuya existencia es insignificante.

—Puede ser, pero dijo luego de colocar su cabeza en posición para poder ver al techo □ entonces me estas diciendo que eres infeliz, que la existencia es insignificante, ¿entonces cómo la podrías manejar? ¿Qué harías para existir en ella?

—No estoy a gusto de eso, ni mucho menos estoy seguro de nada.

—Entonces si no estás seguro, si no sabes, ¿por qué habrías de preocuparte por ello? levantó su torso y sostuvo su cabeza con su mano apoyando el codo en la cama.

Con la otra mano, comenzó a dibujar círculos en mi pecho.

—¿Qué es tan importante entonces? continuó hablando □ ¿Por qué mejor no vives la vida que te has conseguido y mueres en ella sin preocuparte por esa

existencialidad que, bien te afecta, pero no hallas la capacidad necesaria para comprender?

—¿Dices que me olvide de la idea de conseguir un significado me giré para verla □ ignorando lo mucho que el universo es indiferente ante mis problemas y preocuparme en existir bajo mi propio concepto de la vida?

—No sé, yo no dije eso. me miró, como si hubiera dicho algo demasiado raro.

—Sí, lo sé, eso es lo que yo pienso.

—¿Entonces si piensas en eso por qué te complicas tanto?

—Porque debo ver todos los eventos posibles, evaluarlos. ¿Qué sé yo? ¿Así no funcionan las cosas?

—No me preguntes a mí. Yo no pienso mucho en eso. No invierto mucho tiempo en ello. Además de que no tengo mucho para usar. Soy modelo, me la paso todo el tiempo ocupada.

—Si... Dije, resignado, fijándome nuevamente en el techo □ ¿qué crees que debería hacer entonces?

Estaba evocando la conversación que tuvimos acerca de mi pasado, los problemas que no le mencione y las amenazas que me precedían. Eran de hecho importantes, debido a que necesitaba una respuesta. Sí, ella no tenía ni la más mínima idea de ello, tampoco sabía lo que quería escuchar, pero, tal vez, una opinión imparcial e inocente podría ayudarme.

Claro, no necesitaba ningún consejo, no era como que no supiera cómo lidiar con un mafioso, porque hasta ahora, era el único inconveniente que había en mi vida. No pensaba en la renta, en los estudios, en algún familiar enfermo, en el trabajo ni en la falta de dinero...

Mi única motivación era alcanzar el éxito y luego utilizarlo para ofrecer ayuda; aparte de que podía disfrutar de los placeres que lo acompañaban. Y, ahora que lo estaba haciendo, estoy enfrentándome a las consecuencias. Pero, sin embargo, quería escuchar lo que ella tenía que decir. Tal vez no estaría dentro del contexto, pero su voz ya era lo suficientemente embriagante como para no dejarla expresar su punto.

Me fijé de nuevo en ella. Girándome sólo un poco y enfocándome en cómo se movían sus labios.

—¿Con qué? ¿Qué quieres que te diga?

—Con respecto a eso, a tener un significado, con hacer algo ante cualquier adversidad o evento cotidiano.

—Para ser honesta dejó de dibujar círculos con el dedo para pasar a dejar plantada su mano en mi pecho □ no tengo idea. No soy ese tipo de chica inteligente que sabe cómo arreglarse la vida. La verdad, no sé ni siquiera como arreglar la mía. Porque, mira... se mojó los labios con la lengua □ hasta unas horas antes de venir, todavía dudaba si realmente Estefanía había invitado de buena intención a Karen a esta fiesta que, incluso, creía que era falsa. Me paso la vida cuestionándolo todo hasta el punto en que no sé si realmente debo confiar o no en lo que me rodea.

—Bueno, esta fiesta la preparamos nosotros hoy para que ustedes vinieran.

Ella levantó la mano que tenía en el pecho puesto que quería dejar en claro que ese era su punto, como queriendo decir: «es exactamente eso».

—¿Ves? A eso me refiero. Para mí muchas cosas son inciertas dejó caer de nuevo su mano para continuar haciendo dibujos con el índice □ así que no puedo asegurar más que mi propia existencia y en aquello en lo que supongo tener el control detuvo su mano, plantando su palma en mi pecho, otra vez. Y, fijándose en mí, agregó: □ ¿me explico?

—Sí, supongo.

Alice había explicado, de cierta forma, lo que ya estaba teniendo en cuenta. No podía pensar en algo que no podía controlar, así mismo, el problema con aquellos mafiosos (mi molestia inmediata) era algo en lo que podía ejercer, a duras penas, un poco de control, el cual podría ser bueno o malo, el cual podría ser en realidad una ilusión de control o que realmente pudiera solucionarlo con mis acciones.

—Además agregó, interrumpiendo mis pensamientos □ No sé ¿Sabes? Creo que la respuesta es no pensar al respecto, no preocuparse. Después de todo, si nada importa ¿por qué habría de importar eso?

—Puede ser, aunque pienso que no estamos tomando en cuenta todo.

—Tal vez; tú sabes se dejó caer sobre la almohada y se fijó de nuevo en el techo □ no lo podemos saber todo.

De nuevo, otro silencio que apareció de repente. Estaba permitiéndome hablar

de cosas de las que no había hablado con nadie, abriéndome a lo desconocido. Alice me estaba escuchando, entendiéndome. Eso era algo que valía la pena. En ese momento de compañía, de silencio, de entrega, sentí que era insignificante que necesitaba de su aprobación para poder ser mejor, algo más. ¿Qué pensaba ella de mí? ¿Qué quería que fuera?

—¿Qué piensas tú? ¿Qué piensas de mí? pregunté.

Ella no respondió de inmediato, sólo se giró para verme. Sus ojos estaban fijos en los míos, contemplándome, apreciando cada detalle de mi rostro. Suspiró y siguió en silencio.

—Que eres increíble. Agregó luego de otro suspiro □ no te conozco del todo, pero, siento que debería hacerlo un poco más. Me gusta estar contigo y a penas he compartido unas cuantas horas a tu lado. Vale la pena intentarlo volvió a fijarse en el techo □ eso pienso... ¿Y tú?

—Exactamente lo mismo.

Luego de aquella conversación trascendental post-coital, no quisimos salir más a la fiesta.

Sí, la noche se fue agitando a un ritmo acelerado, aumentando al compás de las canciones que pedía Estefanía para animar el ambiente. Personas nuevas y que se escapaban de la cantidad de invitados que habíamos pautado, comenzaron a llegar y a ser parte de aquella fiesta improvisada. No es algo que haya presenciado, pero, así como la conversación que tuvo Alice con Karen, simplemente lo sé.

Las cosas se caían, los vasos se quebraban. El licor era ya parte de muchas personas y las drogas ya no eran consumidas en la clandestinidad. Pero, eso no me importaba, ya no.

Yo me encontraba acostado en mi cama junto a una mujer espectacular que estaba concentrada sólo en mí. Estábamos despiertos, activos y dispuestos a drenar nuestras energías cómo pudiésemos. Hablamos, tuvimos más sexo y luego hablamos aun más; decidimos que sólo hablaríamos hasta que nos quedáramos dormidos, lo que se tradujo a una larga discusión post-coital fuera de lo normal.

La verdad es que esa noche sí que valió la pena después de todo. Estef consiguió pautar otra cita con Karen para poder verse de nuevo, lo que nos hizo suponer que pronto estarían saliendo definitivamente.

¿En cuanto a nosotros dos? Tuve la brillante idea de utilizar esa misma relación de nuestras amigas para forzar nuestros encuentros. No era necesario, pero, una excusa era lo menos que necesitaba para poder verla. Me encantaba hacerlo y estaba seguro que a ella también.

Asimismo, sin siquiera intentarlo, ya nos encontrábamos compartiendo algo más que un simple encuentro casual. Ahora teníamos tiempo para el otro. Visitamos diferentes lugares del mundo, cientos de restaurantes, hoteles, varias de mis propiedades, todo formando parte de un tour por la vida con la compañía perfecta.

Alice y yo habíamos conseguido un compañero de tiempo completo y eso representaba el premio de la caja de cereal que nadie más conseguiría. Cuando ella tenía tiempo libre, nos encontrábamos para hablar, comer, ver alguna película o nos quedábamos solos en la casa acostados uno junto al otro disfrutando de lo que nuestras presencias ofrecían.

Los besos, las conversaciones y el sexo; ¡Oh sí! el sexo, después de las conversaciones, era una de las cosas que más disfrutaba de ella. Sí, sé que suena un poco superficial de mi parte, pero, ella me ayudó a descubrir una nueva etapa en mi vida, de mi intimidad y mi forma de hacer las cosas. No sólo me estaba enamorando de ella, sino que se había vuelto mi fetiche.

Me fascinaba la forma en que hablaba, en que sonreía y en la que me hiciera reír. Todo eso me ayudaba a entender que ella no sólo era esencial para mi vida, sino que la hacía mejor cada vez formaba parte de ella: un mensaje, una foto, una cena o un desayuno rápido; poco a poco, nuestros encuentros eran parte del día a día: al principio forzados, luego poco casuales y al final necesarios para los dos.

Me las arreglaba para que todos mis vuelos terminaran en las ciudades en que ella estaba y así poder encontrarnos con el fin de compartir su mera existencia, sus gustos, su forma de ser, su físico y su intelecto. Cada detalle que la representaba valía el esfuerzo, el tiempo y cada centavo gastado.

¿Sabes? Antes de ella, todo iba bien. Todo funcionaba. Era feliz. Polvos de una noche con mujeres famosas, exageradamente atractivas, o con modelos despampanantes. Era una buena combinación, era una vida a la que me había acostumbrado sin siquiera intentarlo. Es decir, podías repetirlo por una cantidad indeterminada de veces. No era muy difícil, más que todo siendo un millonario atractivo como yo. Pero, luego de conocer a Alice, entendí que me

faltaba algo: me faltaba ella.

Alice era todo eso: una modelo, un polvo, una mujer increíblemente atractiva, pero también mucho más. Era divertida, inteligente, culta, cariñosa, atenta, romántica... la había idealizado y hecho mi chica perfecta.

Era algo que nunca había experimentado con ninguna mujer, y toda esa experiencia se hacía cada vez mejor mientras más compartíamos nuestro tiempo. Su presencia consiguió hacerme ver que estuve buscando todo eso que ella me ofrecía durante mucho tiempo sin siquiera saberlo. Mis días pasaron a estar más completos porque se había acoplado a la perfección en mi ritmo de vida como si siempre hubiera pertenecido a él, a mi, a todo lo que me rodea.

Y eso era raro para mi. No significa que las cosas eran maravillosas antes de ella, o que nada me hacía falta, sino que se me había olvidado todo lo que alguna vez me molestó, gustó o me era necesario para vivir. Y así es el resumen de mi existencia, hasta que un giro desafortunado de la vida me obligó a caer en cuenta que la realidad aun me quería hacer daño.

Para ser honesto, si hubiera dependido de mi, nunca habría dejado de hablar de ese montaje de escenas románticas. Pero, el mismo problema que le dio inicio a todo este relato, apareció para recordarme que le debía unos cuantos golpes a la vida y que esta estaba ávida por cobrarlos.

La noticia llegó como una llamada desagradable del mismo tipo que me había contactado tiempo atrás. Era la misma voz: impávida, tétrica, misteriosa y amenazante. Estaba en el mismo pent-house en el que compartí aquella noche con Alice, recostado en mi sofá viendo una película con ella. No quería atender, pero mi chica insistió en que lo hiciera porque podría ser importante. Si sólo no lo hubiera hecho ¿qué habría pasado?

Ella se levantó para ir a la cocina y buscar algo de comer. Mientras, yo respondí, confiado de que no sería nada, aquella llamada.

—Señor Tornatore dijo la voz, pronunciando perfectamente mi apellido □ esperaba no tener que llamarlo de nuevo ¿sabía?

—¿Qué quiere? pregunté con seriedad, sabiendo con quien estaba hablando.

—Veo que ya sabe con quien está hablando. Señor Tornatore. Pero no entiendo por qué la hostilidad de sus palabras. Dijo, restándole importancia a lo que decía.

—No me gusta que me anden amenazando, quien quieras que seas. Ni mucho menos que me llamen para buscar problemas.

—No estoy buscando problemas, problemas, señor Tornatore. Estoy seguro que está al tanto de que no he intervenido, todavía, acotó la última palabra con cierto tono indicativo □ de la forma en que puedo hacerlo. Debería saber que es usted quien se ha buscado los problemas conmigo.

—Cómo consiguió este número.

Alice estaba en la cocina, a unos quince metros del sofá en donde yo estaba sentado. Se había puesto a cantar la canción que Estefanía le había dedicado a Karen, así que juraría que no estaba escuchando nada de lo que decía.

—¿Acaso importa? Lo importante es saber que hubo un problema en el acuerdo que habíamos hecho hace unos meses atrás. hizo una pausa en la que

pensé que podría hablar, decirle que yo no había acordado nada, pero me detuvo □ Y eso no se hace, señor Tornatore. Es malo para el negocio, su negocio señaló, haciendo énfasis. □ Además estoy al tanto de sus actividades, señor Tornatore. Sé todo lo que ha hecho, y no estoy a gusto con ellas. Ahora, me ha puesto en una situación difícil, señor Tornatore.

—No hay nada que pueda usted hacerme, señor. Aseveré, con mucha seguridad □ Estoy por encima de ti.

Tenía mi mirada fija en Alice, quien abría empaques de papas, galletas, sacaba unas cosas de la nevera, mientras yo tenía una conversación peligrosa. No le quitaba los ojos de encima, con temor a que pudiera darse cuenta de qué estaba hablando, de que él supiera que ella estaba ahí.

—Puede ser, señor Tornatore respondió con la mayor calma del mundo □ Puede ser repitió □ pero no creo que sea por mucho tiempo. Todo hombre libre tiene una debilidad, algo que atesora más que nada. Una idea, una familia, una posición... ¿Está al tanto de eso?

—Estás buscando problemas que no eres capaz de controlar. Dije, con el corazón palpitándome con fuerzas y las ganas de quebrar mi papel de hombre frío y controlador □ Señor Mazzilli.

En ese momento hubo una pausa que entendí de inmediato, que me causó satisfacción. El señor Mazzilli, tal cual me lo había esperado, no creía posible que yo supiera cómo se llamaba. Al principio, antes de todo esto, había dudado que eso fuera así, pero, cuando dejé de escuchar su voz, supe que había acertado. Lo había cogido por sorpresa y, a pesar de que eso fue una jugada riesgosa que me costó caro, me había fascinado.

—He estado haciendo mis deberes, señor Mazzilli dije de nuevo su nombre, de la misma forma atorrante en el que él decía el mío □ Será tiempo de que sepa que no tomo en cuenta ningún negocio del cual no sepa todo.

Aquel que estaba en la otra línea no decía nada. Sabía que estaba ahí porque su respiración resonaba en el auricular de mi móvil. Podía decir que estaba agitada, un tanto confuso e iracundo. No lo conocía muy bien, lo que sabía de él eran simples rumores. Pero, por alguna razón, sentía que lo conocía de toda la vida. ¿Tal vez así son los antagonistas de nuestras vidas? Era un momento jugoso.

La conversación parecía que sería más larga que la anterior. Por algún motivo,

sentía la necesidad de alargarla ya que quería conocer más a mi enemigo, saber qué le motivaba, entender su forma de pensar. No había motivos para hacerlo, no lógicos, no reales, sin embargo, lo hice, y él parecía querer lo mismo, porque no limitaba la conversación como lo hizo aquella vez.

—¿Qué pasó? ¿Le cortaron la lengua? me burlé.

Pude escuchar como aclaró su garganta, haciendo más gruesa su voz y, de ese modo, habló.

—Muy fascinante dijo, como si hubiera descubierto la tabla de multiplicar □ señor Tornatore. Muy fascinante. Está usted lleno de sorpresas.

—Gracias, me dicen que soy un gran conversador.

Sonreía a pesar de no tener ganas de hacerlo. Alice se acercó a mi poco a poco y por un momento pensé que ella podría decir algo, que probablemente debería pedirle que hiciera silencio, cómo si no estuviese ahí. Pero, mientras caminaba lentamente a mi, comenzó a modular unas palabras con los labios, como si estuviera consiente de que era una llamada importante.

—¿Todo bien? moduló.

Terminó de acercarse y se sentó a mi lado.

—Ya va modulé y concluí llevándome el índice a los labios para que no hablase.

Terminé haciendo lo que supuse que haría, pero no como pensé que sería. Lo hice con naturalidad, como si no fuera gran cosa. Lo menos que quería es que ella y el tipo al otro lado de la línea supieran del otro.

De nuevo, entrando en la conversación que llevaba con mi móvil, acepté que a pesar de que sonaba confiado, entendía los riesgos y eso atizaba el temor en mi corazón.

—Muy bien, señor Tornatore. Muy bien, veo que no se está preocupando demasiado.

—Hago lo que puedo.

—Y también veo que no comprende de lo que soy capaz. ¿O me equivoco?

—Claro que lo sé, señor Mazzilli. Claro que lo sé.

Quería coger una de las papas que Alice había puesto en un tazón, darle la

impresión al hombre que no me importaban sus amenazas, pero, la inyección de adrenalina que me ayudaba a mantener esa conversación, no me dejaba moverme con propiedad. Así que sólo me acomodé para mantener mi mirada fija en el televisor en el cual se encontraba la imagen pausada.

Alice ignoraba lo que estaba sucediendo así que sólo cogió su celular, y comenzó a usarlo mientras comía de lo que tenía en frente.

—Entonces sabe lo que puedo conseguir, lo que puedo lograr.

—Yo no me quedo atrás, señor Mazzilli. No me subestime.

—¡Jajá! vociferó □ señor Tornatore, a lo contrario. Yo estoy al tanto de todo lo que es capaz; tener una vida pública es una desventaja en este juego.

Tenía un punto. Tenía un maldito punto. Pero yo no le iba a dar esa satisfacción.

—No creo que eso le sea suficiente, señor Mazzilli.

—Ya veo. Entonces, ¿puedo creer que usted accederá a dejar de poner en práctica sus estupideces se sentía que perdía el control □ humanitarias en mi territorio?

—Me temo que no, señor Mazzilli.

—¿No es usted un millonario con otras cosas en mente? ¿Por qué está tan decidido hacer esto?

—Porque sí, señor Mazzilli, eso es lo que hago.

—¡Jajá! vociferó de nuevo. Sus carcajadas parecían ser reales □ sí que es usted un hombre valiente, señor Tornatore. No le teme a nada.

—Y usted, señor Mazzilli ¿a qué le teme?

Hubiera querido que Alice no estuviera ahí, porque en ese momento, se giró para verme, como si hubiera entendido que no sólo era importante, sino que era algo delicado. Tal vez fue por las palabras que usé, por el tono de voz, o por la tensión que me dominaba en ese momento.

—No creo que quiera saberlo, señor Tornatore. Además, ya veremos qué tan valiente es.

—Amenazas vacías Alice me miró preocupada, tratando de que le diera una explicación. Yo levanté mi mano y pedí que me diera un momento □ señor

Mazzilli. Espero que sea capaz de cumplirlas.

Y en ese momento, esa sensación jugosa que había sentido antes, estableció un punto en el que, todo lo que me iba a suceder, se debía a ello. Por estar retando al diablo. Sabía que me estaba arriesgando al hablarle de ese modo, puesto que la mafia no era algo con lo que quisiera enfrentarme.

Hay muchas cosas a las cuales no quiero enfrentarme, pero, ninguna se había acercado tanto a mi como él lo había hecho.

—Pronto hemos de encontrarnos, señor Tornatore. Y cuando lo hagamos, se arrepentirá de cada una de sus palabras. Y colgó.

En este momento, tengo la obligación de recurrir a ese mismo recurso narrativo en el que me vuelvo loco y cambio de perspectiva, como si estuviera al tanto de todo cuando en realidad no lo hago. Es solamente para mantenerte al margen, para hacerte ver lo que está sucediendo y entiendas las motivaciones de cada personaje. Ese mismo que utilicé con Alice y Karen. Tal vez con ellas no fue tan necesario, pero, creo que aquí valdrá la pena.

Giuseppe Mazzilli colgó la llamada con odio, un odio que no esperó sentir al marcar los números que le había entregado su consejero para que se comunicara con el hombre que le estaba causando, en su momento, un sutil problema.

Mientras la ira invadía su cuerpo y se apoderaba de su cordura, una incipiente preocupación se asomó entre sus problemas tras pensar en lo que el joven infeliz Lewies Tornatore podría saber de él y de sus negocios, e incluso, lo que podría querer con ellos. Estaba al tanto que era un joven millonario con recursos y que, por sí solo, tenía más dinero que toda su organización junta.

Hasta justo antes de hacer aquella llamada, creía tenía el control total de la situación, que el joven era sólo un millonario excéntrico con mucho tiempo libre y ánimos de ayudar a los menos afortunados y que creyó que podría hacer algo bueno, sin saber a lo que se enfrentaba. Exactamente en ese momento, apoyado en su escritorio de madera pulida traído del exterior, acompañado únicamente por su consejero.

El señor Giuseppe Mazzilli pertenecía a una organización criminal llamada la ‘Ndrangheta. No era el jefe de todo un operativo importante sino un simple alfil que jugaba su papel como el cabecilla de la ‘ndrine (familia) a la que pertenecía; aun debía prestarles respeto a otras cabezas de familia porque no era una ‘ndrine principal que conformaban una especie de consejo llamado “la provincia”.

Como todos los demás miembros de aquella las unidades básicas de esa organización, Giuseppe sabía lo importante que era mantenerse fiel a la familia, resolver los problemas y que nada saliera a la luz.

Pero, ese mismo joven que había considerado un problema simple que no tenía ningún tipo de importancia, se las había arreglado para calarse en su mente. ¿Quién era ese tal Lewies Tornatore? ¿De qué era capaz realmente? No podía saberlo, así que golpeó su móvil contra la mesa empujando imprimiendo su ira en ello para después dejar escapar un grito iracundo.

—Quiero que averigües quien demonios es Lewies Tornatore y por qué demonios sabe quien soy.

—Sí señor respondió Carlos, sabiendo que no podía decir más nada que eso.

Carlos salió con apremio de la oficina de su jefe mientras que sacaba su móvil del bolsillo interno de su saco. Buscó entre sus contactos el número de su informante y le marcó. Al tiempo en que esperaba a que la llamada se efectuara, daba vueltas en frente de la puerta de su jefe, dándole tiempo para que se calmase.

Esteban debía atender cuanto antes para que así él pudiera llegar con la información que su jefe le había solicitado. Era crucial hacerlo rápido, ser eficaz y no levantar sospechas. Y Esteban era el hombre indicado para ello.

Esteban estaba en su casa jugando a través de la internet con su computador cuando su móvil sonó.

—Aquí Esteban dijo, sin siquiera ver quien le estaba llamando.

—Soy Carlos.

—Oh... se alejó del computador, dejando que el juego corriese sin su supervisión, obligándolo a perder la partida □ señor... vaciló □ ¿En que lo puedo ayudar?

—Necesito que me averigües quien demonios es Lewies Tornatore.

—¿El millonario?

—Exactamente. Quiero saberlo todo de él: donde vive, como consiguió todo su dinero, por qué está interesado en nosotros y cómo conoce a Giuseppe.

—Mierda... masculló, entendiendo la gravedad del asunto. □ ¿Algo más?

—Quiero que me digas cuales son sus familiares, amigos cercanos, personajes de interés, mascotas, autor favorito... Cada palabra que decía se escapaba entre sus dientes, imprimiéndole una furia indomable □ quiero saberlo todo.

—¡Sí señor! vociferó diligentemente.

—No te vayas a tomar tú tiempo. ¿Me escuchaste?

—Sí...

Esteban colgó la llamada y se dispuso a conseguir la información que su empleador le había solicitado. Su trabajo, tan sencillo como cualquiera, era conocer todo lo que pudiera concernirle específicamente a la que pertenecía Carlos 'ndrine

—Maldita sea exclamó Carlos luego de colgar la llamada.

Dejó escapar un suspiro fuerte, lleno de confusión, ira y preocupación. Todo lo que le concerniese al señor Giuseppe le concernía a él. Sí este se veía afectado y perdía su puesto, él también lo haría. No debía haber forma en que La Provincia se enterase de lo que ellos estaban padeciendo en ese momento y por como las cosas se estaban desarrollando, parecía inevitable.

Carlos decidió que sería mejor esperar a que se amainase la ira de su jefe, quien aun se encontraba gritando a solas en su oficina. Mientras tanto, hacía memoria del momento en el que Lewies Tornatore comenzó a ser un problema.

En ese entonces, se encontraba recibiendo la noticia de que un millonario estaba intentando acabar con el negocio de las drogas en su zona. De a momento no resultaba ser gran cosa porque nadie sabía mucho de la organización que ellos tenían, ni presentaba un problema viniendo de un personaje cualquiera de la vida.

Hasta donde él sabía, nadie podía hacer nada con el negocio, no teniendo a la cantidad de políticos y cuerpos de la ley bajo su ala. Su trabajo era encargarse de ello antes de hacérselo saber a su jefe directo.

Desgraciadamente, Lewies sabía a lo que se enfrentaba y había acudido a las personas adecuadas. No tenía intención de ser discreto, así que se las arregló para preparar una recaudación de fondos que pudiera hacer publico su propuesta, y de ese modo, ocasionó que todo eso se le escapase de las manos a Carlos.

Los políticos medianamente importantes y los policías que tenían comprados, no le eran suficientes para hacerle frente a los recursos y las influencias que el joven Tornatore tenía. Así que no tuvo más opción que acudir al señor Mazzilli.

—Jefe, tenemos un problema. dijo, entrando a la oficina.

—Cuéntame, mi Carlos. ¿Qué sucede? dijo Giuseppe, bajando su móvil y quitándose los lentes para leer.

No le eran necesarios, pero de todos modos los usaba.

—Alguien está metiéndose con el negocio de las drogas, señor. Y no es precisamente para adueñarse de ella vaciló □ intentamos solucionar el problema pero no hay forma de que podamos hacerlo solos.

—¿Qué tan grave es?

—Lo suficiente. Aun no se ha puesto nada en marcha, pero por como van las cosas, cuando eso suceda, no podremos hacer nada para detenerlo.

Giuseppe se acomodó en su gran asiento, recostándose para luego apoyar sus manos entrelazadas sobre su abdomen sutilmente redondo. Contemplaba las posibilidades, evaluando si realmente era algo importante, si requería de su atención o si valía la pena. No sabía nada al respecto, sólo que era «un problema» dado que el simple hecho de que Carlos estuviera ahí contándole al respecto, significaba que no podía tomarse a la ligera.

—¿Seguro que no son de la competencia? insistió.

—No señor, quien lo está haciendo no parece beneficiarse de ello. Es un tipo con suficiente dinero como para financiar un operativo antidrogas auspiciado por los organismos que no controlamos metió sus manos en los bolsillos del pantalón □ al parecer quiere deshacerse de la entrada, del consumo y la venta de drogas.

Giuseppe se mantuvo en silencio, contemplando lo que podría significar eso. Pensó en qué podría hacer, cómo hacerlo y que métodos usar. Le desagradaba la idea de tener que desempolvar recursos antes de que La Provincia y el resto de las 'ndrine se enterasen.

—¿Y la policía? se rascó la barbilla, y deslizó su mano por toda su quijada al ver que sus ideas no funcionaban.

—Tienen las manos atadas, señor sacó las manos de los bolsillos.

—¿Los políticos? preguntó, atizando su preocupación.

—Los que tenemos comprados no pueden hacer nada señor.

—¿Qué o qué? ¿El tipo es intocable ahora? se estaba desesperando cada vez más.

—Tiene amigos con cargos más altos señor, no sólo aquí, sino en diferentes países.

Carlos no sabía que hacer con sus manos, las colocaba al nivel de su cintura atrás, sosteniéndolas como si estuviese esperando la orden de su comandante, las llevaba al frente, cruzaba los brazos, le transmitía esa misma inquietud a su jefe con cada respuesta negativa que le entregaba.

—¡Maldita Sea! Vociferó, dejándose controlar por la rabia que había estado controlando por varios minutos. ¿Quién coño es? ¿Cómo demonios se llama? Vociferó, levantándose y golpeado el escritorio. Acto seguido, le dio la espalda a Carlos y se asomó por la ventana buscando algo que lo pudiera hacer calmar.

—Lewies Tornatore, señor masculló Carlos, sabiendo que no lograría nada con saber su nombre.

Al escuchar su apellido, Giuseppe se dio la vuelta como si la mera mención de aquel nombre evocara algo positivo para la causa. No lo conocía y no recordaba haberse relacionado con alguien que lo tuviera, pero sabía que provenía de Italia y eso, por algún extraño modo, era bueno. A su modo, consiguió serenarlo sólo un poco, lo suficiente para hablar con calma.

—Oh exclamó □ es un compatriota.

—Es ítalo-americano, señor.

—No importa, con eso es suficiente embozó una sonrisa □ creo que así podríamos llegar a un acuerdo... vaciló □ Podríamos sobornarlo, hablar de compatriota a compatriota.

—Señor, tenemos entendido que su patrimonio neto es mucho mayor al nuestro.

—¡Sí! exclamó molesto, disgustado por ser interrumpido □ ¡Ya me lo dijiste! vociferó, levantando la mano como si fuer a pegarle desde allí.

Carlos se apartó, tratando de no levantar más las llamas de su furia. Giuseppe, ferviente de ira y callado, mantuvo la compostura, bajó la mano lentamente y comenzó a contemplar las posibilidades, de nuevo, como una persona calculadora y fría. Quería evitar los problemas que convenían dejarse afectar por algo tan insignificante como un millonario con buenas intenciones. Así que se le ocurrió una idea.

—¿Podemos contactarlo? preguntó, con la voz calmada.

Carlos levantó la cabeza ante la voz de su jefe. Se hallaba contemplando el suelo para evitar decir alguna estupidez.

—¿Para qué?

—Para saber qué se trae entre manos.

—¿Ahora? preguntó, introduciendo la mano derecha en el bolsillo de su pantalón par asacar su celular y dar la orden.

—Cuanto antes mejor...

Carlos aun se encontraba a la espera de que su jefe se calmase luego de aquella conversación con el joven Tornatore, sabía que no se calmaría con facilidad. Antes de todo eso, y después de que Giuseppe le solicitase alguna forma de contactar a Lewies, este hizo lo posible para hacer exactamente lo que le habían pedido.

Buscó a su informante, Esteban, quien tenía los medios para encontrar ese tipo de información, pero no fue sino después de varias semanas de constantes preguntas, hackeos y actividades ilegales, que consiguieron, en el móvil robado de una de las personas importantes de la zona que ellos tenían en su nomina, que pudieron encontrar su numero, siendo así, más un acto de suerte que de eficiencia.

En frente de su jefe, luego de entregarle el numero de contacto que había solicitado, contemplaba aquella escena con la esperanza de que eso fuera suficiente para deshacerse de aquel millonario excéntrico que amenazaba con arruinar algo por lo que ellos habían trabajado tan arduamente.

—Señor Tornatore, es un placer poder comunicarme con usted...

Su jefe comenzó a hablar calmado, sabiendo que tenía el control de la situación, que él no significaba ningún problema para la organización y que con aquella llamada conseguiría que se abstuviese de continuar con sus planes de ayuda humanitario. Es decir ¿Quién se atrevería a retar a alguien que lo llama para amenazarle con ese tono de voz pausado severo e intimidante? Dentro de su lógica, no había manera alguna de que eso fuera posible.

La conversación duró lo que Giuseppe quiso que durase, ambos estuvieron seguros que habían tomado por sorpresa al joven Tornatore al decirle que no se entrometiese más en sus asuntos o se verían obligados a actuar de una forma desagradable. No les importaban los medios que les tomasen porque estaban dispuestos a salvar el negocio que les correspondía.

Giuseppe, mantuvo su postura elegante, serena, intimidante y seria mientras habló con el joven Tornatore, mientras trataba de hacerlo sentir acorralado, demostrándole que no había salida alguna, mas, que obedecerle y rendirse ante sus demandas. Lo poco que sabían de él, en ese momento, les parecía

suficiente para conseguir controlarlo.

Luego de eso, después que pasaran semanas largas y aburridas, aun estaba confiado de que el joven Tornatore no volvería a hacer nada imprudente que pudiera provocarle los problemas que ellos podrían ocasionarles. Estaba relajado, listo para descartar aquella contrariedad de su itinerario en cualquier momento, hasta que, sin previo aviso, Lewies comenzó a poner en marcha su plan. Una semana antes de hacer la segunda llamada, le llegó la noticia de que el joven Tornatore había limpiado uno de los territorios que ellos controlaban como si se tratara de una simple plaga de cucarachas.

Y la ilusión que de que todo estuviera en orden, se disipó como un espejismo en un terreno árido. Giuseppe esperaba que todo se acabara con la recaudación de fondos, que moviera algunos hilos y luego lo dejara ahí. No le importaba lo que hiciera con tal de que terminara con esa estupidez que estaba preparando. Pero Lewies no tenía intención de retroceder.

Carlos y Giuseppe estaban en una posición delicada. Entendían lo que significaba si Lewies se salía con la suya, si conseguía que ellos perdieran el control (no detener, porque sabían que era imposible que alguien detuviese, por sí solo, lo que la ‘Ndrangheta hacía) de su porción de toda una macrooperación de drogas. Su única alternativa era llegar hasta él con la cantidad de información que esperaban recolectar. Esteban debía desempeñar muy bien su trabajo si esperaban que todo saliera como querían.

Pero, las cosas no pintaban nada bien para ellos.

—Según Esteban, el hombre fue un fantasma antes de comenzar a recolectar su fortuna. No tenemos nada acerca de su pasado, de dónde es ni que hizo antes de ello. No tiene familiares cercanos ni intereses amorosos. Toda la demás información que posee: cuentas de banco, itinerarios, citas, contactos... todo está protegido por servidores a los cuales no podemos acceder. Posee un aproximado de veinte propiedades extendidas por todo el mundo, pero no se queda más de una semana en alguna de ellas. Justo ahora no sabemos en donde se encuentra.

Sólo noticias negativas; Carlos sentía el terror de la cualidad irascible de su jefe.

—¿Eso es todo?

—No señor. Tampoco sabemos cómo descubrió su nombre. Puede ser que lo

conociera de antes, que haya tenido a algún informante o no sé vaciló.

—¿O no sé?! vociferó □ ¿En serio? exclamó □ ¡o-no-sé! repitió, exagerando el sonido de cada silaba □ ¿Qué coño sucede contigo Carlos? Creí que me ibas a buscar información importante, no a decirme lo que ya sabíamos... hizo una pausa se acercó de nuevo y agregó, golpeando el escritorio □ ... ¡Nada! ¿no tiene amigos? ¿no tiene una maldita mascota que podamos matar? ¿Quién demonios es Lewies Tornatore?

La mera mención de su nombre comenzaba a hacerle hervir la sangre.

—Solo tiene una amiga conocida. Una modelo famosa llamada Estefanía Love, pero no hemos podido encontrarla.

—¿No han podido encontrar a una maldita celebridad?

—No señor...

Giuseppe inspiró una gran cantidad de aire con fuerza, iracundo, molesto. Se dio la vuelta.

—No señor repitió, mofándose con rabia □ No señor... ¡Maldita sea! No puede ser que no podamos controlar a un maldito millonario. Ahora menos no pueden conseguir a una maldita celebridad.

—Está fuera del país, señor. Era la única persona que se relacionaba con él más de una vez. Aparte de eso, no lo han visto con más nadie.

Giuseppe se giró, rodeó su escritorio y se acercó a Carlos.

—Cuéntame, Carlos dijo, sereno pero claramente lleno de cólera □ ¿Qué le queremos hacer al señor Tornatore?

Carlos, tragó saliva. Tenía a su jefe en una condición muy delicada, respirándole muy de cerca.

—Queremos llegar a él Dijo con una voz aguda por lo que aclaró su garganta □ señor.

—Queremos llegar a él ¿verdad? repitió, con la misma actitud con la que le había hecho la otra pregunta □ ¿Y cómo esperas que lo hagamos? Carlos... dijo, intimidante.

Carlos sentía que, de la calidad de su respuesta, dependería su tiempo de vida. No había traicionado a la 'ndrine, no había motivos reales para sentirse amenazado, aunque, el tipo de amenazas que ellos manejaban con los suyos era

diferente. No era la vida que les arrebatában, ni los seres queridos que le quitaban, era la incertidumbre, un terror psicológico de que todo se queda dentro de la sangre, que no hay traición, que no hay incompetencia.

Esa misma incertidumbre azotaba su alrededor, acorralándolo a pesar de tener suficiente espacio para correr. Las paredes se estrechaban mientras parecían envolverlo, abrazarlo para que no escapase. No era lo que sentía sino lo que su jefe le causaba; era su mirada, su presencia, el poder que ejercía en las personas y lo que era capaz de hacer.

El ambiente se fue haciendo cada vez más oscuro, dejándolos a ellos dos solos en un cuarto de un metro por un metro. El aire se hacía espeso y lo que sucedió en segundos, pareció transcurrir en días.

Él era el prisionero, mientras que Giuseppe era el verdugo. A él no lo notaba atrapado, en cambio, se mostraba relajado, imponente, pero relajado. Sabía que a pesar de que todo saliera mal, su jefe podría librarse de ese problema. Carlos estaba al tanto de todo lo que podrían hacerle, él mismo lo había puesto en práctica en otros miembros que habían cruzado la línea, pero, no lo había sentido. Así que, de nuevo, tragó saliva.

Giuseppe, continuaba cerca de él, mirándolo fijamente, imponiendo su presencia, su ira, ejerciendo el poder del que gozaba al ser la cabeza de aquella 'ndrine. No decía nada, no expresaba nada.

—Mandaremos a colocar una persona en cada una de sus propiedades para saber en donde está. Lo acecharemos, señor.

Giuseppe no esperaba ninguna respuesta similar, pero, es aparecía una muy buena idea, cosa que le permitió reconsiderar el hecho de pagar su molestia con el hombre en quien depositaba una fracción de su confianza.

Movió su cabeza de lado, levantando su ceja izquierda, juzgándolo con la mirada. Carlos lo miraba con desconcierto, indeciso en si aceptar su inevitable final o sentir alivio ante su respuesta. Su jefe sólo lo miraba con su ojo izquierdo, con la duda plasmada en el rostro.

—Me parece bien dijo, relajando su rostro y alejándose de Carlos □ me parece bien.

Carlos dejó escapar un suspiro de alivio, sintiendo como el cuarto liberaba la presión que no le dejaba respirar.

—Empieza de una vez. Ordenó su jefe, sin más que decir.

Alice me miró desconcertada, sabía que algo estaba sucediendo, es decir, era evidente. El tono retador con el que le había respondido a Giuseppe era más que suficiente para alertarla. En ese momento no estaba seguro si ella sabía a qué me enfrentaba, si recordaba aquel relato en el que le había explicado mi relación con la mafia o si sólo se sentía curiosa por lo que había dicho.

—¿Qué está sucediendo, Lu? me preguntó, dejando caer en el sofá, la mano con la que sostenía su móvil

—No es nada, sólo es una conversación de negocios le mentí.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Exclamé □ ¿Por qué no habría de estar seguro de algo que te acabo de decir? no hay por qué preocuparse.

Y para dar fe a mis palabras, levanté mi brazo, colocándolo detrás de su nuca y obligándola a acercarse a mi. Le sonreí, cogí una de las papas del tazón y le quité la pausa a la película que estábamos viendo. Mi actitud relajada fue suficiente para quitarle el peso que tenía la situación y hacerla ignorar lo que estaba sucediendo. No quería que ella se preocupase, que sintiera que algo malo estaba por venir porque, es decir, ni siquiera yo tenía conciencia de ello.

Aunque, debí haberle advertido.

Los días pasaron como cualquier otro en el que compartía con ella. Ya eran varios meses que estaba en la cúspide de mi felicidad, tal vez no porque fuera feliz sino porque estaba menos triste ¿o no? Pero no me importaba, muchas cosas dejaron de tener relevancia desde que conocí a Alice, desde que la integré a mi vida y a pesar de que, en sí, es algo que atesoro, también es propio arrepentirme.

Estaba cómodo, incluso con el conocimiento de que había un peligro inminente acechándome, esperando a la vuelta de la esquina para hacerse con mi felicidad; la tranquilidad que tanta paz me generaba. En este punto de mi vida, tal cual te iba contando un poco más arriba, es cuando dejé que mi naturaleza cuidadosa (esa que no has notado mucho aquí porque soy pésimo demostrando lo que soy) se fue yendo por el bajante, dejando en claro que, la tranquilidad hace que el ser humano descuide ciertas cosas.

¿Por qué? Pensarás al respecto, bueno; durante varias semanas me quedé con Alice en mi residencia del One Madison esperando, disfrutando, viviendo una vida tranquila mientras aprovechaba cada segundo al lado de aquella espectacular mujer quien, en su momento, no tenía ninguna obligación próxima. Que unos días después su agente le llamase para decir que le había conseguido una sesión de fotos para una revista, es otra cosa que no viene al caso, sino que, durante ese tiempo, justamente ese, me distraje.

Desde aquella fiesta hasta el momento en que Giuseppe me llamó de nuevo, habían pasado tres meses. Sí, tres meses compartiendo con la mujer más espectacular del mundo, tres meses disfrutando de la buena vida, de la compañía y de la tranquilidad que ella me generaba. Tres meses dejándome seducir por lo bueno, creyendo que nada malo podría sucederme. Hasta que sucedió.

Lo gracioso es que estaba intentando no salir mucho de aquella residencia, vivir del ordenar comida, de depender de la internet, de los medios de comunicación, evitando así, el contacto directo con el mundo exterior, pero, tanto el destino como la vida son unas perras y a las dos les debía unos cuantos golpes.

Pero continuemos con la historia.

Los días pasaron hasta que la sesión de fotos de Alice llegó. Esa mañana nos quedamos dormidos por lo que no tuvimos otra opción mas que levantarnos apresurados, salir sin mediar palabras y coger el vehículo más rápido que tenía mi disposición: una moto; así que la abordamos, y salimos a toda velocidad hasta el estudio en el cual la estaban esperando.

No es importante lo que sucedió mientras, el cómo nos despertamos, el trayecto desde que salimos de la casa hasta que llegamos, porque, lo que quiero contarles es lo que sucedió después de ello, en el justo momento en que llegamos, cuando todo parecía marchar de maravilla.

—Yo te aviso cuando salga dijo Alice bajándose de la moto y quitándose el casco.

No me gustó lo que dijo así que la detuve.

—Ey vociferé quitándome el casco para detenerla □ ¿avisarme? ¿Para qué?

Detuve la moto, me bajé y luego me recosté de ella, cogiendo a Alice por la cintura, acercándola a mi para que no se fuera corriendo y así poder hablar

más cerca.

—Para que vengas a buscarme... ¿acaso no me vas a buscar? preguntó como si la hubiera decepcionado.

—Claro, pero, puedo quedarme aquí. ¿E qué piso es? pregunté viendo hacía arriba como si pudiera descifrarlo con solo verlo.

—Es el décimo. ¿Pero vas a esperarme aquí?

—No, vale, déjame aparcar la moto por aquí cerca y luego subo.

Alice embozó una sonrisa.

—Entonces, compra café y me lo subes. Mencionó alegre.

—Bien.

Apreté su cintura, obligándola a acercarse a mi y le embocé un beso en los labios el cual ella respondió con pasión, porque se lo di con pasión. Fue largo, pausado y delicioso. El hambre de nuestro ayuno me estaba pegando, pero sentía que lo aplacaba con eso.

—También buscaré unos panecillos agregué luego de despegar nuestros labios.

—Perfecto. Me avisas cuando estés subiendo entonces.

—Vale.

La solté, ella se apartó de mi, se dio media vuelta y yo le di una nalgada que hizo que diera unos brinquitos y me mirara por sobre su hombro sonriéndome con travesura mientras se mordía los labios. Acto seguido, me puse el casco, abordé mi moto y partí para buscar el café que me había pedido.

Todo sucedió demasiado rápido, casi como que no tenía manera alguna de evitarlo incluso si me lo hubiera esperado. Antes de eso, muy en el fondo, sentía que era mala idea quedarme mucho tiempo en esa misa residencia, pero me dejé disuadir por la comodidad que me abrazaba. Estaba tranquilo, como ya te dije, pero esa misma tranquilidad me pasó factura.

No sé cómo explicar lo que sucedió, como narrar la desesperación que me abrigó en el momento justo en que me bajé de la moto y posé mi mirada en el edificio en donde había dejado a aquella hermosa mujer. No tenía idea de que algo así podría suceder, lo que me hace pensar que es precisamente eso lo que provocó todo ello.

Unos tres hombres estaban acompañando a Alice (dos a cada lado de ella y uno atrás) cogiéndola por los brazos de una forma poco amigable, lo cual, a pesar de todo, no se veía extraño si pasabas de largo, lo que explica porqué nadie la ayudó. Caminaban apresurados, hasta que la montaron en un coche rojo que estaba aparcado en donde yo me detuve para dejarla.

¿No has visto en las películas cuando un coche persigue a otro, o a una moto? ¿Has notado que siempre la persigue y las personas que son perseguidas nunca se dan cuenta de lo que sucede a pesar de ser demasiado obvio que los están siguiendo? ¿Ni has dicho: «coño, si a mi me siguen así yo me doy cuenta»? Yo sí. Aquel coche rojo me daba mala espina, no porque supiera que me estaba siguiendo, sino que lo había visto aparcado varias veces en frente del edificio, e incluso, en el momento en que observé cómo se llevaban a Alice, podría jurar que lo vi cuando salimos de mi casa apresurados.

No hay excusa para justificar ese error, pero podrás darte cuenta a qué me refería con: «bajar la guardia». En el momento en que la cogieron con brusquedad por la cabeza y la obligaron a bajarla para entrar en el coche, dejé caer los vasos de café que tenía en la mano y la bolsa con los panecillos y me monté en la moto lo más rápido que pude.

Todo sucedió en una fracción de segundo, podrás creer que pude acercarme a ella cuando vi que la llevaban al coche, pero, no me daba tiempo, estaba al otro lado de la calle y a duras penas la reconocí. Así que, en lo que terminé de colocar la moto en posición, la encendí y cogí marcha atravesando las dos calles con todo y la isla que delimitaba cual de las dos iba a cuál dirección. No tenía motivos para contenerme, porque, si mis sospechas eran ciertas, Alice podría estar en peligro.

El tiempo que perdí en correr hasta la moto, enderezarla, encenderla y atravesar la calle; los del coche rojo lograron alejarse lo suficiente como para que me costara alcanzarlos a toda velocidad en una moto realmente rápida. Así que podrás ver lo frustrado que me encontraba. La adrenalina comenzó a inyectarse en mi sangre porque nunca había corrido tan rápido en un lugar tan pequeño, con tantos obstáculos.

Esquivaba los coches con destreza, utilizando mi práctica en las carreras de alta velocidad en pistas controladas, les gritaba como si fueran capaces de escucharme, llamaba su atención con la bocina de la moto y todo para poder llegar más rápido hasta donde se encontraba Alice. Mi única motivación era

salvarla, sacarla de ese coche antes de que pudiera ser demasiado tarde.

Mientras manejaba, me invadía el miedo de perderla, de no poder seguir compartiendo con ella cada minuto de mi vida. Imaginaba los peligros a los que se debía enfrentar a partir de ese momento, del miedo que podría estar sintiendo, de las cosas que podrían estar diciéndole para aterrorizarla más. Seguro la estaban amenazando de muerte, eso es lo que aquellos idiotas con poder suelen hacer y era lo que más me hacía enfierecer.

Yo no creía que la fueran a usar a ella para llegar hasta mí porque ni siquiera pensaba que fuera posible que lo hicieran, hasta que sucedió. Comencé a unir cabos, analizar la situación mientras esquivaba, manejando como un desquiciado. ¿Cómo me encontraron?

Fácil, mi vida actual está en la internet, sólo debían buscar apropiadamente. ¿Cómo supieron estaba ahí? Eso explica el coche que estuvo varios días aparcado en frente. Claro, yo no pensé que fuera sospechoso, sólo lo recuerdo porque los imbéciles no pudieron buscar uno menos llamativo que un maldito coche rojo.

En cuanto a ¿cómo dieron con ella? Es sencillo, probablemente me siguieron hasta ahí y no me di cuenta porque no me habían seguido antes, ni mucho menos había salido durante todo ese tiempo que estuve con ella en mi penthouse. Lo más seguro es que nos vieron despedirnos, en que se dieron cuenta que ella era algo para mí y se la llevaron. ¡Malditos descuidos!

En poco tiempo pude alcanzarlos. No estaba precisamente cerca de ellos, pero podía verlos y creo que ellos también me vieron a mí. Comenzaron a ir más rápido, a descuidar las leyes de tránsito y las luces del semáforo lo que dificultó un poco mi persecución. Lo malo era que no podía tomar ningún atajo porque no sabía para dónde irían ni qué camino cogerían, también estaba la posibilidad de que cruzaran en una calle en la que no podían cruzar así que no podía arriesgarme.

La persecución continuó, una maldita carrera del gato y el ratón en las calles de Nueva York que comenzaba a hacerme enfadar aún más hasta que llegamos a una zona industrial. No tengo idea de cómo demonios pasó eso, pero, fue ahí en donde perdí de vista a Alice.

Por la adrenalina, la falta de concentración y mi ya molesto descuido, no me da cuenta que el coche se notaba que sabía para dónde iba, que me tuvieron

dando vueltas por varios minutos hasta que ya era muy tarde. De nuevo, otra cosa que sucedió en una fracción de segundos me cogió por el cuello y me tumbó de la moto.

Dos idiotas habían levantado una cuerda en medio de la calle justo en el momento en que el coche rojo pasó por ahí, algo que era imposible no ver, pero que, para cuando lo hicieron era muy tarde. El golpe me sacó el aire haciendo que creyese que mi cuello se había roto, dolía cómo no tienes idea. La fricción me quemó la piel y el impacto me tumbó del vehículo.

Caí unos metros más atrás de en donde se encontraba la cuerda, aterrizando con la cabeza, la pierna y el dorso de mi mano. Mi cabeza quedó intacta gracias al casco, sólo estuve idiotizado por unos segundos, aunque no puedo decir lo mismo de mi mano y mi pierna. Ya les conté cómo estaban solo que en ese momento no me dolían. Nunca duelen las cosas cuando suceder.

Mi primera reacción fue levantarme lo más rápido que pude, aunque en realidad me veía como un idiota con los ojos vendados, lo cual era culpa del golpe que había recibido en la cabeza. Traté de ver a los lados, dándome cuenta que el casco cortaba mi visión periférica, además de que, de nuevo, estaba idiotizado, es decir, sentía que todo me apretaba, así que me saqué el casco y, de inmediato, sentí un golpe en la espalda, como si me hubieran dado con un bate.

Mi primera impresión fue ¿quién coño golpea a alguien con un bate? Es decir, si eres un maldito mafioso, dispárame para que me muera, no me des con un bate. Claro, no sabía qué querían hacer conmigo, tal vez era solo para causarme terror, para que me quedara tranquilo, pero ¿sabes qué? Yo no me iba a quedar tranquilo. En ese momento, con el golpe en la espalda, me di la vuelta (sin soltar el casco) y busqué rápidamente con la mirada al idiota que me había golpeado.

En ese momento era sólo uno, aunque más atrás se veía que había uno acercándose. Así que, con el mismo casco, le atiné un golpe en todo el rostro, rompiéndole la nariz, supongo. El hombre dio un grito de dolor propio de un idiota que golpea con un bate mientras que el otro corría hacia mí, llevándose la mano a la cintura, supongo que para coger su arma. Dos cosas pasaron por mi cabeza en ese instante y una de ellas fue que no iba a morir ahí, no esta vez. Así que le lancé casco atinándole, con suerte, en la cara, obligándole a detenerse.

El tipo al que le había golpeado primero, se levantó y comenzó a agitar el bate de un lado para el otro a ver si me daba otro golpe, pero mi percepción estaba regresando, tal vez por la adrenalina, aunque no me iba quedar haciéndome esa pregunta mientras tenía a dos tipos queriendo golpearme.

Extendí mi pierna para darle una patada en el abdomen que le sacara el aire, cosa que lo empujó unos cortos metros hacía adelante mientras el otro tipo ya estaba encima mío con un cuchillo en la mano. Levanté mi brazo izquierdo, recogíéndolo para defenderme y recibí una maldita cortada que me causo un dolor horrible.

Y a pesar de que dolía lo suficiente, no tenía tiempo para preocuparme por ello, así que, con el puño derecho, con el brazo izquierdo todavía defendiéndome y lo ojos cerrados, le lancé un golpe a la cara esperando darle en alguna parte sensible y yéndome sobre él.

Uno: en lo que le golpeé, el hombre dio un paso para atrás abriéndose a otro puñetazo, por lo que cambié de posición, luego de recuperar el equilibrio y pasé a siguiente. Dos: Esta vez le di con el puño izquierdo, sin pensar en el dolor o en la sangre que me corría; lanzándole un uppercut hacía la barbilla y obligándolo a ir más atrás; buscando así un tercer golpe.

Con el puño izquierdo a la altura de su cara, extendí el brazo y lo cogí por el cabello, acercándolo a mi otra mano, para así cogerlo con las dos. Tres: en lo que lo hice, tomé impulso para saltar, levantando la rodilla, atrayendo su cabeza para abajo y pegándole con esta en el rostro. De inmediato, el hombre se perdió el equilibrio y cayó al suelo inconsciente.

El otro estaba corriendo hacía mi (había logrado que los dos separándoles lo suficiente como para evitar terminar siendo azotado mientras me encargaba de uno), pero no había motivos para huir. Seguro tenía un arma, pero, ¿por qué demonios no la uso? El caso es que corrí hacía él y lo tacleé, cayéndole encima para luego comenzar a golpearlo salvajemente en el rostro. Estaba furioso; se acababan de llevar a mi chica y dos idiotas me tumbaron de la moto, siendo él, uno de ellos.

Su sangre se escurría en el asfalto, salpicando a todos lados. Cuando vi que estaba a punto de acabar con su vida, me levanté, dejándolo tendido en el suelo quejándose del dolor. De inmediato recordé que el otro tenía un arma, así que busqué en el pantalón de este buscando la que probablemente tenía y la saqué (sí tenía una ¿qué demonios sucedía con esta gente).

Revisé si estaba cargada, le quité el seguro y la cogí como me habían enseñado en el entrenamiento con armas de fuego. Ese, junto con el de defensa personal, fueron las dos cosas que nunca creí que llegaría a usar, pero, por fortuna, las conocía.

Me acerqué rápidamente al otro hombre mientras le apuntaba para evitar que me disparase o algo por el estilo. Se sentía cómo en una película, sólo que todavía no me azotaba el espantoso miedo a morir, el que probablemente Alice estaba sintiendo. Llegué hasta él, me acerqué, busqué en su pantalón y saqué su arma.

Corrí hasta la moto la levanté, busqué mi celular en el bolsillo de mi chaqueta e hice una llamada.

—John, es Lewies, necesito un favor tuyo. Dije, en lo que él atendió.

De ese punto en el que hice la llamada, hasta ahora, en el que me encuentro corriendo a toda velocidad para llegar hasta Alice, sólo hay unas cuantas horas de diferencia. En lo que alcancé la moto me percaté de que no había forma de volverla a hacer funcionar. Luego de seguir rodando y colisionar, el neumático delantero estaba doblado. John es un agente del FBI con el que tengo contacto y quien, en sí, tiene más contactos.

Este hombre me fue a recoger con un grupo de agentes para limpiar la escena, evaluar lo sucedido, hacerme preguntas, pero, de cierta forma, tenía una influencia sobre él. A lo largo de mi relación con él, le he hecho varios favores que le han ayudado a resolver ciertos caracteres importantes con los cuales necesitaba el apoyo de alguien importante o un financiamiento clandestino. Así que lo llamé para que me ayudase esta vez.

—¿Lewies? ¿Qué? preguntó al bajarse de su coche y ver la escena.

—No hagas preguntas, John, necesito que me lleves dije, acercándome a su coche y abriendo la puerta.

—Mi trabajo es hacer preguntas, Lewies vociferó □ ¿Qué demonios pasó?

Me detuve.

—Ese no es tu trabajo, no eres un detective.

—Cuéntame qué pasó John.

—La maldita mafia secuestró a mi novia, John, así que no tengo tiempo para

explicarte todos los detalles mientras estamos aquí parados viendo como estos dos idiotas que intentaron matarme están agonizando. Agradece que siguen vivos. Yo tuve suerte de estarlo así que les devolví el favor.

John se fijó de nuevo en ellos

—¿Favor? Desfiguraste a uno.

—Bueno, no fueron los dos, eso es bueno. Dije con seriedad □ Ahora ven, John, que necesito ir por mi coche y buscar alguna forma de sacar a Alicia de esto.

—Lewies insistió John, para suspirar resignado y acercándose lentamente a la puerta del piloto.

Al ver que se acercaba, terminé de abrir la puerta y abordé el coche. John encendió el coche y lo puso en marcha de inmediato.

—¿Para donde vamos? preguntó.

—Para el One Madison.

John me llevó hasta la puerta de mi casa en donde corrí para coger el coche que ahora estoy manejando. Le dije que se viniera conmigo por si necesitaba ayuda, que evidentemente necesitaría, y fuimos a la búsqueda de mi querida Alicia. Al decirle a John lo que quería, me aseguré de que el FBI me ayudara con lo que necesitaba lograr, solicitando la participación de la mayor cantidad posible de elementos policiales y equipos tácticos que pudiera.

Primero, nos aseguramos de saber a cuál dirección tomado como referencia aquella que cogió el coche rojo, información que obtuvimos gracias a que el buró federal identificó gracias a su grupo de vigilancia.

Puede que no te haya mencionado que llevaba compañía en el coche, pero no creí que fuera necesario. Me disculpo si no te gustó. Además, también sé que eso no responde a tu pregunta de cómo llegué hasta las vías contrarias de la autopista gritándole a los otros conductores, pero la verdad es que sí lo hace.

Cuando terminamos de abordar el coche, a mitad del camino hacía donde había perdido el rastro de los secuestradores (porque ese era el punto en el que creí que podría conseguirlos), aquellos que estuvieron localizando el coche rojo que perseguí tan arduamente, llamaron a John para indicarle que luego de que lo perdí, regresaron y cogieron otra ruta, así que mi mejor idea fue derrapar e ir en dirección contraria.

Minutos después, Alice me llamó.

Aquella corta conversación me fue tan amarga como importante.

—¡Lewies! Ven rápido, por favor □ La llamada se cortó.

—¡Maldita sea! Vociferé, apretando con furia la bocina del coche.

John estaba aferrado al cinturón de seguridad, sin decir una palabra. En lo que grité, rompió su silencio y trató de calmarme.

—¡Lewies! Sal de esta maldita vía miró para la calle de al lado, supongo para que me fuera por ahí.

—¡Quítense! ¡Joder! exclamé, dándole un giro brusco al coche para colocarlo en la autopista correcta.

En lo que cruzamos a la otra calle, John dio un respiro de alivio.

—Por lo menos sabemos que está viva todavía.

—Por lo menos dije, tratando de repetir esas palabras para sentirme a gusto, para sentir que podría significar que todo iría bien.

—¿Cómo coño consiguió Giuseppe mi número? Me quejé, lleno de cólera, sin ver el panorama completo.

—¿Crees que haya sido él? preguntó John.

—Claro que debe ser él ¿de qué otra forma pudo haberme llamado Alice?

—Pudo haberse soltado, no sé, hay que pensar en positivo, amigo...

Esa pequeña posibilidad me alumbró los ojos ¿qué tal si era cierto? Hubo un cambio de velocidad en el coche lo que hizo que fuera un poco más rápido, demostrando una belleza de la ingeniería estadounidense. Creo que manejar algo que llega de cero a cien kilómetros por hora en básicamente dos segundos, es un poco peligroso, pero ¿sabes qué? no me importaba; o salvaba a Alice o moría en el intento.

John hizo una llamada para pedir el estado de la operación. Era asombrosa la forma en que las organizaciones gubernamentales podían prepararse tan rápidamente. Un poco lento en cuestión del tiempo de vida de Alice, pero lo suficientemente rápido para no decir que lo harían en una semana.

—¿Cuánto falta para llegar? pregunté a John al ver que colgó la llamada y esquivando la mayor cantidad de coches posibles.

—Estamos cerca.

—Y ¿cuando llegará tu equipo?

—Hay un helicóptero sobre nosotros y los demás están cerca.

—Ya veo di un rápido vistazo hacía arriba para ver en donde se encontraba el helicóptero. □ Perfecto exclamé fijándome de nuevo en la vía.

Tanto John como yo estábamos preparado para lo que se venía. No tenía idea de quien estaría en aquel lugar o siquiera cómo era, pero sabíamos que Alice estaba ahí y que todavía estaba con vida.

En pocos minutos llegamos al lugar en donde la tenían. Era una pequeña casa segura en medio de la nada, como una especie de casa de verano o algo parecido. John ordenó al helicóptero a tomar distancia para evaluar la situación mientras que nosotros nos detuvimos a un poco lejos del lugar para no levantar sospechas. Mi plan era entrar de una vez, con todo y coche, atropellando a quien estuviese en mi camino, pero él me detuvo.

—Hay que esperar el apoyo fue su excusa.

De no haber recibido la llamada de Alice, no habría hecho caso, pero, lo hice. En poco tiempo, el helicóptero, junto con un equipo táctico que iba en una gran camioneta negra, se acercó a la casa, disparando a discreción.

El fragor de las balas se escuchaba desde lejos, lo que nos motivó a acercarnos sólo un poco más ya que John no quería que me involucrase en la acción. Para ser honesto, estoy tan decepcionado como tú al no poder ver lo que sucedió, pero, de nuevo, recurriré a ese mismo recurso con el que hago que la historia tenga un poco de trasfondo.

De repente, Alice escuchó el sonido de unos pasos acercándose a la habitación. Tenía miedo de ser vista desatada y con un móvil en la mano, así que luego de decirle a Lewies que llegase rápido, sabiendo que no había forma alguna de que él supiera en dónde estaba, se sentó de nuevo sobre el teléfono e improvisó un nudo rápido para las ataduras que tenía en la mano.

Supuso que había sido un golpe de suerte haber sido atada con cuerdas. El motivo real era que los hombres de Giuseppe no estaban preparados para un secuestro desde hace ya varias décadas, después de que se concentraron sólo en el tráfico de drogas.

Media hora después de eso el equipo táctico que había pedido John, había arribado.

Un equipo S.W.A.T llegó a deshacerse sigilosamente de los guardias que estaban a las afueras, entraron a la casa para buscar a la modelo Alice que el señor Lewies Tornatore había solicitado rescatar. Nadie lo conocía, no quien estuviese por debajo del cargo de John. Todos entraron a la casa eliminando de forma elegante a aquellos a los que podían antes de ser detectado.

Giuseppe Mazzilli había ordenado que hubiera suficientes guardias para mantener resguardada a la novia de Lewies ya que, al conocer que el hombre tenía tantos recursos de los cuales disponer, la duda de cómo podría abordar o de si siquiera podría hacerlo, era lo suficientemente grande como para desconfiar. Por esa misma razón, hizo lo que pudo para mantenerse lo más alejado posible de aquel lugar para evitar cualquier problema.

Lewies era una caja de sorpresas de la cual no quería tirar la cuerda para averiguar que había adentro.

El equipo de policías entrenados para ello entró en la instalación y en los pocos segundos de hacerlo, comenzaron a escucharse los disparos. Uno de los oficiales que iban a la cabeza del equipo, fue visto por uno de los matones del Giuseppe y comenzaron el intercambio de balas. En ese preciso momento, Alice entendió que algo estaba sucediendo, así que soltó sus ataduras y corrió hasta una de las esquinas de aquel cuarto en donde la estaban reteniendo.

Poco tiempo después de gritos e intercambio de balas, dos policías entraron en la habitación para saber si estaba libre. La luz del arma del policía la segó.

—¡Aquí, encontré la víctima! gritó el policía que la encontró.

Al principio no sabía qué pensar, ni qué hacer, para ella, todo eso parecía una terrible pesadilla; hasta donde sabía, podría ser uno de los malos, o ser una trampa, o siquiera ser un policía de verdad porque nadie le había dicho si eran ellos lo que disparaban o no.

—¿Estás bien? preguntó el oficial.

Alice se levantó, tapándose del resplandor de la linterna de su arma.

—Sí... dijo acercándose con cuidado al señor.

—¿Alice Spears? pregunto el oficial.

—Sí, soy yo.

El oficial bajó el cañón de su arma para que ella pudiera acercarse.

—Descuida, ya estás a salvo.

A los pocos minutos de haber entrado, diez para ser exactos, John había recibido la señal de que podía acercarse, así que abordamos mi coche y conduje hasta el lugar de los hechos, en donde, en poco tiempo, había ya decenas de policías, forenses y paramédicos en el área, al igual que una de esas escenas de películas extravagantes de acción. Todo era muy intenso, pero, según lo que me había dicho John, todo había salido de maravilla.

En lo que llegamos, Alice se encontraba siendo atendida en una ambulancia. Tenía varios moretones en el rostro que consiguieron que mi sangre se hirviera de inmediato, lo que hizo que deseara que las personas que le habían hecho eso estuvieran muertas.

—Alice exclamé bajándome del coche. Observando que todo eso que estaba sucediendo parecía irreal, injusto.

Corrí hasta ella sin cerrar la puerta. Alice, escuchó mi voz y apartó con la mano al paramédico que la estaba atendiendo y corrió hasta mí.

—¡Lewies! gritó, con lagrima cayéndole de los ojos.

—Alice, amor. Lo siento, todo esto es mi culpa, no debí dejarte sola, no debí permitir que todo esto sucediera, lo siento demasiado mi amor le dije, lleno de melancolía, cuando por fin nos abrazamos.

Ella no respondió a nada, no sé si no lo hizo porque estaba de acuerdo o porque el shock aun la tenía paralizada. Sólo sollozó en mi hombro mientras yo la abrazaba con fuerza a pesar de no saber si le dolía o no, en cuanto a mí, si estoy seguro que su abrazo me dolió, pero no me importaba, no me importaba lo que ella pudiera causarme porque ahora, de cierta forma se encontraba a salvo.

Luego de aquel suceso fatídico en el que nos jugamos la vida por un pequeño error de mi parte, Alice y yo intentamos encerrarnos en mi departamento. No en el One Madison, sino en otro que tengo por la ciudad. Queríamos estar a solas, pasar el trauma, contar lo que nos pareció y no sucedió; superar todos los eventos desagradables.

Yo creía que tendría ayuda psicológica, pero en el hospital nos indicaron que no presentaba síntomas de trauma así que la única ayuda que requería era la de

mi presencia y la de su amiga.

Karen y Estefanía llegaron de inmediato se enteraron en las noticias que la modelo Alice Spears había sido víctima de un secuestro hecho por unos radicalistas americanos. No querían decir que había sido la mafia italiana porque eso arruinaría la investigación que habían hecho sobre los lacayos del señor Giuseppe, del que no sabía mucho desde ese entonces.

John me había indicado que, según fuentes extraoficiales, su incompetencia había causado que se desintegraran su 'nidria, y que la DIA no haría comentarios al respecto por ser problema de EEUU. A pesar de ser un final decepcionante para alguien que había jugado con la vida de Alice, no podía pedir más.

Todo eso era un mundo que se escapaba de mi comprensión, de mis capacidades y de mi dinero. La mafia a la que ese hombre pertenecía, tenía tal cantidad de influencias que no podían dismantelarla de un día para otro, además de que, a ciertos organismos le convenían.

Luego de todos los eventos ocurridos, me las arreglé para condicionar mi entorno y que fuera lo suficientemente seguro para mi, Alice y nuestras amigas. No sabía si contratar guardaespaldas porque cualquiera podría corromperlos, pero de todos modos comencé a buscar personas que fueran de confiar, que fueran fieles a mi.

Por suerte, las operaciones de drogas con las cuales me estaba arriesgando, tuvieron un final feliz; no detuve el tráfico, la exportación e importación, mucho menos logré dismantelar la organización que arruinó la vida de mis padres, aunque ya había aceptado que ellos se lo habían buscado. Pero era algo, y algo era suficiente.

Ya después de un tiempo de lo sucedido, Alice y yo nos encontrábamos sentados en el sofá de una de mis residencias (porque ya no íbamos a volver al One Madison, el cual vendí) a la espera de que Karen y Estefanía regresara con los bocadillos para ver la película.

—No vas a intentar buscar más problemas con más gente peligrosa me dijo Alice, mientras nos abrazábamos, evocando algo que creí que pronto dejaría de ser un problema.

—¿No es que no íbamos a hablar más de eso? pregunté, tratando de relajar el ambiente.

—Sólo estoy preguntando. No quiero que me vuelvan a secuestrar vaciló □ mira que estamos oficialmente juntos y cualquiera podría llegar a mi. No quiero ser rescatada de nuevo, a pesar de que me guste mucho ser tu princesa en apuros bromeó.

Me quedé callado, suponiendo que no podría decir nada porque parte de mi deseo de ayudar era hacer ese tipo de cosas estúpidas. Aunque no lo estaba considerando realmente, si quería ayudar, no lo haría buscándome más enemigos de los que ya tenía.

—Lu... Dijo con severidad, supongo que, analizando lo que estaba pensando.

—Está bien dije resignándome □ pero yo quería rescatarte bromeo.

Alice se apartó de mi y, sentada de rodillas en el sofá, me golpeó en el pecho para reprenderme.

—Es en serio, Lu, no es algo que quiera repetir.

—Emboqué una sonrisa y la cogí por los hombros para traerla de nuevo a mi.

—Más te vale, porque no quiero pensar que estás en peligro, ni imaginarme un mundo en el que no estés para mi.

No le respondí nada, no tenía por qué hacerlo. Estefanía y Karen se acercaron de nuevo a nosotros con los bocadillos y la conversación murió ahí. Sí, era evidente que no me había deshecho de todos mis problemas, ni mucho menos logrado que las personas que me acechaba se olvidaran de mi. Pero de algo sí estaba seguro: no permitiría que tocaran de nuevo a Alice o a alguien que fuera cercano a mi ahora que tenía más de una persona por la cual preocuparme.

—Eso haré le murmuré mientras la película corría, para que Karen y Estef no nos escuchasen □ no dejaré que nada te suceda.

Alice, embozó una sonrisa y enterró más su cabeza en mi pecho, dejándome esa sensación de que confiaba plenamente en mi, en que sabía que estaba siendo honesto con ella. Y fue así, en ese sofá viendo una película, en el que decidí que sería el héroe que no permitiría jamás que estuviera de nuevo en peligro.

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —*

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)